MEMORIAS BIOGRAFICAS DE SAN JUAN BOSCO

IX

CENTRAL CATEQUISTICA SALESIANA / MADRID

Memorias Biográficas

de

San Juan Bosco

IX

Traducción del italiano por
BASILIO BUSTILLO

© Central Catequística Salesiana C.C.S.
ISBN: 84-7043-363-6
ISBN: 84-7043-200-1 (O.C.)
Depósito Legal: M. 8.855-1985
Imprime: Instituto Politécnico Salesianos Atocha
Papel: Offset Duna de Torras Hostench

MEMORIAS BIOGRAFICAS

DEL VENERABLE

DON JUAN BOSCO

RECOGIDAS POR EL SACERDOTE SALESIANO

JUAN BAUTISTA LEMOYNE

VOLUMEN NOVENO

CENTRAL CATEQUISTICA SALESIANA
C/ Alcalá, 164 - 28028 Madrid
1985



ALMAE DEI GENITRICI MARIAE

AMANTISSIME NOSTRAE AC POTENTISSIMAE AUXILIATRICI
PERENNES CUM LAUDIBUS PRECES

María Auxiliadora de los Cristianos.

Detalle del cuadro original de Lorenzone,
que preside la Basílica a Ella dedicada
en el Altar Mayor.

PROLOGO A LA TRADUCCION

Tienes, lector, en tus manos, y acabas de abrirlo, el noveno volumen de las MEMORIAS BIOGRAFICAS DE SAN JUAN BOSCO.

Es el último que salió de las manos de don Juan Bautista Lemoyne, como su obra póstuma (1917).

Dejó amplia documentación preparada y cronológicamente dispuesta para los otros diez volúmenes; pero los continuaron y redactaron don Angel Amadei, el décimo, y don Eugenio Ceria, del once al diecinueve.

De la mano de Lemoyne he seguido día a día a don Bosco, en los años 1868, 1869 y 1870 de la Historia.

Leían mis ojos embelesados línea a línea, palabra por palabra del texto original. Los diccionarios, como brillantes faros, prestaban luz a mi bolígrafo, que, a veces, se apoyaba en la versión literal de mi paisano, compañero y amigo don Félix Azpeleta. Marisa Olmedilla, paciente y rápida, mecanografiaba con curiosidad folio tras folio. Don Manuel Miñambres y don Miguel Rodríguez Rumbao levantaban su banderín, de árbitros auxiliares, y exigían reformas ortográficas y mayor clarificación del texto... Se tragó la imprenta las mil treinta y dos páginas del original y se hizo la corrección de galeradas. Escondiéronse los «naturales» errores, coláronse los «posibles» gazapos y aquí está nuestra labor, a plana y renglón, de las 887 páginas siguientes.

En 1868 corría por los mundos la noticia del golpe de Estado de Mutsu-Hito en el Japón, que ponía fin al feudalismo.

Aquel mismo año estallaba en España una sublevación militar, encabezada por Serrano, Prim y Topete, que obligaba a Isabel II a

huir a Francia. En 1869 aprobaban las Cortes la nueva Constitución liberal. Y el 19 de noviembre de 1870 elegían, para ocupar el trono español, a Amadeo de Saboya, duque de Aosta, segundo hijo de Víctor Manuel II de Italia.

Prusia y Francia, con pretensiones de hegemonía europea, se preparaban para la guerra de 1870.

Wagner escribía «El oro del Rhin».

Y Pío IX, todavía rey de Roma, convocaba el primer Concilio Vaticano, que declararía la Infalibilidad Pontificia el 18 de julio de 1870.

Mientras tanto, Austria y Francia retiraban su defensa de los Estados Pontificios, los cuales iban cayendo en manos de Italia, que así consumaba la ansiada Unidad.

Don Bosco, en la plenitud de su vida (tiene cincuenta y tres años), sigue en Turín, que ha perdido la capitalidad del Estado, trasladada a Florencia.

Llevaba todo un mundo en su cabeza. *El Oratorio de San Francisco de Sales con sus escuelas, y dos Oratorios más en la Ciudad. Los Colegios de Mirabello y Lanzo. Vive casi con su espíritu una obra para aprendices en Génova. Don Domingo Pestarino mantiene con fervor religioso y bosquiano la Asociación de Hijas de María en Mornese. Ha abierto una casa para ejercicios espirituales en Trofarello. Se estrena Cherasco, está a punto de inaugurarse Varazze.*

Su Sociedad cuenta ya con noventa y tres miembros, que cooperan a su obra. ¡Ay! Alguno, de extraordinaria y maravillosa actuación, a quien él quiere y distingue, el caballero Federico Oreglia di Santo Stefano, que está en todo, que dirige la imprenta, que interviene en las tómbolas, que va y viene a Milán, a Florencia, a Roma, que alterna con señores, religiosos, cardenales, con el Papa, le deja...

(¡Misterios de la vida! Porque la salida del hermano Oreglia no queda del todo clara, pese a sus cartas de despedida (págs. 638 y 639).)

Pero sigue siendo su Congregación el afán principal de sus sueños y deseos. La necesita, para que ella continúe su obra. Y por eso da pasos y más pasos. Ha de legalizar su situación y convertirla oficialmente en Congregación Religiosa.

Tiene de su parte al Papa, que le anima. Pero ello resulta difícil. La Roma oficial no accede. Aunque muchos obispos le entregan sus cartas comendaticias, hay alguno que no informa del todo bien y

hasta le niega su apoyo. (¿Os acordáis del de Ivrea, monseñor Moreno, que tanto se disgustó con el asunto de las Lecturas Católicas? *[Volumen VIII, págs. 323 y siguientes].)*

La aprobación oficial de su Sociedad va envuelta en informes desfavorables, incluso de quienes se llaman sus amigos, como por ejemplo el del teólogo Cayetano Tortone, todo un tejido de errores y falsas apreciaciones (págs. 340-343).

¡Pobre don Bosco! Escribe cartas, hace visitas, presenta informe tras informe...

Con la pena de su soledad y el cansancio de la contradicción, un día sale a solas al campo romano para pasear y respirar aire puro. No acepta ni la conversación de un Monseñor que le encuentra...

—«¡Necesito descansar!» (pág. 489).

Si él hubiera sabido lo que cuesta fundar una Congregación, dice en cierto pasaje...

Hasta que «vio que era necesario el milagro» e imploró la ayuda de su Señora, María Auxiliadora, y Ella, siempre a medias con él, pone el milagro en su palabra y en su bendición. Devuelve la salud al sobrino desahuciado del cardenal Berardi, cura de la gota a monseñor Antoniutti y empiezan los hombres a evidenciar que Dios está por encima de todo...

En medio de tantos apuros y preocupaciones tiene la satisfacción de las audiencias papales. Pío IX le recibe cariñosamente. Hasta le envía su carroza para que vaya al Vaticano. ¡Cómo la describirá luego detalladamente a sus muchachos: «una carroza donde podían caber catorce personas, forrada de seda y galones...»! (pág. 482).

Pío IX le quiere. Acepta entusiasmado una colección de las Lecturas Católicas, *contempla sus volúmenes, los hojea, los muestra a los visitantes, se sube él mismo a una escalera de mano para colocarlos bien en la estantería de su despacho. Tanto se entusiasma que dice al Monseñor que se lo quiere impedir: «¡En mi casa mando yo!». Alaba los volúmenes de la* Biblioteca de clásicos para la juventud italiana, *expurgada.*

¿Qué de extraño ofrezca a don Bosco el capelo cardenalicio para tenerlo a su lado?

Pero don Bosco no puede aceptarlo: él ama por encima de todo a sus muchachos y no puede dejarlos. Los quiere tanto que ya lo había dicho muchas veces: «llenad la casa y las buhardillas; si no hay plazas suficientes, ponedlos en las habitaciones más pequeñas, y si éstas están también ocupadas, colocadlos en mi habitación y bajo mi cama» (pág. 296).

El capelo hubiera sido un premio correspondiente al amor que él profesaba al Papa. Recordarle en el banquete, en casa del conde Radicati, gobernador de Turín. Al llegar a los postres brindan los invitados por la Unidad Italiana, por la libertad, por Cavour, por el Rey, por Garibaldi...

Invitan a don Bosco. Alza él su copa y dice:

—¡Vivan Su Majestad Víctor Manuel, Cavour, Garibaldi y todos los ministros, alineados bajo la bandera del Papa, para que todos puedan salvar su alma! (pág. 524).

Todo un mundo de labor apostólica: *cuando confiesa y predica hasta conmover con sus lágrimas; cuando profetiza muertes que se verifican infaliblemente (una vez parece que falla su don profético, pero encuentran a Espíritu Rossi asfixiado dentro de un tonel...); cuando alecciona prácticamente con sueños como el del infierno...*

Un mundo de pedagogo, *que consuela al alumno despedido porque no puede pagar: —«Si te echan de nuevo, vuelve a entrar por la puerta de la iglesia y ven a mí».*

Pedagogía de santo que cautiva a María Mazzarello, la cual estalla diciendo: —«Es un santo y yo así lo siento» (pág. 555).

Un mundo de virtudes *que hace exclamar a monseñor Galletti, el Obispo de Alba, ante su habitación: —«Es un ángel: qué perfume de santidad aquí dentro». Un corazón quebrantado de delicadezas y de amor.*

Pide mantas y ropa para sus huérfanos y se las dan. Pide, pide, y pide sin cansarse, mas sin molestar *a nadie, porque sabe llamarse a sí mismo, en cartas a una bienhechora: «hijo tonto», «hijo poco obediente».*

Por su labor se hace querer. Y todos le quieren: ahí está el Rey que «en enero de 1869 le regala dos venados, después de haberle invitado a ir a Florencia» (pág. 435).

Pero un prólogo no es el resumen de un libro: sólo es una advertencia, una preparación que antecede y prepara en cierto modo al lector.

Y yo quiero decir con el presente que al entrar en este volumen os vais a encontrar con el mismo Caballero de María Auxiliadora de los anteriores, siempre ejecutando la gran misión que Dios le señaló.

Con una costilla fuera de sitio, para dar lugar al corazón, y el cráneo aumentando para que cupieran sus altos y grandes pensamientos, el mundo que llevaba encima, según hicieron constar los médicos (págs. 837 y 838).

Y ciertamente, lo que más llevaba dentro de sí era su amor a María Auxiliadora.

Bien puede aplicársele la frase de nulla dies sine linea. *Singularmente en este volumen, el de la* inauguración *de su Basílica.*

No puede negarse que aedificabit sibi domum Maria: *sólo un «contratista» como Ella pudo pensar y pagar tantos detalles: obras, cúpulas, campanarios y campanas, altares y pinturas, sacristía y ornamentos... Nada faltó allí: hubo hasta los caramelos para los muchachos...*

Habían sido muchas las fatigas, muchos los milagros, muchos los sacrificios. El del mendigo que quiso ayudar a la obra, fue a pedir limosna y volvió satisfecho con sus diez céntimos. El de la chica paralítica que salta del carro en el que la llevan y se olvida de que no podía andar. El de la ciega que se tira a buscar una medalla que don Bosco echa al suelo y la encuentra...

Nada extrañó que aquel día, 9 de junio de 1868, cuando en las naves del templo resonaron los acordes del Sancta Maria *de Cagliero con un coro de ciento cincuenta tenores y bajos en el altar de san José, otro en la cúpula con doscientos sopranos y contraltos y un tercero de cien tenores y bajos en el coro, dijera don Bosco de rodillas, con los ojos húmedos por las lágrimas, hijas de la alegría:*

—Querido Anfossi: ¿no te parece estar en el paraíso?

Para, lector. El te espera.

Y si ya eres suyo, si ya eres Salesiano, no des lugar a la duda: quédate para siempre con él.

Cuando el 20 de septiembre de 1869 partía para Roma el caballero Oreglia y dejaba a don Bosco, sintió mucho el santo la partida de un Hermano, que tantos servicios había prestado; pero sabía mirar al crucifijo y conformarse con la voluntad de Dios, el único que cubre todas las necesidades...

Cuando a poco, algunos Salesianos hablaban de distintas órdenes religiosas, encomiando los mêritos de alguna, hubo uno que dijo que él hubiera entrado con gusto en una de ellas, de no haber sido Salesiano.

Don Bosco, que había oído todas las alabanzas, concluyó diciendo con calma penetrante:

—¡Ah, no...; si yo no fuera Salesiano, me haría Salesiano! (pág. 641).

Madrid, 31 de enero de 1985

BASILIO BUSTILLO

[1]

CAPITULO I

1868 – DON BOSCO ESCRIBE LA HISTORIA DE UN SANTUARIO DEDICADO A MARIA SANTISIMA EN LA DIOCESIS DE ACQUI – CARTA DEL CAPELLAN DE ESTE SANTUARIO A DON BOSCO – DON BOSCO CONFIA A DON JUAN BONETTI LA REVISION Y CORRECCION DE SUS MANUSCRITOS DESTINADOS A LA IMPRENTA – DON JUAN BONETTI DOCTO Y CASTIZO ESCRITOR; TODOS SUS ESTUDIOS ESTAN INSPIRADOS POR SENTIMIENTOS DE PIEDAD: SU DILIGENCIA PARA ANOTAR CUALQUIER PALABRA DE DON BOSCO: PRUEBAS DE SU APRECIO A DOMINGO SAVIO Y MIGUEL MAGONE – CONSEJOS Y FLORECILLAS QUE DON BOSCO LE DIO Y QUE LE DIJO EL BUEN PADRE AL DESTINARLE A LA CASA DE MIRABELLO – SANTOS PROPOSITOS – NUMERO DE SOCIOS EN LA PIA SOCIEDAD AL ACABAR EL AÑO 1867

A fines del año 1867, o principios de 1868, terminaba don Bosco un trabajo que desde hacía tres años atendía en los ratos libres. No sabía negarse a nada, cuando se trataba de las glorias de la Santísima Virgen. Su pluma ya había descrito las apariciones, santuarios y gracias de la Virgen en La Salette, en Lourdes, en Spoleto y otros lugares; ahora, entregaba sus apuntes históricos sobre un santuario de la Santísima Virgen, situado en el término parroquial del pueblecito **[2]** de Ponzone, en la diócesis de Acqui, al sacerdote José Poggio, que le había encargado esta obra.

Trátase de un santuario levantado en tiempos remotos, ciertamente anteriores al año mil de la era vulgar; probablemente se remonta su fundación a los primeros siglos de la Iglesia. Lo cual no debe causar asombro, pues se cree, y no sin fundamento, que San Pedro, camino de la evangelización de las Galias, anduvo por Acqui y sus alrededores, a cuyos habitantes instruyó en la religión cristiana. Tras él anduvo su discípulo San Siro, el cual, al igual de su maestro, acabó de convertir, con la predicación y los milagros, a los pueblos de Acqui y Liguria. Los dos taumaturgos misioneros enraizaron ciertamente en aquellas tierras la devoción a la Santísima Madre del Salvador, y tal vez no sea muy posterior a aquellos tiem-

pos dicho santuario, de cuyo origen hay una tradición constante y universal.

Cierta familia de Ponzone tenía una hija muda. Sus padres la enviaban con frecuencia a llevar el ganado a pastar al monte, junto al rellano donde se levanta hoy el santuario. Y he aquí que un día se le apareció una Señora de hermosura celestial, magníficamente ataviada. Una dulce sonrisa afloraba a sus labios y brotaban de sus ojos bondad y dulzura indescriptibles. Ante aquella aparición, la buena niña quedó extasiada y, al contemplarla, sentía que su alma se inundaba en un mar de alegría. Enseguida comprendió que la hermosa Señora no podía ser más que la Reina del Cielo.

—Ve a casa, díjole María Santisima, y di a tus padres que comuniquen a los habitantes del pueblo y de los alrededores que levanten en este lugar un templo en mi honor.

Y desapareció.

La buena niña bajó corriendo del monte, presentóse a sus padres y, como si nunca hubiera estado muda, empezó a hablar con soltura y a contar la aparición de la Virgen **[3]** y las palabras que oyó de sus labios maternales. Los padres quedaron sorprendentemente asombrados del evidente milagro de la muda, que había adquirido el habla, y creyeron. Con ellos creyeron todos los habitantes de los pueblos vecinos y, en poco tiempo, se levantó el sagrado edificio. Desde entonces hasta nuestros días fueron innumerables las gracias espirituales y temporales concedidas por María Santísima a sus devotos.

Don Bosco buscó documentos, visitó archivos, consultó apuntes eclesiásticos y hasta parece que fue a Ponzano.

El santuario se levanta al presente en un rellano del monte y está cercado por un fuerte muro, con una alta puerta en arcada para entrar. La iglesia es de una sola nave bastante grande, de hermosa y majestuosa traza, enlucida con escayola y pinturas; tiene cinco altares y en el mayor una estatua de la Santísima Virgen muy venerada desde tiempo inmemorial.

Acerca del opúsculo, escrito por don Bosco, tenemos el siguiente documento:

V. J. M. y J.

Rvmo. Sr. Don Juan Bosco:

He recibido el manuscrito con la historia de este santuario. Cumpliendo cuanto su V. S. Rvma. me comunica en su apreciadísima última, lo he leído y releído. Me

pareció que había algo que cambiar o añadir, y, aunque poco apto para tal fin, confiado en la asistencia de María, asiento de la sabiduría, me he puesto a copiarlo, añadiendo las variaciones que, dentro de mis pocos conocimientos, me parecían del caso y dejando así intacto el original.

Esperando tener acabada dentro de pocos días esta copia, un poco distinta del original, he decidido ir yo mismo a presentar una y otra a V. S. Rvma. para explicarle de viva voz los motivos de los cambios hechos (dejando sin embargo totalmente la solución a su sabio entender) y para oírle acerca de diversas cuestiones relacionadas con dicha historia.

No obstante, antes de trasladarme ahí, ruégole tenga la bondad de indicarme cuanto antes, si V. S. Rvma. estará en casa a primeros de la próxima semana, fecha en la que, si Dios quiere, podría ir; además, si cree conveniente, que yo, para ganar tiempo y evitar mayores molestias, presente antes dicha historia al señor Obispo de Acqui para la formalidad de la revisión.

[4] Por último, quisiera pedirle que tuviera la bondad de prestarme alojamiento, si le fuera posible, en ese Oratorio, durante el poco tiempo que deberé quedarme y así tener mayor facilidad para despachar lo antes posible, tanto por la crítica estación en que estamos, como por las ocupaciones que tengo.

Rogando cordialmente a la Santísima Virgen que se digne premiarle con largueza todo lo que hace por este su Santuario, le saludo con toda distinción, profesándome con profundo respeto de V. S. Rvma.

Santuario de Nuestra Señora de la Parroquia, 13 de noviembre de 1866.

Su seguro servidor
JOSÉ POGGIO, *párroco*

Don Bosco había entregado una copia de dicho manuscrito a don Juan Bonetti, puesto que nosotros la hemos encontrado precisamente entre sus cuadernos. Ya antes de que éste fuera sacerdote, le enviaba las obras destinadas a la imprenta para que las revisase y corrigiese y, a veces, para que las completase. Y así continuó haciendo durante toda su vida.

Don Juan Bonetti era para esto su incansable brazo derecho. Como hábil escritor, resultaba minucioso en las correcciones; están tan atestados de ellas sus manuscritos, que muchas páginas resultan casi ilegibles. Dejó escritos gran número de sermones y parece que no subía jamás al púlpito sin haberlos redactado o al menos ordenado con un amplio esbozo y siempre con abundancia y precisión de doctrina.

Habiendo perdido don Bosco unos cuadernos, como anteriormente se dijo, para una historia universal de la Iglesia, encargó a don Juan Bonetti que llenara esta laguna; y comenzó él este trabajo hacia 1862 y lo continuó durante muchos años. Pero no nos queda más que la primera época, en dos volúmenes manuscritos, que com-

prenden mil doscientas sesenta y una páginas, con citas bíblicas, patrísticas y de autores eclesiásticos y profanos sin número. Don Bosco colocaba en ellas muchas apostillas de su propia mano. Pero las muchas ocupaciones debieron truncar al fin una obra **[5]** que el mismo Santo Padre, según veremos, deseaba fuese acabada, especialmente para defender la infalibilidad del Jefe de la Iglesia.

Don Juan Bonetti había escrito también, en honor de don Víctor Alasonatti, una biografía del beato Querubín Testa, que no se editó. Y más tarde compuso la *Vida de María Virgen,* y la *Vida y doctrina de Jesucristo, narrada y explicada, según el Evangelio, a una familia fiel y en defensa contra los ataques de los impíos.*

A su tiempo hablaremos de otros escritos suyos, publicados en las *Lecturas Católicas.*

Don Juan Bonetti unía a su ciencia un gran espíritu de piedad, que don Bosco había infundido en su corazón desde 1855, cuando entró en el Oratorio. Las frases escritas por él sobre las cubiertas de sus cuadernos escolares son palabras salidas de la boca y de la pluma de don Bosco.

Léese en los del bachillerato: *Acudir frecuentemente a María – Rigurosa fuga del ocio – María es tu Madre.* En ellos anotó la etimología y la explicación de palabras latinas, griegas y alguna hebrea, dada por don Bosco a los jóvenes, en público y en privado y en los sermones de 1857.

En los cuadernos de los cursos de Filosofía aparece escrito: *Sedes sapientiae, ora pro me – Da mihi animas, caetera tolle* – (Asiento de la sabiduría, ruega por mí – Dame almas, llévate lo demás) – *Para gozar de plena libertad de espíritu, hay que desligar por completo el corazón de las cosas de esta tierra – Quien se aleja de amigos y parientes, se acerca a Dios y a sus ángeles* – (Kempis). Y más veces: *Domingo Savio era mi compañero y condiscípulo, por tanto: Si ille cur non ego?* (Si él pudo, ¿por qué yo no?).

También le era muy querido e invocaba el nombre de otro santo jovencito, el de Miguel Magone, de quien había sido asistente. Conservaba entre sus papeles, como primorosa reliquia, ejercicios suyos de clase, que ahora están archivados.

Por fin, en los cuadernos de Teología se lee: *Viva María; Viva Domingo Savio; Viva don Bosco – Diabolus te semper occupatus inveniat* (Que el diablo te encuentre siempre ocupado) (San Jerónimo) – *Dulcedo multiplicat amicos et mitigat inimicos* (La dulzura multiplica los amigos y apacigua a los enemigos).

[6] En un sobre en el que se lee *«Al clérigo Bonetti»*, con escritura

autógrafa de don Bosco, hemos encontrado pequeños recortes de papel, en cada uno de los cuales aparece escrita una florecilla o un consejo espiritual. Helos aquí por orden:

—Rezarás una salve en favor de la obra de la propagación de la fe.

—Oirás una misa por la conversión de los pecadores.

—Rezarás el salmo *miserere* por la conversión de los escandalosos.

—Rezarás la tercera parte del rosario, con las letanías, por la conversión de los infieles, herejes y cismáticos.

—Harás una mortificación corporal o te privarás de algo en la comida, por los pecadores sin templanza.

—Rezarás un acto de esperanza y una salve por los que están desesperados o atraviesan una gran desventura.

—Ofrecerás tu corazón a Jesús y a María.

—Rezarás los actos de fe, esperanza y caridad, por las necesidades de la santa Iglesia.

—Oirás una misa por la conversión de Inglaterra.

—Harás una visita a Jesús Sacramentado como desagravio de las ofensas que recibe en el divino Sacramento.

—Rezarás ante el altar de María Santísima las letanías de la Virgen y una salve por todos tus compañeros.

—Harás una limosna para la obra de la propagación de la fe.

—Rezarás cinco padrenuestros, avemarías y glorias, en honor de la pasión de Nuestro Señor Jesucristo.

—Rezarás los siete gozos de la Virgen María y las letanías, por todos los ministros de Dios.

—Rezarás el *Veni Creator* para obtener del Espíritu Santo luces y gracias para ti y para todos los pecadores.

—Rezarás siete avemarías en honor de los siete dolores de la Virgen María, para alcanzar su protección durante la vida y principalmente en el instante de la muerte para ti y para todos tus parientes.

—En la tentación dirás: Jesús mío, misericordia; María, ayúdame.

—Harás una comunión en honor de los sagrados corazones de Jesús y de María por todos los socios hermanos, tanto vivos como difuntos.

—Rezarás la tercera parte del rosario por todos tus bienhechores espirituales y temporales.

—Rezarás tres avemarías para obtener la perseverancia final para ti y para todos tus parientes.

—Rezarás el *Veni Creator* para alcanzar los siete dones del Espíritu Santo.

[7]— Dirás el *Ave Maris Stella* por cuantos se encuentran en desgracia de Dios.

—Rezarás a la Santísima Virgen para que te inspire cuál es tu vocación.

—Pedirás a Jesús y a María estas tres virtudes: humildad, pureza y caridad, recitando tres avemarías y tres gloriapatris.

Don Juan Bonetti dejó también el recuerdo de dos avisos que le dio don Bosco:

«La devoción al Santísimo Sacramento y a la Virgen María serán dos poderosos apoyos para ti y para aquellos a quienes se la inculques.»

«Sea María tu celeste protectora ahora y siempre; yo pongo en sus manos tu alma.»

Y en otro papel suyo se lee: «El 27 de noviembre de 1863, antes de partir para Mirabello, me dijo don Bosco:

»Deseabas que te sometiera a prueba y ya lo estás. Ahora podremos ver a qué ocupación te llama el Señor de modo especial. Yo pensé y pensaré en ti y, mientras el Señor me dé vida, me afanaré por hacerte feliz, no sólo espiritual, sino también temporalmente. Vive alegre. Y si una molestia o pesar, del alma o del cuerpo te sorprendiera, escríbeme y yo te quitaré toda pena. Tu patrimonio está en vías de arreglo; te tendré al corriente de cuanto suceda. Te recomiendo ayudes a don Miguel Rúa. Que Dios te bendiga.»

Y el clérigo Bonetti, generoso seguidor del impulso que don Bosco le daba, escribía con la firmeza de quien quiere mantener sus propósitos:

Mirabello, 25 de abril de 1864

1.º Quiero entregarme con toda mi alma a alcanzar una íntima unión con Jesús y María, haciendo frecuentes comuniones espirituales y recitando fervorosas jaculatorias.

2.º Quiero tener en gran aprecio la más pequeña acción, la más breve oración, animándome a cumplirla bien, con el pensamiento de que, haciéndolo así, añado cada vez una hermosa rosa o perla preciosa a mi corona celestial.

¡Oh María, sé mi madre!

[8] Nosotros anotaremos que la mayor parte de los socios vivían el mismo espíritu de piedad, de trabajo y de sacrificio. Nos hemos referido aquí especialmente a él, por haber descubierto recientemente estas y otras notas suyas referentes a los años cuyos acontecimientos hemos expuesto en estas *Memorias*, y para que se conozcan cada vez mejor sus relaciones con don Bosco.

Los miembros de la Pía Sociedad Salesiana, de muchos de los cuales tendremos ocasión de hablar, eran casi ciento a finales de 1867, comprendidos los de los colegios de Mirabello y Lanzo. Los sacerdotes eran *catorce*, los clérigos estudiantes de teología *cuarenta y ocho:* unos profesos y otros novicios o aspirantes.

Algunos, llegados de varias diócesis, estaban deseando volver, y don Bosco mantenía sus estudios y los proveía gratuitamente de todo. *Veintitrés* eran estudiantes de filosofía, doce de los cuales aún no se habían puesto la sotana, ya que don Bosco pensaba fundar en otro lugar una escuela para ellos. Finalmente había *tres* solamente que eran coadjutores profesos.

Un aviso, que don Bosco daba a todos, es el repetido en una carta a Mirabello:

Querido Bonetti:

Te mando unas hojas del canónigo Gliemone. He recibido con satisfacción tu carta.

Animo, tus esfuerzos vayan dirigidos a conservar la unidad de sentir entre los superiores, para que todos quieran una sola cosa: salvar almas y entre ellas la propia.

Que Dios te bendiga, y considérame siempre tuyo.

Turín, penúltimo día de 1863.

Afmo. en J. C.
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[9]

CAPITULO II

INNATO DESEO DEL HOMBRE POR CONOCER EL PORVENIR – LAS PREDICCIONES DE LAS ALMAS PIADOSAS – CHARLA DE DON BOSCO A LOS MUCHACHOS EL ULTIMO DIA DEL AÑO – SUEÑO: PREDICCIONES PARA 1868; MUERTE DE TRES JOVENES: ESTADO DE LAS CONCIENCIAS EN EL ORATORIO: EL AGUINALDO: PESTE, HAMBRE Y GUERRA – TESTIMONIOS SOBRE LA EXACTA RELACION DEL SUEÑO Y DEL CUMPLIMIENTO DE LA MUERTE DE TRES MUCHACHOS – OTRO ANUNCIO DE MUERTE PARA ESTE AÑO – MOTIVO DE LAS PREDICCIONES DE ESTE SUEÑO

ESTAMOS exponiendo las *Memorias Biográficas de don Bosco* a fines del año 1867. Junto con sus constantes hechos maravillosos, hemos aportado también los sueños que él nos narró con la revelación del estado de muchas conciencias y la profecía cumplida de sucesos particulares y generales. Estaba él persuadido de que cuanto decía era la verdad y estaban convencidos de ello todos los de buena voluntad, que eran la mayoría, los cuales no tenían la mente embarazada con prejuicios, ni el corazón turbado por las pasiones.

Fue incalculable el bien espiritual que sacaron los alumnos, que poseían el privilegio de tener la mente y la fantasía defendidas contra pensamientos peligrosos. El anuncio de que don Bosco iba a contar un sueño era un acontecimiento en el Oratorio, y los muchachos, impacientes e inquietos, esperaban el momento de oír la narración.

En efecto, es natural en el hombre el deseo de conocer de algún modo el futuro, especialmente cuando corren tiempos **[10]** aciagos para él[1]. De ello ofrecen continuo testimonio las historias de todos los pueblos. Nadie debe maravillarse, y mucho menos pueden reírse

[1] Por este instinto de la humana naturaleza hubo varios personajes que habían pedido a don Bosco un juicio sobre ciertas profecías en boga, y entre éstos el conde Crotti Imperiali di Costigliole; y don Bosco le había respondido:

Queridísimo Señor:

Aquí tiene V. S. carísima la famosa profecía de la monja de Taggia en su original. Las cosas ahí anotadas se van cumpliendo día a día, y, si todas se realizan, tendremos un triste porvenir.

los que andan a la caza de profecías de adivinos y espiritistas; mientras los buenos cristianos se limitan a escuchar almas piadosas, tenidas por amigas de Dios y favorecidas por El con comunicaciones especiales.

No negamos que es posible, y hasta fácil, el error de los buenos cristianos en este asunto, pero la prudencia nos enseña que hay en ello dos extremos a evitar: la absoluta incredulidad de cualquier profecía, excepto las auténticas de la Biblia, excluidos los comentarios; y la absoluta credulidad de todas las profecías, que personas, aún probas y de bien, refieren como tales.

Contra ambos extremos está la amonestación de San Pablo, que exhorta a no despreciar las profecías, sino a probarlas: *Prophetias nolite spernere; omnia autem probate* (No despreciéis las profecías; examinadlo todo) (Ts *V*, 20-21), a lo que tanto se opone el que las desprecia, como el que las admite a la ligera y sin examen. Estas palabras del Apóstol aseguran que también, fuera de las bíblicas, pueden darse verdaderas profecías. Y esto se confirma con el hecho del don profético, el cual, al igual que otros divinos carismas, floreció siempre en la Iglesia y siempre fue reconocido por ella.

[11] Por tanto, así como ningún católico puede imponer a los demás una fe más que humana en los vaticinios humanamente autorizados y seguros, así tampoco ninguno puede razonablemente imponer una incredulidad absoluta para los que se dicen improbables y fantásticos. Allí donde no interviene el juicio de la Iglesia, la creencia de los vaticinios privados es totalmente libre. Más bien que caso de fe, ha de decirse caso de sano criterio y buen juicio.

Hechas estas premisas, volvamos a nuestro Venerable.

En la noche del 31 de diciembre de 1867, don Bosco reunió a los jóvenes en la iglesia y subiendo al púlpito, después de las oraciones, les habló así:

V. S. me dispensa expresiones que mi pobre persona no merece de ningún modo, pero que demuestran en usted un corazón lleno de bondad, que sabe encontrar cosas buenas hasta donde no las hay. Le ruego salude de mi parte a papá y mamá, a la señora Noemí y al reverendo Scaglia y, mientras encomiendo a la caridad de sus oraciones mi persona y la de mis pobres muchachos, me profeso con agradecimiento y particular aprecio de todo corazón en el Señor,

De V. S. Carísima

Turín, 12 de junio de 1859.

Seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

N. B. Le recomiendo la difusión de las *Lecturas Católicas.*

Suelen, en estos días, los padres dar el aguinaldo a sus hijos; lo mismo hacen los amigos recíprocamente. También yo acostumbro hacerlo todos los años, dando en esta noche a mis queridos muchachos un recuerdo que les sirva de aguinaldo para el año próximo.

Estaba pensando desde hace algunos días qué aguinaldo os daría, mis queridos hijos, y a pesar de mis esfuerzos no encontraba un pensamiento a propósito para ello. También la noche pasada, estando ya acostado, pensaba una y otra vez en lo que os debería decir como consejo saludable para el 1868, pero no me fue posible concentrarme. Cuando, después de un buen rato, agitado siempre por la más viva preocupación me encontré como semidormido, en un duermevela entre el sueño y la vigilia.

Era un sueño que me permitía darme cuenta de lo que hacía, oyendo lo que se me decía y respondiendo a lo que se me preguntaba. O sea, estaba en un estado muy parecido al sueño, pero que no lo era.

Me parecía hallarme en mi habitación. Hice por salir y, en lugar de la baranda, me encontré delante de un hermoso jardín en el que había innumerables rosales; el jardín estaba rodeado de un muro y a la entrada del mismo se veía escrito con caracteres cubitales el número 68.

Un portero me introdujo en aquel vergel y vi en él a nuestros muchachos que se entretenían alegremente, gritando y saltando. Muchos, al verme, se apiñaron a mi alrededor hablando conmigo de muchas cosas. Comenzamos a recorrer juntamente el jardín y después de un breve trayecto a lo largo del muro, vi a un lado a numerosos muchachos agrupados cantando y rezando en compañía de algunos sacerdotes y clérigos. Me acerqué más a ellos; los miré y no los reconocí del todo; gran parte me eran desconocidos; pude darme cuenta de que cantaban el *Miserere* y otras preces de difuntos. Acercándome más aún, le dije:

—¿Qué hacéis aquí? ¿Por qué rezáis el *Miserere*? ¿Cuál es la causa de vuestro luto? ¿Se ha muerto acaso alguno?

[12] —¡Oh! me dijeron, ¿usted no lo sabe?

—Yo no sé nada.

—Estamos rezando por el alma de un joven que murió tal día y a tal hora.

—Pero, ¿quién es?

—¿Cómo?, replicaron: ¿no sabe quién es?

—¡No, no!

—¿Acaso no le hemos avisado? se dijeron mutuamente.

Y después, dirigiéndose a mí:

—Pues bien, ha de saber que ha muerto fulano.

Y me dijeron el nombre.

—¡Cómo! ¿Ha muerto ése?

—Sí; pero ha tenido una buena muerte; una muerte envidiable. Recibió con gran satisfacción, y edificación nuestra, los sacramentos. Resignado a la voluntad de Dios, dio muestras de los más vivos sentimientos de piedad. Ahora, al acompañarlo a la sepultura, rezamos por su alma, pero tenemos la esperanza de que esté ya en el cielo y en él interceda por nosotros. Aún más: estamos seguros de que se halla ya en el paraíso.

—¿Tuvo, pues una buena muerte? ¡Que se cumpla siempre la voluntad de Dios! Imitemos sus virtudes y pidamos al Señor que nos conceda también a nosotros la gracia de tener una santa muerte.

Y dicho esto me alejé de ellos, rodeado siempre de una gran cantidad de jóvenes. Seguimos, pues, paseando por el jardín, y tras haber recorrido un buen trecho de camino, llegamos a un prado bellísimo cubierto de verdor. Yo, entretanto, me decía a mí mismo:

—Pero ¿cómo es esto? ¿Ayer noche me acosté en mi cama y ahora me encuentro todos los muchachos esparcidos acá y allá por este jardín?

Cuando he aquí que veo otra numerosa turba de muchachos dispuestos en círculo, en cuyo centro había algo que no podía distinguir bien. Me di cuenta, sin embargo, de que estaban arrodillados; unos rezaban y otros cantaban. Me acerqué y pude comprobar que rodeaban un ataúd diciendo las preces de difuntos y entonando el *Miserere*. Entonces les pregunté:

—¿Por quién rezáis?

Todos ellos, con semblante melancólico, me respondieron:

—Ha muerto otro joven y ha tenido una buena muerte. Ha recibido con edificante piedad los santos sacramentos y ha dado muestras de sólida piedad. Ahora le llevan ya a la sepultura. Estuvo enfermo ocho días y vinieron a verlo sus padres.

Les pregunté el nombre del difunto y me lo dijeron; me sentí muy apesadumbrado al oírlo y exclamé:

—¡Oh, lo lamento! Era uno que me quería mucho y no he podido darle el último adiós... tampoco al otro pude verlo antes de que muriese... ¿Es que ahora se van a morir todos?... Un muerto aquí, otro allá... Pero, ¿es posible? Ayer uno... y hoy otro...

—¿Qué dice? me respondieron ¿Un muerto hace poco y otro ahora? ¿Le parece poco tiempo y han pasado ya tres meses desde que falleció el primero, tal día y a tal hora?

[13] Al oír esto pensé entre mí:

—¿Sueño o estoy despierto?

Me parecía no soñar y, por otra parte, no sabía qué pensar de lo que estaba oyendo.

Comenzamos después a internarnos por aquellos bosquecillos, y tras un buen rato de caminar he aquí que oí cantar de nuevo el *Miserere*. Detuve el paso y se pararon los que me acompañaban; vi otro grupo numeroso de jóvenes que se acercaba. Entonces pregunté a los que estaban junto a mí:

—¿Qué hacen estos? ¿Adónde van?

Venían de un lugar próximo y estaban todos desconsolados y con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué tenéis?, les pregunté, saliendo a su encuentro.

—¡Ah! Si supiese...

—¿Qué ha sucecido?

—Ha muerto un joven.

—¿Cómo? ¿Pero, he de ver muertos por todas partes? ¿A quién habéis acompañado a la sepultura?

Y los jóvenes, dando muestras de extrañeza, exclamaron:

—¡Cómo! Pero ¿no sabe nada? ¿No se ha enterado que ha muerto fulano?

—¿También ése ha muerto? pregunté.

—Sí; pobrecillo... Sus padres no han venido a verlo... pero...

—¿Pero qué? ¿Acaso no ha tenido una buena muerte?

—No. Ha muerto de forma poco deseable.

—¿No recibió los sacramentos?

—Al principio no quería recibirlos; después accedió a ello, pero de mala gana y sin muestras de arrepentimiento; así que hemos quedado poco edificados e incluso dudamos mucho de su eterna salvación; sentimos mucho que un joven del Oratorio haya tenido una muerte tan desagradable.

Entonces yo procuré consolarlos, diciéndoles:

—Si ha recibido los sacramentos esperemos que se haya salvado. No hay que desesperar de la misericordia de Dios. ¡Es tan grande!

Pero no logré consolarles al intentar infundirle esta esperanza.

Entretanto, lleno de dolor y con la mente turbada, pensaba en las fechas en que aquellos jóvenes habían muerto; cuando apareció un personaje, desconocido para mí, el cual acercándose me dijo:

—Mira: son tres.

Yo le interrumpí:

—¿Y quién eres tú para hablarme con tanta familiaridad, tuteándome sin haberme visto nunca?

—Escúchame, respondió; después te diré quién soy. ¿Quieres que te dé una explicación de cuanto has visto?

—Sí. ¿Qué significan estos números?

—¿Has visto, me replicó, el número 68, escrito sobre la puerta del **[14]** jardín? Significa el año 1868. Durante él, deberán morir los tres jóvenes que te han sido indicados. Como has visto, los dos primeros están bien preparados; al tercero debes prepararlo tú.

Y pensando si, en efecto, sería cierto que en el año 1868 morirían tres de mis queridos hijos, añadí:

—Pero ¿cómo puedes decirme eso?

—Observa atentamente si se cumple lo que te he dicho y verás, me respondió.

Ante la seguridad y la amabilidad de sus palabras comprendí que aquel personaje me hablaba como amigo y proseguí con él el camino, absorto en las palabras que le había oído decir.

—¿Acaso estoy soñando?, exclamé. Pero aquí no hay nada de sueños, que estoy bien despierto. Veo, oigo, conozco...

Y mi acompañante me dijo:

—Sí, sí; esa es la realidad.

Y yo añadí:

—¿Realidad? Te ruego me atiendas. Me has hablado del porvenir; háblame ahora del presente. Lo que deseo que me digas es algo para repetírselo a mis jóvenes como aguinaldo mañana por la noche.

Y él respondió:

—Di a tus jóvenes que, así como los dos primeros en morir estaban preparados porque frecuentaban con las debidas disposiciones la santa comunión durante la vida, también en punto de muerte la recibieron con edificación de todos. El último, en cambio, no comulgaba en vida, cuando gozaba de salud, y por eso en el trance supremo la recibió con poca devoción. Diles que si quieren tener una buena muerte, frecuenten la sagrada comunión con las debidas disposiciones, y que la primera de todas, es una confesión bien hecha. El aguinaldo sea, pues, éste: *La Comunión devota y frecuente es el medio más eficaz para tener una buena muerte y así salvar el alma.* Ahora sígueme y presta atención.

Y se adelantó un poco más por un sendero del jardín.

Yo le seguía cuando, de pronto, vi concentrados, en un amplio espacio abierto, a

mis muchachos. Me detuve a contemplarlos. Los conocía a todos y me parecía que no faltaba ninguno; los veía como tantas veces, sin notar en ellos nada de particular. Pero, examinándolos más de cerca, vi algo que me llenó de admiración y de horror. Bajo la gorra de muchos, salían de la frente dos cuernos. Unos los tenían largos, otros cortos; éstos enteros, aquéllos partidos; algunos sólo conservaban la señal de haberlos tenido porque estaban perfectamente rotos en la misma raíz, y ya no apuntaban ni crecían; otros, no podían impedir que continuasen desarrollándose, aunque estaban rotos y seguían creciendo cada vez más gruesos y reproduciéndose siempre. No faltaban quienes no sólo tenían cuernos sino que, además, parecía que se sentían orgullosos de tenerlos, y daban continuas cornadas a los compañeros. Me llamaron la atención los que tenían un solo cuerno en mitad de la cabeza, **[15]** pero de grosor extraordinario, y que eran los más peligrosos. Finalmente vi a unos cuya frente cándida y serena jamás se había visto afeada por semejante deformidad...

Os quiero hacer presente que podría indicar a cada uno de vosotros en particular el estado en que le vi en el jardín.

Me alejé un poco de los jóvenes, acompañado solamente por mi guía, y llegué a cierto paraje elevado, donde vi una extensa región ocupada por una muchedumbre de gente que guerreaba entre sí: eran militares.

Durante largo espacio de tiempo combatieron encarnizadamente sin compasión alguna de nadie. Era mucha la sangre vertida. Yo veía a los infelices que caían al suelo degollados.

Entonces pregunté a mi compañero:

—¿Por qué estos hombres se matan de esta manera tan terrible?

—Gran guerra, exclamó mi guía, en el año 1868, y ésta no terminará sino después de haberse derramado mucha sangre.

—¿La guerra tendrá como escenario nuestro país? ¿Qué gente es ésta? ¿Son italianos o extranjeros?

—Observa a los soldados y por sus uniformes sabrás a qué nación pertenecen.

Los observé atentamente y comprendí que eran de distintas naciones. La mayor parte no vestían como nuestros soldados, pero también había italianos.

—Esto significa, añadió el personaje, que en esta guerra tomarán parte los italianos.

Nos retiramos de aquel campo de muerte y caminando por un breve espacio de tiempo llegamos a otra parte del jardín. En aquel instante oí gritar a voz en cuello:

—¡Huyamos de aquí! ¡Huyamos de aquí! Huyamos, de lo contrario moriremos todos.

Y vi una gran multitud que huía y, en medio de ella, a muchos de complexión sana y robusta que caían muertos por el suelo.

—¿Qué os pasa, por qué huís?, pregunté a uno de ellos.

—El cólera causa muchas víctimas me respondió; y si no huímos, moriremos también nosotros.

—Pero ¿qué es lo que veo?, dije a mi guía. Por todas partes reina la muerte.

—¡Gran epidemia en el 1868! exclamó.

—¿Cómo es posible? ¿El cólera en invierno? ¿Es posible que mueran del cólera haciendo tanto frío?

—En Reggio Calabria se cuentan hasta cincuenta defunciones diarias.

Seguimos más adelante aún, y vimos una inmensa multitud de gente, pálida, abatida, exánime, consumida, con las ropas destrozadas.

[16] Yo no podía explicarme el motivo de aquel decaimiento y del estado miserable de aquella multitud y pregunté a mi amigo:

—¿Qué les sucede a éstos? ¿Qué significa esto?

—Gran carestía en el 1868, me respondió. ¿No sabes que éstos no tienen con qué saciar su hambre?

—¿Cómo?, dije yo. ¿El estado en que se encuentran es consecuencia del hambre?

—Así es en realidad.

Yo, entretanto, seguía contemplando a aquella multitud que gritaba sin cesar: ¡Hambre, hambre, tenemos hambre!

Buscaban pan para comer y no lo encontraban, buscaban agua para apagar la sed que les abrasaba y no la hallaban.

Entonces, lleno de angustia, dije a mi compañero:

—Pero ¿es que durante este año lloverán todos los males sobre esta desgraciada tierra? ¿No habría algún medio para alejar de los hombres tanta desventura?

—Sí que lo habría. El remedio sería que todos los hombres se pusiesen de acuerdo para no pecar; que dejasen de blasfemar; que honrasen a Jesús Sacramentado; que dirigiesen sus plegarias a la Santísima Virgen, hoy tan ingratamente olvidada por ellos.

—¿Y esa hambre y esa sed, es por falta de alimento material o espiritual?

El guía me contestó:

—Lo uno y lo otro. A unos les faltará porque no quieren tenerlo y a otros porque no pueden.

—¿Y el Oratorio, tendrá que padecer también estos males? ¿Serán mis hijos también víctimas del cólera?

El guía me miró de pies a cabeza y después me dijo:

—Según. Es decir; si tus jóvenes se ponen de acuerdo para tener alejada de ellos la ofensa de Dios, honrando al mismo tiempo a Jesús Sacramentado y a la Santísima Virgen, se librarán de estos males, pues con semejantes salvaguardias se consigue todo, y sin ellas nada. Si proceden de otro modo, también ellos morirán. Ten presente que uno solo que cometiera pecado mortal, sería suficiente para atraer la indignación de Dios y el cólera sobre el Oratorio.

Pregunté aún:

—¿Tendrán que padecer también mis hijos la falta de alimentos?

—¡Seguro! También ellos tendrán que sufrir los efectos de la carestía.

—A mí me parece que esta calamidad debería caer solamente sobre mí, pues soy yo quien debo proveerles de alimento. Si falta el pan en casa, no son ellos los que se deben preocupar de remediar este mal...

—El hambre la sentirás tú y también tus hijos. Sus padres y bienhechores tendrán que sacrificarse mucho para pagar las pensiones y suministrarles otras muchas cosas necesarias. Serán numerosos los que no podrán pagar nada y la casa, falta de medios, no podrá atenderles en sus necesidades; por tanto, también ellos tendrán que padecer.

—¿Les faltará también el alimento espiritual?

[17] —Sí; a unos porque no querrán tenerlo y a otros porque no podrán.

Y mientras hablábamos seguíamos avanzando por aquel jardín. Pero de pronto observé que el cielo se cubría de negros nubarrones que presagiaban una próxima tormenta. Se había levantado un vendaval. Al mirar a mi alrededor, vi a los jóvenes que se habían dado a la huida.

Abandonando a mi guía, eché a correr tratando de alcanzarlos para ponerme a

salvo con ellos; pero pronto los perdí de vista. Relámpagos y truenos se sucedían sin cesar. Parecía que de un momento a otro seríamos víctimas del rayo.

Cayó después una lluvia torrencial y violentísima. Jamás había presenciado tan recio temporal. Yo daba vueltas por el jardín buscando a mis muchachos y un lugar donde guarecerme, pero no encontraba ni a los unos ni a los otros. Toda aquella región aparecía desierta. Busqué la puerta para salir, y a pesar de mis prisas no la encontraba; al contrario, cada vez me alejaba más de ella. Al fin cayó una granizada tan espantosa que en mi vida había visto granizo de semejante grosor. Algunos granos que me cayeron sobre la cabeza, lo hicieron con tal violencia que me desperté, y me encontré en el lecho. Os aseguro que me hallaba más falto de fuerzas, que cuando me retiré a descansar.

Todas estas cosas las vi, como os he dicho, en sueño, y no os las cuento para que las creáis realidades, sino para que saquéis de ellas algún provecho si es posible. Consideremos como sueño lo que no nos interesa, pero aceptemos como realidades lo que nos puede servir de alguna utilidad, tanto más que podemos asegurar que así como sucedieron ciertas cosas que anunciamos en otras ocasiones, al presente podría ocurrir lo mismo. Aprovechémonos, pues; estemos preparados para la muerte; recemos a la Santísima Virgen y mantengamos el pecado alejado de nosotros.

Os dejo, por último como aguinaldo la siguiente máxima: *La confesión y la comunión frecuente y devota, son un gran medio para salvar el alma.*

¡Buenas noches!

Don Bosco narró este sueño en dos noches consecutivas. El texto del relato que acabamos de dar procede de la crónica particular del estudiante de teología Esteban Bourlot, que dejó copia del mismo firmada por él con fecha del 29 de enero de 1868.

Y escribió al pie de la página: «Del sueño de Don Bosco hago una sencilla relación tal y como me pareció haberla oído de sus labios, y siguiendo el mismo orden; sin repetir exactamente todas sus mismas palabras porque no las recuerdo bien. Pero tengo la certeza de que el sentido es el mismo y esto es suficiente.»

[18] Para demostrar la importancia de este testimonio y el valor de la capacidad mental del mismo, diremos que Esteban Bourlot, ordenado sacerdote, fue enviado por don Bosco como misionero a América, donde le fue confiada la inmensa y turbulenta parroquia de la *Boca*, en Buenos Aires, a la sazón guarida de las sectas anticristianas. Y él, con su actividad, su firmeza de carácter, su palabra franca y leal, animada siempre por la fe, y su ardiente caridad, sometió a las más rebeldes voluntades. Logró reformar la población; fue amado por los buenos y temido por los adversarios especialmente cuando con su periódico *Cristóbal Colón* se hizo el árbitro de la opinión pública en la *Boca*, donde levantó un grandioso templo, un colegio para niños, otro para niñas, y estableció Oratorios festivos, asociaciones católicas de socorros mutuos y la sociedad de las Conferencias de San Vicente de Paúl.

Contaba su parroquia con más de sesenta mil italianos. Aprendió los distintos dialectos y celebraba solemnemente las festividades de cada uno de los Patronos de las diversas regiones italianas. Así despertaba entre sus connacionales el entusiasmo patriótico y los atraía a la iglesia con procesiones religiosas en las que se desplegaba el mayor esplendor, actos que evocaban las costumbres y tradiciones patrias. Fue infatigable en el ejercicio del ministerio parroquial y heroico en la asistencia a los enfermos.

Don Esteban Bourlot, pues, joven serio y sagaz, hacía poco que había entrado en el Oratorio dispuesto a dar su nombre a la Pía Sociedad. Sentía cierta repugnancia en prestar fe a los sueños de don Bosco que le contaron sus compañeros más antiguos y, por tanto, con espíritu de crítica estuvo a la espera de lo que sucedería respecto a la desaparición de los tres jóvenes vistos por don Bosco en el sueño y a las circunstancias que debían acompañar a estas defunciones. De forma que, con don Joaquín Berto y con don José Bologna, comenzó a consignar por escrito los acontecimientos según iban sucediendo y los tres firmaron el acta redactada cuando se cumplieron las profecías, quedando maravillados de la admirable precisión con que se llevaba a cabo cuanto don Bosco había anunciado.

Pero estos testimonios escritos se perdieron en un **[19]** traslado de cartas y documentos, hecho por quien nada entendía sobre el valor de los mismos, habiéndose salvado solamente del naufragio una hoja que habla de la muerte del primero de los jóvenes.

Por suerte, al regresar el padre Bourlot de América por algún tiempo, mientras nos facilitó algunos datos que añadir al sueño, nos dio también noticias sobre el fin de los otros dos jóvenes, dejándonos la siguiente declaración, fechada en 12 de octubre de 1889:

«Puedo asegurar con juramento que la anunciada muerte de los tres chicos, por don Bosco, se cumplió, como también podrían testificarlo don Joaquín Berto y don José Bologna.» Y añadía que, si bien no recordaba los apellidos del segundo y del tercero, podía asegurar que uno de ellos comenzaba con la letra B, que era cerrajero de oficio y que murió en el hospital asistido por don Bosco, que le confesó por última vez.

No dejaremos de ilustrar el testimonio del P. Bourlot cotejando con él las memorias biográficas del Venerable que nosotros mismos hemos reunido, más algunas notas de don Miguel Rúa y los necrologios y presentaremos el resultado de todo ello al lector, narrando los sucesos de 1868.

Hemos de hacer notar cómo el anuncio de la muerte de aquellos

tres jóvenes, no excluye el que también otros fuesen llamados a la eternidad aquel mismo año.

En efecto: nos aseguró Agustín Parigi que don Bosco dijo algunos días después que otros seis jóvenes del Oratorio pasarían de esta vida a la eternidad, y que, a un compañero que temía ser del número de éstos, le había dicho el Siervo de Dios:

—Estáte tranquilo, el Señor no te quiere aún.

Y así sucedió en efecto.

Fueron, pues, nueve los que murieron entre las ochocientas y pico personas que se encontraban en la casa.

Mas, ¿por qué el sueño hacía referencia solamente a tres?

La desaparición de éstos en la escena de este mundo había de realizarse en el espacio de casi un año completo, y la de los demás, o sea la de los otros seis, a intervalos, ignorándose sus circunstancias, lo que haría como de despertador, obligando a los jóvenes del Oratorio a reflexionar frecuentemente sobre el sueño y sobre la descripción hecha por don Bosco respecto al estado de las conciencias.

El cumplimiento de las tres muertes indicadas en el sueño es motivo suficiente para testimoniar la veracidad y cumplimiento del anuncio de los tres flagelos.

[20] De forma semejante vaticinaban los profetas de Israel sucesos que se cumplirían después de algún siglo, pero mientras tanto, con una segunda profecía de un hecho imprevisto inminente, confirmaban la veracidad de la primera. Pero también volveremos a hablar sobre este punto.

[21]

CAPITULO III

DON BOSCO RETENIDO EN EL ORATORIO POR LA NIEVE – COLOQUIOS FAMILIARES: NORMAS DE PREDICACION A LOS CLERIGOS – LECTURAS CATOLICAS – *CARTAS A DOS SACERDOTES DE LUCCA: DON BOSCO RECOMIENDA LAS* LECTURAS CATOLICAS *Y LOS TRABAJOS DE LA IGLESIA DE MARIA AUXILIADORA; PROMETE ORACIONES A UN PARROCO NUEVO – CARTA AL CABALLERO OREGLIA – LE DA ENCARGOS PARA VARIAS PERSONAS DE ROMA: EN TURIN, SUBE EL PAN, HAY NIEVE Y FRIO; PREVISION DE DESGRACIAS; LA VIRGEN PROVEE A LA IGLESIA Y A LA CASA – OTRA CARTA A LA PRESIDENTA DE TOR DE'-SPECCHI SOBRE UN ALTAR PARA LA IGLESIA DE MARIA AUXILIADORA – AL DIRECTOR DEL COLEGIO DE LANZO; AGRADECE A LOS MUCHACHOS LAS CARTAS DE FELICITACION; RECOMIENDA LA CARIDAD MUTUA Y LA VISITA FRECUENTE AL SANTISIMO SACRAMENTO; CONSEJOS AL DIRECTOR*

EN los primeros días de enero escribía don Bosco al noble jovencito Octavio Bosco de Ruffino:

Queridísimo Octavio:

La nieve caída y la que sigue cayendo copiosamente, me priva de la satisfacción de cenar esta noche en tu compañía. Debo, por tanto, limitarme a desearte un buen viaje, y mañana haré una oración especial en la santa misa por ti.

Os deseo todo bien a ti, a tu señora *Maman* y a tu hermana Julia. Y, encomendándome a la caridad de vuestras oraciones, me profeso muy agradecido en el Señor.

Turín, 3 del 1868.

Afmo. amigo
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[22] La ausencia casi total de visitantes, a causa del mal tiempo, que le obligaba a permanecer en casa, le proporcionaba muchas horas tranquilas. El las empleaba para entretenerse hablando en priva-

do con los alumnos sobre las circunstancias del sueño y para dar explicaciones y consejos a cuantos se los pedían. Particularmente los sacerdotes y los clérigos gozaban al poder conversar con él, porque siempre tenían algo que aprender.

Una de aquellas noches hubo quien le preguntó, cómo podía un sacerdote, especialmente si era joven, salir del apuro, si alguna vez fuese invitado a hacer un panegírico, casi sin tiempo para prepararlo.

Don Bosco le respondió:

—Bueno sería prevenir estos casos, por eso yo te aconsejaría que, desde ahora, empezaras a preparar algunos sermones, que puedan, en caso de necesidad, servir para cualquier circunstancia. Por ejemplo: escribe el primer sermón sobre la Virgen empezando por demostrar: 1.º, que la Virgen es madre de Dios; 2.º, que la Virgen es nuestra madre. Es un tema que vale para todas las fiestas de María. Así también, como previsión general para cualquier otro panegírico, toma por tema una virtud, como sería la caridad, o la obediencia, la oración, o la pureza, etc., de modo que, con pequeñas añadiduras ocasionales, pueda servir para cualquier santo, presentándolo como modelo de esta o de aquella virtud que tú has elegido por tema.

Otros le pidieron alguna norma sobre el modo de predicar con provecho para las almas y les dijo:

—No sólo hay que estudiar y ordenar el tema a tratar, sino que se debe tener en cuenta el tiempo en que se sube al púlpito. La misma Iglesia nos ordena celebrar las fiestas *temporibus suis* (en su tiempo) y el predicador debe secundar las intenciones de la Iglesia. Por ejemplo, para Adviento y Navidad se deberían preparar temas que puedan disponer a los oyentes para recibir santamente al Niño Jesús. Así, en Cuaresma, la predicación debería tener por mira mover a penitencia a los pecadores, por cuya salvación dio Jesús su vida en la Cruz. Para Pentecostés, **[23]** se puede tratar de los dones del Espíritu Santo, de la fundación de la Iglesia, de los milagros de los Apóstoles, de las victorias de los mártires, de las glorias del Papado, etc., etc.

Y continuaba:

—El predicador debe atender a los oyentes, los cuales pueden clasificarse según la edad, la condición social, o la cultura.

«Si los oyentes son jovencitos, es necesario que el orador se abaje al nivel de su inteligencia y no dé pan a quien no tiene dientes para masticarlo, sino leche, como dice San Pablo a los de Corinto. Con esta clase de oyentes busque el predicador introducir en sus mentes la verdad, a través de ejemplos, de hechos, de parábolas, y sacará

provecho. Para cualquier tema los encontrará. Su libro de texto sea el catecismo, que debe servir como tal para toda clase de personas.

»Respecto a la condición de sus oyentes debe saber regular su lenguaje con el lugar que ellos ocupan en la sociedad. Ciertamente no se debe decir a los pobres lo que es necesario inculcar a los ricos; ni a los criados o dependientes lo que es obligatorio exponer a los señores; a más de los mandamientos comunes, Dios ha impuesto variados y diversos deberes a las distintas clases sociales. Pero la miel de la caridad debe mitigar el amargor de la reprensión. No hay que ofender a las personas con ironías ni invectivas; en los pueblos pequeños especialmente no se deben proferir palabras que puedan ser interpretadas como alusivas a la conducta de ninguno. Hay que evitar también toda alusión a la política. Tómense testimonios para lo que se expone, sacados de la Sagrada Escritura y especialmente de los hechos y palabras de Nuestro Señor Jesucristo; y así, nadie podrá llevarlo a mal, aunque ciertas verdades parezcan un poco duras. Hablando, por ejemplo, a los ricos, de la obligación que tienen de hacer limosna, no se necesita clamar contra la dureza de los corazones, sino que basta narrar la parábola del rico Epulón.

»Respecto a la cultura, el orador sagrado deberá emplear aquel modo de decir que pueda ser entendido sin **[24]** dificultad alguna, si el auditorio se compone de personas rudas. Con éstas será preciso adaptarse a su lenguaje, pensar como ellas piensan, transportarse al ambiente en que viven: el campo, la oficina, el taller y las distintas profesiones manuales. Así hacía el Divino Salvador cuando predicaba a las turbas de Galilea, que se componían de agricultores, pastores y pescadores. Cuando los oyentes son cultos, sin duda que el discurso va más adornado pero dentro de los límites prefijados para la palabra evangélica. El mayor ornato ha de ser de una gran claridad en las palabras, en los pensamientos y en los razonamientos.

»El orador sagrado no debe adquirir su elocuencia de la sabiduría del mundo, sino del Espíritu de Dios. Y no andar con polémicas. Presentar en el púlpito objeciones doctrinales y después resolverlas, no es método a seguir, ya que un cierto número de oyentes, víctimas de cierto espíritu de contradicción, se colocan, aun sin darse cuenta, del lado de las objeciones, y oyen como jueces. Esto impide, a veces, que se logre obtener el fruto apetecido, y también hay que advertir que, a veces, las respuestas a las objeciones, no siempre son comprendidas, sino con frecuencia entendidas al revés; y en algunas mentes quedan más grabados los errores que las verdades opuestas. Estas discusiones hay que dejarlas para los doctores, provistos de in-

genio nada común y de ciencia adquirida tras largos años y pacientes estudios. Ellos las tratarán del modo, en el tiempo y lugar convenientes, en las grandes ciudades donde se descubra la necesidad y ante un auditorio preparado para seguir largos y sutiles razonamientos.

»Si en un pueblo hubiera herejes, procure el predicador no exasperar de ningún modo a los equivocados. Sus palabras inspiren siempre caridad y bondad. Hay que refutar sus errores y sofismas probando sencillamente con sólidos argumentos las verdades debatidas. Adelantándose a las objeciones, se arrancan las armas de las manos de los enemigos. Los textos escriturísticos, que ellos suelen aducir falsificados para combatir, expongámoslos en su sentido verdadero y procedamos con éstos a desarrollar nuestra tesis. Las invectivas no logran conversiones: el amor propio se subleva. Este era el **[25]** método que empleaba y aconsejaba san Francisco de Sales. Contaba él mismo que los protestantes se agolpaban a oírlo y decían que les gustaba porque no le veían encolerizarse como sus ministros».

Entre tanto se había publicado el número del mes de enero de las *Lecturas Católicas,* que se titulaba *Los Papas desde San Pedro a Pío IX – Hechos históricos.*

En este librito aparecen de manifiesto los grandes hechos del papado: el celo y el heroísmo de los papas para aguantar las persecuciones de los paganos; la propagación de la luz del Evangelio por el mundo, combatiendo las herejías, deteniendo, calmando, convirtiendo a los pueblos bárbaros, e invasores de Italia; defendiendo a los pueblos contra sus opresores; fundando y sosteniendo por todas las partes de la tierra infinitas obras de beneficencia para toda clase de miserias; anunciando cruzadas contra los turcos; protegiendo las ciencias, las letras, las bellas artes y la industria; luchando contra el espíritu revolucionario que perturba el orden moral, religioso y civil; defendiendo la legitimidad e inviolabilidad del poder temporal, cuyas ventajas atestiguan Bossuet, Fleury y Napoleón I.

Por último, bajo el título, de *Variedades* cuenta cómo el abad Domingo Sire había presentado al Papa el día del centenario del Príncipe de los Apóstoles, encuadernadas en volúmenes ricamente ornamentados con oro, plata, piedras preciosas y muchas miniaturas, tipos y caligrafías, trescientas traducciones a lenguas vivas y habladas por toda la superficie de la tierra, de la Bula *Ineffabilis Deus* acerca de la Inmaculada Concepción de María Santísima.

El Papa era un tema que don Bosco deseaba desarrollar ince-

santemente, para que la supremacía y la gloria del Vicario de Jesucristo estuviesen siempre en la cumbre de los pensamientos de los fieles. Por esto, en sus cartas, aun tratando de muchos asuntos, recomendaba frecuentemente la suscripción a las *Lecturas Católicas*.

Así contestaba a una hoja que le había mandado desde Lucca el sacerdote don Rafael Cianetti:

[26]

Queridísimo don Rafael:

He recibido su apreciada carta y, a la par que expreso mi sentimiento por la pérdida del Rector de San Leonardo, celebro la providencial disposición por la que usted le ha reemplazado como párroco y el celoso don Salvador Bertini ha sido elegido nuevo Rector. Espero que el bien de las almas no sufra nada sino que, por el contrario, marche cada vez mejor.

He rezado y haré rezar por la viuda que recomienda a su hijo algo malgastador; espero que la limosna hecha para la iglesia de María Auxiliadora, nuestras pobres oraciones, las fervorosas de usted y de la madre contribuirán a mover la bondad del Señor en su favor. Ruégole entregue la medalla que incluyo.

No dejaré de rogar por su señora madre y su hermana enferma. V. S., en fin, tenga en cuenta tres clases de personas: los niños, los ancianos y los enfermos; si se cuida de ellos, todo lo demás se lo ganará.

Le adjunto una nota con los trabajos que faltan por acabar en nuestra iglesia. ¿Puede encontrar usted medios y personas que quieran encargarse de los gastos de alguno de ellos por cuenta propia en honor de María Auxiliadora? Tenga en cuenta que María es una generosa pagadora y que los donantes tendrán un poderoso antídoto contra el cólera y contra cualquier otra desgracia.

Y otra cosa respecto a las *Lecturas Católicas*. Ahora que está dedicado al Sagrado Ministerio puede propagarlas y recomendarlas más fácilmente.

¿Cuándo volverá a pasar algún día entre nosotros? Su habitación está siempre preparada.

Ruegue por mí y por estos muchachos, y créame siempre en el Señor, de V. S. Carísima,

Turín, 2 del 1868.

Afmo. en Cristo
JUAN BOSCO, *Pbro.*

También envió su felicitación y sus augurios al nuevo Rector de San Leonardo de Lucca, don Salvador Bertini, por haberle elegido el Arzobispo para un cargo tan importante.

Queridísimo don Salvador.

Con sumo placer he recibido la noticia de su nombramiento de Rector de San Leonardo. *Deo gratias.*

Veo los méritos por una parte y **[28]** por otra la gloria del Señor. Su celo no necesita recomendaciones ni alientos; mas, si nuestras pobres oraciones pueden proporcionarle algún alivio, le aseguro que las tendrá diariamente. Los tiempos son difíciles, pero Dios estará siempre con nosotros. Por mi parte deseo que cumpla su promesa y venga a pasar algún día con nosotros. Hablaremos de muchas cosas. Su habitación está preparada.

Le recomiendo de manera especial las *Lecturas Católicas,* de las que tanto se preocupó en Lucca: siga apoyándolas. Espero que don Rafael Cianetti no dejará de ayudarle.

Me encomiendo, juntamente con mis pobres muchachos, a la caridad de sus santas oraciones, mientras tengo el gusto de profesarme con gratitud,

De V. S. Carísima.

Turín, 2 del 1867.

Afmo. en Jesucristo
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Al día siguiente escribía al caballero Federico Oreglia de San Stéfano, preguntándole si se había terminado en Roma la impresión del Centenario de San Pedro, como él había dispuesto, a fin de que el fascículo fuese impreso bajo la mirada de revisores eclesiásticos; y le daba noticias de la situación del Oratorio.

Carísimo Caballero:

Muy bien por su carta; me ocuparé de todo ello.

Mientras tanto, vea si se ha impreso nuestro *Centenario de San Pedro* y mándeme un ejemplar.

Le envío la carta del conde Bonsiglione, que venía dirigida a mi nombre. Se cumplirá el encargo para la *Unitá Cattolica*; tengo yo las ciento cuatro liras.

Vaya a llevar esta carta al Padre Chemeni, Rector del Colegio Nazareno. Aprecia la casa, déle una copia de los trabajos que todavía quedan por hacer, háblele de los libros y de las *Lecturas Católicas*; él me ha escrito varias veces a este propósito.

Entregue la carta a la Presidenta de Tor de'Specchi y dígale que el día de la Epifanía nuestros muchachos harán su comunión y yo diré la misa, según su piadosa intención.

El caballero Villanova se encuentra en mi habitación, le saluda y le ruega que venga.

La escasez de todo aumenta horriblemente: el pan se ha puesto a cincuenta céntimos el kilogramo; casi doce mil liras al mes en total, y ya debemos dos meses; hay medio metro de nieve, hace un frío intenso y la mitad de los muchachos van vestidos de verano: recemos.

Hambre, sed, muerte y probablemente guerra también, serán el programa para este año.

[28] Vea si puede enviarme el proyecto con las observaciones sobre Vigna y veremos qué es lo que se puede hacer.

Pronto le escribiré sobre otras cosas.

Gracias por el dinero que nos promete: vendrá como el agua para las fauces resecas; pero siempre será agua, o bien bálsamo.

Todos los de casa están bien y le saludan. La Santísima Virgen es casi la única proveedora que atiende a la iglesia y a la casa.

Le saludo a usted y a todas las personas que me ha nombrado. Que Dios le bendiga y créame, con los saludos del señor Cerato, que está aquí con nosotros.

Turín, 3 del 1868.

Afmo. en Jesucristo
JUAN BOSCO, *Pbro.*

La carta que el Caballero llevó a la reverenda madre Magdalena Galleffi, Presidenta del Monasterio de Tor de'Specchi, decía:

Turín, 3 del 1868

Reverenda Madre:

Me comunica el caballero Oreglia que la persona propuesta para ayudarme a hacer un altar en honor de María Auxiliadora es V. Rvda. M. juntamente con sus hijas religiosas. Si puede, cumpla la caritativa obra. María se lo pagará doblemente, porque, a causa del crítico año que pasamos, carecemos de pan, y aún tenemos la mitad de los muchachos vestidos de verano en esta cruda estación. Así que ayudándonos para la iglesia, ayuda indirectamente a toda la familia; y además, María Auxiliadora es generosa y, entre otras pagas, tendrán un poderoso antídoto contra el cólera.

De todos modos hago la embajada en nombre de María Auxiliadora y ruego de todo corazón a esta celestial Bienhechora que inspire y proporcione los medios para cumplir la obra propuesta.

Dios bendiga a usted y a toda su familia religiosa, conceda a todas una larga serie de años, de salud y vida feliz en la tierra y después el Paraíso. *Amén.*

Agradecido, me profeso

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Por aquellos días deseaba también el Venerable responder a las muchas cartas de felicitación que había recibido, con ocasión de las Navidades y Año Nuevo, de los Colegios de Mirabello y Lanzo. Escribía a los de Lanzo.

[29]

Muy querido don Juan Bautista Lemoyne:

A su tiempo recibí tu carta y también las colectivas y particulares de esos nuestros alumnos. Las he leído con la mayor satisfacción y, debo decirlo, me conmoví muchas veces ante tan fervientes signos de afecto y benevolencia.

Siento mucho carecer de tiempo para responder uno a uno a todos, mas espero poder hacerlo pronto personalmente.

Te ruego, entre tanto, les digas tres cosas de mi parte:

1.º Agradezco a todos vuestra buena voluntad y el cariño que me habéis demostrado sin yo merecerlo. Procuraré recompensároslo encomendándoos cada día en la santa misa, como si tuviera a todos alrededor mío.

2.º Durante este año necesito de todos modos que, desde el primero al último de la casa, reine entre todos la caridad, soportando pacientemente las molestias de los demás y dándoos siempre buenos consejos y avisos cuando se presente la ocasión. Esta es la llave que abre la puerta de la felicidad para el curso a lo largo de todo el año.

3.º Promúevase la visita frecuente al Santísimo Sacramento, como medio eficaz, más aún, como único medio para tener alejados los muchos azotes que durante este año nos amenazan en público y en privado.

Explíquese debida y oportunamente todo esto y conviértase en tema de observaciones, cuando lo creas conveniente.

Este año necesitamos impedir las malas lecturas y promover las buenas, por lo que tendría un verdadero placer, si todos nuestros queridos alumnos se suscribieran a las *Lecturas Católicas*, y Superiores y alumnos procurasen ofrecerlas y propagarlas a todas aquellas personas de las que se puede esperar aceptación. Incluyo aquí algunos prospectos. Tú y Sala incluid un prospecto con alguna palabra de recomendación en las cartas más importantes.

Tu vigila, in omnibus labora, opus fac evagelistae, ministerium tuum imple: argue, observa, increpa in omni patientia et doctrina et in perdifficilibus rebus dic constanter: Omnia possum in eo qui me confortat. (Tú vela en todo, soporta los trabajos, haz obra de evangelista, cumple tu ministerio: arguye, enseña, exhorta con toda longanimidad y doctrina y en los momentos más difíciles di constantemente: todo lo puedo en aquél que me da fuerza).

Dios te bendiga a ti y a tus trabajos, a los maestros, a los asistentes y a todos los alumnos: rogad por mí, que seré siempre vuestro.

Turín, 8 de enero, 1867.

Afmo. en Jesucristo
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[30]

CAPITULO IV

EXTRAÑA PETICION DE DON JUAN BONETTI A DON BOSCO – DON BOSCO ENVIA UN AGUINALDO DE LA VIRGEN PARA CADA UNO DE LOS DEL COLEGIO DE MIRABELLO – CARTA DE UN CLERIGO A DON BOSCO AGRADECIENDOLE EL AGUINALDO – COMUNICA POR CARTA A LA CONDESA CALLORI QUE HA ESTADO UN POCO ENFERMO; QUE VISITO A SU HIJO EN EL COLEGIO DE VALSALICE Y LE DA NOTICIAS DE EL; DISCULPA LA LENTITUD DE LA EDICION DE UN LIBRO; SUSPENDE EL PLAN DE LA FUNDACION DE UN COLEGIO; ELEVADO COSTE DEL PAN; NECESIDAD DE PRESERVAR DEL FRIO A SUS ALUMNOS; ESPERA VERLA EN CASALE – MANDAN MANTAS AL ORATORIO DESDE EL ALMACEN DE INTENDENCIA MILITAR – CARIDAD DE DON BOSCO

SI la carta de don Bosco a los alumnos del colegio de Lanzo les llenó de alegría y les decidió a hacer buenos propósitos, mucho más conmovió a los de Mirabello otra carta suya, que, por circunstancias poco ordinarias, era muy esperada. A finales del mes de noviembre había escrito don Juan Bonetti una carta a don Bosco:

Queridísimo don Bosco:

Al acercarse la novena de María Inmaculada un extraño pensamiento ha pasado por mi mente. Me lo he adueñado y se lo expongo.

He pensado, pues, que nosotros llamamos a la Virgen, Madre y en cambio se la dice Reina de los ángeles: por consiguiente nosotros somos sus hijos y no súbditos y siervos. En efecto, para nosotros y no para ellos se dijeron aquellas palabras: *Ecce filius tuus: ecce mater tua* (He aquí a tu hijo: he aquí a tu madre).

Así las cosas, me dije: no hay duda de que el amor de un hijo debe ser mucho más vehemente que el de un súbdito, por fiel que éste sea, y, por tanto, nuestro amor a María no debe ser inferior al de los ángeles. Aunque los ángeles **[31]** al presente puedan amar a María más que nosotros, esto sucede porque ya se encuentran en la bienaventuranza; pero, pese a ello, nosotros tenemos, como hijos, más derechos, mayores títulos, más fuertes obligaciones que ellos para amarla y venerarla, especialmente por los grandes beneficios que nos ha prestado.

En consecuencia, y aunque a primera vista parezca demasiado atrevido, he propuesto a nuestros hijos de Mirabello desafiar a los ángeles a celebrar la novena y fiesta de la Inmaculada Concepción, estimulándoles al mismo tiempo a emplear todas sus fuerzas para superar en estos días a los espíritus celestiales en entusiasmo y

amor a esta nuestra dulcísima Madre. A la dificultad que me han presentado de que los ángeles vencerían por no tener pasiones ni tentaciones, he respondido y demostrado que más bien nuestras pasiones y tentaciones nos pondrían en la costosa necesidad de vencer más fácilmente el desafío, porque con la ayuda de Jesús y de María, que no nos falta, las superaríamos; y que Dios, al juzgarnos a nosotros y a los ángeles, tendría en cuenta nuestros mayores esfuerzos.

De cualquier modo que sea, bien o mal, he hecho la propuesta, que ha sido aceptada por los muchachos. Hoy se ha empezado la novena con mucho entusiasmo y hay un buen número que me parece dispuesto a vencer o morir. Necesito toda la prudencia de un general para moderar o dirigir bien su ardor.

Pero, ahora me encuentro en un gran lío. Me preguntaron quién sería árbitro del desafío entre nosotros y los ángeles. Y yo, con una confianza, quizá demasiado grande, respondí que dejaba a la Virgen el cuidado de dar a conocer de algún modo el resultado del desafío. Temo haber tentado a Dios con esto. Por eso me dirijo a usted para que acuda en mi ayuda. ¿De qué modo? Con uno de sus acostumbrados sueños, que rogaré a María se lo mande durante esta novena.

Sería de desear que en este sueño, o de cualquiera otra forma, viera usted a los muchachos de Mirabello, a todos o en parte, vencedores, o bien acariciados por la Virgen que se mostrará satisfecha de ellos por la novena. Al terminarla, o el día de la fiesta, nos haría usted un gran servicio y coronaría la obra si, en nombre de María, nos comunicara nuestro triunfo. ¡Ah, don Bosco, por compasión, no me deje en el apuro, venga en mi ayuda a tiempo!

El enfermo que le recomendé sanó enseguida. Se agravó otro (un tal Stella) sobrino del canónigo Manfredi de Voghera. Encomiéndelo.

Los demás están todos bien. El número exacto de los actuales alumnos, sin contar los que aún esperamos, es de ciento cuarenta y cinco, diez menos que el año pasado. Ruegue por nosotros.

Suyo afectísimo,

JUAN BONETTI, *Pbro.*

[32] Don Bosco debió sonreír ante esta carta, pero como se trataba de excitar cada vez más la devoción filial de los alumnos a María Santísima, después de haberse dirigido ciertamente a Ella con fervorosas oraciones, confió ser oído. Mas no se apresuró a contestar, sino que dejó pasar la fiesta de la Inmaculada y pidió a don Juan Bonetti que le mandara la lista con los nombres de todos los alumnos del Colegio, de los que estaban adscritos a la casa y de los miembros de la familia Provera. Todos los nombres deberían ser escritos en la cabecera de una línea, de modo que él pudiera escribir al lado una palabra, un aviso, una alabanza, o un reproche, en nombre de la Virgen. Es de notar que muchos de los alumnos eran nuevos, y sólo los había visto una vez, y otros le eran totalmente desconocidos por completo, porque habían entrado después de su visita, hecha en noviembre. Don Juan Bonetti se apresuró a mandarle la lista pedida en

folios, cuyo revés debía quedar en blanco. Se repetía el hecho del aguinaldo recibido por los alumnos del Oratorio para el año 1862. Don Bosco, después de rellenar de propia mano aquellos folios, los remitió a Mirabello con la siguiente carta:

Turín, 7 del 1868

Querido Bonetti:

He hecho retrasar un poco la respuesta que la Virgen da a los jovencitos de Mirabello, antes de desafiar a los ángeles.

No ha podido ser hasta ahora; el dictado era algo largo. Verás que hay observaciones muy severas, pero ninguno las tome a mal; si tiene algo que observar, hágalo a la misma Virgen. Lo cierto es que nadie puede decir: «Este aguinaldo no me va».

Nasi, Chicco, Cerruti, Belmonte y alguno más me escribieron cartas que he leído con verdadero gusto; las tengo sobre el escritorio para contestarlas. Las respuestas son muy concisas por culpa tuya. ¿Por qué, al mandarme la lista de los muchachos, no me dejaste más espacio entre un nombre y otro? Ayuda, pues, a leer lo escrito; da a cada uno su cartita; cuando yo vaya a Mirabello procuraré explicar a cada cual lo que allí se indica.

Que Dios mande copiosas bendiciones sobre los alumnos y sobre los queridos **[33]** superiores de Mirabello. Yo no doy aguinaldo porque no quiero *miscere sacra profanis* (mezclar lo sagrado con lo profano). *Vale,* (pásalo bien).

Rogad por

Vuestro Afmo.
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P. D. Recomiéndese y propáguense las *Lecturas Católicas;* y en las cartas, en que parezca oportuno, métase un prospecto.

Don Juan Bonetti recibió aquellos escritos, los transcribió en un cuaderno suyo, anotando sólo las iniciales de los nombres; cortó después el original en tantas tiritas cuantos eran los nombres, y las distribuyó según su dirección a cada uno de los de la casa. Las primeras parecen destinadas a los superiores, maestros y asistentes.

He aquí los avisos enviados por don Bosco:

—Habla con frecuencia y caridad con tus inferiores.

—Si quieres volar alto, comienza desde abajo: *Humilitas totius aedificii spiritualis fundamentum* (La humildad es el fundamento de todo el edificio espiritual).

—Procura siempre practicar con los hechos lo que propones a los demás con las palabras.

—*Quaere primum regnum Dei: sursum corda* (Busca primero el reino de Dios: arriba los corazones).

—*In patientia felicitas et salus tua* (Tu felicidad y tu salvación están en la paciencia).

—*Cave ne ponas manum ad aratrum et respicias retro* (Guárdate de poner la mano al arado y mirar hacia atrás).

—Las pequeñas cruces de la tierra soportadas formarán nuevas coronas de gloria en el cielo.

—*Multis modis vocat nos Deus ad se; in patientia tua possidebis animam tuam.* (De muchos modos nos llama Dios a El; serás dueño de tu alma con la paciencia).

—*Placentia superiori, placent Deo tuo. Perge!* (Lo que agrada al superior, agrada a tu Dios. ¡Sigue!).

—*Ama nesciri.* (Ama ser desconocido).

—*Non multa sed quae Deo non tibi placent, agenda sunt.* (No hay que hacer muchas cosas, sino las que agradan a Dios y no a ti).

—*Homines vident quae parent, Deus autem intuetur cor.* (Los hombres ven lo que aparece, pero Dios mira al corazón).

—*Nondum coepisti: et quae coepisti Dei non sunt.* (Aún no empezaste: y lo que empezaste no es de Dios).

—*An pergis? quid vis? Pete, ora, et operare.* (¿Acaso caminas? ¿Qué quieres? Pide, ora y haz).

—Consagra al Señor tu salud y la tendrás.

—*Excita somnolentos et te ipsum si calumniatus fueris.* (Excita a los somnolientos y a ti mismo, si fueres calumniado).

—La meditación y la comunión serán tus salvadores.

—*Si vinum bonum, opera bona, feceris, laetificabis cor Dei et hominum.* (Si haces buen vino y buenas obras, alegrarás el corazón de Dios y de los hombres).

—Si tienes que dar cuenta a Dios de las palabras, de los pensamientos, ¿qué no será de las obras?

—*Si cum bonis bonus eris, cum perversis perverteris.* (Si eres bueno con los buenos, con los malos te pervertirás).

—*Satage ut per bona opera vocationem certiorem facias.* (Cuida de que a través de las buenas obras hagas más cierta tu vocación).

—¿Por qué no cumples las promesas? ¿Dónde están tus propósitos?

[34] —Si haces la meditación y la lectura espiritual, vencerás la pereza y aquel vicio que te dije.

—Empieza: Dios no está contento de ti.

—*Qui dicit bene et male agit, erunt ei mala in interitu.* (Quien habla bien y obra mal, recogerá los males a la muerte).

—La caridad, la humildad, son las alas que te elevarán hacia Dios.

—No basta empezar; es necesario perseverar aun con sacrificio.

—Jesucristo sea tu amigo: huye de los compañeros disipados.

—Tanto los malos consejeros como los aconsejados corren gran peligro de ruina.

—Desagrada a Dios tu holgazanería. ¿Por qué no haces bien la meditación y la lectura espiritual?

—Con los malos consejos te ganas la ira de Dios: cambia de vida, estás a tiempo.

—Abre tu corazón de par en par al Director y frecuenta la comunión con fervor.

—Animo, si quieres tener el premio; don Bosco te dirá lo demás.

—Si no vuelves atrás, te metes por un camino que te conduce a la perdición.

—Deja de ser loco y sé luz de buen ejemplo con tus hechos.

—Por los malos consejeros eres mal aconsejado. Escucha al confesor.

—Si no te pones a practicar la humildad, pierdes la más hermosa de las virtudes.

—El que da o recibe malos consejos, se hace siervo y esclavo del demonio.

—Los males pasados te sirvan de lección para el porvenir.

—*Inchoantibus praemium promittitur, perseverantibus datus.* (Se promete el premio a los que empiezan, y se da a los perseverantes).

—Te espera un gran premio; no pensar en la fatiga.

—La comunión frecuente y la meditación harán tu dicha.

—La arrogancia y el tiempo perdido serán dos espinas en punto de muerte.

—Vete con los buenos y atente a los consejos del confesor.

—Huye de la vanidad y de la pereza. Haz alguna visita a Jesús Sacramentado.

—Emplea el tiempo; frecuenta la comunión; sé obediente.

—Ten ánimo; haz el bien; no atiendas a nadie.

—Si quieres el premio, sigue comulgando frecuentemente.

—El que tiene conversaciones malas, es ministro de Satanás. Corrígete.

—Recurre frecuentemente a María, y adelante.

—Vete con los buenos, frecuenta la comunión y ten ánimo.

—¿Por qué piensas tanto en casa? ¿Por qué no piensas más en el alma?

—Pon en práctica los propósitos de la confesión.

—Atiende a la meditación y a la lectura espiritual. Te son indispensables. Frecuenta la comunión.

—Dios quiere algo más: ámalo; frecuenta la comunión.

—Aún tienes tiempo, pero ¡ay! si lo difieres. Huye del ocio.

—Ama más el alma, menos el cuerpo: ánimo, mientras tienes tiempo.

—El mundo te engaña; escucha a Dios que te tiene preparado un gran premio.

[35] — Tu tibieza y tu indiferencia te exponen al peligro de perderte.

—Guárdate de los malos consejeros: hazte amigo del Director y de tu maestro.

—Animo, frecuenta la comunión, huye del ocio.

—María te llama, ánimo, escúchala y en guardia con todos.

—Sé humilde, haz mejor la meditación.

—Busca buenos consejeros, de otro modo estás en peligro.

—Lava con frecuencia tu alma y pon en práctica los consejos del confesor.

—No escondas el veneno en el pecho: búscate mejores compañeros.

—Ten más confianza con tus superiores y sigue sus consejos.

—Huye del ocio, haz mejor la meditación.

—Sé menos bufón y más devoto y diligente.

—Haz el bien y no mires a quién; estás a tiempo.

—Tus hermanos esperan de ti buenos ejemplos y buenos consejos.

—La meditación, la lectura espiritual y la comunión frecuente serán tu fortuna si las haces bien.

—Si no abandonas el vicio que tú sabes, te preparas un triste porvenir.

—Confianza con tus superiores: pon en práctica los consejos del confesor.

—El mundo paga mal; frecuenta los buenos compañeros y la comunión.

—¿Por qué no corriges el pasado? ¿Por qué perseverar en el vicio? Recurre a María y te ayudará.

—El mundo engaña, Dios sólo da el premio verdadero: invócale.

—Los consejos de tus superiores sean la norma de tus acciones.

—Una buena enjabonadura del alma y después huye del vicio.

—Da siempre buen ejemplo y frecuenta la comunión.

—Dios no está contento de ti; se requiere un cambio radical.

—La obediencia y la diligencia te aseguran el camino del paraíso.

—No mires el trabajo sino el premio que Dios da a quien le sirve.

—La mansedumbre y la obediencia son de absoluta necesidad.
—Vete con los buenos y huye de los compañeros disipados.
—No haces mal, pero no basta: Dios quiere que obres bien.
—Abre el corazón a tus superiores y tendrás consejos para poner remedio.
—Quien juega a capricho, pierde el bolsillo. Sé más obediente.
—Pon en práctica los propósitos que haces en la confesión.
—La cólera y el escándalo han hecho temer mucho por ti; enmiéndate.
—¿Por qué piensas en tantas cosas y atiendes tan poco al alma?
—Das malos consejos y piensas demasiado en el cuerpo; corrígete.
—¿Sabes dónde está el país de las riñas? Paciencia y obediencia.
—El perezoso de por vida, llorará a la hora de la muerte el tiempo perdido.
—Un vicio te prepara un gran desastre, si no te corriges.
—Más sincero; ocupa mejor el tiempo y huye, etc.
—Las comuniones y las meditaciones serán tu fortuna.
—No cuidas bastante de tu alma: sé más diligente.
—Sé más constante en las promesas que haces a Dios.
[36] —¿La holgazanería y la volubilidad son tus amigos?
—Ocupa tu tiempo, da mejor ejemplo y Dios te ayudará.
—Dios quiere de ti más diligencia en tus deberes.
—Vete con buenos compañeros y huye del ocio: ¡ánimo!
—Piensa menos en casa; atiende más al alma y a la clase.
—No hagas caso a nadie; haz el bien, vete con los buenos.
—Huye de la holgazanería; está más recogido en la iglesia.
—Huye de los compañeros disipados; sé más diligente.
—Piensa en tus deberes, pero atiende más a las cosas del alma.
—Más caridad con los compañeros; combate el vicio que tú sabes.
—María quiere de ti más diligencia en tus deberes.
—Sé más devoto en la iglesia y más atento en el estudio.
—Pon más atención en la meditación y en la lectura espiritual.
—Respeta a los superiores y frena la cólera.
—María te quiere devoto y obediente.
—O cambiar, o esperar un mal fin; estás a tiempo.
—El tiempo que pierdes te conduce al vicio; y si continúas así ¿adónde vas?
—La pereza desagrada al Señor. Empieza a ser diligente.
—Las cosas pueden esconderse al mundo, pero no a Dios. Sinceridad.
—Está más atento en la clase, y sé más devoto de María.
—Demasiado disipado; sé más diligente; acude a María.
—La boca que miente, da muerte al alma.
—Olvida el pasado y haz vida nueva en lo sucesivo.
—Sigue los avisos y los consejos de tus superiores.
—Caridad con los compañeros; respeto a los superiores, más atención en la iglesia.
—Si has empezado bien, continúa; obediencia y devoción.
—Procura ir con compañeros amigos de la piedad.
—Frecuenta los sacramentos. Atiende a la lectura espiritual.
—Abre tu corazón al Director y haz lo que te dice.
—La devoción y el estudio te harán feliz.
—Ocupa mejor el tiempo; sé más devoto en la iglesia.
—Si hablas fuera de tiempo, haces daño al alma y al cuerpo.

—Tu negligencia desagrada a Dios. Ocupa mejor el tiempo.
—La devoción en la iglesia te atraerá muchas bendiciones.
—Escucha a tus superiores y no te equivocarás.
—La lectura espiritual y la obediencia te llevarán por el buen camino.
—¿Por qué molestas en la iglesia? Sé más devoto en lo sucesivo.
—Tu disipación desagrada al Señor. ¿Cuándo cambiarás?
—Las riñas y la negligencia acarrean mucho daño a tu alma.
—Si no acabas con las negligencias y altercados, Dios no te dará la ganancia al fin de la vida.
—Procura ser un poco más obediente y, después, todo irá bien.
—¿Qué recompensa se merece el perezoso y negligente?
—Más afecto y más caridad con tus compañeros.
[37] —Si quieres seguir adelante, ten más caridad con tus compañeros; respeta a los superiores.
—La atención en la clase y la devoción en la iglesia te harán agradable a Dios.
—Piensa en la hormiga y medita el séptimo mandamiento del Decálogo.
—No basta empezar, sino esforzarse para continuar.
—Deja las mentiras; las negligencias desagradan a Dios.
—¿Quieres ser bueno? Devoción en la iglesia y atención en clase.
—Con la negligencia y la charlatanería causas daño al alma.
—La obediencia es todo para ti. Recurre a María.
—¿Quieres asegurar el buen camino? Sé obediente.
—Si no huyes de la pereza, van mal las cosas del alma y del cuerpo.
—El demonio te quiere llevar a la pereza: no le escuches.
—Vete con los buenos, huye de los disipados y harás bien.
—Si no cambias radicalmente, vas por mal camino.
—Los consejos de tu confesor y de tu maestro serán tu fortuna.
—¿Quieres ser bueno? Devoción en la iglesia y atención en clase.
—Si no empiezas ahora, estarás en peligro más adelante.
—Si eres devoto de María, tendrás la salud del alma y del cuerpo.
—Pide consejo al Director y síguelo.
—¿Has empezado? Bien está, pero es preciso continuar.

Los nueve papelitos siguientes parecen estar destinados para el personal de servicio.

—Da mucha importancia a las cosas de religión.
—Si aguantas a los demás, ellos te aguantarán a ti. Más religión.
—Ahora puedes y no quieres; vendrá un tiempo en que querrás y no podrás.
—Quien piensa mucho en el cuerpo y poco en el alma, cae en el lazo del demonio.
—Con mayor frecuencia de sacramentos puedes asegurarte el camino al cielo.
—En el Evangelio Dios condenó al siervo perezoso. Animo.
—¿No quieres que se murmure de ti? No murmures tú de los demás.
—Con el respeto y la obediencia obtendrás un gran bien.
—Sé fiel y trabaja por amor de Dios, que te pagará bien.

Estos otros estaban destinados a los miembros de la familia Provera, a los que don Bosco, en su agradecimiento, consideraba como hijos suyos espirituales.

—Mucha paciencia con los jóvenes.
[38] —Soportar los defectos de los demás.
—En el trabajo búsquese la gloria de Dios.
—No dé reprimendas a toda hora; use el garrote cuando haga falta *(al anciano padre)*.
—Animo; al fin todo se paga.
—Con hechos, con palabras, enseñe la religión a su familia *(a la madre)*.
—Ayude al papá a corregir y avisar, pero no se olvide de sí misma.
—Después de los trabajos y los combates te espera un gran premio.
—Vigila tu salud temporal y espiritual y la de tu familia.

Formó época en Mirabello este reparto y mientras los muchachos meditaban sus papelitos esperando una visita de don Bosco, él recibía cartas de agradecimiento, una de las cuales transcribimos por su ingenuidad.

Mirabello, 15 de enero de 1868

Rvmo. Sr. don Bosco:

¡Cuántos besos doy al querido aguinaldo que salió de las manos de don Bosco y a quien se lo dictó, la Santísima Virgen!

También yo quisiera darle un aguinaldo, si lo acepta, porque yo se lo doy de corazón. He oído hablar tan bien de la Sociedad de clérigos y sacerdotes, que no veo el momento en que tendré la dicha de entrar en ella. Esto puede ser un simple y pasajero ímpetu de mi corazón y, si así fuese, usted lo conoce mejor que yo; por esto he pensado ponerme totalmente en sus manos, porque sé en qué manos me pondrá. Don Bosco conoce mi interior, sabe de qué soy capaz; disponga, don Bosco.

Ahora, además, le pido, con lágrimas en los ojos, una satisfacción. Mi corazón, hace tiempo estaba tan contento que hasta estaba tentado de soberbia; y, a veces, tan sumamente triste que no podía encontrar la paz. Pero ¡qué alegría cuando manifesté esto a mi confesor y éste me aseguró que nada tenía que temer por el pasado! Cuando, luego, pude ir a confesarme con usted, ya sabe, don Bosco, que me hizo ciertas preguntas que me dieron algo que pensar.

Ahora he oído hace poco al señor Director que, exhortado por don Bosco a avisar a los que hacen confesiones sacrílegas, interrogando cómo hacerlo, usted le respondió que cuando niegan al ser preguntados, basta para ellos un aviso general: que lo piensen. Este pensamiento me hace temblar. Por caridad, don Bosco, expóngame el estado de mi conciencia; estoy dispuesto a obedecerle en todo. Temo que mi don Bosco haya querido avisarme también a mí de ese modo. Por caridad, consuéleme, dígame, dígame todo; yo lo haré, lo haré.

[39] Perdone, querido don Bosco, si le he hecho perder demasiado tiempo; es muy grande el deseo de obtener las referidas gracias. Las espero de su dulce corazón y, con esta esperanza, beso su mano con filial afecto.

Su seguro servidor
CARONES, *clérigo.*

Cesó la nevada y quedaron practicables las calles. Don Bosco fue al colegio de Valsálice para visitar a un hijo de la condesa Callori, que estudiaba allí. Después escribió a la madre, que pasaba parte del invierno en su palacio de Casale, comunicándole otras noticias importantes y diciéndole las causas que retrasaban la publicación del libro *El católico instruido en las prácticas de piedad.*

Benemérita señora Condesa:

Infinitas cosas a decir y sin escribir: la costumbre de uno. Pero ahora vamos a tomar las cosas una por una; lo hago tras haber estado unas semanas flojo de salud. Esto se lo digo sólo a usted, como madre, porque los de casa no saben nada, pues de otro modo estarían inquietos. Ahora marcho bien.

He estado dos veces en Valsálice; siempre con poca fortuna. La primera no había nadie, porque era tiempo de paseo. Fui otra vez, a distinta hora, y aquel día hubo también cambio en la hora de paseo. Sin embargo, he podido hablar con Manuel, a quien he encontrado bien de salud, pero no con la acostumbrada tranquilidad. Quería volver después para hablar largo y tendido, mas no he podido. Ahora, si usted llevara a cabo lo que indicó por medio de la marquesa Fassati, bien; de otro modo iré, y ahora, teniendo hora y día fijo para hablar, estoy seguro de no hacer el viaje en vano. Dígame, si puede, una palabra en este sentido.

El famoso libro ha dormido largo rato. Monseñor Gastaldi, que es el censor eclesiástico encargado, olvidó el original en Turín y por ello no se nos entregó hasta primeros de este mes. Ahora se trabaja a toda prisa y espero que ganaremos parte del tiempo perdido.

Le diré que el libro llegará a las ochocientas páginas y, si aún se añade la vida de los principales santos, alcanzaremos las novecientas: demasiado voluminoso. Por tanto, sería del parecer de omitir las vidas de estos santos, que tal vez podrían imprimirse después aparte, y las vísperas y otras cositas a añadir, imprimirlas con caracteres más pequeños con lo que nuestro libro se reduciría a unas setecientas cincuenta páginas. Piénselo usted, y yo haré lo que diga la mamá.

[40] El pensamiento de un colegio, cuya necesidad tan gravemente se deja sentir, tenemos que abandonarlo por este año.

Hemos de hacer grandes esfuerzos para ir adelante en estos años tan difíciles. El año pasado por estos días se pagaba el pan a veintiséis céntimos el kilogramo; ahora ha subido a cincuenta, así que don Miguel Rúa tiene que pensar cada mes en nueve mil liras en vez de cinco mil. Aún más, Lanzo y Mirabello no alcanzan con las pensiones. Y aquí tenemos la mitad de los jóvenes vestidos todavía de verano.

Esto obliga a suspender todo gasto nuevo.

Por esto, cuanto usted pueda hacer según su caridad, hágalo para ayudarnos a seguir adelante este año, con la esperanza de tiempos mejores para otras empresas.

Habrá recibido la carta que el conde Borromeo me escribió sobre el exalcalde de Vignale: dejemos que Pilato se lave las manos. Hablaremos más tarde.

El señor Conde o usted harían bien en participarle, para que lo sepa, que ellos hicieron las diligencias para esta condecoración.

Si usted viniese pronto a Turín ruego me lo diga para que no coincida la época de su ausencia con mi paso por Casale, a principios de febrero próximo o tal vez antes.

Señora Condesa, a diario encomiendo en la santa misa a usted, a su señor marido y a toda la familia. Ruegue también usted por mi pobre alma y créame con verdadera gratitud,

De V. S. B.

Turín, 10 del 1867.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

En esta carta don Bosco hace alusión a un colegio. Se trataba de fundar en Turín un nuevo instituto para la educación de la juventud, que debía ser destinado a liceo[1] para poner en él a los alumnos estudiantes del Oratorio que, después de acabar los cursos del gimnasio (bachillerato) quisieran comenzar los de filosofía, y no sólo ellos, sino también todos los demás que se presentasen. Cierto número sería de los pertenecientes a la Pía Sociedad, o de los que hubieran mostrado deseo de pertenecer. El tal liceo habría tenido superiores y profesores propios. Para ambientar la cosa y cumplir la obra, habríase añadido una clasecita para alumnos de gramática y algún taller de aprendices, entre tanto habría sido casi **[41]** el principio de un noviciado, como después se tuvo en San Benigno Canavese. Y los alumnos, sin vestir todavía la sotana, no habrían causado envidia ni oposiciones.

El Venerable respondía a otra carta de la condesa Callori con una tarjetita:

Mi buena Mamá:

También yo diré: paciencia. Deseaba precisamente pasar un rato con el señor Raniero... Lo haré tal vez por carta.

Esta tarde no puedo ir por estar comprometido.

Deseo todo bien a la buena Mamá y a toda su familia de parte del pobre, pero agradecidísimo.

Díscolo (Travieso).

---

[1] *Liceo,* nombre que en Italia se daba a los dos cursos de bachillerato superior. *(N. del T.)*

Don Bosco escribía también cartas al caballero Oreglia, a la Presidenta de Tor de'Specchi y a la señora Callori diciéndoles que algunos de los muchachos estaban todavía vestidos de verano; pero eso no quitaba que él les proveyera de elásticas de lana. A la vez había anunciado al Caballero: *En casa todos están bien.*

El no descansaba un instante para proveerles de lo que les faltaba, aun supliendo a la despreocupación de ciertos padres que no cumplían sus compromisos.

En septiembre de 1867 había pedido al Ministro de la Guerra que le concediese vestuario y mantas de cama en desuso, existentes en los reales almacenes del Estado. El Ministro había aceptado la petición, y como no todos los objetos destinados al Oratorio habían sido entregados a don Bosco, éste había solicitado el envío y recibía pronta respuesta.

Almacén principal de la Administración Militar en el Departamento de Turín.– Oficina de Contabilidad.

Turín, 10 de enero de 1868

Ilmo. y Rvmo. Señor:

Entre los distintos objetos que el Ministerio de la Guerra, por oficio del 10 de octubre p. p. n.º 7.754, ordenaba fueran entregados al Oratorio de San Francisco de Sales, del que V. S. Ilma. es benemérito Director, **[42]** se habían asignado veinte mantas de algodón, de las que, en la época del suministro hecho, el almacén estaba, como todavía lo está, literalmente desprovisto.

Ahora bien, teniendo en existencia algunas mantas de campo de lana, que para la actual estación parece sean más adecuadas que no las de algodón, si V. S. las acepta, puede retirar veinte de las mismas como remate de la donación concedida por el mencionado superior.

Mientras tanto me honro en responder a la carta de esta mañana, manifestándole al mismo tiempo los sentimientos de mi mayor respeto, con el que me honro de ser

De V. S. Ilma y Rvma.

Su seguro servidor
A. BACCHINO

El Venerable pasaba entonces por continuos apuros económicos, pero ellos no empequeñecían su corazón, que se conmovía al ver las miserias de los pobrecillos que le tendían su mano. Cuenta don Miguel Rúa en sus memorias:

«El 10 de enero de 1868 andaba don Bosco por la ciudad al caer de la tarde. Un pobrecito se acercó a pedirle limosna. Había tenido

que gastar durante la jornada todo el dinero que poseía y no le quedaba más que una moneda de una lira. Movido a compasión por el pobrecito le dijo:

—No tengo más que esta moneda; tomadla y que el Señor os bendiga. Pero, antes de volver a casa, pasad por el santuario de Nuestra Señora de la Consolación a rezar una *salve* para que la Virgen me mande otros auxilios.

—Dicho esto se marchó.

Una hora después, una persona le remitió un paquete procedente de Roma, sin ni siquiera decirle qué contenía. Creyó don Bosco que se tratase de estampitas. Pero ¡qué!

Desató el paquete, lo abrió y se encontró con mil seiscientas liras en billetes de banco, que le vinieron muy bien para saldar algunas partidas de la deuda que tenía».

El paquete, como se verá, habíaselo mandado el conde de Maistre.

[43]

CAPITULO V

CONFIANZA DE LOS FIELES EN LA ORACION Y BENDICION DE DON BOSCO – CARTA DE DON BOSCO AL CABALLERO OREGLIA: HA RECIBIDO LOS DONATIVOS DE LOS BIENHECHORES ROMANOS; MUERTE DE VARIOS BIENHECHORES DE TURIN; NIEVE Y FRIO EXCESIVOS EN EL PIAMONTE; TRIBUTO DE GRACIAS A LA PRESIDENTA DE TOR DE'SPECCHI POR EL GENEROSO OFRECIMIENTO DE UN ALTAR; VARIOS ENCARGOS – CARTA DEL CABALLERO A DON BOSCO: GRAVES ENFERMEDADES EN ROMA; EL DUQUE DE SALVIATI Y EL CARDENAL CONSOLINI SE INTERESAN POR EL ASUNTO DE VIGNA PIA; MUERTE DEL HERMANO DEL CARDENAL; MEDALLAS DE MARIA AUXILIADORA REPARTIDAS A LOS ENFERMOS – DON BOSCO HABLA DE COMO DEBE REGULARSE UN DIRECTOR SALESIANO EN LA CASA A ABRIR EN ROMA – DON JUAN FRANCESIA COMUNICA AL CABALLERO NOTICIAS DEL ORATORIO Y LAS PREDICCIONES DE DON BOSCO; EL CLERIGO MAZZARELLO SE ENCUENTRA GRAVISIMO; CONFESIONES GENERALES – MUERTE DEL CLERIGO MAZZARELLO: ES LA PRIMERA PREDICCION DEL SUEÑO; CIRCUNSTANCIAS SORPRENDENTES DE ELLA – DON BOSCO AL CABALLERO: HA RECIBIDO LAS OBSERVACIONES SOBRE EL PROYECTO DE VIGNA PIA Y LAS ESTUDIARA; LAS MEDALLAS DE MARIA AUXILIADORA QUE SE ESTAN ACUÑANDO; PROPUESTA DE UN PROFESOR PARA UNA FAMILIA NOBLE; INTRODUCIR EN ROMA EL JOVEN CRISTIANO *Y LA* HISTORIA DE ITALIA *EN EL COLEGIO ROMANO; ES BASTANTE PROBABLE LA VUELTA DE UN PRINCIPE A SU CASA; PEDIR UNA BENDICION AL SANTO PADRE; NOTICIAS DEL ORATORIO; MUERTE DEL ABATE FRASSINETTI, PRIOR DE SANTA SABINA EN GENOVA – EL PADRE OREGLIA A DON JUAN BAUTISTA FRANCESIA: OBSERVACIONES SOBRE CIERTAS HISTORIAS; EL ASUNTO MARGOTTI; NOTICIAS DEL BIEN QUE HACE EL HERMANO FEDERICO; ROMA SE FORTIFICA – DON BOSCO AL CABALLERO: HA MUERTO EL CLERIGO MAZZARELLO;* **[44]** *EL GRABADO DE MARIA*

AUXILIADORA PARA UN LIBRO DE ORACIONES; NOTICIAS DE TURIN; LE MANDA UNA CIRCULAR CON UN PROSPECTO DE LAS LECTURAS CATOLICAS*; LE INVITA PARA LA FIESTA DE SAN FRANCISCO DE SALES – LA CIRCULAR – OTRA CARTA AL CABALLERO OREGLIA: LAS DEUDAS GRAVES DEL ORATORIO; DA GRACIAS A LOS BIENHECHORES ROMANOS Y ROGARA POR ELLOS; NOTABLE OFRENDA DE UN SEÑOR CURADO POR LA VIRGEN; PETICION DE UNA CONDECORACION PARA EL ABATE SOLERI; EL FRIO TRIPLICA LA MORTANDAD EN TURIN; NINGUN ENFERMO EN NUESTRAS CASAS – EL CABALLERO OREGLIA ENVIA NOTICIAS DE ROMA A DON JUAN BAUTISTA FRANCESIA – DON BOSCO ESCRIBE AL DIRECTOR DE LANZO, QUE SE ENCUENTRA EN GENOVA: LE MANDA UNA CARTA PARA ENTREGAR AL ARZOBISPO CHARVAZ CON EL FIN DE OBTENER DE EL UNA CARTA COMENDATICIA; RUEGO A UN CANONIGO PARA QUE PROMUEVA LAS* LECTURAS CATOLICAS*; UNA NOTA CON LOS TRABAJOS A REALIZAR EN LA IGLESIA DE MARIA AUXILIADORA PARA PRESENTARLA A QUIEN PUEDA ENCARGARSE DE ALGUNO DE ELLOS A SUS EXPENSAS –* LECTURAS CATOLICAS: SEVERINO O LAS AVENTURAS DE UN JOVEN DE LOS ALPES – *APARECE ANUNCIADA EN LA* UNIDAD CATOLICA – *PALABRAS DE DON BOSCO SOBRE ESTE LIBRITO*

SI alguien quisiera llevar cuenta de todas las cartas que poseemos, en las que aparece la veneración a don Bosco como a un santo, la confianza ilimitada en sus oraciones, la persuasión de que era uno de los siervos predilectos de María, debería imprimir un epistolario interminable. Volvemos de cuando en cuando sobre esta afirmación, porque indica la causa principal de las generosas ofertas que don Bosco recibía para sus obras y para la iglesia de María Auxiliadora. Nos agrada espigar algunos párrafos de ciertas cartas.

El 4 de enero escribía a don Bosco el señor Víctor d'Oncieu, desde Chambéry (Saboya). Encomendaba a sus oraciones a una joven gravemente enferma de tuberculosis:

«He pasado muchas temporadas en Turín; con tal motivo me fue fácil juzgar por mí mismo el gran bien que usted ha hecho. Además,

[45] una de mis parientes, la condesa Melzi, de Milán, me ha hablado de usted y de muchas curaciones milagrosas conseguidas por sus fervorosas oraciones. Todo esto me ha decidido a tomarme la libertad de dirigirme a usted en favor de nuestra pobre enferma... Ya le hemos puesto al cuello una medalla de la Santísima Virgen Auxiliadora, que nos entregó la señora D'Oncieu, madre de la condesa Melzi...».

Y la señora D'Oncieu escribía, el 20 de febrero de 1868, implorando las oraciones de don Bosco para obtener una gracia importantísima:

«Debo deciros, señor Abate, que las medallas de María Auxiliadora, con la promesa de una limosna para vuestra iglesia, han preservado del cólera a muchas personas y a comunidades enteras. Una persona gravemente enferma, y de edad avanzada, se encontró mejor inmediatamente después de haberse puesto al cuello la medalla que la condesa Melzi le había llevado el verano pasado, y hoy está completamente curada. Ved, pues, Padre mío, que debemos albergar cierta esperanza de ser oídos por intercesión de vuestras fervorosas oraciones».

El 8 de enero de 1868, y desde Carate Brianza, comunicaba la señora Carolina Brambilla Rasini a don Bosco:

«Le agradezco de corazón la bondad que ha tenido al acordarse de mí y de la pobre alma afligida que le recomendé. Hago lo que usted me indicó y tengo en gran aprecio aquella estampita... Confío mucho en la eficacia de sus oraciones... Juan se acuerda siempre de usted, le agradece sus recuerdos, le envía un millón de respetuosos saludos, con mil augurios y bendiciones para usted y esa Institución que con tanto celo rige...».

Y el señor Juan Brambilla añadía una posdata: ...«¡Oh, cuántas cosas han acontecido este año después de nuestra conversación! ¡Pobre Oratorio de San Luis! Dios lo ha permitido, pero yo no desconfío de la justicia de Dios y confío que podré recuperarlo. La perversidad de los hombres me lo ha quitado, pero la bondad de Dios me lo dará...».

Don David Sesia, coadjutor titular, escribía a don Bosco desde Lacchiarella (Milán) el 12 de marzo de 1868:

[46] «Nos consideramos muy felices por el éxito de la bendición que usted impartió y las oraciones que recomendó a una señora de esta parroquia, que padecía desde hace mucho tiempo una muy grave y peligrosa enfermedad. Después de los seis meses que usted fijó, y cumplidas todas las obras que le recomendó, se encontró totalmen-

te curada por lo cual *gratias agamus Domino Deo nostro, Immaculatae Virgini Mariae, et Tibi...* (damos gracias a Dios Nuestro Señor, a la Inmaculada Virgen María y a Ti...)».

Don Bosco, por su parte, agradecido a la Virgen por todo el bien que hacía en favor de sus devotos, daba noticias del Oratorio al caballero Federico Oreglia con la siguiente carta:

Carísimo caballero Oreglia:

Le diré las cosas según van viniendo a mi mente. Incluyo una carta que llega desde Módena.

Hemos recibido mil seiscientas liras del conde de Maistre y mil ochenta y siete del padre Unda, que la caridad de los romanos, a través de V. S. carísima, ha enviado a esta casa. Las hemos repartido inmediatamente entre los más apremiantes acreedores, Avvezzana entre ellos. Ahora nos queda el agradecimiento a estos caritativos donantes, por quienes rezaremos todos los días a Dios para que desciendan sobre ellos abundantes bendiciones del cielo y especialmente para que María Auxiliadora mantenga lejos de sus familias el azote de la enfermedad que muchos temen también este año.

Entre nosotros murieron muchas personas que usted conoce y que eran bienhechores de esta casa. El conde Quaranta, Senador del Reino; la condesa Lomellini y su hermana S. E. Gattinara; la condesa Buffa Antonielli, de dieciocho años, casada hacía pocos meses; la condesa Mella-Berzetti, sobrina del marqués Fassati: todas ellas eran bienhechoras, que Dios llamó de esta tierra a la bienaventuranza. Nosotros hemos hecho en casa las acostumbradas funciones religiosas consistentes en la misa, comunión de los muchachos y el rezo del santo rosario. Haga usted ahí su parte. Espero que ellos rogarán desde el cielo para que Dios nos envíe otros bienhechores.

Seguimos con un frío intensísimo: hoy alcanzó los dieciocho grados[1]; a pesar del calor de la estufa no pudo derretirse el hielo de mi habitación. Se ha retardado la hora de levantarse de los muchachos y, como muchos visten todavía de verano, han tenido que ponerse dos camisas, chaleco, chaqueta, dos pares de pantalones y capotes militares: otros llevan sobre sus hombros durante todo el día la manta de la cama y parecen verdaderas máscaras de carnaval. A pesar de ello, esta mañana durante el recreo, que suele ser tan animado entre nuestros muchachos, no había **[47]** ni uno siquiera en el patio. Hemos dispuesto que los aprendices vayan al taller, los estudiantes al estudio y, el que quiera, a nuestro comedor. En medio de tantas calamidades nuestros jóvenes están alegres y contentos y no hay ninguno en la enfermería desde hace un mes. *¡Deo gratias!*

Dé las gracias a la Presidenta de Tor de'Specchi; dígale que yo entiendo que aquella cantidad se emplee para el altar de san José o para el de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, como a ella más le agrade. Dejo a María Auxiliadora como buena pagadora; por mi parte pienso que, poco a poco, nuestros jóvenes hagan tantas comuniones cuantas son las liras de dos mil escudos y esto para invocar las bendiciones del cielo sobre ese santo monasterio de Tor de'Specchi.

---

[1] Supongo que estos grados serán de la escala Fahrenheit *(N. del T.)*

Escribo una cartita para la marquesa Marini, a quien le ruego se sirva entregar.

En cuanto a su vuelta, si puede organizar las cosas de la condesa Calderari para quedar libre, venga para san Francisco de Sales, fecha en la que me place ver reunida toda nuestra familia.

En este momento llega medio helado el caballero Villanova, que pregunta por usted y me encarga le salude, etc.

Haremos en común oraciones especiales por la condesa Melingen, la benemérita María Vitelleschi, el marqués Cavalletti, y los que me cita en su carta.

Hoy trece, el termómetro está a veintiún grados centígrados[1] hay sesenta centímetros de nieve y ningún joven enfermo. Todos le saludan. Habrá otra carta enseguida. Dios bendiga sus obras y créame en el Señor.

Turín, 12 de enero de 1868[2].

Afmo. amigo
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Probablemente antes de que esta carta llegase a su destino, el caballero Oreglia escribía de nuevo a don Bosco con nuevas peticiones de oraciones. ¡Es admirable la confianza que los romanos tenían en las oraciones del Siervo de Dios!

Roma, 15 del 1868

M. R. don Bosco:

El doctor Tancioni, que, al igual que su familia, se siente interesadísimo por don Bosco, está gravemente enfermo: a la madre Presidenta de Tor de'Specchi le han hecho tres sangrías: el marqués Cavalletti está en peligro de muerte. Todas estas personas se encomiendan mucho a sus oraciones. Yo aconsejo a todos la novena y alguna limosna...

[48] La Duquesa de Sora renueva con muchas prisas su instancia para saber si don Juan Turchi podrá atender a sus hijos... Insiste porque ya se ha despedido su preceptor. Espero lograr que se adopte *El Joven Cristiano* en las escuelas nocturnas de Roma.

El duque Salviati me dijo que él mismo había mandado a usted una copia de las observaciones para Vigna Pía.

Estuve hoy con el excelentísimo cardenal Consolini, el cual me habló con mucho interés de don Bosco y de Vigna Pía: yo no me declaré en ningún sentido y mientras, para mantener la conversación, emitía mi parecer, dije bien claro que yo no tenía encargo ninguno sobre el particular y que usted mismo vería las observaciones hechas por la Comisión y respondería enseguida a las que le comunicara el duque Salviati. Me habló mucho de su hermano el Marqués, de su muerte, y siempre llorando como un niño. Al final me entregó diez escudos de limosna para la

---

[1] Sigo en mi opinión de que debían ser grados Fahrenheit, a pesar de que diga el texto grados centígrados: ¡a 21.°C, señores, no me digan que se pasa frío! *(N. del T.)*

[2] Así consta en el original.

casa; me entretuvo más de dos horas y quiso abrazarme cuando me levanté para despedirme. Le digo todo esto para que vea cuánto afecto le profesa este Cardenal, pues está claro que estas demostraciones no son para mí, que apenas si me ha visto dos veces.

Por lo demás, no hago más que visitar enfermos, que me buscan como si yo fuera un médico. Me traje una buena cantidad de medallas bendecidas por usted y me he quedado sin ninguna. Si pudiera transmitirme un poco de su habilidad, me parece que se podrían conseguir muchas limosnas. El número de enfermos es extraordinario; no hay familia donde no se encuentren dos al menos. Los dueños de la casa, los señores Gualdi, me dan alojamiento gratuito; están todos en cama y yo les hago lo que puedo. Esperemos que María Auxiliadora bendiga lo poco que hago con el fin de que ayude a la prosperidad del Oratorio. La Presidenta de Tor de'Specchi me prometió, al fin, comprometerse a mandar en total dos mil escudos. No lo hará de un golpe, sino en porciones.

Tenga la bondad de enviarme unas líneas para la marquesa Marini, que me prometió cuatrocientos escudos y ya me entregó ciento. Tiene muchas preocupaciones y se encomienda principalmente por la salud y la buena educación de sus hijos.

Espero alcanzar pronto una audiencia con el Padre Santo.

El padre Ambrosio, Prior del Hospital de San Galicano, sigue bastante mal: he ido varias veces a verlo, tomó la medalla y se encomienda. Este, lo mismo que los arriba citados, hará algo si se cura.

También la marquesa María Vitelleschi guarda cama: tiene un fuerte resfriado. Teme morir: dos palabras suyas de aliento le harían mucho bien. La marquesa Clotilde siempre anda angustiada por sí misma y por su familia, pero no olvida el Oratorio, por el que hace cuanto puede para ayudarnos y hacernos ayudar.

[49] La condesa Vinci, a quien he visto hoy, le saluda juntamente con su hijo. Y basta por hoy. Ruegue por mí.

Créame de corazón

Su afmo. y seguro servidor
FEDERICO OREGLIA

La noticia del interés que había manifestado el cardenal Consolini con el proyecto de llamar a los hijos del Oratorio para la dirección de Vigna Pía, había satisfecho a don Bosco. El Venerable deseaba ardientemente tener una residencia fija en Roma para su Pía Sociedad.

Es cierto que preveía dificultades de varias clases, pero se ilusionaba con poderlas superar. Don Miguel Rúa escribía en sus notas para la crónica, en febrero de 1868.

«Se hablaba un día de aceptar la dirección de una casa en Roma, de donde se habían recibido distintas invitaciones y ofertas. Esta casa dependía de otra administración ajena a la Pía Sociedad. Algún salesiano presentaba dificultades, demostrando que había peligro de ganarse la envidia, de tener un choque con la administración y hasta

de perder la buena reputación que allá gozaba la congregación. Respondió don Bosco que con facilidad se habría conseguido evitar la envidia y los otros inconvenientes, no pretendiendo nunca sentar plaza de maestros, sino de alumnos; aceptando con mucho gusto y humildad las observaciones que se nos irían haciendo y siguiéndolas en cuanto fueran compatibles con nuestros reglamentos».

Entre tanto empezaban a cumplirse las profecías de don Bosco.

20 de enero de 1868

Muy querido señor Oreglia:

Su ausencia se deja sentir cada vez más, no sólo entre nosotros, sino también en Turín... ¿Qué dirían si supieran los méritos alcanzados por usted asistiendo a la amputación de tantas piernas a tantos garibaldinos?...

Las cosas de casa marchan todavía bien, aunque el diablo se mueve de un lado para otro. El aguinaldo para este año ha tenido gran importancia al anunciar que pronto tendremos tres muertos. Bonísimo el primero y bastante malo el último. Mientras se habla de ello, y puede imaginar con qué ansiedad, ha llegado la noticia **[50]** de que el clérigo Mazzarello, que guardaba cama en Lanzo desde hace unos días, se encontraba a punto de muerte. Don Bosco aseguraba que el moribundo no habría hecho el ejercicio de la buena muerte, que tuvo lugar el pasado jueves. El miedo era grande lo mismo que la expectación, y este anuncio ha proporcionado una sacudida tan grande a nuestros muchachos que se cuentan con los dedos de una mano los que no hicieron el ejercicio. Todos querían hacer confesión general. El Señor da siempre fuerza sobrenatural a las palabras de su Siervo.

El gran frío ha disminuido, pero ha crecido el artículo *pan*...

Ahora mismo estuvo aquí monseñor Gastaldi, que pidió noticias de usted, y me encargó le saludara. Visitó la iglesia y quedó muy contento...

FRANCESIA, *Pbro.*

El 22 de enero moría en el colegio de Lanzo el clérigo José Mazzarello, natural de Mornese, y con su muerte empezaba a cumplirse el sueño. Era el primero de los tres anunciados y es útil recordar algunas circunstancias especiales que acompañaron a su muerte. La primera es que murió en Lanzo, donde no todos los alumnos eran conocidos por don Bosco, como indicaba claramente el sueño. La segunda, más maravillosa aún, es lo dicho por don Bosco al clérigo Esteban Bourlot, como éste atestigua, antes de conocer la enfermedad de Mazzarello, de que era un clérigo el primero que debía morir. La tercera circunstancia es la de que don Bosco había anunciado en público, antes que Mazzarello cayera enfermo, que el apellido del primero que iría a la eternidad comenzaba por eme (M).

Observa don Miguel Rúa en su crónica:

«Habiendo caído enfermo el clérigo José Mazzarello, en el colegio de Lanzo, hablóse de ello a don Bosco, y aunque éste no le había visto enfermo y el médico mostrase esperanza de curarlo, él habló de tal modo a los presentes que éstos le dieron por deshauciado».

La víspera de esta muerte respondía don Bosco a la última carta del caballero Oreglia. Estaba decidido que la nueva iglesia se consagrase en el año 1868. En consecuencia había ordenado que se acuñasen medallas especiales para la anhelada fiesta: por una cara debían llevar la fachada de la **[51]** iglesia, con la inscripción: *Iglesia de María Auxiliadora*, y en el exergo, *Turín;* y por la otra, la imagen característica de María Auxiliadora con la invocación: *María Auxiliadora de los cristianos, rogad por nosotros.* Las medallitas para distribuir a los fieles, más pequeñas y más delgadas, llevaban por un lado la imagen de María Auxiliadora y por el otro el símbolo del Santísimo Sacramento.

También don Bosco escribía al Caballero sobre esto, a la par que le daba encargos para los señores romanos, con noticias del Oratorio y el anuncio de la muerte de algunos bienhechores.

Muy querido señor Caballero:

Sirva mi carta de respuesta a algunas cosas contenidas en su última. Diga, pues, a todas las personas que me ha recomendado que nuestros muchachos y yo hacemos oraciones especiales para que los enfermos recobren la salud perdida y para que los sanos se conserven en tal estado. He recibido las observaciones sobre el proyecto de Vigna Pía; aquí no hay conclusión alguna ni propuestas: lo estudiaremos y después veremos.

Venía también la medalla de María Auxiliadora que he examinado y hecho examinar a muchos. En general pareció bonita, pero casi todos observaron: 1.º, que el vástago de la custodia es demasiado pequeño; 2.º, que el cuello de la Virgen debe sobresalir un poquito sobre los hombros; 3.º, que la palabra *Auxilim* es una abreviatura inexacta: por tanto que se ponga *Auxilium*, o bien se escribe *Auxiliû*. Si no se puede corregir, póngase al menos *Auxilîm*.

Si, por tanto, está ya en curso la medalla conmemorativa dígame lo que ha dado a la imprenta, para ver si está de acuerdo con lo demás.

Don Juan Turchi no está libre al presente; yo propondría al reverendo señor Molinari de Brescia, que me parece más apto que el otro. Ya le he escrito, pero hablando en general y sin nombrar personas. Creo que mañana tendré respuesta; lo comunicaré enseguida. También es un buen preceptor don Francisco Provera, que ya lo fue de los hijos del conde Callori, hasta que entraron en el colegio. Consultaré al uno y al otro, pero sin comprometerme.

Muy bien si se puede introducir el *Joven Cristiano* en las escuelas nocturnas; ¿no hay esperanza de que sea adoptada la *Historia de Italia* en el Colegio Romano en lugar de la que fue tan criticada el año pasado por el mismo padre Angelini?

Si ve a la duquesa de Sora, dígale que el año pasado hablé con el personaje exiliado en su villa Ludovisi. Se dijo que era difícil que pudiera volver a su propia casa, a excepción de un solo caso. Entonces parecía casi imposible aquel caso y aquel hecho. Ahora, merced a toda un serie de sucesos, se ha hecho algo probable.

[52] Si va a la audiencia del Padre Santo, pida la bendición para nosotros y, al despedirse, como gracia singular, pida su especial protección para nuestra Sociedad.

Y ahora pasemos a lo nuestro. A diario suceden varias cosas especiales que honran muchísimo a María Auxiliadora. En casa no hay ningún enfermo; apetito, en grado superlativo; el pan en barritas está a ochenta céntimos el kilo. El frío se ha calmado. Hemos tenido casi un metro de nieve, que ya se va derritiendo.

Los tipógrafos están sin trabajo. No cesan de preguntar por usted; a diario hay un ir y venir de coches, cuya finalidad es saber cuándo vuelve usted. Al venir, si puede, pase por Florencia, donde la marquesa Nerli tiene un encargo confidencial que hacerle. Giardino[1] jefe de los cajistas, estuvo enfermo muchos días y varias semanas ausente de la imprenta: ya ha vuelto. En Lanzo, Mazzarello quiere irse al cielo. En Mirabello, óptima salud; don Juan Bonetti anduvo por aquí y le saluda. Su jefe corrector aún no ha venido; tal vez...

Aquí va una cartita para la princesa Borghese. Haga usted una copia de la lista de cosas que quedan por terminar, métala con esta cartita dentro de un sobre, ponga la dirección y envíela. Deme noticias de casa Grazioli y especialmente del reverendo Ruggeri. Y basta por hoy.

Saludos a todos, sanos y enfermos, y sobre todo a la madre Galleffi, a los de casa Vitelleschi y a su portero, al cual suplico haga un buen regalo de mi parte. Ruegue por nosotros y de un modo muy especial por

Turín, 21 de enero, 1868.

Su afmo. amigo
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P. S. Ha muerto don José Frassinetti, prior de Santa Sabina. También ha muerto el conde Farcito. Ambos bienhechores de esta Casa.

---

[1] De este obrero, que fue durante más de cuarenta años tipógrafo externo en el Oratorio, escribía don Bosco un elogio que jamás fue desmentido.

Al honorable señor Próspero Battú, notrario del Consejo de Estado:
Via Alfieri, 13. Turín.

Honorable Señor:

El joven Giardino trabaja en esta imprenta como jefe de cajas; tiene buen sueldo, su conducta fue siempre buena, es muy trabajador y sabe emplear su dinero.

Tiene también algunas cosas que ganó con sus ahorros. Contento de poderle servir de algún modo, me auguro una nueva ocasión, mientras le deseo todo bien del cielo y me profeso,

Turín, 17 de febrero de 1863.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[53] También don Juan Bautista Francesia sostenía correspondiencia por otros motivos con el padre Oreglia. Este le contestaba manifestando su opinión sobre ciertas narraciones de autores religiosos; le daba noticias de lo que se pensaba, se hacía y se temía en Roma; y le hablaba de *La Unidad Católica*. Con ocasión de acudir los católicos a las urnas para las elecciones políticas había proclamado el teólogo Margotti el principio de: *Ni elegidos, ni electores.* Pero la Autoridad eclesiástica de Turín no aprobó el celo del periodista católico y le aconsejó que detuviera aquel programa. El teólogo Margotti obedeció, pero, pocos días más tarde, llególe un aviso del Vaticano, y volvió a sostener su tesis.

Roma, 24 de enero, 1868

Muy querido profesor don Juan Bautista Francesia:

Le agradezco su muy atenta del 20 del corriente mes; cumplí su encargo para el autor de *Tigranate* y de *Don Ciccio* y esperamos que se enmendará y corregirá. Lo mismo le decían al padre Bresciani. Estos poetas, en prosa y en verso, son todos así; ven las cosas por los aires y entre nubes, sin darse cuenta de que las visten con palabras que después producen consecuencias muy distintas a la que ellos quisieran. Como ve, yo pienso como usted. Y, hablando en confianza, sepa que también en nuestros internados no todos estos libros están permitidos. Estos autores celebérrimos dicen que no escriben para niños. Pero todos somos niños. Sin embargo, en la diversidad de pareceres, sin querer imponerse ni avasallar, conviene contentarse con el resultado de las dos fuerzas: literaria intrínseca y censoria extrínseca. Y en cuanto a mí, disfruto y agradezco cuando se aumenta la segunda. Lo que usted hizo por su parte. *Deo gratias.*

En cuanto al asunto de las elecciones usted sabrá qué es lo que aquí se piensa por los pequeños comentarios del *Osservatore Romano* y del *Giornale di Roma*. Aunque indignamente yo pienso igual. Y espero que volverá, no digo a pensar (que siempre pensó así), sino a escribir el teólogo Santiago Margotti. Aquí estamos persuadidos de que no se conseguirá nada bueno y que se comprometerán más aún los católicos.

Me alegran sus buenas noticias y las de los suyos. Que Dios les bendiga y proteja siempre.

Por aquí anda Federico siempre con asuntos buenos, bajo todos los aspectos. Habla de marchar. Por lo que a mí toca, contentísimo de verle. Todos hablan bien de él y hace mucho bien; hasta ahora ignoro que haya ido a ningún baile en este carnaval. Digo esto porque estamos de carnaval y en broma. Ha hecho mucho bien a los garibaldinos y lo sigue haciendo con enfermos y sanos. Y me parece que también lo hace con **[54]** sus amigos del Oratorio y nuestros: digo nuestros a los del Oratorio; ya que con ellos compartimos el corazón y los triunfos y las penas.

Por aquí andamos fortificándonos *in curribus et in equis* (por todos los medios: carros de combate y caballos) y no nos faltará el *in nomine Domini* (en nombre del Señor), sobre todo si don Bosco ruega por nosotros, como ciertamente hace. Los peligros aumentan:esto es patente y el mes de octubre no ha sido más que un prologuito.

Le agradezco el librito enviado por correo. Nos servirá. Ya tuve, hace algún tiempo, una bonita inscripción suya en el Vallauri.

Ruégole me encomiende al ilustre don Bosco, cuya pluma me parece ha sido reconocida para poner en claro su carácter, que es por otra parte clarísimo. Pero me gozo con su gesto de presencia...

J. OREGLIA

Esta carta llegaba al Oratorio cruzándose en el camino con otra que don Bosco enviaba a Roma.

Queridísimo señor Caballero:

No sabemos nada de usted; hablemos, pues. Lea la carta del reverendo Molinari y dígame algo; la conducta y el saber quedan garantizados.

En Lanzo (22) ha muerto el querido clérigo Mazzarello, una de las más bellas flores de nuestro jardín, que Dios ha querido trasplantar al paraíso. También ha muerto el barón Dupré, hermano de nuestro amigo. Le entierran esta mañana.

Si pudiera lograr que el grabado de María Auxiliadora sirviera para colocarlo en la cubierta del libro de oraciones, que ya está a buen punto, sería oportunísimo.

Recibirá algunas cartas con prospectos de las *Lecturas Católicas.* Es tarde, pero más vale tarde que nunca.

Monseñor Galletti predica la novena del beato Sebastián Valfré en San Felipe; muchísimo público, la iglesia llena. El miércoles estará de nuevo en Turín monseñor Gastaldi. El señor Anglesio es el prioste de la fiesta de San Francisco de Sales, que celebraremos el domingo próximo. ¿Asistirá usted también?

El caballero Villanova está en mi habitación y le saluda. *Vale in Domino et valedic.* (¡Adiós!)

Enero de 1868.

Afmo. en Jesucristo
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Las propuestas para la difusión de las *Lecturas Católicas,* que don Bosco enviaba al Caballero, habían sido **[55]** redactadas por el mismo Siervo de Dios, de la forma siguiente, dejando al secretario el cuidado de completarlas con las citas.

Ilustrísimo Señor:

Creemos hacer cosa grata a V. S. Ilma. enviándole un prospecto de las *Lecturas Católicas* para anunciarle la continuación de las mismas con algunas mejoras que pueden hacerlas más amenas, populares y de rápida entrega. Están ya en el año XVI de su publicación: su dirección ha estado siempre alentada por la Autoridad Eclesiástica con las palabras y los hechos. Entre otros, el Emmo. Cardenal Vicario de

Roma escribió una circular a propósito sobre estas *Lecturas* con fecha 22 de mayo de 1858, en la que dice: *La santidad de N.S...* (Jurisdicción. Véase: Guía).

El mismo Sumo Pontífice, en una carta dirigida al Director de las *Lecturas Católicas*, tuvo la alta dignación de expresarse acerca de las mismas con las siguientes palabras: *Nihil hac agendi,* etc. (Véase año 8, f. 2, pág. X).

Por ello nosotros nos animamos a recomendarlas también encarecidamente a su reconocido celo, a su singular solicitud, con el ruego de que las recomiende y difunda por aquellos lugares y entre aquellas personas que en su prudencia, creyese han de redundar a mayor bien de nuestra sacrosanta Religión.

Entre tanto, en nombre de la Dirección, le auguro toda suerte de bendiciones celestiales y, asegurándole mi profundo agradecimiento, tengo el honor de poderme profesar,

De V. S. Ilma.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

El caballero Oreglia recibió el paquete y contestó a don Bosco dándole cuentas de su actuación y exponiendo los motivos que le retenían en Roma por algún tiempo más. Don Bosco le respondió:

Carísimo señor caballero Oreglia:

A la vista de su carta estoy de acuerdo con la conveniencia de que permanezca en Roma. Haga todo lo que pueda a mayor gloria de Dios. Pero sepa que debemos dos meses de pan y que los proveedores de materiales para la iglesia nos mandan las facturas con muchas prisas; así que, para norma suya, cuando pueda envíenos el dinero que la caridad de los romanos tan generosamente nos da. Entre tanto dé las gracias a todos los que nos han hecho **[56]** caridad, asegúreles que nosotros pedimos por ellos y por los enfermos recomendados; aún más, el domingo celebraremos la fiesta de san Francisco de Sales y quiero que las misas, las oraciones y comuniones sean ofrecidas a Dios para obtener salud y prosperidad a todos los romanos enfermos que nos hicieron o tienen la intención de hacernos caridad para llevar a cabo nuestras empresas.

He suspendido un momento la escritura para recibir un billete de mil liras. Se trata de un señor que hace un mes vino aquí con muletas y sostenido por un criado. Reconoce que su perfecta curación la debe a María Auxiliadora, a quien rezó las acostumbradas oraciones, con la promesa de hacer algo por la iglesia. Estas mil liras servirán para acallar mañana a Rusca, que, como sabe, es el principal proveedor de piedra para la iglesia.

Adjunto una cartita para el abate Soleri, antiguo alumno mío de moral. Este otoño nos pagó una deuda de tres mil liras y desearía ahora obtener alguna condecoración de Roma: caballero de San Silvestre, de San Gregorio el Grande o parecido. Busque, pues, algún agente de asuntos eclesiásticos y dígale que lo mueva y que, si obtiene el Breve, se pagarán las tasas necesarias, aunque fueran cien o más escudos.

Si, por acaso, surgieran dificultades insuperables, escríbamelo enseguida y buscaré otro camino.

No hay ningún enfermo en casa; tampoco en Lanzo y en Mirabello.

El frío volvió hacia atrás y esta mañana se aproximaba a los catorce grados bajo cero. Dicen los médicos que este frío purifica el aire y traerá la salud, pero mientras tanto se ha triplicado la mortalidad en Turín.

Mientras tanto, querido Caballero, esté seguro de que en casa todos nosotros le guardamos un grandísimo amor fraterno y que, desde que se marchó a Roma, yo no he dejado de encomendar diariamente en la santa misa su salud y el bien de su alma; así seguiré haciéndolo para que Dios nos ayude a ser verdaderos amigos en la tierra y un día compañeros de la verdadera felicidad en el cielo. Usted no se olvide de hacer cada día su meditación y su lectura espiritual. Dios nos conserve a todos en su santa gracia. *Amén.*

Turín 29, 1868.

Su afectísimo amigo
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P. S. Creo que las medallas pueden ser más baratas, si se reduce a la mitad el espesor del modelo que me ha mandado. Piénselo.

Oreglia, al contestar a esta carta, escribía también a don Juan Bautista Francesia, que le había pedido noticias de Roma y comunicado la muerte del clérigo Mazzarello.

[57]

Roma, 1 de febrero de 1868

Muy querido don Juan Bautista:

... Por falta de combatientes se acabó la batalla y por falta de sujetos se acabaron las operaciones quirúrgicas de los heridos, porque todos se fueron, unos al cementerio, otros al reino de la felicidad. Sin embargo no faltan ocupaciones ya que el invierno fue bastante crudo y en cada familia hubo al menos dos o tres enfermos. Habría bonitas gracias para contar de María Auxiliadora, pero espero hasta que las cosas sean más seguras y completas. Usted rece y haga rezar a esos buenos muchachos para que yo no sea obstáculo a las gracias del Señor. El primero de los tres ya ha muerto: se puede cantar por él el *Benedictus*. No quisiera ser el tercero...

Afmo.
FEDERICO

En el entretanto había mandado don Bosco a Génova al director del Colegio de Lanzo para recoger limosnas, y le escribía:

Carísimo don Juan Bautista Lemoyne:

Aquí tienes dos paquetes: uno es para el canónigo Fantini. Hay en él cartas dirigidas al Arzobispo de Génova con el fin de alcanzar las comendaticias para nuestra Sociedad.

En el otro se incluye un manuscrito y se pide que se continúe la propaganda de las *Lecturas Católicas*. Habla con don Jacinto Bianchi y mira a ver si le puedes convencer para celebrar con nosotros la fiesta de san Francisco de Sales el domingo: pon el pretexto de que necesitas que alguien te acompañe, etc.

Ve a hacer una visita al canónigo Canale y presta atención a lo que te diga; le he enviado una nota *(de los trabajos a realizar en la iglesia)* semejante a la que te adjunto. Verás si manifiesta alguna buena disposición. Mando aquí dos de estas notas. Quién sabe si Guelfi padre (vía Fossatello), juntamente con algún otro, no pueda encargarse de alguno de estos trabajos por cuenta propia. Para norma tuya, don Jacinto Bianchi ya ha tomado a su costa una lámpara y el presbiterio de un altar.

Por lo demás cuida mucho tu salud; y si te molesta el andar, manda estos paquetes sin molestia tuya.

Pregunta a tu señora madre si sabe indicarte alguna persona a quien poder dirigirse con esperanza de buen resultado para estos trabajos.

[58] Mil saludos a tus venerados padres y familia. Que Dios les bendiga y guarde *ad multos annos* y tú créeme siempre,

Turín, 29 de enero de 1868.

Afmo. amigo
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Mientras tanto se distribuía para febrero el fascículo de las *Lecturas Católicas: Severino, o sea, aventuras de un joven montañés, contadas por él mismo y narradas por el sacerdote Juan Bosco.* Se trata de un joven que, después de haber frecuentado el Oratorio, se inscribe en la secta protestante de los Valdenses y, atormentado por los remordimientos, vuelve al seno de la Iglesia Católica. La trama de la narración es una continua refutación de las mentiras de los protestantes.

La *Unidad Católica* del 19 de febrero de 1868 anunciaba así este opúsculo.

LAS LECTURAS CATOLICAS DE TURIN.—La segunda entrega de las *Lecturas Católicas* de Turín narra las aventuras de un jovencito víctima de las maquinaciones de los Valdenses. Es el mismo don Bosco quien narra estos hechos. En medio de sus muchas ocupaciones, encuentra tiempo para publicar alguna graciosa e importante narración. Porque él narra, no inventa; cuenta cosas verdaderas y de las cuales tiene a mano los documentos auténticos. Hay, pues, en él la forma agradable de la narración y la sustancia instructiva de la verdad. Este pequeño volumen, que será un éxito en manos de la juventud, tan ávida de cuentos, sólo cuesta veinticinco céntimos. La suscripción anual a las *Lecturas Católicas* comporta dos liras con veinticinco céntimos.

Don Bosco, hablando en el año 1876 de una nueva historieta que pensaba escribir para hacer ver los males que las vacaciones aca-

rrean a los jóvenes incautos y los medios para pasarlas bien, hacía constar la gran utilidad de estos libritos y hacía varias declaraciones sobre *Severino*. Dijo el nombre de los dos ministros que cercaban al pobre joven y afirmó que, exceptuados algunos pequeños detalles que no rompen para nada el hilo de la narración, las aventuras de Severino eran rigurosamente históricas. «Yo, añadía, poseo **[59]** además, las actas auténticas y los documentos de todo lo referente a un compañero de Severino en la apostasía, el cual murió en el hospital valdense de Génova. De vez en cuando viene a verme su hermano y nos hemos entretenido hablando de algunas dolorosas circunstancias de entonces».

[60]

CAPITULO VI

DON BOSCO PIDE A LOS OBISPOS CARTAS COMENDATICIAS PARA ALCANZAR DE ROMA LA APROBACION DE LA PIA SOCIEDAD – PRESENTA LA SUPLICA AL OBISPO DE CASALE CON UN RESUMEN HISTORICO SOBRE LA SOCIEDAD DE SAN FRANCISCO DE SALES – DECRETO DEL OBISPO DE CASALE APROBANDO COMO DIOCESANA LA PIA SOCIEDAD – FIESTA DE SAN FRANCISCO DE SALES Y LA CONFERENCIA GENERAL; CADA DIRECTOR DA UN INFORME DE SU COLEGIO; DON BOSCO APRUEBA LO QUE HACE DON DOMINGO PESTARINO EN MORNESE; ESTA SATISFECHO DE MIRABELLO Y ENSEÑA EL MODO DE CORREGIR A LOS DISCOLOS; INDICA LA MANERA DE INTRODUCIR LA COMPAÑIA DE LA INMACULADA EN LANZO; DICE POCAS COSAS DEL ORATORIO, LE PARECE QUE MARCHA BIEN Y HACE ALGUNAS OBSERVACIONES RELACIONADAS CON SUS COLABORADORES; RECOMIENDA EL ESPIRITU DE SACRIFICIO Y LA OBSERVANCIA DE LAS REGLAS; AFIRMA QUE ES BUENO QUE LOS JOVENES CONOZCAN LOS DEBERES QUE LAS REGLAS IMPONEN A LOS SUPERIORES; ANUNCIA QUE EN NOVARA Y EN ROMA SE ESPERA A LA PIA SOCIEDAD Y QUE EL OBISPO DE CASALE LA APRUEBA COMO DIOCESANA; RECUERDA EL SUEÑO DE LA PERGOLA DE ROSAS Y ESPINAS; EXHORTA A CADA SALESIANO PARA QUE PROCURE GANAR UN SOCIO NUEVO PARA LA PIA SOCIEDAD

LOS Oratorios festivos, el Asilo de Valdocco, los colegios, las *Lecturas Católicas*, la construcción de la iglesia de María Auxiliadora, eran obras de extraordinaria importancia, pero la que más interesaba al Siervo de Dios, y la que consideraba de absoluta necesidad era la aprobación de su Pía Sociedad por la Santa Sede.

[61] De la estabilidad de ésta dependía la existencia y la prosperidad de las otras obras tan bien encaminadas.

Mas para alcanzar este fin, era necesario, lo mismo que para la aprobación, obtener primeramente cartas de recomendación de los obispos.

En efecto, ya las había pedido y obtenido de los Obispos de Fossano y Alessandria a finales del año anterior; y a principios de 1868 se había dirigido al de Casale, a quien enviaba también un resumen histórico de la Pía Sociedad.

RESUMEN HISTORICO DE LA SOCIEDAD DE SAN FRANCISCO DE SALES

Esta Sociedad era en sus comienzos una sencilla catequesis que el sacerdote Juan Bosco, con el consentimiento del teólogo Luis Guala y José Cafasso, ambos de perpetuo glorioso recuerdo, comenzaba en un lugar adecuado, anejo a la iglesia de San Francisco de Asís. Su finalidad era la de reunir a los muchahos más pobres y marginados y entretenerlos en los días festivos con ejercicios de piedad, cánticos sagrados y agradables entretenimientos. Se tenía especial consideración con los que salían de las cárceles y se encontraban expuestos a mayores peligros. La prueba resultó satisfactoria y asistía un notable número de jóvenes, por cuanto lo permitía la capacidad del lugar.

El año 1844 tomó el sacerdote Juan Bosco la dirección espiritual del Hospitalillo de Santa Filomena, junto al Refugio, y entonces, con el consentimiento del Arzobispo, se dedicó al culto divino una parte de aquel edificio, que sirvió durante algún tiempo para las funciones sagradas. Durante dos años no pudo establecerse el Oratorio en un lugar fijo; pero en 1846 se alquiló, y después se compró, el sitio donde, con el correr del tiempo, se edificó la actual iglesia y la casa llamada Oratorio de San Francisco de Sales.

En ella estuvo el arzobispo Fransoni, de grata y feliz memoria, y administró varias veces el sacramento de la Confirmación y presidió otras funciones sagradas. Daba también **[62]** *permiso para celebrar triduos y novenas, para admitir a la recepción de la Confirmación y de la sagrada comunión que valiese para el cumplimiento pascual. Dado el gran número de muchachos que asistía, el Arzobispo consintió y aconsejó la apertura de un nuevo Oratorio en Puerta Nueva, dedicado a san Luis, en 1847; otro en Vanchiglia, en 1849, y finalmente el de san José en San Salvario, en 1859. En estos locales se fueron estableciendo poco a poco escuelas dominicales, después las nocturnas y también las diurnas. Entre los jóvenes que asistían había varios cuya situación no se podía remediar sin darles casa, comida y vestido. De aquí nació la casa de San Francisco de Sales, que hoy alberga cerca de ochocientos muchachos.*

La tristeza de los tiempos y la disminución de las vocaciones persuadieron a cultivar jóvenes sin medios o con escasa fortuna para seguir la carrera eclesiástica; de aquí la sección de los estudiantes en la casa de Turín, el colegio internado de Lanzo y el Seminario Menor de Mirabello, donde reciben instrucción religiosa y científica más de cuatrocientos jóvenes, la mayor parte de los cuales aspira al estado sacerdotal.

El superior de estos Oratorios fue siempre, en cierto modo, el Arzobispo, de cuyo parecer y consejo dependía todo. Por lo demás, los sacerdotes que dedicaban decididamente su sagrado ministerio a los oratorios, solían reconocer al sacerdote Juan Bosco como superior, sin el vínculo de los votos, pero con la sencilla promesa de ocuparse en aquello que él juzgara para la mayor gloria de Dios.

Monseñor Fransoni recomendó muchas veces que se estudiase algún medio para asegurar la existencia de los oratorios después de la muerte del que esto expone. El año 1852, y por propia iniciativa, el Superior Eclesiástico aprobaba en general los reglamentos que se observaban en los oratorios, nombraba al sacerdote Bosco jefe de los mismos y le concedía todas las facultades necesarias y oportunas para estas instituciones.

Las calamidades de los tiempos obligaron al Arzobispo a residir fuera de la diócesis, pero él no cesaba de recomendar una **[63]** *institución que asegurase la conservación del espíritu y de las costumbres de los oratorios. En 1858 aconsejaba al sacerdote Bosco que fuera a Roma para obtener luces especiales del Sumo Pontífice acerca del modo de concebir una institución religiosa ante la Iglesia, pero cuyos miembros fueran ciudadanos libres ante las leyes civiles.*

El Sumo Pontífice acogió con bondad y gran atención la proyectada institución y fijó las bases, ayudó a desarrollar cada uno de los artículos y, con el auxilio del cardenal Gaude, se adoptó el antiguo reglamento de la sociedad a la forma de la copia adjunta. El mismo Pío IX, en varias cartas particulares suyas, daba avisos y consejos para que todo saliera bien, y él mismo pidió que fueran presentadas las Reglas a la Santa Sede para su sanción apostólica, no bien se pusieran en práctica por algún tiempo. El arzobispo Fransoni leyó el reglamento en Lyón, después escribió una carta en la que anotaba algunas cosas, que se tomaron muy en cuenta.

Enviaba a continuación las Constituciones, recomendando a su Vicario General que hiciese cuanto era menester para llegar a la normal aprobación de las mismas. La muerte del llorado Pastor interrumpió toda negociación al respecto. El Vicario Capitular creyó que era mejor aguardar al nuevo Arzobispo para la oportuna aprobación y escribió entre tanto una espléndida carta comendaticia que, unida a las de varios otros obispos, fue enviada a Roma el año 1864.

El Padre Santo recibió todo con paternal atención y mandó las Constituciones, la correspondiente instancia y las cartas comendaticias de los obispos a la Congregación de Obispos y Regulares. Pocos meses después, la competente Congregación publicaba un decreto, cuya copia se adjunta, con el que se aprobaban y recomendaban las Constituciones y se reservaba de more solito *(según costumbre) para tiempo más oportuno, dar la sanción apostólica de cada artículo. Pero, atendidas las especiales circunstancias de los tiempos, se constituía la Sociedad en la persona del Rector General, que debía permanecer en el cargo durante toda su vida y pasar al sucesor, que debía durar en el cargo doce años.*

Esta sociedad quedaba, pues, aprobada en general; ahora la Santa Sede está esperando para verificar si la Sociedad corresponde a **[64]** *su fin para llegar después a la aprobación definitiva. Monseñor Calabiana, su antecesor, se dignó recomendarla ante la Santa Sede y señalaba especialmente el punto de que en esta diócesis de Casale existe un Seminario Menor administrado y dirigido por esta Sociedad.*

Ahora se pediría humildemente que el Obispo de Casale:

1.º Habida cuenta de que esta Institución tiene una casa en esta diócesis, casa que fue fundada y sostenida por su antecesor que también la aprobó y recomendó muchas veces, y que la habría aprobado definitivamente en cada uno de sus artículos, si la divina Providencia no lo hubiera llamado a otro lugar;

2.º Habida cuenta de las distintas cartas comendaticias hechas por otros obispos y de las ventajas que esta diócesis de Casale tuvo desde su institución y por los muchos jóvenes recogidos en Turín y adiestrados en las artes o encaminados al Santuario;

3.º Habida cuenta de la aprobación, recomendación y constitución del Superior General por la Congregación de Obispos y Regulares;

Quiera dar una nueva señal de benevolencia a la naciente Sociedad, que de este modo allanaría mucho el camino para la definitiva aprobación de cada uno de los artículos de las constituciones de la Sociedad, añadiendo su voto para que esta Sociedad sea cuanto antes aprobada por la Santa Sede, con las modificaciones que se juzgaren necesarias para la mayor gloria de Dios y salvación de las almas.

El que suscribe, en nombre de todos los socios, presenta los sentimientos de la más viva gratitud, asegurando a V. E. que mientras dure esta Sociedad, no cesarán éstos de invocar las bendiciones del cielo sobre quien ha demostrado ser su tan gran bienhechor.

En nombre de todos, el que suscribe pide su santa bendición y se profesa con el más profundo respeto.

De V. E. Rvdma.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[65] El Obispo de Casale acogía benignamente la petición y hacía llegar a don Bosco este Decreto Comendaticio, con el que aprobaba la Pía Sociedad como congregación diocesana y la recomendaba a otros obispos y al mismo Sumo Pontífice.

NOS PETRUS MARIA FERRE
Dei et Apostolicae Sedis gratia
Ecclesiae Casalensis Episcopus et Comes.

Sicuti praecipuum est Episcoporum munus a Vinea Domini totis viribus malas erbas eradicare, ita maxima est eis cura adhibenda ut bonae arbores, quae bonos fructus facere pertentant, in eadem Vinea serantur, colantur atque custodiantur. Cum autem Divina Providentia factum sit ut Societas a sancto Francisco Salesio dicta, nova plantatio, in Nostra hac Dioecesi constitueretur, eam omni prorsus animi favore prosequi Nobis est in consilium.

Acceptis itaque epistolis supplicatoriis una cum constitutionibus quas Joannes Bosco sacerdos, eiusdem Societatis Superior Generalis, Nobis obtulit, optimum in Domino factum Nobis est visum hanc eamdem Societatem rite adprobare.

Istius enim Societatis Constitutiones quindecim capitibus constant; Capitula autem in articulis dividuntur. Finis est sociorum sanctificatio praecipue per exercitium christianae charitatis erga adolescentulos diebus festis derelictos; pauperiores vero quibusdam domibus receptos alere; et si bonum Ecclesiae postulaverit, iuniorum seminariorum curam suscipere, quemadmodum in hac Nostra Dioecesi, in pago cui est nomen Mirabello *iam pridem est factum, ubi centum circiter et quinquaginta parvuli ad scientiam ac pietatem informantur, quemadmodum eos decet qui in sortem Domini sunt vocati. Deinde sacris praedicationibus, cathechesi, bonorum librorum diffusioni, ut animarum lucrum socii obtineant, operam dabunt.*

Attente igitur hisce Constitutionibus perlectis, fine ac forma memoratae Societatis consideratis, peculiari quoque benevolentia permoti erga Domum iam antea in hac

Dioecesi constitutam, ut ipsa magis atque magis firmetur, eiusdemque fructus uberiores evadant;

Habita ratione Commendationum Antecessoris Nostri qui eam erigendam curavit et etiam atque etiam commendavit;

Adhaerentes Sacrae Congregationis Episcoporum et Regularium Decreto, quo hanc Societatem, attentis litteris Commendationis plurimorum Episcoporum, Maximus Ecclesiae Pontifex amplissimis verbis laudare et commendare dignatus est uti Congregationem Votorum simplicium sub regimine Superioris Generalis.

[66] *Hisce demum omnibus attente consideratis ac perpensis, Societatem a sancto Francisco Salesio dictam commendandam atque adprobandam esse duximus, uti praesenti Decreto commendamus* et tamquam Dioecesanam Congregationem adprobamus *secundum constitutiones Nobis relatas.*

Insuper cum ex memorato Decreto constet Superiorem Generalem eiusdem Societatis esse rite constitutum, Nos benevolenti animo parati sumus omnes facultates et privilegia eidem concedere, quae necessaria aut opportuna videbuntur, ad maiorem Dei gloriam et ad bonum Societatis promovendum.

Verumtamen cum supralaudata Sacra Episcoporum et Regularium Congregatio absolutam Constitutionum adprobationem ad opportunius tempus distulerit, volumus omnes correctiones ac reformationes, additamenta, quae Sancta Sedes in his Constitutionibus inserere iudicaverit, eadem admittantur, in Constitutionibus accomodentur et observentur, sicuti et Nos admittimus et observare intendimus.

Dum autem hanc Societatem apud omnes Catholicos Episcopos commendamus, ut opere ac consilio eam firmiorem reddant eique pro viribus faveant, Supremum Ecclesiae Antistitem demissis praecibus enixe obsecramus, ut absolutam Apostolicam Constitutionum adprobationem huic Societati concedere tandem dignetur.

Hanc denique probationem esse tantum Dioecesanam declaramus, salva aliorum Episcoporum iurisdictione.

Datum Casali, in Aedibus Nostris Episcopalibus, die 19 ianuarii, anni 1868.

† PETRUS MARIA Episc.

Can. BRIATTA Cancell. Episcopalis.

(traducción)

NOS PEDRO MARIA FERRÉ

Por la gracia de Dios y de la Sede Apostólica
Obispo y Conde de la iglesia de Casale.

Así como es una obligación extraordinaria de los obispos arrancar con todas sus fuerzas las malas hierbas de la Viña del Señor, así también se han de cuidar de plantar, cultivar y guardar en la misma viña árboles buenos que puedan dar buenos frutos. Habiendo, pues, hecho la divina Providencia que la llamada Sociedad de San Francisco de Sales constituyese una nueva plantación en esta nuestra Diócesis, es nuestro propósito confirmarla con todo nuestro esfuerzo.

Habiendo recibido las cartas de petición juntamente con las constituciones que el sacerdote Juan Bosco, Superior General de dicha Sociedad, nos presentó, nos ha parecido lo mejor ante el Señor aprobar esta Sociedad.

Las Constituciones de esta Sociedad constan de quince capítulos, divididos en artículos. Es su fin la santificación de los socios, principalmente a través del ejercicio de la caridad cristiana en favor de los adolescentes abandonados en los días festivos; atender a los más pobres recogiéndolos en ciertas casas; y, si lo pidiere el bien de la Iglesia, aceptar el cuidado de los seminaristas jóvenes, como desde ya hace tiempo realizó en esta nuestra diócesis, en la población llamada *Mirabello*, donde se forman en la ciencia y la piedad alrededor de ciento cincuenta muchachos, tal y como conviene a los que han sido llamados a la suerte del Señor. Después los socios se dedicarán a la sagrada predicación, a la catequesis, a la difusión de la buena prensa, para ganar almas.

Releídas, por tanto, atentamente estas Constituciones, considerados el fin y la forma de dicha Sociedad, movidos también por una peculiar benevolencia hacia la casa ya constituida en esta diócesis, para que ella se afirme más y más y salgan de ella los mejores frutos;

Teniendo en cuenta las recomendaciones de nuestro antecesor que se cuidó de fundarla y la recomendó una y otra vez;

Adhiriéndonos al decreto de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, por el que, de acuerdo con las cartas comendaticias de muchos obispos, el Pontífice máximo de la Iglesia se dignó alabar y recomendar ampliamente esta Sociedad como una Congregación de votos simples bajo el mandato de un Superior General;

Finalmente, habiendo considerado y examinado atentamente todo esto, hemos llegado a la conclusión de que la Sociedad llamada de San Francisco de Sales ha de ser recomendada y aprobada, como por el presente decreto la recomendamos y *aprobamos como Congregación Diocesana*, de acuerdo con las constituciones que nos han sido entregadas.

Además, como por el nombrado decreto ya consta que está debidamente constituido el Superior General de esta Sociedad, nosotros de buen grado estamos dispuestos a concederle todas las facultades y privilegios que sean necesarios u oportunos para mayor gloria de Dios y para promover el bien de la Sociedad.

Sin embargo, dado que la nombrada Congregación de Obispos y Regulares ha dejado para tiempo más oportuno la total aprobación de las constituciones, queremos que todas las correcciones, reformas y añadiduras que la Santa Sede quisiera introducir en estas constituciones sean admitidas, se acomoden y observen en las constituciones, tal y como Nos las admitimos y entendemos observar.

Mientras encomendamos esta Sociedad a todos los Obispos Católicos, para que la hagan más firme con su actuación y su consejo y la favorezcan cuanto les sea posible, con todo interés presentamos nuestras humildes preces al Supremo Pastor de la Iglesia para que se digne conceder finalmente a esta Sociedad la aprobación apostólica definitiva de las Constituciones.

Declaramos finalmente que esta aprobación es solamente diocesana, siempre a salvo la jurisdicción de otros obispos.

Dado en Casale, en nuestra sede episcopal, a 19 de enero de 1868.

†PEDRO MARÍA, *Obispo*

Can. BRIATA, canciller episcopal.

Don Bosco iba preparando copias de esta relación histórica para otros obispos, variando los motivos de las súplicas de acuerdo con las circunstancias particulares de lugares y personas. El 29 de enero las enviaba al Arzobispo de Génova.

Preparadas estas diligencias, el día 2 de febrero, fiesta de la Purificación de María Santísima, se celebró, además, en el Oratorio la de san Francisco de Sales. Al día siguiente se reunió la Conferencia general de la Pía Sociedad, de la que copiamos a la letra la interesante relación.

«3 de febrero de 1868.—Por la tarde dio don Bosco en su cuarto una conferencia a todos los directores de las diversas casas **[67]** y a los hermanos del Oratorio. Cada director, y en primer lugar don Domingo Pestarino, de Mornese, presentó su informe.

»Don Bosco aprobó todo lo que se hace en Mornese para alejar a la juventud de los peligros de las tertulias carnavalescas; dijo cuánto consuelo le había proporcionado la sincera piedad de aquellos campesinos; le agradeció vivamente las limosnas hechas para la nueva iglesia y animó a don Domingo Pestarino, celoso amigo de aquellos buenos paisanos, a continuar en la santa empresa.

»Se mostró satisfecho del celo desplegado por los superiores del seminario de Mirabello y de los útiles medios empleados para atraer a los alumnos a la piedad y a las Compañías del Santísimo Sacramento y de la Inmaculada Concepción. Habiendo sido preguntado cómo corregir a algunos muchachos díscolos dijo que el Superior les llame a parte a todos, les exponga cariñosamente su pena por la mala conducta, les anime al arrepentimiento y al mismo tiempo los recomiende a los cuidados de su profesor, el cual, remachando el clavo, verá la manera de apartarlos de sus malas costumbres.

»Pasando a hablar del Colegio de Lanzo, enseñó la manera de introducir también en él la Compañía de la Inmaculada Concepción. A falta de jóvenes aptos para el caso, se forme esta compañía entre los clérigos. Ellos, poco a poco, iniciarán a los alumnos y, con el tiempo, podrá subsistir dicha compañía sin ellos.

»Viniendo por fin al Oratorio de San Francisco de Sales dijo muy poco sobre su marcha. Hizo notar que era muy difícil formarse un juicio exacto, porque el número de alumnos es demasiado grande y porque, además de los estudiantes, están los aprendices. No obstante, en general, le parecía que todo marchaba bien, teniendo en cuenta, además, el menor número de clérigos asistentes; se debía además calcular que, con cierto número de éstos, se podía contar muy poco para la asistencia, por haber llegado recientemente de los

seminarios y, ser por tanto inexpertos y poco avezados aún a nuestra vida.

»Pero también disminuye el número de los buenos hermanos.

[68] »Desde la fiesta de San Francisco de Sales del año pasado, se han perdido dos de nuestros grandes campeones, que habrían hecho mucho bien, y no sabría decir quién de los dos habrá recibido mayor premio en el cielo. Uno, el clérigo José Mazzarello, que era bueno por naturaleza, serio en los propósitos y obediente; el otro, don Enrique Bonetti, que supo vencerse a sí mismo y superar todas las dificultades, aunque era de índole fogosa.

»Por lo tanto, declaró que lo que más importaba era que todos los salesianos se animaran mucho y estuvieran dispuestos a hacer muchos sacrificios por amor de Dios. Exhortó a los sacerdotes y a los clérigos a ser los primeros en la observancia de las Reglas de la casa y a que todos procurasen tener un conocimiento exacto de las mismas. A tal fin, recomendó al señor Director de estudios que encontrara el modo de leer todas las semanas un trozo del reglamento a los sacerdotes, clérigos y alumnos reunidos. Rechazó la proposición, presentada por alguno, de ocultar a los muchachos las reglas a que deben sujetarse clérigos y sacerdotes.

»—Los jóvenes, dijo él, tendrían motivo para quejarse si se vieran obligados ellos solos a reglas y deberes. En público es necesario ser reservados al hablar de hechos, cuando éstos sean censurables; pero hay que hablar claro a todos frente a las leyes.

»Pasando a hablar después de nuestra Sociedad, anunció la oferta hecha para dos casas, una en Novara y otra en Roma, cuya apertura sería muy conveniente, lo mismo material que moralmente, por la gracia que adquiriríamos ante ciertas personas distinguidas.

»Después de la lectura del Decreto con el que el señor Obispo de Casale aprobaba nuestra Pía Sociedad en su Diócesis, don Bosco relató las felicitaciones de los obispos Galletti y Gastaldi. Este último dijo que tal aprobación era como una chispa la cual, como en un inmenso incendio, destruyendo todos los obstáculos que todavía se interponen, hará que nuestra Congregación sea, dentro de poco, recibida en todas partes. Monseñor Galletti quiso una copia de aquel Decreto. Se le dio con la esperanza de que otros muchos prelados se unieran a él para favorecernos.

[69] »Hablando de los obstáculos, don Bosco aludió a un sueño tenido en los primeros tiempos de la Sociedad, en el que vio a los miembros de ésta caminando por una larga alameda, cubierta de es-

pinas, cerrada por ambos lados con paredes de rosas y espinas, pero con la bóveda o emparrado entretejido solamente con rosas. Explicó que los hermanos no sólo deben caminar sobre las espinas de las privaciones y de las fatigas, sino que son punzados e impedidos en su obrar por las espinas de los obstáculos y las contradicciones. El demonio, enemigo de todo bien, suscita cuantos obstáculos puede contra los que quieren hacerlo, y lo que es más, ved la malicia infernal, hace que estos obstáculos los pongan personas piadosas y con santas intenciones, las cuales, engañadas desgraciadamente, llevan a muchos a engaño.

»Pero combatamos con fortaleza y constancia, exclamó y, con la gracia del Señor, triunfaremos contra todos y en todo. Sólo con grandes trabajos se llevan a cabo las grandes empresas. La pérgola de rosas significa que nuestro premio está en el cielo y que sólo a él debemos tender con todas nuestras fuerzas.

»—Y ahora, continuó, pensemos en aumentar nuestro personal: para obtenerlo es necesario que nos comprometamos a ganar a algún hermano nuevo. Esto depende principalmente de los directores de las casas. Es necesario que ellos procuren ganarse y mantener la confianza de aquellos jovencitos, que claramente ven que pueden hacer un gran bien en lo sucesivo. Este es el único medio para atraerlos a la Sociedad. Os lo digo por experiencia; puedo aseguraros que si un joven, al hacer sus estudios, ha tenido confianza ilimitada con su director y superior, fácilmente se llegará a ganarlo. Al ver en su director, no al superior, sino al padre, volcará su corazón en el suyo y hará cuanto éste le aconseje hacer. Así cobrará afecto a la casa; sin conocer aún la Sociedad, pondrá en práctica las Reglas, y, apenas la conozca, la abrazará para no abandonarla jamás, excluido el caso de que perdiese aquella confianza. Al contrario, hay jóvenes que vienen **[70]** aquí, acaban sus estudios, no hay nada que tachar en su conducta, son buenos, merecen buenas calificaciones, pero si no tienen esta confianza, no se podrán albergar más que dos décimos de esperanza de que se decidan a entrar o quedarse con nosotros. La razón está en esto; en que miraron a su director, no como a un padre, sino como a un superior, que vigila su conducta externa y nada más. Tómese nota de esto para pensar en la necesidad de inspirar afecto, para conocer las inclinaciones de los alumnos y de los demás subordinados.

»Al final concluyó: —¿Quién sabe si nos encontraremos todos en esta reunión el año que viene o si alguno de nosotros será llamado por el Señor a la eternidad? Espero que nos volvamos a encontrar

todos, pero esto depende de Dios; nosotros estemos preparados para la muerte.

»Don Bosco levantó la sesión recitando el *De profundis* por los queridos hermanos difuntos».

[71]

CAPITULO VII

DON JUAN BONETTI ESCRIBE AL CABALLERO OREGLIA PARA QUE LE CONSIGA UNA INDULGENCIA Y UNA RELIQUIA DE SAN ESTANISLAO; DON BOSCO ES ESPERADO EN MIRABELLO – CARTA DE DON JUAN BAUTISTA FRANCESIA AL CABALLERO; DON BOSCO HA IDO A MILAN; SUS ORACIONES CURAN A UNA ENFERMA; OTRAS MARAVILLAS; TEATRO PARA LOS EXTERNOS EN EL ORATORIO; LAS OBRAS DE LA NUEVA IGLESIA – CARTA DE DON BOSCO AL CABALLERO; LE DA UNOS ENCARGOS; LE DICE QUE LA PIA SOCIEDAD ESTA APROBADA POR EL OBISPO DE CASALE COMO DIOCESANA; ASOMBROSAS GRACIAS DE LA VIRGEN; PRECIO DE LAS MEDALLAS DE MARIA AUXILIADORA; HA ESCRITO SOBRE VIGNA PIA – VA A MIRABELLO; PREDICE EL DIA EN QUE UN PROFESOR CURARA DEL MAL DE GARGANTA – VA A CASALE PARA DAR LAS GRACIAS AL OBISPO POR SU DECRETO – ANECDOTAS EN EL FERROCARRIL – INSTANCIA AL MINISTRO DE LA GUERRA PARA OBTENER UN SUBSIDIO – VISITA AL COLEGIO DE LANZO – EL CARDENAL CORSI COMUNICA A DON BOSCO QUE ESTA DISPUESTO A HACERLE LA CARTA COMENDATICIA; LE ACONSEJA PEDIRLA A LA MAYOR PARTE DE LOS OBISPOS DEL PIAMONTE Y AL ARZOBISPO DE FERMO, MUY INFLUYENTE EN ROMA – IMPORTANTE DOCUMENTO SOBRE LA FUNDACION DE LA COMPAÑIA DE SAN JOSE – INFLUENCIA DEL SISTEMA EDUCATIVO DE DON BOSCO

LOS directores habían vuelto a sus casas el día 4 de febrero y don Juan Bonetti, inflamado de fervor por el bien de sus alumnos, escribía desde Mirabello al caballero Oreglia:

Mirabello, 7-2-1868

Apreciado señor Oreglia:

Ruégole me mande algún bonito recuerdo para mí y para estos queridos muchachos. Si va a ver a nuestro amabilísimo Santo Padre, [72] dígale lo mucho que nosotros le queremos. Pídale algo bueno para nosotros, como por ejemplo, una in-

dulgencia que nos ponga en la dulce necesidad de hacer una hermosa fiesta en honor del que tanto amamos. Este año se celebra el centenario de san Estanislao. Deseo hacérselo celebrar muy bien a estos muchachos para tener ocasión de enamorarlos de sus virtudes. Así que V. S. me haría una gran favor, si me proporcionase una reliquia de este amable santito. Todos estamos bien. Tememos que, según el sueño de don Bosco, alguno de nosotros haya de morir. El jueves estará aquí don Bosco...

JUAN BONETTI, *Pbro.*

El sueño de don Bosco para 1868 era conocido y, así como el clérigo Mazzarello había muerto en Lanzo, se temía que pendiese también la misma suerte sobre la cabeza de alguno de Mirabello; esto es, que el sueño no se refiriera únicamente a los alumnos del Oratorio. Al mismo tiempo se esperaba con ansiedad en Mirabello la llegada de don Bosco para que explicara los aguinaldos.

Pero él, después de la conferencia a los salesianos, había partido para Milán y don Juan Bautista Francesia comunicaba al caballero Oreglia noticias sobre este viaje.

Turín, 14 de febrero de 1868

Queridísimo señor Caballero:

...Don Bosco fue la semana pasada a Milán, donde permaneció del lunes al miércoles. Se alojó en el palacio arzobispal. Fue el suyo un verdadero triunfo. El palacio fue invadido continuamente por la multitud. A lo que dicen los de Milán, ha asombrado a muchos que un pobre sacerdote despertase al presente tanto entusiasmo. Aconteció, además, algo singular. El jueves por la mañana, casi sin descansar del largo viaje, recibió don Bosco un despacho del señor Güenzati, en el que le encargaba celebrase una misa por una pariente suya, ya entrada en años y muy enferma. Pues bien, al día siguiente, a la misma hora en que don Bosco celebraba la santa misa, la pobre enferma se levantaba de la cama; imagínese la satisfacción y el estupor de todos los parientes. Otra persona, que deseaba y obtuvo casi *ipso facto* una curación semejante, envió quinientas liras de limosna por primera entrega.

En fin, si yo tuviera que contarle todas las preciosas maravillas que acontecen ante nuestros ojos, no saldría de una para entrar en otra, sin acabar jamás. El periódico *La Virgen*, plaza Poli, núm. 11 de Roma, ha publicado una carta mía en la que se habla de la curación verdaderamente prodigiosa de Bonetti, alumno de Lanzo.

[73] En la iglesia van avanzando los trabajos, pero tal vez no puedan acabarse hasta el mes de mayo, quizá no del todo y quién sabe...

El jueves que viene (20 de febrero) se hará una representación teatral para satisfacer los deseos de tantísimos como no pudieron asistir a nuestro teatro, por falta de local...

FRANCESIA, *Pbro.*

Don Bosco, a su vuelta de Milán, escribía a Roma, exaltando la bondad de María Auxiliadora.

Turín, 11-2-1868

Carísimo señor Oreglia:

La princesa Borghese ha respondido negativamente sobre la iglesia. La Duquesa de Sora no escribió nada hasta ahora para el reverendo Molinari. Si no se toma una decisión, tal vez él tome otro partido. El conde Scotti ofreció algo a monseñor Manacorda para la iglesia. He escrito una notita *anónima* a monseñor Berardi.

Las cosas de nuestra sociedad van tomando buen cariz; el Obispo de Casale la aprobó definitivamente como Congregación diocesana.

Cada día hay cosas, unas más ruidosas que otras, sobre María Auxiliadora y la iglesia. Harían falta volúmenes; hablaremos después de todo. ¿Cuándo vendrá? Las medallas, según el modelo que usted me dio, costarían aquí alrededor de dos céntimos la unidad; no habría los gastos de portes y derechos de consumos.

Saludos de todos los de casa; salude atentamente a la marquesa Villarios y dígale que se ponga buena y ruegue por nosotros. Nosotros lo hacemos por ella.

Que Dios bendiga a usted y sus trabajos. *Amén.*

He escrito al duque Salviati sobre Vigna Pía; creo que aceptaremos; nos conviene; vaya a hacerle una visita; escuche atentamente y escríbame. *Deo gratias!*

Afmo. amigo
JUAN BOSCO, *Pbro.*

El día 13 llegaba a Mirabello. ¡Es de imaginar el recibimiento que le hicieron! El Venerable aseguró a todos que el sueño de las muertes predichas no se refería de ningún modo a los alumnos del Seminario Menor. La explicación de los aguinaldos y las confesiones le tuvieron ocupado de la mañana a la noche. Los muchachos estaban entusiasmados o conmovidos ante la conformidad de sus palabras y el estado **[74]** de sus almas. El les recordó las glorias del colegio, los santos compañeros difuntos, les invitó a imitar las virtudes de Ernesto Saccardi, de Francisco Rapetti y de José Allievo, hijo del ilustre profesor de Pedagogía, que murió en Milán a la edad de once años el 5 de julio de 1867 y del cual don Juan Bonetti había escrito y pronunciado una magnífica oración fúnebre.

Por aquellos días sucedió un hecho gracioso, que don Juan Garino nos dejó escrito:

«Era el año de 1868 y yo me encontraba en el colegio de Mirabello Monferrato, cerca de Casale, como profesor del cuarto curso de bachillerato. El tres de febrero por la mañana, día de san Blas, fui como todos a recibir la bendición de la garganta. Al salir de la iglesia comencé a sentir un dolor que me molestaba bastante al tragar la sa-

liva. Don Bosco vino a Mirabello unos días después y yo me presenté a él con un compañero (creo que era don Pablo Albera) el cual le dijo a don Bosco:

»—Don Bosco, ¿sabe la gracia que le ha hecho san Blas a Garino? (era clérigo aún). Fue a recibir la bendición de la garganta sin ningún mal y desde entonces le duele.

»Don Bosco, sonriendo, me dijo que aguantase el mal hasta la Anunciación (25 de marzo). Y así fue. Daba lo mejor que podía un poquito de clase, aunque con mucha dificultad; llegó el día 25 de marzo y después de comer, mientras me entretenía con algunos alumnos míos en el patio, *de repente,* me sentí totalmente libre de la molestia que desde san Blas no me había dejado en paz.

»Entonces me acordé de las palabras de don Bosco y conté el caso a mis alumnos, los cuales, ya llenos de admiración por don Bosco, la tuvieron después mayor».

Desde Mirabello se marchó el Venerable a Casale, tal y como había escrito a la condesa Callori, y fue a dar gracias al Obispo por haber aprobado como *diocesana* la Pía Sociedad de San Francisco de Sales.

En este viaje le sucedió uno de esos graciosos encuentros que ya hemos recordado otras veces. Es de notar que por la **[75]** región de Alessandria, Casale, Vercelli y Novara se celebran grandes mercados, a los que acuden tratantes de ganado y comerciantes de cereales, vinos y otros productos agrícolas, gentes muy a menudo materialistas y deslenguadas.

Don Bosco se encontró en el mismo departamento del tren con uno de ésos que, por haber leído librejos, periódicos impíos, creen poder combatir la religión soltando las más disparatadas barbaridades. Niegan los milagros de Jesucristo, explicándolos a su manera y diciendo, por ejemplo, que, con un poco de economía, cualquiera podía alimentar muy bien a cinco mil personas con cinco panes y algunos peces. Aquel viajero pertenecía, por cierto, a la categoría de tales doctores. En efecto, después de unas palabras sobre temas indiferentes, haciendo señas al cura, llevó la conversación, como estaba de moda, a materia de religión y, pasando de una cosa a otra, vino a los milagros del Evangelio. Decía que éstos se pueden explicar y, para probarlo, se puso a hablar del milagro de san Pedro, caminando sobre las aguas por mandato de Jesucristo; y exclamó:

—¿Qué milagro es éste? Al presente se sabe que las aguas del mar Muerto son tan espesas que las naves no pueden navegar por ellas; y por tanto, resulta fácil para un hombre caminar por encima sin mi-

lagro, puesto que tal vez se había formado una costra espesa que impedía hundirse.

Don Bosco, que hasta entonces había callado, le dio una mirada de compasión y, dejando de lado cualquier otra contestación, se limitó a decirle:

—Señor, usted toma el rábano por las hojas. Ha de saber que Jesucristo jamás se encontró con sus discípulos en el *mar Muerto.* Usted confunde el *mar Muerto* con el *mar de Galilea* llamado también *mar de Tiberíades* o *lago de Genesaret,* que dista del otro unas setenta millas.

A estas palabras lanzaron los viajeros una sonora carcajada y el pobre hombre, confuso y enojado, rezongó:

—Yo he dicho lo que he leído; pero, si es así, confieso que he sido engañado.

Y don Bosco replicó:

[76] —Permítame una observación. Si en yez de leer ciertos libros, con los que se pretende arrancar la fe del corazón del pueblo, fuera usted a escuchar las explicaciones del Evangelio de su párroco, no soltaría ciertos desatinos.

Otra vez se encontró nuestro buen Padre frente a un viajero que en alta voz comenzó a defender a un sacerdote castigado, injustamente por el Obispo, según él, y añadía:

—Han pasado los tiempos de la Inquisición; también el cura es ahora un ciudadano libre, ¿quién ha dado derecho al Obispo para suspenderlo de decir misa?

Don Bosco le interrumpió y le dijo:

—Sepa que Jesucristo en persona ha dado el derecho al Obispo; y si el Obispo ha suspendido a ese tal, habrá tenido sus motivos. ¿Quién le ha nombrado a usted juez de los sucesores de los Apóstoles?

—Pero me han dicho que ese Obispo no es como los otros; abusa de su poder y es enemigo de la libertad.

—Respóndame, por favor: ¿el Obispo ha quitado la misa a muchos?

—No creo; solamente a ése.

—Y ¿sábe decir por qué no se la quita a los otros?

Aquél no supo qué constestar, farfulló unas cuantas palabras y don Bosco añadió:

—Porque los demás curas cumplen con su deber.

Y bajando la voz, de modo que los vecinos no lo oyesen, continuó:

—En cuanto a su defendido, sepa que el Obispo le suspendió porque es un sacerdote que no frecuenta la iglesia, no confiesa, jamás predica. Si quiere encontrarlo, vaya al café y le verá con alegre compañía; acostumbra vestir de forma indigna de un ministro de Dios. Fue avisado muchas veces por su Obispo para que cambiara de modo de proceder, pero no obedeció y empeoró.

—Y usted señor mío, ¿defiende a una persona así? ¿Consentiría usted que este desgraciado subiese al altar para ofrecer el divino sacrificio? Si obrara **[77]** así no añadiría una palabra más, porque estaría seguro de no hablar con un católico.

Aquél quedó en silencio durante un buen rato y después comenzó de nuevo:

—Yo, en verdad, no conozco a ese cura y sólo he oído a varios amigos míos lo que he dicho.

—Entonces, concluyó don Bosco, sea usted más cauto al hablar especialmente contra los prelados de la Iglesia, a los cuales debemos la mayor reverencia. Sepa que ellos conocen mejor que nosotros su deber y que obran concienzudamente.

Vuelto de Casale a Turín, con una santa insistencia que sólo Dios sabe cuántos sacrificios exigía a menudo a su amor propio, escribía don Bosco a un empleado del Ministerio de la Guerra en demanda de subsidios para unos alumnos, que habían sido recomendados por el mismo Ministerio. Siempre hay que advertir la delicadeza de ciertas frases.

Ilustrísimo Señor:

Las miserias siempre en aumento entre nosotros durante este año, me animan a recurrir a la probada caridad de V. S. Ilma., que tantas veces he experimentado.

El número de niños pobres recomendados por ese Ministerio es un poco crecido, mas lo que nos pone en verdaderas estrecheces es la carestía de víveres. El año pasado, casi por esta misma época, costaba treinta céntimos el kilo de pan, ahora casi se ha duplicado; y lo mismo sucede con los demás artículos.

Por eso me encomiendo vivamente a su reconocida bondad, para que se digne, también este año, ayudar a estos pobres muchachos y otorgar la mayor ayuda que pudiere.

Junto con estos jovencitos no dejaré de profesarles el más sentido agradecimiento e invocar cada día las bendiciones del cielo sobre usted, mientras con todo aprecio tengo el alto honor de poderme profesar.

De V. S. Ilma.

Turín, 15 de febrero de 1868.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Enviada esta instancia, en la semana siguiente al domingo de Sexagésima, fue a visitar el colegio de Lanzo, **[78]** donde se entregó, durante tres días sin descanso, al bien espiritual de sus queridos alumnos. De vuelta a Turín, recibía esta contestación del cardenal Corsi, Arzobispo de Pisa:

Muy Reverendo Señor:

Hace ya unos años que conozco el mucho bien que la Sociedad de San Francisco de Sales hace al pueblo con sus Oratorios; y, al ver sus progresos, no ceso de dar gracias al Señor que la bendice y la fecunda, y de admirar el celo de quien es fundador y cabeza de todos sus infatigables cooperadores. Por eso nada puede ser para mí más querido que favorecerla del mejor modo posible; y, por eso, estoy dispuesto a enviar la carta comendaticia que V. S. Rvma. me pide en su apreciada del 10 de los corrientes.

Me parece, además, muy conveniente y oportuno que antes de la mía se provea y exhiba V. S. las comendaticias de la mayor parte, ya que no de todos, de los venerandos prelados del Piamonte y también la del Exmo. señor Cardenal Deangelis, Arzobispo de Fermo, la cual podría ser de gran peso, ya que por la larga estancia de su Eminencia en Turín, se presenta como juez más competente y apreciador más acreditado del valor y mérito de la misma. Hay que observar también que, dado que dicho Cardenal debe trasladarse ahora mismo a Roma, podría aumentar con su presencia e influencia la eficacia de sus mismas cartas de recomendación.

Cuando el asunto se haya iniciado de este modo, avíseme de nuevo que yo no tardaré en secundar por mi parte sus santos deseos.

Estoy realmente contento de saber que usted y los suyos, en su caridad, no han olvidado mi poquedad y siguen encomendándome en sus oraciones. Cuanto mayores son las necesidades que me apremian en estos tiempos, tanto más vivo es el sentido del agradecimiento que le profeso en el momento en que, con agrado y verdadera estima, me repito

De V. S. M. Rvda.

20 de febrero de 1865.

Afmo. de todo corazón
† C. CORSI, *Arz. de Pisa.*

Señor don Juan Bosco-Turín.

Los alumnos estudiantes del Oratorio, entre tanto, habían comenzado a santificar el mes de san José, el gran Santo, en quien don Bosco depositaba viva confianza. Los emulaban los aprendices, en especial los congregantes de la Compañía **[79]** del Santo Patriarca, con la observancia del reglamento de ésta, aprobado por don Bosco, y con especiales prácticas de piedad.

Ya se copió dicho reglamento en el VI volumen de estas *Memo-*

rias, en la página ciento cincuenta y cuatro; pero, como documento histórico que es, creemos oportuno conservarlo imprimiendo el primer esquema, que nosotros encontramos en 1912, cuando ya se creía perdido. El clérigo Juan Bonetti, a principios de 1859, lo había propuesto a una selección de aprendices y, obtenida su aprobación, lo presentó a don Bosco.

REGLAMENTO DE LA COMPAÑIA DE SAN JOSE

Los que a continuación se nombran; Juan Bonetti, Fernando Imoda, Carlos Garzena, Juan Giani, Severino Salvi, Antonio Fassino, Luis Lachi, Pedro Enría, Luis Tos, Alejandro Doglio, Bartolomé Chiansello, Agustín Bianco, José Perona, Luis Tosi y Esteban Cibrario, deseosos de ser cada vez mejores y de animar con el buen ejemplo y las buenas palabras a nuestros compañeros por el camino de la virtud, nos unimos voluntariamente en esta Pía Sociedad para satisfacer fácilmente nuestro deseo. Puestos totalmente en las manos de nuestra amorosísima Madre María Santísima y de su castísimo esposo San José, nuestro especial patrono, nos proponemos llevar una vida del todo ejemplar. Aunque todos estamos ya inscritos en la Compañía de San Luis Gonzaga, tendremos también por finalidad principal la exacta observancia del reglamento de esta Compañía, que es como sigue:

1.º Evitar todo lo que pueda escandalizar, procurar dar buen ejemplo en todas partes y especialmente en la iglesia.

2.º Acercarse cada quince días a los santos sacramentos de la Confesión y Comunión, y aun con mayor frecuencia, sobre todo en las grandes solemnidades del año.

3.º Huir como de la peste de los malos compañeros y guardarse bien de las malas conversaciones.

4.º Tener gran caridad con los compañeros perdonando fácilmente cualquier ofensa.

5.º Apoyar con todo empeño la buena marcha del Oratorio, animando a los demás a practicar la virtud y a inscribirse en la Compañía.

6.º Cuando un socio se encuentre enfermo, todos se apresurarán a rogar por él y también a ayudarle en las cosas temporales, por cuanto fuere posible.

7.º Demostrar gran amor al trabajo y al cumplimiento de los propios deberes obedeciendo con exactitud a todas las personas mayores.

Además de dichas reglas, adoptaremos las siguientes:

[80] 1.º No se admitirá a nadie en la Compañía, si antes no se ha inscrito en la de San Luis.

2.º Cuando se vea que un compañero observa buena conducta en el Oratorio, será propuesto para su admisión. Si nadie tiene nada que decir en su contra, se le hará la proposición. Si acepta, se le dará a leer el Reglamento o bien será informado detalladamente por el Presidente y por algún otro socio. Quince días después será presentado a la reunión.

3.º El domingo siguiente a la presentación de un socio nuevo, todos harán la sagrada Comunión por él, pidiendo al Señor que le conceda la gracia de ser un socio bueno y ejemplar.

4.º Todas las semanas buscaremos un cuarto de hora para reunirnos. Al empezar, se invocará al Espíritu Santo con el *Veni Creator,* etc. y la jaculatoria *San José, ruega por nosotros.* Después de una breve lectura espiritual, se tratará de algo que creamos ser para mayor gloria de Dios y provecho de nuestras almas y de las de nuestros compañeros. Se cerrará la reunión con el *Agimus* y la jaculatoria *Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía.*

5.º A la hora establecida nos dirigiremos con solicitud al lugar señalado para la reunión, dejando de corazón el recreo, por amor a María Santísima, que ciertamente lo aceptará como un bonito obsequio de sus hijos queridos. Si alguno, por cualquier motivo, no puede asistir, será informado por el Presidente o por un socio de lo tratado en la reunión.

6.º No dejaremos nunca ninguna práctica de piedad ante las críticas o las burlas que pudieran hacer malos compañeros, sino que, contentos de hacer algo grato a Dios y a nuestros superiores, seguiremos por el camino del bien.

7.º Cuando toque la campana para las funciones religiosas, iremos a la iglesia sin que nada nos detenga, arrastrando con simpatía a los que estuvieran con nosotros.

8.º Procuraremos colocarnos en la iglesia en medio de los que hablan o están distraídos, a fin de que, movidos por nuestro porte modesto, se animen al recogimiento y a la oración. Tendremos, después, gran cuidado en no salir jamás de la iglesia, a menos que nos veamos obligados por alguna grave necesidad.

9.º El primer domingo de cada mes nos acercaremos a los santos sacramentos para obtener la conversión de aquellos compañeros nuestros que por desgracia estuvieran en pecado mortal.

10.º Si en el trabajo o en la conversación, se presentare la ocasión de impedir un pecado con un buen consejo o con un acto de desaprobación, no la dejaremos escapar.

11.º Si vemos o sabemos que algún socio faltó gravemente contra alguna de nuestras reglas, le avisaremos privadamente, con gran caridad, y esto lo haremos mutuamente.

[81] 12.º Aceptaremos con sumisión y humildad los avisos que nos dé un socio, sin demostrar jamás el menor disgusto a quien nos avisa.

13.º No despreciaremos jamás a ninguno de nuestros compañeros y mucho menos les dirigiremos palabras impropias u ofensivas. En fin, evitaremos entre nosotros toda discusión con la que pudiéramos ofendernos mutuamente, considerándonos todos como verdaderos hermanos.

14.º Finalmente, así como queremos con nuestro buen ejemplo servir de espejo y de modelo a todos nuestros compañeros, así observaremos con toda exactitud el reglamento de la casa, sin desaprobar jamás lo que ordenasen los superiores, teniendo siempre muy en cuenta que todo lo que nos mandan o prohíben es para nuestro bien.

De todo corazón rogamos a nuestro Director que examine este reglamento y quite o añada lo que le parezca bien.

Sea todo para la mayor gloria de Dios.

¡Cuánta sabiduría pedagógica se refleja en este reglamento! ¡Parece dictado por el mismo don Bosco!

[82]

CAPITULO VIII

EL ARZOBISPO DE TURIN SE MANTIENE EN NEGAR LAS ORDENES A LOS CLERIGOS DEL ORATORIO, SI NO PASAN UN AÑO POR LO MENOS EN EL SEMINARIO – MONSEÑOR GASTALDI Y MONSEÑOR GALLETTI LE PERSUADEN PARA QUE DESISTA – SE INTENTA HACER SALIR DE LA PIA SOCIEDAD A LOS ORDENANDOS – SAGRADAS ORDENES Y QUEJAS DEL ARZOBISPO – NO ES VERDAD QUE LOS CLERIGOS DE DON BOSCO NO ESTUDIEN – SE ULTIMAN LAS FORTIFICACIONES EN ROMA; SE CONFIA EN LAS ORACIONES DE DON BOSCO – MUERTE DEL CLERIGO PETIVA – CLASE DE MUSICA EN EL ORATORIO – DON JUAN FRANCESIA ESCRIBE A OREGLIA QUE PETIVA NO ES EL SEGUNDO DEL SUEÑO Y QUE DON BOSCO HA DICHO QUE HAY UN JOVEN QUE NO HARA MAS EL EJERCICIO DE LA BUENA MUERTE – DON BOSCO PREPARA LA PUBLICACION DE LOS CLASICOS ITALIANOS EXPURGADOS – ESCRIBE AL CABALLERO OREGLIA QUE SE HAN PAGADO ALGUNAS DEUDAS; LE HABLA DE CARTAS RECIBIDAS O POR ESCRIBIR; LE DA NOTICIAS DE SU NOBLE FAMILIA; MUCHAS FACTURAS A PAGAR

CONTROVERSIAS muy desagradables demostraban la necesidad de que el Instituto de don Bosco obtuviese una aprobación definitiva. El Venerable deseaba que este año recibieran las órdenes sagradas tres de sus clérigos, pertenecientes a la diócesis de Turín, Francisco Dalmazzo, Santiago Costamagna y Pablo Albera. Por eso, en el mes de enero envió por segunda vez a don Juan Cagliero a visitar al señor Arzobispo, para explicarle sus intenciones y conocer las de Su Excelencia. El Arzobispo recibió cortésmente al enviado, pero se mantuvo firme en su posición de que los clérigos del Oratorio entraran en el seminario antes de ser ordenados y allí vivieran al menos un año.

[83] Era lo mismo que no querer reconocer de ningún modo la Pía Sociedad de San Francisco de Sales, ya aprobada por la Santa Sede, y empeñarse en exigir a sus miembros lo que no se exigía a los alumnos seminaristas diocesanos, de familias señoriales, que estaban autorizados para hacer sus estudios residiendo en sus propias casas.

Don Juan Cagliero repitió al Arzobispo las razones expuestas en la audiencia habida en diciembre y él le respondió:

—Eso no impide mi decreto.

—O sea, que S. E. quiere la destrucción del Oratorio.

—Quiero solamente a mis clérigos.

—Con todo respeto, Excelencia, vuelvo a repetir que esto es lo mismo que destruir el Oratorio, porque no hay escuelas sin maestros, ni internados sin asistentes. Para nosotros es cuestión de vida o muerte; y es cuestión de existencia, es cuestión de derecho, porque cada uno tiene derecho a la propia existencia. Y además, el bien que el Oratorio ha hecho a la diócesis es patente: cuente los sacerdotes instruidos y educados en el Oratorio...

—Os agradezco, respondió el Arzobispo, los beneficios que habéis hecho a la diócesis, pero ahora os quiero deferentes con mi decreto.

—Entonces, se acabó: vuelvo al Oratorio y diré a don Bosco: tomemos nuestro breviario y entreguemos a Monseñor las llaves del Oratorio, dejándole el encargo de llevar adelante nuestra obra. Allí quedan ochocientos jóvenes en los que, de aquí en adelante, tendrá que pensar Su Excelencia.

—Pero ¿yo... yo...?, respondió turbado el Arzobispo. Me ponéis en una encrucijada... pero con todo... con todo he decretado... y no debo volverme atrás.

Don Juan Cagliero se persuadió de que el Arzobispo estaba instigado por otros e inducido a oponer aquella resistencia y continuó diciendo con respeto y firmeza:

—Excelencia; piense en las consecuencias... en las habladurías que habrá... en los muchachos que tendrá que enviar a sus casas... en los que pueden quedar abandonados en medio de la calle... en la desaprobación de los buenos.

[84] Y el Arzobispo, cada vez más impresionado, replicó:

—Pero, en conclusión... en fin... siéntese, se lo ruego.

Don Juan Cagliero se excusó ante la repetida invitación, pidió permiso para hacer una declaración más explícita y prosiguió:

—Yo, a la par de otros, me hice sacerdote por consejo de don Bosco; pero, antes de serlo, jamás hubiera pensado que los primeros que se opusieran al bien, debían ser aquéllos de quienes esperaba apoyo. ¡Hubiera sido mejor haberme dedicado a manejar la azada! Habría trabajado, me las habría apañado de uno u otro modo, pero sin tantas amarguras. ¿Valía la pena que don Bosco se entregase a una obra de tanto provecho para la misma diócesis y verla destruida tan pronto?

Y dicho esto, pidió permiso para retirarse. La audiencia había durado casi una hora. Más de cuarenta personas estaban en la antesala y esperaban impacientes ser recibidos por el Arzobispo. Al ver salir a don Juan Cagliero hubo un murmullo general:

—¡Su audiencia ha sido demasiado larga!

Y Cagliero, mirando en derredor, no pudo contenerse y exclamó:

—¡Ustedes vienen a hablar por sí mismos; yo he venido a hablar por cuarenta!

No había tenido éxito la visita de don Juan Cagliero, pero tomaban la defensa de don Bosco los Obispos de Saluzzo y de Alba. Monseñor Gastaldi escribía varias veces al Arzobispo recomendándole calurosamente que dejara en paz a don Bosco. Fue a Valdocco para informarse del estado de la cuestión y se acercó al Arzobispo para exhortarle a que no pusiera dificultad para las Sagradas Ordenes de los clérigos del Oratorio. También se interpuso monseñor Galletti y procuró demostrar que la Pía Sociedad de San Francisco de Sales estaba canónicamente constituida y que los votos que los clérigos de don Bosco habían emitido eran válidos.

El Arzobispo, vencido por estas insistencias, cedió a conferir **[85]** las Sagradas Ordenes a los clérigos Albera, Costamagna y Dalmazzo en la segunda mitad de cuaresma.

Pero no habían acabado las pruebas para ellos. Se retiraron al Seminario para hacer los ejercicios espirituales. Y el teólogo Soldati, que era el director espiritual, empleó con ellos, lo mismo que había hecho con otros clérigos del Oratorio, toda suerte de argumentos para inducirlos a abandonar la Congregación. Pero estos manejos obtuvieron el efecto contrario. Don Francisco Dalmazzo, que estaba aún indeciso en dar o no dar su nombre definitivamente a la Pía Sociedad de don Bosco, disgustado por aquel modo de proceder exclamó:

—¡Precisamente porque no quieren, me haré salesiano!

El 25 de marzo recibieron los tres clérigos, de manos del mismo Arzobispo, la tonsura y las cuatro órdenes menores; y él mismo les confirió el subdiaconado el 28 del mismo mes, aunque terminada la sagrada ceremonia, no dejó de proferir, en presencia de los clérigos del seminario, palabras punzantes contra los nuestros, contra la Pía Sociedad y contra don Bosco, como si quisieran sustraerse caprichosamente a su jurisdicción.

El hecho está ahí y nos duele ponerlo de relieve: monseñor Riccardi era entonces totalmente contrario a que la Pía Sociedad Salesiana obtuviese una sanción definitiva de la Santa Sede; y después de

tantas conversaciones sobre el particular y de los documentos existentes en la Curia, llegó a afirmar que no sabía nada de la existencia de la Pía Sociedad de San Francisco de Sales.

Con todo, el 6 de junio, sábado de las *témporas* de la Santísima Trinidad, Su Excelencia promovía al diaconado a los tres nuevos subdiáconos y, a continuación, permitía que don Francisco Dalmazzo fuera ordenado sacerdote por monseñor Balma el 19 de julio; don Pablo Albera, en Casale, por monseñor Ferré el 2 de agosto, y él mismo promovía al presbiterado a don Santiago Costamagna el 19 de septiembre, según veremos.

Otra prueba por aquel tiempo afligía a los clérigos del Oratorio: corría la voz de que, preocupados por las clases y la asistencia, **[86]** no atendían como era debido al estudio de la Teología. La voz, divulgada por quien no veía con buenos ojos a don Bosco, llegó a oídos del Arzobispo, quien se lamentó al Venerable.

Y he aquí que el clérigo Esteban Bourlot, perfecto ejemplar de franqueza y lealtad, se presentó en la Curia pidiendo ser admitido con sus compañeros al examen semestral de Teología. El teólogo Gaude, en presencia de otros, le dijo:

—Vosotros, los de don Bosco, no estudiáis.

—¿Por qué?

—Porque andáis ocupados con mil otras cosas y no asistís a las clases del seminario.

—Perdone: se puede atender a lo uno y a lo otro.

—No es posible.

—Sin embargo, en los exámenes que hemos dado hasta ahora hemos obtenido buenas calificaciones y nunca inferiores a las de los seminaristas.

—Sí, sí, pero con una preparación apresurada, superficial.

—Lo cierto es que nosotros contestamos como los clérigos del seminario.

—¿Y qué es lo que habéis estudiado?

—Los mismos tratados explicados por los profesores del seminario, salvo el de Banaudi sobre la Eucaristía.

—¿Y por qué no seguís también éste?

—Porque parecieron preferibles otros autores.

Bourlot presentó la petición al Arzobispo, obtuvo su consentimiento y el 22 de febrero se presentaron a los exámenes en el seminario trece clérigos del Oratorio. A la vuelta se encontraron con don Bosco, que los esperaba en la portería dispuesto a salir; apenas los vio, les preguntó:

—¿Cómo han ido los exámenes?

—Muy bien; casi todos tenemos *óptime* (excelente), José Cagliero *peróptime* (excelentísimo) respondió Bourlot; y yo, con Domingo Vota y Pedro Norza, *egregie cum laude* (excelente con alabanza).

—¿Estás seguro de ello?

[87] —Segurísimo, he visto la hoja de calificaciones: somos los primeros de todos los clérigos del seminario.

—*¡Deo gratias!*, respondió el Venerable; voy a llevar al Arzobispo la respuesta a su carta.

Y se marchó. El mismo Monseñor, que había presidido los exámenes y no conocía personalmente a los clérigos de don Bosco, los había elogiado. Creía él que Bourlot, uno de los que habían obtenido el *egregie cum laude* era el del Seminario, primo de otro Bourlot del Oratorio; y debió salir de su error ante la realidad del caso.

Mientras empezaban a allanarse estas dificultades, escribía, desde Roma, el padre Oreglia a don Juan Francesia: «Se avecinan malos tiempos. Las fortificaciones de Roma ya se han terminado. Falta verlas en la prueba. Con las oraciones de don Bosco esperamos que la prueba salga bien. *Nisi Dominus custodierit civitatem, frustra vigilat qui custodit eam* (si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigilan los centinelas). Hasta ahora todo tranquilo. También el carnaval. Demasiados forasteros: poca alegría».

Pero, si en Roma había poca alegría, sobreabundaba en el Oratorio. El teatro, los juegos, el rompimiento de las ollas tradicionales, las rifas, la música tenían entretenidos a todos los muchachos durante los tres últimos días de carnaval. Aquella alegría era un efecto de la paz del corazón asegurada con el ejercicio de la buena muerte en el que se habían sufragado las almas del Purgatorio, en especial la del clérigo Petiva, fallecido aquellos días en el Hospital de San Luis de Turín.

Segundo Petiva, que se había educado en el Oratorio, era muy hábil para la música; tanto, que había sido profesor de ella durante varios años desde 1858. Era una clase que bien podía ser tenida por una academia musical, ya que, por iniciativa de don Bosco, había producido y seguía produciendo distinguidos organistas, compositores de música y cantores para las funciones sagradas, por todas las partes del mundo. Destacaron, entre sus primeros alumnos y maestros, don Juan Cagliero, don José Lazzero, don Luis Chiapale, José Buzzetti, Santiago Rossi, Juan Turchi, Calixto Cerruti, José Dogliani y Bersano, Tomatis, Reano, Fumero, **[88]** Brunetti, Dassano y cien más, que en su día fueron maestros de millares de alumnos.

Pero el clérigo Petiva, después de varios años, debido a ciertos planes personales, despidióse de don Bosco y fue a hospedarse por algún tiempo en el seminario menor de Mirabello, donde prestó algunos servicios durante varios meses. Finalmente, marchóse también de allí después de varias vicisitudes y, habiendo caído enfermo de tuberculosis, entró en el hospital. Escribe don Miguel Rúa en la Crónica:

«Petiva se había agravado en su larga enfermedad y deseaba que don Bosco lo visitara. El buen padre, pese a sus graves ocupaciones, fue a verle dos veces; le confesó y le administró todos los auxilios que necesitaba. Llamó la atención que hasta entonces Petiva siempre había tenido la esperanza de curarse y salir del hospital por primavera. Mas, después de la primera visita, cambió radicalmente de modo de pensar: tanto, que desde entonces ya no hablaba más que de su próxima muerte y no tenía más pensamiento que el de prepararse a bien morir. Don Bosco le había hablado de tal modo que, sin asustarle y sin comunicarle abiertamente la muerte, le había hecho entender que eran ilusorios los motivos de su esperanza; y esto lo hizo con tal destreza y unción que el enfermo no se mostró atemorizado ni por un momento con la idea de la muerte; más aún, después de la segunda visita de don Bosco, se mostró contento de morir pronto, ya que don Bosco le había asegurado que después de su muerte iría enseguida al paraíso. No resultaron falaces las palabras de don Bosco, puesto que, pocos días después, con las más hermosas disposiciones, expiró su alma en el beso del Señor».

Al ser conocida su muerte en el Oratorio, como algunos creían todavía que pertenecía a la Pía Sociedad, supusieron que podía ser uno de los tres muertos vistos por don Bosco en el sueño. Mas, don Juan Bautista Francesia escribía a Roma al caballero Oreglia:

«El pobre Petiva ha muerto con tal resignación que causa envidia a todos. Pero don Bosco asegura que no es el segundo que debía hacer el paquete para la eternidad.

»Dijo, sin embargo, **[89]** que otro hizo ayer el ejercicio de la buena muerte y que sería por última vez. Alégrese, pues, ya que usted no será ciertamente *el segundo.*

»Entre tanto le comunico que la impresión de la gramática griega del teólogo Pechenino está terminada... Se da nuevo empuje a la *biblioteca (de la juventud italiana)*... Se repartió ya el programa...»

Don Bosco pensaba en dar vida a la subscripción mensual de Clásicos italianos expurgados para uso de las escuelas.

Y mandaba más noticias al Caballero, a quien claramente decía

que las estrecheces del Oratorio convertían aquel tiempo en *oportuno* para quien quisiera obtener gracias de la Virgen.

Muy querido caballero Oreglia:

Hace un tiempo hermoso, desapareció el frío, estamos en primavera y usted siempre en Roma. Sin embargo no me lamento, porque le suple Cantú. He recibido las mil trescientas liras precisamente en el momento en que don Miguel Rúa buscaba abrumado dinero para Avvezzana. Dióle mil liras a él y el resto a un picapedrero. *¡Deo gratias!* ¡Es muy bonito el episodio de aquella visita singular! Si me escriben, me las arreglaré como pueda. Escribiré una carta a la condesa Folchi. Quedan anotadas las misas de la condesa Calderari, déle las gracias y dígale que aquí rezamos todos los días por ella. He recibido carta de monseñor Fratejacci, a la cual contestaré pronto: estamos de acuerdo. Mandaré un *anónimo* al padre Oreglia, a quien comunicará mis más cordiales saludos.

Muchos dicen que usted residirá siempre en Roma y yo digo que siempre, no; porque a cada momento preguntan por usted. He visto a su madre, que tanto me encomendó a su hermano, por quien hacemos oraciones especiales. Me alegra saber las buenas noticias que me promete.

Yo estoy engolfado en los gastos, las facturas a pagar y los trabajos a continuar. Haga lo que pueda, pero rece con fe; creo que es un tiempo oportuno para el que quiera alcanzar gracias de María. Nosotros contemplamos cada día una más conmovedora que otra y con este empuje vamos adelante.

La condesa Digny, la condesa Uguccioni, la marquesa Nerli preguntan por usted y me dicen que, si al volver de Roma, pasará por Florencia.

Todos los de casa están bien de salud y le desean toda clase de bienes. No olvide la meditación de la mañana. En el nombre del Señor me profeso

Turín, 3 de marzo de 1868.

Afmo. amigo
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[90] Corría la voz por aquellos días de que el caballero Oreglia no volvería más al Oratorio. Don Bosco, lleno de caridad con todos, no ahorró los más delicados cuidados para que su querido hijo espiritual perseverase en la vocación abrazada. Lo verán los lectores a través de sus numerosas cartas.

[91]

CAPITULO IX

RESPUESTA DE LOS OBISPOS A LAS PETICIONES DE DON BOSCO – CARTA COMENDATICIA DEL VICARIO GENERAL CAPITULAR DE ACQUI; DEL OBISPO DE ASTI ACOMPAÑADA DE UNA CARTA SUYA – DEL ARZOBISPO CARDENAL DE ANCONA Y DEL ARZOBISPO DE TURIN – CARTA CONFIDENCIAL DE MONSEÑOR RICCARDI AL CARDENAL QUAGLIA SOBRE LA COMENDATICIA DIRIGIDA POR EL A DON BOSCO – SUS OBSERVACIONES TRANSMITIDAS AL MISMO CARDENAL ACERCA DE LAS CONSTITUCIONES DE LA PIA SOCIEDAD – DON BOSCO PIDE LICENCIA AL ARZOBISPO PARA ENVIAR UN SACERDOTE A CELEBRAR LA MISA EN UN INSTITUTO DE RELIGIOSAS

A medida que los Obispos recibían las peticiones de don Bosco de cartas comendaticias para la aprobación de la Pía Sociedad, le llegaban las respuestas, casi todas favorables, que referiremos por orden cronológico.

El Vicario Capitular de Acqui escribía:

FRANCISCO CAVALLERI, Doctor en ambos derechos, canónigo párroco de esta iglesia catedral de Acqui, caballero de los santos Mauricio y Lázaro, vacante la sede episcopal, Vicario General Capitular.

Vistas y examinadas las Constituciones de la Sociedad de San Francisco de Sales, cuyo superior general es el celosísimo sacerdote don Juan Bosco;

Informados de que allí donde dicha Sociedad se estableció y puso a prueba, es grandísimo el provecho espiritual y temporal que experimentan las parroquias, los hospitales, las cárceles y la tierna juventud, a cuyo bien se dirigen particularmente los esfuerzos de los beneméritos y muy laudables miembros de la misma;

[92] Considerado el sentido del Decreto de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares del 23 de julio de 1864, por el que el Sumo Pontífice Pío IX *amplissimis verbis memoratam societatem laudavit atque commendavit* (alabó y recomendó a dicha sociedad con tanta eficacia);

Considerando asimismo, que, según dicho Decreto, parecería casi definitivamente constituida dicha Sociedad en la persona del mencionado Superior General, que debe durar en el cargo toda su vida;

Seguros de hacer un gran bien a nuestra santísima Religión no podemos por menos de encomiar también nosotros la diversas veces nombrada Sociedad de San Francisco de Sales y hacer votos para que la Santa Sede se digne aprobar definitivamente las Constituciones, con lo cual se pueda asegurar su existencia de cara a la

Iglesia, conservar la unidad de espíritu y de disciplina y así promover siempre más el mayor bien al cual tiende.

Acqui, 28 de febrero de 1868.

CAVALLERI, *Vic. Gral. Cap.*
P. BATAAGLIA, *Secretario*

El Obispo de Asti:

Asti, 4 de marzo de 1868

M. Rvdo. y queridísimo señor don Bosco:

Aprovecho la amabilidad del Rvmo. señor canónigo Molino para mandar a V. S. Muy Rvda. la *Comendaticid* pedida y las *remisorias* para los dos clérigos Merlone y Fagnano. Espero que estos dos buenos jóvenes continúen diligentemente en la Congregación de San Francisco de Sales; mas, si por circunstancias extraordinarias tuvieran que dejarla y desearan volver a su pueblo, no les será difícil obtener del Rvmo. señor Obispo de Casale la autorización. Yo, entre tanto, le auguro de corazón, pueda obtener de Roma lo que piadosamente desea en favor de la juventud cristiana; y a los carísimos clérigos Merlone y Fagnano que puedan llegar a ser dos buenos ministros del Señor. Y encomendándome a sus oraciones me profeso de corazón.

Afmo. hermano
† CARLOS, *Obispo de Asti*

CAROLUS SAVIO, Dei et Apostolicae Sedis gratia, Episcopus Astensis et Princeps, S.S.D.N. Pii Papae IX praelatus domesticus ac pontificio solio assistens.

Visis Constitutionibus Piae Societatis Taurini erectae sub invocatione S. Francisci Salesii Nobis oblatis a R. D. Sacerdote Johanne Bosco, Societatis eiusdem Fundatore ac Rectore;

[93] *Viso item Decreto S. Congregationis Episcoporum et Regularium dato sub die 23 Iulii 1864;*

Quum adolescentes non pauci huius Nostrae Dioecesis praeteritis annis et in praesens adhuc apud antedictam Societatem sub disciplina praelaudati Sacerdotis Johannis Bosco pie ac religiose in artibus addiscendis, vel etiam in clericali militia excolenda, educati sint et edoceantur;

Requisitioni Nobis desuper factae libenti animo annuentes, memoratae So-

CARLOS SAVIO, por la gracia de Dios y de la Sede Apostólica, Obispo de Asti y príncipe, prelado doméstico de S.S.N.S. Pío Papa IX y asistente al solio pontificio.

Vistas las Constituciones de la Pía Sociedad erigida en Turín bajo el título de san Francisco de Sales, que nos ha presentado el reverendo sacerdote don Juan Bosco, fundador y Rector de esta misma Sociedad;

[93] Visto también el Decreto de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, otorgado el 23 de julio de 1864;

Siendo así que no pocos adolescentes de esta nuestra Diócesis, fueron educados en años pasados y son instruidos todavía al presente piadosa y religiosamente en las artes o también en el perfeccionamiento de la milicia clerical por esta Sociedad, según la disciplina del reglamento del ya nombrado sacerdote Juan Bosco;

Asintiendo de buen grado a la petición que se nos ha hecho, concedemos

cietati hoc laudis testimonium concedimus eamque omni quo decet obsequio SS. Domino Nostro Papae humiliter commendamus.

Dat. Astae, die 4 martii 1868.

† CAROLUS, Episcopus

SCOPELLO, Pro-Cancell. Ep.

este testimonio de alabanza a dicha Sociedad y la recomendamos humildemente con todo el respeto que merece a Su Santidad Nuestro Señor y Papa.

Dado en Asti, a 4 de marzo de 1868.

† CARLOS, *Obispo de Asti*

SCOPELLO, *pro-canciller episcopal*

El Cardenal Antonucci, Arzobispo-Obispo de Ancona:

Carísimo don Bosco:

Con el deseo manifestado en su carta del 10 de febrero p.pdo. he enviado con sumo agrado al Santo Padre la adjunta carta comendaticia y se la dirijo a usted sin timbrarla para que, después de leída y cerrada, pueda enviarla a su alto destino.

Encomiéndeme al Señor y creáme siempre, con verdadero aprecio y particular adhesión,

Ancona, 6 de marzo de 1868

Su afmo. de corazón.
† A. B. Cardenal ANTONUCCI, *Arz. O.*

A SU SANTIDAD NUESTRO SEÑOR PÍO IX

Beatissime Pater,

Inter caetera charitatis Instituta quae extremis hisce temporibus ad Dei gloriam Catholicaeque Ecclesiae utilitatem surrexerunt, peculiari quadam existimatione dignam sum semper arbitratus Congregationem illam, quae a Sancto Francisco Salesio nomen habet, a Sacerdote Joanne Bosco Augustae Taurinorum fundatam. Quae quidem exiguis licet initiis exorta, quod meis vidi oculis dum S. Sedis Nuntii munere decoratus illic immorabar, brevi temporis intervallo adeo altas defixit radices ut ad spiritualem animarum profectum, imprimisque ad Christianae adolescentium educationis incrementum mirabiliter creverit ac pullulaverit. Equidem ea tempestate in deliciis habebam **[94]** *illa loca invisere, viridariorum ad instar amoena ac spatiosa, vulgo* Oratori Festivi, *quae summa mei animi laetitia ve-*

Beatísimo Padre:

Entre los demás Institutos de Caridad que en estos últimos tiempos aparecieron para gloria y utilidad de la Iglesia Católica, siempre he pensado que era digno de peculiar reputación la Congregación, que lleva el nombre de San Francisco de Sales, fundada por el sacerdote Juan Bosco en Turín. La cual, aunque aparecida con pobres inicios, según vi por mis propios ojos mientras allí moraba por mi cargo de Nuncio de la Santa Sede, en breve intervalo de tiempo, elevó tan alto sus raíces que creció y se multiplicó maravillosamente para el progreso espiritual de las almas y principalmente para el desarrollo de la educación cristiana de los adolescentes. En efecto, en aquella época, era mi delicia **[94]** visitar aquellos lugares, a manera de amenos y espaciosos *bosquecillos* en los vulgarmente llamados *Oratorios Festi-*

ram salutis arcam semper reputavi, quia innumeri adolescentes derelicti ac pauperes in ea diebus festis collecti, solerti atque pia Praesidis eiusque operariorum, qui modo centenarium numerum attingunt, industria, mane S. Missae Sacrificio aderant, reficiebantur Sacramentis, divinique verbi pabulo nutriebantur, dum vespertinis horis, persolutis pietatis exercitiis, ludis oblectamentis sese exhilarabant.

Nec inter tam angustos limites sese continebant Fundatoris ac sacerdotum studium et sollicitudo. Eorum enim cura quaedam Domus seu Hospitia aperta sunt, in quibus mille et amplius adolescentes aut gratuito, aut pertenui mercede recepti, non modo scientia et Religione instituuntur, verum etiam in aliquo artis genere exercentur: eo quidem fine ut praeter tutum ad pietatem iter habeant etiam quo futuris annis honeste vitam traducant.

Inter hos non desunt nonnulli qui, studiorum curriculo rite absoluto, Ecclesiasticam militiam arripiant.

Interea Antistitum desideriis etiam obsequentes Congregationis huius Sacerdotes, quocumque Christianae Religionis urgeat necessitas, in urbibus, pagis, carceribus et nosocomiis qua cathechesibus, qua concionibus, qua aliis pietatis exercitiis, prout mihi indubiis constat documentis, indefesso zelo, summoque animarum lucro adlaborant. Memorata enim Societas sicut singularem Episcopis subiectionem et reverentiam profitetur, sic Summum Pontificem et Sedem Apostolicam devotissimo obsequio ac observantia prosequitur.

Nec minori laude digna est haec Societas, quod sua cura aliquot abhinc annis ad hunc usque diem sanae doctrinae

vos, que, con suma alegría de mi alma, siempre tuve por verdadera arca de salvación, porque innumerables adolescentes abandonados y pobres, reunidos en ellos en los días festivos, con la amable y piadosa habilidad del Director y de sus colaboradores, llegaban a más de ciento y asistían por la mañana al sacrificio de la santa misa, recibían los sacramentos, se alimentaban con el pan de la divina palabra, mientras por la tarde, cumplidos los ejercicios piadosos, se entretenían con juegos y diversiones.

Pero no quedaban encerrados en tan estrechos límites el estudio y la solicitud del Fundador y de los sacerdotes. Con su atención se abrieron varias casas o asilos en los que fueron recibidos más de mil adolescentes gratuitamente o con una ligera cuota, donde no sólo se les enseña ciencia y religión, sino que también se les ejercita en otro género de arte: con el fin de que, además de un camino seguro para la piedad tengan también con qué desenvolver honestamente la vida en el futuro.

No faltan algunos entre éstos que, después de cumplidos normalmente los cursos de los estudios, llegan a la milicia eclesiástica.

Además, los sacerdotes de esta congregación, complacientes también con los deseos de los Obispos, trabajan sin descanso y con gran fruto para las almas, según me consta por documentos indudables, allí donde se presente una necesidad para la religión cristiana, lo mismo en ciudades, que en pueblos, en cárceles u hospitales, con catequesis, sermones y otros ejercicios de piedad.

Dicha Sociedad, igual que profesa singular sujeción y obediencia al Obispo, ensalza con devotísima sumisión y observancia al Sumo Pontífice y a la Sede Apostólica.

Y no es menos digna de alabanza esta Sociedad, por cuanto desde hace algunos años hasta el presente publica libritos de sana doctrina, como antídoto

libelli in lucem prodeant tamquam antidotum adversus nefariorum scriptorum colluviem, quae singulis horis in rudes ac idiotas impune diffunduntur.

Nec mirum si hanc Congregationem tam bene de Christiana Republica meritam complures Episcopi apud se desideraverint, suumque iam in sinum receperint.

Tot uberes ac praeclari fructus nulla ex alia ratione videntur esse repetendi quam ex directionis unitate ac ab unione illa, quae mirum in modum elucet inter ea membra, quibus ipsa constat Societas, quaeque in unum veluti corpus colligata sub Constitutionibus reguntur magnam prudentiam ac pietatem redolentibus.

Ideo non sine animi mei consolatione percepi vigore Decreti S. Congregationis Episcoporum et Regularium sub die 23 Iulii 1864 a Sanctitate Vestra praefatam Societatem uti Congregationem Votorum Simplicium *sub regimine Moderatoris Generalis amplissimis verbis fuisse laudatam ac commendatam.*

Quamobrem maioris Dei gloriae incensus desiderio, animarumque utilitate extimulatus, ac etiam in grati animi mei argumentum erga piam hanc Societatem, quae modo non paucos huius civitatis ac Dioecesis **[95]** *infortunatos adolescentes orphanos propter ultimam Choleramorbi tristissimam invasionem tam liberaliter ac peramanter alit et instituit, humillimis precibus Sanctitatem Vestram exoro, ut praefatae Societatis Regulas a me attente perlectas dignetur approbare, quae per Apostolicam Auctoritatem veluti super firmissimo erecta fundamento, iuxta propositum sibi finem ad Ecclesiae Catholicae emolumentum valeat perdurare.*

Interim Apostolicam benedictionem adprecatus, Vestros SS. Pedes humiliter deosculor.

contra la maraña de nefastos escritos, que a diario se difunden impunemente entre los ignorantes.

Y no resulta extraño que muchos Obispos quieran consigo y ya hayan recibido en su seno a esta Congregación tan benemérita de la República Cristiana.

Parece que tan abundantes y preclaros frutos no se pueden repetir con ninguna otra razón que no sea la unidad de dirección y aquella unidad que de un modo admirable brilla entre sus miembros, los cuales según consta por la misma sociedad, unida como en un solo cuerpo por las Constituciones, se rigen exhalando el perfume de una gran prudencia y piedad.

Por eso, con satisfacción de mi espíritu, contemplé cómo en fuerza del Decreto de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares del 21 de julio de 1864, era alabada y recomendada con amplísimas palabras por Vuestra Santidad dicha Sociedad como *Congregación de Votos Simples* bajo la dirección de un Superior General.

Por lo cual, excitado por el deseo de la mayor gloria de Dios y estimulado por el bien de las almas, y también como argumento de mi ánimo reconocido a esta Pía Sociedad, que de un modo tan liberal y caritativo educa e instruye a no pocos desgraciados adolescentes de esta ciudad y diócesis, **[95]** huérfanos a causa de la última y tristísima invasión del cólera, ruego con humildes preces a Vuestra Santidad que se digne aprobar las Reglas de dicha Sociedad, atentamente releídas por mí, la cual erigida por la Autoridad Apostólica como sobre firmísimo fundamento, pueda perdurar, según el fin propuesto, para utilidad de la Iglesia Católica.

Entre tanto, implorando la bendición apostólica, beso humildemente vuestros santos pies.

Dat. Anconae, Pridie Nonas Martii MDCCCLXVIII.

Dado en Ancona, la víspera de las nonas de marzo 1868.

Humillimus, Obsequentissimus
et Addictissimus
Famulus Subditus et Creatura

Muy humilde, muy obediente,
muy adicto servidor,
súbdito y criatura

† ANTONIUS BENEDICTUS Cardinalis ANTONUCCI, Arhiepiscopus Episcopus Anconitanus et Humanensis.

† ANTONIO BENEDICTO Cardenal ANTONUCCI, Arzobispo, Obispo de Ancona

El Arzobispo de Turín:

ALEJANDRO OCTAVIANO RICCARDI, DE LOS CONDES DE NETRO, POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA, ARZOBISPO DE TURÍN, ETC.

Deseando vivamente promover la gloria de Dios y la salvación del prójimo, con todas nuestras fuerzas, nos resultó muy grato recibir del sacerdote don Juan Bosco vivas instancias, para que recomendáramos ante la Santa Sede a la Pía Sociedad de San Francisco de Sales, de la que él es Rector Mayor, para la definitiva erección de la misma en Congregación Religiosa.

Considerando, por tanto, el fin que la Pía Sociedad se propone, y viendo el bien que ella hace, principalmente recogiendo y adoctrinando en la Santa Ley de Dios a tantos pobres jovencitos, que de otro modo quedarían abandonados y en peligro de correr por el camino de la perdición;

Vistos los decretos de aprobación de la misma, emanados de nuestro predecesor monseñor Fransoni, de grata memoria, *los cuales aun refiriéndose a la Sociedad cuando no se proponía más que catequizar a los niños en los días festivos y recogerlos para iniciarlos en un arte u oficio, resultan sin embargo de gran alabanza para la misma;*

Considerando que el Padre Santo por el órgano de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, se dignaba dedicar halagüeñas palabras a la Pía Sociedad y la daba casi un principio de aprobación, nombrando superior general para toda la vida al sacerdote don Juan Bosco y reconociéndola como Congregación con votos simples, bajo la jurisdicción de los Ordinarios Diocesanos, aplazando para tiempo más oportuno la aprobación de las constituciones entonces presentadas:

[96] Considerando que muchos Obispos se dignaban ya aprobar ante la Santa Sede la petición a ella enviada por el sacerdote don Bosco para la aprobación de la Sociedad, en vista del bien que hace y del mayor que podría hacer, si fuera aprobada por la Santa Sede Apostólica; queriendo dar una prueba de nuestra benevolencia al sacerdote Bosco y a la Sociedad de la que es cabeza, aprobamos también nosotros *cuanto por nuestro antecesor de feliz memoria se hizo en antención a la misma* e instamos vivamente a la Santa Sede para que, *examinadas y corregidas* las Constituciones presentadas por el sacerdote don Bosco, superior general, y que forman hoy día la base de la Sociedad, se digne aprobarlas y dar así estable y definitiva exis-

tencia, por parte de la Iglesia, a dicha Congregación, *en el modo y forma que la Santa Sede estimare oportuno,* pareciéndonos que esto no puede resultar más que de ventaja para la Iglesia y el bien del prójimo.

Dado en Turín, en nuestro Palacio Arzobispal, a 7 de marzo de 1868.

† ALEJANDRO, *Arzobispo.*

ANDRÉS ASTENGO, *Secr.*

Una vez entregada a don Bosco esta carta comendaticia, en la que claramente aparecían algunas reservas, escribía confidencialmente el Arzobispo de Turín al Cardenal Prefecto de la Congregación de Obispos y Regulares, que lo era el Eminentísimo Cardenal Angel Quaglia:

Eminencia Reverendísima:

El sacerdote don Juan Bosco, fundador y rector de la Pía Sociedad de San Francisco de Sales, me insta vivamente a que le expida una carta comendaticia para obtener de la Santa Sede que dicha Sociedad sea aprobada como Congregación religiosa, de acuerdo con las Constituciones por él presentadas.

Queriendo por cuanto de mí depende favorecerle en este su deseo, sólo en la parte en que yo creo que su institución es beneficiosa para la Iglesia, le entregué la carta de recomendación, cuya copia adjunto. Por ella, puede Vuestra Eminencia Reverendísima advertir que mi aprobación se refiere a la Sociedad, cuando no se proponía más finalidad que la de recoger y catequizar a los niños y adiestrarlos en algún arte u oficio y que, si suplico la erección en Congregación religiosa, subordino esta petición a que la Santa Sede haga una sabia revisión y corrección de las Constituciones. Y si verdaderamente yo no estuviera convencido de que esta sagrada Congregación modificara esencialmente las constituciones presentadas, no me habría decidido jamás a este paso, por cuanto mi oposición hubiera podido acarrearme graves disgustos, ya que creería traicionar a mi obligación **[97]** de Obispo, si yo me hiciera protector de una Congregación, que si fuere aprobada tal cual se propone, no podría sino acarrear un gravísimo daño a la Iglesia, a la Diócesis y al Clero.

En beneficio, por tanto, de la misma Congregación, y más aún para utilidad de la Iglesia, creí acertado hacer aparte las observaciones presentadas, notando asimismo, al margen, algunos artículos que me parece necesitan ser reformados.

Temiendo después que mi razón hubiera podido engañarme, quise someter las Constituciones en cuestión al examen de don Antonio María Durando, Visitador de la Misión, hombre experimentado y docto, estimado y apreciado por todos, el cual encontró también que merecían reforma.

Someto, por tanto, todas estas observaciones a la sabia consideración de Vuestra Eminencia Reverendísima, para que se digne tenerlas presentes cuando esa Sagrada Congregación sea llamada a examinar las Constituciones de que se trata.

Bien quisiera que la Pía Sociedad encontrara el modo de perpetuarse y extenderse, pero quisiera también se limitase al fin para el que fue instituida y que se procurase eliminar cualquier inconveniente que de su erección en Congregación Re-

ligiosa pueda seguirse. Más aún, quisiera hacer un ruego a esta Sagrada Congregación y sería que, antes de dar cualquier aprobación, se dignara encargar a una persona ajena, pía, docta, experimentada y práctica en la educación de la juventud, para que sobre el lugar, examinara las cosas y diera cuenta de las mismas. Esta inspección, hecha sin estar nadie previamente informado de su fin, tal vez podría revelar muchos inconvenientes que escapan a mis observaciones e iluminar a la Sagrada Congregación, que así podría, con mayor conocimiento de causa, enmendar y rehacer las Constituciones, adaptándolas a las necesidades de las mismas y a los tiempos en que vivimos.

Y en la confianza de que, lo mismo Vuestra Eminencia Reverendísima que esta Sagrada Congregación, tomarán en cuenta lo que he tenido el honor de presentarle para los intereses de la Iglesia y de la Pía Sociedad, aprovecho gustoso la favorable ocasión de tener el honor de suscribirme, con profundo respeto e igual consideración.

De Vuestra Eminencia Reverendísima

Humildísimo, devotísimo y
seguro servidor
† ALEJANDRO, *Arzobispo de Turín.*

Turín, 14 de marzo de 1868.

Observaciones a las Constituciones presentadas por el sacerdote don Juan Bosco para la Congregación de San Francisco de Sales.

I. La aprobación dada por el Arzobispo de Turín y por quien tenía la administración de la Diócesis (Const. pág. 3 y 4) no guardaba relación **[98]** más que con los dos primeros fines propuestos por la Pía Sociedad: el de la instrucción religiosa de los muchachos del Oratorio en los días festivos y el de albergar a los muchachos abandonados para adiestrarlos en un arte u oficio. Y ¡ojalá hubiera continuado siempre de la misma manera! Queriendo ahora la Sociedad transformarse en Congregación y ampliar su campo de acción, es necesario tener en cuenta tanto su intrínseco modo de ser, cuanto el fin que se quiere proponer, examinando atentamente las Constituciones para ver si corresponden a este fin, sin tener en cuenta las aprobaciones anteriores.

A mí me parece que sería mucho mejor que la Congregación eliminase la finalidad, en la que parece tiene preferencia, de educar al clero joven, sustituyendo, por así decir, a los Obispos y se restringiese: 1.° a los oratorios dominicales; 2.° a recoger a los muchachos abandonados, etc., para adiestrarlos en un arte u oficio; 3.° a suministrar a los que muestran mayor aptitud los medios necesarios para poderse instruir; 4.° a poner los socios a disposición de los Obispos respectivos para catequizar a las poblaciones campesinas y ayudar a los párrocos; 5.° a divulgar buenos libros a precios bajísimos.

II. La Congregación, según el artículo 1.° del número 3, consta de sacerdotes, clérigos y laicos.

No se dice que estos *laicos* sean *oblatos,* esto es conversos, o bien una clase de socios perfectamente iguales a los otros, posesores de los mismos derechos y que podrían, por consiguiente, llegar a la dirección de la Sociedad, por no estar excluida de las Constituciones. No se dice si pueden continuar en el estado laical, aun cuando sean definitivamente profesos o sean elegidos para cualquier cargo. En una

palabra, un laico puede llegar a Superior General y puede elegir a otros laicos para el gobierno de la Congregación.

III. Los laicos deben, según las Constituciones, *scientiarum studio se ipsos perficere* (perfeccionarse a sí mismos con el estudio de las ciencias) antes de atender al cuidado de los demás. Mas no se da a entender, ni siquiera de paso, qué estudios deberán hacer los laicos y cuáles los clérigos. Todo, por tanto, quedará sometido al arbitrio del Superior, a quien atribuyen las Constituciones una autoridad demasiado extensa y arbitraria, el cual podría, en caso de necesidad, presentar para las Sagradas Ordenes a clérigos que no hubieran hecho los estudios necesarios de la carrera eclesiástica y sin la debida vocación y educación. Dependerá además de él solo prescribir los años de dedicación a los estudios eclesiásticos, cómo deberán hacerse, si en los seminarios episcopales o con profesores especiales, si cada alumno en particular o todos juntos. No está previsto en las Constituciones, si los alumnos de la Sociedad deben estar libres de atender a la instrucción de otros, durante los años de estudios, o si están obligados a prestar servicio como los socios no estudiantes y no clérigos. La costumbre actual es que muchos clérigos hacen de prefectos o maestros de los muchachos internos y no pueden dedicarse, por tanto, a los estudios eclesiásticos, hacen estos estudios en privado y sin profesores especiales. Una parte de ellos asiste a las clases del seminario **[99]** porque les obliga el Ordinario de Turín, pero hay que admitir que, libres de su dependencia, harán como los demás y como parece ser el espíritu del Instituto. Este sistema tiene que ser de grave daño para la Iglesia y para el clero. Dado que, en efecto, los socios clérigos están obligados por un trienio, pueden abandonar libremente la Congregación, y se tendrá de este modo un clero sin la instrucción y educación convenientes.

IV. En el artículo 4.º del número 4 se dice que los clérigos y los sacerdotes que poseen patrimonio o beneficios simples, lo retendrán aun después de los votos. Mientras se provee con estas disposiciones al bien material de la Congregación y de los socios, se perjudica grandemente a la diócesis, porque el clero está investido de ellos con el único fin de tener ministros que puedan servir a la diócesis, y al dar su nombre a la Congregación ya no están al servicio de aquélla y, sin embargo, continúan gozando de los beneficios, con lo que quitan a los obispos los medios de proveerse de otros en su lugar.

V. No parece conveniente que la Congregación asuma el encargo de tener jóvenes que aspiran al ministerio eclesiástico, como parece es la intención del artículo 5.º del número 3, cuando por otra parte no sean alumnos de la misma. Los clérigos no pertenecientes a la Congregación deberían depender exclusivamente de los Ordinarios. Establecer seminarios de esta índole sólo puede perjudicar a la autoridad episcopal, fomentar la división entre el clero, rebajar la disciplina y dañar los estudios. Se debería, por tanto, remitir los jóvenes, que aspiran al ministerio eclesiástico, a los respectivos Obispos, en cuanto visten el hábito clerical, a fin de que sean educados por ellos de acuerdo con el espíritu de las respectivas diócesis. La Congregación debería conformarse con prepararlos para el seminario, salvo que el Obispo creyere conveniente confiarle el seminario episcopal.

VI. No está previsto que los clérigos de la Congregación tengan patrimonio eclesiástico para la sagrada Ordenación, puesto que según el artículo 4.º del número 8, se quisiera ordenarlos de acuerdo con los privilegios de las Ordenes Regulares. Es, pues, necesario que sean provistos de él, ya que pueden salir cuando gusten o pueden ser despedidos. Mientras, en fin, se otorga a los superiores la facultad de expulsarlos, y a los socios la de salir, no se dispone nada sobre los Ordinarios que

deben aceptarlos, los cuales podrán así encontrarse en el caso de tener que aceptar en su clero a sujetos que no habrían, tal vez, admitido jamás para formar parte del mismo, etc. etc., y que, por añadidura, estarán sin patrimonio.

VII. En el artículo 3 número 13 se dice que para ser admitido en la Congregación se deberá hacer un año de noviciado, pero no se dice dónde, ni cómo. Por tanto el noviciado será común para los alumnos clérigos y los laicos con la misma educación dada a todos, y los alumnos clérigos estarán mezclados, no sólo con los socios laicos, sino con los muchachos, con los cuales conviven hoy día los socios.

VIII. Del artículo 7.º del mismo número se deduce que también formarán **[100]** parte de la Congregación, los que quieran entrar en ella sólo por razón de estudios. Al no tener éstos más intención que la de cursar sus estudios, no podrán ciertamente poseer el espíritu que se requiere en los clérigos y, sin embargo, formarán un solo cuerpo con ellos.

IX. No se puede comprender a dónde pueda llegar una Congregación compuesta de elementos tan dispares y que no pueden tener una misma finalidad. El colegio de Turín ya es un caos, ahora mismo, pues andan mezclados aprendices, estudiantes, laicos, clérigos y sacerdotes. Y este caos se hará cada vez mayor, al extender su campo de acción.

Para las otras observaciones véanse las anotaciones puestas al margen de los respectivos artículos en la copia de las Constituciones que se adjunta.

Turín, Arzobispado, 1.º de marzo de 1868.

† ALEJANDRO, *Arzobispo.*

Las anotaciones del Arzobispo estaban hechas sobre el margen del librito de las Reglas, impresas en 1864, que nosotros hemos incluido en el apéndice núm. 7 del volumen VIII, pág. 895: y eran las siguientes:

Pág. 3 (núm. 2) *Ejusdem Societatis Origo* (Origen de la misma Sociedad).—Ver observaciones aparte.

Pág. 4 (núm. 3) —Ver observaciones aparte.

Pág. 6 (núm. 3) Artículo 1 y 3 —Ver observaciones aparte.

Pág. 7 (Al fin) —No todos se dedican a los estudios clásicos.

Pág. 7 (Al fin) —No todos se dedican a los estudios clásicos.

Pág. 9 (núm. 4) Artículo 4 —Ver observaciones aparte.

Pág. 9 (núm. 4) Artículo 5 —¿No sería conveniente que el Superior General rindiera cuentas anualmente al Capítulo, para evitar cualquier fraude?

Pág. 10 (núm. 4) Artículo 9 —Ver observaciones aparte.

Pág. 11 (núm. 5) Artículo 6 —¿No es demasiado? Me parece que una obligación de tal naturaleza sobrepasa los límites de lo justo. La conciencia se abre al confesor.

Pág. 12 (núm. 6) Artículo 2 —Todavía no existen celdas, sino que los socios hacen vida común con los muchachos.

Pág. 15 (núm. 8) Artículo 3 —Las últimas palabras de este artículo hacen ilusoria la jurisdicción episcopal.

Pág. 15 (núm. 8) Artículo 4 —Ver observaciones aparte.

Pág. 16 (núm. 9) Artículo 2 —Contrario al artículo 10 del núm. 11.

Pág. 16 (núm. 9) Artículo 4 —De ejecución casi imposible.

Pág. 17 (núm. 9) Artículo 7 —Los artículos a añadir podrían lesionar los derechos de los Obispos; no deberían, por tanto, tener valor sin la aprobación de la Santa Sede.

[101] Pág. 17 (núm 9) Artículo 8 —¿No sería mejor que le sucediese por derecho el Prefecto, ya al tanto de los asuntos?

Pág. 18 (núm. 10) Artículo 1 —Ver observaciones aparte.

Pág. 19 (núm 10) Artículo 3 —Ultima parte.—Ver observaciones aparte.

Pág. 19 (núm. 10) Artículo 5 —Hacia el fin. En el caso en que, después de la segunda y tercera votación, no se obtuvieren las dos terceras partes de los votos, *quid agendum?* (¿qué hacer?) La Regla no prevé este caso.

Pág. 23 (núm. 12) Artículo 2 —No se entiende qué concierne al Ordinario diocesano y qué al Rector.

Pág. 25 (núm. 13) Artículo 3 —Ver las observaciones aparte.

Pág. 25 (núm. 13) Artículo 4 —Y después el tercer trienio.

Pág. 26 (núm. 13) Artículo 5 —Sería contrario al artículo que incluye a los laicos como socios.

Pág. 26 (núm. 13) Artículo 7 —Ver observaciones aparte.

Pág. 27 (núm. 13) Artículo 10 —No se dice qué votos, si perpetuos o temporales. Sin embargo es de gran importancia declararlo.

Pág. 28 (núm. 14) Artículo 2 —La restricción parece demasiado extendida y puede dar ocasión a graves desórdenes. Además, no se dice si el confesor debe ser socio o si debe ser aprobado por el Ordinario.

Pág. 33 (núm. 16) *Appendix de externis.* (Apéndice sobre los externos). Artículo 1 —Ver si estos afiliados convienen en nuestros tiempos.

Este documento fue enviado a la Sagrada Congregación de Obispos, sin que don Bosco lo supiera.

La falta de conocimiento de la verdadera situación de las cosas, las sospechas sobre las intenciones de don Bosco, los prejuicios y temores de peligros inexistentes, las falsas interpretaciones de los artículos, las exigencias que, de momento, no se podían satisfacer, los juicios atrevidos habían inspirado aquellas observaciones. Pero el Arzobispo (hemos de repetirlo) no obraba con mala intención, sino por informes inexactos y comentarios de ciertos doctores anticuados y hostiles a don Bosco.

Cierto es que la Pía Sociedad no estaba todavía totalmente formada, es cierto también que alguna de sus reglas necesitaba algún retoque, pero el gran bien que ya había producido manifestaba evidentemente, a quien quería verlo, que estaba inspirada por el Señor.

Y don Bosco, por aquellos días, lo mismo que había hecho siempre, **[102]** daba una prueba de obligada deferencia al Superior Eclesiástico.

Rvdo. señor don Bosco:

Me dice Sor Clarac, de las Hijas de la Caridad, que V. S. M. R. deseaba mi consentimiento para que un sacerdote suyo fuera al Oratorio, abierto por la misma, para celebrar y dar alguna plática. No teniendo motivo para discrepar, accedo plenamente a la petición hecha.

El Señor le conceda toda clase de bendiciones y créame de Vd.

Turín, 16 de marzo de 1868.

Su seguro servidor
† ALEJANDRO, *Arzobispo.*

Sor Luisa Clarac había fundado en Turín el Instituto de Santa María.

[103]

CAPITULO X

LECTURAS CATOLICAS: *LAS MARAVILLAS DE LA MADRE DE DIOS INVOCADA CON EL TITULO DE MARIA AUXILIADORA – PROLOGO DEL OPUSCULO – CARTA DE DON JUAN BAUTISTA FRANCESIA AL CABALLERO: EL FASCICULO* SEVERINO *ES UN EXITO; LAS OBRAS EN LA IGLESIA; LAS GRACIAS DE MARIA SANTISIMA; LAS MEDALLAS; PREPARATIVOS PARA LA GRAN FIESTA; CONSECUENCIAS DEL VIAJE DE DON BOSCO A MORNESE EL AÑO PASADO – NOMBRAMIENTO DE CARDENALES: MONSEÑOR EUSTAQUIO GONELLA – DON BOSCO ESCRIBE AL CABALLERO PARA QUE PRESENTE LOS RESPETOS DE TODA LA PIA SOCIEDAD AL CARDENAL GONELLA Y A LOS OTROS NUEVOS CARDENALES; LE PIDE NOTICIAS DE SUS AMIGOS DE ROMA; LE RECUERDA LA FIESTA DEL TERCER CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE SAN LUIS – OTRA CARTA A MONSEÑOR RICCI, A QUIEN FELICITA POR EL NUEVO HONOR AL QUE HA SIDO ELEVADO POR EL PAPA – DON JUAN B. FRANCESIA AL CABALLERO: LE DA NOTICIAS DEL ORATORIO; DON BOSCO EXCLUIDO DE UN REPARTO BENEFICO PARA OBRAS PIAS, RECIBE UNA IMPORTANTE SUMA DESDE MILAN; NUMEROSAS OFRENDAS DE LOS FIELES EN ESTOS DIAS; LAS OBRAS DE LA IGLESIA MARCHAN BIEN; DON BOSCO ES LLAMADO AL LECHO DE MUCHOS ENFERMOS – CIRCUNSTANCIA EXTRAORDINARIA EN LA MUERTE REPENTINA DE ESPIRITU ROSSI, PREDICHA POR DON BOSCO – NO ES EL SEGUNDO DEL SUEÑO – DON JUAN B. FRANCESIA ANUNCIA ESTA MUERTE AL CABALLERO – LA MARQUESA DE VILLARIOS ESCRIBE A DON JUAN B. FRANCESIA SOBRE ESTE HECHO – EL PADRE OREGLIA ESCRIBE A DON JUAN B. FRANCESIA: ACONSEJA ACEPTAR VIGNA PIA AUNQUE SEA UNA OBRA HUMILDE Y DIFICIL; TEME UN OCTUBRE COMO EL DEL AÑO* **[104]** *PASADO; ESPERA CARTA DE DON BOSCO; VIAJE A ROMA DEL TEOLOGO MARGOTTI*

PARA el mes de marzo se había distribuido a los suscriptores de las *Lecturas Católicas* un fascículo titulado *Vuelo de un Angel, original de Humberto Le Bon, traducido al italiano por el sacerdote Pedro Bazetti.* Trataba de la eficacia de la oración para alcanzar del Señor el triunfo de la Iglesia y cualquiera otra gracia, con hermosas citas de autores religiosos, parábolas, leyendas y hechos históricos.

El fascículo que preparaba la imprenta para el mes de abril se titulaba: *Pensamientos y dichos sobre los quehaceres diarios, con un apéndice sobre la vida de familia, por Santiago Bonomo.* Eran dos opusculitos juntos. El primero demostraba que el buen sentido se altera en el pueblo, especialmente en cuestiones religiosas, por la ignorancia y por la dañosa influencia de los periódicos malos; el segundo trataba de la felicidad que se encuentra en la familia cristiana y de los medios para conservar la alegría en casa.

Para el mes de mayo, reservaba don Bosco un librito suyo de unas ciento ochenta y cuatro páginas, que acababa de escribir, en honor de María Santísima: *Maravillas de la Madre de Dios, invocada con el título de María Auxiliadora, recopiladas por el sacerdote Juan Bosco.* En la portada se leían las palabras: *Aedificavit sibi domum* (Prov. IX-1). *María se edificó ella misma una casa.*

Decía el prólogo:

El título de *Auxilium Christianorum,* atribuido a la augusta Madre del Salvador, no es nuevo en la iglesia de Jesucristo. En los mismos libros santos del Antiguo Testamento se llama a María Reina, que está a la diestra de su Divino Hijo, vestida de oro y rodeada de variedad: *Adstitit Regina a dextris tuis in vestitu deaurato, circundata varietate* (Salmo 44). (Se presenta la Reina a tu derecha, con vestidos recamados en oro, rodeada de brocados). Este manto dorado y rodeado de brocados son otras tantas piedras preciosas y diamantes o bien títulos con los que se acostumbra llamar a María. Así, pues, cuando llamamos a la Santísima Virgen auxilio de los cristianos, no hacemos más que elegir un título especial, que le conviene a María como un diamante sobre sus vestidos dorados. En este sentido **[105]** María fue saludada como auxilio de los cristianos desde los primeros tiempos del Cristianismo.

Una razón, por otra parte muy especial, por la que quiere la Iglesia en los últimos tiempos señalar el título de *Auxilium Christianorum* es la que aduce monseñor Parisis con estas palabras: «Casi siempre, cuando el género humano se ha encontrado en crisis extraordinarias logró salir de ellas, haciéndose digno de reconocer y bendecir una nueva perfección en esta admirable criatura, María Santísima, que es aquí abajo el más maravilloso reflejo de las perfecciones del Creador» (*Nicolás,* pág. 121).

La necesidad, hoy día universalmente sentida, de invocar a María no es particular sino general; ya no hay hombres tibios que enfervorizar, pecadores que convertir, inocentes que conservar. Estas cosas son siempre útiles en todo lugar y para

cualquier persona. Pero se ataca a la misma Iglesia Católica. Se la ataca en sus actos religiosos, en sus instituciones, en su cabeza, en su doctrina, en su disciplina; se la ataca como Iglesia Católica, como centro de la verdad, como maestra de todos los fieles.

Y precisamente, para merecer una especial protección del cielo, ¡se recurre a María, como Madre común, como Auxiliadora especial de los reyes y de los pueblos católicos de todo e. mundo!

Así el verdadero Dios era invocado como Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob, y esta denominación se dirigía para impetrar la divina misericordia en favor de todo Israel y Dios gozaba al ser invocado de esta manera y prestaba pronto socorro a su pueblo en las afliciones. En el curso de este librito veremos cómo María ha sido verdaderamente elegida por Dios como auxilio de los cristianos; y cómo en todo tiempo así lo ha demostrado en las calamidades públicas, en especial en favor de aquellos pueblos, aquellos soberanos, aquellos ejércitos que sufrían o combatían por la fe.

La Iglesia, pues, después de haber honrado a la Virgen durante muchos siglos con el título de *Auxilium Christianorum*, al fin instituyó una solemnidad especial en la que todos los católicos se unen para repetir a una sola voz las bellas palabras con las que es saludada esta augusta Madre del Salvador: *Terribilis ut castrorum acies ordinata, tu cunctas haereses interemisti in universo mundo.* (Terrible como tropa formada en orden de batalla, tú quitaste de en medio todas las herejías en el universo).

La Santísima Virgen nos ayude a todos a vivir fieles a la doctrina y a la fe, cuya cabeza es el Romano Pontífice, Vicario de Jesucristo, y nos obtenga la gracia de perseverar en el divino servicio en la tierra para poderla contemplar un día en el reino de la gloria en el cielo.

Por lo tanto, con los símbolos del Antiguo Testamento, con los hechos del Santo Evangelio, con los gloriosos monumentos históricos de todos los tiempos, con la devoción y reconocimiento de los pueblos agraciados, el Venerable razona primeramente lo mucho que a la Virgen le conviene el **[106]** título de Auxiliadora de la Iglesia y de los fieles.

Después habla del proyecto y de los primeros trabajos de una iglesia nueva en Turín, en honor de *María Auxilium Christianorum*: describe la colocación de la primera piedra y la continuación y el final del sagrado edificio, los medios portentosos con los que se construyó, su imponente conjunto, la imagen en él colocada a la veneración de los fieles y todo el conjunto interior del nuevo templo. Finalmente explica las principales ceremonias que se usan para la consagración de las iglesias, comenta los dos himnos litúrgicos para las fiestas que se celebrarán y termina narrando algunas gracias obtenidas por intercesión de María Auxiliadora.

Este opúsculo, como preparación a la dedicación de la iglesia,

debía resultar agradable a los suscriptores, que siempre habían acogido con alegría los escritos de don Bosco.

Mientras tanto, los obreros se apresuraban para llevar a cabo en la iglesia los trabajos de mayor urgencia. Escribía don Juan B. Francesia al caballero Oreglia y le hacía observar, en primer lugar, los naturales comentarios que corrían, ante su prolongada permanencia en Roma.

Turín, 5 de marzo de 1868

Muy querido caballero Oreglia:

No dijo usted ningún disparate, cuando escribió que alguno teme que usted haya abandonado nuestra causa. En honor de la verdad, yo fui siempre de parecer contrario. Pero ¿qué quiere? Usted mismo es ciertamente un poco el causante de estas extrañas voces. Todos sus amigos externos, que frecuentan la casa, cuando vienen a nosotros, piden noticias suyas y, después de tres, cuatro o más veces, se extrañan al oír siempre que V. S. está en Roma. Y es entonces cuando sacan la consecuencia de la que usted se nos quejaba...

El opúsculo *Severino* sigue siendo un éxito y hace que crezca cada día el número de suscriptores. Tenga en cuenta que el mismísimo Aristarco, profesor Vallauri, me llegó a decir que *Severino* tal vez sea lo mejor de cuanto ha salido de la pluma de don Bosco y que él lo había leído de un tirón. Tanto le había apasionado la manera de escribir de don Bosco...

Volviendo a la iglesia, le diré que los trabajos adelantan mucho y al presente parece que no cabe la menor duda de que para mayo se podrá abrir al público. ¡Nos maravilló oír que V. S. ha encargado ya treinta mil medallas! ¡Será una verdadera lluvia! Tengo ante mí muchas otras gracias de personas que alcanzaron la curación por intercesión **[107]** de María Auxiliadora. Para disponerlo todo para el día solemne de la inauguración, no sólo creo útil sino necesaria su presencia. Usted nos conoce y sabe que nuestra habilidad es grande en estos quehaceres.

Habría que proveer ahora muchas cosas en la imprenta. Don Bosco prepara el opúsculo, pero habría que pensar en el número de ejemplares encuadernados y en lujo, porque creo yo que hay que dejar de ser pobres en tal ocasión. Están las inscripciones latinas e italianas, etc., etc., y mil cosas más que no escaparían a su mirada. Por lo demás, mientras todos le esperamos ansiosamente, sabemos que usted emplea muy bien el tiempo en favor de la casa, y le alabamos y se lo agradecemos.

Nos congratulamos con usted por las graciosas aventuras y le auguramos muchas y muchas más, de modo que las bendiciones de los romanos sean iguales a los deseos de los turineses.

La salud de nuestros muchachos sigue bien y, salvo alguna pequeña indisposición, fruto del tiempo, la situación higiénica no presenta ningún temor.

En cuanto a la situación política, también marcha bien. *Don Bosco no ha querido decirme todavía nada de cuanto deseaba en nombre del padre José:* tal vez conteste él mismo directamente.

Ya sabe que don Bosco fue a Mornese y el recibimiento que tuvo. Mas ahora el pleito que se armó sobre lo que dijo e hizo sigue adelante. Pero el pueblo no podía

estar más indignado y unánime y el Alcalde y la Corporación Municipal y el mismo Gobernador dieron remate. Seguramente se echará tierra encima y como si tal cosa...

Querido Caballero, bendígale Dios mucho, mucho, mucho; y al presentarle los particulares saludos de don Miguel Rúa y de don Angel Savio y de todos en general, reciba los verdaderos sentimientos de cristiano afecto.

De su afectísimo, como hermano
FRANCESIA, *Pbro.*

Por aquellos días había decretado Pío IX conceder la sagrada púrpura a monseñor Aníbal Capalti, secretario de la Sagrada Congregación de Propaganda de la Fe, nacido en Roma en 1811; a monseñor Eduardo Borromeo, mayordomo de Su Santidad, nacido en Milán en 1822; a monseñor Luciano, príncipe Bonaparte, protonotario apostólico, nacido en Roma en 1820; a monseñor Inocencio Ferrieri, Arzobispo de Sida, Nuncio Apostólico ante Su Fidelísima Majestad, nacido en Fano en 1810; a monseñor Rafael Mónaco La Valletta, Asesor de la S. Romana y Universal Inquisición, oriundo de Chieti y nacido en Aquila en 1827; a monseñor Lorenzo Barili, Arzobispo de Tiana, Nuncio Apostólico ante su Majestad Católica, nacido en Ancona en 1801; **[108]** a monseñor José Berardi, Arzobispo de Nicea, Sustituto de la Secretaría de Estado y Secretario de la Cifra, nacido en Ceccano en 1810; a monseñor Eustaquio Gonella, Arzobispo-Obispo de Viterbo y Toscanella, nacido en Turín en 1811.

Los nuevos cardenales serían preconizados en el Consistorio secreto del 13 de marzo, y en el Consistorio público de 16 de marzo el Pontífice les impondría el capelo cardenalicio[1].

[1] La familia Gonella, que era de siempre bienhechora insigne de don Bosco, le había recomendado así a un amigo suyo la primera vez que fue a Roma.

Al Ilmo. señor Vicente Cavassi, copista en la Secretaría de Breves Pontificios.

Roma, Palacio Cleto, junto a San Nicolás de los Prefectos, núm. 46.

Turín, 17 de febrero de 1858

Ilustrísimo y carísimo Señor:

Mañana por la mañana sale para Roma el sacerdote don Bosco, portador de la presente; le recomiendo, como persona a quien conozco y aprecio, a V. S. Carísima, tanto más cuanto que se trata de un celoso sacerdote, que se ocupa de hacer el bien casi prodigiosamente, habiendo recogido una gran cantidad de muchachos díscolos que instruye, más de unos sesenta que

En cuanto don Bosco tuvo noticia del nombramiento de dichos Cardenales, escribía al caballero Oreglia.

Muy querido caballero Oreglia:

El conde Fresia va a Roma y me dice que si puede dejar aquí de cuatrocientas a quinientas liras, para requerirlas después a su llegada a esa ciudad. Le he dicho que le escribiría a usted y que obraría en conformidad con la respuesta. Me parece persona muy buena y caritativa. También está en Roma el conde Soranzo que desea verle, si aún no se han encontrado.

[109] No sé dónde para, mas los domésticos del cardenal Consolini lo saben.

El caballero Marco, con su hermano el caballero Juan Bautista Gonella, y sus respectivas familias, están en Roma con motivo de que su hermano, el Arzobispo de Viterbo, será proclamado Cardenal. Haga usted por acercarse directa o indirectamente, en nombre de todos nuestros sacerdotes, clérigos y casas y preséntele nuestros parabienes y felicitaciones. Haga lo mismo con los otros noveles cardenales y preséntese como enviado para ello.

Diga a la condesa Calderari que celebro la mejoría de sus niños; seguiremos rezando y esperamos que cuanto antes estén todos totalmente restablecidos para su consuelo y el de sus amigos. Hacemos lo mismo con la madre, pidiendo a Dios que un día, lo más tarde que a El plazca, la haga feliz en su gloriosa eternidad.

Deseo asimismo tener noticias de los condes Bentivoglio, a quienes deseo escribir, si no he de causarles molestia. Déme también noticias del conde Vimercati; desde Navidad no he vuelto a saber nada.

¿Están mejor de salud el padre Vasco, el padre Delorenzi, la marquesa Villarios, los de casa Vitelleschi?

Afectuosos saludos para todos de parte de todos y créame en el Señor,

Turín, 9 de marzo de 1868.

Afectísimo amigo
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P. D. Hemos celebrado una novena solemne y hoy la gran fiesta, por el tercer centenario del nacimiento de San Luis, acaecido el 9 de marzo de 1568.

---

mantiene en una especie de colegio. Puede decirse que se ha dedicado a la instrucción de muchachos de la clase obrera de nuestra ciudad de Turín con mucho provecho material y religioso. Va a Roma también con el fin de estudiar cosas de la antigüedad que tiene el gusto de conocer (es apoyado por la casa De Maistre), tal vez para completar alguna de sus obras históricas, parte de las cuales ya ha publicado; verá que es muy humilde, pero muy instruido, de modo que cuanto le he dicho debe también animar a V. S. a conocer a esta persona apreciadísima, y estoy persuadido de que, aunque le cause alguna molestia, estará contento de haberlo conocido. Yo, que conozco su amabilidad, no tengo nada más que añadir.

Créame con muy distinguido aprecio y afecto,

Su seguro servidor
J. B. GONELLA

Envió a Roma otra carta por medio del conde Fresia. Estaba, como siempre, exquisitamente escrita bajo todos los aspectos e iba dirigida a su Excelencia Rvma. monseñor Ricci, nombrado Camarero Secreto de Su Santidad.

Rvmo. Monseñor:

Entre las muchas personas que grandemente gozan del nuevo honor al que Su Santidad acaba de elevar a V. S. Rvma. dígnese contar también al pobre don Bosco, que conserva de usted el más grato recuerdo. Concédale Dios llegar hasta las más altas dignidades de la tierra, pero de tal manera que pueda después alcanzar la felicidad del cielo.

El portador de esta carta es el señor conde Fresia, que va a Roma por devoción. Es un buen cristiano y fervoroso católico. Si puede darle alguna dirección para satisfacer mejor su piadosa curiosidad, me dará también un gran placer a mí mismo.

[110] Dios le bendiga; ruegue por mí y por mi familia y créame con el más profundo agradecimiento.

Turín, 26 de marzo de 1868.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Antes de que saliera para Roma el conde Fresia, había escrito don Juan B. Francesia al caballero Oreglia el 15 de marzo.

A mitad de Cuaresma de 1868.

Mi querido caballero Oreglia:

Puesto que usted sigue todavía en Roma, resígnese a leer esta mi nueva carta. De la tipografía pocas noticias y casi todas buenas. De la casa, no podemos quejarnos; nuestros muchachos gozan de bonísima salud y especialmente los clérigos, que están todos en plena actividad. Para Pascua se ordenará don Luis Chiapale y quién sabe si usted oirá su primera misa: después serán ordenados sacerdotes Merlone y Dalmazzo, justamente para cuando se inaugure la iglesia.

Hace días se lamentaba don Bosco en voz baja, a la dirección de la sociedad de Gianduya, que de nuevo le había dejado a un lado en la limosna, como si don Bosco no se ocupara del bien público y no la necesitara. Hicieron su efecto los lamentos, puesto que el Señor, apenas anunciaron los periódicos que el Cottolengo y los Artesanitos habían recibido cada uno su cuota de dos mil trescientas liras, el Señor, digo, enviaba a don Bosco el doble, con beneficio e intereses, con una suma de seis mil liras por medio de una piadosa persona milanesa. Don Bosco da gracias de todo corazón al Señor y a la piadosa limosnera pero no desea que se publique la cosa para impedir yo no sé qué. ¡Y no acaba aquí la cosa! Quizá en todo el año no hubo tanto fervor para mandarnos limosnas como ahora, cuando los filántropos mundanos mueven cielos y tierra para poner de relieve una pequeña cantidad. Don Bosco está verdaderamente asombrado de ello; advierta que, sólo durante la semana pasa-

da, hemos recogido en limosnas extraordinarias cerca de diez mil liras. Así irá adelante la iglesia.

Ayer, jueves, vino a visitarle un tal Fino, hermano del comerciante de papel, que prometió su colaboración para decorar con pinturas al fresco una capilla, que se dedicaría a los Santos Protectores de Turín. Otra persona se encarga de pagar un pavimento elegante para una de las sacristías. Entre tanto, llegan personas de una y otra parte a tomar medidas del altar, de la balaustrada, de las gradas, para hacer, a lo que parece, un tapete o alfombra.

[111] El próximo lunes empezarán a hacer los confesonarios, pues ya están terminadas todas las puertas.

Si tuviera que describirle el verdadero entusiasmo que reina en Turín por nuestra iglesia entre los buenos, usted se alegraría mucho de ello. Algo singular que hoy se observa es la veneración cada vez mayor de la nobleza por don Bosco. No cae uno enfermo que no le llame, casi diría antes que al médico; y en esto, se lo aseguro, no tiene poco que hacer para poder contentar a todos. La prueba es que raramente está con nosotros.

Don Santiago Margotti se prepara para ir a Roma y pasar ahí la Semana Santa... Teme que haya todavía alguien mal impresionado por su famoso *Quién sabe más que nosotros* respecto a las elecciones políticas, que tanto ruido armó en el mundo. Pero todos saben que él escribió aquello para obedecer a quien debía...

FRANCESIA, *Pbro.*

Por aquellos días ocurrió en el Oratorio un hecho estruendoso. Don Bosco había afirmado que Petiva no era el segundo del sueño, pero había añadido que otro pasaría a la eternidad antes del siguiente ejercicio de la buena muerte. Corrían los últimos días de febrero y, según la costumbre, un mes después se repetiría el ejercicio. Y he aquí que, con sorpresa de todos (nos contó monseñor Pascual Morganti, Arzobispo de Rávena y alumno entonces del Oratorio), don Bosco anunciaba en público que el siguiente ejercicio de la buena muerte se anticiparía quince días y se haría precisamente el 19 de marzo, fiesta de san José. El motivo de esta disposición era que antes de aquella fecha debía morir un joven de la casa, el cual, no obstante, comulgaría la misma mañana de su muerte: y recomendaba a todos que estuvieran preparados e hicieran una buena confesión.

Como el día 18 por la tarde no había ningún enfermo en casa, corrían grandes rumores especialmente entre los alumnos. Estos, en voz baja, para no ser oídos por los superiores, decían:

—Esta vez se ha equivocado don Bosco, estamos en el ejercicio de la buena muerte y todos estamos bien de salud: ¡fracasa la profecía!

[112] A las seis de la tarde estaban los confesores en la iglesia en

su puesto y los alumnos, cosa insólita, salían del estudio y de los talleres, poco dispuestos a confesarse, y se dispersaban por los patios en vez de ir a prepararse para la confesión. Don Juan B. Francesia procuraba mandarlos a la iglesia, pero veía en la cara de muchos cierta sonrisa maligna, que no sabía explicar. Algunos, a su invitación, entraban por una puerta de la iglesia y salían por la otra. Volvía a llamarlos y de un patio se iban al otro. Nunca se habían manifestado tan reacios como aquella tarde.

Cuando supo la causa procuró persuadirlos, hacerles entrar en razón, pero él mismo se armaba un lío. En efecto, la profecía de don Bosco no daba señales de cumplirse y algunos, que habían entrado hacía unas semanas en el Oratorio, encontraban pretexto para reírse de todo cuanto de admirable habían oído sobre don Bosco. Aquellas habladurías causaban mal efecto particularmente entre los aprendices.

Llegó la hora de la cena. Los del primer turno acudieron al comedor y lo encontraron sin preparar. Faltaba el vino. Buscan a Espíritu Rossi, cantinero y refitolero y no le encuentran; no se sabe por dónde anda; de la cocina avisan al Prefecto; don Miguel Rúa pregunta quién ha visto últimamente a Rossi y Cipriano Audisio responde que a las dos de la tarde ha estado con él en la cantina lavando los toneles y que allí lo había dejado.

Van a la cantina: cerrada. Le llaman, golpean la puerta, la fuerzan, entran, miran por todas partes y, por fin, ven por el suelo los zapatos de Rossi. Se registran entonces los toneles vacíos. El pobrecito estaba en el fondo de uno de ellos, a donde imprudentemente había bajado, asfixiado, muerto. Caliente todavía, sacáronle y llevároнle fuera. La voz corrió como una centella. Los muchachos se agolparon para contemplar el doloroso espectáculo, los murmuradores enmudecieron avergonzados, todos eran presa de un misterioso temor y corrían a confesarse, de tal modo que don Bosco tuvo que estar confesando casi hasta media noche. Hasta los más incrédulos se convencieron del espíritu profético del Venerable.

Citamos entre los testigos del hecho al cardenal Cagliero.

[113] Don Miguel Rúa escribió en el Necrologio:

«18 de marzo.—Muere Espíritu Rossi, de Saliceto, de 26 años de edad. Obediencia y piedad eran sus rasgos característicos. Quiso ser sacerdote; mas, por carecer de memoria e inteligencia suficientes, hubo de abandonar los estudios. En casa de sus padres resultó monomaníaco. Tuvo la fortuna de volver a entrar en el Oratorio y, sin más remedio que una ciega obediencia a su Director, curó del todo.

Murió de repente pero no improvisamente, ya que el mismo día comulgó y siempre estaba bien preparado».

Pero tampoco era éste el segundo del sueño. Habiendo preguntado a don Bosco, poco después de la muerte del clérigo Mazzarello, contestó que el segundo no haría más de tres veces el ejercicio de la buena muerte, que su enfermedad duraría de ocho a diez días, que sus padres irían a verlo, pero que él no le asistiría en los últimos momentos. Así lo escribió don Esteban Bourlot. Y la muerte de Rossi había sido repentina.

He aquí cómo informaba don Juan Francesia del suceso al caballero Oreglia:

19 de marzo de 1868

Muy querido señor Oreglia:

De nuevo le doy noticias de muerte. Espíritu Rossi estaba vivo ayer a estas horas y hoy está muerto. Fue a la cantina con intención de lavar una cuba vacía, pero se rompió una duela, cayó dentro y se asfixió. Después de tres horas de inútiles pesquisas, finalmente se le pudo encontrar, todavía caliente. Advierta que ayer era el último día fijado por don Bosco para una muerte y, como se cumplía con tan terrible exactitud, la consternación fue inmensa. Precisamente hoy se hacía el ejercicio de la buena muerte; uno no debía hacerlo más y verdaderamente no lo hizo. Pero ya sabe usted lo bueno que era Espíritu Rossi y por la mañana había recibido su comunión. Así que no hay nada que temer por su alma; esta muerte ha sido un aviso saludable para nosotros. Esta mañana ha habido prácticamente comunión general. Se pudo contar que uno o dos, a lo sumo, no se acercaron a los sacramentos, los otros hicieron todos un buen lavado. Don Bosco recibió esta dolorosa noticia con mucho sentimiento y se le ve muy abatido...

[114] Escribiré a la señora Villarios un hecho singular acaecido a primeros de esta semana.

Monseñor Gastaldi promete trabajos para la imprenta... *Vale, o dulcissime caput.* (Adios, muy amado jefe).

FRANCESIA, *Pbro.*

Al enterarse la marquesa de Villarios de esta muerte, escribió a don Juan B. Francesia:

Roma, 23 de marzo de 1868

M. Rvdo. P. Francesia:

Nuestro Caballero me ha hecho saber el nuevo prodigio obrado en estos días con el anuncio de la muerte de ese pobre joven, acaecida de manera tan inesperada...

Verdaderamente que ellos tienen la suerte de vivir en medio de prodigios y cosas extraordinarias; las continuas gracias obtenidas de María Auxiliadora y las limos-

nas colosales que reciben son cosas y hechos nunca vistos y nunca entendidos. ¡Qué suerte la suya!

¡Qué feliz sería si, en el hermoso mes de mayo, se me concediera la gracia de dar una vuelta por Turín para la inauguración de la nueva iglesia! ¡Mas veo que es ciertamente imposible!

El bonísimo del Caballero parece que, después de Pascua, se dispone a marchar, si no surgen nuevas dificultades...

Parece imposible todo lo que hace y obtiene.

VILLARIOS

Nuevas cartas de Roma traían al Oratorio noticias referentes a Vigna Pía y requerían otras importantes de Turín.

Roma, 18 de marzo de 1868

Rvdo. y carísimo P. Francesia:

Sabrá que Federico está en San Eusebio haciendo ejercicios espirituales durante ocho días, juntamente con muchos otros. Me encargó que recogiera su correo. Llegó, pues, la carta que V. S. le envió ayer: se la llevé a San Eusebio. La abrió y apareció dirigida a mí. La leí delante de Federico, hablé con él del tema principal y me pareció que es muy contrario al proyecto de Vigna Pía. Pero usted sabrá o podrá saber sus razones si, como usted desea, le digo lo que pienso.

En primer lugar no me parece dificultad el miedo a celos o envidias. Estas acompañan siempre a todo, sea bueno o malo. Y también algo de ello sabe don Bosco en Turín. Mas, no por eso, dejaría sus obras pías de Turín. Por tanto, esto no debe crear dificultades.

[115] Además, en la ciudad santa de Roma los celos y las envidias del bien serán, siempre *caeteris paribus* (análogamente) menores que en cualquier otra parte. En número y peso son siempre más aquí que en ninguna otra parte los que se preocupan por el bien. Además, la naturaleza de la obra de Vigna Pía es tal que admite poco las envidias. El emplazamiento está distante de la ciudad, el aire no es muy bueno. El conjunto es muy modesto. Creo que usted conoce bien la situación de las cosas, de la casa, de los ocupantes. Poco o nada hay allí que pueda suscitar envidias. Más aún, pienso que los que allí se encuentran procuran abandonar aquel lugar y los que vayan, si no tienen mucho celo y muy buen espíritu, no durarán mucho. No creo, pues, que la razón del temor de celos y envidias pueda tener fundamento.

Añado que, tratándose de Vigna Pía, me parece difícil que la proposición de transferir el cuidado a don Bosco haya llegado sin previo entendimiento con *Pío*. Esto debe animar, confortar y, por lo menos, eliminar demasiados temores.

Supuesto, además, que don Bosco, como usted me escribe, está firme en el *sí*, yo no vacilaría en unirme al *sí*. El fundador tiene las luces necesarias para el buen éxito de su obra inspirada por el Señor.

Además, en el caso de que la cosa no resultara, siempre habría tiempo y modo para retirarse de ella, como ahora se retiran los que la tienen.

Es necesario persuadirse de que este *sí*, no es una obra gloriosa, ni cómoda, sino humilde, dura y difícil. Está en el campo y es una campiña insalubre; estarán como

en el desierto; no en Roma, sino como fuera de todo lugar habitado. Valdocco es un palacio real en comparación. Pero, a mi parecer, esto no debe ser una dificultad. Al contrario, lo consideraría dificultad si fuera de distinto modo. Las encinas hay que plantarlas muy profundas. Este ofrecimiento de Vigna Pía es el ofrecimiento de un sacrificio, de un trabajo duro, casi de un destierro. Tal vez exagero, pero es mejor esperar lo peor y encontrar lo mejor, que no al revés. Termino diciendo que, según mi opinión, no hay que esperar envidias y que en todo caso, en la duda, estaría por el parecer de don Bosco *a priori* y sin más averiguaciones.

Me reservo, no obstante, escribirle si logro saber algo mejor. Si no escribo más, es que persevero en el juicio dicho.

Gracias por las noticias. Dígame su parecer sobre el artículo de *Enseñanza* en la *Civiltá Cattolica*.

Encomiéndeme a San José.

Su seguro servidor
JOSÉ OREGLIA

Roma, 23 de marzo de 1868

Rvmo. y carísimo P. Francesia:

Doy gracias anticipadas a don Bosco por cuanto usted me dice que me escribirá sobre las *Logias* y le digo que cuento con esa carta, y **[116]** como usted es suyo, así, si él falla, fallará también usted. Por tanto, escriba sin más. Aquí les esperamos para hacer una segunda edición, con la añadidura de octubre pasado. Estamos seguros del éxito triunfal. Pero ¿cuántos se quedarán por el camino? Basta; sea lo que Dios quiera. Espero carta de don Bosco.

Federico acabó bien sus ejercicios, y piensa en la vuelta. Le creo en plena regla. Esperamos al teólogo Margotti y creo será muy bien recibido. Cierto, que su *vuelo* fue muy alto, pero el descenso estuvo muy bien hecho; el uno y el otro meritorios. Por tanto, *Deo gratias et post factum lauda* (gracias a Dios y alaba después del hecho). Pienso que el hecho fue muy útil y Margotti debe estar satisfecho de que, cuando parece equivocarse, hace un bien.

De nuevo le recuerdo su carta de don Bosco. La espero, usted la prometió: haga que la mande...

OREGLIA

Don Bosco satisfizo sus deseos.

El padre Oreglia escribía otra cartita a don Juan B. Francesia el 2 de abril.

«Le agradezco su última del 30 de marzo y la anterior del 25 con la *Logia*, por lo que le doy gracias.

»Siga escribiendo así. Ayuda mucho.—*Nota manus.* (Mano conocida)».

[117]

CAPITULO XI

PACIENCIA CON LOS ENEMIGOS – EL ARZOBISPO EN EL ORATORIO – MONSEÑOR GALLETI Y MONSEÑOR GASTALDI ESTUDIAN EL MODO DE APROBAR LA PIA SOCIEDAD – FAVORES ESPIRITUALES CONCEDIDOS POR EL OBISPO DE CASALE A DON BOSCO, A LOS SUPERIORES DEL COLEGIO DE MIRABELLO; PERMISOS CONCEDIDOS A LOS CLERIGOS PARA LOS ESTUDIOS Y PARA LOS EXAMENES – CARTA DE DON BOSCO AL CABALLERO OREGLIA; LE ENVIARA UNA PETICION FORMAL DE INDULGENCIAS PARA PRESENTARLA AL SANTO PADRE; ESPERA NOTICIAS DE UNA OFERTA PROMETIDA PARA UN ALTAR; LA CONSAGRACION DE LA IGLESIA SE CELEBRARA EN JUNIO; INVITA A MONSEÑOR VITELLESCHI PARA TAL FIESTA; LA PRESENCIA DEL CABALLERO ES NECESARIA EN EL ORATORIO; DA NOTICIAS DE LOS ORDENANDOS PARA SACERDOTES – APOSTILLA DE DON JUAN B. FRANCESIA ANUNCIANDO LA MUERTE DEL JOVEN CROCI – TAMPOCO ES EL SEGUNDO DEL SUEÑO – DON BOSCO AL CABALLERO OREGLIA: ENVIA PALABRAS DE CONSUELO Y DE AGRADECIMIENTO PARA VARIAS PERSONAS; APENAS CONSIGA LAS INDULGENCIAS, QUE MANDE EL RESCRIPTO; SE PREPARAN MARAVILLOSAS FIESTAS PARA LA CONSAGRACION DE LA IGLESIA – AGRADECIMIENTO A UNA CONDESA DE MILAN POR LAS LIMOSNAS – DON BOSCO SUPRIME LAS VACACIONES DE PASCUA DE LOS ALUMNOS Y REDUCE A UN MES LAS OTOÑALES – DON JUAN B. FRANCESIA AL CABALLERO: HA ESCRITO AL CONDE VIMERCATI CON OCASION DE LA VISITA QUE LE HIZO EL SANTO PADRE: ELEGANTE MENSAJE QUE PRESENTA EL ORATORIO AL CARDENAL GONELLA: ENFERMEDAD DE UNA BIENHECHORA; EL MARQUES DE VILLARIOS VISITA EL ORATORIO; LA PASCUA DE LOS APRENDICES Y ADMIRABLES EFECTOS DE UNA PLATICA DE DON BOSCO: EL JOVEN CRISTIANO PARA LAS PRACTICAS DE PIEDAD – *CONTESTACION DEL CONDE VIMERCATI A DON JUAN B. FRANCESIA: TUVO UNA GRAN SATISFACCION CON LA VISITA DEL* **[118]** *PAPA; PRESIENTE*

CERCANA LA MUERTE; CONFIA EN LAS ORACIONES DE DON BOSCO – DON BOSCO AL CABALLERO: LE AGRADECE LA FELICITACION DE PASCUA; QUE PROCURE CONCEDAN LAS INDULGENCIAS A PERPETUIDAD, CON LOS RESCRIPTOS FIRMADOS POR EL SANTO PADRE; CELEBRA MISAS POR DOS EXIMIAS BIENHECHORAS; ENCARGOS PARA FLORENCIA; LA CARESTIA DE LOS VIVERES LE CAUSA AFLICCION: ENORMES GASTOS PARA LA IGLESIA, PERO LA VIRGEN SIGUE CONCEDIENDO GRACIAS – UNA CURACION MARAVILLOSA: UN PLEITO GANADO; PERSUASION DE LOS FIELES DE QUE LA VIRGEN NO NIEGA NADA A LAS ORACIONES DE DON BOSCO

EL padre Oreglia no ignoraba en Roma la oposición de algún obispo a la Pía Sociedad; por eso escribía el 2 de abril a don Juan B. Francesia: «Paciencia con los enemigos que son ciertamente *putantes obsequium se praestare Deo* (que pretenden servir a Dios); y nos benefician cuando son movidos, como siempre lo son, o permitidos desde lo alto. Por lo tanto alegría y valor; y especialmente *oremus ad invicem* (oremos mutuamente)».

Esta era la norma que guiaba a don Bosco en medio de las tribulaciones, la causa constante de su tranquilidad; y el Dios de los consuelos se los concedía con prodigalidad.

Monseñor Riccardi, frecuentemente invitado, iba a presidir las funciones religiosas del Oratorio. El 29 de marzo, domingo de Pasión, administraba el sacramento de la Confirmación en la iglesita de San Francisco de Sales. Los confirmados eran casi todos muchachos externos que iban al catecismo cuaresmal; su compostura y la multitud de compañeros que asistió, alegró al Arzobispo.

Después de la función don Bosco le acompañó, siempre descubierto, a tomar un café; y, después, hasta la carroza, sin cubrirse ni por un momento, a pesar del frío viento que corría.

El 20 de marzo escribía monseñor Galletti, Obispo de Alba, a don Miguel Rúa encomendándole en nombre de la pobre madre, al alumno Tomás Cagliano, piadoso y aplicado jovencito, para que lo tuviera gratuitamente hasta el final de sus estudios. Y terminaba así:

[119] «Ruégole presente al venerando don Bosco mis cordialísimos saludos y bese su mano en mi nombre, asegurándole que estoy estudiando, con el Obispo de Saluzzo, la manera de ponernos de

acuerdo para dar una plena aprobación uniforme a su benemérita Sociedad».

El Obispo de Casale daba a don Bosco una nueva prueba de su benevolencia, otorgando varias facultades a don Bosco y a los superiores del Seminario menor de Mirabello, y autorizando a los clérigos estudiantes de teología y filosofía para realizar los estudios y examinarse dentro del instituto.

Nos PETRUS MARIA FERRÉ, Dei et Sedis Apostolicae gratia Ecclesiae Casalensis Episcopus et Comes.

Rev. mo. D.no Ioanni Bosco Fundatori ac Generali Superiori Societatis S. Francisci Salesii, cuius institutum in oppido huius Dioecesis Casalensis nomine Mirabello *erectum veluti Seminarium Dioecesanum Decreto Nostro diei 7 mensis ultimo elapsi declaravimus, favere summopere volentes, praesentibus litteris ad Beneplacitum Nostrum auctoritate Nostra ordinaria:*

1. Facultatem eidem facimus absolvendi ab onmibus peccatis et censuris in hac dioecesi reservatis, non exceptis iis quae si non exprimantur non censentur sub generali facultate comprehendi.

2. Concedimus ut ipse vel per se vel per Moderatores Seminarii Loci Mirabello *queat Confessarios extra Dioecesanos ab eorum Ordinariis adprobatos vocare, ut personis in dicto Seminario degentibus et ab externo quoque ibi advenientibus Sacramentum Poenitentiae administrent.*

3. Consentimus ut Clerici repetiti Seminarii, Philosophiae atque Theologiae operam dantes, quotannis ibi sub eorum institutoribus experimenta ac pericula subeant, neque teneantur ordini se accomodare Tractationum, qui in maiori Dioecesis Seminario observatur.

Nos PEDRO MARÍA FERRÉ, *por la gracia de Dios y de la Sede Apostólica, obispo y conde de Casale.*

Al Rvmo. señor don Juan Bosco, Fundador y Superior General de la Sociedad de San Francisco de Sales, cuyo instituto declaramos erigido como Seminario Diocesano en la población denominada *Mirabello* de esta diócesis de Casale, por nuestro Decreto del 7 del próximo pasado mes, queriendo favorecerle con el mayor cuidado, por el presente documento y con nuestro beneplácito, según nuestra autoridad ordinaria:

1. Le facultamos para absolver de todos los pecados y censuras reservadas en esta Diócesis, sin exceptuar aquellas que, si no se manifiestan, no quedan comprendidas dentro de la facultad general.

2. Concedemos que, por sí mismo o por medio de los maestros del Seminario de la población de *Mirabello*, pueda llamar a confesores extradiocesanos, aprobados por sus Ordinarios, para administrar el Sacramento de la Penitencia a las personas que moran en dicho Seminario y a las que allí llegaren de fuera.

3. Consentimos que los clérigos de dicho Seminario, estudiantes de Filosofía y de Teología, hagan allí sus estudios y pasen sus exámenes bajo la dirección de sus maestros, sin tener que acomodarse al orden de los tratados, que se observan en el Seminario mayor de la Diócesis.

Casali, in Palatio Episcopali, die 4 mensis aprilis 1868.

En Casale, Palacio episcopal, a 4 del mes de abril de 1868.

† *Petrus María*, Episc.

† Pedro María, *Obispo*

Can. *BRIATTA* Cancell. Episc.

Can. Briatta, *Secr. Episc.*

Otra satisfacción para don Bosco era que se acercaba la fecha de la consagración de la iglesia de María Auxiliadora. Escribía al caballero Oreglia:

[120] *Muy querido Caballero:*

He recibido la carta, fechada en octubre o diciembre de 1867, que mandó junto con las escritas antes y después de los ejercicios espirituales. Y todo cuanto me escribe me parece bien. En cuanto a las indulgencias, recibirá una petición formal para el Padre Santo. La presidenta Galeffi me ha escrito que está dispuesta a hacer, según parece, además del altar, algo más. ¿Está ya decidido qué dará, o ha dado ya algo a cuenta de los dos mil escudos que había prometido? Ella anhela una carta mía; pero, antes de escribirla, necesitaría se me aclarara esto.

Me ha gustado que la condesa Calderari me haya escrito; dígale que no dejaré de encomendarla diariamente en la santa misa, junto con toda su familia, pero que ella tenga mucha fe y confíe en la bondad del Señor.

Usted, por su parte, vea si puede señalar una fecha para su regreso. El Arzobispo ha fijado la consagración de la iglesia para la primera quincena de junio. La fiesta durará nueve días: un obispo predicará todos los días, otro celebrará la función religiosa. ¡Piense cuántas cosas hay que hacer! Por ello, le necesito mucho a usted. Después, si es necesario, puede volver a Roma.

Monseñor Vitelleschi me dio el año pasado alguna esperanza de venir a visitarnos en esta ocasión. Haga el favor de ir a rogarle, de parte de todos nosotros, que venga a hacer la consagración y, si fuera demasiado larga dicha función, celebrarnos solamente un pontifical y predicarnos. Se lo ruegue e invite también de parte del Arzobispo de Turín.

Pero advierta que es de gran urgencia su regreso y por tanto me basta, como ha escrito, que para Pascua esté en Turín o de camino.

Dado que nosotros hemos de pensar en pagar a *Osdá*[1], dígame con toda confianza, cuánto dejó ya escapar bromeando; es decir, si tiene dinero depositado en algún sitio con el que calcular, o bien si debemos ver el modo de proveer.

Salude a cuantos, sanos o enfermos, se encomendaron a nuestras pobres oraciones; asegúreles que les encomendamos todos los días al Señor.

En las casas gozamos de buena salud. Tenemos a los clérigos Dalmazzo, Albera, Costamagna, Fagnano y Merlone que se preparan para la misa.

Que Dios bendiga a usted, sus trabajos y sus intenciones.

Ruegue por

Turín. 25 de marzo de 1868.

Su afectísimo amigo in Christo
Juan Bosco, *Pbro.*

[1] *Osdá:* Nadie sabe de qué ni de quién se trata *(N. del T.)*.

P. D.: Haga el favor de pasar por el Banco Nicoletti; pregunte al señor Nicoletti, óptimo amigo, la manera de hacer llegar un bonito cuadro regalado para la nueva iglesia.

[121] La carta de don Bosco tenía esta coletilla:

Don Bosco deja una página en blanco con autorización para llenarla...

El alumno Croci de Suiza, que era tan bueno y alegre, ha muerto la otra tarde en su casa. Había estado enfermo en Turín; apenas repuesto, quiso su padre llevárselo a la fuerza y... tal vez el viaje... tal vez que era llamado por Dios...

Las noticias políticas sobre R. aumentan y a este propósito escribiré al P. G. ¡Qué huida!

J. B. FRANCESIA, *Pbro.*

Tampoco el jovencito Croci era el segundo del sueño, según afirmó don Bosco, que andaba muy atareado para resolver mil encargos y preparar las fiestas de la consagración de la nueva iglesia. Volvía a escribir al caballero Oreglia:

Muy querido Caballero:

Tomo nota de su vuelta para el primero de mayo. Diga a la señora condesa Calderari que siento mucho que Dios le mande tantas tribulaciones de orden físico y económico; pero que todo es para mayor gloria de Dios y que yo no dejaré de rezar especialmente por ella y por toda su familia. No deje de ir a saludar de mi parte al droguero Carlos Cinti, cuya carta me envió. Salúdelo y manifiéstele mi agradecimiento.

Adjunta verá la memoria a presentar al Padre Santo el día de su audiencia.

En cuanto a la venta de su granja, haga lo que más convenga; no estamos necesitados y, por tanto, esa venta sólo debe hacerse cuando usted lo juzgue oportuno en razón del precio.

Apenas haya obtenido las indulgencias, saque copia del Rescripto y después mande enseguida el original por correo para hacerlo imprimir en el librito expresamente preparado. No puede usted darse una idea de la fiesta que haremos, si Dios quiere, con ocasión de la consagración. Ya lo verá. Entregue las tarjetas adjuntas a la marquesa de Villarios y a la presidenta Galeffi.

Hoy he visto al conde de la Margherita con la Condesa y después encontré a la señora Audisio: todos murmuran por su demora en volver; yo les aseguré que sería para el primero de mayo próximo. Los mencionados señores le saludan con todos los de casa. Yo no dejaré de rezar por todos y por los asuntos que me recomienda.

Don Sabino Buchi me escribe que ha entregado veinte escudos al conde Vimercati **[122]** y otros, algunas pequeñas cantidades. ¿Se las dieron a usted o tal vez se olvidaron?

Dios le bendiga, señor Caballero, y con usted a todos nuestros bienhechores. Ruegue por mí,

Turín, 3 de abril de 1868.

Suyo
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Al día siguiente mandaba su carta de agradecimiento, con promesa de oraciones en favor de un enfermo, a la condesa Caccia Dominioni de Milán, la cual le había enviado unas limosnas para la iglesia.

Benemérita señora Condesa:

Recibí a su tiempo las ciento quince liras y algo más que me mandó para la iglesia y espero le haya llegado el recibo. Le agradezco todo en el Señor.

También he recibido la carta en la que me comunica la enfermedad del reverendo padre Tersi. He dispuesto que se hicieran y se siguen haciendo oraciones especiales en nuestra Comunidad. Espero que Dios haya oído nuestra oración y otra mucho más fervorosa, y que el padre Tersi, si aún no está totalmente curado, lo esté cuanto antes.

Le agradezco muy especialmente la colecta hecha y que continúa haciendo en favor de la iglesia. Anímese; los trabajos progresan rápidamente y cuanto antes tendrá el programa de la consagración y del solemne octavario de la hermosa solemnidad.

Que Dios bendiga a usted y a toda su familia en estos santos días y le colme de sus gracias. Ruegue por mí, que me profeso con gratitud.

Turín, 4 de abril de 1868.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Aquel mismo mes había una importante novedad en las casas de la Pía Sociedad.

Hasta este año, al llegar las fiestas de Pascua, se concedían a los alumnos casi ocho días de vacaciones, durante los cuales podían ir a sus casas. Las grandes vacaciones de otoño se interrumpían con un mes de clase y se invitaba a los alumnos a volver al Oratorio o a los otros colegios.

Habiendo observado don Bosco algunos serios desórdenes, producto de este sistema, avisó quince días antes de las **[123]** fiestas pascuales que, a partir de aquel año, quedaban suprimidas las vacaciones de Pascua y que, por tanto, se pasaría la Semana Santa en el colegio.

Así que, durante aquellos ocho días, todos los alumnos quedaron a su cargo; también los que pagaban pensión, ya que él no reparaba

en gastos cuando se trataba del bien moral. Y los alumnos, aunque habían deseado vivamente las vacaciones, se resignaron con facilidad al querer del Superior. Tan vivo era el sentimiento de la obediencia. Y hasta transcurrieron aquellas fiestas pascuales con gran alegría, porque, sin menoscabo de los divinos oficios, hubo muchas diversiones, mesa más surtida que de costumbre y un paseo largo con la banda de música, que, sin embargo, no se repitió en los años siguientes.

Visto el feliz éxito de aquella disposición, casi un mes después cursaba la siguiente circular a través de cada uno de los directores:

Tras las repetidas instancias de muchos respetables padres de familia y las múltiples invitaciones de hombres experimentados en la educación de la juventud, he creído oportuno tomar la siguiente determinación. Las vacaciones de todo el año quedarán reducidas a un solo mes: del 15 de septiembre al 15 de octubre. Esta determinación ha sido tomada por los siguientes motivos:

1.° Los colegios más apreciados de Italia y más afanados por los estudios sólo conceden un mes de vacaciones a los alumnos.

2.° La experiencia de muchos años de que los alumnos, al pasar tres meses sin clase, pierden gran parte del progreso hecho durante el curso escolar.

3.° La ganancia de tiempo para los que por su edad necesitaran hacer más deprisa los estudios.

Espero que V. S. vea con agrado este cambio, hecho únicamente con miras al mayor provecho que podrán alcanzar los jóvenes, a quienes dedicamos todo nuestro afecto en el Señor, a cuyo honor y gloria hemos dedicado y dedicamos nuestro humilde trabajo.

Durante los meses más calurosos se procurará alargar los recreos y que haya paseos más frecuentes para mantener la salud corporal necesaria de los jóvenes para que puedan atender con todo tesón a sus estudios.

Y esto, además, para alivio de los padres.

Su seguro servidor
EL DIRECTOR

[124] Don Juan B. Francesia informaba al caballero Oreglia sobre las vacaciones pascuales suprimidas y otras novedades, así como de un triduo predicado por don Bosco a sus muchachos en preparación al cumplimiento pascual.

8 de abril de 1868

Muy querido señor Caballero:

He escrito al señor conde Vimercati después de la nueva visita que le ha hecho el Padre Santo...

Hemos impreso y encuadernado con cierta elegancia un mensaje para el carde-

nal Gonella. El trabajo está realmente bien hecho; será expuesto aquí en Turín, en la iglesia de San Felipe, y después saldrá para Roma el lunes próximo. Será presentado, según dicen, por el teólogo Margotti, por el barón Bianco y por algún otro turinés de ahí. Sepa que el importe corre a cuenta de nuestra casa. Don Bosco quiso manifestar su gratitud a casa Gonella y no reparó en gastos.

El material empleado sobrepasa las cincuenta liras más el trabajo de algunos días. No digo nada sobre la impresión, que imagino supera a la encuadernación.

Ha sido muy dolorosa para don Bosco y para mí la noticia de la recaída de la pobre condesa Calderari. El habló de ciertas promesas no cumplidas, a las que atribuyó la causa de la enfermedad. ¿Cómo hacérselo saber ahora? A la Condesa no le falta buena voluntad; pero ¿y si se hubiese olvidado de ello?

Ya estuvo dos veces por aquí el marqués de Villarios con todo un séquito de Damas de casa Riccardi. Visitó la casa, la iglesia, con todo detalle y admiración. En la primera ocasión estaba don Bosco; la segunda, yo solo, que me esforcé por tributarle los honores debidos, Dígaselo a la Marquesa, su hermana, que temía no viniera. Esto la convencerá de que su pesar lo convirtió el Señor en alegría. Aquel día estuvo aquí hora y media, observándolo todo con suma curiosidad. Prometió volver el domingo de Pascua para asistir a nuestro teatro. De todos modos ya ha venido a ver el Oratorio, que tanto deseaba la Marquesa; que vuelva o no, poco importa.

He escrito hace unos días a la Presidenta, Sor Galeffi, agradeciéndole su constante caridad con el Oratorio.

Los muchachos no fueron a su casa durante las vacaciones de Pascua; las pasaron con nosotros. Ayer, 7, cumplieron con Pascua los aprendices, y con fruto. El fruto, hay que decirlo, se debe, después de la gracia de Dios, a los devotos y conmovedores sermones de don Bosco. El lunes por la tarde predicó sobre el juicio particular y, después de haber sacudido fuertemente los ánimos con vivas imágenes de aquel fatal instante, se conmovió él de tal modo que tuvo que interrumpir el sermón. Fue un momento solemne. Lloraba don Bosco y lloraban todos los jóvenes; así que aquella tarde, víspera de la **[125]** Pascua, fue realmente una tarde de limpieza general. Los peces más gordos de los aprendices quisieron confesarse con don Bosco, quien, después del sermón, estuvo confesando hasta las once, y por la mañana, desde las seis hasta las nueve, solamente a los aprendices. ¡Ojalá continúe este fervor!

Aún no tenemos las litografías del cuadro, por lo que debemos suspender el libro de oraciones, que finalmente se titulará *EL Católico Instruido.*

FRANCESIA, *Pbro.*

El mismo don Juan B. Francesia había enviado sus parabienes al conde Vimercati por la visita que el Padre Santo le había hecho a su palacio, junto a San Pedro *ad Víncula*, y el noble señor le contestaba:

Roma, 11 de abril de 1868

Muy reverendo y apreciado en Jesucristo:

Respondo con unas líneas a su preciosa carta, que tanto agradezco. Es cierto: la visita del Padre Santo me ha producido suma satisfacción. ¡Bendito y alabado sea

Dios! Parece ser que quiere llamarme pronto al Vaticano. Estuvo aquí conmigo más de tres cuartos de hora. Admitió para besar su pie a todos los de la familia religiosa y de mi casa.

Pero mi salud no mejora; al contrario, sigo sufriendo molestias nerviosas y quedo cada vez más bajo de fuerzas físicas y también de espíritu. ¡Bendito sea Dios! Veo claro que la muerte no anda lejos. ¡Hágase la santísima voluntad de Dios! Por tanto, aumente cada vez más su caridad, la del respetabilísimo don Bosco y de todos sus muchachos en pro de mi pobre alma. Confío mucho en las oraciones de don Bosco.

Que me escriba y me anime, porque tengo gran necesidad de ello.

Todo suyo en Jesucristo.

Afmo. y seguro servidor
JUAN VIMERCATI

P.S.: Todos los de casa besan su mano y se encomiendan a usted.

También don Bosco continuaba su correspondencia epistolar con Roma. Urgían los últimos preparativos para la gran fiesta y se deseaba estuviera presente en el Oratorio el caballero Oreglia. El Venerable volvía a recordárselo con mucha delicadeza, junto con nuevos encargos para realizar en Roma y otros para Florencia.

[126] *Muy querido señor Caballero:*

Sus felicitaciones agradaron mucho a todos y las intercambiamos con todo afecto. En estos días no hemos dejado de hacer una oración especial por usted, para que Dios le conserve la salud y una férrea voluntad de hacerse santo.

Comenzamos por las indulgencias. Si es posible que sean firmadas por el Padre Santo, hágase cuanto se pueda para que las conceda a perpetuidad, dado que las oficinas ordinariamente las conceden *ad tempus*. Esas indulgencias son todas de la clase que acostumbra a firmar el Padre Santo. Ahora se tendría un motivo porque las oficinas están cerradas.

Desde hace muchos días celebro la santa misa por la Duquesa de Sora y por la señora Condesa Calderari: espero que Dios oiga nuestras plegarias. Hasta el presente, María Auxiliadora nunca nos dejó con las manos vacías. Salude a las dos y anímelas a que tengan fe.

Lea las dos cartas adjuntas, después franquéelas y hágalas llegar a su destino.

Al volver de Roma vea si puede quedarse al menos un par de días en Florencia para visitar al Arzobispo, a la señora Digny, a la marquesa Nerli, a la señora Uguccioni, al padre Bianchi, etc., que le esperan. Yo voy disponiendo las cosas desde aquí; tal vez le hagan alguna entrega. Para su norma sepa que la señora Digny ya ha recaudado y enviado más de dos mil liras para una capilla en honor de santa Ana. La marquesa Nerli Michelagnolo mandó seis mil liras para un altar, pero quiere se guarde secreto. Los Uguccioni han mandado varias veces cantidades de cien liras. Esto para su norma. La marquesa Gerini hace mucho tiempo que no da nada: dice que no puede; ya lo ha hecho.

Tengo muchos asuntos que requieren su presencia; espero que Dios le envíe de nuevo con buena salud y podremos trabajar.

La carestía del pan nos aflige. Entre Lanzo, Mirabello, y Turín, sólo el pan importa cada mes doce mil liras.

Tenemos enormes gastos con la iglesia; mas, para esto, la Virgen sigue concediendo gracias abundantemente a los donantes y así podemos continuar.

¿Ha respondido algo monseñor Vitelleschi? Presente mis humildes saludos a la marquesa Villarios y a toda la familia Vitelleschi; dígales que el día de Pascua nuestros muchachos harán su comunión, con oraciones particulares, para obtener a estos nuestros insignes bienhechores salud y perseverancia en el bien.

Ruegue también por mi pobre alma y créame en el Señor.

Turín, 10 de abril de 1868.

Afmo. amigo
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[127] Por aquellos días consignaba don Miguel Rúa en la Crónica varios hechos, que demostraban cómo cooperaba la Virgen para la terminación de su iglesia.

«Alrededor de las fiestas de Pascua encontrábase el caballero Bertagna, de Castelnuovo de Asti, en las últimas. Desde hacía tiempo empeoraba, llevaba varias semanas inmóvil en la cama y le habían desahuciado los médicos que le atendían. Ante la inutilidad de los remedios humanos, se acudió a los sobrenaturales. Mandó una limosna para celebrar misas en honor de María Auxiliadora y se encomendó a las oraciones de don Bosco y de sus hijos, prometiendo un donativo si obtenía la salud. Inmediatamente empezó a mejorar, tan sensiblemente que todos se extrañaron. Agradecido, mandó telas preciosísimas para ornamentar la nueva iglesia. Ahora sigue mejorando de día en día; y veremos si se cumplirán los pronósticos de los médicos, quienes, persuadidos de que no podía sanar, dicen que tal mejoría es sólo un pequeño remiendo, pero que en breve debe sucumbir.

»Por aquellos mismos días vi aparecer en el Oratorio una gran caja con diversas flores bellísimas para la iglesia; me informé de dónde venían y supe que eran regaladas por una persona que hacía varios años sostenía un pleito sin poder llegar jamás a ninguna solución a pesar de haber hecho grandes gastos. Encomendándose a María Auxiliadora y a las oraciones de don Bosco, consiguió, en pocos días, su deseo, e hizo su donativo por la favorable conclusión del pleito.

»30 de abril.—He recibido una carta de cierta persona, perteneciente a nobilísima y alta familia, en la que me ruega recomiende a

don Bosco haga alguna oración especial para obtener la curación de una niña suya enferma, con la que los médicos no saben qué hacer. La persona que escribe confía tanto en las oraciones de don Bosco que dice expresamente tener por cierto, por experiencia, que cualquier cosa que don Bosco pida a la Virgen María es seguro que la obtiene».

[128]

CAPITULO XII

DON BOSCO SUEÑA CON UN COLEGIO PARA LOS ESTUDIANTES DE FILOSOFIA – PROYECTO PARA ESTE NUEVO COLEGIO, ACEPTADO POR UNA BIENHECHORA, DISPUESTA A CEDER UNA CASA DE SU PROPIEDAD EN TURIN – CARTA DE DON BOSCO A LA CONDESA CALLORI: PRONTO LE ENVIARA UN EJEMPLAR DEL CATOLICO INSTRUIDO*; SE ESTA IMPRIMIENDO LA VIDA DE SANTA PAULA; LE AGRADECE SU DONATIVO; MODIFICACION DEL PROYECTO DEL COLEGIO; PIENSA EN UN EDIFICIO JUNTO AL ORATORIO; SU MAYOR CONSUELO, LA BENEVOLENCIA DEL OBISPO DE CASALE: EL DOMINGO* IN ALBIS*, LOS ALUMNOS COMULGARAN POR EL – EL CARDENAL GONELLA AGRADECE A DON BOSCO LAS FELICITACIONES RECIBIDAS – DON BOSCO VA A LANZO: NOCHES AGITADAS – SUEÑO: LOS JOVENES QUE SALTAN UN TORRENTE CON DIVERSAS SUERTES Y LAS FIERAS EN UN PRADO ENTRE LOS ALUMNOS – PREPARATIVOS EN TURIN PARA EL MATRIMONIO DEL PRINCIPE HUMBERTO – DON JUAN B. FRANCESIA COMUNICA ESTO AL CABALLERO: LOS TRABAJOS DE LA IGLESIA AVANZAN – LA BODA DEL PRINCIPE HEREDERO: EXPOSICION DE LA SABANA SANTA; FIESTAS POPULARES – EL SECRETO DE CONFESION – UNA DAMA, CORTESANA DE LA REINA DE PORTUGAL, VISITA A DON BOSCO, QUIEN LE REGALA UNA ESTAMPITA: LA REINA DESEA OTRA SEMEJANTE – UNA CARTITA DE DICHA DAMA RECOMENDANDO A DON BOSCO UNA SEÑORA PORTUGUESA ENFERMA – BUENAS NOCHES DE DON BOSCO: COMO CELEBRAR EL MES DE MAYO; INVITA A LOS MUCHACHOS A CONTARSE MUTUAMENTE HECHOS EDIFICANTES O MILAGROS DE LA VIRGEN; LAS COMUNIONES Y LAS FLORECILLAS – SU CARTA A LA CONDESA CALLORI: LE ENVIA EL* CATOLICO INSTRUIDO *Y DOS ESTAMPITAS;* **[129]** *CADA DIA DEL MES HARAN LA COMUNION POR ELLA CUATRO JOVENCITOS*

EL 10 de enero había escrito don Bosco a la Condesa Callori. «El pensamiento de un colegio para los estudiantes de filosofía, cuya necesidad parece tan grande, hemos de suspenderlo

por este año». Sin embargo tenía mucho interés por este proyecto, con el que soñaba hacía tiempo, y no dejaba de estudiar la manera de llevarlo a cabo.

Dos insignes bienhechores le aseguraban su apoyo. La Condesa Callori estaba decidida a prestar su ayuda; y la señora Angela Chirio a regalar un edificio. Ya hacía meses que don Bosco había escrito un esquema de convenio, aprobado por la donante.

PROYECTO PARA EL INSTITUTO CHIRIO

La señora Angela Giaume, viuda de Chirio, deseando fundar una obra duradera, que pueda redundar a mayor gloria de Dios y bien de las almas, y que sirva, al mismo tiempo, de utilidad para su alma y de sufragio para el alma de su llorado esposo, libremente y de acuerdo con los deseos de su corazón, ha resuelto donar una casa de su propiedad, sita en la avenida de la Reina, valorada en cinco mil liras de renta anual, con las siguientes cláusulas:

1.ª La donación de esta casa no tiene más condición que la de que el nuevo Instituto se llame *Instituto Chirio*, para recordar el nombre de la familia de su marido, tan de grato recuerdo. No pone más condiciones para evitar las dificultades y complicaciones que pudieran surgir ante las leyes civiles y especialmente ante la autoridad eclesiástica.

2.ª Para que los alumnos puedan disponer de espacio suficiente para un patio de recreo y de gimnasia, dicha señora Chirio dará una parte del jardín posterior a la casa, pero en la medida y momento que estimare oportuno la señora donante.

3.ª El donatario asume todos los gastos que sean necesarios para levantar, ampliar, adaptar locales y proveer de mobiliario; pagará los impuestos de toda clase y correrán a su cargo la manutención, uso y conservación del edificio.

4.ª También serán de cuenta del donatario los gastos de alimentación, vestido y todo lo necesario para la buena marcha del Instituto, **[130]** el mobiliario escolar, el sueldo del personal de servicio, tanto para la instalación del presente, como para el porvenir.

5.ª El donatario proveerá y pagará al director, al ecónomo, a los maestros, a los asistentes y a todo el personal necesario para la buena organización y funcionamiento de un Instituto científico, como éste debe ser.

6.ª Todos los requisitos a cumplir para la legalización del personal docente, las relaciones con las autoridades escolásticas, civiles y religiosas y los gastos anejos, serán a cargo de quien adquiere la donación.

7.ª Aunque la piadosa donante no pretenda poner condición alguna, sin embargo, con el deseo de que el Instituto cumpla su finalidad, en el caso de que algún día el local cambiase de fin y no fuera destinado al bien de la juventud, entiende que su propiedad vuelva plena y absolutamente a la donante. En cuyo caso, sin embargo, no queriendo haya nada que resulte gravoso para otro, indemnizará al donatario de todos los gastos que a este fin hubiese hecho.

8.ª La misma señora donante no entiende obligarse a gasto alguno que pueda ser necesario para la conservación de los locales y sostenimiento del Colegio; con todo, al hacer sus obras de caridad, procurará extenderlas también al nuevo Instituto que siempre considerará como obra suya propia.

9.ª Entiende también que los alumnos recen a perpetuidad, mañana y tarde, un padrenuestro, avemaría y gloria según su intención y celebren un modesto funeral, tanto en el día de la muerte de su marido, como aquél en el que, lo más tarde que a Dios plazca, fuese llamada la donante a la vida eterna para gozar del fruto de su caridad.

En folio aparte añadió la eximia señora las siguientes condiciones.

1.ª La nueva fundación se llamará *Instituto Chirio*, en recuerdo perenne de la querida memoria del marido difunto, y se pondrá bajo la especial protección de san Benito y de san Miguel Arcángel.

2.ª La señora Angela Chirio pretende adquirir el derecho de presentar a su gusto cuatro jovencitos gratuitos en el nuevo Instituto o bien en el Oratorio de San Francisco de Sales. Estos jovencitos deben tener la edad y el grado de instrucción prescritos para ingresar, como aprendices o como estudiantes, y podrán permanecer internados hasta acabar el bachillerato, si son estudiantes, o hasta haber aprendido un oficio, si son aprendices.

3.ª El derecho de presentación será ejercido por la misma señora Chirio durante su vida natural; después pasará al sacerdote Juan Bosco y a sus herederos. La elección deberá hacerse con preferencia entre sus parientes y, de no haberlos, serán **[131]** elegidos entre los más necesitaaos de Torre Pellice, puesto que ella pretende hacer un bien a su pueblo natal, al que siempre ha tenido gran afecto.

4.ª El sacerdote Juan Bosco será, no obstante, el verdadero y absoluto dueño del Instituto y jamás estará obligado a dar cuenta a nadie en lo tocante a su administración, ni a la elección de los que hay que admitir y de todo lo relativo a este asunto.

Entre tanto surgieron graves dificultades que habrían ocasionado largas demoras y daños al proyecto. En efecto, el 12 de abril escribía don Bosco con filial confianza a la condesa Callori y, entre otras cosas, le manifestaba un nuevo proyecto sobre el particular, hecho con el asentimiento de la señora Chirio.

Benemérita señora Condesa:

Hoy es Pascua y aprovecho un momento libre, después de las funciones sagradas, para ajustar mis cuentas con V. S. B.

Veo que no puedo lograr la liquidación de cuentas, pero al menos suplicaré una benigna condonación, o bien otro remedio, que usted ciertamente no me querrá negar en estos días.

1.º Perdón por la respuesta que debo y que he descuidado aun en cosas de interés.

2.º Perdón por el retraso del libro, que finalmente se concluyó; se está encuadernando y tendrá un ejemplar cuanto antes.

Cuando vea el volumen, se dará cuenta de que en verdad requería tiempo y paciencia.

3.º Santa Paula se imprime con rapidez y, a medida que la piadosa literata nos manda el original, se entrega a los cajistas.

4.º Don Juan Cagliero trajo de su parte mil liras como un rasgo más de su acostumbrada caridad. A este respecto será bueno tenga la bondad de decirme si debo anotar esta cantidad entre las que prometió, o mejor dicho, me hizo abrigar esperanza para los dos ángeles a colocar sobre los campanarios, uno de los cuales ya está terminado y el otro en construcción; o bien para la otra finalidad del Liceo.

5.º A propósito del mismo, me encuentro en el caso de efectuar una modificación. Hay una señora que daría un local cerca de la Gran Madre de Dios, pero está alquilado para varios años y había que dar una fuerte indemnización a los inquilinos, lo cual, unido al gasto de instalación, nos acarrearía un verdadero quebranto económico.

Yo hubiera tomado la decisión de adaptar una parte del edficio, aquí cercano, y destinarle a esto. Disminuirían los gastos, el personal estaría en un momento allí y aquí, y todo se realizaría ante mis ojos. He hecho ya una prueba este año y tengo unos veinticinco filósofos que estudian y me dan gran satisfacción con su **[132]** conducta. Modificadas así las cosas, ¿no hacen cambiar el fin de su beneficencia y la voluntad de hacerla?

6.º Dígame usted lo que quiere, como madre prudente a un hijo atolondrado; yo lo tomaré en buen sentido, más aún, pretendo que haga usted lo que pueda y quiera, con derecho a venir y dejarlo en suspenso cuando inesperadas razones así lo aconsejaren.

En cuanto a la tardanza en los pagos, todo quedaría como ha escrito; es decir, en mayo, julio, noviembre y aún con otras variantes que los hicieran más cómodos.

7.º El Obispo de Casale es afabilísimo con nuestras casas y nos hace todo el bien que puede; es ésta la mayor satisfacción que tengo en estos momentos.

8.º Para darle una sencilla prueba de nuestro agradecimiento, el domingo *in albis* celebraré la santa misa y nuestros jovencitos harán su comunión con oraciones particulares según su pía intención.

Dios bendiga a usted, benemérita señora Condesa, a toda su familia y, entre otras cosas, le conceda gracia y paciencia para leer esta pesada carta. Mientras, me encomiendo a la caridad de sus oraciones y me profeso con profunda gratitud.

De V. S. B.

Turín, 12 de abril de 1868.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

El día 13, lunes después de Pascua, fue don Bosco a Lanzo, a donde le había llegado una preciosa respuesta.

Reverendo Señor:

Las atentas felicitaciones que V. S. me ha presentado en nombre propio y en el de los muchos sacerdotes y clérigos del Oratorio de Valdocco, de San Luis, de Lanzo y de Mirabello, me resultaron agradabilísimas y me siento contento al dar a usted, y a todos por su medio, mis más sinceras gracias. Ruégole, de modo particular, se las presente a los clérigos del seminario menor de Mirabello, de donde llegóme también el último día del mes pasado una afectuosísima carta. Me encomiendo a las oraciones de todos para mejor poder corresponder a mis nuevos deberes y espero que no dejará de hacerlo su atenta caridad.

Renovando, pues, mi agradecimiento con los sentimientos del más alto aprecio y de afecto verdadero, me honro al suscribirme,

De usted, Rvmo. Señor,

Roma, 13 de abril de 1868.

Su atento y seguro servidor
EUSTAQUIO GONELLA, *Cardenal*

[133] Don Bosco estaba en Lanzo para descansar un poco. Se encontraba muy quebrantado de salud y esto le impedía estar en comunicación directa con los muchachos. Por la noche no podía descansar, pues una serie ininterrumpida de sueños desde hacía unos diez días, no le daba punto de reposo. Se retriaba a las once de la noche con la esperanza de poder dormir profundamente después de una prolongada vigilia, pero de nada servía tal precaución. Uno de dichos sueños referíase el Colegio de Lanzo y lo contó al Director de dicho centro la mañana de su partida, que fue el día 17, encargándole que él, a su vez, lo contase a la comunidad.

El Director le acompañó hasta Turín, pues tenía que ir a predicar ejercicios espirituales a Mirabello, y desde allí envió a sus alumnos la relación de cuanto don Bosco le había dicho:

18 de abril de 1868

Mis queridos hijos del Colegio de Lanzo:

Por lo apresurado de mi marcha no me pude despedir de vosotros como hubiera sido mi deseo, pero os escribo desde Turín lo que me hubiera gustado deciros. Escuchadme, pues, con atención porque os habla el Señor por boca de don Bosco.

La última noche que don Bosco estuvo en Lanzo pasé horas de verdadera inquietud durante el descanso. Vosotros sabéis que mi habitación está próxima a la suya; pues bien, dos veces me desperté sobresaltado sin saber el motivo; me parecía haber oído un grito prolongado que infundía pavor. Me senté en la cama, presté atención y me di cuenta de que aquel ruido procedía de la habitación de don Bosco. Por la mañana, pensando en lo que había oído, decidí hablar de ello a nuestro padre.

—Es cierto, me respondió; esta noche he tenido unos sueños que me causaron profunda tristeza.

Me pareció encontrarme a orillas de un torrente no muy ancho, pero sí de aguas turbias y espumosas. Todos los alumnos del Colegio de Lanzo me rodeaban e intentaban pasar a la orilla opuesta.

Muchos tomaban carrerilla, saltaban y conseguían caer de pie en la parte seca de la otra orilla ¡qué magníficos gimnastas! Pero otros fracasaban: quién caía de pie al borde mismo del torrente y, perdiendo el equilibrio, se precipitaba de espaldas dentro del agua; quién caía con ruido en el centro del torrente y desaparecía; alguno se golpeaba en el pecho o en la cabeza contra las piedras que sobresalían de las aguas y se rompía el cráneo o le manaba sangre de la boca.

Don Bosco contemplaba esta dolorosa escena, gritaba y advertía a los muchachos que fuesen prudentes, pero todo era inútil. El torrente estaba sembrado de cuerpos que, precipitándose de catarata en catarata, terminaban por estrellarse contra una roca que se alzaba en un recodo del **[134]** río, donde el agua era más profunda, y ahí desaparecían tragados por un remolino. *Abyssus abyssum invocat.* (Un abismo llama a otro abismo).

¡Cuántos pobres hijos míos, que escuchan ahora la lectura de mi carta, se encuentran sumergidos en el agua con peligro de perderse para siempre! Pero ¿cómo jóvenes tan listos, tan alegres, tan valientes y decididos al saltar, fracasaban en su intento?

Porque al hacerlo tenían detrás algún compañero mal intencionado que les echaba la zancadilla o les tiraba de la ropa, o, les daba un empujón con lo que, al perder el ímpetu, fallaban el salto.

Y esos pobres desgraciados, pocos afortunadamente, que hacen el oficio del diablo y buscan la ruina de sus compañeros, también están escuchando en estos momentos la lectura de mi carta. Les diré a éstos las mismas palabras de don Bosco: ¿Por qué buscáis encender con vuestras malas conversaciones en el corazón de vuestros compañeros la llama de las pasiones que después los han de consumir eternamente? ¿Por qué enseñáis el mal a algunos que a lo mejor son todavía inocentes? ¿Por qué con vuestras burlas y con ciertos pactos hechos entre vosotros os apartáis de los santos Sacramentos negándoos a escuchar las palabras de quienes os quieren poner en el camino de la salvación? Lo único que conseguiréis es la maldición de Dios. Recordad las amenazas fulminadas por Jesucristo que tantas veces os he recordado. Mis queridos hijos, escuchad: también vosotros, los que sois causa del mal de los demás, sois mis queridos amigos. Incluso os aseguro que tenéis en mi corazón un puesto de preferencia, porque sois los más necesitados de ello. Dejad el pecado, salvad vuestra alma. Si yo supiera que uno de vosotros llegaría a perderse, no encontraría un momento de paz en todo el resto de mi vida. Pues mi único pensamiento es vuestra salvación, como el único afecto de mi corazón y el afán exclusivo de mis días, hacer de vosotros buenos cristianos. Ayudaros a ganar el Paraíso. Tengo la seguridad de que me escucharéis, ¿no es cierto?

No es necesario que os explique el sueño. Ya lo habéis entendido. La orilla sobre la cual se encuentra don Bosco es la vida perdurable. La orilla opuesta la eternidad, el paraíso. El agua del torrente que envuelve y causa la muerte a los jóvenes, es el pecado que conduce al infierno.

Don Bosco, pues, al contemplar semejante espectáculo, vencido por la angustia, gesticuló, gritó y, al fin, se despertó pensando para sí:

—¡Oh! si pudiera avisar a algunos a los cuales conocí, ¡cuán de buena gana lo haría!, pero mañana tengo que marchar.

Y diciendo estas palabras se volvió a dormir.

Y le pareció encontrarse en un gran prado donde estabais todos vosotros, entretenidos en jugar y saltar; pero ¡qué horrible espectáculo! Por el mismo prado andaban y corrían animales feroces de toda clase, leones de ojos encendidos como brasas, tigres que afilaban sus garras en el suelo, lobos que rondaban taimados alrededor de los grupos de jóvenes, osos de aspecto repugnante que, sentados sobre las patas traseras, abrían las delanteras para abrazarlos.

¡Qué terrible compañía la vuestra! Más aún. ¡Qué inicuo proceder el de aquellos animales!

[135] Aquellas alimañas se arrojaban sobre vosotros furiosamente. Algunos es-

tabais tendidos en el suelo teniendo encima a aquellos monstruos, que con las uñas os arañaban y os destrozaban las carnes a mordiscos causándoos la muerte. Otros corrían desesperadamente perseguidos por tales alimañas y acudían a don Bosco en demanda de auxilio. Ante él las bestias feroces retrocedían. No faltaban quienes pretendían valerse por sí solos, pero no lo conseguían, pues la fuerza de los animales era enorme, y los despedazaban entre sus garras. Otros, mirad qué insensatos, en vez de huir se detenían a contemplar a aquellos monstruos y les sonreían, y hasta pretendían jugar con ellos, como si les gustara ser destrozados por los osos. El pobre don Bosco corría de un lado para otro, se esforzaba en llamar a unos y a otros para que se acercasen a él, gritaba hasta enronquecer. Pero en vano: mientras algunos le obedecían, otros no le hacían caso.

El prado estaba sembrado de cadáveres de los pobres jovencitos, víctimas de aquellos animales, y de cuerpos heridos. Los gemidos de éstos, los rugidos y los gritos de los animales feroces, las voces que daba don Bosco, se mezclaban de una manera extraña. Y en medio de aquella tremenda barahúnda, don Bosco se despertó por segunda vez.

Este fue el sueño y vosotros sabéis qué clase de sueños son los de don Bosco. Os podéis imaginar la angustia de mi corazón al escuchar semejante relato. Si antes sentía mucho separarme de vosotros, al escuchar este sueño, habría vuelto al instante sobre mis pasos, si la obediencia no me lo hubiese impedido. ¡Si no os quisiera tanto estaría más tranquilo!

¿Qué representan estos leones, tigres y osos? Son las diversas tentaciones del demonio. Algunos las vencen porque recurren al guía; otros terminan por ser víctimas de ellas, porque condescienden con las malignas sugestiones de Satanás; otros aman al demonio y al pecado y se ofrecen insensatamente como blanco de sus asaltos. ¡Hijos míos! ¿Obraréis como valientes? ¿Recordaréis siempre que tenéis una alma que salvar?

Don Bosco me dijo también:

—Yo vi a todos esos jóvenes: ¡he conocido a ciertos zorros! Pero conservaré el secreto para mí y a nadie lo manifestaré. La primera ocasión en que vuelva a Lanzo diré a cada uno lo que le interesa. Esta vez el dolor de muelas no me ha permitido hablar con todos: cuando vuelva otra vez amonestaré a los que deben ser amonestados.

Por tanto, mis queridos hijos, yo nada sé porque don Bosco nada me ha dicho. Pero, si ahora no sé nada, llegará un día en que lo sabré. Este será el día del juicio. Será muy doloroso para mí después de haber trabajado tanto, después de haber consumido mi juventud en favor vuestro, después de haberos amado con todo mi corazón, tener que vivir, tal vez, separado de alguno de vosotros por toda la eternidad. Si ahora no comenzáis a amar al Señor, ciertamente que cuando seáis mayores no le amaréis: *Adolescens iuxta viam suam, etiam cum senuerit, non recedet ab ea.* (El adolescente que va por su camino, no se separa de él, en su ancianidad).

Hijitos míos, no despreciéis mis palabras, que son las del querido don Bosco. Emplead los pocos días que dura la vida ganándoos el Paraíso.

[136] Rezad para que mis ejercicios resulten bien y las pláticas reporten mucho fruto.

Vuestro afmo. en Jesucristo
J. B. LEMOYNE, *Pbro.*

Don Bosco volvía al Oratorio. En Turín andaban ocupados, Gobierno y Ayuntamiento, en la preparación de las fiestas para la boda de S. A. R. el príncipe Humberto, primogénito de S. M. el rey Víctor Manuel II, con S. A. R. la princesa Margarita, hija del difunto duque de Génova, hermano del mismo Rey. El 20 de abril llegó de Berlín, para asistir a la boda, el Príncipe heredero de Prusia. El mismo día vino de París el príncipe Napoleón, que había sido precedido por su esposa, la princesa Clotilde, y por la reina de Portugal, María Pía, hermanas ambas del esposo.

Don Juan B. Francesia notificaba al Caballero estos preparativos y lo que acontecía en el Oratorio.

Turín, 18 de abril de 1868

Carísimo caballero Oreglia:

Don Bosco ha estado bastante mal de salud durante los pasados días y fue a Lanzo para reponerse. El estado general de la casa no es malo, sino al contrario, bueno; hay algunos con mal a los ojos, *et hic finis* (y es todo). Ayer llegó Su Majestad María Pía de Portugal, que fue recibida con bastante frialdad por la población...

El trabajo para el librito sobre María Auxiliadora ya está compuesto, aunque todavía no se ha empezado a imprimir. ¡Cuántas complicaciones! ¡Cuántos revisores eclesiásticos lentos, lentísimos, pese a haber sido revisado el trabajo precisamente por monseñor Galletti!

Los trabajos de la iglesia marchan bien. El pavimento del presbiterio ha resultado precioso y ya está acabado. Esta semana se colocan los dos altares laterales y dentro del mes se podrán poner en su sitio algunos confesonarios...

No he vuelto a ver al marqués Villarios que seguramente se ha marchado.

FRANCESIA, *Pbro.*

El 19 de abril comenzaron los festejos principescos con una representación de gala benéfica en un teatro. El 21 se firmó el **[137]** contrato nupcial, con asistencia de príncipes extranjeros, cuerpo diplomático y grandes dignatarios del Estado y de la Corte. El 22 se celebró, primero, el matrimonio civil en el gran salón regio, y después el matrimonio eclesiástico en la catedral, por el Arzobispo de Turín, asistido por el de Milán y los Obispos de Udine, Mantua y Savona. El Arzobispo había logrado, aunque con dificultades, que se mostrara al pueblo la Sábana Santa con toda la antigua solemnidad, invitando a los obispos del Piamonte y dando ocasión a los fieles para acudir a venerarla, dejándola expuesta durante tres días en la Catedral. También fueron llevados hasta allí los alumnos del Oratorio.

Al mismo tiempo se divertían los ciudadanos con carreras de caballos, conciertos musicales ante el palacio real, torneos, tómbolas populares, espléndidas iluminaciones y resplandecientes fuegos artificiales en la plaza de armas. Las novedades de estos espectáculos se comentaban en el Oratorio y daban ocasión a don Bosco para mostrar una vez más su ejemplar prudencia. Un distinguido eclesiástico, alumno entonces del Oratorio, así lo atestigua bajo juramento:

«El año 1868, en la época del matrimonio del príncipe heredero Humberto de Saboya, yo, con otros dos compañeros, burlando la vigilancia de los superiores, salimos del Oratorio a altas horas de la noche para contemplar la iluminación de la ciudad. Uno de mis compañeros dormía encima de la sacristía de la antigua iglesia y tenía una ventana que daba a la parte de atrás del patio. Atravesando la reja estropeada de esta ventana, pudimos descolgarnos y fugarnos. El sábado siguiente, al confesarme con don Bosco, le expuse con ingenuidad mi falta, con todas sus circunstancias. El se limitó a una buena reprimenda, haciéndome comprender el mal que había cometido con aquella grave desobediencia, y añadió al final:

»—¡Piensa un poco en el peligro a que te expusiste...! Si los superiores llegaran a saberlo, serías expulsado.

»Mas jamás se sirvió de lo que había sabido en confesión a este respecto. Mi compañero siguió durmiendo en el mismo sitio; la verja de la **[138]** ventana siguió siempre como estaba y yo no recibí más riñas.

»¡Pero la falta tampoco se volvió a repetir! Tal era la persuasión que los jóvenes tenían de su prudencia y de su delicadeza en todo cuanto se refería a la confesión, que con plena confianza confesábanle a él los secretos de sus faltas, antes que a otros».

Aún no se habían terminado las fiestas oficiales, cuando se presentó a don Bosco doña Eugenia Telles de Gama, dama de la Corte de Su Majestad la Reina de Portugal, deseosa de conocer al sacerdote de quien tanto había oído hablar en su patria. Se entretuvo largo tiempo con él y, de vuelta en el palacio real, mostró a la Reina la estampita de la Virgen que le había regalado el siervo de Dios y le habló de él con el mismo entusiasmo que se habla de un santo. María Pía contempló con todo respeto la estampa y exclamó: –¡Qué suerte! ¡Si yo tuviera valor para pasar por encima de las normas de la Corte, también quisiera ir a ver a don Bosco y pedirle una estampa!

Antes de salir de Turín, aquella dama mandó a don Bosco su tarjeta de visita con el siguiente escrito en francés: «No tengo tiempo para escribirle con tranquilidad, pero su bondad es tan grande, que

me tomo la libertad de enviarle esta tarjetita y pedirle un gran favor. Estoy segura de que la dama enferma, de quien le hablé, se sentiría feliz si usted le regalara una estampa con una inscripción, como ha hecho conmigo. Su dirección es: Señora condesa de Murça, vía Formosa, 139, Lisboa (Portugal). Si prefiriera dirigírmela a mí, al Palacio Real de Turín, es necesario que la reciba antes del viernes, porque, según creo, saldremos el 26 a las cuatro y media de la mañana. Mil gracias por todo».

Acabadas las clamorosas fiestas de la ciudad, don Bosco disponía los ánimos de sus alumnos para las grandes fiestas religiosas que preparaba para María Auxiliadora.

El 29 de abril, por la noche, decía bajo los pórticos:

[139] «Mañana por la tarde empieza el mes de mayo, dedicado a María. Durante este mes, procure cada uno contar a sus compañeros un ejemplo; si es de la Virgen, mejor; si no se sabe uno sobre Ella, cuéntese otro que estimule al bien; si no se recuerda ninguno, pídase a un compañero que lo cuente él y, si el compañero dijese que no recuerda ninguno, entonces se le pregunte: –¿Qué flor dieron para hoy? ¿La has cumplido ya?

»Y todos reciban la comunión, si les es posible; si no, hagan por lo menos una comunión espiritual, porque al Señor también le agrada mucho. Pero desearía que, quien recibe la comunión por la mañana, no ande disipado durante el día. Como veis, no os pido cosas difíciles. Haga cada uno lo que pueda para cumplir con diligencia sus deberes en el estudio y en la piedad. Y cumpla también las florecillas que cada noche se os den».

Al mismo tiempo enviaba a la condesa Callori uno de los primeros ejemplares del *Católico Instruido.*

Benemérita señora Condesa:

He aquí el libro; perdone el retraso. Reciba también la carta con una estampita del Niño Jesús. La otra estampita es para la señorita Gloria, a quien saludará de mi parte.

Animo, señora Condesa. Durante todo el mes de María tendré un *memento* especial por usted en la santa misa y cuatro muchachos harán alternativamente cuatro comuniones cada mañana.

Mucha fe y esperanza.

Dios bendiga a usted, a su marido y a toda la familia; ruegue por mí que soy en el Señor.

Turín, 30 de abril de 1868.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[140]

CAPITULO XIII

DON BOSCO SIGUE PIDIENDO A LOS OBISPOS CARTAS COMENDATICIAS PARA LA PIA SOCIEDAD – ESCRIBE POR DOS VECES AL OBISPO DE IVREA, PERO NO OBTIENE CONTESTACION – RECIBE LAS COMENDATICIAS DE LOS OBISPOS DE PARMA, NOVARA, REGGIO EMILIA, MONDOVI Y ALESSANDRIA; DEL ARZOBISPO DE LUCCA, CON UNA CARTA DE AGRADECIMIENTO POR LAS NOTICIAS QUE DON BOSCO LE HABIA DADO DE TRES JOVENES DE LUCCA ALUMNOS SUYOS; DEL CARDENAL ARZOBISPO DE FERMO Y DEL VICARIO CAPITULAR DE SUSA; DEL OBISPO DE GUASTALLA Y DEL DE ALBENGA – DON BOSCO HACE SACAR COPIA DEL DECRETO DE MONSEÑOR FRANSONI, EN EL QUE LE NOMBRA DIRECTOR ESPIRITUAL DE LOS TRES ORATORIOS FESTIVOS DE TURIN

DON Bosco continuó durante el mes de abril solicitando las cartas comendaticias episcopales para la aprobación de la Pía Sociedad.

Con tal propósito escribió también a monseñor Moreno, Obispo de Ivrea, testimoniándole su aprecio y respeto e intentando reconciliarlo con el Oratorio.

Excelencia Reverendísima:

Ruego a V. E. Rvma. olvide por un momento disgustos pasados, ocasionados por motivos materiales, y atienda mi petición, si lo cree útil para la mayor gloria de Dios.

Se trata del mismo asunto del que en algún tiempo he hablado con V. E. y le mando copia de las materias principales para que vea el motivo por el que le escribo. La Sociedad de San Francisco de Sales ya ha sido alabada por la Santa Sede y ahora me ayudaría muchísimo una carta comendaticia de los Obispos de nuestra Provincia Eclesiástica, en la que cada uno escribiese lo que juzga más recomendable, **[141]** a fin de que se obtenga la aprobación definitiva. Por eso, con todo respeto, calurosamente ruego a V. E. que, como favor especial, quiera unir también su carta comendaticia para enviarla a la Congregación de Obispos y Regulares.

Si por cualquier motivo de prudencia, que siempre respetaré, no juzgase oportuno condescender a mi petición, le rogaría solamente tuviese conmigo la cortesía de hacerme escribir, a su comodidad, una palabra para mi norma.

Lo mismo que en el pasado, no dejaré en lo venidero de rogar al Señor le dé salud y vida feliz *ad multos annos*, mientras con el más profundo agradecimiento me cabe el honor de profesarme,

De V. E. Rvma.

Turín, 15 de abril de 1868.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Pasado un mes, y no habiendo tenido respuesta alguna, el Venerable renovó sus instancias al Obispo de Ivrea.

Excelencia Reverendísima:

Hace algún tiempo dirigí a V. E. Rvma. una carta que, entre otras cosas, contenía una petición en favor de una Sociedad religiosa bajo el título de San Francisco de Sales. Ahora, teniendo que empezar a dar los primeros pasos para tal fin, ruégole respetuosamente me haga escribir una sola palabra sobre el particular, únicamente para mi norma; esto es, si debo esperar todavía o, si por razonables motivos suyos, piensa no hacerlo.

Como quiera que sea, ruégole tenga a bien aceptar los augurios de todas las bendiciones celestiales y créame con la mayor veneración de V. E. Rvma.

Turín, 28 de mayo de 1868.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

También esta carta quedó sin respuesta. Aquel silencio debió ser doloroso para don Bosco; pero los otros obispos seguían consolándole y animándole al enviarle magníficas cartas comendaticias, que a continuación referimos, por orden de fecha.

Primero la del Obispo de Parma:

[142] *Fr. FELIX CANTIMORRI,* ordinis capuccinorum, SS. D. N. Pii PP. IX praelatus domesticus ac pontificio solio assistens, Dei et Apostolicae Sedis gratia Episcopus Parmae et comes, eidemque Sanctae Sedi immediate subiectus, S. A.I. ORD. Constantiniani S. Georgii Magnus Prior.

[142] Fray FELIX CANTIMORRI, *de la Orden de los Capuchinos, prelado doméstico y asistente al solio pontificio de S. S. N. Señor Pío IX, por la gracia de Dios y de la Sede Apostólica Obispo y conde de Parma, e inmediatamente sujeto a la misma Santa Sede, prior mayor de S. A. I. de la orden Constantiniana de San Jorge.*

Sacrosancta Ecclesia, Quam Dominus Noster Iesus Christus sibi acquisivit sanguine suo, est illud mysticum corpus,

La Iglesia Sacrosanta, que Nuestro Señor Jesucristo adquirió con su sangre, es el cuerpo místico, en el que el mismo

in quod, omnibus gratiarum ac virtutum thesauris, perenniter influit Divinus ipse Redemptor, constitutus a Patre eiusdem Caput, ut de plenitudine eius omnes accipiant, estque ager uberrimus ad quodlibet pretiosum semen recipiendum maxime aptus, ubi germinant flores et fructus ingenita suavitate Deo et hominibus gratissimi.

In hoc vastissimo campo, Spiritus Paraclitus, cuius custodiae ac gubernationi illum tradidit Jesus, novos fructus, novosque flores serit, atque educat, iuxta temporum, ut ita dicam, varietates: hoc est iuxta varias humanae Societatis conditiones, quae in diuturno saeculorum ausu, in bonas vel malas vicissim immutantur. Dominus iste Spiritus, variis Ecclesiae saeculis viros suscitavit zelo ac virtutibus praecellentes, qui ad se innumeros pertraxerunt asseclas, et strenua ex iis composita phalange, ita eos consociato foedere sibi devinxerunt, ut semper Ecclesiae in variis necessitatibus laboranti succurrerent, nunc profligando perduelles hereticos, nunc redimendo captivos; modo paternis curis et officiis orphanos sublevando, modo vero iuvenes erudiendo, et nobiliores conditionis in collegiis, vel tenuis fortunae pueros in popularibus scholis instruendo.

Hoc saeculo sub variis civilis regiminis moderatoribus longe lateque furens impietas, ausa est contra Regulares ordines arcum tendere, ac telo emisso, ipsis infigere aculeum, eorumque iuribus civilibus bene valere iussis, omnibus bonis suis expoliavit ac adminicula eripuit, quibus pia eorum congregatio et venerabilis coetus servaretur. Contra hosce satanicos impetus passim ubique erumpentes, Spiritus Sanctus novos ordines excitavit, qui sanctae vitae regulis optime constitutis, exigunt, ut quilibet suorum membrorum semetipsum propria expoliet bonorum administratione, et ita

Divino Redentor, constituido por el Padre como cabeza, influye perennemente con todos los tesoros de gracias y virtudes para que todos reciban de su plenitud, y es campo ubérrimo aptísimo para recibir cualquier preciosa simiente, donde crecen flores y frutos gratísimos a Dios y a los hombres por su singular suavidad.

El Espíritu Paráclito siembra en este vastísimo campo, cuya custodia y gobierno le entregó Jesús, frutos nuevos y nuevas flores, y cultiva según los tiempos, por así decir, diversas variedades: esto es, de acuerdo con las diversas condiciones de la sociedad humana que con el continuo crecer de los siglos, se convierten, según los casos, en buenas o malas.

Este Espíritu Santo suscitó, a través de los siglos de la Iglesia, varones eminentes por su celo y virtudes, que ganaron inmemorables secuaces y formaron con ellos esforzada falange, y de tal modo los unieron a sí con íntima alianza, que siempre socorrieran a la Iglesia que pasaba por diversas necesidades, ya desbaratando a herejes enemigos, ya redimiendo cautivos; ora apoyando a los huérfanos con cuidados y servicios paternos, ora enseñando en colegios a los jóvenes de más noble condición o instruyendo en escuelas populares a los niños más necesitados.

La impiedad, fuera de sí en grado sumo y ampliamente, se atrevió en este siglo, al amparo de diversos dirigentes del régimen civil, a tender el arco contra las órdenes regulares y, lanzada la flecha, clavarles el aguijón y, prevaliéndose de sus derechos civiles, les expolió de todos sus bienes y arrebató los apoyos con que conservar su pía congregación y venerable celo. El Espíritu Santo suscitó contra estos satánicos movimientos, violenta y desordenadamente manifestados por todas partes, nuevas órdenes, que muy bien organizadas con reglas de una vida santa, exigen que cada uno de

a se abiiciat temporalium bonorum sollicitudinem, ut eam totaliter transferat in Superiores personam; simulque ex alio capite cuilibet gregali suo ius proprietatis relinquant in faciem civilis auctoritatis et hoc modo vindicant Instituto bonorum temporalium possessionem, quae ad religiosam Societatem, cui feliciter nomen dederunt, valeat sustentadam.

Porro inter eiusmodi Instituta praecipue recensetur illud quod noviter fundavit Augustae Taurinorum, sub titulo Societatis S. Francisci Salesii, spectabilis Sacerdos Ioannes Bosco. Hoc in Cap. 4 suarum Constitutionum, membrasua propriorum bonorum administra- **[143]** *tione exuit, eaque privat peculiari usu, sive pecuniae, sive aliarum mobilium rerum, sed ipsis ius proprietatis integrum relinquit, quod provide inservit ad ea bona conservanda in utilitatem et commodum possidentis, et ad ea sarta tectaque tuenda adversus leges civiles.*

Hisce attentis inauditae ac novae virtutis praeclaris exemplis, quum praeterea compertum sit nobis, Sanctam Apostolicam Sedem, ad quam unice spectat religiosorum ordinum approbatio, praefatam Institutionem amplissimis verbis commendasse, Decreto diei 23 iulii anno 1864, votis plurium Sacrorum Antistitum vota nostra coniungendo, audemus enixas et humillimas preces porrigere Sanctissimo Domino Nostro Pio IX, ut pro sua benignitate, firmitatem ac stabilitatem huic Societati a S. Francisco Salesio dictae tribuere dignetur, eam solemniter approbando: qua approbatione suffulta, in tam luctuosa antiquorum Ordinum dispersione, possit ipsis succedere ad bonum spirituale in fideli populo promovendum, Parochos adiuvando in salutari eorum ministerio, iuventutem, maxime inopem, ad cultum ingenii et ad studium pietatis

sus miembros se libere a sí mismo de la propia administración y de tal forma abandone todo cuidado de los bienes temporales, que la transfiera totalmente a la persona del Superior; y al mismo tiempo, dejen por otra parte a otro compañero suyo el derecho de propiedad de cara a la autoridad civil y de este modo otorgan al Instituto la posesión de los bienes temporales, que sirve para abastecer a la sociedad religiosa a la que felizmente dieron su nombre.

Finalmente, figura principalmente entre estos Institutos el recientemente fundado en Turín, con el título de Sociedad de San Francisco de Sales, por el conocido sacerdote Juan Bosco. Este, en el capítulo cuarto de sus Constituciones, libra a sus miembros de la administración de los propios bienes **[143]** y les priva de su uso particular, ya sea dinero, ya sean bienes muebles, pero les deja el derecho íntegro de propiedad, que previsoramente sirve para conservar esos bienes en provecho y comodidad del posesor y guardarlos en buen estado frente a las leyes civiles.

Vistos estos preclaros ejemplos de inaudita y nueva virtud, sabiendo además ciertamente que la Santa Sede Apostólica, a quien únicamente corresponde la aprobación de las órdenes religiosas, ha recomendado dicha institución con generosas palabras, por decreto del 23 de julio de 1864, uniendo nuestros votos a los de muchos sagrados obispos, nos atrevemos a presentar nuestras humildes preces a Nuestro Santísimo Señor Pío IX, para que benignamente se digne conceder firmeza y estabilidad a esta Sociedad, llamada de San Francisco de Sales, aprobándola solemnemente: para que, apoyada con esta aprobación en medio de tan lamentable dispersión de las órdenes antiguas, pueda sucederlas para promover el bien espiritual en el pueblo fiel, ayudando a los párrocos en su ministerio salvador, enseñando rectamente a la juventud, prin-

recte informando, eamque sibi relictam et in via pereuntem, ad se convocando, eiusque duris necessitatibus etiam temporalibus subsidiis providendo. Quod quidem nobis constat de nonnullis adolescentulis pauperibus huius Nostrae Dioecesis qui in dicto Instituto per summam charitatem providentissime excepti sunt, simulque ad honestam vitae professionem et ad Christianam virtutem alti ac enutriti.

cipalmente pobre, el cultivo del ingenio y el estudio de la piedad, llamando a sí a la abandonada y en peligro, y proveyendo a sus duras necesidades aun con subsidios materiales. Lo cual ciertamente nos consta sobre algunos adolescentes pobres de esta nuestra diócesis que han sido acogidos providencialmente en dicho Instituto con suma caridad, y elevados y educados en una honesta profesión de fe y de vida cristiana.

Datum Parmae, die 9 aprilis 1868.

† Fr. FÉLIX Episc.

Dado en Parma, a 9 de abril de 1868.

† Fr. FÉLIX, *Obispo*

El obispo de Novara:

JACOBUS PHILIPPUS GENTILE, patritius genuensis, Dei et Apostolicae Sedis gratia, Episcopus Novariensis, SS. D. N. Pii IX P. M. Praelatus domesticus et solio pontificio assistens, regis nostri augustissimi ab eleemosynis, princeps S. Iulii, Hortae et Vespolati, eques maioribus insignibus SS. Mauritii et Lazari decoratus.

SANTIAGO FELIPE GENTILE, *patricio genovés, por la gracia de Dios y de la Sede Apostólica obispo de Novara, prelado doméstico de S. S. N. S. Pío IX P. M. y asistente al solio pontificio, limosnero de nuestro muy augusto Rey, príncipe de San Julio, de Horta y Vespolato, caballero condecorado con las grandes cruces de San Mauricio y San Lázaro.*

Beatissime Pater,

In tanta rerum calamitate, quae ubique locorum disperdit lapides Sanctuarii, Sacra Ephebea clauduntur, omnibus demum datur pessum, quae ad virtutem et ad Religionem faciunt, nihil potius, nihil optatius esse debet, quam ut illud contingat, quod nonnunquam summa Dei misericordia factitatum vidimus, nempe ut aliquis exurgat, qui veluti naufragii colligat lapides disiectos.

Iam vero quae mens et quis animus sit Theologi Bosco Taurinensis Tibi, B. P., ad aures sane est perlatum, quinimo probe novisti **[144]** *cum tam humaniter eum es allocutus. Ex hac Dioecesi saepe multi iuvenes sese ad eum contulerunt, et Ipse illis extitit ceu Pater, eosque auxit doctrina et virtute, ceterisque*

Beatísimo Padre:

En medio de tan grandes calamidades, como por todas partes destruyen las piedras del santuario, cierran los colegios religiosos y finalmente derriban todo lo que sirve para la virtud y la religión, nada mejor, nada más deseable, que lo que a veces oímos realizado por la infinita misericordia de Dios, a saber, que surja alguien que recoja las piedras dispersadas por el naufragio.

Ya llegó a tus oídos, Beatísimo Padre, el espíritu y el ánimo del teólogo Bosco de Turín, que muy bien conociste **[144]** pues tan finamente le has exhortado. Muchos jóvenes de esta diócesis acudieron a él con frecuencia y él se convirtió en su Padre y los elevó con su doctrina y virtud y con las demás artes

artibus quae dignum efficiunt Sacerdotem, aut Civem, qui quavis rerum et temporum acerbitate a Christiana professione non abhorreat. Quae res iamdudum mihi iniecit desiderium, ut hic, si fieri possit, nova erigatur domus, et hac de re iam cum Theologo egi, ut ex fonte Taurinensi rivulus deducatur, qui propius hic fluat, et plures in hac Dioecesi hauriant haustus. Quod si mihi olim contingerit, praeclare actum putabo. Nunc tamen, quod unum queo, tanto viro adhaereo, eoque flagitante, a Te, Pater Sancte, qui vere es Pastor bonus, enixis precibus deprecor, licet omnibus Viris Ordinis mei Minimus, ut ejus sententia Tui sit compos voti. Deus, cuius manus non deficit, et ignem Charitatis in terras detulit, mentem acuit Theologi Bosco, et eum, in re veluti conclamata, inflammavit, ut juvenum praeat cohorti, qui ad bonos mores et ad Sanctuarium aluntur id temporis quum Viae Sion lugent. Quare humillimas preces Sanctitati Tuae interum admoveo, ut precanti morem geras. Tuo enim numine Tuaque auctoritate suffultus illud, perficiet, uti reor, quod olim Ecclesiae Sanctae, cuius Tu, Beatissime Pater, clavim geris, utilitati erit et decori pergrandi.

Ante te provolutus humiliter Sanctissimos deosculor Pedes,

Dabam, die solemni Paschatis, anno 1868,

† Iac. PHILIPPUS GENTILE
Ep. Novariensis

que dignifican al sacerdote o al ciudadano, para que en cualquier dificultad de cosas y tiempos no se aparten de la profesión cristiana. Lo cual hace tiempo infundió en mí el deseo de que, si fuera posible, se erigiese aquí, más cerca, una nueva casa para que se desarrollen y perciban en esta diócesis sus muchos frutos. Lo cual, si un día me tocare en suerte, lo consideraré como un suceso excelente. Ahora, sin embargo, en lo único que puedo, me adhiero a tan gran varón, y pidiendo con él insistentemente a Tí, Padre Santo, que eres verdaderamente Pastor bueno, con esforzadas preces suplico, aunque el menor de todos los varones de mi orden, que su idea merezca tu voto. Dios, cuya mano no falta y trae a la tierra el fuego de la caridad, estimuló la mente del teólogo Bosco y le inflamó, en un asunto tan trascendental, para que presida una multitud de jóvenes, educados en las buenas costumbres y enviados al Santuario en esta época, cuando están de luto los caminos de Sión. Por ello presento de nuevo a Su santidad las más humildes preces, para que complazcas al que implora. Sostenido por tu consentimiento y tu autoridad cumplirá, según creo, lo que un día será de utilidad y gran decoro para la Santa Iglesia, cuyas llaves tienes Tú, Beatísimo Padre.

Humildemente postrado ante ti, beso los santísimos pies.

En la solemnidad de la Pascua, del año 1868.

† SANTIAGO FELIPE GENTILE
Obispo de Novara

El Obispo de Reggio Emilia escribía:

CAROLUS MACCHI, Dei et Apostolicae Sedis gratia, episcopus Regii et princeps, SS. D. N. Papae Pii IX Praelatus Domesticus et pontificio solio assistens.

CARLOS MACCHI, *por la gracia de Dios y de la Sede Apostólica, Obispo y príncipe de Reggio, Prelado Doméstico de S. S. N. Señor y Papa Pío IX y asistente al Solio Pontificio.*

In nomine Domini Jesu Christi Salvatoris Nostri ad peculiarem Eius gregis partem pascendum quamvis indigne electi, recte intelleximus, Nostri esse muneris omnia ad omnes fieri, ut omne Christi lucri faceremus. Sed praecipue in tanta temporum iniquitate et pravorum hominum pessima insolentia, Nobis cordi fuit quomodo juventuti providere possemus. Ista enim quum in quadam scandalorum atmosphera se habeat, in maximo aeternae salutis periculo versatur, Nobisque mentem intendentibus ad ea comparanda, quae juventuti prodesse poterint, perjucundum fuit cognoscere quanta sapientia a Joanne Bosco Taurinensis Dioeceseos Sacerdote inita fueris quaedam clericorum et laicorum Societas, cuius officium juvenibus praesertim omnimode auxilium praebere. Per eam vocationes aluntur ad Sacerdotale ministerirum, et hoc maxime opportunum nunc temporis, **[145]** *dum scientiarum ac litterarum disciplinae a plerisque ita traduntur ut iuvenes a tali sublimi vocatione arceantur. Per eam iuvenes bonis imbuti moribus et zelo Catholicae Fidei repleti instituuntur, in iuvamen Societatis nostrae quae maximo infirmitatis et vilitatis morbo laborat; per eam typis editae et evulgatae optimae quaeque et perutiles lucubrationes quae Catholicae Fidei et Christianae virtutis amoren in omnium animos ingerunt. Talem autem Societatem nemo inficiabitur omnem ostendere spem optimi fructus, quum sapienter et diligenter redactae fuerint leges quibus regatur. Tantam porro in illis opportunitatem cognovit omnium fidelium in terris Pastor S. Pontifex Papa Pius IX ut amplissimis verbis Societatem de qua loquimur, laudaverit et commendaverit, sicut constat ex Decreto Sacrae Congregationis Episcoporum et Regularium die 23 iulii 1864.*

En el nombre de Jesucristo Nuestro Señor y Salvador, aunque indignamente elegidos para apacentar una parte especial de su grey, rectamente entendimos que toca a nuestro cargo hacernos todo a todos, para convertirlo todo en ganancia de Cristo. Pero principalmente, en medio de tan gran iniquidad de los tiempos y de la pésima insolencia de los hombres depravados, pusimos el mayor empeño en ver cómo podíamos atender a la juventud. Dado que ésta se encuentra en una pésima atmósfera de escándalos, que se halla en gravísimo peligro de su eterna salvación, y poniendo nuestra atención para enfrentarnos a eso, en lo que pudiera aprovechar a la juventud, nos resultó muy agradable conocer con cuánta sabiduría ha sido emprendida por el sacerdote Juan Bosco, de la diócesis de Turín, cierta Sociedad de sacerdotes y laicos, cuya finalidad es prestar particularmente a los jóvenes toda suerte de auxilio. En ella se promueven las vocaciones para el ministerio sacerdotal, lo cual resulta muy oportuno ahora en estos tiempos **[145]** en los que la disciplina de las ciencias y las letras de tal modo es traicionada por algunos que los jóvenes son apartados de tan sublime vocación. Por su medio los jóvenes, imbuidos de buenas costumbres y llenos de celo por la fe católica, se disponen a ayudar a nuestra sociedad que padece de grave enfermedad de debilidad y envilecimiento; por medio de ella, ediciones y publicaciones óptimas y también utilísimos trabajos infunden amor a la fe católica y a la virtud cristiana en el ánimo de todos. Nadie negará que esta Sociedad presenta toda esperanza de óptimo fruto, una vez que se redacten sapiente y diligentemente las reglas por las que ha de regirse. El Sumo Pontífice Papa Pío IX, Pastor de todos los fieles en la tierra, reconoció finalmente en ellos tan gran oportunidad que, con magníficas palabras, alabó y encomendó la Sociedad de que trata-

Quum vero optandum sit ut in ipsa Societate unitas servetur spiritus et disciplinae et maius per ipsam evadat in dies bonum animarum, idcirco precibus praestantissimorum in Episcopatu Confratrum, etiam nostras addere duximus, ut Sanctitas Sua dignetur Constitutionibus Societatis huius adprobationem et sanctionem praebere.

Utinam possimus et nos deinde talis Societatis a Sancta Sede adprobatae in Nostra Dioecesi uberrimos experiri fructus! et per eam iuvenes pràesertim quae Nostram incolunt Regiensem Civitatem, ad illud pietatis et virtutis gradum ducerentur per quod ad coelestia erigerentur.

Talia a Domino Nostro Iesu Christo, qui parvulis, quos ad se venire cupiebat, benedictionem suam impertitus est, petimus, quam etiam benedictionem ex toto animo super Societatem istam et eius Superiorem Sacerdotem Ioannem Bosco ab Ipso enixis precibus semper orabimus.

mos, según consta por decreto de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares del 23 de julio de 1864.

Siendo de desear que en dicha Sociedad se conserve la unidad de espíritu y de disciplina, y que por su medio aumente de día en día el bien de las almas, dispusimos por esto añadir nuestras preces a las de eminentes hermanos en el Episcopado, para que Su Santidad se digne aprobar y sancionar las Constituciones de esta Sociedad.

¡Ojalá podamos después nosotros experimentar en nuestra diócesis los ubérrimos frutos de tal Sociedad, aprobada por la Santa Sede! Y por su medio sean conducidos principalmente los jóvenes que habitan en nuestra ciudad de Reggio, a aquel grado de piedad y de virtud que les dispongan a subir al cielo.

Esto pedimos por Nuestro Señor Jesucristo, que impartió su bendición a los niños que deseaba tener a su lado, bendición que siempre pediremos con ardientes preces y con toda nuestra alma en favor de esta Sociedad y de su Superior el sacerdote Juan Bosco.

Datum Regii in Aemilia, ex Episcopali Nostro Patio, hac die 14 mensis aprilis 1868, Indict. Rom. XI.

Dado en Reggio Emilia, en nuestro Palacio Episcopal, a 14 del mes de abril de 1868.

† CAROLUS, *Episcopus.*

† CARLOS, *Obispo*

D. CAROLUS LOCATELLI a secretis.

CARLOS LOCATELLI, *Secretario*

El Obispo de Mondoví:

Fray JUAN TOMAS GHILARDI, de la Orden de Predicadores, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo y Conde de Mondoví, Abad comendatario perpetuo de San Dalmacio, Prelado Doméstico de Su Santidad y Asistente al Solio Pontificio.

Conocedores del grandísimo bien que a la Iglesia, no menos que a la Sociedad, se deriva de los centros fundados en Turín, bajo el nombre de Oratorios, por el venerando sacerdote don Juan Bosco, desde el mes de febrero de 1864, nos hemos dispuesto con agradable atención **[146]** a recomendar calurosamente a la Santa Sede que fuera aprobada, con las modificaciones que juzgara conveniente, la Congrega-

ción de sacerdotes que se encarga con apropiado reglamento de la dirección de dichos centros. Con la más viva satisfacción de nuestra alma hemos sabido que el Padre Santo ya ha secundado, en parte, nuestros deseos y los manifestados con el mismo objeto por otros Obispos, alabando y recomendando, por decreto de la Sagrada Congregación, y confirmando para mientras viva al Rector Mayor, en la persona del benemérito Fundador y aplazando solamente para tiempo más oportuno la aprobación de las Constituciones.

Considerando que se enviarán a la Santa Sede nuevas instancias a este propósito, renovamos con tanto más agrado nuestras recomendaciones para su buen resultado por cuanto nos consta que, desde entonces, la obra del sacerdote Juan Bosco fue siempre creciendo y dando los mejores frutos que se pueden desear, de tal modo que estamos persuadidos de que la implorada aprobación, si pluguiere al Santo Padre otorgarla, consolidaría su marcha y perpetuaría la Congregación de que se trata, para ventaja espiritual y temporal del prójimo y para mayor gloria de la Religión y honor del Clero.

Mondoví 15 de abril de 1868.

† Fr. JUAN, *Obispo*

C. JOSÉ MARTINI, *Secretario*

El Obispo de Alessandria:

IACOBUS ANTONIUS COLLI, Dei et Sanctae Apostolicae Sedis gratia, Epicopus Alexandrinus et comes, augustissimi regis N. ab eleemosynis, abbas SS. Petri et Dalmatii.

SANTIAGO ANTONIO COLLI, *por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo y conde de Alessandria, limosnero de nuestro augustísimo Rey, Abad de San Pedro y San Dalmacio.*

Quum nobis, tum e propria scientia, tum ex assumptis informationibus, perspecta penitus sit Societas seu Congregatio sub titulo S. Francisci Salesii, iam inde ab anno 1841 a Sacerdote Joanne Bosco Taurini fundata, haec quae sequuntur de eaden quam libentissime testamur.

Memorata Congregatio centum circiter Sociis constat, qui operam suam laudabiliter conferunt in tribus recreationis areis, seu Oratoriis Festivis, ubi complura millia pauperum adolescentulorum collecta, sacris Cathechesibus, Missae celebratione, Verbi Dei predicatione, aliisque pietatis exercitiis invicta pa-

Conocida profundamente, por mi propio saber y por informaciones obtenidas, la Sociedad o Congregación llamada de San Francisco de Sales, fundada ya en 1841 por el sacerdote don Juan Bosco, atestiguamos con mucho gusto sobre ella lo que sigue.

Dicha Congregación consta de casi cien socios, que loablemente desarrollan su trabajo en tres campos de labor, en Oratorios festivos, donde reunidos varios millares de muchachos pobres, son educados con la catequesis sagrada, la celebración de la misa, la predicación de la palabra de Dios y otros ejercicios de piedad, con paciencia incansable y gran

tientia et magno cum fructu excoluntur, quemadmodum nos ipsi testes oculares fuimus.

Tres sunt domus hospitales, una Taurini, altera apud Lanceum, et tertia in pago Mirabello *in agro Monferratensi, in quibus mille et* **[147]** *amplius adolescentes enumerantur, qui nulla aut modica pensione aluntur. Huiuscemodi iuvenes scientia, religione instituuntur, et artibus exercentur, ut valeant progressu temporis victum sibi honeste comparare. Nonnulli ex ipsis rite studiis, ut ita dicunt, classicis incumbunt, et sacrae militiae tirocinium percurrunt.*

Praeter curam et educationem iuventutis, huius Congregationis Socii strenuam et perutilem operam praebuerunt et praebent in Ecclesia Dei, in Sacro Ministerio, in Paroeciis, Carceribus, Xenodochiis per Missae celebrationem et Verbi Dei praedicationem, tum in triduanis, tum in novendialibus supplicationibus, tum in spiritualibus praesertim exercitationibus ad populum frequenter et magno animarum fructu habitis: ipsi quoque de Christiana Republica optime sunt meriti ob operam datam in evulgandis libris, qui ad fidem Catholicam tuendam et bonos mores tutandos quam maxime iuvant.

Hinc quum dicta Congregatio huic quoque Nostrae Alexandrinae Dioecesi fuerit saepe maximo adiumento, praesertim ob non paucos adolescentes pauperes in eiusdem Congregationis hospitio receptos; perlectis ipsius Societatis constitutionibus, et considerato tenore Decreti S. Congregationis Episcoporum et Regularium diei 23 iulii 1864: quo Summus Pontifex Pius Divina Providentia Papa IX amplissimis verbis memoratam Societatem laudavit atque commendavit uti Congregationem votorum simplicium sub regimine Moderatoris Generalis; — attento quod ex laudato Decreto Congregatio ipsa appareat iam partim constituta in persona Superioris, qui permanere debet in suo mu-

fruto, como nosotros mismos hemos podido contemplar.

Son tres las casas internado, una en Turín, otra en Lanzo y la tercera en la villa de *Mirabello*, en la comarca de Monferrato, que albergan **[147]** más de mil jóvenes, que son mantenidos gratis o por una módica pensión. Los jóvenes son preparados de este modo en ciencia y religión y se ejercitan en las artes para poder con el tiempo procurarse el sustento honestamente. Algunos se dedican a los así llamados estudios clásicos y siguen el curso de la sagrada milicia.

Los socios de esta Congregación, además del cuidado y educación de la juventud, prestaron y prestan un servicio activo y utilísimo a la Iglesia de Dios, con el sagrado ministerio en parroquias, cárceles, manicomios, con la celebración de la misa, y la predicación de la Palabra de Dios, ya con triduos, ya con novenas, ya principalmente con ejercicios espirituales al pueblo tenidos frecuentemente y con gran fruto para las almas; han adquirido también grandes méritos ante la Iglesia Cristiana por su labor en la divulgación de libros, que ayudan muchísimo a conservar la fe católica y las buenas costumbres.

De aquí que, dado que dicha Congregación frecuentemente también ha prestado máxima ayuda a nuestra diócesis de Alessandria, principalmente con los muchos adolescentes pobres asilados por dicha Congregación, releídas las Constituciones de la misma sociedad, y considerado el tono del Decreto de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares del 23 de julio de 1864, en el que el Sumo Pontífice, por la divina Providencia Papa Pío IX, con elogiosas palabras alabó y encomendó dicha Sociedad como Congregación de votos simples bajo la dirección de un Superior General; teniendo en cuenta que, según el estimado Decreto, la misma Congregación aparece ya en parte constituida en

nere, quoad vixerit, quamvis statutum sit ut ejusdem Societatis Superior Generalis duodecim tantum annis officium suum exerceat;

Cum nobis sit persuasum id nos praestare quod ad maiorem Dei gloriam conferat, remque summo Pontifici pergratam faciat, immo venerandam eiusdem voluntatem in praed. Decreto expressam nos fideliter interpretario, suplices preces Sanctitati Suae humiliter porrigimus, ut Auctoritate Apostolica istius Societatis Constitutiones perpetuo adprobare dignetur; quo profecto continget, ut eius existentia sit firma ac stabilis coram Ecclesia, et unitae spiritus ac disciplina servata, animarum bonum magis magisque promoveatur, quae omnia eadem Pia Societas potissimum spectat.

Dat. Alexandriae, ex Epicopali Palatio, die 17 abril, 1868,

† ANTONIUS COLLI, *Episcopus.*

la persona del Superior, que debe permanecer en su cargo mientras viviere, aunque esté establecido que el Superior General de la misma Sociedad permanezca en su cargo solamente doce años.

Persuadidos de que contribuímos a la mayor gloria de Dios y hacemos algo muy grato al Sumo Pontífice, más aún, interpretando fielmente su veneranda voluntad expresada en el antedicho Decreto, presentamos humildemente a Su Santidad nuestras súplicas para que se digne aprobar para siempre las Constituciones de esta Sociedad con la Autoridad Apostólica; hecho lo cual, sucederá que su existencia será firme y estable ante la Iglesia, y con la unidad de espíritu y el cumplimiento disciplinar, se promoverá más y más el bien de las almas al que sobre todo mira la misma Pía Sociedad.

Dado en el Palacio Episcopal de Alessandria, el 17 de abril de 1868.

† ANTONIO COLLI, *Obispo*

El Arzobispo de Lucca escribía:

Muy Ilustre y Reverendo Señor:

Tengo el honor de enviarle la carta Comendaticia que V. S. M. R. se ha dignado pedirme para obtener de la Santa Sede la definitiva **[148]** aprobación de esa su Sociedad de San Francisco de Sales tan benemérita en la educación de la juventud.

Le agradezco las noticias que me da sobre los tres jovencitos de esta mi diócesis, y recomendándolos de nuevo a su caridad, me profeso con sentimientos de reconocimiento y particular aprecio y consideración,

De V. S. M. I. y M. R.

Lucca, 24 de abril de 1868,

Afectísimo en el Señor
† Fray JULIO, *Arzobispo de Lucca*

La carta comendaticia decía así:

F. IULIUS ARRIGONIUS, ordinis Minorum strictioris observantiae divi Francisci, Dei et Apostolicae Sedis gratia archiepiscopus Lucanus et comes, SS. D. N. Papae Praelatus domesticus et Pontificio solio assistens, eques torquatus ordinis iosephiani.

Fray JULIO ARRIGONIUS, *de la orden de Menores de la estricta observancia del divino Francisco, por gracia de Dios y de la Sede Apostólica, arzobispo y conde de Lucca, prelado doméstico de S. S. N. Señor Papa y asistente al solio pontificio, caballero con collar de la orden josefina.*

Pauperiorum adolescentulorum miserans conditionem Sacerdos Joannes Bosco e Dioecesi Taurinensi, iam ab anno 1841 aliorum Presbyterorum etiam auxilio fretus, illos in unum colligere, Catholicae Fidei rudimenta edocere et temporalibus subsidiis levare instituit. Hinc ortum habuit pia Societas quae a S. Francisco Salesio nomen habet, cuiusque Socii, praeter propriam sanctificationem, praecipuum hunc habent finem, ut cum temporalibus, tum spiritualibus praesertim miserabilium commodis inserviant. Jam inde a piae Congregationis principio, quae ad huiusmodi consilii rationem pertinere arbitrati sunt, tum pius Fundator tum Socii adeo studiose diligenterque curarunt, ut maximum ex eorum laboribus Christianae Reipublicae fructum accepisse exploratum omnibus sit, ipsaque Congregatio nedum a pluribus Sacrorum Antistibus, verum etiam a SS. Domino Nostro Pio P. IX per Decretum S. Congregationis Episcoporum et Regularium editum die 23 julii 1864 amplissimis verbis laudationem et commendationem meruerit. Cum autem praenominato Ven. Sacerdoti J. Bosco multum sibi suisque Sociis deesse visum sit, nisi eidem Societati, cuius Fundator simulque Superior Generalis existit, Apostolica accedat confirmatio, idcirco ad eam impetrandam et plurium Sacrorum Antistitum commendationes expostulavit.

Ya desde el año 1841, el sacerdote Juan Bosco, de la diócesis de Turín, compadecido por la situación de los muchachos pobres, contando también con el auxilio de otros presbíteros, determinó reunirles, enseñarles los rudimentos de la Fe Católica y dotarles de medios temporales. De aquí nació la Pía Sociedad que se llama de San Francisco de Sales, cuyos socios, además de la propia santificación, tienen como fin principal, servir de provecho a los más desgraciados, lo mismo en lo material que en lo espiritual. Ya, pues, desde el principio de la Pía Congregación, quienes determinaron entregarse a esta labor, lo mismo el piadoso Fundador que los socios, procuraron con entrega y diligencia, que el mayor fruto a recibir de sus trabajos fuese reconocido por todos en la República Cristiana, y la misma Congregación con mayor motivo mereció de muchos Obispos y también de S. S. N. S. Pío, Papa IX, amplia alabanza y recomendación en Decreto de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, dado el 23 de julio de 1864. Habiendo parecido, sin embargo, que al nombrado y venerando sacerdote Juan Bosco y a sus socios les faltaba mucho, si no le llegaba la confirmación apostólica a la misma Sociedad, cuyo Fundador y a la par Superior General vive todavía, por eso y para alcanzarla pidió las recomendaciones de muchos sagrados Obispos.

Et Nos igitur, qui eiusdem Societatis

Y por eso Nos, que hemos visto algu-

apostolicum spiritum, pietatem, charitatem et zelum in Dei gloriam, iuvenum institutionem animarumque salutem oculis Nostris aliquando inspeximus, illius pii Fundatoris preces quam libenti animo excipientes, testamur eam sancto consilio sibi proposito optime respondere, huius etiam Nostrae Dioeceseos adolescentulos aliquot pie alere atque instituere; magnoque tum Ecclesiae tum Christianae Reipublicae auxilio futuram, si eam **[149]** *qua modo floret, spiritus disciplinaeque unitatem servet, viribusque in dies augeatur. Ad haec autem praestanda cum prae caeteris conferre arbitremur Apostolicae sedis confirmationem, hinc SS. Dominum Nostrum humiliter praecamur ut eiusdem Congregationis constitutiones, si ita Ei videbitur, Apostolica sua Auctoritate adprobare et confirmare dignetur. In quorum fidem, etc.*

Dat. Lucae, ex Nostro Archiep. Palatio, die 24 aprilis 1868.

† Fr. IULIUS Archiep.

Can. RAPHAEL MEZZETTI *Secr.*

nas veces con nuestros propios ojos el espíritu apostólico de dicha Sociedad, la piedad, la caridad y el celo por la gloria de Dios, la institución juvenil y la salvación de las almas, recibidas de buen grado las preces de aquel piadoso Fundador, aseguramos que responde muy bien al santo consejo propuesto, de alimentar y educar también piadosamente a algunos jóvenes de nuestra Diócesis; y conservará la unidad de espíritu y de disciplina futura en favor de la Iglesia y de la República Cristiana, si de **[149]** algún modo florece y aumenta sus fuerzas con el tiempo. Para lograr todo esto, como juzgamos por encima de todo la confirmación de la Sede Apostólica, consecuentemente rogamos humildemente a Su Santidad y Señor nuestro, se digne aprobar y confirmar con su Apostólica Autoridad las Constituciones de su Congregación, si así lo estimare. En fe de todo lo cual, etc.

Dado en nuestro palacio arzobispal de Lucca, a 24 de abril de 1868.

† Fray JULIO, *Arzobispo*

Can. RAFAEL MEZZETTI, *Secretario*

El cardenal De Angelis, Arzobispo y Príncipe de Fermo, escribe:

FELIPE, *con el título de San Lorenzo en Lucina, presbítero Cardenal De Angelis, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Arzobispo y Príncipe de Fermo, Camarlengo de la Santa Iglesia Romana.*

Damos fe de que durante nuestra residencia por más de seis años en la casa de los Señores de la Misión en Turín, con particular satisfacción del alma pudimos conocer, merced al testimonio de muchísimas personas, tanto eclesiásticas como seglares, cómo la Pía Sociedad denominada de San Francisco de Sales, instituida y dirigida por el eximio sacerdote don Juan Bosco, con la ayuda de celosos sacerdotes y clérigos bajo su dirección, correspondiese con público provecho para la religión y la sociedad civil a su finalidad, que es la de atender e instruir en la Religión y en las artes mecánicas y liberales a los jovencitos pobres y abandonados. Declaramos, además, que antes de salir de Turín, en noviembre de 1866, habiendo ido a visitar el mencionado Oratorio, nos alegramos mucho en el Señor al ver con nuestros ojos el inmenso número de jovencitos allí educados, apartados del ocio y de la miseria por

la fecunda caridad del digno sacerdote, que es jefe y director supremo; el celo vivo e incansable para hacerlos crecer en la piedad, en los oficios, según su aptitud y condición y el fruto nada común que se observa en los mismos jóvenes y las esperanzas que se conciben para el porvenir, con tal de que le sea concedida la canónica aprobación por la Santa Sede al Pío Instituto, conforme a los deseos expresados por el Ilmo. y Rvmo. Arzobispo de Turín y otros Obispos del Piamonte. Por eso, alabamos de todo corazón, de palabra y por escrito, esta obra de pública beneficencia, exhortando al susodicho don Juan Bosco y a sus dignos cooperadores a que continúen con ardor en ella para mayor gloria de Dios y en pro de la educación cristiana.

Y en señal de nuestra estima y benevolencia hacia el benéfico Instituto y hacia la obra de su sacerdotal caridad, expedimos **[150]** el presente testimonio, que firmamos y sellamos con nuestro sello.

Dado en Fermo, en nuestra Residencia Arzobispal, el día 26 de abril de 1868.

† FELIPE, *Card. Arzobispo*

Can. FELIPE ZALLOCCO, *Secretario*

El Vicario General Capitular de Susa:

IOSEPH SCIANDRA, Sacrae Teologiae et iuris utriusque doctor, eques ordinis SS. Mauritii et Lazari, canonicus archidiaconus Segusiensis ecclesiae, ac sede episcopali vacante vicarius generalis capitularis.

JOSE SCIANDRA, *doctor en Sagrada Teología y en ambos derechos, caballero de la orden de los Santos Mauricio y Lázaro, canónigo archidiácono de la iglesia de Seguria y vicario general capitular por sede episcopal vacante.*

Quum Nobis abunde constet, zelo et opera adm. Rev. D. Joannis Bosco, Sacerdotis de christiana republica optime meriti, pluribus ab hinc annis Augustae Tarinorum excitatam fuisse Societatem Presbyterorum, Clericorum, Laicorum, a Sancto Francisco Salesio nuncupatam, quae eo praecipue spectat, ut illius Socii — ad Christianam perfectionem nitantur — quaevis pietatis officia spiritualia ac temporalia erga adolescentulos, pauperes potissimum, exerceant in ipsam iuniorum Clericorum educationem incumbant verbis et scriptis impietati atque haeresi quae omnia pertentant aversentur — utillimos libros, Letture Cattoliche *inscriptos, ad pietatem fovendam propria officina evulgent,*

Constándonos suficientemente que, por celo y obra del admirable reverendo don Juan Bosco, sacerdote de muchos merecimientos en la república cristiana, se constituyó hace muchos años en Turín una Sociedad de sacerdotes, clérigos y laicos, designada de San Francisco de Sales, que principalmente mira a que sus socios — tiendan a la perfección cristiana — se ejerciten en ciertos oficios espirituales y temporales de piedad en favor de los jóvenes, especialmente pobres — se dediquen a la educación de los seminaristas jóvenes — se opongan de palabra y por escrito a la impiedad y a la herejía que todo lo inunda — publiquen en talleres propios utilisimos libros —, llamados *Lecturas Católicas*

aliaque laudabilia praestent, bonis omnibus plaudentibus.

Grati animi sensus recolentes, eo quod plures juvenes pauperculi et pauperes vacantis huiusce Dioeceseos fuerint recepti in Asceteria, in quibus laudatae Societatis adscripti pietatis et charitatis operibus vacant: lectis attente praefatae Societatis Constitutionibus, ac prae oculis habito Decreto S. Congregationis Eminentissimorum S. R. E. Cardinalium Negotiis et Consultationibus Episcoporum et regularium praepositae, Romae dato sub die 23 julii 1864, quo Sanctitas Sua, immortalis Pontifex Pius IX, amplissimis verbis laudavit et commendavit memoratam Societatem uti Congregationem votorum simplicium sub Moderatoris Generalis regimine, salva ordinariorum iurisdictione ad Sacrorum Canonum praescriptum.

Haud dubii, quin definitiva probatio Constitutionum istius Societatis in maiorem Dei gloriam, animarumque bonum sit cessura, humillimas preces damus Beatissimo Patri ac Pontifici Maximo Pio Nono, qua dicta Constitutiones, quas Nos in quantum possumus plenimode probamus, Supremo Suo Oraculo confirmare dignetur.

Dat. Segusii, die 28 aprilis, anno 1868,

C. SCIANDRA,
Vic. Gen. Cap.

IOANNES CARELLO *Pro-Cancell. Cap.*

para fomentar la piedad y realicen otras obras plausibles alabadas por todos los buenos.

Y recordando el agradecimiento porque muchos jóvenes menesterosos y pobres de esta diócesis vacante fueron admitidos en internados, en los cuales los inscritos en dicha Sociedad se dedican a obras de piedad y caridad: leídas atentamente las Constituciones de dicha Sociedad y teniendo a la vista el Decreto emitido por la Sagrada Congregación de Eminentísimos S. R. E. Cardenales para los Asuntos y Consultas de Obispos y Regulares y dado en Roma el día 23 de julio de 1864, en el que Su Santidad, inmortal Pontífice Pío IX, alabó y encomendó con notabilísimas palabras la nombrada Sociedad como Congregación de votos simples bajo el gobierno de un Superior General, a salvo la jurisdicción de los Ordinarios, prescrita por los Sagrados Cánones.

No dudando, que la definitiva aprobación de las Constituciones de esta Sociedad sirva para mayor gloria de Dios y salvación de las almas, presentamos humildes preces al Beatísimo Padre y Pontífice máximo Pío Nono, para que dichas Constituciones, que, por cuanto podemos aprobamos totalmente, se digne confirmarlas con su supremo oráculo.

Dado en Seguria, a 28 de abril de 1868.

C. SCIANDRA,
Vic. Gen. Cap.

JUAN CARELLO, *Pro-Can. Cap.*

[151] El Obispo de Guastalla:

PETRUS ROTA, Dei et Apostolicae Sedis gratia, Episcopus Guastallae.

PEDRO ROTA, *por la gracia de Dios y de la Sede Apostólica, Obispo de Guastalla.*

Cum propter rerum civilium perturbationes a Sede Nostra anno 1866 abacti Augustam Taurinorum confugerimus, Divina Providentia ducti hospitio feliciter excepti fuimus ab egregio illo viro Sacerdote Joanne Bosco, cuius nomen in tota Italia iam sonat, et apud illum in eius piorum Sacerdotum Collegio per sex menses, quamdiu exilium nostrum perduravit, in tranquilla pace, magna animi Nostri consolatione, omnimodis curis levati et recreati, diversati sumus; exinde factum est ut et Sacerdotis illius et Societatis ab illo institutae pleniorem notitiam Nobis comparare potuerimus. Quare ex certa scientia haec quae subiungimus, non ex aliorum dictis, sed ex experientia propria, ad Dei laudem et ad Religionis incrementum affirmamus. Et in primis Nos valde animum Nostrum recreavit Sacerdotis Joannis Bosco consilium, Societatem Sacerdotum et laicorum instituendi, quae posset Ordinum Religiosorum, quibus nunc iniquum et implacabile bellum indicitur, extintionem supplere, in interiori sua Constitutione spiritum et virtutes monasticas alendo, et in relationibus cum externa Civili Societate nihil differendo a laicis Congregationibus, ita ut leges, quae Religiosos Ordines percellunt, hanc Societatem non possent ullo unquam casu perimere. Quod Nos quum pluries in mente cogitaverimus et optaverimus, iam perfectum vidimus et probavimus in Societate S. Francisci Salesii, a quo illam nomen habere voluit praedictus optimus Sacerdos. Socii enim illius Congregationis tribus consuetis voti se obstringunt, et vitam ducunt religiosam austeriorem etiam quam in usu sit apud nonnullas alias Regularium Familias; in caeteris autem a sacerdotibus saecularibus minime differunt, ut facilius saltem uti Sacerdotes saeculares tolerari possint.

Ne autem bonis, quae vel actu possident vel illis obvenire possunt, unquam sub praetextu quod Religiosam Fami-

Cuando, a causa de los desórdenes civiles de los tiempos, fuimos expulsado de nuestra diócesis el año 1866 y nos refugiamos en Turín, conducido por la divina Providencia, fuimos albergado felizmente por un egregio varón, el sacerdote Juan Bosco, cuyo nombre resuena por toda Italia y, aunque nuestro destierro se prorrogó por seis meses, junto a él, en su colegio de piadosos sacerdotes, estuvimos atendido con todos los cuidados y atenciones en tranquila paz, con gran consuelo de nuestra alma; de ello nació que pudiéramos adquirir un mayor conocimiento de aquel Sacerdote y de la Sociedad por él fundada. Por eso afirmamos lo que con este seguro conocimiento adquirimos, hijo de la propia experiencia y no de lo que otros digan, y ante todo tranquilizó mucho nuestra alma el deseo del sacerdote Juan Bosco, de establecer una Sociedad de sacerdotes y laicos que pudieran suplir la extinción de las Ordenes Religiosas, a las que hoy se declara implacable e inicua guerra, alentando con su Constitución interna el espíritu y las virtudes monásticas, y no distinguiéndose, en las relaciones con la sociedad civil externa, de las congregaciones laicales, de forma que las leyes, que atacan las Ordenes Religiosas, no puedan en ningún caso destruir esta Sociedad. Lo cual Nos, habiéndolo pensado y deseado muchas veces, ya lo vimos perfecto y experimentamos en la Sociedad de San Francisco de Sales, de quien el antedicho óptimo Sacerdote quiso tomar el nombre. Los socios de esa Congregación se obligan a los tres votos de costumbre, y llevan una vida religiosa más austera que la que se practica en algunas otras familias de regulares; por lo demás, en nada difieren de los sacerdotes seculares, para que, al menos, puedan ser tolerados más fácilmente como sacerdotes seculares.

Para que nunca sean expoliados de los bienes que en la actualidad poseen o que puedan caberles en suerte, so pre-

liam seu ens morale, *ut aiunt, constituant expolientur, prudenter cautum est ut unusquisque, licet voto paupertati obstringatur et in Societate omnia sint communia, tamen quoad Forum externum bonorum suorum proprietatem retineat, et illa, quae de iure ad universam pertinent Societatem, unius Socii nomine possideantur et privata extrinsecus appareant: uti in aliis regionibus, in quibus Societates religiosae civilem et legalem existentiam non habent, est in usu.*

texto de constituir una Familia Religiosa o *ente moral*, como dicen, prudentemente se ha garantizado que cada uno, aunque sujeto por el voto de obediencia, y en la Sociedad todas las cosas sean comunes, conserve, sin embargo, la propiedad de sus bienes ante el foro externo y, aunque por derecho pertenecen a toda la Sociedad, se posean en nombre de un solo socio y aparezcan por fuera como bienes privados, como sucede en otras regiones, en las que las Sociedades Religiosas no tienen existencia civil y legal.

Quum autem nacesse sit omnibus Ecclesiae et Fidelium necessitatibus quibus Ordines Regulares opitulabantur, consulere,recte dictus Sacerdos suae Congregationi omnia illa Apostolica munia proposuit, quibus animarum salus curari potest: et quia puerorum institutio maxime interest Christianae et Civili Reipublicae, ideo sapientissime officium hoc sibi assumere voluit Sacerdos Bosco, et **[152]** *Congregationem ad hoc praecipue curas suas et studium omne intendere. Etiam in ipsa civitate Taurini collegium septingentorum et amplius adolescentulorum, qui maiori ex parte pio Sacerdote, undique collectis eleemosynis aluntur, a plurimis annis prospere floret, ubi pueri, praeter Christianam institutionem, in literis et artibus erudiuntur; et insuper, tres aliae adsunt congregationes, quae innumeros pueros per Urbem vagantes diebus festis in unum colligunt, et religiosis exercitiis, catechesibus, nec non honestis recreationibus toto die festo illos occupatos detinentes a corruptionis periculis sedulo subducunt. In hoc autem Taurinensi collegio, quod est prima Sedes Societatis et domus Fundationis, pietatem, sui abnegationem, vitae austeritatem, laborem indefessum, erga Moderatorem obedientiam et amorem singularem, dexteritatem autem peculiarem in pueris ad pietatem et ad studia suaviter adducendis, miratus sum; in pueris au-*

Siendo necesario aconsejarse en todo lo que se refiere a las necesidades de la Iglesia y de los fieles a los que se consagran las Ordenes religiosas, rectamente dicho sacerdote propuso a su Congregación todos aquellos apostólicos deberes, con los que puede cuidarse la salud de las almas; y como la instrucción de los niños interesa muchísimo a la República cristiana y civil, por eso sapientísimamente quiso el sacerdote Bosco asumir para sí este oficio y **[152]** que la Congregación dirigiera principalmente a esto todos sus cuidados y trabajo. También en la misma ciudad de Turín florece prósperamente, desde hace muchos años, un colegio con más de setecientos adolescentes, los cuales en su mayoría son mantenidos por el piadoso Sacerdote con limosnas recogidas por todas partes; en él, los muchachos, con la cristiana educación, son instruidos en las letras y las artes; y hay, además, otros tres centros donde se reúnen en los días festivos innumerables muchachos que vagan por la ciudad, y allí permanecen durante todo el día ocupados en ejercicios piadosos, catequesis, honestas diversiones y al seguro de los peligros del mundo. En este Colegio de Turín, primera sede de la Sociedad y casa matriz, admiré su piedad, su abnegación, la austeridad de vida, el trabajo incansable, la obediencia y amor singular al Superior, la habilidad peculiar para educar suavemente a

tem docilitatem, pietatis cultum, multumque in studiis profectum.

Cum autem sapiens Institutor utilitatem praesertim Ecclesiae prae oculis semper habuerit, ideo iuvenes illos prae aliis excipere curat, qui ingenio praestent et ad Sacerdotium amplectendum sint propensi. Et sic multis Dioecesibus est utilis, cum non pauci ex dissitis etiam regionibus ibi excepti, quolibet anno ex studiis Philosophicis ad Theologica gradum faciant, et postea optimi evadant Sacerdotes.

Quare hanc Congregationem, quae duas alias domus habet in duabus civitatibus, quas Lanzum *et* Mirabellum *vocant, in quibus plusquam biscentum pueros eadem pietate et iisdem disciplinis erudit et instituit, maiora incrementa obtinere, et amplius diffundi ego valde optarem, ratus quod hoc in magnum Religionis bonum certissime cederet. Quod ut fiat cum necessaria sit Summi Pontificis approbatio, qua inter Ordines Regulares solemniter adnumeretur, Ego preces meas urgentesque supplicationes supplicationibus aliorum* Episcoporum *coniungo,* Beatissimum Patrem Pium IX *humiliter et enixe rogans, ut Constitutionibus huiusmodi Societatis rite examinatis, Societatem ipsam solemniter adprobare et iura et privilegia, aliis Religiosis Ordinibus concessa, eidem indulgere et impertire dignetur.*

Quod faxit Deus.

Datum Guastallae, die 29 aprilis, anni 1868.

† PETRUS *Episcopus.*
SAC. MAXIMILIANUS FRANZINI, a Secretis.

los jóvenes en la piedad y la ciencia; y en los alumnos la docilidad, la piedad y el adelantamiento en los estudios.

Como quiera que el sapiente Maestro siempre tiene ante sus ojos el provecho de la Iglesia, se preocupa, sobre todo, de aquellos jóvenes que tienen talento y pretenden abrazar el sacerdocio. Y así resulta útil para muchas diócesis, puesto que algunos de los diseminados de otras regiones fueron aquí recibidos y hacen cada año el curso de estudios filosóficos y teológicos y resultan luego óptimos sacerdotes.

Por lo que esta Congregación, que tiene otras dos casas, en dos ciudades que se llaman *Lanzo* y *Mirabello*, en las que se instruye y educa a más de doscientos muchachos en la misma piedad y las mismas disciplinas, obtendrá mayor incremento y yo desearía que se difundiera más ampliamente convencido de que esto ciertamente haría un gran bien a la Religión. Para que ello sea así, siendo necesaria la aprobación del Sumo Pontífice, para que sea enumerada entre las Ordenes Regulares, uno mis preces y urgentes súplicas a las de otros *Obispos*, rogando humildemente y con empeño al *Beatísimo Padre Pío IX*, que, debidamente examinadas las Constituciones de esta Sociedad, se digne aprobar solemnemente esta misma Sociedad y comunicar y conceder los derechos y privilegios, otorgados a las demás Ordenes Religiosas.

Que Dios lo haga.

Dado en Guastalla, a 29 de abril de 1868.

† PEDRO, *Obispo*
MAXIMILIANO FRANZINI,
Secretario

El Obispo de Albenga:

NOS RAPHAEL BIALE, Dei et S. Sedis Apostolicae gratia, ecclesiae albinganensis Episcopus, S. Mariae et S.

NOS RAFAEL BIALE, *por la gracia de Dios y de la Sede Apostólica, Obispo de la iglesia de Albenga, abad comen-*

Martini ad insulam gallinariam abbas commendatarius.

Moderna Societas S. Francisci Salesii pro adolescentulis pauperibus ac derelictis colligendis atque in pietate ac religione instruendis ab **[153]** *eximio sacerdote Joanne Bosco Augustae Taurinorum nonnullis abbinc annis erecta, quanti facienda sit dilucide ostendunt tum nobilis scopus quem eius Socii sibi proponunt, tum uberes fructus religionis ac moralitatis, qui ab ea dimanare iam nunc dignoscuntur; atque utinam in cunctis Italiae nostrae Dioecesibus utilissimum hoc christianae philantropiae Institutum erigi cerneretur! Nihil enim illo opportunius, nihil efficacius ad effrenem ac in dies errumpentem incredulitatis ac vitiorum colluviem, aliqua saltem ex parte compescendam. Interim dum Nos Deo Optimo Maximo preces fundimus ut in hac quoque Nostra Dioecesi piam hanc Societatem erigere ac constabilire concedat, vota Nostra Nostrasque supplicationes iungimus iis quas alii Venerabiles Antistites ea super emiserunt, humiliter enixeque implorantes ut S. Apostolica Sedes constitutiones ac regulas (quae a Nobis perlectae ac consideratae singulari prudentia ac consilio digestae visae sunt) definitiva approbatione munire non dedignetur: ex quo sane haud modicum incrementum ac firmitatem Pio Sodalitio allaturum fore confidiums.*

Dat. Albing., die 2 maji 1868

† RAPHAEL, *Episcopus*

datario de Santa María y San Martín en la isla galinaria.

Lo mucho que la moderna Sociedad de San Francisco de Sales, fundada hace unos años para recoger a los muchachos pobres y abandonados e instruirlos en la piedad y la religión **[153]** por el eximio sacerdote de Turín Juan Bosco puede hacer para congregar a muchachos pobres y abandonados e instruirlos en la piedad y la religión, claramente lo muestran tanto la noble finalidad que sus socios se proponen, como los abundantes frutos de religiosidad y moralidad, que ya hoy se aprecian; y ojalá que este utilísimo instituto de cristiana filantropía se estableciera en todas las diócesis de nuestra Italia. Nada más oportuno que él, nada más eficaz para reprimir, al menos en parte, el desenfreno y el creciente e impetuoso caos de incredulidad y de vicio. Mientras todos elevamos nuestras preces a Dios Todopoderoso para que conceda se instale y establezca esta piadosa Sociedad en nuestra diócesis, unimos nuestros votos y nuestras súplicas a las que otros venerables Obispos ya presentaron, pidiendo humilde y denodadamente que la Santa Sede Apostólica no rehúse conceder la definitiva aprobación de las Constituciones y Reglamentos (que hemos releído y considerado con singular prudencia y Nos parecieron llenas de sabiduría); con ello confiamos que sobrevendrá un notable incremento y fortaleza para la Pía Sociedad.

En Albenga, a 2 de mayo de 1868

† RAFAEL, *Obispo*

Don Bosco unía a estas cartas comendaticias, que debía presentar a la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, una copia auténtica de la patente de Director Espiritual de los Oratorios de San

Francisco de Sales, del Santo Angel Custodio y de San Luis de Turín, otorgada por monseñor Fransoni el 31 de marzo de 1852, firmada por Felipe Ravina, vicario general y por Balladore, canciller. Esta copia se la había entregado la Curia Arzobispal el 12 de mayo de 1868, debidamente legalizada por el teólogo Gaude, pro-canciller.

[154]

CAPITULO XIV

DON BOSCO ANUNCIA A LOS MUCHACHOS QUE DEBE MANIFESTAR ALGO MUY SERIO – PRIMERA CHARLA: DICE QUE HA TENIDO UN SUEÑO, QUE ESTABA DECIDIDO A NO CONTAR; LA APARICION DE UN MONSTRUO HORRIBLE Y UNA VOZ MISTERIOSA LE OBLIGAN A HABLAR; RUEGA A LOS MUCHACHOS QUE NO PROPAGUEN FUERA DEL ORATORIO LO QUE VA A CONTAR; SUEÑOS PRELIMINARES; SU MUERTE, EL JUICIO DE DIOS, EL PARAISO – TIENE UN NUEVO SUEÑO: UNA GRAN PARRA EN EL PATIO DEL ORATORIO; LOS RACIMOS SE TRANSFORMAN EN JOVENES; DISTINTOS ASPECTOS DE LA PARRA: CON HOJAS SOLAMENTE, CON RACIMOS PODRIDOS: SIN HOJAS, CON RACIMOS DE UVA EXCELENTE; SON LOS TRES ESTADOS DE ESPIRITU EN LOS QUE SE ENCUENTRAN LOS JOVENES DELANTE DE DIOS. LE PARECE OIR EL TAÑIDO DE UNA CAMPANA Y SE DESPIERTA UNOS INSTANTES – SEGUNDA CHARLA: SE VUELVE A DORMIR; VE LEVANTARSE EN EL PATIO OTRA PARRA COMO LA PRIMERA, DE HERMOSISIMO ASPECTO, CON ENORMES RACIMOS, UVAS GORDAS Y MADURAS, PERO DE SABER NAUSEABUNDO; TODA UVA LLEVA ESCRITO EL NOMBRE DE UN JOVEN Y SU PECADO; APARECE UN PERSONAJE QUE LLEVA UNOS PALOS Y ORDENA QUE GOLPEEN LOS SARMIENTOS Y RACIMOS; UN TEMPORAL DE MIEDO AZOTA LA PARRA: GRANIZADA EXTRAÑA – FUGA DE DON BOSCO Y SU DESPERTAR

EL 29 de abril anunciaba don Bosco a los muchachos:

—Mañana por la noche y el viernes y el domingo, tengo que deciros, pues si no lo hiciese, creo que moriría antes de tiempo. Tengo algo desagradable que comunicaros. Y deseo que estén presentes también los aprendices.

[155] En la noche del 30 de abril, jueves, después de las oraciones, los aprendices dejaron el pórtico, donde solían hablarles don Miguel Rúa o don Juan B. Francesia, y fueron a unirse a sus compañeros los estudiantes. Les dijo don Bosco:

—Mis queridos jóvenes: ayer noche os dije que tenía algo desagradable que contaros. He soñado y estaba decidido a no deciros nada, ya fuera porque dudaba si se trataba de un simple sueño, ya fuera porque siempre que conté alguno, hubo algo que objetar o que observar por parte de alguien. Pero, otro sueño me obliga a hablaros del primero, sobre todo porque, desde hace unos días, he vuelto a ser molestado de nuevo con ciertos fantasmas, especialmente hace tres noches. Sabéis que marché a Lanzo en busca de un poco de tranquilidad. Pues bien, la última noche que pasé en aquel Colegio, me acosté y, cuando comenzaba a dormirme, vino a mi fantasía cuanto voy a deciros:

Me pareció ver entrar en mi habitación un gran monstruo que, adelantándose, fue a colocarse a los pies de la cama. Tenía una forma asquerosísima de sapo y era grueso como un buey.

Yo lo miraba fijamente, conteniendo la respiración. El monstruo poco a poco iba aumentando de volumen; le crecían las patas, le crecía el cuerpo, le crecía la cabeza y cuanto más aumentaba su grosor más horrible resultaba. Era de color verde con una línea roja alrededor de la boca y del pescuezo que le hacían aún más terriblemente espantoso. Sus ojos eran de fuego y sus orejas huesudas muy pequeñas. Yo decía entre mí mientras lo observaba: —¡Pero si el sapo no tiene orejas!

Encima de su nariz salían dos cuernos y por sus costados apuntaban dos grandes alas verduscas. Sus patas se parecían a las del león y por detrás tenía una larga cola que terminaba en dos puntas.

En aquel momento me pareció no tener miedo, pero aquel monstruo comenzó a acercarse cada vez más a mí, alargando su amplia boca guarnecida de fuertes dientes. Yo entonces me sentí invadido de indecible terror. Lo creí un demonio del infierno, pues tenía todas las trazas de tal. Hice entonces la señal de la cruz, pero de nada sirvió; toqué la campanilla, mas a aquella hora nadie acudió, nadie la oyó; comencé a gritar, pero todo fue en vano; el monstruo permanecía impasible.

—¿Qué quieres de mí, dije entonces, infernal demonio?

Pero él se acercaba cada vez más enderezando y alargando las orejas. Después puso las patas delanteras sobre el borde **[156]** de mi lecho y, aferrándose con las patas traseras a los barrotes, permaneció inmóvil un momento con su mirada fija en mí. Después, alargando el cuerpo hacia adelante, puso su hocico cerca de mi cara. Yo sentí tal escalofrío, que de un salto me senté en la cama dispuesto a arrojarme al suelo; pero el monstruo abrió toda la boca. Hubiera querido defenderme, apartarlo de mí, pero era tan asqueroso que ni en aquellas circunstancias me atreví a tocarlo. Comencé a gritar, eché la mano hacia atrás buscando la pileta del agua bendita, pero sólo tocaba la pared sin encontrarla y el monstruo me mordió por la cabeza de tal forma que durante unos instantes la mitad de mi cuerpo permaneció dentro de aquellas horribles fauces.

Entonces grité:

—En el nombre de Dios: ¿por qué me haces esto?

El sapo, al oír mi voz, se retiró un poco, dejando libre mi cabeza.

Hice de nuevo la señal de la santa cruz y, habiendo logrado meter los dedos en la benditera, eché un poco de agua bendita al monstruo. Entonces, aquel demonio lan-

zó un grito terrible, saltó hacia atrás y desapareció; pero, mientras lo hacía, pude oír una voz que desde lo alto pronunció claramente estas palabras:

—¿Por qué no hablas?

El Director de Lanzo, don Juan Bautista Lemoyne, se despertó aquella noche con mis ayes prolongados y oyó cómo golpeaba la pared con las manos. Por la mañana me preguntó:

—Don Bosco, ¿ha soñado esta noche?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Porque he oído sus gritos.

De esta manera entendí que era voluntad de Dios que os contara lo que había visto, por lo que he determinado narraros todo el sueño; de lo contrario traicionaría a mi conciencia; de esta forma creo también que me veré libre de la presencia de estos fantasmas.

Demos gracias al Señor por su misericordia y procuremos poner en práctica los avisos que se nos den y servirnos de los medios que nos sean sugeridos para ayudarnos a conseguir la salvación de nuestras almas. En esta ocasión pude conocer el estado de la conciencia de cada uno de vosotros.

Pero deseo que cuanto os voy a decir quede entre nosotros. Os ruego que no escribáis ni habléis de ello fuera de casa pues no son cosas que se han de tomar a broma, como algunos podrían hacer, y para que no puedan originarse inconvenientes que sirvieran de disgusto a don Bosco. A vosotros os las cuento con toda confianza porque sois mis queridos hijos y por eso las debéis escuchar como dichas por un padre.

He aquí los sueños que yo quería pasar por alto y que me veo obligado a contaros.

Desde los primeros días de la semana santa (5 de abril) comencé a tener unos sueños que ocuparon mi imaginación y me molestaron durante varias noches. Estos sueños me producían además un gran cansancio, de forma que a la mañana siguiente de haber soñado me sentía tan falto de fuerzas como si hubiera pasado trabajando las horas del descanso, sintiéndome al mismo tiempo turbado e inquieto.

La primera noche soñé que había muerto. La segunda que estaba en el juicio de Dios, **[157]** dispuesto a dar cuenta de mis obras al Señor; pero en el momento me desperté y comprobé que estaba aún vivo en la cama y que, por tanto, disponía todavía de tiempo para prepararme mejor a una santa muerte. La tercera noche soñé que me encontraba en el paraíso, donde me pareció estar muy bien y gozando mucho. Al despertarme por la mañana desapareció tan agradable ilusión; pero me sentía resuelto a ganarme, a costa de cualquier sacrificio, el reino eterno que había vislumbrado.

Hasta aquí se trataba de cosas que no tienen importancia para vosotros y carecen de todo significado. Se va uno a descansar preocupado por una idea, y es natural que, durante el sueño, se reproduzcan escenas relacionadas con las cosas en las cuales se ha estado pensando.

Era la noche del jueves santo (9 de abril). Apenas comenzó a invadirme un leve sopor, cuando me pareció encontrarme bajo estos mismos pórticos, rodeado de nuestros sacerdotes, clérigos, asistentes y alumnos. Parecióme después, mientras vosotros desaparecíais, que yo avanzaba un poco hacia el patio.

Estaban conmigo don Miguel Rúa, don Juan Cagliero, don Juan Bautista Francesia, don Angel Savio y el jovencito Preti; y un poco apartados José Buzzetti y don Esteban Rumi, del Seminario de Génova y gran amigo nuestro.

De pronto vi que el Oratorio actual cambió de aspecto, asemejándose a nuestra casa tal como era en los primeros tiempos, cuando estaban en ella casi solamente los citados.

Tened presente que el patio confinaba con amplios campos sin cultivar, completamente deshabitados, que se extendían hasta los prados de la ciudadela, donde los primeros muchachos retozaban alegremente.

Yo estaba bajo las ventanas de mi habitación en el mismo lugar ocupado hoy por el taller de carpintería y que antaño fue un huerto.

Mientras estábamos sentados hablando de nuestras cosas y de la conducta de los jóvenes, he aquí que delante de esta pilastra *(donde estaba apoyada la tribuna desde la que él hablaba)* que sostiene la bomba, y junto a la cual estaba la puerta de la casa Pinardi, vimos brotar de la tierra una hermosísima vid, la misma que durante mucho tiempo estuvo en este mismo lugar. Estábamos maravillados de la aparición de la vid después de tantos años y nos preguntábamos recíprocamente qué clase de fenómeno sería aquél.

La planta crecía a ojos vistas y se elevó sobre el suelo casi a la altura de un hombre. Cuando he aquí que comienzan a brotar sarmientos en número extraordinario, por una y otra parte y a cubrirse de pámpanos. En poco tiempo creció tanto que llegó a ocupar todo nuestro patio y mucho más. Lo más admirable era que sus sarmientos no apuntaban hacia arriba, sino que seguían una dirección paralela a la del suelo formando un inmenso emparrado, que se sostenía sin ningún apoyo visible. Sus hojas, acabadas de salir, eran verdes y hermosas; y sus largos sarmientos, de un vigor y lozanía sorprendentes; pronto aparecieron también hermosos racimos, engordaron los granos y la uva adquirió su color.

Don Bosco y los que estaban con él contemplaban maravillados aquello y decían:

—¿Cómo ha podido crecer esta vid tan deprisa? ¿Qué será?

[158] Y dijo don Bosco a los demás:

—Esperemos a ver qué pasa.

Yo seguía mirando con los ojos abiertos y sin pestañear, cuando de pronto todos los granos de uva cayeron al suelo y se convirtieron en otros tantos muchachos vivarachos y alegres, que llenaron en un momento todo el patio del Oratorio y todo el espacio sombreado por la vid: saltaban, jugaban, gritaban, corrían bajo aquel singular emparrado y daba gusto verlos. Allí se hallaban todos los muchachos que estuvieron, están y estarán en el Oratorio y en los demás colegios, pues a muchísimos no los conocía.

Entonces, un personaje, que al principio no conocí quién fuese, y vosotros sabéis que don Bosco tiene siempre en sus sueños un guía, apareció a mi lado contemplando él también a los muchachos. Pero de pronto un velo misterioso se extendió ante nosotros y cubrió el agradable espectáculo.

Aquel largo velo, no mucho más alto que la viña, parecía pegado a los sarmientos de la vid en toda su longitud y bajaba hasta el suelo a guisa de telón. Sólo se veía la parte superior de la viña, que parecía un amplio tapete verde.

Toda la alegría de los jóvenes había desaparecido en un momento para trocarse en melancólico silencio.

—¡Mira! me dijo el guía señalándome la vid.

Me acerqué y vi que aquella hermosa vid, que parecía cargada de uva, no tenía más que hojas, sobre las cuales aparecían escritas las palabras del Evangelio: *Nihil invenit in ea!* (No halló nada en ella).

Yo no sabía explicarme el significado de aquello y dije al personaje:

—¿Quién eres tú? ¿Qué significa esta vid?

Quitó el velo que había delante de la vid y apareció solamente cierto número de los muchísimos jóvenes que había visto antes, en gran parte desconocidos por mí.

—Estos son, añadió, los que teniendo mucha facilidad para hacer el bien no se proponen como fin agradar al Señor. Son los que hacen el bien sólo para no desmerecer delante de sus compañeros. Los que observan con exactitud el reglamento de la casa, para librarse de las reprimendas y para no perder la estima de los superiores, con los cuales se muestran deferentes, pero sin sacar fruto alguno de sus exhortaciones y de los estímulos y cuidados de que son objeto en esta casa. Su ideal es procurarse una posición honrosa y lucrativa en el mundo. No se preocupan de estudiar la propia vocación, desoyen la voz del Señor si les llama y al mismo tiempo disimulan sus intenciones temiendo algún daño. Son, en suma, los que hacen las cosas como a la fuerza, por eso sus obras de nada les sirven para la eternidad.

Eso dijo. ¡Oh, cuánto me disgustó ver entre ellos a algunos que yo creía muy buenos, encariñados y sinceros!

Y el amigo añadió:

—El mal no está todo aquí.

Y dejó caer el velo dejando al descubierto la parte superior de toda la vid.

[159] —Mira ahora de nuevo, me dijo.

Miré aquellos sarmientos; entre las hojas veíanse muchos racimos que, a primera vista, me pareció presagiaban una rica vendimia. Yo me alegraba, pero al acercarme vi que los racimos eran raquíticos y podridos; unos estaban enmohecidos, otros cubiertos de gusanos y de insectos que los devoraban; éstos, picoteados por los pájaros y las avispas; aquéllos podridos y secos. Fijándome mucho me convencí de que nada bueno se podía sacar de aquellos racimos, que no hacían más que apestar el aire con el hedor que de ellos emanaba.

Entonces el personaje levantó de nuevo el velo y exclamó:

—¡Mira!

—Y debajo apareció, ya no el número incontable de jóvenes que había visto al principio del sueño, sino muchísimos de ellos. Sus rostros, antes tan hermosos, se habían tornado feos, sombríos, cubiertos de asquerosas llagas. Paseaban encorvados, encogidos y melancólicos. Ninguno hablaba. Había entre ellos algunos de los que estuvieron en esta casa y en los colegios, otros que actualmente están aquí presentes y muchísimos a los cuales yo no conocía. Todos estaban avergonzados y no osaban levantar la mirada.

Yo mismo, los sacerdotes y algunos de los que me rodeaban, estábamos espantados y sin poder pronunciar palabra. Por fin pregunté a mi guía:

—¿Cómo es esto? ¿Por qué estos jóvenes estaban al principio tan contentos y tenían un aspecto tan agradable, y ahora están tristes y feos?

El guía contestó:

—¡Estas son las consecuencias del pecado!

Los muchachos pasaban entretanto delante de mí y el guía me dijo:

—¡Obsérvalos detenidamente!

Miré atentamente y vi que todos llevaban escrito en la frente y en la mano su pecado. Reconocí a algunos de ellos que me llenaron de estupor. Siempre había creído que eran verdaderas flores de virtud y, en cambio, al presente veía que tenían el alma manchada con culpas gravísimas.

Mientras los jóvenes desfilaban, yo leía en su frente: *Inmodestia, escándalo, ma-*

licia, soberbia, ocio, gula, envidia, ira, espíritu de venganza, blasfemia, irreligión, desobediencia, sacrilegio, hurto.

El guía me hizo observar:

—No todos están ahora como los ves, pero llegarán a estarlo si no cambian de conducta. Muchos de estos pecados no son graves de por sí, pero son causa y principio de caídas terribles y de eterna perdición. *Qui spernit modica, paulatim decidet.* (Quien desprecia lo pequeño, poco a poco sucumbe). La gula engendra la impureza; el desprecio a los superiores conduce al menosprecio de los sacerdotes y de la Iglesia; y así sucesivamente.

Desconsolado a la vista de aquel espectáculo tomé la libreta, saqué el lápiz para anotar los nombres de los jóvenes que me eran conocidos y sus pecados o al menos la pasión dominante de cada uno, para avisarles e inducirles a que se corrigiesen. Pero el guía me tomó por el brazo y me preguntó:

—¿Qué haces?

[160] —Voy a anotar lo que veo escrito en su frente, para poderles avisar y que se corrijan.

—Eso no te está permitido, respondió el amigo.

—¿Por qué?

—No faltan los medios para verse libres de estas enfermedades. Tienen el reglamento: que lo observen; tienen a los superiores: que les obedezcan; tienen los Sacramentos: que los frecuenten. Tienen la confesión: que no la profanen callando pecados. Tienen la Sagrada Comunión: que no la reciban con el alma manchada por el pecado mortal. Que vigilen sus miradas, que huyan de los malos compañeros, que se abstengan de las malas lecturas y de las conversaciones inconvenientes, etc. Están en esta casa y el reglamento los puede salvar. Cuando oigan la campana, que obedezcan prontamente. Que no se valgan de subterfugios para engañar a los maestros y entregarse al ocio. Que no sacudan el yugo de los superiores, considerándolos como vigilantes importunos, como consejeros interesados, como enemigos, y que no canten victoria cuando consiguen encubrir sus faltas consiguiendo la impunidad de las mismas. Que sean respetuosos y que recen de buena gana en la iglesia y en los demás lugares destinados a la oración sin distraer a los demás ni charlar. Que estudien en el estudio; que trabajen en el taller y que observen una compostura decente. Estudio, trabajo y oración; he aquí lo que les conservará buenos, etc.

A pesar de la negativa, continué rogando insistentemente a mi guía que me dejase escribir los nombres. Entonces él me arrebató resueltamente el cuaderno de las manos y lo arrojó al suelo diciendo:

—Te digo que no hace falta que los escribas. Tus jóvenes, pueden saber lo que deben hacer y evitar con la gracia de Dios y la voz de la conciencia.

—Entonces, dije, ¿no puedo manifestarles nada de todo esto? Dime al menos lo que les debo decir; qué avisos he de darles.

Podrás decirles lo que recuerdes y desees.

Y dejó caer el velo. Nuevamente apareció ante nuestros ojos la vid, cuyos sarmientos, casi desprovistos de hojas, ofrecían una hermosa uva rubicunda y madura. Me acerqué, observé atentamente los racimos y vi que en realidad eran como me habían parecido a distancia. Daba gusto contemplarlos, causaban verdadero placer a la vista. Esparcían alrededor una fragancia exquisita.

El amigo levantó inmediatamente el velo. Bajo el extenso emparrado había muchos de los jóvenes que estuvieron, están y estarán con nosotros. Sus rostros eran muy bellos y estaban radiantes de felicidad.

—Estos, me dijo el guía, son y serán aquellos que, mediante tus solícitos cuidados, producen y producirán buenos frutos, los que practican la virtud y te proporcionarán muchos consuelos.

Yo me alegré, pero al mismo tiempo me sentí un poco afligido, porque dichos jóvenes no eran tantos como yo esperaba.

Mientras los contemplaba sonó la campana para el almuerzo y los muchachos se marcharon. También los clérigos se fueron a su lugar. Miré **[161]** a mi alrededor y no vi a nadie. Hasta la vid con sus sarmientos y con sus racimos había desaparecido. Busqué al guía y no lo encontré. Entonces me desperté y pude descansar algo.

El viernes, 1.º de mayo, continuó don Bosco el relato:

—Como os dije ayer, me desperté pareciéndome haber oído el sonido de la campana, pero volví a amodorrarme; descansaba tranquilamente, cuando me sentí sacudido por segunda vez y me pareció encontrarme en mi habitación, en actitud de despachar mi correspondencia. Salí al balcón y durante un rato estuve contemplando la gigantesca cúpula de la nueva iglesia y seguidamente bajé a los pórticos. Poco a poco regresaban de sus ocupaciones los sacerdotes y los clérigos que me rodearon. Entre ellos estaban presentes don Miguel Rúa, don Juan Cagliero, don Juan B. Francesia y don Angel Savio. Hablaba con ellos de cosas diversas, cuando la escena cambió por completo. Desapareció la iglesia de María Auxiliadora, desaparecieron todos los edificios actuales del Oratorio y nos encontramos ante la antigua casa Pinardi. Y he aquí que de nuevo comienza a brotar del suelo y en el mismo lugar que la anterior, una vid que parecía salir de las raíces de la otra, y a elevarse a igual altura, a producir numerosos sarmientos horizontales, que se extendieron por un amplio espacio y después se cubrieron de hojas, de racimos y finalmente de uva madura. Pero no apareció la turba de jóvenes. Los racimos eran tran grandes como los de la tierra prometida. Habría sido necesaria la fuerza de un hombre para levantar uno solo. Los granos eran extraordinariamente gruesos, de forma oblonga y de un color amarillo oro; parecían muy maduros. Uno solo de ellos hubiera sido suficiente para llenar la boca. Su aspecto era tan agradable que la boca se hacía agua y parecía que estaban diciendo:

—¡Cómeme!

También don Juan Cagliero con don Bosco y sus compañeros contemplaba maravillado aquel espectáculo. Don Bosco esclamó:

—¡Qué uva tan estupenda!

Y don Juan Cagliero, sin más cumplidos, se acercó a la vid, arrancó unos granos, se echó uno a la boca y comenzó a masticarlo; pero sintió náuseas y lo arrojó con tal fuerza, que parecía vomitar. La uva tenía un sabor desagradable, como el de un huevo podrido.

—¡Caramba! exclamó don Juan Cagliero después de escupir varias veces; esto es veneno, es capaz de causar la muerte a un cristiano.

Todos miraban y ninguno hablaba, cuando salió por la puerta de la sacristía de la antigua capilla un hombre de aspecto serio y resuelto, que se acercó a nosotros y se paró junto a don Bosco. Don Bosco le preguntó:

—¿Cómo se entiende que una uva tan hermosa tenga un gusto tan malo?

Aquel hombre no contestó, sino que, sin decir palabra, fue a cortar un haz **[162]** de varas, eligió una nudosa, se presentó a don Angel Savio y se la ofreció diciendo:

—¡Toma y golpea esos sarmientos!

Don Angel se negó a hacerlo y dio un paso hacia atrás.

Entonces aquel hombre se volvió a don Juan B. Francesia, le ofreció la vara y le dijo:

—¡Toma y golpea!

Y, lo mismo que a don Angel Savio, le indicó el lugar donde tenía que hacerlo. Francesia se encogió de hombros, adelantó la barbilla y movió un poco la cabeza, diciendo que no.

Aquel hombre se dirigió entonces a don Juan Cagliero y, tomándolo de un brazo, le presentó el bastón y le dijo:

—¡Toma y golpea; apalea y abate!

Y al mismo tiempo le indicaba el lugar donde debía hacerlo. Cagliero, amilanado, dio un salto atrás y batiendo el dorso de una mano sobre la otra exclamó:

—¡Lo que faltaba!

El guía le reiteró la misma invitación, repitiendo:

—¡Toma y golpea!

Pero Cagliero, como puesto en el disparador, comenzó a decir:

—Yo no; yo, no.

Y lleno de miedo corrió a esconderse tras de mí.

Al ver esto aquel personaje, sin inmutarse, se presentó de la misma manera a don Miguel Rúa y le dijo:

—Toma y golpea.

Pero Rúa, al igual que Cagliero, vino a ocultarse tras de mí.

Entonces me encontré frente a aquel hombre singular que, deteniéndose ante mí, me dijo:

—Toma y golpea tú esos sarmientos.

Yo hice un gran esfuerzo para comprobar si estaba soñando o en mi pleno conocimiento y, pareciéndome que todo cuanto sucedía era real, dije a aquel personaje:

—¿Quién eres tú que me hablas de esta manera? Dime: ¿por qué he de golpear esos sarmientos, por qué he de echarlos abajo? ¿Es esto un sueño, una ilusión? ¿Qué significa esto? ¿En nombre de quién me hablas? ¿Acaso lo haces en nombre del Señor?

—Acércate a la vid, me respondió, y lee lo que hay escrito sobre las hojas.

Me acerqué. Observé con atención las hojas y leí estas palabras: *Ut quid terram occupat?* (¿Para qué ocupa la tierra?)

—¡Son palabras del Evangelio!, exclamó mi guía.

Lo había comprendido todo, pero me atreví a objetar:

—Antes de golpear, recuerda que en el Evangelio también se lee cómo el Señor, a los ruegos del labrador, permitió que abonase la planta inútil y cavase a su alrededor, reservándose el arrancarla hasta haber empleado todos los medios para hacerla fructificar.

—Bien; se podrá conceder una tregua al castigo, mas entretanto mira, y después verás.

Y me señaló la vid. Yo miraba, pero no entendía nada.

—Ven y observa, replicóme; lee: ¿qué hay escrito en los granos de uva?

Don Bosco se acercó y vio que todos los granos tenían escrito el nombre de uno de los alumnos y el de su culpa.

Yo leí, y entre tan múltiples imputaciones recuerdo con horror las siguientes: *Soberbio – Infiel a sus promesas – Incontinente – Hipócrita – Descuidado en todos sus deberes – Calumniador – Vengativo – Despiadado,* **[163]** *Sacrílego – Despreciador de la autoridad de los superiores – Piedra de escándalo – Seguidor de falsas*

doctrinas. Vi el nombre de aquellos *quorum Deus venter est* (cuyo Dios es el vientre); de otros a los cuales *scientia inflat* (la ciencia hincha); de los que *quaerunt quae sua sunt, non quae Jesu Christi* (buscan lo suyo, no lo de Jesucristo); de los que critican al reglamento y a los superiores. Vi también los nombres de ciertos desgraciados que estuvieron o que están actualmente con nosotros; y un gran número de nombres nuevos para mí, o sea, los que, con el tiempo, estarán con nosotros.

—He aquí los frutos que produce esta viña, dijo el personaje con continente serio; son frutos amargos, malos, nocivos para la eterna salvación.

Sin más saqué el cuaderno, tomé el lápiz y quise escribir los nombres de algunos, pero el guía me tomó del brazo como la vez anterior y me dijo:

—¿Qué haces?

—Déjame tomar nota de los que conozco, a fin de poderles avisar en privado para que se corrijan.

Fue inútil mi ruego. El guía no me lo consintió, y yo añadí:

—Pero si yo les digo la situación y estado en que se encuentran, reaccionarán.

Y él me replicó:

—Si no creen al Evangelio, tampoco te creerán a ti.

Continué insistiendo porque quería tomar nota y disponer de algunas normas para el porvenir; pero aquel hombre no añadió palabra, y se puso ante don Miguel Rúa con el haz de bastones y le invitó a que tomara uno:

—¡Toma y golpea!

Rúa, cruzando los brazos, bajó la cabeza y exclamó:

—¡Paciencia!

Y después dirigió una mirada a don Bosco. Éste hizo una señal de asentimiento y don Miguel Rúa, tomando una vara en sus manos, se acercó a la vid y comenzó a golpear en el lugar indicado. Pero, apenas había dado los primeros golpes, cuando el guía le hizo señas de que se detuviese, y gritó a todos:

—¡Retiraos!

Entonces nos alejamos todos. Observábamos y veíamos que los granos de uva se hinchaban, se hacían cada vez más gruesos y se tornaban repugnantes. Parecían caracoles sin concha, siempre de color amarillo y sin perder la forma de la uva.

El guía gritó nuevamente:

—¡Mirad! ¡Dejad que el Señor descargue su venganza!

Y he aquí que el cielo comenzó a nublarse y se formó una niebla tan densa que no se veía a poca distancia y dejó cubierta la vid por completo. Todo se hacía oscuro, brillaron relámpagos, retumbaron los truenos y empezaron a caer tantos rayos por todo el patio, que infundían terror. Se doblaban los sarmientos al impulso de un viento huracanado y volaban las hojas por los aires. Finalmente comenzó a azotar la vid una horrible tempestad. Yo quise huir pero el guía me detuvo diciendo:

—¡Mira el granizo!

Miré y vi que los granos, del grosor de un huevo, unos eran negros y otros rojos; por un lado eran puntiagudos y por el otro achatados en forma de maza. El granizo negro caía con violencia cerca de donde yo estaba y más atrás caía el granizo rojo.

—¿Cómo es esto?, decía yo; en mi vida he visto un granizo parecido a éste.

[164] —Acércate, me dijo el desconocido y verás.

Me acerqué un poco al granizo negro, pero despedía un hedor tan nauseabundo, que poco faltó para que no me cayera de espaldas. El guía insistía cada vez más para que me acercara. Entonces agarré un grano de los negros para examinarlo, pero tuve que arrojarlo enseguida al suelo porque repugnaba mucho aquel olor pestilente.

Y dije:

—¡No me es posible ver nada!

Y dijo el otro:

—Mira bien y verás.

Y yo, haciéndome mayor violencia, vi escrito sobre cada uno de aquellos pedazos negros de hielo: *Inmodestia.* Me dirigí entonces al granizo rojo, que a pesar de su frialdad quemaba cuanto tocaba. Tomé en mis manos un grano que hedía como el otro y pude leer un poco más fácilmente lo que sobre él estaba escrito: *Soberbia.* A la vista de esto exclamé lleno de vergüenza:

—¿Son, pues, éstos los dos vicios principales que amenazan a esta casa?

—Estos son los dos vicios capitales que arruinan mayor número de almas, no sólo en tu casa, sino en todo el mundo. A su tiempo verás cuántos caerán en el infierno impulsados por estos dos vicios.

—¿Qué he de decir, pues, a mis hijos para que los aborrezcan?

—Lo que has de decirles lo sabrás en breve.

Y al decir esto se alejó de mí.

Entretanto, el granizo continuaba asolando furiosamente la vid al resplandor de los relámpagos y de los rayos. Los racimos quedaban machacados como si hubieran estado en el lagar bajo los pies de los pisadores, y soltaban todo su jugo. Un hedor terrible se esparció por el aire haciéndolo irrespirable. De cada grano salía un olor diferente, pero uno era más soportable que el otro, según la diversidad y el número de los pecados. Como no podía resistir más, me puse el pañuelo en la nariz. Seguidamente me volví atrás para dirigirme a mi habitación, pero no vi a ninguno de mis compañeros, ni a Francesia, ni a Rúa, ni a Cagliero. Habían huido dejándome solo. Todo estaba desierto y silencioso. Me entró entonces tal espanto, que me di a la fuga y me desperté.

Como veis, este sueño es en extremo desagradable, pero lo que sucedió la tarde y la noche posteriores a la aparición del sapo, lo diremos pasado mañana domingo, 3 de mayo, y aún será más desagradable. Ahora no podéis conocer las consecuencias, pero como no hay tiempo para hablar de ellas, para no quitaros más tiempo de descanso, os dejo que vayáis a dormir, reservándome el comunicároslas en otra ocasión.

Hay que tener presente que las graves faltas reveladas a don Bosco no todas se referían a aquellos tiempos, sino que se relacionaban **[165]** escalonadamente con una serie de años futuros. En efecto, el siervo de Dios vio, no solamente a los alumnos que habían estado y que estaban en la actualidad en el Oratorio, sino también a una infinidad de ellos, cuya fisonomía le era completamente desconocida y que pertenecerían a sus Institutos diseminados por todo el mundo. La parábola de la viña estéril que se lee en el libro de Isaías, abarca muchos siglos de historia.

Además no conviene y no sería justo echar en olvido lo que dijo el guía a Don Bosco: *No todos estos jóvenes están ahora en el estado en que los ves, pero un día lo estarán si no cambian de conducta.* Por la senda del mal se llega al precipicio.

Notemos, además cómo, ante la vid, apareció un personaje del que el Siervo de Dios aseguró que le era desconocido, pero que después se convirtió en su guía e intérprete. En el relato de este sueño, como en el de otros muchos, don Bosco solía darle a veces el nombre de *desconocido* para ocultar, tal vez, la parte más grandiosa de cuanto había contemplado y diremos también, lo que indicaba claramente la intervención sobrenatural en estos sueños.

Como le preguntásemos en distintas ocasiones, valiéndonos de la confianza íntima con que nos distinguía, sobre la naturaleza de este *desconocido*, aunque sus respuestas no fuesen explícitas, pudimos deducir por ciertos indicios que el guía no era siempre el mismo, y que, a lo mejor, unas veces era un Angel del Señor, otras un alumno difunto, bien San Francisco de Sales, bien San José u otros santos...

En algunas ocasiones dijo de una manera concreta que había sido acompañado por Luis Comollo, por Domingo Savio o por Luis Colle. Alguna vez, además, la escena se alargaba en derredor de estos personajes con apariciones simultáneas que le hacían cortejo o compañía.

[166]

CAPITULO XV

TERCERA CHARLA DE DON BOSCO: OTRO SUEÑO; EL CAMINO DE LA PERDICION; LOS LAZOS DEL DEMONIO; LA BAJADA AL INFIERNO; LOS JOVENES QUE ALLI SE PRECIPITAN; LA ENTRADA EN LA CARCEL ETERNA; UNA INMENSA CAVERNA DE FUEGO Y CASTIGO DE LOS SENTIDOS; DESVARIOS DEL ALMA, FURORES, ODIOS, GRITOS DESESPERADOS; LOS GUSANOS DEL REMORDIMIENTO; LA SALA DE LOS JUICIOS DE DIOS; LAS AMENAZAS DE LA JUSTICIA ABREN EL CAMINO DEL ARREPENTIMIENTO Y DE LA MISERICORDIA; DON BOSCO ES LLEVADO AL ULTIMO RECINTO JUNTO A LA PUERTA; EL GUIA LE OBLIGA A TOCAR AQUEL MURO Y EL SE DESPIERTA POR LA HORRIBLE QUEMADURA SENTIDA - DON BOSCO PROMETE A LOS JOVENES QUE EXPLICARA Y DARA INSTRUCCIONES SOBRE LOS TEMAS MORALES DEL SUEÑO - ALGUNAS NOTAS

EN la noche del domingo 3 de mayo, festividad del Patrocinio de San José, don Bosco prosiguió el relato de cuanto había visto en los sueños:

—Debo contaros otra cosa, comenzó diciendo, que puede considerarse como consecuencia de cuanto os referí en las noches del jueves y del viernes, que me dejó tan quebrantado que apenas si me podía tener en pie. Vosotros lo podéis llamar sueño o como queráis; en suma, le podéis dar el nombre que os parezca.

Os hablé de un sapo espantoso que en la noche del 17 de abril amenazaba tragarme y cómo al desaparecer, una voz me dijo:

—¿Por qué no hablas?

Yo me volví hacia el lugar de donde había partido la voz y vi junto a mi lecho un personaje distinguido.

Como hubiese entendido el motivo de aquel reproche, le pregunté:

[167] —¿Qué debo decir a nuestros jóvenes?

—Lo que has visto y cuanto se te ha indicado en los últimos sueños y lo que deseabas conocer, y que te será revelado la noche próxima.

Y se retiró.

Yo, pues, al día siguiente pensaba continuamente en la mala noche que tendría que pasar y, al llegar la hora, no me determinaba a irme a acostar. Y así estuve en mi mesa de trabajo hojeando libros hasta medianoche. Me llenaba de terror la idea de tener que contemplar todavía nuevos espectáculos espantosos. Al fin, haciéndome violencia, me acosté. Y continuó así la narración:

Para no dormirme tan pronto, y por temor a que la imaginación me enfrascara en los sueños acostumbrados, dispuse la almohada de tal forma que estaba en el lecho casi sentado. Pero pronto, como estaba cansado, me dormí sin darme cuenta.

Y he aquí que de improviso vi en la habitación, junto a la cama, al hombre de la noche anterior (llamado por él varias veces el hombre del *bonete,* o del gorro), el cual me dijo:

—¡Levántate y ven conmigo!

Yo le contesté:

—Te lo pido por caridad. Déjame tranquilo, estoy cansado. ¡Mira! Hace varios días que sufro de dolor de muelas. Déjame descansar. He tenido unos sueños espantosos y estoy verdaderamente agotado.

Y decía esto porque la aparición de este hombre es siempre indicio de grandes agitaciones, de cansancio y de terror.

El me respondió:

—¡Levántate, que no hay tiempo que perder!

Entonces me levanté y le seguí. Mientras caminábamos le pregunté:

—¿Adónde quieres llevarme ahora?

—Ven y verás.

Y me condujo a un lugar donde se extendía una amplia llanura.

Dirigí la mirada a mi alrededor, pero aquella región era tan grande que no se distinguían los confines de la misma. Era un verdadero desierto. No se veía alma viviente. Ni una planta, ni un riachuelo; la yerba seca y amarillenta ofrecía un aspecto de tristeza. No sabía dónde me encontraba, ni qué iba a hacer. Durante unos instantes no vi a mi guía. Temí haberme perdido. No estaban conmigo ni don Miguel Rúa, ni don Juan B. Francesia, ni ningún otro. Cuando he aquí que divisé al amigo que salía a mi encuentro. Respiré y le dije:

—¿Dónde estoy?

[168] —Ven conmigo y lo verás.

—Bien; iré contigo.

Iba él delante y yo le seguía sin chistar. Después de un largo y triste viaje, pensando don Bosco que tenía que atravesar tan dilatada llanura se decía para sí:

—¡Ay mis pobres muelas! ¡Pobre de mí, con las piernas tan hinchadas...!

Pero de pronto se abrió ante mí un camino.

Entonces interrumpí el silencio y pregunté al guía:

—¿Adónde, debemos ir ahora?

—Por aquí, respondió.

Y tomamos aquel camino. Era hermoso, ancho, espacioso y bien pavimentado *(Via peccantium complanata lapidibus, et in fine illorum inferi, et tenebrae, et poenae,* Eclesiástico XXI, 10*)* (El camino de los pecadores está bien enlosado, pero a su término está la fosa del seol). A un lado y otro de las orillas del foso flanqueaban dos magníficos setos verdes, cubiertos de lindas flores. En especial despuntaban las ro-

sas, entre las hojas, por todas partes, Aquel camino, a primera vista, parecía llano y cómodo y yo me eché a andar por él sin sospechar nada. Pero después de caminar un trecho, me di cuenta de que insensiblemente se iba haciendo cuesta abajo y, aunque la marcha no parecía precipitada, yo corría con tanta facilidad que me parecía ser llevado por el aire. Incluso noté que avanzaba, casi sin mover los pies. Nuestra carrera era, pues, veloz. Pensando entonces que la vuelta atrás por un camino tan largo hubiera sido fatigosa y cansada, dije al amigo:

—Cómo haremos para regresar al Oratorio?

—No te preocupes, me respondió, el Señor es omnipotente y quiere que camines. El que te conduce y te enseña a proseguir adelante, sabrá también llevarte hacia atrás.

El camino descendía cada vez más. Proseguíamos la marcha entre flores y rosas, cuando vi que por el mismo sendero me seguían todos los jóvenes del Oratorio, con numerosísimos compañeros a los que yo jamás había visto. Pronto me encontré en medio de ellos. Mientras los observaba vi de repente que, ora uno ora otro, caían al suelo y eran arrastrados por una fuerza invisible hacia una horrible pendiente, que se veía aún en lontananza, y que luego los metía de cabeza en un horno.

—¿Qué es lo que hace caer a estos muchachos?, pregunté al guía. *(Funes extenderunt in laqueum; juxta iter scandalum posuerunt,* Salm. 139. Cuerdas han tendido como red; trampas junto al sendero me han situado).

—Acércate un poco más, me respondió.

Me acerqué y pude comprobar que los jóvenes pasaban entre muchos lazos, algunos de los cuales estaban a ras del suelo y otros a la altura de la cabeza: estos lazos no se veían. Por tanto, muchos de los jóvenes, al andar, quedaban presos por ellos, sin darse cuenta del peligro; en el momento de caer daban un salto y después rodaban por el suelo con las piernas en alto y, cuando se levantaban, corrían precipitadamente hacia el abismo. Unos quedaban presos por la cabeza, otros por el cuello, quién por las manos, quién por un brazo, éste por una pierna, aquél por la cintura, e inmediatamente eran lanzados abajo.

[169] Los lazos colocados en el suelo parecían de estopa, apenas visibles, semejantes a los hilos de una tela de araña y, al parecer, inofensivos. Y con todo, pude observar que los jóvenes presos en ellos, caían a tierra.

Yo estaba atónito, y me dijo el guía:

—¿Sabes qué es esto?

—Un poco de estopa, respondí.

—Te diría que no es nada, añadió; no es más que el respeto humano.

Entretanto, al ver que eran muchos los que seguían cayendo en los lazos, pregunté:

—¿Cómo se entiende que sean tantos los que quedan prendidos en esos hilos? ¿Quién es el que los arrastra de esa manera?

Y él replicó:

—Acércate más; observa y lo verás.

Miré un poco y después dije:

—Yo no veo nada.

—Mira mejor, repitió.

Tomé, en efecto, uno de los lazos, tiré hacia mí y pude comprobar que venía el otro extremo; tiré aún un poco más y no pude ver dónde acababa aquel hilo, pero me di cuenta de que yo también era arrastrado por él. Entonces seguí la dirección del hilo y llegué a la boca de una espantosa caverna. Me detuve, porque no quería

penetrar en aquella vorágine, tiré hacia mí de aquel hilo y noté que cedía un poco, pero había que hacer mucha fuerza. Y he aquí que, después de haber tirado mucho, salió fuera, poco a poco, un horrible monstruo que infundía espanto, el cual mantenía fuertemente agarrado con sus garras la extremidad de una cuerda a la que estaban ligados todos aquellos hilos. Era éste quien, apenas caía uno en aquellas redes, lo arrastraba inmediatamente hacia sí.

Entonces me dije:

—Es inútil intentar hacer frente a la fuerza de este animal, pues no lograré vencerlo; será mejor combatirlo con la señal de la santa cruz y con jaculatorias.

Me volví, por tanto, junto a mi guía, el cual me dijo:

—¿Sabes ya quién es?

—¡Sí que lo sé! Es el demonio quien tiende estos lazos para hacer caer a mis jóvenes en el infierno.

Examiné con atención los lazos y vi que cada uno llevaba escrito su propio título: el lazo de la *soberbia,* de la *desobediencia*, de la *envidia*, del *sexto mandamiento*, del *hurto*, de la *gula*, de la *pereza*, de la *ira*, etc. Hecho esto, me eché un poco hacia atrás para ver cuál de aquellos lazos era el que causaba mayor número de víctimas entre los jóvenes, y pude comprobar que eran los de la deshonestidad, la desobediencia y la soberbia. A este último iban atados otros dos. Después de esto vi otros lazos que causaban grandes estragos, pero no tanto como los dos primeros. Desde mi puesto de observación, vi a muchos jóvenes que corrían a mayor velocidad que los demás.

Y pregunté:

—¿Por qué esta diferencia?

—Porque son arrastrados por los lazos del respeto humano, me fue respondido.

Mirando aún con mayor atención vi que entre los lazos había esparcidos muchos cuchillos que, manejados por una mano providencial, cortaban o rompían los hilos. El cuchillo más grande procedía contra el lazo de la soberbia y simbolizaba la meditación. Otro cuchillo **[170],** también muy grande, pero no tanto como el primero, significaba la lectura espiritual bien hecha. Había además dos espadas. Una de ellas indicaba la devoción al Santísimo Sacramento, especialmente mediante la comunión frecuente; otra, la devoción a la Virgen. Había también un martillo: la confesión, y había otros cuchillos símbolos de las varias devociones a san José, a san Luis, etc.

Muchos rompían con estas armas los lazos al quedar prendidos o se defendían para no caer en ellos.

En efecto, vi a dos jóvenes que pasaban entre los lazos de manera que nunca quedaban presos; pasaban antes de que el lazo estuviese tendido y, si lo hacían cuando éste estaba ya preparado, sabían sortearlo de forma que les caía sobre los hombros, o sobre las espaldas, o en otro lado, sin lograr atraparlos.

Cuando el guía se dio cuenta de que lo había observado todo, me hizo continuar el camino flanqueado de rosas; pero, a medida que avanzaba, las rosas de los linderos eran cada vez más raras, y empezaban a aparecer punzantes espinas. Luego, por mucho que me fijé, no se descubría ni una rosa y, en el último tramo, el seto se había tornado completamente espinoso, quemado por el sol y desprovisto de hojas; después de los matorrales ralos y secos, partían ramas que se tendían por el suelo, impedían el paso y lo sembraban de espinas de tal forma que difícilmente se podía caminar.

Habíamos llegado a una hondonada, cuyos ribazos ocultaban las regiones veci-

nas, y el camino, que descendía cada vez más, se hacía espantoso, poco firme y lleno de baches, de salientes, de guijarros y de cantos rodados.

Había perdido ya de vista a todos mis jóvenes, muchísimos de los cuales habían logrado salir de aquella senda engañosa y tomaban otros senderos.

Yo continué adelante. Cuanto más avanzaba, más áspera y más pronunciada era la bajada, de forma que algunas veces me resbalaba y caía al suelo, donde permanecía sentado un rato para tomar un poco de aliento. De cuando en cuando el guía acudía en mi auxilio y me ayudaba a levantarme. A cada paso se me plegaban las articulaciones y parecía que se me iban a descoyuntar los huesos.

Jadeando, dije a mi guía:

—Amigo, no puedo con mis piernas. Me encuentro tan falto de fuerzas, que no es posible continuar el viaje.

El guía no me contestó, sino que, animándome, prosiguió su marcha; hasta que, al verme cubierto de sudor y víctima de un cansancio mortal, me llevó a un pequeño promontorio que se alzaba en el mismo camino.

Me senté, lancé un hondo suspiro y me pareció quedar un poco descansado. Entretanto observaba desde arriba el camino que había recorrido; parecía cortado a pico, cubierto de guijarros y de piedras puntiagudas. Miré lo que me quedaba por andar, cerré los ojos de pavor y exclamé:

—¡Por favor, volvamos atrás! Si seguimos adelante, ¿cómo haremos para volver al Oratorio? ¡Es imposible que yo pueda subir ahora esta cuesta!

[171] Y el guía me contestó resueltamente:

—Ahora que hemos llegado aquí, ¿quieres quedarte solo?

Ante esta amenaza repliqué en tono suplicante:

—Sin ti, ¿cómo podría volver atrás o continuar el viaje?

—Pues bien, sígueme, añadió el guía.

Me levanté y continuamos bajando. El camino se hacía cada vez más horriblemente abrupto, de forma que apenas si podía permanecer de pie.

Y he aquí que al fondo de este precipicio, que terminaba en un oscuro valle, apareció ante nuestros ojos un edificio inmenso que tenía una puerta altísima y cerrada. Llegamos al fondo del precipicio. Un calor sofocante me oprimía y una espesa humareda, de color verdoso, surcada por el brillo de sanguinolentas llamas, se elevaba sobre aquellos murallones. Levanté mis ojos a aquellas murallas: eran más altas que una montaña.

Don Bosco preguntó al guía:

—¿Dónde nos encontramos? ¿Qué es esto?

—Lee lo que hay escrito sobre aquella puerta, me respondió; por la inscripción sabrás donde estamos.

Miré y leí sobre la puerta: *Ubi non est redemptio* (Aquí no hay redención).

Me di cuenta de que estábamos ante las puertas del infierno.

El guía me acompañó a dar una vuelta alrededor de los muros de aquella horrible ciudad. De cuando en cuando, a una distancia regular, se veía una puerta de bronce, como la primera, al pie de una peligrosa bajada, y cada una de ellas tenía encima una inscripción diferente.

Discedite, maledicti, in ignem aeternum, qui paratus est diabolo et angelis eius... Omnis arbor quae non facit fructum bonum excidetur et in ignem mittetur (Alejaos, malditos, al fuego eterno que está preparado para el diablo y para sus ángeles... Todo árbol que no da buenos frutos, será cortado y echado al fuego).

Saqué la libreta para anotar aquellas inscripciones, pero el guía me dijo:

—¡Detente! ¿Qué haces?

—Tomo nota de estas inscripciones.

—No hace falta; las tienes todas en la Sagrada Escritura; incluso tú has hecho grabar algunas bajo los pórticos.

Ante semejante espectáculo habría preferido volver atrás y encaminarme al Oratorio; pero el guía no se volvió, a pesar de que yo había dado ya algunos pasos.

Recorrimos un inmenso y profundísimo barranco y nos encontramos nuevamente al pie del camino pendiente que habíamos recorrido y delante de la puerta que vimos en primer lugar. De pronto el guía se volvió hacia atrás y con el rostro demudado y sombrío, me indicó con la mano que me retirara, diciendo:

—¡Observa!

Tembloroso, alcé los ojos hacia arriba y, a una gran distancia, vi que por aquel camino en declive, bajaba uno a toda velocidad. Conforme se iba acercando intenté identificarlo y finalmente pude reconocer en él a uno de mis jóvenes. Llevaba los cabellos desgreñados, en parte erizados sobre la cabeza y en parte echados hacia atrás por efecto del viento, y los brazos tendidos hacia adelante, en actitud de quien nada para salvarse del naufragio. Quería detenerse y no podía. Tropezaba continuamente con los guijarros salientes del camino y aquellas piedras servían para darle mayor **[172]** impulso en la carrera.

Corramos, detengámosle, ayudémosle, gritaba yo tendiendo las manos hacía él.

Y el guía replicaba:

—No; déjalo.

—¿Y por qué no puedo detenerlo?

—¿No sabes lo tremenda que es la venganza de Dios? ¿Crees que podrías detener a uno que huye de la ira encendida del Señor?

Entretanto aquel joven, volviendo la cabeza hacia atrás y mirando con los ojos encendidos si la ira de Dios le seguía siempre, corría precipitadamente hacia el fondo del camino, como si no hubiese encontrado en su huida más solución que ir a dar contra la puerta de bronce.

—¿Y por qué mira hacia atrás con esa cara de espanto?, pregunté yo.

—Porque la ira de Dios traspasa todas las puertas del infierno y va a atormentarle aun en medio del fuego.

En efecto, como consecuencia de aquel choque, entre un ruido de cadenas, la puerta se abrió de par en par. Y tras ella se abrieron al mismo tiempo, haciendo un horrible fragor, dos, diez, ciento, y mil más impulsadas por el choque del joven, que era arrastrado por un torbellino invisible, irresistible, velocísimo.

Todas aquellas puertas de bronce, que estaban una enfrente de otra, aunque a gran distancia, permanecieron abiertas por un instante y yo vi, allá a lo lejos, muy lejos, como la boca de un horno, y mientras el joven se precipitaba en aquella vorágine pude observar que de ella se alzaban numerosos globos de fuego. Y las puertas volvieron a cerrarse con la misma rapidez con que se habían abierto. Entonces yo tomé la libreta para apuntar el nombre y el apellido de aquel infeliz, pero el guía me agarró del brazo y me dijo:

—Detente y observa de nuevo.

Lo hice y pude ver un nuevo espectáculo. Vi bajar precipitadamente por la misma senda a otros tres jóvenes de nuestras casas que en forma de peñascos rodaban rapidísimamente uno tras otro. Iban con los brazos abiertos y gritaban de espanto. Llegaron al fondo y fueron a chocar con la primera puerta. En aquel instante conocí a los tres. La puerta se abrió y, después de ella, las otras mil; los jóvenes fueron em-

pujados por aquel larguísimo corredor, se oyó un prolongado ruido infernal que se alejaba cada vez más, aquéllos desaparecieron y las puertas se cerraron. Muchos otros cayeron después de éstos de cuando en cuando... Vi precipitarse allí a un pobrecillo, impulsado por los empujones de un malvado compañero. Otros caían solos, algunos acompañados; unos agarrados del brazo, otros separados, pero próximos. Todos llevaban escrito en la frente el propio pecado. Yo los llamaba afanosamente mientras caían en aquel lugar. Pero ellos no me oían, retumbaban las puertas infernales al abrirse y al cerrarse se hacía un silencio de muerte.

—He aquí la causa principal de tantas condenas, exclamó mi guía: los compañeros malos, las malas lecturas y las perversas costumbres.

[173] Los lazos que habíamos visto al principio eran los que arrastraban a los jóvenes al precipicio. Al ver caer a tantos de ellos, dije con acento de desesperación:

—Entonces es inútil que trabajemos en nuestros colegios, si son tantos los jóvenes que tienen este fin. ¿No habrá manera de remediar la ruina de estas almas?

Y el guía me contestó:

Este es el estado en que actualmente se encuentran y, si muriesen en él, vendrían a parar aquí sin remedio.

Déjame, pues, anotar los nombres para que yo pueda avisarles y ponerlos en la senda que conduce al Paraíso.

—¿Y, crees tú que algunos se corregirían si les avisases? Al principio el aviso les impresionará; después no harán caso, diciendo: se trata de un sueño. Y se tornarán peores que antes. Otros, al verse descubiertos, frecuentarán los Sacramentos, pero no de una manera espontánea y meritoria, porque no proceden rectamente. Algunos se confesarán por un temor pasajero a caer en el infierno, pero seguirán con el corazón apegado al pecado.

—¿Entonces, no hay remisión para estos desgraciados? Dame un remedio para que puedan salvarse.

—Helo aquí: tienen los superiores, que los obedezcan; tienen el reglamento, que lo observen; tienen los Sacramentos, que los reciban.

Mientras tanto, un nuevo grupo de jóvenes se precipitaba en el abismo y las puertas permanecieron abiertas durante un instante.

—Entra tú también, me dijo el guía.

Me eché atrás horrorizado. Estaba impaciente por regresar al Oratorio, para avisar a los jóvenes y detenerles a fin de que no se perdiera ninguno más. Pero el guía me volvió a insistir:

—Ven, que aprenderás más de una cosa. Pero antes dime: ¿quieres proseguir solo o acompañado?

Me dijo esto para que reconociese la insuficiencia de mis fuerzas y, al mismo tiempo, la necesidad de su benévola asistencia; por lo que contesté:

—Quita allá: ¿solo en ese lugar de horror? ¿Sin la ayuda de tu bondad? ¿Y quién me enseñará el camino de vuelta?

Y de pronto me sentí lleno de valor pensando para mí:

—Antes de ir al infierno hay que pasar por el juicio y yo no me he presentado todavía ante el Juez Supremo.

Así que exclamé resueltamente:

—¡Entremos, pues!

Y penetramos en aquel estrecho y horrible corredor. Corríamos con la velocidad del rayo. Sobre cada una de las puertas del interior lucía con la luz velada una inscripción amenazadora. Cuando terminamos de recorrerlo desembocamos en un

amplio y tétrico patio, al fondo del cual se veía una portezuela fea, gruesa, la peor que había visto jamás y encima de la cual se leía esta inscripción: *Ibunt impii in ignem aeternum* (Los impíos irán al fuego eterno). Los muros estaban cubiertos de inscripciones en todo su perímetro. Pedí permiso a mi guía para leerlas y me contestó:

—Haz como te plazca.

[174] Entonces miré por todas partes. En un sitio vi escrito: *Dabo ignem in carnes eorum ut comburantur in sempiternum* (Pondré fuego en su carne para que ardan para siempre) – *Cruciabantur die ac nocte in saecula saeculorum* (Eran atormentados día y noche por los siglos de los siglos) – Y en otro lugar: *Hic universitas malorum per omnia saecula saeculorum* (Aquí todos los males, por los siglos de los siglos). En otros: *Nullus est hic ordo, sed horror sempiternus inhabitat* (Aquí no hay ningún orden, sino que impera un horror sempiterno) – *Fumus tormentorum suorum in aeternum ascendit* (El humo de sus tormentos sube eternamente) – *Non est pax impiis* (No hay paz para los impíos) – *Clamor et stridor dentium* (Clamor y rechinar de dientes).

Mientras iba alrededor de los muros leyendo aquellas inscripciones, el guía que se había quedado en el centro del patio, se acercó y me dijo:

—Desde ahora en adelante nadie podrá tener un compañero que le ayude, un amigo que le consuele, un corazón que le ame, una mirada compasiva, una palabra benévola; hemos pasado la línea. ¿Tú quieres ver o probar?

—Quiero ver solamente, respondí.

—Ven, pues, conmigo, añadió el amigo.

Y tomándome de la mano me condujo ante aquella puertecilla y la abrió. Esta ponía en comunicación con un corredor, en cuyo fondo había una gran cueva cerrada por una ancha ventana con un solo cristal, que llegaba del suelo a la bóveda, y a través del cual se podía contemplar el interior. Crucé el umbral y me detuve presa de terror indescriptible.

Apareció ante mis ojos una especie de inmensa caverna, que se perdía en las profundidades excavadas en las entrañas de los montes, todas llenas de fuego, pero no como el que vemos en la tierra con sus llamas en movimiento, sino de una forma tal que todo lo dejaba incandescente y blanco a causa de la elevada temperatura. Muros, bóvedas, pavimento, hierros, piedras, madera, carbón, todo estaba blanco y brillante. Aquel fuego sobrepasaba en calor millares y millares de veces al fuego de la tierra, sin consumir ni reducir a cenizas nada de cuanto tocaba. No puedo describir esta caverna en toda su espantosa realidad. *Praeparata est enim ab heri Thopheth, a rege praeparata, profunda et dilatata. Nutrimenta eius, ignis et ligna multa: flatus Domini sicut torrens sulphuris succedens eam.*– Isaías XXX, 33. (Preparado está desde hace tiempo un Tófet, también para Mélek un foso profundo y ancho; hay paja y madera en abundancia. El aliento de Yahvéh, cual torrente de azufre lo enciende).

Mientras miraba atónito todo aquello, llegó por un pasaje, con gran violencia, un joven que, como si no se diera cuenta de nada, lanzó un grito agudísimo, como quien está para caer en un lago de bronce hecho líquido y se precipitó en el medio, se tornó blanco como toda la caverna y quedó inmóvil, mientras por un momento resonaba el eco de su voz moribunda.

Horrorizado contemplé un instante a aquel joven y me pareció uno del Oratorio, uno de mis hijos.

—Pero ¿éste no es uno de mis jóvenes?, pregunté al guía; ¿no es fulano?

—Sí, sí, me respondió.

—¿Y por qué no cambia de posición? ¿Por qué está incandescente sin consumirse?

Y me dijo:

—Tú elegiste ver y por tanto ahora no debes hablar; observa y verás. Por lo demás *omnis enim igne salietur et omnis victima sale salietur* (todo fuego será salado y toda víctima será salada con sal).

[175] Apenas si había vuelto de nuevo la mirada, cuando otro joven, con furor desesperado y a grandísima velocidad, corría y se precipitaba en la misma caverna. Este pertenecía también al Oratorio. Apenas cayó no se movió más. Lanzó un grito lastimero y su voz se confundió con el último eco del grito del que había caído antes. Después de éste llegaron otros con la misma precipitación y su número fue en aumento: todos lanzaban el mismo grito y quedaban inmóviles, incandescentes, como los que les habían precedido. Yo observé que el primero había quedado con una mano en el aire y un pie igualmente suspendido en alto. El segundo quedó como encorvado hacia la tierra. Unos tenían los pies en alto, otros el rostro pegado al suelo.

Algunos estaban casi suspendidos sosteniéndose con un solo pie y una sola mano; otros estaban sentados y tirados; los unos apoyados sobre un lado, los otros de pie o de rodillas, con las manos entre los cabellos. Había, en suma, una larga fila de muchachos, como estatuas en distintas posiciones, unas más dolorosas que otras. Aún vinieron otros a aquel horno; en parte me eran conocidos y en parte desconocidos. Me acordé entonces de lo que dice la *Biblia*, que según se cae por vez primera en el infierno así se permanecerá para siempre: *Lignum, in quocumque loco ceciderit, ibi erit* (El tronco se quedará allí, en cualquier lugar que cayere).

Como aumentaba mi espanto, pregunté al guía:

—¿Pero éstos, al correr con tanta velocidad, no se dan cuenta de que vienen a parar aquí?

—¡Oh!, sí saben que van al fuego; fueron avisados mil veces; pero siguen corriendo voluntariamente, por no detestar el pecado y no quererlo abandonar, por despreciar y rechazar la misericordia de Dios que incesantemente los llama a penitencia; y, por tanto, la justicia divina, provocada por ellos, los empuja, les insta, los persigue y no pueden parar hasta llegar a este lugar.

—¡Oh, qué terrible debe de ser la desesperación de estos desgraciados que no tienen ya esperanza de salir de aquí!, exclamé.

—¿Quieres conocer la íntima agitación y el frenesí de sus almas? Pues acércate un poco más, me dijo el guía.

Di unos pasos adelante hacia la ventana y vi que muchos de aquellos desdichados se propinaban mutuamente tremendos golpes, causándose terribles heridas, y se mordían como perros rabiosos; otros se arañaban el rostro, se destrozaban las manos, se arrancaban las carnes y las arrojaban con despecho por el aire. En aquel momento toda la cobertura de aquella cueva se había trocado como de cristal a través del cual se divisaba un trozo de cielo y las figuras luminosas de los compañeros que se habían salvado para siempre.

Y aquellos condenados rechinaban los dientes con envidia feroz, y respiraban afanosamente, porque en vida habían hecho a los justos blanco de sus burlas. *(Peccator videbit et irascetur: dentibus suis fremet et tabescet)* (El pecador verá y se irritará: dentellará y se deshará).

Pregunté al guía:

[176] —Dime, ¿por qué no oigo ni una voz?

—Acércate más, me gritó.

Me aproximé al cristal de la ventana y oí cómo unos gritaban y lloraban entre horribles contorsiones; otros blasfemaban e imprecaban a los santos. Era un tumulto de voces y gritos estridentes y confusos, por lo que pregunté a mi amigo:

—¿Qué es lo que dicen? ¿Qué es lo que gritan?

Y él añadió:

—Al recordar la suerte de sus buenos compañeros se ven obligados a confesar: *Nos insensati! Vitam illorum aestimabamus insaniam et finem illorum sine honore. Ecce quomodo computati sunt inter filios Dei et inter sanctos sors illorum est. Ergo erravimus a via veritatis* (¡Insensatos de nosotros! Teníamos su vida por locura y sin honor su fin, y he aquí que fueron contados entre los hijos de Dios y su suerte está entre los santos. Luego nos desviamos del camino de la verdad).

Por eso gritan: *Lassati sumus in via iniquitatis et perditionis. Erravimus per vias difficiles, viam autem Domini ignoravimus. Quid nobis profuit superbia? Transierunt omnia illa tamquam umbra* (Hemos sido dejados en el camino de la iniquidad y la perdición. Caminamos por caminos difíciles pero ignoramos el camino del Señor. ¿De qué nos aprovechó la soberbia? Todo aquello pasó como una sombra).

Estos son los cánticos lúgubres que resonarán aquí por toda la eternidad. Pero son gritos inútiles, esfuerzos inútiles, llantos inútiles. *Omnis dolor irruet super eos!* (¡Todo dolor caerá sobre ellos). Aquí no cuenta el tiempo, aquí sólo impera la eternidad.

Mientras lleno de horror contemplaba el estado de muchos de mis jóvenes, de pronto floreció una idea en mi mente.

—¿Cómo es posible, dije, que los que se encuentran aquí estén todos condenados? Esos jóvenes estaban aún vivos en el Oratorio ayer por la noche.

Y el guía me contestó:

—Todos los que ves aquí, están muertos a la gracia de Dios y si ahora les sorprendiera la muerte y continuasen obrando como al presente, se condenarían. Pero no perdamos tiempo: prosigamos adelante.

Y me alejó de aquel lugar por un corredor que descendía a un profundo subterráneo conduciéndome a otro aún más bajo, en cuya entrada se leían estas palabras: *Vermis eorum non moritur, et ignis non extinguitur... Dabit Dominus omnipotens ignem et vermes in carnes eorum, ut urantur et sentiant usque in sempiternum* (Judit, XVI, 21). (Su gusano no muere y el fuego no se apaga... Meterá el Señor omnipotente fuego y gusanos en sus carnes, y llorarán penando eternamente). Aquí se veían los atroces remordimientos de los que fueron educados en nuestras casas.

El recuerdo de todos y cada uno de los pecados no perdonados y de la justa condenación; de haber tenido mil medios, y aun extraordinarios, para convertirse al Señor, para perseverar en el bien, para ganarse el Paraíso. El recuerdo de tantas gracias prometidas, ofrecidas y hechas por María Santísima y no correspondidas. ¡El haberse podido salvar a costa de un pequeño sacrificio y, en cambio, estar condenado para siempre! ¡Recordar tantos buenos propósitos hechos y no mantenidos! ¡Ah! De buenas intenciones ineficaces está lleno el infierno, dice el proverbio.

Y allí volví a contemplar a todos los jóvenes del Oratorio que había visto poco antes en el horno, algunos de los cuales me están escuchando ahora, otros que estuvieron aquí con nosotros y otros muchos que yo no conocía. Me adelanté y observé que todos estaban cubiertos de gusanos y asquerosos insectos que les **[177]** devoraban y consumían el corazón, los ojos, las manos, las piernas, los brazos, todo, y tan

lastimosamente que no hay palabras para explicarlo. Permanecían inmóviles, expuestos a toda suerte de molestias, sin poderse librar de ellas en modo alguno. Yo avancé un poco más y me acerqué para que me viesen, con la esperanza de poderles hablar y de que me dijesen algo, pero ninguno me dirigía la palabra ni me miraba. Pregunté entonces al guía la causa de esto y me respondió que en el otro mundo no hay libertad para los condenados; cada uno soporta el castigo que Dios le impone sin variación alguna y no puede ser de otra manera. Y añadió:

—Ahora es necesario que vayas a esa región de fuego que acabas de contemplar.

—¡No, no!, repliqué aterrado. Para ir al infierno es necesario pasar antes por el juicio, y yo no he sido juzgado aún. ¡Por tanto no quiero ir al infierno!

—Dime, observó mi amigo; ¿qué te parece mejor: ir al infierno y libertar a tus jóvenes o permanecer fuera de él abandonándolos en medio de tantos tormentos?

Desconcertado ante aquella propuesta, respondí:

—¡Oh, yo quiero mucho a mis jóvenes y deseo que todos se salven! ¿Pero, no podríamos hacer de manera que no tuviésemos que ir ahí dentro ni yo ni los demás?

—Bien, contestó mi amigo, aún estás a tiempo, como también lo están ellos, con tal de que tú hagas cuanto puedas.

Mi corazón se ensanchó y dije para mí: no me importa el trabajo, con tal de que pueda librar a mis queridos hijos de tantos tormentos.

—Ven, pues, adentro; continuó el guía, y observa la bondad y la omnipotencia de Dios, que amorosamente pone en juego mil medios para inducir a penitencia a tus jóvenes y salvarlos de la muerte eterna.

Y tomándome de la mano me introdujo en la caverna. Apenas puse el pie en ella me encontré de improviso transportado a una sala magnífica con puertas de cristal. Sobre éstas, a regular distancia, pendían unos largos velos que cubrían otros tantos huecos que comunicaban con la caverna.

El guía me señaló uno de aquellos velos sobre el cual se veía escrito: *Sexto Mandamiento* y exclamó:

—La falta contra este Mandamiento: he aquí la causa de la ruina eterna de tantos muchachos.

—Pero ¿no se han confesado?

—Se han confesado, pero las culpas contra la bella virtud las han confesado mal o las han callado a propósito. Por ejemplo: uno que cometió cuatro o cinco pecados de esta clase, dijo que sólo había faltado dos o tres veces. Hay algunos que cometieron un pecado impuro en la niñez y sintieron siempre vergüenza de confesarlo, o lo confesaron mal y no lo dijeron todo. Otros no tuvieron el dolor y el propósito. Algunos incluso, en lugar de hacer el examen, estudiaron la manera de engañar al confesor. Y el que muere con tal resolución lo único que consigue es contarse **[178]** en el número de los réprobos para toda la eternidad. Solamente los que, arrepentidos de corazón, mueren con la esperanza de la eterna salvación, serán eternamente felices. ¿Quieres ver ahora por qué te ha conducido hasta aquí la misericordia de Dios?

Levantó el velo y vi un grupo de jóvenes del Oratorio a todos los cuales conocía, condenados por esta culpa. Entre ellos había algunos que ahora, en apariencia, observan buena conducta.

—Al menos ahora, le supliqué, ¿me dejarás escribir los nombres de esos jóvenes para poder avisarles en particular?

—No hace falta, me respondió.

—Entonces, ¿qué les debo decir?

—Predica en todas partes contra la inmodestia. Basta avisarles de una manera general y no olvides que, aunque lo hicieras particularmente, te harían mil promesas, pero no siempre sinceramente. Para conseguir un propósito decidido se necesita la gracia de Dios, la cual no faltará nunca a tus jóvenes si ellos se la piden. Dios es tan bueno que manifiesta especialmente su poder en compadecer y en perdonar. Oración y sacrificio, pues, por tu parte. Y los jóvenes, que escuchen tus amonestaciones, que pregunten a su conciencia y ella les sugerirá lo que deben hacer.

Y seguidamente hablamos por espacio de casi media hora sobre las condiciones necesarias para hacer una buena confesión.

El guía repitió después varias veces en voz alta:

—*Avertere!... Avertere!* (¡Apartar!... ¡Apartar!)

—¿Qué quieres decir con esa exclamación?

—¡Que cambien de vida!... ¡Que cambien de vida!

Yo, confundido ante aquella revelación, incliné la cabeza y estaba para retirarme, cuando él me volvió a llamar y me dijo:

—Todavía no lo has visto todo.

Y, volviéndose hacia otra parte, levantó otro gran velo sobre el cual estaba escrito: *Qui volunt divites fieri, incidunt in tentationem et laqueum diaboli.* (Los que quieren hacerse ricos, caen en la tentación y en el lazo del demonio).

Lo leí y dije:

—Esto no interesa a mis jóvenes, porque son pobres, como yo; nosotros no somos ricos ni buscamos las riquezas. ¡Ni siquiera nos pasan por la imaginación!

Al correr el velo vi al fondo cierto número de jóvenes, todos conocidos, que sufrían como los primeros que contemplé, y el guía, señalándolos, me respondió:

—Sí, también interesa esa inscripción a tus muchachos.

—Explícame entonces el significado del término *divites* (ricos).

Y siguió él diciendo:

—Por ejemplo, algunos de tus jóvenes tienen el corazón apegado a un objeto material, de forma que este afecto desordenado les aparta del amor a Dios, faltando, por tanto, a la piedad y a la mansedumbre. No sólo se puede pervertir el corazón con el uso de las riquezas, sino también con el deseo de las mismas, tanto más si este deseo va contra la justicia. Tus jóvenes son pobres; pero has de saber que la gula y el ocio son malos consejeros. Hay algunos que en el propio pueblo se hicieron culpables de hurtos considerables y, a pesar de que pueden hacerlo, no piensan en restituir. **[179]** Hay quien piensa abrir la despensa con ganzúas; y quien intenta penetrar en las dependencias del Prefecto o del Ecónomo; quien registra los baúles de los compañeros para apoderarse de comestibles, dinero u otros objetos; quien hace acopio de cuadernos y de libros para su uso...

Me dijo el nombre de éstos y de otros más, y continuó:

—Algunos se encuentran aquí por haberse apropiado prendas de vestir, ropa blanca, cubrecamas y capas que pertenecían al Oratorio, para enviarlas a sus casas. Algunos, por algún otro daño grave, ocasionado voluntariamente y no reparado. Otros, por no haber restituido objetos y cosas que les habían prestado, y alguno por haber retenido dinero que se le había confiado para que lo entregase al Superior:

Y concluyó diciendo:

—Y puesto que te fueron indicados estos tales, avísales, diles que desechen los deseos inútiles y nocivos; que sean obedientes a la ley de Dios y celosos del propio honor; de otra forma la codicia los llevará a mayores excesos, que les sumergirán en el dolor, la muerte y la perdición.

Yo no me explicaba cómo por ciertas cosas, a las que nuestros jóvenes daban tan poca importancia, tuviesen aparejados castigos tan terribles. Pero el amigo interrumpió mis reflexiones, diciéndome:

—Recuerda lo que se te dijo cuando contemplabas aquellos racimos de la vid echados a perder.

Y levantó otro velo que ocultaba a muchos otros de nuestros jóvenes, a los que conocí inmediatamente y que están en el Oratorio.

Sobre aquel velo estaba escrito: *Radix omnium malorum* (Raíz de todos los males).

E inmediatamente me preguntó:

—¿Sabés qué significa esto? ¿Cuál es el pecado designado con esta inscripción?

—Me parece que debe ser la soberbia.

—No, me respondió.

—Pues yo siempre he oído decir que la soberbia es la raíz de todos los pecados.

—Sí; en general se dice que es la soberbia; pero en particular, ¿sabes qué fue lo que hizo caer a Adán y Eva en el primer pecado, por el que fueron arrojados del Paraíso terrenal?

—La desobediencia.

—Cierto; la desobediencia es la raíz de todos los males.

—¿Qué debo decir a mis jóvenes sobre esto?

—Presta atención. Esos jóvenes que ves aquí, son los desobedientes que se están preparando un fin tan lastimoso. Esos tales y esos cuales que tú crees se han ido a descansar y, en cambio, de noche se bajan a pasear por el patio, sin preocuparse de las prohibiciones del reglamento; van a lugares peligrosos, suben por los andamios de las obras en construcción poniendo en peligro incluso la propia vida. Algunos, pese a las normas de los reglamentos, van a la iglesia, pero no están en ella como deben; en vez de rezar, están pensando en otras cosas y se entretienen en fabricar castillos en el aire; otros estorban a los demás. Hay quienes sólo se preocupan de apoyarse y buscar una posición cómoda para poder dormir durante el tiempo de las **[180]** funciones sagradas; otros, tú crees que van a la iglesia y, en cambio, no aparecen por ella. ¡Ay del que descuida la oración! ¡El que no reza se condena! Hay aquí algunos que, en vez de cantar las divinas alabanzas y el oficio de la Virgen María, se entretienen en leer libros nada piadosos y otros, cosa verdaderamente vergonzosa, hasta leen libros prohibidos.

Y siguió enumerando otras faltas contra el reglamento, origen de graves desórdenes.

Cuando hubo terminado, le miré conmovido a la cara; él clavó sus ojos en mí y yo le dije:

—¿Puedo referir todas estas cosas a mis muchachos?

—Sí, puedes decirles cuanto recuerdes.

—¿Y qué consejo he de darles para que no les sucedan tan grandes desgracias?

—Debes insistir en que la obediencia a Dios, a la Iglesia, a los padres y a los superiores, aún en las cosas pequeñas, los salvará.

—¿Y qué más?

—Les dirás que eviten el ocio, que fue el origen del pecado de David; incúlcales que estén siempre ocupados, pues así el demonio no tendrá tiempo para tentarlos.

Incliné la cabeza y se lo prometí. Me encontraba tan turbado que dije al amigo:

—Te agradezco la caridad que has tenido conmigo y te ruego que me hagas salir de aquí.

Y entonces él dijo:

—¡Ven conmigo!

Y animándome, me tomó de la mano y me sostuvo en pie, porque me encontraba agotado. Al salir de la sala, y después de atravesar en un momento el hórrido patio y el largo corredor de entrada, antes de trasponer el umbral de la última puerta de bronce, se volvió de nuevo a mí y exclamó:

—Ahora que has visto los tormentos de los demás, es necesario que pruebes un poco lo que se sufre en el infierno.

—¡No, no!, grité horrorizado.

El insistía y yo me negaba siempre.

—No temas, me dijo; prueba solamente, toca este muro.

Me faltaba valor para hacerlo y quería alejarme, pero él me detuvo insistiendo:

—A pesar de todo, es necesario que lo pruebes.

Y, aferrándome resueltamente por un brazo, me acercó al muro mientras decía:

—Tócalo una vez al menos, para que puedas decir que estuviste visitando las murallas de los suplicios eternos y para que puedas comprender cuán terrible será la última, si así es la primera. ¿Ves esa muralla?

Me fijé atentamente y pude comprobar que aquel muro era de espesor colosal. El guía prosiguió:

—Es el milésimo primero antes de llegar adonde está el verdadero fuego del infierno. Mil muros más lo rodean. Cada uno tiene mil medidas de espesor y de distancia del uno al otro, y cada medida es de mil millas; éste está a un millón **[181]** de millas del verdadero fuego del infierno y por eso apenas es un mínimo principio del infierno mismo.

Al decir esto, y como yo me echase atrás para no tocar, me agarró la mano, me la abrió con fuerza y me hizo golpear sobre la piedra de aquel milésimo muro. En aquel instante sentí una quemadura tan intensa y dolorosa que, saltando hacia atrás y lanzando un grito agudísimo, me desperté.

Me encontré sentado en la cama y me parecía que me ardía la mano. La restregaba contra la otra para aliviarme de aquella sensación. Al hacerse de día, pude comprobar que mi mano, en realidad, estaba hinchada, y la impresión imaginaria de aquel fuego me afectó tanto que cambié la piel de la palma de la mano derecha.

Tened presente que no os he contado las cosas con toda su horrible crueldad, ni tal como las vi y de la forma que me impresionaron, para no causar en vosotros demasiado espanto. Nosotros sabemos que el Señor no nombró jamás el infierno sino valiéndose de símbolos, porque aunque nos lo hubiera descrito como es, nada hubiéramos entendido. Ningún mortal puede comprender estas cosas. El Señor las conoce y las puede manifestar a quien quiere.

Durante muchas noches consecutivas, y siempre presa de la mayor turbación, no pude dormir a causa del espanto que se había apoderado de mi ánimo. Os he contado solamente el resumen de lo que he visto en sueños de mucha duración; puede decirse que de todos ellos os he hecho un breve compendio. Más adelante os hablaré sobre el respeto humano, y de cuanto se relaciona con el sexto y séptimo Mandamiento y con la soberbia. No haré otra cosa más que explicar estos sueños, pues están de acuerdo con la Sagrada Escritura, aún más, no son más que un simple comentario de cuanto en ella se lee respecto a esta materia. Durante estas noches os he contado ya algo, pero, de cuando en cuando, vendré a hablaros y os narraré lo que falta, dándoos la explicación consiguiente.

Tal como lo prometió, lo hizo. Seguidamente expuso este mismo sueño a los jóvenes de Mirabello y de Lanzo, pero resumiendo la narración.

Repitió cuanto había visto sin hacer cambios notables, aunque no faltaban algunas variantes. Al narrarlo privadamente a sus sacerdotes y clérigos de más confianza, añadía algún detalle más. En ocasiones omitía algunas cosas y ponía de manifiesto otras. En la descripción de los lazos introdujo una nueva idea sobre la argucia del demonio y su manera de arrastrar a los jóvenes hacia el infierno, hablando de las malas costumbres. De muchas escenas no dio explicación: por ejemplo, de los personajes de agradable aspecto que se encontraban en la sala magnífica y que nosotros nos atreveríamos a decir que **[182]** simbolizan: *El tesoro de la misericordia de Dios para salvar a los jóvenes, que de otra manera habrían perecido.* Tal vez eran los principales ministros de innumerables gracias.

Ciertas variantes provenían de la multiplicidad de las cosas vistas al mismo tiempo, las cuales, al reproducirse en su imaginación, le hacían escoger lo que el siervo de Dios juzgaba más oportuno para sus oyentes.

Por lo demás, la meditación de los novísimos era algo familiar en don Bosco, y, como fruto de ella, su corazón se encendía en una vivísima compasión hacia los pobres pecadores amenazados por el peligro de una eternidad tan horrible. Este sentimiento de caridad le hacía sobreponerse al respeto humano, invitando a la penitencia con una prudente franqueza incluso a personajes distinguidos, siendo de tal eficacia sus palabras que conseguía numerosas conversiones.

Nosotros hemos ofrecido fielmente aquí cuanto escuchamos de labios del mismo Siervo de Dios y cuanto nos refirieron de viva voz o por escrito numerosos testigos sacerdotes, formando con el conjunto una sola narración. Ha sido un trabajo arduo, porque deseábamos reproducir con exactitud matemática cada una de las palabras, cada unión de una escena con otra, el orden de los diferentes hechos, avisos, reproches, y todas las ideas expuestas y no explicadas, entre las cuales no faltará alguna de las que se dejan sobreentender. ¿Hemos conseguido nuestro propósito?

Podemos asegurar a los lectores que hemos buscado un sola cosa con la mayor diligencia, a saber: la de exponer con toda la fidelidad posible las largas charlas de don Bosco.

[183]

CAPITULO XVI

EL CARDENAL JERONIMO DE ANDREA SE MARCHA DE ROMA Y DE SU DIOCESIS DE SABINA Y SE RETIRA A NAPOLES A PESAR DE LA PROHIBICION DEL PAPA – ES RECIBIDO FESTIVAMENTE POR LAS AUTORIDADES ITALIANAS – SUS CARTAS, EN DEFENSA DE SU CONDUCTA, A LOS DIOCESANOS, AL CARDENAL MARIO MATTEI Y A TODOS LOS CARDENALES Y OBISPOS CON GRANDES ELOGIOS AL GOBIERNO ITALIANO – INTERVIENE EN LAS FIESTAS DE LA CORTE REAL Y DEL GOBERNADOR GUALTERIO – HUMANIDAD DEL PAPA AL COMPADECERLE – CARTAS DEL CARDENAL CONTRA LA UNIDAD CATOLICA, *QUE LE RECONVENIA POR LAS FRASES INJURIOSAS ESCRITAS REFERENTES AL PAPA Y A VARIOS PRELADOS – EL CARDENAL REHUSA REPETIDAMENTE OBEDECER AL PAPA, Y SE LE QUITA LA DIOCESIS DE SABINA Y LA ABADIA DE SUBIACO – SU APELACION: DEL PAPA MAL INFORMADO AL PAPA MEJOR INFORMADO – PENA DE DON BOSCO POR ESTE ESCANDALO – DON JUAN BONETTI INVITA A DOS PERIODISTAS A REFUTAR LAS INDIGNAS ACUSACIONES DE AQUELLA APELACION – EL MISMO ESCRIBE DOS CARTAS AL CARDENAL SUPLICANDOLE OBEDECER Y CONSOLAR AL PAPA – ULTIMA INTIMACION DEL PAPA AL CARDENAL, EL CUAL VA A ROMA Y SE SOMETE – DON JUAN BONETTI LE ENVIA UNA CARTA DE ALABANZA Y ALIENTO – MUERTE REPENTINA DEL CARDENAL DE ANDREA*

A finales de 1867 cesaba un gravísimo escándalo que afligía a los católicos desde hacía tres años. El cardenal Jerónimo De Andrea, hombre de amplia cultura, desmedido orgullo e íntima relación con Pantaleone y Passaglia[1], hacía mucho tiempo que sentía aversión, no tanto contra Pío IX, de cuyo *misticismo* se burlaba muchas veces **[184]**, cuanto hacia el cardenal Antonelli, cuya

[1] *Pantaleone,* probablemente se refiere a Juan Pantaleone, exfranciscano garibaldino, muerto en 1869 sin reconciliarse con la Iglesia. *Carlos Passaglia* (1812-87), teólogo italiano; ingresó en la Compañía de Jesús (1827); fue defensor del dogma de la Inmaculada Concepción; atacó el poder de los Papas y tuvo que salirse de la Compañía; al final de su vida se reconcilió con Roma. *(N. del T.)*

política no aprobaba y cuyo cargo envidiaba. Aturdido por las adulaciones, en junio de 1864 fue a Nápoles contra la voluntad del Padre Santo, so pretexto de restablecer su quebrantada salud. Fue recibido en la frontera con grandes honores y los diarios liberales propalaron que De Andrea, patriota y partidario del progreso, rompía con Antonelli y con los jesuitas.

El Cardenal escribía desde Nápoles una carta en su defensa el 28 de diciembre de 1864 al director del *Conciliatore. La Unidad Catolica* la publicó en su número 6 de enero de 1865. Dicha carta terminaba así: *De hoy en adelante me mantendré en silencio. Porque es cierto que no todos emplean con rectitud la mente y la lengua.* Era una acusación desleal y mentirosa, porque el cardenal Antonelli era el mejor de sus amigos y el más apasionado de sus defensores.

De Andrea era obispo de la diócesis de Sabina y Abad Comendatario de Subiaco; como Sabina estaba aneja al reino de Italia, el Gobierno de Florencia tomaba a su favor el embargo puesto sobre las rentas del Obispado, pero no hacía lo mismo con las de otros cardenales. Y Su Eminencia, en la carta pastoral de Cuaresma, con fecha del 15 de febrero de 1865, anunciaba a sus diocesanos que su delicada salud le obligaba a prolongar su estancia en Nápoles; y recordaba cómo, por la defensa y esplendor del Pontificado Romano y de la Religión Católica, había sufrido estrecheces y peligros en su Legación Suiza y en los tumultos republicanos de Roma, en 1848, cuando, apenas salvado el Pontífice, la vio abandonada por *aquéllos* que tenían gravísima obligación de defenderla con su propio pecho.

Al ver que el Cardenal se obstinaba, el Papa, con un Breve del mismo mes, le quitó la remuneración cardenalicia, por no residir en la diócesis y él, en el mes de mayo, hizo imprimir una carta en Nápoles dirigida al cardenal Mario Mattei, decano del Sacro Colegio, protestanto contra aquel decreto.

[185] Los periódicos la reprodujeron y los más libertinos hicieron con ella picantes comentarios contra el Cardenal que la había escrito y contra los otros Cardenales atacados en su carta. Esta acompañaba, al final de la misma, unos certificados médicos declarando que De Andrea estaba verdaderamente enfermo.

¡Y ciertamente debía estarlo!

El 8 de junio, ofendido por dos artículos del teólogo Margotti (uno del 23 de abril y otro del 20 de mayo), el Eminentísimo apercibía con insultos, de acuerdo con la ley, a la *Unidad Católica*, por haber publicado su carta al Cardenal Decano y su intimación, haciendo notar que el Eminentísimo Antonelli *abusaba del poder*

otorgado por benignidad del Padre Santo, que con tan buena fe se le entregaba.

El Papa le había invitado a volver a Roma, y él, en vez de someterse, escribía en Nápoles, con fecha 10 de septiembre de 1865, una carta *A sus respetables hermanos Cardenales y Obispos*, en la que decía en primer lugar:

Nos hallamos ahora ante una serie de hechos *consumados*, a los que no es prudente oponerse con el desprecio. Yo veo el nuevo reino de Italia reconocido por todas las potencias: veo un gran soberano, cuya superioridad como hombre de Estado no hay quien la discuta, que nos ofrece, en nombre de la gran nación francesa, como tabla de salvación en el naufragio de las anteriores ilusiones, la convención del 15 de septiembre lealmente cumplida; veo al Rey Víctor Manuel prestarse hace poco a gestiones, no llevadas a efecto por desgracia, que dan un alto testimonio de sus sentimientos religiosos; y a la vista de tales circunstancias y de las reflexiones que sugieren: ¿cómo ha de conducirse el Papado ante este nuevo rumbo? ¿Qué concesiones puede otorgar a las necesidades del momento? ¿Con qué base puede conseguirse su reconciliación con Italia? Estos son precisamente los puntos sobre los que no *debo manifestar mi pensamiento*. Quizás llegue la hora en que pueda pronunciarme sobre ello, pero no creo haya llegado todavía.

Luego hablaba de sí mismo y terminaba:

Yo volveré a Roma apenas mi salud, en vías de mejoría, me lo permita; pero no de manera que se crea que me someto a una honrosa enmienda que nadie, ni razonable, ni canónicamente **[186]** tiene derecho a pedirme, sino por mi propia voluntad, cuando crea haber adquirido las fuerzas necesarias para reemprender mis funciones. Es sólo un deseo de que ese día sea mañana. Tal es, Monseñor, en su cruda realidad, la cuestión habida entre mí y la Secretaría de Estado; cuestión que no se habría dado, de haber estado al frente cardenales como Consalvi o Pacca: *mi causa se defiende por sí misma*, estoy seguro de ello y apelo al corazón de todos los buenos. Espero que el Padre Santo abrirá los ojos ante las intrigas forzadas contra mí y que su justicia vea la necesidad de acabar con ellas.

Acepte, Monseñor, la expresión de mi alta consideración...

El cardenal De Andrea había redactado esta carta con excesivo ardor contra el cardenal Antonelli y volvía a hablar sobre la remuneración cardenalicia.

El que recibió la carta no le contestó o se hizo eco de la respuesta del Cardenal Arzobispo de Chambéry:

«Hago votos para que os sometáis con humildad y docilidad a la voluntad de nuestro Santo Padre Pío IX, de lo contrario os abriréis el camino, que en otras ocasiones recorrieron Lamennais, Gioberti y Passaglia».

Mientras tanto obtuvo del Príncipe heredero una audiencia, que casi duró una hora, recibió visitas del mismo y del Duque de Aosta; y, vestido de la púrpura cardenalicia, acudía a las fiestas de la corte y a los bailes organizados en casa del gobernador Gualterio, enemigo declarado del Gobierno Pontificio.

El Papa se había portado muy indulgentemente y hasta le había defendido. En 1865, al oír nuevas quejas de él, tuvo que decir:

— Vosotros os informáis en fuentes turbias. Este Cardenal me proporcionó muchos disgustos, con su debilidad; pero no creo que en el fondo, *in intimo corde,* sea malo. No puedo suponer que quien comió en el mismo plato conmigo, pretenda ahora traicionarme. Dadle tiempo para pensar y hacer penitencia; no le insistáis; los peores son los hipócritas.

«... No deis crédito a cuanto escriben los diarios perversos. Pero creed que cuanto más alto está el hombre, **[187]** tanto más bajo cae, si no le sostiene la gracia de Dios. Roguemos por el cardenal De Andrea y confiemos, pero no me volváis a hablar de él mientras no sepáis algo consolador».

En vano esperaba el Pontífice tal consuelo.

El 23 de marzo de 1866 publicaba el periódico *Lo Stivale* de Nápoles otra carta del cardenal De Andrea al cardenal Mattei, Decano del Sacro Colegio, en la que decía atrocidades contra los cardenales Antonelli y Caterini, y contra los prelados Giannelli, Berardi, Svegliati y Quaglia, lanzando censuras a manos llenas sobre la Curia Romana.

El marqués Francisco Javier De Andrea, hermano del Cardenal, publicó dos dignísimas cartas dirigidas, una al Papa y otra al Prepósito General de los padres Jesuitas, con fecha del 23 y del 24 de abril, pidiendo perdón por su hermano, «cuya conducta reprochaba y creía que no era libre su querer, ni gozaba de serenidad para escribir».

La *Unidad Católica* reprodujo estas cartas y el 7 de mayo recibió el agradecimiento del Marqués, que el mismo diario publicaba el día 13. Entonces el Cardenal intimó al teólogo Margotti, en términos legales, a que publicara una extensa respuesta suya a las cartas publicadas por su hermano. Decía en ella: que el Marqués era un misántropo, que dos o tres granujas se habían apoderado de su conciencia y le habían obligado a escribir las citadas cartas; que los Jesuitas habían logrado crear la desaveniencia entre los hermanos; que el Papa se hallaba bajo el pesado yugo jesuístico, etc.

No satisfecho con esto, había publicado en el *Diario de Nápoles*

otra carta, con fecha 9 de mayo, en la que declaraba que las cartas de su hermano, publicadas por la *Unidad Católica*, pidiendo perdón al Papa y al Prepósito General de los Jesuitas, habían sido escritas sin su consentimiento y, por tanto, entendía llamarlo a responder ante la ley.

En fin, el Padre Santo pidió su parecer al Sacro Colegio respecto a las medidas a tomar en tan doloroso trance. Y el Sacro Colegio respondió que se debía privar al Cardenal de su Obispado, si no volvía cuanto antes **[188]** a su diócesis, en la que no había puesto los pies hacía dos años.

En consecuencia, el Papa, con un Breve del 12 de junio de 1866, relevaba a De Andrea del obispado de Sabina y de la Abadía de Subiaco, y nombraba Administrador Apostólico de Sabina al obispo monseñor Pettinari; reprendía al Cardenal por su comportamiento, la obstinada desobediencia, las injurias contra Eminentísimos Colegas y contra Obispos dignos de todo respeto; se dolía de que no hubiera hecho caso de las paternales cartas que le había escrito de su puño y letra para inducirle a volver sobre sí mismo y arrepentirse del escándalo dado a la Iglesia, y le ordenaba, finalmente, que no se atreviera, ni privada ni públicamente, a ejercer la mínima parte de su ministerio y de su administración en la diócesis de Sabina y en la Abadía de Subiaco.

El 28 de junio protestaba el Cardenal contra el Breve Pontificio con cartas sediciosas a sus diocesanos, declarando que consideraba nulo aquel Breve, totalmente nulo e inválido a todo efecto canónico, y que apelaba «del Papa mal informado, al Papa mejor informado». El Gobierno, por su lado, decidía no otorgar, por cuanto a él tocaba, el *Exequatur* al antedicho Breve.

Y caía De Andrea en peores excesos.

El 22 de julio anunciaba la *Unidad Católica* una carta suya de apelación al Papa, fechada el 6 de julio, publicada sin pie de imprenta. Era una carta larguísima, plagada de los grandes elogios que De Andrea hacía de sí mismo y de su administración, de vulgares insultos contra el episcopado y especialmente contra el Sacro Colegio y de injurias gravísimas al Papa, mezcladas con protestas de respeto. El teólogo Margotti daba una breve noticia de ella con mordaces comentarios y el Cardenal le intimaba el 24 de julio a que publicase íntegra su *Apelación al Papa*, en nombre de la ley; así que Margotti tuvo que obedecer, mientras la Autoridad Civil la fijaba en la pared en Magliano y el Ministerio negaba el *Exequatur* al Administrador Apostólico de Sabina.

[189] Las noticias de la rebelión de un miembro del Sacro Colegio, que producían grave escándalo, habían llegado a conocimiento de don Bosco, no sólo a través de la *Unidad Católica*, sino también por cartas privadas venidas de Roma. Su corazón sangraba por las ofensas que recibía el angélico Pío IX, a quien hubiera debido proporcionarle consuelos en medio de tantas angustias religiosas y políticas; y estudiaba la manera de acabar con tan grave desorden.

Su nombre, demasiado conocido, y su prudencia no le aconsejaban entrometerse en ello personalmente, hasta por el peligro de entrar en polémicas; pero halló la persona a quien confiar el delicado encargo y que lo cumpliese en nombre propio. Esta fue don Juan Bonetti. Hemos encontrado entre sus cartas algunos documentos que se refieren al enojoso asunto. Se trata del borrador de dos cartas para periodistas y de tres más para el mismo De Andrea. No es posible que en aquel momento se atreviera don Juan Bonetti, por iniciativa propia, a amonestar a un cardenal y tampoco nos parecen suyos la esencia y el estilo de las tres cartas dirigidas al Eminentísimo. Ellas manifiestan quién fue el inspirador de los escritos, y declaran el carácter predominante de don Bosco: franco, conciliador, respetuoso, ponderado, que buscaba los caminos del corazón. Sin duda que él dio a don Juan Bonetti amplias instrucciones a este respecto y no nos parece gratuito afirmar que examinara y corrigiera las cartas enviadas al Cardenal. A nuestro parecer, don Juan Bonetti no hizo más que seguir fielmente un mandato.

Don Juan Bonetti escribió a monseñor Nardi:

Reverendísimo Monseñor:

Con el corazón lleno de aflicción por las injurias lanzadas a Nuestro Padre Santo por un ingrato hijo suyo, el cardenal De Andrea, postrado espiritualmente a vuestros pies os suplico, Reverendísimo Monseñor, que, inspirado por vuestra prudencia y ardiente celo, empuñéis la pluma, descubráis los sofismas, demostréis al mundo escandalizado las insidias **[190]**, que el desgraciado escrito esconde. Devolved, en nombre de todos los católicos, una compensación a nuestro óptimo Padre Pío IX, tan vilmente tratado por quien menos debería hacerlo; apartad a tantos incautos del peligro de ser ofuscados. Demostrad que ese infeliz sigue las huellas de los enemigos de la Iglesia y de la autoridad papal; poned en claro que esa soberbia Eminencia, como un nuevo Lucifer, se precipitó en el fango desde las estrellas. Esta afrenta inferida a la Iglesia y al Pontífice no puede quedar impune ante los fieles. Tampoco san Pedro tuvo deferencia con el traidor y dijo en plena reunión que *suspensus crepuit medius* (cayó de cabeza y se reventó por medio), etc.

Monseñor, vuestra pluma es para esto; que el Señor, ultrajado en su Vicario, le inspire, le conceda gracia y tiempo para llevar a cabo esta labor tan digna de la Iglesia y tan provechosa para los fieles.

Mientras tanto, ya que yo no pueda, ni con mi pluma ni con mi ingenio, defender a nuestro amadísimo Padre Pío IX, me conformo defendiéndole por ahora con mis oraciones y mis lágrimas.

Le ofrezco mis humildes saludos y con la más profunda veneración, celebro suscribirme, etc.

JUAN BONETTI, *Pbro.*

Nuestro queridísimo hermano escribió también una carta a otro periodista, que nosotros creemos fuera el teólogo Margotti; en el borrador no consta ningún nombre.

...Seré breve para no robar su tiempo. Vuestra Señoría haga de esta mía el caso que le plazca en el Señor. Creo yo que haría V. S. una obra santa si reuniese en un artículo a propósito todas las culpas y delitos del cardenal Jerónimo De Andrea y los comparase con las defensas que él intentó hacer sofisticadamente en su insidiosa y muy injuriosa Apelación al Papa, poco ha publicada en su prestigioso diario. De este modo el lector podría rápidamente, y casi en un abrir y cerrar de ojos, advertir las ofensas de esa desgraciada Eminencia, que cual nuevo Lucifer cayó desde las estrellas y de modo tan escandaloso se deshonró a sí mismo y a la Iglesia en estos días ya tan desgraciados para él. Si aún viviera san Juan, no dudaría en llamarlo primogénito de Satanás.

Bien es verdad que se puede recurrir al Breve del 12 de junio, pero no todos pueden hacerlo; hay, pues, peligro de que en la mente de algún incauto queden algunas malas impresiones producidas por la lectura de esas cartas escandalosas.

¡Qué amargado debe estar el Santo Padre! ¡Es lo que le faltaba para convertirse en el hombre de los dolores! Por eso, cuánto agradecerá todo corazón bien nacido que se le proporcione, en estos días, una reparación digna por parte de aquellos sus queridos hijos que detestan la impía **[191]** ingratitud de ese traidor. ¿No sería lo más propio una carta muy afectuosa, en forma de mensaje, firmada por el Clero Italiano? Piénselo V. S. y haga según su prudencia y el celo intrépido que tanto le distingue actualmente en defensa de la Iglesia y del Santo Padre. Por lo demás, yo quedo satisfecho por haber expuesto en esta mía un piadoso deseo y por haber desahogado un poco el vivo dolor que sentí al leer las injurias lanzadas contra el Padre Santo a quien tanto quiero. No pudiendo, como V. S., defenderle con la pluma, le defiendo como puedo con las oraciones. Perdone mi molestia.

En el mes de septiembre de 1866 dirigió una tercera carta al mismo cardenal De Andrea.

Eminencia:

Levantad los ojos al cielo, alegrad vuestro corazón. ¡Ah, sí! Las delicias, las alegrías purísimas de la bienaventuranza os decidan a poner bajo vuestros pies la gloria fugaz de este mundo.

Eminencia, yo os quiero y este corazón mío me hace temer que hayáis ofendido

a Dios, me hace temer que hayáis de expatriaros de la patria de los bienaventurados. Poned una mano sobre vuestro pecho y en el silencio de la noche, en el secreto de vuestras habitaciones, preguntad a vuestro corazón, que os responderá si es vano mi temor. Quizá os equivocáis Vos, Eminencia. Y, si así fuese, no os ilusionéis pensando reparar el mal en los últimos días de vuestra vida. No hay que olvidar que *mors non tardat* (la muerte no tarda). Retractaos ahora: en punto de muerte os hallaréis contento.

(Creedlo: vuestra retractación os procurará, también aquí abajo, mayor gloria que la que os pueden dar en estos días los que parecen vuestros admiradores. Vuestro ejemplo será, tal vez, en este siglo, como un relámpago que iluminará a muchos ciegos, que en estos días van andando a tientas por las vías del error, sacudirá fuertemente a muchos infelices, que, por debilidad o por engaño, alejados de la Iglesia Católica, duermen el sueño de la muerte en el seno del error)[1].

Vuestra retractación hará un bien inmenso a las almas, la Santa Iglesia os lo agradecerá, los católicos os admirarán y aplaudirán vuestro valor. Y el mismo Jesús os lo pagará con largueza. Poned en paz vuestro corazón, consolad a Pío IX, edificad a la Iglesia, alegrad a los ángeles. Recordad, en fin, que si vos tardáis, quizás no tarde la muerte y pudiera, tal vez, suceder que no ande lejos de vuestra puerta. Sí, os lo repito, alzad los ojos al cielo, elevad al cielo vuestro corazón, perdedlo todo, pero no perdáis el paraíso.

[191] Besando la sagrada púrpura con profunda veneración, me profeso
De Vuestra Eminencia,

Mirabello Monferrato (septiembre 1866)

Humildísimo y respetuoso servidor
JUAN BONETTI, *Pbro.*

Por toda respuesta recibió don Juan Bonetti un ejemplar de la autodefensa del Cardenal, impresa; tal vez la Apelación al Papa. Bonetti, a su vez, replicaba:

Eminencia:

He recibido, poco ha, vuestro escrito. Si sois Vos quien me lo enviáis, os agradezco la molestia que os habéis tomado; no merezco tanto. Y puesto que se me presenta una ocasión propicia; permitidme algunas observaciones, que me parecen sugeridas por el gran afecto que profeso a la Santa Sede, al Vicario de Cristo, así como a V. E.

Vos os llamáis inocente, y llamáis culpable al Padre Santo. Otros dicen lo contrario. Por tanto, la cosa es, por lo menos, dudosa. Sed, pues, inocente, Eminencia, quiero concedéroslo; pero, en tal caso, Vos, en vuestros escritos, me ofrecéis el aspecto de un hijo que, para librarse a sí mismo de la infamia, se la arroja a su propio padre. Y si así fuera, Eminencia, ¿qué se debería decir de vuestro corazón? Vos, a mi entender, os habríais portado más laudablemente y con mayor bien para la Igle-

[1] Este párrafo, que nosotros ponemos entre paréntesis, está tachado en el manuscrito con una raya de lápiz.

sia si, como un san Francisco de Sales, satisfecho de exponer con evangélica sencillez vuestras razones, os hubierais guardado de enviar a las cinco partes del mundo ciertos escritos en los cuales se encuentran expresiones que, mientras dan mayor pábulo a los enemigos de la Iglesia, no os hacen conseguir, en modo alguno, el fin que os habíais propuesto. Porque ¿queréis justificaros ante los buenos o ante los malos?

De cara a los buenos, creedlo, os será imposible, porque éstos, en la cuestión debatida, siempre creerán más al Papa que no a un Cardenal. Algunos de ellos saben también que grandes testigos en el pasado pudieron equivocarse y creen posible todavía que otros, aunque de noble ingenio, como el vuestro, puedan al presente andar equivocados; tanto más que en vuestros escritos se encuentran algunas palabras poco respetuosas para el gran Personaje a quien van dirigidas.

Si, en cambio, quisierais justificaros ante los malos, no lo creo, puesto que yo no puedo suponer que V. Eminencia pueda temer los juicios de éstos. ¿Qué os pueden importar sus juicios? Vos habríais podido repetir: *Quid mihi de iis qui foris sunt?* (¿qué me importan los que están fuera?). Nada conseguiríais, además, para vuestro fin. Estos, con su indiferencia, se burlan del Papa y del Cardenal, pisotean las protestas del uno **[193]** y de los otros y no sacan ningún bien de sus escritos. En cambio Vos produjisteis un gran mal. Vos ayudasteis a los enemigos de la Iglesia; y a más de uno de ellos se le ha oído repetir: —Si un Cardenal obra así con el Papa, ¿no podremos nosotros hacer otro tanto?

Eminencia, francamente lo digo: hubiera preferido mil veces vivir oprimido por una persecución, fuese justa o injusta, antes de dar ocasión de escándalo a nuestros enemigos y más aún al ceto eclesiástico. Tal vez hicisteis, a pesar vuestro, un señalado servicio a los enemigos de la Iglesia. Ellos, en efecto, se glorían y enorgullecen de ello. Si pueden valer algo ante Vos mis ruegos, cese Vuestra Eminencia de difundir ciertos escritos, que no hacen más que cooperar a la ruina de las almas, esas almas por las que Jesús no sólo se humilló tanto, sino que vertió toda su preciosísima Sangre. Este Jesús os pedirá cuenta un día de si habéis cooperado a la salvación de estas almas; y, si acaso Vuestra Eminencia hubiera escandalizado alguna, piense que le amenaza un juicio tremendo. Temo por su estado. Ponga Vuestra Eminencia mente y corazón para impedir en parte el daño que sigue propagándose a cuenta de esos escritos.

Me encomiendo a sus oraciones y espero que Dios nos consuele en esta aflicción...

29 de septiembre de 1866.

JUAN BONETTI, *Pbro.*

Después de las cartas de Bonetti pareció que el Cardenal se hubiera calmado un poco. Dejó de publicar sus invectivas; pero se obstinó en permanecer en Nápoles. Las amonestaciones y castigos no obtuvieron por el momento más efecto y el Papa se vio obligado a suspenderlo, en fuerza de la Constitución de Inocencio X (*Cum juxta...* del 19 de febrero de 1646) de todos los honores, insignias y derechos cardenalicios, comprendida la privación de voz activa y

pasiva en la elección del Papa. Al mismo tiempo le fijó un plazo perentorio de tres meses para presentarse a él y recibir humildemente órdenes: transcurrido inútilmente este tiempo, De Andrea sería privado del Cardenalato y de los demás beneficios. La carta apostólica llevaba fecha del 29 de septiembre de 1867 (un año después de la última de las referidas cartas de don Juan Bonetti) y le fue entregada al Cardenal el 12 de octubre.

De Andrea, tras diferir un tanto la cosa, llegaba **[194]** a Roma, con acompañamiento especial, el 16 de diciembre; pero no fue recibido en el Vaticano hasta que hubo firmado, el 26 de diciembre, una declaración, en la que leía:

1.º Que pedía perdón al Padre Santo por la desobediencia cometida.

2.º Que le pesaba el escándalo dado con sus escritos, la relación tenida con el *Esaminatore* de Florencia y que condenaba las doctrinas de este periódico.

3.º Que se unía totalmente al mensaje de los Obispos de 1867.

4.º Que declaraba inválidas sus protestas contra el Breve pontificio del 12 de junio de 1866.

5.º Que imploraba humildemente perdón al Papa, a sus colegas y a cuantos hubiera podido ofender.

Dos días antes de que firmara esta declaración, le enviaba don Juan Bonetti la siguiente carta:

¡Viva el Niño Jesús!

Eminencia Reverendísima:

Hace poco más de un año que yo, angustiado por la desgracia que os sucedió, os enviaba una dolorosa carta, rogándoos, en mi humilde pequeñez, que volvierais al Santo Padre, y le consolarais, y edificarais al mundo. Me respondisteis entonces enviándome una carta poco antes publicada, que leí entre lágrimas. Pero, bendito sea Dios; ha pasado el tiempo malo, ha amanecido el día suspirado. Vuelvo, pues, a escribiros, Eminencia, con el corazón rebosante de la más pura alegría. Os agradezco el valor demostrado al despreciar el respeto humano y someteros a nuestro amabilísimo Padre Santo. Ahora aparecéis a mis ojos como verdaderamente grande. Satanás no pude gloriarse de haberos vencido y abatido, porque con vuestro resurgir ha perdido más de lo que había ganado con vuestra caída. Proseguid, pues, Eminencia, con la fortaleza de espíritu con que habéis empezado. Dios, la Virgen y los Santos os miran con ojos de complacencia. No lo dudéis: Jesucristo hará que el mundo católico olvide el doloroso fallo y no recuerde más que el glorioso arrepentimiento, el ilustre ejemplo. No os dejéis abatir, si en el camino emprendido encontráis punzantes espinas; si hubierais de probar alguna amargura, Jesucristo os ha

precedido en el camino del dolor y en la Cruz. Acordaos del **[195]** fallo y os resultará dulce la pena. Que el Niño Jesús y su dulcísima Madre María os envíen toda clase de bendiciones.

Aceptad finalmente, Eminencia Reverendísima, los humildes saludos de quien, con la más alta estima y profunda veneración, goza en besaros la sagrada púrpura y declararse

De V. E. Rvma.

Mirabello Monferrato, 24 de diciembre de 1867.

Afmo. y S. S.
JUAN BONETTI, *Pbro.*

Y el Papa, con Breve del 14 de enero de 1868, restituía al arrepentido todas las dignidades y cargos, a excepción del Obispado de Sabina y de la Abadía de Subiaco. En efecto, el 18 de enero, el Eminentísimo tomó parte en la Capilla Papal en San Pedro. A continuación decidió trasladarse a los Pirineos para una cura de aguas, pero sorprendido por una parálisis, moría repentinamente la noche del 14 de mayo de 1868, a la edad de cincuenta y siete años[1].

[1] Véase PELCZAR, *Pío Nono y su Pontificado – La UNIDAD CATOLICA* de los años 1864-65-67-68, etc.

[196]

CAPITULO XVII

NOTICIAS DE ROMA: PALABRAS DE PIO IX A LA GENDARMERIA Y A LOS ZUAVOS EN LA ENTREGA DE BANDERAS: SU CONFIANZA EN LA VIRGEN – LOS DESTINOS DE LA IGLESIA DE VALDOCCO – EL INTERIOR DE LA IGLESIA – LOS CUADROS DE MARIA AUXILIADORA Y DE SAN JOSE – NINGUN ACCIDENTE DE TRABAJO DURANTE EL TIEMPO DE LAS OBRAS – CONSTANTES GRACIAS DE LA VIRGEN A QUIENES AYUDABAN A LA CONSTRUCCION DE LA IGLESIA – ESTUPOR DE LOS QUE NO CREIAN O DUDABAN DEL EXITO DE DON BOSCO EN ESTA EMPRESA – PALABRAS DEL TEOLOGO MARGOTTI – LAS GRACIAS DIVINAS HAY QUE MERECERLAS – DON BOSCO ENSEÑA A LOS MUCHACHOS COMO DEBEN PORTARSE DURANTE LA NOVENA DE MARIA AUXILIADORA – BENDICION DE LAS CAMPANAS: SUS INSCRIPCIONES; SE COLOCAN EN LA TORRE – EL CANCEL DE HIERRO ANTE LA IGLESIA – LA PLAZA DE MARIA AUXILIADORA Y UN MONUMENTO – COMPRA DE TERRENOS – RESPUESTA DE DON BOSCO AL RECTOR DEL SEMINARIO: LE EXPONE EL MOTIVO POR EL CUAL NO PUDO PAGAR AL SEMINARIO LA ANUALIDAD QUE DEBIA Y QUE SERA PAGADA LO ANTES POSIBLE; LE AGRADECE UNA OFRENDA; LE RUEGA QUE MIRE TAMBIEN COMO SUYOS A LOS CLERIGOS DEL ORATORIO; LE PIDE POR FAVOR LE AVISE FRANCAMENTE CUANDO TUVIERA OBSERVACIONES QUE HACERLE – EL PAPA CONCEDE INDULGENCIA PLENARIA A LOS FIELES QUE VISITEN LA IGLESIA DE MARIA AUXILIADORA EN LA FIESTA DE SU CONSAGRACION O EN UNO DE LOS SIETE DIAS SIGUIENTES; Y AD SEPTENNIUM, *INDULGENCIA PLENARIA CON OCASION DE LA FIESTA TITULAR O EN UNO DE LOS DIAS DE LA NOVENA*

[197]

EN el mes de mayo llegaban cartas de Roma anunciando al Oratorio lo que sucedía en la ciudad santa.

«Aquí estamos tranquilísimos, por el momento. Ahora

son imposibles los motines garibaldinos; guerra en serio, sí. Pero se ve que no se atreven a empezar. Los franceses parece que siempre están viniendo, mas no llegan nunca. Lo cierto es que ya hay preparado alojamiento con camas para cinco mil. El Padre Santo está muy bien. El 5 de mayo bendijo con gran solemnidad, en el jardín pontificio vaticano, dos magníficas banderas que entregó a la gendarmería y al cuerpo de zuavos. Habían sido bordadas por las Damas de los Estados Unidos de América una y la otra por las de Barcelona. Después dirigió la palabra a las milicias.

»Recordó que aquel día estaba consagrado a la memoria de Pío V, y remarcó cómo los soldados, armados por él contra los musulmanes, habían humillado su orgullo con estrepitosa victoria, alejando de Europa el yugo que pretendían imponer.

»Declaró que era su deber defender los derechos de la Iglesia y tener guardada en el corazón plena confianza en el valor de sus soldados. A éstos les recordó la gloria de haber sostenido la causa de la religión y del derecho y el galardón que por ello recibirían de Dios en la otra vida. Aludiendo a los hechos guerreros del año anterior, exclamó:

»—Lo pasado no ha sido más que un preludio, un principio; pero no perdamos el ánimo; como siempre la Iglesia triunfará: y con la Iglesia, el Estado. Como Pío V, también yo soy príncipe de la paz, pero, a la vez guerrero».

Así escribía el Conde Connestabile della Staffa el 8 de mayo al caballero Oreglia, que ya había vuelto al Oratorio.

Pío IX ponía toda su esperanza en la Virgen, la cual en el tiempo establecido por voluntad de Dios, infaliblemente acudiría en ayuda del Vicario de su Divino Hijo: *Terribilis ut castrorum acies ordinata* (Terrible como tropa formada en orden de batalla).

Por aquellos días se acababan en Turín los trabajos en la iglesia de *María Auxilium Christianorum,* destinada a alcanzar fama mundial y a propagar dicho título y devoción **[198]** por todas las naciones de la tierra y, de la que brotarían innumerables fuentes de gracias. Era un monumento preparado para el día de los triunfos. *Inde gloria mea! (*de aquí, mi gloria) había leído don Bosco sobre sus muros en una memorable visión. El Sumo Pontífice, conocedor de la oportunidad de esta obra, se había apresurado a concurrir a ella con favores materiales y espirituales.

En los volúmenes anteriores hemos hablado del exterior de esta iglesia; ahora lo haremos del interior, tal como era en aquellos tiempos, y como fue entonces descrito por don Bosco.

Entrando por la puerta principal, obra maestra del artista turinés Ottone, diseñada por el caballero Antonio Spezia, se ven dos columnas de mármol, cuyo pedestal está labrado de tal forma que sirve de pila para el agua bendita. Ellas sostienen un coro con capacidad para trescientos cantores, divididos en dos planos o doble piso: uno para el conjunto principal de cantores y otro como para hacer el eco de los mismos. Era regalo y trabajo del maestro carpintero José Gabotti de Locarno, residente en Turín.

Las paredes están sencillamente blanqueadas, aún sin pintar, por miedo a que la reciente construcción pueda estropear la naturaleza de los colores. El basamento, el alero corrido y las cornisas son de granito. Sobre éstas, todo alrededor, y sobre la base de la cúpula, corren barandillas de hierro, para seguridad de quienes debieran realizar allí algún trabajo.

El púlpito, de nogal, muy majestuoso, dibujo del caballero Spezia, está colocado en el gran pilar de la derecha junto a la balaustrada del altar mayor, de modo que se puede ver al predicador desde todos los ángulos de la iglesia.

La parte escultural y todos los demás trabajos fueron obra de los alumnos del Oratorio de San Francisco de Sales, por cuenta de una señora noble turinesa, que quiso se callara su nombre, pero deseaba supieran todos que era regalo por una gracia recibida, y por eso se lee allí con caracteres de oro: *«Ofrenda a María Auxiliadora por una gracia recibida»*.

Todo el pavimento es al uso de Venecia, y los del presbiterio de cada altar parecen otros tantos mosaicos. El **[199]** del altar mayor no necesitaría alfombra para adornarlo en las más grandes solemnidades.

Hay cinco altares: todos en mármol labrado, y cuatro con dibujos y adornos diversos del caballero turinés Gussone que también hizo en mármol las balaustradas. El quinto altar, colocado en la primera capilla lateral según se entra a la derecha, destaca sobre los otros por la preciosidad de mármoles, en verde viejo, rojo de España, alabastro oriental y malaquita. Estará dedicado a santa Ana y es un trabajo del artista Luis Médici, a expensas de un noble boloñés.

En cada uno de los dos extremos del crucero hay dos puertas, de modo que en las grandes concurrencias de fieles puede ser fácil la entrada y la salida; y desde dos de ellas hay acceso a dos sacristías que flanquean por los dos lados el presbiterio del altar mayor.

El altar de la derecha del crucero se dedicará a san Pedro, como ofrecimiento a María Santísima de una señora romana, agradecida.

El altar de la izquierda del crucero será dedicado a san José; pero el cuadro aún no está en su sitio; el artista Tomás Lorenzone estaba pintándolo. Este representaría a la Sagrada Familia. La composición era simbólica y con este dibujo: san José está de pie sobre una nube y lleva en el brazo izquierdo al Niño Jesús, el cual tiene sobre las rodillas un cestillo lleno de rosas. El Niño toma las rosas, se las da a san José y éste las va dejando caer, poco a poco, en forma de lluvia sobre la iglesia de María Auxiliadora, que se ve debajo y tiene al fondo las colinas de Superga. El aspecto del Niño tiene una gracia singular, porque, vuelto a su querido padre putativo, le sonríe con infinita dulzura. Ante aquella divina sonrisa parece extasiarse el Santo Patriarca y diríase que la celeste alegría del Divino Infante se redobla al reflejarse en el amado rostro. Como complemento de este delicioso grupo está al lado del Niño Jesús en pie, con hermoso garbo y las manos juntas, su Santísima Madre, María, la cual, en actitud devota y totalmente absorta **[200]** en la contemplación de aquel dulce trueque de inefable cariño entre su divino Hijo y su castísimo Esposo, parece fuera de sí por la alegría infinita que le inunda el corazón.

Tres ángeles, con las manos juntas, están a los lados de la Sagrada Familia, suspendidos sobre sus alas. Uno de ellos lleva la vara florida. En la parte alta del cuadro, otros dos angelitos sostienen por los extremos una cinta en la que está escrito: *Ite ad Joseph* (Id a José).

El cuadro mide cuatro metros de alto por dos de ancho. El ángel de la vara tiene las facciones de una niña, hija de la marquesa Fassati, que murió abrasada unos años antes. Era una delicada idea de don Bosco, que conmovió profundamente a la mamá.

De esta manera describió el cuadro el mismo don Bosco, que había sugerido el proyecto.

Pero lo más notable de esta iglesia era el retablo o lienzo pintado que domina el altar mayor, con más de siete metros de alto y cuatro de ancho, encuadrado en un magnífico marco dorado. Lorenzone podía estar satisfecho de su obra.

Resalta la Virgen en medio de un mar de luz y majestad, sobre un trono de nubes. Cuelga de sus hombros un manto real que la envuelve. Tiene la cabeza coronada de estrellas y de una diadema con la que se proclama reina de cielos y tierra. Aprieta su derecha un cetro, símbolo de su poder, como aludiendo a las palabras que Ella profirió en casa de Santa Isabel. *Fecit mihi magna qui potens est* (Me hizo grande el Poderoso). En la izquierda sostiene al Niño, co-

ronado también, con los brazos abiertos, como ofreciendo sus gracias y su misericordia a quien recurre a su augusta Madre. Tras Ella se abre como un rincón del cielo, alrededor del cual se ven coros de angelitos, que le rinden pleitesía como a su reina.

En la parte superior del cuadro está representado Dios Padre, con el ojo simbólico, y un poco más abajo el Espíritu Santo en forma de paloma; desde allí llueven rayos de luz que van a posarse sobre la cabeza y alrededor de la Virgen, como para decirle: *Ave, María; virtus Altissimi obumbravit tibi* (la virtud del Altísimo te cubrió con su sombra).

[201] Abajo, divididos en dos alas, aparecen gradualmente colocados, apóstoles y evangelistas en tamaño un poco mayor que el natural. Arrobados en dulce éxtasis, contemplan atónitos a su Reina: *Regina Apostolorum, ora pro nobis.* San Pedro y San Pablo resaltan en el medio. Entre ellos se abre un paso desde el cual se ve al fondo el Santuario de Valdocco y el Oratorio, con los caseríos que lo rodeaban en aquel tiempo, y las colinas de Superga.

Es el punto desde donde los devotos dan gracias a la Santísima Virgen por los favores recibidos y la suplican siga mostrándose Madre de misericordia en los graves peligros de la vida presente.

Mérito singular del cuadro es la idea religiosa que produce una devota impresión en el corazón de quien lo contempla.

Llamó la atención que no hubiera habido ninguna desgracia entre los obreros durante el tiempo que duró la construcción de esta iglesia y se dijo que era un milagro. Sólo don Angel Savio, que vigilaba la fiel ejecución de los planos, estando en los andamios a la altura de la cúpula, puso los pies en el extremo de un tablón que se levantó, pero él no cayó, porque pudo agarrarse a un madero. Esto no debe maravillar, ya que cada ladrillo del sagrado edificio recuerda una gracia obtenida de la Augusta Reina del Cielo.

Una sexta parte del coste, casi de un millón, fue cubierta por los generosos donativos de personas devotas; el resto procedía de pequeñas limosnas de los que habían sido beneficiados por María en la salud, en los bienes, en la familia o de otra manera. Así consta en un registro que se llevó regularmente, y así lo afirmó don Bosco.

Apareció con evidencia la protección de María Santísima durante la época de los estragos del cólera. Don Bosco escribía de «una madre que al ver a su único hijo destrozado por la violencia del mal, le invitó a recurrir a María Santísima Auxiliadora de los Cristianos. En el colmo del dolor, profirió él estas palabras: *María Auxilium Christianorum, ora pro nobis.* Con el más vivo afecto del corazón re-

pitió la madre la misma jaculatoria. En aquel momento cedió la violencia del cólera **[202]**, el enfermo comenzó a sudar copiosamente, y en pocas horas quedó fuera de todo peligro y casi totalmente curado. La noticia de este hecho se difundió, y unos tras otros se encomendaron con fe a Dios Omnipotente y al poder de María Auxiliadora, con la promesa de hacer algún donativo para continuar la construcción de su iglesia. No se conoce que ninguno haya acudido de esta manera a María sin haber sido escuchado. Verificándose así el dicho de san Bernardo, que no se ha oído en el mundo que nadie haya acudido en vano con fe a María. Mientras escribo (mayo de 1868), recibo un donativo con la relación de una persona de mucha autoridad, que me anuncia cómo un pueblo entero fue librado de un modo extraordinario del estrago del cólera debido a la medalla, al recurso y a la oración hecha a María Auxiliadora. De este modo abundaron donativos de todas partes; donativos, de escasa monta, es verdad, pero que juntos fueron bastante para sufragar la obra».

Turín se asombraba al ver acabado el sagrado edificio, especialmente los que habían recordado, con un poco de ironía, las palabras del Evangelio:

—¿Quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero a calcular los gastos y ver si tiene para acabarla? No sea que habiendo puesto los cimientos, y no pudiendo terminar, todos los que lo vean empiecen a burlarse de él diciendo: «–Este comenzó a edificar y no pudo terminar» (Luc. XIV).

Y don Bosco había empezado, no sólo sin echar cuentas, sino sin tener medios; y era natural que más de uno lo acusase de imprudente. Un sacerdote le había dicho, mientras se abrían los cimientos de la iglesia, que estaba dispuesto a comerse un perro vivo, si llegaba a verla llegar al tejado. Pues bien, por aquellos días se acercó a visitar al Siervo de Dios y a llevarle un donativo, pidiéndole, sonriente, que lo dispensase de la promesa que había hecho.

El teólogo Santiago Margotti, sentado a la mesa del Oratorio con otros invitados, pronunció este brindis a don Bosco:

[203] —Dicen que don Bosco posee ciencia y me tiene sin cuidado, más aún, se la echo en cara. Afirman que don Bosco es un santo y yo me río de ello. Dicen que don Bosco hace milagros, y yo no lo discuto. Pero hay un milagro que desafío a todos a negarlo: y es esta iglesia de María Auxiliadora, construida en tres años y sin medios: ¡una iglesia que cuesta un millón!

Pero este milagro y muchos otros que forman el complejo de las instituciones de don Bosco y las gracias que le concedió la Virgen,

son argumentos que prueban la santidad del Siervo de Dios y demuestran que había en él la fe capaz de transportar las montañas, unida a un espíritu de sacrificio sin condiciones para obedecer a la voluntad del Señor.

En efecto, la divina Providencia está dispuesta a ofrecer la ayuda necesaria, a condición de que el hombre emplee todos los medios, pidiendo consejo, implorando la ayuda de los demás, empleando como mejor pueda sus pensamientos, su vigilancia, su trabajo. La Providencia no es para holgazanes. Los Santos estaban seguros de que Dios velaba junto a ellos y por ellos; no obstante, actuaron siempre con tal cautela, con tales medidas, con tal atención que no hubieran hecho nada, si Dios los hubiera abandonado a sus solas fuerzas. Pero no hubo nada, por arduo, difícil y trabajoso que fuera, que no lo emprendieran, cuando se trataba de la gloria del Señor. Confiaban que él, una vez agotados los medios humanos, acudiría en su socorro: *Ayúdate, que yo te ayudaré.* Así hizo don Bosco. No ahorró viajes, vigilias, fatigas, sudores, penurias, diligencias, afrentas, persecuciones y humillaciones para socorrer a los muchachos pobres, como si tuviera que esperar el feliz resultado de sus heroicas empresas, de su industria y no de la protección divina. Estaba persuadido de que era necesario merecer con los propios sacrificios la protección del cielo: *Dominus regit me et nihil mihi deerit* (Yavéh es mi pastor, nada me falta) (Sal. XXII, vers. 1).

Mientras tanto don Bosco repartía entre personajes distinguidos muchos ejemplares del librito titulado: *Maravillas de la* **[204]** *Madre de Dios, invocada con el título de María Auxiliadora;* y nosotros hemos encontrado, entre las cartas de agradecimiento, la siguiente tarjeta de visita: «Monseñor Luis Marchese di Canossa, Obispo de Verona, muy agradecido también por el reciente obsequio del hermoso librito de *María Auxiliadora*».

No pasaba día sin que el Siervo de Dios no escribiese una línea, en las cartas o en las estampas, en honor de la bienaventurada Virgen María para inspirar devoción hacia Ella, y conservaba las narraciones de gracias obtenidas por su mediación para formar con ellas libritos a fin de que María fuese cada vez más honrada y amada.

El 14 de mayo enseñaba a los alumnos cómo debían hacer la novena de María Auxiliadora.

Tengo que daros una buena noticia: mañana empieza la novena de María Auxiliadora. Este año no podremos celebrarla todavía en la iglesia nueva, pero espera-

mos hacerlo el próximo con gran solemnidad. En esta novena no haremos más que lo que se hacía en el mes de mayo los pasados años, pero debemos hacerlo bien. Cumplir bien las flores que se leen por la noche. Durante el día haga cada uno alguna práctica de piedad. Rece cada cual tres padrenuestros, avemarías y glorias a Jesús Sacramentado y tres salves a la Virgen. Ella quiere concedernos favores. Pida cada cual a la Virgen la gracia que más necesite. Para uno será necesaria la gracia de vencer ciertas tentaciones contra la pureza, para otro poder enmendarse de un defecto, como la ira, el decir palabras duras, la holgazanería, etc. En fin, cada uno ponga gran empeño en el cumplimiento de los propios deberes. Si lo hacemos así, tendremos novecientos noventa y nueve grados de probabilidad sobre mil, de que la Santísima Virgen nos concederá la gracia que necesitamos. Y para mí, ¿qué gracia pediré? Para mí pediré que pueda salvar todas vuestras almas.

El día 21 de mayo, a las tres de la tarde, fueron bendecidas solemnemente las cinco campanas para colocarlas en la torre. Estaban colgadas con maromas en fuertes caballetes de madera, en medio del nuevo santuario. Formaban simultáneamente un acorde en *mi bemol.* Era el primer caso en la ciudad de Turín. Habían sido fabricadas en la angitua fundición G. B. Mazzola e hijos, de Valduggia (Valsesia).

[205] Algunos beneméritos devotos con sus donativos habían promovido la fundición y pagado el bronce de las campanas. En cada una se grabaron adornos e imágenes, con dos inscripciones análogas, dictadas por don Bosco, una en la parte superior, obra en el borde.

En la primera campana se leía: *Uni trinoque Domino sit sempiterna gloria MDCCCLXVIII.– Dirigat Dominus familiam Viancino.– Auxilium Christianorum, ora pro ea* (Gloria eterna al Señor, uno y trino 1868.– Dirija el Señor a la familia Viancino.– Auxilio de los Cristianos, ruega por ella).

En la segunda: *Deo provido benedictio et gratiarum actio: MDCCCLXIII.– Cristina Celebrini y su hijo José obsequian a María Auxiliadora en honor del Beato Odino* (Bendición y acción de gracias a Dios providente. 1868).

En la tercera: *Qui timetis Dominum benedicite eum, MDCCCLXVIII.– O rosa mistica, tu nos ab hoste protege et mortis hora suscipe. Familia Mercurelli de Roma* (Bendecid al Señor los que le teméis. 1868.– Oh rosa mística, protégenos contra el enemigo y en la hora de la muerte defiéndenos).

En la cuarta: *Ab omni malo libera nos Domine, MDCCCLXVIII.– Laudo Deum, plebem voco, defunctos ploro, festa decoro. Cambone*

y su familia (Líbranos Señor, de todo mal. 1868. Alabo a Dios, llamo al pueblo, lloro a los difuntos, alegro las fiestas).

En la quinta: *Sit nomen Domini benedictum, MDVCCCLXVIII.– Cuando María pide, todo se obtiene, nada se niega. Totum nos Deus habere voluit per Mariam* (Bendito sea el nombre del Señor, 1868. Dios quiso dárnoslo todo por medio de María).

Una de ellas fue dedicada al Supremo Jerarca de la Iglesia, Pío IX, cuya imagen se grabó; otra al arzobispo monseñor Riccardi, también con la figura y el escudo del venerado Pastor. En otras dos, el fundidor bosquejó la efigie de don Bosco.

La iglesia estaba llena de jóvenes y de señores invitados. La banda de música, los cantores y numeroso clero formaban un gran círculo en derredor de las campanas. Monseñor Balma, terminada la ceremonia, pronunció un interesante discurso acerca del empleo de las campanas y lo que pretende la Iglesia al bendecirlas, al consagrarlas y al tocarlas para reunir a los fieles en el templo o para invitarles a rezar en sus casas.

Tenemos todavía una breve relación de aquel suceso.

[206] En el año del Señor 1868, el día 21 de mayo, fiesta de la Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo, reinando en la Sede Pontificia S. S. Pío IX y siendo Arzobispo de Turín S. E. Monseñor Alejandro dei Conti Riccardi di Netro, fueron consagradas por S. E. Rvma. Monseñor Balma, Obispo de Tolemaida, cinco campanas para colocarlas en el campanario de la nueva iglesia dedicada a María Auxiliadora, en el barrio de Turín, denominado Valdocco.

La mayor, que pesaba ... Mg; recibió los nombres de *Carolina, Francisca.* Fue padrino el señor conde de Viancino y madrina la señora condesa de Viancino.

La segunda, que pesaba ... Mg; recibió los nombres de *Dominga, María.* Fue padrino el señor marqués de Fassati y madrina la señora marquesa de Fassati.

La tercera, que pesaba ... Mg; recibió los nombres de *Teresa, María Asela.* Fue padrino el marqués de Fassati y madrina la señora marquesa De Maistre.

La cuarta, que pesaba ... Mg; recibió los nombres de *Delfina, Eugenia.* Fue padrino el conde Luis Ricardo de Castelvecchio y madrina la señora condesa Delfina Viancino Malaspina.

La quinta, que pesaba ... Mg; recibió los nombres de *Angela, Juana.* Fue padrino el señor comendador Dupraz y madrina la señora Dupraz.

El peso de las campanas era: ochocientos setenta y cinco kilogramos la primera, setecientos cincuenta la segunda, cuatrocientos cuarenta la tercera, trescientos setenta y cinco la cuarta y doscientos cincuenta la quinta.

Después de la ceremonia litúrgica, se hizo un ensayo armónico de las nuevas campanas, e inmediatamente fueron transportadas a

los pies del campanario y elevadas con el montacargas al puesto destinado. Mientras subían, tocaba la banda y aplaudía la multitud. Para no cargar su gran peso sobre las columnas de la torre, se había hecho un andamio de hierro que se apoyaba en el rellano de las ventanas y debía sostenerlas. Para facilitar su volteo, en lugar de las acostumbradas gruesas mazas de madera con un largo brazo, estaban provistas de pequeñas mazas de hierro fundido y una ancha rueda.

Para tocarlas durante aquellos días de fiesta llegó de Strevi el señor Porta, maestro en el arte de las campanas, el cual ya las había probado en la iglesia.

Otras ideas preocupaban a don Bosco para arreglar los **[207]** terrenos adquiridos delante de la iglesia. Al salir de la misma se bajaba a una explanada ya arreglada, de cuarenta y nueve metros de larga por dieciséis de ancha. Debía estar separada por una hermosa verja de hierro, y el Ayuntamiento daba permiso, el 7 de mayo, para que fuera puesta en su sitio. Rozaba ésta con la calle Cottolengo y de la otra parte había sido trazada la plaza hasta el paseo hoy llamado Reina Margarita, aún sin nivelar y llena de ramblas.

Por aquí atravesaba a veces don Bosco para ir a la ciudad. Salió un día, acompañado de don Juan Garino y, mirando con viva complacencia la fachada de la iglesia, le dijo:

—Aquí, en medio, me gustaría levantar un monumento que representara a Moisés en actitud de golpear la roca y hacer brotar de ella unos chorros de agua que fueran recogidos en un estanque.

Y volviendo los ojos en derredor añadió que, en aquella plaza tenía intención de construir un gran edificio que sirviese para hospedar sacerdotes, bienhechores, bienhechoras y padres de alumnos, que viniesen a Turín para visitar la iglesia y asistir a las funciones solemnes.

Pero, antes de ver cumplidos sus proyectos, era necesario comprar unos trozos de tierra que pertenecían a diversos propietarios. El 5 de mayo de 1868, con escritura otorgada por Zerboglio, compró un terreno de 0,00,47 hectáreas de la señora C. Polissena Pullini, viuda de Rocci, a su hija Clementina y los cuñados Rocci. Y andaba en tratos de compra, que terminaron el 29 de junio de 1868, según escritura otorgada por Pavesio, con el caballero Tomás Gamacchio, que le vendía treinta y tres áreas y noventa centiáreas con derecho a riego, por cinco mil setecientas ochenta y cinco liras. Este terreno, que pertenecía al Seminario Arzobispal de Turín, había pasado, por ley del 15 de agosto de 1867, N.º 3848, al patrimonio del Estado, y

en subasta del 5 de noviembre de 1867, escriturada por Daneo, había pasado a propiedad del citado Gamacchio.

Pero pesaba alguna deuda sobre el terreno anteriormente comprado, y don Bosco contestaba a una demanda de pago del canónigo Vogliotti:

[208] *Ilmo. y M. R. Señor Rector:*

Crea, señor Rector, que el único motivo por el que se ha diferido pagar la anualidad de los intereses debidos al Seminario, procede de la nueva forma de administración de los bienes administrados hasta ahora por la autoridad eclesiástica. Ya he pasado por el Seminario, y un día esperé largo rato en la Curia para hablar con usted sobre el particular, pero unas reuniones, a las que usted debía asistir, me lo impidieron. Ahora, que sé por su carta cómo y dónde debo pagar, me daré prisa, y en la próxima semana serán ajustadas todas las partidas, incluidos los gastos de los ejercicios espirituales hechos y por hacer.

Ruégole, señor Rector, se convenza de que también nosotros nos encontramos en gravísimos apuros, pero en el caso de que yo hubiera tenido intención de pedir una condonación, lo habría hecho, no interpretando su caridad, sino suplicando su piadosa voluntad, como lo he hecho en otras ocasiones. Sin embargo, acepto con el más sentido agradecimiento la reducción de las ciento cincuenta liras que paga de su bolsillo, y ruego a Dios le recompense dignamente, concediéndole, sobre todo, salud estable y duradera.

Si me lo permite, le hago una observación, o mejor, un ruego, Cuando habla de nuestros clérigos siempre dice *sus clérigos, clérigos del Oratorio.* Me haría un favor si quisiera llamarlos también *suyos*, puesto que usted sabe que son pocos y estos pocos, una vez sacerdotes, van a la *diócesis*, como Reviglio, Rocchetti, Leggero, Rovetti, etc. Los mismos que se quedan aquí puede decirse que trabajan incesantemente en la preparación de clérigos para el seminario diocesano, o ayudan de otra manera predicando, enseñando catecismo o cosas semejantes.

Todavía le pido otro favor, y es que, cuando tenga algo que observar o notar sobre mí, sobre los clérigos o sobre la marcha del Oratorio, me lo diga siempre sin rodeos o bien me avise por medio de algún seminarista y yo acudiré enseguida a usted.

Ofreciéndole nuestro servicio para todo aquello que yo mismo o esta casa seamos capaces, le auguro toda clase de bendiciones celestiales y me profeso, con todo aprecio y veneración

De V. S. Ilma. y M. R.

Turín, 22 de mayo de 1868.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Aquel mismo día abría el Sumo Pontífice los tesoros de la Iglesia para animar a los fieles a participar en la solemne consagración del templo de María Santísima Auxiliadora y concedía una indulgencia plenaria especial con el Breve siguiente:

A todos los fieles cristianos que lean las presentes letras, salud y bendición apostólica.

Dispuestos con piadoso celo a promover la religión en los fieles y el bien de las almas con los celestes tesoros de la Iglesia, a todos los fieles de ambos sexos que, sinceramente arrepentidos y confesados y alimentados con la comunión, visiten religiosamente la iglesia dedicada en Turín a la Virgen María Inmaculada, bajo el título de *Auxilio de los Cristianos*, en el día que la iglesia sea consagrada o en uno de los siete siguientes, a elección y gusto de cada cual, y pidan allí a Dios por la concordia entre los príncipes cristianos, por la extirpación de las herejías y por la exaltación de la Santa Madre Iglesia, en el día de los antedichos que haga esto, concedemos por la misericordia de Dios, la Indulgencia Plenaria y la remisión de todos sus pecados, la cual podrán aplicar a modo de sufragio por las almas de aquellos fieles que, unidas a Dios en caridad, pasaron de esta vida.

La presente vale sólo para una vez.

Dado en Roma, en San Pedro, bajo el anillo del Pescador, el día 22 de mayo de 1868. Vigésimo segundo año de nuestro Pontificado.

Por el Eminentísimo PARACCIANI CARELLI
J. B. BRANCALEONI, Canciller sustituto[1]

(L. † S.)

Concedía también otra indulgencia plenaria, por siete años, con ocasión de la fiesta titular de la iglesia, el 24 de mayo.

---

[1] PIUS PP. IX. Universis Christi fidelibus praesentes litteras inspecturis salutem et Apostolicam Benedictionem.

Ad augendam fidelium religionem et animarum salutem, coelestibus Ecclesiae thesauris pro charitate intenti, omnibus utriusque sexus Christi fidelibus vere poenitentibus et confessis ac Sacra Communione refectis, qui Ecclesiam B. M. V. I. dicatam sub titulo *Auxilium Christianorum* Civitatis Taurin., die quo dicta Ecclesia rite consecratur, vel in uno ex septem diebus continuis inmediate subsequentibus, uniuscuiusque Christi fidelis arbitrio sibi eligendo, devote visitaverint et ibi pro Christianorum principum concordia, haeresum extirpatione ac S. Matris Ecclesiae exaltatione pias ad Deum preces effuderint, quo die prefatorum id egerint, plenariam omnium peccatorum suorum indulgentiam et remissionem, quam etiam animabus Christi fidelium, quae Deo in charitate conjunctae ab hac luce migraverint, per modum suffragii applicari possint, misericorditer in Domino concedimus. Praesentibus pro hac vice tantum valituris.

Datum Romae, apud S. Petrum, sub annulo Piscatoris, die XXII Maii MDCCCLXVIII, Pontificatus nostri anno vigesimo secundo.

Pro D.no PARACCIANI CLARELLI
Jo. B. BRANCALEONI, *Cancell. Subst.*

El Provicario General, Monseñor Vogliotti, autorizaba la difusión e impresión con fecha 28 de mayo de 1868.

A todos los fieles cristianos que lean la presente, salud y Bendición apostólica.

Dispuestos con piadoso celo a promover la religión entre los fieles y el bien de las almas con los celestiales tesoros de la Iglesia, a todos los fieles de uno y otro sexo que, verdaderamente arrepentidos, confesados y alimentados con la sagrada comunión, visiten con religiosidad la iglesia dedicada a la Bienaventurada Virgen María Inmaculada, bajo el título de *Auxilio de los Cristianos*, en el día de la fiesta titular o en uno de los nueve días precedentes, a elegir a gusto de cada uno, y en ella pidan a Dios por la concordia entre los príncipes cristianos, por la extirpación de las herejías y por la exaltación de la Santa Madre Iglesia, en un día de los antedichos que tal haga, concedemos por la misericordia de Dios Indulgencia Plenaria y remisión de todos los pecados, que podrán también aplicar, a modo de sufragio, por las almas de aquellos fieles que, unidos a Dios en caridad, salieron de esta vida.

La presente vale solamente para siete años.

Dado en Roma, junto a San Pedro, bajo el anillo del Pescador, el día 22 de mayo de 1868. Vigésimo segundo de nuestro Pontificado.

Por el Eminentísimo Card. PARACCIONI CLARELLI
J. B. BRANCALEONI, Canciller sustituto[1]

(L. † S.)

---

[1] PIUS PP. IX. Universis Christi fidelibus praesentes litteras inspecturis salutem et Apostolicam Benedictionem.

Ad augendam fidelium Religionem et animarum salutem, coelestibus thesauris pia charitate intenti, omnibus utriusque sexus fidelibus vere poenitentibus et confessis ac sacra Communione refectis, qui Ecclesiam B. M. V. I. dicatam sub titulo *Auxilium Christianorum* Civitatis Taurin. die festo Titulari eiusdem Ecclesiae, vel in uno ex novem diebus praecedentibus, uniuscuisque Christi fidelis arbitrio sibi eligendo, devote visitaverint, et ibi pro Christianorum Principum concordia, haeresum extirpatione ac Sanctae Matris Ecclesiae exaltatione pias ad Deum preces effuderint, quo die prefatorum id egerint, plenariam omnium suorum peccatorum indulgentiam et remissionem, quam etiam animabus Christi fidelium quae in Dei charitate coniuncti ab hac luce migraverint per modum suffragii applicare possint, misericorditer in Domino concedimus. Praesentibus tantum ad septennium valituris.

Datum Romae apud S. Petrum, sub annulo Piscatoris, die XXII Maii MDCCCLXVIII, Pontificatus nostri anno vigesimo secundo.

Pro D.no Card. PARRACCIANI CLARELLI
J. B. BRANCALEONI, *Cancell. Subst.*

El Vicario General Monseñor Zappata, permitió su publicación el 8 de junio.

[211]

CAPITULO XVIII

LA MUERTE DEL SEGUNDO JOVEN INDICADA EN EL SUEÑO – SE CUMPLEN TODAS LAS CIRCUNSTANCIAS DICHAS – DON BOSCO ESCRIBE EL PANEGIRICO DE SAN FELIPE NERI – MARCHA A ALBA, DONDE DEBE PRONUNCIARLO ANTE LA CONGREGACION SACERDOTAL – COMO DE COSTUMBRE, NO TIENE UN MOMENTO DE TRANQUILIDAD PARA UNA PREPARACION PROXIMA – IMPROVISA UN NUEVO SERMON – EL PANEGIRICO QUE HABIA ESCRITO – VA A BAROLO – PRIVILEGIO CONCEDIDO POR PIO IX PARA SIETE AÑOS DE UN ALTAR PRIVILEGIADO EN LA IGLESIA DE MARIA AUXILIADORA – EL JOVEN INSTRUIDO *(EL JOVEN CRISTIANO): ELOGIO DE LA* UNIDAD CATOLICA

PASABAN los meses y los alumnos del Oratorio esperaban con viva curiosidad el cumplimiento de la segunda muerte indicada en el sueño. Hechos los cálculos, parecía que tenía que suceder en mayo lo más tarde. Y he aquí que muere en el Oratorio el joven Corecchio, tras unos pocos días de enfermedad. *La Unidad Católica* del 26 de mayo de 1868 publicaba en sus notas necrológicas: «Difuntos del 24-5-1868... Pedro Corecchio, de dieciséis años, natural de Santhià, estudiante».

Los padres del joven habían ido a visitarlo, cumpliéndose así una de las circunstancias predichas. Don Bosco, en cambio, como también había anunciado, no pudo darle el último adiós; estaba, como diremos, fuera de Turín. Otros detalles que identificaban a Corecchio como el segundo del sueño, fueron la piedad con que recibió los últimos sacramentos y su muerte edificante. A don Bosco se le había dicho: *«Estuvo enfermo ocho días»*.

[212] Don Miguel Rúa escribió en el registro de los difuntos:

Mayo, 1868 — «Muere Pedro Corecchio, de San Damián (Santhià), nacido el 25 de noviembre de 1852. Su asiduidad a las sagradas funciones y su buena disposición para los estudios le agenciaron la protección de su párroco, que consiguió internarlo en el Oratorio. Fue juicioso y de pocas palabras: sin embargo, no le faltaba la necesaria apertura de corazón con los superiores. Sobresalía en clase por su diligencia y capacidad, y se podía esperar de él excelente

resultado. Una violenta enfermedad, que soportó con toda paciencia, le arrancó al cariño de sus padres, superiores y compañeros; pero lo llevó al cielo».

Nótese, además, una circunstancia del sueño. Don Bosco había visto solamente el féretro de este difunto, porque fue el único de los tres que murió en el Oratorio. No vio el de los otros dos, pues el primero murió en el colegio de Lanzo, y el tercero, como veremos, moriría en el hospital.

El Siervo de Dios había ido aquellos días a Alba, donde le habían invitado a predicar el panegírico de san Felipe Neri. Dado que era la fiesta de la Congregación Sacerdotal, había escrito su sermón, y como no le gustara su primer trabajo, lo volvió a hacer.

Después se lo entregó a dos Juan Bonetti, para que lo examinara y lo corrigiera, pero éste lo examinó y lo dejó casi como había sido escrito. Resulta difícil explicar cómo se las arreglaba don Bosco para mantener lúcida y vigorosa su mente, ya que no tenía nunca un momento de reposo. Para recorrer un trecho de camino que no necesitaba más de media hora, él empleaba dos o tres, pues eran muchos los que le paraban o le acompañaban para tratar con él algún asunto del alma. En los vagones del ferrocarril, en las estaciones siempre se encontraba con alguien que deseaba hablarle. No había pueblo ni ciudad donde no tuviese bienhechores, amigos, conocidos o jóvenes educados por él.

—El único sitio, decía, adonde nadie va a molestarme, es el púlpito y por eso resulta un descanso para mí subir a él.

[213] Así le sucedió al ir a Alba, donde le esperaba el obispo, monseñor Eugenio Galletti, con el afecto de un santo deseoso de conversar con otro santo. No sabía decir cuán grande era su aprecio por don Bosco y cuántas veces hablaba de él a sus seminaristas, a quienes iba a visitar todas las tardes.

Don Bosco se llevó consigo el panegírico, pero las continuas visitas hasta el último instante no le permitieron darle una ojeada. Así que, cuando se halló en el púlpito, no se atuvo a lo que había escrito y se lanzó *ex abrupto* sobre el tema de un modo poético: lo hemos señalado ya en el segundo volumen de estas *Memorias*[1], pero aquí no podemos por menos de recordarlo nuevamente.

Imaginó hallarse sobre una de las colinas de Roma, con la ciudad tendida ante sus ojos y contemplando a un joven que subía hacia él. Describió minuciosamente su rostro, su mirada, su porte y a conti-

[1] *Véase* la pág. 46 del II volumen.

nuación se puso a dialogar con él. Preguntó al desconocido de dónde venía, qué hacía, por qué iba tan solo y abatido; cuáles eran sus pensamientos, sus proyectos, su vida pasada; si amaba al Señor, cuál era su patria; y a cada pregunta daba la respuesta del jovencito. Terminó preguntándole:

—¿Amas a la Virgen?

Al llegar a este punto, suspendió el diálogo, describió el semblante del joven, el brillo de sus ojos al oír esta pregunta, su sonrisa, su respuesta, y siguió interrogándole:

—¿Quién eres, cómo te llamas?

—Felipe Neri, respondió el joven.

Dicho esto, entró en el tema diciendo:

—Vengo, queridos oyentes, a deciros cuál será el porvenir de este joven.

No se puede describir la impresión que produjo este sermón; aunque las palabras de don Bosco originaran en toda ocasión maravillosos efectos. Esta puede deducirse del sermón que había escrito y que no pronunció, y que **[214]** aún se conserva. Aunque improvisó, no cambió la esencia, sino que expuso al auditorio todos aquellos pensamientos.

Lo presentamos por entero, para que se conozca cómo hacía don Bosco los panegíricos. Popular en las ideas, sencillo en el lenguaje, afectuoso en la expresión, puede servir de modelo al predicador evangélico, que no mira más que la salvación de las almas.

PANEGIRICO DE SAN FELIPE NERI

Aunque las virtudes y las actuaciones de los santos vayan dirigidas todas al mismo fin, que es la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas, no obstante es diverso el camino seguido para alcanzar el más alto grado de santidad al que Dios los llamaba. La razón parece ser ésta: en la maravillosa distribución de sus bienes, suele Dios llamarnos a sí de varias maneras y por distintos caminos, a fin de que las diversas virtudes, contribuyendo todas a adornar y embellecer nuestra Santa Religión, cubran, por así decirlo, a la Santa Iglesia con un variado manto que lo haga aparecer a los ojos del Celeste Esposo como una reina sentada sobre un trono de gloria y majestad.

En efecto, nosotros admiramos el fervor de muchos solitarios que, desconfiando de sí mismos en tiempo de persecuciones o por miedo a naufragar en el siglo, dejaron casa, parientes, amigos y todo lo suyo para marchar a áridos desiertos, apenas habitados por las fieras. Otros, como aguerridos soldados del Rey de los cielos, afrontaron todo peligro y despreciando el hierro, el fuego y la misma muerte, ofrendaron con alegría la vida, confesando a Jesucristo y sellando con su propia sangre

las verdades que proclamaban en alta voz. Así, todo un ejército, movido por el deseo de salvar almas, parte a países lejanos, mientras otros añaden entre nosotros esplendor y brillo a la Iglesia de Jesucristo con el estudio, la predicación, el recogimiento y la práctica de otras virtudes. Hay además algunos, hechos según el corazón de Dios, los cuales reúnen tal complejo de virtudes, de ciencia, de valor y de heroicos trabajos, que hacen bien patente cuán maravilloso es Dios en sus santos. *Mirabilis Deus in sanctis suis.* Todas las épocas de la Iglesia son enaltecidas por alguno de estos héroes de la Fe. El siglo decimosexto tiene, entre otros, a un san Felipe Neri, cuyas virtudes son el objeto de esta respetable asamblea y de este nuestro discursito.

Pero ¿qué puede decirse en un discursito sobre un santo, cuyos hechos resumidos forman gruesos volúmenes? ¿Hechos que bastan por sí mismos para presentar un perfecto modelo de virtud al sencillo **[215]** cristiano, al miembro fervoroso del claustro, al más laborioso eclesiástico? Por estas razones, no pretendo exponeros ampliamente todas las acciones y todas las virtudes de Felipe, puesto que vosotros, mejor que yo, las habéis leído, meditado e imitado; me limitaré solamente a daros una breve noticia de lo que forma como el eje en cuyo derredor se perfeccionaron, por así decir, todas las demás virtudes; esto es, el celo por la salvación de las almas.

Este es el celo recomendado por el Divino Salvador cuando dijo: He venido a traer fuego a la tierra y ¿qué más deseo sino que se encienda? *Ignem veni mittere in terram et quid volo nisi ut accendatur?* Celo que haría exclamar al apóstol Pablo que deseaba ser anatema de Jesucristo por sus hermanos: *Optabam me esse anatema pro fratribus meis.*

Pero ¡en qué crítica situación me he metido, señores! Yo, que apenas si puedo ser vuestro alumno, ¿dármelas ahora de maestro? Es verdad, y precisamente para que no se me tache de temerario, pido previamente benévola compasión, por si en mi poquedad no puedo corresponder a vuestras esperanzas. Por lo demás, todo lo espero de la gracia del Señor y de la protección de nuestro Santo.

Para abrirme camino al tema propuesto oíd un curioso episodio. Se trata de un joven de apenas veinte años. Movido por el deseo de la gloria de Dios, abandona a sus padres, de los que era hijo único; renuncia a la notable fortuna del padre y de un tío rico, que le quiere por heredero; y solo, sin saberlo nadie, sin ningún miedo, apoyado únicamente en la divina Providencia, deja Florencia y va a Roma. Miradlo ahora: es recibido caritativamente por un paisano suyo (Galeoto Caccia); él se detiene en un ángulo del zaguán de la casa; está con la mirada puesta en la ciudad, absorto en graves pensamientos.

Acerquémonos a él y preguntémosle:

—Joven, ¿quién sois vos y qué miráis con tanta ansiedad?

—Soy un pobre joven forastero; miro y vuelvo a mirar esta gran ciudad y un pensamiento llena mi mente; pero temo sea locura y temeridad.

—¿Cuál es?

—Consagrarme al bien de tantas pobres almas, de tantos pobres niños que, faltos de instrucción religiosa, van por el camino de la perdición.

—¿Tenéis cultura?

—Apenas si he pasado la escuela primaria.

—¿Contáis con medios materiales?

—Nada, no tengo ni un pedazo de pan, fuera del que caritativamente me da cada día mi patrón.

—¿Tenéis iglesias, tenéis casas?

—No tengo más que una habitación baja y estrecha, que me han dejado **[216]** por caridad. Mi ropero es una sencilla cuerda de una a otra pared, en la que cuelgo mi ropa y todo mi ajuar.

—¿Cómo queréis, pues, sin un nombre, sin ciencia, sin bienes y sin asiento, acometer una empresa tan gigantesca?

—Es verdad; precisamente la falta de medios y de méritos me preocupa. Pero Dios me da ánimos. Dios que suscita de las piedras hijos de Abrahán, es el mismo Dios que...

Este pobre joven, señores, es Felipe Neri, que está meditando la reforma de las costumbres de Roma. Es él quien mira aquella ciudad; pero ¡ay! cómo la ve. La ve esclava de los extranjeros desde hace tantos años; la ve horriblemente atormentada por pestes y miseria; la ve después de haber estado por tres meses asediada, combatida, vencida, saqueada y, puede decirse, destruida.

Esta ciudad debe ser el campo donde el joven Felipe recoja copiosos frutos. Veamos cómo se dispone a la obra. Sin más ayuda que la de la divina Providencia, reanuda el curso de sus estudios: estudia filosofía, teología y, siguiendo el consejo de su director, se consagra a Dios en el estado sacerdotal. Con la sagrada ordenación se redobla su celo por la gloria de Dios. Una vez ordenado sacerdote se persuade con san Ambrosio de que: con el celo se adquiere la fe, y con el celo es conducido el hombre a la posesión de la justicia. *Zelo fides acquiritur, zelo justitia possidetur* (san Ambrosio, salmo 118).

Felipe está persuadido de que ningún sacrificio es tan grato a Dios como el celo por la salvación de las almas. *Nullum Deo gratius sacrificium offerri potest quam zelus animarum* (Greg. M. in Ez.) Movido por estos pensamientos, parecíale que multitud de cristianos, especialmente de muchachos pobres gritaban continuamente con el profeta en contra suya: *Parvuli petierunt panem et non erat qui frangeret eis* (Los niños pidieron pan, y no había quien se lo partiese). Mas, cuando pudo entrar en las oficinas públicas, en los hospitales y en las cárceles, y ver gente de toda edad y condición dada a reyertas, blasfemias, robos y esclava del pecado, entonces comenzó a reflexionar cómo muchos ultrajaban a Dios casi sin conocerlo, no observaban la ley divina porque la ignoraban; entonces vinieron a su mente los suspiros de Oseas cuando dice: (IV-1-2) Porque el pueblo desconoce las cosas de la eterna salvación, han inundado la tierra los más grandes, los más abominables delitos. Pero, ¡cómo se afligió su inocente corazón, cuando advirtió que gran parte de aquellas pobres almas andaban perdidas miserablemente porque no estaban instruidas en las verdades de la fe! Este pueblo, exclamaba con Isaías, no ha conocido las cosas de la salvación, por ello el infierno ha dilatado su seno, ha abierto sus descomunales abismos y allí caerán los campeones, el pueblo, los grandes y los poderosos: *Populus meus quia non habuit scientiam, propterea... infernus aperuit os suum, absque ullo termino* **[217]** *et descendent fortes ejus, et populis ejus, et sublimes, gloriosique ejus ad eum* (Is. V, 13-14) (Por eso fue deportado mi pueblo sin sentirlo..., por eso el infierno dilató su boca sin medida, y a él baja su nobleza y su plebe).

A la vista de aquellos males, siempre crecientes, Felipe, a ejemplo del Divino Redentor que, cuando comenzó su predicación, no poseía en el mundo más que el gran fuego de la divina caridad que le impulsó a bajar del cielo a la tierra; a ejemplo de los apóstoles, que estaban faltos de todo medio humano cuando fueron invitados a predicar el evangelio a las naciones de la tierra, engolfadas todas en la idolatría, en todos los vicios o, según la frase de la Biblia, sepultadas en tinieblas de muerte, Felipe se hace todo para todos por calles, plazas y oficinas públicas; se insinúa en los

establecimientos públicos y privados y, con los modales agradables, dulces, amenos, que sugiere la verdadera caridad hacia el prójimo, empieza a hablar de virtud y religión a quien nada quiere saber de lo uno ni de lo otro. ¡Fácil es imaginar las habladurías que correrían a su cuenta! Unos dicen que es un tonto, otros que es un ignorante, hay algunos que le llaman borracho y no faltan quienes le tildan de loco.

El animoso Felipe deja que cada cual opine a su gusto; más aún, por las críticas del mundo él se convence de que sus obras dan gloria a Dios, porque lo que llama el mundo sabiduría, es necedad ante Dios; por eso caminaba intrépido en la santa empresa. Pero, ¿quién puede jamás resistir la terrible espada de dos filos de la Palabra de Dios, a un sacerdote que corresponde a la santidad de su ministerio?

En breve tiempo las personas de toda edad y condición, ricos y pobres, doctos e ignorantes, eclesiásticos y seglares, de la más alta clase social hasta los aprendices, los barrenderos, los criados, el peón y el maestro de obras comienzan a admirar el celo del Siervo de Dios; van a oírle; la ciencia de la fe se abre camino en sus corazones: convierten el desprecio en admiración, la admiración en respeto; y después ya no se ve en Felipe más que al amigo verdadero del pueblo, al ministro celoso de Jesucristo, que todo lo logra, todo lo vence como señal de que todos son víctimas afortunadas de la caridad del novel apóstol. Roma cambia de aspecto, todos se profesan amigos de Felipe, alaban a Felipe, hablan de Felipe, quieren ver a Felipe. Así empiezan las conversaciones maravillosas, las conquistas clamorosas de tantos pecadores obstinados, según cuenta el biógrafo del Santo (V. Bacci).

Pero Dios había enviado a Felipe especialmente para la juventud, y por eso hacia ella dirigió sus esfuerzos.

El género humano era para él como un gran campo de cultivo. Si en su día se echa buena simiente, se alcanza abundante cosecha; mas si se hace la siembra fuera de la estación, no se recogerá más que paja y cascabillo. Sabía también que en este campo místico hay un gran tesoro escondido, o lo que es lo mismo, las almas de muchos jovencitos generalmente inocentes y a menudo malos sin saberlo. Este tesoro, decía Felipe **[218]** en su corazón, está totalmente confiado a los sacerdotes y, de ordinario, de ellos depende su salvación o su perdición.

No ignoraba Felipe que corresponde a los padres el cuidado de sus hijos y toca a los amos atender a sus criados; pero cuando éstos no pueden, o no son capaces de ello, o bien no quieren, ¿habrá que dejar que estas almas se pierdan? Sobre todo teniendo en cuenta que los labios del sacerdote deben ser guardianes de la ciencia y los pueblos tienen derecho a buscarla en su boca y no en la de otros.

Hubo algo al principio que pareció desalentar a Felipe en el cuidado de los muchachos pobres y era su inconstancia, sus recaídas en el mismo mal o en otro todavía peor. Pero se rehízo de este temor excesivo, al considerar que muchos preservaban en el bien, que no era extraordinario el número de los reincidentes y que éstos mismos terminaban generalmente por ponerse en el buen camino, con paciencia, caridad y gracia del Señor, y que por esto la palabra de Dios era como una simiente que, más pronto o más tarde, producía el fruto suspirado. Así, pues, él, siguiendo el ejemplo del Salvador, que continuamente enseñaba al pueblo: *erat quotidie docens in templo* llamaba con premura a los muchachos más díscolos, exclamando por doquiera: Hijitos, venid a mí, yo os indicaré el medio para haceros ricos, pero con riquezas verdaderas, que jamás se malograrán; yo os enseñaré el santo temor de Dios: *Venite, filii, audite me, timorem Domini docebo vos.*

Estas palabras, acompañadas de su gran caridad y de una vida que era el compiejo de todas las virtudes, lograban que grupos de muchachos de todas partes

corriesen hacia nuestro Santo. El dirigía la palabra ora a uno, ora a otro; era estudiante con el letrado, herrero con el herrero, maestro carpintero con el carpintero, barbero con el barbero, maestro de obras con el albañil, maestro zapatero con el remendón. Así, haciéndose todo para todos, ganaba a todos para Jesucristo. Porque aquellos jovencitos, seducidos por sus caritativas maneras, sus edificantes palabras, sentíanse arrastrados a donde Felipe quería. De modo que se daba el inaudito espectáculo de que por las calles, por las plazas, en las iglesias, las sacristías, en su misma habitación, durante la misa y hasta en el tiempo de oración, iba precedido, seguido, rodeado de niños pendientes de sus labios, escuchando los ejemplos que contaba, los principios del catecismo que les iba explicando. ¿Y después? Escuchad.

Aquella turba de muchachos indisciplinados e ignorantes, a medida que se instruían en el catecismo, pedían acercarse al sacramento de la confesión y de la comunión, querían asistir a la santa misa, oír sermones, y poco a poco dejaban la blasfemia, la insubordinación y finalmente abandonaban los vicios, mejoraban las costumbres de tal manera que millares de muchachos desventurados que, caminando por la vía del deshonor, habrían tal vez acabado su vida en las cárceles o en el cadalso, con su eterna perdición, gracias al celo de Felipe volvieron a sus padres **[219]** dóciles, obedientes, buenos cristianos, encaminados por la senda del cielo. ¡Qué maravillas obra siempre la Santa Religión Católica! ¡Qué portentos obtiene la Palabra de Dios por medio del ministro que conoce y cumple los deberes de su vocación!

Alguno dirá: Felipe obtuvo estas maravillas porque era un santo, y yo digo: Felipe obró estas maravillas porque era un sacerdote que correspondía al espíritu de su vocación. Estoy persuadido de que, si animados por un espíritu de celo, de confianza en Dios nos entregásemos también nosotros de veras a imitar a este Santo, obtendríamos ciertamente un gran resultado en la conquista de las almas. ¿Quién de nosotros no puede reunir unos muchachos, darles un poco de catecismo en una casa o en una iglesia y, si fuera menester, hasta en la esquina de una plaza o de una calle e instruirlos en la fe, animarlos a confesarse y, cuando es necesario, oírlos en confesión? ¿No podemos nosotros repetir con san Felipe: —Muchachos, venid a confesaros cada ocho días y comulgad según el consejo del confesor?

Que ¿cómo poder someter a las cosas de la Iglesia y de la piedad a muchachos disipados, amigos de comer, beber y divertirse? Felipe encontró este secreto.

Vedlo: imitando la dulzura y la mansedumbre del Salvador.

Felipe los recibía amablemente, los acariciaba, a unos les regalaba un caramelo, a otros una medalla, una estampa, un libro y cosas parecidas. A los más díscolos y a los más ignorantes, que no estaban en disposición de apreciar aquellos sublimes tratos de paternal benevolencia, les preparaba algo más adaptado a ellos. Apenas lograba tenerlos a su alrededor, se disponía enseguida a contarles amenas historietas, les invitaba a cantar, a tocar, a representar obras teatrales, a saltar, a pasatiempos de todo género. Finalmente los más reacios, los más presumidos eran, por decirlo así, arrastrados a parques de recreo con los instrumentos musicales, las bochas, los zancos, los tejos, el regalo de frutas y pequeñas comidas, desayunos, meriendas. Todo gasto, decía Felipe, toda fatiga, toda molestia, todo sacrificio es poco, cuando contribuye a ganar almas para Dios.

Así la habitación de Felipe parecía el almacén de un comerciante, un lugar de espectáculo público, pero al mismo tiempo se convertía en casa de oración y de lugar de santificación. Así Roma vio a un hombre solo, sin títulos, sin medios y sin autoridad, sin más armas que la coraza de la caridad, combatir el fraude, el engaño,

la desvergüenza y toda clase de vicios y superarlo todo hasta lograr que muchos, a quienes la voz pública apodaba lobos rapaces, se convirtieron en mansos corderillos. Esas pesadas fatigas, ese griterío y alboroto, que a nosotros nos parecen casi insoportables un momento, fueron la delicia y el trabajo de san Felipe por espacio de más de sesenta años, es decir, durante toda su vida sacerdotal, hasta la más avanzada vejez, hasta tanto que Dios le llamó a gozar el fruto de tantas y tan prolongadas fatigas.

Respetables señores: ¿hay algo en este siervo fiel **[220]** que no pueda ser imitado por nosotros? Claro que no. Cada uno de nosotros, dentro de su condición, está lo bastante instruido, es lo bastante rico para imitarlo, si no en todo, al menos en parte. No nos dejemos engañar por el vano pretexto, que a veces nos toca escuchar: *Yo no estoy obligado; piense en ello quien tiene ese deber.* Cuando decían a Felipe que, dado que no tenía cura de almas, no estaba obligado a trabajar tanto, respondía:

—¿Y tenía Jesús, tal vez, obligación de derramar toda su sangre por mí? El muere en la cruz para salvar almas y yo, su ministro, ¿me negaré a sufrir alguna molestia, alguna fatiga para corresponderle?

Sacerdotes, manos a la obra. Hay almas en peligro y nosotros debemos salvarlas. Estamos obligados a ello como simples cristianos a quienes Dios mandó cuidar del prójimo. *Et mandavit illis unicuique de proximo suo.* Estamos obligados porque se trata de las almas de nuestros hermanos, puesto que todos nosotros somos hijos del mismo Padre Celeste. Debemos también sentirnos estimulados a trabajar por la salvación de las almas de modo excepcional, porque ésta es la obra más santa de las santas. *Divinorum divinissimum est cooperari Deo in salutem animarum* (Areopagita) (Lo más divino de lo divino es cooperar con Dios a la salvación de las almas).

Pero lo que nos debe absolutamente empujar a cumplir con celo este oficio, es la cuenta estrechísima que nosotros, como ministros de Jesucristo, debemos rendir en su tribunal divino de las almas confiadas a nosotros.

¡Oh, qué gran cuenta, qué cuenta más terrible deberán rendir los padres, los patronos, los directores y en general todos los sacerdotes ante el tribunal de Cristo, de las almas que les fueron confiadas! Ese momento supremo llegará para todos los cristianos, mas no nos hagamos ilusiones, llegará también para nosotros sacerdotes. Apenas seamos liberados de los lazos del cuerpo y comparezcamos ante el Juez Divino, veremos claramente cuáles eran las obligaciones de nuestro estado y cuál ha sido nuestra negligencia. Ante nuestros ojos aparecerá la inmensa gloria de Dios, preparada para sus fieles y veremos las almas... sí, muchas almas que debían ir a gozarla y que, por nuestro descuido en instruírlas en la fe, se han perdido.

¡Qué terrible situación para un sacerdote cuando comparezca ante el Juez Divino, que le dirá: —Mira abajo al mundo; cuántas almas van por el camino de la iniquidad y surcan la vía de la perdición! Se hallan en ese mal camino por tu culpa; tú no te dedicaste a hacer oír la voz del deber, no las has buscado, no las has salvado. Otros por ignorancia, caminando de pecado en pecado, son ahora precipitados al infierno. ¡Oh, mira cuán grande es su número! Esas almas claman venganza contra ti. Ahora, siervo infiel, *serve nequam*, dame cuenta. Dame cuenta del tesoro precioso que te confié, tesoro que costó mi pasión, mi sangre, mi muerte. Sea tu alma a cambio de la de aquél que, por tu culpa, se ha perdido: *Erit anima tua pro anima illius.*

Pero no, mi buen Jesús, nosotros confiamos que por vuestra gracia y **[221]** vuestra infinita misericordia, este reproche no será para nosotros. Nosotros estamos íntimamente persuadidos del gran deber que nos apremia de instruir a las almas

para que no se pierdan miserablemente por culpa nuestra. Por eso, en lo porvenir, durante toda nuestra vida mortal, emplearemos toda solicitud para que no tenga que perderse ninguna alma por nuestra culpa.

¿Tendremos que soportar fatigas, trabajos, pobreza, disgustos, persecuciones y hasta la muerte?

Lo haremos con gusto, porque Vos nos disteis luminoso ejemplo. Mas Vos, oh Dios bondadoso y clemente, infundid en nuestros corazones el verdadero celo sacerdotal y haced que seamos constantes imitadores del Santo, que hoy tomamos por modelo. Y cuando llegue el gran día en que tengamos que presentarnos a vuestro divino tribunal para ser juzgados, podamos recibir, no ya un reproche de desaprobación, sino una palabra de alivio y consuelo. Y vos, oh glorioso san Felipe, dignaos interceder por mí, vuestro indigno devoto, interceded por todos estos celosos sacerdotes que tuvieron la bondad de escucharme y haced que al fin de la vida todos podamos oír aquellas palabras consoladoras: *Animam salvasti, animam tuam predestinasti* (Salvaste una alma, predestinaste la tuya).

Mientras el Siervo de Dios predicaba, muchos que conocían y admiraban su celo por la salvación de las almas, especialmente de la juventud, vieron en sus palabras su retrato, de modo que, de cuando en cuando, mientras él señalaba las santas industrias de san Felipe, iban repitiendo en voz baja:

—¡Don Boso! ¡Don Bosco!

Cuando terminó el sermón, partió para Barolo, y después volvió a Turín, donde seguían sin descanso los preparativos para la consagración de la iglesia.

Con un nuevo Breve, del 25 de mayo, el Sumo Pontífice concedía a la iglesia de María Auxiliadora, por siete años, la gracia insigne de tener el altar mayor *privilegiado*[1].

---

[1] PIUS PP. IX. *Ad futuram rei memoriam.* Omnium saluti paterna charitate intenti, sacra interdum loca spiritualibus Indulgentiarum muneribus decoramus, ut inde fidelium defunctorum animae Domini nostri Jesu Christi, eiusque sanctorum suffragia meritorum consequi, et illis adiutae ex Purgatorii poenis ad aeternam salutem per Dei misericordiam perduci valeant. Volentes igitur ecclesiam B. M. V. Inmaculatae dicatam sub titulo *Auxilium Christianorum* Civitatis Taurinensis, et in ea situm altare in quo sanctissimum Eucharistiae Sacramentum diu noctuque asservatur, dummodo nullum aliud inibi priviliegiatum altare reperiatur concessum, hoc speciali dono illustrare, de Omni-

[1] PIO PP. IX. *Para recuerdo del porvenir.* Mirando con claridad paterna a la salvación de todos, adornamos de vez en cuando los lugares sacros con los regalos espirituales de las indulgencias para que con ellos puedan las almas de los fieles difuntos conseguir los sufragios de los méritos de Nuestro Señor Jesucristo y de sus santos, y ayudados por ellos ser llevadas desde las penas al Purgatorio a la eterna salvación por la misericordia de Dios.

Queriendo, pues, dotar a la iglesia de la Bienaventurada Virgen María Inmaculada, de la ciudad de Turín, bajo el título de *Auxilio de los Cristianos*, y al altar en ella situado donde día y noche se guarda el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, mientras no se

[222] Por aquellos días la librería del Oratorio había puesto a la venta el libro, en el que don Bosco, ayudado por don Juan Bonetti, había trabajado varios años. Lo había deseado ardientemente la condesa Callori, quien había ayudado con largueza a su publicación, y a la cual, como ya hemos visto, había enviado don Bosco el primer ejemplar. Era el mismo libro que ha aparecido varias veces citado en las cartas a ella dirigidas por el Siervo de Dios. Se titulaba: *El Católico Instruido en las prácticas de piedad con instrucciones apropiadas a las necesidades de los tiempos.* Constaba de setecientas sesenta y seis páginas. La obra estaba dedicada a María Santísima, con el entusiasmo y afecto de un hijo, que ve acercarse el cumplimiento de un deseo ardentísimo de dar gloria a su Madre Celestial; la dedicatoria lleva la fecha del 24 de mayo.

A la Augusta Reina del Cielo – A la gloriosa siempre Virgen María – Concebida sin mancha original – Llena de gracia y bendita entre todas las mujeres – Hija del Eterno Padre – Madre del Verbo Encarnado – Esposa del Espíritu Santo – Delicia de la Santísima

---

potentis Dei misericordia ac BB. Petri et Pauli App. eius auctoritate confisi, ut quandocumque Sacerdos aliquis saecularis vel cuiusvis ordinis, Congregationis et Instituti Regularis Missam pro anima cuiuscumque Christifidelis, quae Deo in charitate coniuncta ab hac luce migraverit ad praedictum altare celebrabit, anima ipsa de Thesauro Ecclesiae, per modum suffragii, indulgentiam consequatur, ita ut eiusdem D. N. Jesu Christi ac Beatissimae Virginis Mariae Immaculatae, Sanctorumque Omnium meritis sibi suffragantibus, a Purgatorii poenis, si ita Deo placuerit, liberetur, concedimus et indulgemus. In contrarium facientibus non obstantibus quibuscumque, Praesentibus *ad septennium* tantum valituris.

Datum Romae, apud S. Petrum, sub anulo Piscatoris, die XXV Maii MDCCCLXVIII, Pontificatus Nostri anno vigesimo secundo.

Pro. D.no Card. PARACCIANI CLARELLI
J. B. BRANCALEONI, *Subst.*

V. publicari permittimus.
Taurini, die 8 Junii 1868.

Ioseph Zappata, Vic. Gen.

encuentre en ella ningún otro altar privilegiado, con este don especial, confiados en la misericordia de Dios omnipotente y la autoridad de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo, concedemos y otorgamos que siempre que algún sacerdote secular o de cualquier orden, congregación e instituto regular, celebre la misa en dicho altar en favor del alma de cualquier cristiano que haya pasado de esta vida unida en caridad a Dios, consiga dicha alma indulgencia del Tesoro de la Iglesia a modo de sufragio para ella, de tal modo que, por los méritos de Nuestro Señor Jesucristo y de la Bienaventurada Virgen María Inmaculada y de todos los santos, sea liberada, si a Dios pluguiere, de las penas del Purgatorio. Sin que nada obste en contrario, concedemos las presentes con valor *ad septennium* (para siete años).

Dado en Roma, junto a San Pedro, bajo el anillo del Pescador, a 25 de mayo de 1868, vigésimo segundo de nuestro Pontificado.

Por el Señor Card. PARACCIANI CLARELLI
I. B. BRANCALEONI, *Sustituto*

V. Permitimos sea publicado.
Turín, 8 de junio de 1868.

José Zappata, Vic, Gen.

Trinidad – Fuente inagotable de fe, de esperanza y de caridad – Abogada de los abandonados – Sostén y defensa de los débiles – Ancora de confianza – Madre de misericordia – Refugio de los pecadores – Consuelo de los afligidos – Salud de los enfermos – Fortaleza de los moribundos – Esperanza en **[223]** *los males que oprimen al mundo – Excelsa bienhechora del género humano – A Vos, que en este día – La Iglesia Católica proclama – Auxilio de los Cristianos – Un indigno siervo vuestro, no pudiendo hacer otra cosa – Dedica humildemente este libro – 24 de mayo de 1868.*

El Prólogo decía:

Al Lector

En este libro, católico lector, encontrarás una abundante colección de prácticas de piedad, sacadas de los más acreditados autores. Dos cosas se tuvieron muy en cuenta: guiar al cristiano a las fuentes del origen de tales prácticas, observando cómo éstas se apoyan en la Biblia y en instituciones eclesiásticas, totalmente conformes con cuanto está revelado en los libros santos.

En segundo lugar se prefieren las oraciones y ejercicios devotos que llevan anejas santas indulgencias, porque, a la par que ellas llevan la aprobación eclesiástica, sirven, además, para dar a conocer los tesoros inagotables que la divina misericordia ha confiado al magisterio infalible de la Iglesia para bien de los fieles.

Además, se eligieron preferentemente las oraciones compuestas, empleadas o aprobadas por los santos, o bien usadas en la liturgia de la Iglesia.

Espero que tú, lector, si no quedas totalmente satisfecho, te dignes, al menos, compadecer benignamente la buena voluntad del pobre recopilador que te desea todas las bendiciones del cielo y se encomienda a la caridad de tus valiosas oraciones.

JUAN BOSCO, *Pbro.*

La Unidad Católica del 30 de diciembre de 1868 presentaba así este libro:

Entre las muchas obritas que el sacerdote Juan Bosco va publicando para provecho de la piedad y de la religión, anunciamos con mucho gusto *El Católico instruido en las prácticas de piedad con instrucciones apropiadas.*

Lo hemos leído atentamente del principio al fin y, sin hablar del mérito literario, de la claridad de los pensamientos y de la unción moral, méritos del autor ya muy conocido por muchas otras publicaciones, nos limitamos hoy a asegurar al lector, que encontrará en él, no una simple colección de oraciones, sino el relato bíblico y eclesiástico en que está basada cada práctica. Así que, mientras el corazón encuentra alimento para la piedad, se ilumina y consolida la inteligencia en los cimientos de la religión.

Es un volumen en dieciseisavo, con setecientas sesenta y seis páginas. Se vende a dos liras y media, encuadernado en rústica en la tipografía del establecimiento de San Francisco de Sales.

[224]

CAPITULO XIX

PERSONAS PIADOSAS PROVEEN DE LOS OBJETOS NECESARIOS PARA EL CULTO EN LA NUEVA IGLESIA, COMO FRUTO DE PROMESAS HECHAS, DE GRACIAS RECIBIDAS, O POR DEVOCION – GRANDES PROVISIONES DE CERA: LAS VELAS DEL MARQUES UGUCCIONI Y UN CIRIO DE PIO IX – OFRENDAS EN DINERO: CARTA DEL CONDE DE CALLORI – LOS BIENHECHORES ENVIAN A DON BOSCO ABUNDANTES Y VARIADOS COMESTIBLES PARA ALUMNOS, HUESPEDES Y PERSONAS INVITADAS A LAS FIESTAS – INSCRIPCIONES DEL PROFESOR VALLAURI EN LA IGLESIA – PREPARATIVOS EN CASA: CLASE DE CEREMONIAS; ENSAYOS DE CANTO Y DE MUSICA; BANDERAS POR LOS PATIOS; ILUMINACION, BANCOS PARA LA FERIA; EL AMBIGU – DON BOSCO ENVIA INVITACIONES A MUCHOS SEÑORES Y AL DUQUE DE AOSTA – ESTAMPAS Y MEDALLAS DE MARIA AUXILIADORA – SEÑORES DE LA NOBLEZA DE TURIN ACEPTAN LA INVITACION PARA HACER LA CUESTACION A LA PUERTA DE LA IGLESIA – NOTA DISCORDANTE EN MEDIO DE LA ARMONIA; EL OBISPO DE PINEROLO ESCRIBE A DON BOSCO EXPONIENDOLE LOS MOTIVOS POR LOS CUALES NO PUEDE CONCEDERLE LA CARTA COMENDATICIA PARA LA APROBACION DE LA PIA SOCIEDAD; Y EXPONE EN UNA CARTA AL CARDENAL QUAGLIA LAS RAZONES DE SU NEGATIVA – CARTAS COMENDATICIAS DEL OBISPO DE SALUZZO Y DEL ARZOBISPO DE PISA

LOS preparativos del interior del sagrado edificio estaban terminados. Le faltaban todavía a don Bosco casi todos los objetos necesarios para el culto. Pero Dios, dueño del corazón de los hombres, inspiraba a muchas personas para que fueran entregando cuanto se necesitaba, sin que nadie se lo pidiera. De Roma llegó un cáliz precioso. Su **[225]** copa era de plata y el pie de bronce dorado, bastante alto y con trabajos de mucho valor. Lo regalaba el doctor Tancioni, profesor de medicina y cirugía en la Universidad de Roma. Se había encontrado en peligro de muerte, a causa de una grave enfermedad y, perdida toda esperanza en los me-

dios humanos, le habían animado unos amigos a hacer una novena a María Auxiliadora con la promesa de entregar un regalo a la iglesia de Valdocco, si se curaba. Desde que hizo la promesa hasta que se vio fuera de peligro, apenas si pasó la mitad de la novena. Cumplió fielmente su promesa y quiso que en el cáliz se recordara el favor celeste recibido, con estas palabras: *Familiae Tancioni Romanae votum MDCCCLXVIII* (Promesa de la familia romana Tancioni). Sobre el cáliz había una preciosa y rica palia, con la imagen del Redentro, trabajo de las monjas del Niño Jesús de Aix-la-Chapelle, ciudad de Prusia, a expensas de la condesa Stolberg, esposa del famoso luterano y después fervoroso católico conde Stolberg Vernigerode, miembro heredero de la Cámara de los Señores en Prusia.

El señor M. Luis Borgognoni, curado de un pertinaz mal de estómago, después de haber invocado a María, cumplía la promesa hecha y enviaba desde Roma dos cálices de metal dorado. Sobre el pie de uno había tres estatuitas que representaban la fe, la esperanza y la caridad; en el otro estaban las figuras de Moisés, Aarón y Melquisedec.

También desde Roma, la señora Francisca Giustiniani, agradecida a una importantísima gracia recibida, de la cual se derivó la fortuna y felicidad de toda su familia, mandó a don Bosco un relicario de metal dorado que encerraba una partícula del sacratísimo leño de la Cruz del Salvador, con la auténtica correspondiente.

Parecía en verdad que alguien iba indicando a cada una de las caritativas personas, movidas por gracias recibidas o por devoción, cuanto se necesitaba para aquella solemnidad. Una señora francesa de alto linaje, la duquesa Laval de Montmorency, envió bastantes albas, roquetas, amitos, palias, corporales, manteles, sabanillas y algunas casullas. Una señora de Florencia **[226]** ofreció un elegante incensario con naveta. Un señor de Turín proveyó de candeleros, crucifijos y sacras para todos los altares.

En poco tiempo llegó de todo: capas pluviales, dalmáticas, casullas, misales, copones, lámparas para las solemnidades, lámparas ordinarias, aceite para las mismas, campanillas para la sacristía, y para cada altar, custodias, manteles de distintas clases, vinajeras y hasta cuerda para las campanas. De todo, pero de tal modo y medida que ni un solo objeto resultó duplicado y quedaron cubiertas todas las necesidades. Respecto a la campanilla de la sacristía aconteció lo siguiente.

Cierto señor de Turín, atormentado por un dolor de cabeza que se extendía hasta la nuca con amenaza de la misma espina dorsal,

fue por aquellos días a la nueva iglesia para pedir a la augusta Reina de los cielos se dignara demostrar su auxilio ante Dios. Pasaba junto a la sacristía y oyó, entre otras cosas, que faltaba todavía una campanilla para la puerta de la sacristía. «Si obtengo algún alivio en mis males, dijo él, proveeré inmediatamente tal objeto». Dicho esto se internó en la iglesia, hizo una breve oración y con gran satisfacción se encontró totalmente curado. Con transportes de alegría cumplió al instante la promesa.

Faltaban velas para el enorme consumo que se esperaba. Don Bosco había escrito tiempo atrás al cerero, señor Gambone, para que regalase cera a la iglesia de María Auxiliadora, y había recibido la siguiente respuesta:

Turín, 16 de abril de 1868

Rvdo. Señor:

Como ya le advertí, en años tan desgraciados como los presentes, un padre de familia no puede hacer regalos a las iglesias, como se hizo en años pasados.

Se cerraron muchas iglesias, se suprimieron corporaciones religiosas, se quitaron las rentas a los capítulos; todo se conjuró para arruinar a los fabricantes **[227]** de cera; de la cobranza no se ha sacado más que una verdadera miseria y, en efecto, mi hijo, llegado ayer precisamente, no trajo de su viaje ni diez liras, y no sé cómo acabará el viaje por la Lomellina[1].

Así las cosas, me encuentro con el disgusto de no poder ayudar a su Pía Sociedad como sería mi deseo, pero tampoco quiero quedarme al margen sin concurrir con lo que buenamente puedo. Por tanto, queda establecido que, durante cinco años consecutivos usted tendrá el diez por ciento de descuento sobre mis facturas, a título de limosna, lo mismo sobre la cera que sobre las velas de estearina *(sebo)* para la iglesia y para la casa.

Reciba, querido don Bosco, el testimonio de mi distinguido aprecio.

Su atento y seguro servidor
GAMBONE

Pero no faltaron los donantes. El caballero Oreglia recibía la siguiente carta de Florencia:

Florencia, 29 de mayo de 1868

Muy apreciado amigo:

En la carta de mi mujer añadí una pregunta para don Bosco, el cual tuvo a bien contestar, es verdad, con un consejo que no satisfizo mi deseo, ya que, como fabricante de cera que soy para las iglesias, quería que alguna antorcha de mi taller luciera en la fiesta de la nueva iglesia.

[1] *Lomellina:* Es una zona de Lombardía, próxima a la ciudad de Pavía. *(N. del T.)*

Deseoso, pues, de que ello se realice, le adelanto que hoy mismo he expedido a la dirección de don Bosco una discreta cantidad de velas y hachas, que aquí empleamos para adorno de los altares y especialmente para las lámparas de pared que rodean las imágenes, las reliquias y también el Sagrado Sacramento. Le comunico, pues, este envío por si, con las muchas preocupaciones de estos días, olvidase este digno sacerdote retirar la caja enviada a su nombre.

Mientras tanto le doy, como de costumbre, discretas y satisfactorias noticias de Moma y bastante mejores de la nietecita Montauto que indica estar próxima a la convalecencia de la fiebre miliar que le aqueja desde hace unos veinte días y, llegado el momento, espero que podremos realizar nuestro viajecito ahí para las fiestas con nuestra entera recíproca satisfacción.

Reciba los saludos de Moma, la cual, juntamente conmigo, cuenta con sus oraciones y las de don Bosco.

GERARDO UGUCCIONI

Otro bienhechor mandó cirios para los altares. Faltaban las velas pequeñas para las misas y una señora de Turín las envió. Hubo también un hermoso regalo de blandones.

[228] El mismo Sumo Pontífice había regalado su estupendo cirio elaborado con gran maestría, que le había ofrecido la Basílica Lateranense, con estas palabras, escritas en el mismo cirio: *S. Basilica Lateranensis caput et mater omnium ecclesiarum* (S. Basílica Lateranense cabeza y madre de todas las iglesias), que forman la inscripción colocada sobre la puerta principal de la venerada Basílica.

De este modo, comentaba don Bosco, los salesianos y sus alumnos tenían en cierta manera al Vicario de Cristo ante el altar mayor con una tea encendida para recordarles que su fe debe estar siempre iluminada y dirigida por el Vicario de Cristo, para que viva y dé fruto.

Otros bienhechores mandaban o prometían obsequios en dinero para la nueva iglesia.

Casale, 3 de junio de 1868

M. R. y Venerable don Bosco:

Dentro de pocos días se consagrará y abrirá al culto público la nueva iglesia, que el celo y la piedad de V. S. M. R. ha sabido levantar a la gran Madre de Dios, *María Auxilium Christianorum.*

En esta ocasión encomiendo a sus oraciones a mi querida esposa, para que Dios, por intercesión de su gloriosa Madre, la cure totalmente de las enfermedades que desde hace varios años le atormentan dolorosamente. También hoy está enferma. Hace ocho días que se ve obligada a guardar cama y se encuentra muy postrada de fuerzas. La Virgen Santísima no puede negar la curación pedida a usted, que con tanto afecto y actividad promueve su culto y veneración.

Todo lo espero de sus oraciones, sometiéndome siempre a la voluntad de Dios.

Por mi parte ofrezco a la nueva iglesia y pongo a los pies de la Virgen la cantidad de cinco mil liras (5.000) que entregaré a V. S. M. R. en cinco plazos anuales, el primero de los cuales dentro del corriente año, y los otros en años sucesivos.

Dígnese, entre tanto, aceptar los sentimientos de mi profunda estima y veneración, y permítame besar respetuosamente su mano, profesándome,

De V. S. M. R.

Muy atto. y seguro servidor
FEDERICO CALLORI

[229] Las maravillas de la Virgen al proveer de cuanto se necesitaba para el culto divino, se mostraron hasta en lo que era necesario para la honesta manutención de aquellos días.

Había muchos personajes, procedentes unos de lejanos pueblos, ocupados otros en el servicio religioso, como por ejemplo los Obispos y los que les asistían, que no podían alejarse del Oratorio sin grandes molestias; y la pobre condición de don Bosco le incapacitaba para proveer de lo necesario para atender a tantos ilustres invitados; mas he aquí que un acomodado señor puso a su disposición cubiertos, vajilla, cristalería y todo lo necesario para el servicio de la mesa.

Además de esto, había que preparar comida abundante para todos; para el personal del Oratorio y el de los dos colegios de Mirabello y Lanzo; para los párrocos y demás sacerdotes que acudieron en buen número desde sus pueblos; para los músicos de fuera: más de quinientas personas. Al mismo tiempo convenía tratar convenientemente a los mil doscientos alumnos asistentes a las fiestas.

¿Cómo proveer de todo? Los bienhechores enviaron vino en barriles y cajas de botellas del más exquisito, desde pueblos diversos y lejanos, famosos por sus viñedos. Otros enviaron gran cantidad de mortadela de Bolonia y embutidos de Parma. De Lombardía llegó toda clase de queso y salchichón, frutos tempranos y elaborados, pollos, huevos, carne, café, chocolate, azúcar, galletas y pan de varias clases, que fueron la providencia cotidiana de ocho días. En un solo día llegaron de Milán, de Génova y de Turín tres bonitas y grandes hogazas. Un confitero de la ciudad quiso suministrar gratuitamente durante el octavario caramelos y dulces de toda clase. A medida que iban llegando los regalos se colocaban ordenadamente en almacenes destinados a ello. Los testigos de tantas provisiones no podían entender lo que pasaba, porque no se había pedido nada. En efecto, muchos donantes eran desconocidos del todo y no habían tenido nunca relación alguna con el Oratorio.

Un venerando prelado al observar la procedencia de tan **[230]** variados donativos, exclamó conmovido:

—Si alguien dijese que los donantes no han sido movidos por el espíritu del Señor, negaría la luz del sol en pleno día.

Mientras se bendecían y ordenaban en las sacristías los ornamentos regalados, colocábanse en la iglesia, en el lugar designado, las siguientes inscripciones latinas del profesor Tomás Vallauri:

I

Maria Augusta – cuius adumbratam imaginem – illustriores quaedam feminae apud hebraeos retulerunt – Mater christianorum indulgentissima divinae benignitatis thesaurum – in liberos suos effudit.

I

María Augusta Virgen – cuya velada imagen – anunciaron muchas ilustres damas hebreas – Madre providentísima de los cristianos – repartió entre sus hijos – los tesoros de la bondad divina.

II

Mariae patrocinio – saepe hoste christiani nominis sunt profligati – sed praesens eius auxilium – in navali certamine ad Naupactum maxime eluxit – quum per hispanos allobroges venetos – Turcarum copiis disiectis – Pius V Pont. Max. victoriae auspex – Mariam Auxilium Christianorum – iussit appellari.

II

Con el patrocinio de María – fueron desbaratados con frecuencia los enemigos – de la cristiandad – mas su ayuda poderosa – resplandeció sobre todo – en la batalla naval de Lepanto – cuando dispersa la armada turca – por los españoles, saboyanos y venecianos – Pío V Pontífice Máximo, patrocinador de la victoria – aclamó a María Auxilio de los Cristianos.

III

Ad delendam maculam – navali pugna susceptam – infesto exercitu Vindobonam Turcae obsident – an. MDCLXXXIII – christiani principes – auctore Innocentio XI Pont. Max. – socia arma iungunt – ceteris potior insperato adest Ioannes Sobieskius – Polonorum rex – commisso proelio barbari fugantur funduntur – magna pars vulneribus confecti procumbunt – ferociam in vultu adhuc retinentes.

III

Para borrar la ignominia de la derrota naval – los turcos asedian ferozmente a Viena – el año MDCLXXXIII – Los príncipes cristianos exhortados por el Pontífice Inocencio XI – forman una alianza – siendo el primero, Juan Sobieski, rey de Polonia – En la lucha los bárbaros son dispersados – muchos caen heridos en el campo – mostrando en sus rostros la crueldad.

IV

Eius victoriae ergo – et Augustae Taurinorum et Monachi in Vindelicis – sodales creati Mariae Adiutricis – inter

IV

A cuenta de esta victoria – se forman en Turín y en Mucnich de Baviera – asociaciones de María Auxiliadora – En

quos viri ex omni ordine spectatissimi – certatim student referri.

ellas se inscriben a porfía – hombres dignísimos de toda condición.

V

Pius VII Pont. Max. – ad propagandam memoriam diei VIII cal. junias – quo Virginis Matris Auxilio – ex Savonensi captivitate est liberatus – diem festum instituit nomini recolendo – Mariae Sanctae Adiutricis Christianorum.

V

Pío VII Pontífice Máximo – para conmemorar la memoria del XXIV de mayo – día en que con la ayuda de María – se vio libre de la prisión de Savona – instituyó la fiesta – de María Auxilio de los Cristianos.

VI

In sacrario apud Spoletinos – iam inde ab ann. MDLXX – imago Mariae opiferae fuerat depicta – post diuturnam oblivionem – puer quinquennis visu admonitus – XIV cal. apriles an. MDCCCLXII – aediculam rimis fatiscentem – in hominum memoriam revocat – exinde **[231]** *innumera prodigia – vim Mariae numenque declarant – maximum templum ab inchoato excitatum – ad quod magnus undique adorantium numerus – quotidie confluit.*

VI

[232] En una ermita cerca de Spoleto – desde el año MDLXX – había sido pintada una imagen de María – Después de larguísimo olvido – un niño de cinco años, tras una visión celestial – el día XIX de marzo de MDCCCLXII – trae a los hombres el recuerdo – de la ermita en ruinas – Enseguida gracias innumerables – manifiestan el gran poder de María – y se alza un magnífico templo – al que acuden en gran número cada día – devotos de todo el mundo.

VII

Heic ubi martyrium fecerunt – seculo III christiano – Octavius et Adventor milites legionis Thebaeorum – Taurinenses divino tantum numine et auxilio confisi – templum difficillimis temporibus extruendum curavimus – in honorem Mariae Adiutricis Christianorum – quod iacto lapide auspicali – inchoatum V cal. maias an. MDCCCLXV – solemnibus caeremoniis rite consecratum est – VII idus iunias an. MDCCCLXVIII – XXII sacri principatus Pii IX Pont. Max.

VII

Aquí donde fueron martirizados – en el siglo tercero – los soldados de la legión tebea Octavio y Adventor – nosotros los turineses confiados tan sólo – en el poder y ayuda del Señor – hemos levantado un templo en tiempos muy difíciles – en honor de María Auxilio de los Cristianos – Colocada la primera piedra – el día XXVII de abril del año MDCCCLXV – fue consagrado solemnemente con toda pompa el día IX de junio de MDCCCLXVIII – año vigésimo segundo del pontificado de Pío IX.

Y no se crea que don Bosco se preocupase sólo de los preparativos materiales; se esforzaba sobre todo para que las fiestas se celebrasen con el mayor esplendor de las ceremonias sagradas, de modo que el pueblo quedase bien impresionado. Encargó de ello a los maestros de ceremonias, ya que el Oratorio tenía varios y muy competentes. Por este motivo la numerosa Compañía del Clero infantil, los clérigos y también los sacerdotes, ensayaban las sagradas cere-

monias de las funciones solemnes y especialmente las de los pontificales. Estas ceremonias les eran familiares, porque todos los jueves del año se tenía esta clase, para la cual había dado don Bosco sus reglas prácticas:

«1.º Tenga cada uno su libro de ceremonias;

»2.º Se avise ocho días antes qué oficio debe prepararse para los ensayos de clase.

»3.º A este fin, de 9,30 a 10 de la mañana, haya estudio también para los clérigos.

»Para ayudar a las misas solemnes:

»1.º Se avise a cada uno, la víspera, el oficio que debe prepararse.

»2.º Se determine la hora exacta para estar en la sacristía».

[233] Con el mismo fin más de cuatrocientos cantores ensayaban durante gran parte del día los distintos números de música, junto con muchos maestros de canto y distinguidos aficionados de la ciudad; espontáneamente asistían a los ensayos generales hasta los más célebres músicos de Turín. La banda de la Guardia Nacional, con generosidad verdaderamente digna de corazones desinteresados, ofreció su colaboración para la misa solemne del miércoles 10 de junio y para otras funciones. En consecuencia pidió al Ayuntamiento, y benévolamente lo obtuvo, que les fueran cambiados el día y la hora del servicio público ordinario.

En el patio se preparaban las banderas y gallardetes que debían ondear al viento en las ventanas; las lamparillas para la iluminación general; los tenderetes adornados para la feria, en la que se pondrían a la venta libros, lindos objetos de quincalla y papelería, objetos de devoción y corbatas, cuellos y cosas por el estilo; todo un bazar de cuanto podía agradar a los jóvenes compradores. También se preparaba un local destinado a ambigú para la venta de café, agua, gaseosa y cerveza, en favor de los alumnos y sus padres.

Don Bosco había enviado cartas de invitación a monseñor Riccardi de Turín, monseñor Ghilardi de Mondoví, monseñor Formica de Cúneo, monseñor Rota de Guastalla, monseñor Galletti de Alba, monseñor Jans de Aosta, monseñor Gastaldi de Saluzzo, monseñor Ferré de Casale, monseñor Balma, Obispo de Tolemaida; a todos los bienhechores y amigos que tenía y a personajes notables de la ciudad y del Estado.

Seleccionamos sólo una carta de respuesta a estas invitaciones.

CASA DE S. A. R. EL DUQUE DE AOSTA
OFICINA DEL GRAN MAESTRE

Turín, 8 de junio de 1868

M. R. Señor Teólogo:

La noticia de la consagración de la nueva iglesia levantada en Valdocco, cuya primera piedra colocó S. A. R. el duque de Aosta, causó a S. A. la más grata impresión.

[234] Me encarga el Augusto Príncipe presente a usted que, con tanto celo y rapidez llevó a cabo una obra tan hermosa, sus más sinceras felicitaciones y, al mismo tiempo, le agradezca la delicada atención habida de comunicarle esta consagración.

S. A. R. procurará ciertamente hallar un momento para acudir uno de estos días, en forma enteramente privada a visitar su iglesia y, por cuanto le sea posible, no dejaré de advertírselo con tiempo a V. M. R. S.

Acepte entre tanto la expresión de los respetuosos sentimientos con los que me profeso.

De V. S.

Su seguro servidor
R. MORRA

Primer ayudante de campo de S. A. R.

A la par de las invitaciones, el Siervo de Dios seguía repartiendo estampas en negro y en colores del cuadro de Lorenzone, lo mismo que medallas, acuñadas en Roma y bendecidas por él, con la efigie de María Auxiliadora. Los efectos maravillosos de éstas pueden calcularse por las peticiones que los fieles hacían de las mismas. Enseguida se distribuyeron muchos millares; y muy pronto llegaron a centenares de millar cada año. Después de la muerte de don Bosco, se repartió anualmente un millón de ellas: una vez bendecidas, las enviaba el jefe de almacén, José Rossi, como él mismo nos lo aseguraba en 1904, mientras seguían llegando incesantemente pedidos.

En fin, el Venerable rogó a señores de la más alta sociedad de Turín que se prestaran para hacer la cuestación a la puerta de la iglesia: y ellos aceptaron de mil amores. Así escribía al Conde de Viancino:

Turín, 6 de junio de 1868

Carísimo señor Conde:

Creo que ya habrá recibido el programa para la consagración de la iglesia. Del 9 al 17 del corriente, usted será el dueño de nuestra casa, rogándole se quede a comer

con nosotros el mayor número de días que pueda. Siento que, por nuestra condición, no me atrevo a **[235]** invitar también a la señora Condesa, su esposa; pero espero que, ya que no sea a una comida, acepte al menos el desayuno de la mañana. Pero usted tendrá su trabajo; el barón Bianco cuenta con usted para que le reemplace algunos momentos para hacer la cuestación a la puerta de la iglesia. ¿Qué le parece?

Nos diremos más cosas de palabra.

Dios les bendiga, mi querido señor Conde, a usted y a su señora esposa; haga prosperar sus campos y les acompañe a los dos siempre por el camino del cielo. *Amén.*

Ruegue por mi pobre alma y créame en el Señor,

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

En medio de tantos preparativos para la fiesta, mientras una suave alegría inundaba todos los corazones del Oratorio y la Virgen Santísima derramaba mil gracias a sus devotos, llególe a don Bosco una carta de monseñor Lorenzo Renaldi, obispo de Pinerolo. Decíale en ella que no podía escribir la carta comendaticia para la aprobación de la Pía Sociedad. A la par que anunciaba al Siervo de Dios su negativa, enviaba otra carta al cardenal Angel Quaglia, Prefecto de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares.

Pinerolo, 6 de junio de 1868

Eminentísimo Señor:

El ilustre sacerdote don Juan Bosco, Rector del Oratorio de San Francisco de Sales, bienhechor de los pobres jovencitos en Turín, me ha pedido una carta comendaticia para la Santa Sede a fin de obtener la aprobación de la Sociedad de San Francisco de Sales, de acuerdo con los estatutos presentados.

Contesté que no estaba en situación de satisfacer su deseo, exponiendo los motivos de mi disentimiento, que juzgo oportuno explicar también en esta mi carta, que someto a Vuestra Eminencia Reverendísima.

Me adhiero a todos cuantos alaban la beneficencia del activo e infatigable sacerdote don Juan Bosco. La atención que presta a tantos pobres niños abandonados, el alimento que les procura, la educación cristiana que les da son méritos superiores a todo encomio, sobre todo cuando la sinceridad y franqueza en la fe se juntan a la provechosa enseñanza de las artes y oficios en que esos jóvenes se ejercitan para su propio bien y el de sus familias, sin aumentar el número de tantos pobres desgraciados **[236]** que, al no poder aguantar su condición, sin las prendas que se requieren, se lanzan ávidamente con pretensiones tenaces, intolerantes y temerarias lejos de su propio estado. En esto, pues, la obra del sacerdote don Bosco merece todo apoyo y toda alabanza.

Sin embargo, respecto a la educación e instrucción de los clérigos y a hacer de su casa y del Oratorio, llamado de San Francisco de Sales, un seminario de sacerdo-

tes para Turín y las otras diócesis, al menos por ahora, del antiguo Piamonte, en general soy de parecer totalmente contrario y, respetando el de mis colegas que consintieren, yo no consentiré jamás.

No entro en las condiciones especiales de tal educación, aun cuando estos jóvenes, para prepararse al sacerdocio, pudieran ser educados en las más sinceras y hermosas virtudes sacerdotales, y aun cuando también pudieran progresar debidamente en los estudios; sino que yo miro a la obligación que tiene el Obispo, conforme a las sapientísimas prescripciones del Concilio Tridentino, de atender por sí mismo y por medio de personas por él elegidas, y que puede cambiar en toda ocasión, a la educación de su clero; e informarse debidamente en todo momento y proveer con perfecto conocimiento de causa para aceptar o desechar a los candidatos, para diferir o no las órdenes sagradas y para emitir, según los cánones y las circunstancias, las necesarias disposiciones.

Una dolorosa experiencia demuestra constantemente que los sacerdotes no educados por el propio obispo obedecen a otra autoridad que no es la suya y se burlan de mil formas de la debida sumisión, o, si no se oponen abiertamente, lo hacen a escondidas.

No hablo de patrimonios eclesiásticos, no hablo de la continua limitación, consignada en las Reglas propuestas, de obedecer al Obispo, *prout Regulae Societatis patientur* (en cuanto las Reglas de la Sociedad lo consienten); no hablo de los exámenes, de la dirección, de la ingerencia de que debería despojarse todo Obispo para ponerse en manos de otros; no hablo de otras innumerables consecuencias, poco satisfactorias para un Obispo deseoso de cumplir su deber y de ejercer su dignidad, consecuencias que resultarían de la aplicación de las Reglas y que ya habrán sido advertidas por otros; me basta haber indicado esto sumaria y rápidamente para concluir que, alabando en todo lo demás la caridad ejercida por el laborioso sacerdote don Bosco al dar asilo a tantos y tantos infelices, no pude suscribir el deseo de poner también en sus manos la educación del clero joven.

Es verdad que cada día resultan más graves nuestras condiciones, pero pondremos en ello nuestro posible esfuerzo y la gracia del Señor nos ayudará. Iremos a vivir, si es preciso, en los seminarios con nuestros seminaristas; convertiremos en seminario nuestro palacios episcopales, pero no nos desprenderemos jamás de este derecho paterno de educar a nuestro clero joven, derecho y deber concedido y sabia y repetidamente prescrito **[237]** por los Pontífices, por los Concilios, por sus decretos y cánones, compendiados en sublimes y vivas palabras por el Concilio Tridentino.

Ya sea que directa o indirectamente se pretenda quitar o menguar al Episcopado esta su importantísima obligación, cree se debe resistir siempre quien tiene el honor de profesarse con el más profundo respeto y con toda veneración.

De V. Eminencia Rvma.

Humilde y seguro servidor
† LORENZO, *Obispo de Pinerolo*

Evidentemente el Obispo de Pinerolo no había comprendido nuestras Reglas: puesto que, cuando éstas hablaban de la educación del clero joven, querían significar que también era objeto de la Pía

Sociedad Salesiana, a la par de la educación de los jóvenes pobres y abandonados en los Oratorios Festivos y en las escuelas de Artes y Oficios, el preparar nuevos reclutas para los seminarios en nuestros colegios, con escuelas de bachillerato; pero don Bosco no pensó jamás en suplantar a los seminarios. Sin embargo, algunos interpretaban mal esta su caridad providencial, la cual, en aquellos años, se extendió también por su celo, al tiempo de los estudios filosóficos y teológicos, a fin de que las diócesis del Piamonte estuviesen provistas de clero instruido y ejemplar, cuando los seminarios diocesanos estaban cerrados.

Muy distinto era, sin embargo, el juicio que daba de don Bosco y de la Pía Sociedad Salesiana quien como monseñor Lorenzo Gastaldi, Obispo de Saluzzo, estaba más al corriente de su espíritu.

A su Eminencia Reverendísima el Cardenal Prefecto de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares.

Saluzzo, 25 de mayo de 1868

Eminentísimo Señor:

Yo, el abajo firmante, declaro tener pleno conocimiento del Instituto fundado y dirigido por el M. R. señor don Juan Bosco, natural de Castelnuovo, diócesis de Turín, porque yo mismo he visto con mis ojos nacer y progresar este Instituto y he contemplado sus preciosos frutos de doctrina y virtudes cristianas.

Dicho Instituto, en su casa principal de Turín y en los **[238]** Oratorios por él fundados y dirigidos, representa literalmente el mismo espectáculo de piedad que ofrecían en Roma los oratorios abiertos por San Felipe.

El número prodigioso de muchachos que acuden a estos oratorios, la actitud y disposición que en ellos adquieren para la piedad y todas las prácticas cristianas, la perseverancia en el espíritu cristiano, que los muchachos conservan después de salidos, el afecto singular que demuestran y guardan a don Bosco y a sus compañeros en el sacerdocio, después de mucho tiempo de haber dejado los oratorios, demuestran y prueban hasta la evidencia, que Dios misericordioso derrama en ellos sobreabundantemente sus bendiciones, y que allí hay una misión particular de provecho para la juventud.

Esta bendición es evidente también por las vocaciones al estado eclesiástico que allí se han despertado; lo cual ha dado lugar a que desde el 1848 a 1863, tiempo en el que el seminario arzobispal de Turín estuvo cerrado, el Oratorio de don Bosco, que en su colegio internado cuenta cerca de ochocientos alumnos, atendió y educó a los *seminaristas* de la diócesis de Turín; por lo que S. E. Monseñor Fransoni manifestaba al abajo firmante sus complacencias, mientras gemía en su exilio de Lyon donde era visitado por el que suscribe.

Mas don Bosco no hubiera podido hacer más que una mínima parte de tanto bien, de no haberse asociado a tiempo con unos compañeros, y si no hubiera formado una *sociedad de clérigos y sacerdotes* que, bajo su dirección, ejercitaran la caridad con los muchachos arriba mencionados.

Ahora bien, el que sucribe declara que personalmente vio crecer y formarse esta Sociedad, vio las Reglas y vio el resultado. Vio que con la observancia de estas Reglas se mantuvo constantemente en ella el espíritu de obediencia, sumisión, humildad, piedad, concordia, paz y caridad. Encontró siempre en los miembros que forman esta Sociedad una sola mente y un solo corazón. Vio, como por milagro, surgir en el seno de la misma una iglesia colosal, maravilla de quien la contempla, y que, edificada con el coste de más de medio millón de liras por unos sacerdotes que nada poseen, es un milagro que demuestra cómo Dios bendice esta Sociedad.

Por tanto, lo menos que puede hacer el que suscribe es desear que esta Sociedad, junto con sus Reglas, sea aprobada por su Santidad y elevada al rango de *Orden Religiosa*, confiando que de ello nacerá un gran bien para las almas, el clero, la Iglesia en general, y más especialmente para la juventud, la cual necesita, hoy más que nunca, óptimos educadores; y por consiguiente, Ordenes religiosas que se cuiden de ello, con el espíritu de caridad, discreción y paciencia con el que, desde hace muchos años, se cuida la Sociedad fundada y dirigida por dicho señor don Juan Bosco.

[239] El que suscribe pasa a declararse con el más profundo respeto y besando humildemente su sagrada púrpura.

De V. E. Rvma.

Atento y seguro servidor
† LORENZO, *Obispo de Saluzzo*

También el Arzobispo de Pisa envió su carta Comendaticia directamente a Roma; pero no hemos podido encontrar copia de ella.

[240]

CAPITULO XX

PRELUDIO DE LAS FIESTAS – LLEGAN AL ORATORIO LOS ALUMNOS DEL COLEGIO DE LANZO – AL DIA SIGUIENTE, DOMINGO DE LA SANTISIMA TRINIDAD, ENSAYO GENERAL DE LA ANTIFONA SANCTA MARIA *– ARTICULO EN LA* UNIDAD CATOLICA *SOBRE LA CONSAGRACION DE LA NUEVA IGLESIA – LLEGADA DE LOS ALUMNOS DEL COLEGIO DE MIRABELLO: ENSAYO GENERAL DE LA NUEVA Y GRANDIOSA MISA DEL MAESTRO DE-VECCHI – EL ARZOBISPO EXPONE POR LA TARDE, EN LA PEQUEÑA IGLESIA DE SAN FRANCISCO, LAS RELIQUIAS DE LOS SANTOS MARTIRES; UN HURACAN; LA SAGRADA VIGILIA DURANTE TODA LA NOCHE – CONSAGRACION DE LA IGLESIA – DON BOSCO CELEBRA POR PRIMERA VEZ EN LA NUEVA IGLESIA – UNA PROFECIA – HUMILDES PALABRAS DEL SIERVO DE DIOS EN RESPUESTA A LAS ALABANZAS QUE SE LE TRIBUTAN – GENTIO EXTRAORDINARIO EN LAS FUNCIONES – LAS VISPERAS Y LA EJECUCION DE LA ANTIFONA* SANCTA MARIA *– EMOCION DE DON BOSCO – ELOCUENTE SERMON DEL OBISPO DE CASALE: TERMINA ENCOMENDANDO A DON BOSCO A LA SANTISIMA VIRGEN – EL* TANTUM ERGO *DE CAGLIERO – LA ILUMINACION DE LA CUPULA – POR LA NOCHE HABLA DON BOSCO A LOS ALUMNOS DE LAS TRES CASAS, REUNIDOS EN EL PATIO – LA* UNIDAD CATOLICA *DESCRIBE LAS IMPRESIONES DEL PRIMER DIA DEL OCTAVARIO – LAS MULTITUDES SE AGOLPAN EN TORNO A DON BOSCO – CURACIONES INSTANTANEAS – ENTUSIASMO INDESCRIPTIBLE*

EL portón de entrada al Oratorio, que daba a la calle Cottolengo, estaba todavía aquel año en un extremo al este del edificio, construido sobre los cimientos del antiguo cobertizo del señor Visca. Esta esquina fue derribada en 1914 y se levantó el nuevo edificio destinado **[241]** a las oficinas del Capítulo Superior. Allí, el día 6 de junio, hacia el mediodía, la banda de música y todos los alumnos esperaban a los muchachos del Colegio de Lanzo, para tributarles un alegre recibimiento. No se hicieron esperar los gritos

entusiastas de *¡Vivan los de Lanzo, Vivan los de Turín!;* y los recién llegados, precedidos por la banda, se dirigieron ordenadamente hasta los pórticos.

Aquello fue un interminable agitar de gorras y gritar *¡Viva don Bosco!* cuando el Siervo de Dios salió de su habitación y les dio la bienvenida desde el balcón.

Después de comer se acompañó a los recién llegados a visitar los monumentos de la ciudad.

El día 7, festividad de la Santísima Trinidad, a la hora acostumbrada, apretados en la pequeña iglesia de San Francisco de Sales, los alumnos de Turín y Lanzo oyeron la santa misa y comulgaron muchísimos.

Para desayunar recibieron todos abundante condumio, que don Bosco quiso se diera por igual todas las mañanas del sacro octavario. A las diez hubo ensayo general de la antífona *Sancta María, succurre miseris* de Cagliero. A las cinco y media de la tarde, se cantaron vísperas en la misma iglesia, hubo sermón y bendición con el Santísimo.

La *Unidad Católica* decía aquel día:

Queremos dedicar toda la crónica de hoy a una gran solemnidad religiosa, que comenzará el próximo martes. Todos entienden que queremos hablar de la solemne consagración de la nueva iglesia de don Bosco, dedicada a María Auxiliadora.

En estos tiempos de incredulidad y escepticismo, resulta fácil ver dibujarse en los labios de algunos una sonrisa de indiferencia, al oír hablar de consagraciones de iglesias. Sin embargo, hace ya cuarenta siglos que los incrédulos ríen *et periit memoria eorum cum sonitu* (y desapareció su recuerdo con el sonido); pero las iglesias consagradas siguen en pie después de cuarenta siglos y el pueblo fiel celebra en ellas sin interrupción y con alegría los misterios de Dios. En realidad el rito de consagrar las iglesias es antiquísimo y está lleno de graves misterios, cuyo origen se remonta a la misma erección de los templos, puesto que Jacob, al levantar un altar, también lo consagró. Moisés, al erigir un tabernáculo, por expreso mandato de Dios, quiso también consagrarlo, y Salomón, que recibió de las mismas manos de Dios el plano para la construcción del famoso templo **[242]** de Jerusalén, obtuvo también el oráculo de celebrar la consagración: *Dedicavit domum Dei rex, et universus populus* (el rey dedicó la casa de Dios, y con él todo el pueblo), y en el tiempo de tal dedicación sacrificó veintidós mil bueyes y veintiséis mil carneros. También sabemos que Judas Macabeo, habiendo purificado el templo de Jerusalén de sus profanaciones e inmundicias y construido un nuevo altar de piedra, celebró las *«encenias»*[1] y ordenó que se celebraran cada año.

La Iglesia Católica conservó celosamente esta misteriosa tradición y opina que el Niño Jesús consagró el establo donde nació y que con la ofrenda de los Reyes Magos

[1] *Encenias:* Así se llamaron las fiestas de la Dedicación del Templo de Jerusalén. *(N. del T.)*

el Pesebre se convirtió en templo. San Cirilo nos informa que los Apóstoles consagraron en iglesia el cenáculo donde habían recibido el Espíritu Santo, sala que simbolizó también a la Iglesia Universal. Y hay más, según Calixto Nicéforo (Hist. lib. 2, cap. 33) fue tal la solicitud de los Apóstoles, que doquiera predicaban el Evangelio, consagraban una iglesia u oratorio y por esto el Pontífice San Clemente I, nombrado el año 93, sucesor a más de discípulo de San Pedro, entre otras ordenanzas, decretó que todos los lugares de oración fueran consagrados a Dios. Ciertamente en tiempo de San Pablo se consagraban las iglesias, a lo cual alude él, como quieren algunos doctores, cuando escribe a los Corintios, en el capítulo 11: *Aut Ecclesiam Dei contemnitis?* (¿O es que despreciáis a la Iglesia de Dios?) San Urbano I, elegido el año 226, consagró en iglesia la casa de Santa Cecilia, según cuenta Metafraste; San Marcelo I, elegido el año 304, consagró la iglesia de Santa Lucina, según cuenta el Papa San Dámaso I (cp. 21); y así por el estilo mil otros lugares y templos.

No se trata, pues, de una simple fiesta religiosa ésta a la que asistiremos pasado mañana; es un sagrado anillo de signos sensibles que Dios da a los hombres de que quiere estar en medio de ellos y con ellos.

No cause asombro, por tanto, la descripción de las solemnidades religiosas con las que se procederá a dicha consagración, cuyo programa damos resumido:

«Martes, 9, a las cinco y media: consagración de la iglesia por S. E. Rvma. nuestro venerado Arzobispo. A las seis de la tarde: vísperas pontificales solemnes, sermón y bendición. En las vísperas se cantará la antífona *Sancta Maria, succurre miseris* por más de trescientas voces, a tres coros formados por los alumnos del oratorio de San Francisco de Sales y de los Colegios de Lanzo y Mirabello y por muchos maestros y distinguidos aficionados al canto de esta ciudad, imitando los famosos coros cantados en San Pedro, en las fiestas del centenario de los apóstoles Pedro y Pablo. El *Tantum Ergo*, armonizado para gran orquesta, será interpretado por más de doscientas voces. Composiciones del sacerdote Juan Cagliero.

El miércoles, 10, a las siete de la mañana: plática, comunión general y oraciones para pedir especiales bendiciones en favor de los beneméritos donantes que contribuyeron a levantar la iglesia. A las diez de la mañana: misa solemne a gran orquesta para tenores, bajos y coros, expresamente escrita por el maestro Juan De-Vecchi. A las seis de la tarde: vísperas solemnes, sermón **[243]** y bendición.

Jueves, 11: La misa solemne se omitirá, por la procesión del *Corpus Christi* que tiene lugar en la catedral. A las seis de la tarde, vísperas solemnes, sermón y bendición.

Viernes, 12, y sábado, 13: Todo como el miércoles.

Domingo, 14: A las diez de la mañana, misa solemne y sermón. A las cuatro de la tarde, vísperas solemnes, predicación y bendición. En las vísperas, se repetirá el concierto a tres coros de la antífona *Sancta Maria, succurre miseris* y en la bendición el *Tantum Ergo* a gran orquesta, como el martes.

Lunes, 15, y martes, 16: Por la mañana, como de costumbre. A las seis de la tarde: vísperas solemnes, predicación, *Te Deum* en acción de gracias por los beneficios recibidos. Bendición.

Miércoles 17, a las siete de la mañana: funeral en sufragio de los bienhechores difuntos de la iglesia y del Oratorio».

Además, durante los ocho días, habrá misas rezadas y comodidad para recibir los santos sacramentos. Y siempre, de seis a siete, comunión general con breve plática por un Prelado. En efecto, muchos obispos aceptaron el encargo de predicar por

la mañana y por la tarde. Y para que nada faltase al brillo de tanta solemnidad, Su Santidad, el Sumo Pontífice reinante, Pío IX, siempre dispuesto a otorgar los favores espirituales que tienden a promover la mayor gloria de Dios y el bien de las almas, y así animar a los fieles a honrar a la augusta Madre del Salvador, se ha dignado conceder, con Breve del 22 de mayo de 1868, indulgencia plenaria, aplicable a las almas del purgatorio, a todos los que en el día de dicha consagración y durante el siguiente octavario, esto es, del 9 al 16 de junio próximo, confesados y comulgados, visitaren esta iglesia y rezaren en ella según la intención del Sumo Pontífice.

Con las fiestas religiosas se intercalarán algunos pasatiempos, de acuerdo con la costumbre del Oratorio y la índole de los jóvenes que allí se educan. He aquí brevemente el programa:

Jueves, 11, a las tres de la tarde: Certamen músico-literario en honor de María Auxiliadora; distribución de premios a los alumnos del Oratorio. —Sábado, 13, a las tres de la tarde: entretenimientos variados. —Domingo, 14, a las siete de la tarde: ejercicios gimnásticos y otros juegos. —Lunes, 15, a las tres de la tarde: comedia en latín. —Martes, 16, a las tres de la tarde: entretenimientos diversos y concierto por la banda de música.

Finalmente el martes: *Attolite portas, principes, vestras, et elevamini portae aeternales, et introibit rex gloriae!* (Príncipes, levantad vuestras puertas y elevad las puertas eternales y entrará el rey de la gloria).

El lunes, 8, vigilia de la consagración, después de las acostumbradas prácticas de piedad, los cantores estuvieron ocupados, mañana y tarde, en ensayos musicales de la grandiosa misa del maestro Juan De-Vecchi, compuesta expresamente para la solemne ocasión, que duraron dos horas. En el Oratorio todo era movimiento; llegaban **[244]** a Turín nobles señores de todas partes. De Roma, el conde Bentivoglio; de Venecia, la princesa Elena Vidoni Soranzo, con dos sobrinitos; de Milán, la condesa Teresa Dal-Verme. Muy de mañana llegaron también los sacerdotes, clérigos y alumnos del seminario menor de Mirabello para engrosar aquella especie de ejército con sus compañeros de Turín y Lanzo; fueron recibidos con música, aplausos y cariño fraterno. También ellos debían participar en el canto, la música, las funciones religiosas y académicas y estaban todos ansiosos, casi impacientes, por realizar con el mayor entusiasmo la parte que les correspondía.

En el mismo tren y a la misma hora que los alumnos de Mirabello llegó también monseñor Pedro María Ferré, obispo de Casale, con su secretario el canónigo Masnini, para participar en las funciones sagradas.

A las seis de la tarde se presentaba el arzobispo de Turín, monseñor Alejandro Riccardi, con el teólogo Caviassi, su maestro de ceremonias, y el canónigo Astengo, su secretario, para empezar la

función. En el mismo momento estalló un huracán con viento, truenos, relámpagos y granizo, que parecía querer estorbar nuestra solemnidad. Mas, por fortuna, sólo fue un violento aguacero, con la inundación consiguiente y, luego, quedó el cielo sereno. Mientras tanto, el mencionado Arzobispo exponía, en la capilla de San Luis de la pequeña iglesia de San Francisco, las Santas Reliquias que debían servir para la consagración de los altares al día siguiente. Las reliquias, colocadas en una urna dorada, eran de San Mauricio y San Segundo, dos de los patronos principales de la diócesis de Turín. Después de la exposición, se empezó el canto de los oficios divinos que, según las prescripciones de la Iglesia, duró toda la noche, o sea, hasta las cinco y media del día 9, en el cual empezó la solemne consagración.

Aquella mañana, primer día del octavario, a las cinco y cuarto, volvía al Oratorio Su Excelencia el Arzobispo. Al bajar de la carroza, se encontró, colocados en dos largas filas, a los mil doscientos **[245]** alumnos de las tres casas salesianas. La música le dio el primer saludo. Su Excelencia bendijo varias veces a los jóvenes, mientras pasaba por medio de ellos, y fue a la iglesia de San Francisco a revestirse de los ornamentos sagrados. Allí lo esperaba un clero numeroso, el coro de cantores para el canto gregoriano, y el canónigo Ramón Olivieri, párroco de la catedral de Acqui, más el director del colegio de Lanzo, que le asistirían de diácono y subdiácono respectivamente. Salido el sacro cortejo, entraron los alumnos y el Obispo de Casale celebró la misa de comunidad, a las seis, en la cual hubo un gran número de comuniones.

Entre tanto, el Arzobispo con todo el clero, daba las tres vueltas rituales alrededor de la iglesia y al fin se paraba ante la puerta principal de la fachada que estaba cerrada, lo mismo que las laterales. En este momento se sumaron al clero los canónigos de la Catedral, Luis Nasi, Celestino Fissore, el abad Gazzelli, el abad Morozzo, y el canónigo penitenciario Chicco.

Había dos coros, uno en la escalinata de la iglesia y otro dentro de la misma. El Arzobispo golpeó tres veces la puerta con el báculo y el coro que le rodeaba empezó a cantar:

—*Attolite portas, principes, vestras, et elevamini portae aeternales, et introibit Rex gloriae.*

—*Quis est iste Rex gloriae?* (¿Quién es este rey de la gloria?) respondió el coro de la iglesia.

Y el coro de fuera replicó:

—*Dominus fortis et potens, Dominus potens in proelio. Attolite*

portas... (El Señor fuerte y poderoso, el Señor poderoso en la batalla. Abrid las puertas...)

Y la puerta se abrió de par en par, para volver a cerrarse, apenas entró el clero. Nadie podía penetrar todavía en el santuario.

Una gran cruz en forma de equis, X, hecha con ceniza, se extendía por todo el pavimento. El Arzobispo comenzó a escribir con la punta del báculo sobre uno de los palos de la misma el alfabeto griego y sobre el otro el alfabeto latino. Después, por una escalerilla movible, subió sucesivamente a ungir las doce crucecitas distribuidas alrededor sobre las paredes del edificio y se encendió una vela delante de cada una de ellas. Terminada la consagración del templo, Monseñor cumplió el rito sagrado de la **[246]** consagración de los altares, cerrando en sus sepulcros las reliquias de los mártires, trasladadas desde la iglesia pequeña. A las diez y media terminaba la ceremonia y se abrían las puertas de par en par al público.

Su Excelencia celebraba la primera misa en la nueva iglesia e, inmediatamente después, el Siervo de Dios, que había asistido también con alegría inefable a todo el sacro rito, subía también al altar mayor para celebrar el Santo Sacrificio a los pies de María Auxiliadora. Tuvieron la satisfacción de ayudar la misa don Juan Bautista Francesia y don Juan Bautista Lemoyne.

Don Bosco volvió a la sacristía, dio gracias durante mucho tiempo y luego se entretuvo un ratito con una señora que ya conocía, que había ido a Turín para la fiesta, y le había sido presentada por su hijo salesiano. Díjole al sacerdote:

—¡No serás el único salesiano de tu familia!

Era una singular predicción: había todavía en la familia cuatro hermanos, con inclinación a cualquier cosa menos a la vida religiosa, y una hermana todavía pequeña. Y he aquí que, catorce años después, en 1882, de modo inexplicable, entraba la hermana en las Hijas de María Auxiliadora, y veinticinco años más tarde de la profecía, uno de los hermanos se hacía también salesiano por circunstancias no previsibles. De este último había dicho claramente don Bosco a nuestro hermano, en 1886, indicando nominalmente la futura conquista:

—Quiero robarlo para mí.

Cuando el Venerable salió de la sacristía subió al comedor preparado en la biblioteca, donde le esperaban varios obispos y muchos otros ilustres invitados.

Antes de levantar los manteles, hubo varios oradores que ensalzaron las grandes obras realizadas por don Bosco y la construcción

de aquella iglesia colosal, fruto de su extraordinario y constante valor. Pero él, sin la menor señal de complacencia ante tantos elogios, respondió con su acostumbrada sencillez y humildad:

—No soy yo el autor de esas grandes cosas que decís, es el Señor, es María Santísima; ellos se han dignado servirse de un **[247]** pobre sacerdote para llevar a cabo esas obras. Mío, no hay nada. *Aedificavit sibi domum Maria* (María se edificó su casa). Cada piedra, cada adorno manifiesta una gracia suya.

Estas palabras las oía José Reano, que estaba presente al final de la comida, durante la cual, junto con varios compañeros, había ejecutado una pieza de música.

A las cinco y media empezaron solemnemente las vísperas pontificales del Arzobispo. Al final de las mismas era tal la concurrencia de fieles que los que estaban en la iglesia no podían moverse y con los esfuerzos que hacían, unos para entrar y otros para salir, se producía cierto murmullo en las puertas.

Hasta que las primeras notas del *Sancta Maria* impusieron silencio y reclamaron la atención de todos. Eran tres coros. Uno ante el altar de San José, formado por ciento cincuenta tenores y bajos, que representaba la Iglesia militante; otro, en la cúpula, con doscientos sopranos y contraltos, que figuraba los ángeles, o sea la Iglesia triunfante; y el tercero, de otros cien tenores y bajos en el coro, simbolizaba la Iglesia purgante.

Una de las grandes dificultades era la de regular el tiempo musical a tanta distancia, ya que muchos no podían ver al maestro director que debía marcarlo con la batuta y guiar a todos los cantores. Mas esta dificultad se superó felizmente con un aparato eléctrico. Un largo cable, conectado a los polos de una pila, se unía a unas campanillas eléctricas colocadas en el centro de cada coro y cerrando el circuito terminaba con sus extremos en una especie de manipulador o tecla construido al efecto. El director de la música, que sostenía el manipulador con la izquierda, podía con la derecha actuar con la batuta como si nada tuviera en las manos mientras las campanillas, todas a la vez, marcaban una sola señal de acuerdo con la batuta del director. De este modo quedaban los coros unidos y regulados con toda precisión, lo mismo que si estuvieran agrupados en un solo coro y dirigidos por un solo maestro.

«La divina Providencia, escribió don Bosco, dispuso que la expectación quedara cumplida. Todos los maestros que habían acudido de varios **[248]** pueblos para oír, lo mismo que los que tomaron parte activa, quedaron plenamente satisfechos.

»El momento en que los coros se unieron armónicamente fue encantador. Las voces se acordaron totalmente y el eco las enviaba por todas direcciones de modo que el oyente se sentía envuelto en un mar de voces sin que pudiera discernir cómo y de dónde procedían. Un respetable personaje, conmovido ante aquel mágico efecto, exclamó:

»—Verdaderamente me parece encontrarme en el Vaticano.

»Otro hiperbólicamente dijo:

»—Solamente en el paraíso puede haber un canto más hermoso».

El canónigo Juan Anfossi estaba junto a don Bosco, detrás del altar mayor, mientras se ejecutaba la antífona. No recordaba haberlo visto jamás moverse o decir una palabra en la iglesia, durante la oración, pero esta vez, de rodillas y mirándole con los ojos húmedos por las lágrimas, hijas de la alegría:

—Querido Anfossi, le dijo en voz baja: ¿no te parece estar en el paraíso?

Después de la antífona subió el Obispo de Casale al púlpito de la nueva iglesia y habló elocuentemente de la majestad del culto externo, no en atención a Dios, sino en atención a los hombres.

Hacia el final pronunció con todo énfasis estas palabras:

«Este templo, en fin, de cuya presente consagración nos alegramos, es de un modo particular un tesoro de gracias celestiales, porque está dedicado expresamente a honrar a María Auxiliadora, y por eso Ella lo mira con ojos de especialísima predilección. La gran Reina ya demostró cuánto agradece la construcción de este magnífico templo, puesto que Ella misma atendió, con la abundancia y magnificencia de sus favores, a los ingentes gastos de su edificación y ornamentación. ¡Oh María, estamos seguros de que, al igual que promoviste y condujiste con toda suerte de gracias a buen término el levantamiento de esta nobilísima **[249]** mole, también ahora, cuando ya está solemnemente dedicada a vuestro honor, haréis resplandecer en ella más que nunca vuestra clemencia; tomaréis, aún más, bajo vuestra protección a vuestro piadosísimo Siervo, que inspirado por Vos se aprestó a la gran empresa de edificar esta iglesia sin ahorrar cuidados y fatigas, hasta verla terminada con grandísima alegría suya; asistiréis con maternal ternura a los numerosos jóvenes que, recogidos por vuestro mismo siervo con sentimiento de caridad en colegios, seminarios y oratorios, sabiamente dirigidos por él mismo, se dedican a los estudios, a las artes y a las prácticas de nuestra sacrosanta religión; acogeréis benignamente a todos los que vendrán a este templo, ante vuestro altar a honraros con confianza, a rogaros, a

ponerse bajo el manto de vuestra omnipotente protección; concederéis en fin, tras las muchas y graves calamidades públicas y privadas la tranquilidad del orden doméstico, social y religioso».

El *Tantum Ergo,* otra meritísima pieza musical de Cagliero, cantado por un centenar de voces blancas desde la barandilla de la cúpula y por los cantores en el coro, produjo una conmoción indescriptible en todos. El Obispo de Saluzzo y el de Alba estaban de rodillas detrás del altar, junto a don Bosco. Monseñor Gastaldi, entusiasmado, abrazaba y sacudía su reclinatorio; monseñor Galetti, sereno e inmóvil, repetía de cuando en cuando:

—¡Paraíso, paraíso!

Al salir de la iglesia los fieles contemplaron el espectáculo de la cúpula iluminada con gas. Las estrellas que coronaban la cabeza de la estatua de María, el pedestal de ésta, una eme (M) colocada sobre la última cornisa, y la barandilla brillaban con centenares de llamitas. Esta iluminación se repitió todas las noches del octavario.

Después de cenar, reunidos los alumnos de las tres casas, a la luz de millares de lamparillas, les habló don Bosco cantando, como escribió después en la narración que hizo de estas fiestas, un himno de reconocimiento a María: *Almae Dei genitrici* **[250]** *Mariae, amantissimae nostre ac potentissimae Auxiliatrici, perennes cum laudibus preces!* (Diríjanse plegarias incesantes, entre alabanzas a María, madre generosa de Dios, nuestra amantísima y poderosa Auxiliadora).

La *Unidad Católica*, del 11 de junio de 1868, describía así este primer día del octavario:

Consagración de la iglesia de María Auxiliadora.

El pasado martes, 9 de junio, su Excelencia Rvma. nuestro Arzobispo, consagraba la nueva iglesia levantada en Turín por obra de don Bosco y dedicada a María Santísima Auxilio de los Cristianos. A esta iglesia, abierta ayer, no le falta nada; en ella todo es grande como la idea que la concibió y la caridad que la fabricó. Comenzando por el bellísimo cuadro del altar mayor, obra maestra del caballero Lorenzone, uno de nuestros más insignes pintores, volviendo los ojos de uno a otro lado se admira por todas partes riqueza de mármoles y preciosidad de trabajos. La iglesia ha sido construida por los pobres y para los pobres, pero ellos han querido que la casa de nuestra gran Madre resultase lo más hermosa y rica posible y María Santísima les ayudó en su noble y filial deseo.

Una multitud de turineses acudió el martes a la nueva iglesia, principalmente por la tarde, cuando el Arzobispo de Turín pontificó las vísperas e impartió la bendición con el Santísimo Sacramento. El Obispo de Casale pronunció una estupenda homilía, explicando la liturgia católica para la consagración de una iglesia y la armonía entre el Antiguo y el Nuevo Testamento; haciendo ver cómo uno copia al

otro y la Iglesia Católica, donde está la presencia real del hombre Dios, es la perfección del templo antiguo. Acompañó estas consideraciones con piadosos y elocuentes afectos que enternecían al atentísimo auditorio.

La música estuvo en consonancia con la gran solemnidad. El sacerdote Cagliero, crecido y educado en el instituto de don Bosco, había compuesto un oratorio musical sobre la antífona *Sancta Maria, succurre miseris,* imitando el *Tu es Petrus* del Centenario. La estupenda composición fue interpretada maravillosamente por trescientas voces, que entonaban en la nueva iglesia el primer himno a María.

El ilustre Maestro, que lo es por méritos, si no por título, ha sentido el primero, y lo ha hecho experimentar a todos, el significado de un pueblo que suplica en estos momentos a la gran Madre de Dios que socorra a los míseros y ayude a los pusilánimes, enardezca a los débiles e interceda por el clero, los religiosos, los monasterios, las ciudades, por Italia y por todos.

Hermosísimo fue también el *Tantum Ergo* cantado por dos coros; uno de ellos parecía el coro de los ángeles, que, a manera de estribillo, añadía siempre el *Veneremur* a cada verso del *Tantum Ergo* y después el *Jubilatio* a cada verso del *Genitori.* En fin, el martes fue una grande y hermosa jornada para Turín y esperamos sea el principio de los nuevos y singulares favores que la Santísima Virgen prestará a la Iglesia y al Estado en la afligida Italia.

[251] ¿Y qué más hizo don Bosco aquel día? Todo para todos, en los intervalos en que se vio libre de imprescindibles obligaciones, estuvo continuamente rodeado por los muchos forasteros que querían hablarle. Antes de vísperas permaneció en la escalinata que da a la puerta próxima a la sacristía para pasar a la capilla de san Pedro. Un gran gentío de devotos le rodeó durante largo tiempo. Había enfermos que pedían curación, devotos que querían besar su mano, curiosos que admiraban el espectáculo de un hombre admirado por todo el mundo. Y don Bosco bendecía a todos. Uno de los presentes dijo que había venido para obtener el alivio de un gran dolor de muelas. Don Bosco le sugirió que rezase una *Avemaría* y quedó curado al momento. Otro, ciego desde hacía años, recobró instantáneamente la vista. Era un estremecimiento de conmoción y de alegría universal; era una poderosa manifestación de la Virgen.

Veremos cómo fue creciendo el entusiasmo religioso durante los días siguientes.

[252]

CAPITULO XXI

SEGUNDO DIA DEL OCTAVARIO – DISPOSICION PERPETUA DE ORACIONES Y DE UNA MISA DIARIA POR LOS BIENHECHORES – LA COMUNION GENERAL Y UN FERVORIN DEL OBISPO DE CASALE – UN PADRE CUMPLE SU PROMESA POR LA CURACION OBTENIDA DE SU UNICO HIJO – CURACION DE UNA GRAVISIMA ENFERMEDAD EN LOS OJOS – DON BOSCO DISPONE QUE LOS MUCHACHOS SE ENTRETENGAN DESPUES DE COMER CON PASEOS O CON VARIADAS DISTRACCIONES – PONTIFICA EN LAS VISPERAS EL OBISPO DE MONDOVI: PREDICA EL OBISPO DE CASALE, QUIEN DIRIGE UNA PLEGARIA A MARIA SANTISIMA PIDIENDO QUE DERRAME LAS MAS RICAS BENDICIONES SOBRE DON BOSCO – TERCER DIA DEL OCTAVARIO – CONTINUA AFLUENCIA DE FIELES A LA SACRISTIA: TODOS QUIEREN CONTAR LAS GRACIAS OBTENIDAS DE MARIA AUXILIADORA – UNA CURACION PRODIGIOSA – UNA VELADA EN HONOR DE MARIA SANTISIMA: MARCHA TRIUNFAL, CANTADA CON MUSICA DE DE-VECCHI; CANCION RECITADA POR EL SACERDOTE JOSE ELICE DE LOANO: DISTRIBUCION DE PREMIOS A LOS ALUMNOS QUE SE HAN DISTINGUIDO POR SU BUENA CONDUCTA: ALGUNAS PIEZAS COMICAS MUSICALES – EL OBISPO DE MONDOVI PONTIFICA EN LAS VISPERAS: PREDICA MONSEÑOR BALMA

EL miércoles 10 de junio, segundo día del octavario, a las seis y media de la mañana entraron los alumnos en la iglesia nueva y, acompañados por los numerosos fieles, que habían acudido con presteza, recitaron las oraciones de costumbre y el santo rosario por todos los beneméritos donantes del sagrado edificio y del Oratorio. La piadosa práctica, comenzada entonces, continúa ininterrumpidamente cada día **[253]** por disposición del mismo don Bosco.

«Yo, escribía a los donantes, guardaré de vosotros indeleble gratitud y, mientras viva, no dejaré de invocar las bendiciones del cielo sobre vosotros, sobre vuestros parientes y amigos. Lo haré cada día, especialmente en el sacrificio de la santa misa. Que Dios os colme de

sus tesoros celestiales, respetables donantes, y os dé largos años de vida feliz; que El os conceda el precioso don de la perseverancia en el bien y os reciba a todos un día en la feliz eternidad. Para que estos augurios sean acogidos por la misericordia del Señor, se estableció un servicio religioso para todos los días del año en favor de cuantos, de cualquier modo que sea, han contribuido o contribuirán a ayudar a la iglesia o al establecimiento anejo. Este ejercicio se compone de una serie de oraciones, el rosario de la Virgen María, comunión sacramental o espiritual, de acuerdo con la voluntad de cada uno, celebración y aplicación de la santa misa. Esto tendrá lugar todas las mañanas en la nueva iglesia con todos los alumnos del establecimiento y con todos los fieles que quieran tomar parte en ello»[1].

Aquella mañana celebró la santa misa monseñor Tomás Ghilardi, obispo de Mondoví, que había llegado la tarde anterior y había sido recibido con toda solemnidad. Predicó desde el púlpito un devoto fervorín como preparación a la comunión, y demostrando la necesidad de la comunión frecuente, como homenaje a Jesucristo en la Eucaristía y como medio para mantener viva nuestra fe en Jesucristo, como el más sólido sostén contra los enemigos de Dios y de la Iglesia, y el más dulce de los consuelos en los días de dolor.

Celebró después la santa misa; el clero infantil le asistía en el presbiterio y los cantores al son del armonio ejecutaban religiosos motetes de autores célebres. *Infra missam* (durante la misa) hubo **[254]** abundantes comuniones. Don Bosco confesaba en la sacristía y otros sacerdotes en los confesonarios de la iglesia.

Así discurrió la primera función matutina durante todos los días del octavario, predicado siempre por monseñor Ghilardi. El número de sacerdotes que durante la semana acudió a celebrar fue tal que, desde las cuatro hasta las once, estuvieron continuamente ocupados los altares laterales.

A las diez pontificó el Obispo de Casale, asistido por los canónigos de la Santísima Trinidad, representados por los canónigos Marchisio, Giustetti, Talucchi, Berteu, y por el director del Colegio de Lanzo que suplía al canónigo Zorniotti. Los cantores interpretaron la partitura de Juan De-Vecchi, maestro de música instrumental en el Oratorio. Había más de treinta violines en la orquesta. La composición y la ejecución de aquella misa fue en verdad una obra maestra.

---

[1] *Recuerdo de una solemnidad en honor de María Auxiliadora,* por el sacerdote Juan Bosco, Turín 1868, pág. 93-94.

Al mediodía ocurrió un hecho digno de contarse. Llegó en una carroza un hombre de aspecto señorial que pidio confesarse; después, muy conmovido y con recogimiento ejemplar, se acercó a la sagrada comunión. Terminada la oportuna acción de gracias, fue a la sacristía y entregó una limosna diciendo:

—Rogad por mí y pregonad por todo el mundo las maravillas del Señor por la intercesión de la Santísima Virgen.

—¿Puede saberse quién es usted y por qué ha venido hasta aquí? dijo don Bosco, que le escuchaba.

—Yo, respondió, vengo de Faenza; tenía un hijo único, objeto de mis ilusiones. Cayó enfermo a los cuatro años de edad, no había ninguna esperanza de curación y lloraba por él sin consuelo, como si estuviera muerto. Un amigo, para consolarme, me sugirió que hiciera una novena a María Auxiliadora de los Cristianos, con la promesa de entregar un donativo para esta iglesia. Lo prometí y añadí que vendría personalmente a cumplir mi promesa y recibir aquí los santos sacramentos, si conseguía la gracia. Dios me escuchó. A mitad de la novena mi hijo estaba fuera de peligro y ahora goza de óptima salud. El **[255]** no será ya mío, sino que siempre le llamaré hijo de María. He viajado dos días: ahora que ya he cumplido mi obligación, me vuelvo satisfecho y siempre bendeciré a la madre misericordiosa María Auxiliadora.

En aquel mismo momento llegó una señora con su hija, de unos trece años.

—Aquí estoy, comenzó a decir; he venido para cumplir mi obligación.

—¿Quién es usted?, preguntóle don Bosco.

—Soy Teresa Gambone, madre de esta niña que se llama Rosa.

—¿De dónde viene?

—Venimos de Loggia de Carignano.

—¿Por qué han venido aquí y por qué está tan alegre su hija?

—¿Es que ya no se acuerda? Hace poco tiempo la trajimos aquí, casi totalmente ciega. Padecía una enfermedad en los ojos hacía cuatro años. Los médicos la daban por ciega y ella apenas si distinguía la luz de las tinieblas. Usted la bendijo, recitó las oraciones que usted sugirió en honor de María durante el tiempo establecido, esto es, desde Pascua hasta la Ascensión del Señor. Aquel día mi Rosa quedó perfectamente curada. Ahora hemos venido a dar gracias y entregar una pequeña limosna. Somos pobres jornaleros del campo y no podemos hacer más; pero conservaremos siempre el recuerdo de esta gracia tan grande.

A las cinco de la tarde volvían los alumnos al Oratorio de un hermoso paseo. Don Bosco había determinado que durante aquellos días salieran a pasear, si no había una razón especial que los retuviera en casa, para darles una distracción y apartarles de aquella confusión de gente que iba y venía, y para informarse de ellos reuniéndoles bajo la mirada de los asistentes. Unos subían a las colinas, otros iban a visitar la ciudad y el magnífico cementerio, éstos por los paseos fuera de las murallas, aquéllos a recorrer **[256]** las orillas del Po. Los mayores del colegio de Lanzo pidieron y consiguieron permiso para recorrer en barca el río.

Don Bosco había dispuesto también que, durante los días siguientes, se les alegrara el tiempo no ocupado por las sagradas funciones, con entretenimientos académicos, gimnásticos, musicales y teatrales.

A las seis de la tarde pontificó monseñor Ghilardi las vísperas, cantadas con música. Después de las mismas subió al púlpito el Obispo de Casale y pronunció su segundo discurso sobre la necesidad de la enseñanza católica en las escuelas. Demostró cómo tal enseñanza debe tener por base la dependencia del infalible magisterio de la Iglesia; y también esta vez acabó dirigiendo una conmovedora plegaria a María Santísima:

«Bondadosos oyentes, roguemos fervorosamente a María Auxiliadora, en cuyo honor se ha levantado este nuevo y magnífico templo, que nos obtenga del Señor tan gran beneficio.

»Sí, Virgen María, implorad las más ricas bendiciones para el reverendo fundador de la Pía Sociedad del Oratorio de San Francisco de Sales, que ha trabajado incansablemente en la construcción de este solemne monumento de religión, para aumentar el honor y dar mayor vida a su instituto, todo él dirigido a la cristiana instrucción y santa educación de la juventud católica.

»Haced, oh gloriosa Madre de la Sabiduría, que su ejemplo sea lección saludable y poderoso estímulo para todos los maestros y educadores públicos y privados a fin de que, abandonadas las falsas máximas del siglo, ofrezcan una instrucción y una educación informada en la verdad y en el espíritu de nuestra sacrosanta religión.

»Oh Reina Celestial amadísima Auxiliadora nuestra, sed generosa, socorriendo a maestros y discípulos, para que, ellos impartiendo y éstos recibiendo una instrucción y educación verdaderamente católica, formen juntos en la tierra el templo vivo del Espíritu Santo. Oh Inmaculada Madre de Dios y Madre nuestra, protegednos a todos, para que, adhiriéndonos constantemente a las máximas apren-

didas en la enseñanza católica y correspondiendo **[257]** siempre a las mismas con el afecto y las obras, podamos, después de acabar la mortal carrera, ser admitidos y formar parte con Vos en la feliz y gloriosa Jerusalén, por los siglos de los siglos. Así sea».

Gracias sin cuento había ya concedido María a sus devotos y a los donantes para la construcción de su iglesia en Valdocco, y en aquellos días no sólo derramaba más abundantemente sus tesoros inagotables, sino que evidentemente, como madre ternísima, quiso glorificar a su Siervo de modo más claro y unir su nombre al suyo; los fieles adivinaron este misterio y llamaron a María Auxiliadora, *la Virgen de don Bosco.*

Entró una paralítica en un carro, tirado por un borrico. Gritaba el carretero para lograr paso y acercarse a don Bosco. La gente no le dejaba avanzar y empujaba hacia atrás al borriquillo. Estaban ya a punto de llegar a las manos con el carretero. La enferma, que no podía moverse desde hacía mucho tiempo, impaciente por la tardanza, y viendo que era imposible adelantar, sin darse cuenta de ello, saltó del carro, se acercó a don Bosco entre la gente, y sólo cuando estuvo en su presencia advirtió que estaba curada. Sus gritos de maravilla eran repetidos por todos. Los padres, llorando de emoción, querían sacarla de allí.

—¡Estoy curada, estoy curada!, repetía ella sin cesar.

—Ya lo vemos, le respondían; ¡vamos a casa!

—No, replicaba la hija; antes quiero ir a dar gracias a la Virgen.

Y entró en la iglesia.

Escenas parecidas se renovaron durante los días siguientes y muchas otras veces en el transcurso de la vida del Venerable.

El jueves, 11 de junio, tercer día del octavario y fiesta del *Corpus*, hubo desde la madrugada una gran afluencia de forasteros.

El señor Obispo de Mondoví presidió la acostumbrada función de la mañana y dio su platiquita demostrando que la comunión frecuente es manantial inagotable de gracias celestiales. Después de **[258]** muchas razones presentó el ejemplo de Santa Catalina de Siena, la cual, sin saber leer ni escribir, sacó del Santísimo Sacramento una ciencia extraordinaria divulgada en cuatro gruesos volúmenes de sus obras.

«La santa Eucaristía, dijo entre otras cosas, iluminó la mente de muchos sacerdotes e infundió valor en sus corazones para afrontar los más graves peligros en medio del mundo; prestó fuerza a los mártires en sus tormentos; dio constancia en el servicio divino a muchas vírgenes, que, renunciando al mundo, fueron a encerrarse en el claustro para consagrarse totalmente al Señor».

Las comuniones fueron aún más numerosas que en los días anteriores. En la comunión general participaron más de mil fieles.

Por causa de la procesión solemne en la catedral, no hubo aquel día ninguna función religiosa desde las nueve de la mañana hasta las seis de la tarde. Gracias a ello, don Bosco tuvo comodidad para hablar con diversos forasteros, llegados a dar gracias a Dios por los beneficios recibidos o para suplicar a la Santísima Virgen que les auxiliase en las aflicciones que les atormentaban. La sacristía estuvo constantemente abarrotada de personas. Narraremos algunos de los muchos hechos que condujeron a los devotos a aquella solemnidad.

A las diez de la mañana se presentó en la sacristía Luis Costamagna, hermano de don Santiago.

—¡Hola, amigo! díjole don Bosco; ¿qué hay?

—Vengo de Caramagna con mi esposa, para dar gracias a María Auxiliadora por un singular favor, debido a su intercesión.

—¿Y se puede saber cuál ha sido?

—Claro que se puede saber; se lo cuento enseguida. Mi esposa estaba enferma hacía mucho tiempo y, pese a los cuidados de los médicos, se encontraba a punto de morir. Una noche, cerca de las once, parecía que iba a dar el último suspiro. Como ya no sabía qué hacer, le **[259]** dirigí estas palabras: —«Anímate, encomendémonos a María. Si te curas, iremos a dar gracias a la iglesia nueva que se construye en Turín y llevaremos una limosna». Sin decir palabra, la enferma inclinó la cabeza indicando que aprobaba mi proposición. ¡Qué maravilla! Pocos minutos después, mi esposa recobró el habla, comenzó a mejorar, y en pocos días se encontró perfectamente curada. Ahora hemos venido a Turín para cumplir nuestra obligación, es decir, para recibir la sagrada comunión en la nueva iglesia y hacer un donativo según nuestra condición.

—¿Podréis darme por escrito lo que me habéis contado?

—Aquí está, lo tenía preparado. En él están expuestos los detalles de la enfermedad; puede publicarlo, si a usted le place, para gloria de Dios y honra de la bienaventurada Virgen María.

Mientras hablaba Costamagna con don Bosco, presentóse ante el Venerable un pobre hombre que llevaba a un niño de la mano y, sin más preámbulos, le dijo:

—Vengo de Bra para dar gracias a la Virgen Auxiliadora. Mi hijo casi había perdido la vista. Los más famosos médicos no sabían qué sugerirme; he hecho la novena con promesa de venir a cumplir mis devociones en esta iglesia y aquí estoy para ello, puesto que mi hijo curó del todo. ¡Mírelo, qué bien está y qué limpios tiene los ojos!

Una señora de Milán le interrumpió diciendo:

—¡Alabado sea Dios y bendita la Santísima Virgen! Mi hijo sufría, hace años, una gangrena atroz en una mano y se ha curado. Los médicos tenían pocas esperanzas de curación, ni con la amputación del brazo. Usted le bendijo, hicimos la novena a María Auxiliadora y mírelo ahora. Aún se ven las profundas cicatrices que certifican **[260]** la gravedad del caso, pero está perfectamente curado. Conmigo han venido otras personas para manifestar nuestro agradecimiento a la bienaventurada Virgen María.

En aquel instante se armó cierto alboroto. Querían hablar a la vez desde varios sitios, y don Bosco sólo pudo recoger las afirmaciones de algunos.

—Yo, decía uno que se llamaba Fea..., vengo de Carignano para dar gracias por la inesperada curación de mi madre.

Otra, Lucía Berruto, le interrumpió diciendo:

—Yo vengo de Chieri y traigo conmigo una relación escrita con pequeñas limosnas de varias personas, que agradecen a María Auxiliadora la curación de los males que sufrían. Yo padecía una peligrosa hinchazón en los pies, hice la novena a María Auxiliadora y estoy perfectamente curada.

—Yo también, añadió otra joven, he venido de Chieri por el mismo motivo. Me llamo Adelaida y me he curado de agudos dolores de cabeza y de estómago, que me pusieron al borde de la tumba; viví quince días sin tomar más que agua. María Auxiliadora me ha obtenido la curación.

Mientras sucedía todo esto, ocurrió un hecho que interrumpió toda conversación. Una desdichada joven, de unos veinte años, había sido conducida hasta allí con la esperanza de que curara de una parálisis, por la que tenía como muerto un brazo y la mitad del cuerpo. Entre un hermano y su madre la llevaron a una habitación cercana, donde, como pudo, se arrodilló invocando entre lágrimas la ayuda de la que la Iglesia proclama Auxilio de los Cristianos. Rezaron unas oraciones los circunstantes, don Bosco la bendijo y se renovaron las plegarias. Mientras todos, llenos de fe, pedían gracia y misericordia, la paralítica empezó a mover la mano y después el brazo. De tal suerte se conmovió que gritando: —¡Estoy curada!— cayó por tierra desvanecida. La madre y el hermano la sostuvieron, la animaron y le ofrecieron una bebida. La paralítica recobró el uso de los sentidos y quedó perfectamente **[261]** curada del mal que desde hacía cuatro años la tenía inmóvil. Resulta fácil imaginar las voces de admiración y agradecimiento que se elevaban por todas partes.

Sin decir una palabra más, los parientes de la enferma entraron en la iglesia y, después de algunas oraciones, salieron; la afortunada joven, llena de alegría, subió por sí misma al cochecito y partió con sus parientes.

En aquel instante aumentó la confusión: por todas partes se pedía a don Bosco una bendición especial, mientras otros le querían contar lo que les había sucedido y hacer donativos por gracias recibidas.

Por esta razón no se pudo tomar nota de muchos hechos y ni siquiera apuntar el nombre de las personas a quienes se referían.

A las cuatro de la tarde se celebró una academia músico-literaria en honor de María Auxiliadora. Asistían muchísimos invitados. Abrióse el acto con una marcha triunfal, compuesta por el maestro De-Vecchi, con la letra de un himno titulado: *Recuerdo de la victoria de Lepanto,* que cantaron con entusiasmo los alumnos de los colegios de Mirabello y Lanzo. Después del himno, se leyeron y declamaron unas composiciones de ocasión, que se conservan en los archivos, dignas de ser impresas, y nos duele no poderlas reproducir para no resultar demasiado prolijos. Nos limitamos a presentar a los lectores la canción recitada por el sacerdote José Elice de Loano, famoso improvisador.

A MARIA AUXILIADORA

I

A Ti, Reina del Cielo, que del pueblo
cristiano eres potente
Auxiliadora, y fundamento firme
de la Iglesia de Dios, este preclaro
monumento por su arte y su estructura,
a Ti va a dedicarse:
y hoy, que al culto divino y los Misterios
[262] de la Fe se inaugura, entre devotos
himnos sagrados, cánticos y ofrendas
sinceras y piadosas,
en un rito solemne y majestuoso
que, oficiado por el Pastor y Padre,
es más augusto y santo,
¡oh, cuán dulce resuena
tu Nombre, y con guirnaldas
de alabanzas se ciñe y se corona!

II

Con alma agradecida se te rinde
obligado tributo:

pues, si aquí se alza la admirable mole
que el pueblo de Turín feliz aplaude,
a sólo Aquel que puede cuanto quiere
y a Ti, *María*, se debe.
Tú, en la idea del Hijo omnipotente,
descubriste el proyecto y lo copiaste
fielmente, y por un ángel luego hiciste
esculpir en la mente de tu apóstol,
y tiene tal deseo de ensalzarte
que él, amado, te ama;
en cuyo corazón arde la llama
del amor más sincero.
Mas sólo al clero hostil
admira el grupo de los descontentos.

III

Todo el que ignora tu poder, *María,*
pensó que era locura
esta empresa ciclópea que exigía
un inmenso caudal de plata y oro;
y hubo almas pías que hasta la tacharon
de inútil osadía;
en tan míseros tiempos de angustiosa
necesidad, cuando arde contra Cristo
y su Iglesia implacable y dura guerra,
¿cómo llevar a cabo
empresa tan grandiosa? ¿Lo podrá
un pobre sacerdote?
¿De qué sirve tener una alma grande
cuando los medios faltan?
Sin un milagro auténtico
imposible llegar a feliz término.

[263] IV

Y Tú, a quien Dios su omnipotencia dio,
Inmaculada Madre,
hiciste el gran prodigio, y lo vocean
tanto el creyente fiel como el profano,
que sólo cree en el hombre y en las obras
de su trabajo y ciencia.
Del más seco peñasco brotó un día
la más preciosa y límpida corriente,
y se cubrió de flores la infecunda
tierra de áridos troncos.
Pues este augusto Templo ahora renueva
el antiguo milagro;
nacido de la nada, he ahí sus torres
cual de un palacio regio

mostrando la sublime
concepción de tu siervo bueno y fiel.

V

Quien en el Vaticano el solio tiene,
Maestro de la Fe,
de caridad portento y fortaleza,
tendió la sacra y poderosa mano
pronta a ser liberal y a bendecir,
pues comprendió tu anhelo.
De tu gloria el amor lo convenció
de tal manera que para aumentarla
y hacerla más radiante, la más bella
gema engastó en tu fúlgida corona
al anunciar al mundo
tu Inmaculada Concepción, y el gozo
más alto lo embargaba
al oír el aplauso universal
por el dogma que el Cielo le dictó.

VI

Este Templo a tu Nombre dedicado,
oh Inmaculada Madre,
él promovió y bendijo: —y fue la chispa,
que prendió el vasto incendio del amor.
Pródigas almas inflamó este fuego
de Fe sólida y viva;
corazones de Dios enamorados
[264] abrieron sus escriños generosos
y a manos llenas su oro Te ofrecieron.
Anotadas por ángeles
en inmortales páginas sus dádivas
sagradas, *oh María,* Tú proteges
a tus fieles fervientes amadores,
y en tu materno corazón grabado
tienes su nombre y su encendido amor.

VII

Faltar no pudo al óbolo del pobre
que en su rincón humilde,
cual si fuera un palacio de oro regio,
entró el anuncio del proyecto santo.
Y, en porfía de amor desenfrenada,
todos a una acudieron.
Y a sentirse llegó como vergüenza
que se dijera: «¡Cuando todo el mundo
aportó su ladrillo, yo no quise

llevar el mío al Templo de *María*!»
¡Qué milagro de unión de sentimientos!
Asombradas las gentes
gritaban por doquier: ¡Aún está viva
la Fe de nuestro pueblo
que se burla de la ira del infierno
y crece y se hace cada vez más fuerte!

VIII

Oh Señora divina, ¿no es acaso éste el triunfo evidente
de tu poder, que aplasta la cabeza
a la antigua serpiente, y a sus hijos,
que a Cristo y al Eterno desafían
en combate feroz?
La misión celestial prosigue, oh Madre;
pues el Reino de Dios, única fuente
del verdadero bien, tendrá su imperio
siempre envidiado en ésta
tu tierra predilecta; y cual se aplaude
con himnos y alabanzas
hoy a tu Nombre en este lugar santo,
así se eleve el canto
magnífico y solemne
y perdure en tu honor sacro y perenne.

[265] IX

Pues Tú en el Cielo aún eres propicia
al que te invoca y honra;
que «en Ti misericordia, en Ti piedad,
»en Ti magnificencia, en Ti se junta
»cuanto hay en lo creado de bondad»,
y jamás quedará sin tus favores
el alma a la que cubra
la sombra de tu manto, y la cobije
hasta arribar a la eternal orilla
y a tu lado, *oh María*, esté segura;
oh, derrama tus dones más preciados
sobre los corazones generosos
que han fomentado esta gloriosa obra;
vean cumplidos todos
sus deseos, que tienden
al verdadero bien, a Dios, al Cielo.

X

Extiende, pues, tu manto protector
sobre estos venerandos
prelados, inflamados en el celo

de tu gloria y a quienes
se debe el brillo y esplendente luz
de esta solemnidad.
Tú contra el cruel odio,
que al ministerio episcopal execra
y se mofa el mordaz siglo malvado
del Señor su enemigo y de su Cristo,
hazlos firmes cual torre
que nunca agita el vendaval furioso.
Renueva los antiguos
portentos, Madre, y sé también en esta
época en que la fe se ve atacada
el auxilio y la ayuda
de tu pueblo cristiano y de la Iglesia.

XI

Y al que con tanto amor se estima y se le aprecia
donde haya un corazón
que palpite en el pecho, a quien se debe
la mayor alabanza, pues que vemos
crecer la juventud que en una edad
tan frágil aún cree y reza;
a él, que ideó el bellísimo proyecto
[266] del sacro monumento, y tan solícitos
cuidados lo ocuparon que hoy
perfectamente el fin contemplamos,
bendícelo, Piadosa, y guíalo;
manantial de favores,
por Ti alcance merced y bendición
su sociedad cual prenda
que le preparas en el Reino eterno.[1]

Después de estas lecturas, para mayor estímulo y emulación, hubo solemne distribución de premios para los alumnos del Oratorio de Turín y de los colegios de Lanzo y Mirabello, que más se habían distinguido por su buena conducta. Cerróse el acto con unas amenas representaciones musicales y teatrales, compuestas por don Santiago Costamagna.

A las seis, el Obispo de Mondoví pontificó en las vísperas, y monseñor Balma, Obispo de Tolemaida, pronunció un docto, interesante y conmovedor discurso sobre María Santísima. Habló de su

[1] Hizo la traducción el poeta *Rafael Alfaro* SdB. *(N. del T.)*

grandeza, adornada con muchísimas figuras del Antiguo Testamento y narró cómo, a lo largo de los siglos, fue siempre entre los cristianos razón de consuelo y veneración. Monseñor Ghilardi impartió la bendición con el Santísimo.

[267]

CAPITULO XXII

CUARTO DIA DEL OCTAVARIO – MONSEÑOR BALMA PONTIFICA LA MISA SOLEMNE – DONATIVO DE UN MENDIGO – UN CORAZON DE PLATA POR UNA GRACIA RECIBIDA – OTRA CURACION – MONSEÑOR ROTA ESCRIBE A DON BOSCO QUE NO PUEDE IR A LA FIESTA POR HABER LLEGADO A GUASTALLA EL HEREJE GAVAZZI CON LA IDEA DE PREDICAR – EL OBISPO DE SALUZZO OFICIA DE PONTIFICAL EN LAS VISPERAS: PREDICA EL OBISPO DE MONDOVI – QUINTO DIA DEL OCTAVARIO – LLEGADA AL ORATORIO DE LOS CABEZAS DE FAMILIA DE MORNESE Y RELACION DE LAS GRACIAS QUE LES HA CONCEDIDO MARIA AUXILIADORA – MONSEÑOR GASTALDI CELEBRA LA MISA PONTIFICAL – REPRESENTACION TEATRAL POR LOS ALUMNOS – EL OBISPO DE MONDOVI OFICIA LAS VISPERAS DE PONTIFICAL: PREDICA MONSEÑOR GASTALDI – IMPRESIONES EXPERIMENTADAS POR UNA NOBLE DAMA – DON BOSCO DISTRIBUYE MEDALLAS CONMEMORATIVAS; NOMBRES DE BIENHECHORES A QUIENES SE LES DIERON; AGRADECIMIENTO DEL CARDENAL ANTONUCCI – SEXTO DIA DEL OCTAVARIO – MONSEÑOR GALLETTI CELEBRA LA MISA SOLEMNE CON LA IGLESIA COMPLETAMENTE LLENA: SUBE AL PULPITO EL OBISPO DE MONDOVI – CAUSAS DE LA EXTRAORDINARIA CONCURRENCIA – ALGUNAS RELACIONES DE GRACIAS OBTENIDAS – EN LAS VISPERAS PONTIFICA MONSEÑOR GALLETTI; PREDICA MONSEÑOR GASTALDI – EJERCICIOS GIMNASTICOS EN EL PATIO

EL día 12 de junio fue el cuarto del octavario; como era viernes, hubo más calma y se pudieron celebrar las funciones con más regularidad. El Obispo de Mondoví dio la comunión general, a la hora acostumbrada. Pronunció antes una tierna plática, demostrando la gran **[268]** satisfacción que deben experimentar los cristianos cuando se reúnen para recibir el divino cuerpo del Señor.

La misa solemne fue oficiada pontificalmente por monseñor Balma, asistido por los párracos de la ciudad, representados por el teólogo Gattino, párroco de Borgo Dora; el teólogo Ponzati, párroco

de San Agustín; el teólogo Bruno, párroco de los Santos Mártires; el padre Carpignano, párroco y superior de San Felipe, y el teólogo Trucchi, párroco de la Anunciación.

Fue también un día memorable, dados los muchos sucesos particulares que vamos a exponer brevemente. Entre otros, está el de un mendigo. Vino a la iglesia, recibió los santos sacramentos y asistió a las funciones sagradas; pero se le veía muy angustiado por no hallarse en condiciones de entregar un donativo para la nueva iglesia. Inspiróle el Señor un medio y lo aceptó. Salió de la iglesia, fue de puerta en puerta pidiendo y logró reunir diez céntimos. Volvió a la iglesia, rezó y después, muy conmovido, entró en la sacristía, diciendo:

—He juntado estos diez céntimos que constituyen todo mi haber. Los entrego para la iglesia. No puedo hacer más, pero vuelvo de nuevo a ella para pedir a Dios que inspire a otros para que hagan donativos mayores.

Pocos momentos después llegó una señora con un corazón de plata.

—He prometido, dijo, un corazón de plata a María Auxiliadora, si obtenía la gracia y la he conseguido plenamente.

—¿Y qué gracia ha sido?

—Me caí hace poco en una calle de la ciudad, me pasó un coche por encima y me destrozó las piernas. Los médicos me atendieron mucho; pero, al cabo de unas semanas, unánimemente me dijeron que, dada mi edad de setenta y seis años, no podían asegurarme la curación. «¿No hay ningún remedio?», pregunté al doctor. «No hay más remedio que un milagro del Señor», respondió. Entonces me encomendé con fe a María Auxiliadora; hice una **[269]** novena y en poco tiempo quedé perfectamente curada: la Virgen ha obrado un verdadero milagro. Ahora camino libremente y, agradecida, cumplo mi obligación. Quien desee saber mi nombre que lo lea detrás del corazón que ofrezco: Ana Caniparo, de setenta y seis años.

Telegrafiaba al mediodía a don Bosco monseñor Pedro Rota, que debía llegar para tomar parte en las funciones sagradas:

«El hereje Gavazzi ha llegado a Guastalla para predicar la impiedad; queda suspendido mi viaje; rogad a María Auxiliadora que nos libre de esta desgracia».

Ante esta noticia se hicieron públicas plegarias en la nueva iglesia y la Santísima Virgen las oyó. Gavazzi intentó predicar, pero no pudo. Desafió al Obispo y a otros para una discusión, que aceptaron. Pero él, temiendo fracasar públicamente, buscó pretextos para

renunciar a ella. El público se indignó y el famoso Gavazzi tuvo que escapar a toda prisa de la ciudad, sin que hubiera que deplorar las tristes consecuencias y los graves daños por él ocasionados en otras localidades. De este modo se confirmaba con los hechos lo que canta la Iglesia Católica en honor de la Santísima Virgen: *Cunctas haereses sola interemisti in universo mundo!* (Tú sola destruíste todas las herejías en el mundo).

Después de la comida, para variar el recreo de los muchachos, se rompieron ollas llenas de golosinas y los alumnos de retórica fueron a visitar el museo de Historia Natural, el Egipcio y el de Armas antiguas.

Entre los muchos que acudieron aquel día a dar gracias a la Virgen por favores recibidos estuvo un tal Juan Pinelli, de Avigliana.

—Mi hijo, dijo, fue atacado por una tos pertinaz, que parecía amenazar su vida. Después de unos meses, creyeron los médicos que le afectaba a los pulmones y, por tanto, que era propenso a una verdadera tisis. Sin esperanza en la ciencia humana, acudí a la que cada día llamamos *Auxilio de los Cristianos* y, a ejemplo de algunos paisanos míos, hice una novena con una promesa. Aún no había terminado la novena **[270]** y mi hijo estaba curado. Nótese, además, que padecía otras incomodidades y todas desaparecieron durante la afortunada novena.

A las seis de la tarde, pontificó monseñor Lorenzo Gastaldi en las vísperas y en la bendición, y predicó el Obispo de Mondoví, quien habló en términos adecuados de los grandes tesoros que se hallan en la Iglesia de Jesucristo y de los estrepitosos milagros que continuamente se realizan.

«En la Iglesia Católica, dijo, se han renovado de forma mucho más perfecta y sublime los milagros obrados por Dios en los lugares más célebres del Antiguo y del Nuevo Testamento, como son el Paraíso terrenal, el arca de Noé, el templo de Salomón y toda Palestina, especialmente en los tiempos del Salvador. Pero, ¿qué son estas maravillas comparadas con las que nosotros vemos cumplirse cada día en la Iglesia de Jesucristo y especialmente en la administración de los santos sacramentos?».

Concluía animando al fiel cristiano a mantenerse valerosamente, a costa de cualquier sacrificio, en el regazo de esta santa Madre Iglesia, mientras viva sobre la tierra, como único medio para asegurarse la suma felicidad preparada en el cielo.

Las funciones del sábado 13 de junio, quinto día del octavario, las inició el Obispo de Mondoví, que celebró la misa de comunión

general e hizo una corta plática en la que demostró cómo los hombres poseen un medio eficacísimo para aplacar a Dios con la ofrenda de Jesús Sacramentado.

«El corazón de Jesús, decía, es mucho más querido por el Eterno Padre, que el corazón de todos los hombres juntos. Esta ofrenda es tan grande, que el Eterno Padre no podría exigir una mayor». Desarrolló estos pensamientos apoyándose en la autoridad de los libros sagrados y de los santos Padres, con semejanzas y ejemplos análogos.

Por la mañana llegaron, procedentes de Mornese, cuarenta padres de familia, con el Alcalde a la cabeza y don Domingo Pestarino, en representación del párroco; venían como delegados para presentar los obsequios del pueblo y dar gracias a María por los beneficios **[271]** recibidos de Ella. Su aparición en el Oratorio sorprendió a todos. Unos llevaban una gran gorra encarnada a la cabeza; otros, un sombrero de ala muy ancha; algunos vestían calzón corto y jubón y otras prendas a la antigua usanza; pero todos, amables y garbosos.

Se presentaron a don Bosco. Don Domingo Pestarino, intérprete del pensamiento de todos, pronunció este discurso ante respetables y autorizados personajes:

«No os asombréis, señores, al ver aquí reunidos a estos representantes del pueblo de Mornese. Si no lo hubieran impedido las faenas del campo, probablemente habrían venido todos sus habitantes. Estos, pues, representan a cuantos se quedaron en sus casas. Nuestro objeto es dar gracias a la Virgen Auxiliadora por los beneficios recibidos. María es para nosotros un nombre grande. Oíd: hace dos años, muchos jóvenes de nuestro pueblo, que debían partir para la guerra, se pusieron bajo la protección de la Santísima Virgen y se colgaron al cuello la medalla de María Auxiliadora. Fueron, afrontaron valerosamente toda suerte de peligros, y ni uno solo cayó víctima de aquel azote del Señor. Además, los pueblos vecinos sufrieron los estragos del pedrisco, la sequía y el cólera, y nosotros quedamos indemnes. Bendecidos por Dios y protegidos por la Santísima Virgen, hemos tenido el año pasado tan abundante vendimia como no se había visto en muchos años. Este año sucedió algo que parece increíble a los mismos que fueron testigos. Cayó una granizada espesa y gorda por todo nuestro término y pensábamos que la cosecha había sido destruida por completo. En todas las casas, se invocaba el nombre de María Auxiliadora; como la granizada duró más de quince minutos, quedó el terreno blanco, como cuando nieva mucho en el invierno.

»Encontrábanse allí por casualidad unos forasteros y, al ver la consternación reflejada en todos los rostros, decían con malicia:

»—Id a María Auxiliadora y que os devuelva lo que se ha llevado el pedrisco.

»—No habléis así, respondióles uno seriamente: María nos ayudó el año pasado, y **[272]** le estamos agradecidos por ello; si este año continúa favoreciéndonos, habrá un motivo más para nuestro agradecimiento. Mas, si Dios nos creyera dignos de castigo, diremos con el santo Job: Dios nos lo ha dado, Dios nos lo ha quitado, bendito sea siempre su santo nombre».

«Mientras así hablaban en la plaza del pueblo, apenas pasada la granizada, llegó uno de los principales terratenientes del pueblo jadeando y gritando en alta voz:

»—Amigos, hermanos, no os acongojéis; el granizo cubrió nuestros campos, pero no hizo ningún daño. Venid a ver cuán grande es la bondad del Señor.

»Imaginad lo aprisa que corrieron para ver sus tierras, sus prados, sus viñas, que encerraban los tesoros y recursos de cada familia. Vieron que era cierto lo que había dicho el amigo, y todos ensalzaban el nombre de la Santísima Virgen Auxilio de los Cristianos...»

«—Yo mismo, interrumpió uno al buen sacerdote, yo mismo, en una tierra mía, vi el granizo alrededor de los tallos de maíz haciendo una especie de círculo; pero las plantas no habían sufrido ningún daño.

«Es voz común, continuó diciendo el mencionado sacerdote, que la granizada no sólo causó daño al campo, sino que lo benefició, puesto que nos libró de la sequía que amenazaba nuestras tierras. Después de tantas pruebas de bendición, ¿puede haber un mornesino que no busque el modo de profesar el más profundo reconocimiento a María? Mientras vivamos, recordaremos tan grandes favores y tendremos una gran satisfacción siempre que podamos venir a esta iglesia a traer la ofrenda del agradecimiento y elevar una oración de gratitud a la bondad divina».

Aquéllos devotos embajadores cumplieron su misión de forma edificante. Confesaron, comulgaron y asistieron a los actos religiosos del sábado, domingo y lunes hasta mediodía. A esta hora se reunieron, y **[273]** dejando en el Oratorio un luminoso ejemplo de religiosidad y buena educación, con la alegría en el corazón y la sonrisa en los labios, volvieron al seno de sus familias.

A las diez, celebró monseñor Gastaldi la misa pontifical, asistido por el canónigo None, párroco del *Corpus Christi*; el teólogo Peira-

ni, párroco de la Gran Madre de Dios; el teólogo Arpino, párroco de San Pedro y San Pablo; el teólogo Lotteri, párroco de Santa María de la Plaza; y el sacerdote Juan Bonetti, director del seminario menor de Mirabello, que sustituía al párroco de Santa Teresa.

Después del recreo del mediodía, hubo teatro con gran satisfacción para los alumnos. Se representó la comedia *El ratero* y hubo en los entreactos canciones y declamación de amenas poesías piamontesas.

A las seis de la tarde, pontificó las vísperas el Obispo de Mondoví y predicó monseñor Gastaldi. Comenzó éste exponiendo su asombro al contemplar la nueva iglesia dedicada a la gran Madre de Dios, en aquel lugar antes baldío. Contó después brevemente la historia de los oratorios festivos y de la casa de Valdocco, que él mismo vio nacer y crecer ante sus ojos. Describió a continuación la finalidad de los oratorios y de la casa aneja y habló luego de la necesidad de educar religiosamente a la juventud, educación que sólo puede dar la Iglesia Católica. Finalmente alentó a los colaboradores a continuar su obra y animó a la extraordinaria muchedumbre de oyentes a sostener y promover esta institución que les acarrearía la bendición de Dios y la gratuidad de los hombres.

Se terminó la jornada con la bendición del Santísimo Sacramento, impartida solemnemente por el Obispo de Mondoví.

Entre tanto, aquellos señores que, después de haber asistido algún día a las fiestas, habían vuelto a sus ciudades, no salían de su admiración por cuanto habían visto y por las atenciones de don Bosco.

Desde Milán escribían al caballero Oreglia la siguiente carta:

[274] *Milán, 13 de junio de 1868*

Muy apreciado Caballero:

Apenas llegada a Milán, me siento en la obligación de dirigirle estas líneas para agradecer de corazón, tanto a usted como al M. R. don Bosco, su bondad y las atenciones que me dispensaron.

Le aseguro que conservaré siempre el más grato recuerdo de los hermosos días ahí pasados, en la bonita ocasión de la inauguración del magnífico templo dedicado a María Auxiliadora. Me haría un gran favor, si pudiera enviarme, por medio de don Pablo Brambilla, portador de la presente, una medalla conmemorativa de la fiesta, de las que tienen grabada la fecha de la inauguración y la fachada de la iglesia, ya que me he dado cuenta de que las medallas que ayer me regaló don Bosco, no son de éstas, sino sencillamente de la Virgen.

Le incluyo dos liras para la celebración de una misa, según la intención de mi hijo, que se encomienda particularmente a sus oraciones y a las de don Bosco. Lo

que también hago yo nuevamente para mí y para toda mi familia, según nuestras intenciones.

Presente los más respetuosos saludos a don Bosco, a quien nuevamente ofrezco *siempre y para todo* mis servicios, feliz si pudieran serle de alguna utilidad...

Condesa TERESA BOLOGNINI DAL-VERME

La medalla conmemorativa de la gran solemnidad medía más de cinco centímetros de diámetro. Llevaba en una cara la imagen de María Auxiliadora, con la inscripción *Maria Auxilium Christianorum, ora pro nobis – Turín año MDCCCLXVIII*; y en la otra, muy bien grabada, la fachada del nuevo templo. Ya antes había dicho don Bosco a don Pablo Albera:

—Acuñaremos una medalla conmemorativa de la consagración del santuario y pienso escribir en ella: *Totum nos Deus habere voluit per Maria!* (Dios quiso dárnoslo todo por medio de María).

Tenemos una lista, escrita por el mismo don Bosco, de aquellos a quienes entregó o envió dicha medalla. Los nombres están seguramente por orden de entrega o de envío.

Canónigo Bermudi, Vicario General de Fossano – Canónigo Oreglia – Doña Cristina Pittatore – Señorita Celebrini – Condesa Camburzano – Abad Bernardi, Pinerolo – Don Bourlot y sus compañeros, Fenestrelle – **[275]** Rector del Seminario de Novara – Señor Obispo de Novara – Obispo de Casale – Condesa Callori – Monseñor Gastaldi – Monseñor Galletti – Monseñor Ghilardi – Monseñor Rota – Monseñor Balma – Señorita Prato – Señorita Teresa Vallauri – Don Pedro Vallauri – Duquesa Melzi-Sardi – Duque Scotti-Melzi – Duque Tomás Scotti – Conde Juan Melzi – Condesa Teresa Dalverme – Bianchi Ghinsalvi – Princesa Viano – Princesa Aldobrandini – Cardenal Consolini – Monseñor Roncetti – Comendador Angelini – Monseñor Cretoni – Cardenal Berardi – Cardenal Bernabó – Marquesa Baviera – Padre Abad de los Antonianos – Pardini – Monseñor Ricci – P. Passeri – Tancioni, hermano Rector Propaganda – Monseñor Anivitti, Director del periódico *La Virgen* – Don Pedro Avanzini – Cardenal Antonucci Ancona – Monseñor Asinari, Arzobispo – Cardenal Amat – Condesa Antonelli Folchi – Señores hermanos Aicardi – Princesa Borghese – Príncipe y Princesa Barberini – Monseñor Bartolini – Monseñor Badía – Señora Busiri – Abogado Bertinelli – Canónigo Bertinelli – Cardenal Bofondi – Cardenal Bizzarri – Cardenal Borromeo – Cardenal Billio – Condesa Connestabile – Marquesa Cavalletti – Baronesa Cappelletti – Cardenal Clarelli – Monseñor Carones – Monseñor Colombo – Droguero Centi – Monseñor de Merode – Cardenal Di Pietro – Condesa De Maistre – Duquesa Sora – Condesa Folchi Cavalletti – Señora Fattori – Monseñor Frateiacci – Monseñor Folicaldi – Sor Galeffi – Cardenal Guidi – Monseñor Greol-Delveata – Caballero G. Ughi – Señora Lunati – Señor caballero Focardi – Condesa Melingen – Marquesa Marini – Monseñor Herby – Conde Macchi – Cardenal Milesi – Monasterio Filipenses – Monasterio Trinidad de los Montes – Monasterio de Santa Rufina – Sor G. Vitelleschi – Monseñor Negrotto – Princesa Orsini – Princesa Odescalchi – Marqués Juan

Patrizi – Monseñor Pacca – Cardenal Roberti – D. Roggeri – Príncipe Ruspoli – Príncipe Falconieri – Duque Salviati – Monseñor Svegliati – Cardenal Sacconi – Condesa Vinci – Marquesa María Vitelleschi – Marquesa Clotilde Vitelleschi – Monseñor Salvador Vitelleschi – Señora Rosa Mercurelli – Padre Dominico Mercurelli – Padre General de los Dominicos.

Tenemos una carta de respuesta al obsequio de don Bosco:

Muy querido don Bosco:

Le agradezco de todo corazón la medalla que ha tenido a bien enviarme, en su carta del 16 del corriente, como recuerdo de la nueva iglesia que nuestra madre María Auxiliadora ha hecho construir en su honor casi milagrosamente, merced a su celo por la mayor gloria de Dios.

La fachada, que presenta la medalla, es muy hermosa y el interior será ciertamente mejor; si las circunstancias de los tiempos y las mías particulares lo permitieran, haré con gusto una visita.

[276] Me encomiendo a sus fervorosas oraciones y créame siempre con sincero cariño y adhesión.

De usted, queridísimo don Bosco,
Ancona, 27 de agosto de 1868.

Afmo. de todo corazón
† A. B. Cardenal ANTONUCCI, Arzob.

El domingo 15 de junio, sexto día del octavario, apenas se abrió la iglesia, se llenó de fieles. A las seis empezó la misa monseñor Ghilardi y pronunció en ella la acostumbrada plática.

«En la santa misa, dijo, se ofrece al Eterno Padre en todas las partes del mundo y a todas las horas del día, la Sangre de Jesucristo, sangre que *solamente vale* para mitigar su justo enojo y resarcirle de todas las injurias y ultrajes que causan los hombres a la Suprema Divina Majestad».

Concluyó, después, animando a todos a renovar frecuentemente la intención de participar en las misas que se celebran en toda la cristianidad. Finalmente, distribuyó la sagrada comunión durante más de una hora.

A las diez y media celebró la misa solemne monseñor Galletti, asistido por los Rectores de Obras Pías, representados por los sacerdotes Santiago Bosco, Rector del Monasterio de las Religiosas de San José; teólogo Fissore, Rector de la Obra de San Miguel, llamada *Maternidad;* José Sierra, Director del Monasterio de las Adoratrices Perpetuas; teólogo Rondo, Rector del Asilo de Virtudes; don Juan Giacomelli, Rector del Hospitalillo de Santa Filomena.

Terminada la misa, la iglesia siguió aún más repleta de gente que antes. Entonces el Obispo de Mondoví subió de nuevo al púlpito y pronunció una emocionante y fervorosa plática.

«No me maravillo, comenzó diciendo, de que tan gran multitud, de toda edad, sexo y condición, se detenga en esta iglesia como si no acertara a alejarse de su Madre María».

Y pasó a tejer la historia de la **[277]** gran devoción que en todos los tiempos profesaron los turineses a María y cómo esta madre, por su parte, correspondió con una serie ininterrumpida de gracias espirituales y materiales. Siguió después hablando de las grandezas de María, como madre del Verbo Divino, como hija del Eterno Padre, como esposa del Espíritu Santo y concluyó diciendo que podemos recurrir a ella como a madre que puede y quiere conceder abundantemente sus divinos tesoros.

Añadió finalmente el modo con que los hijos de María pueden asegurarse la continuación de los mismos beneficios tan necesarios para la vida presente y la futura.

La razón de tan extraordinaria concurrencia a una iglesia recientemente consagrada al culto divino era múltiple. Las funciones y sermones de obispos conocidos y renombrados por la predicación; ser día festivo, que permitía asistir a obreros y agricultores; la repetición que se hacía aquel día de la música a toda orquesta y coros de la antífona *Sancta María* y del *Tantum Ergo*, habían estimulado el deseo general.

Añádase la voz, cada día más difundida, de que la Santísima Virgen, en una solemnidad tan grande, concedía gracias especiales, como en realidad muchos andaban contando. No pocos iban para agradecer a Dios las gracias recibidas y generalmente procuraban llevar con ellos a otros parientes o amigos. Por estas razones, veíanse reunidos diversos personajes ilustres, procedentes de Turín, Milán, Venecia, Bolonia, Florencia, Roma, Nápoles y otras ciudades. La iglesia quedó literalmente abarrotada de gente durante todo el día. Hubo un momento en el que los de dentro no podían salir y los de fuera no podían entrar.

Hubo muchos hechos aquel día que se atribuyeron a gracias recibidas; mas, como la mayor parte eran de orden espiritual, no fueron publicados; otros eran de orden material, pero las personas interesadas deseaban, por justos motivos, que no se hablara de ellas.

Creemos, conveniente sin embargo transcribir aquí algunos relatos.

[278] Una persona de Chieri, muy respetable y digna de fe, hizo

unos donativos y expuso ampliamente lo que nosotros reducimos a unas líneas.

Vicente Destefanis, de Chieri, atormentado durante siete meses por una fuerte enfermedad a los ojos, tenía ya tan disminuida la visión que temía perderla y quedarse ciego. Iba de mal en peor, cuando una persona le aconsejó que se encomendara a la Virgen Auxiliadora de los Cristianos. Al mismo tiempo le indicaron unas oraciones para recitar todos los días durante determinado tiempo. Lleno de confianza, empezó a hacerlo con toda el alma y enseguida advirtió que disminuía notablemente su mal, tanto que, aún no había terminado el día señalado, cuando podía decirse que estaba completamente restablecido.

Una viuda de Chieri, Josefa Vitrotti, hacía varios meses que tenía una especie de tumor en un carrillo. Muchos médicos, después de haber probado todos los medios que conocían, declararon que el mal era incurable. Su sobrina, Josefa Gastaldi, sufría también varios males en su cuerpo, sin que nada le valieran los descubrimientos de la ciencia; hasta cuando permanecía inmóvil en la cama, la violencia del mal encogía y retorcía su cuerpo. Así las cosas, como una y otra perdían toda esperanza de curación, se les propuso hacer una novena a la Virgen venerada con el título de María Auxiliadora. De buena gana aceptaron el consejo y empezaron con gran fe la novena recitando las oraciones que les indicaron. Aún no habían terminado la novena y la viuda se encontraba curada de su tumor. Del mismo modo, la sobrina pudo también levantarse de la cama al mismo tiempo, andar y quedar libre de sus males.

Un jovencito de Chieri estaba atormentado por una llaga en un brazo, que le producía agudísimos dolores. El padre ya no sabía qué hacer, por lo que le encomendó a María Auxiliadora y le llevó a la nueva iglesia. Invocaron juntos **[279]** la protección de la que es Auxilio de los Cristianos y el brazo enfermo quedó completamente sano. El padre se marchó contento refiriendo lo sucedido a su hijo y lo contó como una bendición de Dios sobre toda la familia.

«Son ya continuas, escribieron a don Bosco desde Carignano, y muy diversas las gracias y los favores que María Auxiliadora concede a sus devotos. Una prueba más es, sin lugar a dudas, la de la jovencita de esta ciudad Carolina Brusa.

»Se encontraba hacía casi cuatro años con una mano enferma por una tenaz y descuidada inflamación, que le incapacitaba hasta para comer con ayuda de sus manos. Su madre había puesto en juego todos los remedios de la ciencia para curarla, pero en vano. Un

día vino a mí y me contó el doloroso estado de su hijita. Yo pensé invitarla a ir hasta Turín y dirigirse a la iglesia de María Auxiliadora. Obedeció la piadosa mujer, y en pocos días se cumplieron en ella los prodigios de la fe puesta en María. Yo mismo vi a la joven (entonces mi inquilina), que, loca de alegría, me tendió su mano ya curada y, al mismo tiempo, juntamente con sus padres, bendecía de corazón a la Santísima Virgen y recordaba agradecida el nombre de María Auxiliadora, a quien atribuía el señalado favor.

»Como devoto de María y solamente para su honor y gloria, acepté gustoso la cortés invitación de escribir brevemente la presente relación concerniente a la jovencita Carolina Brusa, de Carignano. En el altar de María hay una mano tallada en plata, como imperecedero recuerdo de la gracia recibida».

Así lo manifiesta Domingo Fea, testigo ocular del hecho de Carignano, en nombre de la familia y de todo el vecindario.

A las cuatro de la tarde monseñor Galletti pontificó en las vísperas y predicó monseñor Gastaldi. Comenzó éste con las palabras de san Bernardo: *Totum nos (Deus) habere voluit per Mariam* (Dios quiso dárnoslo todo por medio de María). Recordó algunos de los más célebres monumentos que atestiguan la ininterrumpida serie de gracias que en todo tiempo alcanzó María en las diversas **[280]** partes del mundo para sus devotos; habló de Turín y de la nueva iglesia, que de modo providencial pudo construirse en tan corto espacio de tiempo.

No sabemos los miles de personas que oirían el sermón; pero era mayor el número de los que esperaban fuera, para poder entrar de alguna manera en el sagrado recinto.

Ciertamente se debe atribuir a una especial protección de la Virgen María que, en medio de tanta gente, no hubiera que lamentar el más mínimo desorden en la iglesia, ni fuera de ella. Todos buscaban con paciencia satisfacer su propia devoción y nada más.

Después de la plática, monseñor Galletti impartió la bendición con el Santísimo Sacramento.

A las siete hubo festival gimnástico en el patio, ante un público numerosísimo. Lo dirigían Anfossi y Villanis. Además de los alumnos, asistían muchos forasteros. Entraron primero en el campo los muchachos de Lanzo y se colocaron en fila divididos por compañías. Sus ejercicios consistieron en variadísimas evoluciones. Era admirable la perfecta y exacta obediencia a la voz del que ordenaba los movimientos. Después de los de Lanzo se presentaron los gimnastas del Oratorio, que hicieron ejercicios acrobáticos, con elegancia,

sin movimientos groseros, contrarios a la compostura cristiana. A continuación, montados en el pasavolante, y armados de un florete, lograban enfilar y llevarse los anillos que colgaban a conveniente altura, cuando más rápido era el movimiento. Finalmente se puso como blanco de sus golpes una especie de globo de papel; la máquina (el pasavolante) siguió girando y los floretes rasgaron el blanco, de donde salió volando una bandada de pajaritos. Así concluyó el espectáculo.

Don Bosco había contemplado todo desde la barandilla del primer piso, sin decir palabra, ni dar muestra de aprobación. Satisfecho de ver cómo se divertían sus hijos, había querido hacer más agradable su diversión con su presencia, pero su mente andaba con otros cuidados.

[281]

CAPITULO XXIII

SEPTIMO DIA DEL OCTAVARIO – MONSEÑOR GASTALDI CELEBRA LA MISA DE COMUNION GENERAL Y HACE UNA PLATIQUITA – MISA PONTIFICAL DEL OBISPO DE MONDOVI – RELACION DE UNA GRACIA – REPRESENTACION TEATRAL DE UNA COMEDIA LATINA ANTE MUCHOS ESPECTADORES ILUSTRES – JUEGOS DE PRESTIDIGITACION PARA LOS ALUMNOS EN EL PATIO – EL OBISPO DE MONDOVI PONTIFICA EN LAS VISPERAS – PREDICA MONSEÑOR GALLETTI – ULTIMO DIA DEL OCTAVARIO – EL OBISPO DE ALBA CELEBRA EL PONTIFICAL – UN SAINETE Y POESIAS HUMORISTICAS ENTRETIENEN A LOS ALUMNOS EN EL TEATRO – MONSEÑOR GALLETTI PONTIFICA EN LAS VISPERAS Y MONSEÑOR GHILARDI PRONUNCIA EL ULTIMO SERMON – SOLEMNE TEDEUM – *SUFRAGIOS POR LAS ALMAS DE LOS BIENHECHORES DE LA IGLESIA DIFUNTOS – MONSEÑOR GALLETTI CELEBRA LA MISA DE COMUNION, PREDICA SOBRE LAS ALMAS DEL PURGATORIO E IMPARTE LA BENDICION CON EL SANTISIMO – ARTICULO DE LA* UNIDAD CATOLICA *SOBRE LAS SOLEMNISIMAS FIESTAS – LOS ALUMNOS DE MIRABELLO Y DE LANZO VUELVEN A SUS COLEGIOS – PRECIOSA MUERTE DE DON JOSE BONGIOVANNI, DIRECTOR DEL CLERO INFANTIL Y DE LA COMPAÑIA DEL SANTISIMO SACRAMENTO – DON BOSCO ATRIBUYE A LA VIRGEN Y NO A SI MISMO EL BIEN QUE HACE, Y A SU CONDICION SACERDOTAL LAS DEMOSTRACIONES DE APRECIO QUE LE DEDICAN – CINCO CARTAS DE DON BOSCO A LA MARQUESA FASSATI*

DURANTE el lunes, 15 de junio, séptimo día del octavario, continuó la gran afluencia de fieles. A la hora ordinaria, monseñor Gastaldi celebró la misa de comunión general e hizo una sencilla, pero muy conmovedora **[282]** plática. Demostró el inmenso amor de Jesucristo al dársenos como alimento en la sagrada eucaristía; e indicó también cómo cada uno debe acercarse a este sacramento de amor y consuelo con todo afecto.

A las diez, pontificó la misa solemne el Obispo de Mondoví, asis-

tido por los rectores de las iglesias particulares y de las Obras de Beneficencia, representados por el teólogo Montá, Rector del Real Manicomio; el reverendo Bono, Rector de la iglesia de la Santísima Trinidad; el teólogo Roberto Murialdo; el teólogo Leonardo Murialdo, Rector del Colegio de los Artesanitos; el teólogo Bertoglio, Rector de la capilla real de la Sábana Santa; el teólogo Gaudi, Canciller de la Curia Arzobispal.

Hacia el mediodía la señora María Casati, de Milán, hacía una ofrenda y presentaba el siguiente relato:

«Un ataque de parálisis me dejó impedida de medio cuerpo, con amago de ulteriores acometidas. Quedé así reducida al último extremo. Mis padres, animados por otros hechos que habían oído contar, y ya sin esperanza de mejoría por medios humanos, recurrieron al auxilio del cielo, a la protección de María Auxiliadora. Se pidió la bendición, se comenzó la novena y se determinó que se celebrara la santa misa, mientras los míos rezaban alrededor de mi cama. A las siete y media de la mañana, hacia la mitad de la misa, que se celebraba en honor de María Auxiliadora, de repente volví sobre mí misma, recuperé el habla, los miembros paralíticos recobraron su ordinario movimiento y yo me sentí y me encuentro completamente sana. Deseo se dé a este hecho la mayor publicidad posible, para que todo el mundo conozca la gracia que obtuve de María Auxiliadora y así sea invocado y bendecido siempre su santo nombre».

A las tres de la tarde se representó una comedia latina. Le gustaba a don Bosco que se tuvieran de vez en cuando estas funciones teatrales para ejercitar a los alumnos en la vocalización, y la lectura e inteligencia de este antiguo y majestuoso lenguaje, la lengua de Roma y de la Iglesia. Con ello demostraba que la **[283]** religión no es, ni mucho menos, enemiga de la ciencia y de las letras. Los invitados eran nobles, respetables y doctos. Estaban, además de los Prelados, muchos otros personajes de la ciudad y forasteros, lo cual aumentó el entusiasmo de los actores y el deseo de representar bien su papel.

La comedia elegida para aquel día se titulaba: *Fasmatónices*, palabra griega que quiere decir: *Vencedor de los fantasmas y de los espectros*. Es una de las muchas obras del célebre monseñor Rossini, obispo de Pozzuoli, famoso por sus producciones teatrales latinas. Está escrita en verso con metro y locución plautinas, lo que produce una amena novedad en el oyente. El argumento es éste:

Un padre tiene que ir a Atenas para sus negocios y deja a un ami-

go encargado de guardar y educar a su único hijo. El amigo, flojo y descuidado, no observa que el muchacho trata con malos compañeros, que le seducen y hacen perder el dinero en juego y francachelas; y que finalmente, guiado por la astucia de un criado y de un estafador, se determina a vender la casa para pagar las deudas y tener más dinero para derrochar. Cuando el asunto está a punto de resolverse, llega de repente el padre, que ahuyenta a los malos compañeros, castiga al criado y reprende severamente al hijo, haciéndole ver a qué extremos conduce la vida desordenada.

Antes de empezar, en los entreactos y al final de la representación, se interpretaron números de música instrumental y vocal con coros y solos. Todo resultó muy del gusto del auditorio, que aplaudió la comedia y el desparpajo, la vivacidad y espontaneidad de los actores.

Entretanto, los alumnos asistían en el patio a unos juegos de prestidigitación.

A las seis de la tarde, ofició las vísperas, de pontifical, el señor Obispo de Mondoví y predicó monseñor Galletti. Con su maravillosa sencillez, pero con gran fervor, habló de las glorias de María Auxiliadora glorificada en todo tiempo y lugar. Marcó cómo el culto de María Santísima crece y se conserva, se **[284]** consolida y se dilata por doquier con la fe en Jesucristo; y cómo la experiencia demuestra que, cuando desgraciadamente uno se aleja de la fe, primero se aleja de la devoción a María; y quien se enfría en la devoción a María, se enfría igualmente en la fe. De modo que la devoción a María es una garantía de vida cristiana, de perseverancia en el bien y de una muerte feliz. La razón de esta maravilla está en que María es auxilio de los cristianos.

El martes, 16 de junio, último día del octavario, a la hora de costumbre, el Obispo de Mondoví celebró la misa de comunión general. Antes, pronunció según costumbre, una muy conmovedora plática, en la que demostró que Jesús en la Eucaristía es maestro de humildad, de paciencia y de obediencia.

En la misa solemne pontificó monseñor Galletti, asistido por el teólogo Genta, párroco de San Francisco de Paula; el reverendo Griva, párroco de San Donato; el teólogo Cora, párroco de la Crocetta; el reverendo Ferrero, párroco de Santo Tomás y don Juan Bonetti, director del seminario menor de Mirabello.

A las tres de la tarde, hubo otra vez un poco de teatro para los alumnos. Se representó el sainete *La herencia de Córcega* y se declamaron varias poesías jocosas en dialecto.

A las seis, pontificó en las vísperas solemnes monseñor Galletti, asistido por los presbíteros de la mañana a los que se sumó el teólogo Gaudi, Canciller del Arzobispado. También estaba presente el canónigo Vogliotti, provicario general. Debía haber asistido el canónigo Zappata, vicario general, mas no pudo, impedido por motivos de salud, como se dignó comunicar expresamente por medio de una carta.

Monseñor Ghilardi predicó su último sermón. Demostró en él cómo la Iglesia Católica es un verdadero paraíso en la tierra, por la presencia real de Cristo en la sagrada eucaristía, que basta ella solamente para colmarnos de gozo y de delicias. Después, con maravillosa maestría, desarrolló el pensamiento de que, recibiendo la eucaristía, satisface el hombre plenamente los tres deseos que suelen inquietar a los hombres, a saber: riquezas, honores y placeres. **[285]** Añadió que nosotros no podemos ofrecer al Eterno Padre ningún don mayor que el corazón de su Divino Hijo.

Después de cantar solemnemente el *Tedéum,* con música del maestro Blanchi, monseñor Galletti impartió la bendición con el Santísimo Sacramento a la inmensa multitud.

Durante todo el octavario se celebraron cada día, como ya hemos dicho, prácticas de piedad especiales para impetrar las celestes bendiciones sobre los beneméritos donantes a quienes Dios llamó a mejor vida antes de que fuese abierta al culto divino la nueva iglesia. Consistían éstas en oraciones diversas, como el santo rosario, la comunión general, y la aplicación del sacrificio de la misa. Pero el 17 de junio, a las siete de la mañana, se reunieron los alumnos de las casas de Turín, Lanzo y Mirabello con muchos otros fieles para un funeral a propósito.

Se recitaron oraciones especiales y el rosario por los difuntos; monseñor Galletti celebró la santa misa, distribuyó la sagrada comunión a la multitud y finalmente pronunció una plática apropiada.

En ella comenzó por señalar el deber de gratitud con quienes nos han hecho algún bien. «Esta gratitud, dijo, es laudable en todos y con todos, pero especialmente con los que, llamados por Dios a la vida bienaventurada, esperan todavía la ayuda de aquellos a quiénes beneficiaron durante su vida mortal».

Desarrolló después las palabras de Judas Macabeo: *Sancta ergo et salubris es cogitatio pro defunctis exorare ut a peccatis solvantur* (Santo y saludable es el pensamiento de orar por los difuntos, para que sean absueltos de sus pecados).

«Lo mismo que nosotros, dijo entre otras cosas, llamamos *santo* al que está desprendido de las cosas del mundo y se consagra por entero a Dios, así se debe llamar santo el pensamiento de rezar por los difuntos; porque, levantándonos por encima de las cosas de la tierra, nos lleva a meditar en la situación de aquellos queridos hermanos y bienhechores nuestros, a los que el fuego del Purgatorio limpia y embellece. Por eso, con **[286]** fervientes oraciones y buenas obras, pedimos al Señor que acelere su liberación de las llamas del purgatorio».

Resaltó lo saludable que es este pensamiento para las almas purgantes, para nosotros mismos y lo sumamente grato que le resulta a la Santísima Virgen, la cual ciertamente muestra el más vivo interés por aquellas queridas almas que también son sus hijas, y ansía y celebra que alguno se dedique a acelerar su futura felicidad celestial.

Cerróse la sagrada función con la bendición del Santísimo Sacramento. Con este funeral terminaron las gratas funciones de la consagración y del octavario de la iglesia de María Auxiliadora.

La *Unidad Católica* del 21 de junio hacía este resumen:

En la mañana del pasado miércoles se acabó el octavario por la solemne consagración de la nueva iglesia erigida en Turín a María Auxiliadora. Todo lo anunciado en el programa se cumplió con la mayor exactitud y grandiosidad. La concurrencia fue más que extraordinaria, la iglesia estuvo siempre repleta de gente, especialmente el día del *Corpus* y el domingo siguiente: parecía que toda la ciudad se hubiera volcado sobre Valdocco; con dificultad podían circular los carruajes por las calles que conducen a la iglesia; tan ocupadas estaban continuamente por la devota población que acudía a la iglesia en bandadas.

Y no sólo los turineses quisieron tomar parte en tan gran solemnidad, sino que concurrieron de los pueblos vecinos y también de los lejanos; insignes personajes de Génova, Milán, Florencia, Bolonia y hasta de Roma llegaron a Turín para asistir a la consagración de la nueva iglesia. Y no era sólo la solemnidad lo que atraía a tanta gente, ya que el espíritu de devoción se reflejaba en todos los rostros; por la mañana en particular se veía la devoción de los turineses a María Auxiliadora, porque, de la aurora al mediodía, era continua la recepción de los santos sacramentos; por lo que se ha podido calcular, sin peligro de exageración, que las comuniones repartidas en la nueva iglesia durante dicho octavario, pasaron de doce mil.

Además, todas las funciones sagradas resultaron espléndidas...

Y después de citar los Obispos que tomaron parte en ellas, añadía el mismo periódico:

[287] Solemnizaba muchísimo los pontificales la música instrumental y vocal, que no faltó en ninguna función de la mañana, ni de la tarde; de modo que nada más se pudo desear para engrandecer y dar realce y decoro a las sagradas funciones de todo el octavario.

Ha sido admirable también que, en medio de tan gran concurso de gente, no

haya habido el más mínimo desorden: todo se realizó con la mayor tranquilidad. Es justo, pues, que se alabe al sacerdote don Bosco y a todos los que le ayudaron a levantar tan magnífico templo. La mayor alabanza se debe a María que, en tiempos tan tristes y malos, quiso darnos a conocer más clara y sensiblemente su protección y su auxilio.

El día 17 fue también día de alegría hasta el momento, en que debieron marchar los colegiales de Mirabello y Lanzo. A las dos de la tarde formaron filas ante las habitaciones de don Bosco y el Siervo de Dios apareció en el mirador para despedirles de palabra y con la mano. Fueron después acompañados hasta la puerta por la banda de música y los cordiales saludos de los compañeros del Oratorio.

Hasta entonces nada había entristecido aquellos días; pero, una hora después de haber salido los alumnos de los dos colegios, moría en la casa el virtuoso sacerdote salesiano don José Bongiovanni.

Resumamos brevemente lo que de él se ha dicho.

Desde que empezó la carrera eclesiástica siempre se distinguió por su piedad y fiel observancia de las reglas y por su celo para el bien de los compañeros. Una vez ordenado sacerdote, en 1863, no hay que decir con qué ardor se entregó al ejercicio del sagrado ministerio; no le favorecía mucho la voz, pero sus pláticas eran muy agradables por la hermosura de sus temas y la devoción de su exposición; se le oía con gusto y conseguía abundantes frutos.

Ayudó a Domingo Savio, con quien sostuvo santa amistad, a fundar la compañía de la Inmaculada y a redactar el reglamento, cuando era solamente clérigo; después fundó, con permiso del Superior, otra compañía en honor del Santísimo Sacramento, que tenía por fin promover el culto entre la juventud y adiestrar **[288]** a los alumnos más distinguidos por su virtud, en el servicio de las funciones sagradas, con lo que formó el clero infantil, para aumentar su solemnidad y esplendor. Siguió cultivando esta Compañía con más actividad y con los mejores resultados cuando fue sacerdote. Puede muy bien decirse que, si la Congregación de San Francisco de Sales pudo dar a la Iglesia un buen número de ministros del altar, en gran parte se debe a las santas atenciones del sacerdote José Bongiovanni con el clero infantil.

Al acercarse la fecha de la consagración de la iglesia, levantada en Valdocco en honor a María Auxiliadora, don José Bongiovanni se industrió con todo su empeño en la preparación de lo necesario para tal función y especialmente para preparar el clero infantil a fin de que cumpliera con edificación su parte el día de la fiesta y en la octava siguiente.

Llevado de su ardiente amor a María Santísima, no ahorró cuidados, fatigas y sudores, particularmente la víspera. María Auxiliadora, agradecida a su fervorosa devoción y obsequio, le otorgó muy pronto el premio. Pero antes, le quiso someter a una prueba que, soportada con resignación, ganó ciertamente muchos méritos al buen sacerdote. Aquella noche se acostó y dejó abierta la ventana de la habitación. Sopló un viento frío, cayó un fuerte chubasco; y él, profundamente dormido, no se dio cuenta de nada; pero, se despertó por la mañana oprimido por un mal al pecho; le costaba respirar, y él, que tanto había trabajado para el éxito de las fiestas, el 9 de junio no pudo levantarse de la cama. Continuó enfermo los días siguientes. Atendido diligentemente por varios doctores y sobre todo por el médico del Oratorio, el doctor Gribaudi, velado con gran caridad por los hermanos, estuvo fluctuando, unos ratos mejor, otros peor, hasta el miércoles, 10 de junio. El virtuoso sacerdote, deseoso de poder celebrar los divinos misterios al menos una vez en la nueva iglesia, suplicó a la Santísima Virgen con fervorosas instancias que le obtuviera la gracia. Fue escuchado.

[289] El domingo dentro de la octava se encontró tan mejorado, que pudo, con la debida preparación, subir al altar y celebrar la santa misa con inmensa satisfacción de corazón. Después de la misa dijo a uno de sus amigos que estaba tan contento que ya podía entonar el *Nunc dimittis*. Y así fue, puesto que, viendo que le faltaban las fuerzas, volvió a la cama para no levantarse más. El miércoles siguiente por la mañana, pareció que mejoraba pero, después del mediodía, terminadas todas las solemnidades, hacia las tres, empezó a empeorar. Una hora más tarde, José Bongiovanni, confortado con los auxilios de la religión, asistido por su amado director, don Bosco, rodeado de sus mejores amigos y hermanos, entregó su hermosa alma al Señor marchando, como firmemente se espera, a ver cómo se festeja en el cielo a la que formaba el objeto de su más tierna devoción.[1]

Don José Bongiovanni no era el tercero del sueño; su muerte fue envidiable.

Se había terminado el octavario, del que se dijo había sido un triunfo para la Iglesia Católica. Semejantes fueron después todas las fiestas anuales de María Auxiliadora. Este triunfo estaba preparado también por un número infinito de gracias portentosas, espirituales y temporales, concedidas continuamente por la Virgen, que el pue-

[1] *Véase* también la *Vida de Domingo Savio*, escrita por don Bosco, Cap. XVII, en la nota.

blo estaba empeñado en creer que don Bosco mismo las obtenía de Ella. De aquí las cartas incesantes de los que se encomendaban a él y su reconocimiento al ver satisfechos sus deseos; de aquí las muchas señales de aprecio que le tributaban los fieles y que don Bosco no apetecía, pero las soportaba con la sencilla dignidad de quien se sabía ministro de la Reina del Cielo y ejecutor de su querer. En su humildad, jamás se atribuía a sí mismo el más mínimo mérito de aquellos portentos, sino que, al aconsejar, al contestar las cartas y en las conferencias, decía: «Si **[290]** queréis obtener gracias de la Santísima Virgen, haced una novena; rezad todos los días tres padrenuestros, avemarías y glorias a Jesús Sacramentado, tres salves a María Auxiliadora y las dos jaculatorias: *Alabado sea en todo momento el santísimo y divinísimo sacramento; María, Auxilium Christianorum, ora pro nobis* y recibid, al menos una vez, los santos sacramentos».

Por lo demás, cuando en casa y fuera de ella, se veía agasajado y aplaudido; cuando, con frecuencia, se veía recibido en las poblaciones con señales de la mayor veneración, puesto que pedían multitudinariamente que les bendijera; cuando, en las fiestas de María Auxiliadora de cada año, era objeto de grandiosas demostraciones; y cuando, como veremos, en sus viajes por Italia, Francia y España, tuvo recibimientos imposibles de describir, después de haber predicado continuamente la confianza sin límites en María, no opinaba que tales honras y aplausos fueran hechos a su persona, sino que decía iban dirigidos a su condición sacerdotal, a la Iglesia Católica de la que era hijo, y a la fe y piedad del pueblo. Con frecuencia repetía:

—¡Demos gracias al Señor, porque todavía hay mucha fe en el pueblo!

Y otras veces:

—¡Cuánta fe hay en los pueblos y cómo respetan el carácter sacerdotal!

O bien:

—Si don Bosco no fuera católico, ¿quién pensaría en él? Se le trata así, porque es sacerdote, no por otra cosa.

Son testimonios de don Juan Bonetti.

«Me contó la marquesa Fassati, afirmaba don Miguel Rúa, que un día, al verse don Bosco tan alabado por su familia, replicó:

»—Me alegra mucho que se aprecie tanto el carácter sacerdotal; por mucho que se diga de su dignidad y del conjunto de virtudes que deben adornarle, nunca se dirá bastante».

La marquesa María Fassati, dama de la corte, conocía y admira-

ba la profunda humildad de don Bosco, el cual fue **[291]** siempre amigo íntimo y bendecido por su familia. De esta intimidad, de la que ya hemos hablado muchas veces, traemos como prueba cinco cartas de años pasados, que nos fueron entregadas hace poco y que también merecen ser conocidas, al igual que todas las cartas de don Bosco.

Benemérita señora Marquesa:

He aquí, señora Marquesa, unas invitaciones para obtener ladrillos con los que seguir los trabajos de nuestra iglesia. No soy yo, sino la Santísima Virgen quien se encomienda a usted para que le ayude a terminar su casa, y así aumentar también el número de sus devotos. Usted, sin embargo, las distribuya a quien y cuando mejor lo creyere, según su buen hacer.

Los trabajos marchan a gran velocidad y me gustaría mucho que viniera a verlos.

Creo que la señora Duquesa está todavía en Montemagno, por lo que le ruego la envíe el sobre adjunto con los más respetuosos sentimientos de gratitud.

Recomiende al querido Manuel que se libre de profanar las vacaciones con el estudio. Auguro abundantes bendiciones del cielo para usted, el señor Marqués y toda su familia. La Santísima Virgen nos conserve a todos en el santo temor de Dios. *Amén.*

Con todo mi aprecio me profeso respetuosamente,

De V. S. B.

Turín, 13 de septiembre de 1864.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Turín, 1 de noviembre de 1865

Benemérita señora Marquesa:

Hasta ahora no he enviado a V. S. B. boletos para la Tómbola porque, como ya coopera con abundancia en favor de nuestras necesidades, no me pareció oportuno.

Pero ahora, pensando que en esta ocasión pueda entregar algunos a los reales personajes que moran actualmente entre nosotros, le mando treinta decenas y los encomiendo a su caridad y a la de aquéllos con quienes juzgue usted conveniente hablar.

Como sabe, hay tiempo para ello y lo que no se coloca se devuelve al final a la Tómbola.

Todas las misas de difuntos y oraciones que tengan lugar mañana por la mañana en esta casa, serán según su piadosa intención y **[292]** la del señor Marqués.

Aplíquenlas como mejor les parezca en el Señor.

Que todos los santos del cielo hagan descender una bendición especial sobre usted y sobre toda su respetable familia, mientras tengo el honor de profesarme con gratitud,

De V. S. B.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Benemérita señora Marquesa:

He aquí, señora Marquesa, tres paquetes de boletos: quizás hubiera podido hacer uno solo, pero he pensado hacer tres para que María Auxiliadora uniera a cada uno las gracias más necesarias para aquél a quien van dirigidos.

Necesito mucho sus oraciones y su ayuda. Los trabajos de la iglesia continúan y parece probable que para la fiesta de la Inmaculada Concepción pueda celebrarse en ella la primera misa. Pero se requiere mucho dinero: ¿de dónde sacarlo? Señora Marquesa, ayúdeme a pedir y tener fe viva en María, a quien está dedicada la iglesia.

Dios bendiga a usted y a toda su familia y créame con toda gratitud

Turín, 3 de febrero de 1866.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Benemérita señora Marquesa:

María Auxiliadora se encomienda a usted, señora Marquesa; los trabajos de la iglesia marchan bastante bien, mas, por falta de medios, sólo tengo ocho albañiles en vez de treinta.

Precisamente en el tiempo más oportuno para trabajar. Tengo muchas promesas y fundadas esperanzas, pero todo va despacio.

Si puede hacer un préstamo a la Virgen, sería el tiempo más propicio para ello y creo que obtendría un interés muy superior al cinco por ciento legal.

Hable de ello con el señor Marqués, y, luego, haga lo que pueda a mayor gloria de Dios.

El lunes estaré en casa hasta las diez de la mañana, y también de la una a las tres. Dios bendiga a usted y a toda su familia, y créame como me profeso.

De V. S. B.

Turín, 21 de abril de 1866.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[293] *Benemérita señora Marquesa:*

He recibido carta del Obispo de Casale, quien me dice ha recibido las cartas del caso para admitir a las órdenes al clérigo Cerruti y me pregunta si se puede esperar de algún modo el correspondiente patrimonio. Aunque yo he recibido reiteradas promesas del Economato, sin embargo, viendo que este Clérigo perdería tiempo, me dirijo a usted para que, si puede y lo juzga oportuno, tenga a bien proveer este título eclesiástico. Se requiere una renta anual de doscientas cuarenta liras, la cual redundaría en su favor, en cuanto se haya recibido del Economato, como ya se ha hecho con otros.

Ayer hablé de nuevo con el señor Marqués y me dijo que le expusiera todo a usted y que usted lo arreglaría. Pero, como tengo presentes los muchos favores ya hechos a esta casa, si acaso no lo juzgare conveniente o bien tuviere otros compromisos, no por ello quedaría menos agradecido y, lo mismo yo que Cerruti, aun buscando otro camino, no dejaremos de invocar sobre usted y sobre toda su familia las bendiciones del Señor.

Con mis más sentido agradecimiento y encomendándome a la caridad de sus santas oraciones, tengo el honor de poderme profesar.

De V. S. B.

Turín, 4 de julio de 1866.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[294]

CAPITULO XXIV

MONSEÑOR ROTA, OBISPO DE GUASTALLA, EN EL ORATORIO – FIESTA DE SAN JUAN Y PALABRAS DE DON BOSCO A LOS MUCHACHOS – LECTURAS CATOLICAS – *CARTA DEL ARZOBISPO DE MODENA A MONSEÑOR ROTA PARA SABER CUAL ERA LA IDEA DE LOS PRELADOS PIAMONTESES, CON RELACION A LAS CARTAS COMENDATICIAS PEDIDAS POR DON BOSCO – GRACIAS DE MARIA SANTISIMA A UN MONASTERIO POR VOLVER LAS RELIGIOSAS AL FERVOR PRIMITIVO – CAUSAS DE LA FRIALDAD – DOLOROSO DESAPEGO DE UNA SEÑORA DE LAS COSAS DE ESTE MUNDO, EN PUNTO DE MUERTE – DOS NIÑOS TENIDOS GRACIAS A LA VIRGEN, MUEREN POR LA AVARICIA DE SUS PADRES, QUE NO CUMPLEN SUS PROMESAS – LA FIESTA DE SAN LUIS Y LA DEL DIA ONOMASTICO DE MONSEÑOR PEDRO ROTA – SOLEMNIDAD DE SAN PEDRO Y PANEGIRICO LEIDO POR EL OBISPO DE GUASTALLA: ELOGIO DE LAS OBRAS DE DON BOSCO – CONVOCATORIA DEL CONCILIO ECUMENICO VATICANO – CARTA DEL PRINCIPE DE SANGUZKO A DON BOSCO, CON QUIEN HABIA TRABADO AMISTAD EN ROMA – MUERE EL CONDE VIMERCATI – MONSEÑOR ROTA SALE DE TURIN – CARTA DE DON BOSCO A DON JUAN BONETTI PARA QUE REMEDIE UN INCONVENIENTE; LE HACE UNAS OBSERVACIONES SOBRE LA BIOGRAFIA DE SACCARDI – LOS OBISPOS DE CASALE Y GUASTALLA ASISTEN A LA FIESTA DE SAN LUIS, EN MIRABELLO*

DE acuerdo con su promesa, llegaba al Oratorio el 19 de junio monseñor Pedro Rota, obispo de Guastalla. Iba a visitar la nueva iglesia, a presidir diversas funciones sagradas y dar gracias a María Auxiliadora por haber librado a su diócesis de la herética peste de Gavazzi.

[295] El 24 de junio se celebraba la fiesta onomástica de don Bosco, en presencia de monseñor Rota. Al fin de la velada, el Siervo de Dios agradeció la intervención de músicos y lectores de composiciones, pero se lamentó de que algunos jóvenes, hacía ya tiempo, no le hubiesen abierto el corazón, y otros no se hubieran dejado ver por

él. Recomendó la perseverancia en el bien y animó a poner en ello gran empeño. Prometió echar un velo sobre el pasado, con tal de que se viera un cambio de conducta; recordó que los jóvenes que miran hacia atrás, se pierden.

Animó a todos a salvar el alma y a rogar por él, para que no olvidara la suya. Terminó diciendo que «la única finalidad del Oratorio era salvar almas».

Las *Lecturas Católicas* habían publicado el mes de junio la *Vida de san Juan Bautista*, como un homenaje a don Bosco.

El día 26 recibía monseñor Rota una carta del arzobispo de Módena, cuyo contenido nos da a entender cómo don Bosco, aún en medio del fervor de las pasadas fiestas, seguía trabajando para alcanzar las cartas comendaticias que debían abrirle el camino para la deseada aprobación de la Pía Sociedad Salesiana.

Módena, 5 de junio de 1868

Ilmo. y Rvmo. Señor Obispo:

Cuando el reverendo don Bosco me escribió, lo mismo que había escrito a V. S. Ilma. y Rvma., para que se le enviase una carta comendaticia al Padre Santo, para la nueva orden que él quiere fundar, usted sabe que suspendí hacerlo hasta saber cuál era el parecer de los prelados del Piamonte, ya que ellos son los mejores jueces sobre esto.

También usted era de la misma opinión. Pero, no habiendo podido saber todavía nada, no contesté a ese excelente sacerdote, a quien tanto admiro y aprecio. Recibo ahora una nueva carta en la que repite su petición y me pide una respuesta. Me avergüenzo de veras de tanto retraso, y estoy dispuesto a hacer cuanto desea.

Quisiera por tanto que, encontrándose usted ahí, tuviera a bien presentar a don Bosco mis excusas, y le asegurara que haré cuanto antes todo lo que pueda agradarle; y usted, por su parte, logre que no quede descontento de mí, ya que me gustaría mucho no perder el aprecio de este hombre único y, diría, providencial.

[296] Además, puesto que está ahí y podrá enterarse mejor, hágame el favor de informarme cómo se ha conducido el episcopado piamontés en este asunto y qué ha hecho o piensa hacer usted mismo.

Necesitaría también que, por favor, me enviase copia de los documentos remitidos por don Bosco, pues se me han extraviado, entre otros papeles, los que yo recibí, y no sé cuándo podré encontrarlos.

Disculpe le persiga hasta Turín con mis pretensiones; pero este asunto me interesa mucho y hay que reparar el descuido pasado.

Hace unos días he tenido aquí a su Santiaguito y lo entretuve charlando extensamente sobre lo sucedido con la disputa rehusada por Gavazzi: de veras que el Señor le ha iluminado y guiado para llevar a tan feliz término este difícil y peligroso asunto. Beso su mano y me profeso con todo respeto y aprecio

De V. S. Ilma. y Rvma.

Afmo. y seguro servidor
† FRANCISCO EMILIO, *Arzobispo*

Ciertamente, monseñor Rota le contestó sobre cómo pensaba la mayoría de los obispos subalpinos y cómo él también había condescendido con la petición del Siervo de Dios.

El 27 de junio, sábado, después de las confesiones, bajó don Bosco al comedor y leyó una carta de don Miguel Rúa, al clérigo Berto y a varios otros salesianos.

Unas monjas del sur de Italia le enviaban un donativo por cierta gracia recibida. Como estaba relajada la Comunidad en la observancia de las Reglas, algunas religiosas se habían encomendado a María Auxiliadora y no tardaron en enfervorizarse todas en sus deberes religiosos.

Hablóse luego de las causas que enfrían el espíritu de piedad y de obediencia. Se puso de manifiesto cuán pernicioso es el apego a las propias comodidades; el no querer renunciar a ciertos objetos, a ciertas costumbres, no conformes con el espíritu de las Reglas; se observó que la ruina de muchas órdenes religiosas fueron las riquezas. El afecto a la tierra disminuye y, con frecuencia, apaga el deseo de las cosas del cielo. Y don Bosco demostraba qué tiranía ejerce en el corazón de las personas, aun las buenas, el excesivo afecto a las riquezas.

La marquesa X..., que vivía en Turín, era ya vieja **[297]** decrépita y cayó gravemente enferma. Llamaron a don Bosco. Era una de las primeras bienhechoras de la casa, a la que todos conocían. Después de confesarse, dijo a don Bosco:

—He llegado, pues, al fin de mi vida.

Y fijaba los ojos asustados en su cara. Don Bosco le contestó que sólo Dios conoce el final de nuestros días y que hemos de descansar tranquilos en sus brazos, dejando que él disponga de nosotros como le plazca.

—Entonces, ¿tengo que dejar este mundo? ¿Las riquezas de mi casa? ¿Se me quitará cuanto poseo?, continuó diciendo la pobre señora, agitada por la fiebre, que le ocasionaba un principio de delirio.

El Venerable le dirigió unas palabras sobre los bienes mayores que el Señor ha preparado para quienes le aman, en comparación de los cuales los bienes terrenos son más despreciables que el fango.

La señora, sin prestar atención, exclamaba:

—¿Dejar este palacio, mis habitaciones, mi bonito salón? Me parecía estar tan bien en este mundo... ¿Y tengo que abandonarlo?

Dicho esto, hizo llamar a unos sirvientes y ordenó que la llevaran al salón. No se atrevían éstos a obedecerla, por miedo a que se les muriera en el traslado. Pero ella insistía y don Bosco creyó opor-

tuno que se le concediera aquel capricho, ya que, contradecirla podría ocasionarle mayor daño. Entonces los empleados tomaron la cama y, a través de las espaciosas habitaciones, la llevaron al salón, donde tenía acumuladas muchas preciosas curiosidades. Había en medio una mesa, cubierta con un tapiz persa. Quiso la señora que colocaran su cama junto a ella, agarró con su mano el borde del tapete. Lo tocaba, lo palpaba, lo miraba y exclamaba de cuando en cuando:

—¡Qué bonito! ¿...Y es la última vez que lo veo? ¿Sabe lo que me costó, don Bosco? Cuarenta mil liras... ¡Y ya no será mío!

Y se volvía de una a otra parte de la magnífica estancia, como para dar el adiós a todo. ¡Poco después, exhalaba el último suspiro en aquel mismo salón!

¡Qué difícil les es a los ricos despegar el corazón de las cosas **[298]** de esta tierra, y qué doloroso es este desasimiento, cuando llega la muerte a arrancarlos!

Narró después otro hecho que no hay que confundirlo con uno semejante, que hemos narrado anteriormente. Respondemos de ello por haberlo oído de labios del mismo don Bosco.

Habitaban en Turín, marido y mujer, con una fortuna de muchos millones. Después de casi veinticinco años de matrimonio, no habían tenido ningún hijo. Angustiados por verse obligados a dejar la herencia a personas ajenas a la familia, habían pedido, en vano, al Señor aquella gracia con plegarias y peregrinaciones. Presentáronse finalmente a don Bosco, rogándole les diera la bendición y prometiendo que, si fueren escuchados, entregarían al Oratorio y a la iglesia una cantidad respetable. Don Bosco les animó a tener como concedida la gracia y, en efecto, les nació un niño robusto y sano, que era una delicia contemplar. Fueron a visitar a don Bosco, se deshicieron en agradecimientos, pero no dijeron nada acerca del cumplimiento de la promesa. Don Bosco no dejó de recordársela más tarde, pero aquellos señores se excusaron de la obligación, aduciendo pretextos.

—Yo no tengo nada que ver con eso, concluyó don Bosco; su ingratitud recibirá digna recompensa. Tengan en cuenta que quien les dio el hijo, se lo podrá quitar.

En efecto, al cabo de unos meses, el niño moría, víctima de misteriosa enfermedad.

Los padres, deshechos por el dolor, estuvieron casi un año sin ver a don Bosco, pero finalmente volvieron a él: confesaron su culpa, suplicaron una nueva bendición y renovaron las promesas.

Don Bosco se conmovió ante sus lágrimas, les dió unas saludables instrucciones, les prometió que rezaría, los bendijo y les aseguró la gracia. Tuvieron, en efecto, un segundo hijo. Esta vez no se tomaron la molestia de ir al Oratorio y olvidaron del todo a los muchachos de Valdocco.

Don Bosco esperó más de un año y después volvió a visitarlos. Le recibieron un poco avergonzados y, cuando comenzó a decir que con la **[299]** Virgen no se juega, declararon que las malas cosechas, los ingentes impuestos, los gastos extraordinarios y algunas pérdidas sufridas habían disminuido sus entradas; por consiguiente, no podían dar nada.

Don Bosco salió convencido de que no quedaría sin castigo tan vergonzosa avaricia. Y he aquí que el niño se puso malo. Corrieron a llamar a don Bosco, pero él no quiso volver a aquella casa. El niño murió y la colosal herencia pasó a quienes los padres no hubieran querido dejarla.

Don Bosco acostumbraba a repetir que la generosidad y el desinterés de los pobres generalmente es tal, que les obtiene las gracias más llamativas, mientras se requieren esfuerzos extraordinarios para inducir a ciertos ricos a un sacrificio notable.

El 28 de junio, domingo, se celebró la fiesta de san Luis Gonzaga, con misa solemne, panegírico, procesión y fuegos artificiales.

Aquella noche, víspera de la solemnidad de los santos apóstoles Pedro y Pablo y de la fiesta onomástica de S. E. monseñor Pedro Rota, los alumnos del Oratorio quisieron demostrarle, lo mejor que ellos podían, la gratitud que le profesaban. Y hubo música vocal e instrumental, poesías, iluminación y fuertes y repetidos vítores espontáneos y cordiales.

Un poeta recordó cómo Monseñor había estado otra vez en el Oratorio, donde tanto había trabajado por el bien de los alumnos, y lo alabó por haber vuelto superando muchos inconvenientes. Después dirigió sus versos a una golondrina, que sólo él vio y oyó. Monseñor, como era de esperar, lo agradeció y el poema fue impreso para que los trinos y el *charloteo* de la golondrina fantástica llegasen desde el recinto del Oratorio hasta Guastalla y se oyera allí el eco del cordialísimo reconocimiento que los hijos de don Bosco profesaban al ángel de aquella afortunada diócesis.

El día 29 fue solemnísimo en honor de los Príncipes de los Apóstoles. El altar de la izquierda del crucero en la nueva iglesia, dedicado a san Pedro, estaba cubierto de antorchas y **[300]** flores. El cuadro, con un gran marco dorado, y con las llaves y la tiara papal

encima, representa a Jesucristo en el momento de entregar las llaves del reino de los cielos al primer Sumo Pontífice, su Vicario. Es obra del acreditado artista milanés Carcano.

Don Bosco había dejado comprender, repetidas veces, que no se trasladara la fiesta de san Luis al día 29, como con frecuencia se había hecho. Quería que este día fuera sólo san Pedro el objeto del culto solemne.

Monseñor Rota ofició de pontifical en la misa de las diez y, después de las vísperas, leyó una magnífica homilía que más tarde se publicó. Su tema fue el texto: *Tu es Petrus, et super hanc petram aedificabo Ecclesiam meam, et portae inferi non praevalebunt adversus eam* (Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella).

Al hablar de la vida y del progreso de la Iglesia exclamó:

«Las órdenes religiosas cambian de forma, de reglas, de ministerio, pero siempre existieron y existirán también en el porvenir. Podrán ser dispersados los hijos de Benito, de Francisco de Asís, de Domingo, de Ignacio; pero otros vendrán a llenar las diezmadas filas y sustituir a los perdidos adalides. A los hijos de Calasanz y de Emiliani sucederán los hijos de... ¿quiénes? Helos aquí, he aquí quiénes les sucederán, éstos a los que ya vemos prepararse para ocupar los puestos vacíos, helos aquí cercados de numerosas filas de afortunados jóvenes, helos aquí en este templo, en esta casa, obra de la divina Providencia, que sigue dando testimonio del cumplimiento de la promesa divina: *portae inferi non praevalebunt; omnia traham ad me ipsum* (las puertas del infierno no prevalecerán; todo lo atraeré a mí).

»Veía con dolor, ese celoso sacerdote, cuyo corazón y ardoroso fuego de caridad todos vosotros conocéis, veía con dolor, decía, a los muchachos vagando por las calles, *sicut oves non habentes pastorem* (Mat. IX, 36), como ovejitas descarriadas sin pastor que las conduzca, en peligro continuo de caer en las fauces de los lobos rapaces, los miraba y sentía resonar, más en su corazón que en sus oídos, aquellas tiernas palabras: **[301]** *Tibi derelictus est pauper, tu eris adjutor* (El desvalido se abandona a ti, tú socorres al huérfano) (Sal. X-14) ¿Qué haces tú, sacerdote? A ti se te ha confiado la tarea de amparar a estos jovencitos abandonados, instruirlos, educarlos, repartirles, no sólo el pan espiritual de la palabra divina, sino también el material para que *non deficiant in via* (no desfallezcan en el camino) (Mat. XV-32), no mueran de hambre. El sacerdote lo entendió y, sin amedrentarse ante la dificultad de la empresa, la falta de medios, la

perversión de los tiempos y el enfriamiento general de la caridad, puso manos a la obra y, no voy a recordaros, queridos y respetables turineses, que lo sabéis mejor que yo, ni tampoco a los forasteros que estén aquí presentes, lo que ha hecho, cómo lo ha logrado, qué frutos ha recogido en este campo estéril e inculto, qué triunfos ha alcanzado. Me conformo con deciros: mirad y ved con vuestros ojos, tocad con vuestras manos.

»Para dilatar y acrecentar esta obra, digna de los Loyola, los Calasanz, los Emiliani, los La Salle, veis aquí reunido un selecto batallón de sacerdotes que, sacrificando todas las ambiciones humanas de cargos y triunfos, renunciando a las comodidades de una vida más tranquila, se impusieron la trabajosa, y no siempre agradable, misión, de atender a estos jovencitos, haciéndose pequeños con los pequeños, humildes y pobres con los pobres y los humildes, para conducirlos por el camino de la virtud, sin más recompensa que la esperanza de tener un día una turba numerosa haciéndoles corona en el cielo.

»¿Y quién tuvo la fuerza de alcanzar de ellos tantos sacrificios? Sólo aquel que dijo: *Omnia traham ad me ipsum*, y les atrajo con aquellas dulces y consoladoras palabras: todo lo que hiciereis al más pequeño de mis hijos, lo consideraré como hecho a mí mismo (Mat. XVIII-5). Y así como estas palabras, que contienen una profecía y una promesa, nunca dejarán de cumplirse, tampoco faltará en la Iglesia quien las aprecie y aproveche para sí y para otros. Y, al igual que un día la sangre de los mártires, en el decir de Tertuliano, fue semilla fecunda de cristianos, así también, al presente, sucederán a los extinguidos otros institutos, distintos en hábitos, en formas, en leyes, pero siempre rigurosos observantes **[302]** de los consejos evangélicos y sostenedores de la más generosa caridad fraterna; y la Iglesia perseguida, empobrecida, oprimida, saldrá más pura y más hermosa del crisol de las tribulaciones para perpetuo testimonio de la profética sentencia: *Portae inferi non praevalebunt...*».

Expuesta finalmente la profecía: *Beatam me dicent omnes generationes* (Me llamarán bienaventurada todas las generaciones), terminaba así:

«Pero, ¿qué significa este magnífico templo? ¿Quién lo levantó y a quién fue dedicado? Vosotros mismos me tomáis la delantera y, mientras yo admiro el cumplimiento de tan extraña e increíble palabra, me señaláis una nueva prueba en el templo, que la piedad mariana y el amor a esta extraordinaria creatura lo ha levantado, y con los encendidos afectos que brotan de vuestro corazón, con la

alegría que brilla en vuestro rostro, con las alabanzas e invocaciones que salen de vuestros labios en medio de una borrachera de alegría santa y divina que, a la vista de la magnificencia de esta casa, dedicada a la Señora, os inunda, vosotros, vosotros mismos seguís, perpetuáis, aumentáis la verdad, la certidumbre, la evidencia de la sentencia profética: *Beatam me dicent omnes generationes.*

»Pero si María, admirando las grandes cosas que había realizado el Omnipotente, colmada de confusión por su humildad, mas llena de gratitud hacia quien la había enriquecido con tan grandes dones, exclamó que todas las generaciones la bendecirían, su profunda humildad no la dejó entrever que sería invocada por todas las generaciones...

»Sería demasiado largo tejer la infinita serie de gracias que, por intercesión de María, llovieron en todo tiempo sobre la Iglesia. Pero ¿qué necesidad hay de acudir a la historia de siglos pasados, si tenemos aquí, ante los ojos, este magnífico monumento de la protección de María, invocada con el título que le es tan grato de *Auxilio de los Cristianos*, que se ha hecho sentir en esta hora a quien con fe la invoca? Este templo, más que una invitación para recurrir a María en busca de gracias, es un himno de agradecimiento por los favores recibidos. Cada piedra, cada ladrillo, cada uno de los adornos que lo decoran, es un monumento de gratitud **[303]** por un favor recibido con la simple invocación de *María Auxiliadora*, de modo que muy bien podemos decir que María inspiró la idea, dirigió la obra, la promovió, la alentó, la quiso y la edificó. *Aedificavit sibi domum* (Edificó su casa) (Prov. IX-1). Admiro la suntuosidad del edificio, la riqueza de mármoles, la preciosidad de objetos que lo adornan, pero más aún el prodigioso número de milagros con los que María lo edificó.

»Vengan el incrédulo y el sofista, contemplen esta mole y nieguen, si pueden, que es un prodigio de María. Prodigio de María, obrado en estos desgraciados tiempos en los que la navecilla de Pedro está tan agitada, los fieles atemorizados cuando no descorazonados, la Iglesia en aflicción y angustia, y obrado a propósito para presentarse en la mayor necesidad, como *Auxilio de los cristianos, María Auxiliadora.* Animo, pues, queridos oyentes. Este templo es una prueba evidente de las proféticas palabras divinas. ¿Y quién no vuelve a animarse, quién no descansa más tranquilamente con la promesa divina de que *portae inferi non praevalebunt*, al ver que, para vergüenza de tantas guerras, la Iglesia triunfa y levanta magníficos trofeos por sus victorias y los fieles se enfervorizan para honrar a

su Madre que demuestra siempre que le gusta ser invocada con el dulcísimo nombre de *María Auxiliadora*?

»Oh María, sed siempre Auxiliadora de los Cristianos, derramad continuamente sobre ellos vuestras bendiciones. Proteged a la Iglesia y haced que salga siempre vencedora de las guerras que contra ella mueven los poderes terrenos e infernales. Proteged a su Augusto Pontífice, el afligido y siempre valeroso Pío IX, y haced que, por muchos años aún, pueda gobernar con mano firme el timón de la nave entre los peligrosos escollos de un mar infiel. Proteged esta ciudad católica, virtuosa, caritativa y haced que en ella aumente cada vez más la fe, la piedad, la generosidad, para ayudar y sostener las innumerables **[304]** obras, que la religión y la caridad emprenden aquí valientemente y las terminan felizmente. Proteged a ese venerando sacerdote que, confiado únicamente en la Providencia, os levantó tan admirable monumento y proporciona tantos devotos para Vos y tantos fieles servidores para vuestro Hijo en cuantos niños da asilo en este lugar, para educarlos en la religión y en la piedad. Proteged a estos generosos sacerdotes, que comparten con él sacrificios, trabajos y fatigas para arrancar almas al infierno y conducirlas a vuestro Hijo. Proteged a estos jovencitos para que correspondan siempre a los cuidados de su padre común, de modo que la fortuna de ser acogidos por la caridad sacerdotal sea garantía de la suerte feliz de ser un día recibidos por vos misma en el cielo. Bendecid a esta ciudad del Sacramento y a todos los que vengan a veneraros e invocaros en esta vuestra magnífica casa, para que todos experimenten que no sois venerada, invocada y amada en vano, como *Auxilio de los Cristianos* y que sois en verdad, *María Auxiliadora*».

Por la tarde llegaba a Turín la noticia de que el Papa había publicado aquel mismo día una Bula convocando el Concilio Ecuménico Vaticano, y anunciando que el Concilio se abriría el año próximo 1869, el día 8 de diciembre, fiesta de la Inmaculada Concepción de María Santísima.

Para recalcar la necesidad del mismo describía el Pontífice, en su inmortal documento, las tristísimas condiciones de la sociedad, el desprecio de muchos por la autoridad y doctrina de la Iglesia, la profanación de las cosas santas, la dispersión de las órdenes religiosas, el robo de los bienes eclesiásticos, los atropellos causados al clero, la preponderancia de las sectas, la corrupción producida por la prensa malvada, el daño de la educación laica, y declaraba su voluntad de poner remedio a tantos males con este concilio.

La Bula suscitó una gran conmoción por todas partes. La invitación, amablemente dirigida por Pío IX a los protestantes, **[305]** sirvió para provocar en ellos general irritación. La invitación a los obispos cismáticos despertó los antiguos antagonismos, los prejuicios, la soberbia; y fueron rechazadas las cartas del Papa.

Sin embargo, antes del fin del Concilio, Dios llamaba a su tribunal a los Patriarcas griego y armenio de Constantinopla, al griego de Alejandría y al copto. Pero todos los sinceros católicos se regocijaban convencidos de que el Espíritu Santo, a través del Concilio, condenaría los errores del siglo, y muchos obispos alimentaban y manifestaban la esperanza de que el Concilio definiría el dogma de la infalibilidad pontificia. El Papa, sin embargo, aún no había expresado su pensamiento sobre esta definición.

Al término de aquel mes recibía don Bosco dos tristes noticias. El joven príncipe Pablo Sanguzko, a quien había conocido en Roma el año anterior y le había dado pruebas de gran amistad, comunicábale desde Parnou (Austria), que había muerto de repente su esposa el 18 de junio, sin poder recibir los santos sacramentos. Recomendaba vivamente la querida difunta a sus oraciones, le preguntaba el medio más seguro para mandarle un donativo y manifestaba la esperanza de verle en Turín para septiembre u octubre.

El caballero Oreglia le comunicaba otra noticia. Le había escrito la madre Magdalena Galleffi:

Roma, 30 de junio de 1868

Muy apreciado Señor:

El conde Vimercati, después de haber estado conmigo el día 23 último y en la iglesia de Jesús, el 27 por la mañana, después de haber comido como de costumbre, al subir las escaleras del segundo piso, sufrió uno de sus acostumbrados desvanecimientos y cayó, pero con una caída mortal; ya no dio más señales de vida; se llamó al médico que lo sangró, y también se llamó al padre Vasco. Se le administró la Unción de los Enfermos y, a las nueve y media de la noche, pasó a mejor vida. Después de la virtuosa y edificante vida llevada aquí abajo, ¿no deberemos creerle ya en posesión del Sumo Bien?

A las once se leyó el testamento, que hizo cinco años antes. Todos **[306]** ansiosos por saber y oír, quedaron sorprendidos al escuchar que todo lo dejaba al sobrino; a Pardini cien escudos, al portero veinte por una sola vez; al ayuda de cámara diez escudos mensuales. Y nada más. No hay legados ni recuerdos, para los amigos; nada, nada para nadie. Quizá por ello o por lo que fuere, el buen difunto fue tratado peor que un mendigo. Murió, como he dicho, en la noche del sábado a las nueve; le llevaron a la iglesia el domingo a las seis de la tarde, con el ataúd cerrado, lo que ha horrorizado a toda Roma. ¡Qué meditación! Cuénteselo todo a don Bosco y salúdele...

M. MAGDALENA GALLEFFI

La condesa Cornelia V. Mellingen daba al caballero Oreglia otras noticias sobre esta muerte, el 15 de octubre:

«El jueves, 23 de junio, fui a visitar al conde Vimercati y me dijo:

»—Menos mal que ha venido, porque ha llegado a tiempo.

»Le pregunté si aquel día salía de casa tan pronto, y me dijo:

»—No, pero me marcho.

»E hizo una señal de que se iba a la eternidad...

»El viernes se confesó y comulgó el sábado. Siempre había deseado morir en este día, especialmente dedicado a María Santísima, y Ella se lo concedió. Me dijo el padre Vasco que, cuando él llegó, el Conde entendía todavía, pero ya no hablaba. Recibió todos los auxilios de nuestra Santa Religión y la bendición Papal, que le dio el Padre General de la Compañía de Jesús. Después expiró plácidamente... Dichoso él que supo sensatamente enviar por delante su beneficencia y buenas obras. Pues me parece que éstas deban darse *sinceramente*, ya que lo que se deja, se dejare bien o mal, es por necesidad, mientras que lo que se da en vida a los pobres y para obras de caridad, se da sin ser obligados por la muerte.

»Por desgracia han protestado contra el pobre Conde, pero hay que reconocer que cuanto pudo hacer, lo hizo mientras estuvo en sus cabales; y lo que no hizo fue a consecuencia del estado a que quedó reducido. De otra suerte es seguro que, si aún tenía algunos ahorros, habría pensado en dar mayor compensación a sus familiares por la asistencia que le habían prestado y dejar un pequeño recuerdo a los amigos... Usted sabe las lamentables condiciones en que se hallaba durante los últimos meses...

»Me apena lo que dicen del pobre Conde, olvidándose de todo el bien que ha hecho. Esperamos, mientras tanto, que él esté gozando el premio de tantas virtudes y beneficencia.

»Estoy segura de que usted y don Bosco habrán sentido esta pérdida como la de un buen amigo. Roguemos siempre por él...

»Devuelvo a usted y a don Bosco muchos saludos del cardenal Patrizi, de los Connestabili y de todos».

[307] El 30 de junio, se despedía con pena de don Bosco el buen Obispo de Guastalla y, de acuerdo con la invitación que le hicieron, fue a visitar el seminario menor de Mirabello, antes de volver a su diócesis. Precedióle don Juan Cagliero, para que le preparasen un recibimiento digno y para predicar a los alumnos un triduo de preparación a la fiesta de san Luis que celebraban el jueves día 2 de julio.

Pero surgió un pequeño inconveniente en Turín. Por una equivocación no fue a la estación el encargado de sacar los billetes de primera clase para el señor Obispo y su secretario; y don Bosco, tan delicado en guardar las conveniencias sociales, escribió enseguida al Director de Mirabello a quien daba también su juicio sobre la biografía, por él escrita, del piadoso Saccardi.

Carísimo Bonetti:

En cuanto llegue monseñor Rota, dile que el caballero Oreglia sufrió la confusión de ir a sacar los billetes a la estación de *Porta Nuova* en vez de ir a *Porta Susa*. Procura, además, entregar al Secretario lo que ha gastado de Turín a Mirabello. Entiéndete para esto con don Juan Cagliero.

He leído tu trabajo y me ha gustado mucho: ya lo he entregado a la imprenta y a su tiempo verás las pruebas.

Me ha parecido oportuno quitar lo que pueda servir de pretexto para acusarnos de que vamos más allá de lo debido en las prácticas de piedad; o que Saccardi haya sufrido la falta de recreo. He quitado también la *Corona quotidiana* (rosario diario). Es algo estupendo, pero, junto a todo lo demás, podría dar pie para decir que es demasiado.

Tú verás y corregirás.

Felices fiestas para ti y para toda esa querida compañía. Créeme en el Señor,

Turín, 1 de julio de 1868.

Afmo. en Jesucristo
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Monseñor Rota había ido a Casale para saludar a monseñor Ferré, pastor de aquella diócesis, y los dos se encontraron en la fiesta de Mirabello. Resultó conmovedora la comunión general, distribuida por el Obispo de Guastalla, y solemne la misa cantada **[308]** por el Obispo de Casale. En la comida dirigió don Juan Bonetti el siguiente brindis a los obispos:

«Si los excelentísimos y reverendísimos señores obispos me lo permiten, brindaré, mas no en verso, que no soy poeta, sino en prosa, pero de corazón. ¡Una ovación, pues, a monseñor Ferré que, por su nombre y su vida tanto se parece al Vicario de Cristo, al amable, al inmortal Pío IX! ¡Otra para monseñor Rota, cuyo celo y doctrina tanto alientan a los débiles y aterran y atormentan a los soberbios apóstatas! Que el cielo benigno, venerados monseñores, os guarde todavía sin inquietudes muchos años para nuestro amor y el de todos vuestros hijos, junto con el de nuestro amado padre don Bosco».

Monseñor Ferré dio las gracias y auguró prosperidad para el seminario menor y para que sus alumnos dóciles, obedientes, y esperanzados pudieran ser siempre el consuelo de sus celosos Superiores, y de este modo la gloria de Dios y el bien de las almas podrían ir extendiéndose para utilidad de la Iglesia, la familia y la sociedad.

Salieron después de comer a los pórticos, sentáronse los dos Prelados bajo un elegante dosel y les cantaron un himno que manifestaba la alegría de todos y les declamaron unas cuantas composiciones.

Monseñor Rota, apoyándose en las palabras de uno de los poe-

tas, el cual había dicho que, dada la lejanía, quizás no volverían a verse hasta el valle de Josafat, exhortó a todos a rogar *ad invicem* para encontrarse juntos en el paraíso. Añadió que aquellos cordiales agasajos, aquellos rostros ingenuos, satisfechos, risueños, le alegraban, pero hacían que se marchara con envidia en el corazón, por no tener él todavía en su diócesis una casa y un grupo semejante de jóvenes escogidos. «Continuad, prosiguió, continuad, queridos jóvenes, siendo dóciles y piadosos: vosotros tenéis la suerte de encontraros en este lugar bajo la dirección de tan buenos y celosos Superiores, que os dan sana instrucción y verdadera educación. Imitad a san Luis, cuya fiesta hoy celebramos, mirad **[309]** lo que él hizo e imitadle. ¡Quién sabe si alguno de vosotros no llegará a parecérsele en todo y ser otro san Luis! Veo que algunos se sonríen: eso prueba que están contentos y quieren conseguirlo decididamente. ¿No es cierto? Os doy, pues, las gracias de todo corazón. Me acordaré siempre de vosotros; rogad por mí».

Por la tarde predicó espléndidamente monseñor Ferré. Empezó hablando de la utilidad de festejar a los santos. Luis llegó a santo haciendo todo lo contrario de lo que hace el mundo. Tres son los vicios principales del mundo: la soberbia, la avaricia o sea el amor a las riquezas, y la concupiscencia de los placeres. Y Luis se hizo santo con la humildad, con la obediencia, con la pobreza religiosa y con la mortificación y la renuncia a todos los placeres.

Hubo luego procesión, en la que tomó parte el Obispo, y dio la bendición. Fue llevado después a la conferencia de los congregantes de la Compañía de san Luis y les dirigió unas palabras de estímulo diciendo:

—Sea Luis vuestro modelo, ayuda y aliciente para la práctica de la virtud.

Un niño saludó así a monseñor Ferré antes de que partiera:

Querido señor Obispo:

Me han dicho que sois un ángel. Yo no he visto nunca ángeles; por eso os agradezco que os hayáis dejado ver por nosotros. Os repito la plegaria que mi mamá me enseñó a decir al ángel. Oídla:

—Angel de Dios que sois mi custodio, guardadme en este día, iluminad mi entendimiento, dirigid mis afectos y gobernad mis sentimientos para que no ofenda jamás al Señor mi Dios. Así sea.

Mi querido ángel, os pido todavía una gracia: como sois muy bueno yo la espero; quedaos siempre con nosotros. Os haremos una hermosa iglesia, os dedicaremos todos los días bonitas fiestas y os querremos mucho, mucho; ¿estáis contento? Decid que sí; porque si no, os agarraremos por las alas y no os dejaremos volar.

Por lo demás, si no queréis quedaros para siempre, ¡ay! venid al menos a visitarnos en persona con más frecuencia, a decirnos bonitas palabras, para que podamos **[310]** hacernos muy buenos, llegar a ser ángeles nosotros también y después volar con vos al paraíso.

Os saludamos, querido ángel. ¡Adiós, adiós!

Hemos querido consignar estos detalles para que se comprenda mejor la veneración que don Bosco tenía y sabía inculcar en sus hijos por los sagrados Pastores de la Iglesia.

[311]

CAPITULO XXV

EL CABALLERO OREGLIA COMPRA UNA NUEVA MAQUINA TIPOGRAFICA EN NOMBRE DE DON BOSCO – LECTURAS CATOLICAS – *DON BOSCO COMUNICA A LOS MUCHACHOS LA SOLEMNE EXPOSICION DE LAS CUARENTA HORAS EN LA IGLESIA DE MARIA AUXILIADORA – SU RESPUESTA AL CABALLERO JAVIER COLLEGNO DE PROVANA, QUIEN LE INVITA PARA QUE VAYA A CUMIANA A EXAMINAR A SUS HIJOS – CHARLAS DE LA NOCHE A LOS ALUMNOS DEL ORATORIO, DADAS POR UN SUPERIOR EN AUSENCIA DE DON BOSCO – ANUNCIO DE UNA BUENA LIMOSNA POR UNA GRACIA RECIBIDA DE MARIA – LLEGAN A ROMA LAS NOTICIAS DEL OCTAVARIO DE VALDOCCO Y A TURIN LAS DE ROMA – INVITACION PARA LAS CUARENTA HORAS: PREDICA MONSEÑOR GALLETTI – EL OBISPO DE CASALE DA LAS GRACIAS A DON BOSCO POR EL REGALO DE UNA COLECCION COMPLETA DE LAS* LECTURAS CATOLICAS *Y OTROS LIBROS – DON BOSCO ACEPTA A DOS MUCHACHOS RECOMENDADOS POR LA DIRECCION DE FERROCARRILES – NO QUIERE QUE EN EL ORATORIO HAYA PLAZAS LIBRES SIN CUBRIR – MARCHA A CUMIANA – SIGUE EL CONCURSO DE GENTE EN LA NUEVA IGLESIA – GRACIAS PEDIDAS Y RECIBIDAS – BON BOSCO VA A FENESTRELLE PARA BENDECIR AL PARROCO DE RUA, MORDIDO POR UN PERRO – PREDICA EN LA CAPILLA DEL PUY LAS GLORIAS DE SANTA ANA – VA A USSEAUX: SU ENCUENTRO CON EL JOVEN JOSE RONCHAIL, QUE DECIDE HACERSE SALESIANO – DON BOSCO DEVUELVE LA VISTA A DOS HERMANAS DEL JOVEN, VENCE LA OPOSICION DEL ABUELO QUE PRETENDIA HACER DEL NIETO UN COMERCIANTE – MONSEÑOR RICCI Y EL PADRE GUGLIELMOTTI EN EL ORATORIO – CARTA DE DON BOSCO A MONSEÑOR RICCI; LE AGRADECE LA VISITA; PIDE EXCUSAS POR SI NO HA TENIDO CON EL LOS DEBIDOS MIRAMIENTOS; SOLICITA UNA CONDECORACION PONTIFICIA [**312**] PARA UN BIENHECHOR – GRAVISIMA ENFERMEDAD DE DON MIGUEL RUA: AGRADABLES PREDICCIONES DE DON BOSCO; A SU BENDI-*

CION SIGUE LA CURACION - ANTIGUA PROFECIA DE DON BOSCO SOBRE LA VIDA DE DON MIGUEL RUA

LOS mecánicos se preparaban para montar en el Oratorio una nueva máquina tipográfica. El caballero Oreglia había comprado el 3 de julio al abogado Domingo Fissore un taller de imprenta y encuadernación por la cantidad de ocho mil quinientas liras. Se trataba de las máquinas, tipos y demás accesorios; bancos, estanterías y todos los demás enseres y muebles depositados por el propietario en el Refugio de la Mendicidad. Había hecho este gasto porque, como crecía el trabajo en la imprenta, no quería que se retrasara la publicación de las *Lecturas Católicas*. Estas, en realidad, salían con regularidad.

El mes de julio los abonados recibían el opúsculo *Historia de algunas conversiones célebres*, en el cual se señala que sólo en la Iglesia Católica abundan los milagros. En un apéndice se narra una gracia recibida por intercensión de María Auxiliadora.

Para el mes de agosto se estaba imprimiendo: *El gran tesoro: ¡ay de quien lo pierde! Consideraciones populares, por el sacerdote Pedro Boccalandro, rector de San Marcos en Génova.* Se refiere al tesoro de la fe, tan necesario para todos y especialmente para cuantos trabajan y sufren. La obrita describe la hermosura de la fe, su certeza, los bienes que reporta, el daño de su pérdida, las cualidades que la fe debe poseer, las causas por las que se pierde y los medios para conservarla.

Para el mes de septiembre don Bosco había preparado la *Vida del jovencito florentino Ernesto Saccardi, escrita por el sacerdote Juan Bonetti, director del Seminario de Mirabello.* Saccardi fue un alumno angelical de aquel seminario menor, cuyo programa se adjunta, como apéndice del opúsculo.

Ya hemos visto en la carta escrita a don Juan Bonetti que el Venerable había leído atentamente y hecho correcciones a esta biografía. El sometía al examen de una seria crítica **[313]** los escritos de los suyos, destinados a la imprenta, lo mismo que quería que sus obras fueran examinadas por sus hijos.

El 5 de julio, por la noche, reunidos todos los alumnos estudiantes y aprendices, les decía:

—El día 15 tendremos grandes fiestas. Comenzarán las Cuarenta Horas y vendrá a predicar el obispo monseñor Galletti. Como preparación procuremos no pensar más que en lo tocante a nuestros deberes de piedad, estudio o trabajo, según el estado de cada cual.

Por aquellos días, fue invitado por el caballero Javier Collegno de Provana, para ir a su quinta de Cumiana a examinar a dos hijos suyos y ver su aprovechamiento en los estudios. Don Bosco le contestaba:

Muy apreciado Señor:

Iremos a hacer de profesor. La tarde del 19, a eso de las cinco, llegaré con don Juan Bautista Francesia a Cumiana, *si Dominus placuerit* (si a Dios place). Si le parece bien invito al profesor Bacchialoni, mas sólo si le parece bien; dígamelo.

Pero usted tiene una cuenta que saldar. Venir a Turín con Luis y Manuel; y el no venir los tres a comer con nosotros y así gozar de la providencia de María Auxiliadora, es un yerro que difícilmente se perdona. Me dice el barón Bianco que se merece una multa de cien napoleones; piénselo; yo voy a apresarlos.

Dios bendiga a usted y a toda su familia. Salude, sin olvidar al reverendo Susino, a todos cariñosamente en el Señor, y créame agradecido.

Turín, 10 de julio de 1868.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Hemos de repetir aquí que, cuando don Bosco se hallaba fuera del Oratorio o estaba ocupado, le sustituían don Miguel Rúa, don Juan Bautista Francesia y a veces cualquier otro sacerdote, para hablar por la noche a los estudiantes y a los aprendices, que rezaban las oraciones en sitios distintos. Sus charlas trataban sobre la disciplina, la limpieza, la observancia de las normas de la buena educación, de la aplicación en clase y en el estudio, de la compostura **[314]** en la iglesia, de los avisos para el día siguiente, e, imitando a don Bosco, no dejaban de hablar con frecuencia de la Virgen.

Se lee en la crónica:

«11 de julio, sábado.—Después de las oraciones, en los pórticos, dijo don Juan Bautista Francesia:—Hace pocos días, los médicos habían declarado incurable a una pobre enferma. La ciencia no podía hacer nada más. La mujer, enterada de ello dijo:

—Don Bosco ha hecho construir una iglesia en Valdocco. Allí se han obtenido muchas gracias extraordinarias. Así, pues, encomiéndese mi familia conmigo a María Auxiliadora y yo prometo hacer una limosna para la iglesia, apenas esté curada.

Pocos días después, la gracia se obtuvo y el marido vino hoy a entregar una limosna de diez billetes de cien liras».

Don Juan Bautista Francesia escribió a Roma contando las fiestas de Turín y las gracias de la Virgen, y, a la par, daba también noticias del caballero Federico Oreglia de S. Stéfano, el cual, des-

pués de asistir a las fiestas de la consagración de la iglesia, había vuelto a salir de Turín, una vez terminado el octavario. El padre Oreglia escribía a don Juan Bautista Francesia el 14 de julio y le decía:

«Mil gracias. *Prosit* (que descanse) por las hermosas fiestas, las bendiciones que reciben todos los días y el mucho bien que hacen; imagino tendrán molestias y disgustos en proporción al bien que hacen...

»Aquí, por ahora, no se teme ninguna *irregularidad*, pero es probable la gran guerra y nosotros también podemos ser envueltos en ella. Mas Dios nos ayudará. Roma está ahora desierta, calurosa y sin novedades.

»Ha terminado la cuestión de las elecciones. Aquí, todos están ahora contentos con Margotti. Este incidente ha servido para hacer comprender mejor lo que se piensa... A Federico no le veo hace ya varios días; le mandé enseguida la adjunta.

»Mis saludos para don Bosco».

Y don Bosco recibía nuevos consuelos por su celo para la casa de Dios. *La Unidad Católica* del 14 de julio escribía:

Las Cuarenta Horas en la iglesia de Valdocco.

Con ocasión de las primeras Cuarenta Horas en la iglesia de María Auxiliadora en Valdocco (Turín), el Sumo Pontífice concede *indulgencia plenaria* a todos los que, habiéndose confesado y comulgado los días 15, 16 y 17, visiten esta iglesia y recen según la intención del mismo Sumo Pontífice. Por la tarde predicará el Excelentísimo señor Obispo de Alba.

[315] Durante los tres días se celebraron las funciones sagradas como en las fiestas más solemnes. El clero infantil, los clérigos y los sacerdotes se turnaron, revestidos con roquete, a los pies del altar en continua adoración; mientras los alumnos estudiantes y los aprendices de los talleres rendían el mismo homenaje ante la balaustrada. Acudió muchísimo público atraído también por la oratoria del seráfico monseñor Galletti.

El tercer día recibió don Bosco una carta del Obispo de Casale, a quien, en agradecimiento por la parte que había tomado en las funciones del octavario, había enviado como regalo una colección completa y muchos números sueltos de las *Lecturas Católicas.*

Rvmo. Señor:

He recibido el gran paquete de libros edificantes que V. S. Rvma. tuvo a bien regalarme. Al ver la variada cantidad de tan preciosas obritas, me pareció hallarme en

un rico y hermosísimo jardín, donde crecen las flores más bonitas y olorosas y extienden por doquier sus preciosas ramas cargadas de suavísimos frutos.

Me congratulo, pues, con usted porque una gran parte de esos libritos, cuanto más pequeños de tamaño más cargados de sanas y útiles enseñanzas, son hijos del saber y del celo que tanto le distinguen. Me serviré de ellos para mi instrucción y para bien de mis diocesanos, a quienes me gustará distribuirlos.

Con la más sentida gratitud y la mayor veneración, me profeso

Casale, 16 de julio de 1868.

Su att.º y seguro servidor
† PEDRO MARÍA, *Obispo*

Con la misma fecha llegábale a don Bosco una carta de la dirección de ferrocarriles.

Turín, 16 de julio de 1868

El que suscribe tiene el honor de acompañar, para lo que usted crea conveniente, la adjunta instancia de Juan Cordero, hijo de un obrero de estos talleres, que desea ser internado en el Oratorio de San Francisco de Sales, y para tal fin se ha dirigido al que suscribe en busca de recomendación.

Con el más distinguido aprecio

El Director de Explotación
P. ARMILHAU

[316] El mismo señor recomendaba el 4 de septiembre de 1868, con carta N.º 8656, la aceptación del jovencito Ellena, hijo de un obrero difunto de la Compañía de ferrocarriles.

Cada año le llegaban a don Bosco millares de peticiones de todas partes para la aceptación de muchachos pobres. A él le hubiera gustado recibir a todos. Es conocida la frase, repetida a otros superiores y que nosotros oímos muchas veces: «Aceptad cuantos más podáis. Llenad la casa y las buhardillas; si no hay plazas suficientes, ponedlos en las habitaciones más pequeñas; y si éstas están también ocupadas, colocadlos en mi habitación y bajo mi cama».

Experimentaba siempre verdadera alegría cuando podía recibir a un nuevo muchacho, y vivo dolor cuando se veía obligado a dar una negativa. Recordaba las palabras del Divino Maestro: *Qui susceperit unum parvulum talem in nomine meo, me suscipit – Non est voluntas ante Patrem vestrum qui in coelis est, ut pereat unus de pusillis istis* (Quien recibiere a un niño de ésos en mi nombre a mí me recibe – No es voluntad de vuestro Padre que está en los cielos, que perezca uno sólo de estos pequeños). El veía en todo muchacho una alma que salvar, y no ahorraba las más arduas fatigas para salvarla.

Por la tarde del domingo 19 de julio, fiesta de san Vicente de Paúl, llegaba don Bosco a Cumiana, donde pasó un día entero con aquella apreciada familia y con los profesores que le habían acompañado. ¡Cuántas glorias de María tuvo que contar allí!

Don Miguel Rúa escribía en la crónica el día 20 de julio: «Una multitud de gente sigue viniendo a visitar la nueva iglesia y a pedir gracias a María Auxiliadora. Puede decirse que no pasa día sin recibir cartas de personas de lejos que se encomiendan a María, especialmente a través de las oraciones de don Bosco y de sus hijos; y tampoco pasa día sin que se reciban otras de agradecimiento por gracias obtenidas».

Una de estas procedía de Austria:

Reverendísimo Señor:

Hace unos días, agobiada de terror, invocaba el valimiento de las oraciones de V. S. en favor de mi yerno Carlos Lutzow, y hoy **[317]** no sé con qué palabras darle gracias. Escuche: mi Carlos, después de una grave enfermedad, estaba, como se dice, a punto de muerte. Con toda ejemplaridad recibió los santos sacramentos y demostraba la resignación y fortaleza de un verdadero cristiano agonizante. Pero yo, mi hija y todos los de la familia, estábamos aterrados ante el pensamiento de su pérdida. Llegó a tiempo su carta invitándome a empezar una novena en honor de María Auxiliadora, nuestra única esperanza en aquella terrible situación. El 18 empezamos la memorable novena y puse al cuello del enfermo la prodigiosa medalla de María Auxiliadora, que usted me había regalado a mi paso por Turín. ¡Fue cosa de maravilla! Aquel mismo día aumentaron tanto las fuerzas del enfermo, disminuyó tanto el mal, que los médicos declararon al día siguiente que estaba fuera de peligro.

Dé gracias conmigo al Señor y a la Santísima Virgen María. Doy también gracias a usted y a todos esos buenos muchachos que, fervorosamente reunidos en la nueva iglesia, imploraron el auxilio de la que siempre oye las oraciones de los que con labios devotos e inocentes invocan su auxilio poderoso.

Hoy (26 de julio) mi Carlos habla, ríe, bromea y ya ha podido restablecerse con distintas bebidas y comestibles.

Sea, pues, ahora y siempre y en cualquier lugar, bendecido, alabado e invocado por todos el nombre de María Auxiliadora. En breve recibirá algún dinero para sus pobres muchachos.

Con sincero y permanente agradecimiento me profeso

Krawska (Austria), 20 de julio de 1868.

Su segura servidora
Baronesa LUISA GUDNAU

Mientras la Baronesa escribía esta carta, don Bosco se encontraba en los Alpes, en Fenestrelle, adonde había llegado el sábado 25 de julio. Un perro, que los médicos creyeron rabioso, había mordido al párroco de Ruá, junto a Fenestrelle. Estaba el enfermo tan fuera de sí por el susto, que a toda costa quería fuera don Bosco a bendecirlo.

El Siervo de Dios se conmovió con las peticiones de los amigos que le esperaban en Pinerolo y fue a Ruá, bendijo al pobre cura, que se calmó, curó, y vivió aún muchos años.

Al día siguiente, 26, era domingo, y la fiesta de santa Ana. El Venerable predicó en la capilla del Puy, parroquia de Fenestrelle.

[318] El lunes marchó a Usseaux, pueblo de José Ronchail, que había terminado entonces los estudios de filosofía y pensaba seguir la carrera eclesiástica. Pero estaba bajo la tutela del abuelo, el cual había determinado dedicarle al comercio y ya le había encontrado colocación en una casa de Lyon; más aún, había fijado su partida para el sábado siguiente y él no se atrevía a oponerse.

Al llegar al pueblo, don Bosco fue a hospedarse en casa del Párroco. Dos seminaristas estudiantes de teología y compatriotas de José que lo supieron, fueron en busca del amigo y empezaron a hablar de don Bosco. Ronchail no conocía a don Bosco, y ni le había oído nombrar. Los seminaristas, en cambio, que deseaban con ardor verle porque habían oído hablar mucho y muy bien de él, le propusieron que los acompañara a la visita que pretendían hacer al Siervo de Dios àquel mismo día, y él, para complacer a los amigos, los siguió.

El Venerable, apenas vio entrar a los tres jóvenes, sin atender a los dos seminaristas, se dirigió inmediatamente al mozo encaminado para el comercio, le agasajó con cariño y tomándole por una mano, le dijo:

—*He aquí un bonito mirlo al que han puesto en la jaula.*

Estas palabras hicieron mella en el corazón de José; su vocación adormecida durante un tiempo, se reanimó; pidió al Venerable una entrevista particular y su determinación de consagrarse al Señor se hizo sólida e irreversible; más aún, se decidió a ir con don Bosco a Turín.

Faltaba disuadir al abuelo de su decisión cuando un suceso extraordinario quitó toda dificultad. He aquí cómo lo contaba don Carlos Gros, párroco de Pomaretto, el año 1904, a sus ochenta y dos años cumplidos, a don Pedro Pestarino de Rossiglione, para que nos transmitiera su testimonio.

Resulta que don Carlos Gros, capellán por aquellos lugares en 1868, se encontró, un día que soplaba un viento muy fuerte, cerca de Fenestrelle con don Bosco en un carruaje con el reverendo Bourlot, que volvía de **[319]** Laux. Y he aquí que se le presentó José Ronchail con su madre y dos hermanas pequeñas. Bourlot paró el caballo y la buena madre rogó a don Bosco que bendijera a sus hi-

jas. La mayorcita, próxima a los catorce años de edad, había perdido casi instantáneamente la vista y apenas distinguía el día de la noche. La otra, con una inflamación crónica de los ojos, tenía que sostener los párpados cerrados porque no podía sufrir la luz. Don Bosco les aconsejó una novena a María Auxiliadora, consistente en rezar tres *padrenuestros, avemarías y glorias* y una *salve* cada día, encargó al joven José que acompañara a su madre y a las dos hermanas en estas plegarias y acabó dándoles la bendición pedida. La primera hermana curó del todo instantáneamente y nunca más tuvo molestias en los ojos; la segunda no cambió hasta el último día de la novena: aquel día, apenas terminó las oraciones prescritas, le desapareció la inflamación y recuperó totalmente la vista. No le quedó más que una manchita en los ojos, casi como un recuerdo del antiguo mal.

El hermano, testigo de tales prodigios, se aferró más a las palabras del Siervo de Dios, en la persuasión de que había tenido luces especiales sobre su vocación.

El 1.º de octubre de aquel año entraba en el Oratorio y ya veremos la importante misión que el Señor le reservaba en Francia.

El mismo Ronchail nos expuso también esta narración.

El 27 de julio, dice la crónica, don Bosco dejaba Fenestrelle. Al caer de la tarde se presentaron en el Oratorio dos sacerdotes desconocidos que querían hablar con el Siervo de Dios. Como aún no había vuelto a casa, le esperaron hasta la noche, sin querer decir su nombre. Cuando don Bosco llegó les tributó mil agasajos.

—Soy monseñor Ricci, díjole uno, Maestro de Cámara de Su Santidad.

El otro era el padre Guglielmotti, dominico, famoso historiador de la Marina Pontificia. Aceptaron satisfechos la hospitalidad que don Bosco les ofrecía y al día siguiente, después de visitar la casa, acompañados por don Celestino Durando fueron al colegio de Lanzo. El **[320]** día 29 por la mañana marcharon hacia Roma. Parece que llevaban alguna misión especial. Esta visita prestó ocasión a don Bosco para escribir una carta a aquel Monseñor, ya que un encargo dado al caballero Oreglia no había sido cumplido.

A S. E. Rvma. Monseñor Francisco Ricci, Maestro de Cámara de Su Santidad – Roma.

Excelencia Rvma.:

Cumplo un poco tarde con mi deber de agradecer a V. E. Rvma. la bondad que tuvo al venir a hospedarse en nuestra pobre casa. Guardaremos de ello el más caro y grato recuerdo.

Pero hay otro motivo que me mueve a escribirle y es pedirle benigna indulgencia por la falta de atenciones a que nos vimos obligados por las condiciones de nuestra casa. Dígnese cubrir con un velo todo ello y recuerde solamente la gran satisfacción que nos ha dado y nuestra buena voluntad de presentarle con nuestra actuación las más profundas muestras de aprecio y gratitud.

Bondadosamente me aseguró al marchar que se interesaría por esta casa y he aquí una ocasión en la que verdaderamente necesito de usted.

El abate Soleri es un insigne bienhechor de esta casa y hace poco nos hizo un importante donativo en circunstancias excepcionales. Quisiera él algún título honorífico del Padre Santo, canónigo, protonotario, camarero o algo así, y que yo no sé, como signo de benevolencia de la Santa Sede. Es un buen eclesiástico, como puede verse por la carta de presentación del Arzobispo; es rico y generoso. Disponga V. E.

Esperamos la indulgencia plenaria que nos prometiera. Dios le bendiga. Denos su santa bendición y créame con todo mi aprecio de V. E.

Turín, 27 de septiembre de 1868.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

El día 28 de julio, no sin antes pedir permiso a sus ilustres huéspedes, por compromisos anteriormente contraídos, salió de nuevo fuera de la ciudad para dos días, tal vez a Borgo Cornalense. Durante esta breve ausencia, el 29 de julio, cayó gravemente enfermo de peritonitis aguda don Miguel Rúa. Llevaba ya unos meses con dolencias ocasionadas por el excesivo trabajo que le proporcionaban la **[321]** dirección interna del Oratorio, el despacho de los asuntos materiales y su extrema y habitual debilidad por el insuficiente descanso de sólo cuatro horas de sueño.

Piadosísimo como era, pidió inmediatamente los auxilios de la religión, y se le llevó el santo Viático. Acudieron los médicos y lo desahuciaron. El doctor Fissore, que fue el primero en visitarle, afirmó, más tarde, que su enfermedad era de las que apenas uno o dos enfermos sobre ciento suelen curar.

Es de imaginar la ansiedad de todos los de casa. Se mandó llamar a don Bosco, el cual llegó al anochecer. Apenas puso los pies en el umbral de la portería, superiores y alumnos del Oratorio acudieron más deprisa y en mayor número que de costumbre a rodearle y hablarle de la enfermedad de don Miguel Rúa y su gravedad. Todos le rogaban que fuera enseguida a visitarle para darle la bendición de María Auxiliadora.

—¡Deprisa! repetían; ¡vaya a verlo porque puede faltar de un momento a otro!

Y don Bosco, sin deconcertarse, sin acelerar el paso, respondió sonriendo:

—Tranquilos, tranquilos: conozco a don Miguel Rúa y ¡no se marchará sin mi permiso!

Aquella noche había confesiones, porque a la mañana siguiente, jueves, se hacía el ejercicio de la buena muerte, y el Siervo de Dios se fue enseguida al confesonario, donde estuvo ocupado durante bastante tiempo.

Cuando salió de la iglesia, insistió su secretario, don Joaquín Berto, para que subiera rápidamente a ver al enfermo, pero don Bosco, sin la menor preocupación fue a cenar, diciendo:

—Sí, sí, iremos a verle.

Cuando hubo cenado, con la acostumbrada tranquilidad, subió a su habitación para dejar sus papeles y después bajó al primer piso para visitar a don Miguel Rúa. Se entretuvo un ratito con el enfermo, el cual le dijo, con un hilillo de voz:

—Don Bosco: si es mi última hora, dígamelo tranquilamente, porque estoy dispuesto a todo.

Y don Bosco respondió:

[322] —Mi querido Rúa, no quiero que mueras. Tienes que ayudarme todavía en muchas cosas...

Díjole aún unas palabras de consuelo y le bendijo.

A la mañana siguiente, después de celebrar la misa, subió de nuevo a ver al enfermo, con quien se encontraba el doctor Gribaudo. Hízole éste notar la gravedad del caso, añadiendo que tenía poca esperanza de que curara.

—Sea lo grave que se quiera, respondió el Venerable, pero mi Rúa debe sanar, porque aún le queda mucho que hacer.

Se había determinado administrarle la unción de los enfermos y el Siervo de Dios, que vio sobre la mesita de noche la bolsa de los santos óleos, pregunto:

—¿Qué hacen aquí los santos óleos?

—Se han traído para administrárselos a don Miguel Rúa.

—¿Y a quién se le ha ocurrido traerlos aquí?

—A mí, respondió don Angel Savio. Si usted hubiera visto lo mal que estaba ayer tarde... Daba miedo... Los mismos médicos...

—En verdad que sois gente de poca fe, le interrumpió don Bosco...

Y añadió, sonriendo y bromeando:

—Animo, Rúa; mira: aunque te echases por la ventana abajo, ahora no morirás.

En efecto, desde el momento en que don Bosco le bendijo, el enfermo empezó a mejorar y unos días después, contra toda esperanza, estaba fuera de peligro. Fue llevado a respirar aires puros en Trofarello y, al cabo de dos meses, estaba perfectamente restablecido y libre, además, de los dolores de cabeza que antes le atormentaban tanto y con tanta frecuencia.

Otra profecía antigua aseguraba a don Miguel Rúa que su vida duraría al menos treinta y cinco años. El mismo lo atestiguaba.

«El año 1853, cuando se organizaban en Turín los grandes festejos con motivo del centenario del milagro del Santísimo Sacramento, nuestro buen padre don Bosco escribió un opusculito para preparar al pueblo al solemne acontecimiento. Tenía yo entonces dieciséis años **[323]** y le hacía de amanuense. Algún mes después de las fiestas, volvíamos un día de la quinta de nuestro excelente amigo, el profesor don Mateo Picco, adonde solía don Bosco retirarse todos los años unos días para revisar en la quietud del campo sus publicaciones, aprovechando los amplios conocimientos literarios, históricos y científicos del excelente profesor. Al llegar al poblado, que se llamaba San Albino y San Evasio, poco distante de la Gran Madre de Dios, cayó la conversación sobre las fiestas centenarias de Turín y la aceptación y gran difusión de su opúsculo. Don Bosco lanzó su pensamiento hacia el futuro y me dijo:

—Cuando el 1903 se celebre el cincuentenario, *yo ya no existiré pero tú vivirás todavía:* desde ahora te encargo que vuelvas a editarlo.

«—Con mucho gusto, contesté, aceptando tan agradable encargo; pero ¿y si la muerte me gastara alguna broma y me sacase de este mundo antes de la fecha?

»—Tranquilo, tranquilo; la muerte no te hará ninguna broma y tú podrás cumplir el encargo que ahora te hago.

»Como le oí hablar con tanta seguridad, desde entonces puse a parte un ejemplar de aquel opúsculo, para publicarlo cuando hubiera que hacer la edición en 1903».

Y la hizo, poniendo como prólogo una declaración como la expuesta y en la que, además, hacía referencia a su enfermedad y curación en 1868.

[324]

CAPITULO XXVI

DON BOSCO VA A SAN IGNACIO – ACONSEJA A UN JOVEN QUE PEDIA HACERSE SALESIANO QUE ENTRE EN LA COMPAÑIA DE JESUS – LA BENDICION DE DON BOSCO A LOS ENFERMOS: SU EVIDENTE HUMILDAD; EL TEOLOGO BERTAGNA RECONOCE EN EL, EL DON DE LAS CURACIONES – COLECTA EN SAN IGNACIO PARA EL ORATORIO DE SAN LUIS – SISTEMA DE DON BOSCO: EL NO TERMINAR DE UNA VEZ UNA OBRA, PARA DAR OCASION A SUCESIVAS PETICIONES DE LIMOSNAS A LOS BIENHECHORES – SU CIRCULAR PIDIENDO ORNAMENTOS SAGRADOS PARA LA NUEVA IGLESIA – CUMPLIMIENTO DE UNA PREVISION – CARTA DE LA PRESIDENTA DE TOR DE'SPECCHI PIDIENDOLE CONSEJO PARA LA ACEPTACION DE UNA POSTULANTE – DON BOSCO VISITA AL CONDE DE LA MARGHERITA GRAVEMENTE ENFERMO – PREVE EL EFECTO DE UNA BENDICION – REVELA COSAS OCULTAS – PREDICE LA MUERTE DE DOS JOVENES – EL VENERABLE COOPERA AL EXITO DE LA EDUCACION DE LOS HIJOS DE UNA FAMILIA NOBLE: SU AFECTO A ESTOS MUCHACHOS – UN METEORITO

EN el mes de agosto, se trasladó el Venerable al Santuario de San Ignacio en Lanzo, para los ejercicios espirituales. Allí le esperaban todos los años muchos seglares para confesarse con él y pedirle consejos. Estuvo entre ellos un buen joven, que, tiempo atrás, le había sido presentado por un bienhechor, para que lo aceptara entre los alumnos del Oratorio. Don Bosco, que estaba en la sacristía, lo había recibido con cariño, pero después de preguntarle algunas cosas, le miró al rostro fijamente y exclamó:

—No está destinado **[325]** para nosotros; vaya a otros.

El joven quedó algo mortificado por la respuesta y se retiró.

Habiéndose trasladado él también a San Ignacio, se encontró de nuevo con don Bosco, le eligió para confesarse y le expuso el deseo de hacerse salesiano. Don Bosco no aprobó, ni desaprobó; pero un día, mientras el joven le hablaba entusiasmado de la vida de san Estanislao de Kostka, suavemente le amonestó sonriendo:

—Pues ve tú también con esos religiosos donde san Estanislao se hizo santo.

Así le daba a entender por segunda vez que no era llamado al Oratorio. El joven, siguiendo su consejo, entró en la Compañía de Jesús.

Este es el padre Sasia, que fue mandado como provincial a California y de allí volvió a Turín, en 1894, para desempeñar el mismo cargo, y nos contaba cómo había conocido a don Bosco.

Mas si don Bosco daba consejos a los demás, también sabía pedirlos para sí mismo. Como veía que sus bendiciones devolvían la salud hasta a los enfermos más graves, reconocía en María la causa de tales gracias; y estaba en guardia para que el veneno sutil de la vanagloria no perturbara su corazón. Su oración, su firme propósito era: *«Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo de gloriam»* (No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da la gloria).

Tenía tan bajo concepto de sí mismo que muchas veces pedía consejo, para saber regularse, a personajes eclesiásticos doctos y santos. He aquí el juicio que daba de él monseñor Juan Bertagna, antaño maestro de moral en la Residencia Sacerdotal de Turín, en el Proceso Diocesano para la Causa de Beatificación de don Bosco. Se diría que habla la fría razón:

«Creo sinceramente que don Bosco poseía el don sobrenatural de sanar a los enfermos. Se lo oí decir a él mismo hallándonos los dos de ejercicios espirituales en el santuario de San Ignacio, en Lanzo. Me lo decía para que le aconsejara si debía continuar bendiciendo a los enfermos con las medallas de María Auxiliadora y del Salvador, porque **[326]** decía que se levantaba mucho revuelo con las curaciones que ocurrían y que tenían aire de prodigiosas, como consecuencia de las bendiciones por él impartidas. Y yo opino que don Bosco decía la verdad. Bien o mal, yo aconsejé a don Bosco que continuara con sus bendiciones».

Y la humildad sabía sugerirle el modo de esconderse aun cuando, conocida la eficacia de sus bendiciones, afluían a él las multitudes de tal modo que le impedían cualquier otro quehacer. Para que no sucediera nada sorprendente, sugería con mucha frecuencia a las personas que acudían, que hicieran una novena, o bien recitaran ciertas oraciones cada día durante un tiempo más o menos largo, fijando así el día en el que la Virgen haría la gracia.

Lo hacía así por dos motivos: primero para causar menor impresión con sus afirmaciones; segundo, para obtener que las gracias acontecieran en lugares distintos y lejanos. Pero también esto es algo

admirable porque los peticionarios conseguían las gracias pedidas en el mes y el día fijado. La Virgen lo dejaba a su albedrío.

El mismo efecto producían las cartas que él mandaba con una estampita de María Auxiliadora. En efecto, de todas partes le llegaban testimonios de agradecimiento, mas él atribuía el mérito a las oraciones y a las fervorosas comuniones de los buenos alumnos del Oratorio, y nunca dejó de manifestarles el afecto y agradecimiento de los agraciados.

Don Bosco salió de San Ignacio, después de haber hecho una colecta para el Oratorio de San Luis en Puerta Nueva, y volvió de nuevo a Valdocco. En la iglesia nueva faltaban todavía muchos objetos necesarios o convenientes para el ejercicio decoroso del culto, y él iniciaba para todo ello colectas especiales, una tras otra, porque, decía, si uno se apresura a terminar de golpe una obra, con todos los accesorios, haciendo deudas, muchísimos bienhechores, al verla acabada, fácilmente creen que no es necesario su concurso y se enfrían.

Comenzó, pues, a escribir, hizo imprimir una carta dirigida a los bienhechores de la iglesia, y mandó un millar de ellas con laborioso y cuidadoso trabajo. Era una carta de agradecimiento, **[327]** de homenaje y, a la vez, una promesa y una oración. El homenaje consistía en la medalla conmemorativa de la inauguración del Santuario; la promesa se refería a la oración diaria establecida, como se ha dicho, en favor de todos los bienhechores.

Benemérito Señor:

Con la mayor satisfacción tengo el honor de poder participar a V. S. B. que la iglesia dedicada a *María Auxiliadora*, cuya construcción fue tantas veces objeto de su caridad, ha sido solemnemente consagrada al culto divino.

La función comenzó el 9 del pasado junio y terminó el 17 del mismo mes por la mañana. Apenas se acabe de imprimir la relación de este glorioso octavario, tendré sumo gusto en enviarle un ejemplar. Ahora, mientras le manifiesto por mi parte, la más profunda gratitud, ruégole acepte una medalla conmemorativa que lleva en el anverso la imagen de *María Auxiliadora de los Cristianos* y en el reverso la fachada de la nueva iglesia. Espero que sea para su familia un grato recuerdo y fuente de perennes bendiciones, que la augusta Reina del cielo hará descender sobre usted y sobre todas las personas que componen su respetable familia.

Creo que también le satisfará saber que se ha establecido un servicio religioso diario en la nueva iglesia en favor de todos los beneméritos donantes, que con sus limosnas han promovido en cierto modo esta obra de pública beneficencia. Consiste este ejercicio en oraciones comunitarias, el rezo del rosario, comuniones y celebración de la santa misa.

Y ahora que la construcción está acabada en la parte material, se la presento a usted como un mendigo que necesita ser vestido y alimentado; quiero decir, que la iglesia necesita ser provista de ornamentos y vasos sagrados y de cuanto se precisa

para la celebración de misas, catecismos, predicación y demás. Por esto, respetuosamente le suplico que en sus obras de caridad quiera incluir ésta, que usted ya empezó a proteger.

Por mi parte, y mientras viva, no dejaré de invocar cada día las bendiciones del cielo sobre usted y sobre las personas que se relacionan con usted. Y con la dulce esperanza de que nos encontraremos un día juntos en la patria de los bienaventurados, con profundísima estima y gratitud, me cabe el honor de poderme profesar

De V. S. B.

Turín, agosto de 1868.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P. S. Por si acaso llegase a su conocimiento que alguno de los que contribuyeron a la construcción de esta iglesia no hubiera recibido la medalla conmemorativa, **[328]** ruégole me lo indique y haré todo lo posible para cumplir con tal deber de gratitud.

Desde Roma se dirigía a él para que le aconsejara, la veneranda Madre Presidenta de Tor de'Specchi. Recordamos que don Bosco le había prometido que su monasterio, después de algunas dificultades, volvería a florecer. Y así fue. En julio de 1869 la Presidenta anunciaba al caballero Oreglia que aquel año había tenido cinco nuevas novicias a las que se añadieron más tarde otras.

Pero aquellos días la buena Madre estaba aún angustiada por el número tan pequeño de su familia religiosa y dudaba antes de aceptar una nueva postulante. Escribía a don Juan Bautista Francesia:

3 de agosto de 1868

J. M. J.

Rvdo. Señor:

El buen caballero Oreglia, antes de marchar de este querido retiro, me dijo que, durante su ausencia, me dirigiese a usted y lo hago con agrado. Más aún; antes lo hubiera hecho, de no habérmelo impedido la triste circunstancia de una hermana religiosa que murió tras breve enfermedad. Bendito sea Dios; pero puede imaginar la pena que me da ver disminuir el número, ya pequeño, de esta comunidad. Somos nueve; si el número correspondiese a la fuerza de los miembros, menos mal, pero no es así; no sabemos cómo atender a los oficios y a los actos comunes; necesitamos sin falta alguna ayuda.

Hay una y hábil joven fuera de Roma; no es de familia distinguida más que en su pueblo, pero vive con decoro y honestamente aunque, por la mala administración, su familia no es hoy rica como lo era. Su madre, que está viuda, es una santa mujer; por todo esto que le expongo me disuaden de aceptarla, diciéndome que nuestro instituto fue fundado para señoras de la nobleza y que, si recibiera a ésta, perjudicaría a la institución.

¿Es acaso mejor que se deshaga por falta de sujetos?

Mis religiosas estarían contentas con dicha joven, por las noticias recibidas.

Tenga la bondad de informar de todo esto a don Bosco, oiga su parecer, y me lo comunique lo antes posible.

Besa su mano, etc.

M. MAGDALENA GALLEFFI

[329] ¡Era muy grande la confianza que se tenía en la palabra del Venerable! Una comunidad religiosa de Turín, afligida por la enfermedad mortal del conde la Margarita [1], su principal bienhechor, se dirigía al caballero Oreglia (ignorando que se encontraba ausente) para saber qué pensaba de ello don Bosco.

¡Viva Jesús Sacramentado!

Ilmo. Señor:

Desgraciadamente V. S. Ilma. sabrá ya en qué estado se encuentra el señor conde de la Margarita.

Aunque las últimas noticias recibidas esta mañana no eran peores, puesto que se hablaba de una ligera mejoría, con todo nosotras vivimos con el miedo a perder, de un momento a otro, al que después de Dios, lo es todo para nosotras, y lo veneramos y consideramos como al mejor de los padres. No dejamos de rezar para que el Señor nos lo conserve, pero se lo confieso, la angustia nos oprime.

Estoy persuadida de que la señora Condesa y la señora Baronesa ya le habrán encomendado a las santas oraciones de don Bosco: me uno a sus ruegos para alcanzar de la Santísima Virgen una gracia tan valiosa. Con la pena en que se halla sumida toda la Comunidad, que todo lo pierde con el Conde, pensé decir a la bondad de V. S. Ilma. también en nombre de sor María Verónica, el valioso favor de que tenga a bien decirme qué piensa y dice don Bosco sobre el estado de S. E.

¡Cómo agradecería a V. S. Ilma. quisiera ser mi intérprete ante esta alma santa y contarme después sus sentimientos! Perdóneme si, movida por la aflicción, soy, a lo mejor, demasiado atrevida, pero es que usted, mejor que nadie, puede comprender cuán justa es nuestra consternación.

No es necesario, bien lo sabe, que yo encomiende a sus oraciones al queridísimo y venerado enfermo; sólo lo hago a impulso de mi corazón sumamente afligido.

Acepte por anticipado mis gracias, unidas a las de sor María Verónica, y permítame declararme con el más distinguido aprecio en J. M. J.

De usted, Ilmo. Señor,

atenta y segura servidora
SOR MARIA DE JESÚS, *Superiora*

Turín, 6 de agosto de 1868, Monasterio del Santísimo Sacramento.

---

[1] *Margarita.*—Es el nombre de una población de la provincia de Cúneo (Piamonte). El conde en cuestión, lo era de este lugar. *(N. del T.)*

El conde Clemente Solaro de la Margherita era ferviente católico y uno de los grandes hombres de Estado en el Piamonte. **[330]** Gozaba de gran fama como diplomático experimentado en Nápoles y en España, como ministro habilísimo de Asuntos Exteriores durante la mayor parte del reinado de Carlos Alberto, como orador elocuente y denodado en la Cámara Subalpina, como historiador y publicista insigne en el *Memorándum*, en los *Avvedimenti politici* (Notas políticas) y en el *Uomo di stato* (Hombre de estado).

El *Memorándum*, publicado cuando la revolución le obligó a dimitir de Ministro, y que tuvo después tantas ediciones y traducciones, había arrancado una palabra de aplauso hasta al mismo Máximo D'Azeglio, contra quien había sido escrito. En medio de los modernos enredos sobresalía por su franqueza admirable y su constancia inquebrantable en las propias opiniones; y hasta los enemigos tenían que admirarlo. Siempre sintió un amor filial por la Casa de Saboya.

Don Bosco fue a visitar al ilustre enfermo, con quien sostenía amistad, le bendijo e hizo rezar a sus muchachos por él.

«Hay que notar, decía don Bosco, que a veces las curaciones no son concedidas porque son contrarias al bien del alma, y se obtienen sólo en parte para que el enfermo gane más méritos».

Esto queda comprobado con la siguiente relación:

El año 1868 me presenté a don Bosco en compañía de mi madre, rogándole me bendijera, porque yo, a mis veinticinco años, me sentía extenuada por una fiebrecilla continua que me consumía y era rebelde a todo remedio. El santo varón me sugirió una simple decocción depurativa y además me mandó rezar durante casi un mes cinco padrenuestros, avemarías y glorias, hasta el día de la Asunción. Por el modo sonriente y seguro con que hablaba, creí que me restablecería; me regaló un librito y una medalla y, antes de despedirme, me hizo arrodillar para rezar con él tres avemarías.

El estaba de pie y, mientras rezábamos, puso su mano sobre mi cabeza. Yo sentía que apretaba fuertemente. Cuando me levanté, su aspecto era triste y me dijo:

—No te extrañe, si no te curas del todo y si durante toda la vida tienes algún achaque; la bendición que te he dado te ayudará para el alma, si no te sirve para el cuerpo; sin embargo, haz lo que te he dicho.

Me marché un poco desanimada y no dejé de tomar la infusión y de recitar las oraciones.

El día de la Asunción tuve más dolor que de costumbre, y después, poco a poco se calmó el mal y, aunque la fiebrecilla ya no **[331]** es continua, la tengo con muchísima frecuencia y, a decir verdad, no he pasado desde entonces un solo día en perfecta salud. Estoy convencida de que, mientras rezaba aquellas tres avemarías, el santo varón vio que debía renunciar a la salud del cuerpo por la de mi alma.

DELFINA MARENGO

Recordamos aquí que don Bosco seguía manifestando cosas humanamente ocultas. Declara don Joaquín Berto:

«Era el año 1868; una mañana se me presentaron dos señoras desconocidas para hablar con don Bosco. Entraron en su habitación y, apenas las vio, sin dejarlas hablar, dijo a una de ellas sonriendo:

«—*Hágase monja, y esté tranquila porque ésta es la voluntad del Señor.*

»Poco después, al verlas salir con las lágrimas en los ojos, pregunté la razón a don Bosco y él me contestó confidencialmente:

»—Mira, esas señoras son hermanas, una de ellas quería hacerse religiosa y la otra se oponía. Se pusieron de acuerdo para venir a consultar a don Bosco.

»Yo añadí:

»—¿Y por qué lloraban?

»—Porque, sin dejarlas hablar, les adiviné el motivo de su visita y se conmovieron.

»—Pero ¿cómo se las ha arreglado usted para saberlo?

»—¡Qué curioso eres! Mira, esta noche soñé que venían estas dos personas a pedir mi parecer; y ahora, apenas las vi, las reconocí y por eso no hice más que repetir el consejo que les di soñando».

Hay otros hechos semejantes, registrados en nuestras crónicas.

Era admirable y habitual en el Siervo de Dios el espíritu profético del que ya había muchas pruebas.

Una tarde, después de las confesiones, mientras cenaba, contó este sueño a algunos que le rodeaban; estaba entre ellos el citado don Joaquín Berto.

«He visto un muchacho del Oratorio tendido por el suelo en medio de un dormitorio. A su alrededor había cuchillos despuntados, pistolas, carabinas y miembros **[332]** humanos despedazados. Parecía agonizante. Le pregunté:

»—¿Por qué te encuentras en estado tan lastimoso?

»—¿No lo conoce, me respondió, por los instrumentos que me rodean? Me he vuelto un asesino y dentro de pocas horas seré condenado a muerte.

»Después añadió:

»—Yo conozco a ese muchacho: procuraré corregirle de sus defectos e infundirle sentimientos de piedad y de bondad; pero tiene tan mal carácter que mucho me temo acabe mal».

Era éste un muchacho que, mientras hacía el servicio militar, fue fusilado por haber matado a su propio oficial. Por fortuna, antes de morir, cumplió con edificación todos los deberes de un buen cristiano.

El Venerable predijo también, muchos años antes, que otro muchacho se suicidaría. En efecto, era entonces bueno y piadoso, pero después de algún tiempo de haber salido del Oratorio, viéndose traicionado por un pérfido compañero, perdidas su fortuna, su familia y su honor, se quitó la vida de un pistoletazo. Los dos nombres se conservan en las crónicas. Fueron muchos los testigos de estas predicciones y de su cumplimiento. Uno de ellos, don Miguel Rúa.

Así que don Bosco, por sus virtudes y el don de penetración de los corazones, se ganaba el aprecio y la confianza de todos, comprendida la Nobleza de Turín y de otras ciudades, y era llamado para cooperar al éxito de la educación de los hijos. Cuando alguno de ellos parecía que empezaba a descarriarse, la última áncora de salvación era don Bosco, que se ganaba la cordial amistad de aquellos muchachos. Por eso se los enviaban a él o les procuraban una charla con el Siervo de Dios en su propia casa. La palabra de don Bosco resultaba eficaz, y muchos señoritos cambiaron de conducta y fueron la gloria de sus propias familias. No es conveniente traer las pruebas de nuestro aserto, ni publicar cartas confidenciales; presentaremos sólo una cartita de don Bosco, contestando a la hermana de un joven que le había escrito por encargo de sus padres.

[333] *Turín, 10 de agosto de 1868*

Ilma. Señora:

Su deseo y el de mamá serán satisfechos: se celebrarán las tres misas y a mis pobres oraciones se unirán las de nuestros muchachos durante los tres días siguientes a hoy.

El señorito puede venir cualquier día de esta semana por la mañana hasta las dos de la tarde y procuraré servirle con la galantería que se merece.

Le ruego entregue la carta adjunta a papá con mis saludos para él y mamá. Dios la bendiga. Ruegue por mí que, agradecido, me profeso

De V. S. Ilma.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Don Bosco quería mucho a los hijos de sus bienhechores, como lo demuestra la respuesta a una carta que le había escrito el marquesito Fassati, desde Montemagno:

Querido Manuel:

Me ha gustado tu carta y no he dejado de aplicar mis pobres oraciones, según tu intención. No sé si Dios nos habrá escuchado, o no; tú lo sabrás. Pero te aseguro

que, si la petición es de cosas útiles para el alma y si sigues pidiendo con fe, puedes estar seguro de que serás escuchado.

Hazme el favor de presentar mis cordiales saludos a toda la familia con los deseos de salud, alegría y largos años felices para todos. Di a la *bonne maman*, la señora condesa de Maistre, que, si pasa por Turín, tendré mucho gusto en saludarla y, si tú sabes con anticipación el día de su paso, me harás otro gran favor comunicándomelo con un par de líneas.

Carísimo Manuel, estás viviendo ahora la edad más peligrosa, pero la más hermosa de la vida. Sé valiente. Los más pequeños sacrificios de la juventud, obtienen tesoros de gloria en el cielo.

Ruega por la pobre alma de quien siempre se profesa

Turín, 14 de septiembre de 1868.

Tu afmo. amigo
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Con el mismo, si no mayor afecto, atendía a sus muchachos del Oratorio. Al aproximarse las vacaciones otoñales, no dejaba de darles útiles consejos. Escribió don Juan Bonetti:

[334] *Recuerdos dados por don Bosco a los jóvenes el 18 de agosto de 1868.*

1.º Ir a casa con ganas de seguir siendo buenos y no hacerse peores.
2.º Procuren todos, al volver al Oratorio, traer consigo jóvenes buenos, como los desea don Bosco.
3.º Dar buen ejemplo como reparación de los escándalos que, tal vez, uno dio cuando estaba en casa, a los hermanos, a las hermanas, con palabras, blasfemias o faltas parecidas.
4.º Antes de marchar, no desperdiciar los jarros del agua, ni los libros usados, rompiéndolos o destrozándolos como acostumbran algunos alocados de espíritu destructor. Mejor es dejarlos para que sirvan a otros compañeros más pobres que se quedan o que vendrán.
5.º Mostrar buena educación al hablar, al alternar con los padres, con los maestros y con los párrocos. Si sois invitados a comer, guardaos de la glotonería, servíos con moderación, observando cómo hacen las personas serias; no sentarse a la mesa o levantarse antes que los demás, sino esperar la señal del dueño de la casa o jefe de la mesa.

El 30 de agosto, domingo, empezó la novena de la Natividad de María; durante los primeros días, hubo un raro fenómeno que ofreció un hermoso espectáculo y alegró el Oratorio, como presagio de satisfacción. Lo registramos simplemente porque habla de él una memoria de don Joaquín Berto y porque demuestra la diligencia de este buen hermano para registrar todo suceso.

«Después de la cena, escribe, me encontraba yo con unos muchachos junto a la pared de la encuadernación, cuando con gran sorpresa mía, otros grupos, próximos a mí, empezaron a gritar:

»—¿Qué es eso? ¿Qué es eso?

»Miré y vi en el cielo un globo redondo más grande que una bocha.

»Marchaba al principio a la altura de tres o cuatro metros sobre el tejado de las escuelas. Avanzaba en línea recta serpenteando y bamboleándose un poco, sin perder su perfecta redondez, y a una velocidad semejante a la de un gorrión que vuela al oscurecer de una a otra casa, buscando donde pasar la noche. Voló por encima del salón de estudio, por encima de la habitación de don **[335]** Bosco, sobre el tejado del resto de la casa hasta el campanario de la iglesia antigua, y continuó su vuelo hasta el ferrocarril. Dejaba señalado su camino con una línea de luz blanca, a manera de cola, muy gruesa inmediatamente detrás del globo y que se hacía más pequeña a medida que se alejaba, hasta verse finalmente como un humo blanco. Los muchachos estaban todos en el patio y muchos, que observaron tal fenómeno, volvieron hacia él sus ojos llenos de asombro.

[336]

CAPITULO XXVII

NOVENA DE LA NATIVIDAD DE MARIA SANTISIMA – ALGUNAS CHARLAS DE DON BOSCO: UN ALUMNO DESPEDIDO DE CASA; PARABOLA O SUEÑO; UNA SEÑORA ENTREGA A DON BOSCO UN LIBRO DONDE ESTAN ANOTADOS LOS JOVENES QUE HACEN BIEN LA NOVENA: LA FLOR – UNA MUJER MORIBUNDA SE CONFIESA DE UN PECADO CALLADO: SINCERIDAD EN LA CONFESION; TRANQUILIZARSE CON LA PALABRA DEL CONFESOR – OTRA PERSONA ENFERMA, PERSUADIDA POR DON BOSCO PARA RECIBIR LOS SACRAMENTOS DESPUES DE ACEPTAR LA MEDALLA DE MARIA AUXILIADORA; CONFIANZA EN MARIA Y LLEVAR SU MEDALLA AL CUELLO: FLOR – FIN DE CURSO: SOLEMNE REPARTO DE PREMIOS; HIMNO DE ACCION DE GRACIAS A DIOS; LAS VACACIONES OTOÑALES – DON BOSCO ESCRIBE A DON FRANCISCO PROVERA PARA ENCARGAR ORACIONES A ALGUNAS ENFERMAS: A EL NO LE FALTAN DISGUSTOS – CARTAS DESDE FLORENCIA A DON BOSCO POR LA NOTABLE MEJORIA DE UN ENFERMO – CURACION DE UN EPILEPTICO – EL ARZOBISPO QUIERE QUE LOS ORDENANDOS DEL ORATORIO ASISTAN A LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES EN EL SEMINARIO O EN LOS PAULES, PERO NO INSISTE POR LAS RECOMENDACIONES DE MONSEÑOR GASTALDI – LA PRIMERA TANDA DE EJERCICIOS ESPIRITUALES EN TROFARELLO – CARTA DE DON BOSCO AL CABALLERO OREGLIA INVITANDOLE A LA SEGUNDA TANDA DE EJERCICIOS – OTRA A LA MARQUESA FASSATI – BOSQUEJO DE LOS SERMONES DE DON BOSCO – EL ARZOBISPO CONFIERE LAS ORDENES; SUS PALABRAS A DON SANTIAGO COSTAMAGNA

HABIA empezado en la nueva iglesia la novena de la Natividad de María. La Crónica del Oratorio, que no alude a muchísimas charlas de la noche dadas por don Bosco a los muchachos, nos recuerda algunas de las de estos días.

[337] Nos atenemos a la Crónica:

2 de septiembre de 1868

Dijo don Bosco aquella noche después de las oraciones:

«Parece imposible. Cuando empezamos una novena siempre hay jóvenes que quieren irse de casa, o quieren ser despedidos. Había uno, responsable de ciertos desórdenes, al que, por motivos diversos no se quería despedir, pero él, como empujado por una fuerza misteriosa, se marchó.

»Pasemos a otra cosa. Suponed que entra don Bosco en casa por la portería, que viene hasta aquí bajo los pórticos, y se encuentra con una gran señora, que tiene un cuaderno en la mano. Sin que don Bosco abra la boca, se lo entrega, diciendo:

»—Toma y lee.

»Yo, lo tomé y leí sobre su cubierta: *Novena de la Natividad de María.* Abrí la primera página y vi escritos los nombres de unos pocos jóvenes con letras de oro. Pasé la hoja y vi un número mayor escrito con tinta corriente; pasé el resto de las hojas del cuaderno y estaba todo en blanco hasta el final. Ahora pregunto a cualquiera de vosotros qué quiere decir esto.

»Y pidió la explicación a un joven, al que ayudó a responder diciendo:

»—En aquel libro estaban escritos los nombres de los que hacen la novena. Los poquísimos escritos en oro son los que la hacen bien y con fervor. La otra parte es la de los que la hacen, pero con menos fervor. Y ¿por qué no están escritos todos los demás? ¿Quién sabe por qué? Yo creo que han sido los paseos largos, que han distraído tanto a los jóvenes, que ahora no son capaces de recogerse. Si vinieran por aquí Domingo Savio, Besucco, Magone o Saccardi: ¿qué nos dirían? Exclamarían: ¡cómo ha cambiado el Oratorio!

»Así, pues, para contentar a la Virgen hagamos todo lo que podamos recibiendo los santos sacramentos y practicando las florecillas que don Juan Bautista Francesia y yo os daremos. La flor para mañana será ésta:

—*Hacerlo todo con diligencia*».

3 de septiembre de 1868

Por la noche habló don Bosco de una mujer que llegó al fin de sus días y ni siquiera entonces se atrevió a confesar un pecado cometido a los nueve años. Pero, en el ardor de la fiebre, dijo:

—¡Ay, que me voy al infierno!

—¿Por qué?, le preguntó el confesor que la asistía.

—Porque tengo un pecado, que jamás me he atrevido a confesar.

Animóle el sacerdote y la pobrecita se confesó bien. Es una lección para nosotros, mis queridos hijos; no hay que esperar a aquel momento peligroso para arreglar las cuentas de nuestra alma. Quien **[338]** lo necesitase, prepare bien su conciencia con una confesión general, pero si el confesor dijese:

—Quédate tranquilo, no lo necesitas, siga ese tal adelante y deje toda responsabilidad al padre de su alma.

4 de septiembre de 1868

Hoy habló don Bosco así a los muchachos:

«Hace pocos días había en el hospital una mujer gravemente enferma que no quería confesarse. Aumentaba el peligro de muerte y le propusieron que se llamara a don Bosco. Ella contestó:

»—Venga el que quiera; no me confesaré.

»Fue don Bosco y en cuanto llegó, dijeron a la enferma:

»—Ha llegado don Bosco.

»—Cuando esté curada me confesaré.

»—Es que don Bosco te hará sanar.

»—Que me cure y entonces me confesaré.

»Como yo tenía en la mano una medalla de María Auxiliadora con un cordoncito, se la presenté. La enferma la tomó, la besó y se la puso al cuello. Los presentes lloraban de emoción. Hice que salieran aquellas personas; la bendije y ella se santiguó; le pregunté cuánto tiempo hacía que no se confesaba y se confesó. Cuando terminó me dijo:

»—¿Qué le parece? Hace poco no quería confesarme y me he confesado.

»Estaba contenta.

»—Pues yo no sé qué decir, le respondí: mire, es la Santísima Virgen, que quiere que se salve.

»Y la dejé con los sentimientos de una buena cristiana.

»Pongamos, pues, toda nuestra confianza en María, y quien no lleve aún su medalla al cuello póngasela; y por la noche, y en las tentaciones, besémosla y experimentaremos una gran ayuda para nuestra alma.

»Hoy se ha encontrado una cartera, con algunos billetes de banco dentro y dos medallas envueltas en un papel. Quien la haya perdido que pase a recogerla. Se le devolverá como premio a su devoción a la Virgen.

»La flor para mañana es hacer una mortificación: por ejemplo, perder un minuto de recreo para hacer una visita a Jesús Sacramentado o algo semejante».

6 de septiembre

Flor: *Devoción en la iglesia.*

El 8 de septiembre, a las seis de la tarde, después de los actos religiosos en la iglesia, se leyeron las calificaciones de los exámenes y se hizo el solemne reparto de premios a los estudiantes que se habían distinguido por su **[339]** aplicación y conducta. Aquel día, impregnado con el recuerdo de las bondades de don Bosco para con sus queridos hijos, terminó, como de costumbre, con un variado entretenimiento de música, cantos, poesías serias y cómicas que hicieron muy agradable la fiesta. Cada año comenzaba ésta con el discurso de un profesor y la cerraba don Bosco, con una charla siempre digna de consideración.

El 9 por la mañana, después de la santa misa, dio don Bosco una plática con los avisos para las vacaciones, tejió un himno de acción de gracias y una gran parte de los estudiantes marchó a su casa. El Siervo de Dios les había recomendado calurosamente la devoción a la Virgen y plena confianza en ella en las necesidades espirituales y temporales: la misma confianza que llevaba multitudes a la iglesia

de María Auxiliadora y les animaba a escribir cartas para encomendarse a las oraciones de la casa; y obtenían las gracias deseadas.

Por aquellos días había recibido don Bosco una de estas peticiones y contestaba al prefecto del colegio de Mirabello, dándole a la vez noticias del Oratorio.

Muy querido Provera:

Escribe al reverendo Rolandi diciéndole que las enfermas por él recomendadas recen, durante el mes de septiembre, tres padrenuestros, avemarías y glorias al Santísimo Sacramento, más tres salves a la Virgen. Nosotros rezamos públicamente en la iglesia nueva. Manda una medalla para cada una.

Eres muy generoso pero me envías dinero malo, puesto que no ha parado un instante en casa. Necesitaría un Provera en cada una de nuestras casas.

Aquí todos gozamos de buena salud, pero no faltan adversidades. En este momento están en mi habitación agentes de Policía Superior con el Procurador del Rey.

Quiéreme en el Señor y ruega para que en todo podamos hacer su santa voluntad.

Que Dios te bendiga, junto con tu familia y todo el seminario. *Amén.*

Turín, 9 de septiembre de 1868.

Afmo. en Jesucristo
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Por el mismo motivo había escrito otra carta **[340]** a Florencia, calle Ginori, N.º 9, al conde Juan Barbolani Montauto, pariente de la marquesa Uguccioni, que se había encomendado para la curación de un hermano.

El Conde le respondía el 14 de septiembre:

«No puede expresar mi corazón la satisfacción que me ha proporcionado su muy apreciada carta.

»Gracias por las alentadoras palabras que se ha dignado dirigirme; antes de que termine el presente año, realizaré el donativo que me ha propuesto para la Virgen Auxiliadora, a la que invoqué religiosamente en el momento de peligro y a la que hoy debo dar gracias con toda mi alma.

»Sí, ha sido la Virgen quien ha hecho mejorar notablemente a mi hermano y Ella será quien le cure del todo y le conserve todavía largos años al vivísimo afecto de nuestra familia... ¡Ha sido un milagro!

»Cumplí su encargo con mi esposa, la cual me dice le manifieste su agradecimiento por la diligencia con que le ha atendido. Confía mucho en sus oraciones... Siga, por caridad, pidiendo al Altísimo y a la Bienaventurada Virgen María por mi familia...».

He aquí otra gracia que el Siervo de Dios obtenía de la Virgen con la bendición sacerdotal, como se ve por la siguiente declaración:

En otoño de 1868 José Fassio, hermano de don Miguel, padecía de *epilepsia*. Dado que no mejoraba con los remedios de la ciencia, intentó la curación con los sobrenaturales. Su hermano Santiago, entonces aprendiz en la escuela de don Bosco, dijo a José:

—Ven a Turín: que te bendiga don Bosco y sanarás.

Hizo enseguida el viaje a pie, desde Revigliasco a Turín, con la fe de que la incomodidad del viaje le ayudaría a alcanzar más fácilmente la gracia. Llegó a Turín y se presentó a don Bosco, que le recibió en su habitación. Preguntóle éste por su conducta, si recibía los sacramentos, etc. Después, le hizo arrodillarse y le bendijo. La bendición produjo su efecto. Allí se acabó la enfermedad. Tiene ahora cuarenta y ocho años, no siente la menor incomodidad y por eso dice que es don Bosco quien le ha curado.

Revigliasco de Asti (Alessandria), 3 de enero de 1899.

Su seguro servidor
SEGUNDO NAVONE, *Párroco*

[341] Mientras acontecían los hechos narrados en los capítulos precedentes, algunos consejeros habían sugerido al Arzobispo, tal vez con buen fin, que no diera por válidos los ejercicios espirituales que los clérigos del Oratorio harían en Trofarello como preparación a las órdenes de las témporas de otoño. Se quería que fueran a hacerlos en el seminario o en la casa de los Sacerdotes de la Misión (Paúles), con los demás clérigos de la diócesis. Se comunicó la decisión al Siervo de Dios. Y don Bosco envió a don Juan Cagliero al Arzobispo, que se encontraba en Carmagnola, para que le persuadiera de que revocara la orden. Por razones que no podían exponerse a cualquiera, pretendía también el Venerable remover aquel obstáculo. En realidad, durante los últimos ejercicios hechos en el seminario, alguno había intentado, con viva insistencia, promover deserciones de la Pía Sociedad.

El Arzobispo escuchó a don Juan Cagliero y, ante la simultánea intromisión de monseñor Gastaldi, Obispo de Saluzzo, y haber sabido que el Obispo de Asti permitía al diácono Fagnano prepararse en Trofarello a la ordenación sacerdotal, consintió.

Así que don Bosco, el 12 de septiembre, fiesta del Dulcísimo Nombre de María, convocaba en la casa de Trofarello a la mitad de sus salesianos, comprendidos los ordenandos, para la primera tanda de ejercicios espirituales. El mismo Venerable predicó las instrucciones y don José Bona, de Brescia, las meditaciones.

Con el ardiente deseo de que todos los salesianos tomaran parte en este retiro anual, escribía al caballero Oreglia, que había vuelto de Roma y se encontraba en Guenzate:

Carísimo caballero Oreglia:

Estamos en Trofarello, haciendo la primera tanda de ejercicios espirituales. El lunes 21 empieza la segunda y me parecería excelente que usted pudiera venir, porque hay muchas cosas que tratar, y sería muy importante que usted estuviera presente. Si es necesario, podría volver después a Milán.

Le envío la carta de la marquesa Villarios sobre la muerte de Alberto: nosotros hemos rezado por él y seguiremos haciéndolo.

¿Quién sabe si la condesa Calderari se dejará ver por Turín, al menos para saludar a María Auxiliadora?

Para todos mis saludos y deseos de las bendiciones del cielo. Créame en el Señor.

Trofarello, 16 de septiembre de 1868.

Afectísimo amigo
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P. D.—Don Miguel Rúa está aquí; aunque despacio, va mejorando.

El viernes enviaba a Montemagno otra carta para la marquesa Fassati. ¡Siempre admirables su celo y su delicadeza!

Turín, 18 de septiembre de 1868

Benemérita Señora:

El lunes próximo (21) empezamos la segunda tanda de ejercicios para nuestros sacerdotes, maestros y asistentes y me gustaría que también viniera don Celestino Durando. Como no sé si esto puede perturbar las clases de Manuel, le escribo a usted para que, si le parece conveniente, se lo diga.

El lunes por la mañana puede todavía dar la clase y el sábado puede encontrarse de nuevo ahí, puesto que el sábado temprano se marchan todos para poder atender las obligaciones del domingo.

Le ruego salude a la señora Duquesa y a su señora madre, que supongo están todavía en Montemagno. Espero poderlas visitar el lunes 28. Ignoro si el ómnibus, que llega a Asti a las nueve de la mañana, coincide con el de ésa. Le agradeceré me lo comunique.

Que Dios le bendiga a usted y a toda su noble compañía. Ruegue por mí y créame con agradecimiento.

De V. S. B.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Entretanto predicaba; sus pláticas obtenían admirable eficacia, porque estaban impregnadas de doctrina y unción espiritual, basadas en la Sagrada Escritura y en los Santos Padres, ilustradas con la historia eclesiástica, la vida de los santos, hechos contemporáneos, semejanzas y parábolas, que cautivaban la atención de los oyentes, les convencían, encendían sus afectos, **[343]** y movían su voluntad para abrazar el estado al que Dios les había destinado. No tenía tiempo para escribir aquellas instrucciones ordenadamente y sólo dejó sencillos apuntes en alguna hoja de papel; pero, quienes pendían de sus labios, acababan diciendo:

—¡Qué bien! *Ex abundantia cordis os loquitur* (de la abundancia del corazón habla la boca).

Hemos transcrito el resumen de algunas. Son proposiciones sueltas, como naturalmente le sucede a quien toma apuntes deprisa y corriendo, pero podemos asegurar que son auténticas.

I

Et ducam eum in solitudinem et loquar ad cor ejus (Y le llevaré a un lugar solitario y hablaré a su corazón).

Nuestro divino Salvador, después de haber enviado a sus apóstoles a uno y otro lado para predicar el reino de Dios que se acercaba, los llamó, los reunió y los condujo a un lugar desierto, para que descansaran, estuvieran solos en su compañía y escucharan, alejados de las turbas, sus confidencias y avisos.

Así nos ha llamado a nosotros a Trofarello, lejos de los estudios, de los trabajos, de las clases, de los colegios y de toda otra ocupación, al retiro, porque el Señor no habla nunca en medio del ruido; el Señor habla solamente a los que se apartan de los asuntos mundanos.

Sólo en el silencio concede el Señor sus gracias, por esto cada uno de nosotros tiene que procurar aprovechar estos santos ejercicios. ¡No estamos todos seguros de poder hacerlos el año que viene!

Pensemos durante estos ejercicios en lo que tenemos que evitar, adquirir, o practicar en adelante.

Procuremos guardar el silencio en todo tiempo, salvo después de comer y de cenar.

II

Hoy os hablaré de lo que hemos de hacer como sacerdotes o como aspirantes al sacerdocio; os diré qué es el sacerdote y qué debe ser.

El sacerdocio es la más alta dignidad a la que puede ser elevado un hombre. A él, y no a los ángeles, se le ha concedido la potestad de convertir el pan y el vino en la sustancia del Cuerpo y la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo; a él, y no a los ángeles, se le ha dado facultad para perdonar los pecados.

Es el ministro de Dios tres veces Santo...

Entonces, ¿cuál debe ser la santidad de un sacerdote o de un aspirante al estado

sacerdotal? Tiene que ser un ángel, es decir, un hombre **[344]** celestial: debe poseer todas las virtudes requeridas en este estado y sobre todo mucha caridad, mucha humildad y mucha castidad.

El sacerdote es luz del mundo y sal de la tierra. Los labios del sacerdote deben guardar la ciencia y, por consiguiente, su principal obligación es la de dedicarse a los estudios sacros.

Examinémonos y veamos si poseemos las virtudes necesarias para ser buenos sacerdotes y, si todavía no las poseemos, armémonos al menos de valor para adquirirlas y practicarlas.

Apartemos al mismo tiempo de nosotros todo interés particular o deseo no conforme con la voluntad de Dios, porque es el Señor quien debe elegirnos: *Non vos me elegistis, sed ego elegi vos* (No me elegisteis vosotros; yo os elegí).

El sacerdote ha de tener fe y caridad ardentísimas; las cuales, sin embargo, a veces no se encuentran en algún que otro clérigo, por no decir en un sacerdote; y, en cambio, aparecen llenas de vida en un campesino, en un barrendero, en un criado; se hallan en un alumno, y el maestro que las enseña y las debería poseer en grado mucho mayor, a veces está privado de ellas.

¡La fuerza del buen ejemplo! Recordemos que el sacerdote no va nunca solo al infierno ni al paraíso; va siempre acompañado.

III

Hay dos clases de sacerdotes: los del clero secular y los del regular. Los sacerdotes que viven en el mundo necesitan haber adquirido una gran perfección, antes de ser destinados al gobierno de las almas. El estado religioso, es decir el de los que viven alejados de las cosas del mundo, es para los que aspiran a la perfección. Los primeros deben ser más fuertes y más perfectos que los otros, por las grandes obligaciones que les incumben, por la responsabilidad de centenares y millares de almas, y por los grandes peligros en que se encuentran.

Andan preocupados con las atenciones materiales, la propia familia y muchas otras molestias que les hacen más pesado el ejercicio del sagrado ministerio. Además, para tener libertad de voluntad, aun cuando hagan lo posible por llevar una vida mortificada, de auténtico sacerdote, resulta que, a veces, se presenta un amigo que no les deja estudiar o hacer la visita al Santísimo Sacramento; otras les invitan a un banquete, al que no pueden renunciar, y les rompen las ocupaciones de toda una jornada; en ocasiones, hay litigios molestos para defender los derechos de la parroquia, o luchas de partidos diversos, que les perturban y roban la paz.

Y los que no son perfectos, cuántas veces se ganan el desprecio y son la ignominia de todos: se hallan expuestos en todo momento a perder la virtud de la castidad, apegan su corazón a los bienes de este mundo, ahorran para sí mismos y para sus parientes, buscan sus intereses y descuidan los de las almas.

El religioso, en cambio, con menos virtud que un sacerdote secular **[345]** si es fiel a la Regla, recorre con más seguridad su camino libre de graves obstáculos. El Superior le asigna ocupaciones adaptadas a su carácter, a sus limitaciones, a sus fuerzas intelectuales y físicas, porque sabe *quid valeant humeri, quidve ferre recusent* (hasta donde llegan sus fuerzas, qué es lo que no pueden llevar). Las mismas paredes de la casa son una gran defensa contra las asechanzas del mundo...

El que vive en la Congregación rompe las luchas externas que debería sostener con sus parientes y amigos, con los bienes temporales; las internas son la soberbia,

la vanagloria, las tentaciones de la carne, y del demonio. El las vence con los tres votos de castidad, pobreza y obediencia.

Con la castidad ofrecemos a Dios todo nuestro cuerpo; el mundo y sus satisfacciones ya no son para nosotros.

Con la pobreza renunciamos a los parientes, a los amigos, a las riquezas y ponemos en práctica lo que dice el Señor: *Vade, vende quae habes et da pauperibus et veni, sequere me* (Ve, vende lo que tienes, dáselo a los pobres y ven, sígueme).

Con la obediencia renunciamos a nuestra voluntad, a nuestra libertad, y el Espíritu Santo enseña que la obediencia da la victoria.

Puede que alguno diga:

—¿Entonces el que entra en la Congregación está obligado a renunciar a la libertad?

Y yo le respondo:

—Nadie le obliga a hacer los votos; se trata de un consejo y no de un mandato. Cada uno los hace por propia y libre voluntad, para agradar al Señor.

Nuestros votos son simples.

En 1858, preguntado por Pío IX que dijera mi parecer sobre la conveniencia de hacer o no hacer los votos religiosos, yo dije que, al comienzo de nuestra institución, me inclinaba a no hacer votos, sino una simple promesa.

—¡Oh, no! contestó el Papa, porque esta promesa tendría la misma importancia que el voto, pero no tendría el mismo mérito ante Dios.

Y yo, pensaba como él...

Los votos vinculan la libertad, pero en ciertos casos pueden ser anulados: están reservados a la Santa Sede, si son perpetuos, y al Rector Mayor, si son trienales. Debiendo recurrir a la Santa Sede, se verá mejor si hay motivos suficientes para ser dispensados.

IV

Dicen algunos que los institutos religiosos son cosa de nuestros días, es decir, que han sido instituidos con el cristianismo, pero se engañan de medio a medio. Ya empezaron a manifestarse en los primeros tiempos. Era una necesidad del alma... Adán, arrojado del paraíso terrenal, se retiraba por la noche a un lugar solitario, junto a aquel jardín de delicias, y con la penitencia y la educación de sus hijos en el santo temor de Dios, suspiraba por la venida del prometido Redentor.

Este era el suspiro de todos los justos, la finalidad de los sacrificios de todos los jefes de familia.

Para mantener viva esta espera, Dios escogió de entre los descendientes **[346]** de Jacob, a la tribu de Leví y la encargó del culto y de enseñar la ley; una verdadera sociedad presidida por el Pontífice Máximo. Muchas madres entregaban sus hijos al Señor y los presentaban a los sacerdotes para que fueran educados en la piedad y en la práctica de las virtudes, mientras servían en el tabernáculo; así nacieron los nazarenos.

Samuel fue el jefe de un grupo de profetas que, llenos del espíritu divino, se dedicaban a cantar las alabanzas del Señor.

La idolatría y las discordias dividieron los reinos de Judá e Israel. El profeta Elías reunió un gran número de jóvenes en el desierto para instruirlos en la ley del Señor y para que se dedicaran a la oración, al trabajo e hiciesen vida común.

A Elías le sucedió el profeta Eliseo, y el Señor premió la virtud de ambos con ruidosos milagros, transmitiendo su misión a otros profetas.

Tiempo después, Recab, descendiente de Jetró, suegro de Moisés, fue fundador y jefe de la sociedad de los recabitas. Estos vivían en el campo con sus familias bajo las tiendas, y llevaban una vida pastoril como los santos patriarcas. Se abstenían del vino, no construían casas, no poseían tierras y se entregaban al estudio y a la meditación de la palabra divina y a cantar las alabanzas del Señor. Mérito suyo fue la fidelidad a estas reglas y, con Elías, Eliseo y los hijos de los profetas, sirvieron de modelo para los monjes de la Iglesia de Jesucristo.

Pero los institutos religiosos de la Ley Antigua dan paso a los de la Nueva, los cuales, como los primeros, son inspirados por el Señor. Aparece sobre la tierra el Mesías prometido, que dice: *Non veni solvere legem sed adimplere* (no vine para anular la ley sino para cumplirla). Y empieza a fundar, con sus doce apóstoles y los setenta y dos discípulos, la primera congregación religiosa del Nuevo Testamento ya que, como sabemos por el Evangelio y por la tradición, se obligaban bajo voto a la pobreza, la obediencia y la castidad, aunque no expresados en la forma que hoy usamos nosotros. Jesús les había dicho: *Sequere me* (seguidme) y ellos, sin más, aceptaron cumplir su voluntad y, con la obediencia, aceptaron la pobreza: *Reliquimus omnia et secuti sumus te* (Todo lo hemos dejado y te seguimos a ti). Jesús decía de ellos: «Hay algunos que se han hecho eunucos a sí mismos, por amor del reino de los cielos. El que pueda entender que entienda».

Y una vez que ascendió al cielo, sus apóstoles y sus discípulos difundieron por doquier los consejos evangélicos y así se poblaron de monjes los desiertos de Egipto y Palestina y se añadieron después los seguidores de las Reglas de san Agustín, los Basilios, los Benedictinos y demás órdenes religiosas, que Dios suscitó según las necesidades de su Iglesia. A ellos debe el mundo la conversión de los pueblos, el incremento de la agricultura y de las artes, de las ciencias y de la civilización.

A las Ordenes se unieron las Congregaciones, formadas también por millones de almas generosas, que se retiraban del mundo a innumerables conventos para poder llevar una vida más perfecta y más pura, y para **[347]** ser luz del mundo y sal de la tierra, consuelo y ayuda de los pobres en sus desgracias.

Nuestra Pía Sociedad es una de las últimas congregaciones religiosas aparecidas, y, al igual de las otras, fue suscitada por la bondad de María Santísima, que se puede llamar fundadora y madre de todas, desde el Cenáculo hasta nuestros días. No tiene más finalidad que la de preparar *buenos sacerdotes y buenos seglares* para cumplir la misión que les fue confiada. Debemos, por tanto, buscar primero la santificación de la propia alma y después la de los demás.

¿De qué modo? Poniendo en práctica los consejos evangélicos...

Nuestra Congregación tiene por fin la salvación de las almas, que es lo más noble que imaginarse pueda, pero es preciso empezar por nosotros mismos, por nuestra alma... Hemos de llegar a ser tales que tengamos capacidad para desempeñar con fruto nuestro ministerio.

Antes de enviar a uno a predicar, a enseñar, a dirigir, el superior mide sus fuerzas, como hace la madre de un pajarito en el nido. No lo lanza a volar hasta que no le ve dotado de alas fuertes, porque teme que no pueda escapar de las garras del halcón o bien que caiga al suelo por falta de fuerzas. Así el superior no da a nadie una misión, si no lo ve provisto de plumas robustas para no perderse a sí mismo y a los demás.

Así, pues, por ejemplo, antes de ir a predicar a los otros la modestia de los ojos, es menester que él la posea en grado eminente; de lo contrario no solamente no será escuchado, sino que se le echará en cara este defecto, diciéndole: *Medice, cura te ip-*

sum (Médico, cúrate a ti mismo). Quita la viga de tus ojos, antes de quitar la pajita de los ojos de los demás.

¿Cómo podría un predicador recomendar a los demás la confesión frecuente, si antes no la practica él? Y así por el estilo.

Es, además, indispensable el conocimiento de cuanto se requiere para el cumplimiento del propio deber. Por ejemplo, del mismo modo que necesitan conocer las ciencias de la escuela los que deben dar clase, así también deben instruirse en las ciencias sagradas aquellos a quienes se les encomienda el sagrado ministerio de la predicación: el Dogma, la Moral, la Hermenéutica, la Ascética, la Historia Eclesiástica...

No nos cansemos de cumplir todos nuestros deberes. Los que se consagran por entero a la salvación de las almas, tendrán en el cielo el premio que obtuvieron ya los apóstoles, a los que Jesús había dicho: «En el día del juicio os sentaréis conmigo y juzgaréis a las doce tribus de Israel...».

Recordad que todos los que salvan una alma, aseguran la salvación de la propia.

A los que no son sacerdotes les digo: «No corresponde solamente a los sacerdotes salvar las almas sino a todos, desde el último de los artesanos hasta el más célebre de los oradores sagrados. ¿De qué modo? Orando por la conversión de los pobres pecadores, cumpliendo ejemplarmente las propias **[348]** obligaciones, asistiendo bien en el patio y en la iglesia, usando caridad con quien la necesita, perdonando las ofensas. ¡Cuánto bien pueden hacer todos! ¡Cuántas almas se puede salvar con el buen ejemplo!».

V

Advertencias.—Procurad sacar fruto de estos santos ejercicios aceptando siempre todas las correcciones, todos los avisos que os den los superiores, los iguales o los inferiores, para ejercitar así la virtud de la paciencia y de la resignación.

Poneos todos en manos de la Virgen, para conservar siempre la hermosa virtud de la modestia...

Encomendaos a san Luis, para que podáis imitarle en el respeto y confianza con los Superiores, en la paciencia y amor a los demás, y en todas sus virtudes.

El sábado de *témporas*, 19 de septiembre, terminó la primera tanda de ejercicios espirituales. Aquella mañana hizo los votos perpetuos don Pablo Albera, que ya había renovado los trienales el 11 de enero de 1866, y los clérigos Luis Lasagna y José Bologna hicieron los trienales.

El Arzobispo confirió órdenes sagradas en la capilla del palacio episcopal, a las que se presentó el diácono Santiago Costamagna, para recibir el presbiterado. Después de la función de los recién ordenados, lo mismo del seminario que de otros institutos, esperaban para besar la mano al señor Arzobispo. Cuando le tocó la vez a don Santiago Costamagna, el Prelado, a modo de caricia, le dio un pequeño cachete, diciéndole:

—¡He aquí uno de los que no quieren reconocer a su Arzobispo!

—Excelencia, replicó Costamagna, yo respeto y quiero a mi Arzobispo, pero quiero también a don Bosco, a quien considero como padre.

El Prelado volvióse entonces a hablar con los demás. Esto fue una auténtica humillación para Costamagna. Los clérigos se asombraron, especialmente los del seminario de Susa. Había entre ellos algunos que anteriormente habían sido alumnos del Oratorio, del todo ignorantes de las divergencias entre monseñor Riccardi y don Bosco.

El mismo día, ordenó monseñor Ferré a don José Fagnano, en Casale.

[349]

CAPITULO XXVIII

DON BOSCO CAMINO DE VILLASTELLONE: PIERDE EL VAPORCITO Y VA A PIE CORRIGIENDO PRUEBAS DE IMPRENTA – SE LARGA A SALUZZO, DONDE YACE GRAVEMENTE ENFERMA LA MADRE DE MONSEÑOR GASTALDI – VA A VISITAR A UN SACERDOTE ENFERMO Y NO LE PUEDE PERSUADIR A CONFIAR EN MARIA SANTISIMA – MUERTE DEL TERCER JOVEN DEL SUEÑO – LA SEGUNDA TANDA DE EJERCICIOS ESPIRITUALES EN TROFARELLO – DOS PLATICAS DE DON BOSCO – RESPUESTA DEL PAPA AL SIERVO DE DIOS POR LA RELACION ENVIADA SOBRE LAS FIESTAS DE LA CONSAGRACION DE LA IGLESIA DE MARIA AUXILIADORA – NEGOCIACIONES CON LAS AUTORIDADES ESCOLASTICAS PARA LA AUTORIZACION DE UN PROFESOR DIPLOMADO EN BACHILLERATO ELEMENTAL PARA DAR CLASE EN LOS CURSOS SUPERIORES DEL BACHILLERATO EN LANZO Y PARA EL RECONOCIMIENTO DE DICHO BACHILLERATO – CARTA DE DON BOSCO AL ALCALDE DE TURIN PARA RESOLVER CIERTAS DIFICULTADES QUE IMPIDEN LA CONSTRUCCION DE UNA CERCA EN EL ORATORIO – DON BOSCO VA A PARMA – ESCRIBE AL CONDE VIANCINO QUE LE INVITABA A VOLVER A BRICHERASIO: LO PROMETE, PERO SIN FIJAR FECHA – LECTURAS CATOLICAS

TERMINADA la primera tanda de ejercicios espirituales, cuenta don Miguel Rúa en su crónica, aconteció que, debiendo ir don Bosco de Trofarello a Villastellone con un compañero, para pasar un día con su maestro, el teólogo Appendini, no llegó a tiempo para tomar el vaporcito. «Sin inmutarse lo más mínimo, sacó del bolso un grueso manuscrito que había de imprimirse y, sin proferir palabra, fue leyendo y corrigiendo durante todo el camino, que hizo a pie, lo mismo que si hubiera estado **[350]** sentado escribiendo. Al llegar al final del viaje, levantó los ojos de los papeles y exclamó:

»—¡Ciertamente es verdad que hasta las desgracias sirven para algo! Ni en casa hubiera podido hacer el trabajo que he hecho hoy, gracias al contratiempo del vapor.

»Hizo otra excursión hasta Saluzzo para visitar y consolar a la

señora Gastaldi, madre del Obispo de aquella ciudad, gravemente enferma, y dar así un desahogo a su corazón agradecido a aquella buena señora, que tanto se había afanado por el Oratorio. Su visita proporcionó inmensa alegría a la madre y al hijo; pero él se conmovió al contemplar los dolores que padecía la enferma y ver que, en breve, tendría que dejar este mundo...

»En aquellos mismos días se acercó también a visitar a un antiguo amigo suyo sacerdote, compañero del seminario, que hacía varios años se encontraba achacoso.

»Se saludaron cordialmente, pusiéronse a charlar sobre su enfermedad y enseguida advirtió que, además del mal físico, sufría moralmente puesto que, después de haber consultado a muchos médicos y haber probado muchas clases de remedios, sin experimentar ningún provecho, había perdido el ánimo y la esperanza de curar. Intentó don Bosco reanimarlo, exhortándole a confiar en María Auxiliadora, que tantas gracias había ya derramado en favor de otros; le aseguró que con una fe viva en Ella, dentro de unos quince días podría empezar a celebrar la santa misa. Pero, por más que le dijo, no logró reavivar en él la confianza en la Madre celestial. Al separarse de él, deploraba la suerte de algunos sacerdotes que, aunque no eran de malas costumbres, sin embargo, por encontrarse en medio del mundo cercados solamente de seglares, no oyen hablar más que de negocios mundanos y materiales, pierden el espíritu de fe y devoción y resulta más difícil excitar en ellos estos sentimientos tan consoladores y saludables para el cristiano, que en los mismos laicos».

[351] También se detuvo un poco en Turín. El clérigo Esteban Bourlot, que anotaba con esmero el desarrollo de las predicciones oídas al principio del año, preguntó a don Bosco hacia la mitad de agosto:

—¿Y qué me dice del tercero que, según el sueño, debe morir?

—El tercero, le respondió, hará una vez más el ejercicio de la buena muerte y espero salvarlo, aunque ahora todavía no está preparado para el gran paso.

En efecto, en la primera semana de septiembre se hizo el ejercicio de la buena muerte y el día 9, víctima de una grave enfermedad, llevaron al Hospital de los Caballeros, o de San Mauricio y San Lázaro, el aprendiz de cerrajero Juan Bautista Bonenti, de dieciocho años, natural de Carpignano Novarese.

El Hospital de los Caballeros se hallaba entonces a poca distancia del Oratorio, junto a la plaza de Manuel Filiberto, y precisamente en Puerta Palacio.

Era, pues, Bonenti el tercero del sueño, que debía morir *en un lugar cercano*. Muchos años después nos decía de él don Esteban Bourlot que había olvidado su nombre, pero que recordaba la letra inicial, que era la B, y que pertenecía a la clase de aprendices cerrajeros. Mas su condiscípulo, monseñor Pascual Morganti, Arzobispo de Rávena, recordó siempre el nombre, el pueblo, el oficio, la figura y nos lo describió como un joven bastante grueso, de carnes fofas, como las de un hidrópico. El físico debió influir en su natural, haciéndole apático y por lo mismo indiferente también a las cosas del espíritu.

Apenas ingresó en el hospital, los médicos le declararon deshauciado. Recibió los sacramentos con indiferencia, sin estar persuadido del peligro que corría. Pero don Bosco, que le había dado en los meses anteriores consejos saludables, fue avisado enseguida y, siguiendo el mandato recibido en el sueño, se acercó a su cama, le animó, le conmovió, le preparó y hasta le confesó.

Al día siguiente por la mañana fue de nuevo a verle. Estaba **[352]** triste, y don Bosco se acercó a la cama para consolarlo. El joven lloraba.

—¿Por qué lloras?, le preguntó.

Y él respondió:

—Si hubiera muerto esta noche, estaba seguro de ir al cielo; me había confesado bien, había recibido la absolución y la bendición papal... Ahora, en cambio, puedo cometer otros pecados.

Y lloraba.

Don Bosco le calmó, le sugirió las invocaciones de costumbre a Jesús, María, y José y, viendo que casi estaba agonizando, de nuevo le administró la absolución. El pobrecito moría a la una y media del 22 de septiembre.

Era huérfano de padre y madre, y nadie fue a visitarlo. Las circunstancias del sueño se habían cumplido.

Entre tanto empezaba la segunda tanda de ejercicios en Trofarello el 21 de septiembre. Don Bosco predicó las instrucciones, pero sólo tenemos el recuerdo de dos de ellas. Trató en una de la mortificación de los sentidos; y con la otra cerró los ejercicios el día 26.

I

Tenemos todos un gran enemigo, que no nos abandona ni de día ni de noche; este gran enemigo es nuestro cuerpo. Hemos de combatirlo, si no queremos que se rebele contra el espíritu; debemos mortificarlo para que se someta a éste. Nuestro

Señor Jesucristo nos dio admirable ejemplo de ello durante toda su vida, que fue una continua mortificación de su carne. Por más de veinte años se ganó el pan con el sudor de su frente. Empezó su predicación con un ayuno continuo de cuarenta días y cuarenta noches. Sufrió el cansancio de muchos viajes siempre a pie, la sed, el hambre, el insomnio de largas noches pasadas en oración, su dolorosa pasión, etc.

Robaba el descanso al cuerpo y oraba: así enseñaba los dos medios con los que debemos combatir nuestro cuerpo... Quien no lo mortifica, tampoco es capaz de rezar bien.

Todos los santos que están en el cielo, todos los buenos eclesiásticos y buenos sacerdotes imitaron o imitan a Jesucristo, y son nuestros modelos...

Nuestro cuerpo es el opresor del alma: *Corpus enim, quod corrumpitur, aggravat animam, et terrena inhabitatio deprimit sensum multa cogitantem* (Un cuerpo corruptible hace pesada el alma y esta tienda de tierra oprime el espíritu fecundo en pensamientos) (*Sb. IX*, 15).

[353] El cuerpo oprime a la mente y la doblega con multitud de pensamientos y cuidados terrenos, de los que estamos siempre llenos.

El alma de Adán, escribe san Bernardo, estuvo libre de este peso, mientras tuvo un cuerpo incorruptible. Dios le había constituido con una libertad tal para que, puesto en medio de las cosas más altas y más bajas, subiese a aquéllas sin dificultad y bajase a éstas sin pasión o necesidad: penetrase en las alturas con natural ardor y pureza de mente, y juzgase del resto con autoridad de amo.

Mas el pecado de Adán echó a perder la magnífica armonía entre cuerpo y alma y produjo en el hombre ese desconcierto, del que dice san Pablo en la carta a los Romanos:

—*Condelector... legi Dei secundum interiorem hominem; video autem aliam legem in membris meis, repugnantem legi mentis meae, et captivantem me in lege peccati, quae est in membris meis. Infelix ego homo! Quis me liberavit de corpore mortis hujus?* (Me deleito en la ley de Dios según el hombre interior, esto es, según la mente y la razón iluminada por la gracia y fortificada por el Espíritu del Señor, pero siento otra ley en mis miembros, que repugna a la ley de mi mente y me encadena a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Desdichado de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? (VII-22).

San Agustín explica esta rebelión: *Haec est enim poena inobedienti homini in semetipso, ut ei vicissim non obediatur neque in semetipso* (Esta es la pena para el hombre desobediente en sí mismo, que en desquite no se obedezca ni a sí mismo).

Pero el alma debe volver a tomar su dominio y el cuerpo ser esclavo. Si le deja libre, abandonado a la intemperie y a los otros vicios, convierte al hombre en un jumento que ni siente, ni gusta ya las cosas de Dios, sino que sólo sigue sus torpes apetitos: *Homo cum in honore esset non intellexit; comparatus est jumentis insipientibus et similis factus est illis* (El hombre, aun puesto en suma dignidad, no entiende; es semejante a los animales, perecedero (Sal. XLVIII-21). Ni que decir tiene lo nocivo de un estado semejante para un eclesiástico, ya que él debería ser de buen ejemplo para los demás.

Incrassatus est dilectus, et recalcitravit; incrassatus, impinguatus, dilatatus, dereliquit Deum factorem suum, et recessit a Deo salutari suo (El amado se ha engordado y recalcitrado; cebado, relleno, orondo, abandonó a Dios su Creador y se alejó de Dios (Deut. XXXII-15).

Hay, por tanto, que domar a este jumento: *Cibaria et virga, et onus asino; panis et disciplina, et opus servo* (Heno, palo y carga al asno; pan, látigo y trabajo al escla-

vo) (Ecl. XXXIII-25). Y añade: el yugo y el ronzal doblegan el cuello duro, y el trabajo asiduo amansa al esclavo.

Ese es el modo de tratar al cuerpo. La mortificación. Así lo trataba san Pablo, que escribía: *Castigo corpus meum et in servitutem redigo* (Castigo mi cuerpo y lo reduzco a la esclavitud). Y entre sus muchos trabajos apostólicos, trabajaba para ganarse la comida para sí y para los suyos.

[354] Jesucristo proclamaba: *Nisi poenitentiam egeritis, omnes similiter peribitis* (Si no hiciereis penitencia, todos pereceréis igualmente).

Para domar a este enemigo, repetía a todos el Divino Salvador: *Si quis vult post me venire, abneget semetipsum et tollat crucem suam quotidie, et sequatur me* (Si alguien, quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame) (Luc. IX-23).

Y ¿hasta cuándo? *Usque ad mortem* (Hasta la muerte) y con la amenaza de que *qui non vult pati cum Christo non potest gaudere cum Christo* (quien no quiere padecer con Cristo, no puede gozar con Cristo).

Y añadía Jesús: *Qui enim voluerit animam suam salvam facere perdet illam; nam qui perdiderit animam suam propter me, salvam faciet illam. Quid enim proficit homo, si lucretur universum mundum, se autem ipsum perdat et detrimentum sui faciat?* (Quien quiera salvar su vida la perderá; pero quien pierda su vida por mí, ése la salvará. Pues ¿de qué le sirve al hombre haber ganado el mundo entero, si él mismo se pierde o se arruina?) (Luc. IX-24).

Estas palabras indican hasta qué punto, en ciertos casos, debe llegar la guerra a nuestro cuerpo, antes que perder la gracia de Dios. Los apóstoles, desde el principio de su misión, azotados por mandato de la Sinagoga: *Ibant gaudentes a conspectu Concilii quoniam digni habiti sunt pro nomine Jesu contumelian pati* (Marcharon de la presencia del Sanedrín contentos, por haber sido considerados dignos de sufrir ultrajes por el nombre de Jesús). Y con ellos, y después de ellos hasta nuestros días, mártires sin cuento abandonaron su cuerpo a los más atroces y espantosos tormentos... Son innumerables los fieles, monjes, religiosos, seglares que domaron y doman sus pasiones con ayunos, vigilias, disciplinas y otras penitencias que dan miedo a los mundanos y a las almas débiles...

Ciertamente no estamos nosotros obligados a sacrificar el cuerpo de este modo, y, si por azar fuera necesario, Dios nos ayudará con su gracia. Mas lo que no debemos hacer es ceder a las asechanzas de los sentidos, sino reprimirlas y prevenirlas. Nos debe animar a esta lucha aquel gran pensamiento: *Memorare novissima tua et in aeternum non peccabis* (Acuérdate de tus postrimerías y no pecarás más).

La consideración de lo que será nuestro cuerpo después de la muerte, sacude a quien está apegado a la tierra, a las comodidades de la vida, a las riquezas. Este cuerpo, al que tanto mimamos, será muy pronto pasto de los gusanos más asquerosos. Hagamos con gran fe el ejercicio de la buena muerte.... Lejos de nosotros toda vanidad, toda ambición, todo refinamiento. Fuera demasías en la cama, en los vestidos, en los libros. Suframos los efectos, las incomodidades de la pobreza que hemos profesado o queremos profesar. Seamos ambiciosos, sí, pero de salvar almas con nuestros sacrificios.

Mortificación de los sentidos... De los ojos: al mirar, al leer. Contentarnos con la comida que se nos da en casa. Ninguna bebida en la habitación. Nada fuera de lo ordinario. Saber tolerar e invitar a otros a hacerlo. Soportarse mutuamente. Perdonar de corazón. Puntualidad en los propios deberes.

[355] Los maestros, los asistentes sean delicados con sus subordinados; no po-

nerles jamás las manos encima; no introducirlos en la propia habitación, nada de amistades particulares.

El ayuno de los viernes. Soportar el calor, el frío, las incomodidades en la salud, la falta de cualquier cosa. No viajar sin necesidad.

Con estas pequeñas mortificaciones se tendrá fervor en la oración, se vencerán las asechanzas del cuerpo, triunfará la virtud y la Congregación se convertirá en un paraíso terrestre.

II

En estos días hubiera querido hablaros también de las prácticas de piedad de nuestra casa, pero nos ha faltado tiempo. Había mucho que decir sobre los votos y la vida religiosa. Sin embargo, recordaré al menos algunas cosas. Las prácticas diarias son la meditación, la lectura espiritual, la visita al Santísimo Sacramento y el examen de conciencia.

La meditación es la oración mental. *Nostra conversatio in coelis est* (Nuestra conversación está en los cielos), dice san Pablo; y se podría hacer de esta manera: escoger el tema sobre el que se quiere meditar, poniéndose antes en la presencia de Dios. Después reflexionar atentamente sobre lo que meditamos y aplicárnoslo a nosotros. Sacar la conclusión de dejar ciertos defectos y ejercitarnos en ciertas virtudes, y después poner en práctica, a lo largo del día, las resoluciones tomadas por la mañana. Debemos también excitar en nosotros afectos de amor, de reconocimiento y de humildad ante Dios, pedirle las gracias que necesitamos y rogarle, arrepentidos, el perdón de nuestros pecados. Recordemos siempre que Dios es nuestro Padre y nosotros sus hijos... Recomiendo, pues, la oración mental.

Quien no pudiere hacer la meditación reglamentaria, por razón de viajes, de cualquier ocupación o asunto que no permita dilación, haga al menos la meditación que yo llamo de los comerciantes. Estos piensan siempre en sus negocios, doquiera se encuentran. Piensan en comprar mercancías, en venderlas con ganancia, en las pérdidas que podrían sufrir, en las ya tenidas y cómo arreglarlas con las ganancias obtenidas o con las que podrían conseguir, y así sucesivamente... Tal meditación es también el examen de conciencia. Por la noche, antes de acostarnos, examinarnos de si hemos cumplido los propósitos tomados sobre cualquier defecto determinado: si hemos adelantado o retrocedido. Hay que hacer una especie de balance espiritual; si vemos que hemos faltado a los propósitos, repitámoslos para el día siguiente, hasta llegar a adquirir aquella virtud y a apartarse o huir de cierto vicio o de determinado defecto.

Os recomiendo también la visita a Jesús Sacramentado. «Nuestro dulcísimo Señor Jesucristo está allí en persona», exclamaba el cura de Ars; váyase a los pies del tabernáculo, al menos para rezar un padrenuestro, avemaría y gloria, cuando no se pueda más. Basta esto para robustecernos **[356]** frente a las tentaciones. Uno que tenga fe, que haga la visita a Jesús Sacramentado y la meditación todos los días, salvo que sea por un fin mundano, ése, digo yo, es imposible que peque.

Recomiendo también la lectura espiritual, especialmente a quien no sea capaz de hacer la meditación sin libro. En consecuencia, leer algún trozo, reflexionar sobre lo leído, para saber lo que debemos corregir en nuestra conducta. Esto servirá para enamorarnos cada vez más del Señor y cobrar aliento para salvar el alma.

Si fuera posible, haga la lectura y la visita en común; el que no pueda, hágala en privado. La meditación puede hacerla también en la habitación.

Recordad que cada uno está obligado también por las reglas a rezar el rosario cada día. ¡Cuánto debemos agradecer a María Santísima y cuántas gracias nos tiene preparadas!

Confesaos cada ocho días, aun sin tener nada grave de qué acusaros. Es un acto de humildad de los más gratos al Señor, ya sea porque se renueva el dolor de los pecados perdonados, ya sea porque se reconoce la propia indignidad con los defectos ligeros en los que se cae cada día.

Sepa cada uno aprovechar todo espiritualmente: lo que ve, lo que oye, lo que hace, lo que estudia, lo que lee, hasta en autores profanos. Por ejemplo, si uno explica en clase un autor pagano y encuentra una máxima bonita, aprovéchela, reclame la atención de los alumnos sobre ella y saque consecuencias útiles para sí y para los demás. Mirad lo que hace la abeja. Marcha lejos, hasta alguna milla de distancia para libar la miel, y sabe separar la miel de la cera y dejar en la florecilla un jugo venenoso que podría matarla a ella y a sus compañeras.

Así tenemos que hacer nosotros; seleccionar lo que puede ayudar; librarse de los defectos y del pecado. De este modo podemos aprender algo de todos y de todo.

También habría querido hablar de nuestra forma de vida, que debe ser activa y por tanto debemos trabajar cuanto podamos.

Me limitaré a alguna recomendación.

En primer lugar, practiquemos la caridad entre nosotros los salesianos, soportemos los defectos de los demás, compadezcámonos mutuamente. Animémonos a hacer el bien, a practicar las reglas, a querernos y apreciarnos como hermanos. Recemos para que podamos formar todos un solo corazón y una sola alma, para amar y servir al Señor... Recomiendo a los directores de cada casa que reúnan a los Socios lo más frecuentemente posible, para tratar de las cosas propias y de los muchachos...

Recordemos que en el Evangelio se lee que Nuestro Señor *coepit facere et docere:* antes de enseñar practicó él mismo lo que enseñaba...

Después de haber practicado los reglamentos de la casa, procurar que los cumplan los muchachos... Al mismo tiempo, tratadlos **[357]** con toda caridad al avisarles, pero no os permitáis, ni les permitáis un acto, una palabra que pueda suscitar alguna mala imaginación. Id siempre con los necesitados de consuelo, con los enfermos, y alentadles, animadles a que tengan paciencia... Haced esto no sólo con los que os agradan, con los buenos, con los inteligentes, sino también con los que son poco virtuosos, torpes, y hasta con los malos. ¿No está escrito en el Evangelio de Jesús que los sanos no tienen necesidad del médico?

Que nunca un castigo pueda parecer venganza... ni se eche en cara, ni se recuerde a nadie que nos ofendió en tiempos pasados, especialmente si se le perdonó. Más aún, procurad demostrarle más amor que antes y olvidadlo todo...

Estudiemos bien su carácter, démosles buenos consejos, edifiquémosles con nuestras buenas palabras, con nuestros ejemplos, con nuestro porte. Con los quisquillosos, que fácilmente se ofenden, sed aún más benignos, y rogad por ellos... Procurad por todos los medios infundirles respeto a los superiores.

Os dejo, por fin, con este pensamiento. Quizá estos santos ejercicios sean los últimos para alguno. Esté, pues, cada uno preparado de modo que, en cualquier momento que venga la muerte, se halle dispuesto y tenga preparados los asuntos de su alma.

Con el canto del himno de acción de gracias y la renovación de los votos de los profesos, terminaron los ejercicios el 26 de septiembre. El 25 habían emitido los votos perpetuos el clérigo José Bertello y José Rossi. El 25 de diciembre de 1868, tres novicios, dos clérigos y un coadjutor emitían en Lanzo los votos trienales. Los nuevos novicios se habían inscrito en la primera tanda de ejercicios.

Durante la segunda don Bosco recibió una agradable carta del Sumo Pontífice, a quien él había informado de la solemne consagración de la nueva iglesia, acompañando el relato con algunas medallas conmemorativas.

PIO PP. IX.

Al amado Hijo, salud y Bendición apostólica

Nos, hemos tenido casi la misma alegría que tú y tus celosos seguidores habéis experimentado, cuando, a través de tu carta, hemos sabido que se había terminado en esa nobilísima ciudad y ya estaba consagrado a Dios el nuevo templo **[358]** dedicado a la Beatísima Virgen Auxilio de los Cristianos. Aunque Nos, no hayamos podido asistir a ese festivo espectáculo, sin embargo casi has sabido hábilmente poner ante nuestros ojos la fachada de la iglesia, con las medallas tan bien cinceladas, que nos mandaste, y contemplar la imagen de la Madre de Dios. Ayudará, en adelante, muchísimo a aumentar nuestra confianza la vista de esta imagen, ya que somos del parecer que no sucedió sin un divino designio, que, mientras los impíos renovaron cruel guerra contra la Iglesia Católica, se honraba con nuevos honores a la celestial Patrona con el título de *Auxilio de los Cristianos*. En efecto, Nos, bajo su protección nutrimos la confianza de que, protegidos por la divina providencia, nos veremos libres de los males presentes y que saldremos, de nuevo, sanos y salvos de nuestros enemigos. Entre tanto, para testificar nuestra gratitud y benevolencia, impartimos de todo corazón para ti, para los piadosos sacerdotes que trabajan contigo y para los muchachos, confiados a tus cuidados, la Bendición apostólica, como prenda de nuestro gran afecto.

Dado en Roma, a 23 de septiembre de 1868, vigésimo tercero de nuestro pontificado.

PIO P.P. IX [1]

[1] PIUS P.P. X.—Dilecte Fili, Salutem et Ap. Bened. Eadem ferme laetitia, quae te, tuique zeli imitatores perfudit, Nos etiam affecti sumus agnoscentes ex litteris tuis perductum fuisse ad exitum in isthac urbe praenobili, Deoque dicatum novum templum, quod nomine Beatissimae Virginis Auxilii Christianorum nuncupatur. Nam quamvis iucundo rei praesentis adspectu frui nequivimus, tua tamen industria assequuti sumus, ut oculis pene subiectam extimam templi faciem haberemus in numismatibus, quae misisti, affabre caelatam, et ipsam Deiparae imaginem intueremur. Huius autem sacrae Iconis adspectus ad augendam fiduciam nostram valebit plurimum: non enim sine divino consilio credimus obtigisse, ut, bello acriter instaurato ab impiis contra catholicum nomen, Patrona Caelestis sub appellatione *Auxilii Christianorum*

El Pontífice agradeció mucho el relato de don Bosco, porque había esperado vivamente tener noticias de aquel memorable octavario. Amaba al Siervo de Dios y a sus cosas. Cuando recibía visitas de ciudadanos de Turín, solía decir:

[359] —La ciudad de Turín es muy afortunada, porque tiene a don Bosco.

Y llamaba al Oratorio de San Francisco de Sales: *La casa milagrosa.*

Así lo escribió don Juan Bonetti.

El canónigo Anfossi atestiguaba por su parte: «Habiendo ido a Roma y pedido audiencia al Pontífice Pío IX, mediante la presentación de una carta de don Bosco, fui admitido y sostuve un coloquio de veintidós largos minutos, durante el cual el Padre Santo expresó sus sentimientos de particular aprecio por las obras de caridad y el gran amor que don Bosco sentía hacia la Santa Sede».

Por aquel otoño, secundando el deseo del Ayuntamiento y de varias personas influyentes que le ofrecían apoyo, don Bosco se disponía a defender el reconocimiento del bachillerato en su colegio de Lanzo, y previamente pedía autorización al Delegado Provincial de Enseñanza para que el profesor don José Fagnano diera clase en el bachillerato superior.

Ilmo. señor Delegado:

El sacerdote Juan Bosco respetuosamente expone a V. S. Ilma. que, con el vivo deseo de promover la enseñanza primaria y media entre los muchachos pertenecientes a la clase menos acomodada del pueblo, el Ayuntamiento de Lanzo Canavese acordó, hace cuatro años, abrir un Colegio internado en esa población con la autorización de la autoridad escolástica en forma de instituto privado.

Todo ha procedido hasta ahora con recíproca satisfacción y las autoridades locales dieron siempre las más halagüeñas pruebas de estímulo. Comenzóse entonces solamente el bachillerato, y hasta el presente no hubo más que los tres primeros cursos. Se trataría este año de empezar las clases del bachillerato superior para algunos alumnos. Pero, falto de recursos para disponer de un profesor licenciado, se haría una instancia para obtener permiso provisional para el profesor José Fagnano.

---

novis augeretur honoribus. Sane Nos, Ipsa auspice et adiutrice, superno communiri praesidio, ab impendentibus eripi malis, et ab inimicis nostris incolumes evadere confidimus. Interim gratum ac benevolum animum Nostrum ultro testantes tibi piisque presbyteris, qui tecum operam conferunt, nec non iuvenibus tuae institutioni commissis, Apostolicam benedictionem praecipuae dilectionis indicium peramanter impertimur.

Datum Romae apud S. Petrum, die 23 septembris 1868, Pontificatus Nostris Anno Vigesimo tertio.

PIUS P. P. IX.

Posee éste el diploma para los tres primeros cursos y hace cuatro años que da clase con éxito en los mismos. La idoneidad demostrada, el provecho obtenido por los alumnos, permiten esperar con fundamento su éxito en los cursos superiores.

Basándome, pues, en la idoneidad del profesor Fagnano, en su diploma para el tercer curso de bachiller, en los cuatro años de experiencia, en el corto número de alumnos del momento y en razón de que se concedió el mismo favor a otros colegios y también a individuos privados, **[360]** espera el recurrente por estos títulos, que sea benévolamente atendida y concedida la implorada autorización provisional para el bachillerato superior al profesor José Fagnano.

Gracia que espera obtener de su reconocida bondad

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Le fue concedida a don José Fagnano la autorización para regentar el cuarto curso de bachiller, y don Bosco escribió otra carta al Delegado:

Ilmo. señor Delegado:

Hace cinco años que el sacerdote Juan Bosco, previo acuerdo con el Ayuntamiento de Lanzo y con aprobación de la autoridad escolar, abrió el antiguo colegio internado de Lanzo. Sea por el emplazamiento y salubridad del lugar, sea por la solicitud del Ayuntamiento y del profesorado, goza tanto del aplauso de la opinión pública que el número de internos creció hasta ciento veinticuatro, que es cuantos permite la capacidad del edificio, mientras los externos sobrepasan los doscientos.

Ahora bien, tanto el Ayuntamiento como el Consejo Provincial han manifestado repetidamente el deseo de que este colegio sea reconocido; más aún, el mismo Consejo Provincial asignó un subsidio especial para dicho Colegio, con la expresa condición del reconocimiento.

Por tanto, el que suscribe, para satisfacer estos comunes deseos, y persuadido de proporcionar un favor a la provincia de Turín, suplica a V. S. Ilma. tome en benévola consideración esta propuesta de reconocer el Colegio-Internado de Lanzo con el siguiente personal:

Director: don Juan Lemoyne, sacerdote, actual director, que inauguró la reapertura del Colegio y lo elevó brillantemente a la situación en que se encuentra.

V curso: don Celestino Durando, sacerdote, con diploma de profesor para el bachillerato superior y profesor hace muchos años de quinto curso en el Oratorio de San Francisco de Sales.

IV curso: don José Fagnano, sacerdote, con diploma para el bachillerato elemental y autorizado para cuarto curso.

III curso: profesor Pedro Guidazio, con el oportuno diploma.

II curso: don Bartolomé Fusero, sacerdote, ídem.

I curso: don Félix Alessio, ídem.

Aritmética: don Francisco Bodratto, con título de la Escuela Superior Normal y, hace muchos años, maestro de la IV elemental.

Si, por acaso, fueran necesarias otras formalidades, se ruega a la reconocida

bondad **[361]** del señor Delegado que simplemente lo indique y con mucho gusto será atendido.

Con el mayor aprecio tengo el honor de profesarme.

De V. S. Ilma.

Turín, 28 de septiembre de 1868.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Surgieron dificultades para el reconocimiento y se interrumpieron las negociaciones. Don Bosco, sin embargo, quedó muy satisfecho de la aprobación conseguida para don José Fagnano, sobre todo porque preveía la salida de un clérigo, ya adelantado en la carrera de literatura en la Universidad.

Al mismo tiempo andaba en tratos con el Ayuntamiento de Turín para obtener el permiso de terminar la cerca del Oratorio festivo, al oeste de la nueva iglesia.

Ilmo. señor Comendador:

Son muchas las veces que V. S. Ilma. ha favorecido a nuestros muchachos y por ello confío hallar benevolencia en el asunto que voy a exponerle.

Hace ya cuatro meses pedí permiso al Ayuntamiento para construir una cerca y así recoger, especialmente en los días festivos, a los muchachos más abandonados de la ciudad.

Se concedió el oportuno permiso y se presentó un agente municipal para trazar la línea de confín.

Surgió una dificultad por la que se suspendieron los trabajos; mas, vista la inexistencia del motivo, se volvió a confirmar el permiso, y la cerca casi se terminó.

Después de la consagración de la nueva iglesia, se pidió permiso para poder levantar regularmente la cerca y así tener los convenientes locales de las clases y los pórticos en los días de lluvia o nieve. Pasó más de un mes y, por toda respuesta, se hicieron unas observaciones, a las que contesté con el parecer de dos ilustres peritos, los cuales comprobaron las observaciones hechas y encontraron que se apoyaban en razones inexistentes. Admitiéronse las aclaraciones, pero el permiso no se pudo conseguir.

Corre ya el tercer mes, desde que empezamos los trámites, y entretanto los materiales de construcción se deshacen, las paredes empezadas se estropean, las puertas provisionales permiten la fuga de los muchachos de la casa con graves inconvenientes para la disciplina y moralidad de internos y externos; pero hasta ahora no he podido conseguir el suspirado permiso, ni saber alguna razón positiva de que se me haya negado.

[362] Por todo ello, humildemente, mas con férvida instancia, recurro a su bondad. Usted sabe que esta casa siempre estuvo abierta a la beneficencia pública: y, lo mismo en tiempos de epidemia que en tiempos normales, dio y sigue dando albergue a muchos jovencitos abandonados que la autoridad municipal me encomendó;

usted sabe también que siempre tuve en usted y en todo el Ayuntamiento un poderoso apoyo. Por todo esto, confío plenamente en su ayuda para este caso excepcional, dándome a conocer y ayudándome a allanar las dificultades, si las hubiere; por mi parte estoy dispuesto a ayudar como ya he escrito, a dar cualquier recompensa, garantía, indemnización, si fuese necesario, con tal de que pueda continuar los trabajos, que la actual estación no permite dilatar más.

No tengo tribunal al que recurrir; pero acudo a su conocida y experimentada bondad, y a la equidad del responsable de los edificios que han de construirse.

Con todo aprecio,

De V. S. Ilma.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Por entonces hizo don Bosco un corto viaje del que, como de tantos otros, no hacen mención las crónicas. Se deduce de una carta que la condesa Calvi escribió al caballero Oreglia, el 30 de septiembre:

«Siento muchísimo que don Bosco haya pasado por Parma y que, habiendo tenido la bondad de buscarme, no haya podido encontrarme por hallarme yo en el campo. De haberlo sabido, habría anticipado mi vuelta a la ciudad para verle y recibir su bendición con mi marido y mis hijos.

Ruéguele que me la envíe».

Entre tanto, habiendo sabido el conde de Viancino que el Siervo de Dios estaba extenuado de fuerzas, invitóle a volver a su quinta de Bricherasio para descansar. Don Bosco le respondió, dándole noticias de un muchacho por él recomendado.

Carísimo Conde:

Cuando Cinzano fue a Bricherasio, quise contestar a su apreciada carta, y a la de su señora esposa. No pude entonces porque, como usted sabe, la enfermedad de don Miguel Rúa duplicó mis ocupaciones ordinarias. Ahora, gracias a Dios, **[363]** está fuera de todo peligro y creo que cuanto antes podrá reemprender sus trabajos normales.

Le agradezco, pues, la bondad con que me renueva su amable invitación para ir a pasar unos días de asueto. Ese es mi deseo, pero todavía no puedo precisar en qué semana, lo que espero hacer cuando vuelva de Castelnuovo de Asti con los muchachos.

Entretanto he rezado y continuaré rezando por usted y por la señora Condesa, su esposa, para que Dios, en su gran misericordia, les consuele con una larga serie de días felices en la tierra y con la verdadera recompensa del cielo.

Le advierto que Cinzano sigue siendo un modelo por su aplicación en los estudios y por su piedad; esperamos, con el tiempo, hacer de él un buen clérigo y un sacerdote que conquiste almas para el Señor.

Me encomiendo a la caridad de sus santas oraciones, y con el mayor agradecimiento me profeso.

De vuestra queridísima Señoría.

Turín, 30 de septiembre de 1868.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Por aquellos mismos días la administración de las *Lescturas Católicas* remitía a los suscriptores el número correspondiente a octubre: *Novena para ayuda de las benditas almas del purgatorio, por un sacerdote de Alguer*[1]. El librito presentaba magistralmente el dogma de la pena de daño y de sentido, e invitaba con afectuosas exhortaciones a los fieles a socorrer a sus queridos difuntos.

[1] *Alguer:* En italiano *Alghero*; población al NO de Cerdeña, provincia de Sássari. Se habla el catalán. *(N. del T.)*

[364]

CAPITULO XXIX

DON BOSCO RENUEVA LAS INSTANCIAS ANTE LA SANTA SEDE PARA OBTENER LA APROBACION DE LAS CONSTITUCIONES DE LA PIA SOCIEDAD – HACE IMPRIMIR UN BREVE INFORME EN LATIN SOBRE EL DESARROLLO DE LA PIA SOCIEDAD Y SU ESTADO ACTUAL; PRESENTA UNAS NOTAS SOBRE LAS TRECE OBSERVACIONES *– MONSEÑOR SVEGLIATI, EN NOMBRE DEL PAPA, PIDE A MONSEÑOR TORTONE NOTICIAS CONFIDENCIALES SOBRE LA INSTITUCION DE DON BOSCO, DE SUS CLERIGOS Y DE SUS ESTUDIOS – MALOS INFORMES DE MONSEÑOR TORTONE – DON BOSCO NO GUARDA RENCOR A SUS DETRACTORES – PIDE CONSEJO SOBRE COMO OBTENER LAS DIMISORIAS – RESPUESTA DEL PADRE OREGLIA Y DEL CARDENAL PATRIZI – MONSEÑOR SVEGLIATI PRESENTA AL PAPA SU OPINION SOBRE LA PETICION DE DON BOSCO – SE TRATA EL ASUNTO EN SESION PLENARIA DE LA CONGREGACION – EL CONSULTOR OPINA QUE SE DEBE RESPONDER NEGATIVAMENTE A LA PETICION DE DON BOSCO – LA SAGRADA CONGREGACION HACE SUYA LA CONCLUSION – MONSEÑOR SVEGLIATI COMUNICA LA SENTENCIA A DON BOSCO – ALGUNAS DIFICULTADES PARA LA APROBACION DE LA INSTITUCION SALESIANA*

HACIA cuatro años que don Bosco andaba preocupado con algo más importante que lo expuesto hasta ahora. Había renovado al Sumo Pontífice la petición para la aprobación de las Constituciones de la Pía Sociedad de San Francisco de Sales, o, al menos, la concesión de poder otorgar las dimisorias para las órdenes de sus alumnos, la facultad para ellos de ser promovidos a las órdenes a título de *mensa comunis,* y para sí, la de poder dispensar a los socios de los votos trienales.

[365] A tal fin había publicado un breve informe en latín sobre la Pía Sociedad, con algunos decretos referentes a la misma[1].

[1] *Notitia brevis Societatis Sancti Francisci Salesii et nonnulla decreta ad eamdem spectantia.*—Folleto de dieciséis páginas, impreso en el Oratorio de San Francisco de Sales.

En él se presenta una rápida relación de su desarrollo desde 1841 a 1852; contiene el texto del título concedido por monseñor Franzoni de Director de los tres Oratorios; recuerda los alientos y consejos de Pío IX en 1858; refiere el decreto de aprobación del 23 de julio de 1864; en cuanto a las trece *Observaciones*[1], advierte que *«libenti animo fuerunt admissae atque in Constitutionibus accomodatae prout finis et regulae societatis patiuntur. Nonnulla observantur in animadversione super litteras dimissoriales; sed de hoc adest particula separatim exposita»* (se admitieron de buen grado y se adaptaron a las Constituciones de acuerdo con la finalidad y las reglas de la sociedad. Algo se observa en ellas sobre las dimisorias; pero hay aparte algún inciso sobre el particular); copia el decreto del Obispo de Casale que en 1868 aprobaba como diocesana la Pía Sociedad y otro decreto del mismo concediendo facultades especiales a los sacerdotes y clérigos del seminario menor de Mirabello; presenta el elenco de las casas salesianas y añade a las de Turín, Mirabello y Lanzo una cuarta cerca de Trofarello, destinada a ejercicios espirituales y a reposo de convalecientes; dice que los socios son casi ciento.

El informe terminaba así: *«Ad operis complementum nihil aliud deest quam Apostolica rite Constitutionum approbatio. Hanc socii singuli humillime, sed toto corde, coram Deo et hominibus exoptant, a Supremo Ecclesiae Antistite enixe deprecantur. Hanc Episcopi Provinciae ecclesiasticae Taurinensis, hanc alii complures qui Societatem noscunt inter quos Eminentissimi:*

Cardenalis Philippus de Angelis, Archiepiscopus Firmanus, Camerlingus, etc.

Cardinalis Joannes Maria Antonucci, Archiepiscopus Anconitanus.

Cardinalis Cosimus Corsi, Archiepiscopus Pisanus, etc.». (Como complemento de la obra sólo falta la aprobación apostólica de las Constituciones. Humildemente, pero de todo corazón, la desean todos los socios, ante Dios y ante los hombres, y la piden insistentemente al Supremo Jerarca de la Iglesia. La conocen los obispos de la provincia eclesiástica de Turín y otros más, entre los cuales están:

El cardenal Felipe de Angelis, arzobispo de Firmo, Camarlengo, etc.

Cardenal Juan María Antonucci, arzobispo de Ancona.

Cardenal Cosme Corsi, arzobispo de Pisa, etc.).

[1] Pueden verse en el vol. VII, pág. 598. *(N. del T.)*

[366] Este informe *(Notitia brevis)* con los demás documentos, fue remitido a la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, y monseñor Svegliati, Secretario de la misma, enviaba una nota a monseñor Cayetano Tortone, residente en Turín y encargado oficioso de la Santa Sede ante el Gobierno, en la que, sobre todo, le pedía informes acerca de los clérigos de don Bosco.

Turín, 28 de julio de 1868

El reverendo sacerdote don Juan Bosco, fundador y rector de la Pía Sociedad de San Francisco de Sales, se ha dirigido a Su Santidad, para obtener el decreto de aprobación de su Instituto. Ha adjuntado a su petición los informes de varios obispos que le recomiendan a la Benignidad del Padre Santo. Como el examen de tales asuntos está confiado a la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, de la que me honro en ser secretario, resulta que, cuando he presentado la relación del asunto, Su Santidad me ordenó dirigirme reservadamente a V. S. Rvma., para pedirle una exacta información sobre la marcha del Instituto en cuestión, y especialmente por lo que respecta a los estudios y a la formación eclesiástica de los clérigos pertenecientes al mismo Instituto, puesto que no debo dejar de prevenirle, siempre con la máxima reserva, que mientras algunos Obispos recomiendan a don Bosco y elogian su Institución, lamentan, en escritos reservados, la formación del clero joven perteneciente a ese establecimiento, tanto por lo que mira a los estudios, como por lo que se refiere al espíritu, puesto que, estando esos clérigos dedicados a la vigilancia de los alumnos del colegio, no pueden formarse con el espíritu eclesiástico necesario para un joven, que quiere llegar al sacerdocio.

Debo añadirle, además, que el mismo piadoso Fundador, además de pedir retener consigo a los clérigos e instruirlos en su instituto, pide también la facultad de concederles las dimisorias para las sagradas órdenes, como hacen los superiores de las congregaciones religiosas exentas de la jurisdicción de los Obispos, a lo que se oponen varios ordinarios y principalmente ese Arzobispo. V. S. Ilma..y Rvma., que se encuentra en el lugar y que ya tendrá pleno conocimiento del Instituto fundado por el benemérito sacerdote Juan Bosco, podrá tener ocasión de informar plenamente sobre todo ello y especialmente de lo tocante a los clérigos, para que yo pueda presentar una nueva relación sobre el particular a Su Santidad supeditada a las observaciones que usted en su prudencia juzgue hacer.

Cumplido así el honroso encargo dado por el Padre Santo, sólo me resta rogarle quiera manifestarme su parecer sobre la cuestión para someterlo a Su Santidad y, al mismo tiempo, aprovechando **[367]** esta oportunidad me es grato manifestarle los sentimientos de mi distinguida estima, con la que me declaro etc.

12417

9

El interpelado contestó al Secretario de la Sagrada Congregación:

Ilmo. y Rvmo. Monseñor:

A pesar del conocimiento, ya bastante amplio que tenía sobre el Instituto del óptimo sacerdote don Juan Bosco, he querido adquirir otros informes precisos del

mismo, para suministrar a V. S. Rvma. materia suficiente con la que formarse un criterio equilibrado del exacto estado de las cosas. Solamente me duele que, habiendo debido ir un poco despacio para tomar estos informes, a fin de que no se llegase a conocer la verdadera finalidad de mis indagaciones, no he podido contestar su estimadísima carta del 28 p. p., número 12417/9, con la urgencia que deseaba. He aquí ahora lo que concienzudamente me apresuro a comunicarle sobre la cuestión.

El Instituto, fundado y dirigido por el presbítero don Juan Bosco, se compone de clérigos y jóvenes laicos, los cuales estudian o aprenden allí mismo un oficio. Al principio de la fundación sólo admitían, y gratuitamente, a muchachos abandonados por sus padres, o sin medios de fortuna; ahora, en cambio, no admiten más que muchachos de la más baja clase social, cuyos padres o algún piadoso bienhechor se comprometen a pagarles una pensión mensual. Con todo hay que confesar, en honor de la verdad, que es grandísimo el bien que ha hecho y sigue haciendo todavía el bonísimo don Bosco a tantos pobres muchachos, educándolos cristianamente y capacitándolos para algún oficio.

Pero, si esta finalidad primaria de su Institución ha tenido tanto éxito, resulta que no puede decirse lo mismo de los estudios y del espíritu eclesiástico de los clérigos que se encuentran en el citado Instituto. Parece que la primera idea de don Bosco había sido formar en su Instituto un clero separado del de la diócesis. Me consta, en efecto, que desde el principio intentó conseguir, y lo obtuvo después, que sus clérigos estudiasen en su Instituto la Filosofía y la Teología. Así anduvieron las cosas por algunos años, pero como sus clérigos no se presentaban al examen, o tenían un mediano resultado, entonces se prescribió por esta Curia Arzobispal, que también los clérigos de don Bosco debían ir a clase de Filosofía y Teología al seminario.

Algunos de estos clérigos, que disponían de medios suficientes, fueron admitidos en el seminario de Chieri y se les encontró tan flojos en los estudios, que el mismo Rector del seminario hubo de confesar que no entendían el latín.

[368] Desde que asisten a las clases de este seminario, el resultado en los estudios parece que ha mejorado bastante; no todos ellos se presentan a exámenes: algunos se abstienen porque se les considera incapaces de someterse a ellos.

Por lo demás, no debe extrañar que el resultado de tales estudios sea tan mediocre, si se piensa que don Bosco confía a sus clérigos diversas incumbencias en el Instituto, como por ejemplo, dar clase a los niños, asistirlos, etc., cargos que les obligan a ocupar en otras cosas el tiempo que deberían dedicar a los estudios.

Si en este Instituto hay tantas dificultades para que los clérigos sigan regularmente los estudios normales, debo además añadir que son mayores las existentes para poder infundir en los mismos el verdadero espíritu eclesiástico y los principios de la buena educación tan necesarios para un sacerdote. El continuo trato de aquellos clérigos con los otros jóvenes laicos del Instituto, la excesiva familiaridad y amistad con que mutuamente se tratan, según mi pobre parecer, no las creo muy aptas para formar un buen clero.

Me aconteció bastantes veces visitar este Instituto durante las horas de recreo y le confieso que siempre experimenté una impresión muy triste al ver a los clérigos mezclados con jóvenes que aprenden el oficio de sastre, carpintero, zapatero, etc. Corrían con ellos, jugaban, saltaban y hasta se propinaban más de un pescozón, con poco decoro por parte de unos y con poco o ningún respeto por parte de los otros.

El bueno de don Bosco, satisfecho con que sus clérigos estén devotamente en la iglesia, no se preocupa de formar su corazón en el verdadero espíritu eclesiástico y

de infundir con ellos los sentimientos de dignidad del estado que quieren abrazar. Desgraciadamente muchos de ellos que saben mostrarse mansos y humildes ante don Bosco, luego, como me consta, son soberbios, tercos, vanidosos, y todo por falta de una prudente dirección.

Me permito, por tanto, repetirle que don Bosco ha hecho y continúa haciendo mucho bien, pero hubiera sido mucho mejor que se hubiera atenido a la primera finalidad de su fundación y no hubiese pensado en formar casi un seminario de clérigos, para quienes ni siquiera ha hecho aún un reglamento. El Instituto, por tanto, tal y como ahora se encuentra, no está de ningún modo apto para ellos, y no se podrá esperar nunca de él un buen resultado para la Iglesia, salvo que los clérigos estén totalmente separados de los jóvenes aprendices de oficios profesionales, y que sean dirigidos por un docto director espiritual, para juzgar si dan muestras de verdadera vocación y si están provistos del espíritu que deben tener los eclesiásticos.

Me indica también V. S. Ilma. y Rvma. que el sacerdote don Bosco implora así mismo a Su Santidad la importantísima facultad de otorgar las dimisorias a los clérigos de su Instituto para las sagradas órdenes: confío **[369]** que me perdonará si, movido como estoy por el verdadero bien de la Iglesia, me tomo la libertad de presentarle mi manera de ver en tal caso y es que, si don Bosco llegara a conseguir tal gracia, causaría aquí muy desagradable impresión entre el clero y señaladamente entre el Capítulo Diocesano, uno de cuyos miembros, muy poderoso y celosísimo, que prudentemente acaba de ser nombrado prefecto y director del clero de esta ciudad, se lamentó muchas veces conmigo de los abusos de los clérigos del Instituto de don Bosco, indicándome, además, el grave daño que ocasionarían, si los mismos fueran librados de la autoridad del Ordinario.

Por cuanto he tenido el honor de exponerle, puede formarse una idea de los abusos existentes en estos clérigos, ya sea en cuanto a los estudios, ya sea en el descuido del verdadero espíritu eclesiástico.

Ahora bien: ¿qué funestas consecuencias no habría que deplorar, con el tiempo, si se diera a don Bosco la facultad de conceder las dimisorias para las órdenes y se apartase a esos clérigos de la vigilancia y jurisdicción del Ordinario? Esto acarrearía inevitablemente una división entre el clero, perjudicaría la disciplina eclesiástica, abriría el camino para los abusos, además del daño que causaría a la autoridad episcopal.

Y con respecto a este último punto no creo poderme dispensar de señalarle que este señor Arzobispo, conociendo el poco progreso en los estudios y en la disciplina eclesiástica de los clérigos de este Instituto, les obligó, para los exámenes y para las órdenes, a las mismas normas de los clérigos de la diócesis, disponiendo muy sabiamente, y con la aprobación de todos los buenos, que antes de ser admitidos a las sagradas órdenes se les obligara a pasar un año en el seminario diocesano. Estas disposiciones del Arzobispo no tuvieron la aprobación de don Bosco, el cual sigue todavía lamentándose de que el Arzobispo es poco favorable a su Instituto, que sus clérigos son objeto de discriminación por parte de profesores y examinadores y que, si esto sigue así, se verá obligado a cerrar el Instituto por culpa del Arzobispo.

Estas quejas me las manifestó don Bosco a mí mismo, hace unos meses, pero pudo convencerse de que yo no era de la misma opinión.

Además de esto, me tomo la libertad de indicarle otra circunstancia, y será la última para no abusar de la bondad de V. S. Ilma. y Rvma., pero me parece que será oportuna para poner más luz en el hecho y darle a conocer cómo van aquí las cosas.

A la vuelta de su último viaje a Roma, que tuvo lugar, si no me equivoco, en la

primavera de 1867, anduvo contando don Bosco (quiero creer que más por ingenuidad que por presunción), a ciertas distinguidas personas, conocidas suyas, y también a los sacerdotes y clérigos de su Instituto, que había recibido en esa Capital los más grandes agasajos y había encontrado altas y excelentes protecciones, que había sido buscado y **[370]** visitado por Prelados y Cardenales y que algunos de ellos hasta se arrodillaban ante él pidiéndole su bendición. Esto último me lo contó a mí mismo un sacerdote del Instituto de don Bosco haciéndose maravillas de él; por toda respuesta le hice observar que ello probaba cuánta y cuán grande era la piedad y humildad del Sacro Colegio y de la Prelatura Romana.

Y como don Bosco tiene muchas amistades entre el señorío turinés, que con sus generosos donativos concurre admirablemente al sostenimiento del Instituto, estas noticias corrieron pronto por la ciudad, y, si valieron para hacer de don Bosco un hombre de suma importancia ante algunos, alcanzaron poco crédito ante otros. Por tanto, si el alabado don Bosco consiguiera la facultad de que se trata, en las actuales contingencias, persuadiría una vez más a sus protectores partidarios de la infundada opinión en que ya están, a saber, que don Bosco, apoyado por el alto concepto de que es tenido en Roma, obtiene allí todo lo que quiere: y, en los días que corren, eso se consideraría por muchos como una victoria alcanzada por él mismo sobre el Arzobispo.

Me duele mucho haber tenido que señalar ciertos hechos y circunstancias poco favorables al citado don Bosco, a quien aprecio y quiero mucho, pero la estima y afecto que siento por este dignísimo sacerdote, como por cualquier otro, jamás podré con la gracia de Dios, anteponerlos a la verdad, la justicia y los deberes sacrosantos que me ligan a esa Santa Sede, a la que, desde hace más de veinte años, tengo el honor de prestar mis pobres servicios.

En fin, mientras doy a V. S. Ilma. mis más sinceras gracias por el honroso encargo que se ha dignado confiarme, quedaría muy satisfecho si este humildísimo informe fuera reconocido por V. S. Ilma., de algún modo suficiente para su fin y, al ofrecerle mis humildes servicios, aprovecho esta propicia oportunidad para profesarme, con los sentimientos de mi más distinguido respeto,

De V. S. Ilma. y Rvma.

Turín, 6 de agosto de 1868.

Su seguro servidor
CAYETANO TORTONE, *teólogo*

«¡Pobre don Bosco! De no haber estado Dios con él, hubiera quedado en la estacada». Así escribía don Juan Bonetti en el mismo margen de este documento cuando lo tuvo en sus manos.

En realidad, el informe es un tejido de errores y falsas apreciaciones del principio al fin. No dudamos en admitir la buena fe de monseñor Tortone, pero hay que decir que don Bosco **[371]** era mal juzgado por muchos. Quien así le juzgaba no había comprendido nada de su sistema educativo, nada de la misión apostólica del Siervo de Dios, nada de la Pía Sociedad Salesiana, alabada ya por la Santa Sede; pero, obcecado por prevenciones, recibía cualquier acusación de los perversos como verdad incontestable. La refutación

concluyente de estas acusaciones aparece elocuentemente en nuestros volúmenes. Sin embargo, no podemos dejar de hacer alguna reflexión.

Los clérigos de don Bosco, desde el principio del Oratorio, fueron siempre a clase al seminario y la mayor parte de ellos pasó los exámenes con elogio, mientras con privaciones, incomodidades y sacrificios enviaban centenares de alumnos a los seminarios; de modo que muchas diócesis, que carecían de sacerdotes, pudieron adquirir un clero numeroso. ¿Y se puede suponer que no tenían espíritu eclesiástico?

El Oratorio había empezado con una sencilla catequesis. Al catecismo se añadieron los entretenimientos, las escuelas nocturnas y dominicales; después el internado para muchachos pobres abandonados, las escuelas de artes y oficios y los mismos colegios de bachillerato. La obra de Dios se fue desarrollando gradualmente y, junto con los pobres, acudían también al Oratorio muchachos de familias de clase media que deseaban ponerlos bajo la dirección de don Bosco. ¿Cómo iba don Bosco a rechazarlos o no exigirles la módica pensión que podían pagar? Por lo demás, él continuó recibiendo gratuitamente a muchos niños necesitados.

Otra observación sobre la crítica más maliciosa contra la persona de don Bosco. Nosotros podemos y debemos declarar explícitamente que jamás le oímos vanagloriarse de las recepciones tenidas en Roma y en otros lugares: raras veces aludió a ellas en las conferencias privadas a sus hijos; siempre atribuía a la Pía Sociedad Salesiana, de la que era cabeza, los honores tributados a su persona, para animar a sus hijos acometidos de tantos modos y ¡para entonar un himno de humilde acción de gracias a la Virgen! Por lo demás en el caso específico a que se refiere ¿no había estado **[372]** con él don Juan Bautista Francesia? ¿Y quién podía impedir a tal hijo narrar las glorias del amadísimo padre?

Resulta por demás ingenua la opinión del desacuerdo con la familiaridad de clérigos y muchachos, ya fueran éstos aprendices o estudiantes, como lo eran en su mayoría. Lo que escandalizaba a los espectadores superficiales, encantaba a don Bosco, quien estaba seguro de que así se impedía todo mal moral y a la par estudiaba también las energías físicas y los modos de cada uno. Un día el clérigo Luis Lasagna, que ya era profesor, jugaba con sus alumnos a la pelota, pues era buen pelotari. Entró don Bosco en el patio en aquel momento y después de contemplarle un momento, dijo a Don Juan Garino que estaba a su lado:

—¿Ves a Lasagna? ¡Qué buena madera para hacer con él un misionero!

Y fue misionero y obispo.

El Venerable no tardó en enterarse del informe y manifestó al Capítulo de la Pía Sociedad el disgusto que experimentaba por la funesta impresión que había podido causar en el ánimo de los cardenales; pero no guardó rencor contra el que lo había redactado. Escribió don Joaquín Berto: «Un día observé al Siervo de Dios recibiendo en audiencia privada a monseñor Tortone con tantas y tales atenciones de aprecio y afecto, como si fuera uno de sus mayores y más sinceros amigos».

Esto sucedió muchas veces; y más todavía,tuvo ocasión de ayudarle y lo hizo con gusto. En 1869 estaba Monseñor en cama, con un ataque de artritis, y, aunque mal de su grado, mandó a su hermano a suplicar al Venerable que fuera a darle su bendición. El hermano, que era un verdadero bienhechor del Oratorio, y gran amigo de don Bosco, iba con frecuencia a visitarle y se complacía en observar el espíritu que lo animaba, el candor de los jóvenes y gozaba asistiendo a todas las fiestas de Valdocco. Cumplió, pues, el encargo. Don Bosco le atendió enseguida y el enfermo, apenas recibió la bendición, se sintió libre de sus dolores, se levantó y desde aquel día se convirtió en un gran protector del Oratorio.

Así lo cuenta don Pablo Albera.

Con todo esto, en agosto de 1868, esperaba el Venerable **[373]** obtener la aprobación de su Instituto; desconfiaba solamente de alcanzar la facultad de las dimisorias. Pero las pedía con insistencia, aun previendo, tal vez, las tribulaciones que le sobrevendrían durante años y años. Por eso no cesaba de recomendarse al consejo de personas influyentes y benévolas, y enviaba también al padre Oreglia los documentos para esta diligencia, rogándole se interesara personalmente por ella.

El padre Oreglia le contestaba:

Roma, 16 de agosto de 1868

Reverendísimo y apreciadísimo don Bosco:

He recibido a su tiempo su envío del 7 del corriente. Muy agradecido a la confianza que me dispensa y siempre dispuesto a servirle, lo mejor posible, por tantísimas razones. Me aconsejé antes con uno de nuestros padres, Consultor de los Obispos y Regulares, muy encariñado con V. S. y todo lo suyo. Me dijo que no creía prudente de ningún modo que yo fuera al cardenal Berardi; que no sacaría nada en limpio y, en cambio, le desagradaría se entrometiera en asuntos secretos una perso-

na extraña. Me dijo, sin embargo, que, según él, lo mejor era que usted mismo escribiera al Cardenal y le pidiese, no a través del organismo de la *Congregación*, sino por *intercesión privada del Cardenal al Padre Santo directamente* la gracia de poder presentar sus clérigos para ordenarse a los Obispos que prefiriera. De este modo, el Cardenal, si abriga esperanza, puede fácilmente obtenerlo para *un número o tiempo determinado.* Esta concesión ha de ser pedida de viva voz y comunicada a usted por carta diciendo: *ex audientia SS diei* etc. *Sanctissimus concesit* etc. (en audiencia del día, etc. Su Santidad concedió, etc.) Este rescripto se obtendrá fácilmente del Pontífice, se podrá confirmar año tras año y servirá de *título latente* para la aprobación regular de la Congregación.

Advierta que la Congregación concede, primero la aprobación, después la facultad de las dimisorias y éstas nunca se conceden si no es por dispensa papal; y si esta dispensa es pedida por medio del cardenal Berardi u otra persona adicta, se alcanzará; pero la Congregación se opondría mucho, si la cuestión tuviera que pasar por sus manos.

Tomando de este modo el asunto y pidiendo al cardenal Berardi el favor de que interceda ante el Padre Santo para que usted pueda presentar los clérigos, en número y en tiempo determinado, parece que todo se arreglará por ahora; y se tendrá además un título para obtener más en lo sucesivo.

[374] Le agradezco las noticias de Federico. Tengo mejores informes del conde de la Margherita. Los Padres de la *Civiltá Cattolica* le saludan; están bien y muy esperanzados. Nos encomiende al Señor y créame

Su seguro servidor
P. J. OREGLIA

También el cardenal Patrizi le informaba de sus gestiones ante el Santo Padre:

Reverendo Señor:

Recibí puntualmente, por manos de monseñor Manacorda, el libro enviado por usted y las medallas conmemorativas de la nueva iglesia ahí levantada; le doy las más rendidas gracias y ruego al Señor que bendiga y acreciente cuanto usted hace para su mayor gloria y bien de las almas.

De acuerdo con sus prisas he procurado conversar con el Padre Santo sobre el asunto que tanto le preocupa y que menciona en la carta a Su Santidad, cuya copia incluye en la mía. Sobre la respuesta que me dio el Padre Santo, veo que la gracia implorada encuentra dificultades por parte de los Obispos que no entienden consentir las ordenaciones de sus clérigos, sin que se observe cuanto prescriben los sagrados cánones. Ese es, en efecto, el estilo constante de la Santa Sede, que sólo permite tales ordenaciones cuando el Instituto Regular, al que pertenecen los ordenandos, esté debidamente aprobado, confirmado y reconocido a todos los efectos de derecho, como Orden y Congregación Regular.

Así las cosas, no sabría indicar qué medio hallar para arreglar el asunto, que, como indicaba, está todavía algo embrollado. Advierta, sin embargo, que cuanto escribo aquí lo he dicho, en parte, por cuanto indicó el Padre Santo, y en parte, por noticias tenidas de personas que conocen la instancia por usted presentada, pero todo por vía privada, y no oficialmente.

Basta; confíe en el Señor que sabe arreglar en un momento los asuntos más espinosos, si ello está de acuerdo con su voluntad. Ruegue por mí y considéreme con sincero aprecio

Roma, 30 de agosto de 1868.

Su afectísimo
P. Cardenal PATRIZI

Monseñor Svegliati presentaba entretanto al Sumo Pontífice, en una relación a propósito, su opinión o deseo.

[375]

SOBRE LA PIA SOCIEDAD DE SAN FRANCISCO DE SALES

En la audiencia del 1.º de julio de 1864, V. S. se dignó publicar un decreto de alabanza, relativo a la Pía Sociedad de San Francisco de Sales, fundada en Turín por el benemérito sacerdote Juan Bosco, dejando para tiempo más oportuno la aprobación de las correspondientes Constituciones, que debían, entre tanto, corregirse y modificarse, de acuerdo con las trece observaciones tenidas como necesarias u oportunas para el caso.

Vuelve de nuevo el antes citado Fundador a implorar de V. S. la aprobación del Instituto y de las Constituciones, o al menos la facultad de expedir las dimisorias para las ordenaciones de sus miembros, los cuales puedan además ser promovidos a las órdenes a título de mesa común; y finalmente poder dispensar de los votos simples trienales que se emiten por los socios durante el primer sexenio de su inscripción en la Sociedad.

Acerca de la aprobación de los Estatutos, sin embargo, es necesario observar que en el nuevo texto latino de los mismos no aparecen seis de las trece observaciones hechas anteriormente; a saber, la cuarta, en la cual se prescribía pedir las dimisorias al Obispo diocesano; la quinta, con el deber de conseguir el beneplácito apostólico para contraer deudas o enajenar; la séptima, para no fundar nuevas casas o aceptar la dirección de seminarios sin permiso de la Santa Sede; la novena, para no admitir seglares en el Instituto; la undécima, con la obligación de presentar a la Sagrada Congregación relación trienal del estado moral, religioso y económico de la Sociedad; la decimotercera, señalando que el mandato del Superior no obligue bajo pena de culpa. De estas observaciones, la undécima se asegura que fue acogida con júbilo, porque va dirigida a estrechar los vínculos de la Sociedad con la Santa Sede; pero no aparece en la nueva versión latina de los estatutos. Las otras se quisieran excluir por fútiles motivos.

Se juzgaría, pues, sumisamente prescribir la reforma exacta y literal del esquema-estatuto, de acuerdo con las observaciones arriba indicadas, por donde en lo sucesivo, cuando V. S. lo juzgue oportuno, pueda merecer aprobación el mismo Estatuto.

Con relación a la aprobación del Instituto, parece se debe reflexionar que éste cuenta todavía con pocos años de existencia y hasta el presente no ha redactado sus Constituciones según las correcciones impuestas por la Santa Sede a través de esta Sagrada Congregación. Por esto, parece que se debe aplazar.

Pertenecerá después a la iluminada sabiduría de V. S. deliberar si conviene dar consentimiento a las preces sobre las facultades que desea el Superior, de expedir las dimisorias para las ordenaciones de los socios y de dispensar de los votos simples

trienales; así como sobre el indulto en favor de los socios para poder ordenarse a título de mesa común.

Al pie de este escrito, añadió el Pontífice las siguientes palabras: *N. B.—Llévese al pleno de la Congregación.*

[376] Reunidos los cardenales de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, siendo Prefecto el cardenal Angel Quaglia, el consultor padre Savini, carmelita, leyó su voto acerca de la aprobación de la Pía Sociedad Salesiana. Apelando al Reglamento en uso de la Sagrada Congregación y declarando insuficientes las constituciones presentadas y con algún artículo contrario a los sagrados Cánones, falló que, en su opinión, debía responderse *negative*. He aquí su informe:

INFORME DEL CONSULTOR, PADRE SAVINI,
SOBRE LA PIA SOCIEDAD DE SAN FRANCISCO DE SALES:

1.º El Instituto denominado Sociedad de San Francisco de Sales, aparecido en Turín, hace ahora diez años, con la intención de atender a la juventud, principalmente pobre, ayudándola espiritual y materialmente, se compone de sacerdotes, clérigos y seglares ligados con votos simples de pobreza, castidad y obediencia, primero temporales, perpetuos después; regido por un Superior Mayor, asistido por Consejeros. Hace ahora cuatro años que dicho Instituto pidió a esta Santa Sede la aprobación y, a la vista de las cartas comendaticias de cuatro obispos, obtuvo del Solio Apostólico un decreto de alabanza y las observaciones sobre varios artículos de los correspondientes Estatutos.

2.º Ahora, el benemérito fundador, abate Bosco, ha presentado nuevas instancias para conseguir la *aprobación* del Instituto, de las así llamadas *Constituciones*, o por lo menos la facultad de expedir las dimisorias para la ordenación de los socios, aun *in sacris, título mensae comunis* (en las órdenes sagradas, a título de mesa común) y de poder dispensar de los votos simples trienales que emitan los socios durante el primer sexenio.

3.º Se opinaría negativamente, puesto que el Reglamento en uso de esta Sagrada Congregación exige que, desde el decreto de alabanza concedido a favor de un determinado Instituto, debe transcurrir un tiempo conveniente *(post congruum tempus),* hasta conceder la aprobación.

En el caso presente, han transcurrido cuatro años desde que el Instituto de San Francisco de Sales obtuvo un decreto de alabanza, período de tiempo no muy largo, ni suficiente para verificar las otras condiciones exigidas por el citado reglamento en los casos de aprobación.

4.º Ya que está prescrito por el mismo que el Instituto a aprobar goce de una discreta difusión *(si institutum satis diffusum fuerit)*; difusión que, de ordinario, no se realiza en el curso de unos pocos años. Además, por la situación actual, resulta que la Sociedad del abate Bosco no ha mejorado mucho, lo mismo en cuanto a lo personal que en cuanto a lo **[377]** material de nuevas fundaciones. Tenía cuatro casas hace cuatro años y no sabemos que haya aumentado su número; y, considerando los calamitosos tiempos que atraviesa Italia, es de temer que se haya visto reducido a Turín y lugares adyacentes.

5.º Mas, si al menos en esta situación hubiera testimonios de óptimos resultados y abundantes frutos recolectados por estos nuevos obreros *(si uberes fructus retulerint)*: pero la documentación presentada no aporta nada positivo a favor del Instituto. No hay en ella nuevas cartas comendaticias de obispos, ni informes de vicarios capitulares o de otros personajes distinguidos que pongan en claro la abundancia de la mies recogida por estos diligentes operarios.

6.º Ultima condición requerida también por el *Methodus* etc., es que el Instituto tenga un cuerpo de Constituciones completas y acabadas de modo de que no presenten graves dificultades *(Si Constitutiones efformatae fuerint, nec in sustantialibus graves difficultates praeseferant)*. La Sociedad de San Francisco de Sales no tiene ese cuerpo de Constituciones completas, pues no merecen tal nombre los pocos artículos presentados a la Sagrada Congregación, que, a lo sumo, pueden tomarse como base y esencia de Constituciones a redactar y no como un cuerpo compacto y completo de Constituciones como las que se requieren para regir un Instituto, que tiende a actuar en infinidad de cosas que exigen las necesidades espirituales y materiales de la juventud pobre.

7.º Los pocos Estatutos orgánicos presentados no están exentos de graves dificultades, como dan fe de ello las observaciones por ellos provocadas. Observaciones que, si remedian mucho, no quitan, sin embargo, todo el inconveniente que podría temerse. A modo de ejemplo:

—Se dispone en dichos Estatutos que los socios acepten la dirección de Seminarios episcopales, y no es éste el último campo de su celo. Las observaciones se limitan a corregir tal prescripción, exigiendo que no se lleve a cabo, sino después de un Rescripto de esta Sagrada Congregación. El remedio es bueno pero insuficiente, porque la dirección de los seminarios corresponde al Obispo, de los sacerdotes seculares, como atestigua con acierto san Carlos Borromeo en sus áureos escritos y lo rubricó con el ejemplo. Aunque aquel glorioso santo estuviera acostumbrado a servirse de Regulares para los asuntos de su iglesia, no juzgó oportuno servirse de los mismos para la dirección de sus seminarios y, apenas tuvo sujetos idóneos en el clero secular, se despidió de los Regulares, empleados antes para dicha dirección. Y se tuvo esta determinación del Santo por tan justa y conforme con las reglas de la disciplina eclesiástica, que cooperó a ello la misma voluntad de los Regulares, antes ocupados, más amantes del bien de la Iglesia, que de las comodidades privadas, como asegura Giussano, apreciadísimo biógrafo de san Carlos Borromeo.

Se dan casos en los que falta el sacerdote secular preparado para regir el seminario, y, entonces, el Obispo diocesano, juez competente, debe recurrir a la ayuda de un regular, monje, fraile dotado de prudencia y capacidad para regir y hacer florecer un colegio. Pero terminada **[378]** la urgencia temporal, el hombre del claustro debe tornar a su convento y el Seminario debe ser regido por sacerdotes. No hay, pues, necesidad de que surjan Institutos con la finalidad de dirigir seminarios, ni bajo tal punto de vista merecen la aprobación de esta Sagrada Congregación. Ruego, no obstante, que sea bajo censura etc.

Convento de Traspontina, 22 de septiembre de 1868.

Fray ANGEL SAVINI C. C.

Después de esta relación, el voto de la Sagrada Congregación fue también negativo. Monseñor Svegliati se lo comunicaba así a don Bosco.

Ilmo. y M. R. Señor:

Siento comunicarle que todavía no se puedan aprobar las Constituciones de su Instituto, ya que convendría modificar sustancialmente dos de los artículos principales. El primero es el de las dimisorias para la ordenación de los clérigos. El segundo se refiere a los estudios de los mismos clérigos, que el Arzobispo exige se hagan en el seminario diocesano.

En cuanto a las dimisorias, ninguno de los Institutos, recientemente aprobados, goza del privilegio de permitir las ordenaciones por la sencilla razón de que, pudiendo los ordenados ser fácilmente expulsados por su Superior, o sobrantes en el Instituto, los Obispos se verían obligados, a pesar suyo, a retenerlos en las respectivas diócesis, sin haber tomado parte alguna en la ordenación de los mismos.

Y en cuanto a las clases tenidas por los clérigos dentro del mismo Instituto, éstas no siempre pueden presentar las garantías de los seminarios, que son vigilados por los Obispos. Mientras V. S. se halle al frente de la dirección del Instituto, estoy seguro de que la enseñanza será tal y como puede desearse; pero, como una vez que sean aprobadas las Constituciones, deben servir de norma para sus sucesores, es necesario adoptar las reglas que valgan para regular el Instituto, sea quien fuere el Director del mismo.

Por tanto, las clases para los clérigos no pueden admitirse si no es bajo la exclusiva dependencia del Obispo. No puedo ocultarle que varios obispos se han dirigido directamente a la Sagrada Congregación, para que no fueran aprobados los artículos a que me refiero; dado que los clérigos pertenecientes a su Instituto no siempre alcanzan la suficiente instrucción, ya sea porque no disfrutan del tiempo necesario para los estudios, por estar ocupados en la asistencia de los muchachos que se encuentran en el establecimiento, ya sea también porque los maestros no siempre responden a las necesidades de los artículos señalados.

Lo demás puede ser aprobado con ligeras modificaciones, si bien se hubiera deseado que todas las observaciones hechas en otra circunstancia hubieran sido incluidas en las citadas Constituciones.

[379] No puedo cerrar la presente sin indicarle brevemente que los mismos Obispos, que se oponen a los artículos relativos a los clérigos, alaban muchísimo su celo por todo lo demás y elogian la Institución.

Sin necesidad de indicarlo, V. S. comprenderá fácilmente que cuanto hasta aquí he escrito me ha sido mandado por quien puede darme disposiciones para ello y por eso no debe tomar mis palabras como expresión de una opinión particular.

Aprovecho esta ocasión para animarle a no dejar de hacer el mayor bien que pueda a la juventud, que tanto necesita de instrucción cristiana, y al mismo tiempo me profeso con sincero aprecio.

2 de octubre de 1868.

Su seguro servidor
Monseñor SVEGLIATI, *Secretario*

Al M. R. señor don Juan Bosco,
Superior del Instituto de San Francisco de Sales

Las dificultades con que don Bosco tropezaba para que la Santa Sede aprobara su Pía Sociedad nacían de las mismas Constituciones que, bajo cierto punto de vista, parecían una novedad, porque estaban adaptadas a los dificilísimos tiempos que corrían, como ya hemos observado en otra parte; nacían de la oposición de quien habría preferido que el Oratorio fuese un Instituto diocesano nada más y, por consiguiente, se espantaba de todo lo que el Venerable se veía obligado a hacer como fundador de una nueva sociedad eclesiástica; nacían de una equivocada interpretación del artículo primero de las Reglas «sobre el fin de la Pía Sociedad» en el que se leía que también era su finalidad *la educación del clero joven* o sea, la formación de muchos jovencitos recogidos en nuestras casas para los estudios, con la idea principal de prepararlos para la carrera eclesiástica, puesto que las Reglas no indicaban, sino en segundo lugar, los seminarios dependientes de los Obispos.

El Venerable no se amedrentó por esta negativa: y ante las modificaciones propuestas, que no estaban de acuerdo con sus ideas sobre el fin que quería dar al Instituto, aunque dispuesto a la obediencia cuando le fuera impuesta, no desistió de dar explicaciones y de intensificar las gestiones para **[380]** conseguir su intento, siempre con una calma imperturbable y respetuosa. Sabía que Pío IX estaba muy a favor, que hasta él mismo en persona había dado explicaciones sobre tales dudas al prefecto de la Sagrada Congregación. Pero era una prudente norma del Pontífice que toda cuestión eclesiástica fuera presentada, discutida y definida regularmente por las Sagradas Congregaciones; y sólo en ciertos casos, y por favor, hacía uso de la suprema autoridad. En los momentos más difíciles fueron, sin duda, los consejos de Pío IX los que permitieron al Siervo de Dios superar gravísimos obstáculos, como veremos.

[381]

CAPITULO XXX

EL MINISTERIO DE OBRAS PUBLICAS SUBVENCIONA AL ORATORIO – GENEROSA LIMOSNA DE UNA ANCIANA SALVADA DE UN INCENDIO POR INTERCESION DE MARIA AUXILIADORA – DON BOSCO PROMETE ORACIONES ESPECIALES A UNA CONDESA DE MILAN PARA SU HIJO ENFERMO – VA A I BECCHI PARA LA FIESTA DEL ROSARIO – CARTA AL CABALLERO OREGLIA: LE RECOMIENDA LA NUEVA OBRA DE LA BIBLIOTECA PARA LA JUVENTUD ITALIANA; LE DA NOTICIAS DE LA FIESTA Y DE LOS MUCHACHOS QUE TRABAJAN CON EL – OTRA CARTA AL DIRECTOR DE LANZO: LE PIDE UNA RELACION DE LOS ALUMNOS DE LA DIOCESIS DE GENOVA; AVISOS IMPORTANTES: RECOMIENDA LA DIFUSION DE LAS LECTURAS CATOLICAS *– DON BOSCO ESCRIBE AL PREFECTO DE MIRABELLO: AVISOS PARA LOS SUPERIORES DE AQUEL COLEGIO; TOMA DE SOTANA DE UN CLERIGO; CONDICIONES PARA ACEPTAR EN EL ORATORIO A UN MUCHACHO RECOMENDADO; QUIERE A TODA COSTA QUE EL COLEGIO SE LLENE DE ALUMNOS – UN ARTICULO DE LA* UNIDAD CATOLICA *EN ALABANZA DE AQUEL COLEGIO – DON BOSCO VUELVE AL ORATORIO: SUS PRIMERAS PALABRAS A LOS MUCHACHOS SON PARA EXHORTARLES A ROGAR A LA VIRGEN QUE LES MANTENGA ALEJADOS DEL PECADO – MAESTRO Y MODELO DE LA VIRTUD ANGELICA CON LA PALABRA Y EL EJEMPLO – ALGUNOS TESTIMONIOS – INFORME SOBRE LA ESCUELA DEL ORATORIO DE SAN LUIS – CARTA DE DON BOSCO A DON JUAN BONETTI: ESPERA QUE EL DELEGADO PROVINCIAL DE ESTUDIOS RECONOZCA EL COLEGIO DE MIRABELLO COMO SEMINARIO MENOR; QUE DIGA AL OBISPO QUE CONFIRME POR ESCRITO LA VERDAD DE SU AFIRMACION – CARTA DE DON BOSCO A LA CONDESA CALLORI: EL EDIFICIO DESTINADO A LICEO SE CUBRIRA ESTE AÑO; BUENAS NOTICIAS DE SU HIJO – SE EMPIEZA A HACER EL PAN EN EL ORATORIO – DON BOSCO ESCRIBE A UN SACERDOTE DE LUCCA: LE AGRADECE UNA LIMOSNA Y LE* **[382]** *INVITA A IR A TURIN; LE ENVIA UNAS*

MEDALLAS PARA VARIAS PERSONAS - DON ALMERICO GUERRA OFRECE A DON BOSCO UN LIBRO DE NOVENAS EN HONOR DE MARIA SANTISIMA - LOS MUCHACHOS VUELVEN DE VACACIONES - MUERTE DEL JOVEN VENERANDO CASTELLI - BREVE CHARLA DE DON BOSCO - OBTIENE DEL MINISTERIO DE LA GUERRA PRENDAS MILITARES EN DESUSO - ESPANTOSAS INUNDACIONES EN EL NORTE DE ITALIA: DON BOSCO OFRECE ALBERGUE PARA DOS NIÑOS DE FAMILIAS PERJUDICADAS

SE preparaba don Bosco para ir a I Becchi con sus muchachos a la fiesta del Santo Rosario cuando recibió del Ministerio de Obras Públicas la siguiente carta:

Florencia, octubre de 1868

La contabilidad de los recursos del Capítulo correspondiente a subvenciones del Balance del año corriente, no permitió otorgar al Instituto dirigido por V. S. una subvención superior a trescientas liras, por cuyo importe se ha extendido a su favor el correspondiente mandamiento de pago, exigible en esta Pagaduría Provincial.

Al hacer sabedor de ello a V. S. para su norma, desagrada al que esto escribe tener que añadir que, al renovar dicha subvención el próximo año, experimentará la mayor reducción que se ha debido introducir en esta sección de gastos en el proyecto del Balance de 1869, como consecuencia de las deliberaciones tomadas por el Parlamento en la discusión de dicho Balance.

El Comisario General
BELLA

Era éste el momento en que más falto andaba el Oratorio de socorros, puesto que todos los señores estaban en sus casas de campo lejos de la ciudad, en la montaña o en la playa. Esta falta de ayudas, a lo mejor prometidas y esperadas, ponía a don Bosco en graves aprietos para hacer gastos y pagar alguna deuda. Acababa de leer la carta ministerial y de dar gracias a la Virgen por aquel socorro, cuando vio «entrar en su habitación una buena viejecita que le dijo la mar de satisfecha:

[383] »—Mire usted, don Bosco: aquí tiene a esta pobre mujer viva por un milagro de María Auxiliadora. Estaba yo en casa, cuando un incendio repentino y violento me cerró toda salida. Las llamas me asaltaban y bloqueaban, y empezaron a arder mis vestidos. Sentía ya la quemazón del fuego en mi cuerpo, cuando me acordé de María Auxiliadora y dije: «María Auxiliadora, no permitáis que ten-

ga una muerte tan desgraciada». Apenas dije esto, se apagaron las llamas a mi alrededor y desaparecieron hasta las señales de las quemaduras que tenía por el cuerpo y en las manos. Otros me ayudaron a salir de aquel lugar, pero mientras yo estuve allí las llamas no avanzaron.

»Y dicho esto, entregó a don Bosco para la Virgen una limosna de tres mil liras, fruto de los ahorros de toda la vida, pues era una pobre obrera».

Esta narración está escrita por el caballero Oreglia a la reverenda madre Galeffi.

Por aquellos días llegáronle a don Bosco otras cartas de personas que se encomendaban a sus oraciones. Por la mañana del 3 de octubre, antes de salir para I Becchi, respondía a la condesa Caccia Dominioni, de Milán.

Turín, 3 de octubre de 1868

Benemérita señora Condesa:

No tenía idea clara de las incomodidades por las que pasa su hijo. Creía yo que se trataba de cansancio; ahora no dejaré de elevar oraciones especiales por él. A mediados del corriente mes, espero hacer un viaje a Milán y, en el caso de que ya hubieran vuelto del campo, le daré una bendición especial; si no estuviere todavía en Milán, se la mandaré desde la tumba de san Carlos, adonde espero ir a celebrar la santa misa.

Tenga por cierto, señora Condesa, que todos los días la encomiendo en la santa misa y en nuestras oraciones de comunidad, y con usted a toda su familia. La vida del cristiano es vida de fe: esperémoslo todo de la bondad del Señor. Me encuentro en Castelnuovo de Asti con parte de mi familia; dentro de pocos días estaré de nuevo en Turín.

[384] Que Dios bendiga a usted y a toda su familia y les dé a todos salud y largos años de vida feliz.

Ruegue por mí, que agradecido me profeso

Su afmo. y seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

El 4 de octubre, no acudió mucha gente a las funciones religiosas de I Becchi, a causa del mal tiempo. Desde allí escribió don Bosco a Turín, Lanzo y Mirabello, dando encargos y consejos.

Castelnuovo, 5 de octubre de 1868

Queridísimo caballero Oreglia:

Observe si ya se respondió sobre el joven recomendado por don Jacinto Bianchi. Espero que sea admitido; tuve carta y no sé dónde ha ido a parar.

No deje dormir la obra de la Biblioteca para la Juventud Italiana. El viernes por la noche estaré en Turín; el sábado y el domingo puedo ocuparme de ello; el lunes, de nuevo, saldré de casa.

Ayer llovió todo el día; hoy tenemos sol; los muchachos gozan todos de buena salud y salen en este momento para ir a comer la polenta en casa del párroco de Castelnuovo. El conde y la condesa Arnaud fueron ayer a Turín. Alberto estuvo aquí y me encargó le saludara en su nombre.

Animo, querido Caballero, luchemos, no estamos solos, Dios está con nosotros; la vida es breve, las espinas del tiempo son flores para la eternidad.

Dios nos bendiga a todos. *Amén.*

Afmo. en Jesucristo
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Castelnuovo, 5 de octubre de 1868

Carísimo Lemoyne:

Espero que trabajarás para llenar el Colegio de Lanzo hasta los topes.

Envíame una lista de los muchachos pertenecientes a la diócesis de Génova, que fueron o son alumnos del colegio de Lanzo.

Estoy en Castelnuovo; el viernes por la noche espero estar en Turín.

A Demagistris: *Esto vir* (sé valiente).

Saluda a todos de mi parte y créeme

Afmo. en Jesucristo
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P. D. Recuerdos importantísimos para el director de una casa:

1.° Observa todo.

2.° Vete por todas partes.

[385] 3.° Habla con todos.

4.° Confianza con los superiores subalternos.

Aconséjate a menudo con don Francisco Bodratto. Te recomiendo *totis viribus* (con todas mis fuerzas) la difusión del plan de suscripción a las *Lecturas Católicas.*

Queridísimo Provera:

Había pensado hacer un viajecito a Mirabello, pero el barullo de estos días me lo ha impedido; es más, me hizo interrumpir la ruta y volveré a Turín. Escríbeme qué te sucede y te contestaré, a tono. Entre tanto, procura hablar con frecuencia con don Francisco Cerruti y don Juan Bonetti; avisaos y aconsejaos: *alter alterius onera portate, et sic adimplebitis legem Christi* (llevad los unos las cargas de los otros y así cumpliréis la ley de Cristo).

Dirás a Bussi, de Giarole, que si la delegación para la imposición de sotana está hecha a nombre de su párroco, debe imponérsela en la parroquia. Pero si, después, la delegación se hace a mi nombre, se le impondrá en el Oratorio. Pero ésta debe hacerse por el mismo que ha sido delegado para ello por el Obispo. Llama un momento a M... *(un joven)*, y dile que estoy dispuesto a recibirle, a condición de que me prometa: 1.°, no dar escándalo con palabras ni con obras a sus compañeros; 2.°, al

menor escándalo de algo contra la modestia, yo estoy obligado a mandarlo inmediatamente a casa.

¿Cuántos alumnos nuevos aceptados para este año? Ya te habrá dicho don Juan Bonetti que quiero que lleguemos a ciento setenta; de otro modo, os mandaré algunos de Turín *gratis* hasta que lleguemos a ese número, así que procurad encontrarlos en otro sitio[1].

¿Están bien don Francisco Cerruti y don Juan Bonetti?

Salúdame a tus padres y a todos los del seminario.

Que Dios nos ayude a perseverar en el bien; créeme siempre en el Señor

Castelnuovo, 5 de octubre de 1868.

Afmo. amigo
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[386] Don Bosco volvía de Castelnuovo a Turín el día 9, viernes, y el domingo por la noche, después de las oraciones, invitaba a todos los muchachos a pasar bien las fiestas de la Virgen que se celebran en este mes: les dijo que rogasen a la Virgen para que les ayudara a tener lejos el pecado, especialmente contra la bella virtud de la pureza.

Aquella charla era como la introducción a tantos avisos como les daría a lo largo del año. Le hemos oído con frecuencia repetir desde el púlpito la amonestación de san Pablo a los Corintios: *Corrumpunt mores bonos colloquia mala* (las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres). Bajo los pórticos, por la noche, explicó el versículo del Eclesiástico, capítulo XXVIII: «Cerca tu hacienda con espinos, no escuches la mala lengua y pon puerta y cerrojo a tu boca».

Cuando hablaba de la huida de los malos compañeros, hacía suyas las palabras del Apóstol de las gentes: «Si hay alguno entre vosotros, que, a pesar de llamarse hermano, es desvergonzado... escandaloso... maldiciente, no debéis acercaros a él y ni siquiera comer con él».

---

[1] La *Unidad Católica*, del 7 de octubre, publicaba estas líneas sobre el Colegio-internado de Mirabello: —Entre los centros de educación que con gusto recomendamos a los padres católicos nos es grato señalar el colegio-internado, llamado *Seminario Menor de San Carlos en Mirabello, cerca de Casale*. La amenidad del lugar, la dedicación de los superiores, la asistencia del celoso Obispo de la diócesis y el buen resultado obtenido durante muchos años con los alumnos, son garantía de que nada falta de cuanto puede contribuir al provecho científico, moral y sanitario de los alumnos. La enseñanza está de acuerdo con los programas oficiales y comprende los cuatro cursos elementales y los cinco de bachillerato. Hay dos tipos de pensión: una de veinticuatro liras mensuales y otra de treinta y cinco. Las peticiones se dirigen a S. E. el Obispo de Casale, o bien al Director del Colegio arriba nombrado. A este pueblo se va por el ferrocarril Alessandria-Vercelli, hasta Giarole. Aquí hay un *ómnibus* que, en menos de un cuarto de hora, traslada regularmente viajeros y equipajes a su destino.

Procuraba inculcar la bella virtud en el corazón de los jóvenes con palabras y formas delicadísimas. En lo concerniente a la compostura exterior, prohibía a menudo la excesiva familiaridad en razón de la buena educación, la urbanidad y el respeto mutuo.

Don Bosco era un modelo de compostura. Cuenta don Francisco Dalmazzo: «Desde que conocí a don Bosco, quedé impresionado por la modestia con que hablaba a los muchachos. Jamás se permitía con ellos esas familiaridades que ciertamente no desdicen de un sacerdote en medio de los muchachos. Ordinariamente tenía los ojos bajos, cuando hablaba, aunque los alumnos se percataran por alguna rápida mirada de que poseía una vista finísima y escrutadora».

Su hablar era limpísimo.

Pudimos advertir muchas veces su discreción. Si oía a alguien hablar del vicio opuesto a la virtud de la castidad **[387]** con alguna frase imprudente, decía:

—San Pablo no quiere que se hable de estas cosas entre cristianos.

Y añadía:

—¿Por qué no podéis encomiar la virtud angélica en vez de mancharos la boca con esas palabras?

Si sucedía que se aludía en su presencia, a un hecho escandaloso del que hablaban los periódicos, se ponía serio de pronto y, después, imponía silencio, mostrando claramente que no podía soportar tales conversaciones.

Y en cambio, brotaban jaculatorias de su corazón para que el Señor le preservara del pecado.

Acompañábale un día al Refugio el reverendo Merlone, y le oyó exclamar en voz baja, antes de entrar:

—*Fac, Domine, ut servem cor et corpus meum inmaculatum tibi ut non confundar* (Haz, Señor, que guarde mi corazón y mi cuerpo inmaculado para Ti, para no ser confundido).

Y volviéndose a él añadió:

—Mira, amigo mío, un sacerdote fiel a su vocación es un ángel; y quien no es así, ¿qué resulta? Se convierte en objeto de compasión y de desprecio para el mundo.

Todos veían un ángel en don Bosco.

Atestiguó don Francisco Dalmazzo que, un día del año 1868, le acompañó al Instituto de las Huerfanitas de Turín, donde residían más de cien doncellas. Con gran maravilla suya vio que todas las religiosas y las jóvenes estaban de rodillas a sus pies, con tal venera-

ción como no lo hubieran hecho ante un santo. Al salir preguntó por qué guardaban aquel ademán ante él y respondió:

—Todo procede del concepto que esta casa tiene de la castidad sacerdotal.

Y añadió don Bosco para su enseñanza:

—Cuando un sacerdote vive puro y casto, se convierte en dueño de los corazones y obtiene la veneración de los fieles.

Era muy circunspecto en el trato con las personas de otro sexo, de la nobleza o del pueblo que, desde 1865 hasta el fin de sus días, acudieron en número incalculable a visitarle, por razón de su ministerio, para acudir a María Santísima o para recomendar muchachos; **[388]** nunca clavaba los ojos en su rostro y jamás les estrechaba la mano; sólo permitía, y no siempre, que le besaran la suya. En la habitación se sentaba a cierta distancia de ellas. Procuraba, dentro de lo posible, ser breve y, si alguna vez se alargaba la conversación, decía para excusarse, con san Francisco de Sales:

—¿Acaso no es una gran caridad dejarles hablar? ¡Lo necesitan mucho las pobrecitas!

Y todos admiraban su compostura. Aunque, con ocasión de fiestas, había muchas que se agolpaban en su derredor, en la sacristía o en el patio, para conseguir su bendición, se veía en ellas un profundo sentimiento de respeto y de veneración hacia él. Nunca se oyó a ninguno de los espectadores hacer la más mínima recriminación sobre su conducta.

Monseñor Galletti, obispo de Alba, le apreciaba tanto que, habiendo ido a visitar a don Bosco, entró en su habitación, sin estar él presente, y dijo:

—¡Qué suave perfume de santidad hay aquí dentro!

Era la habitación de la oración, de las vigilias, del trabajo, de la mortificación y hasta de las más pequeñas cosas; en suma era la habitación de una alma pura.

«La castidad, atestiguó el canónigo Berrone que fue alumno aquel año, se leía en su mirada, en su compostura, en las palabras, en todos sus actos; bastaba mirarle para sentir el perfume de su virtud: estoy plenamente convencido de que llevó a la tumba la estola de la inocencia bautismal.—Y, como fruto de sus santas máximas y de sus buenos ejemplos, recuerdo con agrado que en el Oratorio florecía esta bella virtud».

Apenas volvió de Castelnuovo, don Bosco empezó a examinar las relaciones escritas que, al terminar cada año escolástico, debían enviarle los directores acerca de la marcha y estado de cada una de

las casas y de los Oratorios festivos. Para él, hombre de experiencia, era el modo de remediar al año siguiente los inconvenientes que hubiere habido.

Se conserva la siguiente relación de la escuela aneja al Oratorio de San Luis en Puerta Nueva:

[389] *Resumen de cuentas de la escuela de San Luis durante el año escolar de 1867-68.*

Entradas

	Liras
Por subscripciones y limosnas	665
Cuestación hecha en los ejercicios en *S. Ignacio*	215
Eventuales	14,30
Total	894,30

Gastos

	Liras
Sueldo del maestro	600
Premios	168,30
Leña para la chimenea	10,80
Material escolar	66,75
Reparaciones	36,45
Al portero	10
Total	892,30[1]

Observaciones

El número de alumnos matriculados llegó a ciento veintidós. Algunos abandonaron la escuela al abrirse las de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, o las municipales, a las cuales se envió el mayor número posible, a fin de que pudieran tener buenos maestros. Como unos diez salieron a lo largo del año de la escuela de los protestantes para acudir a ésta. Se organizó con algunos una especie de patronato, procurando colocarlos a trabajar con patronos honrados y religiosos. Aunque no ha habido en general una asistencia muy regular, sin embargo, se presentaron setenta y cinco al examen de mitad de año y sesenta a fin de curso. El aprovechamiento en los estudios de algunos alumnos ha sido discretamente satisfactorio, principalmente en Catecismo e Historia Sagrada. Pero el de la mayor parte ha sido bastante escaso; ello debe atribuirse a las siguientes razones:

1.º Benignidad del maestro para mantener la disciplina, y por tanto:
2.º Asistencia irregular y tardanza para entrar en clase.
3.ª Negligencia de los padres.
4.ª Número demasiado crecido de alumnos.

[1] En un afán contable (digo yo), iguala el original *entradas* y *gastos*, por un total de 894,30 liras. Se ve que erró alguna partida, o dejó de añadir esa *diferencia a nivelar* existente, de 2 liras. *(N. del T.)*

5.ª Las muchas secciones en que hubo que dividir la clase.
6.ª Local no apto.
7.ª Economía observada para proveer de libros y cuadernos.
N. B. Se tuvo el ofrecimiento de material escolar por valor de cincuenta liras aproximadamente.

Al mismo tiempo, designado ya el personal docente para las escuelas, había que asegurar la aprobación **[390]** de la Autoridad académica y del colegio de Mirabello, que no necesitaba los diplomas legales, si el Delegado de estudios de Alessandria seguía reconociendo el colegio como seminario menor de la diócesis.

Don Bosco le había escrito en este sentido e informaba de la respueta al Director.

Carísimo Bonetti:

Te acompaño la carta que me ha escrito el Delegado. De ésta se deduce que no tendremos dificultades y, en el caso de que también debiéramos presentar la lista de los maestros, no por eso seremos molestados. Pero pienso que pasaremos sin ello.

Yo creo que el Obispo podría escribirme una carta a propósito de cuanto te indico aquí. Después provea él como mejor le parezca, con tal que sigamos el camino que el mismo Delegado parece querer trazarnos para sostener la autonomía del Seminario Menor.

Presenta mis atentos y humildes saludos a Monseñor, a quien espero poder saludar de palabra muy pronto.

Dios os bendiga a todos y rogad siempre por mí.

Afmo. en Jesucristo
JUAN BOSCO, *Pbro.*

También andaba ocupado el Venerable con el acabado de algunas construcciones. Ya hemos dicho que abrigaba la idea de fundar un liceo en Turín. Como no pudo aceptar el ofrecimiento hecho por la señora Chirio, había determinado construir para tal fin un edificio en el Oratorio, a la parte del mediodía, y, en efecto, había abierto los cimientos a lo largo de la calle Cottolengo, hasta casi los dos tercios de la cerca del patio, llamado más tarde de María Auxiliadora. El espacio comprendido entre este edificio de dos plantas con pórticos y la iglesia, estaba ocupado por una casita propiedad de un tal Coriasco, carpintero.

Pues bien, escribía la siguiente carta a la Condesa Callori, sobre sus proyectos para el liceo y otras cosas:

Benemérita señora Condesa:

Esté tranquila V. S., que no debe nada a nuestra tipografía por los ejemplares de *El Católico Instruido*; aún deben enviarle más a su simple petición.

[391] En cuanto al local para el liceo, sigo adelante a toda prisa y, aunque he debido superar muchas dificultades, espero en el Señor que este año se cubrirá, y que en la próxima primavera será terminado rápidamente.

Mas, para evitar rivalidades y enemistades, he de continuar con el método seguido hasta ahora: hacer sin hablar. En efecto, el año pasado teníamos veinticinco filósofos y este año tenemos treinta y cinco. Estudian, se examinan, pero nadie sabe nada de ello.

En cuanto al dinero que usted dice, si puede dármelo en noviembre, o diciembre, como me indicaba en otra ocasión, será muy oportuno; de otro modo haga como le convenga, que nosotros lo aceptaremos siempre con el mayor agradecimiento, en cualquier tiempo y medida.

No dejaré, señora Condesa, de rogar cada día en la santa misa por usted y toda su respetable familia, a la que indistintamente ofrezco los sentimientos de mi más ferviente gratitud.

El domingo vino Bimbo al Oratorio con sus compañeros y un asistente. Pude hablar con él libremente. Está muy bien y muy contento; me encargó dijera a todos los de casa que todo lo suyo va bien.

Dios bendiga a usted y a toda su familia, ruegue por mi pobre alma y créame profundamente agradecido.

De V. S. B.

Turín, 14 de octubre de 1868.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

En esta carta incluyó don Bosco un programa de suscripción a las *Lecturas Católicas*, sobre el que escribió de su puño y letra: *Se recomienda encarecidamente su difusión.*

La crónica de don Miguel Rúa dice: Don Bosco pensó también instalar un horno para cocer el pan en casa y no tener que servirse de los panaderos de la calle. Tomó a algunos conocedores del oficio, contentos de vivir con él, y construyó el horno en los sótanos de la iglesia de María Auxiliadora. Se inauguró el 19 de noviembre, víspera de los santos mártires Solutor, Adventor y Octavio, venerados en la iglesia, y se puso bajo su patrocinio. Al día siguiente se anunciaba su fiesta con el toque de campanas, al *Ave María* de la mañana, con el adorno de su altar, con las comuniones más numerosas, según se había recomendado, y con la bendición solemne del Santísimo **[392]** por la tarde.

Y con la protección de los mártires, aquel horno debía prosperar. A partir de aquel día (19) se empezó a hacer el pan. Diariamente ha-

bía que cocer de seiscientos a setecientos kilogramos. Hace treinta y nueve años que constantemente se realiza tan maravillosa producción, facilitada hoy en día con el horno a vapor y la amasadora mecánica. Durante algún tiempo se añadió, además, una máquina para fabricar fideos y pasta de sopa.

En medio de tantas ocupaciones y de la continua petición de sus oraciones ante María Auxiliadora, no olvidaba el Venerable *su pobre alma.* Así nos lo demuestran dos cartas escritas por aquellos días a don Salvador Bertini, de Lucca.

Queridísimo don Salvador:

He recibido su apreciada carta con la limosna que me envía de parte de la familia Catturegli; se lo agradezco de todo corazón. Hice las oraciones que me indicaba; y seguiré encomendando todos los días en la santa misa a ese jefe, que no hace de tal en la familia.

Querido don Salvador, pido al Señor que le dé caridad y paciencia y un poco de ánimo para venir a Turín, ver la iglesia de María Auxiliadora y celebrarnos una misa. Tenemos una habitación a su disposición.

Dios le bendiga a usted y sus trabajos y créame con todo afecto,

De V. S. carísima,

Turín, 14 de octubre de 1868.

Afmo. amigo
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Queridísimo don Salvador:

Espero que, detrás de la carta, llegará también su persona. Le envío unas cuantas medallas para entregar a las personas que necesitan gracias de María Auxiliadora. Que las lleven con fe y espero que obtendrán los maravillosos efectos que tantos otros han obtenido y que todos los días se obtienen.

Querido don Salvador, esté seguro de que, en mi poquedad, le encomiendo cada día en la santa misa; rogaré también por las personas que me recomienda.

[393] Que rueguen igualmente ellas por mi pobre alma. Dios nos ayude a perseverar en el camino del cielo. *Amén.*

Turín, 28 de octubre de 1868.

Su afmo. amigo
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Había también en Lucca otro sacerdote y distinguido escritor, don Americo Guerra, que era amigo de don Bosco. Había impreso un libro: *Novenas de preparación a las principales fiestas de María Santísima, con un septenario en honor de sus dolores*; y envió un ejemplar a don Bosco con esta notita:

M. R. señor don Juan Bosco:

Me atrevo a enviarle este librito rogando a V. S. M. R., por caridad, me encomiende encarecidamente a la Bienaventurada Virgen María Auxiliadora a fin de que se digne obtenerme los auxilios divinos que necesita mi alma y, si a Dios place, también un poco de salud para ayudar al prójimo, especialmente con los oficios del ministerio sacerdotal.

Lucca, 19 de octubre de 1868.

Su afmo. y seguro servidor en Cristo
ALMERICO GUERRA, *Pbro.*

Entre tanto volvían de vacaciones los muchachos y fraternizaban con otro centenar de alumnos nuevos, admitidos por don Bosco y recibidos con alegría por los que no se habían movido del Oratorio. Naturalmente las primeras conversaciones eran sobre el Siervo de Dios. Los que volvían estaban persuadidos de que, desde la mitad de junio, no hubiese muerto ninguno en el Oratorio, y las fiestas extraordinarias de la iglesia de María Auxiliadora, la preparación a los exámenes del mes de julio y de agosto, que absorbían sus pensamientos, las vacaciones con sus entretenimientos debieron hacer olvidar o debilitar el recuerdo del aguinaldo del Año Nuevo a muchos. Es de imaginar, pues, su sorpresa al enterarse de la muerte de Bonenti. Todos recordaron entonces las palabras de don Bosco, comprobaron las circunstancias, y se persuadieron de que concordaban con las señaladas para la muerte del tercero del sueño. No se habría **[394]** encontrado convenientemente preparado para presentarse tranquilo al tribunal de Dios: don Bosco le prepararía a bien morir; los padres no le habrían visitado; los jóvenes que habrían dado la noticia de su muerte, habrían venido de un lugar próximo al jardín, o sea del Oratorio.

Este suceso despertó una curiosidad más aguda por comprobar la otra predicción de los seis, que en aquel año, además de los tres dichos, debían pasar a la eternidad. Habían muerto ya Petiva, Rossi, Croci, Bongiovanni. Y el registro de la Casa dice: «En la segunda mitad de octubre muere en el Oratorio el buen joven carpintero Venerando Castelli, de Felice, turinés».

Era el quinto.

El 19 de octubre, lunes, hablaba don Bosco así a los alumnos:

19 de octubre de 1868

Tengo el gusto de volver a veros y no os digo más que lo que dice san Pablo: *Qui stat, videat ne cadat* (el que está en gracia de Dios esté alegre, pero procure no caer).

El que cayere *statim resurgat,* levántese enseguida y póngase en gracia de Dios con la santa confesión. Mañana comulguen los que puedan y recen para obtener una gracia singular de mucha importancia, pero que redundará casi toda ella en beneficio nuestro. Yo también lo pediré en la santa misa.

El Venerable hablaba a los jóvenes del alma, pero atento como siempre a su bienestar corporal, les procuraba también los medios para defenderse de los rigores del invierno inminente.

MINISTERIO DE LA GUERRA

Florencia, 25 de octubre de 1868

De acuerdo con su petición del 15 del corriente, este Ministerio ha ordenado a la Dirección de los Almacenes del material para los servicios administrativos de esta Ciudad, que se pongan a disposición de la persona que V. S. Rvda. encargue de retirarlas, las siguientes prendas fuera de uso, para ser empleadas por los internados en esa casa de Beneficencia, durante el invierno actual.

[395] N.° 50 Gorras de paño.
N.° 100 Camisas de algodón.
N.° 400 Mantas de lana.
N.° 50 Sábanas de algodón.
N.° 30 Pantalones de paño.

Por el Ministro
LERICI

Era Ministro Bertolè Viale.

Lo mismo que proveía a los muchachos del Oratorio, el corazón de don Bosco se llenaba de compasión ante las calamidades públicas.

A finales de septiembre y principio de octubre cayeron abundantísimas lluvias en los Alpes, en Saboya, en Suiza y en provincias enteras del norte de Italia. Ocasionaron tales desbordamientos de ríos y torrentes que nadie recordaba algo semejante. Las inundaciones acarrearon grandes ruinas en muchos pueblos y hubo también víctimas humanas. Las aguas anegaron ciudades enteras. No podía darse mayor desolación.

El Papa no pudo por menos de conmoverse al conocer aquellas dolorosas noticias y envió mil liras a cada uno de los obispos de Parma, Mantua, Verona, Novara y al Vicario Capitular de Como.

La *Unidad Católica*, por expreso deseo del Pontífice, abrió una suscripción en favor de los anegados, que alcanzó la suma de once mil doscientas liras en el mes de octubre. El Siervo de Dios se suscribió con estas palabras:

«El sacerdote Juan Bosco ofrece plaza en su establecimiento para dos jovencitos de familias damnificadas por la inundación».

Así consta en la *Unidad Católica* del 16 de octubre de 1868.

[396]

CAPITULO XXXI

APERTURA DE CURSO EN EL ORATORIO – REVISION DE LOS LIBROS QUE LEEN LOS ALUMNOS – CHARLAS DE DON BOSCO: SUEÑO; LOS SEPULTUREROS Y UN FERETRO; LA LUNA QUE ANUNCIA LA MUERTE DE UN JOVEN PARA DENTRO DE DOS MESES Y MEDIO – POR QUE NO SE CUMPLIO UNA PREDICCION – PLEGARIAS POR LOS DIFUNTOS: VISITA AL CAMPOSANTO – LA PEREZA Y LA DESIDIA: NO SE ESPANTEN LOS BUENOS DE LAS BURLAS DE LOS MALOS; DESE CUENTA A DON BOSCO DE LOS BURLONES – CONSTANCIA EN EL ESTUDIO – NO HACER DISTINCIONES DE TRATO CON LOS COMPAÑEROS – NAPOLEON Y LA PRESENCIA REAL DE JESUCRISTO EN LA EUCARISTIA – EXPLICACION DE LAS ORDENES SAGRADAS, LA JERARQUIA Y CIERTOS RITOS DE LA IGLESIA – CONDUCTA QUE DEBE OBSERVAR UN CLERIGO: CONSERVAR CELOSAMENTE LA BELLA VIRTUD; BUEN EJEMPLO A LOS ALUMNOS – EL TEMOR DE DIOS Y LA SOBERBIA – ANUNCIA EL EJERCICIO DE LA BUENA MUERTE Y LA PROXIMA PARTIDA DE OTRO JOVEN PARA LA ETERNIDAD – ATENCION A LAS RUBRICAS AL AYUDAR A LA SANTA MISA: PRACTICA DE ALGUNAS VIRTUDES – LECTURAS CATOLICAS: RECUERDO DE UNA SOLEMNIDAD EN HONOR DE MARIA AUXILIADORA– *DON BOSCO ENCOMIENDA A UN ILUSTRE SEÑOR LA TRADUCCION DE UN OPUSCULO EN FRANCES – CARTITA PARA OTRA TRADUCCION DEL ITALIANO – REGALO A UN PROFESOR EN SU DIA ONOMASTICO – CARTA A LA CONDESA CALLORI SOBRE UN ENCARGO CUMPLIDO, CON NOTICIAS DE UN MUCHACHO Y LA INVITACION A LA FIESTA DE SAN CARLOS EN MIRABELLO – CONSTANTES SERVICIOS DE* [397] *DON BOSCO A LOS BIENHECHORES – SU INTIMIDAD CON ALGUNOS MINISTROS DE LA CASA REAL*

PARA la apertura del curso 1868-69 asistió don Bosco con todos los superiores a la lectura del Reglamento en presencia de toda la Comunidad. Estaba alegre, confiado y hacía buenos

augurios ante la relación de las señaladísimas gracias que numerosos fieles continuaban obteniendo al invocar a María Auxiliadora.

Las clases del bachillerato habían empezado y, después de la fiesta de Todos los Santos, los clérigos estudiantes de teología empezarían regularmente en el Oratorio las clases de Dogmática, Moral y Sagrada Escritura, impartidas respectivamente por el canónigo Marengo profesor del seminario, don Juan Cagliero, y don Miguel Rúa.

Así lo había propuesto el Arzobispo, con lo que permitía que los clérigos del Oratorio no estuvieran obligados a ir a clase al Seminario. No obstante, continuaron presentándose a los exámenes del Seminario como antes, y más tarde buscó don Bosco examinadores entre los mismos que examinaban a los seminaristas, disponiendo también que tuvieran que desarrollar poco más o menos los mismos programas que hacían los clérigos de la diócesis y sobre los mismos textos que ellos tenían.

El canónigo Marengo dirigía los estudios teológicos y filosóficos y, cuando él murió, suplióle el teólogo Molinari, profesor también en el seminario. Estos venerandos amigos de don Bosco daban clase gratuitamente en nuestra casa, a unas horas no muy cómodas para ellos, coincidiendo con las que los clérigos tenían libres de sus clases y asistencia a los muchachos.

Al mismo tiempo los alumnos cumplían una norma importantísima establecida para que no entraran en el Oratorio libros malos, o, si casualmente entraban, fueran retirados cuanto antes.

[398] Ya se ha dicho en otro lugar, cómo desde que empezó a tener estudiantes, había prescrito el Venerable que, al ingresar en la casa y al comienzo del curso, se presentase al Superior la lista completa de los libros que cada uno tenía, y que, si a lo largo del año, recibieren otros de casa o de cualquier otro sitio, estaban obligados a presentarlos para su examen al Director de estudios. Si éste opinaba que eran malos, se destruían; si no eran aptos para su condición, edad o índole, los guardaba y devolvía a su tiempo. Entre éstos se encontraban novelas, con las que don Bosco era muy riguroso y cuya lectura, aun de las que comúnmente se tenían por buenas, prohibía a los jóvenes. Repetía que estos libros fomentan las pasiones, hacen perder tiempo y las ganas de estudios serios.

Ni siquiera aconsejó nunca la lectura de *I Promessi sposi* (Los Novios) pues decía que no era un libro para poner en manos de los muchachos, y repitió muchas veces:

—Creed en mi experiencia; la lectura de este libro de Manzoni, ocasionó la pérdida de muchas vocaciones.

Solamente lo toleró cuando fue impuesto por el Ministerio de Instrucción Pública en las escuelas.

Mientras todo se organizaba para el curso 1868-69 seguía don Bosco hablando, siempre que podía, para dar avisos a los muchachos. Las Crónicas recuerdan algunas de sus charlas.

La noche del 30 de octubre contó un sueño:

El motivo de haberos reunido a todos aquí es porque quiero contaros alguna cosilla, tanto a los estudiantes como a los aprendices.

Imaginaos ver a todos los alumnos en el patio divirtiéndose. De pronto comienza a oscurecer, cesan los juegos y los gritos; se forman numerosos corrillos esperando que la campana dé la señal para ir al estudio; todavía hay algunos paseando; entretanto la noche avanza y apenas se puede distinguir a un muchacho de otro salvo que uno se acerque mucho. Y he aquí que entran por la portería dos sepultureros que, caminando acompasadamente, llevan a hombros un ataúd. Los muchachos, al verlos pasar, se retiran. Los dos hombres prosiguen adelante **[399]** y colocan el ataúd en el suelo en medio del patio que está ante la Administración interna del Oratorio. Los muchachos se colocan alrededor en círculo, pero todos tienen miedo de hablar.

Los sepultureros levantan la tapa del ataúd.

En aquel momento aparece la luna con su luz clara y penetrante, da una vuelta lentamente alrededor de la cúpula de la iglesia de María Auxiliadora, da una segunda vuelta y después comienza una tercera, pero no la llega a terminar y se detiene sobre la iglesia, como si estuviera para caer.

Entretanto, apenas la luna comenzó a iluminar el patio, uno de los sepultureros dio una vuelta, después otra ante las filas de los alumnos, mirando fijamente el rostro de cada uno, hasta que, al ver a uno en cuya frente estaba escrita la palabra: *Morieris* (morirás), lo tomó para meterlo en la caja.

—A ti te toca, le dijo.

Pero el muchacho comenzó a gritar:

—Soy muy joven; querría prepararme, hacer las obras buenas que aún no he hecho.

—Yo no debo contestar a esto.

—Al menos déjeme que pueda ir a ver a mis padres.

—No puedo responder a esto. ¿Ves allí la luna? Pues ya ha dado una vuelta, y después otra y luego un poco más de media. Apenas desaparezca, tendrás que venir conmigo.

Poco después, la luna desapareció en el horizonte y el sepulturero tomó al muchacho por la cintura, lo tendió en la caja, puso la tapa y, sin más, se la llevó con ayuda del compañero.

Ya habéis oído mi relato; ahora tomadlo como si fuera una fábula o cosa semejante, o bien un sueño; lo que queráis.

En una ocasión conté un sueño en el que había visto el ataúd de un joven colocado allá, bajo los pórticos. Aquel muchacho murió y se observó que, a pesar de que se les había advertido a los sepultureros que tenían que pasar por cierta parte, éstos, al bajar al patio, dijeron que les faltaba algo y, para no dejar la caja en medio del patio, la colocaron bajo los pórticos, en el mismo lugar en que yo la vi durante el sueño.

Que cada uno se pregunte a sí mismo:—¿No seré yo? Y que viva contento y alegre. Pero estemos todos preparados, para que después de las dos vueltas y media de la luna, esto es, cuando pasen dos meses y un poco más de medio, aquél a quien le toque morir esté preparado. Recordad que la muerte se acerca como un ladrón nocturno. Y por eso aprovechémonos de este aviso celebrando bien la festividad de Todos los Santos. Se puede ganar indulgencia plenaria y, para lograrla, no es necesario confesarse el domingo, con tal de que uno haya recibido este sacramento dentro de los ocho días. Después de ganar la indulgencia plenaria, se está delante del Señor como si se acabara de recibir el Bautismo.

Mañana es también ayuno; haced alguna mortificación.

De este sueño nos dejó testimonio don Joaquín Berto.

[400] Esta predicción debería haberse cumplido hacia la mitad de enero de 1869. Los alumnos, en su inmensa mayoría, así lo creían. Nosotros añadiremos aquí una observación, que hace el mismo Joaquín Berto, y es la siguiente: «Nosotros estábamos ya acostumbrados a comprobar el cumplimiento de tales predicciones, de forma que nos habría causado estupor, considerándolo como una excepción de la regla, el ver que alguna no se realizaba. Me acuerdo de un solo caso en el que sucedió esto y fue en relación con el joven C..., el cual cayó gravemente enfermo, pero después de haber recibido el Santo Viático y quizás también la Extremaunción, mejoró; vive todavía y es sacerdote. El Siervo de Dios me dijo entonces que el tal era uno de los que debían morir, pero añadió:

»—El Señor ha sido misericordioso con él, debido a las oraciones que se han rezado según su intención y tal vez también porque no estaba preparado».

Continúan nuestras memorias:

1 de noviembre de 1868

Por la noche, después de las oraciones, dijo don Bosco a los muchachos:

—Todo lo que se haga mañana, hágase en favor de nuestros parientes difuntos. Haga cada uno una oración particular por aquel de nosotros que haya de morir primero. Al ir a visitar el camposanto, mire las fosas ya abiertas y preparadas, y elija aquélla en la que quisiera se le enterrara después de su muerte.

Desde la festividad de los Santos del año pasado hasta ésta de 1868, han sido llevadas al cementerio cinco mil personas; otro año tal vez sean más; pero, poco más o menos, otras cinco mil serán llevadas durante los doce meses venideros. El cuerpo se quedará allí para pudrirse y el alma irá a su destino, que es la eternidad.

2 de noviembre de 1868

Los muchachos fueron a visitar el camposanto. Por la noche les habló de esta manera:

—Dos sencillas palabras. Estamos a principios del curso: guardémonos bien de dos defectos que se oponen al cumplimiento de nuestros deberes. Frente a la ciencia, está doña Pereza, la cual hace que uno no estudie. Y está doña Desidia, la cual procura que uno haga con desgana las prácticas de piedad.

Anímense mientras tanto los buenos y no se dejen amedrentar por lo que dicen los malos, y los malos guárdense de no burlarse de los que practican la religión. Sé, por ejemplo, que el año pasado se llamaba **[401]** *Bongiovannistas* a los muchachos piadosos: no puedo oír esta palabra más que con pena, porque trae el recuerdo de un sacerdote, don José Bongiovanni, que dejó tras sí fama de buen clérigo y buen sacerdote. Recomiendo, pues, a los maestros, a los asistentes, a todos los clérigos que vigilen. Y si oyen todavía a alguno proferir esta palabra me lo digan: lo mismo de cualquier otro que se burle de un compañero porque practica la religión. No se tolere de ningún modo lo que acarrea desprecio a la religión y la piedad. Algunos de estos burlones vinieron de casa con un aire despectivo y altanero, y demuestran creerse quién sabe qué cosa. ¡Pobrecitos!

¿Habrá que rebajar luego la pensión, a ellos o a los otros, que son buenos? Hoy mismo me han dado una nota de estos amos del mundo, que no son pocos. También de los que piden rebaja de pensión y de los que están aquí a prueba.

Hagamos así: pongámonos todos a practicar la virtud y de este modo haremos algo grato a Dios, primero, y después, también a los superiores.

3 de noviembre de 1868

Don Bosco recomendó a los jóvenes que empezaran a estudiar con ahínco. No perder tiempo con la ociosidad y las lecturas inútiles. Prestar la máxima atención a las explicaciones de los maestros. Cuando no se entienda algo, pídanse explicaciones. No descorazonarse frente a las dificultades. San Jerónimo nos da ejemplo de constancia en el estudio de las Sagradas Escrituras. Tomó a su cargo la traducción de la Biblia del hebreo al latín, y se retiró para ello a una cueva. Después de haber dedicado largo tiempo a su estudio, no lograba resolver algunas dificultades. Tomó entonces la determinación de suspender el trabajo. Pero un día salió de la cueva y vio una roca en la que había un agujero excavado. Se paró a pensar cómo se había podido producir aquel agujero y dedujo que se había hecho, con el andar del tiempo, al caer en el mismo punto las continuas gotas de agua de una gotera. Y dijo para sí:

—Quién sabe si no es esto un aviso de Dios, para que no me desanime, y prosiga mi intento. Si una gota de agua pudo con el tiempo horadar esta piedra, también yo podré sacar provecho de mi estudio con la constancia.

Y a continuación fue a clase con un doctísimo rabino y terminó su magnífica empresa con incalculable provecho para toda la cristiandad. *Gutta cavat lapidem* (Una gota horada la piedra).

4 de noviembre de 1868

Don Bosco habló de la atención, del respeto, de la caridad que en toda circunstancia debe prestar un alumno a sus compañeros, sin excluir a ninguno y sin acepción de personas. Por tanto, hay que tratar lo mismo al que es amable que al que es vulgar; al elegante en su persona que al deforme y **[402]** feo; al que es rico y va bien vestido y al que es pobrecito y va cubierto de andrajos; al de brillante talento y al necio; al iracundo y perverso y al amable y cortés; etcétera. ¿Y por qué?

Imaginad una procesión solemne; por ejemplo la del *Corpus*. En medio de una multitud espectadora y devota, avanzan las filas ordenadas de cofradías, órdenes religiosas y clero secular. Aparece una cruz procesional, sencillamente plateada, y el pueblo le hace una reverencia; lo mismo sucede con la segunda cruz, adornada con flores y de la que pende un precioso estandarte. Pasa después un crucifijo alto, con la imagen del Salvador, obra insigne de arte, con la madera decorada de perlas y de nácar, con cercos de plata y las extremidades refulgentes de metales preciosos; viene detrás otro crucifijo, tallado toscamente, con el madero, al que va clavada la imagen, pintado de azul y amarillo, y el pueblo rinde honor, sin distinción al uno del otro. Se adelanta la cruz negra de los capuchinos, con una sábana blanca pendiente del madero transversal; y después, cruces procesionales de plata, de oro, adornadas con piedras preciosas, y la gente inclina la cabeza a todas, sin hacer ninguna distinción.

En estas cruces no ve más que la imagen del Salvador: así debemos nosotros mirar, sin distinción, a todo compañero. Cada uno de ellos lleva consigo la imagen y semejanza de Dios. Es cuerpo de Jesucristo, miembro unido a miembro. Todos somos ciudadanos del cielo, donde esperamos a nuestro Salvador Jesucristo, el cual vendrá un día a transformar nuestro cuerpo, vil y abyecto, en un cuerpo incorruptible, libre de miserias y enfermedades, de las que somos objeto en la vida presente. El, con su divino poder, convertirá nuestro cuerpo en glorioso como el suyo.

He aquí los motivos del respeto y de la caridad recíproca. La cruz de Jesús es siempre cruz, aun sin adornos; desde ella se nos repite: *Hoc est praeceptum meum, ut diligatis invicem, sicut dilexi vos* (Este es mi precepto, que os améis unos a otros, como yo os he amado).

5 de noviembre de 1868

Habló don Bosco de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía y dijo cómo Napoleón, desterrado en la isla de Santa Elena, dio solemne testimonio de esta verdad católica. Le gustaba a Napoleón en aquella soledad, entretenerse hablando de religión con algunos de sus oficiales, allí deportados también por los ingleses. Un día cayó la conversación sobre la presencia real de Jesucristo en la Santísima Eucaristía. Uno de los que escuchaban se mostraba reacio a aceptar el dogma y se inclinaba a tener por verdadera la herética opinión de Calvino, a saber, que la Eucaristía no es más que un símbolo del Cuerpo de Jesucristo; y Napoleón le contestó:

—No es posible que Jesucristo nos haya dado solamente una figura, una señal, un recuerdo de su cuerpo en aquel solemne momento. Un hombre cualquiera, yo, por ejemplo, si me viera morir y quisiera dejar **[403]** a mis más queridos amigos un recuerdo, dejaría lo más valioso que me perteneciera. Ahora bien, como vosotros sabéis, Jesucristo era Dios y ciertamente podía dejar a sus files algo más valioso que lo que yo pueda dejar. Por tanto, El nos ha dejado realmente su cuerpo, porque de otro modo no nos habría dejado nada extraordinario, si hubiera dado a sus queridos discípulos lo que vosotros decís. Debía dejar un don real, divino, como lo expresan sus palabras, con las que lo había prometido, y realmente nos lo dejó.

6 de noviembre de 1868

Después de las oraciones de la noche dijo don Bosco a los sacerdotes, clérigos y jóvenes que iban a vestir la sotana, reunidos en el comedor.

—Os comunico que el curso escolar ha comenzado: y recuerdo a los clérigos que deben ir al seminario y, a los que van a serlo, que *el hábito no hace al monje.* Debemos ser *lux mundi* (luz del mundo), o *lucerna ardens in domo Dei* (lámpara refulgente en la casa de Dios), porque un clérigo es observado por miles y miles y ¡ay de él, si no brilla! Y una de las cosas en la que debemos brillar, creedlo, es en la virtud de la modestia.

Para conservar esta virtud sugieren los maestros de espíritu hacer bien la meditación, la visita a Jesús Sacramentado, la lectura espiritual, rezar jaculatorias, examinar la conciencia, etc. Y esto está bien, pero no es todo. Hay que recurrir a los remedios para prevenir las caídas: no poner a nadie las manos encima, no pasear de bracete, no besarse por ningún motivo, no echar las manos al cuello, ser circunspecto en las miradas, guardarse, por ejemplo, de hacer regalitos a uno más simpático que otro, huir de los apretones de manos. Esto, sin embargo, está tolerado a uno que se va a casa o vuelve de ella; y se permite. Otro medio es no introducir jamás a persona alguna en la propia habitación o dormitorio, no hacer comilonas o meriendas juntos, etc. Todas estas cosas no son faltas por sí mismas, pero, cuando menos, dan motivo a los maliciosos para hablar e interpretar mal esas acciones, que ciertamente son peligrosas para el alma y para la virtud de la modestia.

Yo desearía, además, que las celdas de los asistentes se redujesen simplemente a la cama, una silla y nada más. Y esto, porque las celdas un poco amplias ya fueron causa de muchos males y poco faltó, también entre nosotros, de no haber sido circunspectos, para haber tenido que deplorar desórdenes graves.

Igualmente, ninguno admita encargos para comprar en la ciudad objetos, libros, comestibles para otros: no reciba nadie dinero de los jóvenes para guardarlo: y, lo mismo que ellos, también vosotros entregad al prefecto el dinero que tengáis.

¿Qué diríais, si viérais a un clérigo que está mal compuesto en la iglesia, que hace mal la genuflexión, que bosteza durante la lectura espiritual y, en cambio, un jovencito que guarda buena compostura y modestia en la iglesia, que corta el recreo para hacer la visita? Tendríais que llamar a este jovencito y **[404]** decirle: Quítate esa ropa y cámbiala por la sotana del clérigo, hasta que él sea mejor que tú.

Os digo esto a vosotros, para que después lo enseñéis a los muchachos.

Domingo, 8 de noviembre de 1868

Dijo don Bosco: —El principio de la sabiduría es el temor de Dios; el principio del vicio es la soberbia.— Y esto lo fue repitiendo a todos los que le rodeaban después de la cena.

10 de noviembre de 1868

Palabras de don Bosco:—Mañana por la tarde habrá confesiones y el jueves se hará el ejercicio de la buena muerte. Procuremos hacerlo bien porque uno de nosotros hará éste, y no podrá volver a hacer otro.

El 22 de noviembre, habló don Bosco sobre algunos defectos en los que suelen incurrir los muchachos cuando ayudan a misa. Entre otras cosas recomendó no cerrar el misal al cambiarlo de lugar y que, al decir el *suscipiat*, hay que estar de rodillas en las gradas del altar, en el lugar propio; y, si se estuviera todavía en la credencia,

cuando el sacerdote dice el *Orate fratres*, al responderle, se ponga de rodillas vuelto hacia el altar[1]. Recomendó también la caridad al alternar con todos, abstenerse de hurtos y evitar todo trato y cualquier cosa menos decente.

Don Bosco recomendaba en muchas ocasiones a los alumnos la exacta observancia de las ceremonias al ayudar a la santa misa y, en años anteriores, había expuesto la importancia de honrar a Dios con el culto externo. Pretendía con ello enamorarlos de la vocación sacerdotal. Una noche dijo:

—De aquí en adelante, cuando no tenga un aviso, una noticia o una orden que daros, me contentaré con explicaros alguna palabra.

Y tomaba esta palabra de las órdenes sagradas: – *Tonsura – Ostiario – Exorcista – Lector – Acólito – Subdiácono – Diácono – Sacerdote – Obispo.*

Describía el oficio, la importancia, la dignidad, los ornamentos que distinguen a cada orden, su relación con la sagrada Eucaristía y con los fieles.

[405] Otras veces la tomaba de la jerarquía eclesiástica: – *Párroco – Arcipreste – Canónigo – Obispo – Arzobispo – Cardenal*; o de la liturgia: las *velas,* los *candeleros*, los *manteles* y demás enseres del altar; la *casulla*, la *estola*, el *manípulo* y otros ornamentos sacerdotales; la *ceniza,* las *palmas,* la *bendición de la fuente bautismal,* el *cirio pascual*, etc. Eran descripciones breves pero vivas, unidas a un recuerdo histórico o ejemplito que cautivaba la atención de los muchachos, de tal forma que, con frecuencia, apenas don Bosco aparecía en el púlpito, aquel viejo púlpito que hoy se debería guardar como una reliquia, prorrumpían ellos en un grito:

—¡La palabra, la palabra!

Para los meses de noviembre y diciembre había preparado para las *Lecturas Católicas* un opúsculo que trataba de una de las más queridas glorias del Oratorio. Se titulaba: *RECUERDO DE UNA SOLEMNIDAD EN HONOR DE MARIA AUXILIADORA, POR EL PRESBITERO JUAN BOSCO.*

En la portada manifestaba su amor a la humidad con esta oración:

¡Jesús, manso y humilde de corazón, haced mi corazón semejante al vuestro!.—Trescientos días de indulgencia.—Pío IX, 25 de enero de 1868.

---

[1] Eran ceremonias de la antigua liturgia para la celebración de los oficios divinos. Credencia, era la mesita o repisa, inmediata al altar, en la que se colocaba lo necesario para la celebración. *(N. del T.)*

El librito estaba dedicado también al Sumo Pontífice.

«A Vos – supremo Jerarca de la Iglesia Católica – celoso promotor de las glorias – de la augusta Reina del Cielo – que, con palabras y con hechos, – cooperasteis eficazmente – a la construcción de la iglesia – de María Auxiliadora de los cristianos – hace poco consagrada; a Vos, veneradísimo Arzobispo – de la diócesis de Turín, – que, venciendo toda dificultad, – la consagrasteis al culto divino; a vosotros, venerandos Prelados, – que, con la predicación, – con las funciones sagradas, y largas fatigas – prestasteis majestad al octavario – con solemnidad, más rara que única entre nosotros; a todos vosotros, beneméritos donantes, – que, con mirada placentera, – contempláis el fruto de vuestra caridad – convertido en decoro de la gran Madre del Salvador **[406]**– *para provecho de sus hijos devotos; a vosotros este recuerdo – como prueba humilde, – de grande e incalculable gratitud, – que, no pudiendo más, ofrezco y dedico – rogando a Dios piadoso – os recompense dignamente – en el cielo y en la eternidad.*

Después de la dedicatoria había *una palabra para el lector.*

La consagración, recientemente hecha, de la iglesia dedicada a María Auxiliadora en esta ciudad fue tema de muchas reflexiones e indagaciones. ¿Quién pudo conducir a tantas personas de toda edad, lugar y condición, para tomar parte en las funciones de una iglesia que apenas nadie había oído nombrar? Muchos hicieron personalmente esta pregunta, otros por carta. No pudiendo responder de otra manera, he decidido satisfacer los deseos de todos, publicando una breve relación de cuanto sucedió en aquella fausta ocasión.

Por los hechos que se expondrán podrá cada cual comprender la razón del concurso habido en esta consagración, tan grande como nunca lo hubo entre nosotros, ni esperamos se renueve en los tiempos futuros.

Por tanto, expondré ordenadamente, día por día, las funciones sagradas y narraré aparte los hechos que suelen interesar más a la piadosa curiosidad de los lectores.

Seguirá al final un apéndice, con varios documentos, precedidos de dos comentarios de monseñor Ferré, obispo de Casale, que tuvo la bondad de querérnoslos dar.

No señalo las fuentes de donde saco las noticias, porque escribo cosas sucedidas en presencia de numeroso público que ampliamente puede atestiguar la veracidad de cuanto se expone.

Al final de la crónica de las grandiosas fiestas, y antes de narrar en el apéndice algunas gracias obtenidas por intercesión de María Santísima, el Venerable dirige *la palabra a los beneméritos donantes* y anuncia, como ya se dijo[1], la aplicación de una misa diaria en el Santuario, acompañada de otras oraciones y obras pías, en favor y

[1] Véase la pág. 242 de este volumen. *(N. del T.)*

según la intención de todos los que de uno u otro modo habían concurrido a levantar la iglesia y sostener el establecimiento anejo. A continuación añadía *una palabra* para los que habían obtenido **[407]** gracias de María Auxiliadora y *un ruego* a los bienhechores para que continuaran su caridad.

Una palabra para los beneméritos bienhechores

¿Qué debo deciros a vosotros, beneméritos bienhechores, para agradecer vuestra caridad? Sé que os basta la recompensa del cristiano, esto es la satisfacción que experimenta quien ha hecho una obra buena. Sé igualmente que vuestros deseos están satisfechos porque vuestra caridad alcanzó el efecto deseado al ver acabado el sagrado edificio. Edificio consagrado al culto divino, donde todos los días se elevan alabanzas al Señor; edificio, donde con la ayuda de Dios, se predicará, se enseñará el catecismo, se celebrarán misas, se oirán las confesiones de los fieles. Todo esto llenará vuestro corazón de los más grandes consuelos.

Debo, todavía, por mi parte agradeceros con toda el alma la confianza que pusisteis en mí y la eficaz ayuda que prestasteis, merced a la cual se pudo llevar a cabo la obra del Señor. Os guardaré imborrable gratitud y, mientras viva, no dejaré de invocar las bendiciones del cielo sobre vosotros, sobre vuestros parientes y amigos. Lo haré todos los días, especialmente en el sacrificio de la santa misa. Dios os colme con sus tesoros celestiales, apreciados bienhechores, y os conceda largos años de vida feliz; os otorgue el precioso don de la perseverancia en el bien y os reciba a todos un día en la bienaventurada eternidad.

A fin de que estos augurios sean acogidos por la misericordia del Señor, se ha establecido un servicio religioso para todos los días del año, en favor de cuantos, de algún modo, prestaron su ayuda o la prestarán para beneficio de la iglesia o del establecimiento anejo...

A los que han obtenido gracias de María Auxiliadora

Muchos de los que han obtenido gracias particulares de María Auxiliadora, no desean por justos motivos que su nombre sea conocido, especialmente cuando se trata de gracias espirituales, que son las más numerosas. Pero ninguno debe negarse al deber de gratitud con su celestial Bienhechora. Este deber se puede cumplir de dos maneras: contando a otros la gracia obtenida, o promoviendo por otro medio la devoción a esta nuestra Madre. Esto servirá a los demás de estímulo para recurrir a María en sus necesidades, a la par que abrirá para sí mismos el camino para conseguir nuevos favores, gracias aún más distinguidas. Pero a todos recomiendo vivamente cumplir las promesas hechas. Las oraciones, las mortificaciones, las confesiones y las comuniones, las obras de caridad prometidas cúmplanse puntualmente: *displicet*, dice el Espíritu Santo, *displicet enim Deo infidelis et stulta promissio* (desagrada a Dios la promesa infiel y necia).

[408] Se ha cumplido muchas veces lo de que la falta de fidelidad a las promesas hechas se convirtió en impedimento para alcanzar la gracia suspirada, y alguna vez fue derogado el favor ya obtenido. Dos honorables familias deseaban tener hijos que les alegrasen y heredaran los bienes paternos. Dios les oyó, pero con la alegría olvidaron las oraciones, las prácticas religiosas y una obra de caridad que habían prometido. Dios quiso demostrar de una manera terrible lo mucho que le desagrada

la promesa infiel. Los dos niños murieron antes de los doce meses, dejando a aquellas familias en la mayor consternación. Otras volvieron a padecer las mismas desgracias y aun peores. Buscaron la razón y vieron que no habían cumplido lo prometido.

Conviene también recordar aquí que Dios concede las gracias pedidas de diversos modos. A veces es necesario pedir durante largo tiempo y la perseverancia lo alcanza. Otras, se obtiene la liberación total de un mal; en ocasiones el mal no aumenta, sino que cesa del todo, o disminuye la intensidad. Hay casos en los que da la resignación al divino querer, nos libra Dios de otros males o nos cambia el favor temporal por otro espiritual que sirve para el bien eterno del alma. En todos estos casos nuestra oración, presentada por la Santísima Virgen ante el trono del Altísimo, fue escuchada, y nosotros le debemos profesar el más vivo agradecimiento y cumplir las promesas hechas. Obrando así, estamos seguros, como nos lo afirma el Evangelio, de ser oídos: *Qui petit, accipit;* (el que pide, recibe); nuestras oraciones no quedarán jamás sin fruto.

Una petición

A vosotros, piadosos bienhechores de esta iglesia y del asilo anejo, a todos los que leáis este recuerdo, me atrevo a dirigiros respetuosamente una súplica. Oíd: puede decirse que esta iglesia se ha terminado, pero aún quedan muchas cosas por hacer y pagar. Faltan muchas obras, muchos objetos y paramentos sacerdotales. Son necesarias, además, cosas y personas para desempeñar los distintos oficios del sagrado ministerio, por lo que os suplico continuéis vuestra beneficencia y hagáis llegar vuestras obras de caridad a la iglesia de María Auxiliadora y a los pobres muchachos del Oratorio de San Francisco de Sales. Nosotros, por nuestra parte, no dejaremos de invocar las bendiciones del cielo sobre nuestros bienhechores para que Dios, rico en gracias, os haga a todos felices en la tierra y en la eterna bienaventuranza.

Se enviaba a los suscriptores dicho opúsculo, a finales de octubre, y ya el Venerable encargaba a personas instruidas y versadas en varias lenguas, especialmente en francés, **[409]** otros opúsculos interesantes para la buena prensa, que los tradujeran al italiano o redactaran otros nuevos. El pensamiento de las *Lecturas Católicas* y la difusión de la buena prensa lo tenía siempre fijo en la mente.

Escribía *al noble señor Abel de Collegno:*

Queridísimo Señor:

Hace ya mucho tiempo que deseaba encomendarle un trabajo, y por descuido lo he diferido hasta hoy.

Aquí le presento dos biografías de santa María Magdalena. Haga una solamente con las dos:

1.° Suprimiendo las oraciones y reflexiones que no guardan relación con la narración.

2.° Omitiendo las descripciones francesas y conservando las de los santos lugares.

3.º Uniendo unas cosas y quitando otras, haga una sola composición.

Sigo esperando siempre su visita a la nueva iglesia, pero no dejamos de encomendarle a Dios todos los días en nuestras pobres oraciones.

Ruegue usted también por nosotros y acepte los sentimientos de mi gratitud, con los que me profeso,

De V. S.

Turín, 2 de noviembre de 1868

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Un editor le había escrito manifestándole el proyecto de traducir al francés las *Memorias históricas* de César Balbo y pedía a don Bosco que lo recomendara al propietario literario.

Don Bosco escribió una carta al hijo del conocido autor, con estas palabras:

Ruego al señor conde Próspero Balbo tenga la bondad de leer la presente y responda después, si no le es molesto.

Deseándole todo bien para usted y su familia.

JUAN BOSCO, *Pbro.*

Hay otra carta, hija de un afectuoso reconocimiento.
Atestigua don Juan Bautista Garino:

[410] El día 4 de noviembre de 1868, día onomástico del caballero Carlos Bacchialoni, don Bosco le envió como regalo *El Católico Instruido*, incluyendo una cartita de su puño y letra en la primera página del libro. Yo vi el libro y la carta en casa de la viuda Bacchialoni, y me autorizó para copiar dicha carta, que me pareció graciosísima. Hela aquí:

4 de noviembre de 1868

En marcha, libro; preséntate lleno de júbilo al intrépido, al docto, al cristiano literato caballero Carlos Bacchialoni y dile que en este hermoso día le auguro a él y a toda su familia, largos años de vida feliz. Te quedarás en rehenes con él y cada vez que se complazca en abrirte, asegúrale que tu permanencia es una pequeña demostración de mi grande e imborrable agradecimiento.

EL RECOPILADOR

Escribía también a la noble condesa Carlota Callori, agradeciendo su inagotable caridad, invitándola para la fiesta de san Carlos en Mirabello y para otros asuntos.

Benemérita Condesa:

He hablado con el posible portero: se llama Juan Roselli Batta; es casado, sin hijos, tiene treinta y dos años y su mujer veinticuatro. Está libre y aceptaría con mucho gusto el puesto de portero. Podemos estar tranquilos de su fidelidad. Mañana va de cocinero con una familia, pero sin comprometerse a nada para poder quedar libre cuando quiera. En cuanto me ordene algo sobre el particular, lo cumpliré.

He visto a Peracchio dispuesto a ir al servicio militar, si el Obispo no pudiera reclamarlo. Le he dicho si no creía oportuno buscar el medio de recibir las órdenes lo antes posible; me contestó que, por ahora, no estaba dispuesto; que antaño estaba totalmente decidido a su vocación; y que ahora necesita tiempo para pensarlo y resolverlo. Así las cosas, le aconsejé que fuera cuanto antes a su Obispo; y dado el caso de que, por él o quizá por algún fallo, fuera reclamado y estuviera verdaderamente decidido por el estado eclesiástico, que me lo dijera y entonces estudiaríamos el modo de ordenarle. Pero él se mostró muy vacilante respecto a su vocación, y partió.

Le renuevo las gracias más expresivas por la protección y ayuda que me presta en nuestras actuales estrecheces. Si Dios me diera a conocer media docena de condesas Callori, mal las iban a pasar los protestantes. Bendita sea nuestra santa Religión y quien la profesa luminosamente con los hechos.

[411] Bendiga el Señor a usted y a toda su familia. Don Juan Bonetti escribirá al señor conde Callori para que vaya un día a Mirabello. Si usted no padece por comer al mediodía ¿no podría acompañarle? Esto sería ciertamente en honor de san Carlos.

Cuénteme siempre para todo entre los que con la más sentida gratitud se profesan,

De V. S. B.

Turín, 9 de noviembre de 1868.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Por esta carta, las anteriormente presentadas y las que más adelante citaremos, se ve que su agradecimiento no se limitaba a palabras. A más de las continuas oraciones, las bendiciones, las curaciones, las visitas a los enfermos, estaba siempre dispuesto a atender las peticiones y deseos de los bienhechores en sus diversas necesidades. A veces se las ingeniaba para que cesaran discordias familiares, se reconciliaran personas enemistadas; para proveer de preceptores o maestros, para buscar buenas personas de servicio, para facilitar la venta de una finca, para obtener un préstamo en buenas condiciones; otras veces para dar consejos sobre economía doméstica, hacer una recomendación para conseguir empleo, o una petición para obtener el indulto de un condenado. Sería demasiado largo señalar los variadísimos servicios que prestó a sus bienhechores.

He aquí una respuesta del Ministerio de la Casa Real, que revela una afectuosa petición suya:

MINISTERIO DE LA CASA DE SU MAJESTAD

Florencia, 9 de noviembre de 1868

Este Ministerio ha tomado en cuenta la instancia de V. S. Rvma. para que la Real Munificencia conceda una plaza gratuita en el Colegio Carlos Alberto de Moncalieri a un hijo del caballero Comacchio, tesorero real de la Provincia de Génova.

El que suscribe, a la par que considera los diversos títulos en que se apoya su carta de recomendación, debe, a pesar suyo, hacerle observar que la casa de Su Majestad no dispone de ninguna plaza gratuita en dicho Instituto, ni en ningún otro colegio del Reino, sino que las pensiones concedidas por soberana generosidad son pagadas con fondos de la caja privada del Rey.

[412] Quien esto escribe debe también añadir que, a causa de las numerosas concesiones hechas por Su Majestad, no sólo no queda ninguna cantidad disponible, sino que falta aún proveer a varias peticiones ya anotadas por orden de Su Majestad, para tenerlas en cuenta en la primera ocasión.

Y esto sin contar las variadas condiciones de la lista civil que ya no permitiría los actos de simple liberalidad Soberana, que eran posibles antes de la generosa renuncia del Rey a cuatro millones de la dotación de la Corona.

Ya ve, por tanto, V. S. que no es posible condescender con sus deseos, que hubieran sido recomendación suficiente, sin que este Ministerio necesitase más informes sobre los méritos del caballero Comacchio.

El Ministro
GUALTIERI

Don Bosco remitía copia de esta carta al señor Comacchio, con la siguiente nota.

He hecho cuanto he podido, pero no lo he logrado. Paciencia. Si puede servirle en otra cosa, mándeme y créame

De V. S.

Turín, 12 de noviembre de 1868.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Este convertir en propios los intereses de los demás, redoblaba los vínculos de la caridad y quedaban al mismo tiempo conquistadas dos personas: beneficiado y bienhechor. De aquí el delicado afecto que se trasluce de su correspondencia. El comendador Visone, superintendente general del patrimonio particular de Su Majestad, Diputado en el Parlamento nacional y más tarde Senador del Reino, escribía a don Bosco:

Turín, 13 de noviembre de 1868

Apreciadísimo Señor:

Hace ya algún tiempo fui a visitar a V. S. apreciadísima para rogarle admitiera en su internado al joven Luis Pescarmona, natural de Costigliole de Asti, de dieciséis años, quien desea aprender un oficio; no tuve la suerte de encontrarle, pero hablé con uno de sus secretarios, que estuvo atentísimo y me dijo que, si el tal Pescarmona, huérfano, pero propietario, se comprometía a pagar durante un trimestre veinticuatro liras al mes, además de la cama, y la ropa, sería admitido, salvo que se le dieran mayores **[413]** facilidades de acuerdo con su comportamiento, una vez pasado el primer trimestre.

Dicho joven está ahora aquí en Turín y, como yo no puedo ir personalmente, me permito presentarlo con la presente a V. S., rogándole lo acepte con dichas condiciones, persuadido de que dará buen resultado. Le acompaña Forno, cuñado suyo, e hijo de su tutor. Me reservo el ir a agradecérselo y, entre tanto, ruégole acepte los sentimientos de todo mi aprecio.

De V. S.

Su seguro servidor
VISONE

El comendador Visone, bienhechor del Oratorio, había recomendado otros muchachos a don Bosco e iba con frecuencia a visitarle en su humilde habitación, donde pasaba con él largas horas.

El comendador Cova, primer oficial de la Secretaría Real del Gran Maestrazgo de la Orden de San Mauricio y miembro de la Audiencia, tenía con él íntima amistad. Habiendo ido a Lanzo para la inauguración de unas nuevas salas en el Hospital Mauriciano, quiso manifestar públicamente el aprecio que sentía por don Bosco: y así, al marcharse, camino de la estación, cercado y seguido por todas las autoridades del pueblo y muchos miembros de la Orden, colocó a su derecha al Director del Colegio, que había ido a saludarle. Aquel honor iba dirigido al Padre en la persona de uno de sus hijos.

Cuando el caballero Bartolomé Bona fue Ministro de Obras Públicas, presentóse un día don Bosco pidiendo audiencia y el ujier retardaba introducirle con varios pretextos. Pasó en esto cierto señor, el cual le saludó cordialmente y, visto aquel inconveniente, le introdujo y contó a S. E. el trato que don Bosco había recibido en la sala de espera.

Bona, amigo y bienhechor, recibió a don Bosco con gran cordialidad, se entretuvo largamente con él y le rogó aceptara un sobre que contenía mil liras. Don Bosco agradeció su generosidad, tan oportuna para las necesidades del Oratorio, pero Bona le respondió:

[414] —¡Don Bosco no necesita del Gobierno! ¡Pero el Gobierno necesita de don Bosco!

Después se levantó diciendo:

—Y ahora se requiere una reparación por la afrenta que le ha hecho el ujier.

Le tomó de la mano, atravesó con él la sala de espera y le acompañó hasta la primera grada de la escalinata, con asombro de todos los presentes.

[415]

CAPITULO XXXII

PROYECTO DE DON BOSCO PARA OBTENER DEL GOBIERNO ITALIANO LA IGLESIA DEL SANTO SUDARIO EN ROMA Y LAS HABITACIONES ANEXAS – FINALIDAD DE DON BOSCO – CUAL ERA SU POLITICA – DATOS HISTORICOS DE LA IGLESIA DEL SANTO SUDARIO – CONSTANCIA DE DON BOSCO PARA PEDIR LA APROBACION DE LA PIA SOCIEDAD – CARTA COMENDATICIA DE MONSEÑOR GALLETTI – OBISPOS QUE LE MANDARON CARTAS COMENDATICIAS – DON BOSCO SUPLICA A LOS OBISPOS DE LA PROVINCIA ECLESIASTICA DE TURIN, REUNIDOS EN CONFERENCIA, QUE LE AYUDEN CON SU VOTO FAVORABLE PARA OBTENER LA APROBACION DEFINITIVA DE LA PIA SOCIEDAD – EL OBISPO DE IVREA NO RESPONDE – MONSEÑOR RICCARDI SE DECLARA CONTRARIO A LA PETICION

ESTABA muy interesado el Venerable en la educación de los muchachos pobres de Roma. Perdida la esperanza de establecerse en Vigna Pía, empezaba a meditar un audaz proyecto para conseguir de otro modo su intento. Lo dejaba, sin embargo, subordinado a cualquiera otra proposición que le pudiera hacer el Sumo Pontífice, en cuyo caso se proponía proceder sin prisa y con madurez de consejo.

En 1867 había visitado la iglesia del Santo Sudario, en la cual habían fundado, ya en 1597, algunos piadosos súbditos de los Estados Sardos, con aprobación de la Santa Sede, una cofradía, cuyo fin principal era la educación moral de la juventud de aquel barrio. A primeros del siglo XIX la cofradía había cesado en el señorío y **[416]** administración de la iglesia y el cumplimiento de las cargas anejas. Pero estos derechos y deberes, tras una serie de años (1831) habíanse confiado a la Legación Sarda, que residía en Roma, puesto que los reyes de Saboya habían tenido siempre bajo su especial protección aquella cofradía. En 1868 se cerró el templo, porque había que realizar urgentes reparaciones.

Don Bosco había pensado poder tener una casa de vecindad pegada a la iglesia, fácilmente adaptable para albergar caritativamente a los muchachos. Su plan era éste: proponer al Gobierno que le ce-

diera el uso y administración de la iglesia y de la casa, ofreciéndole la propia cooperación en dinero para llevar a término rápidamente la proyectada restauración de la iglesia, a fin de que pudiera volverse a abrir al culto lo antes posible.

Probablemente don Bosco tenía otro motivo para acelerar la apertura de una casa salesiana en Roma. Preveía la inevitable entrada de las tropas italianas en la ciudad y quería estar situado con los suyos junto a la iglesia del Santo Sudario antes de este acontecimiento. Así, ninguno habría encontrado digna de crítica su posición frente a la Santa Sede y, además, el nuevo Gobierno naturalmente respetaría a los que hubiera reconocido como súbditos suyos por doble razón, con los cuales habría ajustado contrato normal, y por tanto, no habría dejado de protegerlos y defenderlos contra los partidos extremistas: y no le hubiera afectado una ley de incautación.

Esta es una suposición nuestra, pero es una realidad que don Bosco con su ingenio y su perspicacia estudiaba todos los aspectos de un proyecto y preveía sus dificultades y consecuencias. Porque ¿cuál era el fin que el Venerable quería alcanzar?

He aquí el programa, que él explicaba y recomendaba a todos se diera a conocer:

«Hacer el bien a cuantos se pueda y mal a ninguno. Déjenme hacer el bien a los muchachos pobres **[417]** y abandonados a fin de que no acaben en la cárcel. Esta es mi única política. Yo respeto a todas las autoridades constituidas como ciudadano, y como católico y sacerdote dependo del Sumo Pontífice».

Y esta política, que no era más que la prudencia de la serpiente unida a la candidez de la paloma, es la que le hizo tan glorioso a los ojos de Dios y de los hombres.

Así, pues, escribió sobre dicho proyecto a un gran amigo suyo, el caballero Carlos Cantón, Director y Jefe de Sección de segunda clase en el Ministerio de Asuntos Exteriores, en Florencia, y éste le contestó aprobando, animando y asegurando que le advertiría en el momento oportuno para empezar las gestiones.

Mientras tanto don Bosco hizo copiar en los archivos del Estado un amplio documento, que sirve para aclarar los trámites que duraron varios años y que él presentó en el ministerio de la Gobernación con los demás papeles referentes al asunto. Se trataba de una comunicación de la Real Legación de los Estados Sardos ante la Santa Sede con fecha del 10 de abril de 1851, que contenía extensos datos históricos acerca de la iglesia del Santo Sudario. Esta comenzó con una cofradía homónima compuesta por antiguos súbditos de los

duques de Saboya, piamonteses, nizardos y saboyanos, a fines del siglo XVI[1].

Este proyecto no impedía al Venerable llevar adelante otros urgentísimos, y, en primer lugar, el de la aprobación de la Pía Sociedad. No se había desalentado ante la repulsa de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares; al contrario, estaba siempre a la espera de renovar su petición. Había pedido más cartas comendaticias y había hecho copiar algunas para enviar a Roma los originales. De éstas, la última que había recibido era la de monseñor Galletti.

[418] *EUGENIUS GALLETTI, Dei et Apostolicae Sedis Gratia, Episcopus Albensis et comes.*

Si semper animus gaudet quotiescumque revelanda et commendanda sunt quae ad maiorem Dei gloriam conferunt: eo magis cum de iis quae vidimus et audivimus verba sunt facienda, sicuti nunc nobis contingit de Societate a Sancto Francisco Salesio *dicta.*

Haec itaque Societas initium duxit Augustae Taurinorum in Asceterio Salesiano, cuius pars saepe saepius et nos fuimus. Ex hoc Asceterio, tamquam rivuli a fonte, tria alia in eadem urbe asceteria emanarunt. Hic iuvenes pauperiores et derelictores qui diebus festis et profestis per vicos et plateas plerumque vagantur, aliquando centenos, aliquando millenos colligere assuetum est. Ibi Cathechesi, sacris canticis, verbi Dei praedicatione, sacramentorum administratione, ibi parvis minusculis, refectiunculis, aliisque diversis oblectationibus a malis semitis amoti, per viam salutis incedere coeperunt. Inde necessitas prodiit ut viri Ecclesiastici et laici in unum collecti, junctis simul conatibus, tot variisque officiis operam darent: qui unice Dei gloriam et animarum lucrum quaerentes ad.um Rev.um Sacerdotem Ioannem Bosco veluti superiorem ac Patrem prosecuti, Salesianae Societatis fundamenta iecerunt. Hanc vero Con-

EUGENIO GALLETTI, por la gracia de Dios y de la Sede Apostólica, obispo y conde de Alba.

Si goza el espíritu siempre que hay que revelar y encomendar lo que conduce a mayor gloria de Dios; mucho más, cuando hay que hablar de lo que vimos y oímos, como nos acontece con la Sociedad llamada de *San Francisco de Sales.*

Esta Sociedad comenzó en la ciudad de Turín, en la Casa Salesiana, donde estuvimos con frecuencia. De esta casa, como los ríos del manantial, salieron otras tres en la misma ciudad. Se acostumbraron a reunir aquí centenares, y a veces millares, de muchachos pobres y abandonados que, en los días festivos y no festivos, vagaban a menudo por calles y plazas. En ella, apartados del mal camino, con la catequesis, los cánticos sagrados, la predicación de la palabra de Dios, la recepción de los sacramentos y con regalitos, meriendillas y otros atractivos, empezaron a entrar por el camino de la salvación. De ahí nació la necesidad de que varios eclesiásticos y seglares colaborasen, aunando esfuerzos y distintos servicios: ellos, buscando únicamente la gloria de Dios y la salvación de las almas, siguiendo al reverendo sacerdote Juan Bosco, como Superior y Padre, pusieron los fundamentos de la Sociedad Salesiana. Contemplando favora-

[1] Existe copia del documento en nuestro Archivo.

gregationem benigno animo prospiciens Ex.mus Archiepiscopus Taurinensis felicis recordationis, Aloysius ex March.us Fransoni, dum eiusdem dux et consiliarius semper extitit, merito et laudabiliter illi praeposuit Rectorem primarium nuper nominatum sacerdotem, quemadmodum patet ex decreto, quod prae oculis habemus sub die 31 martii 1852.

Interea sensim sine sensu adapertae sunt hae pietatis domus Taurini, Lancei, Mirabelli, in quibus circiter ducenti supra mille iuvenes, gratis aut permodica excipiuntur mercede, atque ad artes vulgares vel ad scientiam instruuntur. Ex his non pauci (testes sunt Dioecaesani nostri plures) singulis annis in albo Clericorum apud proprios loci Episcopos inscribuntur. Nobis itaque multis abhinc annis Congregatio Salesiana nota est sive ob uberes fructus quos refert in recolendis iuvenibus pauperioribus, sive ob verbi Dei praedicationem, sive ob multitudinem librorum ad catholicam religionem spectantium, qui vario modo et tempore exarantur, typis mandantur et evulgantur. Quapropter magno gaudio adfecti fuimus quum Supremus Catholicae Ecclesiae Antistes D. N. Pius Papa IX, quem Deus tamquam solem lucentem in tenebris diutissime sospitem servet, Decreto Sacrae Congregationis Episcoporum et Regularium, Salesianam Societatem laudare et commendare dignatus est, ad instar Congregationis votorum simplicium. Imo, eadem Sanctitas Sua, eodemque Decreto, attentis peculiaribus temporum et locorum circumstantiis, ipsam Societatem solidabat, dum supralaudatum sacerdotem dignissimum, Ioannem Bosco, Superiorem Generalem ad vitam elegit, vocavitque licet statutum sit eius successorum, duodecim tantum annos in officio suo permanere.

Quae cum ita sint, aequo ac grato animo Societatem hanc prosequentes, quantum in Nobis est, humillime laudamus, commendamus: atque enixis pre-

blemente esta Congregación el Exmo. Luis, del Marquesado de Fransoni, Arzobispo de Turín, de grata memoria, mientras fue cabeza y consiliario de la diócesis, con razón y laudablemente le puso como primer Director recientemente ordenado sacerdote, como consta por decreto, que tenemos a la vista del día 31 de marzo de 1852.

Mientras tanto, irremisiblemente, casi sin darse cuenta, se abrieron estas casas de piedad en Turín, Lanzo y Mirabello, en las que aproximadamente más de mil doscientos jóvenes son instruidos, gratuitamente o pagando una módica pensión, en las artes o en las ciencias. No pocos de ellos (son muchos los testigos diocesanos nuestros) se inscriben cada año en la lista de los clérigos de los obispos del lugar. Desde hace ya muchos años nos es conocida la Congregación Salesiana, ya sea por los abundantes frutos que produce con la educación de los muchachos más pobres, ya sea con la predicación de la palabra de Dios, ya sea con la multitud de libros referentes a la religión católica, que de distinto modo y ocasión aparecen, imprimen y divulgan. Por ello tuvimos una gran satisfacción cuando el Supremo Pastor de la Iglesia Católica y Señor Nuestro, el Papa Pío IX, a quien Dios guarde largos años como sol que alumbra las tinieblas, se dignó alabar y recomendar a la Sociedad Salesiana, por decreto de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, a la manera de Congregación de votos simples. Por cierto, en el mismo decreto Su Santidad atendiendo a las peculiares circunstancias de tiempo y lugar, daba solidez a la misma Sociedad, al referirse al antes alabado dignísimo sacerdote diciendo: que eligió y nombró a Juan Bosco, Superior General para toda su vida, **[419]** aunque esté establecido que sus sucesores permanezcan en el cargo solamente doce años.

Así las cosas, por cuanto a Nos toca, humildemente alabamos y encomenda-

cibus deprecamur ut definitivam adprobationem consequatur.

Duplici praesertim ratione hoc votum libentissime vovimus: tum quia Societas eiusmodi constituta est, ut neque statuta, neque Socii aut eorum substantiae legibus civilibus exceptionalibus nunquam subiaceant: tum etiam quia per definitivam adprobationem, cum provisum fuerit eius immobilitati ac constantiae, et spiritus et disciplinae unitas secundum constitutiones in praesenti et in futuro sub infallibili tutamento conservabuntur.

Spiritus autem Dei, qui ubi vult spirat, nunc et semper loquatur in corde sanctissimi et recolendissimi Supremi Ecclesiae Antistitis, ut si quae forsan in quibusdam laudatae Congregationis Constitutionibus, complenda et perficienda adhuc essent, omnia compleat atque perficiat quae magis magisque conferre iudicaverit ad maiorem Dei gloriam, in consummationem sanctorum, et in aedificationem Corporis Christi. Nobis autem magna erit remuneratio, si paterna benevolentia verba nostra exceperit, suamque Apostolicam Benedictionem super nos et super Dioecaesanos nostros impertiri dignatus fuerit.

Datum Albae Pompeiae, XII kalendas novembris MDCCCLXVIII.

mos a los que prosiguen esta Sociedad con ánimo sereno y alegre, y suplicamos por las preces presentadas que se consiga la definitiva aprobación.

Con mucho gusto presentamos este deseo por dos razones principalmente: porque la Sociedad está así constituida, para que ni los estatutos, ni los socios o sus propiedades caigan nunca bajo leyes civiles excepcionales; y también porque, a través de la aprobación definitiva, como ha sido provista su inmovilidad y constancia, se conservarán la unidad de espíritu y disciplina con infalible defensa, de acuerdo con las constituciones en el presente y en el futuro.

El Espíritu de Dios, que inspira donde quiere, hable ahora y siempre en el corazón del santísimo y reverendísimo Supremo Jerarca de la Iglesia, para que, si acaso hubiera todavía que completar o perfeccionar algo en las constituciones de la alabada Congregación, lo deje todo acabado y lleve a término lo que juzgare que es más conveniente para la mayor gloria de Dios, la exaltación de los santos y edificación del Cuerpo de Cristo. Será para Nos una gran recompensa, si con paternal benevolencia aceptase nuestras palabras, y se dignase impartir su Apostólica Bendición sobre Nos y sobre nuestros diocesanos.

Dado en Alba de Pompeya, 12 de las calendas de noviembre de 1868

† *EUGENIUS,* Episcopus

Felix I. Allaria a Secretis

† EUGENIO, *Obispo*

Félix I. Allaria, *secretario*

Don Bosco había, pues, recibido las cartas comendaticias de los Ordinarios de Casale, Alba, Saluzzo, Aosta, Novara, Turín, Fermo, Génova, Pisa, Vigévano, Alessandria, Parma, Reggio Emilia, Anco-

na, Guastalla, Lucca, Albenga, Mondoví, Asti, y de los Vicarios Capitulares de Acqui y Susa.

No respondieron los Ordinarios de Milán, Cúneo, Bérgamo, Piacenza, Módena, Florencia e Ivrea. El de Pinerolo dio voto desfavorable.

No contento con las cartas comendaticias individuales, intentó el Venerable obtener una aprobación colectiva de los Obispos de la Provincia Eclesiástica de Turín.

El Arzobispo había convocado a sus sufragáneos para tratar de los temas a proponer al Concilio Ecuménico y de otros asuntos **[420]** para utilidad de sus diócesis. Eran estos los Obispos de Alba, Asti, Cúneo, Ivrea, Mondoví, Pinerolo, Saluzzo y los Vicarios Capitulares de Acqui, Fossano y Susa. Y don Bosco, después de haber hablado con el Arzobispo monseñor Riccardi, envió a la asamblea de dichos prelados la siguiente humildísima súplica.

Excelencias Reverendísimas:

Persuadido de que sus Excelencias Reverendísimas quieran bondadosamente escuchar mis pobres expresiones, me animo a indicar enseguida mi finalidad, que se refiere a la Institución comúnmente llamada *Oratorio de San Francisco de Sales*. Creo que Sus Excelencias ya se han dignado tomar parte en alguna función sagrada, o al menos visitado o de otro cualquier modo beneficiado a los pobres muchachos, que acostumbran reunirse en los locales, llamados *Oratorios Festivos* y *Asilos de la Juventud*.

Para poder tener en ellos catequistas, maestros y asistentes, se comenzó una especie de Congregación, de la que ya hay una relación en la *Notitia Brevis*, una copia de la cual me he permitido enviar a cada una de Sus Excelencias.

Todo ha procedido siempre bajo la guía y con el consejo de monseñor Fransoni, de feliz memoria. Este benemérito y llorado Prelado instaba constantemente a que se estudiara un medio para dar forma estable a esta Institución, para que pudiera existir tras la muerte del que esto escribe. Con trato de singular clemencia me constituyó a tal fin Director Jefe de los Oratorios Masculinos.

Además, con una carta de recomendación, me envió a Roma el año 1858. El Padre Santo, después de examinarlo todo, terminó con estas palabras: «Para que tal Institución pueda subsistir con cierto buen resultado después de vuestra muerte, es necesaria una Congregación: pero tal, que sus miembros sean verdaderos religiosos de cara a la Iglesia y unos ciudadanos más ante las leyes civiles».

En audiencias posteriores el mismo Padre Santo me expuso el proyecto de un reglamento, que yo procuré redactar y formar con trece capítulos, divididos en muchos artículos breves.

Este reglamento fue presentado al loado monseñor Fransoni, quien me dijo personalmente que lo había leído y hecho leer a una persona experta, y que lo volvía a enviar con algún detalle práctico que inmediatamente fue introducido en las proyectadas Constituciones.

Después de cinco años de prueba, se presentaron estas Constituciones a la Santa

Sede, acompañadas de la carta comendaticia del Superior Eclesiástico de esta Archidiócesis y de otros beneméritos Obispos, como base para una Congregación con el nombre de *Sociedad de San Francisco de Sales.*

La Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, después de examinarlos, publicaba un Decreto con el que alababa y recomendaba esta **[421]** Sociedad como Congregación de votos simples, difiriendo, sin embargo, para tiempo más oportuno la definitiva aprobación de cada uno de los artículos.

Entretanto, como garantía de la existencia de la Sociedad, constituía al Superior de por vida y daba normas para la elección del Sucesor.

A este decreto se añadían trece observaciones que se adaptaron a las Constituciones. Entre otras, la de que los votos debían ser reservados a la Santa Sede.

Las Constituciones, cuya copia tuve el honor de presentar a Sus Excelencias, son las alabadas y recomendadas por el citado decreto, con la inserción de las observaciones hechas.

A principios del corriente año, el Obispo de Casale aprobó esta Congregación como diocesana con el Decreto y las gracias, cuya copia también me he permitido presentar a Sus Excelencias.

Así las cosas, y viendo que cada día se acerca más el fin de mi vida, con el temor de que se puedan presentar serios inconvenientes al porvenir de esta Institución, si yo muriera antes de que esté definitivamente aprobada, he presentado de nuevo humildemente a Su Santidad el Papa Pío IX las Constituciones con las cartas comendaticias de más de veinte Obispos, entre los cuales tengo la satisfacción de poder contar con Sus Excelencias.

El Santo Padre se dignó comunicarme, por medio del Secretario de la arriba mencionada Congregación de Obispos y Regulares, que no hubo dificultad acerca de la definitiva aprobación de las Constituciones; pero me advierte que algunos Obispos, de la Provincia Eclesiástica de Turín, han hecho observaciones con respecto a los clérigos que tuvieren intención de ingresar en esta Congregación.

Ahora bien, ante la propicia ocasión de hallarse congregadas Sus Excelencias para el bien de sus diócesis, me he atrevido a exponerles el estado de esta Institución y rogarles, por cuanto sé y puedo, se dignen ayudarme y aconsejarme respecto a algunos puntos de suma importancia:

1.º Si puedo esperar un voto favorable, tal como está anotado en la *Notitia Brevis*, a la que hemos aludido arriba, esto es: *Episcopi Provinciae Ecclesiaticae Taurinensis definitivam approbationem Societatis Sancti Francisci Salesii postulant* (Los Obispos de la Provincia Eclesiástica Turinesa, piden la aprobación definitiva de la Sociedad de San Francisco de Sales).

Creo que no obste a ello la pregunta que se dice haber hecho la Santa Sede para el futuro Concilio Ecuménico: «Si conviene aprobar nuevas instituciones religiosas», ya que aquí se trata únicamente de cumplir una obra alabada y recomendada por el Padre Santo, cuyo Superior y Sucesor están regularmente establecidos y que entre los argumentos de su existencia cuenta ya con la aprobación definitiva del Obispo de Casale.

2.º Supuesto este voto favorable, establecer una fórmula para presentar a la Santa Sede con la cual, salvando la jurisdicción de los Obispos, se diga cómo el Superior de esta Congregación puede administrar, regular a los individuos que pertenecen a varias casas existentes en diversas **[422]** diócesis. Para la aceptación, instrucción de los miembros y para la presentación de los mismos a las sagradas órdenes, se siguen las costumbres de nuestros pueblos en las Congregaciones hasta ahora aprobadas.

Las últimas son los Oblatos de María y el Instituto de la Caridad. (V. *Statuta* n. 8 ad. 12). Téngase presente aquí, que según las Constituciones de esta Congregación, los miembros se pueden considerar otros tantos sacerdotes *ad nutum Episcopi* (a la orden del Obispo) en todo lo que toca al sagrado ministerio. Hay que notar igualmente que no se consideran miembros de la Congregación los jóvenes acogidos que hacen sus estudios secundarios, ni tampoco los clérigos caritativamente acogidos o recomendados por los Obispos a nuestras casas. Estos están totalmente *ad nutum proprii Episcopi.* Yo solamente me refiero a los normalmente inscritos en la Congregación y que han emitido los votos, los cuales, según lo ordenado por la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, serían reservados a la Santa Sede.

Obsérvese, además, que, por vía ordinaria, estos clérigos son jóvenes pobres, a los que hubo que proveer desde la escuela elemental de alimento, libros y ropa, durante todo el tiempo de sus estudios. Muchos de ellos pertenecen a zonas tan alejadas, como Milán, Génova, Sicilia, Inglaterra y América. Estos, aunque son libres de volver cuando quieran a los propios obispos, puede decirse que se encuentran en la imposibilidad de ir a clase a los seminarios diocesanos.

No ignoro la observación escrita por alguno a la antes nombrada Congregación de Obispos y Regulares, diciendo: *Esos clérigos no estudian bastante.* Se tendrá sumo cuidado en lo sucesivo para que no tengan que hacer este reproche. En cuanto al pasado, sin embargo, hay que distinguir entre clérigos acogidos o enviados a nosotros para prueba y los de la Congregación. De los primeros no me puedo hacer responsable, porque moran en forma anormal y transitoria en el centro. De los que realmente son miembros de la Congregación creo que no se puede hablar así.

Podría citar a los que ocupan cargos en las diócesis y ejercen de coadjutores, párrocos, arciprestes, profesores en los mismos seminarios diocesanos. Pero pienso que basta cuanto puede afirmar S. E. Rvma. nuestro veneradísimo Arzobispo, el cual, si lo juzgase conveniente podría examinar a todos los que pertenecen a esta Congregación en el espacio de veinte años, y no encontraría ni un voto deficiente.

Otra dificultad suele hacerse para el caso en que alguno saliera de la Congregación. Observo que estos casos pueden darse en cualquier congregación religiosa. Los Obispos los habrían examinado *de scientia et moribus* (sobre saber y costumbres) antes de ordenarles. Y en el caso de salir de la Congregación, el Obispo ordenante los podría recibir o no en su diócesis, según lo juzgara oportuno.

En fin, omitiendo toda reflexión y observación, respetuosamente elevo a Sus Excelencias el siguiente fervoroso ruego.

[423] Nuestros centros de educación, escuelas y oratorios festivos fueron creados para favorecer a los muchachos más pobres y abandonados de diversas diócesis. Cada una de Sus Excelencias ha tenido, y quizá tiene todavía, clérigos y niños pobres de su diócesis que disfrutan de esta Institución. Estoy por ello íntimamente persuadido de que su común deseo es que ésta continúe.

Por mi parte deseo ardientemente estar en buenas relaciones y con plena sumisión a los Obispos, especialmente de la provincia de Turín, por lo que ruego y suplico a Sus Excelencias quieran ayudarme, con su acción y su consejo, para que esta Institución se consolide con garantía moral de existencia después de mi muerte, esto es, que sea aprobada definitivamente por la Santa Sede.

Agradezco de corazón su bondad por escuchar esta humilde relación y ruego al Señor les conserve a todos muchos años para el bien de la Iglesia. Con el máximo agradecimiento tengo el alto honor de poderme profesar

De Sus Excelencias

Atento y seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Después de presentar esta petición, pensó escribir personalmente al Obispo de Ivrea con el vivo deseo de restablecer con él una benévola relación y disipar todo mal humor, o al menos provocar una respuesta que abriera el camino de posibles explicaciones.

Excelencia Reverendísima:

Nuestro veneradísimo Arzobispo se ha comprometido, a mis ruegos, a leer un breve informe sobre el estado actual de los Oratorios para la juventud pobre y sobre la Congregación de San Francisco de Sales. La protección que Su Excelencia les prestó en el pasado, me hace esperar su palabra de favor, por lo que le adjunto algunos impresos con datos sobre el particular.

¿Puedo esperar que S. E., otorgando benigna indulgencia sobre el pasado, venga a hacer una visita a la iglesia nueva de María Auxiliadora? En todo caso, ruégole acepte los sentimientos de mi sincera gratitud, con la que me profeso,

De V. E. Rvma.

Turín, 11 de noviembre de 1868.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Monseñor Moreno no contestó.

[424] Reunidos los Obispos, se leyó la súplica de don Bosco. Monseñor Ghilardi se declaró inmediatamente favorable, y con él otros. Hubo quien puso objeciones y se manifestó contrario. Surgió una ligera discusión. Al final, el Obispo de Ivrea exclamó:

—Tenemos aquí al Arzobispo, decida él.

El Arzobispo concluyó diciendo:

—No se haga caso de ella y acábese la cuestión. Tenemos otras muchas proposiciones que discutir.

Y el canónigo Berardo, secretario, escribió a don Bosco una respuesta cortés pero evasiva.

—Paciencia, dijo don Bosco; sea todo por el amor de Dios y de la Santísima Virgen. Procuraremos arreglar las cosas en Roma.

[425]

CAPITULO XXXIII

DON BOSCO HACE IMPRIMIR EN FOLLETOS UNA SELECCION DE CLASICOS LATINOS EXPURGADOS - DICCIONARIOS GRIEGOS Y LATINOS SIN FRASES Y PALABRAS OBSCENAS - EDICION DE LAS OBRAS DE LOS SANTOS PADRES Y, ENTRE LAS PRIMERAS, ALGUNAS DE SAN JERONIMO - NUEVO DICCIONARIO ITALIANO - PELIGRO PARA LA JUVENTUD DE LOS CLASICOS ITALIANOS NO EXPURGADOS - DON BOSCO SE DISPONE A EVITAR ESTOS PELIGROS CON UNA BIBLIOTECA PARA LA JUVENTUD - SUS COLABORADORES EN LA EMPRESA - LA UNIDAD CATOLICA *LO ANUNCIA - DON BOSCO PUBLICA EL PLAN - COMO ES RECIBIDO POR UN AMIGO - LA SUPERIORA DE TOR DE'SPECCHI DIFUNDE LOS LIBROS IMPRESOS EN EL ORATORIO - OTRAS NOBLES SEÑORAS PROMUEVEN LAS SUSCRIPCIONES A LA BIBLIOTECA - NUMEROSOS SUSCRIPTORES: GRAN VENTA DE ESTOS LIBROS - PROLOGO DEL* HOMBRE DE BIEN

PROFUNDO conocedor de sus tiempos, don Bosco había visto aumentar la ruina de mentes y corazones con la influencia sectaria y herética de la prensa libre y había provisto con las *Lecturas Católicas* a una saludable y amplia labor de restauración, en medio del pueblo. Con amplitud de miras, sabía verter en aquellos opúsculos todo lo que de espléndido, conmovedor y edificante se encontraba difundido en la historia de la Iglesia y de las naciones, en las biografías de los santos y de los grandes hombres; y las encantadoras y humildes virtudes de que era testigo en la vida de sus muchachos.

[426] El espíritu volteriano del siglo lanzaba desprecio y burlas contra los principios dogmáticos y morales, y él, por sí mismo o por otros escritores populares, se levantaba a defenderlos y disipaba el inmenso montón de calumnias y prejuicios, insinuados en las almas para daño de la Iglesia y de la sociedad.

Además de las *Lecturas Católicas*, en cuanto tuvo una tipografía provista de todo lo necesario, hasta de caracteres griegos, decidió proveer a la grave necesidad de impedir el estrago que producían en los cursos de bachillerato, oficiales y privados, la traducción y el estudio de los autores clásicos latinos, cuyas obras completas, confor-

me al original, se ponían en manos de los alumnos. Encargó a don Juan Bautista Francesia y a otros doctores en Letras expurgar los libros paganos más usados, quitando lo que contenían de impúdico, e hizo imprimir una copiosa colección de folletos titulados: *Selecta ex latinis scriptoribus* (Selecciones de escritores latinos).

Al mismo tiempo, dado que los diccionarios estaban llenos de palabras y frases obscenas, pensó en hacer compilar otros nuevos, limpios de cuanto podía perjudicar a las buenas costumbres. Asignó el largo y pesado trabajo de un diccionario griego-italiano e italiano-griego al profesor Marcos Pechenino, teólogo, y le dio como amanuense un clérigo del Oratorio. Al mismo tiempo encargó los diccionarios latino-italiano e italiano-latino al profesor don Celestino Durando, el cual sacó después de su obra mayor otro diccionario abreviado para los cursos inferiores del bachillerato. Ambos realizaron con gran amor y diligencia su cometido.

Pero esto no le bastaba a don Bosco. Quería a toda costa corregir y compensar las ideas paganas con las cristianas y pensaba, por eso, en la publicación de los clásicos latino-cristianos, es decir, de los santos padres y otros escritores de la Iglesia, reivindicando la belleza de la lengua y la magnificencia del estilo de muchas de sus páginas, por muchos conceptos no inferiores a las de la *edad de oro* de los escritores paganos. Los adoptaría en sus escuelas, estableciendo una lección semanal; y **[427]** empezó por las obras de san Jerónimo, como veremos. De este modo pensaba promover la exaltación de la Iglesia Católica y lograr, al mismo tiempo, que la juventud estudiantil tuviera también en los textos algún tema de vida cristiana.

Todos estos planes acarrearon al Venerable unos gastos editoriales considerables. Pero, cuando se trataba de preservar las almas del pecado e impedir que se posaran en sus corazones falsas máximas, él se sometía a toda suerte de sacrificios.

Mas el trabajo de expurgar los libros de la literatura latina hubiera resultado incompleto, de no haber pensado don Bosco en ampliarlo a los clásicos italianos. Y, a fines de 1868, encargó al doctor Francisco Cerruti que compusiera un diccionario italiano, eliminando todas las expresiones menos delicadas en punto a honestidad; don Francisco Cerruti obedeció y logro realizar un trabajo apreciadísimo bajo todos los aspectos.

Ciertamente el peligro de corrupción más grave es el de los clásicos latinos, porque desgraciadamente entre nuestros más celebrados escritores hubo algunos que, olvidándose a veces de los preceptos de la moral, pusieron en peligro de hacer perder el mayor de los bienes

a muchos jóvenes incautos. Por eso, ya hacía tiempo que don Bosco pensaba en la publicación de una biblioteca para los estudiantes, suprimiendo en los libros cualquier pasaje que pudiera perjudicar la santidad de pensamientos y costumbres, imitando en esto al jardinero prudente que, antes de meter a un niño en un jardín florido, arranca de él los yerbajos venenosos.

Sabía que algunos profesores, so pretexto del arte, gritarían contra esta bárbara mutilación, según ellos, y conservarían en la escuela los textos no expurgados; pero a don Bosco no le preocupaban las críticas, que una vez más demostraban cuán prudente y necesaria era semejante revisión de los clásicos.

Así que, después de consultar varias veces al profesor don Mateo Picco, había comenzado él mismo, meses atrás, a seleccionar **[428]** autores y a distribuirlos entre diversos profesores de institutos, liceos estatales y municipales y hasta de la universidad, para que los corrigieran y comentaran. Y muy pronto tuvo en torno a sí un grupo de hombres de talento, dispuestos a colaborar en aquella prudente empresa.

Don Bosco les apreciaba muchísimo; y todos trabaron con él una verdadera amistad. Asistían a las fiestas de familia y de vez en cuando se reunían para deliberar sobre la selección de los libros. El Venerable no habría querido publicar clásicos, como Maquiavelo y Leopardi, porque eran muy difíciles de corregir y por tanto siempre peligrosos, pero, dado que los programas oficiales lo exigían, recomendó que se escogieran los pasajes menos peligrosos de estos autores y fueran diligentemente expurgados. Sugirió, además, normas para que, al explicarlos, se eliminase todo peligro y se pusiera siempre a plena luz la verdad, a la que se oponían sus errores. Inculcaba sin descanso, que se explicaran los clásicos según el concepto cristiano.

Los primeros beneméritos colaboradores del Venerable en este trabajo fueron el caballero Carlos Bacchialoni, doctor en Letras, el teólogo y caballero Juan Bosco, doctor en Filosofía y Letras, el sacerdote Celestino Durando, profesor, el sacerdote Juan Francesia, doctor en Letras, el caballero Agustín Lace, profesor, el señor Carlos Enrique Melanotte, doctor, el teólogo Marcos Pechenino, profesor, el sacerdote Pedro Peinetti, Teólogo Colegiado por la Real Universidad, y el sacerdote Mateo Picco, profesor.

Cuando tuvieron preparado material suficiente, la *Unidad Católica* del 18 de noviembre de 1868 anunciaba la aparición de la nueva publicación periódica.

BIBLIOTECA PARA LA JUVENTUD ITALIANA

La tipografía editorial de don Bosco, en el Oratorio de San Francisco de Sales, dará comienzo a la publicación de una *Biblioteca para la Juventud Italiana*, destinada a reunir, en casi un centenar de volúmenes, los mejores clásicos italianos, con ortografía moderna y expurgados para uso de la juventud.

[429] Cada volumen de doscientas cincuenta páginas vale cincuenta céntimos para los socios. Sale uno al mes: la suscripción es obligatoria para un año.

Don Bosco, a su vez, publicaba el siguiente programa de su plan:

BIBLIOTECA PARA LA JUVENTUD ITALIANA

La necesidad universalmente reconocida de instruir a los estudiantes en la lengua italiana, debe estimular a cuantos cultivan este nuestro noble idioma a usar todos los medios posibles para facilitar su estudio y conocimiento.

Con esta intención se ha ideado la biblioteca para la juventud italiana. Su finalidad es publicar aquellos textos de la lengua, antiguos y modernos, que más de cerca pueden interesar a la juventud. Para triunfar en esta empresa se ha organizado una sociedad de beneméritos y célebres profesores, a más de doctores en letras, los cuales se proponen:

1.º Recoger y publicar los mejores clásicos de nuestra lengua italiana, escritos con la ortografía moderna, para que se puedan leer y comprender mejor por el lector joven.

2.º Escoger aquellos que, por la amenidad de materia y la pureza de estilo, ayuden mejor a este fin.

3.º Para los comentarios, donde sea preciso, se harán solamente breves anotaciones para aclarar el sentido literal; para ello se seguirán las interpretaciones de los más acreditados comentaristas.

4.º Juzgamos oportuno omitir en parte, y también del todo, aquellos autores, tal vez acreditados, que contienen materias ofensivas para la religión o la moral.

5.º Se pondrá el máximo cuidado para que la parte tipográfica no deje nada que desear por la nitidez de los caracteres, la calidad del papel y el esmero en la impresión.

Comenzamos el trabajo encomendando su éxito a los educadores de la juventud y a todos los amantes de la gloria del idioma italiano y el mayor bien de la juventud.

Condiciones para la suscripción

1.ª La Biblioteca para la Juventud contará cerca de cien volúmenes, con un total de doscientas páginas cada uno.

2.ª La suscripción es obligatoria para un año y se publicará un volumen cada mes; pero de modo que en cada año se tengan las obras completas.

3.ª El precio de la suscripción es de seis liras al año, a pagar anticipadamente. El envío de los volúmenes es gratuito para el correo interior. Para el exterior tiene el cargo correspondiente.

[430] 4.ª El que lograre diez suscriptores obtendrá un ejemplar gratuito. Los centros de educación u otros que se suscriban a cincuenta ejemplares recibirán sesenta.

5.ª Los pagos se harán a los mismos con quienes se ha hecho la suscripción personalmente o por giro postal y también con sellos de correo.

6.ª La oficina central está en Turín; los paquetes, cartas o cualquier otro envío deben remitirse a portes pagados.

La dirección es:

Director de la Biblioteca para la Juventud Italiana.
Oratorio San Francisco de Sales
Turín.

Los amigos respondieron enseguida a la llamada de don Bosco. Uno de ellos escribía al caballero Oreglia:

Roma, 15 de noviembre de 1868

Apreciadísimo Conde y amigo:

...Besamos la mano de don Bosco, imploramos su bendición y la ayuda de sus oraciones. La laboriosidad de este sacerdote, y de quienes le ayudan, es verdaderamente evangélica y admirable, porque contribuye al bien de la juventud, evita su ruina y perdición, a la que tienden sobre todo los asaltos enemigos. Y lo mismo con los colegios abiertos, sobre los cuales es visible la mano de la Providencia, que con la publicación de las obras, hace verdaderamente todo lo posible para alcanzar la finalidad. He buscado y buscaré, por cuanto me es posible, suscriptores para la Biblioteca de clásicos italianos...

ESCIPION CONNESTABILE DELLA STAFFA

En una segunda carta manifestaba su mismo gran cariño por el Oratorio.

Roma, 21 de diciembre de 1868

Apreciadísimo Conde y amigo:

...Acepto con toda la efusión de mi alma el pensamiento y las expresiones usadas por usted, en nombre propio, del respetable don Bosco y de todos los alumnos de la casa; agradezco e intercambio centuplicados sus deseos, sus augurios y felicitaciones; deseo a todos salud, continuo desarrollo de su instituto, toda suerte de bienes espirituales y materiales; mientras me confío a sus oraciones deseando que continúen... No puede imaginar la tranquilidad interior que me producen sus palabras y las de don Bosco y les ruego que no me priven de ellas, sino que me procuren con frecuencia esta ayuda, que es un lenitivo **[431]** necesario e indispensable para mis afanes. Pido a don Bosco su bendición sacerdotal, beso su mano y ofrezco y manifiesto estos sentimientos, como los parabienes arriba enunciados, en mi propio nombre, el de mi esposa e hijos, por los cuales suplico recen mucho...

ESCIPION CONNESTABILE DELLA STAFFA

Llegábanle cada día a don Bosco cartas impregnadas de afecto y de promesas. Una de ellas estaba escrita por Galleffi, la Presidenta de Tor de' Specchi. Sostenía ella muchísimas relaciones con todos los institutos religiosos de Roma y con las casas nobles; hacía tiempo que tenía en su monasterio un depósito de todos los libros que se imprimían en el Oratorio; añadiría ahora a éstos la *Biblioteca para la Juventud* y divulgaría su plan.

Libros, medallas y fotografías de María Auxiliadora, rosarios, crucifijos y otros diversos objetos de piedad estaban expuestos en una sala, donde los presentaba a sus muchos visitantes y les invitaba a comprar para mandar luego su importe al Oratorio. Esta generosa señora, modelo de las cooperadoras salesianas, que se dedicó a estas ventas mientras vivió, se había dado a sí misma el nombre de *mercantina* (la pequeña mercader).

El caballero Oreglia le escribía el 23 de noviembre de 1868:

> Aprovecho la ocasión de que está usted recién salida de los ejercicios y por tanto hirviendo en amor de Dios y del prójimo, para dar una sorpresa mayúscula a nuestra buena *mercantina.*
>
> ¡A saber cuál es la sorpresa! Diga, pues, que es superlativa.
>
> Aquí está: dentro de poco le llegará por correo un gran paquete con libros de distintas materias, volumen y encuadernación, pero todos elegantes y dignos de ser presentados a quienquiera que los vea. Cuando llegue este paquete, tenga la santa paciencia de exponer todos los libros bien ordenados sobre la mesa de la sala donde recibe las visitas y luego procure que el señor Guidi escriba con grandes caracteres un cartel con estas palabras: *Regalos para Año Nuevo, Reyes y fechas semejantes; venta a favor de una obra pía.* Le adjunto nota de estos libros con el precio de cada uno y ya verá cómo haremos grandes negocios...

Además de la presidenta Galleffi eran propagandistas de la *Biblioteca para la Juventud Italiana*, la marquesa Villarios en Roma, la marquesa Uguccioni en Florencia y otras nobles damas en diversas ciudades.

[432] El 9 de nero de 1869 se publicó el primer volumen de la *Biblioteca para la juventud.* Contenía la *Historia de la Literatura italiana de Maffei.* Esta colección de obras literarias terminó el año 1885 después de haber publicado en doscientos cuatro volúmenes pequeños, las mejores obras de los clásicos italianos. Casi llegaron a tres mil los suscriptores anuales; y además de los ejemplares que se enviaron a éstos, se despacharon, en vida de don Bosco, más de quinientos setenta mil por toda Italia, en escuelas y colegios, con mucho provecho moral para la juventud. Después de la muerte de don Bosco, se siguieron imprimiendo todos los años varios millares

de ejemplares. El marqués Santiago della Chiesa, hoy Papa Benedicto XV, fue, como él mismo dijo a don Francisco Cerruti, uno de los suscriptores.

Cerramos este capítulo en el que, con la elocuencia de los hechos, se pone de manifiesto el celo de don Bosco por la buena prensa, copiando el prólogo del almanaque *El Hombre de Bien* para el año 1869 destinado a los suscriptores de las *Lecturas Católicas*. Es una prueba más del amor que don Bosco tenía a la Iglesia Católica y a la ortodoxia de la fe.

Queridos lectores:

Soy el *Hombre de Bien*: este año voy a charlar menos que en los anteriores y dejaré hablar a los demás. Os narraré cuentos que he copiado, poesías que no son mías, y sentencias morales que he sacado de libros viejos y nuevos. Como creo haber tenido buen sentido en la recopilación, espero también que me lo agradezcáis y que me hagáis leer por muchos, muchísimos. Hubiera querido echar una ojeada a las cosas del día, narrar los acontecimientos del año 1867 y 68, pero me falta valor para ello y quizás no podría exponerlos con la calma que me es familiar y que tanto aprecio. De esto, pues, silencio sepulcral, ni una palabra.

Todos hemos sido testigos de las astucias de los protestantes para arrebatar la fe a los católicos y de las humillaciones por las que pasaron varias ciudades de Italia, durante el año de gracia de 1868; espero que alguno de mis hermanos, que tiene esta misión especial, no se olvide de ello. Alabemos a los valerosos defensores de la fe y demos gracias a Dios por haber humillado a los enemigos de su Iglesia.

Diré a quienes buscan sembrar el protestantismo en Italia que un hombre, que marchó de este mundo herido por la justicia de Dios de un modo espantoso, había escrito una bonita sentencia que les va muy bien a ellos. Os la imprimo aquí **[433]** por entero, para nuestro consuelo y para la aflicción de los tristes. *Es una necedad histórica y política, es una locura infantil destruir el catolicismo en Italia. Italia, lo repito, es católica y no hay más catolicismo que el Romano.*

Así lo escribió el ministro Luis Farini, quien sufrió después la terrible desgracia de perder el juicio.

Otro dijo: *Tendría como la mayor desgracia de Italia que se llegara a turbar la unidad religiosa que le ha quedado.*

Y un tercero: *El cielo de Italia no tolera el crepúsculo de la Reforma Protestante.*

Me parece que el tiempo esperado por la Iglesia ya ha empezado y en breve lo veremos realizado. Roguemos y esperemos. Recibid el acostumbrado y cordialísimo saludo.

de vuestro amigo
EL HOMBRE DE BIEN

El trifundo de la Iglesia debía ser el Concilio Vaticano y la proclamación dogmática de la Infalibilidad Pontificia.

[434]

CAPITULO XXXIV

EL MINISTRO MENABREA INVITA A DON BOSCO PARA QUE VAYA A FLORENCIA – DON BOSCO ESCRIBE AL CABALLERO CANTON, JEFE DE SECCION EN EL MINISTERIO DE ASUNTOS EXTERIORES, ENCARGANDOLE ENTREGUE A MENABREA UNA CARTA SUYA CONFIDENCIAL – VA A LANZO Y ANUNCIA QUE, DURANTE EL CURSO ESCOLAR, PASARA A LA ETERNIDAD UNO DE LOS ALUMNOS – CHARLAS DE DON BOSCO A LOS ALUMNOS DEL ORATORIO: EL TEMOR DE DIOS; IGNORANCIA Y SOBERBIA; IMPORTANCIA DE LA HUMILDAD, LA SOBERBIA Y LA DESHONESTIDAD; LA MEDALLA DE LA VIRGEN Y LAS JACULATORIAS; NARRACION DE BUENOS EJEMPLOS A LOS COMPAÑEROS; LOS ALUMNOS QUE VIVEN ALEJADOS DE DON BOSCO; ORDENAR LOS ASUNTOS DEL ALMA; ASEGURAR LA VOCACION; AHUYENTAR AL LOBO – DON BOSCO FELICITA POR CARTA A UN BIENHECHOR – SUS CARTAS AL OBISPO DE MONDOVI POR ASUNTOS DE LA PIA SOCIEDAD – ANUNCIA AL CABALLERO CANTON SU LLEGADA A FLORENCIA – GRAVISIMA ENFERMEDAD Y PREVISTA CURACION DEL NIETO DEL CONDE CAYS – CUMPLIMIENTO DE UNA PREDICCION DE DON BOSCO – ENVIA SUS FELICITACIONES A LA PRESIDENTA DE TOR DE'SPECCHI – SU PREDICCION CONSOLADORA A UNA MADRE – GENEROSA OFRENDA AL ORATORIO DEL DUQUE DE AOSTA – AGRADECIMIENTO DE LOS ALUMNOS AL PRINCIPE

LÉESE una noticia extraordinaria en la crónica de don Miguel Rúa:

—«Noviembre de 1868 – Don Bosco recibió una invitación del ministro Menabrea para ir a Florencia por asuntos de importancia». Pero don Miguel Rúa no añade explicación alguna a tan lacónica nota. Por el mismo don Bosco **[435]** hemos sabido después que, ya anteriormente, por graves razones y para que no se notase su ausencia del Oratorio, había ido de Turín a Florencia en el primer tren directo de la mañana y, después de pocas horas de estancia, había vuelto. Pero no añadió ninguna explicación.

Esta invitación había sido precedida de cierto carteo entre el Ministro y el Venerable, como se deduce de una carta suya al caballero Cantón, jefe de sección en el Ministerio de Asuntos Exteriores, en Florencia.

Queridísimo Caballero:

Mil gracias por todo; por las cien liras que recibí y ya gasté, y por las prendas de vestir que, merced a su recomendación, fueron mucho más abundantes este año que en los pasados. Dios se lo pague.

Siento que Enrique Betti se haya empeñado en volver a Florencia. Se condescendió en todo y no se le pudo contentar. Si al menos correspondiera a nuestros avisos y a los consejos aquí prodigados...

Ruégole haga llegar la carta de agradecimiento adjunta a Su Excelencia Menabrea. Hay en ella algo confidencial, de lo que tal vez encargue a V. S. me conteste, si es el caso; por lo demás, no se hable de ello.

Tenemos en esta casa algunos sellos de correo timbrados que aquí ya no tienen curso; no sé si todavía pueden cambiarse en Florencia: si no es así puede usted servirse de ellos al menos para encender un cigarro.

Perdone la confianza con que le escribo; y sírvase usted de mí y de esta su casa para todo aquello en lo que podamos ayudar. Entretanto le auguro copiosas bendiciones del cielo para usted y toda su respetable familia. Créame con profundo agradecimiento,

De V. S. carísima y benemérita

Turín, 2 de noviembre de 1868.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Sabemos, pues, de un acto de gratitud al Ministro y de una carta confidencial al mismo, con deseo expreso de que quedase en secreto.

Por aquellos días, después de la señalada invitación del Presidente del Consejo de Ministros, debió contestar que iría **[436]** a Florencia lo antes posible, pero que, por el momento, no podía. En efecto, lo dilató casi un mes.

El 1.º de diciembre, miércoles, fue a Lanzo para visitar el colegio. Una noche habló a los alumnos y les recomendó que estuvieran preparados, porque durante el curso escolar uno de ellos sería llamado al tribunal de Dios. Añadió después en privado a un Superior que el que debía morir pertenecía a la clase segunda elemental y que la inicial de su nombre era la uve (V). Es de advertir que don Bosco aún no conocía a los alumnos nuevos admitidos en las vacaciones.

A su vuelta de Lanzo, el viernes por la tarde, día 3 del mes, habló después de las oraciones a los alumnos del Oratorio, reunidos en el salón de estudios y les dio la flor, puesto que celebraban la novena de la Inmaculada.

Está escrito: *Initium sapientiae timor Domini* (principio de la sabiduría es el temor de Dios); y también es palabra del Señor: *Superbus et arrogans vocatur indoctus* (el soberbio y presuntuoso se llama ignorante). Me habéis entendido bien. Quiero decir que no os creáis ser algo grande. Sed dóciles a los avisos de vuestros superiores, maestros y asistentes y no los echéis a mala parte. Así progresaréis en la ciencia.

Como flor para mañana recomiendo la virtud de la modestia, porque la humildad, la caridad y la modestia no pueden estar la una sin la otra.

Otra noche dijo:

A veces me preguntan algunos:

—¿Cómo es que don Bosco llega a descubrir cosas que parecía no pudieran saberse nunca? ¿Está inspirado por Dios?

—No, señores míos, sino que basta saber, por ejemplo, que uno es soberbio, para conocer que también es deshonesto. Lo sé por los libros que he leído y por mi experiencia de treinta y cinco años.

Para conservar la virtud de la modestia y ofrecérsela a la Virgen en el día de su fiesta, hay que llevar su medalla al cuello y repetir la jaculatoria: *Oh María concebida sin pecado, rogad por nosotros;* o bien: *Bendita sea la Santa e Inmaculada Concepción de la bienaventurada Virgen María;* o también: *María, Auxiliadora de los Cristianos, rogad por nosotros.*

Como flor para mañana cuente cada uno a su compañero un buen ejemplo: no es preciso que se refiera a la Virgen. El que no supiese ninguno, exponga una máxima bonita, o bien venga a mí y yo le contaré uno.

[437] Y continuó sus charlas de la noche durante la novena de María Inmaculada y aun después de la fiesta. La crónica recuerda la del día 13 de diciembre.

13 de diciembre de 1868, domingo.
Buenas noches de don Bosco a todos los alumnos

Como aún no es muy tarde podemos hablar de algunas cosas.

¿Cómo se entiende que yo esté siempre rodeado de muchachos nuevos y no vea en torno a mí a muchos de los antiguos? No es que todos estén alejados, puesto que la mayor parte tienen confianza conmigo y se dejan ver por don Bosco, pero hay un grupo que anda lejos de mí.

El otro día me presentaron los ejercicios escritos de una clase; miré los nombres y a la mitad de ellos, antiguos se entiende, aún no los había visto nunca. Pero, ¿cómo quieren lograr éstos después conocer su vocación, si no se dejan ver por los superiores, si les tienen cerradas las puertas de su corazón? Me decía un muchacho, al que yo había preguntado por qué andaban tan lejos de mí muchos antiguos:

—Yo creo que es porque son responsables de alguna falta, porque tienen la conciencia enredada y les da miedo ser conocidos.

—Pero a éstos, ya adelantados en los estudios, es precisamente a los que yo querría hablar más a menudo. No es que no me guste que vengan también los nuevos con frecuencia a mi alrededor; pero son los más antiguos los que constituyen mi esperanza.

Por tanto, sed valientes para ordenar los asuntos de vuestra alma: esto es necesario también para vuestro futuro. No querría yo que alguien dijese: «Yo quiero hacerme sacerdote»; o bien: «Yo no quiero serlo»; porque de una u otra resolución para uno de estos dos estados puede depender la salvación o la condenación del alma. Por consiguiente, haga primero cada uno lo que debe para organizarse bien; abra el corazón a su superior y dígale: «Yo haré lo que Dios quiera, lo que sea mejor para mi alma». Aconséjese con los superiores y haga después como dice san Pedro: *Satagite ut, per bona opera, certam vestram vocationem et electionem faciatis* (Cuidaos de que, a través de las buenas obras, aseguréis vuestra vocación y elección). Los superiores hacen lo que pueden, pero necesitan que correspondáis a sus cuidados, que practiquéis sus advertencias.

Pensando yo después en los diversos motivos por los que algunos no se acercan a don Bosco, he creído que fuera por el temor de que algún compañero les acusara de soplones. Esto está totalmente prohibido: quien todavía lo dijera y no se corrigiera, después de avisado, será expulsado de la casa. Imaginad, por un momento, que un lobo rapaz entrase en el patio y se colocara en medio de los muchachos; y que mientras se acerca a uno para despedazarlo, un compañero se pusiese a gritar:

—¡Socorro! ¡Al lobo! ¡Al lobo! ¡Huid, que es un lobo!

Y que otro muchacho le dijese a éste:

—A callar, soplón.

—Pero, ¿no ves que en cuanto haya despedazado al compañero, vendrá a despedazarnos a nosotros?

[438] —A callar, soplón, acusón.

¿Qué diremos de ésos que querrían que los lobos devorasen a todos por miedo a que les llamen acusicas? Gritad, señalad el lobo a los superiores, a los maestros, a los asistentes, a los clérigos, para que ninguno sea devorado.

Desde la última vez que nos hemos hablado, habéis visto desaparecer a ciertos compañeros vuestros. Algunos fueron echados por razón de hurto, y los otros, casi todos, por haber sostenido malas conversaciones, por haber menospreciado las prácticas de piedad y a los que las practicaban.

Y a este propósito hay algunos que querrían apartar con burlas y críticas a los que pertenecen a la Compañía de San Vicente de Paúl, a los que ingresan en la del Santísimo Sacramento y a los que no se avergüenzan de pertenecer al clero infantil y aparecer en público revestidos de sotana. Pues bien, yo no aprecio nada a estos burlones; en cambio aprecio mucho a los otros, muchísimo, los quiero mucho. Por tanto, guardaos todos de despreciar estas cosas y otras semejantes. Buenas noches.

El día antes había escrito al caballero Javier Provana de Collegno recordando a sus nobles hijos.

Muy apreciado Señor:

Durante los años pasados acostumbraba ir por estos días a visitar a usted y a su familia para felicitarles las pascuas. No puedo hacerlo este año en persona, pero he pensado suplir de algún modo: he aquí cómo. El primer día de la novena de Navidad pienso ofrecer la santa misa, la comunión y el rosario de nuestros muchachos al Niño Jesús según sus intenciones. Por mi lado añado la de obtener de Dios, Bien Máximo, que Luis y Manuel crezcan en piedad, en la verdadera ciencia, que es el santo temor de Dios, y que sus vidas sean constantemente satisfactorias para su padre.

Tenga usted también la bondad de rogar por mi pobre alma y por toda esta mi familia.

Ruégole dé mis saludos a los hijos y a su señora hermana, mi traductora de francés, y con mis saludos reciban también los del caballero Oreglia, don Juan Cagliero, don Juan Francesia, don Miguel Rúa y otros, ya que todos les saludan y se encomiendan a sus oraciones.

Espero poder visitarle personalmente en Roma, durante el próximo enero.

Créame, con la más sincera gratitud,

De V. S.

Turín, 12 de diciembre de 1868.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[439] Escribía también otra carta al caballero Cantón, anunciándole su llegada a Florencia.

Turín, 16 de diciembre de 1868

Apreciadísimo y benemérito Caballero:

Por correo aparte, recibirá unos programas de la nueva *Biblioteca*: le agradezco su interés por ella. También le agradezco su ofrecimiento en favor de esta pobre casa. Por mi parte, procuraré corresponder con la gratitud y buscando alguna honesta ocupación para sus horas libres; esto lo haré especialmente durante los primeros días de enero en Florencia. Espero, en esta ocasión, poderle rendir homenaje personalmente.

Tenga, como hecho, el encargo del que me habla para Roma.

Que Dios le bendiga, y con usted a toda su familia, mientras me encomiendo a sus oraciones y me profeso,

De V. S.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P. D. – Tengo el billete para viajar gratuitamente en los ferrocarriles del norte y del sur de Italia; ¿tendría usted algún medio de alzanzármelo para los ferrocarriles *Romanos*, aunque sólo fuera para dos meses?

Antes de salir para Florencia, se las ingenió para asegurar el éxito de sus asuntos en Roma. Perdida la esperanza de obtener el apoyo del Colegio Episcopal de la provincia eclesiástica de Turín, escribía al Obispo de Mondoví, monseñor Ghilardi, para que le ayudase a vencer las dificultades y oposiciones.

Excelentísimo Monseñor:

Por fin recibí en estos días carta del abogado Berardi sobre el conocido asunto, y procuré ir enseguida a nuestro Arzobispo.

Este me entretuvo bastante repitiendo cosas, ya tratadas muchas veces: adujo la imposición de sotana del clérigo Alessio, de Pinerolo, como concedida por mi autoridad; le hice ver inmediatamente la delegación y carta que le adjunto; me dio la misma queja sobre algunos de sus clérigos. Respondí que había recibido facultad para ello con el adecuado decreto de la Curia Arzobispal, pero que nunca me había servido de él, ni podía nadie presentar ningún caso al respecto. Tras unos vagos razonamientos, reclamó estas mismas cosas y acabó sin concluir nada; es decir, que hay que rezar **[440]** y esperar; que los que han hablado a mi favor en la Conferencia no saben ni entienden nada de ello y el Obispo, que estaba ausente, hubiese entendido menos que nadie de haber estado presente. Se ofreció como protector de la casa y de la Congregación, y fue todo. Encontrándose las cosas en este punto, he pensado referirme sin más a la carta de monseñor Svegliati y dejar que la Sagrada Congregación incluya en el decreto una fórmula que haga posible la existencia de la Congregación y salve la jurisdicción de los Ordinarios. A tal fin, a primeros del próximo enero, he pensado ir a Roma, persuadido de que las aclaraciones dadas de palabra pueden ayudar más que por escrito.

Mucho me gustaría y me ayudaría en esta ocasión una carta suya particular, dirigida al Padre Santo, en la que dijera: «que el sacerdote Bosco va a Roma para suplicar al Padre Santo se digne otorgarle un modo de existencia para su Congregación; recomendarle se digne favorecerle cuanto juzgue en su sabiduría, especialmente teniendo en cuenta las dificultades de los tiempos y la necesidad en que vive el pobre don Bosco para consolidar su Congregación». Estas y otras cosas parecidas las llevaré yo personalmente al Pontífice y haré también algunas otras diligencias.

Que Dios le bendiga, reverendísimo Monseñor, y le conceda unas buenas fiestas y largos años de vida feliz: y, si de algún modo puedo servirle, cuente conmigo como uno de los suyos.

Turín, 19 de diciembre de 1868.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P. D.– El reverendo Boetti sigue aquí. Nada malo; bueno *satis* (bastante). ¿Le gustaría probar o que yo pruebe dirigirle una tanda normal de ejercicios espirituales y, después, rehabilitarlo para celebrar? Se hará todo como usted diga.

Tenía don Bosco extraordinaria y cordial confianza con monseñor Ghilardi, que era como el depositario paterno de sus gravísimas y delicadas penas. Entre las muchas pruebas de lo que aseguramos hay una carta en la que el Venerable le pedía su apoyo ante la Sagrada Congregación del Indice y la de los Obispos y Regulares. Parece que en aquel momento monseñor Ghilardi se encontraba en Roma o debía ir allí[1].

[1] La carta es del 1867. Llegó a nosotros, juntamente con otras, después de la publicación del octavo volumen.

[441] *Reverendísimo y Excelentísimo Señor:*

Aquí me tiene con el saco de las principales miserias de don Bosco. Es preciso que V. E. Rvma. vea el modo de cumplirlo todo, y yo le aseguro que, mientras viva, procuraré tener siempre el pan de cada día para usted en María Auxiliadora.

El asunto del Centenario está en sus manos; el padre Oreglia le dirá todo lo que ha hecho; recibo carta en la que se me asegura que el Padre Santo se ha disgustado porque este asunto ha sido llevado con rigor, mientras millares de libros impíos, y más o menos cubiertos de errores sobre religión, corren por todas partes, sin que nadie se ocupe de ellos para llevarlos al Indice.

Nuestra Congregación ya ha tenido el Decreto de alabanza y recomendación con aprobación del Superior y del sucesor. Ahora se ha presentado la solicitud para obtener la aprobación definitiva. Se me ha dicho que no hay dificultad sobre cada uno de los artículos. Alguno querría que se dependiera del Obispo para las dimisorias. En tal caso habría que rehacerlo todo, porque entonces ya no habría comunidad de casas, lo cual es indispensable para nosotros. Además, a nuestra Sociedad, que tiene socios procedentes de todas las partes del mundo, le resulta casi imposible obtener las dimisoras de los respectivos Obispos. Otros querrían que las dimisorias fueran del Superior, pero *ad tempus vel ad numerum* (para un tiempo o para un número determinado). Pero entre nosotros nunca hubo Congregaciones religiosas, con comunidad de casas, sin que el Superior general haya tenido la facultad de conceder tales dimisorias.

Hágame, pues, de protector. Recomiende la casa, tal y como siempre la conoció, como la conoce, como casa de la que salieron bastantes clérigos para su seminario y donde todavía hay muchos acogidos como aprendices y como estudiantes.

El Cardenal Vicario es muy benévolo. Si necesitara algo, aunque fuese un viaje mío a Roma, dígamelo, o mejor, comuníquemelo por medio del reverendo Monetti y yo obedeceré.

Tenga la bondad de entregar las reglas adjuntas a monseñor Fratejacci, auditor del Cardenal Vicario, el cual está informado de todo y se presta con mucho gusto para nuestro bien.

Cada día oraremos en casa por usted hasta su vuelta a la Patria. Que Dios le guarde. *Amén.*

Déme su santa bendición para mí y para estos muchachos, y créame,
De V. E. Rvma.

Turín, 1 de junio de 1867.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Al empezar la novena de Navidad, don Bosco se hallaba fuera de Turín, como se lee en una **[442]** carta de don Juan Bautista Francesia, fechada el 18 de diciembre y dirigida a la Madre Galleffi.

Don Bosco está fuera de casa, y corren voces, que parecen ciertas, de que el Oratorio ha obtenido una gracia de la Virgen, que llama poderosamente la atención.

Todavía no puedo decirle en qué consiste; para cosas más claras, mayores explicaciones...

¿En qué consistía aquella gracia?

Se alude, tal vez, al siguiente hecho.

Había sido invitado don Bosco a bendecir a un niño gravemente enfermo. La esposa del conde Luis Cays, hijo del gran bienhechor del Oratorio, y ella de la familia Garofoli, soñó una noche que su hijo Carlos estaba gravemente enfermo. Un grandísimo dolor la abrumaba, por ser su primogénito, nacido en septiembre de 1865. Siempre en el sueño, mandó llamar al médico de cabecera José Timmermans. Le pareció que entraba en la iglesia de María Auxiliadora, que veía a la Virgen en persona, tal y como está pintada en el cuadro del altar mayor, y que una voz le decía:

—Ve a tomar el objeto más precioso que tienes, tráelo a mi iglesia y tu hijo sanará.

Oídas estas palabras, se encontró de nuevo junto a la cama del hijo, cada vez más grave, que decía:

—Mamá, dame de comer, porque me muero de hambre.

Diole ella de comer y el hijo se curó.

Así el sueño.

Transcurrieron varios meses y el recuerdo del sueño casi había desaparecido de la mente de la Condesa, cuando un día el parvulito, que se encontraba muy bien, empezó a languidecer y cayó enfermo con el tifus y la fiebre miliar.

Llamóse enseguida al médico de cabecera; acudió, le visitó y diagnosticó que su estado era muy grave; se excusó de no poder asistirle por diversos asuntos y dijo a los padres que le supliría el médico de Rívoli, joven expertísimo, que haría cuanto convenía. Llegó el médico de Rívoli, y se quedó durante una semana en el palacio del Conde, pero seguía el empeoramiento.

[443] De pronto se acordó la Condesa del sueño, rezó y prometió ofrecer a la iglesia de María Auxiliadora el brazalete más rico que poseía.

Apenas hizo la promesa, cuando el niño, que desde hacía varios días, estaba casi siempre adormecido y no probaba bocado, de repente se rebulló y dijo a su madre:

—Mamá, dame *té* con una tostada.

Como el niño no había tomado nunca té, parecióle extraña su petición. Así que la Condesa preguntó al médico si podía darle aquel gusto. El médico, que pensaba era desesperado el caso, respondió:

—Tal y como se encuentra, déle lo que quiera.

La Condesa hizo preparar el té y se lo dio, acompañado de alguna otra cosilla. A partir de aquel momento, el niño empezó a

mejorar y, al cabo de muy pocos días, estaba perfectamente sano. Mas no acaba todo aquí. La primera vez que fue a la mesa con sus padres, se presentó con el brazalete de la mamá en la mano y preguntó:

—¿Cuándo lo llevaremos a la Virgen?

Y la Condesa, acompañada de su hijo, llevó el brazalete a don Bosco, el cual lo aceptó y, después de oír el relato del sueño, dijo:

—Señora Condesa, no crea fácilmente en los sueños.

Era un aviso, por ciertas ilusiones suyas.

Oímos contar este hecho muchos años después de la muerte de don Bosco, en presencia de todos los miembros del Capítulo Superior, al mismo conde Luis, que añadía:

—Estaba mi esposa en aquel momento tan contenta que, si don Bosco, cuya bendición había implorado en aquel instante, le hubiera pedido veinticinco mil liras para el Oratorio inmediatamente se las hubiera entregado. El veía que pedir y alcanzar hubiera sido la misma cosa y yo hubiera estado de acuerdo, pero no pidió nada. He contado repetidas veces el hecho en el café, en tertulias, en conversaciones, para refutar a los que maliciosamente decían que don Bosco codiciaba el dinero, que buscaba herencias, etc. Yo hablaba así, sobre todo cuando se me repetía:

[444] —Seguramente que usted no ha ganado nada al hacerse salesiano su padre.

Y yo podía protestar con orgullo que, a la muerte de mi padre, ocurrida en el Oratorio, no hube de experimentar el más mínimo perjuicio en mi herencia.

Entre tanto, en el Oratorio se aguardaba el cumplimiento de la predicción hecha por don Bosco el 10 de noviembre de 1868: que un alumno haría sólo una vez más el ejercicio de la buena muerte. Este se hizo el 12 del mismo mes; pocos días después cayó enfermo el estudiante Pablo Vacchetta, que murió el 21 de diciembre en el Oratorio. De él escribió don Miguel Rúa en el necrologio.

Pablo Vacchetta, hijo de Juan, natural de Lequio Tanaro, murió el 21 de diciembre a los trece años. Era un muchacho de buenas costumbres. Al parecer fue víctima de una indigestión de *saracche*[1], conseguidas a hurtadillas. Pagó con su vida la pena de una desobediencia que, sin ser grave, seguramente fue una de las mayores de su vida, puesto que, por todo lo demás era recomendable. Hay que esperar que la larga enfermedad, pacientemente soportada, le haya servido para escalar el paraíso. Murió confortado con todos los auxilios espirituales.

[1] *Saracche.*– Es un vocablo de Liguria y Piamonte, con el que se denomina cierto pescado salado o escabechado, algo parecido a las anchoas, según he podido averiguar *(N. del T.)*

Además de los tres alumnos del sueño, habían muerto también aquel año otros seis. Y llegaba el mes de diciembre a su término, cuando don Bosco se encontraba atareado con las cartas de felicitación para sus principales bienhechores. El 22 escribía a la Madre Galleffi, Presidenta de Tor de' Specchi.

Benemérita Madre:

Aunque durante todo el año hacemos cada mañana oraciones especiales por usted y toda esa familia ante el altar de María Auxiliadora, sin embargo, quiero destinar un servicio especial, según su santa intención, el día de Navidad. Por tanto, celebraremos una misa con la santa comunión de los muchachos y otras oraciones especiales con el fin de invocar las celestes bendiciones sobre usted y sus hijas espirituales, para que el Señor multiplique su número y sus virtudes y les conceda a todas largos años de vida feliz.

Entre tanto, le participo que espero poder **[445]** saludarla personalmente en Tor de' Specchi el próximo enero y agradecerle la caridad con que hasta el presente nos ha atendido.

Créame en el Señor
De V. S.

Turín, 22 de diciembre de 1868.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P. D.– El caballero Oreglia y don Juan Bautista Francesia le saludan y se encomiendan a sus oraciones.

Bienhechores y bienhechoras respondían a sus felicitaciones y con frecuencia agradecían los prodigiosos efectos de sus bendiciones.

Entre otros doña Cristina Celebrini, de Pittatore, señora de la nobleza, que edificaba a la población de Fossano con sus buenos ejemplos y su religiosa piedad con Dios y con los pobres, estaba llena de agradecimiento. El Señor había probado su virtud con la muerte de varios de sus hijos. Al llegar a cierta edad quedó viuda con un solo hijo, que se llamaba José, y temía que también éste corriese la mala suerte de los demás. Se había presentado por ello a don Bosco y le había expuesto sus temores, rogándole bendijera a su hijo para que Dios se lo conservara. Alimentaba grandes esperanzas de que abrazase el estado eclesiástico. Don Bosco sonrió y le dijo:

—No tema; este hijo vivirá y, para su consuelo, será bueno; pero no será sacerdote, como usted desea.

Confirmamos enseguida que la profecía se cumplió del todo. Doña Cristina murió en Fossano en diciembre de 1909, a la edad de

ochenta y cuatro años, asistida finalmente por José, ilustre magistrado, que había hecho feliz a la santa madre con su familia.

Esta señora envió su respuesta a don Bosco en diciembre de 1868, por medio del hijo, el cual iba con frecuencia al Oratorio para oír los consejos de don Bosco y del caballero Oreglia.

El Venerable, que quería mucho a este buenísimo jovencito, hizo que se quedara en el Oratorio, todo el día. Cuando volvió a casa, su madre escribió al caballero Oreglia estas líneas:

[446]

1.º del 1869

Ilmo. Caballero:

...*Pinotto* (Pepito) es feliz por haber estado hablando hoy con don Bosco; ¿quién se separa de él sin quedar satisfecho? ¿Quién no desea ver y escuchar a este santo hombre? Su suerte, buen Caballero, es semejante a la de María. Dichoso usted que ha sabido elegir tan lindo lugar. El Señor se lo guarde por muchos años.

Reciba la felicitación de

Su atta. s. s.
CRISTINA PITTATORE

El 24 de diciembre recibió don Bosco una delicada sorpresa.

CASA DE S.A.R.
EL DUQUE AMADEO

Génova, 24 de diciembre de 1868

Por orden de S.A.R. el Duque de Aosta me cabe el honor de transmitir a V. S. Ilma., la cantidad de *doscientas* liras que S. A., muy interesado por el desarrollo y bienestar de los institutos píos, sacó de su caja privada para que fuesen suministradas a su instituto, tan sabiamente dirigido por V. S.

Rogándole me devuelva, debidamente firmado, el adjunto recibo, para justificación de contabilidad, tengo el gusto de profesarme con todo aprecio,

En funciones de suplente
del primer Ayudante de Campo
P. BALBO

El Venerable, no satisfecho con darle las gracias por carta, manifestaba públicamente al Duque su agradecimiento, haciendo insertar este articulito en la *Unidad Católica* del 30 de diciembre:

BENEFICENCIA

Su Alteza, el Príncipe Amadeo, duque de Aosta, informado de los grandes apuros económicos en que se encuentran los pobres internos del establecimiento de San Francisco de Sales, ha enviado amablemente la limosna de doscientas liras de su caja particular. Por este beneficio y muchos otros anteriormente concedidos, con el alma llena de gratitud, le dan los beneficiados las más cordiales gracias e invocan copiosas bendiciones del cielo sobre él y sobre su augusta esposa.

[447]

CAPITULO XXXV

LAS NAVIDADES – DON BOSCO COMUNICA A LA CONDESA CALLORI QUE ESPERA IR A VISITARLA EN CASALE, ANTES DE PARTIR PARA ROMA – EN CASALE CURA A UNA MUCHACHA SORDA – CURACION DEL CONDE SOLARO DE LA MARGHERITA – SERMON DE DON BOSCO EN LA IGLESIA DE MARIA AUXILIADORA – LA IGLESIA DE LA INMACULADA EN GENOVA – DON BOSCO FELICITA Y DA GRACIAS A LA SUPERIORA DE LAS FIELES COMPAÑERAS – SU CARTA AL ARZOBISPO CON SU OPUSCULO CORREGIDO: EL CENTENARIO DE SAN PEDRO – CHARLA DE DON BOSCO A LOS SOCIOS: NO HACER NADA PERJUDICIAL A UN CLERIGO; CUMPLIR LOS PROPIOS DEBERES; PEDIR PERMISO PARA COMPRAR LIBROS; NO DESACREDITAR LAS COMPAÑIAS PIADOSAS ANTE LOS MUCHACHOS – CARTA DE DON BOSCO A MONSEÑOR RICCI: PROMETE ORACIONES POR EL PAPA Y POR EL FUTURO CONCILIO – MUERTE DEL BANQUERO COMENDADOR COTTA – CARTA DE DON BOSCO AL DIRECTOR DE MIRABELLO: AGUINALDO PARA LOS SUPERIORES Y PARA LOS ALUMNOS; PROMUEVANSE LAS SUSCRIPCIONES A LA BIBLIOTECA DE CLASICOS ITALIANOS – AGUINALDO PARA EL COLEGIO DE LANZO: HAGANSE ORACIONES DEL 7 DE ENERO AL 7 DE MARZO; TEMAS DE PREDICACION – CHARLA DE DON BOSCO A LOS ALUMNOS DEL ORATORIO: AGUINALDO; ENCARGA ORACIONES ESPECIALES PARA DOS MESES; ANUNCIA QUE DURANTE EL 1869 SERAN LLAMADOS A LA ETERNIDAD SEIS MUCHACHOS; ANUNCIA **[448]** *QUE LOS ASUNTOS DEL ORATORIO SE DESARROLLARAN MUY BIEN DURANTE EL AÑO PROXIMO; RECOMIENDA QUE SE RECE POR LOS PADRES Y POR LOS DIFUNTOS*

EL 24 de diciembre, escribe don Miguel Rúa en la crónica, «se hizo una solemne fiesta de Navidad. A la misa de medianoche acudió mucha gente, hubo numerosas comuniones, se cantó un motete a tres voces en el que llamaba la atención el bonito coro de pastores, que alternaba una melodía sencilla y pasto-

ril con los sublimes acentos de los ángeles, situados alrededor de la cúpula».

Aquel mismo día escribía don Bosco a la condesa Callori:

Benemérita Señora:

He recibido con verdadera satisfacción sus cristianos augurios; se los agradezco de corazón. En recompensa, el último día del año celebraré la santa misa y nuestros muchachos comulgarán en el altar de María Auxiliadora, según su pía intención y señaladamente para pedir salud y perseverancia en el bien para usted, su Victoria y toda la familia.

Dentro de poco debo hacer un viaje a Roma, pero antes espero poder ir a pasar un día en Casale y ya hablaremos. ¡Es terrible el caso de Montiglio! Esperamos que haya hallado misericordia ante el Señor. Hemos rezado y seguiremos rezando por él.

Dios la bendiga, señora Condesa, y con usted a su familia y todas sus obras de caridad. Recuerdos de don Juan Cagliero; esta noche ha habido una gran fiesta y se cantaron los villancicos de ángeles y pastores. Hubo las tres misas, con la iglesia a rebosar de gente, y numerosísimas comuniones. *Deo gratias!*

Ruegue por mi pobre alma y créame, con el mayor agradecimiento,
De V. S.

Turín, 25 de diciembre de 1868.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

La carta iba dirigida a Casale con el ruego de remitirla al señor Federico.

La Condesa había terminado por aquellos días su veraneo en Vignale y se había trasladado al palacio de Casale, para pasar en él una parte del invierno.

[449] Allí fue a visitarla don Bosco, tal y como le había prometido, y acaeció un hecho digno de notar. He aquí la relación:

Era el año de 1868. Tenía yo diez años. Iba en coche descubierto con mi padre *(administrador a la sazón de la Casa Callori)* acompañando, de Casale a Mirabello, a un hermano que volvía al colegio. Cayó un enorme aguacero y agarré un fuerte constipado, que me dejó sorda.

No es para contar la pena de mis padres al verme en aquel estado: pusieron en juego todos los medios para que recobrara perfectamente el oído. Al cabo de varios meses, gracias a los remedios que me aplicaron, pude oír, pero con los cambios de temperatura volvía siempre a mi sordera.

Encontrándome yo en tal estado vino don Bosco a Casale Monferrato. Ya entonces gozaba de fama de santo. Mi madre, que, tenía la suerte de conocerlo, al saber que iría a comer con la ilustrísima señora condesa Carlota Sambuy de Callori, pidió permiso para presentarme a don Bosco en su palacio, a fin de que me

bendijera en nombre de María Auxiliadora. La buena señora accedió enseguida; me llevaron con mi madre a un salón, donde se hallaba presente toda la noble familia Callori y otras personas que pueden atestiguar el hecho. Don Bosco, que ya había sido avisado antes y había aceptado con gusto la petición, se volvió hacia un cuadro de la Santísima Virgen y recitó varias oraciones, a las que nos unimos todos. Después me bendijo, me regaló una medallita de María Auxiliadora y me mandó recitar una oración. Mi madre le dio las gracias y le entregó una pequeña limosna para su iglesia.

Nuestra vivienda estaba en la planta baja del palacio. Al bajar la escalinata, acompañada por la condesita María Concepción Callori, hoy condesa De Viry, volvióse ésta de repente hacia atrás y corrió hacia mi madre gritando:

—¡Serafina ya no está sorda, Serafina oye!

Mi madre ya se había dado cuenta de ello, pero no se atrevía a decirlo temiendo fuera una ilusión. Pero aquel grito la sacó de dudas y estalló en manifestaciones de alegría y agradecimiento a María Santísima.

En aquel instante, dada mi edad, yo no fui capaz de advertir la rápida curación, obtenida por mediación de don Bosco, pero recuerdo muy bien el mal sufrido, las curas que me prestaron, la bendición de don Bosco y cómo, a partir de aquel instante hasta hoy, no he tenido que recurrir jamás a los médicos por causa de la sordera, aunque me haya expuesto al frío y al mal tiempo sin el menor cuidado.

4 de septiembre de 1895.

Sor SERAFINA OSELLA
Hija de María Auxiliadora

[450] El sacerdote Domingo Osella, hermano de sor Serafina, nos escribió también una relación similar.

Otra bendición había manifestado el poder de María Santísima.

Ya hemos dicho que, por agosto de aquel año, estuvo gravemente enfermo el conde Solaro de la Margherita. Pues bien, después de algunos altibajos de la enfermedad, curó. El 26 de diciembre, por la noche, contaba don Juan Bautista Francesia a los muchachos:

El conde de la Margherita sufría hacia tiempo tales desmayos, tres o cuatro veces al día, que hacían temer por su vida de un momento a otro. Don Bosco fue a visitarle, le bendijo y la Condesa prometió dos mil liras para la iglesia, si el Conde sanaba. Aquel día cesaron los desvanecimientos; pero la Condesa, llegado el tiempo de entregar las dos mil liras, dijo a don Bosco:

—Pero yo entendía que el Conde se pusiera como antaño y quedara verdaderamente en perfecta salud.

Don Bosco le contestó:

—Perdone, pero esto es retirar la palabra con la que usted se expresó; yo entendí que su deseo era que cesaran los desvanecimientos; y no se podía entender de otro modo. Por lo demás, piénselo usted y entiéndaselas con el Señor.

Hacía ya varios días que el Conde no sufría más desfallecimientos de aquéllos, pero desde aquel mismo momento volvieron de nuevo a repetirse los desmayos, más

seguidos y más fuertes, de modo que los de la familia creían que iban a perderlo muy pronto. Mandaron llamar a don Bosco; la Condesa protestaba que daría enseguida las dos mil liras sin poner más condiciones y que reconocía la gracia por la intervención de la Virgen, con tal de que cesaran aquellos desvanecimientos. Entregó las dos mil liras y al momento cesó el mal. Ahora disfruta el Conde de una salud como hacía mucho tiempo no había gozado, aun antes de la enfermedad.

Don Joaquín Berto dio testimonio de la narración de don Juan Bautista Francesia, escribiendo: «Este hecho se lo oí narrar yo mismo a don Bosco y no una, sino varias veces».

Esta fausta noticia se divulgó rápidamente por las casas de la nobleza del Piamonte y la condesa de Camburzano, viuda desde hacía poco tiempo, escribía al caballero Oreglia:

[451]

Fossano, 27 de diciembre de 1868

Apreciadísimo caballero Oreglia:

No puedo expresarle la satisfacción que experimenté al leer las milagrosas noticias del conde Solaro.

Gozo enormemente por la confianza que esta curación despertará en todos los corazones católicos, en todas las almas que sienten amor por María Auxiliadora: gozo, además, y mucho por mis sentimientos especiales de admiración y aprecio al conde Solaro. La Condesa debe estar loca de alegría: que piense en mí esa buena señora, para sentir más profundamente aún los favores celestes que recibe...

Permítame recordar, después de esa gracia insigne, una más pequeña que recibí ayer, y no la confío más que a don Bosco y a usted.

Por la tarde me anunciaron la visita del señor T... No había tiempo más que para elevar el corazón a la Santísima Virgen. Temía yo una discusión o cuando menos la explicación que se me había pedido sobre el asunto del *nombre*. Prometí incontinenti encargar una misa de cinco liras para conjurar el peligro.

Entró, se desarrolló la visita cortésmente y no hubo la menor cuestión sobre aquel asunto. Ya ve usted, Caballero, que en mi viaje a Turín parece haya llevado conmigo una pizquita, o mejor diría, como una centella de las espléndidas gracias con las que María Santísima se complace colmar a los devotos de su bellísima iglesia. Me parece un justo deber de gratitud no pedir por el momento más gracias temporales, teniendo como obtenida del poderoso patrocinio de la Inmaculada Virgen María esta última del *nombre*.

Pídale para mí espíritu de oración y resignación por la amarga separación de mi Victorio. En estos días solemnes de fin de año, he sentido más acerbamente la amarga partida, el aislamiento del corazón, que sólo una fe más viva podría mitigar...

Condesa de CAMBURZANO

También la *Unidad Católica* del 30 de diciembre dio la noticia de la referida curación.

El Conde Solaro de la Margherita.– Tenemos la satisfacción de anunciar el casi total restablecimiento de la salud del conde Solaro de la Margherita. Dios ha escuchado las oraciones de los católicos y quiere conservar un esforzado defensor de la Iglesia y del Papado, una gloria de Italia y una esperanza del Piamonte.

Pero la gracia, fue concedida para poco tiempo. El Conde estaba maduro para el cielo y Dios le llamó a sí el 12 de noviembre de 1869, después de una vida plena de trabajo, virtud y gloria.

[452] El domingo 27 de diciembre, fiesta de san Juan Evangelista, predicó don Bosco en la iglesia de María Auxiliadora y desarrolló los dos puntos siguientes:

—Hay que evitar con toda diligencia dar escándalo y no hay que esperar a repararlo en punto de muerte. Puso de relieve la predilección de Jesús por san Juan, modelo de pureza, y el enojo y las amenazas del Salvador contra los escandalosos.

Hasta este día había dirigido él las instrucciones dominicales, empezadas en el púlpito de la capilla-cobertizo y continuadas en la iglesia de san Francisco de Sales. No dejó de predicarlas, por algún tiempo, en la nueva iglesia: llegaba en ella su clara voz argentina a todos los rincones; pero, finalmente, le sucedió don Miguel Rúa quien, durante muchos años, desarrolló y comentó, por la mañana, la historia universal de la Iglesia Católica comenzando por la del Antiguo Testamento.

El marqués Mario Cambiaso, secretario de la Comisión para la construcción de la Iglesia de la Inmaculada Concepción en Génova, en la calle Assarotti, se dirigía el 26 de diciembre a don Bosco rogándole se asociara a la Comisión para poder terminar aquella iglesia. Se trataba de distribuir entre los devotos y ricos turineses unas obligaciones gratuitas para pagar treinta mil liras de deudas atrasadas y lograr cubrir el sagrado edificio. El Venerable escribió sobre el papel; *«Ocúpese de ello el Caballero»,* o sea, el caballero Oreglia.

El 28 de diciembre escribía a la reverenda Madre Eudoxia, Superiora del Instituto de las Fieles Compañeras de Jesús, en Turín, situado detrás de la Gran Madre de Dios.

Reverenda Madre:

Gracias por su limosna en honor de María Auxiliadora. Que esta Madre celeste recompense generosamente a usted, a la madre General y a todas sus hijas con muchos años de vida feliz y la perseverancia en el bien. Sea todo, como me dice, por la

gracia que piden. Pero yo quiero rezar y hacer rezar tanto que serán recibidas todas las gracias, a excepción de las que fueren contrarias a la mayor gloria de Dios.

[453] Que Dios bendiga a usted y sus trabajos y a toda su numerosa familia. Ruegue por mi pobre alma y créame con toda gratitud,

De V. S. Rvda.

Turín, 28 de diciembre de 1868.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Aquel mismo día enviaba una carta al Arzobispo de Turín y a su Vicario General con un ejemplar de la tercera edición del folleto *El Centenario de San Pedro*. Es una prueba de su humildad y filial devoción a la Santa Sede.

Excelencia Reverendísima:

Con fecha 27 de abril de 1867, enviaba el Secretario de la Sagrada Congregación del Indice a V. E. Rvma. una carta sobre un librito publicado por mí, que se titula *El Centenario de San Pedro, con la vida del mismo Príncipe de los Apóstoles.* En la carta incluía el voto de un Consultor, al que añadía varias observaciones, y terminaba aconsejando algunas correcciones para la futura edición del libro.

La *carta* y el *voto* del Consultor requerían, en cierto modo, unas aclaraciones que, previa la aprobación de V. E. se hicieron y enviaron a Roma. Tras el intercambio de algunas cartas, el mismo Secretario, desde Roma y con fecha del 15 de julio de 1867, dejando intacta la narración de la vida del santo Apóstol, me aconsejaba solamente omitiera un período en el *Apéndice sobre la venida de San Pedro a Roma*, en el que se decía que este punto histórico era ajeno a la fe; y también otro período, del triduo colocado al final del libro, como preparación a la fiesta de los santos apóstoles Pedro y Pablo. Allí no estaba bastante explicado el caso en el cual, cuando se infringe un artículo de la ley, el cristiano se hace culpable de todos los demás artículos. Estos dos períodos fueron quitados fielmente.

Ahora le envío un ejemplar de la nueva edición del mismo libro, en el cual, además de las dos citadas correcciones, he hecho preceder unas aclaraciones sobre las fuentes de las que fueron tomadas las noticias contenidas en el librito.

Como seguramente se conservan en esa Curia Arzobispal, la *carta* y el *voto* del Prelado consultor de la Sagrada Congregación, ruégole, si le parece bien, se una un ejemplar del librito y la presente carta, como documento del cumplimiento de los consejos recibidos y de la entera y total sumisión del pobre autor, que pretende y protesta querer ahora y siempre, en ésta y en cualquier otra ocasión, someterse a cualquier orden, aviso o consejo, que provenga de la Santa Sede o de V. E. Reverendísima.

[454] Agradezco entretanto de todo corazón la grave molestia que ha debido aguantar por este asunto y suplico tenga a bien avisarme, corregirme y aconsejarme en lo sucesivo, sin reserva alguna, en todo lo que juzgue para mayor gloria de Dios.

Le auguro todas las celestes bendiciones y me proceso con la más profunda gratitud,

De V. E. Rvma.

Turín, 28 de diciembre de 1868.

Su atento y seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

El libro se titulaba: *VIDA DE SAN PEDRO PRINCIPE DE LOS APOSTOLES y triduo de preparación a la fiesta de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, por el presbítero Juan Bosco.* Turín, Tipografía del Oratorio de San Francisco de Sales, 1869.

Dice en el prólogo que, habiendo pretendido, *en cierto modo, escribir un tratadito popular de religión con la vida de estos santos* «había creído oportuno omitir las citas que no parecieran absolutamente necesarias y esto únicamente para no atiborrar la mente de los lectores con demasiadas y frecuentes citas. Pero como algunos tuvieron dudas y también equivocaciones sobre la autenticidad de algunos hechos, he creído oportuno satisfacer a todos con alguna aclaración sobre los principales autores, de los que me he servido en la presente compilación».

Después de una amplia relación de las fuentes, continúa el Venerable: «En esta misma edición me he esmerado también en rectificar las expresiones que alguien hubiera podido tomar en sentido menos recto, de cuanto yo ciertamente pretendía expresar».

Por la noche del 28 de diciembre dio el Venerable una conferencia en el comedor a los Hermanos y a los clérigos de la casa:

Nuestro Divino Salvador dijo, en cierta ocasión, a sus discípulos:

—Y vosotros ¿me queréis?

—Sí que os queremos, respondieron.

Pues bien, si me queréis, haced lo que yo os digo.

Si yo también os preguntase, me responderíais con más o menos fuerza de afecto:

—Sí que le queremos.

—Pues he aquí algunas cosas que quería exponeros y, si me queréis, haced lo que voy a deciros:

[455] Hay algunos de vosotros que salen de casa y van a vagabundear por los pórticos del Po, donde se exponen grabados que dan asco, y van a los cafés. Personas serias y de autoridad me hicieron el otro día este reproche:

—Pero ¿cómo es eso? ¿Sus clérigos van a los figones?

Or recomiendo, pues, que si uno quiere ir de paseo, si necesita dar una vuelta, pase antes a decírselo al Prefecto; pero no se vaya nunca por Turín sin una urgente necesidad. Para tomar un desahogo, váyase fuera de la ciudad, a la plaza de armas, por la calle de Rívoli y de la otra parte del puente de Moscú.

Y luego póngase cada cual a cumplir con esmero su propio deber. Desde la hora de levantarse por la mañana, hasta la de acostarse por la noche, hay que estar al toque de la campana. Quien dijere que no tiene ningún trabajo entre manos, venga a mí, que yo se lo daré. Por lo demás, hay muchas Historias Eclesiásticas esperando que alguno vaya a quitarlas el polvo de encima. Huyamos del ocio, queridos hijos míos.

No vaya nadie a comprar libros, ni siquiera con la excusa de necesitarlos; mire

antes a ver si están en la biblioteca; luego, si no puede tener el volumen que desea, pídalo porque el encargado de ello lo comprará.

Desearía también que se insinuaran estas cosas a los alumnos y no querría se oyeran nunca palabras de desprecio a ninguno; como por ejemplo *Bongiovanista*[1], porque va contra las prácticas de piedad y las pone en ridículo. Si un socio de estas Compañías tiene algún defecto, no se lo reprochéis nunca, echándole en cara la compañía piadosa a la que pertenece, como título de afrenta. Por el contrario, animad a los muchachos a inscribirse en ellas y a promover así las prácticas de piedad. Por ejemplo, si se oyera que un joven dice:—Soy de la Compañía de San Luis, respóndasele:—Muy bien, ¡bravo! Continúa en ella, haces muy bien.

Pero no se desacrediten jamás estas cosas entre los muchachos diciendo:—¡No vayas con esa gentuza!

Y cuando hubiere inconvenientes que corregir, no se critique, sino póngase remedio a través de los superiores y, entretanto, respétese y alábese la buena voluntad.

El 29 de diciembre, como se ve por el matasellos de correos, el Siervo de Dios escribió a S. E. Rvma. monseñor F. Ricci, Maestro de Cámara de Su Santidad, agradeciéndole el favor de una indulgencia plenaria especial, concedida a toda la Pía Sociedad.

Excelencia Reverendísima:

A su vuelta a Roma se dignó V. E. Rvma. mandarme la bendición del Padre Santo, con una indulgencia plenaria para **[456]** lucrarla en día a determinar. Le renuevo aquí las más expresivas gracias. El primer día del 1869 es el establecido para ello: pero deseo que el mismo Padre Santo tenga parte en ella.

Por eso aquel día todos nosotros, con más de tres mil muchachos, los sacerdotes celebraremos la misa, ellos recibirán la santa comunión y rezarán el rosario y otras plegarias, según la pía intención de Su Santidad. Por nuestra parte pediremos unánimemente a la Santísima Virgen Auxiliadora, que quite cualquier obstáculo que pueda turbar de algún modo el tiempo, las cosas y las personas, que deberán tomar parte en el futuro Concilio Ecuménico.

No dejaremos, además, de hacer oraciones especiales por S. E. A mediados del próximo mes de enero espero ir a Roma y poderle saludar personalmente. Nos encomendamos todos a sus santas oraciones y me profeso,

De V. S. Rvma.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Aquel mismo día por la noche perdía el Venerable un insigne bienhechor. Copiamos de la *Unidad Católica* del 31 de diciembre:

En la noche del martes, 29 del corriente, moría en Turín el comendador José Antonio Cotta, senador del Reino y banquero, a la avanzada edad de ochenta y cua-

[1] Recordar: vol. VIII, págs. 300 y 301. *(N. del T.)*

tro años. Era verdaderamente el banquero de la Divina Providencia para los pobres, pues no hay en Turín un centro benéfico, una iglesia, una obra pía de cualquier clase que no haya recibido de este piadoso bienhechor grandes ayudas. Sabemos de alguno de estos centros que recibió varias decenas de miles de liras. De pocos se podrá decir, como del banquero Cotta, con toda verdad que *transiit benefaciendo* (pasó haciendo el bien). Por lo demás, sus buenas obras no se limitaron a la beneficencia, pues es sabido que muchos, por un motivo o por otro, se prodigan socoriendo las miserias del prójimo, pero no se preocupan tanto de la honestidad e ntegridad de costumbres y de los deberes religiosos.

El banquero Cotta, como buen cristiano, unía la limosna a los ejercicios de piedad cristiana y la práctica de las virtudes evangélicas. Muere, pues, llorado por los pobres, cuyo padre era *pater pauperum,* y por todos los que le conocieron como hombre provisto de las más bellas dotes, adornadas con su sencillez y modestia. Y en una ciudad como Turín, donde, gracias a Dios, abundan los acaudalados que dividen generosamente sus haberes con los pobres, el *banquero limosnero* dejará de sí memoria imperecedera.

[457] El mismo periódico escribía el martes, 19 de enero de 1869:

EL COMENDADOR COTTA

He aquí las palabras con las que el presidente del Senado, Gabriel Casati, elogió al comendador Cotta: «Al anunciaros la pérdida del senador comendador José Cotta, no puedo dejar de sumarme al eco de las múltiples bendiciones que su ciudad nativa, la población de sus posesiones, todos los institutos benéficos de una y de otra, y la masa de los pobres dedican a su nombre. Era un hombre caritativo por excelencia, el consuelo de los desgraciados. Nació en Turín el 3 de abril de 1785. Desde su juventud se dedicó al comercio en el que fue muy prudente y honradísimo. Por eso gozaba de ilimitada confianza y particular respeto. Fue durante muchos años cónsul en la Cámara de Comercio de Turín y desempeñó este cargo de tal modo que se ganó el aprecio de cuantos tuvieron que rozarse con él. Su nombramiento de Senador data de la primera institución del Senado. Mientras éste residió en Turín fue muy asiduo a las sesiones y, sólo después de su traslado no pudo asistir a nuestras reuniones, dado que la edad y su delicada salud se lo impidieron, de lo que se dolía manifestándome su sincero pesar. Las ganancias de su banco eran repartidas, en gran parte, en limosnas; ningún director o encargado de un establecimiento benéfico recurría a él y salía con las manos vacías, sino todo lo contrario, a veces con sumas considerables. Y completó su obra en este punto con sus disposiciones testamentarias». *(Actas Oficiales, número 322, pág. 1149).*

Don Bosco aplicó sufragios por la bendita alma de su amigo al que no cesó de proponer como modelo de sus bienhechores.

Por fin envió a cada casa el aguinaldo esperado. Al comunicarlo a Mirabello, agradecía al Director la generosa cantidad que le había mandado.

Carísimo Bonetti:

Gracias por el buen principio de año. Me va a las mil maravillas para pagar las deudas de la casa. Gracias también a don Francisco Provera.

Ahora vamos al aguinaldo.

Para ti y Provera: Corregíos mutuamente los defectos sin molestaros nunca por ello.

Para la Sociedad: Ahorrar viajes, y por cuanto se pueda no se vaya a casa de los parientes. El padre Rodríguez trata este tema con superabundancia.

Para los muchachos: Que fomenten de obra y de palabra la comunión frecuente y la devoción a la Santísima Virgen.

[458] *Tres argumentos para el que predica*:

1.º Evitar las malas conversaciones y las malas lecturas.

2.º Evitar los compañeros disipados o que dan malos ejemplos.

3.º Huir del ocio y practicar todo lo que puede ayudar a conservar la santa virtud de la modestia.

Tú, además, observa todo, habla con todos; lo demás lo hará la bondad del Señor.

Todo bien para ti y para toda esa familia de Mirabello. *Amén.*

Turín, 30 de diciembre de 1868.

Afmo. en Jesucristo
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P. D.–El Director de las escuelas promueva las suscripciones a la *Biblioteca Italiana.*

Al día siguiente escribía a los de Lanzo:

Turín, 31 de diciembre de 1868

Queridísimo don Juan Bautista Lemoyne:

Me ha producido una gran satisfacción tu carta y la de tus muchachos y míos que se dignaron escribirme con las más afectuosas expresiones. Las he releído de cabo a rabo y, con gusto respondería a cada uno, de no impedírmelo materialmente la falta de tiempo. Diles, por tanto, de mi parte que me han causado verdadero placer, que les doy gracias de todo corazón, que me interesaré por ellos todo lo que pueda, para bien de su alma y de su cuerpo. Y como deseo que durante este año se promueva de un modo particular la devoción a la bienaventurada Virgen María, te envío algunas estampas para distribuirlas a internos y externos. Me gustaría que todos se acostumbraran a recitar la oración que hay al pie de la misma, compuesta por el Padre Santo.

A propósito del Papa, di a todos los muchachos que él les envía su santa bendición, acompañada de indulgencia plenaria para el día que tú fijes, previa confesión y comunión.

Y vamos ahora al aguinaldo.

A ti y para ti: Cuida tu salud; *para los maestros y asistentes, para el prefecto, el ecónomo, el director de estudios, etc.*, hablarles con frecuencia y decirles siempre todo lo que sucede; *para todos*: usarás suma paciencia y vigilancia.

Para los de la Sociedad: Ahorrar viajes en lo posible y, por cuanto se pueda, no ir a la casa paterna. Léase el padre Rodríguez *ad hoc*.

Para los muchachos: Fomenten la comunión frecuente y la devoción a María Santísima.

Para el Director de estudios: Muchos suscriptores a las *Lecturas Católicas* y a la *Biblioteca Italiana*.

Para Sala y Bodratto: Que ahorren mucho dinero.

[459] *Para mí* tengo que pedirte un favor, que es éste. A partir del 7 de enero hasta el 7 de marzo próximo, rezad cada día un padrenuestro, avemaría y gloria al Santísimo Sacramento y una salve a la Virgen. Los que puedan, añadan una santa comunión según mi intención por una gran necesidad. Yo procuraré, mis queridos jóvenes, recompensaros con un regalo que os va a gustar mucho.

Te encomiendo además a ti, carísimo Lemoyne, que trates estos tres temas principalmente, a lo largo del curso:

1.º Evitar las malas conversaciones y a quienes las sostienen, haciendo notar el escándalo que de ellas se deriva.

2.º Fuga del ocio y de los ociosos.

3.º Hermosura de la virtud de la modestia y medios para guardarla.

Por mi cuenta no dejaré de encomendaros cada día en el sacrificio de la santa misa, pidiendo por mí y por vosotros, para que perseveremos todos en el bien hasta el fin de la vida, podamos vernos a menudo en este mundo y, después, un día, Dios lo quiera, nos reunamos en torno a María Auxiliadora en la eternidad feliz. *Amén.*

Afmo. en Cristo
JUAN BOSCO, *Pbro.*

A los alumnos del Oratorio les dio el aguinaldo de palabra. Se lee en la Crónica:

31 de diciembre de 1868

El último día del año 1868 se reunieron en el salón de estudio todos los alumnos, estudiantes y aprendices, sacerdotes y clérigos, maestros y asistentes para recibir el acostumbrado aguinaldo de don Bosco. Después de las oraciones habló y dijo:

—Esta noche, a las doce, acaba el año 1868 y empezamos el 1869. Es ésta una gran noche, mis queridos hijos. Este año termina para siempre y no volverá más. Viene el 1869 y detrás el 1870, 71, 72, etc. y esperamos verlos, si el Señor nos concede vivir; pero el 1868 no volverá jamás. Desapareció un año de nuestra vida.

Durante este curso, como visteis, tuvimos que despedir a varios alumnos, a unos por tener malas conversaciones, a otros por tocar el arpa sin haber aprendido música. Haced de modo que don Bosco no se vea obligado a renovar semejante disgusto.

Este año tendremos diversos sucesos. Hay que distinguir entre los de fuera y los de dentro. Los de fuera los dejamos en manos de Dios. Los de dentro los preveo buenos, preveo mucho bien en nuestra casa. Sin embargo hay *seis* de vosotros que deben ir a la eternidad, al paraíso. Estad preparados.

¿Y qué aguinaldo dará don Bosco?

[460] Para don Bosco: *Que mientras se ocupa del bien del alma de los demás, no se olvide de la suya.* Para el Prefecto: *Paciencia con todos.* Para todos los demás sacerdotes, clérigos, asistentes y maestros, en general: *Que vigilen.* A los asistentes: *Puntualidad en sus propios deberes.* A los maestros: *Que impidan las malas conversaciones, que hagan bien a todos y no hagan mal a nadie, que pregunten con frecuencia a sus alumnos en clase.* A todos en fin: *Que hagan todo para dar gloria a Dios.* A los empleados en trabajos materiales: *Haga cada uno lo que pueda para ser diligente en el desempeño de sus propias obligaciones y oficios.* A todos los alumnos, estudiantes y aprendices del primero al último: *Evitar las malas conversaciones contra las costumbres, contra la religión o contra las prácticas de piedad.*

¿Por qué, diréis vosotros, insiste tanto don Bosco en que se alejen las malas conversaciones? ¿Por qué? *Corrumpunt bonos mores colloquia mala.* Las conversaciones malas son la causa desastrosa de la ruina de las almas. Lo dice san Pablo. Yo ya preveo que algunos de vosotros serán expulsados del Oratorio porque tendrán malas conversaciones. Estos están aquí ahora, me oyen y aún tienen tiempo para enmendarse. Sed agradecidos a don Bosco y a todos los demás que se ocupan de vuestro bien. ¿De qué manera? Dejen los malos de escandalizar, pongan buena voluntad para enmendarse, porque de otro modo tendrán que ser enviados a su casa.

Debo, sin embargo, decir que preveo mucho bien para este curso.

Entre tanto os digo que llevo entre manos un asunto de gran importancia y deseo que, del 7 de enero al 7 de marzo, se rece cada día un *padrenuestro, avemaría y gloria* a Jesús Sacramentado y una *salve* a María Auxiliadora. El que comulgare con este fin, hará algo muy bueno.

Por lo demás, os recomiendo que recéis y comulguéis por vuestros padres, hermanos, hermanas y bienhechores que se ocupan de vuestro bien y se sacrifican por vosotros. Sed agradecidos. Haced también alguna mortificación para aliviar a los propios padres difuntos de las penas del purgatorio. ¿Quién, de vosotros, no tendrá entre los difuntos un hermano o una hermana, un amigo, un bienhechor? Pues bien; haced algo por ellos, como por ejemplo una comunión, una oración, una visita, etc. Todos ellos nos han favorecido de alguna manera. Hacer un bien a un desagradecido es hacer un mal, dice un poeta profano. Sed, pues, agradecidos a los beneficios y a vuestros superiores, a vuestros maestros y a todos los que colaboran para vuestro bien.

No sabemos si acabaremos todos este año, pero, ante esta incertidumbre, estemos todos preparados. Yo encomendaré vuestras almas al Señor y vosotros rogad por mí, para que, al llegar la muerte, nos encuentre a todos bien preparados.

Una cosa más: acordaos de entregar el dinero al Prefecto. Nadie haga compras fuera de la casa.

[461] Ahora digamos dos *padrenuestros y avemarías*: uno, con el *gloria*, por nuestros padres y bienhechores, y otro, con el *requiem*, por nuestros compañeros difuntos: más una *salve* a la Virgen.

Las exhortaciones de don Bosco a los alumnos del Oratorio y las cartas a los de Mirabello y Lanzo, pretendían alejar el pecado, promover las vocaciones al estado eclesiástico y religioso y obtener de Dios que la Iglesia aprobara la Pía Sociedad. La bondad divina le

inspiraba y sostenía, demostrando su influencia sobre los grupos de alumnos y muchas veces sobre cada uno de los individuos.

Era alumno aquel año en el colegio de Lanzo, Antonio Varaia, natural de Leynì (Turín), huérfano de padre y madre, paupérrimo; había perdido la ayuda de dos almas generosas: lá de don Angel Savio, profesor de retórica, retirado, y la de sor Atanasia, Superiora de las Hijas de la Caridad, cambiada después de más de veinte años del Hospital de Lanzo al de Mirabello. Como el muchacho no podía pagar la pensión pensaba volver a Mathi, con una hermana suya, e ir a apacentar los ganados durante el invierno. Pero la última noche que pernoctó en el Colegio, apenas se durmió, le pareció que se hallaba en el patio interior y que iba al locutorio, junto al cual había un pequeño columpio, donde distraer su aflicción. Con maravilla y temor, vio en la sala a Nuestro Señor Jesucristo y, oprimido por el brillo de su majestad, le pareció que caía desvanecido por tierra. El Divino Salvador le tomó de la mano y amablemente le dijo:

—No temas; yo te haré de padre, ya que los hombres te abandonan. Confía en mí.

Y el muchacho, de rodillas junto a él, exclamó:

—Señor, concédeme la gracia de ser sacerdote misionero.

Jesús le miró, con aire de inefable bondad, y sonriendo le respondió:

[462] —Lo uno y lo otro.

—Sí, Señor, replicó el muchacho, hacedme sacerdote y misionero.

Y Jesús repitió con la misma dulcísima sonrisa:

—¡Lo uno y lo otro!

Entretanto le pareció a Varaia contemplar una tierra lejana, habitada por enemigos del nombre de Cristo. Transportado allí, después de diversos episodios de persecucción, le pareció que moría crucificado y que recitaba con afecto el *avemaría*. Presentósele entonces la Virgen, resplandeciente, causándole con su mirada una alegría celestial, pero un misterioso velo rojo se extendió entre él y la Santísima Virgen, como si quisiera impedirle la visión. La Virgen apartó el velo con su misma mano y de nuevo se dejó ver. Estaba él que le parecía morir y al mismo tiempo continuaba de rodillas, en el locutorio a los pies de Jesús, hasta que, siempre en sueños, oyó la campana que llamaba a los alumnos del colegio a la iglesia para oír la santa misa.

—Señor, dijo el joven, la campana me llama a la santa misa, y, si me lo permitís, me voy.

—¡Vete, en buena hora!, le contestó el Señor.

En aquel momento se despertó y, en efecto, sonaba la campanilla para ir a la iglesia.

Varaia quedó tranquilizado con el sueño. Fue a Mathi con su hermana y, a menudo, volvía al Colegio donde pasaba un rato. Un día se encontró con el Director, quien tomó nota de lo que había soñado y, dos años más tarde, volvía al Colegio, admitido gratuitamente por don Bosco que le proveyó de todo.

Hizo en Lanzo sus estudios medios, en el Oratorio de Turín los cursos de filosofía y teología, profesó en la Pía Sociedad y fue ordenado sacerdote en 1877. Era un modelo de santas costumbres, de sencillez, humildad y celo apostólico por la salvación de las almas. Estuvo al frente **[463]** de la dirección en la Casa de la fábrica de papel en Mathi y en la Colonia de Saint-Cyr en Francia, y en diciembre de 1891 era enviado por los superiores a las misiones de Palestina. Infatigable en el sagrado ministerio, hizo mucho bien a los jóvenes recogidos en las casas de Cremisán, Beitgemal, Belén y Nazaret, hasta que murió en Jerusalén en nuestra escuela italiana, el 19 de octubre de 1913, a los sesenta y cuatro años, después de haber sido director en varias casas durante catorce años.

[464]

CAPITULO XXXVI

LOS TRES AZOTES PREDICHOS POR DON BOSCO – LOS TRES CUADROS QUE DE ORDINARIO SE PRESENTABAN AL VENERABLE EN SUS SUEÑOS – ALGUNAS PALABRAS SUYAS – PRIMER AZOTE: LA PESTE – SEGUNDO AZOTE: LA GUERRA – TERCER AZOTE: EL HAMBRE – ESTOS AZOTES NO SE REFERIAN SOLAMENTE A ITALIA – UNA MIRADA A ARGELIA – DON BOSCO Y MONSEÑOR LAVIGERIE

DON Bosco cerró su última charla a los muchachos al acabarse el 1868 con una predicción. Lo mismo que se había cumplido la parte del sueño, que contó el 31 de diciembre de 1867, referente al número de los que morirían aquel año, así también, debía cumplirse esta predicción.

Conviene repetir en cuanto a ella que, generalmente, iban apareciendo ante la mente del Venerable en la visión del futuro tres amplios cuadros contemporáneos, principales. La Iglesia Católica, la Pía Sociedad de San Francisco de Sales y los muchachos del Oratorio. Hablando de ello en alguna ocasión, trató del primero por su carácter más amplio, omitiendo el tercero; pero las más de las veces no hablaba del primero, o bien, solamente lo indicaba y se entretenía exponiendo el tercero por ser más útil para sus muchachos, renunciando en muchas ocasiones a la claridad para cubrir cuanto podía redundar en su honor.

Así en la narración del 31 de diciembre de 1867, además de lo que se refería a los muchachos, había contemplado sucesos públicos que habrían ocasionado grandes males para muchos años, como la peste, el hambre y la guerra, y el espectáculo fue **[465]** tan vivo que el Venerable lo recordaba diecisiete años después. Decía en 1884:

—El principio de los hechos soñados data de 1868, y no acabarán de realizarse hasta 1888, época de grandes acontecimientos para la Iglesia, salvo que se retarden, lo cual depende de causas libres.

Y después, como distraído, pensando tal vez en otra cosa, aún repetía:

—¡Qué sucesos los del 1888 y los de 1891!

Seguimos para más exactitud de nuestra narración.

El primer azote predicho por don Bosco fue la peste. La terrible mortandad parecía acabada por completo a finales de 1867 y se empezaba a creer que había desaparecido todo peligro. Por eso el anuncio de una peste en aquellas circunstancias podía parecer una profecía fácil. Pero don Bosco, sin preocuparse ni un ápice de lo que se hubiera podido decir, se sintió obligado a anunciar lo que había visto en un sueño, cuya importancia él conocía. El azote había quedado en suspenso, pero no extinguido, mientras Dios esperaba que los hombres hicieran penitencia; y don Bosco advertía a sus muchachos que estuvieran alerta y no le ofendieran.

En 1868, y en los cuatro años siguientes, se dieron casos de cólera en diversos lugares, pero no se manifestaron focos de infección. Sin embargo don Bosco, cuando tuvo conocimiento de ello, se lo comunicaba a menudo a los muchachos y les repetía con seguridad que el escudo contra el contagio era la medalla de María Auxiliadora. Se lo había asegurado el único que podía hacerlo y se cumplió de manera portentosa, como veremos.

En el 1873 con una siniestra llamarada presentóse la epidemia en Treviso y Venecia. Invadió también las provincias de Padua, Brescia y Parma. Fue más mortífera en unos sitios que en otros, pero siempre terrible. En estas provincias, según el Boletín de la *Gaceta Oficial*, hubo por término medio un centenar de casos diarios de apestados, durante tres meses, y dos tercios de ellos murieron en pocas horas.

[466] En 1874 quedó el mal como escondido y permaneció casi endémico sin notable mortandad, mientras otras desgracias oprimían a la pobre Italia durante bastantes años.

En el verano de 1883 la peste estaba en Egipto y se asomaba a las puertas de Italia con espanto de las ciudades marítimas. Los habitantes de Bríndisi se alborotaron y se opusieron al desembarco de pasajeros del correo de la India, porque las autoridades hacían algunas excepciones con ellos en cuanto a la cuarentena establecida.

En 1884 estallaba el cólera en Tolón, por navíos infectados, procedentes de Tonquín (Indochina), y después en Marsella. Italia se inundó con millares de obreros que escapaban aterrorizados y volvían a la patria, llevando consigo el germen de la enfermedad. Esta se fue extendiendo por el Piamonte, Bérgamo, Liguria, Emilia, Toscana y Nápoles. En agosto estaban infectadas veinticuatro provincias y ochocientos cincuenta y ocho municipios.

En la provincia de Cúneo hubo tres mil trescientos cuarenta y cuatro casos y mil seiscientos cincuenta y cinco muertos.

En la de Génova, dos mil seiscientos diecinueve casos y mil cuatrocientos treinta y ocho muertos.

En La Spezia, mil trescientos ochenta y ocho casos y seiscientos diez muertos.

Sólo en la ciudad de Nápoles llegaron a catorce mil doscientos treinta y tres los casos y a siete mil los muertos.

En Nápoles y provincia se dieron quince mil novecientos setenta y siete casos y hubo siete mil novecientos cuarenta y cuatro muertos.

Por consiguiente hubo en Italia muchos casos y muchos muertos: y es fácil que las cifras sean inferiores a las verdaderas.

En 1885 aparecía el cólera en Marsella, y segaba innumerables víctimas en España durante cerca de seis meses. Los periódicos españoles afirmaban que hacía medio siglo no se recordaba mortandad como aquélla. En el interior de Italia, la epidemia invadió veinticinco provincias y ciento cincuenta y dos poblaciones; la más castigada fue la provincia de Parma. En Sicilia, solamente en Palermo, se dieron cuatro mil setecientos sesenta y siete casos con dos mil quinientos sesenta y ocho muertos, y en la provincia de Trápani desaparecieron centenares de familias. Las estadísticas registraron tres mil cuatrocientos cincuenta y nueve muertos, sobre seis mil trescientos noventa y siete casos, acaecidos en Italia.

En 1886 aparecía la peste violenta y repentinamente en Bríndisi, **[467]** en Bari y en la provincia de Lecce. Parecía que el cólera se hubiera instalado en pueblos y ciudades del Véneto, donde duraba hacía un año, aunque sin intensidad; en Venecia se contaron cuarenta casos por día. En cambio se extendía por tierras de Nápoles, Toscana y Piamonte. En Asti, Cúneo y muchos otros pueblos hubo víctimas. En Bolonia se unió la viruela al cólera y llenó de terror a la población, porque el número de vidas que segaba no era inferior.

Finalmente, en 1887 hubo casos en Siracusa, Caltanisetta, Trápani y Palermo, pero la peste se quedó estacionaria. En cambio causó estragos en Catania, donde hubo seiscientos cuatro muertos en julio, según la relación médica. También Mesina fue azotada con gran estrago: en un solo día hubo más de doscientos casos. Las provincias de estas dos ciudades fueron atormentadas con la peste, y Nápoles tampoco se libró.

Otro suceso previsto fue la guerra.

Napoleón III había cooperado a aumentar el poderío de Prusia, su terrible rival, al declararse neutral en la guerra de 1866; y Prusia no esperaba más que el momento oportuno para invadir Francia y aplastarla. Su rey, Guillermo I, respondía en Kiel, el 11 de septiem-

bre de 1868, al Rector de aquella Universidad, el cual había aludido en su mensaje al común deseo de paz, que también él la deseaba, pero que la garantía de ésta era su ejército, que ya había probado cómo él no temía aceptar y llevar a buen término una lucha que se le había impuesto. Todos vieron en estas palabras un guante de desafío arrojado al rostro de Francia.

Y he aquí que el 19 de septiembre de 1868 el almirante español Topete enarbolaba en Cádiz la bandera de la rebelión y con él se alzaron la flota y el ejército. En diez días fue expulsada de España la dinastía reinante. La reina Isabel II se refugió en Francia; y, con derramamiento de sangre por la resistencia de algún regimiento fiel a su deber, los rebeldes entraron triunfantes en Madrid, entregaron treinta mil **[468]** fusiles a la plebe y formaron un gobierno provisional. Con Topete, los generales Serrano y Prim quedaron dueños de la situación.

Pesaba sobre Prim la acusación de no ser más que un instrumento asalariado de Prusia, la cual se aprovecharía de él para imponer el desorden en España, con la intención de crear estorbos a Francia y hacer imposible a Napoleón III toda alianza. Más aún, con este fin había recibido de Prusia seiscientos mil *táleros*[1] en préstamo. Prim desmintió a la *Presse* de París, que había manifestado abiertamente estas noticias el 10 de octubre.

Sea como fuere, España caminaba a tumbos. Sin hablar de los caudales dilapidados, de las leyes sectarias emanadas contra la Iglesia, del templo protestante levantado en Madrid, diremos que el 1868 y 1869 fueron años de horrenda vejación para España.

Cuba se sublevó al ver lesionados sus intereses, y hubo que enviar muchas tropas para frenar la situación con sangrientos combates. Las Canarias se opusieron a las leyes del Gobierno con motines audaces. Los republicanos y la chusma armada querían la república. Cádiz, Málaga, Sevilla y Jerez, en Andalucía; Tarragona, Zaragoza, Balaguer, Barcelona, Valencia donde aquéllos se atrincheraban, fueron bombardeadas y reconquistadas en diversos momentos, después de muchos días de grandes estragos.

La idea republicana iba prendiendo en muchas otras ciudades, y en su nombre, centenares de cuadrillas de asesinos a sueldo cometían horribles delitos, y se cargaba de impuestos a la población de los pequeños centros, ya oprimidos por enormes contribuciones. En varias provincias, una gran incitación a la rebelión hacía temer al

---

[1] *Tálero o táler.*—Moneda antigua alemana de plata, equivalente a cinco pesetas. *(N. del T.)*

Gobierno nuevos motines para proclamar rey al Duque de Madrid, don Carlos de Borbón y de Este. Numerosas bandas de guerrilleros empezaron a alistarse, pese a los arrestos, fusilamientos y decapitaciones.

El ejército, cansado de acudir de una a otra parte para dominar las sediciones, se alborotaba; y en Cuba las tropas habían rehusado obediencia **[469]** a los mandos. El desastre del edificio revolucionario era completo.

El Gobierno Provisional, sintiéndose incapaz para restablecer el orden, promulgó una Constitución el 6 de junio de 1869, compuesta por las Cortes, en la que se establecía que el Gobierno de la Nación fuese monárquico constitucional. Dirigióse, después, a varios príncipes de familias extranjeras ofreciéndoles la difícil corona, pero todos la rechazaron. Entonces se presentó la candidatura del príncipe Leopoldo Hohenzollern-Sigmaringen, pariente del rey de Prusia y católico de religión. Autorizado por Guillermo I, el príncipe aceptó.

Pero el emperador Napoleón declaró que no admitiría un príncipe extranjero en el trono de España, por ser un peligro para el honor y la dignidad de Francia, y el príncipe Leopoldo renunció. Quiso todavía Napoleón exigir que el Rey de Prusia declarase que ni entonces ni después permitiría a ninguno de su familia que aceptara la corona de España. El Rey se negó a tal pretensión, y el Emperador le declaró la guerra el 19 de julio de 1870.

Los prusianos cruzaron la frontera con sus aliados de los Estados Germánicos y es ya bien conocida la terrible guerra que se armó, la caída del imperio francés, la proclamación de la república, la ayuda prestada por Garibaldi con sus voluntarios italianos. Los hechos dejaron atrás los horrores y estragos de la *Comuna de París* durante la revolución, y la marcha del ejército de Víctor Manuel en la conquista de Roma. En fin, por lo que toca a Italia, en 1888 se pueden recordar los hechos de Africa.

El tercer azote, predicho por don Bosco fue el del hambre, y los periódicos de 1868 están plagados de dolorosas noticias y de la penuria que se dejó sentir en muchos municipios del sur de Italia por las escasas cosechas y la falta de trabajo. Sicilia, en especial, fue asolada por el hambre; jamás se había experimentado una miseria tan general y tan atroz. Millares de isleños sin pan. Por falta de alimentos, veíase a los desgraciados ir en tropel por campos y barrancos **[470]** arrancando raíces y hierbas para engañar el hambre y calmar los tormentos del estómago, a causa de los cuales muchos enfermaban y morían.

A últimos de septiembre y primeros de octubre las copiosas lluvias, caídas en los Alpes, ocasionaron graves daños en Saboya, Suiza y el norte de Italia. Las inundaciones arrollaron innumerables haciendas campesinas con sus mercancías ya cosechadas y almacenadas, y gran número de rebaños. Quedaron asoladas grandes extensiones de tierra fértil, cubiertas de arena y piedras, y en muchos lugares reducidas a dilatadas lagunas. Los daños de Italia subieron, según los cálculos, a casi trescientos millones.

Aumentaban las angustias con la nueva ley de contribuciones, firmada por el Rey, el 7 de julio, sobre la molienda por cada quintal de trigo, maíz, centeno, avena, legumbres secas y castañas. El cliente debía pagar en manos del molinero, convertido en recaudador, antes de la exportación de las harinas: y prohibía la ley, bajo multa, toda suerte de molino a mano, en casa de los particulares. De aquí el alza de precio de los víveres, y el aumento del hambre de los pobres que no podían llevarse a la boca ni siquiera una pizca de cualquier clase de harina, sin tener que pagar el diezmo al Gobierno, que esperaba sacar de ello hasta sesenta millones. Hubo por toda Italia tumultos que fueron sofocados por las tropas y con las cárceles. Añádase que aumentaron la penuria de aquellos años las nuevas inundaciones del Po y del Ticino, el cólera, que mantenía lejos a los forasteros ricos e impedía el comercio en los puertos de mar, la erupción del Etna, los huracanes, los terremotos, las quiebras bancarias; el terremono de Liguria en 1884, y el de Calabria en 1888. Y encima cayeron aquel año abundantes nevadas que produjeron muchísimos daños en el norte de Italia.

De esta triste penuria de pan, anunciada por don Bosco a los muchachos, él no había hecho una descripción detallada en el sueño. Habló, en cambio, de las estrecheces en que se iban a encontrar sus familias y también el Oratorio. Aquí, en efecto, a causa de la merma de la beneficencia, a causa de las desgracias públicas, **[471]** por los enormes impuestos aumentados, y especialmente por la tasa de la molienda, verdaderamente había que vivir angustiosamente.

Lo que dijo haber visto en el sueño evidentemente no se refería solamente a Italia. Su mirada alcanzaba mucho más lejos. *«Veremos,* dijo, *una multitud incontable de gente pálida, triste, demacrada, consumida, con ropas andrajosas... que gritando:* ¡hambre, hambre! *buscaban pan con qué comer y no lo hallaban; querían apagar la sed que abrasaba sus fauces y no encontraban agua».*

Ahora bien, si tomamos el *Correo de Argelia* de 1868, leeremos las siguientes noticias. Toda Argelia, debido a las inclemencias del

verano, quedaba reducida en 1867 a tal extremo de penuria de los artículos de primera necesidad, que en mayo de 1868 se calculaba que habían muerto de hambre y sed al menos doscientos mil árabes. Sus cadáveres permanecían esparcidos e insepultos en los campos, a lo largo de los caminos por las cercanías de la ciudad y las aldeas, adonde corrían los hambrientos en busca de alimento. Los que pudieron llegar a lugares donde había europeos, obtuvieron del gobierno y de la caridad de los colonos, abundantes socorros. Pero las tribus que vagaban por la inmensidad de los desiertos, habituadas a vivir del producto de los pastos y de los cereales totalmente malogrados por la excesiva sequía, se vieron obligadas a vivir de hierbas silvestres, raíces y cortezas de arbustos, en espera de la muerte.

En medio de tantos horrores brilló la caridad de monseñor Lavigerie, arzobispo de Argel.

Los beduinos se vieron obligados a recurrir a Monseñor. Todos los días, sobre mulos y carros del ejército, llegaban niños escoltados a la casa del Arzobispo; aumentaba siempre el número, muy pronto sumaron mil ochocientos. Pero muchos estaban tan sumamente débiles que, a pesar de los más solícitos cuidados que se les prodigaron, murieron más de quinientos. Frente a los inmensos beneficios dispensados por el gran apóstol, la autoridad militar argelina terminó por pretender que cerrase el asilo donde eran recogidos los hijos de los que habían muerto víctimas **[472]** de la peste, y que fueran devueltos a sus tribus. Lavigerie no admitió freno alguno; había recibido el mandato de Dios y de su Vicario y voló a París, pidió audiencia a Napoleón III y le expuso con claridad la enorme injusticia que allá, en Argel, se cometía contra los apóstoles de Cristo. La firmeza del Obispo católico impresionó al Emperador que, con benévola sonrisa, atendió sus peticiones.

—Majestad, dijo el Prelado, Francia ha añadido a la madre patria con las armas y el sacrificio de miles de sus hijos casi 670.000 kilómetros cuadrados y más de 3.400.000 habitantes, desparramados por sus 1.400 aldeas; pero ¿de qué valdrán estas conquistas, si se tiene alejada la fe y el trabajo del sacerdote católico? ¡Sir! Os pido permiso para evangelizar libremente toda Argelia, abrir allí escuelas, fundar colegios para niñas, asilos para huérfanos, iglesias, todo lo que, en fin, me sugiera la fe y la civilización cristiana.

El Emperador se lo concedió y Lavigerie volvió triunfante a Argel para realizar su vasto proyecto. De este modo pudo Monseñor retener, albergar, educar cristianamente a todos los huerfanitos salvados y mantenerlos con los socorros abundantísimos que le envia-

ban desde Francia. Como llegó a no tener personal suficiente para la dirección, aún después de elevado al cardenalato, instó muchas veces a don Bosco para que le enviara un grupo de sus salesianos. Pero el Venerable, porque no podía o porque reconocía que por el momento no era aquélla la voluntad de Dios, difirió el proyecto para otro tiempo. Y Monseñor le enviaba desde Argel algunos huérfanos de las tribus de los bereberes, para que les educara e instruyera y después se los devolviera al Africa. Don Bosco los recibió alegremente y les contó entre sus alumnos.

Más tarde los Salesianos se instalaron en la costa africana; en 1891 en Argelia, Orán y Eckmülh; en 1896 en Túnez; el mismo año en Alejandría de Egipto y en el Cabo de Buena Esperanza. Después surgieron los colegios, asilos, oratorios festivos y escuelas de artes y oficios.

[473]

CAPITULO XXXVII

1869 – *PERSONAL DE LA PIA SOCIEDAD – LA PROVIDENCIA SOCORRE AL ORATORIO – UNA VALIOSA HERENCIA – UNA CAUSA DEL AFECTO DE LOS BIENHECHORES A DON BOSCO – UNA CARTITA SUYA PARA UN CLERIGO –* LECTURAS CATOLICAS: LA IGLESIA CATOLICA Y SU JERARQUIA – *UN REGALO DEL REY A DON BOSCO Y NUEVA INVITACION PARA QUE VAYA A FLORENCIA – EXTRAORDINARIA CONVERSION EN LA IGLESIA DE MARIA AUXILIADORA – DON BOSCO SE PREPARA PARA IR A FLORENCIA Y A ROMA – SE DESPIDE DE SUS ALUMNOS – EL ROSARIO DIARIO PRESCRITO PARA TODOS EN LA PIA SOCIEDAD – LA SALIDA DE DON BOSCO HACIA FLORENCIA – CARTA DE MONSEÑOR L. GASTALDI PARA EL CARDENAL PREFECTO DE LA SAGRADA CONGREGACION DE OBISPOS Y REGULARES EN FAVOR DE DON BOSCO – ESTE ES ESPERADO EN FLORENCIA – EL PADRE VERDA Y SU DESEO DE UNA CASA SALESIANA EN FLORENCIA*

AL comenzar el 1869 eran veintidós los sacerdotes salesianos: todos, menos uno, y con ellos veintiséis miembros más de la Sociedad hicieron los votos perpetuos. Había treinta y tres ligados solamente con los votos trienales; y eran treinta y uno los aspirantes. En total noventa y tres[1].

«Los alumnos internos de la Casa pasaban de ochocientos, escribe don Miguel Rúa en su crónica, y el Oratorio vivía totalmente abandonado en los brazos amorosos de la Divina Providencia. Hay que notar que, al principio de este año, había que pagar numerosas y grandes deudas. El banquero comendador **[474]** José Cotta había prometido para primeros de enero de 1869 la cantidad de diez mil liras: pero murió a fines de 1868 y en su testamento no apareció nada para el Oratorio. Sin embargo, dispuso el Señor que en aquella ocasión, nos llegaran por otra parte ayudas extraordinarias, con las

[1] *93.*—No, señor; no salen en las cuentas. Si no se suman los aspirantes, como es lógico, son 81 en total, y no 93. Y en el caso de que se quisiera contar con éstos, el total llegaría a 112. ¿Error de suma? ¿Error de imprenta? *(N. del T.)*

cuales se pudo hacer frente cómodamente a todas las deudas y a otros gastos importantes.

«Al acabar el 1868 fallecía el señor Carlos Bertinetti, en Chieri, y a primeros del 1869 moría también su mujer: dejaron en testamento a don Bosco, cuyas obras admiraban, todos sus bienes. Pero esto no pudo aliviar de ningún modo las urgentes necesidades de aquellos días, puesto que, en el primer momento después de haber recibido la herencia, no hubo más remedio que hacer gastos para cubrir el pasivo y las costas que en tales circunstancias se presentan».

Sin embargo fue de gran alivio. Se trataba de un regalo espléndido y hasta precioso, ya que algunas de las estancias de la casa de Bertinetti habían pertenecido al antiguo palacio de los De la Róvere; y precisamente aquella en la que se hospedó San Luis Gonzaga con ocasión del viaje que hizo a Chieri para visitar a aquellos nobles señores, parientes de su madre, la Marquesa.

Esta herencia y la continua generosidad de los bienhechores que acorrían a don Bosco fue una prueba constante y admirable del total desapego del corazón del Siervo de Dios de todas las cosas de la tierra. El Venerable Beda, al comentar la promesa del Divino Salvador, de que el que dejare por su amor familia, casa, campos, recibirá el céntuplo aun en este mundo, se explica así: *Qui enim terrenis affectibus sive possessionibus pro Christi discipulatu renuntiaverit, quo plus in ejus amorem profecerit, eo plures inveniet qui se interno suscipere affectu et suis gaudeant sustentare substantiis*[1]. (Quien renunciare a todos los afectos o bienes de la tierra para ser discípulo de Cristo, con lo que progresar más en su amor, hallará en ello más para sustentar su afecto interior y gozar de sus bienes).

Don Bosco gozaba, a su vez, agradeciéndoselo. Escribía al clérigo Bartolomé Giuganino, de Villastellone, **[475]** sobrino del teólogo Appendino, enviándole una estampa de san Luis Gonzaga.

Muy querido Giuganino:

Te doy gracias a ti y a la piadosa persona que envía su cuarta limosna de treinta liras para María Auxiliadora. Dile que María es poderosa y rica y que ciertamente no se dejará ganar en generosidad por su devota.

Saluda en mi nombre a tu señor tío, a tu hermana y a tus padres; ruega por mí que de corazón me profeso tuyo.

Turín, 2 de 1869.

Afmo. en Jesucristo
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[1] De la homilía con motivo del nacimiento de san Benito.

Al dorso de la estampita de san Luis había escrito:

Si le imitas en la tierra, ciertamente él te ayudará a ser después su compañero en la gloria del cielo.

El Venerable, en razón de su firme adhesión al Papa, fue tildado, por ciertos diarios enemigos de la Iglesia, de *Garibaldi del Vaticano y de los clericales.* Daba prueba de esta franqueza a fines del 1868. Las *Lecturas Católicas* presentaban a los suscriptores, en enero de 1869, el fascículo: *Dominio temporal del Papa; conversaciones entre un estudiante y un profesor, por el sacerdote Pedro Boccalandro.*

En el fascículo refutaba a los que querían ver al Papa despojado de sus dominios y pretendían que estaba obligado a renunciar a ellos, y que era culpable si intentaba resistir con las armas para conservarlos.

Al fin del mismo, se leía el plan de la *Biblioteca para la Juventud Italiana.*

Además había terminado de corregir por aquellos días el número correspondiente a febrero: LA IGLESIA CATOLICA Y SU JERARQUIA, *por el sacerdote Juan Bosco.*

Comenzaba así:

Al atento Lector

Pretendemos presentar brevemente en este número una idea cabal de la Iglesia de Jesucristo, explicando los principales grados de la Jerarquía Eclesiástica y la relación especial que guarda la Iglesia Católica con su Jerarquía. Muchos, al no tener **[476]** idea clara de estos vocablos, e ignorando la sapiente institución de los mismos, permanecen en la ignorancia o interpretan mal cosas muy necesarias para un cristiano fiel. Para obviar estos defectos, damos en este librito una breve explicación de estas cosas contando su origen y significado moral, por cuanto es posible y lo admite la brevedad, apoyándonos en la autoridad de los libros santos, de los santos Padres o de otros acreditados autores. A lo largo del libro hay diseminadas algunas de las citas más necesarias... Quiera Dios conceder a nuestros lectores sus mejores bendiciones, a fin de que podamos vivir como fieles cumplidores de los mandamientos de la piadosa madre, la Iglesia Católica, única maestra y centro único de unidad, fuera de la cual no hay salvación.

Las páginas más hermosas están dedicadas al Papa, con alusiones a su poder temporal, y datos históricos de todos sus ornamentos pontificales y reales, y con las razones por las que, en determinadas ocasiones, es llevado en la silla gestatoria. Narra también brevemente el origen de los cismas y herejías en el transcurso de los siglos, especialmente de los protestantes.

Don Bosco era querido por el Pontífice a causa de esta su ilimitada devoción. Y también le apreciaban el Rey y el Gobierno, por su respeto cordial a todas las autoridades.

Escribe don Miguel Rúa en su crónica: «1 de enero de 1869. Don Bosco recibió como regalo de S. M. el Rey dos venados, tras haber recibido poco tiempo antes otra invitación, de parte del Soberano, para que se trasladase a Florencia».

Estas pocas palabras no tienen ninguna explicación, pero la invitación del Rey, después de la del Ministro, daba a entender que se trataba de asuntos serios y urgentes.

La Crónica sigue narrando un triunfo más de la misericordia de Dios.

2 de enero de 1869.

Hoy vino una persona a visitar la iglesia de María Auxiliadora, y, sin muestras de devoción ni menosprecio, dio una vuelta alrededor de la iglesia junto a las paredes, observándolo todo; después se detuvo a contemplar el altar mayor. Tras haber mirado durante largo rato el cuadro de la Virgen, volvió hasta el fondo de la iglesia. Desde allí se adelantó nuevamente poco a poco hacia el altar mayor, por el pasillo de en medio. La iglesia estaba desierta en aquel momento.

[477] Parecía que una fuerza misteriosa y extraña le atrajese. Al llegar bajo la cúpula, vio en el suelo un papelito que se le había caído a un muchacho. Aquella misma mañana se había barrido la iglesia y el sacristán no había visto el papel. Miró el señor en derredor, inclinóse, tomó el papelito y leyó lo que decía: «El día tantos de diciembre murió un compañero tuyo, joven como tú. Si a ti te sorprendiese la muerte, ¿qué sería de tu alma? ¿Y si tuvieses que comparecer ahora mismo ante el Juez Supremo, cuál sería tu suerte? ¿Qué sería de ti? Feliz para siempre en el paraíso, o condenado para siempre en el infierno».

Al leer aquellas líneas el señor quedó como fulminado por un rayo. Su conciencia estaba enredada. Encendióse en su interior una lucha vivísima, que intentaba resistir, mas no podía. La voz de María prevaleció. Entró en la sacristía, con la cara contrahecha, los cabellos revueltos, de tal modo que causaba miedo. Había metido el papelito en su cartera. Se dirigió al sacristán, pero la conmoción no le dejaba hablar. Se paseó de un lado a otro como un loco, pidió un sacerdote, se arrodilló y se confesó. Levantóse después, radiante de alegría, y, sacando el papelito, lo presentó al confesor y le dijo:

—¿Sabe usted quién ha escrito este papelito?

—Conozco la letra: es de un muchacho muy inteligente.

—Pues bien; dígale para su satisfacción que María se ha servido de estas líneas para salvar una alma. Soy abogado y hace veinte años que no había recibido los sacramentos. Pero, de hoy en adelante, prometo vivir como buen cristiano. Diga a ese muchacho que me gustaría ponerme de rodillas ante él para agradecerle el bien que me ha hecho y que guardaré su papel mientras viva, como recuerdo de las misericordias de María.

El 7 de enero pidió don Bosco al Vicario General, monseñor José Zappata, el permiso y una carta de recomendación, para permanecer tres meses fuera de la diócesis.

Escribe don Miguel Rúa en la crónica:

7 de enero de 1869.

Palabras de don Bosco, después de las oraciones de la noche, con las que se despidió de todos los muchachos de la casa, reunidos en el salón de estudio, antes de salir para Roma:

«Quería marcharme a escondidas, dijo, pero, de ayer a hoy se ha divulgado de tal modo la noticia de mi viaje, que, yendo hoy por la calle, me dijo una persona:

—Espere, tengo un encargo que darle.

¿Y queréis saber, queridos míos, adónde voy? Voy a Roma, tengo allí asuntos de mucha importancia y voy por vosotros en busca de dinero, si lo encuentro, y además para otra cosa que os diré en su día y que **[478]** os gustará mucho, porque será muy provechosa para el Oratorio. Estaré en Roma, a lo más, hasta el primero de febrero, por lo que deseo que la fiesta de san Francisco se traslade a la mitad de febrero. Si todo marcha bien, estaré más tiempo; y si no, volveré antes. Rogad por mí, haced la comunión por mí, sed buenos y observad buena conducta.

Quiero que este año hagamos una fiesta de san Francisco preciosa, como nunca la hemos hecho, ni quizás la hagamos. Rogad mucho por mí. Ayudadme con vuestras oraciones. Os exhorto cariñosamente a que recéis hasta el día 7 de marzo un *padrenuestro* y una *salve* según mis intenciones. Adiós; hasta la vista».

Iba a Roma el Venerable, sobre todo, para obtener la aprobación de la Pía Sociedad y quería, además, obtener del Sumo Pontífice indulgencias especiales para una Asociación de devotos de María Santísima. Desde que se empezó la construcción de la iglesia de Valdocco, habían pedido repetidamente los fieles que se organizase una Asociación de devotos, los cuales, unidos por el mismo espíritu de oración y piedad, honrasen a la Madre del Salvador, invocada bajo el título de María Auxiliadora. Después de la consagración del templo, mientras muchos acudían a la sacristía para inscribir su nombre en el registro, habían multiplicado estas peticiones personas de toda edad y condición procedentes de todas partes. Y el Venerable, como veremos, ya pensaba darles gusto.

Estaba siempre vivo en don Bosco el deseo de honrar a María Santísima y otro signo de su gran amor era ése. En el ejemplar de las Reglas, que llevaba consigo a Roma, para presentarlo a la Sagrada Congregación, había añadido (lo que por otra parte era ya costumbre) que también sus sacerdotes y sus clérigos deberían rezar cada día el santo rosario, mientras en el manuscrito de las Reglas de 1864 se decía esto sólo para los coadjutores laicos.

Así las cosas, don Bosco salió, sin compañía, el día 8 de enero hacia Florencia.

Aquel mismo día escribía monseñor Lorenzo Gastaldi **[479]** a Roma a Su Eminencia el Cardenal Prefecto de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares:

Saluzzo, 8 de enero de 1869

Eminencia Reverendísima:

Va de viaje para Roma el muy reverendo señor don Juan Bosco, sacerdote de Turín, que abrió alrededor de 1845 en esta ciudad un Oratorio para educar en él cristianamente a la juventud; fue éste tan bendecido por la Providencia, que tiene ahora alrededor de ochocientos muchachos internos, además de varios centenares que acuden a él solamente los días festivos. La magnífica iglesia dedicada a María Auxiliadora, levantada por dicho sacerdote junto a este Oratorio, por la enorme cantidad de más de medio millón de liras, más otros tres Oratorios festivos para atender a la juventud, a los que acuden domingos y fiestas alrededor de dos mil muchachos, y otros dos colegios internados abiertos y mantenidos para el mismo fin en Lanzo Torinese y en Mirabello, diócesis de Casale, tan solicitados que no bastan sus locales para atender las peticiones, demuestran claramente que la Obra de este sacerdote está protegida por la mano de Dios, y que beneficia a la religión.

Es patente, por sí misma, que para conservarse y seguir adelante esta Obra necesita muchos coadjutores, los cuales no pueden convivir juntos y estar unidos por un mismo fin y animados por el celo y el espíritu de sacrificio que ella requiere, sin estar ligados a la vez por los votos religiosos y formando una sociedad religiosa.

Por esto, el arriba dicho, don Bosco, fue formando desde el principio clérigos y sacerdotes, a los que comunicó su espíritu, y con cuya ayuda ha dirigido y conducido felizmente sus instituciones; y esos clérigos y sacerdotes empiezan ya a componer la Sociedad que hará duradera una Obra tan bien encaminada.

El que suscribe vio nacer y crecer esta Sociedad, conoció y conoce a todos ellos, y se ve obligado a elogiarlos y desearles un afianzamiento seguro.

A tal fin es totalmente necesario que esta Obra obtenga de la Santa Sede Apostólica la sanción, sin la cual no podrá jamás tener estabilidad. El reverendo don Bosco ya presentó a la Santa Sede las Reglas de su Sociedad y suplicó a la misma que le concediera las gracias y exenciones necesarias para toda sociedad religiosa.

El que suscribe recomienda calurosamente a V. E. este deseo del reverendo don Bosco y ruega se le atienda, a fin de que consiga de la Santa Sede lo que necesita para que su Sociedad quede bien formada y establecida: ella promoverá, fuera de toda duda, como lo ha promovido y promueve, lo que es más urgente en estos días, esto es, la educación cristiana de la juventud.

[480] El que suscribe besa su sagrada púrpura y con profundo respeto se profesa.

De V. E. Rvma.

Su atento y seguro servidor
† LORENZO, *Obispo de Saluzzo*

A S. Em.ª el Card. Prefecto
de la S. C. de Obispos y Regulares

Don Bosco era esperado en Florencia, con verdaderas ansias, por el padre Domingo Verda, de la Orden de Predicadores, celosísimo promotor de suscripciones para las *Lecturas Católicas*. Este buen religioso se había encomendado a don Bosco, en 1866, para que la Ley de cierre de conventos no le echase del suyo, y en 1869 aún vivía en San Marcos. Visitó por vez primera el Oratorio en 1868: quedó maravillado de todo cuanto vio y del recibimiento que don Bosco y sus hijos le hicieron. Por recomendación del Siervo de Dios, marchó de Turín a Milán, donde se hospedó un día en casa del señor José Güenzati, el cual le trató con un sinfín de cortesías.

Durante este viaje aumentó su esperanza de ver en Florencia una escuela salesiana como la de Turín, por lo que escribió al caballero Oreglia.

Florencia, San Marcos, 24-11-1868

Querido caballero Oreglia:

...Otro pensamiento o sueño, si así se le quiere llamar, sería que hiciese escribir por algún inglés al señor Sloan, comunicándole que don Bosco tiene ese centro benéfico y que podría fundar uno similar en Florencia con su nombre; me expreso así, porque los hombres quieren ser tomados por su lado débil. He dicho un sueño, porque soñé que usted y don Juan Bautista Francesia se habían convertido en dos apóstoles de Florencia y que fundaban un magnífico centro sobre una de estas lindas colinas en los alrededores de la ciudad. Verdad es que no hay que dar crédito a los sueños, pero pensar en ellos no es malo, ni tampoco que yo lo escriba.

Me encomiendo a las oraciones de don Bosco, porque la necesidad es grande.

P. DOMINGO VERDA

[481]

CAPITULO XXXVIII

LLEGAN NOTICIAS AL ORATORIO SOBRE LA LLEGADA DE DON BOSCO A FLORENCIA – HUESPED DEL ARZOBISPO – SUS PRIMERAS VISITAS – CON EL MINISTRO MENABREA – CON EL CABALLERO CANTON – PROYECTOS PARA LA IGLESIA DEL SANTO SUDARIO EN ROMA – EN VARIOS MINISTERIOS HABLA DE LAS DIOCESIS VACANTES Y DEFIENDE LA CAUSA DE LOS SEMINARISTAS, A QUIENES SE QUERIA QUITAR TODA EXENCION DEL SERVICIO MILITAR – OTRAS NOTICIAS DE DON BOSCO ENVIADAS AL ORATORIO – LAS MEDALLAS PRODIGIOSAS DE MARIA AUXILIADORA – UN DIA EN CASA DE LOS UGUCCIONI – ULTIMAS VISITAS – CARTA DE DON BOSCO A DON MIGUEL RUA: BUENAS NOTICIAS; DEUDA A SALDAR; ESPERA OBTENER UNA REBAJA DE LA TASA PARA LA MOLIENDA; IMPRESION DE UN LIBRO; EN CUANTO A LA BIBLIOTECA DE LA JUVENTUD, *SE SOMETE A LA OPINION DEL ARZOBISPO SOBRE LOS PARRAFOS SELECCIONADOS DE OBRAS PROHIBIDAS; RECOMIENDA ORACIONES EN FAVOR DE LA GENEROSA FAMILIA UGUCCIONI; ORDENA QUE, DURANTE SU AUSENCIA, SE LEA LOS DOMINGOS A LOS SALESIANOS DE TODAS LAS CASAS, UN CAPITULO DEL LIBRO:* AVISOS A LOS ECLESIASTICOS *– SUBSIDIOS PARA EL ORATORIO DEL ECONOMATO REAL Y DE LA BANCA NACIONAL – EL MINISTRO DE OBRAS PUBLICAS CONCEDE A DON BOSCO BILLETE GRATUITO PARA LOS FERROCARRILES DEL SUR – DON BOSCO SALE HACIA ROMA – CARTAS DESDE FLORENCIA MANIFESTANDO EL DESEO DE VOLVER A VER PRONTO AL SIERVO DE DIOS*

AL llegar don Bosco a Florencia, fue inmediatamente acompañado al palacio Uguccioni y la Marquesa se encargó de escribir al Oratorio aquella misma noche. Gracias a las cartas que siguieron a ésta, podemos seguir el rastro de sus pasos durante su estancia en la capital provisional del Reino.

[482] *Apreciadísimo caballero Oreglia:*

Tengo la satisfacción de comunicarle la feliz llegada de nuestro querido don Bosco.

Le he tenido a comer en casa, se lo digo con verdadera alegría. Me dijo le contara que se encuentran aquí todas las personas a las que don Bosco tiene que ver.

Me encarga le envíe por correo las pruebas de imprenta por él revisadas. Y me ruega, además, le mande alguno de estos libritos: *Recuerdo de una solemnidad* etcétera..., con programas de las fiestas y los de las *Lecturas Católicas.*

Le incluyo también el nombre de dos suscriptores para la *Biblioteca para la Juventud Italiana...*

8 de enero a las 10,30 de la noche

JERONIMA UGUCCIONI GHERARDI

El caballero recibía otra carta de la Marquesa, fechada el día nueve.

Apreciadísimo Caballero:

Le comunico más noticias de nuestro queridísimo don Bosco, de su encargo y de mi satisfacción. Le adjunto una nota de su puño y letra. Dice que ha pasado bien el día; yo añoro siempre su ausencia. Mi marido le saluda: yo le ruego me encomiende al Señor junto con mi familia...

Suya
JERONIMA UGUCCIONI GHERARDI

Más detalladas eran las noticias que enviaba el padre Verda.

Apreciadísimo Caballero:

Tenemos con nosotros al santo varón don Bosco, llegado el viernes por la tarde. Está bien. Salieron a recibirle y agasajarle en la estación el caballero Uguccioni y el caballero Carlos Cantón, jefe de sección en el Ministerio de Asuntos Exteriores. El señor Uguccioni le acompañó a cenar y luego él mismo se fue al Arzobispado, después de las diez de la noche.

El sábado por la mañana estaba yo preocupado por saber dónde se había alojado: me dijeron que en el Arzobispado. Fui allá corriendo y ya había salido él solo. Era entre las nueve y las diez. Me marché a buscar al señor Cantón y no lo hallé: bajé al patio y me encontré con don Bosco preocupado buscando a Cantón. No puede usted imaginar qué sorpresa al verme. Le tomé de la mano y le acompañé hasta Cantón, con quien ha arreglado varias cosas. Desde allí le acompañé hasta el padre Julio (*Metti*) y le llevé de nuevo al Ministerio para hablar con Menabrea.

[483] Ayer, después de las tres, volví a visitarle, pero, tras larga espera, no pude hablar con él. Estaban allí las señoras Uguccioni y Digny, quienes le acompañaron después a casa de Enriqueta *(Nerli).*

De hoy, no sé nada.

Mañana, lunes, va a celebrar misa en casa Uguccioni y por la tarde, después de las cinco, iremos los dos a cenar en casa de Cantón. Cantón se ha ofrecido para acompañar a don Bosco a varios sitios.

Querido Federico: me ha venido una gran tentación. He escrito a la buena Fanny para que me obtenga de nuestro Padre General el permiso de poder ir a Roma acompañando a don Bosco. El se hospedaría en casa Marietti y yo iría a San Quirico. Si lo logra, será algo muy hermoso. He sabido que don Bosco puede llevar consigo, a quien quiera, *gratis*.

Se habrá enterado ya de la muerte de la madre de Enriqueta Nerli.

Ayer fue don Bosco a San Juan con la señora Uguccioni. Hoy come con el señor Arzobispo. Está bien y contento y da vueltas por los Ministerios.

Florencia, San Marcos, 10 de enero de 1869.

P. DOMINGO VERDA

Don Bosco se había presentado al ministro Manabrea, que le esperaba con impaciencia, y le dijo cortéstemente apenas le vio:

—¡Sepa, Excelencia, que yo estoy con el Papa para todo!

Después sostuvo con él varios coloquios.

¿Qué dijeron? ¿De qué trataron? Don Miguel Rúa, refiriéndose en su crónica a este viaje de don Bosco a Florencia, escribe:

«No se supo nada en concreto de lo que allí hizo don Bosco».

Examinados todos los documentos de los archivos, no hemos podido encontrar nada más. Es cierto, sin embargo, que aquellas llamadas urgentes tenían por objeto asuntos de innegable importancia. Creemos nosotros que se le invitó para que llevara a cabo algunos encargos oficiosos ante el Gobierno Pontificio, en favor del Gobierno italiano. Diremos mejor lo que pensamos, si damos una mirada a la historia de aquellos días.

El 24 de noviembre de 1868, los albañiles Monti y Tognetti, que habían volado con pólvora, el 22 de octubre de 1867, una parte del cuartel Serristori de Roma matando a veintisiete zuavos, aunque sinceramente arrepentidos, fueron guillotinados. Víctor Manuel fue impulsado por los sectarios para interponerse **[484]** en su favor, pero la gravedad del delito y la seguridad pública exigían que se diera curso a la justicia para evitar que se repitieran los atentados. Por eso el Tribunal Supremo había confirmado la sentencia de muerte, la cual, sin embargo, no fue firmada por el Papa, ya que nunca se había realizado esto.

No es posible describir la excitación que se originó por toda Italia. Las más horribles blasfemias contra la religión y las injurias más ignominiosas contra el Papa, no solamente llenaban los periódicos y

se repetían en las tertulias, sino que resonaban en el Parlamento, donde el diputado Ferrari, llamando mártires a Monti y Tognetti, reclamaba, junto con muchos otros, que se asignase una pensión a su familia.

Mientras tanto Mazzini abrigaba otro plan muy distinto. Era su ideal preparar la revolución en Italia y en Francia, destronar a Víctor Manuel y a Napoleón III, apoderarse de Roma y proclamar en ella la república democrática. Nuevas sociedades secretas trabajaban activamente para realizar tales proyectos. La revolución estallaría contemporáneamente en Milán, Turín, Génova, Nápoles y por toda la Romaña. Participaban en la conjuración los militares, especialmente suboficiales, y, en efecto, el 27 de marzo de 1869 estallaba la insurrección en Nápoles y en Faenza, al grito de: *¡Muera el Rey!* Pero algunas cartas, interceptadas en correos, descubrieron la trama, de manera que se sofocó el movimiento al nacer.

El rey Víctor Manuel, en medio de tantas complicaciones, se adhería a veces a Garibaldi y al Partido Radical, otras se acercaba a los Conservadores de la Permanente y otras intentaba reconciliarse con el Papa[1].

Mientras Víctor Manuel se debatía en tales angustias había hecho saber repetidas veces a don Bosco que deseaba verlo en Florencia. En Roma había comenzado el proceso de Ajani, Lussi y sus veintidós cómplices en la resistencia **[485]** a mano armada y con derramamiento de sangre en octubre de 1867, junto al puente de Trastévere, con la muerte alevosa de algunos soldados. Eran delitos de alta traición, que la ley castigaba con la pena de muerte. El Rey temía el éxito del proceso y el furor de las sectas que querían la libertad de los inculpados. Por eso se había decidido de nuevo a pedir gracia para ellos, enviando expresamente a Roma al general Marozzo de la Rocca. El Padre Santo le recibió afectuosamente y tomó la carta del Rey, pero la dejó sobre la mesa y comenzó a hablar del cardenal Marozzo de la Rocca y del cardenal De Gregorio, con tal desenvoltura que el General se quedó desconcertado y no supo despegar los labios. Al despedirse, el Papa le hizo notar que ciertamente el rey Víctor Manuel debía tener mucho dinero, puesto que había mandado cinco mil liras a la viuda de Monti, mientras había en Italia muchísimos infelices, perjudicados por las inundaciones, con los que hubiera podido ejercer mucho mejor su real generosidad.

Al Rey le contestó después a su carta por escrito.

---

[1] PELEZAR: Pío IX y su Pontificado. Vol. II. Cap. XXI.

Fue en estas circunstancias cuando don Bosco se presentó varias veces en el palacio Pitti para ser recibido por el Rey, mas no le fue posible encontrarlo. Le dijeron que se hallaba fuera de Florencia. El mismo habló un día en Francia después de la comida en casa de una noble señora donde se hospedaba, de aquellos sus inútiles viajes al palacio real en Florencia, y en presencia del arquitecto Domingo del Piano, salesiano, sin hacer la menor referencia a los motivos que allí le habían llevado.

Cuando él llegó a Roma se terminaba el proceso. Los acusados eran súbditos pontificios, sus delitos estaban probados y se podía prever cuál sería la sentencia de acuerdo con el código penal. El Gobierno Italiano temía verse obligado a actos violentos para acallar a las sectas que metían ruido por toda Italia, con insultos a la Casa Real, en defensa de los reos.

Instantáneamente hubo en Roma quien, por medio de Cardenales influyentes, dio a conocer lo peligrosa que era una sentencia **[486]** capital en aquellos tiempos tan turbulentos. El dulce ánimo del Pontífice se inclinaba de suyo a la clemencia; y la sentencia en segunda instancia, emitida en marzo de 1869, condenaba a Ajani y Lussi a cadena perpetua y a los demás a galeras.

El Gobierno Italiano respiró.

El 11 de abril celebraba el Pontífice el quincuagésimo aniversario de su primera misa y las Administraciones de Ferrocarriles de las líneas de Ancona y de Nápoles concedían por aquellos días una rebaja casi del 50 por 100 y ponían trenes extraordinarios.

Pero don Bosco había ido también a Florencia para sus cosas. Conversó extensamente con el caballero Cantón sobre el modo de llegar a tener una casa en Roma junto a la iglesia del Santo Sudario y le habló del documento al que ya nos hemos referido. Cantón presentó a don Bosco algunos altos empleados, amigos suyos y buenos católicos, que a su debido tiempo le podrían ayudar ante el Gobierno. Por ahora tan sólo se debía estudiar el proyecto: y don Bosco exponía, para su norma, algunos preliminares de convenio que él ya había meditado y desarrollado en varios artículos.

LA IGLESIA Y LA ASOCIACION DEL SANTO SUDARIO EN ROMA

1.º El sacerdote Juan Bosco, con el mismo espíritu del Instituto de Turín, titulado Oratorio de San Francisco de Sales, reemplazaría a la desaparecida sociedad o asociación del Santo Sudario que, de acuerdo con las cartas de fundación, además de las prácticas religiosas, tenía también la finalidad de hospedar a los peregrinos,

visitar a los presos y enfermos, guiar a los niños por el camino de la salvación y otras obras de caridad similares.

2.º Se obliga a pagar los impuestos de toda clase, a hacer a su costa las reparaciones ordinarias en la iglesia y en los edificios anejos, a cuidar la limpieza del templo, proveer y reparar los ornamentos, bancos, sillas, candeleros, cera, vino y todo lo necesario para el culto divino.

3.º Proporciona seis personas, por lo menos, para la administración del instituto, de la iglesia y de los edificios; lo mismo para lo referente a los inquilinos, que para la conservación de los edificios; dos de ellas serán sacerdotes, uno como Rector y el otro como Vicerrector, más un sacristán y dos clérigos para ayudar a las funciones sagradas en los días ordinarios y sobre todo en los festivos.

[487] 4.º Se celebrarán todos los días dos misas al menos, con obligación de atender a las confesiones, visitar a los enfermos y, si lo autorizaran, también a los presos.

5.º En los días festivos se explicará el evangelio a los adultos, se enseñará el catecismo a los niños más abandonados, y se impartirá la bendición con el Santísimo Sacramento.

6.º Cumplirá los legados piadosos anejos de misas rezadas o cantadas, triduos, novenas, cuarenta horas y demás solemnidades que se presentan a lo largo del año.

Parece que por entonces no se habló de los derechos que tocaban a la Casa Real.

Don Bosco se quedó en Florencia una semana, yendo de uno a otro Ministerio, sosteniendo conversaciones particulares con algún Ministro y con personajes de alta jerarquía. Doquiera se presentaba, era bien recibido y se ganó con su comportamiento que le calificaran de: *cortesía y afabilidad personificadas.* En sus conversaciones privadas con los Jefes del Gobierno se lamentó de que en 1867 se hubieran roto las gestiones para el nombramiento de Obispos, por lo que en el Piamonte se hallaban todavía vacantes las sedes de Acqui, Fossano y Susa. Oído con deferencia, delineó entonces las bases de un acuerdo que, según él, podía tener éxito, pero *siempre*, repetía, *y en todo con el Papa.* Tuvo por esto una viva controversia, la cual por el momento no importó nada, pero al fin se puso sobre el tapete. Ya veremos cómo se las arregló para resolverla.

Al mismo tiempo procuró defender la causa de los seminaristas, a quienes se les quería quitar toda exención del servicio militar, exención de la que todavía gozaban en número reducidísimo varias diócesis. En realidad el Ministro de la guerra, Bertolé Viale, que quería ganarse a los partidarios de Mazzini, había presentado al Parlamento el 18 de noviembre de 1868 un proyecto de ley para abolir tal inmunidad y quitar así a la Iglesia todo medio para abastecerse de jóvenes eclesiásticos con quienes sustituir a los que morían.

Sus instancias y evidentes razones obtuvieron corteses seguridades de que, con toda probabilidad, no sería aprobada la ley; **[488]** aunque había poco que esperar, si se tenía en cuenta el ánimo de los legisladores.

Y seguían llegando cartas de Florencia a Turín, portadoras de noticias de don Bosco.

Caballero Oreglia:

He aquí las óptimas novedades de nuestro amadísimo don Bosco, que me encarga le dé mil cordiales saludos. Temo, sin embargo, que su viajecito por aquí, esté resultando infructuoso para sus jóvenes, pero hágase la voluntad de Dios. Para nosotros, y singularmente para mí, ha sido un verdadero placer. Bendito sea Dios. Yo me esmero cuanto puedo, pero no soy la marquesa Villarios. Don Bosco le ruega que le envíe veinte ejemplares de *El Católico Instruido*, tres de ellos encuadernados; doscientas medallas del Santísimo Sacramento y María Auxiliadora: cien con la oración impresa.

11-1869.

JERONIMA UGUCCIONI

De todas partes pedían medallas al Oratorio. Por ejemplo, la princesa Elena de Soresina Vidoni escribía desde Cremona al Caballero, el 12 de enero: «Nos piden medallas de la *Virgen de don Bosco*, medallas que son verdaderamente prodigiosas y quisiera tener cierto número de ellas para repartirlas; de las de latón con el Santísimo Sacramento por una parte y por la otra la Virgen Auxiliadora... Las esperan en muchas casas religiosas».

María Auxiliadora ya era llamada: *La Virgen de don Bosco.*

Le llegaba otra carta al Caballero:

Señor Oreglia:

He pasado una jornada deliciosa, casi toda en compañía de nuestro don Bosco, quien le saluda y dice que ha comprendido todo lo que usted pone en su carta y que le contestará extensamente antes de salir de Florencia, si puede; de otra suerte, en llegando a Roma donde, según parece, estará el viernes por la mañana, 15.

12-1869.

JERONIMA UGUCCIONI

Este día, que don Bosco pasó por entero en casa de los Uguccioni, constituyó un apreciadísimo regalo para aquellos nobles señores, que sabían el poco tiempo de que disponía.

[489] Sólo por la noche y a hora avanzada podía entretenerse con el Arzobispo, puesto que durante el día visitaba a los bienhechores y a muchas otras personas distinguidas. El profesor Felipe Parlatore, Director del Museo Real de Física e Historia Natural, le envió después una tarjeta, manifestando su reconocimiento por la visita que le había hecho, ofreciéndole un libro escrito por él, en el cual describía su viaje a Laponia y agradeciendo la parte activa que había tomado mientras escuchaba sus narraciones.

Don Bosco visitó también alguna iglesia o casa religiosa. Celebró la santa misa en San Marcos, mientras el padre Verda recibía de su Superior General el permiso para acompañar a Roma al Siervo de Dios.

Queridísimo caballero Oreglia:

Don Bosco le saluda, está muy bien. ¡Qué satisfacción para mí! Salimos mañana por la noche.

Esta mañana don Bosco ha celebrado la santa misa en el altar de San Antonino, después ha ido a visitar a la señora Carolina Sorelli en la calle de los Siervos, n.º 15.

Mañana parece ser que va a Santa Florentina.

San Marcos, 13 de enero de 1869.

P. DOMINGO VERDA

Don Bosco mismo, antes de partir, escribía a don Miguel Rúa:

Florencia, las 6 del 14, 1869

Queridísimo Rúa:

Hasta ahora todo marcha bien. Gracias a Dios, la salud me acompaña; esta noche, a las nueve, saldré para Roma. Redoblad vuestras plegarias. Entre tanto:

1.º Di al Caballero que espero poder reunir las cinco mil liras para pagar el resto de la deuda a Filippi: por ahora recibirás casi mil liras por medio de la marquesa Uguccioni. Aquí tengo muchas cosas a la vista, pero hay que dejar que Dios guíe el corazón de las personas caritativas.

2.º Que él mismo escriba al T. Rovetti, diciéndole que se tendrán en cuenta sus observaciones: que no se quiso retocar más el libro de Cotrona para evitar lamentos, puesto que ya se utiliza en las escuelas; pero las publicaciones siguientes serán de acuerdo con su deseo.

[490] 3.º Que don Angel Savio no deje de darme su parecer sobre la conocida cuestión. Además, que me diga cuánto aumentarán los gastos de la molienda para todas nuestras casas y me lo indique con rapidez: es posible que obtengamos alguna rebaja.

4.º Más aún para el Caballero. Que haga leer y corregir a don Mateo Picco, si ello es posible, el folleto del que habla y después que lo imprima.

5.º Además, respecto a la facultad para imprimir trozos selectos de autores prohibidos, conviene que él mismo se presente al Arzobispo con quien, antes que con ningún otro, se proyectó la *Biblioteca* y la finalidad de la misma, y, si es necesario, él mismo hará escribir a quien corresponda. Por otra parte, si él juzgare que sean totalmente pasados por alto esos autores, hágase así.

6.º Envíese a la marquesa Uguccioni unos veinte ejemplares de *La llave del Paraíso* y de *El Joven Instruido*; seis de la *Historia de Italia*, seis de la *Historia Sagrada* y además un catálogo de libros, pero no se guarde nota de ello en la oficina.

7.º Rezad el domingo el santo rosario y comulgad, según la intención del caballero Tomás y la marquesa Uguccioni, que son para nosotros dos tesoros de beneficencia y de bendición.

8.º Busca por mi mesa y en ella, seguramente, encontrarás la carta comendaticia de monseñor Galletti.

9.º No he recibido ningún programa de la *Biblioteca* y ya no me quedan.

10.º *Item* toma el librito del padre Teppa: *Avisos a los eclesiásticos:* envía uno a Lanzo, otro a Mirabello, en donde, reunidos clérigos y sacerdotes, se lea cada domingo un capítulo del mismo, durante mi ausencia. Hágase lo mismo en Turín.

Dios os bendiga a todos y os guarde por el camino del cielo. *Amén.*

Un cariñoso saludo para todos

Afectísimo en Jesucristo
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P. D.: Mil noventa y ocho liras de las que se ruega acusar recibo a Florencia, Uguccioni Gherardi, n.º 4, Vía Avelli.

Escribió la posdata la misma marquesa Uguccioni.

Estaba don Bosco con el pie en el estribo para salir de Florencia cuando llegó al Oratorio la siguiente comunicación:

Al reverendo Juan Bosco-Turín

Economato Real de los beneficios eclesiásticos de Turín. N. 217.

El que suscribe, Ecónomo General, atentamente comunica a V. S. que el Gobierno de S. M. se ha dignado concederle, con cargo a la Tesorería de este Economato General, la cantidad de cuatrocientas liras.

[491] Tal cantidad será entregada en esta Pagaduría General a V. S. o a quien debidamente se encargue para recibirla, con tal de que sea persona conocida y provista de un recibo normal sobre papel timbrado, debidamente legalizado, y de acuerdo con el módulo que se acompaña.

Turín, 14 de enero de 1869.

El Ecónomo General
REALIS

Cuatro días más tarde se anunciaba otro agradable donativo.

Banca Nacional-Sucursal de Turín-N.º 28

Turín, 18 de enero de 1869

El Consejo de Regencia de esta sucursal de la Banca Nacional en su sesión de hoy, al repartir el fondo asignado a obras de beneficencia, decidió entregar a ese Oratorio de San Francisco de Sales en Puerta Nueva, Vanchiglia y Valdocco, 250 liras.

Tengo, pues, el honor de enviar a V. S. Ilma. con la presente un Mandamiento de Pago por esa suma, N.º 59, a nombre de V. S. para presentar en la Caja de este establecimiento.

Con el más profundo respeto,

El Director de la sucursal
FONTANA

También el Ministerio de Obras Públicas había dispuesto que se entregase a don Bosco y a una persona que le acompañase, un billete gratuito de primera clase para toda la red de ferrocarriles del sur, valedero hasta el 31 de diciembre de 1869.

Y don Bosco, acompañado por el padre Verda, salió de Florencia dejando en el corazón de muchos florentinos el deseo de volver a verle pronto.

Después de la partida del Siervo de Dios, recibió el caballero Oreglia una carta a la que siguieron otras más.

Florencia, 14 de enero de 1869

Muy apreciado caballero Oreglia:

...He tenido la suerte de ver a don Bosco al día siguiente de su llegada y de oír el lunes la santa misa que celebró en la capilla de mi amiga Uguccioni. Siento que haya sido tan corta su estancia aquí, pero espero que, a su vuelta de Roma, pueda detenerse **[492]** por más tiempo y que tendré el placer de volverle a ver y oír sus preciosas palabras.

VIRGINIA DE CAMBRAY DIGNY

Florencia, 21 de enero de 1869

Muy apreciado amigo:

...Vi sólo un momento a don Bosco, quien me dejó la esperanza de permanecer unos pocos días más en Florencia a su vuelta de Roma: le encontré muy bien de salud y estuvo conmigo, según su costumbre, atento y alegre. La buena marquesa

Nerli, aunque muy afligida por la muerte de su madre, se encuentra bastante bien y busca alivio a su dolor en las obras de piedad y caridad.

L. MANUELLI GALILEI

28 del 1869

Muy apreciado caballero Oreglia:

Verdaderamente no sé cómo arreglármelas para pedirle excusas por no haberle dado todavía las gracias de lo mucho que usted hizo y mandó hacer cuando le anuncié telegráficamente la nueva desgracia que había sufrido juntamente con toda mi familia. De palabra busqué la forma de demostrar a don Bosco mi gratitud.

Veo también en esta ocasión una asistencia particular del cielo, puesto que he podido aguantar dolor tan extraordinario sin que se resintiese mi salud, lo cual ciertamente es debido a mi padre y a María, que tanto ha sentido la pérdida de su abuela...

Don Bosco tuvo la atención de venir a verme apenas llegó a ésta; ya puede imaginar lo mucho que me satisfizo su visita. Después volví a verle dos veces, pero ciertamente no pude atenderle por mi circunstancia particular.

Florencia

T. NERLI

Muy apreciado Caballero:

...Tuve la satisfacción de acompañar en Florencia durante muchas horas a don Bosco, que me pagó con su inmensa bondad. Ya le he escrito a Roma, pero necesito con toda mi alma que vuelva pronto a Florencia.

El conde almirante Serra, que suscribió a su hijo a la *Biblioteca para la Juventud Italiana,* me encarga le diga que hasta ahora no ha recibido ningún folleto. Podría usted enviarlos al Ministerio de Marina, donde dicho Conde es Presidente del Consejo del Almirantazgo.

15 de febrero de 1869.

CANTÓN

[493]

CAPITULO XXXIX

GRAN EXPECTACION DE LAS FAMILIAS DE LA NOBLEZA ROMANA – LLEGADA DE DON BOSCO – RECIBIMIENTO EN LA ESTACION – CELEBRA LA MISA EN SAN BERNARDO – VISITA AL CARDENAL VICARIO Y SE HOSPEDA EN CASA DEL TIPOGRAFO MARIETTI – DIFICULTADES DE DON BOSCO PARA LLEVAR UNA VIDA RETIRADA – REEMPRENDE LAS DILIGENCIAS PARA OBTENER LA APROBACION DE LA PIA SOCIEDAD Y LAS DIMISORIAS – SERIOS OBSTACULOS PARA CONSEGUIR LAS DIMISORIAS – EL TEOLOGO MARGOTTI, INTERROGADO POR LA SAGRADA CONGREGACION, ENVIA UN INFORME SOBRE EL ORATORIO A LA SAGRADA CONGREGACION Y A MONSEÑOR RICCARDI – CONFIANZA DE DON BOSCO EN LA VIRGEN – SUS MUCHACHOS REZAN EN TURIN POR EL – DON BOSCO BENDICE AL SOBRINO DEL CARDENAL BERARDI GRAVEMENTE ENFERMO, Y EL NIÑO SE CURA – OBJECIONES SOBRE EL VOTO DE POBREZA, ENTENDIDO SEGUN LAS REGLAS DE LA PIA SOCIEDAD – EL CARDENAL ANTONELLI, LIBRE DE LOS DOLORES DE GOTA, POR INVOCACION Y BENDICION DE MARIA AUXILIADORA, VE AL PAPA PARA RECOMENDARLE LA CAUSA DE DON BOSCO

CON la mente llena de proyectos, y acompañado por el padre Verda, se acercaba don Bosco a Roma.

Las principales señoras de esta ciudad y sus familias gozaban inmensamente pensando que, también este año, verían a don Bosco. Fueron siempre las mujeres quienes promovieron, por todos los medios, las obras de fe y de caridad en todas las partes de la tierra, como atestiguan las historias eclesiásticas. Hacía ya dos meses que las mujeres romanas esperaban al Siervo de Dios.

[494] La marquesa Vitelleschi escribía el 11 de noviembre de 1868 al caballero Oreglia:

«Ayer por la tarde se hablaba en el salón de nuestro tan agradable y simpático tema: don Bosco y su *Compañero*. Qué hermoso tener la suerte de volver a ver en enero a este hombre de Dios; temo

siempre cualquier nuevo retraso, porque ansío hablarle. Lo necesito tanto...».

Otra señora, que se firma María X..., decía con fecha 2 de enero de 1869:

«Recibo en este momento el tesoro de una carta de nuestro don Bosco. Le escribo a usted para que se lo agradezca de mi parte. Llevo esta carta en el bolso para poderla leer de vez en cuando y hallar alivio. Me la habían anunciado hace algunos días y yo la esperaba, como puede imaginarse, con viva impaciencia... Imagínese cómo deseo la llegada de don Bosco».

Cornelia Von Millingen, con fecha 10 de 1869 escribe:

«Tengo un gran placer pensando que don Bosco viene pronto y espero que querrá celebrar la misa en mi capillita: cuento con ello».

Isabel C. dice el 13 de enero:

«Puede creer la gran alegría que experimenté al saber la venida de don Bosco que, por la gracia de Dios, llega esta tarde. Ahora pondré todo mi empeño para encontrar la manera de poder acercarme a él».

La Madre Magdalena Galleffi comunicaba el 14 del 1869, a las nueve de la mañana:

«He hecho saber al padre Ambrosio (inmovilizado por una parálisis en las piernas) que llegaba don Bosco a Roma. El le estima muchísimo, pero no ha podido todavía conocerle personalmente. Espera lograrlo en esta ocasión. Yo espero algo más, si Dios quiere...

«Después de comer, me llega la noticia de que esta tarde llega don Bosco y he sabido la casa en donde se aloja. Siempre lejos de Tor de' Specchi».

Estas noticias no eran exactas. Don Bosco llegó el día 15 viernes por la mañana. Le esperaban en el andén de la estación el marqués Angel Vitelleschi, con su esposa, el marqués Villarios, el conde Calderari y monseñor **[495]** Emiliano Manacorda, el cual entregó al Siervo de Dios el permiso para celebrar en todas las iglesias de Roma durante dos meses, firmado aquel mismo día por el cardenal Vicario.

Tres carrozas principescas esperaban ante la salida de la estación. Dos pertenecían al caballero Felipe, hermano del cardenal Berardi y la tercera a otro noble personaje. Habían penetrado dentro del recinto de la estación aunque estaba prohibida la entrada de carruajes a aquel lugar, salvo cuando se trataba de un gran personaje religioso o político. En consecuencia, se había despertado la curiosidad de los empleados, de los guardias de la estación y de los que pasaban; muchos se habían parado para ver quién llegaba.

Don Bosco fue invitado por el mayordomo del Cardenal a subir a la primera de las carrozas.

—¿Para quién son?

—Para don Bosco y sus acompañantes.

—¿Y qué necesidad hay de esto?

—El cardenal Berardi lo ha querido así; y es más, pone una carroza a su disposición para todo el tiempo que esté en Roma.

—Eso sí que no; don Bosco no está acostumbrado a tales lujos.

—Pero permita al menos...

—No, no; perdonadme... don Bosco va a pie.

Le repugnaba entrar en Roma poco menos que en plan regio.

Ante su resuelta respuesta, el mayordomo no osó insistir más y dijo:

—Entonces oiga: Su Eminencia el Cardenal le rogaría tuviera la bondad de visitar lo antes posible a un sobrinito suyo, gravemente enfermo; desearía que le encomendase a María Auxiliadora, que le bendijera y le hiciera sanar.

Don Bosco prometió que iría a ver al niño, pero en el momento en que se despedía, monseñor Manacorda le hizo observar que estaba cansado del viaje, que **[496]** el Cardenal se disgustaría de que don Bosco no hubiera aceptado aquel acto de cortesía y, por tanto, le aconsejaba que usara la carroza por aquella vez.

Don Bosco cedió al ruego de Monseñor y las dos carrozas de sus nobles amigos se dirigieron hacia la cercana iglesia de San Bernardo de las Termas, donde don Bosco celebró la santa misa. El padre Verda fue, en la tercera carroza, a hospedarse en el convento de su Orden.

Mientras estaba el Siervo de Dios en el altar, entró en la iglesia un señor enviado por el caballero Felipe Berardi, el cual no había podido estar en la estación por negocios urgentes. Aquel señor rogó a monseñor Manacorda que dijera a don Bosco se dignase tener un *memento* por el enfermito que estaba a la muerte. Monseñor pasó enseguida el recado al Venerable quien escuchó, hizo señal de asentimiento con la cabeza y continuó, como siempre, absorto en Dios, la santa misa.

El Procurador General de los monjes Cistercienses, el abad Bottino, contentísimo del honor que le había proporcionado el Venerable, celebró su buena suerte al poder ofrecerle un café.

Desde San Bernardo acompañaron al Venerable a saludar al cardenal Vicario y después al domicilio del tipógrafo Pedro Marietti, donde había establecido fijar su residencia.

Estas noticias nos las dio monseñor Manacorda.

Don Bosco había resuelto llevar vida retirada para gozar de mayor libertad y dedicar todo el tiempo al despacho de sus asuntos, pero a duras penas lo consiguió.

Apenas se supo en Roma su llegada, muchos romanos y forasteros empezaron a agolparse alrededor de la casa del caballero Marietti intentando ser recibidos por el Venerable; y el Caballero, de acuerdo con los deseos de don Bosco, los despedía con cualquier pretexto. Pero ellos protestaban:

—Es usted quien nos quiere impedir que tratemos con don Bosco nuestros asuntos. Usted quiere tener a don Bosco sólo para sí. ¿Acaso nuestros asuntos no valen tanto como los suyos? Si don **[497]** Bosco supiera que deseamos hablarle, nos recibiría con sumo gusto.

El pobre Marietti tenía que arreglárselas para salir airoso. Con todo, algunos privilegiados lograban llegar hasta el Siervo de Dios o conseguían encontrarlo por la calle y a la puerta de los sacros palacios, donde lo esperaban.

Era enorme el aprecio que toda suerte de personas profesaba a don Bosco. El reverendo padre dominico Jandel le consideraba modelo de santidad y prudencia. Nos escribía el reverendísimo padre F. Jacinto María Cormier, que fue más tarde Ministro General de los padres Dominicos, desde el convento de Bor. p. Nasac (Aveyron)[1], en julio de 1888, que él, al ordenar los documentos que se referían al P. Jandel había encontrado pruebas de su aprecio por el fundador de los Salesianos y de que en aquellos años dicho padre le había visitado con mucho gusto en Roma.

Don Bosco, como hemos dicho, había ido a la ciudad eterna para varios asuntos, sin excluir los encargos recibidos en Florencia; pero lo que más le importaba era la aprobación de la Pía Sociedad y la facultad de conceder las dimisorias para las sagradas órdenes. Las negativas no habían logrado desalentar su heroica fortaleza. Había dado tiempo al tiempo, y volvía a suplicarlo, por escrito y de palabra, las más de las veces en vano; pero él, contento de poder presentar, aunque no fuera más que una pequeña razón cada vez, esperaba confiado.

Pues bien, pese a las numerosas cartas comendaticias presentadas, enseguida se encontró con las incertidumbres y dificultades.

---

[1] *Bor. p. Nasac.—Caserío de Najac* (Aveyron). Después de muchas consultas, persona autorizadísima concluyó que: *Bor.* era *Borde; p., près,* y *Nasac, Najac;* es decir *Borde près Najac,* a lo que nos atenemos, diciendo en castellano: *Caserío de Najac. (N. del T.)*

Conservamos en unos apuntes personales propios sus mismas palabras:

«En cuanto llegué a Roma empecé a sondear el terreno, mas por desgracia era cierto que pocos Prelados me ayudarían: todos eran indiferentes, no creían en el éxito, y las personas más influyentes se oponían. Habían llegado a Roma cartas muy en contra de la Pía Sociedad en las que se alababa a don Bosco, sus intenciones, el Oratorio, el bien que allí se hacía a la juventud; pero se oponían a la Congregación, sobre todo por la razon de que habría sustraído a los clérigos de la jurisdicción de los **[498]** Obispos. En tal sentido se citaban solicitudes y rescriptos. El mismo cardenal De Angelis, amigo personal de don Bosco, no aprobaba que se le concediera tal favor.

»Yo les ponía de relieve que la facultad de las dimisorias es parte fundamental de las congregaciones eclesiásticas; y que, salvo las congregaciones diocesanas, todas las demás con casas en diversas diócesis, gozan entre nosotros de este privilegio. Añadía que muchos obispos, como se lee en las cartas comendaticias, deseaban cooperar a la consolidación de la Sociedad Salesiana y favorecerla en todo lo que se juzgaba útil y conveniente. Se me respondía que, si se concediera la facultad de las dimisorias, habría sido incluida en la aprobación de las constituciones; pero que, por el momento, solamente trataría de la aprobación de la Sociedad en general y ni siquiera eso era nada fácil».

El mismo teólogo Santiago Margotti, tan encariñado con don Bosco, era del parecer del cardenal De Angelis y de otros prelados. La Santa Sede, no satisfecha con los informes de monseñor Tortone y del Arzobispo de Turín, había pedido confidencialmente al Teólogo que diera un informe prolijo sobre las divergencias entre monseñor Riccardi y don Bosco y sobre los estudios que se impartían en el seminario arzobispal. El teólogo Margotti respondió así a monseñor Svegliati:

Turín, fiesta de san Fransico de Sales de 1869

Reverendísimo Monseñor:

Para cumplir lo mejor posible el delicado encargo, he debido consultar a personas pías, doctas y bien informadas de todo, sin faltar, claro está, a la reserva impuesta. Y he aquí, Monseñor, el resultado de mis indagaciones.

1.º La instrucción eclesiástica del Oratorio de don Bosco es laudabilísima en todo. Sus clérigos poseen una sólida cultura unida a una profunda piedad y, por eso, el Oratorio de don Bosco ha producido y sigue produciendo señalados servicios a la Iglesia en general y en particular a la diócesis de Turín.

2.º La enseñanza en el seminario arzobispal está tomando **[499]** un incremento extraordinario. Uno de los tres profesores nombrados, Barone, puede, quizá, infundir algún temor y ya en un principio hubo algún clérigo que se lamentó de su enseñanza. Pero hace un año que cesaron estas quejas y no se han vuelto a oír tampoco de los otros dos profesores, Barbero y Testa. Particularmente el último es un hombre de buen espíritu y profunda doctrina.

3.º Una enseñanza independiente del Arzobispo de Turín podría producir graves consecuencias y engendrar dos partidos, no sólo en el clero joven, sino también en los sacerdotes entrados en años, y el mal sería mucho mayor que el que actualmente se deplora.

4.º La enseñanza del seminario debe ser vigilada, y cuando dé lugar a alguna queja, se puede estar seguro de que, si el Arzobispo se entera de ello, pondrá remedio. Importa mucho que conozca la necesidad de vigilar.

5.º El Oratorio de don Bosco merece toda suerte de favores, pero el principio de independència, repito, sería un germen fatal de desaveniencias y de cismas. Recomendar el Oratorio al Arzobispo, de suerte que obtuviese de él lo que necesita para prosperar cada vez más, parece el mejor partido a juicio de personas prácticas, que sólo miran la gloria de Dios y las ventajas de la Iglesia.

Y lo mismo que en verdad le escribo esto *in Domino* (en el Señor), así no tengo temor alguno de profesarme con profundo respeto

De V. S. Rvma.

Su atento y seguro servidor
T. SANTIAGO MARGOTTI

«Vi, continúa don Bosco en la citada memoria, que era de todo punto necesario un milagro para cambiar los corazones; de otro modo, hubiera sido imposible llegar a una conclusión favorable a mis deseos. En cada palabra de nuestras pobres reglas encontraban una dificultad insuperable. Los que más habrían podido hacer a mi favor, eran los que más resueltamente se manifestaban de parecer contrario. Sin embargo, confiando en la Virgen y en las oraciones que se hacían en el Oratorio, yo tenía la esperanza de que todo sería superado».

Don Miguel Rúa escribía, a su vez, en la crónica:

«Durante el tiempo que don Bosco permaneció en la ciudad eterna, no cesaron los alumnos del Oratorio de recitar las oraciones prescritas. Más aún, muchos formaron grupos para comulgar por él un día, a su propia elección, **[500]** de manera que cada día de la semana hubiese cierto número de comuniones para cumplir este acto de gratitud por su buen padre».

Y las oraciones de los hijos fueron atendidas.

Habían pasado ya algunos días desde la llegada de don Bosco a Roma y parecía que se hubiera olvidado de la recomendación que le había hecho el cardenal Berardi. El sobrino era un muchacho de casi

once años, único vástago de una rica y muy noble familia, heredero por tanto de un extraordinario patrimonio: sobre él debían revertir también los bienes de algunas otras casas y, por consiguiente, se habían colocado en él muchas esperanzas. Como es fácil imaginar, era el predilecto, la delicia, lo más querido de los padres y del tío. Hacía quince días que se consumía con una fiebre tifoidea maligna de modo que, falto de fuerzas, sin poderse mover de la cama, ya se creían inútiles los remedios de la medicina y se le daba por perdido.

El Cardenal había hecho llamar muchas veces a don Bosco durante aquellos días, mas éste, por un motivo o por otro, no había podido ir. Finalmente, con angustiosa impaciencia, mandó a decirle:

—Venga, por caridad, venga a ver si todavía hay esperanza de vida para este niño.

Y don Bosco fue. Entró en la casa, le rodearon todos y le dijeron:

—¡Don Bosco cúrelo, cúrelo!

Y el Siervo de Dios, sin nombrar al sobrino, se volvió al Cardenal y le dijo:

—He venido para que Su Eminencia me ayude ante el Padre Santo a obtener la aprobación de la Sociedad de San Francisco de Sales.

—Cure a mi sobrino, respondió el Cardenal, y luego yo hablaré en favor de su Sociedad al Papa.

Acompañaron entonces a don Bosco a la habitación del enfermito. Se acercó el Venerable a la cama y dijo a los padres:

[501] —Tengan fe, rueguen a María Auxiliadora, empiecen una novena; y usted, señor Cardenal, cuídese de la Sociedad de San Francisco de Sales.

Y dijo dentro de sí:

—Dejemos a la Virgen que empiece.

Después rezó unas oraciones y bendijo al enfermo. La fiebre le desapareció al momento, *et reliquit eum febris.* El Cardenal repitió la promesa de hacer cuanto pudiera en favor de la Pía Sociedad, hasta superar las dificultades, si el sobrino sanaba. Se empezó la novena y tres días después volvió don Bosco a visitar al querido enfermo. El muchachito estaba sentado en la cama y, apenas le vio dijo:

—Don Bosco, estoy mejor ¿sabe? Ya he comido cosas cocidas y fritas.

No era nada más que el tercer día de la novena y había mejorado tanto que se encontraba fuera de peligro. Y pronto se repuso del todo.

El extraordinario suceso conmovió a toda la familia; la gracia de

María Santísima era evidente. El cardenal Berardi, estallando de alegría, fue a visitar al Siervo de Dios y le dijo:

—Don Bosco, estoy dispuesto a hacer lo que de mí quiera; ¡no tiene más que mandar!

—Ya sabe lo que deseo; interésese por mi Sociedad, hable de ella al Padre Santo, procure arreglar las cosas de modo que pueda conseguir lo que deseo.

—Lo haré, iré a ver enseguida a Su Santidad y le hablaré, esté seguro.

Pidió audiencia al Papa y le habló. Entusiasmado con don Bosco, le narró lo acaecido y le recomendó con vivas instancias la Pía Sociedad de San Francisco de Sales. El santo Pontífice quedó sorprendido y deseó ver cuanto antes al Venerable.

En el intervalo, la Sagrada Congregación había celebrado ya alguna reunión y examinado las Constituciones: la mayor objeción que quedaba era el encontrar una contradicción entre el voto de pobreza y la propiedad; cómo un individuo **[502]** podía ser miembro de la Congregación, profesando pobreza y conservando la posesión de los propios bienes. Es algo absurdo, repetían, que uno pueda llamarse pobre y posea a la vez casas y fincas y tenga derecho a disponer por testamento de sus riquezas.

Don Bosco acudía inútilmente a unos y a otros, demostrando cómo la práctica de la pobreza evangélica expresada en sus Reglas no se oponía a la naturaleza de este voto y que era la única manera de salvar los bienes de las Ordenes religiosas de las confiscaciones de la revolución.

Sin embargo aquellos teólogos, que quizá no conocían la aprobación dada por la Iglesia a la Congregación de los Rosminianos, sólo después de haber examinado atentamente la cuestión, se pusieron de acuerdo por fin, con la idea de don Bosco. Vieron también ellos que, en estos tiempos, el único medio de subsistencia para un religioso debía ser el propio patrimonio.

Se supo en los conventos de Roma la tesis sostenida por don Bosco y los Superiores de los dominicos y de los franciscanos acudieron a él para consultarle acerca del modo de entender el voto de pobreza, pidiéronle copia de su reglamento y declararon que, si la Iglesia lo aprobaba, retocarían el suyo en la forma que él lo presentaba y explicaba. Y, en efecto, unos años después, lo adoptaron todas las Ordenes de la antigua observancia. Y desde entonces, algún Cardenal aseguraba a don Bosco que el Concilio Ecuménico tomaría como base la misma regla para proveer a la existencia de todas las Ordenes Religiosas.

—De este modo, exclamaba el Siervo de Dios en una conferencia a los Salesianos, el Señor se ha servido de nosotros para proponer un nuevo modelo respecto al voto de pobreza, según las necesidades de los tiempos. Sea todo para la gloria de Dios, que es quien lo ha querido así.

Sin embargo, como algunos de los más influyentes en la Congregación tenían por imposible aquella aprobación, él, para cumplimentar los encargos oficiosos aceptados en Florencia, y para asegurarse un protector, fue a visitar al cardenal Antonelli, **[503]** a quien también le parecía imposible aprobar en aquellos tiempos nuestra Sociedad, principalmente porque le parecía encontrar en nuestras reglas algunas contradicciones. Y el éxito del asunto dependía en parte de él. Estaba el Cardenal sentado en un sofá, atormentado fuertemente por la gota.

—Adelante, querido don Bosco, pase.

—Eminencia, ¿cómo se encuentra?

—¡Mire como estoy! Aquí clavado en un sillón hace varios días. Ha vuelto la gota. Me había dejado libre después de su última visita. Hice entonces que me encomendaran a María Auxiliadora y me sentí aliviado; pero, ahora, de nuevo sufro dolores agudísimos.

—Eminencia, ayúdeme en mis asuntos y le garantizo que se pondrá mejor.

—¿Qué desea de mí?

—He venido aquí para encomendar a Su Eminencia que se ocupe de la Sociedad de San Francisco de Sales.

—¡Eh!, dijo él; eso me parece demasiado difícil. Pero en fin, le prometo recomendarla al Padre Santo, apenas pueda ir a una audiencia con él.

—Necesitaría que fuese enseguida.

—Pero ya ve usted cómo me encuentro; no puedo moverme. El Papa suele venir a verme cuando no puedo ir yo a su despacho, entonces le hablaré.

—Tenga fe en María Auxiliadora y vaya pronto. Prometa solamente empeñarse en que la Sociedad de San Francisco de Sales sea aprobada.

El Cardenal le miraba y callaba.

—Procure ir pronto a ver al Padre Santo, replicó don Bosco.

—¿Cuándo...?, exclamó el Cardenal sorprendido y clavando los ojos en su cara.

—¡Mañana!

—¿Quiere decir que ciertamente podré ir?

[504] —¡Sí, mañana!

—Pero ¿cómo podría ser eso?

—Tenga fe, fe viva en María Auxiliadora, porque de otro modo no haremos nada.

—Está bien, iré mañana; ¿y si luego me pongo peor?

—Seré yo el responsable: mañana estará mejor. Déjelo en manos de María. Ella se las apañará.

—Bueno, iré mañana; y si se cumple lo que me promete, haré cuanto pueda para promover su Congregación.

Al día siguiente, por la mañana, el cardenal Antonelli se encontraba notablemente mejor: los dolores agudos habían cesado, fue a la audiencia del Papa y le contó su conversación con don Bosco y su curación.

[505]

CAPITULO XL

EL PROCURADOR GENERAL DE LOS LAZARISTAS AYUDA A DON BOSCO CON SUS CONSEJOS – DON BOSCO DA EXPLICACIONES AL CARDENAL QUAGLIA Y A OTROS CARDENALES SOBRE LA PIA SOCIEDAD Y SUS CONSTITUCIONES – LLEGAN NOTICIAS DE DON BOSCO AL ORATORIO: CELEBRA EN TOR DE'SPECHI Y EN EL JESUS: VA A FRASCATI, A MONDRAGONE Y LA CAMALDULA: CELEBRA LA SANTA MISA EN LA CAPILLA DE LA CONDESA MILLINGEN – DON BOSCO ES ADMITIDO A LA AUDIENCIA DEL PAPA – DON BOSCO Y LOS COLECTORES PIAMONTESES DEL DINERO DE SAN PEDRO – POR QUE EL PAPA HABLABA A GUSTO CON DON BOSCO SOBRE CIERTOS ASUNTOS – CURIOSO EPISODIO ENTRE PIO IX Y UN IMPORTUNO, INTRODUCIDO POR DON BOSCO A LA AUDIENCIA – PIO IX RECIBE AFECTUOSAMENTE A DON BOSCO – SE EXAMINAN LAS DIFICULTADES NACIDAS SOBRE LAS OBSERVACIONES Y LAS DIMISORIAS: EL PAPA ACEPTA UNA PROPOSICION DE DON BOSCO – ALGUNAS CONCESIONES IMPORTANTISIMAS DEL PONTIFICE, EL CUAL AUTORIZA LAS NEGOCIACIONES PARA LA IGLESIA DEL SANTO SUDARIO – CONCEDE POR ESCRITO SU INDULGENCIA Y SU BENDICION A LOS ALUMNOS DEL VENERABLE QUE LE HAN DIRIGIDO UNA CARTA CON SU OBOLO PARA EL DINERO DE SAN PEDRO – DON BOSCO COMUNICA A DON MIGUEL RUA LAS INDULGENCIAS CONCEDIDAS POR EL PAPA – UNA LIMOSNA QUE ENTREGA EL CONDE CIBRARIO Y LA CONVENIENCIA DE DIFERIR LA FIESTA DE SAN FRANCISCO: DA VARIOS ENCARGOS Y DICE QUE SUS COSAS MARCHAN BASTANTE BIEN, PERO QUE HAY SERIAS DIFICULTADES QUE VENCER – PIO IX ENCOMIENDA A VARIOS PRELADOS QUE VEAN LA MANERA DE CONTENTAR A DON BOSCO – DON BOSCO VA A VISITAR A SU MAYOR OPOSITOR Y LE ENCUENTRA ENFERMO: LE CURA Y LE MANDA IR INMEDIATAMENTE AL **[506]** *PAPA Y ASI CESA AQUELLA OPOSICION – MONSEÑOR MANACORDA PRESTA TESTIMONIO DE CURACIONES PRODIGIOSAS OBRADAS POR DON BOSCO EN ROMA – TESTIMONIO DE DON MIGUEL RUA*

AUNQUE don Bosco tenía confianza plena en la ayuda final de la Virgen, no había dejado de apoyarse en todo cuanto le sugería la virtud de la prudencia. Aún no conocía él ciertas disposiciones que precisaba tomar, determinadas gestiones que hacer, algunas costumbres y procedimientos que seguir. Ya en Turín había recurrido en busca de consejo a algunos miembros de órdenes religiosas, mas éstos, por un motivo o por otro, habían declarado que no le podían ayudar. Apenas llegó a Roma, se dirigió al reverendo Borgogno, procurador general de los Lazaristas. Este le recibió con verdaderas demostraciones de afecto, le entregó un ejemplar de las reglas de su Congregación para su gobierno, le sugirió buenos consejos para conseguir su finalidad, le indicó varios documentos y cómo debía presentarlos, le animó, se ofreció para ayudarle con todas sus fuerzas, y le invitó para que acudiese a él siempre que se encontrase en apuro. Su consejo le valió para vencer muchas dificultades; don Bosco recordaba siempre con gran agradecimiento a este su bienhechor.

De acuerdo con las normas recibidas, siguió el Venerable visitando a Cardenales y Monseñores pertenecientes a la Congregación de Obispos y Regulares, entre los que se hallaban el Prefecto cardenal Quaglia y el Secretario monseñor Svegliati. Sostuvo con ellos largas conversaciones en las que le pidieron explicaciones sobre la Pía Sociedad, que presentaba en sus Constituciones unas bases algo diferentes a las de las congregaciones ya existentes. Cuando en 1874 se discutía sobre la aprobación definitiva de las Constituciones de la Pía Sociedad, el Venerable, en su afán de difundir cada vez mejor sus ideas y ganarse el apoyo de personas autorizadas, escribió e hizo imprimir en la Tipografía Políglota de la Sagrada Congregación de Propaganda una *Relación histórica sobre la Congregación de San Francisco de Sales y aclaraciones sobre la misma.* Se trataba de un opúsculo de veinte páginas. En **[507]** la página diez, dice que ya expuso sus ideas en 1869 a monseñor Svegliati, al cardenal Quaglia, al mismo Pontífice y al benemérito cardenal Berardi. Y añade:

«Las aclaraciones y observaciones, puesto que fueron casi idénticas, las expongo aquí en forma de diálogo para mayor claridad del lector.

P.—¿Qué buscáis en esta Sociedad, el bien del prójimo o el de los socios?

R.—La finalidad de esta Sociedad es el bien espiritual de los socios, mediante el ejercicio de la caridad con el prójimo y especialmente con los muchachos pobres.

P.—¿Qué es lo que más miráis para aceptar a los socios?

R.—Para la aceptación de los socios se mira de un modo especial la virtud de los mismos; y eso, porque nuestra Congregación no está destinada a admitir convertidos que deseen dedicarse a la oración, a la penitencia, al retiro, sino a reunir individuos de vida honesta, que, basados en la virtud y en la religión, deseen dedicarse al bien de la juventud, sobre todo de los muchachos pobres y en peligro. Por esta razón hasta ahora solamente hemos aceptado jóvenes conocidos de muchos años antes y que han estado viviendo en nuestras casas con una conducta ejemplar en todos sus aspectos.

P.—¿Tenéis noviciado?

R.—Tenemos noviciado, pero las leyes públicas, los lugares donde vivimos, no permiten tener una casa separada, destinada exclusivamente a esta finalidad. El Noviciado, que nosotros llamamos *tiempo de prueba,* se hace en una sección de la casa principal que está en Turín.

P.—¿En qué consiste esa prueba?

R.—Esta prueba se divide en tres períodos. El primero es el de los aspirantes, que debe preceder al Noviciado. El segundo es el Noviciado propiamente dicho, que dura un año por lo menos. El tercero es el de los votos trienales. Hasta ahora solamente hemos aceptado a los que estuvieron en nuestras casas durante cuatro, cinco y hasta siete años y llevaron una vida ejemplar, lo mismo en los estudios que en los ejercicios de piedad cristiana. Con esto por delante, el aspirante es admitido a la segunda prueba, esto es a la práctica exacta de las Reglas de la Sociedad, al menos por un año, a veces por dos y hasta más.

P.—¿Qué prácticas religiosas realizan los novicios?

R.—Los novicios se dedican normalmente al estudio y a la práctica de las Reglas de la Congregación. Cada mañana hacen oración vocal y meditación, rezan la tercera parte del rosario y comulgan varias veces a la semana. Durante el día tienen la lectura espiritual, la visita al Santísimo Sacramento con la lectura sobre una materia ascética, examen **[508]** de conciencia y comunión espiritual. Todas las tardes del año se reúnen a una hora determinada en la iglesia, cantan una loa religiosa, leen después la vida del santo de aquel día, cantan las letanías de la Virgen y asisten a la bendición con el Santísimo Sacramento. Además de estas cosas especiales, los novicios asisten también a todas las prácticas de piedad comunitarias de los demás jóvenes de la casa, como son las oraciones de la mañana y de la noche, con una platiquita a propósito, las funciones sagradas de los días festivos, a saber: dos misas, maitines y laudes de la Virgen, explicación del Evangelio por la mañana; asisten por la tarde al catecismo o bien lo enseñan a los niños; intervienen en la instrucción comunitaria con plática, vísperas, bendición, etc.

P.—¿Con qué frecuencia se confiesan?

R.—De acuerdo con nuestras Reglas, se confiesan cada semana con confesores designados por el Superior.

P.—¿Qué instrucciones ascéticas especiales dais a los que están en prueba?

R.—Además de cuanto se ha expuesto, cada semana les da el maestro de novicios una conferencia moral sobre las virtudes que hay que practicar y los defectos que hay que evitar, tomando generalmente como tema un artículo de las Constituciones.

P.—¿En qué más se ocupan?

R.—Los novicios enseñan el catecismo siempre que hay necesidad de ello, asisten a los niños del establecimiento y, a veces, también dan alguna clase diurna o nocturna, preparan a los más atrasados para la confirmación, la comunión, ayudar

la Santa misa y cosas por el estilo. En esto consiste la parte más importante de la prueba. El que no tuviere aptitud para esta clase de ocupaciones, no es aceptado en la Congregación.

P.—¿Cuáles son los resultados morales?

R.—Hasta ahora los resultados morales han sido satisfactorios. Los que salen bien de estas pruebas son buenos socios, se aficionan al trabajo, huyen del ocio y como les resultan necesarias las ocupaciones se prestan gustosos en toda ocasión a lo que pueda redundar a mayor gloria de Dios. Los que no tienen aptitudes para este género de vida quedan en libertad para seguir de otro modo su vocación.

P.—¿Qué plan seguís para los estudios?

R.—No se acepta a ninguno para clérigo de la Congregación si no ha aprobado el bachillerato hasta el curso de retórica. Después son admitidos a los cursos de Filosofía; se reúnen todos en la casa de Turín y se dedican a estos estudios por lo menos durante dos años. Los que han de prepararse para exámenes oficiales cursan el liceo de tres años. Digo *exámenes oficiales* porque la enseñanza oficial y privada está regulada por leyes, que excluyen de la misma a todos los que no poseen un título oficial, y es preciso que nuestros maestros posean un título o diploma.

[509] *P.*—¿Tenéis profesores idóneos para la Congregación?

R.—Entre los muchos que se someten a los exámenes oficiales, tenemos un número suficiente. Cuando es menester, nos ayudan algunos de nuestros ex alumnos, hoy profesores oficiales, que de muy buen grado vienen a ayudar siempre que son llamados.

P.—¿Cómo estudiáis la Teología?

R.—Tenemos los cursos normalmente establecidos en el Oratorio de San Francisco de Sales.

P.—¿Qué partes teológicas son las que especialmente se enseñan?

R.—Estudiamos normalmente Hermenéutica bíblica, Historia eclesiástica, Teología moral, dogmática y especulativa.

R.—¿Qué profesores tenéis?

R.—Tenemos varios miembros de la Sociedad, que han obtenido *cum laude* el doctorado en esta facultad con exámenes públicos. Hasta ahora hemos tenido siempre uno de los más célebres profesores del Seminario Arzobispal, que todavía acude puntualmente a clase durante todo el año y preside los exámenes en su momento. Pertenece a la Congregación como externo.

P.—¿Qué autores empleáis? ¿Y cuántos cursos hacéis?

R.—Por lo general nuestro maestro es santo Tomás de Aquino; y durante los cursos nos atenemos a las obras de San Alfonso, según los tratados de monseñor Scavini para la moral y los del padre Perrone para la teología dogmática y especulativa. Nuestro curso teológico dura cinco años. Cuando interviene la edad y alguna otra razón grave se presentan a las órdenes en el cuarto año, pero se continúa haciendo el quinto curso de teología después del sacerdocio.

P.—¿Cómo hacéis para el estudio de la moral?

R.—Para el estudio de la moral tenemos el curso normal en la Congregación. Pero antes de presentarse al examen final de confesión, además del quinquenio, asisten durante dos años más a las conferencias que, bajo la inmediata dirección del Arzobispo, se dan en la Residencia Sacerdotal...

P.—Se dice que usted ocupa en otras cosas a sus clérigos: ¿es verdad?

R.—Nuestros clérigos, aunque no por regla ordinaria, sino cuando se debe hacer alguna prueba o hay una necesidad particular, se dedican también a asistir en el sa-

lón de estudio, donde ellos pueden estudiar; son asistentes en los dormitorios, en los recreos, en los paseos, en la iglesia y en casos semejantes. Pero solamente hacen esto durante el tiempo libre, sin que les impida el ir a clase y estudiar. En caso de necesidad, se dedican temporalmente a las escuelas diurnas y nocturnas. Pero estas distintas ocupaciones se ajustan a su estado y son el fin fundamental de nuestra Sociedad. A este respecto, es bueno notar que estas ocupaciones preparan a los socios **[510]** a trabajar para el bien de las almas; trabajan, pero es un trabajo organizado, de modo que queda tiempo más que suficiente para atender a los estudios y a la piedad. Más aún, la experiencia de treinta y tres años nos enseña que estas ocupaciones asiduas constituyen un baluarte inexpugnable para la moralidad. Y he observado que los más ocupados y los más trabajadores recuerdan mucho mejor su antigua condición, disfrutan de buena salud, se conservan más virtuosos y, cuando llegan a sacerdotes, logran abundante fruto en el sagrado ministerio.

P.—¿No sería mejor que vuestros clérigos fueran al Seminario?

R.—Mientras no se pudo hacer de otro modo, nuestros clérigos fueron a clase al Seminario. Pero, apenas fue posible, aun con grandes sacrificios, hubo que hacer de otro modo. Los programas son distintos de los de nuestra Congregación y con frecuencia se cambian, puesto que cada profesor explica y sigue su propio programa. Además, los días y horas señalados para las clases en el Seminario no coinciden con el horario de nuestra Casa. Deberían recorrer unos seis kilómetros diarios, lo que supone un tiempo bastante notable. Añádase a esto que para ir al Seminario, hay que cruzar los sitios más poblados y frecuentados de la ciudad, donde las extrañas modas de vestir y de hablar, los saltimbanquis, los periódicos, los libros, las fotografías obscenas y frecuentemente las bromas y las burlas comprometerían, como de hecho ya ha sucedido muchas veces, la moralidad y la misma vocación de los alumnos.

«Así expuestas literalmente las cosas que se referían a los estudios —terminaba don Bosco—, al Noviciado y a la observancia práctica de las Reglas, todos los personajes anteriormente mencionados quedaron satisfechos». Mientras tanto llegábanle al Caballero, desde Roma, noticias del Venerable. Por los fragmentos de varias cartas puede el lector reconstruir el diario de sus ocupaciones.

Roma, 16 de enero de 1869

... Ante todo le diré que, hoy, después de comer, he tenido la satisfacción de ver a don Bosco. Le he encontrado bien y me ha prometido que vendrá a celebrar la misa. Le he recomendado que rece por la ovejita a él confiada...

CORNELIA VON MILLINGEN

Roma, 19 de enero de 1869

... Ha venido el bonísimo don Bosco y se hospeda en casa del caballero Marietti, poco distante de la mía. Me propongo saludarle, recibir su bendición sacerdotal y

una palabra de consuelo. Escogeré el tiempo oportuno, **[511]** o con menos gente, si me fuere posible, previendo que son los primeros momentos los de mayores cuidados y preocupaciones...

Don Bosco ha dicho al Eminentísimo Cardenal Vicario que se detendría tres semanas, pero el Cardenal le ha entregado el *célebret* para dos meses y creo que se quedará todo ese tiempo. Así se decía ayer en casa de la condesa Millingen...

Estamos en el año en que tendrá lugar el Concilio Ecuménico Vaticano, del que hemos de esperar grandes resultados y el triunfo completo de la religión y de la Iglesia.

ESCIPION CONESTABILE DELLA STAFFA

Roma, 20-1-1869

He visto esta mañana a don Bosco, que está muy bien... Celebró la santa misa el sábado (16) en Tor de'Specchi y el domingo en «el Jesús».

Permítame que, al presentarle los respetos de la Madre Presidenta, me declare su atenta servidora...

BETTINA PONZIANI TARABINI, *Secretaria*

21 de enero de 1869

... Con las prisas, don Bosco ni siquiera visitó mi tienda con sus libros y el precioso cartelón que tiene encima. Espero, sin embargo, que podré verle más despacio según me ha prometido. Hoy ha ido a Frascati y mañana se quedará en casa para recibir visitas desde las dos hasta las cinco. Por el momento, son pocos los que saben de su estancia en Roma, por lo que todavía no está tan asediado.

M. MAGDALENA GALLEFFI

Roma, 22 de enero de 1869

...Tenemos a don Bosco con nosotros, pero desgraciadamente aún no he podido hablarle a mi gusto y contarle mis penas espirituales y temporales; espero, sin embargo, que podré lograrlo, si bien resulta muy difícil este año por no obtener el favor de las personas que le rodean, las cuales siempre me hacen misterio de todo...

Ayer por la tarde fue don Bosco con Julio Giovannino Calderari a Mondragone; hoy ha celebrado allí la santa misa; después ha ido a la Camáldula y han vuelto a comer a Mondragone. Me ha proporcionado una gran alegría que haya dado la comunión y su bendición a mi Pedro. Espero que ahora estudie y se porte bien y que esta bendición le ayude, especialmente para el alma.

CLOTILDE G. V.

26 de enero de 1869

Ayer recibí la segunda visita de nuestro don Bosco, quien se entretuvo conmigo en la salita que usted conoce, donde se encuentra la tienda de libros del Oratorio, **[512]** aquí depositados, y me dijo muchas cosas agradables que yo no merezco.

M. MAGDALENA GALLEFFI

Roma, 29 de enero de 1869

...La condesa Millingen me encarga le diga que espera de María Santísima que cumpla la gracia para el joven Rey y le notifica que don Bosco celebró la santa misa en su capilla el día 27 del corriente.

ESCIPION CONESTABILE DELLA STAFFA

Roma, 29 de enero de 1869

...Espero que dentro de poco me lleguen los libros que don Bosco encargó para mí, pero no sé si la venta prosperará, porque la Epifanía pasó y ahora la gente piensa en gastos distintos de los piadosos o útiles y, por tanto, los bolsillos están vacíos...

Oí a la marquesa Villarios que en estos últimos días de Carnaval estaría usted ocupado *con los carnavales* y por eso me apresuro a repetirle los encargos de los libros y de las oraciones y novenas...

No he vuelto a ver a don Bosco, pero tendremos la satisfacción de que venga el jueves próximo a celebrar en nuestra iglesia. El miércoles estuvo en casa de la condesa Millingen, pero no he visto a ninguno que pudiera darme detalles de él, porque mi secretaria, que estaba invitada, se encontraba también comprometida a la misma hora con la Congregación de las Hijas de María. Créame, ambas estamos disgustadísimas al vernos privadas de todos los medios para satisfacer nuestros buenos deseos y solamente nos vamos ilusionando con que la marquesa de Villarios pueda suplirnos, porque se encuentra más próxima a las personas que probablemente pueden ser visitadas por don Bosco.

M. MAGDALENA GALLEFFI

En estas cartas falta la noticia más importante. Don Bosco había recibido tarjeta de invitación para la audiencia pontificia el día 23 de enero.

Pío IX le esperaba conmovido por los hechos que le habían contado los dos cardenales. Le quería por sus virtudes y por su afecto generoso a la Santa Sede. Un día había dicho:

—Tengo tres amigos desinteresados y los tres son piamonteses: monseñor Oreglia, el teólogo Margotti... Uno me envía desde Bélgica el dinero de San Pedro, sin quedarse nada para sí. **[513]** Margotti paga de su bolsillo los gastos de correo y honorarios; los demás colectores, en cambio, se quedan con el seis por ciento a cuenta del franqueo y de su trabajo... El tercero es don Bosco.

Este, en efecto, siempre que iba a Roma llevaba consigo notables ofertas de los fieles, recogidas con esmero y consignadas íntegramente en Roma, aunque él viviese de limosnas.

Le gustaba a Pío IX entretenerse con don Bosco, sobre todo porque le tenía por santo. Por su parte, don Bosco también se hacía querer por sus hermosas virtudes externas. Habiéndole preguntado

don Julio Barberis cómo le trataba el Padre Santo y por qué le recibía siempre de buena gana, respondió el Venerable:

—Busco siempre la manera de despachar deprisa. Hay que llevar preparado todo lo que se quiere pedir. Algunos, para hacer una petición al Papa, quieren estar allí contándole toda la historia y dicen y vuelven a decir y van alargando. Generalmente el Papa les interrumpe y les pregunta:

—En conclusión, ¿qué pedís?

Yo voy siempre allí con un fárrago de cosas que pedir; pero tomo nota precisa de ellas y me preparo. En cuanto llego ante el Papa, expongo mi petición en dos palabras; si son cosas especiales, como me sucede bastantes veces, recuerdo también: tal Papa, con tal bula y en tal circunstancia, concedió esto y lo otro; y él en dos palabras despacha todo. Después se ríe y dice:

—Vos empleáis pocas palabras para no cansarme, pero yo empleo menos que vos.

Otras veces llevo un papelito en la mano y él me pregunta:

—¿En qué número estáis?

—Es la duodécima petición que quiero hacer a Vuestra Santidad.

—¿Y cuántas traéis apuntadas?

—¡Dieciocho, Santidad!

—Ea, pronto llegamos a lo mejor.

«Aquella vez creo que las dieciocho peticiones importantes que tenía, las cuales requerían tiempo y reflexión, y que otro quizás hubiera empleado diez minutos para cada una, yo las despaché todas en diez o doce minutos a lo más. A veces, cuando yo he terminado, empieza el Padre Santo y me pregunta **[514]** por esto y por aquello; y entonces las cosas van un poco más despacio.

»Pero lo que más le gusta al Papa, cuando yo voy, es que nunca me opongo a nada, ni insisto. Que le parece bien conceder algo, en hora buena. Que no lo cree conveniente, yo no replico. Si se requieren simples aclaraciones, las expongo; por lo demás, aunque me pareciere óptima mi petición, yo no replico, si él se muestra poco propenso. Algunos van a él e insisten una y otra vez. Son audiencias que se alargan, le cansan y le disgustan. Yo, en cuanto hago mi exposición, me propongo no añadir una palabra.»

Estaba, pues, fijado el día 23 para la audiencia. El caballero Pedro Marietti recomendó a don Bosco al abogado Tancredo Canónico, piamontés, que se había dirigido a él, asegurándole que se trataba de una buena persona, que deseaba una audiencia privada

del Papa. Y le fue concedida para el mismo día. Era partidario de los errores secretamente propagados por un visionario fanático, el polaco Andrés Towianski, precursor de los modernistas, que se creía un profeta elegido por Dios para reformar la Iglesia. Probablemente el abogado le seguía de buena fe, o más bien con la ceguera de una ilusión, aunque sin culpa, puesto que, si hubiera consultado a eclesiásticos, no sólo doctos, sino piadosos, equilibrados y no fáciles a seguirle por debilidad de entendimiento o ansias de popularidad, habría hallado medios para volver a la integridad de la fe y de la profesión católica. Pero era muy reservado para abrirse a los demás; por eso gozaba ante muchos de reputación de piedad y de doctrina y había traducido al italiano la *Imitación de Cristo.*

Había llegado a Roma como portador de un escrito o mensaje para el Papa, que le había enviado Towianski desde Zurich. Leíase en él cómo el Papado se había salido del camino y lo que debía hacer para volver a entrar y conducir a la Iglesia por la vía de su vocación. Y pedía reformas radicales de la **[515]** Iglesia en el dogma, en la disciplina, en la institución y en el gobierno. Este escrito fue después editado por él y distribuido a los cardenales en el Cónclave de 1878.

El abogado se lisonjeaba de que podría arreglar las gestiones entre la Santa Sede y el Gobierno de Italia. Y en 1903 publicaba una relación de su visita al Papa, que empezaba así:

«El día 23 de enero de 1869, subí las escaleras del Vaticano, fui recibido por Pío IX, en audiencia privada, y presenté un escrito de Towianski. Le dije:

»—Santidad, por medio de este hombre he recibido de Dios beneficios espirituales que no se olvidan jamás. Tuve una juventud dolorosa: había perdido la fe. La Providencia me acercó a este hombre. Si he recuperado la fe, si ahora tengo una base, si amo a Jesucristo y a su Iglesia, si mi alma está alegre, a él principalmente se lo debo.»

No negamos que Tancredo Canónico hiciera tal panegírico de Towianski, pero es falso el diálogo que sigue y que Pío IX haya asentido de algún modo a los despropósitos del abogado. Don Bosco narró el hecho de muy distinto modo, según lo confirmó la noble familia Ricci y especialmente el caballero Roberto, quien lo refirió a don Joaquín Berto.

Apenas llegó el abogado ante el Papa, se postró a sus pies y le dijo:

—Padre Santo, hace mucho tiempo que deseaba hablaros; por fin

he podido llegar hasta Vos. Oíd: tengo diversas cosas que proponeros; Vos sois una persona santa, pero engañada por los que os rodean.

Y empezó a exponer sus opiniones y a aconsejar a Pío IX cómo debía gobernar la Iglesia.

El Papa le escuchó un momento; después le interrumpió indignado:

—¡Salid de aquí, no necesito vuestros consejos!

Y dijo el otro:

—Ya preveía yo que no podría decirlo todo, así que dejo este escrito.

Y lo colocó sobre la mesa.

Apenas salió, tocó el Papa la campanilla y preguntó al Monseñor de la antesala:

[516] —¿Cómo habéis dejado pasar a ese señor?

—¡Era recomendado por don Bosco!

Don Bosco esperaba junto a la puerta abierta de la antesala: por alguna palabra que dijo el Papa en voz más alta, por el aspecto turbado del abogado, cazó al vuelo de qué se trataba, e invitado a entrar, oyó que el Papa decía:

—O éste es un gran bribón o don Bosco es muy bonachón.

Don Bosco sonrió. Y el Pontífice preguntó:

—¿Por qué me habéis hecho pasar a ese hombre? ¿Y aún os reís de mi enojo?

—Me río, respondió don Bosco, porque es la indignación de un padre siempre amoroso. He aquí, Padre Santo, cómo ha sido. El caballero Marietti me lo recomendó, asegurándome que era una buena persona; yo no inquirí más y me atuve a su palabra.

A estas palabras rióse también Pío IX, que se entretuvo durante una hora y media con don Bosco, tratándole con indescriptible bondad.

El Padre Santo se mostró muy a favor de la Pía Sociedad de San Francisco de Sales, le prometió que haría por contentarlo y le aseguró que todo acabaría bien. Se examinaron las dificultades que eran graves, y se estudió el modo de resolverlas. Eran complicadas, porque sólo se quería conceder la aprobación definitiva de la Pía Sociedad de San Francisco, aplazando la aprobación de las reglas para tiempo más oportuno.

En cuanto a las *reprobaciones,* dijo al Papa que había procurado acomodarlas a las Constituciones por cuanto pudo. Hízole entonces una exposición de las que había insertado en los artículos y de las

que había modificado ligeramente, dispuesto a someterse al juicio de Su Santidad. Y declaró la imposibilidad de actuar durante varios años sobre algunas, singularmente las referentes a la hacienda material, porque la Sociedad no poseía rentas de calidad y vivía con las limosnas de los fieles.

[517] Pío IX examinó sus razones, convino confidencialmente con ciertas disposiciones que se hubieran podido suavizar, y le enseñó la manera de regularse para poder obrar en conciencia, si llegara el caso.

En lo referente a las dimisorias, demostró don Bosco que era inútil pedir a los obispos las testimoniales de los jovencitos internados en sus casas antes de los catorce años, puesto que los prelados ignoraban totalmente su condición y conducta y no podrían recibir más informes que los de él y de los suyos, que son quienes los tienen a la vista por lo menos desde hace cuatro o cinco años. El Papa acogió favorablemente estas observaciones y aprobó que esos jóvenes ingresaran en la Congregación sin testimoniales y, por consiguiente, fueran admitidos a las órdenes sagradas. Añadió también que no tenía dificultad en darle por escrito su parecer, para que tuviera un documento con que justificar la cuestión ante la Sagrada Congregación.

En cuanto a las dimisorias de los que hubieran entrado en las casas o colegios de la Pía Sociedad, cumplidos ya los catorce años, Pío IX le aconsejó que hiciera petición especial para un número determinado, cada vez que fuera menester.

Después de estas consoladoras palabras, añadió el Papa:

—Demos un pasito cada vez; el que va despacio, va seguro. Cuando las cosas van bien, la Santa Sede suele añadir y no quitar.

En cuanto a los decretos de 1848 sobre la forma para ingresar en el noviciado y hacer la profesión religiosa, díjole el Padre Santo:

—Empiécense a cumplir aquellas prescripciones por cuanto se pueda. Por lo demás os doy todas las facultades necesarias y oportunas.

Al mismo tiempo le dispensaba de la lectura pública de los decretos *Romani Pontifices* y *Regulari disciplinae*.

Don Bosco pasó luego a otros temas: habló de las gestiones que pensaba iniciar con el Gobierno de Italia para la iglesia del Santo Sudario, gestiones que, según preveía, serían largas y que, por tanto, se prestaban a tenerle en directa comunicación con el Ministerio, y Pío IX aprobó.

[518] En fin, después de haber pedido y obtenido indulgencias

para varias personas, le presentó el siguiente afectuoso saludo de los alumnos de sus institutos, rogándole les diera una bendición especial y escribiera una frase de su propia mano al pie del mismo, como recuerdo precioso de su paternal bondad.

Beatísimo Padre:

Los alumnos del Oratorio de San Francisco de Sales de Turín, del colegio internado de Lanzo y del seminario menor de Mirabello, representados por su Superior, se postran humildemente a los pies de Vuestra Santidad, suplicándole quiera, en un rasgo de su bondad, recibir el modestísimo signo de su gran veneración al Vicario de Jesús, aceptando el óbolo que se atreven a ofrecer como dinero de San Pedro. Tómelo como prenda de su inquebrantable adhesión al Supremo Jerarca de la Iglesia, añadiendo el máximo favor que ellos suplican: su santa bendición.

El Papa lo leyó y después escribió:

Día 23 de enero de 1869

Dominus vos benedicat et dirigat vos in semitis suis (Que os bendiga el Señor y os dirija por sus caminos).

PIUS PP. IX

Al día siguiente, escribía don Bosco al Oratorio:

Queridísimo Rúa:

1.º Rezo y quiero que recéis por la señora Bertinetti; el Padre Santo le envía la Apostólica bendición con indulgencia plenaria. Procurad asistirla y que no le falte nada de cuanto le sea necesario.

2.º Lo de Bodratto está arreglado con el Obispo de Casale y su Vicario General. Que vaya a Turín y le presente don Celestino Durando al comendador Dupraz, quien le adscribirá el patrimonio legal, tal y como hemos quedado.

3.º Comunica a don Francisco Cerruti que suspenda su trabajo sobre la Historia Eclesiástica, hasta que podamos hablar y, entre tanto, que cuide su salud.

4.º Envía veinte liras al padre de Chiapale.

5.º Arreglaos e imprimid el artículo del que habla el caballero Gautier.

6.º En cuanto a Riberi, aceptado; pero procura hablar antes con el señor Tortone para saber qué pretende hacer.

[519] 7.º Creo que a estas horas habrás recibido mil liras del reverendo Campolmi de Florencia, limosna del conde Cibrario, a quien he escrito.

8.º ¿Por qué no me envías el nombre de pila de los canónigos Casalegno y Millione y el del abad Solari? Tricerri debe saberlos, y, además, constan en el Calendario Eclesiástico.

9.º Si ves al doctor Musso y al señor Anglesio, diles que les llevaré una imagencita.

10.º Comunica al conde Viancino, prioste de la fiesta de San Francisco de Sales, que tendremos que diferirla un poco para que sea más solemne.

11.º Las cosas marchan muy bien, pero hay graves dificultades que vencer; de-

mos gracias al Señor, pues tenemos muchos motivos para estar contentos. Por ahora seguid rezando; pronto podré fijar el día de mi salida de Roma.

12.º El Padre Santo envía la bendición con indulgencia plenaria a todos nuestros jóvenes, a los señores Fossati y a los señores Dupraz.

Estad alegres, buscad dinero, que el Caballero haga negocios y Buzzetti le ayude. Yo hago desde aquí lo que puedo. Dios os bendiga a todos y os conserve en su santa gracia. *Amén.*

Siempre tuyo en el Señor.

Roma, 24 de enero de 1869

Afmo. en Jesucristo
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Pero la Congregación de Obispos y Regulares seguía poniendo dificultades. No quería ninguna exención en la jurisdicción de los Obispos. Observaba al Padre Santo que, hacía muchos años, no se aprobaba ninguna congregación de la forma que ésta, cuya aprobación se pedía; que había, además, decretos que se oponían a estas aprobaciones; que, por consiguiente, no se debía quitar a los Obispos el derecho de las dimisorias para remitirlo al Superior de la nueva Sociedad. Pío IX había tomado por su cuenta la defensa de don Bosco y decía:

—Pero no me pongáis dificultades.

—Vuestra Santidad ha dado un decreto a este propósito y no es preciso que se vuelva atrás.

—Sin embargo no he renunciado al poder de dar otro decreto en contrario.

—Pero vea que esta excepción podría abrir paso a otras.

[520] —Pensad en lo que se debe hacer ahora; ya pensaré yo en lo que se deba hacer después.

Monseñor Svegliati seguía colocando siempre frente a don Bosco que el voto de los Obispos era contrario; y que el otorgarle ciertos privilegios, era demasiado.

El Papa estaba decidido a aprobar la Sociedad, y el cardenal Berardi se dirigió a monseñor Svegliati y le dijo:

—Monseñor, el Papa no quiere que se pongan más dificultades; quiere que se resuelva la cuestión. Es el Papa quien lo quiere así. ¿Entiende?... *El Papa lo quiere* y parece que esto basta.

El mismo Pío IX mandó llamar a varios monseñores y les dijo:

—No quiero más dificultades; estúdiese el modo de superarlas y no el de inventarlas.

Y dijo a monseñor Jacobini:

—Contentad al pobre don Bosco en todo lo que podáis.

A don Bosco le había dicho:

—Ganaos a monseñor Svegliati: es el que más se opone, si lo lográis, todo está allanado.

El mismo consejo le habían repetido los cardenales Antonelli y Berardi. Y don Bosco se decidió a ir a visitarlo a su casa. Este prelado, por su mismo cargo, se había opuesto siempre a la aprobación de la Pía Sociedad, siguiendo el querer de un alto personaje superior suyo. Pero todo dependía de él, que debía formular el voto, y él estaba firme en que ninguna sociedad religiosa pudiese ser aprobada con los privilegios que se pedían.

Don Bosco le encontró sufriendo los primeros accesos de una seria pulmonía, de modo que no podía salir de casa y estaba echado en un sofá.

—Necesito su ayuda, díjole don Bosco, apenas entró. He venido para el asunto que Vos sabéis; desearía que me allanase las dificultades que surgen contra la **[521]** aprobación de la Sociedad de San Francisco de Sales y, por tanto, que fuese al Padre Santo y mediase en mi favor.

—Don Bosco, es algo muy serio y grave; además no sé cuándo podré ir a la audiencia, encontrándome como usted me ve.

—Sin embargo, yo necesito que Vos vayáis enseguida a ver a Su Santidad.

—¿Y cómo quiere que vaya con esta tos tan violenta?

—Se lo suplico, haga este esfuerzo.

—Bueno, procuraré ir el sábado en coche.

—Ah, no; vaya mañana, y a pie.

Sorprendido Monseñor, miróle fijamente y dijo:

—Sí; pero... es demasiado pronto.

—Encomiéndese a la Virgen; prometa interesarse por la Pía Sociedad de San Francisco de Sales y hablar en favor de su aprobación, y yo le prometo que sanará.

—Pero... ¿y si me pongo peor?

—Vaya, tenga fe viva en María Auxiliadora y curará.

—Si me lo asegura, voy.

—¿Cuándo?

—Dentro de tres días.

—No, mañana.

—Don Bosco, exclamó en un arranque; si yo puedo ir mañana a ver al Papa, le aseguro que hablaré de modo que todo marchará bien para usted.

Al día siguiente había desaparecido la tos y se encontraba total-

mente curado. Se presentó al Padre Santo, le contó la visita que le había hecho don Bosco y se declaró favorable a la concesión de los favores pedidos por el Siervo de Dios, dispuesto a secundar las intenciones del Pontífice, sin preocuparse de otras opiniones. Por la tarde fue a visitar a don Bosco, le prometió su ayuda y añadió que le tendría al corriente de las dificultades **[522]** que pudieran surgir contra la aprobación de su Instituto, y que él haría todo lo necesario para superarlas.

Las gracias que María Auxiliadora concedió a los cardenales Berardi y Antonelli y a monseñor Svegliati reconciliaron a don Bosco con sus adversarios, enfervorizaron a los amigos tibios y confirmaron en su resolución al Sumo Pontífice, que veía en el Venerable al enviado de Dios, al ejecutor de sus designios, al realizador de sus prodigios.

Monseñor Manacorda notificaba el 31 de enero, algunos de éstos al *Profesor don Juan Bonetti, Director del seminario menor de Mirabello.*

Hubiera yo escrito antes alguna carta a los queridos hijos de don Bosco en Mirabello, dándoles noticias de la venida y estancia de su Padre en Roma; mas no lo quiso así nuestro Padre Celeste: ésta fue la única y más que suficiente razón por la que me abstuve. Heme ahora aquí ante los hechos.

Y después de describir la llegada de don Bosco a Roma, el recibimiento, la invitación del cardenal Berardi para ir a visitar al hijo único de su hermano, el muchachito enfermo de quien ya hemos hablado, proseguía:

Mientras el cardenal Berardi estaba impaciente por ver en su casa a nuestro bienvenido don Bosco y ponerlo ante su sobrino casi moribundo... ¡don Bosco no fue hasta dos días después! Le encontró muy mal y a toda la familia desolada.

—Parece ser, dijo don Bosco, que todo remedio humano resultaría inútil para este muchachito; pero no así la protección de la Santísima Virgen Auxiliadora. ¡Hagamos una novena!

Puede usted comprender, querido padre Bonetti, que hablar de una novena junto al lecho de uno, casi deshauciado por todos, es algo que ensancha un poco el corazón. Rezaron todos con don Bosco, el cual terminó dando la bendición al jovencito, y con unas palabras, que animaron la esperanza de toda la familia y causaron gran alegría, díjole:

—Quiero que hagamos un pacto entre los dos: cuando hayas curado, me llevarás de paseo en tu coche lejos de casa. Ya fijaremos el día.

Al día siguiente estaba el muchacho sin fiebre y, al terminar la novena, salía de casa sano y salvo.

Otro hecho. El abogado Ignacio Bertarello deseaba grandemente **[523]** conocer a don Bosco y confiaba en que una visita suya curaría a su único nieto, que sobrevivía

a varios de sus hijos y nietos fallecidos. Acompañé a don Bosco a celebrar la misa en casa de este señor. El chico estaba en cama. Después de la misa se acercó don Bosco al niño, Carlitos, y pidió detalles de la enfermedad.

—Don Bosco, dijeron la madre, el tío y la tía; ¡si al menos pudiéramos quedarnos con éste!...

—Recemos a María Auxiliadora, contestó don Bosco; que Carlitos sea bueno y esté seguro de que se salvará.

Luego le dio la bendición, le impuso las manos, le entregó una medalla y marchamos.

Al día siguiente Carlitos estaba muy bien y sigue estándolo. *Deo gratias.*

Tendría otros hechos, amigo mío, pero apenas si puedo escribir; he estado en cama toda la semana pasada. Espero escribir mejor otra vez. Ruegue por mí. Le saludo mucho, mucho, de todo corazón y también en nombre de don Bosco. Salude a los padres Provera y Cerruti y a todos esos queridos y buenos sacerdotes, clérigos y jóvenes, *etc.*

Los mayores detalles de los prodigiosos sucesos referidos están sacados de memorias contemporáneas, o sea, de los amplios resúmenes que algunos hermanos tomaron de la conferencia que el mismo don Bosco les dio a su vuelta. Es increíble la íntima familiaridad paterna con la que el Venerable hablaba a los primeros reclutas de su Pía Sociedad, que necesitaban ser estimulados fuertemente.

También don Miguel Rúa escribía, con fecha 7 de marzo, en su crónica:

Aquella noche reunió don Bosco a los miembros de la Sociedad y les contó el éxito del viaje a Roma, favorable por encima de toda esperanza. Había ido allí contra el parecer de varios personajes que le apreciaban y creían que no resolvería nada. Sin embargo, confiado en María Auxiliadora y respetando sus consejos, él no dejó de hacer cuanto le parecía sugerido por el Señor.

Llegado allí, fue recibido por diversas personas de mucha importancia, entre otras por el conde Berardi, sobrino del Cardenal. Este tenía un hijo enfermo con fiebres tifoideas y sin ninguna esperanza de salvación. Al saber que tenía que llegar don Bosco salió a su encuentro para que fuera enseguida a visitar al niño y le bendijese encomendándole a María Auxiliadora. Así lo hizo don Bosco y sugirió a la familia que empezase una novena a María Auxiliadora. Al tercer **[524]** día de la novena mejoró tanto el niño que se encontraba fuera de peligro. Y rápidamente se repuso por completo. En cuanto supo esto el Cardenal, dio las gracias a don Bosco y se sintió tan bien dispuesto en su favor que prometió hacer cuanto pudiera para la Congregación. El éxito de los asuntos dependía, en gran parte, del cardenal Antonelli: fue don Bosco a visitarle y le encontró víctima de un ataque de gota:

—La última vez que os vi, queridísimo don Bosco, dijo el Cardenal, hice que me encomendarais a María Auxiliadora y me sentí aliviado; ahora estoy de nuevo atormentado por mi enfermedad.

—Eminencia, ayúdeme en mis asuntos y yo le garantizo que, desde mañana, estará mejor y podrá ir a ver al Pontífice para promover mi causa.

—¿Pero cómo podrá ser eso?

—Confío en María Auxiliadora, ella sabrá cómo hacerlo.

—Haré cuanto esté de mi parte para promover vuestra Congregación, si me lo prometéis.

Al día siguiente se encontraba mucho mejor y pudo ir, según lo prometido, a promover la causa de la Congregación.

Igualmente, un secretario, que podía influir mucho en estos asuntos, se encontraba molestado por una ligera pulmonía; y también él se empeñó en trabajar en favor de don Bosco después de su promesa de que María Auxiliadora le haría mejorar...

[525]

CAPITULO XLI

LAS FIESTAS DE CARNAVAL – TRES CARTAS DE DON BOSCO A DON MIGUEL RUA: 1) NO PERMITO QUE SE IMPRIMA NADA SIN PERMISO; CUIDE LA SALUD; 2) EMPLEE TODA CONSIDERACION CON UNA BIENHECHORA: LAS FIESTAS HAN INTERRUMPIDO LOS NEGOCIOS; DIOS NOS AYUDARA EN LOS APUROS ECONOMICOS; 3) SE HAN ALLANADO LAS DIFICULTADES PARA LA APROBACION DE LA PIA SOCIEDAD: LE GARANTIZA QUE UN CLERIGO, GRAVEMENTE ENFERMO, CURARA – VISITA LA TUMBA DE SAN PEDRO – RESPONDE A UN SEÑOR OFENDIDO PORQUE SU CURACION, OBTENIDA GRACIAS A LA VIRGEN, NO SE ATRIBUYE A SU MEDICO – NO ENCUENTRA CONFESORES UN DIA FESTIVO EN UNA IGLESIA Y REPROCHA AL SUPERIOR SU INOPORTUNA RESPUESTA – PREDICE LA ENTRADA DE LOS ITALIANOS EN ROMA Y LA LONGEVIDAD DE PIO IX – CELEBRA EN SANTA RUFINA – EL PAPA LE CONCEDE UNA SEGUNDA AUDIENCIA Y LE ENVIA SU CARROZA: LE OFRECE LA CASA DE SAN CAYO EN ROMA PARA UN CENTRO DE ESTUDIOS ECLESIASTICOS: LE PROMETE INDULGENCIAS PARA LA ASOCIACION DE DEVOTOS DE MARIA AUXILIADORA; LE CONCEDE CONDECORACIONES PARA ALGUNOS ECLESIASTICOS – EL CARNAVAL DE TURIN Y LA FERIA DE GIANDUYA; LOS MUCHACHOS DEL ORATORIO TOMAN PARTE EN ELLA – EL CARNAVAL EN VALDOCCO – LOS DOS PRIMEROS DIFUNTOS PREDICHOS POR DON BOSCO – LA CONDESA DE CAMBURZANO APLAUDE LA FERIA DE GIANDUYA – DON JUAN FRANCESIA INFORMA SOBRE EL CARNAVAL A LA PRESIDENTA DE TOR DE'SPECCHI

LLEGARON las fiestas de Carnaval: se cerraron las oficinas eclesiásticas y civiles, y don Bosco pudo respirar un poco y dedicarse con más comodidad a los asuntos del Oratorio, que jamás perdía de vista. Escribía más **[526]** cartas a don Miguel Rúa, el cual le informaba continuamente sobre la marcha de las casas.

I

Muy querido Rúa:

Por motivos particulares ordena que se suspenda la impresión del vocabulario latino hasta mi vuelta. Di a Buzzetti, y a los que intervienen en la imprenta, que en lo sucesivo no quiero que se imprima nada sin mi consentimiento, salvo que tú hayas recibido facultad *ad hoc* para ello.

Creo, sin embargo, que, si te es posible, des tú una conferencia insistiendo en la necesidad de la obediencia de hecho y no de palabra, y advirtiendo que nunca será bueno para mandar quien no es capaz de obedecer.

Cuida tu salud, descansa tranquilamente, no tomes alimentos que te puedan hacer daño; suspende el rezo de maitines hasta mediados de febrero y limítate a las horas, vísperas y completas, pero repartidas.

Roma, 31 de enero de 1869

Tu afmo. amigo
JUAN BOSCO, *Pbro.*

II

Muy querido Rúa:

No sé si la difunta Bertinetti era la hermana o la esposa de Carlos; en cualquier caso, di a la señorita Braia que tenga paciencia, que se ponga al frente de los negocios y haga de modo que no falte nada a la que vive. En cuanto al personal de servicio que provea cuanto sea necesario. Las vacaciones han interrumpido los quehaceres y yo tengo que prorrogar mi demora en Roma. Pronto os mandaré algún dinero. Seguid rezando.

Afmo. en el Señor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P. D. Vaya don Miguel Rúa a mi habitación, abra el cajón de mi mesa y encontrará un sobre con mi dirección en el que hay unas libranzas de los títulos pontificios, que llevó el padre Gregorio de Santa Teresa.

Ruegue a la marquesa Fassati que entregue ese sobre a la duquesa de Montmorency para que me lo traiga. Si hay dificultades para ello, que lo envíe por correo a Roma.

III

[527]

Muy querido Rúa:

Tengamos valor, Dios nos ayudará. Ya habrás recibido carta para que vayas a cobrar dos mil liras y veré qué más puedo hacer: espero no volver a casa con las manos vacías.

Sala me había prometido desde Lanzo tres mil liras para mitad de este mes; además deben llegar dos mil de Milán; habla de ello a don Angel Savio.

Las fiestas de Carnaval han interrumpido mis trabajos; el viernes (21) todo estará de nuevo en marcha. Tal vez haya graves dificultades, pero puede decirse que todas quedarán arregladas mejor de lo que esperábamos. Mas, silencio y oración. Hasta la época señalada, no puedo fijar el día de mi vuelta a casa.

Sé que tenéis mucho que hacer, pero cuida ante todo tu salud y la de los demás.

Di a Magna, a Nona y a la señora Gianelli, que el Padre Santo les manda una bendición especial con indulgencia plenaria.

Di al conde Viancino que deseo, y se lo ruego, prorrogue la fiesta de san Francisco de Sales hasta mi vuelta y que en breve le escribiré. El último día de carnaval aplicaré la misa por el clérigo Barberis, le daré la bendición y numerosos alumnos de una casa de educación harán la comunión por él; que tenga fe y después, *velit, nolit* (quiera o nò quiera) tendrá que sanar.

En cuanto a las cosas de Chieri, hágase lo que se pueda para dejarlas en paz con la secretaria señorita Braja. Cuando llegue a Turín trataremos todo eso.

Dile a don Joaquín Berto, que tendrá mucho que escribir, y que si no estuviera ocupado, yo le daría trabajo.

Saluda a todos; rezo y trabajo para todos ellos. Dios os bendiga y os ayude a hacer en todo y por todo la santa voluntad del Señor. *Amén.*

Roma, Morlupo, 3 de febrero de 1869

Afmo. en Jesucristo
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P. D. Pronto escribiré a don Juan Bautista Francesia.

Por aquellos días fue a celebrar y a rezar, como lo hacía siempre que iba a Roma, a la tumba de san Pedro a la que se sentía atraído por un afecto ardentísimo. En nuestra crónica sólo se hace una pequeña alusión, pero, como hemos tenido, no hace mucho, un precioso documento acerca de este su acto de devoción a los Príncipes de los Apóstoles, **[528]** si bien se refiere a 1867, no habiéndolo sabido entonces, lo transcribimos con gusto aquí, como una prueba más de la fama que ya gozaba el Siervo de Dios.

En el Diario de la Basílica Vaticana de 1866 a 1869 (Archivo de la misma Basílica) se encuentra registrado lo siguiente:

Martes, 22 de enero de 1867. El reverendo señor don Juan Bosco, sacerdote de Turín, venido hace poco a Roma, celebró la santa misa en la Santa Cripta, en el altar de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo. A este sacerdote, fundador en su tierra de un piadoso instituto de caridad, que se rige y gobierna con las espontáneas limosnas de los fieles, el cual goza universalmente de fama y de probada santidad, no ajena a veces, según se dice, a prodigios y predicciones sobre el porvenir, se presentaron tres individuos de la Basílica, a saber, Lucas Bassi, clérigo acólito de la sacristía, Felipe Boccanera Sampietrino, guardián de la misma sacristía, y Mariano Bissi, guardián de la iglesia, para que los curara de epilepsia, dolores reumáticos y fiebres inveteradas; hizo oración por ellos en la capilla de la sacristía de los canónigos, ex-

hortándolos a confiar en Dios por medio de la oración y a conformarse con su santísima voluntad.

Ita est: Mons. G. CASCIOLI
Guardián del Archivo

Cierto noble señor quedó curado en 1867 por mediación de María Auxiliadora. Don Bosco hizo publicar una relación del caso y aquél quedó ofendido. Decía:

—Mi médico había adquirido fama inmortal y con vuestra publicación le habéis perjudicado.

Y la tomó con don Bosco, de quien hablaba de un modo airado. Don Bosco y éste fueron invitados a comer por otro señor, el cual, tal y como lo había combinado antes, los colocó en la mesa juntos. El amigo se mostraba resentido. Uno de los convidados, de intento, comenzó a preguntar a don Bosco acerca de las curaciones obtenidas por intercesión de María Auxiliadora. El Siervo de Dios respondió que era grande, en verdad, la bondad de la Virgen y grande el reconocimiento de los agraciados; pero que también había algunos que, mientras estaban enfermos, prometían mil cosas y, luego, una vez curados, encontraban mil pretextos para liberarse de la obligación, diciendo que había sido el médico, la medicina... la constitución... una crisis... todo, menos la Virgen. Y **[529]** terminó:

—¿Acaso no están también en las manos de Dios el médico, las medicinas, las causas físicas y todo?

El otro escuchaba sin parpadear. Al fin empezó a hablar con don Bosco y se hizo tan amigo, que no dejaba de charlar ni acertaba a separarse de él.

El 2 de febrero fue invitado don Bosco por el Superior de una Orden insigne a la fiesta solemne y a la comida. Entró en la iglesia ya avanzada la mañana, fue a la sacristía y, como deseaba reconciliarse antes de celebrar la misa, preguntó al sacristán:

—¿Habría algún sacerdote?

—No lo hay, le respondió.

—¿No se confiesa hoy? ¿No está el Superior?

—Sí, está.

Pidió hablar con él, y le acompañaron hasta una sala que conducía a una estancia, donde el reverendísimo Padre jugaba al billar con algunos amigos. Al saber que le llamaban, hizo preguntar qué querían.

Y don Bosco dijo:

—Decidle que quisiera reconciliarme.

Y aquél, abriendo un poco la puerta, se asomó, miró al sacerdote y con voz alterada respondió:

—Pero ¿usted no sabe que yo no confieso?

—Entonces, ¿quién confiesa?

—Entre nosotros solamente confiesan los que no pueden hacer otra cosa.

Volvió don Bosco a la sacristía donde se encontró con un religioso, gran amigo suyo, que era quien le había invitado, y el único a quien conocía en aquel lugar. Este le atendió amablemente y don Bosco pudo confesarse.

Después de celebrar la santa misa fue presentado al Superior, que no le conocía personalmente; el Siervo de Dios se dio a conocer y, quejándose amablemente con él, le dijo:

—Señor Abad, ¿es posible? Un pobre cura quería confesarse y no podía encontrar un confesor en una de las grandes solemnidades. En la iglesia no había ninguno; pregunté por el Abad, y me contestaron que el Abad no confiesa. **[530]** Entonces ¿quién confiesa?, pregunté yo; y oí estas palabras verdaderamente extrañas:—Entre nosotros solamente confiesan ¡los que no pueden hacer otra cosa!

—Ah, don Bosco, disculpe por favor; no le conocía. Yo tengo la culpa; únicamente le ruego que no se lo diga al Padre Santo.

—No le diré nada, pero usted no repita esas palabras: *Entre nosotros solamente confiesan los que no pueden hacer otra cosa.* Es más, le diré que elija para confesar a los religiosos más instruidos, personas de experiencia, porque ésta es la parte más delicada del sagrado ministerio.

Más de uno de sus muchos confidentes deseaba conocer el futuro destino de Roma y de Pío IX y la suerte del poder temporal de los Papas. Don Bosco dijo que en 1871 Pío IX celebraría su jubileo pontifical y aseguró que sobrepasaría los años de san Pedro. Interrogado sobre los sucesos políticos, se excusó de responder directamente, pero indicó que Napoleón abandonaría Roma, retirando la guarnición francesa, y predijo con toda claridad la ocupación de la ciudad.

El 9 de enero de 1874 don Joaquín Berto le acompañaba por Roma, y se encontraron con un buen señor que, entre otras cosas, dijo a don Bosco:

—Yo no quería creer que los italianos habrían entrado en Roma. El padre Verda era de mi parecer. Pero apenas entró en 1870 el ejército de Víctor Manuel recordé las palabras que usted me había dicho un año antes: o sea, *que los italianos ciertamente entrarían.*

Don Bosco visitó también algún otro instituto.

Muy apreciado caballero Oreglia:

...Le doy muy buenas noticias de nuestro don Bosco. Esta mañana he ido a buscarle y le he acompañado a Santa Rufina, donde ha celebrado misa a las Hijas de María y ha predicado un precioso fervorín antes de la comunión, que ha sido muy numerosa. Después del desayuno hemos ido todas a besarle la mano y entonces ha dirigido un bonito discurso a las educandas. Hemos pasado una mañana agradabilísima y don Bosco ha dicho que le ha satisfecho...

CORNELIA V. MILLINGEN

[531] Pero seguía firme en su propósito de permanecer lo más oculto posible. El conde Escipión Conestabile della Staffa escribía al mismo, el 7 de febrero, quejándose: «La condesa Millingen le saluda. Don Bosco está bien: no le he visto más que ¡una vez!».

Aquel día, domingo de quincuagésima, don Bosco era esperado en el Vaticano a donde fue con toda pompa. El mismo, paternalmente y para demostrar la bondad de Pío IX, contó el bonito episodio en la citada conferencia a los Salesianos del Oratorio.

«Ya próxima la hora fijada para la audiencia, Pío IX llamó a los sirvientes y les dijo:

»—Don Bosco no tiene carruaje, id a buscarle con mi carroza.

»Y la carroza del Papa salió. Los sirvientes del Papa se detuvieron en la casa donde yo me hospedaba y me invitaron a montar. Subí. Imaginaos. Era una carroza donde podían caber muy bien catorce personas, toda ella forrada de seda, galones, cordones y flecos. ¡Y dentro don Bosco! Fui a la audiencia y, una vez terminada ésta, me esperaba la misma carroza... Me preguntaron adónde quería ir.

»—A casa de Vitelleschi.

»—Es orden del Papa que lo llevemos allí.

»Subí al carruaje, y al llegar, dijeron:

»—Tenemos orden del Papa de esperarle y llevarle a casa.

»Pero cuando les dije que debía quedarme allí mucho tiempo, cedieron a volver atrás.»

Esta audiencia satisfizo mucho a don Bosco. Apenas le vio Pío IX le dijo:

—Don Bosco, os pediría un favor. ¿Querríais abrir en Roma un centro de estudios y un Oratorio como en Turín?

—Padre Santo: esta era precisamente mi idea; me ha quitado la palabra de la boca.

—Pues bien, id a San Cayo; allí, junto al Monasterio de la Encar-

nación, hay un local: mirad si os conviene y ved, entre tanto, si es cosa fácil poneros de acuerdo con el propietario.

Y con diligente bondad continuó diciéndole el Padre Santo que si se podía resolver esta compra, deseaba que aquel mismo año se establecieran allí algunos sacerdotes y clérigos salesianos enviados desde Turín, para estudiar Filosofía y Teología en la Minerva **[532]** y en la Gregoriana. Una vez obtenido el doctorado, volverían al Oratorio para dar clase. Cesarían así las exigencias del Arzobispo de Turín y ¡el mismo Papa, por medio de su Vicario, conferiría las órdenes sagradas a los hijos de don Bosco!

El Venerable aceptó con gratitud la proposición y, después de una larga exposición sobre el estado de la Pía Sociedad, presentó al Padre Santo el vivo deseo de muchos fieles de que se erigiera canónicamente una Cofradía en la iglesia de María Auxiliadora. Le dijo que presentara los estatutos al Arzobispo de Turín y solicitara la erección canónica: y a continuación suplicaba al Padre Santo que enriqueciera aquella obra con algunas indulgencias. El Papa asintió complacido.

Le presentó aún una petición de condecoraciones para algunos insignes eclesiásticos y el Papa acogió también benévolamente la súplica.

Al fin Pío IX le regaló una cajita llena de crucifijos, enriquecidos con cuatrocientos días de indulgencia cada vez que se besaran, o se diesen a besar a otros.

Don Bosco subió al Quirinal para visitar San Cayo. El lugar indicado por el Papa pertenecía al Monasterio de la Encarnación, llamado de las Barberinas, por ser fundación de la excelentísima casa Barberini, que tenía el Patronato. Comprendía dos grandes cuerpos de edificios: uno de ellos, vacío desde hacía tiempo, era adecuado para la obra de don Bosco. Tenía aneja la iglesia y un amplísimo solar, donde se podían levantar otros edificios.

Por aquellos días había permitido el Ayuntamiento de Turín a los centros benéficos poner en la plaza del Castillo una especie de feria para vender, durante los últimos días de Carnaval, cuanto creyeren oportuno en favor de sus asilados.

Había sido don Bosco el inspirador de la idea. Era el carnaval de Turín de aquellos tiempos el más decoroso, tranquilo y divertido de toda Italia. Existía una Comisión a propósito con plenos poderes y guardias a sus órdenes para velar **[533]** por el orden, la moral y el respeto a toda clase de personas.

Ya antes de salir para Roma, don Bosco había dicho a los de

casa, ante necesidades particulares del Oratorio, que estaba estudiando la manera de tomar parte en las fiestas de Carnaval. Soltaron todos un *¡oh!* de asombro, y dijeron casi escandalizados:

—¿En el Carnaval los hijos del Oratorio?

—Sí, sí; iremos, mas no para adquirir las locas costumbres. Iremos según nuestra condición, para obligarle a *él* a ir adonde estamos *nosotros*.

Se tenían guardados todavía muchos objetos de la última tómbola y había pensado el Venerable hacer algo con ellos. Invitados los buenos turineses anduvieron a porfía para enviarle más. Encargó al caballero Oreglia de este asunto y él salió para Roma.

Preparó el Caballero su feria. Se componía de varias mesas decorosamente adornadas sobre un amplio palco detrás de las torres de la plaza del Castillo, mirando a la calle del Po. Envió al mismo tiempo unos graciosos versos en piamontés a sus conocidos y amigos, para que acudieran a admirar su feria y a comprar.

Envió también varias de estas invitaciones a Roma.

Roma, 1 de febrero de 1869

Muy apreciado caballero Oreglia:

Puede usted imaginar más que yo describir la ilusión que me hace su invitación. ¡Qué no pagaría yo por verle a usted en la feria vendiendo y derrochando alegría! Pero es menester hacer una florecilla a la Santísima Virgen con esto. Don Bosco nos explicó, en casa de Isabel, su preciosa invitación, ya que, al ser en piamontés, no entendíamos nada: también el se reía al leerla...

Don Bosco ha ido a celebrar la misa en la capilla de Mamá; yo he tenido una conversación con él en casa de Isabel. Esperamos que la Santísima Virgen se compadezca de nosotros y especialmente ilumine a mis hermanos...

CLOTILDE

La feria del Caballero resultó una de las más bonitas y más abastecidas, especialmente en libros. La banda de música del Oratorio, para la cual **[534]** había escrito el maestro De Vecchi expresamente una *polka* fantástica, titulada *La feria de Gianduya* atraía a mucho personal. Los jóvenes músicos iban vestidos con un traje amarillo de máscaras y sobresalía entre ellos el caballero Oreglia que, vestido de *Gianduya*[1], representaba magníficamente su papel, atraía a la gente

[1] *Gianduya:* Como ya se dijo en una nota de la página 215 (Volumen VI), se trata de un personaje cómico, especie de arlequín, del antiguo teatro piamontés, que se convirtió en máscara popular. *(N. del T.)*

a sus mesas con versos en dialecto, chistosos, ingeniosos y correctos. Toda la nobleza de Turín acudía para oírle y él despachaba a buen precio sus mercancías.

Acudió allí hasta el Príncipe Amadeo, el cual, después de estrechar amablemente la mano a *Gianduya*, dejóle la bonita suma de cien liras.

—¿Y qué vas a hacer con ellas, Gianduya?, preguntó el Príncipe.

—Alteza, las repartiré entre mis amigos, que son los pobres, y después todos juntos rezaremos por la salud de Vuestra Alteza.

—¡Bravo, Gianduya!

Cuando el Caballero, después de haber contado las cosas más amenas de este mundo, dejaba descansar sus pulmones, soplaban los músicos sus instrumentos, en buena parte improvisados para aquella ocasión y de extrañas formas, que producían agradable efecto. La misma composición apareció desde entonces impresa en todo repertorio musical.

Durante tres días la feria entusiasmó hasta a los sacerdotes y religiosos que acudían allí en gran número. Fueron días de diversión honesta, benéfica y cristiana. Una vez más se cumplió lo que frecuentemente decía don Bosco:

—He hecho siempre de todo, para demostrar que uno puede divertirse sin ofender la ley de Dios.

Mientras se agitaba la ciudad con el gran alboroto del Carnaval otras diversiones alegres y variadas animaban a los **[535]** muchachos en el Oratorio. El último día hubo comunión general en sufragio de las almas del Purgatorio y se rezó por los compañeros llamados por Dios a la eternidad. A dos especialmente ayudaron estas oraciones.

Se lee en una memoria nuestra y en un registro del Oratorio:

«Bartolomé Ferrero, hijo de Miguel, natural de Villafranca (Piamonte), alumno del tercer curso de bachillerato, salió del Oratorio gravemente enfermo el 1 de enero de 1869, y murió en su casa.» No se indica el lugar ni el día de la muerte. Con toda probabilidad se trata de aquél soñado por don Bosco el 30 de octubre de 1868.

Del segundo dice: «Angel Oriali, hijo de Tomás, natural de Castelletto Ticino, salió convaleciente el 8 de febrero de 1869 y murió en su casa».

Son los dos primeros de los seis predichos por don Bosco.

La participación de los muchachos del Oratorio en el Carnaval motivó la siguiente carta dirigida al Caballero, en la que se puede decir queda patente la opinión de los turineses.

Fossano, 12 de febrero de 1869

Señor Caballero:

...Una señora que venía de Turín me ha contado un nuevo prodigio de caridad, una de esas invenciones de las que los siervos de Dios como los Belzunce de Marsella y los don Bosco de Turín, saben ser autores. Ya me ha entendido. Sería cosa difícil decirle mi admiración por este invento de *Gianduya* y su comparsa.

Me parece que un rasgo de este género es más elocuente que muchas páginas morales, para hacer conocer y amar una religión que sabe adaptarse tan bien al hombre, hacerse amable y humilde para grandes y pequeños y que acepta todo lo que puede ayudar al pobre y socorrer sus necesidades.

Condesa ALESSI di CAMBURZANO

En Roma querían noticias y las pedía la Presidenta de Tor de'Specchi.

[536]

15 de febrero de 1869

Señor Caballero:

Vino ayer don Bosco a visitarme y le encontré muy bien y contento. Mañana, martes, vendrá a celebrar la misa de la Comunidad, nos predicará un fervorín y nos dará la comunión. Imagínese mi satisfacción y la de todas.

He sabido que la semana pasada estuvo don Bosco de nuevo con Su Santidad por espacio de dos horas y que le dio pruebas de estima y de afecto.

¿Cuándo nos escribirá usted sobre la feria? Ayer decía don Bosco:

—No se sabe nada hasta ahora de la feria, a pesar de que hace ya varios días que terminó el Carnaval.

Yo salí en su defensa diciendo que, además de un poco de reposo, le tocaba a usted levantar la feria y poner todo en su lugar. Escriba, pues, pronto. Mi negocio marcha bien.

M. MAGDALENA GALLEFFI

Don Juan Bautista Francesia enviaba noticias de la feria a la Madre Galleffi.

...El caballero Oreglia ha ido a descansar de su feria, que tuvo un éxito maravilloso. Se sacaron dos mil liras, aparte gastos, que fueron muy poca cosa, pero en comparación de los otros fue mucho. Nuestros objetos eran muy bonitos y preciosos, mas no de carnaval, y se vendió poco. Pero se hizo una bonita presencia. Puede decirse que toda la fiesta rodaba alrededor de nuestra feria, y que la música y *Gianduya* eran el motivo de un agradable pasatiempo. Más aún, creían muchos, y todavía lo creen, que el Caballero era un cura, por la moderación, el acierto y la

bondad de sus bromas. Hubo quien tuvo la paciencia de escucharle desde las once de la mañana hasta medianoche. En Turín no se hablaba más que de la feria de don Bosco, por lo que algunos que no le conocen más que de nombre, pensaban que era él quien hacía de *Gianduya*. Bien puede decirse que siempre queda un san Antonio de esta suerte. La verdad es que el *Gianduya* de don Bosco ha marcado época, ha predicado la moral en día de impiedad y ha enseñado que se puede estar alegres sin ofender al Señor. Vino a nuestra feria hasta el Príncipe Amadeo, que oyó la música y dejó cien liras para la casa...

[537]

CAPITULO XLII

LA SAGRADA CONGREGACION DE OBISPOS Y REGULARES REANUDA LAS SESIONES – DON BOSCO ESTA CANSADO Y DESEA SOLEDAD – LA PIA SOCIEDAD QUEDA APROBADA – DON BOSCO HACE LA VISITA DE DESPEDIDA AL PAPA, QUIEN LE ANIMA A APREMIAR LA APROBACION DE LAS REGLAS: EL VENERABLE LE ANUNCIA QUE SU PONTIFICADO SERA MAS LARGO QUE EL DE SAN PEDRO – EMILIANO MANACORDA ANUNCIA AL CABALLERO OREGLIA LA APROBACION DE LA PIA SOCIEDAD Y LA PROPOSICION SOBRE SAN CAYO – TRAMITES PARA LA ADQUISICION DE ESTA CASA – EL CARDENAL ANTONELLI OFRECE EL DINERO PARA LOS GASTOS DEL CONTRATO – CARTAS Y PETICIONES DE DON BOSCO PARA REUNIR DINERO PARA ESA COMPRA – UN ABOGADO, QUE OBTIENE LA CURACION DE SU HIJO GRAVISIMAMENTE ENFERMO, SE ENCARGA DE LAS INCUMBENCIAS LEGALES – OTROS DONATIVOS PARA LA DESEADA ADQUISICION – ALGUNAS CARTAS AL CABALLERO: DON BOSCO VISITA A LA FAMILIA MARINI: CELEBRA LA MISA EN EL PALACIO BARBERINI: MONSEÑOR MANACORDA ES NOMBRADO PRELADO DOMESTICO: DON BOSCO VA A FRASCATI: EN CASA DE LOS VITELLESCHI: CIEN MIL MEDALLAS DE MARIA AUXILIADORA: VISITA DE DON BOSCO A UNA SEÑORA DE LA NOBLEZA, ENFERMA – CARTA DE LA MARQUESA DE VILLARIOS A DON MIGUEL RUA – CARTA DE DON BOSCO AL MISMO: QUE SE PREPARE UNA BONITA FIESTA DE SAN FRANCISCO: CONDECORACIÓN DESTINADA AL ABAD SOLARI: LA CONGREGACION Y SAN CAYO: VISITARA MIRABELLO; UNA BENDICION DEL PAPA PARA EL TEOLOGO BOREL – DON MIGUEL RUA COMUNICA ESTA CARTA A LOS COLEGIOS

HABIA empezado la cuaresma y las instancias de don Bosco habían seguido por fin hacia adelante en la Congregación de Obispos y Regulares. Se examinaron separadamente los artículos de las Constituciones y se ponderaron **[538]** las observaciones de algunos obispos. Hubo varias sesiones. Monseñor Svegliati expu-

so a la comisión de Cardenales el parecer del Papa. Don Bosco fue llamado de nuevo para dar alguna explicación. Hacía casi un mes, narraba el padre Verda, que las gravísimas gestiones cansaban su mente por lo que, a veces, salía de casa y se iba a pasear a solas con sus pensamientos, por lugares fuera de la población.

Un día deseaba el cardenal Mónaco La Valleta que le acompañara después de una sesión y le invitó a subir a su carroza; pero él necesitaba templar el ardor febril de sus pulmones al aire libre y no tenía fuerzas para nuevos razonamientos; así que humildemente se excusó, aduciendo el motivo de que no podía, muy a su pesar, aceptar tanto honor en aquel momento. Y el Cardenal asintió mostrando su sentimiento.

Caminando a solas, se tropezó casualmente con cierto Monseñor conocido, que le preguntó:

—¿Cómo es eso? ¿Usted a pie?

—Sí, Monseñor.

—¿Y por qué tan solo? ¡Yo le acompañaré!

—No, Monseñor; perdone, necesito estar solo.

—¿No se perderá por el camino?

—No, ya voy bien así: necesito descansar.

Y se despidió.

¡Debía estar muy cansado y en malas condiciones para responder de aquel modo!

Cuando supo el día en que la Sagrada Congregación iba a celebrar la reunión definitiva sobre la Pía Sociedad, hizo escribir al Oratorio que aquel día se hiciera de manera que algunos muchachos estuvieran, por turno, en adoración continua ante el Santísimo Sacramento para conseguir el éxito del asunto. Y hubo muchos estudiantes y aprendices, a los que no se les había fijado tiempo de adoración, que fueron a la iglesia privándose de **[539]** un largo rato de recreo. Tan gran piedad agradó al Señor.

El 19 de febrero era aprobada la Pía Sociedad de San Francisco de Sales por la Sagrada Congregación y el Sumo Pontífice ratificó con alegría la aprobación.

Aquella tarde volvió don Bosco al Vaticano y dijo al Papa, al darle las gracias:

—Durante esta semana sufrían todos mis muchachos por mí e importunaban al cielo con sus plegarias por el éxito de mi misión.

A estas palabras corrieron unas lágrimas por las mejillas del Sumo Pontífice y, razonando sobre la aprobación, dijo al Siervo de Dios:

—Señor Abate, es necesario que os apresuréis para alcanzar también la aprobación de las Constituciones; estoy informado de todo, conozco vuestro fin y os ampararé de todas maneras. Pero ya soy viejo, de un momento a otro puedo faltar, y a saber quién será elegido Papa después de mí y cómo se prorrogarán las cosas.

—Padre Santo, respondió don Bosco con su tranquilidad habitual; el Señor os reserva todavía para grandes cosas; tenéis que hacer mucho bien a su Iglesia.

—¡Eh!, respondió Pío IX, sólo falta un año y medio para los veinticinco y no hay que olvidar el *non videbis dies Petri* (no verás los días de Pedro).

—¡No es verdad de fe!

—Cierto, no es de fe; pero es una sentencia que aún no han desmentido los siglos.

—Escuche, Santidad, prosiguió sonriendo don Bosco; ante todo hay que deducir año y medio durante el cual Su Santidad estuvo en Gaeta y no en Roma. Además, san Pedro, encima de los veinticinco años de Roma, estuvo siete en Antioquía y dos en Jerusalén: por eso digo a Su Santidad, que no sólo *videbis dies Petri,* sino todavía más.

—Pues bien; cuando lleguemos a aquel punto, entonces tendré en cuenta lo que me habéis dicho y celebraré vuestra predicción.

[540] Finalmente el Padre Santo le dio unas sabias normas para que la Pía Sociedad se fundamentase cada vez más en la vida religiosa y le encargó se las recomendara como guía práctica a los socios. También le dio consejos y recomendaciones para los jóvenes alumnos.

La audiencia duró una hora.

Aquella misma tarde escribía monseñor Manacorda a don Miguel Rúa:

Queridísimo Padre:

Don Bosco ha recibido su carta, pocas horas después de haber enviado yo mi anterior.

Ahora, que acabó lo relativo a la Congregación de San Francisco de Sales, da vueltas para encontrar con qué pagar la nueva casa de Roma. Parece que los primeros pasos van bien. Espero que, tampoco en esto, abandone el Señor a su fiel siervo. Tal vez el lunes o el martes se haga el acta notarial y así don Bosco volverá a Turín llevándose dos escrituras de la máxima importancia. La de la *compra* de una casa y la de la *aprobación* de la Pía Sociedad. Bendito sea Dios y bendita sea la Santísima Virgen Auxiliadora de los Cristianos.

Don Angel Savio está autorizado por don Bosco para cerrar el contrato de venta del inmueble que usted sabe: firmará la escritura don Bosco apenas llegado a ésa.

Termínense también las cosas, como mejor parezca, con el reverendo Bongiovanni. Así don Bosco...

Roma, 19 de febrero de 1869.

EMILIANO MANACORDA

Don Bosco se despidió del Papa, pero aún se quedó unos días más en Roma, a la espera de la firma de algunos Breves, del decreto de aprobación de la Pía Sociedad y para llevar a término la adquisición de la casa de San Cayo. Durante casi dos semanas dedicó su actividad a este fin.

Fue a visitar a las Religiosas dueñas del edificio, que habían abandonado, y acogieron con gusto la propuesta.

Fue también a hablar con el príncipe Barberini, que ya debía conocer las intenciones del Papa y, entonces, de común acuerdo, se convino el contrato en cincuenta mil liras. La Providencia dispuso que también se encontrase el dinero para el compromiso. El cardenal Antonelli, apenas supo que se habían cerrado tratos, le envió enseguida dos mil liras con estas palabras:

[541] —Este es el primer donativo por la gracia obtenida de María Auxiliadora; y no será el único, haré otros.

Le faltaba todavía a don Bosco una persona para que se ocupase del contrato, puesto que no podía distraerse de otros asuntos. Y la tuvo enseguida a sus órdenes, en la persona del abogado Ignacio Bertarello, cuyo hijo único había curado el Venerable, según hemos visto en una carta de monseñor Manacorda. Con la alegría del agradecimiento había dicho el abogado:

—¡Don Bosco, mándeme lo que quiera y se hará!

Y apenas don Bosco se lo rogó, se comprometió a preparar lo necesario para concluir el contrato.

Don Bosco seguía por su cuenta buscando medios para el pago de la casa y le ayudaban sus bienhechores, porque sus cartas llegaban al alma. He aquí una de las primeras, dirigida a la Madre Galleffi.

Benemérita Madre Presidenta:

En años pasados, acudió usted muchas veces con su caridad, en ayuda de la iglesia y de los pobres jovencitos que viven en Turín.

Ya no le recomiendo a los de Turín sino a los de Roma. Se trata de iniciar en Roma una casita con el beneplácito del Padre Santo, semejante al Oratorio de San Francisco de Sales. Hay un local anejo a San Cayo, llamado de las Barberinas, que

sería a propósito, puesto que es un lugar de aires saludables y fácil acceso para que los muchachos, que viven entre este sitio y la Trinidad de los Montes, puedan ir al catecismo y a la escuela.

Existe la dificultad de los primeros gastos de adquisición, que ascienden a nueve mil cuatrocientos escudos.

Ya he tenido algún donativo; necesito también que usted, por amor de Dios y de la Santísima Virgen, haga lo que pueda en su situación, entre sus caritativas religiosas y las personas con quienes tiene alguna relación.

Otra dificultad es la de las prisas por cerrar el contrato, porque hay quien está sobre aviso para iniciar gestiones, si se interrumpen las nuestras.

La señora Merolli parece muy dispuesta a ayudarnos y quiere interesar también a otras piadosas personas; ella hablará con usted; anímela y prométale la bendición de Dios y la de los **[542]** pobres muchachos que, a salvo, gracias a su caridad, invocarán siempre las gracias del cielo sobre sus bienhechores.

Que Dios bendiga a usted y a quienes de un modo particular trabajan por el bien de los muchachos abandonados.

Encomendándome a la caridad de sus santas oraciones, tengo el honor de profesarme con la más profunda gratitud,

De V. S. Benemérita.

Roma, 17 de febrero de 1869.

Afmo. servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Unos días después contestaba a una cartita de esta santa religiosa:

Roma, 20 de febrero de 1869

Benemérita Madre:

Diga a la persona que entregó las treinta liras que mañana, lunes, tendré mucho gusto en recordarla en el *memento* de la santa misa que, si Dios quiere, espero celebrar en la capilla del Beato Labre.

El asunto marcha bien, pero todavía estamos lejos de la cantidad necesaria; por tanto, ánimo para buscar y para rezar. Yo confío mucho en su caridad: espero que usted ayudará eficazmente a conseguir este milagro.

Dios bendiga a usted y a todas sus hijas religiosas y les otorgue a todas el céntuplo de la caridad que me hacen.

A usted en particular le conceda una bellísima guirnalda de flores en el cielo. *Amén.*

Con gratitud, me profeso,

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Las visitas se alternaban con las cartas y los amigos comunicaban al caballero Oreglia tantas noticias sobre don Bosco, que casi podemos seguir sus últimos pasos por la ciudad eterna.

Roma, 18 de febrero de 1869.

...Don Bosco está animado a aumentar sus grandes obras de beneficencia. Se afana buscando dinero; cierto es que siempre le acompaña el milagro. Lo que me satisface es que así le tendremos con frecuencia en Roma. El está muy satisfecho de sus audiencias con el Papa, que son muy largas. Empujado por la Voluntad Soberana, este santo varón ha puesto manos a la obra...

MARÍA V.

[543] *Roma, 21 de febrero de 1869.*

Hemos tenido todos los de la familia el gusto de volver a ver al reverendo don Bosco. Hemos celebrado con él su buena salud y nos ha parecido a todos que se ha restablecido bastante. Nos dijo que su permanencia no sería muy larga y ya me imagino con cuánta ansiedad le espera usted en Turín...

MARIANA MARINI

Roma, 23 de febrero de 1869.

...Tenemos plena confianza en sus oraciones, y en las de los muchachos del Oratorio que se asociarán a usted para alcanzar el efecto deseado. Esta mañana el bonísimo don Bosco ha celebrado la misa en la capilla del palacio Barberini. Gracias a la invitación recibida, hemos asistido todos. Así pudimos pasar un rato con nuestro respetable y querido sacerdote don Bosco. Nos dijo le hiciéramos saber que está bien y contento, que piensa salir de Roma la próxima semana y que dispongan todo para solemnizar la fiesta de San Francisco de Sales el primer domingo de marzo.

ESCIPION CONESTABILE DELLA STAFFA

Roma, 24-2-1869.

Tenemos en Roma a don Bosco, pero aún no he logrado oír una misa suya; sin embargo lo espero. Se lo pediré al excelentísimo monseñor Manacorda a quien quiero visitar para felicitarle por haber sido elevado, como usted sabrá, a la dignidad de Prelado Doméstico de Su Santidad.

C. GUALDI

Florencia, 24 de febrero de 1869.

...Siento que don Bosco está a punto de marcha y sé que ha ido a visitar a mis Padres al santo eremitorio de Frascati con el Conde Calderari, etc. Estoy muy contento. ¿Pasará por Florencia? Así lo espero...

D. JOSÉ EMILIANO NERI

Roma, 25 de febrero de 1869.

...La carta de Gianduya ha sido leída en presencia de Fanny y de la condesa Calderari entre las risas y aplausos de los oyentes. Ahora se acerca el tiempo en que nuestro queridísimo don Bosco se marchará de Roma. Anteayer comió con nosotros. María invitó expresamente a un hermano suyo con su esposa, que está aquí en Roma, para que conociera a este santo Varón y gozara de su benéfica influencia.

El asunto de la apertura de la casa en Roma marcha bien; la Providencia arreglará todo poquito a poco, aunque por el momento, tal vez, no se vea la abundancia de donativos que sería de desear; pero nuestro querido don Bosco, con su santa calma, asegura que se encontrará el dinero necesario. A veces causa maravilla que familias riquísimas respondan que, por el momento, no les es posible dar dinero.

[544] Si ahora que nadan en la abundancia no les es posible, no sé que fenómeno podrá moverles.

La duquesa de Sora ha estado y sigue todavía enferma. Dice Guidi que pronto se acabarán las medallas pero, en la casa de la moneda, la palabra *pronto* equivale a *despacio*; él me dijo que, como tienen que acuñar monedas y otras medallas con las mismas máquinas, se requiere un poco de tiempo.

Termino mi carta con mil saludos de María y de todos los de la familia. En sus oraciones a la Santísima Virgen acuérdese de su servidor...

ANGEL VITELLESCHI

El Caballero había dado orden de que se preparasen lo antes posible cincuenta mil, o mejor cien mil medallas de María Auxiliadora, porque ya no le quedaban.

Roma, 27 de febrero de 1869.

...Me alegro del bien realizado aun moralmente con su feria, pero lo siento por su salud, que creo ha descuidado en exceso...

Siento que dentro de pocos días nos dejará nuestro don Bosco. Usted estará contentísimo, no así nosotros... pero esperemos. Necesito un *Católico Instruido,* con cantos dorados: he privado de él a una persona que lo había adquirido, para hacer un regalo, según el deseo de don Bosco...

M. MAGDALENA GALLEFFI

Roma, 28 de febrero de 1869.

Por mediación de don Bosco, que *desdichadamente* nos deja, respondo a la suya y de nuevo le agradezco mucho la caridad tenida con el pobre R.: espero que no haya sido en balde y que pronto o tarde fructificará en aquella alma; el pobre joven está muy enfermo. ¡Cuánto siento que se marche don Bosco! Pero usted me perdonará esta expresión, ¿no es así? Así pues, diré que me alegro por ustedes de que vuelva ahí...

Espero mañana a mi nieta y creo que aún podrá ver a don Bosco... Dénos noticias de su llegada.

CORNELIA V. M.

Roma, 10 de marzo de 1869.

María ha estado afligida estos días con la muerte de una amiga suya muy querida. Es la condesa Du Chastel, madre de aquel jovencito que acompaña a mi Juanito a pasear. Era una santa mujer y como tal ha muerto. Al bendecir a su hijo en los últimos momentos, le dijo: *Sois un saint garçon: pense à Dieu et à l'éternité* (que seas un muchacho santo; piensa en Dios y en la eternidad). Don Bosco la visitó durante su estancia en Roma y también a él le pareció una mujer de fe ardiente y perfecta resignación...

ANGEL VITELLESCHI

También la marquesa Fanny Amati de Villarios escribía el 23 de febrero a don Miguel Rúa: «Don Bosco, gracias a Dios, se encuentra **[545]** bien y está muy contento. Todos quieren verle y goza de aprecio universal; es admirable su calma singular que sólo puede venir del cielo. Aunque este año no le hemos tenido mucho a nuestro lado, le aseguro que sentimos de veras que se vaya y de ello deduzco su satisfacción, pensando en su próxima vuelta... Rece, se lo ruego, una *salve* según mi intención, a los pies de la querida imagen de María Auxiliadora, que me parece tener siempre ante mis ojos».

Don Miguel Rúa había recibido noticias del mismo don Bosco:

Mi querido Rúa:

Todavía no puedo fijar el día de mi partida; tal vez el lunes o martes próximos. Pero el viernes que viene, si Dios quiere, estaré en el Oratorio: te avisaré desde Florencia. Entre tanto, prepara todo para celebrar una hermosa fiesta de san Francisco de Sales el domingo, 7 de marzo. Avisa al conde Viancino, que es el mayordomo, y dile que nos conceda pasar todo el día con nosotros. Di al abad Solari que tengo una estampita de su gusto para darle.

Nuestras cosas están así: la Congregación definitivamente aprobada, con la facultad de ordenar *título mensae communis,* y la facultad de las dimisorias anejas a la Congregación y no al individuo.

Además se ha concluido el contrato para la adquisición de la iglesia y el local anejo (San Cayo) en uno de los lugares más bellos, quizá el más bonito de Roma. Sobre el Quirinal, desde las cuatro fontanas hacia Porta Pía está el monasterio de las Barberinas, al que está pegado nuestro futuro centro de estudios... y lo que a Dios plazca. La primera adquisición cuesta cincuenta mil liras; veré lo que puedo pagar enseguida; pero espero ajustar bien las cosas y no volver a casa con los bolsillos totalmente vacíos. Muchas cosas, que son de suma importancia, las sabrás de palabra.

Estas puedes comunicárselas a los de la Congregación. Pero recomiéndales que queden dentro de casa. En todo, prudencia y oración. Comunica todo esto a Lanzo y a Mirabello. Dirás además a don Juan Bonetti que la segunda semana, después de mi llegada, iré a visitarle.

La gracia de Nuestro Señor Jesucristo sea siempre con nosotros. Sea alabado y reverenciado en todo momento el santísimo y divinísimo Sacramento. Así sea.

Considérame en todo,

Roma, 26 de febrero de 1869.

Afmo. en Jesucristo
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[546] P. D.—Di al teólogo Borel que en una audiencia el Padre Santo me dio una bendición para él y una medalla que le entregaré. Bendijo también a todas sus comunidades.

Estoy bastante cansado física y mentalmente, así que *necesitaría* que, a mi llegada, no se hiciera ninguna demostración. No más que si volviera de la ciudad de Turín: esto me aliviaría mucho.

Don Miguel Rúa, después de leer esta carta, hizo sacar copias a don Joaquín Berto, omitiendo las frases que se referían a personas en particular y las mandó a Mirabello y a Lanzo.

[547]

CAPITULO XLIII

EL DUQUE Y LA DUQUESA DE SORA - RELACIONES DE ESTOS SEÑORES CON DON BOSCO - DOS MEMORIAS SUYAS ESCRITAS SOBRE LA VISITA DE DON BOSCO A VILLA LUDOVISI EN 1867 - DOS CARTAS DEL VENERABLE DE AQUEL MISMO AÑO, A ESTOS BIENHECHORES - DON BOSCO EN ROMA DURANTE 1869: CARTAS Y VISITAS: RUEGA AL DUQUE LE AYUDE PARA LA COMPRA DEL LOCAL EN SAN CAYO

UNO de los muchos amigos de don Bosco entre la nobleza de Roma era don Rodolfo Boncompagni Ludovisi, Duque de Sora, más tarde Príncipe de Piombino. El caballero Oreglia di San Stefano se lo había dado a conocer a don Bosco y ya hacía muchos años, antes de 1869, mantenía con el Siervo de Dios cordiales relaciones, que duraron hasta 1888. En 1867 contaba el Príncipe treinta y cinco años y no murió hasta el 12 de diciembre de 1911.

Su noble esposa doña Inés, hija del Príncipe Borghese Boncompagni, Princesa de Piombino y, en tiempo del Venerable, Duquesa de Sora, clasificó las cartas de su difunto marido y encontró cinco de don Bosco, más algunos folletos de recuerdos sobre la visita de éste a Villa Ludovisi. Ella sacó copia de todo, la legalizó en la Curia Episcopal de Foligno y la envió al Oratorio de Turín, lamentándose de que el Príncipe debió haber recibido muchas más cartas de don Bosco, pero que, desgraciadamente, se debieron romper o perder antes de la muerte del Venerable.

[548] La carta con la que acompañó los documentos lleva esta fecha: *La Quiete, Foligno, 3 de septiembre de 1912.*—«Diga al Venerable, entre otras cosas, que me obtenga la salvación, para así volver a encontrar a mi piadosísimo esposo, que espero esté en el paraíso.»

A los folletos del marido añadió también por escrito sus recuerdos, que se refieren a las relaciones que don Bosco tuvo con ellos en 1867. Ya hemos escrito algo sobre ellas en el volumen VIII de nuestras *Memorias* y queremos completar aquella narración.

Primeramente exponemos la nota de la Princesa, y añadimos a la narración las anotaciones explicativas, añadidas por ella misma años después.

Hoy 12 de enero, sábado, viene don Juan Bosco a celebrar la santa misa[1], *después de la cual habla sobre el sacrificio de la misa y de Jesús Sacramentado; luego sube y desayuna con nosotros.*

Bendice a los cinco niños, habla a Hugo[2] *de su primera comunión. Luis se impresiona con su buen carácter. Yo le entrego, por encargo de Papá*[3], *un paquetito de billetes, sobre el que él había escrito* a don Bosco, p. g. r. *(por gracia recibida) y don Bosco, que quizás había olvidado lo que escribió y la promesa hecha, me dijo tener interés particular por aquellas tres cartas.*

He aquí el motivo de esta limosna. En el mes de mayo, cuando el caballero Oreglia estuvo aquí, Papá andaba muy preocupado con Pablo. Me encargó escribir que, si se concertaba un buen matrimonio, él daría, en seis meses, mil liras para la obra de don Bosco.

Sabemos ahora que, al cabo de seis meses y pocos días, no sólo estaba concertado el matrimonio, sino cumplido[4].

16 – Me confieso con don Bosco.

El 17 viene a verme el príncipe Pignatelli y me pide en **[549]** *nombre del Rey*[5] *que prepare una cita para él. Escribo con este fin a don Bosco.*

El 18 otra petición de la Duquesa de San Cesario con el mismo fin[6].

Y he aquí ahora el manuscrito del Príncipe:

Sábado, 11 de mayo de 1867

El 12 de enero de este año vino don Bosco a celebrar la misa en la capilla de la Villa. Distribuyó algunas comuniones y, acabada la misa, a ruegos de don César[7] *volvió a subir al altar para dirigirnos unas palabras. Considerando que los sacerdotes tienen que celebrar la santa misa con verdadero espíritu, nos exhortó a todos a acostumbrarnos a oír la misa diariamente, después nos inculcó la hermosa devoción de orar ante el Santísimo Sacramento con gran fervor, puesto que debemos pedir a Jesús todas las gracias y ofrecerle todas nuestras inquietudes, orar por el Papa y por la extirpación de las herejías que invaden hoy nuestra Italia. Lleno de fervor añadió después: «Fe, fe, debemos tener siempre fe, y especialmente en estos tristísimos tiempos». Subió al salón, habló uno a uno con todos nosotros; hizo a todos alguna advertencia y habló también con Bertelli*[8], *todavía convaleciente.*

También a mí me llegó el turno y comencé por recomendarle a P... y su pronta conversión. Por eso, yo le prometí un donativo para su iglesia y él me prometió que le escribiría apenas llegase a Turín, encomendándole a sus muchachos y a su iglesia. Le hablé de mí y de mi poco fervor y me dijo que estuviera tranquilo... Fui luego a confesarme con él y quise hacer confesión general. Me acusé de mis faltas, y me

---

[1] Teníamos, por gracia singularísima, permiso para conservar el Santísimo Sacramento en nuestra capilla de Villa Ludovisi.

[2] El mayor, que aún no había cumplido once años.

[3] Príncipe M. A. Borghese.

[4] Y se alcanzó el deseo y continúa feliz.

[5] Francisco II de Nápoles, con quien teníamos mucho trato.

[6] Era, ya entonces entrada en años, Dama de la corte de la reina Sofía, esposa del Rey.

[7] Don César Calandrelli, preceptor de nuestros hijos.

[8] Doméstico.

dijo que me reconciliaba con Dios y me absolvía de todo... Me exhortó a mejorarme, a vencer la pereza en la oración, me prometió que rogaría **[550]** *por mí y por los míos. Como me acometieran algunas dudas, volví dos horas después a exponérselas... Me dijo: «Quedad tranquilo; de los pecados que habéis cometido hasta las diez y cuarto del 19 de enero de 1867, respondo yo y no penséis más en ellos...»*

De vuelta a Turín, escribía don Bosco en 1867 estas cartas al Duque y a la Duquesa:

Excelentísimo y muy apreciado señor Duque:

He tenido un gran placer al recibir su carta y agradezco su caridad por acordarse todavía del pobre don Bosco, como él recuerda a usted y a toda su familia todos los días en la santa misa. A partir de mañana, domingo, haré una novena, en la que yo celebraré todos los días la misa y algunos de mis buenos muchachos harán la comunión por su señora esposa; anímela, oremos con fe y esperemos. No dejaré de encomendar a nuestro querido Hugo en la santa misa; indíqueme el día de su primera comunión y aquel día yo celebraré la santa misa por él.

Siento haber enviado un paquete de cartitas con mil encargos para la señora Duquesa, su esposa, que ella ciertamente no podrá cumplimentar; tenga usted la bondad de ayudarla. Además de las personas allí indicadas, puede llevar algunas cartitas a la señora princesa Altieri para quien adjunto allí una carta, que usted puede incluir con un paquete de trescientas cartitas y mandárselo de mi parte. Dice usted que sigue siendo un picarón y yo estoy contento de que se lo crea, porque esto es señal de que no lo es, pero yo quiero rezar mucho por usted, no sólo para que sea bueno, sino para que se haga un santo, como ciertamente se harán su señora esposa, sus hijos y toda su familia.

Que Dios bendiga a usted y a todos los de su casa y que la Santísima Virgen nos ayude a todos a caminar por la vía del Paraíso. *Amén.*

Con el más profundo agradecimiento me encomiendo a sus oraciones y me profeso,

De V. E.

Turín, 29 de marzo de 1867.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P. D. Mis saludos para el reverendo don César.

Benemérita señora Duquesa:

Con gran placer he recibido los cristianos augurios que, por su gran caridad, ha tenido la delicadeza de enviarme. Que Dios le recompense y centuplique **[551]** a usted y a toda su familia las bendiciones que se dignó invocar para mí el día de san Juan.

Deseaba saber noticias suyas y ya había escrito a Roma para pedir la dirección, cuando me llegó su carta. Diga a su señor marido que he rogado por su salud y seguiré haciéndolo en la santa misa y confío plenamente en el poder de María Auxiliadora que en su estado actual no le sucederá ningún contratiempo.

Diga al querido Hugo que, con mucho gusto, pediré al Señor para él la virtud de la humildad y de la caridad, tal y como me ha escrito; y añadiré mi plegaria a la bienaventurada Virgen Auxiliadora para que haga de él un modelo de virtud para sus hermanos y el consuelo de sus padres.

A don César, que le agradezco las bonitas frases que añadió en la misma carta. Le encomendaré de un modo especial al Señor, para que Dios le inspire las palabras y pensamientos que sirvan para hacer un nuevo san Luis de cada uno de los hijos de ustedes.

Le doy también noticias nuestras. Nosotros gozamos de óptima salud, pero el cólera hace estragos por los pueblos cercanos. Recibo carta de Roma en la que me dicen que se ha presentado el *mal negro,* que ignoro cuál es. Tenemos plena confianza en María Auxiliadora. ¡También usted y su familia vivan tranquilos! Ninguno de los que ayudan a la construcción de la iglesia en honor de María Auxiliadora será víctima de estas calamidades, con tal de que ponga su confianza en Ella.

A propósito de la iglesia le diré que se trabaja activamente; María continúa haciendo de limosnera y esperamos que, con el año, estén acabadas las obras. ¿Quién sabe si usted o la familia vendrán a hacer una visita?

¿Quién sabe si don Bosco pasará por Senigallia? Ya veremos. Que Dios le bendiga, señora Duquesa, y con usted a toda su familia y me dé a mí, y a todos ustedes, la gracia de perseverar en la santa vía del cielo hasta el fin de la vida.

Me encomiendo finalmente, junto con mis pobres muchachos, a la caridad de sus santas oraciones y me profeso con profunda gratitud de V. E.

Turín, 30-7-67.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Cuando don Bosco volvió a Roma en 1869, siguieron las cartas y se renovaron las visitas.

Benemérito y muy apreciado señor Duque:

He sentido no hallarme en casa cuando usted se dignó venir aquí, y me envió otra persona de su parte.

Mañana, hacia las nueve, iré a su casa y, si no hay inconveniente, celebraré la santa misa y, luego, tendré el honor de salud a usted y **[552]** a su respetable familia. Que Dios les bendiga, a usted, a la señora Duquesa, a todos sus hijos, y les conceda a todos salud y bendición, mientras con profunda gratitud tengo el honor de profesarme,

De V. E.

Roma, 28-69

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Excelentísimo y muy apreciado señor Duque:

Recibo la agradable cantidad de cien liras, que la caridad de V. E. ofrece para pagar las deudas contraídas en la construcción de la iglesia de María Auxiliadora, y

enseguida he puesto una intención particular a fin de que el *padrenuestro*, que nuestros muchachos rezan cada tarde antes de la bendición con el Santísimo Sacramento, sea según la intención que me indica; es decir, para que Dios ayude a la señora Duquesa en el estado interesante en que se encuentra. Fe, serenidad y no teman nada.

Necesitaría ahora que entre usted y la señora Duquesa hiciesen un milagro, pero un milagro grande. De acuerdo con el Padre Santo, se juzgó conveniente la compra de la iglesia de San Cayo, llamada de las Barberinas, con el local anejo. En ella podremos hacer o, lo que es lo mismo, iniciar una casa, enseñar catecismo y dar clase a los muchachos pobres del Quirinal a la Trinidad de los Montes.

Mas, para firmar la escritura, se requiere la *pequeña cantidad* de cincuenta mil liras. No digo que la prepare toda usted o su señora esposa, porque ya tengo algo. Ingéniese para buscarme, al menos, una partecita y así el año del Concilio Ecuménico sería señalado, entre otras cosas, por la fundación de una casa nuestra en Roma. Hará este milagro, ¿verdad?

Que Dios bendiga a usted, a la señora Duquesa y a toda su respetable familia. Encomendándome a la caridad de sus santas oraciones, me profeso de V. S.

Roma, 15 de febrero del 69.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Roma, 20 de febrero del 69

Muy apreciado señor Duque:

V. E. mandó aquí para obtener de mí una respuesta, que pensaba haber hecho ya, el recibo de cien liras, que usted ofrecía para que se rezase de modo particular a la Santísima Virgen por la señora Duquesa, su esposa. Su voluntad fue fielmente cumplida y, en mi poquedad, continúo teniendo todos los días un *memento* especial en la santa misa.

[553] Experimento gran pena por las angustias que sufre su señora, pero tengo plena confianza de que solamente será ejercicio de paciencia y que no habrá malas consecuencias.

Que Dios bendiga a usted y a toda su familia, y créame con gratitud.

De V. E.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P. D. ¿Se cumple el milagro para la casa de San Cayo?

Al transcribir estas páginas pensamos... en el gran tesoro de cartas y memorias que queda escondido, porque estamos seguros de que son muchas las casas señoriales, no sólo en Roma, sino en otras ciudades de Italia, Francia y España, que mantuvieron correspondencia con nuestro Fundador, recibieron sus visitas y tuvieron también la suerte de hospedarle.

[554]

CAPITULO XLIV

LECTURAS CATOLICAS – *ULTIMA MISA DE DON BOSCO EN ROMA – SALIDA DE ROMA Y LLEGADA A FLORENCIA – EN TURIN – RECEPCION TRIUNFAL EN EL ORATORIO – AFECTO DEL TEOLOGO BOREL A DON BOSCO – DON BOSCO PRESENTA AL ARZOBISPO DE TURIN EL DECRETO DE APROBACION Y UNA CARTA DE MONSEÑOR SVEGLIATI – CONTENIDO DE LOS DOS DOCUMENTOS – PROFECIA DE DON BOSCO A UNA ENFERMA – SOLEMNIDAD DE SAN FRANCISCO DE SALES – HOMENAJE ACADEMICO A DON BOSCO Y SUS PALABRAS DE AGRADECIMIENTO – CONFERENCIA DE DON BOSCO A TODOS LOS SALESIANOS SOBRE EL EXITO DE SU VIAJE A ROMA; PALABRAS DEL PAPA PARA LOS SALESIANOS – FLORECILLAS PARA LA NOVENA DE SAN JOSE – EL CABALLERO OREGLIA DESCRIBE A LA PRESIDENTA DE TOR DE'SPECCHI LA ALEGRIA DE LOS ALUMNOS A LA LLEGADA DE DON BOSCO – CARTA DE DON BOSCO A LA MISMA AGRADECIENDOLE LA CARIDAD PRESTADA DURANTE SU ESTANCIA EN ROMA*

FINALMENTE el 1.º de marzo escribía la madre Magdalena Galleffi al caballero Oreglia anunciándole que don Bosco salía de Roma: «Unas líneas solamente a vuela pluma... Esta mañana recibiré a don Bosco que está a punto de partir. Ha manifestado estar muy satisfecho de lo poco que yo me he dedicado a sus asuntos y me ha prometido oraciones y bendiciones. Espero las *Lecturas Católicas* de marzo...»

Estas se titulaban: *Valentina o una digna hija de María. Traducción por el sacerdote Pedro Bazetti.* La obrita pone de relieve la bondad de la divina Providencia que socorre a una pobrecita; **[555]** las cruces que santifican a una joven, a pesar de sus grandes riquezas; el premio y el consuelo, en esta vida, del alma inflamada de amor a Dios y al prójimo.

Don Bosco no pudo ir a Tor de'Specchi, y la buena religiosa escribía al Caballero: «Gozo pensando en su lógica satisfacción al volver a ver a don Bosco; pero eso no disminuye mi pena al verle le-

jos de Roma. Me prometió venir el último día de su estancia, mas no vino».

El día 2 de marzo celebró la santa misa en San Pedro ad Víncula, donde le esperaban muchas personas; el marqués Angel Vitelleschi informaba de ello al Caballero de este modo:

«Hoy nos deja el amadísimo don Bosco con inmensa pena de nuestra parte. Ayer por la tarde, le entregó Guidi mil medallas de plata, que don Bosco llevará consigo a Turín; las demás parece que pronto estarán terminadas; es más, prometió mandarme hoy cinco mil de san José».

Aquella misma mañana le llevaron a don Bosco un paquete, con el sello de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, para entregar a S. E. Monseñor Riccardi. Contenía el decreto de aprobación de la Pía Sociedad Salesiana y una carta para el Arzobispo.

Gran parte de aquel día la pasó don Bosco con su huésped, el tipógrafo Marietti: y hacia medianoche se dirigió a la estación, acompañado por el padre Verda. El cardenal Berardi y las familias Vitelleschi y Villarios enviaron sus coches para acompañarle.

Muchos amigos le esperaban para despedirse. En cuanto llegó a Florencia, la marquesa Uguccioni escribía a Turín:

Caballero Oreglia:

Le comunico, con verdadero placer, que esta mañana, a las nueve aproximadamente, llegó don Bosco a Florencia. Tuve la satisfacción de que viniera a celebrar la santa misa en mi capillita. Le anuncio también, con sumo pesar, que el viernes por la mañana, a eso de las diez, piensa estar en Turín. Ya ve **[556]** lo egoísta que soy. Don Bosco me encarga le diga, aunque me parece inútil, que procure esté alguno en la estación.

3 de marzo de 1869.

JERONIMA UGUCCIONI GHERARDI

Don Bosco se hospedó en Florencia en el palacio arzobispal y se entrevistó con el caballero Cantón, a quien contó que las negociaciones para conseguir la casa de San Cayo, propuesta por el Papa, estaban ya adelantadas, sin renunciar a las gestiones para la iglesia del Santo Sudario.

Se marchó de Florencia el día 4, a las once de la noche, y le seguía una carta de la señora Uguccioni para el caballero Oreglia:

Me tomo la libertad de pedirle nuevos libros, porque me los han reclamado las señoras de Rípoli y creo cumplir una orden de don Bosco, procurando su envío. Me

dice el padre Verda que nuestro Santo ha causado mucha impresión en Roma. ¡Roma, la ciudad de los Santos! ¡Sin embargo es necesario que sea santo de verdad! ¡¡Pero se va!! Si usted pudiera decirme algo de él, me haría un gran favor.

Don Miguel Rúa describe en su Crónica la llegada de don Bosco al Oratorio:

«25 de marzo, viernes.—A eso de las siete y media de la tarde llegó a Turín acompañado por uno de los hijos del caballero Marietti. La banda de música esperaba en la portería. De la portería hasta los pórticos había dos hileras de mástiles que, alternando, tenían en la punta, unos un globo de cristal con una luz dentro, y los otros una gran llama. A un lado y otro estaban alineados en dos filas, estudiantes y aprendices, dejando paso libre. Don Bosco, precedido de la música, pasó por medio, entre las más vivas aclamaciones. La iluminación de las ventanas permitía que toda la familia le viera y podíanse leer claramente las inscripciones preparadas para el caso. Entró en la sala de espera de la prefectura, descansó allí un poco y tomó un ligero refrigerio, mientras contaba algunos casos de su estancia en Roma. Se detuvo especialmente mostrando el plano de la nueva casa, allí adquirida, con la iglesia, **[557]** valorada ella sola en ciento cincuenta mil liras. Mientras tanto, se ejecutaban en el patio diversas piezas de música y el himno. Fue un continuo vitorear y una constante manifestación de júbilo».

Aquella tarde tuvo lugar una escena que conmovió a todos los salesianos y alumnos que la presenciaron.

El teólogo Borel se encontraba en cama, gravemente enfermo en el cercano Hospital del Refugio. Al oír los sones de la banda, los *vítores* y los aplausos del Oratorio, comprendió que había llegado don Bosco y, aprovechando que se encontraba solo, puesto que nadie le cuidaba en aquel momento, se levantó y se vistió. Apoyándose contra las paredes y en un bastoncito, bajó las escaleras, salió del Refugio, recorrió el trecho de la calle Cottolengo y entró en el Oratorio. A duras penas y tambaleándose, cruzó el patio, llegó a los pórticos mientras don Bosco, rodeado de todos los muchachos, estaba al pie de la escalera que sube a sus habitaciones; más aún, había puesto ya el pie sobre el primer peldaño.

—¡Don Bosco, don Bosco!..., se esforzaba por gritar el Teólogo con débil voz.

Los muchachos le abrieron paso.

—¡Oh, Teólogo!, respondió don Bosco, volviéndose rápidamente.

—¿Está aprobada la Pía Sociedad?, siguió diciendo el venerando sacerdote.

—¡Sí, está aprobada!

—*Deo gratias!* ¡Ahora, muero contento!

Y sin añadir nada más, dio la vuelta, volvió al Hospital y se metió en cama.

¡Qué amor y qué aprecio profesaba a don Bosco el teólogo Borel!

Hacia 1870, repuesto un tanto de sus males, se encontró un día por Turín con don Pablo Albera y le dijo:

—Vosotros, los del Oratorio, creéis conocer a don Bosco: pero no sabéis nada. ¡Oh, si yo tuviera tiempo para contaros las maravillas que sé acerca de él, quedaríais estupefactos!

[558] El Teólogo conocía íntimamente las cosas del Oratorio y sabía muy bien el inmenso cariño que los muchachos profesaban al Venerable, a quien tenían por un santo extraordinario.

Don Bosco no tardó en ir al Arzobispado. Dice la Crónica de don Miguel Rúa:

«6 de marzo. Don Bosco presenta a nuestro señor Arzobispo el decreto de aprobación de la Congregación o Sociedad de San Francisco de Sales, con una carta de acompañamiento expedida en Roma».

El Decreto decía:

DECRETO[1]

La salvación de las almas, confiadas a los cuidados de Nuestro Santísimo Señor Papa Pío IX por el Príncipe de los Pastores, le convierte en vigilante continuo a fin de que no deje nada por probar, para que la Sacrosanta Fe Católica, sin la cual es imposible agradar a Dios, florezca siempre y se extienda por todas las partes de la tierra. Por eso distingue con su singular benevolencia Apostólica a aquellos eclesiásticos que, reunidos en sociedad, atienden a la juventud, la instruyen en el espíritu de la ciencia y de la piedad y con toda solicitud **[559]** *y esmero procuran alcanzar abundantes frutos de virtud y honradez en la viña del Señor. En cuanto Su Santidad conoció que entre semejantes Sociedades se hallaba la Pía Congregación de religiosos, que, con el nombre de San Francisco de Sales, fue erigida en Turín en 1841 por*

[1] DECRETUM.—Salus animarum, quarum curam a Principe Pastorum accepit SS. D. nus N. Pius PP. IX, continuo Eum vigilem reddit, ut nihil inexpertum relinquat, quo sacrosanta Catholica Fides, sine qua impossibile est placere Deo, ubique terrarum vigeat semper, atque augeatur. Quocirca singulari sua Apostolica benevolentia eos potissimum ecclesiasticos viros prosequitur, qui in Societatem adunati, iuventutis curam suscipiunt, eam spiritu intelligentiae ac pietatis imbuunt, omnique studio et contentione, uberes in vinea Domini fructus virtutis et honestatis afferre conantur. Quum Sanctitas Sua inter huiusmodi Societates accenseri noverit Piam Ecclesiasticorum Virorum Congregationem, quae a S. Francisco Salesio nuncupata, anno 1841, a sacerdote Ioanne Bosco, Augustae Taurinorum erecta fuit, illam sub die prima

el sacerdote Juan Bosco, la honró con un decreto de alabanza apostólica el 1 de julio de 1864. Pero dicho sacerdote Fundador, venido personalmente a Roma, insistió ante la Santa Sede, para que se dignase aprobar la referida Congregación y sus Constituciones. Por tanto, el Sumo Pontífice, en la audiencia concedida al suscrito Monseñor Secretario de esta Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, con fecha 19 de febrero de 1869, tenidas en cuenta las cartas comendaticias de muchísimos obispos, aprobó y confirmó dicha Congregación bajo el gobierno del Superior General, a salvo la jurisdicción de los Ordinarios, según la forma de los Sagrados Cánones y de las Constituciones Apostólicas, como la aprueba y confirma de acuerdo con el presente Decreto, dejando para tiempo más oportuno la aprobación de las Constituciones, que habrán de corregirse de acuerdo con las observaciones ya comunicadas otras veces por Su Santidad, excepto la cuarta, que deberá modificarse como sigue: Su Santidad, condescendiendo benignamente con los ruegos del sacerdote Juan Bosco, concedió al mismo, como Superior General de la Pía **[560]** *Congregación, la facultad, valedera para todo el decenio próximo, de otorgar las dimisorias para recibir la tonsura y las órdenes menores y mayores, a los alumnos que, antes de los 14 años, fueron admitidos en algún colegio o internado de la misma Congregación, o que serán admitidos en adelante, y que a su tiempo dieron su nombre a dicha Pía Congregación o lo darán más tarde; pero de forma que, si por cualquier motivo fueren despedidos de la Pía Congregación, deben quedar suspendidos del ejercicio de las órdenes recibidas, hasta que, provistos del cóngruo Patrimonio Sacro, si recibieron las órdenes sagradas, no encuentren Obispo benévolo que los acoja.*

No obstante cualquier otra disposición en contrario.

Dado en Roma, por la Secretaría de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, el 1.º de marzo de 1869.

A. Card. QUAGLIA, *Prefecto*

S. SVEGLIATI, *Secretario.*

Iulii 1864 Apostolicae Laudis decreto condecoravit. Ast memoratus Fundator nuperrime Urbem petiit, atque penes Sanctam Sedem enixe postulavit, ut praefatam Congregationem eiusque Constitutiones approbare dignaretur. Summus vero Pontifex in audientia habita ab infrascripto D. Secretario huius Sacrae Congregationis Episcoporum et Regularium, sub die 19 Februarii 1869, attentis Litteris Commendatiis plurimorum Antistitum, enunciatam Piam Congregationem, uti Societatem votorum simplicium, sub regimine Moderatoris Generalis, salva Ordinariorum iurisdictione, ad formam sacrorum Canonum **[559]** et Apostolicarum Constitutionum, approbavit, et confirmavit, uti praesentis Decreti tenore approbat, atque confirmat, dilata ad opportunius tempus approbatione Constitutionum, quae emendandae erunt iuxta animadversiones ex mandato Sanctitatis Suae iam alias communicatas, excepta quarta, quae modificanda erit prout sequitur; nempe Sanctitas Sua, supplicationibus sacerdotis Ioannis Bosco benigne annuens, eidem, tamquam enunciatae Piae Congregationis Moderatori Generali, facultatem tribuit, ad decennium proximum tantum duraturam, alumnis, qui in eiusdem Congregationis aliquo collegio, vel convictu, ante aetatem annorum quatuordecim excepti fuerunt, vel in posterum exipientur, ac nomen praefatae Piae Congregationi suo tempore dederunt vel in posterum dabunt, relaxandi Litteras Dimissoriales ad Tonsuram et Ordines tam Minores, quam Maiores recipiendos; ita tamen ut, si a Pia Congregatione quavis de causa dimittantur, suspensi maneant ab exercitio susceptorum Ordinum, donec de sufficienti Sacro Patrimonio provisi, si in Sacris Ordinibus sint constituti, benevolum Episcopum receptorem inveniant. Contrariis quibuscumque non obstantibus.

Datum Romae, ex Secretaria Sacrae Congregationis Episcoporum et Regularium, sub die 1.ª Martii 1869. A. *Card.* QUAGLIA, *Praefectus.* S. SVEGLIATI, *Secretarius.*

Acompañaba al decreto una nota de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares dirigida a monseñor Riccardi Arzobispo de Turín, la cual, al tiempo que anunciaba la aprobación de la Sociedad de San Francisco de Sales, decía:

3 de marzo de 1869

La Santidad de Nuestro Señor, habiéndose dignado aprobar el Instituto fundado en esa ciudad por el benemérito sacerdote don Juan Bosco, como V. S. verá por el adjunto decreto, ha ordenado al mismo tiempo que los clérigos alumnos de dicho Instituto sigan asistiendo a las clases de Teología en el Seminario Arzobispal hasta nueva disposición de la Santa Sede, si bien pueda el Superior expedir a los mismos las dimisorias para las sagradas órdenes, en el caso de que hayan entrado en dicho instituto, antes de haber cumplido los catorce años de edad. Y esto considerando que antes de dicha edad puede también omitirse la fe de soltería.

Dicho Instituto, al dispensar sus mejoras morales sobre todo a la ciudad y diócesis de Turín, no puede por menos de interesar al celo de V. E. para que le dispense todo cuidado, de suerte que pueda conseguir más fácilmente **[561]** el fin para el que fue fundado. Y, si bien es cierto que él se recomienda por mismo, sin embargo esta Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, que tiene la tutela y cuidado de tales piadosas fundaciones, no puede dispensarse de urgir a V. S. para que siga protegiendo una obra tan buena, nacida bajo el patrocinio de San Francisco de Sales. Con esta esperanza le auguro del Señor la más amplia felicidad, etc.

El día 6 de marzo, sábado, estuvo don Bosco confesando hasta cerca de las diez de la mañana; y, por la tarde, confesó desde las seis hasta medianoche.

Se presentaron en la sacristía varias personas que deseaban su bendición. Una de ellas fue la señora Lucía Perlo, de Caramagna (Piamonte), con una hija de dieciocho años, llamada Magdalena, que estaba muy enferma. Dado que los médicos decían que su mal se convertía en tuberculosis, la llevó a Turín y la presentó a don Bosco. El Siervo de Dios la bendijo y dijo a su madre:

—En el mes de mayo vuestra hija recobrará la salud.

Y así fue; la hija sanó y entró en las religiosas Josefinas de Turín. Don Bartolomé Marchisio, paisano de la joven, nos contó el hecho.

Don Miguel Rúa describe así, en la Crónica, la fiesta celebrada el día siguiente.

«7 de marzo, domingo —Fiesta de San Francisco de Sales, en la nueva iglesia, actuando de prioste el conde Viancino. Fue solemnísima y se celebró con santa alegría por toda la Comunidad. Don Bosco confesó, por la mañana, desde las seis y media hasta las nueve, al pie del púlpito. El teólogo Leonardo Murialdo vino a can-

tar la misa y pronunciar el panegírico y monseñor Balma a dar la bendición. Para estos personajes y algunos más se preparó comedor aparte.

»Lo extraordinario de la fiesta fue que el conde Viancino cumplió la promesa por una gracia recibida. Una semana antes había venido a encomendarse a las oraciones del Oratorio para poder cobrar un crédito considerable, **[562]** que ya daba casi por perdido, prometiendo la décima parte a María Auxiliadora, si lo lograba. Al día siguiente de la promesa recibió aviso para ir a correos. Allí se encontró con una carta atentísima de su deudor, en la que incluía el total de la deuda más los intereses que hacía algunos años no había pagado, y todo acompañado de expresiones de la más sincera amistad y agradecimiento».

Después de la comida, alrededor de las dos y media, se reunieron los alumnos en el salón de estudio, muy adornado, para celebrar la llegada de don Bosco. A la derecha de nuestro buen Padre, sentóse monseñor Balma; a la izquierda, algunos sacerdotes de la casa y forasteros, don Mateo Picco, el reverendo Pechenino y varios clérigos. A la derecha de monseñor Balma, el barón Bianco de Barbania, el conde Viancino y otros ilustres personajes. El acto duró una hora y media. Se cantó un himno con música de don Juan Cagliero, acompañado por la banda; se leyeron varias composiciones de ocasión en prosa y en verso, en piamontés y en italiano, se representó un diálogo y Gastini interpretó su número cómico. Seis muchachos, vestidos al estilo calabrés, cantaron la canción napolitana *Nuia portammo la musica bella*, que fue muy aplaudida.

Terminado el acto, habló don Bosco:

—Todo lo que habéis manifestado no me pertenece a mí, sino a monseñor Balma, aquí presente, y a los demás bienhechores. Yo debería ser el último, porque son ellos los que concurrieron con sus limosnas, y al intervenir con su presencia hicieron más brillante esta fiesta. Os agradezco las oraciones que habéis hecho durante mi ausencia; Dios las escuchó, y gracias a ellas se han obtenido muchos favores, como después os diré. Ahora demos muchas gracias a Jesús Sacramentado.

Y de allí fueron a la iglesia, donde cantaron los alumnos las vísperas solemnes. El maestro Beatrice cantó el *Avemaría* antes de la bendición.

Por la noche, hubo rifa e iluminación. En todas las ventanas interiores de la casa y sobre las barandillas brillaban luces formando dibujos e inscripciones en honor de San Francisco de Sales **[563]** y

alusivas a la llegada de don Bosco. Las oraciones se rezaron en el salón de estudio.

Aquella noche habló don Bosco a los miembros de la Congregación reunidos en el refectorio, adonde acudieron también los que aspiraban a pertenecer a la Pía Sociedad de San Francisco de Sales. Estaban presentes los directores de las otras casas y don Domingo Pestarino de Mornese. Poseemos varios resúmenes de esta conferencia, a la que ya hemos aludido. Según el más amplio, don Bosco comenzó así:

Es vuestro mayor deseo en este momento saber el resultado de mi viaje a Roma y qué es lo que se ha obtenido con respecto a nuestra Sociedad. Y yo experimento una gran satisfacción al narraros el éxito de mis trabajos, porque es evidente que el Señor quería que lo nuestro quedara bien asegurado. Este viaje ha dado unos resultados más favorables de lo que yo esperaba.

Todos sabéis que esta nuestra casa, o mejor esta nuestra Sociedad, iba adelante hasta ahora sin un fundamento seguro de su existencia: tenía reglas, pero como no estaban aprobadas, se limitaban a ligar individuos en derredor de una persona para un fin determinado. Y, por tanto, muerto don Bosco, podía también morir su Sociedad.

Ya el año 1864 la Sociedad fue alabada, y don Bosco fue constituido Superior, pero nada más; después, en 1867, fue encomendada y recomendada por varios Obispos. Pero ahora se trataba de llegar a una conclusión definitiva, de aprobación o de disolución. Nuestra vida era precaria. Y en todo momento podían los Obispos reclamar a sus clérigos, porque estaban sujetos a su jurisdicción; y entonces la Sociedad quedaba disuelta de hecho. Era necesario que sus miembros quedaran libres y exentos de la jurisdicción episcopal. Por eso determiné ir a Roma.

Se interponían muchos obstáculos. El Consejo diocesano, al que se pidió una fórmula, que salvase al mismo tiempo la autoridad episcopal y la existencia de la Sociedad, había dejado la cosa en suspenso. Muchos obispos y otras personas, por cierto piadosísimas y muy a mi favor, quisieron persuadirme de lo inútil de mi viaje, porque no lograría que se aprobaran mis reglas y, por consiguiente, la Sociedad; tanto más que en Roma se debía pensar en el concilio ecuménico. Aducían muchísimas razones e invencibles dificultades. Me escribían de Roma y también me ponían en guardia, asegurándome que era totalmente inútil y tiempo perdido ir allí, porque no concederían jamás lo que pedía y era imposible la aprobación de las Reglas.

Entonces yo pensé: —Todo me va en contra; sin embargo el corazón me dice **[564]** que, si voy a Roma, el Señor, en cuyas manos está el corazón de los hombres, querrá ayudarme. Por tanto ¡iré a Roma!—. Y, lleno de confianza, partí. Estaba íntimamente persuadido de que la Virgen me ayudaría y dispondría todo a mi favor; nadie me habría quitado esta persuasión. Respetaba los consejos de mis amigos, pero no quería dejar de hacer lo que me parecía sugerido por el Señor. Partí, pues, confiando únicamente en el Señor y en la Virgen.

Describió después, con el auditorio pendiente de sus labios, cuanto ya hemos narrado en capítulos anteriores sobre las diligen-

cias llevadas a cabo, para obtener la suspirada aprobación. Enumeró las dificultades encontradas, que parecían insuperables; reveló y describió la intervención de la Santísima Virgen para persuadir a los Prelados que opinaban no se podía consentir en ciertas peticiones. Dijo cómo aquella intervención valió más que todas las razones. Recordó el paternal afecto con que le recibió el Papa. Agradeció a Dios la aprobación concedida por la Iglesia a la Pía Sociedad. Especificó los favores e indulgencias otorgadas por el Sumo Pontífice. Y, resaltando la importancia del decreto de 1.º de marzo, observó:

El Padre Santo aprobó, pues, la Congregación, no sólo como yo esperaba, sino que, puedo decir que si esperaba uno, conseguí diez. He aquí el resultado principal:

1.º La Sociedad de San Francisco de Sales está definitivamente aprobada.

2.º Los jóvenes, ingresados antes de los catorce años en el colegio de Turín o en otros dependientes del Superior de la Sociedad de San Francisco de Sales, están libres de la jurisdicción episcopal, y el Superior General podrá darles las dimisorias. Para éstos, pues, no tenemos ya necesidad de pedir licencia a los Obispos para poderlos ordenar... Los jóvenes ingresados después de los catorce años, y que pertenecen a la Sociedad, según lista enviada a Roma, serán provistos de las dimisorias por la Santa Sede.

3.º Se podrán ordenar sin necesidad de patrimonio, pero sólo a *título mensae communis*.

Entre tanto os digo que abrigo la firme esperanza de que la ley sobre los clérigos no pasará, y que María Auxiliadora nos ayudará.

Hay otras cosas que serán explicadas después...

Lo que tiene de particular nuestra Sociedad es que se puede adaptar a cualquier forma de gobierno, sea republicano o monárquico, **[565]** absoluto o constitucional; porque sus miembros son considerados como ciudadanos libres de cara a la sociedad civil y pueden poseer y disponer por testamento.

Pasó a continuación (según otras memorias), a hablar extensamente de la casa adquirida en el Quirinal, por sugerencia de Su Santidad, para fundar allí un centro de estudios. Y, dando gracias al Señor, añadió:

Tuve, después, dos larguísimas conferencias con el Padre Santo Pío IX y en ellas me dio muchos consejos para contaros, que dijo eran de mucha importancia. Yo me los he anotado y os los iré exponiendo poquito a poco. Mostró su gran complacencia con nosotros, puesto que él siempre fue y es muy favorable a la aprobación de la Pía Sociedad.

Así pues, me dijo:

En primer lugar, *estote prudentes sicut serpentes et simplices sicut columbae* (sed sagaces como las serpientes y sencillos como las palomas). Observad e imitad a los jesuitas en el espíritu y en la unión. Ellos, ante todo, no manifiestan a nadie lo que se refiere al orden y marcha interna de sus casas. Así no dan motivo a la gente para entrometerse en sus asuntos. ¿Quién puede decir lo que hacen, tratan y disponen los

jesuitas en sus casas? Así vosotros, hablad de vuestra Sociedad lo menos que podáis; si os preguntan, responded con pocas palabras, cambiad de tema; y si tenéis que hablar, hablad siempre bien. Que nadie conozca lo que hacéis dentro, quién va, quién viene, qué órdenes dan los Superiores, si habrá cambios de personal, etc. Ocultad los defectos de la Comunidad. Si sucede algo que puede, de algún modo, manchar o menoscabar el nombre o la reputación de la Sociedad, haced que permanezca sepultado para todo extraño.

En segundo lugar, jamás oiréis a un padre de la Compañía hablar mal de uno de ellos. Al contrario, cuando se habla con ellos de algún hermano, responden con grandes elogios del mismo. Su caridad es ingeniosa para encontrar siempre una razón de alabanza. Del mismo modo saben sostener y dar a conocer los méritos de todo lo que ellos publican o hacen en favor de la Iglesia, de los pueblos, de las misiones y de la juventud; uno para todos y todos para uno, es su contraseña. Así vosotros, defendeos mutuamente en toda ocasión: no se manifiesten los males de un miembro de la Sociedad, por muchos defectos que tenga. Todo socio esté dispuesto a sacrificarse a sí mismo para salvar a la Sociedad: y animaos unos a otros al bien.

En tercer lugar, recordad que no es el número lo que hace una casa, sino el espíritu. Haya un solo espíritu para alcanzar un único fin; así habrá Sociedad, aunque seáis dos o tres solamente, pero buenos. **[566]** Muchos y malos lo embrollan todo. Guardaos de recibir en vuestra Sociedad con demasiada facilidad a un individuo, sin haberlo probado bien. *Bricchetti alla prova*[1]. El que quiera entrar en la Sociedad sométase antes a una prueba para ver si resiste. Si le veis dudoso, no lo recibáis.

En cuarto lugar, vuestra Congregación florecerá si se observan las reglas, mientras no entren nobles o ricos, porque con ellos empezarán a introducirse las comodidades, las parcialidades y más tarde la relajación.

Procurad dedicaros siempre a los pobres hijos del pueblo. No falléis a vuestro primer fin y que vuestra Sociedad lo tenga siempre ante los ojos: no se aspire a cosas mayores. Es mejor hacer el bien sobre estas primeras bases, que hacerlo *inmejorablemente* en otra esfera que no es la suya. Educad a los jóvenes pobres, no tengáis nunca colegios para los ricos y para los nobles. Mientras os ocupéis de la juventud pobre y de los huérfanos, siempre con el fin de proporcionar miembros al clero, vuestra Sociedad irá adelante; pero si os preocupareis de abrir colegios e institutos para nobles, entonces la Sociedad decaerá. Poned pensiones módicas. No las aumentéis nunca[2]. No toméis la administración de casas ricas. Manteneos ocultos, escondeos para no ser vistos. Si educáis a los pobres, si sois pobres, si no armáis ruido, nadie os envidiará, nadie os buscará, os dejarán tranquilos y haréis el bien. Todos los colegios atacados hoy en día, lo han sido por haber hablado mucho de sí mismos, con lo que crearon envidias. Haced hablar de vosotros lo menos posible: y además, si os atenéis a vuestras Reglas, no faltaréis a esta prudencia.

En quinto lugar, si alguien posee algunas propiedades, revise su testamento cada año, y sepa el Superior a quién se quiere dejar como heredero, para que también él pueda disponer. Así obraréis con seguridad y no surgirán protestas o pérdidas. Principalmente cuando los bienes se dejan a un individuo, para la casa.

---

[1] *Bricchetti alla prova.*—Fósforos a prueba, dice al pie de la letra; se comprende que, con esta frase italiana, quiere indicar que es bueno probar a todos, antes de admitirlos en la Sociedad. *(N. del T.)*

[2] Ya se ve que, en aquellos tiempos, el valor adquisitivo de la moneda era constante: hoy no se hubiera podido decir lo mismo. *(N. del T.)*

El Santo Pontífice me decía también:

—Pienso que está en mejores condiciones una casa religiosa donde se reza poco, pero se trabaja mucho, que otra en la que se rece mucho y se trabaje poco o nada.

Y me recomendó que nos libráramos de confiar a religiosos jóvenes el cuidado de las sacristías en las iglesias públicas, porque, decía, en ellas se lleva normalmente una vida ociosa, en la que se encuentran más peligros de los que se cree, y la experiencia enseña que esto es causa de deplorables caídas.

El Papa terminó animándonos a seguir adelante para llevar almas al Señor. Estaba profundamente conmovido por las maravillas que el Señor obra en nuestro favor y por las gracias que derrama sobre nosotros. Por eso su Vicario nos acompaña con sus bendiciones.

Don Bosco cerró así la conferencia:

[567] He aquí brevemente el motivo de mi viaje a Roma y en general lo que he hecho allí. Hemos obtenido exenciones y privilegios, pero seremos siempre obedientísimos a los Obispos y a los párrocos y no nos serviremos de nuestras facultades, sin antes agotar los demás medios, hasta por humilde deferencia.

Por lo demás, sean dadas gracias de todo corazón a Dios y haga ahora que nuestra Congregación se purifique en su cuerpo entero y en sus miembros y que pueda aportar dignos frutos para su gloria y bien de las almas. De este modo nos haremos querer y en el nombre del Señor haremos grandes cosas.

Dicho esto, don Bosco disolvió la asamblea. Repitió y explicó muchas veces, en privado y en conferencias, los avisos de Pío IX. Al día siguiente se despedían los directores del querido Padre, llevando consigo las florecillas para la novena de san José.

Florecillas para la novena de San José. Marzo de 1869.

1.º *Padecer, y antes morir que pecar.*
2.º *¿De qué me servirán las riquezas, los honores y los placeres a la hora de la muerte?*
3.º *Tarde o temprano he de presentarme al tribunal de Dios.*
4.º *Es una locura buscar la felicidad lejos de Dios.*
5.º *¡Qué larga será la eternidad!*
6.º *Tal y como se vive, se muere.*
7.º *Dios no abandona al joven virtuoso.*
8.º *¡Qué dulce placer descansar en paz con Dios!*
9.º *¡Qué hermoso debe ser el paraíso! Quiero alcanzarlo.*
10.º *En honor de San José, no mancharé jamás mi lengua con palabras indecentes.*

Al día siguiente escribía el caballero Oreglia a la presidenta Galleffi:

En el Oratorio parece que todos se hayan vuelto locos. Uno canta, otro toca, aquél grita, todos están tan alegres que no caben en el pellejo. Ni siquiera las campanas están quietas un momento, por lo que obligamos a los vecinos a alegrarse con nosotros. Don Bosco ha llegado y por tanto no es **[568]** posible tener quietos a los chicos, ni tampoco a los grandes. Poco puedo contarle detalladamente, usted comprende lo que pueden hacer novecientos muchachos cuando están contentos. Si estuviese aquí, quedaría aturdida para un mes. Gracias a Dios, don Bosco se encuentra bien y está alegre y contento... Ya me ha hablado de usted... y espero haya quedado satisfecha de don Bosco, aunque, por cierto, él no pudo hacer ni la milésima parte de cuanto usted hace por nosotros... Pero ahora se trata de asuntos grandes. Es verdaderamente necesario que logre vender muchos libros, para procurarnos los medios con qué construir la casa en Roma...

También don Bosco escribía días después a la misma religiosa:

Benemérita señora Presidenta:

Aunque el caballero Oreglia y otros la escriban de vez en cuando en mi nombre, creo que es mi deber manifestarle hoy al menos mis pensamientos de gratitud. Por tanto le agradezco, y en su persona a todas sus hijas religiosas, la bondad y la caridad con que me ha tratado durante mi estancia en Roma y en tantas otras ocasiones.

Quiero encomendar todos los días en la santa misa a usted y a todas sus hijas, para que Dios les conceda el céntuplo de cuanto hacen por estos pobres muchachos; la Santísima Virgen pagará a todas su parte.

No pude hablar con el padre Ambrosio antes de salir de Roma, pero no ha pasado ningún día sin encomendarlo al Señor y hacer particulares oraciones por él.

El caballero Oreglia sale para Roma la semana próxima y asistirá a la misa cincuentenaria del Padre Santo. El le contará muchas cosas. El y don Juan Bautista Francesia le saludan por mi medio. Si ve a la señora Merolli salúdela atentamente de mi parte y dígale que encomiendo a usted y a las personas que vi en su casa a las oraciones que se hacen cada día ante el altar de María Auxiliadora.

Si, en fin, viera a la princesa Orsini, ruégole le diga que, en nombre de María Auxiliadora, se acuerde de mi encargo.

Mi felicitación de pascuas para las marquesas Villarios, Vitelleschi, Calderari, etc.

Dios nos conserve a todos el don de la perseverancia. Así sea.

Turín, 25 de marzo de 1869.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[569]

CAPITULO XLV

CHARLA DE DON BOSCO A LOS MUCHACHOS: CUENTA LO QUE HA HECHO EN ROMA; EFICACIA DE SUS ORACIONES; COMO LES QUIERE EL PAPA; COMPRA DE UNA CASA EN ROMA; BENDICIONES DEL PADRE SANTO, CRUCIFIJOS INDULGENCIADOS Y OTRAS INDULGENCIAS – EL CAPITULO ACEPTA NUEVOS SOCIOS – LAS PRIMERAS DIMISORIAS – CONFERENCIA DE DON BOSCO A LOS SALESIANOS: CUMPLASE CON EXACTITUD EL REGLAMENTO; EL PRESTA A LA CONGREGACION UNIDAD DE CUERPO, DE ESPIRITU, DE QUERER Y DE OBEDIENCIA; NO SE ROMPA NUNCA ESTA UNIDAD: LA VISITA COTIDIANA AL SANTISIMO SACRAMENTO

FUE una práctica constante de don Bosco la de interesar a sus alumnos por todo lo referente al Oratorio. Deseaba que lo considerasen como su propia casa; por eso les tenía informados de cuanto guardaba relación con él y creía conveniente que ellos conocieran. Una vez que quedó constituida la Pía Sociedad de San Francisco de Sales, siguió haciendo lo mismo: él quería que, para muchos alumnos, se convirtiera en ideal de vida cristiana, en finalidad de sus estudios, puerto seguro de su vocación, participación en las obras y en los gloriosos destinos prometidos por la Virgen.

Por tanto, el 8 de marzo, lunes, después de las oraciones de la noche, fue a hablar a todos los alumnos de la casa, estudiantes y aprendices, reunidos en el salón de estudio. Les expuso el motivo de su viaje a Roma, y les dijo que el Oratorio no se sostenía en el aire, sino que existía una Congregación que era su apoyo.

[570] Y prosiguió:

Fui a Roma contra el parecer de todos. Aquí me decían que era inútil ir, que no lograría nada; allá repetían que, aunque hiciera el viaje, volvería con las manos vacías. Pero yo me sentía incitado a ir, porque deseaba vivamente la aprobación de nuestra Pía Sociedad; y los mismos que me desaconsejaban el viaje, fueron los que me ayudaron para que fuera definitivamente aprobada. Ahora, pues, nuestra Sociedad está definitivamente aprobada por el Papa. Vuestras plegarias fueron atendidas, el Señor cambió en un momento los corazones de todos y dispuso, además, que ellos mismos necesitaran de don Bosco. Ya don Juan Bautista Francesia os contará mañana por la noche lo sucedido. Por fin se obtuvo de la Virgen, gracias a la oración, lo que se deseaba.

La Congregación fue aprobada con las dimisorias: es decir, que un joven que quiera pertenecer a esta Congregación, si ha entrado en nuestras casas antes de los catorce años, puede hacerse sacerdote sin necesidad de patrimonio.

El Padre Santo cree que sois otros tantos san Luis, tan buena es la opinión que tiene de vosotros. Yo le respondí que sí, que todos erais otros tantos san Luis, pero con los dedos bajo el manteo, decía que no. Mas él no lo veía.

—Espero ver alguno de vuestros hijitos, me decía el Padre Santo, y, si no puedo verles en este mundo, les veré después en el paraíso, a donde espero ir de aquí a poco.

Y yo le dije:

—Padre Santo, ¡tenemos que hacer todavía muchas cosas antes de ir al paraíso!

Otra cosa que tengo que deciros es que, inmediatamente después de la aprobación de nuestra Sociedad, el Padre Santo me sugirió que comprara una casa en Roma y yo, que precisamente quería exponerle este proyecto, le dije:

—¿Sabe que me lo ha quitado de la boca?

—Bien, se ve que el Señor nos ha inspirado. Id enseguida a ver en tal sitio.

Fui, se habló, se trató y se acordó; la casa es nuestra y se puede decir que ya está pagada. Y ¿queréis que os lo diga? No he vuelto a casa sin dinero; si ayer hicimos una bonita fiesta, ha sido gracias a los dineros que he traído, los cuales han ayudado.

El Padre Santo me autorizó a deciros estas palabras: *Dominus vos benedicat et dirigat vos in semitis suis* (El Señor os bendiga y os lleve por sus sendas). Concedió después trescientos días de indulgencia cada vez que se diga: *Maria, Auxilium Christianorum, ora pro nobis.*

He traído también un paquete de crucifijos para distribuíroslos uno a cada uno y con los mismos privilegios de la otra vez, o sea, *cuatrocientos días de indulgencia* cada vez que se besan o se dan a besar; y el que lo bese todos los días ganará, al fin del mes, indulgencia plenaria; lo mismo que dándolo a besar *in articulo mortis.*

[571] El Papa concedió, además, indulgencias para los devotos de María Auxiliadora que después veréis, y otras que conoceréis a medida que vayan llegando.

Entre tanto seguid rezando por mí, que yo también rezaré por vosotros. Estoy contento porque, en general, durante mi ausencia os habéis portado muy bien.

Sé que se ha rezado mucho, no sólo aquí, sino en todas nuestras casas, en Lanzo, en Mirabello; y que se continúa haciéndolo. Damos gracias al Señor, que nos ha concedido tantos beneficios. Esto ha sido verdaderamente un milagro, obtenido por vuestras oraciones. El Señor es muy bueno, y no ha podido resistir a vuestras súplicas. Démosle, pues, gracias con filial ternura, porque es él quien nos ha concedido todo.

Allí en Roma pondremos un centro de estudios para sacerdotes y clérigos; y también para jóvenes que, bajo su dirección, quieran llegar a ser doctos. Enviaremos allí a los mejores en conducta y aplicación.

Todavía una cosa.

El Padre Santo me aconsejó os dijera que quien tenga bienes, haga pronto testamento para no tener ya que pensar en ello y preocuparse en punto de muerte (*risas generales).* ¡Buenas noches!

El 8 y el 9 de marzo reunió don Bosco el Capítulo para examinar la situación de los miembros de la Sociedad y ver si había otros que

deseaban ingresar en la misma; y, en efecto, se aceptaron algunos para la prueba. El día 8 fue un día memorable, porque don Bosco despachó las primeras dimisorias para el clérigo José Monateri, del colegio de Mirabello.

El 11 de marzo, jueves, reunió el Venerable, después de las oraciones de la noche en el comedor de los clérigos, a todos los miembros de la Sociedad, profesos y aspirantes, y, según copiamos de nuestras memorias, les dijo:

El domingo por la noche vimos el éxito del viaje a Roma y cómo ha sido definitivamente aprobada por la Iglesia nuestra Sociedad con el privilegio de las dimisorias.

Ahora celebro poder comunicaros que dos de nuestros hermanos podrán aprovecharse muy pronto de los favores concedidos por la Santa Sede, y se presentarán a las órdenes sin más título que el de pertenecer a la Sociedad de San Francisco de Sales. Son José Monateri y Augusto Croserio. Damos gracias al Señor que se quiere servir de instrumentos como nosotros, para procurar su gloria y la salvación de las almas. Y ciertamente tenemos en esto una señal de su amor especial por nosotros, que jamás ninguno de nuestros clérigos ha tenido que interrumpir **[572]** sus estudios, diferir la imposición de sotana o la recepción de las sagradas órdenes por falta de medios materiales. Siempre se ha visto en esto a la Providencia de un modo maravilloso. Es una garantía de que nos asistirá mucho más ahora que verdaderamente nos hemos ofrecido a El en cuerpo y alma.

Por eso conviene que vayamos explicando poco a poco todo lo que hay que hacer y sistematizándolo con reglamentos.

Como todos vosotros sabéis, nuestra Sociedad no tenía unas reglas bien determinadas hasta ahora. Ibamos adelante sin haber precisado nuestras obligaciones. Como no existía todavía la aprobación de la Iglesia, estaba la Sociedad como en el aire y, de un día a otro, podía derrumbarse; estábamos en dudas, si esta nuestra casa debía continuar con su finalidad o si podía ser cerrada sin más, y por tanto, al no poder establecer nada a buen seguro, era inevitable un poco de relajación.

Queridos míos, en este momento las cosas ya no son así. Nuestra Congregación está aprobada: estamos vinculados unos con otros. Yo estoy ligado a vosotros, vosotros a mí y todos juntos estamos ligados a Dios. La Iglesia ha hablado, Dios ha aceptado nuestros servicios, nosotros estamos obligados a cumplir nuestras promesas. Ya no somos personas privadas, sino que formamos una Sociedad, un cuerpo visible; gozamos de privilegios: todo el mundo nos observa y la Iglesia tiene derecho a nuestro trabajo. Es necesario, pues, que de ahora en adelante cada artículo de nuestro reglamento se cumpla puntualmente. No pretendo desde luego que, de repente, cambiemos la cara del Oratorio; esto acarrearía desórdenes y, por otra parte, sería imposible. Procuremos hacerlo todo, una cosa tras otra. Hay muchas cosas que ordenar y arreglar; por eso necesito hablaros con más frecuencia para íroslas explicando. Esta noche os digo unas pocas, que no hay que olvidar, porque son como el basamento de nuestra Sociedad. Nos toca a nosotros echar los cimientos de estos principios sobre bases firmes, a fin de que los que vengan detrás, no tengan más que seguirnos.

Recordemos siempre que hemos elegido vivir en Sociedad. *O quam bonum et*

quam jucundum habitare fratres in unum, exclamaba el santo profeta David, divinamente inspirado, hablando de las Congregaciones religiosas. ¡Oh, qué bello y dulce es vivir como hermanos en sociedad!

Es hermoso vivir unidos con el vínculo de un amor fraternal, confortándose mutuamente en la prosperidad y en las estrecheces, en la alegría y en las aflicciones, prestándose mutua ayuda con obras y consejos; es hermoso vivir libres de todo estorbo terreno, caminando derechos hacia el cielo bajo la guía del Superior. Pero, si queremos que se deriven estos bienes de nuestra Sociedad, es necesario que viva y prospere. *O quam jucundum...* Y para que, juntos, sea dulce este vivir, hay que apartar toda envidia, toda rivalidad; hemos de amarnos como hermanos, soportarnos unos a otros, ayudarnos, socorrernos, apreciarnos, compadecernos. Todos deben guardarse atentamente de hablar mal de la Congregación, más aún, deben **[573]** procurar hacerla estimar por todos. Hemos elegido habitar *in unum.* ¿Qué quiere decir habitar *in unum*? Quiere decir *in unum locum, in unum spiritum, in unum agendi finem.* Helo aquí en pocas palabras.

Debemos, ante todo, y ésta es la primera condición de una sociedad religiosa, habitar *in unum* (en grupo) con el cuerpo.

Una congregación religiosa debe constar, al igual que el cuerpo humano, de cabeza y de miembros, subordinados unos a otros y todos subordinados a la cabeza. Suponed que se expusiera una cabeza separada del tronco; podría ser bella y artística; pero ella sola, sin el tronco, sería algo monstruoso. Así, yo no puedo estar sin vosotros que formáis el cuerpo. Así, los miembros no pueden estar sin la cabeza. Se requiere una sola cabeza, puesto que siendo como un cuerpo, si a este cuerpo se le ponen dos o más cabezas, se convierte en un monstruo y se acaba la uniformidad. Así que ha de haber una sola cabeza, con sus miembros correspondientes. Después los miembros subordinados a la cabeza, deben tener un oficio propio distinto del de los otros; cada uno tiene que cumplir diversas funciones, según su diversa condición. Así, por ejemplo, si los brazos dijeran:

—Nosotros queremos obrar por nuestra cuenta; queremos hacer lo que nos gusta; queremos hacer de cabeza: harían reír.

Si el estómago dijera:

—Yo quiero caminar.

—No, se le respondería; tú tienes que recibir por la boca el alimento que te ofrecen las manos.

Y si las piernas dijeran:

—Nosotras queremos comer; replicaríais:

—No; vosotras tenéis que llevar el cuerpo de un lugar a otro.

Para que una Sociedad como la nuestra prospere, es necesario que esté bien organizada; que haya quien mande y quien obedezca, quien haga una cosa y quien haga otra, de cuerdo con la propia capacidad. El que obedece no debe envidiar al que manda; ni el que trabaja, al que estudia o cosa parecida; porque unos y otros son necesarios, y donde todos estudiaran o todos mandaran, no podría jamás haber variedad.

Suponed que en el cuerpo todo fueran ojos, todo orejas, o todo manos, etc., ¿habría un cuerpo vivo? Sería un monstruo. Si todo el cuerpo fuera pies, ¿quién le serviría de guía? Así, lo mismo que todo miembro debe tener su propio oficio, cada individuo debe hacer en la Congregación lo que se le ordena y no otra cosa.

Por tanto, en nuestra Sociedad debe haber quien predique, quien confiese, quien estudie, quien enseñe, quien atienda a las necesidades materiales y a las espirituales.

Así las cosas, se requiere obediencia a la cabeza, que colocará a éste en un oficio y a aquél en otro. Y esto es como el gozne sobre el que gira toda nuestra Sociedad, porque si falta la obediencia, todo será desorden. Si, en cambio, reina la obediencia, entonces se formará un solo cuerpo y una alma sola para amar y servir al Señor.

Por tanto, sean todos obedientes; no piense nadie en hacer esto o aquello. Que nadie diga: —Yo quiero tener este o aquel empleo; —sino **[574]** esté pronto a cumplir cualquier obligación que se le confíe, esté donde el Superior le coloca y cumpla exactamente su oficio; procure cada uno de vosotros acostumbrarse a ver en la voluntad del Superior la voluntad de Dios. Ocúpese y trabaje cada cual lo que su salud y su capacidad le permitan.

Que uno llega a ser un buen predicador, cumpla bien y con celo su ministerio; que otro es buen profesor o maestro, dé bien la clase y enseñe. El buen administrador, administre; el que pueda ser buen cocinero, ejerza su profesión; el barrendero, cumpla también con su deber. Tal vez diga alguno que pierde el tiempo ejerciendo cierto oficio, que no es aquélla su inclinación, que se siente llamado a hacer más bien en otro sitio. No; sujétese cada uno a lo que se le encomienda, desempeñe aquel quehacer y siga adelante tranquilo.

¿Y el fruto? El fruto es la gran utilidad de la vida en común, el fruto es siempre igual para todos, lo mismo para el que desempeña un alto cargo, que para el que trabaja en el más humilde: así que, tanto mérito tendrá el que predica, el que confiesa, el que enseña, el que estudia, como el que trabaja en la cocina, friega los platos o barre. En la Sociedad el bien de uno se divide entre todos, igual que el mal es, en cierto modo, el mal de todos. Por eso, sea el que fuere el empleo que uno tiene, cúmplalo. Todos tienen el mismo mérito ante Dios, por la obediencia. Pero advertidlo: si se hace el bien, se tiene igual mérito ante Dios; si se hace el mal, toda la Congregación pierde. Se trabaja en común y se goza en común. Haya, pues, unidad de cuerpo.

En segundo lugar debe haber unidad de espíritu y de querer. ¿Qué espíritu ha de animar este cuerpo? Queridos míos, la caridad. Haya caridad para tolerarnos y corregirnos los unos a los otros; no quejarse jamás uno de otro; caridad para soportarnos; caridad especialmente no murmurando nunca de los miembros del cuerpo. Esto es algo esencialísimo para nuestra Sociedad; porque, si queremos hacer el bien en el mundo, es necesario que estemos unidos entre nosotros y gocemos con la reputación de los demás. Sería éste el mayor mal que pudiera darse en la Sociedad. Por consiguiente, no se vean jamás corrillos de clérigos y de otras personas que cortan un sayo a cualquiera, mucho más cuando esto se hiciere contra un superior. Defendámonos mutuamente; tengamos por nuestro el honor y el bien de la Sociedad: y tengamos por cierto que no es un buen miembro el que no está dispuesto a sacrificarse a sí mismo para salvar el cuerpo.

Estén todos dispuestos a compartir su alegría con la de los demás, y también a asumir la parte del dolor de otro; de modo que, si uno recibiera un gran favor, sea éste también de satisfacción para sus hermanos. Si uno está afligido, estudien sus hermanos cómo aliviarle en su pena. Si alguno incurriera en una falta corríjasele, compadézcasele, pero no se desprecie nunca a nadie por defectos físicos o morales. Amémonos siempre como verdaderos hermanos, pues eso somos, dice David.

[575] Finalmente debe haber unidad de obediencia. En todo cuerpo debe haber una mente que rija sus movimientos y tanto más activo y trabajador será el cuerpo, cuando más dispuestos estén los miembros a sus órdenes.

También en nuestra Sociedad será preciso que uno mande y los demás obedezcan. Podrá suceder, a veces, que quien manda sea el menos digno; ¿se deberá por eso

negarle obediencia? No, porque obrando así el cuerpo quedará desorganizado e incapaz para todo. Téngase siempre presente que el Superior es el representante de Dios y quien le obedece a él, obedece al mismo Dios. ¿Qué importa que sea en muchas cosas inferior a mí? Más mérito habrá en mi sumisión. Por otra parte piénsese que el mando es un peso enorme, y que el pobre Superior con gusto se libraría de él, si no le obligara a mantenerlo vuestro propio bien. Procurad, por tanto, aligerárselo mostrándoos dispuestos a la obediencia y sobre todo aceptad de buen grado cualquiera de sus mandatos y amonestaciones, porque él hace un esfuerzo para mandaros: y, si viera que sus palabras os disgustan y os inquietan, quizá no osaría amonestaros más y entonces el mal sería para vosotros y para él.

Si nosotros, considerándonos como miembros de este cuerpo, que es nuestra Sociedad, nos conformamos con cualquier función que nos toque desempeñar, si este cuerpo está animado por el espíritu de caridad, y guiado por la obediencia, tendrá en sí mismo el principio de la propia subsistencia y la energía para realizar grandes cosas para gloria de Dios, bien del prójimo y salvación de sus miembros.

No se pretende, sin embargo, decir con esto que uno esté obligado a cargarse con pesos que no puede soportar. Cuando alguien no se sienta con fuerzas para cumplir el cargo que se le ha confiado, dígalo y se le quitará. Lo que se requiere es que cada uno esté dispuesto a hacer lo que pueda cuando le fuere impuesto, de modo que si también un sacerdote se viera en la necesidad de fregar platos, lo haga, tanto más cuanto que tenemos el ejemplo de algunos que dejaron de dar clase para trabajar en la cocina.

Hemos de tener siempre ante los ojos el fin de la Sociedad, que es la educación moral y científica de los muchachos pobres abandonados, con los medios que la divina Providencia nos proporciona.

Además, siguiendo la comparación del cuerpo, si la cabeza debe dirigir todos los miembros, hay algunos miembros subordinados a la cabeza que presiden y dirigen los movimientos y los oficios de otros miembros. Quiero decir con ello que esta Sociedad consta de un Capítulo Superior, cuyos miembros hacen las veces de don Bosco y hay que obedecerles como al mismo don Bosco.

Y, a fin de que todos sepan cómo regularse, es necesario también que todos conozcan a los que deben obedecer. Se entiende que el Prefecto es don Miguel Rúa; el Director espiritual de los clérigos, don Juan Cagliero; el Director de las enseñanzas científicas, don Juan Bautista Francesia, y así los demás que ya se conocen. De este modo se viene a formar el *unum* (grupo).

[576] Ahora que nuestra Congregación se arraiga, es necesario que nos reunamos con frecuencia para explicar lo más esencial, y luego lo demás, a medida que nos lo permita el tiempo. Los privilegios concedidos a nuestra Congregación pueden ayudarnos ya desde ahora, y dentro de pocos días mandaremos dos de los ya admitidos a ordenarse, sin más título que el de miembros de la Sociedad de San Francisco de Sales.

Esto en general; en particular os doy dos consejos. Mucho cuidado, para no romper esta unidad. He observado una cosa que no me gusta. Es el ver que haya dos, tres, cuatro o cinco hermanos siempre juntos, siempre los mismos y casi siempre separados de los demás. No sé qué hacen; no quiero pensar mal, diciendo que no hablen bien, según nuestro fin, se entiende. ¿Qué significa este formar grupo aparte? ¿Tienen, acaso, distintos intereses que los compañeros?

Deseo que estéis siempre con los muchachos durante el recreo, conversad con ellos, jugad con ellos, dadles buenos consejos. Vigiladles. Cuando no podáis mezcla-

ros en sus diversiones, asistidles al menos, dad vueltas por los rincones más apartados de la casa y procurad impedir el mal. No podéis imaginar el bien que se puede hacer subiendo por una escalera, pasando por un corredor, dando una vuelta por aquí y por allá en el patio.

En segundo lugar, procúrese hacer todos los días la visita al Santísimo Sacramento, prescrita por nuestras reglas. De este modo, santificándonos primero nosotros mismos, procuraremos santificar a los demás. Cuántas gracias recibiréis para vosotros y para los que han sido confiados a vuestros cuidados.

Por lo demás, sabed que, de ahora en adelante, cuando haya que enviar un clérigo a ordenarse, el Superior está obligado en conciencia a juzgar si el sujeto tiene la piedad y la ciencia requeridas.

Por fin os diré que es necesario confiar en la divina Providencia. Si en el pasado hemos caminado sin que nos faltara nada, es una prueba de que hemos de tener una confiada esperanza para el porvenir.

[577]

CAPITULO XLVI

DON BOSCO ES ESPERADO EN MILAN; SUS CHARLAS FAMILIARES: GRACIAS NO OBTENIDAS DE MARIA POR LA INFIDELIDAD DE LAS PROMESAS, POR CAUSA DEL APEGO AL DINERO – LA MARQUESA RADICATI Y EL BRINDIS DE DON BOSCO EN UN BANQUETE DIPLOMATICO – DON BOSCO EN MIRABELLO; SUEÑA LOS AÑOS DE VIDA QUE LE QUEDAN A CADA ALUMNO – EJERCICIOS ESPIRITUALES DE LOS MUCHACHOS EXTERNOS DEL ORATORIO COMO PREPARACION A LA PASCUA – COLOCACION DE DOS ESTATUAS DE ANGELES, EN BRONCE DORADO, SOBRE LOS CAMPANARIOS DE LA IGLESIA NUEVA – CONTRATO PARA LA CONSTRUCCION DEL ORGANO: GENEROSIDAD DEL FABRICANTE – DON BOSCO ESCRIBE A MONSEÑOR RICCI SOBRE LA EXPEDICION DEL BREVE DE LAS INDULGENCIAS CONCEDIDAS A LA COFRADIA DE MARIA AUXILIADORA – EL BREVE – EFICAZ INTERCESION DE DOMINGO SAVIO ANTE EL SEÑOR

APENAS llegó el Venerable al Oratorio cuando el señor José Güenzati le escribía recordándole que le esperaban en Milán, tal y como lo había prometido.

Los clérigos sentían sus continuas ausencias, puesto que cuando le veían libre, le rodeaban con gusto para escuchar su palabra. El 13 de marzo, sábado, después de las confesiones, mientras cenaba contó cómo había muerto una persona y por qué no había sido escuchada la novena con la que había sido encomendada a la Virgen.

—Yo fui a verla, decía, le di la bendición y encomendé a los familiares que hicieran una novena a María Auxiliadora. Hacía varios días que la enferma se hallaba en agonía; los parientes me prometieron **[578]** tres mil liras para el Oratorio. Y he aquí que enseguida empezó la enferma a encontrarse mejor y a comer. En vista de ello, dijeron los parientes que sólo entregarían quinientas liras; pero la enferma se puso de nuevo, como antes, en peligro de muerte. Prometieron por segunda vez que entregarían las tres mil liras y la enferma mejoró con la esperanza de una completa curación. Mas,

cuando los parientes vieron cumplidos sus deseos, mandaron decir a don Bosco:

—Le ofrecemos las tres mil liras; pero, para don Bosco sólo mil; las otras dos mil queremos que se repartan entre el óbolo de san Pedro y tal obra de caridad.

La enferma empeoró nuevamente.

—Y ¡ahora está muerta!, añadió el caballero Oreglia que se hallaba presente.

Esta narración recordó otro hecho acaecido algún año antes.

El amor al dinero está más arraigado en el corazón de los ricos que en el de los pobres. Una señora de ochenta años, riquísima, enferma, confortada ya con los Sacramentos, llena de miedo, al verse próxima a la muerte, mandó llamar a don Bosco, pidiéndole, con vivas instancias, la gracia de la curación.

—Sí, contestó don Bosco, la Virgen le concederá la gracia, con tal de que esté usted dispuesta a hacer una limosna abundante para la iglesia, que se construye en su honor en Valdocco.

—¿Y cuánto tengo que dar?

—Lo que quiera; usted verá. Yo no puedo fijar la cantidad. Dé lo que, sin grave incomodidad, sea realmente proporcionado a sus bienes, y de manera que pueda llamarse sacrificio.

—Indíquemelo usted.

—Le repito lo que he dicho. Haga de modo que la Virgen conozca que usted hace un donativo con amor y desinterés. Comprenda que, en este estado, no habiendo ya nada que esperar de los hombres, todo se debe esperar de Dios. Considere la gravedad de su mal y su avanzada edad. **[579]** Piense que, estando a punto de dejarlo todo para siempre, para conservarlo se puede sacrificar alguna cosa que tenga un valor no despreciable.

—Pero yo no sé qué hacer por su iglesia.

—Ya que quiere un consejo, le diré que podría encargarse de la construcción de un altar para las capillas laterales.

—¿Y cuánto costaría este altar?

—No sé decirle con precisión. De seis a ocho mil liras.

—¿Ocho mil liras? Es demasiado; no puedo.

—He dicho lo que me parecía, porque me lo ha preguntado. Yo no conozco su fortuna. Haga lo que pueda. Aunque no diera más que un centavo, si eso está de acuerdo con sus posibles, la Virgen le concederá la gracia.

—Bueno, lo pensaré.

Don Bosco salió de aquella casa, harto de tanta avaricia. Entre

tanto la enfermedad de la vieja se precipitaba hacia su fin, y he aquí que dos primos suyos fueron a visitar a don Bosco. La enferma no tenía hijos, ni sobrinos, a quienes dejar la herencia. Después de los primeros saludos dijeron aquéllos:

—Perdone, don Bosco; la cantidad propuesta de ocho mil liras resulta un poco elevada.

—¿Qué quieren decir ustedes?

—Le rogamos, en nombre de la señora, que haga el favor de rebajar hasta una cantidad... un poco más razonable.

—Buena gente: ¿acaso soy yo quien concede la gracia o es la Virgen? Yo no propongo nada; ni ocho mil, ni cien mil. Solamente he dicho una palabra por decir, después de habérmelo pedido. ¿Pero, qué son ocho o cien mil liras para una rica de esa clase? ¿Y queréis que oiga la Virgen a un corazón tan mezquino concediéndole una gracia tan portentosa? Haga esa señora lo que guste. Yo no tengo nada que ver.

—Es que... es que...

Querían todavía replicar los enviados, pero don Bosco se despidió de ellos amablemente.

[580] Al día siguiente moría aquella señora por no saberse decidir: tan apegada estaba al dinero.

El 14 de marzo era el aniversario del nacimiento del rey Víctor Manuel. Citamos esta fecha porque don Bosco en este día, como en otras ocasiones de fiestas patrióticas, acudía al banquete diplomático servido por el conde Radicati, gobernador de Turín. Todos los comensales eran hombres de la política constituidos en dignidad. El Gobernador invitaba al Siervo de Dios para complacer a su piadosísima esposa que, por desgracia, había quedado ciega. Ella, delicadísima de conciencia, presentaba a don Bosco sus instancias unidas a las de su marido, deseosa de tenerlo en la mesa, para impedir con su presencia conversaciones contra la religión.

Narramos un hecho que pinta el carácter profundamente cristiano de esta noble señora, a la que todos respetaban por sus finos modales, su vasta cultura y su gran bondad.

Cayó uno de aquellos grandes banquetes en día de vigilia y no quería de ningún modo la Condesa que se sirviera carne en la comida. Fue el Conde a hablar con el señor Durando, sacerdote de la Misión, el cual le aconsejó que preparara platos de carne y de pescado, de modo que cada invitado pudiera servirse a su gusto. Cuando la Condesa supo la respuesta, exclamó con energía:

—No, ¡no quiero que en mi casa se cometan pecados!

Fue entonces el Conde a don Bosco, y éste le dijo que no había más remedio que acudir al Papa: y, como urgía la cosa, él mismo telegrafió. Desde Roma respondieron a don Bosco:

—Permitida la comida de carne, con tal de que se comunique a los convidados el permiso obtenido.

Cuando todos estuvieron sentados a la mesa, dijo la Condesa al señor que tenía al lado:

—Lea, por favor, en alta voz este telegrama.

Y así se hizo.

Esta noble dama quería que, en las grandes ocasiones, estuviera presente don Bosco porque se comportaba con la perfección de una persona distinguida y era admirable cómo sabía conquistarse hasta a las **[581]** de principios contrarios, sin disimular jamás la verdad. Había entre los invitados personajes de todos los partidos y colores: liberales, demócratas, racionalistas y también algún católico. Al llegar el banquete a los brindis, uno ensalzaba a la Unidad Italiana, otro a la libertad, éste a Cavour, aquél al Rey, alguno a Garibaldi...

Al final fue invitado también don Bosco a hablar. El Siervo de Dios se levantó sin desconcertarse y, alzando la copa, dijo:

—Yo brindo y digo: ¡que vivan Su Majestad Víctor Manuel, Cavour, Garibaldi y todos los ministros, alineados bajo la bandera del Papa, para que todos puedan salvar su alma!

Una salva de aplausos acogió con la mayor hilaridad sus palabras, y muchos repetían:

—¡Don Bosco no quiere la muerte de nadie!

A mitad del mes, cumplió su palabra de ir a Mirabello. El joven Evasio Rabagliati, que había ingresado en el colegio el 8 de enero, se encontró por vez primera con el Siervo de Dios y le oyó contar por la noche este sueño.

Había soñado, en la primera noche de su llegada, que se hallaba en el salón en que se celebraban los exámenes y vio presentarse ante él a dos personas. Una sostenía, colgando de una caña, un farol y la otra llevaba un cartapacio bajo el brazo. Le invitaron a subir a los dormitorios y le acompañaron. Se detenían a los pies de cada cama. Uno bajaba la luz para que don Bosco pudiera reconocer el rostro del que dormía y el otro sacaba una hoja del cartapacio y la colocaba sobre la colcha. En aquel papel estaba escrito el número de años que a cada uno de los durmientes le quedaba de vida.

El relato de este sueño causó una enorme impresión. El mismo Rabagliati fue a preguntar a don Bosco qué tiempo le quedaba de vida. Don Bosco le dijo sonriendo:

—¿Sabes aritmética?

—Sí, le contestó el muchacho.

Y con los dedos de la mano le hizo sumar, restar y barajar una gran cantidad de números **[582]** hasta que salió el número veintisiete. Rabagliati no se olvidó de este número. Veintisiete años más tarde estaba él como misionero en América y aquel mismo año sufrió una enfermedad gravísima en Buenos Aires; todos creían que no saldría de ella. Por la noche no podía dormir, porque, presa de un continuo ataque de nervios, iba empeorando cada vez más: el último mes ya no podía resistir. Don Santiago Costamagna, que conocía el secreto, invitó a todas las casas salesianas a que rezasen por él y el enfermo sanó.

Ya él había pedido a don Bosco, antes de partir para las misiones, una explicación sobre aquel sueño y, una de las veces, le respondió:

—No creas en agüeros.

Y en otra ocasión:

—Pero ¿qué importa? Los años pueden empezar a contarse, no sólo desde la época del sueño, sino también desde el día en que te hiciste salesiano o también desde que has emitido los votos.

Don Bosco contestó de esta forma porque le vio demasiado preocupado con esta idea. Por lo demás, todos quedaron persuadidos de que fueron las oraciones de los compañeros las que le prolongaron la vida.

Don Evasio Rabagliati fue apóstol y padre de los leprosos en Colombia y ahora está de misionero en Chile. Da testimonio de nuestro relato juntamente con monseñor Costamagna[1].

Tuvo don Bosco varios sueños por los dormitorios. En uno vio una espada pendiente de un hilo sobre ciertas camas, en otro un cartel a la cabecera de cada cama, en donde estaban escritos los pecados de cada muchacho, o bien una palabra sobre la frente de cada uno señalando sus faltas.

Mientras tanto, llegaba a su fin el catecismo cuaresmal en Valdocco y en los otros dos oratorios festivos, y don Bosco enviaba un impreso a los padres de los muchachos, a los jefes de taller, a los dueños de tiendas, semejantes al que se repartió en 1849 para los ejercicios predicados en la iglesia de la Misericordia de Turín.

[583] Santificábanse las almas y se iban realizando nuevos traba-

[1] Don Evasio Rabagliati murió en Santiago de Chile el 2 de mayo de 1920, a los sesenta y seis años *(N. del T.)*.

jos en la iglesia de María Auxiliadora. Cada uno de los dos campanarios, que flanquean la fachada, debía ir coronado por un ángel en bronce dorado, de dos metros y medio de altura. Don Bosco había dado el croquis y aún hoy se contemplan. El ángel de la derecha lleva en la mano izquierda una bandera, sobre la que está escrito con gruesos caracteres perforados en el metal: «Lepanto». El de la izquierda está en actitud de ofrecer con la mano derecha una corona de laurel a la Santísima Virgen, que domina la cúpula.

En un primer dibujo, que nosotros hemos visto, también el segundo ángel sostenía una bandera en la que se leía perforado el número diecinueve... seguido de dos agujeros. Indicaba una nueva fecha, es decir, el *mil novecientos*, omitidas las cifras de las decenas y unidades de años. Después se puso, como ya se ha dicho, una corona en la mano del ángel; pero nosotros no hemos olvidado nunca la fecha misteriosa, que, a nuestro parecer, indicaba un nuevo triunfo de la Virgen. ¡Que venga pronto y atraiga a las gentes bajo el manto de María!

La ejecución de estos ángeles se encargó a los hermanos Broggi de Milán por tres mil trescientas liras; y las estatutas resultaron decorosas y de mucho efecto.

Don Bosco recibió la noticia de que estaban terminados con la siguiente carta.

Milán, 24 de marzo de 1869

Muy Rvdo. señor don Juan Bosco:

De parte del dorador José Grassi, le comunico que acepta la ejecución del trabajo en tratos por la cantidad de setecientas liras, en vez de las ochocientas pedidas primeramente, con las condiciones indicadas en la carta escrita por el caballero Oreglia.

Debo también indicarle que Broggi mandará un obrero a Turín el martes o el miércoles próximo, para abrir la caja ya enviada con el ángel y se quedará para realizar el trabajo necesario para acoplarlo como se debe y, mientras tanto, hará devolver a Milán la caja vacía para remitirle el otro ángel a enviar a Turín, ya que no se convino hacer otra caja, la cual cuesta dieciséis liras.

Si V. S. Rvma. quisiera cambiar en algo dichas **[584]** disposiciones haga el favor de avisarme.

Entre tanto, siempre dispuesto a sus estimados encargos, tengo el honor de saludarle con todo el aprecio del corazón.

Atto. y seguro servidor
JOSÉ GÜENZATI DE AG.°

P. D. Cuando pase por aquí el caballero Oreglia espero se dirija antes que a nadie a mi casa, para todo lo que sea, como si fuera V. S. misma. Tengo a bien saludarle de nuevo juntamente con el señor Caballero.

El señor Broggi había enviado también dos grandes lámparas plateadas, con adornos dorados, para el altar mayor, por quinientas liras.

Otra idea de don Bosco era la construcción del órgano. Anduvo en tratos con Lingiardi de Pavía, y al presente los había llevado a término. Don Juan Bautista Francesia escribía a la Madre Galleffi.

...La Virgen hizo ayer otra que la honrará. Se trataba de cerrar las condiciones para la construcción del órgano y el precio era más bien alto, por el deseo de que resultase hermoso y acertado para la iglesia.

El importe se aproximaba a las veinte mil liras. El fabricante ya lo había rebajado a quince mil y por fin, ayer, como conmovido por la satisfacción de hacer un órgano para la iglesia de María, rebajó todavía otras tres mil liras. Lloraba de alegría, porque así podía contribuir al decoro del templo; y decía que su familia experimentaría gran gozo cuando supiera que se había cerrado el contrato y disminuido el precio. El órgano será único en Turín, y llegará a ser la cuarta o quinta maravilla de Valdocco. Esta semana ha quedado colocado en lo alto del campanario el primer ángel, que ha sido hecho en Milán, y pronto se colocará también el segundo.

Mientras atendía a la terminación de las obras materiales del Santuario, no olvidaba el Siervo de Dios la muchedumbre de almas que se pondrían, en todas las partes del mundo, bajo el manto de María Auxiliadora; y, por ello, escribía a S. E. monseñor Ricci, Maestro de Cámara de Su Santidad.

Excelencia Reverendísima:

Nuestros insignes bienhechores, los señores condes de Viancino, van de viaje a Roma para la fiesta del 11 de abril. Será difícil que puedan tener el honor de recibir la bendición del **[585]** Padre Santo. Si no pueden obtener tanto, vea si, al menos, puede procurarles una entrada para los puestos reservados; son personas acomodadas y muy caritativas.

Tuve que salir sin tener el honor de poderme despedir: renuevo ahora mi agradecimiento por tantas muestras de bondad como tuvo conmigo durante mi estancia en Roma.

Ahora le pediría todavía un favor. La última vez que fui recibido en audiencia por Su Santidad llevaba una petición de indulgencias para una asociación en honor de María Auxiliadora, requisito que me había indicado el mismo Padre Santo. Se la quedó sobre la mesa y no he podido saber más de ella. ¿Podría V. E. hacerme este favor y ver si la puede encontrar o, al menos, si se debe renovar la petición? Sería una gracia señalada, si pudiera alcanzarla pronto, porque tengo un librito para imprimir, que se refiere a ella, y formaría parte de su contenido. Si no pudiere, tenga la bondad de comunicármelo por medio de su secretario, a quien deseo todo bien.

Que Dios bendiga a V. E. y a toda su familia. Considéreme, con el más profundo agradecimiento,

De V. E. Rvma.

Turín, 31 de marzo de 1869.

JUAN BOSCO, *Pbro.*

P. D. Don Juan Bautista Francesia y los demás sacerdotes le saludan y el caballero Oreglia le llevará personalmente los saludos de todos para el 11 de abril.

Y llegó el esperado decreto en favor de la *Asociación de devotos de María Auxiliadora*, del que había hablado el Venerable y para el que había entregado una instancia al Padre Santo.

PIO PP. IX

PARA PERPETUA MEMORIA DEL ACONTECIMIENTO

Nuestro amado hijo Juan Bosco, sacerdote turinés, nos expuso que quería, para excitar y aumentar la devoción de los fieles a la santa Madre de Dios y al augusto Sacramento de la Eucaristía, instituir, con licencia del Ordinario, en la iglesia dedicada a María Santísima Auxiliadora, en la ciudad de Turín, una Pía Sociedad con el nombre de Asociación de devotos de María Auxiliadora, *cuyos socios tengan por fin principal promover el culto de la Inmaculada Madre de Dios y del Augusto Sacramento.*

[586] *A fin de que después, proponiéndoles mayores auxilios para llegar a la celeste bienaventuranza, se inscriban los fieles con mayor empeño en esta Asociación y cumplan las obras prescritas de piedad, Nos hizo humilde súplica para que, a este fin, quisiéramos por Nuestra benignidad abrir los tesoros de la Iglesia, cuya distribución nos recomendó el Dios Altísimo.*

En consecuencia Nos, encomiando los saludables y provechosos cuidados de dicho amado hijo nuestro, para que con el auxilio divino tome mayor incremento de día en día esta Asociación, apoyados en la misericordia de Dios y en la autoridad de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo, misericordiosamente concedemos en el Señor Indulgencia Plenaria y remisión de todos sus pecados a todos y cada uno de los fieles cristianos, de uno y otro sexo, que, ahora y en lo sucesivo, sean inscritos en la Pía Sociedad llamada Asociación de devotos de María Auxiliadora, *canónicamente erigida en la iglesia dedicada a María Auxiliadora en la ciudad de Turín y que, verdaderamente arrepentidos, confesados y comulgados, hayan visitado devotamente erigida en la iglesia dedicada a María Auxiliadora en la ciudad de Turín y vísperas hasta la puesta del sol, en las fiestas de Navidad, Circuncisión, Epifanía y Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo, en el domingo de Pentecostés, en la solemnidad del Corpus e igualmente en las siete principales fiestas de la Inmaculada Virgen Madre de Dios y que hayan rezado por la concordia de los Príncipes Cristianos, extirpación de las herejías y exaltación de la Santa Madre Iglesia, en cualquiera de los arriba citados días que lo hagan.*

Concedemos, además, siete años de Indulgencia y otras tantas cuarentenas a los mismos socios que, al menos con corazón contrito, cumplan las obras de piedad

arriba dichas en cada día de las novenas y triduos que se suelen celebrar solemnemente en dicha iglesia en honor de la Madre de Dios; y cien días de indulgencia siempre que intervengan en el devoto Ejercicio que, con licencia del Ordinario, se celebra todas las mañanas en dicha iglesia e igualmente reciten con corazón arrepentido las acostumbradas oraciones y otras por la concordia **[587]** *entre los príncipes cristianos, la extirpación de las herejías y la exaltación de la Santa Madre Iglesia.*

Concedemos misericordiosamente en el Señor, que cada una de estas indulgencias, remisión de los pecados y condonación de las penas, se puedan también aplicar, a modo de sufragio, por las almas de los fieles cristianos, que, unidos a Dios en caridad, pasaron de esta vida.

Valederas las presentes solamente por diez años.

Dado en Roma, junto a San Pedro, bajo el anillo del Pescador, el día 16 de marzo de 1869, año 23 de nuestro Pontificado.

N. Cardenal PARACCIANI CLARELLI[1]

---

[1] PIUS PP. IX. Ad futuram rei memoriam. Exponendum curavit Nobis dilectus filius Ioannes Bosco, presbyter Taurinensis, sibi ad fovendam augendamque fidelium erga Sanctam Dei Matrem, Augustumque Eucharistiae Sacramentum religionem, in animo esse, Piam Sodalitatem in Ecclesia sub invocatione Immaculatae Virginis Auxiliatricis civitatis Taurinensis de Ordinarii licentia instituere, cui vulgo —*Associazione dei Divoti di Maria Ausiliatrice*— nomen sit, et cuius Sodales praecipue in promovendum Deiparae Immaculatae Augustique Sacramenti cultum intendant animum.

Quo vero, propositis uberioribus ad coelestem beatitatem potiundam praesidiis, maiori studio fideles Sodalitati isti nomem dent, atque in praescripta pietatis opera incumbant, enixas Nobis preces adhibuit humiliter, ut Ecclesiae thesauros, quorum dispensationem Nobis commisit Altissimus; idcirco reserare de benignitate Nostra dignaremur.

Nos igitur salubres has frugiferasque memorati dilecti filii curas plurimum commendantes, quo Sodalitas ista maiora in dies, Deo iuvante, suscipiat incrementa, de Omnipotentis Dei misericordia, ac BB. Petri et Pauli App. eius auctoritate confisi, omnibus et singulis utriusque sexus Christifidelibus e Pia Sodalitate, vulgo —*Associazione de' Divoti di Maria Ausiliatrice*— in cognominata Ecclesia civitatis Taurinensis canonice instituta, nunc et pro tempore existentibus, vere poenitentibus, et confessis, ac Sacra Communione refectis, qui eamdem Ecclesiam, et Sodalitatis Oratorium vel Altare, Nativitatis, Circumcisionis, Epiphaniae, et Ascensionis D. N. J. C. festivitatibus, Dominica Pentecostes, Solemnitate SS. Corporis Christi, itemque septem potioribus Immaculatae Virginis Deiparae festis, a primis vesperis usque ad occasum solis dierum huiusmodi, singulis annis devote visitaverint, ibique pro Christianorum Principum concordia, haeresum extirpatione, ac S. Matris Ecclesiae exaltatione, pias ad Deum preces effuderint, quo die ex recensitis id egerint, Plenariam omnium peccatorum suorum Indulgentiam et remissionem misericorditer in Domino concedimus.

Praeterea eisdem Sodalibus, qui quolibet die solemnium supplicationum, quae in honorem Sanctae De Matris dicta in Ecclesia per tres aut novem dies continuos fieri solent, ea, quae descripsimus, pietatis opera corde saltem contriti peregerint, septem annos totidemque quadragenas: quotiescumque vero rite devoto interfuerint. Exercitio cuiusvis diei mane de Ordinarii licentia **[588]** praefata in Ecclesia habendo, et corde pariter contriti consuetas preces, ut supra, pro Christianorum Principum concordia, haeresum extirpatione, ac S. Matris Ecclesiae exaltatione recitaverint, centum dies de iniunctis eis, seu alias quomodolibet debitis poenitentiis in forma Ecclesiae consueta relaxamus.

Quae omnes et singulae Indulgentiae, peccatorum remissiones, ac poenitentiarum relaxationes, ut etiam animabus Christifidelium, quae Deo in charitate coniunctae ab hac luce migraverint, per modum suffragii applicari possint, misericorditer in Domino elargimur.

[588] Don Bosco experimentaba otra satisfacción al recordar a muchos jóvenes en cuyos corazones había encendido el más cálido amor a María Santísima y a quienes, ya muertos, creía en el paraíso intercediendo continuamente por él, ante el trono de la Madre celeste. Con sobrada frecuencia, vivía con el pensamiento en medio de ellos y exclamaba conmovido: *Benedictus Deus in sanctis suis* (Bendito sea Dios en sus santos). Tenía las pruebas de su santidad en las gracias que decían haber conseguido los que habían recurrido, ora a uno, ora a otro de sus jóvenes, especialmente a Domingo Savio. Desde 1868 a 1885, llegaron informes de estas gracias a don Bosco.

Una, que se refiere al fin de marzo de 1869, es la siguiente:

Era el año 1869, a finales de marzo, cuando fui sorprendida por dolores agudísimos, ocasionados por la rotura de una víscera orgánica; el exceso de éstos me obligó a ponerme en cama. Por casualidad, mientras estaba en cama oprimida por los dolores, pude tener la biografía del joven Domingo Savio, que leí en tres días. Después de éstos se habían amortiguado un poco los dolores y me levanté de la cama para recobrar fuerzas, con la esperanza de descansar mejor después de alguna hora. Pero fue al contrario, porque, acostada de nuevo, me sorprendieron de repente unos dolores tan fuertes que no podía estar acostada, ni tenía fuerza para levantarme. Estaba sufriendo así cuando, por cuatro veces, me vino el pensamiento de consagrarme a Domingo Savio; tres veces me resistí, pero a la cuarta me decidí y dije al joven santito:

—Si es verdad que estás ya en el cielo, haz que se calmen estos dolores, si ésa es la voluntad de Dios.

[589] Dicho esto, prometí hacer una novena de tres padrenuestros, avemarías y glorias en su honor: y enseguida empecé a rezar los tres padrenuestros. ¡Fue algo admirable! Terminaba el tercero cuando me invadió un dulce sopor que, como un bálsamo, calmó mis dolores e instantáneamente me dormí. Media hora después desperté totalmente libre de dolores.

JUANA QUARATI
de Bergamasco de Alessandria

Praesentibus ad decennium tantum valituris.

Datum Romae, apud S. Petrum, sub annulo Piscatoris, die XVI Martii MDCCCLXIX, Pontificatus Nostri Anno vigesimotertio.

N. Card. PARACCIANI CLARELLI

N. B. Estas indulgencias fueron confirmadas in perpétuum por breve del 11 de marzo de 1870.

[590]

CAPITULO XLVII

LECTURAS CATOLICAS – *DON BOSCO VISITA EL COLEGIO DE LANZO – DA A LOS ALUMNOS ALGUNAS NOTICIAS SOBRE EL PAPA – DOS CARTAS DE DON BOSCO AL ALCALDE DE LANZO PARA LA AMPLIACION DEL COLEGIO – EL MUNICIPIO NO ACEPTA SU PROPUESTA – DON BOSCO AMPLIA EL LOCAL A SUS EXPENSAS – SUEÑO: LOS JOVENES CONFESANDOSE Y LOS LAZOS DEL DEMONIO* – ALBUM *CON LA FIRMA DE TODOS LOS SALESIANOS Y ALUMNOS DE LAS CASAS DE DON BOSCO PARA PRESENTARLO AL PAPA, CON MOTIVO DEL QUINCUAGESIMO ANIVERSARIO DE SU PRIMERA MISA – DON BOSCO DA UNA CONFERENCIA A LOS SALESIANOS: EMISION DE VOTOS; NO PROPALAR LO QUE SE HACE ENTRE NOSOTROS; MORTIFICACION: HAY QUE ELEGIR LOS MIEMBROS DEL CAPITULO; PROCUREMOS SER DIGNOS FUNDADORES DE LA PIA SOCIEDAD – SACERDOTE INGLES EN EL ORATORIO, PORTADOR DE UNA PRECIOSA MEDALLA DE ORO PARA EL PAPA EN NOMBRE DE SUS COMPATRIOTAS – SOLEMNISIMAS FIESTAS AL PADRE SANTO EN SUS BODAS DE ORO SACERDOTALES – CARTA DE DON BOSCO A UNA SEÑORA*

MIENTRAS los alumnos de Lanzo, suscritos en gran número a las *Lecturas Católicas*, leían con gran interés *El Valle de Almería,* novelita reeditada en el número de abril, don Bosco se presentaba en el colegio. Era el miércoles, 31 de marzo, al atardecer.

Después de las oraciones, les habló de las audiencias que le había concedido el Sumo Pontífice; describió su próspera salud, su maravillosa inteligencia y el gran **[591]** afecto que sentía por los jóvenes. Después refirió los consejos que el Papa les mandaba, los mismos ya comunicados a los alumnos del Oratorio; y les anunciaba la Bendición Apostólica.

Durante todo aquel año no había habido hasta entonces en el colegio la más ligera enfermedad. Todos gozaban de buena salud y nadie se acordaba ya del anuncio de don Bosco en diciembre del cur-

so pasado. Sólo alguno de los confidentes del secreto esperaba y callaba.

El Siervo de Dios, aunque anduvo muy ocupado con las confesiones, no dejó de inspeccionar la casa, de dar conferencias, de hablar con superiores y alumnos, de dar audiencia a quien la pedía; y, resultado de sus diligencias, fue también una proposición al Municipio.

Ilmo. señor Alcalde:

Con motivo de la visita que estoy haciendo a las escuelas del municipio de Lanzo, confiadas a nuestros cuidados, he quedado muy satisfecho de la disciplina, la aplicación y la moral que advierto en sus alumnos, tanto internos como externos.

Pero he observado, con verdadera pena, la aglomeración de los alumnos, que ciertamente son más de los que caben en sus locales. Me desagradaron sobre todo los dormitorios, el estudio, y el refectorio, tan abarrotados que no cabe uno más, mientras son continuas las peticiones de admisión que se nos hacen desde diversos pueblos.

Para atender a estas necesidades ya traté otras veces con el Municipio, que tomó todo con la debida consideración y sólo adujo la falta de medios materiales que no permitían por entonces tomar las medidas oportunas. Aunque sea muy limitada la situación de mis recursos, sin embargo, por el deseo de proveer al bien de la juventud estudiantil y dar solidez y prosperidad al floreciente colegio de Lanzo estaría decidido a realizar algunos trabajos por mi cuenta, de acuerdo con los principios manifestados, esto es:

1.º El sacerdote Juan Bosco asumiría por su cuenta la ampliación de los actuales locales del colegio para uso de clases, según planos y lindes a someter al beneplácito del Ayuntamiento.

2.º El Ayuntamiento no hace ningún préstamo monetario, pero entiende compensar los gastos hechos por el sacerdote Bosco en el caso presente, dejando el nuevo local para libre uso del mismo por espacio de cuarenta años, con tal que continúe atendiendo a la pública instrucción científica de la juventud.

[592] 3.º Pasados cuarenta años, los nuevos locales pasarán total y absolutamente a propiedad del Ayuntamiento.

Me parece bien hacer presente que, con este contrato, no ocasiona el Ayuntamiento ningún gravamen a sus sucesores en la pública administración del pueblo, porque con poca extensión de terreno ganaría un edificio sin coste alguno, que serviría para las escuelas públicas, remediaría un defecto del actual edificio del colegio, y que, mientras se deja a otros el uso, tiene que servir para continuar siendo empleado en beneficio del pueblo.

No creo de ningún modo que se hayan de encontrar dificultades ante el Consejo Provincial, ya que no sería un contrato gravoso para el Ayuntamiento, pues quedaría cubierto con la misma convención de quien permite edificar en el propio suelo, a condición de que, transcurrido aquel número de años, el edificio pasa a propiedad del dueño del terreno.

Ni tampoco puede engendrar dificultades el caso en que fueran cambiados los programas por parte del Gobierno, porque, sean ellos los que fueren, siempre debe-

rán emplearse en las escuelas públicas, tal y como fue convenido en la apertura del Colegio el año 1864.

Estoy persuadido, Ilmo. señor Alcalde, de que usted comprenderá fácilmente que con esta proposición, por la cual deberé estar sujeto a no pequeños sacrificios, no tengo más finalidad que el bien de la juventud, a la que en mi poquedad estoy totalmente consagrado, y rogándole manifieste estos mis sentimientos a los otros señores del Ayuntamiento, tengo el honor de poderme profesar con todo afecto,

De V. S. Ilma.

Colegio-internado de Lanzo, 2 de abril de 1869.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

La respuesta del Ayuntamiento fue tal que cargó sobre don Bosco la mayor parte de los gravámenes que importaba el proyecto, y don Bosco, algún tiempo después, replicó:

Ilmo. señor Alcalde:

He recibido el acta que V. S. ha tenido a bien comunicarme con relación a la propuesta presentada para obtener los medios oportunos para la ampliación del Colegio de Lanzo.

La he leído atentamente, pero he visto con pesar que las condiciones puestas hacen imposible la ejecución del proyecto. Entre otras, no puedo entender las condiciones 1.ª, 2.ª y 5.ª, que serían de un gran dispendio para mí, sin contrapartida alguna por otra parte.

[593] Por tanto, al no poderse realizar mi proyecto, ruégole se interese para que se provea de local oportuno para los dos cursos de Retórica y para la 1.ª elemental, si juzga que siga dividida en dos, como hasta ahora se ha hecho, aunque no existe obligación en el convenio.

Espero que esto no le resultará difícil al Ayuntamiento, en caso de que quiera dedicar a este fin el subsidio que recibe del Consejo Provincial para la manutención del colegio de Lanzo.

Con todo mi aprecio, tengo el honor de profesarme

De V. S. Ilma.

Turín, 12 de mayo de 1869.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

No fue posible llegar a un acuerdo. A pesar de ello, don Bosco agrandó algún local de las clases y construyó un nuevo dormitorio, con un gasto de casi veinte mil liras.

Salió de Lanzo el sábado 3 de abril, después de haber contado a los muchachos un sueño que había tenido pocos días antes en Turín, del que no había hecho mención todavía en el Oratorio y donde repetía la descripción el domingo 4 de abril.

Leemos en nuestra memorias:

«El día 4 de abril don Bosco contó el siguiente sueño a todos los jóvenes reunidos en el salón de estudio después de las oraciones de la noche:

«Me encontraba cerca de la puerta de mi habitación, y al salir miré a mi alrededor y me vi en la iglesia, en medio de una muchedumbre tal de jóvenes, que el templo parecía completamente abarrotado. Estaban allí los alumnos del Oratorio de Turín, los de Lanzo, los de Mirabello y otros muchos a los cuales no conocía. No rezaban, sino que parecía que se estaban preparando para confesar. Una cantidad inmensa de ellos asediaba mi confesonario, esperándome, debajo del púlpito. Yo, después de haber observado un poco, me puse a considerar cómo conseguiría confesar a tantos muchachos. Pero después temí estar dormido, soñando, y, para cerciorarme de que no lo estaba, comencé a palmotear y sentía el ruido; y, para asegurarme aún más, alargué el brazo y toqué la pared, que está detrás de mi pequeño confesonario. Seguro ya de que estaba despierto, me dije:

—Ya que estoy aquí, confesemos.

Y comencé a confesar.

Pero pronto, al ver a tantos jóvenes, me levanté para ver si había otros confesores que me ayudasen; y, no encontrando ninguno, me dirigí a la sacristía en busca de algún sacerdote que quisiese escuchar confesiones. Y he aquí que **[594]** vi por una parte y por otra a algunos jóvenes que llevaban al cuello una cuerda que les apretaba la garganta.

—¿Por qué tenéis esa cuerda al cuello? Quitáosla, les dije.

Pero no me respondían y se quedaban mirándome con fijeza.

—Vamos, repetí a alguno; quítate esa cuerda.

El joven, al cual yo había dado esta orden, se avino a ello, pero me dijo:

—No me la puedo quitar; hay uno detrás que la sujeta. Venga a ver.

Volví entonces la mirada con mayor atención hacia aquella multitud de muchachos y me pareció ver sobresalir por detrás de las espaldas de muchos de ellos dos larguísimos cuernos. Me acerqué un poco más para ver mejor, y, dando la vuelta por detrás del que tenía más cerca, vi un horrible animal, de hocico monstruoso, forma de gatazo y largos cuernos, que apretaba aquel lazo. La bestia aquella bajaba el hocico, lo escondía entre las patas delanteras, y se encogía como para que no le viesen. Yo me dirigí a aquel joven víctima del monstruo y a algunos otros preguntándoles sus nombres, pero no me quisieron responder; al preguntarle a aquel feo animal se encogió aún más. Entonces dije a un joven:

—Mira, ve a la sacristía y dile al P. Merlone que te dé el acetre del agua bendita.

El muchacho volvió pronto con lo que yo le había pedido, pero entretanto yo había descubierto que cada uno de los jóvenes tenía a sus espaldas un servidor tan poco agraciado como el primero y que, éste, también se agazapaba.

Yo temía estar aún dormido. Tomé entonces el hisopo y pregunté a uno de aquellos gatazos:

—Dime: ¿quién eres?

El animal, que no dejaba de mirarme, alargó el hocico, sacó la lengua y después se puso a rechinar los dientes como en actitud de arrojarse sobre mí.

—Dime inmediatamente qué es lo que haces aquí ¡bestia horrible! Ya puedes en-

furecerte todo lo que quieras, que no te temo. ¿Ves? Con esta agua te voy a dar un buen baño.

El monstruo siempre agazapado me miraba; después comenzó a hacer contorsiones con el cuerpo de tal forma, que las patas de atrás le llegaban a tocar los hombros por delante. Y de nuevo quería arrojarse sobre mí. Al mirarlo detenidamente vi que tenía en la mano varios lazos.

—¡Vamos! Dime: ¿qué haces aquí?

Y al decir esto, levanté el hisopo. Hizo él unas contorsiones y quería huir.

—No te escaparás, continué diciendo; te ordeno que te quedes aquí.

Lanzó una serie de gruñidos y me dijo:

—¡Mira!

Y me enseñó los lazos.

—Dime qué son esos tres lazos, añadí; ¿qué significan?

—¿No lo sabes? Desde aquí, me dijo, con estos tres lazos obligo a los jóvenes a que se confiesen mal: de esta manera llevo conmigo a la perdición a la décima parte del género humano.

—¿Cómo? ¿De qué manera?

—¡Oh! No te lo diré porque tú se lo descubrirás.

[595] —¡Vamos! Quiero saber qué significan estos tres lazos. ¡Habla! De lo contrario te echaré encima el agua bendita.

—Por favor, envíame al infierno pero no me eches esa agua.

—En nombre de Jesucristo, pues.

El monstruo, contorsionándose espantosamente, respondió:

—El primer modo con que aprieto este lazo es haciendo callar a los jóvenes los pecados en la confesión.

—¿Y el segundo?

—El segundo, incitándoles a que se confiesen sin dolor.

—¿Y el tercero?

—El tercero no te lo quiero decir.

—¿Cómo? ¿Que no me lo quieres decir? Entonces te rociaré con agua bendita.

—No; no hablaré; y comenzó a gritar desaforadamente: ¿Es que no te basta? ¡Ya he dicho demasiado!

Y tornó a enfurecerse.

—Quiero que me lo digas para comunicárselo a los Directores.

Y repitiendo la amenaza levanté el brazo. Entonces comenzó a despedir llamas por sus ojos, después unas gotas de sangre y dijo:

—El tercero es no hacer propósito firme y no seguir los consejos del confesor.

—¡Bestia horrible!, grité por segunda vez.

Y mientras quería preguntarle otras cosas e intimarle a que me descubriese la manera de remediar un mal tan grande y hacer vanas sus artimañas, todos los otros horribles gatazos, que hasta entonces habían procurado pasar desapercibidos, comenzaron a producir un sordo murmullo, después prorrumpieron en lamentos y gritos contra el que había hablado provocando una sublevación general.

Yo, al contemplar aquella revuelta, y convencido de que no sacaría ya ventaja alguna de aquellos animales, levanté el hisopo y arrojando el agua bendita sobre el gatazo que había hablado, le dije:

—¡Ahora, vete!

Y desapareció.

Después eché agua bendita por todas partes. Entonces, haciendo un grandísimo

estrépito, todos aquellos monstruos se dieron a una precipitada fuga, unos por una parte, otros por otra. Y al producirse aquel ruido me desperté y me encontré en mi lecho.

¡Oh, queridos jóvenes, cuántos de los que yo jamás habría sospechado, tenían el lazo al cuello y el gatazo a las espaldas! Ya sabéis qué simbolizan esos tres lazos. El primero, que sujeta a los jóvenes por el cuello, simboliza el callar pecados en la confesión. El lazo les obliga a cerrar la boca para que no se confiesen del todo: o bien para que digan de ciertos pecados que cometieron cuatro veces que solamente incurrieron en ellos tres. El que tal hace, falta contra la sinceridad de la misma manera que el que calla pecados. El segundo lazo es la falta de dolor; y el tercero la falta de propósito. Por tanto, si queremos romper estos lazos y arrebatarlos de las manos del demonio, confesemos todos nuestros pecados y procuremos sentir un verdadero dolor de ellos y hagamos un firme propósito de obedecer al confesor.

[596] Aquel monstruo, poco antes de montar en cólera, me dijo también:

—Observa el fruto que los jóvenes sacan de las confesiones. El fruto principal de ellas debe ser la enmienda; si quieres conocer si yo tengo a los jóvenes sujetos con los lazos, observa si se encomiendan o no.

Debo añadir que quise también que el demonio me dijera por qué se ponía detrás, a las espaldas de los jóvenes, y me respondió:

—Para que no me vean y poderlos arrastrar más fácilmente a mi reino.

Pude comprobar que eran muchísimos los que tenían a las espaldas aquellos monstruos, más de los que yo hubiera sospechado.

Dad a este sueño el alcance que queráis; lo cierto es que he querido observar y comprobar si era cierto cuanto he soñado y he sacado como consecuencia que se nos ofrece una verdadera realidad. Aprovechemos, pues, la ocasión que se nos ofrece de ganar la indulgencia plenaria, haciendo una buena confesión y una santa comunión. Hagamos lo posible por vernos libres de estos lazos del demonio.

El Padre Santo concede indulgencia plenaria a todos los que, el día del quincuagésimo aniversario de su primera misa, el próximo domingo, día 11 de abril, confesados y comulgados, rueguen según la intención de la Santa Iglesia. El sábado tendrá una audiencia privada del Padre Santo el caballero Oreglia, el cual le ofrecerá el *Album* con la firma de todos los alumnos del Oratorio y de las demás casas.

Mientras tanto mirad si, tiempo atrás, habéis cumplido las condiciones necesarias para hacer una buena confesión: yo os encomendaré a todos el domingo en la santa misa.»

El *Album*, a que se refería don Bosco, era un elegante cuaderno de gran formato con cuarenta y ocho páginas. En la portada se leían solamente estas palabras: ONCE DE ABRIL DE 1869. En las otras páginas seguía una inscripción latina y una dedicatoria en italiano.

La inscripción latina era ésta:

Laetitia. Maxima. Gestientes – Et Ante. Pedes. Tuos. Sanctissimos. Provoluti – Tibi – O. PIE. IX. Pontifex. Maxime – Iam. Inde. A. Quinquaginta. Annis – Sacra. Deo. Facienti – Mente. Et. Corde. Gratulantes – Sacerdotes. Alumni. Sacrorum. Et Iuvenes – Asceteriorum. Taurinensium – Quibus. A. S. Francisco. Salesio. Aloysio. Et Iosepho – Nomina. Sunt. Facta – Et Ephebeorum. A. S. Philippo.

Apud. Lanceum – A. S. Carolo – Apud. Mirabellum – Plurimos. Adhuc. Annos – A. Deo. Optimo. Maximo – **[597]** *Praecantur – Ut. Tute. Ipse. Aliquando. Videas – Integrum. Christiani. Nominis. Triumphum.*

TRADUCCION:

Con la máxima alegría y postrados ante tus santísimos pies, a Tí, oh Pío IX, Pontífice Máximo, que desde hace cincuenta años, ofreces sacrificios a Dios, te felicitan, con la mente y el corazón, los sacerdotes, clérigos y jóvenes de los colegios turineses, que llevan los nombres de los santos Francisco de Sales, Luis y José y de los adolescentes de san Felipe en Lanzo, san Carlos en Mirabello, y piden a Dios, bueno y poderoso, muchos años todavía para que Tu mismo veas por fin el triunfo total del nombre cristiano.

Y la dedicatoria en italiano, decía así:

Beatísimo Padre:

Somos unos pobres muchachos que deseamos oigáis una palabra, que os demuestre el gran amor que os tenemos a Vos, oh Beatísimo Padre, en este día de universal alegría. Nuestros Superiores nos contaron las continuas pruebas de afecto que Vos dais en general a los jóvenes y especialmente a los que acuden a los Oratorios y colegios dirigidos por nuestro amado Padre don Bosco. ¡Oh, cómo nos conmovió ese tierno afecto! Os lo agradecemos infinitamente y hemos pedido y seguimos pidiendo al Señor una recompensa para Vos, como premio a vuestros méritos.

En este día en que todo el mundo envía regalos y augurios a Vuestra Veneradísima Persona, nosotros no hemos podido callar y, aunque los últimos por méritos, mas no por afecto, nos atrevemos a acercarnos ante Vuestra amadísima presencia y deciros que hoy quisiéramos poseer todas las riquezas de este mundo para ofrecéroslas a vuestro paternal corazón y la sabiduría de Salomón para saber exaltar merecidamente vuestras glorias. Pero somos pobrecitos, y no tenemos aún a nuestra edad la ciencia necesaria para hablaros y alabaros, oh Vicario de Cristo.

Pero todos queremos desde ahora ofreceros nuestros afectos, nuestros pensamientos, nuestro ingenio y nuestro corazón. En el día faustísimo en que se cumple vuestro cincuentenario sacerdotal, os recomendamos vivamente que os dignéis incluirnos entre aquéllos por los cuales eleváis vuestras preces en el Divino Sacrificio, y nosotros, reunidos ante el altar de Jesús Sacramentado, uniremos a las oraciones especiales nuestra santa comunión según Vuestra intención y unidos a nuestros buenos directores, que aplicarán la misa por Vos, Os auguramos de Dios muchos años aún de vida gloriosa en la tierra. ¡Oh, la gloria no os falta; al presente todo el mundo os admira, y os bendice; pero tampoco os faltan las espinas! ¡Cuánto nos duele, Veneradísimo Padre! **[598]** *Que en tan gran fiesta para todos los buenos, haga el Señor que también los hijitos, que se alejaron de Vos, os bendigan y vuelvan a vuestros pies. Nosotros pedimos también por esto, porque sabemos que también es ésta vuestra intención y deseo, para que os conozca el mundo y os ame. Nosotros os querremos siempre y reconoceremos siempre la Sede de Roma, como áncora de salvación, como arca de Noé, donde podremos cobijarnos en los días del diluvio.*

Aceptad, Veneradísimo Padre, estas pobres, pero sinceras, manifestaciones de fe y de afecto y dignaos bendecirnos a todos nosotros, que espiritualmente nos postramos devotamente a vuestros pies santísimos.

(Seguían las firmas de treinta y dos sacerdotes, setenta y tres clérigos y tres mil cuatrocientos treinta alumnos.)

Mas para don Bosco el homenaje más hermoso al Pontífice era formar a los Salesianos según el espíritu querido por él: por eso no cejaba de exhortarlos a la vida de perfectos religiosos. Lástima que se hayan conservado pocas conferencias en las crónicas y, aun esas pocas, más bien en resumen. Mas no queremos omitir lo que se ha conservado.

6 de abril de 1869

En la biblioteca del Oratorio y por la noche, después de las oraciones, se celebró la conferencia de san Francisco de Sales. Se recitó alternativamente el *Veni Creator Spiritus*, y don Bosco, revestido de roquete, se sentó: los dos sacerdotes, don Juan Garino y don Francisco Dalmazzo, pronunciaron, uno tras otro, sus votos *ad triennium*, asistidos por don Miguel Rúa y don Juan Cagliero. Después se recitó el *Tedéum*. A continuación don Bosco nos dijo cosas adaptadas a esta circunstancia.

—Cuando uno hace los votos, acostumbramos dar alguna norma esencial a este respecto. Deseo ante todo que nadie diga nada a los extraños de lo que aquí se hace. Si alguien de fuera nos preguntase algo sobre nosotros, respóndase con alguna vaguedad, por ejemplo: que nuestra Sociedad está aprobada, pero no se diga nada de lo que se hace y dice en el interior de la casa, como serían los consejos de un superior, una divergencia entre los hermanos, cualquier desorden o dificultad. Los del mundo, como no entienden estas **[599]** cosas nos compadecen. *Nolite projicere margaritas vestras ante porcos* (No lancéis margaritas a los cerdos). Los del mundo no sabrán decir otra cosa, sino que somos tontos al querer abandonar el mundo. Si sucede alguna cosa desagradable, bebamos de este cáliz nosotros solos y que nadie sepa nada. Es un dictamen de prudencia cristiana. Esté cada uno satisfecho con lo que le encomiendan los superiores; no busque tener esto o aquello. Procuremos estar unidos en un solo espíritu. Recomiendo que todos juntos queramos lo que quieren los superiores. Con respecto a la mesa, estén todos contentos con lo que la Providencia nos envía; haya lo necesario, y eso basta. *Otia, vina, dapes*, son la ruina de la castidad.

Otia (ocio). Tenemos la carne que es un enemigo formidable y para combatirlo debemos huir del ocio: *otia*... Impongámonos la obligación de observar el horario de la Casa: a la hora del trabajo que no se vea a nadie paseando, salvo por motivo de salud. Trabaje cada uno en lo que debe trabajar y no en otra cosa... Hágase la visita al Santísimo Sacramento. Hágase la confesión y la comunión con regularidad. Comprometámonos a cumplir las reglas de la congregación. Por la mañana, al toque para levantarse, que nadie, a no ser por motivos de salud, se quede en la cama, sino vaya a la iglesia a hacer con los demás sus oraciones; y, si no puede hacer con los demás estos ejercicios de piedad, hágalos él solo y no los abandone.

Vina (vino). No tenemos por qué observar lo que hacen los otros, mas si presenciamos algo que no marcha bien, naturalmente lo hemos de ver. En efecto, vemos a

algún pobre sacerdote secular dado al vicio de la bebida. Sale de casa, va a las tabernas, se emborracha y cae en un estado triste y deplorable. Y ¿cómo guardar la castidad en tales condiciones? ¡Ah! Si no se pierde, es un verdadero milagro.

Dapes (manjares). Templanza en el comer. Para nosotros, en casa no hay peligro porque tenemos sólo lo necesario, pero obsérvese el ayuno del viernes por cuanto se pueda.

Ahora habrá crisis, porque es cierto que la Sociedad está aprobada, pero todavía no basta: hay que reorganizarla, establecerla; hay que examinar quiénes son los que no sirven para la Sociedad y despedirlos; hay otros indecisos, que deben determinarse; cada uno debe tomar sus decisiones, porque el Superior está obligado en conciencia a obrar así.

Habrá diversos religiosos y párrocos rurales que pedirán entrar en la Congregación: hay que ir muy despacio en aceptarlos, porque querrían venir aquí a mandar, aun con buen espíritu; pero nos estorbarían o difícilmente se podrían acomodar a nuestro estilo de vida.

Estemos atentos a no cambiar las tradiciones, porque, de lo contrario, será muy difícil volver al antiguo fervor.

Os contaré un hecho.

Había un padre rector en un convento que quería poner remedio a los desórdenes que en él se daban; quería reformarlo. **[600]** Veía salir libremente a los frailes, con la falsa excusa de no poder vivir sin darse mañana y tarde un paseito para distraerse un poco. El había pensado reducir la comida a dos platos diciendo que así los religiosos podrían hacer la digestión más fácilmente.

Lo pensó y lo hizo; pero los religiosos se lamentaron de ello al Padre Provincial diciendo que su superior los mataba de hambre. El Rector dijo al Provincial, en defensa propia, que las rentas del convento no podían aguantar tanto gasto para comer. El Provincial le respondió:

—Mirad; vuestros religiosos aguantarán las disciplinas, las penitencias más rígidas, pero si les tocáis el vientre, no podréis reducirlos a la obediencia y se os largarán.

—No puedo hacer de otro modo, replicó el Rector. Escribiré al Padre General.

—No, porque entonces vuestro convento será destruido por los Superiores.

Así quedaron las cosas y es una verdad que en aquel convento se habría economizado y no hubiera sido suprimido por la autoridad civil; mas, por haber sido tocado en el vientre, se disolvió por sí mismo. Se dispersaron los frailes antes de que llegase la orden de abandonarlo. ¿Habéis entendido?

En otra ocasión determinaremos el personal del Capítulo. Están para terminar los que lo formaban.

Trataremos de cómo se hará la elección y quiénes serán los electores. Después se hará la votación. Tal vez los votantes serán solamente los profesos perpetuos. Hay que pensar, además, en un local y en un oratorio privado para reunirnos.

Cuidémonos de ser realmente dignos fundadores de la Sociedad de San Francisco de Sales, a fin de que los que leyeren nuestra historia puedan encontrar en nosotros otros tantos modelos y no tengan en cambio que exclamar:

—¡Qué tipo de fundadores eran aquéllos!

Ayudadme con vuestra buena voluntad y obediencia en esta gran empresa. Toca a vosotros hacerme fácil la tarea.

Es muy bonito decir: ¡poneos al frente de una Congregación! Hay que someterse a la prueba. La diversidad de sentimientos y de ideas y el trabajo de aunar a muchos

en un solo espíritu y una sola alma, es algo muy difícil. Pero con vuestra filial ayuda todo me resultará fácil.

Por aquellos días pasaban por Turín muchos católicos extranjeros camino de Roma para asistir a las fiestas jubilares de las bodas de oro sacerdotales de Pío IX, e iban a visitar la iglesia de María Auxiliadora y a ver a don Bosco. Llegó entre éstos, acompañado por el caballero Faá de Bruno, un sacerdote, procedente **[601]** de Inglaterra, que llevaba al Papa una medalla de oro, valorada en quinientas libras esterlinas, con más de dieciséis centímetros de diámetro, regalo de los fieles de aquella isla. Por una cara tenía un estupendo retrato del Padre Santo con un montón de figuras que ensalzaban la definición de la Inmaculada Concepción; por la otra, la Virgen, embellecida con la confrontación de Adán y Eva dirigiéndose a Ella con afecto dulcísimo, mientras una paloma misteriosa les enviaba desde lo alto un haz de rayos. Era un trabajo de Vechte, artista francés, comparado con Cellini.

Don Bosco y don Carlos Ghivarello se admiraron ante aquel milagro del arte.

Era como la primicia de una infinidad de donativos preciosísimos, de objetos sagrados y profanos, mientras el óbolo de San Pedro llegaba al millón. El teólogo Margotti de Turín, por medio de la *Unidad Católica*, había recogido él solo trescientas mil liras, la mayor parte en oro.

El caballero Oreglia, que se había trasladado a Roma, fue recibido en audiencia privada por el Papa el día 10 de abril. Le presentó el *Album* del Oratorio, y el 11 asistió a la misa del cincuentenario, celebrada por el Pontífice en San Pedro, de las ocho a las nueve. Casi cien mil personas abarrotaban la Basílica, incluido el pasadizo de la gran nave central, que en semejantes casos solía mantenerse libre por las filas de las milicias, y hasta los atrios, formando una masa unida y compacta.

A la misma hora se reunía en más de cien mil templos del mundo una multitud en cuya comparación los congregados en San Pedro no eran más que unos pocos, que asistían a los sagrados misterios, rodeando en espíritu el altar de Pío IX. Los peregrinos, llegados a Roma de todas partes, duplicaron la población de la ciudad y muchos tuvieron que dormir en los atrios de las iglesias y bajo los pórticos. Las fiestas religiosas, civiles y militares duraron tres días, con máxima brillantez, con afectuoso e inenarrable regocijo de la gente.

También los colegios de don Bosco participaron en la gran alegría filial, con comuniones generales, músicas e iluminaciones.

[602] Así ofrecía don Bosco a Pío IX el tributo de su ardentísimo afecto con el que abrazaba en su corazón a toda la Iglesia Católica. Y no era el tributo de un día o de una solemnidad especial, sino el de cada uno de los instantes de su vida laboriosa, impregnada de celo, dispuesta a los más arduos sacrificios. Y este afectuoso homenaje era ilimitado, porque se extendía a cada uno de los hijos del Sumo Pontífice, con quien convivía, se avenía, se entretenía y se escribía. En todos veneraba la imagen de Dios, el carácter del cristiano sin preocupación de la clase social a que pertenecieran.

Cerramos este capítulo con una carta que escribía a la señora Rosa Gnecco, calle Julia, 21 - Génova.

Apreciadísima Señora:

Bendito sea siempre el Señor, cuando nos da consuelos y cuando nos envía aflicciones. Recemos con fe y esperemos. Si no es contra el bien del alma, Dios nos concederá cuanto pedimos.

Rece cada día: tres padrenuestros, avemarías y glorias al Santísimo Sacramento y una salve a la Virgen. Yo pediré también en la santa misa; Dios es un buen Padre.

Dios ha concedido ya muchos favores a los que prometen hacer una limosna para continuar los trabajos de la iglesia aquí dedicada a María Auxiliadora.

Descienda todo bien sobre usted y sobre las personas que me recomienda. Ruegue también por mí, que me profeso de V. S.

Turín, 14 de abril de 1869.

Afmo. y seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[603]

CAPITULO XLVIII

FUNDACION CANONICA DE LA ASOCIACION DE DEVOTOS DE MARIA AUXILIADORA – LOS ESTATUTOS – EL DECRETO – LECTURAS CATOLICAS: ASOCIACION DE DEVOTOS DE MARIA AUXILIADORA CANONICAMENTE ESTABLECIDA EN LA IGLESIA A ELLA DEDICADA EN TURIN *– NUMERO DE ASOCIADOS – DON BOSCO VA A MORNESE: DURANTE EL VIAJE HACE CALLAR A UN MALDICIENTE – PROYECTOS DE DON BOSCO SOBRE LAS HIJAS DE MARIA INMACULADA – QUIEN ERA MARIA MAZZARELLO – CARTA DE DON BOSCO A DON MIGUEL RUA: DEJA PARA OTRA OCASION SU ASISTENCIA A UN BANQUETE; MANDA VISITAR UN LOCAL, EN LA AVENIDA DEL REY; REPRENSION A UN SACERDOTE DE LA CASA; EL CUADRO DE SAN PEDRO; QUE SE BUSQUE SU HISTORIA ECLESIASTICA PREPARADA PARA LA IMPRENTA; AVISOS QUE HAY QUE REPETIR A LOS APRENDICES*

EL 18 de abril de 1869 aprobaba el Arzobispo de Turín los estatutos de la *Asociación de devotos de María Auxiliadora*, presentados por el Venerable, y declaraba canónicamente establecida la *Asociación* en el Santuario de Valdocco, de modo que, como dice el decreto, los fieles de uno y otro sexo que se inscribieren en ella y cumplieren las obras prescritas, podrían *participar de los Tesoros de la Iglesia*, concedidos anteriormente por el Padre Santo Pío IX.

He aquí los documentos: súplica de don Bosco [1].

[604] *Excelencia Reverendísima:*

El que suscribe expone humildemente a V. E. Rvma. que, únicamente con el deseo de promover la gloria de Dios y el bien de las almas, desearía que en la iglesia de María Auxiliadora, hace ahora un año consagrada por V. E. al culto divino, se iniciara una piadosa unión de fieles bajo el nombre de *Asociación de Devotos de María Auxiliadora*. Su primordial finalidad sería la de promover la veneración al Santísimo Sacramento y la devoción a *María Auxilium Christianorum*, título que parece resultar del más vivo agrado a la Augusta Reina del cielo.

A tal efecto se ha redactado un reglamento, moldeado y casi copiado de los Esta-

[1] Estos documentos se conservan en el Archivo de la Curia Arzobispal de Turín: año 1869, vol. 2.º, págs. 17 y sig.

tutos de la célebre Cofradía de María Auxiliadora, erigida en Munich de Baviera, para que estos ejercicios de piedad tengan forma estable y conforme al espíritu de la Santa Iglesia.

El humilde exponente suplica a V. E. quiera tomar en benigna consideración este piadoso proyecto, rogando respetuosamente examine tales estatutos y añada, quite, cambie cuanto juzgue oportuno y, después, como modestamente suplica, los apruebe, con todas las cláusulas que V. E. juzgue conveniente, para promover la gloria de la Augusta Reina del cielo y el bien de las almas.

El altar de la Asociación sería el altar mayor de dicha iglesia, por ser privilegiado y porque en él se celebran ya la mayor parte de los ejercicios de piedad que constituyen el fin de esta asociación.

Con la esperanza de conseguir este favor implora Su Santa Bendición con la más profunda gratitud y se profesa

Humildísimo Suplicante
JUAN BOSCO, *Pbro.*

El reglamento era el siguiente:

ASOCIACION DE DEVOTOS DE MARIA AUXILIADORA

1.° En la iglesia de Turín, dedicada a María Auxiliadora, con autorización de Su Excelencia Rvma. el Arzobispo de Turín, se ha establecido canónicamente una Asociación de devotos suyos, que se proponen promover las glorias de la divina Madre del Salvador para ganarse su protección durante la vida y particularmente en la hora de la muerte.

2.° Se proponen dos medios principales: difundir la devoción a la Bienaventurada Virgen María y la veneración a Jesús Sacramentado.

3.° A tal fin se ingeniarán para promover con la palabra, el consejo, la acción y la autoridad, el decoro y la devoción en las novenas, fiestas y solemnidades que, a lo largo del año, se celebran en honor de la Bienaventurada Virgen María y del Santísimo Sacramento.

[605] 4.° Los asociados se proponen, por todos los medios compatibles con su estado, promover la difusión de buenos libros, estampas, medallas y folletos, asistir y recomendar la asistencia a las procesiones en honor de la Santísima Virgen y del Santísimo Sacramento, la comunión frecuente, la asistencia a la santa misa, el acompañamiento del Viático.

5.° Los asociados pondrán el mayor cuidado, por sí mismos y a través de las personas que de ellos dependen, para impedir la blasfemia y cualquier conversación contra la religión y, por cuanto estuviere a su alcance, quitar todo obstáculo que pueda impedir la santificación de los días festivos.

6.° Se aconseja a todo asociado, de acuerdo con las normas del catecismo y de los maestros de espíritu, que se confiese y comulgue cada quince días o una vez al mes y que oiga diariamente la santa misa, siempre que las obligaciones del propio estado se lo permitan.

7.° Todos los días, después de las oraciones de la mañana y de la noche, los asociados recitarán en honor de Jesús Sacramentado la jaculatoria: *Sea alabado y reverenciado en todo momento el Santísimo y Divinísimo Sacramento*; y en honor

de la Santísima Virgen: *María Auxilium Christianorum, ora pro nobis*. Los sacerdotes, basta que pongan la intención en la misa de rogar por todos los socios de esta piadosa Asociación. Estas oraciones servirán de vínculo para unir a todos los asociados en un solo corazón y una sola alma, para rendir el honor debido a Jesús, oculto en la Sagrada Eucaristía, y a su augusta Madre, y para participar en todas las obras de piedad que hagan los asociados.

Ventajas espirituales de los Asociados

1.º Todos los asociados, para ayudarse mutuamente a caminar por la senda de la salvación, entienden unir todas las obras buenas que hace cada uno en privado, en la iglesia de María Auxiliadora, o en cualquier otra parte.

2.º Participarán, además, de las prácticas de piedad que se celebran en el altar de la Asociación, que es el Altar Mayor de esta iglesia; altar privilegiado cotidiano, según decreto de la Sagrada Congregación con fecha 22 de marzo de 1868. En este altar, entre otras cosas, todas las mañanas, hacia las seis en los días ordinarios, y hacia las siete en los festivos, se celebrará una misa, con el rezo de la tercera parte del santo rosario, con oraciones particulares y con la comunión de todos los que pueden intervenir.

El Papa reinante Pío IX benignamente concede cien *días de indulgencia* a todos y cada vez que se toma parte en este ejercicio de piedad.

Todas las tardes habrá canto de loas sagradas, lectura espiritual, oraciones, bendición con el Santísimo Sacramento y después el rezo del santo rosario, como por la mañana.

[606] 3.º Todo asociado puede lucrar *indulgencia plenaria* en las fiestas de Navidad, Circuncisión, Epifanía y Ascensión del Señor; el domingo de Pentecostés y el día del *Corpus Christi.*

4.º Indulgencia plenaria también en las fiestas de la Inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen María, de su Natividad, Presentación al Templo, Anunciación, Purificación, Visitación y Asunción al Cielo.

5.º Podrán ganar la misma indulgencia plenaria en cualquier día de la novena o en la fiesta de María *Auxilium Christianorum*; en las fiestas de san Francisco de Sales, de san Luis Gonzaga y en el día de cada mes, que escojan para hacer el ejercicio de la buena muerte.

Las indulgencias anotadas en este número pueden también lucrarlas los no inscritos en esta Asociación piadosa.

6.º Todo asociado que asista a las prácticas de piedad que se hacen en esta iglesia durante el año con motivo de triduos o novenas, puede, una vez al día, ganar indulgencia de siete años y siete cuarentenas. Será bueno recordar aquí que, para ganar estas indulgencias plenarias, siempre está prescrita la confesión sacramental y la comunión, a menos que el asociado tenga la laudable costumbre de confesarse semanalmente. En tal caso basta solamente el estado de gracia.

7.º Todos los años, en el primer día litúrgicamente libre después de la fiesta de María Auxiliadora, se canta una misa de *Réquiem* con otros sufragios por las almas de los Hermanos difuntos en general y particularmente por los que hubieren sido llamados por Dios a la vida eterna en el curso de aquel año.

8.º Cuando un Hermano o Hermana cayera enfermo, o bien pluguiese a Dios llamarlo a mejor vida, será encomendado de un modo especial en las oraciones que cada día se hacen en el altar de María Auxiliadora, con tal de que se dé aviso de ello al Rector de la iglesia.

Aceptación

1.º Quien desee pertenecer a esta pía Asociación hará inscribir su nombre y apellido, y su domicilio, en el registro a propósito que se conserva en la sacristía de María Auxiliadora. En tal ocasión, si lo desea, se le entregará una estampa y una medalla con el librito de la Asociación.

2.º Los párrocos y cualquier sacerdote con cura de almas, los directores de colegios, centros de educación o institutos de beneficencia pueden inscribir a cualquiera de sus dependientes, con tal de que manden los nombres de los asociados al Rector de la iglesia, que es a la vez el Director de la piadosa Asociación.

3.º No hay ninguna cuota impuesta: cada cual, si quiere, puede **[607]** hacer cada año un donativo para sostener los gastos que ocasionan la novena y la fiesta de María Auxiliadora y para las otras funciones sagradas que se tienen en las varias ocasiones del año en la iglesia de la Asociación.

Examinados los anteriores estatutos o capítulos, los firmamos y aprobamos como adaptados a la piadosa Sociedad y a la piedad de los fieles, reservándonos la facultad de variarlos, de acuerdo con los cambios de las cosas y los tiempos.

Dado en Turín, el día 18 de abril de 1869.

† ALEJANDRO, Arzobispo

T. GAUDE, Pro canciller.

He aquí, finalmente, el decreto de erección:

ALEJANDRO OCTAVIANO RICCARDI

DE LOS CONDES DE NETRO – CABALLERO DE LA ORDEN SUPREMA DE LA ANUNCIACION, ETC, ETC. – POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTOLICA ARZOBISPO DE TURIN – PRELADO DOMESTICO DE SU SANTIDAD EL PAPA PIO IX Y ASISTENTE AL SOLIO PONTIFICIO[1].

[1] ALEXANDER OCTAVIANUS RICCARDI, ex comitibus a Netro, supremi ordinis SS. Annuntiationis eques torquatus etc. etc. Dei et Sanctae Sedis Apostolicae gratia Archiepiscopus Taurinensis, SS. D. N. D. Pii Papae IX praelatus domesticus ac pontificio solio adsistens.– Viso memoriali Nobis exhibito ab adm. Rev. Dom. Ioanne Bosco, Ecclesiae sub invocatione Immaculatae Virginis Auxiliatricis nuper erectae in hac civitate Rectore, eiusque tenore considerato, piis Oratoris votis libenter annuentes, ad fovendam augendamque fidelium erga Sanctam Dei Matrem, Augustumque Eucharistiae Sacramentum religionem, Piam Sodalitatem, cui nomem erit: *Associazione dei Divoti di Maria Ausiliatrice*, ad Altare Maius praedictae Ecclesiae, praesentium tenore erigimus ac canonice erectam declaramus pro utriusque sexus fidelibus, ut omnes eidem adscribendi de Ecclesiae Thesauris, praescripta opera adimplendo, participare valeant; quoniam vero Statuta Nobis pariter exhibita, ac per Nos firmata, Piae Societatis regimini et incremento accommodata novimus, eadem approbamus, reservata Nobis facultate ea addendi vel variandi, quae magis pro dictae Piae Sodalitatis utilitate expedire iudicabimus. Hoc nostrum Decretum, una cum memoratis precibus ac Statutis in Registris Curiae Nostrae referri iubemus, ac per authenticum exemplar D. Oratori exhiberi.

Datum Taurini, die decima octava Aprilis, anno millesimo octingentesimo sexagesimo nono.

†ALEXANDER *Archiep.*
Th. GAUDE *pro cancell.*

Vista la solicitud presentada por el Muy Rvdo. Juan Bosco, Rector de la iglesia recientemente **[608]** *levantada en nuestra ciudad bajo la invocación de la Inmaculada Virgen Auxiliadora, y considerado su contenido, autorizamos con gusto los piadosos deseos del orador para alimentar y aumentar la devoción de los fieles a la Santa Madre de Dios y al Augusto Sacramento de la Eucaristía y, de acuerdo con el presente decreto, erigimos y declaramos canónicamente erigida para los fieles de uno y otro sexo, en el altar mayor de dicha iglesia, la piadosa Sociedad que llevará por nombre* Asociación de devotos de María Auxiliadora, *de modo que todos los que se inscriban en ella, y cumplan las obras prescritas, puedan participar en los Tesoros de la Iglesia. Y puesto que hemos conocido que los Estatutos igualmente presentados a Nos y por Nos firmados son a propósito para el gobierno e incremento de la piadosa Asociación, Nos la aprobamos, reservándonos la facultad de añadir o variar las cosas que juzguemos ser de mayor utilidad para dicha piadosa Asociación.*

Queremos que este nuestro decreto, con la solicitud arriba mencionada y con los Estatutos, sea consignado en los Registros de nuestra Curia y que se entregue al Orador un auténtico ejemplar del mismo.

Dado en Turín, el día 18 de abril de 1869.

† ALEJANDRO, Arzobispo

Teól. GAUDE, Pro-canciller.

El Siervo de Dios bendijo por ello al Señor y completó enseguida el folleto ya preparado para las *Lecturas Católicas* de mayo: *Asociación de devotos de María Auxiliadora, canónicamente erigida en la iglesia a ella dedicada en Turín, con un informe histórico sobre este título, por el sacerdote Juan Bosco.*

El Venerable expone así en el prólogo el sumario de la materia, contenida en el librito.

Al lector

Se empezaba la construcción de la iglesia dedicada a María Auxiliadora en Turín y ya se hacían reiteradas peticiones para que se fundara una piadosa asociación de devotos que, unidos por el mismo espíritu de oración y de piedad, honraran a la Madre del Salvador, invocada con el honroso título de *Auxilio de los Cristianos.*

[609] Después de la consagración del sagrado edificio, se multiplicaron tales peticiones por todas partes y por personas de toda clase y condición. Para secundar este piadoso y general deseo se organizó la Asociación, cuyo reglamento se expone brevemente a continuación.

Precede un relato histórico sobre el título *María, Auxilium Christianorum*; sigue después el decreto de la erección canónica de la Asociación, con las indulgencias concedidas y algunas oraciones para comodidad de quien quisiere servirse de ellas para dirigir los afectos de su corazón a esta gran bienhechora de los míseros mortales.

La Santísima Virgen María, que de tantos modos ha bendecido y favorecido a cuantos le han suplicado con el precioso título de *Auxiliadora,* continúe derramando copiosos tesoros celestiales, no sólo sobre los inscritos en esta piadosa Asociación, sino sobre todos los que la invoquen en sus necesidades espirituales y temporales, de modo que todos tengan motivo para bendecirla en la tierra e ir después un día a alabarla y darle gracias eternamente en el cielo. Así sea.

Como queda indicado, este librito contiene una serie de oraciones, jaculatorias y prácticas de piedad indulgenciadas y un tratadito sobre las indulgencias. Se hicieron muchas ediciones, en las que, uno tras otro, se registraron los nuevos favores concedidos a la Asociación y al Santuario por los Sumos Pontífices.

Don Bosco, después de haber dispuesto que el folleto se enviara antes del fin de abril, invitado por don Domingo Pestarino, partió para Mornese.

Todos sus viajes estaban señalados con alguna anécdota singular. Referimos aquí una, de la que no recordamos con precisión el tiempo en que sucedió; pero ciertamente fue después de abierta al culto la iglesia de María Auxiliadora. Declaramos también que no hay que confundirla con otras semejantes.

Viajaba, pues, don Bosco en un vagón de segunda clase con varias personas. Iba entre ellas un señor bien vestido, que empezó a hablar mal del Arzobispo, después del marqués Fassati y de muchos centros de beneficencia. Luego, se puso a criticar la dirección de la Obra del Cottolengo y, por fin, al mismo don Bosco, con las palabras más injuriosas, porque, **[610]** según decía, había despilfarrado mucho dinero para edificar una iglesia en vez de socorrer a los pobres.

Don Bosco no había resollado, cuando he aquí que una mujer, que llevaba consigo a su hijito, dijo a aquel señor:

—Perdone, señor; sin duda, usted habrá dado mucho dinero a don Bosco para exigir que no lo malgastara en esa iglesia.

—¿Cómo?, respondió aquél; ¿dar dinero a don Bosco? Antes lo tiro a la calle.

—Entonces no tiene motivo para quejarse, añadió la señora.

Un judío, que no conocía personalmente a don Bosco, pero éste sí que le conocía a él, empezó a defenderlo, diciendo que era una persona honrada y que él le había mandado cincuenta liras para la iglesia.

Enfadado por aquella oposición, el malhablado sujeto empezó a despotricar contra el Oratorio con palabras y frases tan indecentes y desvergonzadas, que aquella buena señora hizo levantar a su hijo y,

poniéndole la cabeza sobre sus rodillas, lo tapaba como jugando con el mantón, y cubría por último con las manos sus oídos.

Aquel hombre, al ver esto, le dijo:

—¿Qué hace usted, señora, no ve que acabará por ahogar al niño?

—Prefiero que quede ahogado aquí, respondió la mujer, a que tenga que oír palabras como las suyas.

Aquel señor soltó una carcajada descarada, exclamando:

—¡Ya! ¡La gente educada por los curas se escandaliza de todo! ¿A qué tanta delicadeza? Al fin y al cabo son cosas de este mundo.

Y seguía riendo a carcajadas, compadeciendo la ingenuidad, decía él, de aquella señora, y usando frases indecentes.

La buena madre estaba roja de vergüenza; y don Bosco, que hasta entonces había callado, salió en su defensa y exclamó:

[611] —¡Basta ya! Es hora de acabar.

—¿A quién se refiere?

—A usted; sus palabras no son dignas de personas civilizadas y mucho menos ante señoras.

—No necesito que me dé lecciones.

—Pues buena falta le hacen.

—Soy capaz de hacerle tragar las palabras que ha dicho.

—¿Cree usted que me da miedo? Ni usted, ni ciento como usted.

—¿Qué quiere decir con que no tiene miedo? Haga la prueba...

—Sí, digo y repito que no le tengo miedo. Si tuviera que vérmelas con un villano y mal educado, entonces sí; pero, tratándose de una persona de buena familia, que goza de buena posición en sociedad, instruida, cabal, no temo que llegue a las manos y estoy seguro de que las cuestiones se arreglarán razonando.

Ante réplica tan imprevista, aquel señor quedó perplejo y, calmándose un tanto, preguntó:

—¿Es que usted me conoce?

—Ciertamente. El comendador B.....

Este llevaba los asuntos del marqués Fassati y también había hablado de su Jefe de la forma más deshonrosa.

Al verse derrotado por un cura y sin saber quién era, después de un corto silencio, deseando tomar la revancha de algún modo, volvió a decir:

—Pero ¿y ese perillán de don Bosco que sabe engañar tan bien a la gente? Amontona dinero, so pretexto de mantener a sus muchachos, y después compra campos y viñas en Castelnuovo y enriquece a sus hermanos que tienen caballos y coche.

—Perdone, señor; usted está mal informado; don Bosco no tiene hermanos.

—¿Usted qué sabe? Yo le conozco bastante.

—Y yo vuelvo a repetirle que don Bosco no tiene hermanos, **[612]** y, por consiguiente, no pueden tener caballos ni coche, y, si va a Castelnuovo, todos le podrán decir que los sobrinos de don Bosco son unos campesinos como lo era su padre. Vea, pues, cómo hablando de lo que no se sabe, se corre el riesgo de pasar por mentiroso. Y, además; ¿cree prudente hablar mal públicamente de una persona de la que puede recibir un perjuicio? Por ejemplo, ¿si el marqués de Fassati llegara a saber lo que ha dicho de él, estaría contento?

—Lo que he dicho ha sido a modo de conversación.

—¿Y llama usted conversación denigrar de ese modo a un personaje, cuya ejemplar caridad todos conocen? ¿Cree usted que eso no es nada? ¿No piensa que alguien pueda referir al Marqués, que le da el pan, lo que usted se permite decir en su contra?

—No creo haya aquí quien pueda decírselo, a no ser que vaya usted a contárselo.

—¿Y si yo fuera?

—No creo que usted lo haga.

—Sin embargo le aseguro que la primera vez que yo me entere de que usted ha sostenido conversaciones inmorales y escandalosas, iré enseguida a contárselo al Marqués. Que le sirva esto de norma, porque yo cumplo lo que prometo.

—Le aseguro, dijo aquél tartamudeando... y declaro que jamás tendré semejantes conversaciones... para darle gusto, imagínese... pero ¿quién es usted?

—Yo soy... ¡el sacristán de don Bosco!

Miró aquel señor a don Bosco y enmudeció. Estaba tan humillado que los demás viajeros contenían con dificultad la risa. Aquella buena madre, que ya había sacado del mantón la cabeza de su hijo, se volvió agradecida hacia el que la había defendido tan victoriosamente. El deslenguado empezaba a dudar quién fuera aquél con quien había discutido y se quedó cabizbajo hasta el fin del viaje.

Cuando don Bosco bajó del vagón, acudieron a su alrededor varias personas, que le saludaron por su nombre. El Comendador..., **[613]** que también se había apeado, se acercó humildemente y le preguntó:

—¿Es usted don Bosco?

—¿Y pues?

—Dispénseme, por favor...

—Escuche, le respondió con dignidad el Venerable; lo mismo que usted se ha permitido criticar a hombres inocentes y beneméritos, en presencia de tantas personas, creo que también yo podré referir a esos mismos hombres, en privado, lo que usted no temió decir de ellos públicamente.

—Le ruego no diga nada; sería mi ruina.

—Debemos ser justos; por lo mismo le respondo francamente; no puedo asegurarle nada.

Insistía el Comendador con sus ruegos, pero don Bosco se mantuvo firme y no quiso prometer nada; aquél se retiró muy apesadumbrado.

El 19 de abril, al atardecer, llegó a Mornese. Fue recibido con alegría por sus muchos amigos y, según su costumbre cuando iba a cualquier población, predicó, confesó y visitó a los enfermos. Visitó también el amplio colegio en construcción, destinado en el primer momento a los jóvenes estudiantes, lejos todavía de estar acabado, aunque ya hubiera muchas dependencias habitables. Don Carlos Ghivarello había hecho los planos y vigilaba la construcción. Los mornesinos querían ver pronto cumplidos sus deseos, y seguían prestando gratuitamente el transporte de materiales en los días festivos. Don Domingo Pestarino daba vino y merienda a los transportistas y pienso a los borricos y a los bueyes. Las hijas de María se desparramaban por los viñedos y recogían piedras, que arrimaban hasta el camino, adonde iban los carros a cargarlas.

Don Bosco habló con don Domingo Pestarino sobre el modo de acabar lo antes posible la grandiosa construcción; la manera de superar alguna dificultad financiera; de encargar a los aprendices del Oratorio puertas, ventanas, pupitres y herrajes; **[614]** y de mandar a su tiempo algún carpintero del Oratorio.

Parecía totalmente preocupado por la educación de la juventud masculina; pero el conjunto de acontecimientos que se siguió deja entender que en su mente ya se maduraba el proyecto de reunir un nuevo grupo de almas escogidas bajo el manto de María Auxiliadora, que se ocuparan de las niñas. Sabía la necesidad que había de ello. Eran continuas las instancias, también de familias buenas, que le pedían colocara a las muchachas en algún instituto.

A tal fin había escrito, pocos días antes, una carta a la Rvda. Madre Eudoxia, Superiora de las Fieles Compañeras de Jesús, en Turín.

Rvda. Madre Superiora:

Me acaban de enviar esta carta, por lo que ruego a usted tenga la bondad de mandar a quien me escribe un prospecto de su colegio con las indicaciones que juzgue convenientes.

Con esta oportunidad le auguro todas las bendiciones del cielo para usted y toda su comunidad, mientras con gratitud me profeso,

Turín, 13 de abril de 1869.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Y no era simplemente un proyecto suyo, sino una verdadera inspiración de María Santísima, que quería recoger también a sus hijas bajo su manto de Auxiliadora. ¿Y dónde establecer el primer colegio? En Mornese, lejos de los centros comerciales, de los ferrocarriles y sin facilidad de coches. ¿Cuándo y con qué medios? Dios lo sabía y eso le bastaba. ¿Buscaría don Bosco las primeras profesoras, educadoras y maestras entre las diversas órdenes ya aprobadas? ¡No! Las escogería entre las Hijas de la Inmaculada de Mornese, entre aquellas pobres campesinas, sin instrucción, casi todas analfabetas, que no sabían pedagogía, pero a las que el Dios de las ciencias había predestinado.

Ellas abrirían la primera casa de la nueva institución, recogerían las primeras alumnas y su **[615]** Comunidad llegaría a ser una Congregación religiosa que se formaría con maestras tituladas para la enseñanza, y reuniría millares de niñas en colegios florecientes, esparcidos por todo el mundo, con el nombre y la protección de María Auxiliadora. Y ¿a quién pondría don Bosco al frente de tan gran empresa? A una santa joven que, sin tener en cuenta dificultades, soportando fatigas, privaciones y sacrificios, había conseguido con viva caridad llevar al Señor a todas las chicas del pueblo natal. El Venerable sabía, hacía años, que era un verdadero tesoro. Bueno será recoger aquí algunos datos.

Hacia el año 1862, don Bosco asistió en Acqui a una fiesta y conferencia, en la que tomaba parte el Clero, presidido por el Obispo monseñor Contratto. Allí se encontró con don Domingo Pestarino. Después de la fiesta, viajaron juntos, de Acqui a Alessandria, y se comunicaron sus ocupaciones en favor de las almas. Don Domingo Pestarino le habló de la *Pía Unión de las Hijas de la Inmaculada*, de las que era Director en Mornese, y cómo algunas de ellas habían empezado a ocuparse de las muchachas. Al llegar a Alessandria, como ambos debían tomar distinto camino para volver a su residencia,

don Bosco invitó a don Domingo Pestarino a que le visitara en Valdocco y éste, algún mes más tarde, se presentó en el Oratorio: se enamoró del espíritu de la Pía Sociedad y rogó a don Bosco que le aceptara entre sus hijos, ofreciéndose a sí mismo con todos sus bienes. Don Bosco le aceptó, pero como ya hemos dicho, quiso que continuase su apostolado en el pueblo.

En abril de 1869 se habló positivamente de las *Hijas* y de su santa vida y, también sin duda, de la que precedía a todas por su buen ejemplo, es decir, de María Mazzarello.

Esta admirable joven había nacido en mayo de 1837 de padres campesinos, verdaderos modelos de vida cristiana, profundamente convencidos de sus deberes con la prole. Con ellos creció, hecha un modelo de obediencia filial. Su padre se llamaba José y su madre María Magdalena Calcagno, de la vecina parroquia de Tramontana.

[616] Los primeros años de la niña transcurrieron dentro de la sencillez y el trabajo de los campos. Cuando cumplió los diez años, don Domingo Pestarino la admitió a la primera comunión, y poco tiempo después la autorizó para que comulgara todos los domingos y después todos los días.

Hacia los quince años hizo voto de perpetua virginidad y, aunque habitaba en una alquería apartada, lo mismo en verano que en invierno, hiciera el tiempo que hiciera, ella no dejaba de asistir a la primera misa de la parroquia, y volvía a casa a tiempo para empezar con los demás las labores del campo. Tenía un brazo de hierro para trabajar con la azada, y era incansable. Acudía también a todas las tareas domésticas.

Rezaba siempre: le gustaban las lecturas espirituales, la mortificación y el ayuno; era de conciencia delicadísima. Encontraba sus delicias en ir, cuando podía, a visitar a Jesús Sacramentado.

A los diecisiete años entró a formar parte de las Hijas de la Inmaculada; aún más, fue de las cinco primeras que se adhirieron a la proposición de la directora, Angela Maccagno, quien más tarde vio aumentar el número hasta diecisiete.

En 1860, apareció el tifus en Mornese y toda la familia de un tío de María cayó gravemente enferma. Ella acudió en su ayuda y fue su asidua enfermera durante un mes, con tanto celo que se ganó el apodo de *hermana de la caridad*. Sus enfermos curaron, pero al fin contrajo ella la enfermedad y, casi durante dos meses, estuvo en peligro de muerte. Su abandono en Dios edificó a todo el pueblo.

Una vez curada, advirtió que había perdido sus antiguas fuerzas y que no podía resistir el trabajo en las viñas, por lo que, con permi-

so de sus padres, y de don Domingo Pestarino, se decidió a aprender el oficio de modista. Una idea sublime la animaba: la misma que había movido al pastorcillo Juan Bosco a aprender los juegos de prestidigitación: poder ayudar a sus compañeras a ser buenas.

María Mazzarello quería servirse del oficio como de un medio para salvar las almas de las muchachas. Con frecuencia le había parecido en sueños encontrarse **[617]** en medio de una numerosa muchedumbre de éstas. Era una idea insistente en ella. Comunicó sus proyectos a Petronila Mazzarello, su excelente e íntima amiga, que los aprobó y se ofreció a ser su compañera. Era el año 1861; María contaba entonces veintitrés años.

Con su fiel amiga fue al sastre del pueblo, Valentín Campi, con quien aprendió a coser y a conocer las telas. La modista Antonia Barco la enseñó a cortar vestidos de mujer. Unos meses después, Antonia Barco salió de Mornese para ir con su marido a otro pueblo y las mujeres empezaron a acudir a María y a Petronila. Algunas madres de familia, al ver los trabajos bien acabados, les pidieron que enseñaran a sus hijas, y ellas aceptaron a dos o tres muchachas, a las que enseñaban a coser y cortar, y un poco de doctrina cristiana.

Tenían su taller en una pequeña y oscura habitación, donde estaban incómodas; alquilaron luego un local con dos ventanas, cerca de la iglesia, donde pudieron admitir alguna alumna más y continuaban siendo de buen ejemplo para todas. Su celo les llevaba a dar avisos cristianos a las muchachas mayores y a las mismas madres, que iban a encargarles trabajos.

Albergaban también algunas niñas necesitadas. Un comerciante se quedó viudo con dos hijas, y pidió a las dos amigas que las tuviesen con ellas, día y noche, porque él andaba siempre fuera de casa y no podía atenderlas. María las aceptó y tomó enseguida en arriendo dos habitaciones en la otra parte de la calle, frente a su taller; había sitio para cinco camas en cada una y acogió a cinco niñas. Petronila iba a dormir con ellas y les hacía de madre, cuidándolas y enseñándoles el temor y el amor de Dios y las prácticas de piedad.

Las familias mandaban la comida para las niñas, ya que María y Petronila iban a comer y a cenar con sus padres, a distinta hora, para no dejar nunca solas a las alumnas.

[618] Así estaban las cosas cuando don Domingo Pestarino fue al Oratorio por vez primera. Don Bosco oyó con gusto el relato de la vida ejemplar de las dos campesinas y don Domingo, a su vuelta, llevó dos medallas de la Virgen, una para María y otra para Petronila, y les dijo:

—Os las manda don Bosco, y me ha encargado os diga en su nombre, que las llevéis con devoción, porque os librarán de muchos males y os ayudarán en todas las vicisitudes de la vida. Me ha dicho también que os recomiende que recéis mucho, pero que sobre todo procuréis impedir la ofensa de Dios, aunque sólo fuera un pecado venial.

Las dos jóvenes no conocían a don Bosco, pero supieron por don Domingo que era un santo sacerdote que trabajaba en favor de la juventud. El Venerable quizá vio ya en María Mazzarello la piedra fundamental del instituto que él fundaría para las niñas; sin embargo, guardó sobre este proyecto una prudente reserva.

La medalla regalada fue como un premio a la labor que desarrollaban: y las recomendaciones, la primera prueba de los paternales cuidados que el Venerable dispensaría al nuevo Instituto.

María y Petronila, sin ni siquiera imaginar lo que el cielo dispondría un día, continuaban con su taller lo mejor que podían, sin ninguna clase de reglamento. Pero don Domingo Pestarino, que fue a Turín para la fiesta de san Francisco de Sales de 1863, les llevó un horario, que dijo estaba escrito por el mismo don Bosco, se lo explicó, de acuerdo con las ideas que el Venerable le había expuesto, y les recomendó que lo observaran. Era, con alguna variante, el mismo del Oratorio, y resultaba como un primer paso para infundir en ellas el mismo espíritu.

María, que ya llevaba con las más santas industrias a sus alumnas por las sendas del bien y la frecuencia de los sacramentos, empezó también un poco de oratorio en un patio pequeño, contiguo a las ventanas del taller. Invitó, las primeras, a sus alumnas, las cuales, el domingo siguiente llevaron a otras y después más, de modo que, al poco tiempo, se reunían allí todas las chicas del pueblo.

[619] Como era muy reducido el lugar, después de comer salían al descampado e iban hasta una capilla, que distaba un cuarto de hora del pueblo. Allí se divertían hasta que sonaba la campana de la parroquia para el catecismo. Acudían a la iglesia, asistían a las funciones parroquiales y se marchaban luego a sus casas. En el buen tiempo volvían hasta la capilla de San Silvestre, donde reemprendían sus cantos y sus juegos. María Mazzarello siempre estaba con ellas; inventaba cada vez nuevos entretenimientos, les contaba hechos edificantes y daba sinceros y prudentes consejos y avisos a las que los necesitaban. Quería que venciesen el respeto humano, que huyesen del pecado y fueran cristianas fervorosas. Y lo lograba, porque todas la querían y obedecían, y era tal su influencia que ya ninguna joven iba a los bailes.

En octubre de 1864, fue don Bosco a Mornese con un centenar de sus muchachos. Ya describimos en otro lugar este paseo. María y las demás Hijas de la Inmaculada se encargaron, por orden de don Domingo Pestarino, del alojamiento, la cocina y la preparación de las mesas. El día de la llegada, don Domingo presentó a don Bosco las Hijas de la Inmaculada y le rogó que las bendijera. El Siervo de Dios accedió y les dirigió unas palabras, animándolas a ser constantes en la práctica de la virtud y de la vida que habían abrazado. Su palabra sencilla, pero ardiente como el corazón de donde brotaba, resultó eficaz, porque estaba animada del espíritu de Dios. Aquellas buenas muchachas quedaron santamente impresionadas y sintieron aumentado su fervor.

María experimentó dentro de sí algo extraordinario, que no sabía explicar. Las palabras del Siervo de Dios respondían plenamente a los deseos y afectos de su corazón; habría querido que no cesara de hablar y se habría estado escuchándolo siempre. Cuando les dijo don Bosco que podían ir a sus ocupaciones, ella partió contenta de haberle visto de cerca, pero ardiendo en deseos de volver a verle y oírle. Pudo **[620]** apagar su deseo durante las tardes que don Bosco permaneció en Mornese. Daba éste una charla a los muchachos, y ella despachaba deprisa o suspendía sus quehaceres y volaba a escucharlo. Se colocaba lo más adelante que podía, en medio de aquella muchedumbre. No es posible describir la expresión de su rostro y la atención con que escuchaba. Petronila y las compañeras le decían:

—¿De dónde sacas valor para meterte en medio de tantos hombres y jóvenes?

Y ella respondía:

—¡Don Bosco es un santo, un santo... y yo así lo siento!

Y se alegraba del aprecio en que era tenido el Venerable. Llegó al colmo su entusiasmo con el sermón que pronunció don Bosco en la parroquia sobre la eficacia de la protección de María Santísima.

De este modo hacía Dios que María Mazzarello conociese al Venerable y la preparaba poco a poco, sin que ella se diera cuenta, para cooperar en su gran obra de salvación de la juventud.

Don Domingo Pestarino, que tenía casa propia en el centro del pueblo, se había construido una casita junto a la iglesia parroquial, con cinco habitaciones en la planta baja y cuatro en el piso superior. Vivía en ella él solo, especialmente en el invierno, porque quería estar muy temprano en la iglesia para la misa y las confesiones. Todos los del pueblo eran sus penitentes, salvo una docena. Tenía la intención de ceder, con el tiempo, aquella casita a las Hijas de la

Inmaculada, no sólo para sus reuniones, sino también para vivienda de las que quedaran huérfanas y no pudieran o no quisieran vivir con sus hermanos o hermanas.

En 1865 fue don Domingo Pestarino a Turín, como cada año, para la fiesta y conferencia de San Francisco de Sales y, de acuerdo con don Bosco, se determinó que era mejor que cediera enseguida su casa para el fin indicado. Volvió a Mornese y, en secreto y con prudencia, preguntó una a una a las Hijas de la Inmaculada, quién deseaba entrar en su casa y quién no. Fueron varias las que declararon que querían vivir en familia. María no sólo se declaró dispuesta a pasar **[621]** a la nueva vivienda, sino que, radiante de alegría, exhortaba a otras a seguirla. Se consideraba feliz de poder realizar su idea de dedicar, sin trabas, toda la vida en favor de las niñas.

Cinco Hijas de la Inmaculada se aposentaron en ella con tres alumnas, a las que después se añadieron algunas más. La casa se tituló *Casa de la Inmaculada*. Don Bosco les envió una maestra de Fontanile, pero poco tiempo después se marchó.

Aquellas jóvenes no tenían intención de formar una Congregación, ni tampoco don Domingo Pestarino. El, de acuerdo con el consejo de don Bosco, les había dicho prudentemente:

—Viviréis aquí a prueba; seguiréis haciendo lo que hacíais en el taller de antes y, luego, ya veremos. Si alguna quiere volver a su casa siempre podrá hacerlo libremente.

En 1867 volvió don Bosco a Mornese, como ya se ha dicho, para asistir a la bendición de la capilla del colegio en construcción. En aquella ocasión visitó la Casa de la Inmaculada y dio una conferencia a las Hijas de María, pero ni siquiera entonces dejó traslucir sus proyectos, pues estaba acostumbrado a no adelantarse, sino a seguir las órdenes de la divina Providencia.

Y tampoco en 1869, cuando su decisión estaba ya cerca, dijo la finalidad que tendría el nuevo colegio en construcción. Se limitó a solicitar la conclusión, demostrando que había concebido grandes cosas para la inauguración de aquel edificio.

Desde Mornese escribió a don Miguel Rúa sobre otros asuntos.

Queridísimo Rúa:

Mientras voy ajustando algunas cosas, te escribo sobre otras que tú podrás arreglar en mi lugar:

1.º Había dicho que el próximo domingo iría a comer en casa del caballero Archini; pero, como me han salido diversos compromisos para ese día, conviene le avises que tenga la bondad de aplazar para cualquier otro día su **[622]** invitación. Así podré entretenerme más tranquilamente con su familia.

2.º Di a don Angel Savio, que no deje de pasar esta semana por casa del caballero Turvano, o bien que vaya a ver el otro local que está frente a la alameda y que linda con la nueva compra del conde Tornielli.

3.º Di a don Ch..... que el domingo pasado le mandé a buscar y no me fue posible dar con él: le dirás si las Reglas permiten ir a donde se quiera sin permiso, y que me parece que ya es tiempo de acabar.

4.º Se solicite la moldura para el cuadro de san Pedro.

5.º Busca un poco o haz buscar a ver si es posible encontrar mi Historia Eclesiástica, ya en folios y con correcciones, y preparada para la imprenta.

6.º Lleva o haz llevar la carta adjunta al abogado Boghino para el fin que en ella se indica.

Saluda a Goffi y a don Juan Cagliero y a toda esa noble compañía. Dios nos bendiga a todos. *Amén.*

Créeme siempre,

Mornese, 21 de abril de 1869.

Afmo. en Jesucristo
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P. S.—Estaré en casa el jueves por la tarde. Alguna noche remacha la cuestión de las malas conversaciones entre los aprendices.

[623]

CAPITULO XLIX

DON BOSCO VUELVE A TURIN – CONVENIO DE MISAS Y SUFRAGIOS CON UNA BIENHECHORA – NUEVA EDICION DE LA HISTORIA ECLESIASTICA – GRAN CONCURSO DE GENTE EN TORNO A DON BOSCO – CIRCULAR A LOS PADRES MOROSOS EN EL PAGO DE LA PENSION, AMENAZANDO CON DESPEDIR A SUS HIJOS – MOTIVOS Y EFECTOS DE ESTA CIRCULAR; CARIDAD DE DON BOSCO CON LOS MUCHACHOS BUENOS – DESAGRADABLE ENCUENTRO DE DON PABLO ALBERA CON EL ARZOBISPO – DON BOSCO SIEMPRE RESPETUOSO Y AMABLE CON MONSEÑOR – CARTA DE DON BOSCO AL RECTOR DEL SEMINARIO CON RELACION A SUS CLERIGOS

DE vuelta a Turín, fue don Bosco a comer en casa del caballero Félix Archini, con quien, lo mismo que con toda su familia, tenía gran amistad. Como este nombre aparecerá más de una vez en estas páginas, diremos, ya ahora, lo de su convenio sobre misas y sufragios.

Solía el Venerable recordar con frecuencia a los alumnos internos el nombre y los méritos de sus bienhechores y la obligación perpetua del agradecimiento. Pocos días antes había hecho el siguiente convenio con la familia Archini.

Convenio entre la noble señora doña Serafina Archini Cauvin, de Niza Marítima, hija del difunto Santiago y esposa del noble caballero Félix, coronel retirado, y el muy reverendo don Juan Bosco, director del Oratorio de San Francisco de Sales de Valdocco, o quien le represente. De acuerdo con su amado consorte, el caballero Félix, la señora Archini **[624]** entrega al mencionado don Juan Bosco la renta de cien liras anuales con las siguientes condiciones:

1.ª Que mientras viva doña Serafina Archini, hasta el día de su muerte, se celebrarán cada año algunas misas, una de ellas de *réquiem* con asistencia y comunión de los muchachos del Oratorio y oraciones en sufragio del alma del difunto Barón y amigo, caballero Francisco Bozzi, el 27 de mayo día de su aniversario.

2.ª A la muerte de doña Serafina Archini se suspenderá dicha misa por el Barón, caballero Francisco Bozzi,y se cambiará para siempre por una misa también de *réquiem* y oraciones por el alma de dicha doña Serafina Archini.

3.ª Se celebrarán, además, otras tres misas rezadas anuales, como sigue: una, en honor de la Santísima Virgen Dolorosa, el viernes de Pasión; otra, el día 4 de mayo, en sufragio de la difunta Margarita (Milita) Castelli Cauvin, y la tercera, el 7 de septiembre, en sufragio del difunto Santiago Cauvin.

4.ª Después de la muerte del caballero Félix Archini, las tres misas rezadas se cambiarán por una misa de *réquiem* con asistencia, comunión y oraciones de los muchachos del Oratorio en el día de su aniversario.

El que suscribe, don Juan Bosco, director del Oratorio de San Francisco de Sales, o quien le represente, se obliga a cumplir cuanto en el presente convenio se contiene.

Turín, 17 de abril de 1869.

JUAN BOSCO, *Pbro.*
Dña. SERAFINA ARCHINI CAUVIN
MIGUEL RÚA, *Pbro.*
Prefecto del Oratorio de
San Francisco de Sales

Momentos de apuro muy especiales obligaron a don Bosco a hacer otros convenios similares, pero después determinó no aceptar por vía ordinaria ninguno más, especialmente con carácter perpetuo: 1.º, porque se consumen los capitales y quedan las cargas a los sucesores; 2.º, porque la asistencia de los muchachos a estas misas cantadas resulta con frecuencia un desorden para el horario de la casa.

Mientras tanto él había reemprendido su trabajo para una nueva edición de la Historia Eclesiástica, muy enriquecida y corregida. Quitó la forma de diálogo y en cierto modo resultó una obra nueva. Entre los muchos avisos que daba a los jóvenes, añadió uno para ponerlos en guardia contra las Sociedades Secretas.

[625] Molestábanle mucho durante estos trabajos las visitas de los fieles.

El 24 de abril escribía don Juan Bautista Francesia a la Madre Galleffi:

«Don Bosco está bien, realmente asediado por miles de personas. Nos preparamos para el mes de mayo y la novena de María Auxiliadora. Se esperan muchas cosas para aquel día y muchas gracias que María seguramente concederá».

Contemporáneamente, y para remediar un grave desorden en la administración del Oratorio, al acabarse el segundo trimestre del curso escolar, el Venerable hacía enviar una circular a los padres y bienhechores de los alumnos estudiantes, que habían prometido pagar una cuota mensual de cinco, diez, doce, quince y hasta veinticuatro liras el primer trimestre y que, después, no se preocupaban, deliberadamente o por negligencia, de cumplir su deber.

Eran miles y miles de liras que anualmente el Prefecto no podía

exigir; una grave deficiencia para los pagos de quien tenía que mantener gratuitamente otros centenares de alumnos.

Decía la circular:

...Señor:

Me apresuro a comunicar a V. S. que, de acuerdo con el reglamento de esta Casa, la pensión o cuota establecida al aceptar a los alumnos, debe pagarse por trimestres adelantados, y que, el incumplimiento de este artículo, presupone la llamada del jovencito junto a sus padres.

Si, por tanto, no cumple V. S. este artículo del reglamento dentro de quince días, deberemos, muy a pesar nuestro, enviar a V. S. al alumno mismo, para solicitar lo que se debe.

Acepte los sentimientos de aprecio y respeto con que celebro profesarme,
De V. S.

Seguro servidor
MIGUEL RÚA, *Pbro.*
Prefecto del Oratorio

Esta disposición no era en verdad una simple cuestión económica. Era un medio oportuno para alejar del Oratorio a los indignos y holgazanes, para reivindicar los derechos de la justicia, puesto que ciertas personas pudientes, con engaños y por sórdida avaricia, hacían mantener e instruir por la **[626]** caridad pública a sus hijos; era un medio para recordar la beneficencia prestada a los internos del Oratorio.

Don Miguel Rúa, fiel ejecutor de las órdenes de don Bosco, era ejemplar en los deberes de su oficio. Logró cobrar algunas cantidades, envió alguno a sus padres y don Bosco, a quien recurrían los más invocando caridad, tenía que contestar benignamente concediendo demora de pago a unos y hasta perdón de la deuda a otros. Este favor lo alcanzaron muchos jóvenes verdaderamente buenos, que don Bosco se quedó consigo, sin preocuparse de las ideas y condiciones de sus familias. Era siempre el triunfo de la caridad.

Entre las numerosas y conmovedoras anécdotas que tuvieron lugar contaremos solamente dos.

Erase un muchacho bonísimo cuyos padres, pobres, no podían pagar la exigua pensión prometida. Habiéndose enterado de la intimación enviada a sus padres, presentóse conmovido a don Bosco, suplicándole que no le mandaran a casa.

—Tranquilo, le respondió el Siervo de Dios.

—Sí, pero entre tanto...

—Si te hacen salir por la puerta de Oratorio, vuelve a entrar por la de la iglesia de María Auxiliadora, y nadie te molestará.

El corazón del joven quedó ligado para siempre a don Bosco, y se ratificó en él la vocación al estado religioso.

Otro hecho, que demuestra la caridad de don Bosco, nos los cuenta el salesiano don Antonio Aime:

Era el año 1877. En el Oratorio se celebraba con gran fervor el mes de marzo en honor del Patriarca San José. A mediados de dicho mes recibí una carta de mi hermana en la que me decía que no podía seguir pagando mi pensión y mis gastos en el Oratorio y, por tanto, que debía volver al pueblo para empezar otra carrera; tanto más que el Prefecto le había escrito diciendo que, si no pagaba, me enviaría a casa. No puedo explicar la angustia que experimentó mi corazón todo aquel día, por la noche y a la mañana siguiente. Lloré y recé para que el Señor me inspirase lo que debía hacer. Al día siguiente me sentí inspirado para recurrir a san **[627]** José; acudí a él, me postré a los pies de su altar, le ofrecí las oraciones de mis compañeros tan buenos y fervorosos y permanecí durante largo tiempo, como esperando una respuesta. Me levanté y salí de la iglesia con los párpados enrojecidos de tanto llorar.

A la puerta de la sacristía me encontré con el sacerdote don Joaquín Berto, quien, al verme tan triste y desconsolado, quiso a toda costa que le dijera la causa. Como no me dejaba hablar la emoción, le entregué la carta de mi hermana, la factura y la carta del Prefecto. La leyó don Joaquín y me dijo:

—Tranquilo, tranquilo, ven conmigo; don Bosco lo arreglará todo.

Me llevó a la habitación del amado Padre y le entregó los documentos indicados. Don Bosco los leyó atentamente, después, sonriendo, me mandó sentar en el sofá junto a su mesa y, sacando del cajón una tabaquera de rapé, quiso que tomara un poquito. Cuando me vio estornudar estrepitosamente se echó a reír de tal modo que también yo me puse a reír con él. Entonces, el buen Padre me dijo:

—Ahora estoy contento, porque te veo alegre. Vete enseguida al señor Prefecto y dile que don Bosco se encarga de pagar tus deudas pasadas, presentes y futuras y, por tanto, que, de ahora en adelante, me presente siempre a mí tus cuentas.

Dejo... que imagine cada cual mi alegría y el agradecimiento que a partir de aquel momento sentí en mi corazón al gran Patriarca San Jose y a nuestro amado Padre don Bosco.

Desde aquel día me sentí salesiano y con la gracia de Dios espero morir en nuestra amada Congregación.

A fines de abril aconteció un hecho desagradable que nos parece no debemos pasar en silencio. No se podría tener una idea justa de la lucha sostenida por la naciente Pía Sociedad, si se callaran ciertos episodios.

Había ido el arzobispo monseñor Riccardi a administrar la Confimación en None, patria chica de don Pablo Albera. El párroco, teólogo Abrate, había reunido a los sacerdotes de su parroquia y a muchos párrocos circunvecinos: y con ellos al teólogo Borel y a don Pablo Albera, salesiano, a quien él había ayudado. Don Pablo Albera, para dar gusto al Párroco, que agradeció mucho la idea, leyó una poesía al Arzobispo, el cual ni siquiera le dirigió la mirada, de

modo que el mismo familiar de Su Excelencia rezongaba lamentándose de aquella desatención.

Al final de la comida, don Pablo Albera fue presentado al Arzobispo. Tomóle éste de la mano, le echó un brazo al cuello y, apretándole la cabeza contra su pecho, empezó a decirle:

[628] —Vosotros no sabéis quién es vuestro Arzobispo, no le queréis, sólo queréis a don Bosco: don Bosco lo es todo para vosotros y no pensáis más que en él.

Don Pablo Albera contestó:

—Yo quiero a mi Arzobispo, pero si soy sacerdote se lo debo...

El Arzobispo le interrumpió diciendo:

—Callad, callad. No puedo explicarme cómo queréis tanto a don Bosco. ¿Qué santidad es la suya? Un sacerdote que se atreve a escribir a su Obispo diciendo: *que se extraña,* porque le he mandado que envíe a sus clérigos a estudiar el cuarto año de Teología en el Seminario. Es un soberbio, que no quiere estar sujeto. Quiere fundar una Congregación para sustraerse a la autoridad del Arzobispo. Si es santo, demuéstrelo siendo obsequioso con su Superior.

A don Pablo Albera se le saltaron las lágrimas; quería hablar, quería defender a don Bosco y empezó a decir:

—Monseñor...

Pero el Arzobispo, atajándole, siguió diciendo:

—Callad, callad: he sabido por Roma que han aprobado vuestra, así llamada, Congregación; pero ¿qué es esa vuestra Congregación? Es una miseria y estoy convencido de que de aquí a diez años no se hablará más de ella; no puede ser de otro modo. ¡Veremos, veremos!

Y siguió voceando contra don Bosco.

Casi todos los presentes aprobaban lo que decía el Arzobispo. Don Pablo Albera, triste y dolorido, se encontraba ante una nueva aflicción. Trató de soltarse, pero no pudo; el brazo del Arzobispo lo tuvo apretado durante los diez minutos que duró el coloquio.

Después, salió el Arzobispo hacia el coche, acompañado por el clero, pero no dijo una palabra a don Pablo Albera que le seguía respetuosamente.

Al informarse de lo sucedido, el Párroco, que había estado ausente durante el coloquio, exclamó:

—Siento no haber estado presente, porque yo le habría contestado y le habría dicho que don Bosco, después **[629]** de mi recomendación, aún ahora mantiene, instruye y educa en su Oratorio una decena de alumnos de mi parroquia, los cuales dan esperanzas de llegar a ser piadosos y celosos sacerdotes.

El Siervo de Dios, que no esperaba ayuda y premio de los hombres, sino de Dios, no se desconcertaba por esto y decía a don Pablo Albera, cuando le contó lo que había sucedido en None:

—Monseñor Riccardi no tiene nada contra don Bosco y los suyos: lo que, tal vez, le mueve a hablar, diría yo que es el celo exagerado por su diócesis o el efecto de un informe malévolo de alguno que está en contra nuestra.

Otros salesianos oyeron frases semejantes varias veces de labios de don Bosco.

Por su parte, el Venerable fue siempre respetuoso y afectuoso con Monseñor y buscó siempre el evitar todo mal entendido. Una carta, escrita por él al canónigo Vogliotti, Rector del Seminario y Provicario General, decía:

Rvmo. Señor Rector:

He aquí la lista de los clérigos de la Diócesis de Turín que quieren formar parte de la Congregación de San Francisco de Sales, que ingresaron en esta casa antes de los catorce años. Dos pasaban de la edad; uno de ellos es Mussetti, que está aquí probablemente sin una firme resolución de quedarse del todo. De momento no tiene con qué vestirse, ni casa, ni con qué mantenerse, por lo que creo que no es el caso de consultarle por miedo a que la necesidad le estimule a decir de palabra lo contrario de lo que siente en su corazón. Por lo demás, su conducta es buena. En las próximas vacaciones de otoño, pienso que haga cada uno una tanda de ejercicios normales y en esa ocasión examine bien su vocación para que se ponga en las debidas relaciones con su Superior Eclesiástico, en el caso de que no se manifestaran claramente los signos de vocación religiosa.

Le pido, como un verdadero favor, tenga a bien darme los avisos y consejos que usted juzgue son para mayor gloria de Dios. Y con la más profunda gratitud, le auguro todas las bendiciones celestiales y me profeso,

De V. S. Rvma.

Turín, 20 de mayo de 1869.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P. D.: Será para mí un verdadero placer se sirva de nosotros y de esta su casa para todo lo que seamos capaces.

[630]

CAPITULO L

DON BOSCO, DON JUAN BONETTI Y LOS VALDENSES – DOS RESPUESTAS DE DON JUAN BONETTI A LAS OBJECIONES DE UN PASTOR PROTESTANTE – CARTA DE DON BOSCO PIDIENDO AYUDA PARA LA COMPRA DE UN TERRENO JUNTO AL ORATORIO DE SAN LUIS EN PUERTA NUEVA – CONMOVEDORAS CIRCUNSTANCIAS DE LA MUERTE DE UN MUCHACHO Y LA MISERICORDIA DE DIOS – UNA RECOMENDACION INEFICAZ – LA LEY QUITA A LOS CLERIGOS TODA EXENCION DEL SERVICIO MILITAR – DON BOSCO PROMETE A SUS CLERIGOS QUE NINGUNO IRA A PRESTAR EL SERVICIO MILITAR – CARTA DE UN CLERIGO AL VENERABLE – ESTE SE ACONSEJA CON EL CABALLERO CANTON PARA OBTENER DEL GOBIERNO ITALIANO LA IGLESIA DEL SANTO SUDARIO – PETICION DEL SIERVO DE DIOS AL MINISTRO MENABREA – EL CABALLERO CANTON AVISA A DON BOSCO QUE HAY OTRO SACERDOTE QUE PRETENDE LA DIRECCION DE LA IGLESIA DEL SANTO SUDARIO

VOLVEMOS sobre las huellas de los pasos continuos de don Bosco y sus colaboradores para arrancar de los lazos del protestantismo a los que habían sido atrapados y para librar de los mismos a muchos otros, especialmente a los jóvenes. No ahorraba ningún medio: opúsculos, cartas, conversaciones, escuelas católicas, conferencias. Toda suerte de ideas y trabajos eran poco para él con tal de cumplir esta su misión sacerdotal.

Don Juan Bonetti, director del seminario menor de Mirabello, había sido adiestrado por él para combatir la herejía. Había aprendido perfectamente los métodos de don Bosco, había asistido a alguno de sus diálogos con los Valdenses, **[631]** sabía de memoria todos sus folletos de discusión, poseía, como ya hemos dicho, amplios y profundos conocimientos de historia eclesiástica y teología. El Venerable se servía a veces de él para contestar a los enemigos de la Iglesia, y don Juan Bonetti no hacía ni escribía nada sin su consejo. Los herejes se dieron cuenta del nuevo y valiente adversario, quizá con motivo de algún sermón por la zona de Casale; y un pastor protestante de la provincia de Alessandria le escribió presentándole las

acostumbradas objeciones contra la Iglesia Católica. Don Juan Bonetti le respondió así:

Muy señor mío:

A través del señor Arcipreste de Pietra Marazzi he recibido el reciente 6 de abril su nuevo escrito. Lo he leído y, a la vista de las cuestiones que usted propone, será difícil agotarlas, si no es con muchos y grandes volúmenes. Para evitar confusiones y discutir dentro de unos límites razonables, de los que se puedan obtener lógicas y útiles consecuencias, conviene que nos atengamos a unos principios de donde parta la discusión. A mi parecer, todas las culpas que usted achaca a la Iglesia Romana se pueden reducir esencialmente a ésta. Que ella ha añadido a la palabra de Dios, que según usted mismo está contenida totalmente en la Biblia, tradiciones humanas, invenciones humanas; ha rechazado, en resumidas cuentas, esta máxima: *que la Sagrada Escritura es la única regla de fe y de moral.* Para concretar los términos de semejante discusión ante todo debemos examinar:

1.º ¿De qué Biblia se sirve usted? ¿Del texto original en que se escribieron los libros santos o bien de una traducción de los mismos? Y en tal caso ¿de cuál y sobre qué texto se hizo?

2.º ¿Cómo me demuestra la autenticidad de la Biblia, y que, por ejemplo, Mateo, Marcos, Lucas, Juan son los autores de los cuatro evangelios y no otros?

3.º Una vez me haya contestado, si le parece bien, hablaremos sobre la inspiración divina y sobre la interpretación de la Sagrada Escritura.

Me ha inducido a proponerle este método de discusión, el haberme recordado usted al infeliz De-Sanctis, de quien se dice amigo íntimo. Sepa que el tal De-Sanctis sostuvo, después de su apostasía, varias conferencias religiosas con un sacerdote católico que vive todavía, muy conocido en toda Italia por su doctrina y su caridad, el cual recibió pruebas de particular aprecio de los Protestantes. En dichas conferencias se comenzó por la Biblia, como yo propongo, y terminó De-Sanctis dándose por convencido y dispuesto a volver a la Iglesia Católica; pero, únicamente por el triste motivo de la familia, no mantuvo su palabra. ¿Quién sabe si **[632]** una discusión lógica, imparcial sobre el mismo principio, pese a la firmeza con que usted se manifiesta que quiere perseverar en la secta evangélica, no termine por volverle a la Iglesia Católica, Apostólica, Romana de la que usted se ha alejado?

Y, puesto que le escribo en el mes de mayo, cuando nosotros los católicos honramos especialmente a la augusta Madre del Salvador, le añado un consejo, una oración. ¡Cuántas veces, también usted, habrá invocado a María sobre las rodillas de su madre! Pues bien, repita, una vez más, las palabras del ángel dirigidas a María: *Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres.* Son palabras de un espíritu celestial y registradas en el evangelio, por el que profesa tanta veneración.

Yo, entre tanto, aborreciendo sus errores, pero amando a su persona, no cesaré de rezar a Dios, para que le ilumine, y termino expresando mis deseos de que llegue un día en el que usted, en vez de repetir el apóstrofe del pobre De-Sanctis a Roma, con el que acaba su escrito, se goce exclamando con el gran Bossuet: «¡Oh Iglesia Romana, santa Iglesia Romana, madre de todas las iglesias y madre de todos los fieles, nosotros estaremos siempre adheridos a tu unidad en lo más íntimo de nuestro corazón! Que se seque mi lengua y se quede inmóvil en mi boca, si no ocupas siem-

pre el primer puesto en mi memoria, si no te pongo siempre en el principio de mis cantos de alegría».

Su seguro servidor
JUAN BONETTI, *Pbro.*

Los protestantes se habían instalado en Pietra Marazzi hacía varios años. El Pastor respondió muy difusamente a Bonetti, y éste replicó:

Muy apreciado Señor:

Las muchas ocupaciones que me han tenido sujeto durante los días pasados, ocasionaron el retraso del debido encuentro, tanto más que hube de leer atentamente su respetable cuaderno. Yo pensaba hallar en él una respuesta clara a mis preguntas, pero usted presenta cuestiones que no tienen nada que ver con las nuestras. Sin embargo yo no quiero detenerme en la cuestión literaria, señalando los errores gramaticales de su escrito, ni tampoco emplear palabras vulgares para responder a las calumniosas expresiones en él usadas; dejemos aparte ruindades e insultos y contésteme claramente a las preguntas ya formuladas:

1.º ¿De qué Biblia pretende servirse? Dice usted que Diodati hizo su traducción sobre el texto original griego y hebreo. Pero ¿quién le asegura que Juan Diodati ha sido fiel en su traducción? **[633]** Y cuando pueda asegurarlo, ¿quién le garantiza que el Evangelio de San Lucas, San Mateo y otros no son obra de Tito Livio, de Salustio, de Séneca, de Flavio Josefo, de Filón Hebreo o de otro escritor antiguo?

Me indica que lea un autor católico, pero, si usted admite la creencia de estos autores, toda cuestión queda resuelta, puesto que usted, Dios lo quiera, vuelve al Catolicismo.

Por tanto, si usted desea ser consecuente con usted mismo, debe seguir los principios protestantes y atenerse sólo a la Biblia.

2.º Resuelto este primer punto, podemos pasar a otro, expresado así:

¿Cree usted que un buen católico se puede salvar en la propia religión? Los antiguos pastores valdenses Maston y Malones, el moderno Amadeo Bert, los anglicanos Milnes, Vatson y Gatzan dicen que sí.

Si usted es del mismo parecer que ellos, yo no añado más que las palabras de Enrique IV rey de Francia.

Este monarca, invitado por un congreso de pastores protestantes a seguir su secta, les hizo esta pregunta:

—¿Creéis que los católicos se pueden salvar en su religión?

—Sí, respondieron.

Repuso cuerdamente el Rey:

—Si el católico puede salvarse en su religión, ¿por qué la habéis abandonado vosotros? Vosotros decís que el católico puede salvarse en su religión; los católicos, por el contrario, aseguran que los protestantes están fuera de la verdadera fe; por consiguiente es razonable que yo siga la religión en la que, por consenso de católicos y protestantes, puedo salvarme.

Resueltas estas dos preguntas pasaremos a otras no menos importantes. Pero es preciso que seamos claros, positivos y que no pasemos a una nueva cuestión hasta que esté agotada la primera y que las partes hayan convenido en ella. Créame, se-

ñor, tratándose de cosas de las que depende la futura felicidad del hombre, es necesario sentar principios claros, positivos, de los que se puedan luego sacar consecuencias prácticas; porque, si divagamos de uno a otro argumento, perdemos el tiempo y construimos torres de Babel.

El deseo de la verdad, la caridad de Nuestro Señor Jesucristo acompañe todas nuestras palabras, cualquier concepto nuestro. Yo haré de modo que no se me escape una palabra contra el respeto que le debo; si involuntariamente se me escapase alguna cosa inoportuna, le ruego me llame la atención y la retiraré con el mayor agrado.

Ruego a Dios que le haga feliz, mientras con el debido aprecio tengo el honor de profesarme,

Su seguro servidor
JUAN BONETTI, *Pbro.*

Falta la fecha de estas cartas: y, por tanto, no podemos precisar el año en que fueron escritas. Sin embargo, no podíamos **[634]** pasarlas por alto. ¿No reflejan la exquisita caridad, el celo ardiente y el amable buen gusto de las de don Bosco?

Pero las atenciones de don Bosco se dirigían especialmente a los hijos del pueblo de Turín, contra los cuales tendían muchas insidias los herejes, especialmente en las escuelas. No les faltaba dinero a aquellos señores y su propaganda no les costaba ningún trabajo.

El Venerable llamaba en su ayuda a las almas buenas porque el Oratorio de San Luis Gonzaga y sus escuelas corrían peligro de ser barridos.

En la ciudad de Turín, desde 1848, contiguo al paseo de los Plátanos y gracias a un ventajoso alquiler, se abrió un Oratorio festivo con patio adjunto para recreo y escuelas para niños de la clase pobre o menos acomodada del pueblo, los cuales generalmente vagan por calles y plazas en los días festivos con gran riesgo de su quebranto espiritual.

Aumentó la importancia de esta institución en 1850, cuando los protestantes construyeron muy cerca una iglesia con hospicio y escuelas. Porque, gracias a Dios, que bendijo la labor, hubo siempre gran afluencia de niños y también de mayores, al extremo de que se deseaba ampliar el espacio. Todo funcionaba satisfactoriamente: catequesis, pláticas, misa, confesiones, escuelas, juegos de toda clase, hasta que un día un incidente inesperado puso en peligro el trabajo y las esperanzas de todos. Porque con la prolongación de una calle, llamada de San Pío V, quedó dividido aquel lugar en dos partes, con la escuela a un lado y la iglesia a otro.

De este modo el edificio y el patio de recreo quedaron inservibles para nuestro objeto, y se presentó la absoluta necesidad de proveer a aquellas pobladísimas manzanas de casas, en cuyo centro estaba la iglesia de los protestantes, de otro local para los pobres muchachos expuestos constantemente al peligro de la inmoralidad y de la herejía. Se encontró un local tal y como se deseaba, próximo al que habíamos usa-

do hasta entonces, propiedad del señor Falchero, con fachada por levante al paseo citado, poco distante de la iglesia y de las escuelas de los protestantes, y limitando a poniente con la calle de San Pío V.

Tiene una superficie de casi veinticinco áreas, con alguna construcción. La superficie sería suficiente para construir una iglesia, escuelas y patio para recreo. Los primeros gastos ascenderían a un total de dieciséis mil liras.

Urgiría adquirir el terreno; el resto de los gastos para la construcción correspondiente quedaría en manos de la divina Providencia que no faltará, pues ya tenemos pruebas de casos similares anteriores.

[635] Precisamente para lograr también esta suma se recurre a la caridad de las personas que la divina Providencia suscitó en tiempos excepcionales para ayudar a las obras que buscan el bien del prójimo y la gloria de nuestra santa Religión Católica.

Envió una de las primeras copias de esta llamada manuscrita al conde Eugenio De Maistre.

Oratorio de San Francisco de Sales. Turín-Valdocco, 5 de mayo de 1869.

Muy apreciado señor conde Eugenio:

La misma bondad con que tantas veces me ayudó debiera hacerme decir *basta* y no renovar mis peticiones; pero el estado miserando de esta ciudad y el caso excepcional de que se trata, me impelen a recurrir también a usted en este caso.

Por el folio adjunto verá de qué se trata y cuál es la necesidad que se querría cubrir, que es como decir: arrancar a la pobre juventud de las fauces de la herejía.

Le soy deudor por muchas razones y por tanto, sea cual fuere su decisión, yo no disminuiré mi celo por rogar y hacer rogar todos los días al Señor por usted y por toda su familia.

No sé si su señor hermano Francisco puede también hacer algo; si cree oportuno hablarle de ello, lo confío a su prudencia.

Le ruego presente mis humildes saludos a todos los de su familia y, augurando para cada uno de ellos copiosas bendiciones del cielo, tengo el honor de profesarme con la más sincera y profunda gratitud,

De V. S.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Aquel mismo día moría en el Oratorio un alumno, aprendiz de encuadernación: era el tercero de los profetizados por don Bosco. Leemos en las memorias necrológicas del Oratorio:

5 de mayo de 1869.

Adolfo Ciocca, natural de Giaveno, de diecisiete años de edad, murió el 5 de mayo de 1869 en el Oratorio. Era un joven de muy buenas esperanzas, pero, desca-

rriado por los malos compañeros, no produjo los frutos que de él se esperaban. A pesar de ello fue singular el reconocimiento que siempre profesó a las personas, que trabajaron para colocarle en el Oratorio. Un sueño tenido al principio de su enfermedad le hizo volver sobre sí mismo, se arrepintió del pasado, pidió perdón de él a Dios y al Superior y, fortalecido con los santos sacramentos, pasó a la otra vida en el ósculo del Señor.

[636] Sucedió lo siguiente. Estaba en el Oratorio este joven aprendiz. Tenía diecisiete años. Una lenta enfermedad minaba su cuerpo. El día 3 de mayo por la mañana tenían que ir los músicos a un pueblecito algo distante de Turín, para cantar en las funciones religiosas del mismo. Como Adolfo era muy experto en música y buen pianista, convenía que no faltara. Dado que su enfermedad no estaba aún muy avanzada, pidiéronle sus compañeros que les acompañara y él condescendió. Se levantó de la cama y fue a la estación. A la media hora de viaje, atacóle el mal de tal modo que, al llegar al pueblo, no se podía tener en pie. Algunos compañeros le llevaron a una posada que encontraron, donde le atendieron con esmero. Los jóvenes cantaron, almorzaron, pero su alegría estaba mermada por el pensamiento del compañero que sufría. Al atardecer fue don Juan Cagliero a pagar al posadero, hizo llevar al enfermo hasta el tren y, casi una hora después, llegó a Turín. Fue conducido en coche al Oratorio. De la portería a la enfermería subió en brazos de sus compañeros. Se metió en cama, llamaron al médico y él pidió que rogaran a don Bosco que fuera a su lado, porque tenía algo que decirle.

Fue don Bosco enseguida y, cuando estuvo junto a él, díjole el joven:

—¡Don Bosco, perdóneme! Se lo pido de corazón, estoy arrepentido de veras.

—Bien, bien, Adolfo, respondióle don Bosco afectuosamente; tranquilo, yo te perdono.

—Don Bosco, replicó el enfermo por segunda vez; perdóneme, por favor.

—Sí, Adolfo, te lo repito, te perdono; pero habla, di lo que quieras decirme.

—La otra noche, antes de partir para la fiesta, tuve un sueño, que temo mucho va a cumplirse. Me parecía **[637]** estar a su lado con muchos otros compañeros. Pero yo, poquito a poco, empezaba a separarme de usted y, cuanto más me alejaba, he aquí que un perro feroz y rabioso, que me observaba de lejos, se acercaba cada vez más

a mí. Parecía que me iba a matar de un momento a otro. Me paré, pero empecé de nuevo a alejarme de su lado y el perro cada vez más feroz, estaba más cerca todavía. Al cabo de un rato, totalmente lejos de usted, el perro se abalanzó sobre mí, me tiró al suelo, me mordisqueó y me desgarraba. Súbitamente llamé a don Bosco para que viniera a ayudarme. Usted oyó mis gritos, corrió enseguida, me libró de las fauces del perro, me trajo aquí a la enfermería, curó y vendó mis heridas y yo me sentí curado. Aquel perro feroz era el demonio, lo reconocí, quería arrastrarme a la eterna perdición.

Don Bosco le calmó y le ayudó a hacer una buena confesión. Adolfo quedó tranquilo y decía después a don Bosco:

—Los compañeros malos con quienes he alternado son fulano, zutano y mengano. Le ruego, por tanto, que les avise y les diga de mi parte que hubiera preferido que me hubiesen envenenado, que me hubiesen matado, antes que sufrir las amarguras del alma que ahora experimento. Pida perdón de mi parte a los condiscípulos a quienes he escandalizado con mis malas conversaciones.

Don Bosco se lo prometió, y con suaves palabras infundió en su corazón plena confianza en la misericordia de Dios.

Después de unas horas Adolfo expiraba plácidamente.

Por este hecho se puede colegir cuán doloroso sea en punto de muerte haber escandalizado en vida a los compañeros con conversaciones obscenas y amistando con los malos: mientras por nuestra parte encontramos una razón en las últimas palabras que don Bosco había escrito desde Mornese a don Miguel Rúa: «Remacha alguna noche la cuestión de las malas **[638]** conversaciones entre los aprendices». De hecho se vio a los aprendices acercarse a los sacramentos con mayor fervor y frecuencia y asistir a las prácticas de piedad durante el mes de mayo.

Entre otras obras buenas, se dedicaba don Bosco, por aquellos días, a lograr sacar de la cárcel de *Civita-Castellana* a Bartolomé Vaschetti alumno suyo, allí detenido hacía cinco meses. Desertó del ejército italiano y se refugió en los Estados Pontificios, donde, como medida prudencial, todos los desertores extranjeros pasaban a la prisión de la que no salían hasta que una persona del Estado se hiciera responsable ante las autoridades. El testimonio de don Bosco liberó al encarcelado.

Pero, en cambio, no lograba conseguir un favor para el benemérito profesor José Bonzanino quien, en los principios del Oratorio, admitió durante años, gratuitamente, en sus escuelas privadas de bachillerato elemental, a nuestros alumnos estudiantes.

9-5-69

Muy querido Profesor:

Nuestras esperanzas se han desvanecido totalmente, como verá por la carta del marqués Gualterio a la condesa Digny. Paciencia.

Si le parece que se puede intentar otro camino, haré cuanto me diga.

Dios les bendiga, a usted y a toda su familia, y créame con gratitud,

De V. S.

Afmo. amigo
JUAN BOSCO, *Pbro.*

No sabemos de qué se trataba. Pero también en otra grave circunstancia vio don Bosco fallidas sus esperanzas. El parlamento, contra la previsión de muchos, votó una ley que quitaba a los clérigos la exención del servicio militar.

Esta ley se promulgó el 27 de mayo, y don Bosco mandó comunicación de la misma a los Directores de los colegios de Mirabello y de Lanzo, por medio de don José Lazzero.

[639] *Muy apreciado en Jesús y María:*

Como sabrás, ha sido válida y aprobada la ley sobre los clérigos. A tal propósito me encarga don Bosco te advierta que animes a tus clérigos en peligro... porque no será afectado ninguno de la Sociedad. Es palabra de don Bosco y eso basta.

Mis saludos y respetos para ti, como padre, y lo que digo al padre entiéndase para los hijos.

Espero volverte a ver pronto, y contigo a una porción de tu familia.

Quiéreme siempre bien, como a ti te quiere,

Tu afmo.
JOSÉ LAZZERO

Los clérigos experimentaron un gran alivio con la promesa de don Bosco. Tenemos esta bonita carta de agradecimiento de uno de ellos.

Reverendísimo señor don Bosco:

Al mismo tiempo que supe se había aprobado la ley, que yo tengo por injustísima, contra los clérigos, tuve una nueva prueba de la paternal y amabilísima solicitud que usted se toma por sus queridos hijos. Cuanto más graves son los peligros, tanto más trabaja usted para su consuelo. En cuanto a mí, llamado a los estudios de un modo extraordinario, conducido a don Bosco por caminos jamás pre-

vistos por mí, de la próvida mano del Señor, que parece haberse tomado cuidado especialísimo por mí, aunque siempre tan indigno, desde el día en que conocí esta amada Sociedad; desde entonces la quise y no he cesado ni un instante de estar contentísimo de mi estado y de los votos perpetuos que he hecho. Son tantas y tan grandes las pruebas de afecto y del cuidado que de continuo se toma usted por mí, que no puedo expresarle suficientemente con palabras, el deber que siento de agradecérselo y las obligaciones que he contraído con usted. ¡Cuántos bienes espirituales y corporales he experimentado yo en esta sociedad que ciertamente no habría tenido jamás en otra parte!

Pero en esta ocasión acabo de compartir otra prueba todavía mayor de su gran solicitud paternal. Quién sabe los peligros de alma y cuerpo a los que yo estaría expuesto con el servicio militar por tan rigurosa ley. Pero el Señor sabrá sacar mucho bien de tanto mal para la Sociedad y para toda la Iglesia; yo así lo espero.

Ya me había prometido usted muchas veces librarme del servicio militar a toda costa: por eso yo, apoyándome totalmente en su palabra, no me preocupé lo más mínimo con la noticia de esa ley en cuanto a mí; pero, reflexionando en el gran beneficio que se me hacía, me sentí obligado a manifestarle mis más vivos sentimientos de gratitud y **[640]** reconocimiento. Quiera Dios que esto me mantenga cada vez más ligado con mi amor a la Sociedad y a mis superiores y que nunca, en lo sucesivo, pueda llegar a ser mínimamente ingrato.

¡Y de cuántas gracias no soy deudor a mi Señor! ¿Cómo agradecerle dignamente tan singular y afectuosa protección?

Ayúdeme usted mismo y concédame el Señor, al fin y pronto, el paraíso, para prorrogar allí mi agradecimiento por toda la eternidad.

Don Bosco, soy todo suyo por tantas y tan grandes atenciones; y lo era antes, pero ahora lo soy doblemente. Disponga de mí a su gusto, quiero ser como una pelota en su mano, emplee mis débiles fuerzas donde mejor le parezca, si entiende que puedo ser útil en algo a la Sociedad o a las almas redimidas con la Sangre preciosísima del divino Salvador. Disculpe mi expresión, pero acepte los más vivos sentimientos del amor, el reconocimiento y la gratitud que le tengo. Le deseo de todo corazón unas buenas fiestas de María Auxiliadora y, ya que no puedo estar presente en tan gran solemnidad, me encomiendo mucho a sus oraciones.

Concédame, querido don Bosco, su paternal bendición, mientras beso reverentemente su mano y tengo la gran satisfacción de profesarme siempre,

Lanzo Torinese, 29 de mayo de 1869.

Su afmo. hijo espiritual
JOSÉ DAGHERO, *Clér.*

La verdad es que aquella ley no alcanzó por entonces y durante varios años más, a ningún salesiano. La protección de la Santísima Virgen, la caridad incansable de don Bosco, la generosidad y la habilidad de los bienhechores supieron realizar prodigios de salvación. Mientras se permitió, se pagó el rescate a todos.

Don Bosco no había abandonado entretanto el plan de obtener del Gobierno la iglesia del Santo Sudario en Roma y pedía informes y consejos a los amigos de Florencia, rogándoles se interesasen eficazmente ante el Ministerio.

Turín, 8-5-69

Muy apreciado y benemérito Caballero:

He recibido su carta con el memorándum. Me atendré a las sugerencias que tiene a bien darme. Reciba mi más vivo agradecimiento, pero aún necesito alguna aclaración **[641]** a propósito, antes de formular una petición a Florencia, y saber:

1.º Si desde 1851, año al que alcanza el memorándum, no cambiaron las personas y las condiciones de la administración.

2.º ¿Existe todavía la Cofradía del Santo Sudario y ejerce alguna autoridad sobre la propiedad, los frutos o la administración de las casas y de la iglesia?

Sería estupendo que pudiera darme aclaraciones *ad hoc;* de otro modo me atendré simplemente a la solicitud. No sé, sin embargo, si he de dirigirla al conde Gualtiero o al conde Menabrea. En cuanto pueda obtener el nombramiento de nuestro Gobierno no tendré ninguna dificultad, por lo que toca a Roma. Quedaría el gasto de la restauración de la iglesia, que es enorme, pero esto se podrá alcanzar también, apenas se confíe la administración a una persona determinada. Siga usted dándome sus preciosos consejos, que yo cumpliré con la debida prudencia y con la gratitud que el favor se merece.

Que Dios bendiga a usted y a su familia y créame con todo aprecio

Su afmo. y seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

El caballero Cantón le contestaba:

Reverendísmo y queridísimo Señor:

Con retraso respondo a su apreciadísima carta del 8 del corriente mes. Perdóneme, no ha sido por falta de ganas; varias causas me imposibilitaron contestarla.

He de comunicarle:

1.º Que desde 1851 hubo pocos cambios en las personas administradoras de la iglesia y rentas del Santo Sudario de Roma; sólo se sucedieron nuestros Ministros en la ciudad eterna, aunque no se ocupasen mucho de la iglesia y de su conservación. Precisamente por eso, al no haberse hecho a tiempo las reparaciones, casi hubo que cerrar la iglesia ante la imposibilidad de celebrar decentemente las funciones en ella. Sin embargo los fondos no sufrieron deterioro, por lo que estoy seguro de que usted no tendría que atender pagos o deudas notables.

2.º La Cofradía del Santo Sudario ha desaparecido. El Ministerio de Asuntos Exteriores, encargado en base de una simple delegación del Gobierno Pontificio en la Delegación Sarda, que antes existía, continúa su administración cumpliendo escrupulosamente todas las obligaciones espirituales y temporales a través de cierto caballero Bernetti, que es también administrador de un palacio que tiene nuestro Gobierno en Roma, conocido con el nombre de *Palacio de Florencia en el Campo de Marte.* Supe también que el Secretario ha muerto.

[642] Envíe V. S. enseguida su solicitud al conde de Menabrea, formulada en el sentido de *que usted pide hacer funcionar la iglesia del Santo Sudario en Roma,* que usted está *seguro de que el Gobierno Pontificio verá con agrado tal acto y concesión*

y que entretanto pide saber cuáles son los tratos que se harán con el eclesiástico que se dedicase a atender la iglesia.

Mándeme su solicitud y yo la pasaré a S. E. Sé que él está bien dispuesto y que de veras se desearía que la iglesia del Santo Sudario volviera a funcionar.

No sé si le satisfará mi respuesta. En todo caso estoy dispuesto a darle aún todas las aclaraciones que desee.

Con todo respeto y de corazón,

17 de mayo de 1869.

Su atento y afmo. s. s.
CANTÓN

El Venerable se apresuró a cumplir las indicaciones del señor Cantón, a quien envió su instancia para que la presentase al Ministro.

Al Excelentísimo señor Ministro Menabrea.

Excelencia:

El que suscribe recurre respetuosamente a V. E. para pedir un favor que, a la par, resultaría muy provechoso para una obra de beneficencia, de gloria para el Gobierno y sumamente apreciada por la opinión pública de los buenos.

Se manifiesta a V. E. que en el establecimiento, llamado Oratorio de San Francisco de Sales, están internados más de ochocientos muchachos pobres, algunos de los cuales, con evidentes señales de vocación, abrazan el estado eclesiástico; resultaría de gran utilidad una iglesia donde podrían ocuparse uno o más sacerdotes con algunos seminaristas, que al mismo tiempo que trabajaran para promover el decoro de las funciones sagradas, tendrían un medio material para proseguir sus estudios.

Por otra parte, la iglesia del Santo Sudario se halla en el sitio más céntrico de Roma; mas, por estar cerrada desde hace años, no ha funcionado y va perdiendo su antiguo y monumental esplendor hasta amenazar ruina, si no se la restaura cuanto antes y se la pone en situación de que pueda servir para el culto divino. Así las cosas, el que suscribe se atreve a suplicar a V. E. quiera concederle a él o en su lugar a un sacerdote del mencionado establecimiento, la iglesia del Santo Sudario en Roma. A tal propósito se obligaría al culto ordinario, al cumplimiento de todas las cargas, a su mantenimiento y a cuanto concierne al decoro de las funciones sagradas.

[643] En lo que al Gobierno Pontificio se refiere, el recurrente se obliga al cumplimiento de las incumbencias correspondientes en la seguridad de no hallar dificultad, tratándose de cosas de utilidad pública, civil y religiosa.

En cuanto a los gastos a hacer para la restauración, podría el Gobierno, si lo juzga oportuno, ejecutar los trabajos por su cuenta, o bien ceder el patronato, con los demás derechos, a quien quisiera hacer el gasto correspondiente a esta restauración. Pero como esto es algo accesorio, se deja totalmente a la buena voluntad de V. E.

Esta es la obra que se propone a V. E. Desaparecería así el motivo del gran disgusto que experimentan todos los italianos al ver una majestuosa basílica, situada en el lugar más propicio de la ciudad, cerrada y amenazando ruina.

Espero que sea tomado en benigna consideración lo expuesto y por ello, augurando a V. E. abundantes bendiciones del cielo, se profesa humildemente y con profundo agradecimiento,

De V. E.

Mayo, 1869.

Atento y seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Y el caballero Cantón comunicaba a don Bosco a vuelta de correo que había cumplido su encargo.

Ilmo. y Rvmo. Señor:

Su instancia para el funcionamiento de la iglesia del Santo Sudario de Roma, que recibí ayer, está en manos de su Excelencia el conde Menabrea. Hago votos para que V. S. sea preferido a los demás, y le sea confiado el encargo.

Supe, no obstante, de fuente autorizada, que S. E. tiene ya puestos los ojos desde hace algún tiempo en un sacerdote saboyano para este fin. Le escribiré apenas sepa algo sobre ello. Si usted puede hacer apoyar su instancia por alguno de los parientes en Turín de Casa Menabrea, o también de los Digny, estaría bien.

Siempre dispuesto a sus órdenes y recomendándome a sus oraciones, me profeso,

De V. S. Rvma.

20 de mayo de 1869.

Su afmo. s. s.
CANTÓN

[644]

CAPITULO LI

EL PUEBLO APRECIA CADA DIA MAS EL DON DE DON BOSCO PARA CURAR – NOVENA DE MARIA AUXILIADORA: CURACION INSTANTANEA DE UNA NIÑA CIEGA – LA VISPERA DE LA FIESTA: UN GENERAL MORIBUNDO RECOBRA LA SALUD DE UNA FORMA ADMIRABLE – RECUERDOS DE LA FIESTA: UNA CURACION PROMETIDA Y OBTENIDA – UN MEDICO INCREDULO SE CONVIERTE Y RECOBRA LA SALUD – DON BOSCO VA A LANZO PARA LA FIESTA DE SAN FELIPE NERI: SUCESOS MILAGROSOS – CARTA DE DON BOSCO AL CANÓNIGO ALMERICO GUERRA, AGRADECIENDO UN LIBRO – LECTURAS CATOLICAS

DON Bosco, escribe don Juan Bonetti en sus memorias, poseyó superabundantemente el don de obrar curaciones, lo mismo de cerca que desde lejos; y era un don, tan manifiesto y comprobado, que en Turín acudían a diario al Siervo de Dios muchísimos enfermos o sus parientes, hasta de pueblos lejanos, para implorar sus oraciones y su bendición.

Por eso, a cualquier sitio que fuera, acudían a él de todas partes; y le llegaban por correo constantemente numerosísimas cartas, incluso telegramas, del extranjero. Los moribundos, las más de las veces obtenían mejoría y después la curación de manera extraordinaria; o bien, si no tenían la disposición de ánimo conveniente para la muerte, cambiaban y se preparaban a ella con los mejores sentimientos de piedad y religión.

[645] Como testimonio de los hechos, anduvieron siempre unidos por los pueblos los nombres de María Auxiliadora y de don Bosco; y era opinión común que la Virgen concedía muchas gracias por las oraciones de su Siervo; y, si el consenso universal constituye una prueba para demostrar una verdad, esta prueba existe indudablemente con respecto a don Bosco.

Durante el mes de mayo, y especialmente en la novena y fiesta de María Auxiliadora, el Oratorio empezó a ser testigo de semejantes maravillas. He aquí algunas de 1869.

Cuenta don Francisco Dalmazzo:

«Era la víspera de una fiesta (Pentecostés, 16 de mayo). Por la tarde, hacia las cinco, fueron algunos muchachos a la sacristía de la iglesia de María Auxiliadora para confesarse y estaban esperando a que don Bosco bajase de su habitación. Mientras yo atravesaba la sacristía para ir a la iglesia, vi entrar a una mujer de edad avanzada, que llevaba de la mano a una niña de diez o doce años, con los ojos vendados y totalmente ciega. Era ésta de Vinovo y se llamaba María Stardero; la acompañaba para que la bendijera don Bosco. Me detuve, dije unas palabras a la anciana, la cual me enseñó los ojos de la pobre enferma. Vi y observé, con mucha pena, que les faltaba la córnea de la pupila y que estaban blancos del todo.

»De haberme quedado allí, hubiera podido contemplar el hecho prodigioso que aconteció con todas sus circunstancias; pero me lo contaron todo unos instantes después los muchachos que estuvieron presentes.

»Bajó don Bosco a la sacristía, y aquella anciana, que era tía de la niña, le presentó a la pobre ciega para que la bendijera.

»—¿Cuánto tiempo hace que tienes malos los ojos?, preguntó a la niña.

»—Hace mucho que sufro, pero que no veo hará unos dos años.

»—¿Habéis consultado a los médicos? ¿Qué dicen? ¿Has usado los remedios que te han mandado?

»—¿Remedios? Imagínese, respondió la tía, si habremos **[646]** empleado remedios. Pero ninguno ha sido eficaz. Dicen los médicos que los ojos están destrozados y no dan ninguna esperanza.

»La pobrecita niña lloraba y don Bosco le dijo:

»—¿Distingues los objetos grandes de los pequeños?

»—No distingo nada, absolutamente nada, contestó María.

»—Quitadle esa venda, dijo el Siervo de Dios.

»Hizo que llevaran a la niña junto a una ventana muy iluminada y le preguntó:

»—¿Ves la luz de esa ventana?

»—¡Pobre de mí! ¡No veo nada!

»—¿Quieres ver?

»—¿Ver? Lo deseo más que nada de este mundo... ¡Qué triste es mi suerte!

»Y sollozaba.

»—¿Te servirás de los ojos para bien del alma y no para ofender a Dios?

»—Se lo prometo con todo mi corazón.

»—Tú volverás a ver.

»Preguntó entonces don Bosco a la tía y a la sobrina, si tenían devoción y confianza en María Santísima y, a su respuesta afirmativa, acompañó a las dos hasta un reclinatorio e hizo que se arrodillasen. Preguntó a la niña si sabía rezar bien el *Avemaría*, y al oír que sí, mandó que la recitara: él y la buena anciana se asociaron a la plegaria. Como oyera después que también sabía la *Salve,* se la hizo recitar. Luego don Bosco, animando a las dos a poner confianza grande y absoluta en la Virgen, dio a la niña su bendición y, sacando del bolsillo una medalla de María Auxiliadora, se la presentó diciendo:

»—¿Qué tengo en la mano?

»La tía se levantó enseguida y dijo a don Bosco:

»—Es ciega, ¿sabe? ¡No ve nada!

»Don Bosco, sin hacerle caso, repitió a la niña:

»—Mira bien; ¿qué tengo en la mano?

[647] »Hizo la niña un esfuerzo y, de repente, abriendo de par en par los ojos, se fijó en aquel objeto, alzó las manos y gritó:

»—¡Ya veo!

»—¿Qué ves?

»—¡Una medalla, la medalla de la Virgen!

»—¿Y qué hay del otro lado?

»—San José con una vara florida en la mano.

»—¡Virgen Santísima!, exclamó la tía; sí que ve.

»—Sí que veo. La Santísima Virgen me ha hecho la gracia.

»Y así diciendo, tendió la mano para asir la medalla que don Bosco le alargaba, pero se le cayó en un rincón oscuro de la sacristía. La tía se inclinó para recogerla, mas don Bosco se opuso diciéndole:

»—Deje que lo haga ella; veremos si la Santísima Virgen le ha concedido perfectamente la vista.

»Y la jovencita encontró enseguida la medalla. La tía conmovida se echó a llorar. Dio las gracias a don Bosco y a la Virgen y, siempre llorando, se marchó. La jovencita, fuera de sí, gritando de alegría, había salido antes que ella y, sin decir una palabra a nadie, se iba a toda prisa hacia Vinovo, dejando muy atrás a la tía y a otra señora que les había acompañado.

»Hubo muchos alumnos que presenciaron el milagro y con ellos el sacerdote Alfonso Scaravelli, Francisco Genta, de Chieri, y María Artero, maestra de escuela».

La niña curada, volvió poco después al Oratorio para dar gracias a la Santísima Virgen por la recuperación de la vista y regalar a su iglesia la mejor ofrenda que los medios familiares le permitían. Desde entonces no experimentó la menor molestia en los ojos y, aún

hoy (1916), los tiene sanísimos, y la tía que la acompañó no sufrió más en los días de su vida los grandes dolores reumáticos, de la espalda y el brazo derecho, que le imposibilitaban, hacía mucho tiempo, para cualquier trabajo serio, especialmente en el campo.

[648] El mes de mayo de aquel año quedó señalado con otro milagro de la Virgen.

«Entre los muchos que acudieron a dar gracias a la Santísima Virgen por los favores recibidos, se presentó cierto patricio turinés, escribía don Juan Bautista Francesia a la Presidenta de Tor de'Specchi, el cual, después de haber recibido los santos óleos, tuvo la promesa de don Bosco de que se recuperaría y podría volver a ver la fiesta de María Auxiliadora. Y vino y la vio con admiración y devoción de todos.»

He aquí más detalles.

Un general, residente en Turín, reducido a los últimos extremos, por una gravísima enfermedad, el 22, sábado, se confesó con el Siervo de Dios, el cual, con asombro de toda la familia, no creyó oportuno administrarle los otros sacramentos, aunque los médicos declaraban que el peligro de muerte era inminente. Don Bosco había dicho al enfermo:

—General, pasado mañana celebramos la fiesta de María Auxiliadora; récela de corazón y, agradecido a su curación, venga ese día a comulgar allí.

Como al día siguiente el enfermo empeoró, al extremo de que se temía muriese de un momento a otro, la familia quería administrarle los últimos sacramentos; pero, puesto que don Bosco había recomendado que no le dieran los Santos Oleos, si no se encontraba él presente, a las ocho de la noche mandaron corriendo a advertirle el gravísimo peligro en que se hallaba el general y el temor que los médicos habían manifestado de no encontrarlo vivo a la mañana siguiente.

Como aquel día era la víspera de una fiesta tan querida para la familia salesiana, don Bosco había estado en el confesonario desde el alba y volvía a él hacia las seis de la tarde. Cuando fueron a llamarle estaba todavía rodeado de una turba de muchachos, que esperaban turno para confesarse.

—Venga pronto, le dijeron; el general se muere y tal vez no llegue usted a tiempo.

—Pero ved, contestó él, que estoy confesando y no puedo dejar sin más a estos pobres niños; cuando termine, iré.

Y siguió confesando **[649]** hasta las once. El coche lo esperaba hacía tres horas.

—Dése prisa, por favor, le dijo el que había ido a buscarle.

Pero don Bosco le contestó que no podía más y necesitaba tomar algo, pues no había tomado nada desde el mediodía.

—Venga, venga; en casa del general tendrá de todo. Suba, pues, al carruaje y en dos minutos estamos en casa del general.

—Pronto, pronto, le dicen los de la familia; tal vez ya no haya tiempo, el pobre general ha empeorado mucho.

—Hombres de poca fe, replicaba él, ¿no os he dicho que el general comulgará mañana en la iglesia de María Auxiliadora? Es casi media noche y necesito comer, tanto más que mañana he de estar en el confesonario a las cinco: denme algo de comer.

Don Bosco se sentó entonces con toda calma a la mesa, tomó un refrigerio, bendijo después al enfermo y, sin decir nada de los Santos Oleos, montó otra vez en el coche y volvió al Oratorio.

El general, a quien creían muerto, se encontraba, en cambio, en un estado de inmovilidad inexplicable para los mismos peritos de la ciencia, pero era un simple sueño; y es el hecho que, a la mañana siguiente, de madrugada, dice a su hijo que le prepare la ropa, porque tiene que ir, según lo convenido, a recibir la comunión de manos de don Bosco.

Hacia las ocho, mientras el Siervo de Dios se preparaba para salir al altar, se le presenta un señor, paliducho, que le dice:

—Don Bosco ya he venido; heme aquí.

—Mucho gusto; pero ¿con quién tengo el honor de hablar?

—¡Cómo! ¿No reconoce al general?

—¡Ah! Bendita sea María Auxiliadora. Ya le dije bien claro, que hoy vendría usted a este santuario dedicado a nuestra buena Madre...

—Perdóneme, señor; desearía que me confesase, porque quiero, de acuerdo con su consejo, comulgar en su misa.

—¿No se confesó anteayer?

—Sí, señor; pero quiero, al menos, acusarme de haber faltado a la fe, porque me reconozco culpable.

[650] Entonces el sacerdote le reconcilió, diole después la comunión y el general volvió a su casa en perfecta salud [1].

El 23, domingo, terminaba la hermosa y santa novena de María

---

[1] Este hecho se lee también en *Don Bosco* del Dr. D'Espiney, traducción italiana, editada en San Pier d'Arena.

Auxiliadora con mucha asistencia de forasteros. La *Unidad Católica* escribía el 26 de mayo:

Se celebró por segunda vez entre nosotros la apreciada fiesta, con más pompa y magnificencia que el año pasado. Es increíble la concurrencia de fieles a la nueva iglesia, a pesar del tiempo lluvioso. Las comuniones llegaron a varios millares. Pontificó en las segundas Vísperas monseñor Gastaldi, obispo de Saluzzo, e impartió la bendición con el Santísimo, el Arzobispo de Turín. El canónigo Nasi habló al inmenso auditorio del poder y de la bondad de María y habló más con el corazón que con las palabras, como habla un hijo amante de la más grande y afectuosa de las madres. Cuatrocientas voces cantaron el *Sancta María, succurre miseris* y la antífona, con música sabiamente compuesta por el sacerdote Cagliero, resultaba mucho más sublime que nunca en los tiempos actuales. Era un pueblo de cantores que atraía la intervención maternal de la poderosa Virgen María en favor de la Iglesia y del Clero: *interveni pro clero*. Fue un verdadero triunfo de María que en tiempos tan tristes se haya podido celebrar la fiesta con tanta tranquilidad y devoción.

La Virgen seguía dando más pruebas de su bondad en aquel tiempo.

Un médico, muy apreciado en el ejercicio de su profesión, se presentó un día en el Oratorio y pidió hablar con don Bosco.

Cuando estuvo ante él, tras las primeras palabras, prorrumpió:

—Dicen que usted cura todas las enfermedades: ¿es verdad?

—¿Yo? De ninguna manera, exclamó el Venerable.

—Pues me lo han asegurado. Y hasta me han dicho las personas y la clase de enfermedades.

—Verá usted. Muchos vienen aquí a pedir gracias por intercesión de María Auxiliadora. Si después de un triduo o una novena, obtienen cuanto desean y **[651]** curan, no soy yo; sólo es un favor de la Santísima Virgen.

—Pues bien, que María me cure a mí y creeré en esos milagros.

—¿Cuál es su enfermedad?

Contó el médico que padecía de epilepsia y que, especialmente desde un año a aquella parte, se habían hecho los ataques tan violentos que no podía salir a la calle sin ir acompañado, por miedo a un accidente. Terminó diciendo que ningún remedio le había ayudado, y que en la desesperación había ido al santuario de María Auxiliadora en busca de salud como muchos otros.

—Entonces, haga como los demás; arrodíllese para rezar conmigo alguna oración, dispóngase a purificar y alimentar su alma con la confesión y comunión, si quiere que la Virgen le consuele.

—Mándeme otra cosa, porque eso no lo puedo hacer.

—¿Por qué?

—Sería una hipocresía, pues yo no creo en Dios, ni en la Virgen, ni en la oración, ni en los milagros.

El Venerable quedó un poco espantado ante aquel acto de incredulidad y después, con la ayuda divina, encontró palabras tan penetrantes, que el médico se arrodilló y se santiguó.

—Me extraña, dijo, saber hacer todavía la señal de la cruz; hace cuarenta años que no me había santiguado.

Rezó, se confesó y, cuando se levantó, dijo que se sentía cambiado interiormente y lleno de una alegría como no se hubiera esperado. También recuperó su salud externa *y no tuvo que lamentar ni un solo ataque de su mal*, de modo que pudo volver con frecuencia a dar gracias a María Auxiliadora, que le había sanado de alma y cuerpo.

Acabadas las fiestas de María Auxiliadora, el día 30 de mayo debía celebrarse en el colegio de Lanzo la solemnidad de su patrono, san Felipe Neri. La iglesia y el patio estaban engalanados espléndidamente a la espera de don Bosco, que debía **[652]** llegar el día 29 por la mañana. Por la tarde llegarían también los cantores del Oratorio y la banda de música. Los alumnos de Lanzo les esperaban con entusiasmo indescriptible.

Pero no todos, con harta pena, podían participar de la común alegría. Siete alumnos estaban enfermos con viruelas; empezaba la erupción de pústulas en algunos y en otros ya estaban desarrolladas. Uno de ellos se acercó imprudentemente al balcón, a pleno aire, cuando las pústulas aún no estaban maduras, se desvaneció la erupción y a fuerza de sudoríferos se iba logrando hacerlas reaparecer. Los enfermos, por orden del doctor Magnetti, estaban separados de los compañeros, en una habitación caliente, cuya puerta y ventanas se cerraban, además, con doble cortina. Pero los enfermos, impacientes con el encierro, habían trazado un plan:

—Don Bosco viene; ¡nos bendice, nos curamos y disfrutaremos de la fiesta!

Y sin más, llamaron al Director y le pidieron que acompañara a don Bosco hasta su habitación, apenas llegara. Mientras tanto hicieron que trajeran su ropa al pie de la cama.

Llegó don Bosco. Todos los alumnos salieron a su encuentro aclamándolo. El Director tardó una media hora en poder llevarlo hasta la enfermería. Los enfermos enviaron un recado con urgente insistencia. Don Bosco fue a visitarlos; y ellos, tan pronto como le vieron, gritaron a una voz.

—¡Don Bosco! Bendíganos, cúrenos.

Don Bosco sonrió ante aquella petición y les preguntó si tenían fe en la Virgen. Respondieron que sí. Entonces él les dijo:

—Recitemos, pues, todos juntos el avemaría.

Y después los bendijo.

Inmediatamente, los muchachos, sentados en la cama, con las manos tendidas hacia su ropa, le preguntaron:

—¿Podemos levantarnos?

—Pero ¿tenéis verdadera fe en la Virgen?

—Sí... sí...

—Pues bien; ¡levantaos!, dijo don Bosco.

Y se retiró.

Los muchachos empezaron a vestirse a toda prisa. El **[653]** Director acompañó a don Bosco a su habitación y volvió enseguida a la enfermería para cerciorarse de la eficacia de la bendición. Seis ya habían bajado al patio a jugar. Sólo uno se había quedado en cama, un tal Juan Baravalle, el cual preguntó si no se pondría peor levantándose. El director, al ver que le faltaba la fe que creía necesaria para poder curar de repente, dada la gravedad de la enfermedad, por lo demás no mayor que la de los otros, le mandó que no se levantara. Y bajó al patio.

Soplaba en aquella cumbre alpina un viento húmedo y frío y andaba él pensativo y angustiado por su responsabilidad y por las órdenes del médico que había recomendado muchas precauciones, sobre todo que los enfermos no se expusieran de ningún modo al aire. Fue a buscar a los enfermos en medio del tumulto de los juegos. Examinó uno a uno su cara, el cuello y los brazos y vio que pústulas y granos habían desaparecido.

Estaban entre los curados los alumnos José Demagistris, más tarde profesor en el Real Liceo de Turín y Carlos Passerini, profesor de los cursos técnicos en esta misma ciudad. Ambos están dispuestos a corroborar el hecho bajo juramento.

Al día siguiente, 30 de mayo, hubo en el colegio una gran fiesta, que terminó por la tarde con la solemne entrega del premio de buena conducta a seis internos con el aplauso de todos los compañeros. Asistía un gran número de invitados.

Fue nombrado el primero para recibir el premio, precisamente Demagistris...

El doctor Magnetti se levantó y respondió por él a la llamada:

—¡Está enfermo!

Pero, con harta sorpresa, le oyó contestar:

—¡Presente!

Y le vio adelantarse.

El segundo en ser llamado fue Passerini, y el médico repitió:

—¡Enfermo!

Mas Passerini respondió:

—¡Presente!

Y se plantó ante don Bosco.

El médico no pudo contener su indignación: llamó aparte a los dos alumnos, los miró de arriba abajo, dijo que las pústulas habían desaparecido y que eso era algo serio, que los superiores eran los responsables de cuanto pudiera suceder. Después **[654]** subió a la enfermería y, como no encontró allí más que a Baravalle, salió indignado.

En efecto, sin la intervención de una ayuda sobrenatural, aquellos muchachos no habrían podido, sin grave peligro, pasar de un ambiente caliente al aire frío del patio y permanecer allí tanto tiempo sin riesgo. En cambio estaban curados del todo, excepto Baravalle que siguió el curso normal de la enfermedad y, merced a los cuidados del doctor Magnetti, pudo dejar la cama unos veinte días después.

Desde Turín, escribía don Bosco al *Rvmo. señor don Almerico Guerra, en Lucca.* Este le había enviado su libro *Vocaciones al estado eclesiástico* como regalo. En él mencionaba varias veces al Venerable, con palabras muy laudatorias, y elogiaba su celo por las vocaciones eclesiásticas; recomendaba varias de sus obras y la edición de los clásicos latinos expurgados, y denominaba a los colegios y escuelas de don Bosco *«verdaderos seminarios de virtud»* que *«suministran bonísimos seminaristas y óptimos sacerdotes».*

Turín - Valdocco, 6-6-69

Muy apreciado en el Señor:

He recibido su libro *Vocaciones al estado eclesiástico* y se lo agradezco de corazón. Está todo él según mi espíritu y deseo vivamente que corra por las manos de los educadores de la juventud. Lo que me desagrada es el galante recuerdo que dedica a mi pobre persona, sin mérito alguno para ello. Sin embargo, agradezco cordialmente su bondad.

Entretanto, si es usted el editor, le ruego me envíe de momento diez ejemplares: más adelante le pediré otros. Mande el importe a nuestro común amigo P. Bertini, con quien tengo cuenta abierta.

Si pensara en la reedición, le mandaría con gusto algunas notas. Resultarían lecciones a Minerva; pero siempre serán una prueba de buen querer con un amigo.

Que Dios le bendiga a usted y sus trabajos. Ruegue por mi pobre alma y créame con gratitud y afecto,

De V. S. Rvma.

Afmo. en Jesucristo
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[655] Bertini enviaba al sacerdote Almerico Guerra los folletos de las *Lecturas Católicas.* También éstas, en los números correspondientes a junio y julio de aquel año, trataban de un modo general el tema de la vocación con el título de *La entrada en el mundo: consejos a un joven que sale de la escuela para abrazar un estado.*

Era una obrita excelente para los muchachos de la clase obrera. Comenzaba el prólogo con el pasaje bíblico: «Practicad lo que habéis aprendido y el Dios de la paz será con vosotros (Flp. IV-9)». Muchas de las amonestaciones están sacadas de la Sagrada Escritura. Avisa a los jóvenes de los peligros que encontrarán en el mundo, y les enseña la manera de vencerlos. Sugiere los medios para perseverar en el camino recto. Demuestra la importancia de seguir la propia vocación, de estudiarse a sí mismo para conocerla y la obligación de seguirla, sea para el estado eclesiástico, el religioso o el secular. Observa que el estado que más conviene a la mayor parte de los jóvenes es seguir el del propio padre, abrazando su arte u oficio, sin ambicionar cambios de fortuna, entregándose a los estudios o buscando empleos en la ciudad, lejos de sus padres.

Es un folleto que, retocado, debería ser reeditado y puesto en manos de cuantos terminan su aprendizaje en nuestras Escuelas Profesionales.

[656]

CAPITULO LII

EL PROCURADOR GENERAL DEL REY EN TURIN EXIGE A DON BOSCO QUE PIDA EL EXEQUATUR REGIO *PARA EL DECRETO PONTIFICIO DEL 1.º DE MARZO - DON BOSCO ACCEDE A HACER LA PETICION - EL CONSEJO DE ESTADO LA DENIEGA - CAUSAS DE LA NEGATIVA - PACIFICA SOLUCION DE LA CUESTION - DOCUMENTOS*

EN 1867, el Ministro de Gobernación, Urbano Rattazzi, que se había enterado del decreto del 23 de julio de 1864, por el que la Santa Sede había aprobado la Pía Sociedad de San Francisco de Sales, pidió a don Bosco que le enseñara el documento pontificio. Don Bosco se lo envió para demostrar que no había hecho nada a espaldas del Gobierno. Fue una simple curiosidad de Rattazzi. En efecto, no se habló del *Exequátur Regio* ni se produjo la menor molestia. Ya se ha dicho anteriormente cómo las modalidades de la parte legal de las Constituciones de la Pía Sociedad Salesiana se las había aconsejado a don Bosco dicho Ministro.

Pero el decreto del 1.º de marzo de 1869, que aprobaba la Pía Sociedad, interesó un poco más al Procurador del Rey en Turín, quien intimó a don Bosco, hasta con amenazas, que le presentara el decreto en que se declaraba exento de la jurisdicción del Ordinario el establecimiento por él dirigido, o sea, el Oratorio, y que elevara instancia para obtener el *Exequátur Regio.*

¿Por qué se interesaba tanto la autoridad política de una cuestión estrictamente eclesiástica?

[657] No tardó don Bosco en satisfacer el querer del Procurador del Rey, declarando que, aunque no había creído necesario enviarle con anterioridad el decreto, sin embargo, si era menester, él no tenía inconveniente en que se diligenciara el *Regio Exequátur*, y, más aún, le rogaba lo hiciera. Y, a continuación, le enviaba una instancia con este motivo.

Casi un mes y medio después le contestaba que, antes de dar curso a la instancia, era necesario que presentase también el decreto del 19 de febrero señalado en el decreto del 1.º de marzo de 1869.

El Siervo de Dios respondió que no había ningún decreto papal

con fecha 19 de febrero, referente a la Pía Sociedad de San Francisco de Sales; sino que la fecha señalada solamente indicaba el día en que la causa de la aprobación de la Sociedad de San Francisco de Sales había sido discutida y aprobada por la Sagrada Congregación y por el Padre Santo, como se dice claramente en el decreto del 1.º de marzo.

Siguieron las diligencias, y acabaron con la devolución de la instancia a don Bosco, con la siguiente nota al pie de la misma.

N.º 40 V.º. No ha lugar al Exequátur pedido.
Turín, 23 de noviembre de 1869

El Procurador General
EULA

Al mismo tiempo el Procurador retuvo y no restituyó el decreto de aprobación de la Pía Sociedad.

Pero ni siquiera esta especie de secuestro tuvo la menor consecuencia desagradable, porque el Procurador, por mediación de persona acreditada, desistió de sus pretensiones y don Bosco pudo gozar libremente del privilegio que le había sido otorgado.

He aquí, en orden, los documentos que poseemos, con respecto a esta cuestión.

[658]

GABINETE DEL PROCURADOR GENERAL
ANTE LA AUDIENCIA SUPERIOR DE
TURIN
N.º 2032.

Turín, 8 de junio de 1869

Ilmo. y Rvmo. señor don Juan Bosco:

Por diversas fuentes se nos ha asegurado, que V. S. Ilma. y Rvma. ha obtenido hace varios meses de la Santa Sede un Breve, por el que el Establecimiento por V. S. dirigido ha sido declarado exento de la jurisdicción del Ordinario Diocesano, y que V. S. ya ha puesto en marcha dicho Breve.

Como tal providencia no ha sido presentada al *Regio Exequátur* podría promover, sin más, un procedimiento penal por violación de las disposiciones que regulan el *Regio Exequátur*.

Pero quiero antes dirigirme a V. S. Ilma. y Rvma. invitándole a presentar en esta Procuraduría General, sin mayor dilación, el Breve de que se trata, junto con la correspondiente solicitud del *Exequátur*.

En todo caso, espero tenga a bien acusar recibo de ésta.

El Procurador General
EULA

10 de junio de 1869

Ilmo. señor Procurador General:

Mientras agradezco de todo corazón a V. S. Ilma. la bondad que me ha dispensado, me apresuro a enviarle, no el Breve, sino el Decreto de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares que aprueba la *Pía Sociedad de San Francisco de Sales.*

Debo, sin embargo, advertir que apenas recibí tal decreto, creí oportuno consultar a un acreditado abogado, para que me dijera si debía presentarlo al *Regio Exequátur.* Me respondió que a él le parecía que no, porque todas las Congregaciones Religiosas, cuyos socios conservan los derechos civiles, ejercen alguna jurisdicción sin que tengan ninguna aprobación gubernativa al efecto. Tanto menos en mi caso, agregó, en el que no se ejerce jurisdicción alguna. Me hizo las siguientes observaciones, que servirán también para hacer notorio que las fuentes de donde salieron las noticias llegadas a V. S. Ilma. eran inexactas.

Este decreto no se refiere para nada al Oratorio de San Francisco de Sales, sino a una Pía Sociedad de individuos que tienen la piadosa finalidad de conservar el espíritu y las normas que la experiencia da a conocer como convenientes para la formación de los muchachos pobres y abandonados a cuya **[659]** educación están totalmente dedicados los que desean inscribirse en la misma. Sus miembros, si quieren, pueden estar en sus casas y prestar su labor para apartar de calles y plazas a los pobres muchachos, a fin de encauzarlos moralmente y prepararles para un arte u oficio.

Esta Pía Sociedad no está exenta de la jurisdicción del Ordinario, sino que depende totalmente: *salva Ordinariorum jurisdictione,* dice el decreto.

Las reglas, además, han sido alabadas, pero no aprobadas, tal como rezan las mismas palabras del Decreto: *Ditata ad oportunius tempus constitutionum approbatione, quae emendandae erunt, etc.* (Dejando para más adelante la aprobación de las constituciones, que deberán corregirse, etc.).

Hay la facultad de conceder las dimisorias a los que entraren en nuestras casas antes de los catorce años y quisieran después formar parte de la Sociedad, pero estas dimisorias no encierran ninguna jurisdicción. Cuando se diera el caso, que hasta ahora todavía no se ha dado, en esta archidiócesis, el Superior de la Sociedad declara simplemente que el candidato N... N... le parece instruido, de buenas costumbres, libre de los defectos de irregularidad, y que, por tanto, puede ser admitido a las Sagradas Ordenes. Con esta declaración él se presenta a su Ordinario, el cual, después de asegurarse de la ciencia, moralidad y cuanto se exige al que quiere ser admitido a todos los grados, lo admite o no lo admite, según lo crea oportuno.

Me parece que el Superior de esta Sociedad, en semejantes casos, no ejerce ninguna jurisdicción, puesto que ella queda totalmente en manos del Ordinario.

Sin embargo, con el deseo de atenerme a cualquier prescripción legal, si V. S. Ilma. creyere que este Decreto debe sujetarse al *Regio Exequátur* ruégole hacer cuanto sea preciso a este respecto, puesto que, por mi parte, no me niego a los impuestos, formalidades y prescripciones de las leyes vigentes.

Muy agradecido a las atenciones que V. S. Ilma. se digna dispensarme, confiando siempre en su bondad, tengo el alto honor de profesarme,

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

PROCURADORIA GENERAL
AUDIENCIA SUPERIOR DE
TURIN
N.º 2076.
Regio Exequátur

Turín, 3 de junio de 1869

Ilmo. y Rvmo. señor don Juan Bosco:

Habiendo examinado el decreto de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, que V. S. Ilma. y Rvma. me transmitió con su apreciada **[660]** carta del 10 del corriente mes, me he convencido de que tal disposición está sujeta al *Regio Exequátur.*

Ruégole, por tanto, tenga a bien hacer la correspondiente instancia en papel timbrado de cincuenta céntimos, para presentarla en esta Procuradoría General, y yo me cuidaré después de tomar las disposiciones del caso.

El Procurador General
EULA

Turín, 16 de junio de 1869

Muy honorable señor Procurador General:

El que suscribe, respetuosamente expone a Vuestra muy Honorable Señoría que, en su deseo de promover el bien de la juventud pobre y en peligro, abrió, con permiso de las autoridades eclesiásticas, varios oratorios con patios y escuelas anejas. Y después, para proveer de educadores y maestros que adquirieran y conservaran el espíritu y las normas que el estudio y la experiencia reconocen como más oportunas, formó una Asociación de caritativos y celosos individuos con el nombre de Pía Sociedad de San Francisco de Sales. Recientemente, el día 1.º de marzo del corriente año, se consiguió un Decreto de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares en favor de esta Asociación. Suplico a V. S. quiera examinarlo y, si lo cree conveniente, lo someta al *Regio Exequátur* en conformidad con las leyes vigentes.

Agradecido tengo el honor de profesarme de,
Vuestra muy Honorable Señoría

Humilde Recurrente
JUAN BOSCO, *Pbro.*

PROCURADORIA GENERAL
AUDIENCIA SUPERIOR DE
TURIN
N.º 40

Turín, 2 de agosto de 1869

Ilmo. y M. Rvdo. señor don Juan Bosco:

Antes de responder a la instancia cursada por V. S. Ilma. y Rma. para obtener que sea concedido el *Regio Exequátur* al Rescripto Pontificio del 1.º de marzo p. p., relativo a la Congregación de Sacerdotes instituida bajo el título de San Francisco de

Sales, necesitaría ver el Decreto del 19 de febrero p. p. indicado en el mismo Rescripto.

Por ello me dirijo a V. S. Ilma. rogándole tenga la bondad de hacer que dicho decreto llege a esta Procuradoría General

El Procurador General
EULA

[661]
REINO DE ITALIA
MINISTERIO DE GRACIA, JUSTICIA Y CULTOS
3.ª División - Sección 1.ª, N.º 13258
Negociado de Cultos *Florencia, 3 de octubre de 1869*

ASUNTO
Congregación Religiosa Secular

A S. E. el Presidente del Consejo de Estado

Relación Ministerial

El Procurador General de Turín llegó a saber que, en esta ciudad, se había fundado una Pía Congregación de Sacerdotes, Clérigos y Laicos, unidos por los acostumbrados tres votos *simples* de pobreza, castidad y obediencia, bajo un General o Rector Mayor, con la finalidad de atender a la propia santificación y a la educación cívica y espiritual de los adolescentes pobres. En fin, era una Congregación regular, con vida común y caracteres eclesiásticos.

La Santa Sede, a la que se recurrió para la aprobación de la nueva fundación, en un Rescripto del 23 de julio de 1864, dijo: «*Attentis litteris commendatitiis praedictorum antistitum, uti congregationem votorum simplicium sub regimine Moderatoris Generalis, salva Ordinariorum jurisdictione ad prescriptum sacrorum canonum et Apostolicarum Constitutionum amplissimis verbis laudavit atque commendavit... dilata ad oportunius tempus Constitutionum aprobatione*». (Atendidas las cartas comendaticias de los referidos Obispos, la alabó y recomendó con el presente Decreto como Congregación de votos simples, bajo la dirección del Superior General, salva la jurisdicción de los Ordinarios, según lo prescrito por los cánones constitucionales apostólicos... dejando para tiempo más oportuno la aprobación de las Constituciones).

Fue un Decreto que aprobó la finalidad de la unión, alabó la misma unión, mas no quiso por entonces aprobar las Constituciones, tal vez para que no pareciera que se quería dar vida a un *ente moral* eclesiástico, esquivando así los efectos de la ley de supresión; dejó, sin embargo, *diferida* la aprobación para tiempo más oportuno, esperando tal vez que haya de llegar un tiempo en el que puedan volver a ser readmitidas en el Reino las Ordenes Religiosas.

El Arzobispo de Turín alabó la obra de don Bosco; pero éste, que quería extender enseguida la jurisdicción, propia del *general*, a los sacerdotes y clérigos de su

Congregación, se resistió cuando el Arzobispo le mandó enviar a sus clérigos al seminario, de acuerdo con los Cánones del Concilio de Trento.

Entonces, pidió y obtuvo de la Santa Sede un Rescripto, con fecha del 1.º de marzo último, por el cual fue declarada esta Congregación exenta de la jurisdicción del Ordinario Diocesano: mas, después de todo esto, el Procurador General hizo saber al tal Bosco, que dicho Rescripto debía ser presentado, según las leyes del Reino, a la Autoridad Gubernativa para obtener el *Regio Exequátur*.

Aunque no de buen grado, don Bosco cedió, sin embargo, al aviso recibido y presentó el Rescripto al Procurador General.

Por dicho Rescripto, verá V. E. que don Bosco fue revestido de **[662]** jurisdicción, *quasi vescovile* (casi episcopal) sobre los miembros de su Sociedad, en detrimento de la jurisdicción del Ordinario diocesano, creando con ello una nueva situación de cosas, con perjuicio de las disposiciones jurisdiccionales del Reino en materia eclesiástica y absolutamente contraria al art. 14.º de las instrucciones emanadas del Pontífice Benedicto XIV para la aplicación del Concordato firmado con el Papa Benedicto XIII, instrucciones y concordato vigentes aún en el Reino.

El Procurador General, por diversas y graves razones, opina que debe negarse el *Exequátur* a tal Rescripto, porque, aun queriendo considerar esa Congregación como una simple y libre unión de ciudadanos, al constituirse en Sociedad Religiosa con todas las formas eclesiásticas y con vida común, no es más que una verdadera reproducción de las congregaciones abolidas por ley de 7 de junio de 1866; y en otro aspecto, la misma finalidad que se propone, a saber, la educación de la juventud, podría ser falseada, dado que los individuos de que se compone la Congregación, son conocidos por sus sentimientos rebeldes y decididamente opuestos al Gobierno.

El que suscribe, sin disentir del parecer del Procurador General de que haya de negarse el *Regio Exequátur*, tiene el honor de enviar a V. E. las actas correspondientes para las deliberaciones del Consejo de Estado, según decreto de 5 de marzo de 1863.

Por el Ministro
FERRERI

Turín – Congregación Religiosa de San Francisco de Sales – Sacerdote Juan Bosco

Sesión del 8 de octubre de 1869. Núm. 793-5568.

Exequátur al Rescripto Pontificio del 1.º de marzo de 1869, por el que se faculta a don Juan Bosco, Jefe y Rector de la Congregación, arriba indicada, para conceder las cartas dimisorias para recibir la tonsura y las órdenes menores y mayores.

SECCION DE GRACIA, JUSTICIA Y CULTOS

La Sección,

Vista la nota del Ministerio de Gracia y Justicia y Cultos del 3 de octubre de 1869, 3.ª División, 1.ª Sección, Núm. 13258, por la que se requiere el aviso del Consejo de Estado sobre una petición del Rvdo. teólogo Juan Bosco para conseguir el *Regio Exequátur* de una Disposición Pontificia, con fecha 1.º de marzo de este año, merced a la cual, como director de una Pía Congregación por él fundada en Turín, con el título de San Francisco de Sales, para la educación cívica y espiri-

tual de los adolescentes, es autorizado por un decenio para otorgar **[663]** las cartas dimisorias a los alumnos que han ingresado o ingresaren en algún colegio o internado de dicha Congregación antes de los catorce años de edad y, si en adelante se inscriben a su debido tiempo en la Congregación, a fin de que puedan recibir la tonsura y las órdenes menores y mayores;

Visto el parecer del Procurador General ante la Audiencia Superior de Turín, según documentos que se acompañan;

Oído el Relator, considerando que, como aparece por un certificado del Canciller de la Audiencia Superior de Turín, no hay decreto, disposición u otro documento por el que se pueda argüir que la Pía Congregación, fundada por el presbítero teólogo Juan Bosco, haya sido considerada de algún modo como posesora de personalidad jurídica y que, por tanto, no es el caso de tenerla en cuenta a los efectos de la ley de 7 de julio de 1866;

Considerando que la disposición, de que se trata, concede al presbítero teólogo Juan Bosco una facultad que es exclusiva de los Ordinarios, y sustrae a la legítima jurisdicción de éstos a los alumnos de los colegios e internados de la Pía Congregación de San Francisco de Sales por él mismo fundada y dirigida;

Que con esto se perturba el normal ejercicio de los Ordinarios, a cuya Diócesis pertenecen los alumnos de dichos colegios e internados y se infringen los estatutos canónicos, cuya rigurosa observancia es obligación y derecho de la potestad civil promover y amparar;

Por dichos motivos cree que no se debe conceder el solicitado *Regio Exequátur*.

Una vez visto el contenido de la Resolución Ministerial, que por no querer «a don Bosco revestido de Jurisdicción *quasi vescovile* (casi episcopal) sobre los miembros de su Sociedad en detrimento de la jurisdicción del Ordinario Diocesano, etc, etc.», insinúa que la Pía Sociedad Salesiana «es una verdadera reproducción de las congregaciones abolidas por ley de 7 de julio de 1866», no se puede dudar de que una mano perversa conspiraba contra don Bosco y se servía de todos los medios para hundir su institución. Resulta fácil calcular de dónde procedía, quizá con alguna ligereza, esta maniobra, y no hace falta que demos el nombre. Baste ponerlo de relieve para dar una idea cada vez mejor de las dificultades y luchas que debió superar y sostener el Venerable para fundar la Pía Sociedad Salesiana, y para comprender mejor la asistencia especial que en todo momento le otorgaba María Auxiliadora.

[664]

CAPITULO LIII

DON BOSCO EN BRICHERASIO - CARTA DE FLORENCIA CON NOTICIAS SOBRE LA CUESTION DE LA IGLESIA DEL SANTO SUDARIO - LAS FIESTAS EN LOS ORATORIOS DE SAN LUIS Y SAN JUAN BAUTISTA - CARTA DE PIO IX A DON BOSCO SOBRE LOS GESTOS DE REVERENCIA DEL 11 DE ABRIL - DISGUSTOS DE DON BOSCO POR LAS HERENCIAS - PRETENSIONES DE ALGUNOS PARIENTES SOBRE LA HERENCIA BERTINETTI: CARTA DEL GOBERNADOR DE TURIN A DON BOSCO Y SU RESPUESTA - DON BOSCO ESCRIBE A UNA SEÑORA GENOVESA PARA QUE LE AYUDE A COMPRAR UN TERRENO JUNTO AL ORATORIO DE SAN LUIS - ACEPTA EL COLEGIO DE CHERASCO - DELICADEZA DE DON BOSCO PARA PROPONER A LOS SALESIANOS EL CAMBIO DE CASA - DOS CARTAS DE DON BOSCO, RESPECTO AL NUEVO COLEGIO - DON BOSCO VA A SAN IGNACIO: EL AVISO DE COSTUMBRE A ALGUNOS ALUMNOS DEL ORATORIO QUE VAN AL RIO DORA - ULTIMA Y MEMORABLE CONVERSACION CON EL CONDE CIBRARIO

MIENTRAS tenían lugar las molestas cuestiones sobre el *Exequátur*, don Bosco escribía y recibía cartas que nos señalan otros asuntos que ocupaban su vida.

El 14 de junio lo encontramos en Bricherasio, en la quinta del conde Viancino. Había escrito a la señora Condesa:

[665] *Oratorio de San Francisco de Sales*

Turín-Valdocco, 14 de junio de 1869

Ilma. señora Condesa:

Para no confiar al papel asuntos importantes, he pensado enviar un plenipotenciario en la persona de don Bosco, para que él los trate personalmente.

Así que, en el tren que llega a Pinerolo a las seis, el miércoles por la tarde, se trasladará a ésa el encargado. Se recomienda tan sólo a la señora Madre que haga algún ahorro más, dando al tonto de su hijo porciones más pequeñas.

Llevaré los libros que indica el señor Conde. ¡Quién sabe si no irá también conmigo el caballero Villanova!

Desciendan abundantes las bendiciones del cielo sobre usted y su querido esposo y conceda a ambos toda suerte de bienes espirituales y temporales.

Ruegue por mi pobre alma y considéreme con agradecimiento,

De V. S. Ilma.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

En Turín le esperaban cartas procedentes del Ministerio de Asuntos Exteriores, en donde contaba con otros dos amigos, además del abogado Carlos Cantón: el abogado Juan Bautista Gal, jefe de Sección de primera clase, y el barón Vito D'Ondes Reggio, oficial de la orden de San Mauricio, profesor, diputado, miembro del Consejo del Tribunal Diplomático.

Florencia, 16 de junio de 1869

Rvmo. Señor:

Estaba a punto de escribirle, cuando me llegó su apreciadísima carta para Franceschini, a quien se la pasaré.

La razón por la que escribía es ésta. El conde Gal, compañero y amigo queridísimo, al ausentarse de esta ciudad por asuntos particulares, me dejó el encargo, que con sumo gusto he aceptado, de leer las cartas a él dirigidas y concernientes a nuestra Santa Iglesia, y daros noticias como mejor pueda. Así pues, tengo en mis manos la carta que V. Reverencia escribe al mismo para alcanzar del Gobierno la cesión de la iglesia en Roma, y he hablado de ello eficazmente con el Secretario General del Ministerio de Asuntos Exteriores, Comendador Blanc. Esperamos tener una resolución favorable.

[666] Le agradezco de corazón sus augurios por mi bien: yo no merezco nada por lo poco que hago en defensa de nuestra Santa Madre Iglesia. Es un deber riguroso que cumplo como cristiano católico.

Mándeme en cuanto pueda servirle.

Servidor
D'ONDES REGGIO

Ni siquiera las inminentes solemnidades interrumpieron el continuo laborío de la mente de don Bosco, aun cuando tomase parte viva en ellas. Le gustaban por la gloria que daban a Dios y el gran bien que proporcionaban a los jóvenes, especialmente con los Sacramentos.

En aquellos días su corazón de padre descansaba participando en la alegría de todos. Le era natural *gaudere cum gaudentibus* (gozar con los que gozan). Su rostro sereno y radiante y su amabilísima

sonrisa redoblaban la alegría, el entusiasmo y el reconocimiento de los que se consideraban sus hijos. Así sucedió también aquel año en la fiesta de San Juan Bautista, celebrada con la pompa de costumbre, y en la de San Luis Gonzaga.

Por aquellos días debió acarrearle una gran satisfacción la carta de cierto antiguo colaborador suyo, recordándole tiempos pasados y dedicándole la traducción del *Belén* del célebre padre filipense de Londres, Guillermo Fáber.

Querido don Bosco:

Han transcurrido ya más de veinte años desde que yo iba cada domingo a enseñar catecismo a sus pilluelos en los principios del futuro Oratorio. Un barracón, con el cielo raso entablado, apuntalado con una viga vertical en medio, que hacía las veces de columna, cuya tosca forma quedaba disimulada bajo una envoltura empapelada, en un lugar apartado, deshabitado, salvo su casucha, casi fuera de la ciudad. En aquella tierra buena cayó la semilla que creció hasta convertirse en árbol, en cuyas ramas buscarían refugio miles de pájaros.

¡Cuántas cosas han pasado desde entonces! Una que yo no puedo olvidar jamás es la pérdida de aquella alma tan hermosa, don José Cafasso. Otra, que también me conmueve vivamente, es el ver en su trono, próspero como entonces y más glorioso todavía aunque desmembrado, al mismo Pontífice reinante, que lo mismo entonces que ahora, era elevado a los cielos por los buenos, mientras maquinaban los malos **[667]** contra él en las sombras; y contemplarlo, mientras muchos, que entonaban a menudo sus exequias, yacen con su cuerpo en la tumba y con el alma donde el Juez Supremo les haya colocado.

Y aún hay otra, que es ver ya próximo un Concilio Ecuménico convocado por el Papa, mientras estamos acostumbrados a considerar la convocatoria de tal Concilio como algo imposible de cumplir en el futuro, después del Concilio de Trento. ¡Qué grandes han de ser los efectos del nuevo Concilio!

Aquel barracón que servía de capilla, adonde los hijos de Dios acudían para oír las enseñanzas de la Iglesia, por medio de la cual habla el mismo Cristo, me recordaba a Belén y Nazaret, donde la santa infancia de Jesús tenía por templo una escuálida cueva y una pobre casa. Y puesto que agradó a nuestro querido Jesús considerar como hecho a El mismo lo que hacemos a sus pobrecitos, me parecía hacer, como los pastores de Belén, alguna cosa por él, hablando de Dios a aquellos niños atraídos por su Santo Nombre. Y no para aquí la semejanza que pasa por mi mente.

Busco hoy en vano la pobre barraca que hacía de capilla; encuentro, en su lugar, un templo magnífico, uno de los más bellos de Turín, que, a semejanza del pobre Belén de Jesús, se transformó en el estupendo y divino edificio de la Iglesia Universal.

Al traducir al italiano este libro sobre Belén, del renombrado P. Fáber, no he podido evitar el sentir más vivamente presentes en mi mente aquellos dulces recuerdos, y, al presentarlo al público, me parece natural el colocarlo bajo los auspicios de un nombre oportuno y muy querido por mí, como es el de Vuestra Reverencia. No pretendo con ello dar fama al tema del libro, ni a V. R., pues tanto uno como otro tienen más de la que yo pueda darles con mi esfuerzo; pero sí que

valdrá para refrescar los tiernos y afectuosos sentimientos que nunca se apagaron entre nosotros y para que V. R. no olvide, sobre todo cuando reza, la pobre alma de su afectísimo.

Mondonio, fiesta de San Luis, 1869.

LUIS MUSSA

Si esta carta le agradó al Venerable, mil veces más debió alegrarle y satisfacerle una del Romano Pontífice, con firma autógrafa, que llevaba la fecha del nacimiento de San Juan Bautista.

PIO PAPA IX

Al amado Hijo, Salud y Apostólica Bendición.

Las múltiples pruebas de fe y devoción que tú Nos has dado, tendían sin lugar a dudas, a darnos a conocer tu gran **[668]** *cariño a la Sede Apostólica y a Nos mismo. Más aún, ellas Nos manifestaban tu diligencia y dedicación a infundir también en los demás el amor que sientes por esta Cátedra Suprema y que tienen muchos seguidores de tu amor. Y tenemos de ello otra prueba espléndida en la afectuosísima carta que Nos has enviado en tu nombre y en el de los Oratorios y Colegios que diriges al conmemorar, después de cincuenta años, Nuestra Primera Misa. Es casi inútil que Nos te digamos lo gratísimas que Nos han parecido tales pruebas de atenta felicitación, y por ello Nos harás cosa gratísima, si así lo comunicas a los sacerdotes, a los alumnos y a los jóvenes de quienes cuidas. Puedes además añadir que Nos, al celebrar la Santa Misa, como ellos deseaban, los hemos recordado al Señor en nuestra plegaria, recomendando particularmente al Señor a todos los que, a su vez, hayan rezado por Nos. Por lo demás todos tendrán Nuestro reconocimiento, si continúan rezando, como lo harán, por la conversión de los que se apartaron del recto sendero, a fin de que todos conozcan y amen al Padre Celestial y a Jesucristo, del que, aunque indigno, hacemos las veces en la tierra. Y mientras tanto, en prenda de nuestra particular benevolencia y de la gracia divina, impartimos con sumo afecto para ti y para tus mencionados amados hijos, confiados a tus cuidados, la Bendición Apostólica.*

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 23 de junio de 1869, año 24 de Nuestro Pontificado.

PIO PP. IX

Al amado Hijo Don Juan Bosco-Turín[1].

[1] PIUS PP. IX.—*Dilecte Fili, Salutem et Apostolicam Benedictionem.*—Complura quae iam praebuisti tuae fidei et devotionis indicia eo profecto valebant ut te Sedis Apostolicae et Nostri Studiosissimum agnosceremos. Imo per illa compertur fiebat te sedulo contendere ut obsequio quo colis hanc Supremam Cathedram aliorum etiam animos imbueres, et multos pietatis tuae imitatores haberes. Iamvero huius rei aliud illustre argumentum supperditarunt Nobis literae officiosissimae quae nomine tuo, nec non Asceteriorum et Ephebeorum quibus

[669] Esta carta, que se conserva religiosamente junto con su sobre, en nuestros archivos, llevaba por fuera la dirección: *Al Ilmo. señor don Juan Bosco, Turín.*

Pero las alegrías y, si no siempre los dolores, al menos los disgustos, se alternan sin cesar en este pícaro mundo. Los más enojosos para don Bosco procedían de ciertas herencias, que algunos admiradores y amigos, sin herederos forzosos, le dejaban para que las empleara en sus obras de beneficencia. Casi cada una de ellas llevaba consigo su secuela de molestias gravísimas, de enemistades y pleitos, con frecuencia sin fin, por causa de los que se veían excluidos por el testador e impugnaban sus últimas voluntades. Por eso insistía siempre don Bosco: —El que quiera hacer caridad, hágala mientras goza de salud y no espere al punto de muerte.

La última herencia (otras habían sido de escasa importancia) fue la del señor Bertinetti, de Chieri, que don Bosco, muerta la usufructuaria, destinaría a una obra en favor de aquella ciudad. Y he aquí que le llegó el siguiente oficio:

GOBIERNO CIVIL
DE LA PROVINCIA DE TURIN
Div. 2.ª–Sec. 2.ª
N.º 12916

Turín, 28 de junio de 1869

Asunto:
Herencia de Carlos Bertinetti

Por orden del Ministerio de Gobernación, tengo el gusto de comunicar a V. S. Rvma., el adjunto recurso por el que unos parientes del difunto Carlos Bertinetti,

---

praees ad Nos datae sunt, quum sacri a Nobis primum litati post annum quinquagesimum memoriam ageremus. Vix est ut oporteat te docere periucunda Nobis ea testimonia observantiae et gratulationis **[669]** fuisse, quocirca desideriis Nostris satisfacies si hoc ipsum sacerdotibus, alumnis ceterisque iuvenibus quorum curam geris, Nostro Nomine renunciaveris. Quin etiam licebit adiicere, illos in precibus Nostris, quas sacrum facientes obtulimus, partem prout optaverunt habuisse, namque eos omnes praesertim Deo commendavimus, qui vicissim pro Nobis illum essent adprecati. Ceterum Nos egregie demerebuntur si instent, uti facient, orantes pro conversione illorum qui a recto tramite deflexerunt, ut agnoscant omnes et diligant Coelestem Patrem et quem misit Iesum Christum, cuius vice, licet immerentes, in terris fungimur. Interea signum praecipuae dilectionis Nostrae et divini favoris auspicem Apostolicam benedictionem tibi ac memoratis dilectis filiis tuae sollicitudini demandatis peramanter impertimus.

Datum Romae, apud Sanctum Petrum, die 23 Iunii 1869, Pontificatus Nostri anno vigesimo quarto.

PIUS PP. IX

Dilecto Filio Presbytero Ioanni Bosco, Augustam Taurinorum.

[670] presentan instancia a fin de que, al superior otorgamiento en favor de la Pía Obra de San Francisco de Sales para poder aceptar la herencia que le dejara el mismo Bertinetti en testamento secreto del 15 de octubre de 1868, se imponga a la Obra Pía heredera la obligación de pagar un subsidio anual a los recurrentes.

El Gobernador
RADICATI

Don Bosco respondió:

Ilmo. señor Gobernador:

Como respuesta a la carta del 28 del corriente, referente a la herencia Bertinetti, me apresuro a dar las siguientes aclaraciones:

1.ª La institución, conocida en Turín con el título de Pía Obra de San Francisco de Sales, no tiene ninguna relación con la que dirige el sacerdote don Bosco, con el nombre de Oratorio de San Francisco de Sales.

2.ª Desde el momento en que el testador no ha nombrado para nada a los pretendientes de su herencia, es patente que él entendía disponer de otro modo de sus bienes.

3.ª Esta herencia está totalmente en manos de su hermana, la señorita Jacinta Bertinetti, que goza del usufructo completo mientras viva.

4.ª El testador no ha constituido heredero a ningún cuerpo moral que necesite ser autorizado para recibir la herencia, sino que ha testado en favor y a nombre del que se manifiesta con las disposiciones y cláusulas expresadas en el testamento. Dispuesto a aclarar con gusto cuanto fuere menester, tengo el honor de profesarme,

Atento y seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Turín, 30 de junio de 1869.

Mientras buscaba cómo librarse de estas cuestiones, no perdía de vista la compra del terreno necesario para desarrollar su obra en el Oratorio de San Luis, en la avenida del Rey, en Turín. Tenemos otras copias de la Circular enviada por aquellos días al conde De Maistre y a una señora de Génova, a quien escribía esta carta:

Turín, 3-7-69

Muy estimada Señorita:

Con mucho gusto me asocio a las oraciones de su señora madre para implorar la gracia que tanto desea.

[671] Hagamos, pues, así: a partir del día 4 del corriente (domingo) recen durante nueve días tres *padrenuestros, avemarías y glorias* al Santísimo Sacramento y tres *salves* a la B. V. María. Nosotros impartiremos aquí todas las tardes la bendi-

ción con el Santísimo Sacramento y haremos oraciones especiales en el altar de la Santísima Virgen con todos nuestros muchachos reunidos. Además, por mi parte, en mi pequeñez, tendré cada día un memento en la Santa Misa. Esperemos.

Le agradezco la lismosna que promete para la iglesia de María Auxiliadora que, en verdad, está todavía desnuda, y para nuestros pobres muchachos, que ciertamente no dejarán de invocar las bendiciones del cielo sobre usted y sobre todos los bienhechores que les suministran el pan cotidiano.

Llevo entre manos un problema muy urgente, como verá por la hojita que le adjunto. Quién sabe si usted no podrá recomendarlo a alguna piadosa persona y cooperar de este modo a librar las almas de esos pobres muchachos de las fauces de la herejía. De todos modos, dispense mi atrevimiento. Dios les bendiga a usted, a su señora madre y hermano y a toda la familia Cataldi. La santísima Virgen obtenga de su Divino Hijo que todos tengan largos años de vida feliz y el precioso don de la perseverancia en el bien. *Amén.*

Me encomiendo a sus oraciones y me profeso agradecido,

De V. S. muy estimada

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Al pie de la circular, incluida en la carta, se lee esta apostilla: «Recomiendo respetuosamente a la señora Carolina Cataldi la cuestión arriba indicada, con el ruego de que tenga a bien interceder ante personas caritativas, del modo que crea oportuno según su prudencia. *Turín, 3 de julio de 1869.* JUAN BOSCO, pbro.».

Otro pensamiento preocupaba a don Bosco por aquellos meses. El Ayuntamiento de Cherasco se había dirigido a él para abrir un colegio internado en aquella ciudad y los tratos estaban ya en un buen momento.

Las condiciones del contrato fueron, esencialmente, las mismas del Ayuntamiento de Cavour; y fueron aceptadas. El local destinado a colegio era el magnífico convento de Nuestra Señora del Pópolo, que, antes de la supresión de las órdenes religiosas, perteneció a los Somascos, quienes regentaban, además, la parroquia aneja y dirigían las **[672]** escuelas públicas y enseñaban en las mismas. Monseñor Galletti, Obispo de Alba, aprobó el convenio y, una vez muerto el religioso que administraba la parroquia, determinó que el párroco de la iglesia sería el Director de la escuela, nombrado por don Bosco.

La iglesia de nuestra señora del Pópolo es considerada como uno de los templos más majestuosos del Piamonte por su magnífica fachada, su recinto interior casi octogonal, su amplia y elevada cúpula y sus muy notables adornos de estuco.

Sería la cuarta casa salesiana, sin contar la de Trofarello; y don Bosco tenía que pensar en el personal dirigente y docente. Era nece-

sario hacer algún cambio, por lo que escribió a algunos de los que tenía en lista. No puede menos de admirar el lector la delicadeza de sus frases.

Le escribía a don Antonio Sala, Prefecto del Colegio de Lanzo.

Turín, 3-7-69

Queridísimo don Antonio:

Nos encontramos en la absoluta necesidad de un ecónomo, puesto que don Angel Savio ya no puede ocuparse de la Casa de Turín. Dime si podrías adelantar tu venida sin desconcertar tu despacho. Quizá podría llevarlo Bodratto, ayudado por don Santiago Costamagna. Tú podrías venir, no definitivamente, pero sí para ayudarme, y en la época de exámenes podrías volver a Lanzo algunos días y aun semanas. Para tu norma te digo que nadie sabe que te escriba esta carta; dime por tanto tranquilamente tu parecer.

Dios te bendiga a ti y tus trabajos; ruega por éste tu

Afmo. en Jesucristo
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Más tarde enviaba otra carta a don Francisco Provera, Prefecto del Colegio de Mirabello.

Queridísimo don Francisco Provera:

Voy siempre de cabeza con un sinfín de proyectos, y entre ellos anda éste.

Si Bodratto fuera a Cherasco y tú a Lanzo ¿qué pensarías para tus adentros? Yo pienso hacerlo así, pero siempre que: 1.º, sea de tu agrado; **[673]** 2.º, que no tengas que hacer, aun de la forma más confidencial, ninguna observación en contrario. Quisiera hacer este cambio, porque Bodratto tiene práctica en el cultivo del campo y en dar las clases elementales; las clases elementales de Cherasco, al menos por este curso, están en manos de maestros externos y nosotros no tenemos ninguno que pueda estar al frente.

Bien entendido que, por ahora, sólo nosotros dos lo sabemos; escríbeme a Trofarello a vuelta de correo. Dios nos bendiga. *Amén.*

Afmo. en Jesucristo
JUAN BOSCO, *Pbro.*

A propósito de las gestiones con el Ayuntamiento de Cherasco, tenemos dos cartas dirigidas a personajes que habían contribuido mucho para la apertura de aquella casa. La primera está dirigida a un Teólogo, cuya dirección ignoramos, en la que se menciona al caballero Lissone y al hermano, párroco de la iglesia principal.

Turín-Valdocco, 26-7-69

Queridísimo señor Teólogo:

Su carta me llegó tarde y no pude responderle a tiempo; pero hubo pleno acuerdo con el Ayuntamiento en lo tratado. Le mando el programa del colegio; necesitaría que lo leyese atentamente el caballero Lissone y quien se creyere oportuno: que me pusieran los más pequeños reparos y me lo enviaran para preparar la edición. El mismo caballero sabrá también decir si, por cuanto se refiere al internado, dado que es una especie de continuación del anteriormente existente, es necesario pedir permiso al Jefe Superior de estudios y si él asumiría esta negociación; o si juzga que ponga yo manos a la obra. Pero sería mejor, si yo quedo por detrás.

Le ruego salude a dicho señor y a su hermano el Abad, y encomendándome a sus oraciones me profeso con afecto.

De V. S. Rvma.

Afmo. amigo
JUAN BOSCO, *Pbro.*

La segunda carta, sin fecha, va dirigida al caballero Lissone.

Ilmo. señor Doctor:

Me parece oportuno dirigir estas líneas a V. S. para ver si se pueden empezar las gestiones para el reconocimiento del Colegio lo antes posible. Creo que el Jefe Superior de estudios no exigirá copia del convenio con el Ayuntamiento, porque los acuerdos económicos son totalmente ajenos a la enseñanza. **[674]** Para Lanzo no se presentó; de todos modos se puede empezar presentando la solicitud, acompañada del programa, el plano topográfico, la certificación higiénica; y, si después piden algo más, ya se enviará.

Creo que es mejor haga la solicitud el Ayuntamiento, como propietario, ya que yo no soy más que administrador y director, dependiente del municipio. Se podría decir, por ejemplo, que el Ayuntamiento ya tenía la enseñanza reconocida desde hace mucho tiempo; y que, casi como una prueba, pidió que dicho reconocimiento fuera extendido al bachillerato superior; pero que el corto número de alumnos convenció que se volviera al bachillerato elemental para el que se pide la confirmación del reconocimiento, en la persona de los profesores titulares, etc. Tal vez estoy dando lecciones a Minerva, pero de esta forma tiene mi pensamiento. Por lo demás, ruégole tenga la bondad de escribir dos líneas y yo haré anticipadamente un viajecito a Cherasco cuando convenga.

Dado que el Colegio ya estuvo reconocido, quizás podría pasarse sin el plano y el certificado de higiene; pero en esto es mejor abundar.

Dios le conceda todo bien y créame, con la más sentida gratitud,

De V. S. Ilma.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Entre tanto, antes de finalizar el mes de julio, fue don Bosco a San Ignacio para los ejercicios espirituales. En aquellos días hubo tres muchachos que salieron a escondidas del Oratorio para ir a bañarse en el río Dora, y he aquí que una mano misteriosa les golpeó repetidas veces en la espalda; se asustaron, salieron del agua, volvieron al Oratorio y contaron a los compañeros lo sucedido, con lo que quedó confirmado un aviso que don Bosco había mandado. Don Luis Rocca, Ecónomo General de la Pía Sociedad, que estudiaba aquel año el quinto curso, nos afirmaba muchas veces que todos los alumnos eran sabedores de aquel hecho y que él conocía a los que habían sido golpeados.

Al bajar de San Ignacio, fue el Venerable a Lanzo, al colegio de San Felipe, donde supo que el conde Cibrario había llegado allí, camino de Usseglio, en los Alpes, para pasar unos días de campo. Se hospedaba en el *Cappel Verde.* Don Bosco fue a visitarle en compañía del Director del Colegio. El noble señor estaba aquellos días algo disgustado **[675]** porque uno de nuestros Directores había despedido a un alumno recomendado por él. Don Bosco, que preveía una discusión acalorada, quiso afrontarla para evitar toda tergiversación. Admitido a la audiencia, entró en la sala y dejó a su compañero fuera. El coloquio duró más de una hora. Contó el Venerable que el Conde le recibió algo alborotado. Pero que se calmó muy pronto, salió de la habitación e invitó a entrar al que estaba en la antesala. Don Bosco estaba sentado a la derecha. El Ministro comenzó a hablar del ansia que tenían los americanos por los títulos honoríficos, a pesar de que, por ley, no pueden hacer ostentación en público y cómo estaban dispuestos a pagar treinta mil liras para obras pías, a cambio de una simple cruz colocada en su gabinete.

El Siervo de Dios recordó, con agradecimiento, el mucho bien que el señor Conde había hecho, especialmente en favor del Oratorio.

Este se lo agradeció, afirmando que siempre ayudaría a don Bosco con todas sus fuerzas.

Entonces el Venerable añadió que el señor Conde le podría ayudar también de otra forma.

—Yo no sé que le haya ayudado, si no ha sido procurándole alguna limosna a través de las condecoraciones, observó el noble señor.

—Sin embargo, Su Excelencia me ha ayudado de otras formas. No puede imaginarse cuánto me ha ayudado la lectura de sus obras históricas. Mire, gracias a sus páginas, comprendí la solución natu-

ral, evidente, de ciertas cuestiones intrincadas que jamás había comprendido.

Y siguió elogiando mucho otros escritos del Conde y su mérito, y el continuo trabajo del hombre, admirado como escritor, pese a tantas otras ocupaciones.

El Conde, que sonreía satisfecho, dijo:

—La verdad es que yo nunca he perdido el tiempo. Por la mañana, indefectiblemente, me levanto hacia las cuatro, me siento a la mesa y trabajo **[676]** hasta las nueve, cuando empiezan las visitas. A veces, ya de noche, vuelvo de nuevo a mis papeles, hasta medianoche.

—Por tanto, tenemos motivo para alegrarnos aún más, sabiendo que la Patria será honrada por usted con nuevos escritos.

—En efecto, tengo varias cosas entre manos, pero ya soy viejo; me acerco a los setenta.

—¿Viejo usted? Viejo es el que vive agobiado por la enfermedad. Pero usted está sano, fuerte, tiene la mente clara como un joven. Esperemos, esperemos...

—Eso es, esperemos; pero el hombre es siempre hombre, y quiera o no quiera, seguramente tendré ya para poco.

—Yo le deseo una vida muy larga. Mas, si me lo permite, quisiera decirle una cosa, señor Conde.

—Diga, diga, don Bosco.

—Sabe lo mucho que le quiero. Ahora bien, por si su vida no hubiera de ser muy larga, recuerde antes de morir que tiene alguna partida que ajustar con la Iglesia.

Ante la imprevista salida de don Bosco, el Conde se puso serio, bajó la cabeza, estuvo un instante pensativo, tomó después la mano de don Bosco y estrechándosela, dijo:

—Tiene razón, lo he pensado ya... Lo haré, ciertamente lo haré... y pronto.

Así acabó aquella visita. Fue la última vez que don Bosco vio al conde Cibrario.

[677]

CAPITULO LIV

GESTIONES EN ROMA PARA LA COMPRA DE LA CASA Y TERRENO JUNTO A SAN CAYO – TEMORES Y OPOSICION DE LAS RELIGIOSAS BARBERINAS – CARTA DE DON BOSCO A SU CARDENAL PROTECTOR – EL PRINCIPE BARBERINI HACE RESCINDIR EL CONTRATO – DOLOROSAS CONSECUENCIAS PARA LAS MONJAS – EL ECONOMATO REAL AYUDA A DON BOSCO – CARTA DE AGRADECIMIENTO A UN BIENHECHOR – DON BOSCO COMPRA EN VALDOCCO LA CASA DEMARIA – LECTURAS CATOLICAS: LOS CONCILIOS GENERALES Y LA IGLESIA – *SUPLICA AL PADRE SANTO PARA OBTENER LA FACULTAD DE LAS DIMISORIAS PARA ALGUNOS CLERIGOS QUE ENTRARON EN EL ORATORIO, DESPUES DE HABER CUMPLIDO LOS CATORCE AÑOS – INCARDINACION DE UN FRANCISCANO EN LA PIA SOCIEDAD*

CONTINUABA el Venerable en Florencia sus diligencias para conseguir del Gobierno Italiano la iglesia del Santo Sudario en Roma, mas no abandonaba las de la Casa de las Monjas Barberinas junto a San Cayo. Había concedido a monseñor Manacorda poderes generales para firmar el contrato. Durante la estancia de don Bosco en Roma pareció resuelto el asunto; pero las propietarias temieron que un instituto al lado les acarrearía serias molestias para sus devociones y su tranquilidad, y empezaron a arrepentirse de la venta prometida. No faltaban quienes las confirmaban en sus temores. La cosa llegó a oídos del Papa, el cual mandó decirles:

[678] —O hacéis vosotras el contrato o lo hacemos nosotros *absque consensu Capituli* (sin consentimiento del Capítulo).

La graciosa frase indicaba a las claras el augusto deseo.

Por el momento parecieron conformarse con el manifiesto querer, pero luego hubo quien se encargó de instigarlas diciendo que el precio ofrecido era inferior al valor del terreno, que se habían encontrado compradores, que hubieran ofrecido ¡cien y hasta ciento cincuenta mil liras! El hecho es que los tratos se prorrogaron.

El mismo príncipe Barberini, que al principio era favorable a don Bosco, constante en su patronato de familia sobre aquel Con-

vento, se empeñó en romper el contrato, y el Cardenal Protector de las Barberinas amparaba las razones con que las monjas se oponían a la venta.

El Venerable, informado de todo, escribió al Cardenal esta atentísima carta:

Eminentísimo Señor:

Ruego a V. E. Rvma. que generosamente me perdone, si añado una nueva molestia a sus muchas ocupaciones. Léame con bondad y dígnese luego darme el consejo que a V. E. parezca mejor para gloria de Dios, respecto a la proyectada adquisición del local de San Cayo, junto al venerando Monasterio, llamado de las Barberinas.

El pasado mes de enero exponía yo al Padre Santo el deseo de abrir un centro de estudios en Roma para los clérigos de nuestra Congregación. El Padre Santo mostró su agrado por ello, me sugirió dicho local y encargó a monseñor Franchi que se ocupara de la venta. Antes de dar un solo paso me presenté a las monjas, pidiéndoles su parecer. Respondieron que, aunque sentían hacer aquella venta, se veían obligadas a ello por las dificultades económicas que atravesaban y que, a la vista del destino totalmente religioso que se iba a dar a la iglesia y a la casa aneja, me preferían a mí a cualquier otro que se presentara.

Acudí entonces al citado monseñor Franchi y le pregunté si realmente estaba en venta aquel local, si no había aún gestiones pendientes. Respondió que se había tomado la decisión de efectuar aquella venta, y que no había compromiso con nadie. Preguntado si bastaba tratar con él, añadió que él era el encargado de ello y que, a su tiempo, él mismo hablaría con el Cardenal Protector.

Con tarjeta de este prelado visité el local, se habló del precio, la última petición fue de cincuenta mil liras, que yo acepté, y en **[679]** señal de cierre del contrato, me dieron los planos del local; se establecieron los plazos y épocas de pago y se dio por definitivamente cerrado el contrato. De boca del mismo monseñor Franchi supe entonces que V. E. era el Cardenal Protector; de acuerdo con él quise hablar con V. E. Rvma. y, a tal fin, me trasladé varias veces a su respetable casa. Pero las muchas ocupaciones de V. E. y mi ignorancia de las horas más oportunas para ello, impidieron el deseado coloquio.

Entre tanto, como quiera que algunos asuntos urgentes me reclamaban en Turín, firmé unos poderes a monseñor Manacorda para cuanto hubiera que hacer en el contrato de San Cayo.

Además, contando con las ofertas de algunos caritativos señores y un poco más de dinero allegado de otro modo, se podía pagar la escritura en cualquier momento.

Así las cosas, parecía que el contrato estaba definitivamente cerrado y yo me creí hasta la fecha legalmente vinculado. Algunas voces indeterminadas me hicieron suponer que las monjas temieran el griterío de los muchachos, pero no había que temer eso de los clérigos estudiantes. Se adujo el protectorado del príncipe Barberini; pero, con el traspaso de la propiedad, igualmente se hubieran podido conservar ilesos los derechos de ese excelente y caritativo señor.

Hubo quien dijo que V. E. se había disgustado con este contrato porque no se le había comunicado a su tiempo, como se debía; y esto me desagrada porque habría sucedido sin quererlo, y contra mi buena voluntad, que deseaba ardientemente com-

placer a V. E. a quien hace mucho tiempo conozco de nombre y siempre he tenido en veneración.

No hablo del consentimiento del Padre Santo, el cual, por cuanto a él se refiere, es totalmente favorable. Por eso, yo me atrevo a rogar a V. E. que acepte hacer de consejero, no sólo de las monjas sino también de mi pobre persona, y que, por amor de Nuestro Señor, me comunique, de la forma que menos molestias cause: si todavía persiste el contrato tal y como se había resuelto y qué incumbencias quedan por cumplir para llegar al otorgamiento de la escritura.

O bien, si hay que tener por definitivamente roto el contrato y, en tal caso, aunque con verdadero y grave daño para mí y con disgusto para quienes ya lo dieron por concluido, yo me resignaré a enviarle los planos del local y quedaré libre para dirigir hacia otra parte mis particulares investigaciones.

Ruego a su gran bondad que sea indulgente con la extensión de esta carta, como lo pedía el tema de la misma, y rogando de corazón a Dios se digne concederle largos años de vida feliz, tengo el alto honor de poderme profesar,

De V. E. Rvma.

Turín, 21 de julio de 1869.

JUAN BOSCO, *Pbro.*

[680] No nos consta que el Cardenal contestara; pero el Padre Santo cedió ante las instancias del príncipe Barberini; y don Bosco, advertido, abandonó el proyecto, con disgusto, pero humildemente y sin llamar la atención. Las monjas, sin embargo, no tardaron en arrepentirse. Al entrar el Gobierno Italiano en Roma, suprimió monasterios y otras casas religiosas y se apoderó de sus bienes. Las monjas barberinas fueron las primeras echadas y desposeídas de cuanto tenían en octubre de 1871. Nos decía monseñor Fratejacci: «Si don Bosco hubiera ocupado aquel amplísimo local, el Monasterio y todo aquel sitio habría sido respetado y cuidado, y los sacerdotes salesianos les habrían prestado el servicio religioso. Tampoco otros pudieron alegrarse de ello».

El Venerable, por su parte, no dejó inactivo el dinero que tenía preparado para la adquisición de San Cayo. Extractamos del archivo de las Escrituras del Oratorio:

«Por escritura del 30 de julio de 1869, firmada por Cassinis, el señor Carlos Demaría vende a don Bosco 1.1.10.9 jornales de terreno[1] equivalentes a 0,38,72 hectáreas de terreno y edificios situados en Valdocco, por cuarenta y cuatro mil liras. Esta casa existe en la avenida Reina Margarita, a la derecha, en la esquina de quien entra en la Plaza de María Auxiliadora. Don Bosco la compró para rectificar la plaza con sus aledaños. Era entonces una posada.

[1] *Jornal:* medida superficial agraria, de extensión varia. No sabe el traductor explicar la relación de los números 1.1.10.9 con que se expresan tales jornales, pero ya está indicada su equivalencia *(N. del T.)*

Y la Providencia seguía prestándole su ayuda. Escribía al comendador Juan Bautista Dupraz:

Muy apreciado señor Comendador:

Ha querido en su gran caridad dar, antes de partir, una limosna de cincuenta liras a esta iglesia. Esa cantidad tiene, en la actualidad, un gran valor por la diaria merma de bienhechores que Dios nos hace al llamarlos al paraíso, y por la multitud de gastos que debemos atender.

Yo le confieso mi agradecimiento, haciendo rezar a mis muchachos todas las tardes un padrenuestro, avemaría y gloria al Santísimo Sacramento en la bendición ante el altar de María Auxiliadora, y lo haremos cada día a fin de que usted y su señora esposa vuelvan sanos y salvos a nosotros.

[681] Dios bendiga a los dos; rueguen por mí, que con verdadero agradecimiento me profeso,

De V. S.

Turín, 26 de julio de 1869.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

El Administrador General de los Beneficios Eclesiásticos de Turín le anunciaba un donativo mayor.

REGIO ECONOMATO GENERAL
DE LOS BENEFICIOS ECLESIASTICOS-TURIN
N.º 7504

Rvdo. señor don Juan Bosco:

El Administrador General que suscribe anuncia con urgencia a V. S. que el Gobierno de S. M. se ha dignado concederle, con cargo a la Tesorería de este Economato General, la cantidad de cuatrocientas liras para ayudarle a proveer a los gastos del culto, que se realiza en los días festivos en los tres Oratorios fundados por usted.

Esta cantidad le será pagada en este Despacho General a usted o a la persona encargada para cobrarla, con tal que sea conocida y venga provista de un recibo debidamente legalizado, según el modelo abajo extendido.

Turín, 27 de julio de 1869.

El Ecónomo General
V. REALIS

El Venerable enviaba a los suscriptores de las *Lecturas Católicas* el folleto correspondiente al mes de agosto. Hacía tiempo que trabajaba en él, en sus escasos momentos libres.

Se titulaba: *LOS CONCILIOS Y LA IGLESIA CATOLICA,*

conversaciones entre un párroco y un joven feligrés, por el sacerdote Juan Bosco.

La introducción dice así:

Viven todavía en una aldea del Piamonte dos hermanos jóvenes, pertenecientes a una familia acomodada. El mayor se llama Enrique, y Tomás el menor. El primero estuvo algún tiempo en la ciudad y tuvo la desgracia de aficionarse a las malas lecturas y contraer perversas amistades. Volvió al seno de la familia, donde pretendía ser un sabio y algo grande. De todo quería hablar, con **[682]** todos entablaba disputas. Pero, como toda su sabiduría procedía de periódicos seductores y novelas, resultaba que en sus conversaciones, sobre todo en materia de religión, soltaba a cada momento los más descomunales disparates. Le gustaba sostener acaloradas disputas con su hermano Tomás, joven de unos dieciocho años, de carácter alegre y que, si bien no había hecho tantos estudios como Enrique, sin embargo, conocía mejor que él los temas religiosos. Con el estudio del catecismo, la lectura de libros buenos, que le gustaban muchísimo, y la asiduidad a las instrucciones parroquiales, Tomás se había capacitado para responder a diversas preguntas y resolver con desenvoltura y claridad muchas de las dificultades que le presentaba su hermano, a quien, con frecuencia, tapaba la boca y le hacía sonrojarse. Pero un día del pasado invierno, Enrique llevó la conversación a la Iglesia y al próximo concilio ecuménico, y empezó a disparatar horriblemente. Tomás supo, al principio, responderle a tono; pero, luego, mal de su grado, arrollado por un montón de preguntas nunca oídas e insidiosas, se vio acorralado. Por la tarde de aquel mismo día acudió el buen muchacho, como oveja que busca buenos pastos, a casa de su querido párroco, con quien sostuvo las siguientes conversaciones.

Sólo a manera de índice, diremos unas palabras sobre el desarrollo de las mismas. Tratan los temas siguientes:

Qué son los Concilios y su utilidad.—Quién puede convocarlos.—El Papa es superior al Concilio: en los temas de fe y de moral es infalible por sí mismo.—Infalibilidad y autoridad del Concilio general si está unido al Papa.—Las definiciones y leyes de un Concilio obligan por sí mismas a los cristianos.—Breve relación histórica de los distintos Concilios Ecuménicos.—El Concilio Vaticano I y las graves razones que movieron al Papa a convocarlo.

En estas páginas resplandece el ardiente amor que don Bosco profesaba al Papa y a la Iglesia. El hace votos para que la infalibilidad doctrinal del Romano Pontífice, si bien conocida y certísima, sea declarada dogma de fe en el próximo Concilio para gloria de Dios y de su Iglesia, seguridad y consuelo de los buenos, y para ornamento, de la veneranda frente del sucesor de san Pedro, con una nueva y más hermosa joya.

Propone oraciones particulares con la invocación de María Auxiliadora, aconsejando a los fieles que las reciten a diario, **[683]** hasta

el fin del Concilio, para que éste no sea impedido ni molestado por los enemigos de Dios y de la Iglesia y para que se unan todos los cismáticos a la Iglesia Católica, y los protestantes, especialmente los de Inglaterra, vuelvan a la unidad de la fe. A este fin sugería dos medios que juzgaba muy eficaces para alcanzar el suspirado propósito.

Sería algo laudabilísimo que —*para las arriba citadas oraciones se formaran entre todos los fieles, especialmente los chicos y las chicas, asociaciones entre ellos*— divididos en grupos de diez y doce cada uno. Así se daría un testimonio de *fe*, de *esperanza* y de *amor* al glorioso y magnánimo Pontífice, y a la santa Iglesia, nuestra dulcísima madre.

A este fin nos encomendamos a nuestros lectores, rogándoles se asocien. Los párrocos lo inculquen a sus feligreses; los superiores de centros a las personas a ellos subordinadas. Los padres y madres de familia a sus dependientes. De esta forma, además del buen efecto de la oración y de la recepción de los santos sacramentos, se obtendrá otra ventaja y es la de despertar y mantener viva en el pueblo cristiano la fe en el próximo Concilio, dispuestos los ánimos para recibir después con docilidad los estatutos y observar fielmente las leyes. *(Véase pág. 164).*

Hace ya casi dos años que se invitó a los católicos a que hicieran el voto de querer profesar, defender con palabras y escritos, y si fuere preciso con la misma vida, la infalibilidad personal del Papa, aun cuando no haya sido declarada verdad de fe, lo mismo que solían hacer los buenos católicos respecto a la Inmaculada Concepción de María, antes de la solemne definición, realizada por el reinante e inmortal Pío IX el 8 de diciembre de 1854. Aprovechamos con gusto esta propicia ocasión para dirigir a nuestros lectores esta invitación; más aún, les animamos cordialmente a hacer este voto, en honor de Jesucristo y de su Vicario en la tierra, para conseguir mayores méritos en el cielo, rogando al mismo tiempo a Dios misericordioso que haga de modo que pronto sea declarada solemnemente tan hermosa verdad como dogma de fe. (*Véase pág. 59*).

Creemos que don Bosco hizo estos votos.

Al final del folleto citaba don Bosco las palabras del Cardenal Arzobispo de Dublín: «Si dirigimos la mirada a toda la tierra, ¡qué lastimoso espectáculo se ofrece a nuestros ojos! Por todas partes revoluciones, rebeliones, discordias civiles y amenazas de guerra».

Y después de haber reseñado las desgracias, los desórdenes de las diversas **[684]** partes del mundo, se detiene en Italia y continúa:

«Fijamos nuestros ojos en Italia y ¿qué vemos?... Por todas partes reina la confusión. Sólo un rincón de las tierras itálicas se ve libre de tanta calamidad. En este rincón reina un venerando anciano (el Papa), no quebrantado todavía por los años, ni debilitado por angustias y dolores; un anciano, que en su estrecho y empobrecido reino sabe ciertamente mantener la paz; sabe dar al mundo un ejemplo de invencible constancia y defender los derechos de la sociedad y de la

autoridad. Teme tan poco a las conjuraciones y amenazas, que ha convocado a concilio en Roma a todos los Obispos de la tierra. La causa de la justicia y del orden será protegida y defendida por este Concilio ecuménico, y los Obispos, que no se reúnen más que para trabajar por la salvación de la humanidad, vencerán ciertamente todos los obstáculos. ¿Y no es éste un espectáculo digno del Omnipotente?».

El que reflexiona sobre la vida de don Bosco no puede comprender cómo pudiera dedicarse a un mismo tiempo a tantos asuntos.

El mismo atendía a todos y escribía por su mano cuanto se refería a sus clérigos, toma de sotana, patrimonio, ordenaciones y dimisorias. En nuestras memorias tenemos este párrafo:

«El 13 de agosto de 1869 entrega Pío IX, por medio de un Rescripto, la implorada facultad de las dimisorias para un ordenando que había ingresado en la Sociedad después de los catorce años».

Por aquellos días había él preparado una súplica a la Santa Sede para obtener las letras remisorias[1] para el clérigo Bodratto, que después renovó, haciéndola extensiva a todos los Salesianos entrados en el Oratorio después de los catorce años, y ya inscritos entre los clérigos.

Beatísimo Padre:

El presbítero Juan Bosco humildemente postrado a los pies de V. B. con el máximo respeto expone que, por delegación del Obispo de Acqui de santa memoria, impuso el hábito eclesiástico al clérigo Francisco Bodratto, su diocesano. Mas por su edad ya algo avanzada, no pudiendo hacer los estudios en el Seminario, puso como condición que, dado que el candidato lo deseaba, perteneciese a la Congregación de San Francisco de Sales, por él muy querida y beneficiada. A tal efecto **[685]** se disponía a otorgar las oportunas letras remisorias al Obispo de Casale, donde esta Sociedad está aprobada como Congregación Diocesana.

El Obispo de Casale aceptaba al candidato, pero mientras se realizaban las diligencias, la divina Providencia llamó al eterno decanso a aquel venerando Prelado. Como en la actualidad, por la sede vacante de aquella Diócesis, no se pueden conceder las oportunas letras remisorias, por consejo del Obispo de Casale y con el beneplácito del mismo Vicario General Capitular de Acqui, con toda humildad y respeto suplica a V. B. tenga a bien conceder las imploradas letras remisorias en favor del mencionado clérigo, para que de este modo pueda ser ordenado por el Obispo de la diócesis de Casale, una vez dadas pruebas *de studio, de vita et moribus* (estudio, vida y costumbres). Al presente está estudiando el quinquenio de teología.

Con la más profunda gratitud y la más alta veneración se postra a los pies

De Vuestra Beatitud,

Humilde recurrente

[1] *Letra remisoria.*—Despacho con que una autoridad remite la causa a otro tribunal. *(N. del T.)*

N. B.—La copia que tenemos está así, sin firma.

Beatísimo Padre:

El presbítero Juan Bosco postrado a los pies de V. B. humildemente expone que, con fecha del 1.º de marzo del corriente año (1869), Vuestra Santidad se dignó benignamente aprobar definitivamente la Pía Sociedad de San Francisco de Sales, como Congregación Religiosa de votos simples, concediéndole al Superior de la misma la facultad de dar las Cartas Dimisorias a los que, ingresados en sus Casas para hacer sus estudios antes de los catorce años de edad, habían abrazado a su tiempo esta Congregación.

Ha surgido ahora una dificultad para los que se inscribieron en la misma Congregación, hicieron sus estudios, cumplieron el tiempo de novicidado, emitieron los votos prescritos por las Constituciones de la Sociedad, pero entraron en el colegio pocos meses después de la edad mencionada. Estos no serían reconocidos como clérigos por sus obispos, porque no tienen constancia de la carrera clerical cumplida por los mismos, ni de los estudios hechos, y aun cuando constase, tal vez no serían reconocidos y por tanto deberían volverlos a empezar. A fin de obviar esta dificultad y poner en situación normal el estado y la conciencia de estos clérigos, con el máximo respeto suplican, juntamente con el exponente, que V. S. se digne conceder, para este solo caso, la facultad de otorgar las Dimisorias también a éstos, aun cuando hayan sido admitidos en esta Casa para hacer sus estudios, pocos meses después de la edad de catorce años.

He aquí sus nombres:

1. Domingo Belmonte, de Gerola, diócesis de Fossano.
2. José Bertello, de Castagnole de Pinerolo, diócesis de Turín.
3. Joaquín Berto, de Villar-Almese, diócesis de Susa.

[686] 4. Francisco Bodratto, de Mornese, diócesis de Acqui.

5. Juan Bodratto, de Mornese, diócesis de Acqui.
6. José Daghero, de Cumiana, diócesis de Turín.
7. Pedro Guidazio, de Verolengo, diócesis de Ivrea.
8. Angel Nasi, de San Benigno, diócesis de Ivrea.
9. Francisco Paglia, de Rivarolo, diócesis de Ivrea.
10. Chiaffredo Ricciardi, de Villafalletto, diócesis de Fossano.
11. Nepomuceno Turco, de Cremolino, diócesis de Acqui.

Estos son los clérigos que, entre los casi ciento, de que se compone la Congregación de San Francisco de Sales, fueron recibidos en nuestras escuelas después de los catorce años de edad; pero fueron y todavía son atendidos por el Orador, humilde exponente, de cuanto fue preciso para el estudio, vestido y alimentación.

Gracia que...

El Padre Santo acogió benévolamente la súplica. Don Bosco le presentó también humildemente una instancia para la incardinación en la Pía Sociedad de un fraile de los Menores Reformados. Damos constancia de ella porque nos muestra una vez más cómo el Venerable se entregaba con toda solicitud a levantar los obstáculos que aparecían en el camino vocacional de sus hijos espirituales.

Beatissime Pater,

Ioannes Bosco sacerdos, ad pedes Beatitudinis tuae provolutus, humillime exponit quae sequuntur:

Clericus Rochus Damus, loci Idoli (vulgo Edolo), Dioecesis Brixiensis, quindecim annos natus religionem Fratrum Minorum Reformatorum strictioris observatiae ingressus est a die 28 augusti 1862. Die vero 30 augusti 1863 eamdem religionem professus est emittens vota simplicia ad triennium, quae complementum habuerunt anno 1866. Tandem die 17 Junii 1868, ob civilem abrogationem sui Ordinis in nostris regionibus, sancti Francisci religionem derelinquere debuit.

Nunc vero post annum approbationis, iam Societatem seu Congregationem Salesianam profiteri desiderans, a Sanctitate tua humili precatione postulat, ut huic Congregationi adscribi eamdemque profiteri et in eadem sacros ordines suo tempore suscipere possit et valeat.

Haec facultas ideo necessaria est, quia, ex huius Societatis approbationis Decreto, Superior generalis litteras dimissoriales eis tantum relaxare potest, qui ante annum decimum quartum in aliquo hospitio vel convictu ad Salesianam Congregationem pertinentibus, recepti fuerint. Ita in Decreto diei 1.° martii 1869.

Beatísimo Padre,

El presbítero Juan Bosco humildemente postrado a los pies de Vuestra Beatitud, expone cuanto sigue:

El clérigo Roque Damus, de Edolo, diócesis Brixiense, ingresó en la religión de los Hermanos Menores Reformados de la estricta observancia a los quince años, el día 28 de agosto de 1862. El día 30 de agosto de 1863 profesó en dicha religión emitiendo los votos simples para un trienio y los renovó en el año 1866. Finalmente el 17 de junio de 1868 tuvo que abandonar la religión de San Francisco, por la supresión civil de su Orden en esta región.

Ahora, después de un año de prueba, deseando profesar en la Sociedad o Congregación Salesiana, pide, humildemente postrado, a V. S. poder ser inscrito en esta Congregación y profesar en la misma, y a su tiempo recibir en ella las órdenes sagradas.

Esta facultad es necesaria, por cuanto, por el decreto de aprobación de esta Sociedad, el Superior General sólo puede extender las cartas dimisorias a los que hayan sido recibidos antes de los catorce años en un internado o colegio perteneciente a la Congregación Salesiana, como consta en el Decreto del 1.° de marzo de 1869.

[687]

CAPITULO LV

CIRCULAR DE DON BOSCO A LOS SALESIANOS: CONFIANZA CON EL SUPERIOR: CONSECUENCIAS PRACTICAS DE ESTE ARTICULO DEL REGLAMENTO – DON BOSCO SALE PARA MONTEMAGNO: LE DETIENEN EN ASTI: VISITA EL ORATORIO FESTIVO DE LA LOCALIDAD: CONFIESA A ANTIGUOS ALUMNOS: LLEGA CON RETRASO A MONTEMAGNO: EL MARQUES FASSATI RECONOCE QUE DON BOSCO «ACIERTA HASTA CUANDO YERRA» – MUERTE DE DOS ALUMNOS DEL ORATORIO – LECTURAS CATOLICAS – *FIN DE CURSO EN EL ORATORIO Y REPARTO DE PREMIOS*

DON Bosco encontraba su descanso cuando podía estar con sus hijos, los salesianos, y entretenerse con alguno de ellos, con todos reunidos, o en la calma de la noche cuando pasaba a todos por su mente meditando la manera de atender a sus necesidades. En aquel momento gozaba su corazón pensando que, dentro de pocas semanas, tendría los ejercicios espirituales en la casa de Trofarello. El amor santificado de la familia lo podía todo en su corazón. Le encantaba el espectáculo del salmo cuando dice: *Fili tui, sicut novellae olivarum in circuitu mensae tuae.* (Tus hijos, en derredor de tu mesa como renuevos de olivo).

En agosto, para promover el espíritu de familia, enviaba esta circular a todas sus casas.

[688] *Amadísimos hijos:*

La divina Providencia dispuso que nuestra Pía Sociedad fuera definitivamente aprobada por la Santa Sede, y nosotros, a la par que, en la humildad de nuestro corazón, damos gracias a la bondad del Señor, debemos darnos maña con todo esmero para corresponder al fin que nos hemos propuesto al ingresar en la Congregación y mantener la exacta observancia de las reglas.

Entre los artículos de las mismas está el que se refiere a la confianza que debe reinar entre Superiores e inferiores: «Todos tengan, dice en el capítulo 5, artículo 6.º, gran confianza con su Superior; no haya ningún secreto del corazón con él».

Este artículo es muy importante, y se ha observado que los coloquios del Superior con sus subalternos dieron muy buenos resultados, porque así, éstos pueden exponer con toda libertad sus necesidades y pedir oportunos consejos, y el Superior mismo estará en condiciones de conocer el estado de sus hermanos, proveer a sus necesidades y tomar decisiones que facilitan la observancia de las reglas y el provecho de toda la sociedad. Parece que esto es lo que quiere indicar el Espíritu Santo, cuando dice: *Vae soli, quia quum ceciderit, non habet sublevantem se* (Ecl. IV-10) *¡Ay del solo, que si cae, no tiene quien le levante!* Después añade: *Para el que vive en sociedad, si uno cae o se encuentra en peligro de caer, el otro le levanta y en cierto modo queda apuntalado en su caída. Si unus ceciderit, ab altero fulcietur* (Idem).

De este modo, dice santo Tomás, el religioso consigue su fin, es avisado en los peligros y tiene quien le ayude en caso de caída. *Juvatur a sociis ad resurgendum* (Es ayudado por los hermanos para levantarse).

Para que se pueda lograr esta ventaja en nuestra Sociedad se determinó establecer algunas cosas que se pueden llamar consecuencias prácticas del artículo arriba citado.

[689] 1.º Todos los meses se darán dos conferencias, una de ellas para leer y explicar sencillamente las reglas de la Congregación; la otra sobre materias morales, pero de un modo práctico y adaptado a las personas a quienes se habla.

2.º Todo socio se presentará una vez al mes al Director de la casa y, si tiene alguna duda en cuanto a la observancia de las reglas, lo expondrá, pidiendo los consejos que le parezcan para su provecho espiritual y material.

El Director, por su parte, oirá todo con la debida caridad, durante un tiempo prudencial; aún más, procurará interrogar separadamente a cada socio sobre la salud, los deberes que tiene, la observancia religiosa, los estudios o trabajo que debe atender. En fin, procurará animarle, ayudarle de obra y de palabra para ponerse en situación de poder gozar de la paz del corazón con la tranquilidad de conciencia, que debe ser el fin principal de todos los que forman parte de esta Pía Sociedad.

3.º Por regla ordinaria el Director de cada casa dará cuenta exacta una vez al mes al Rector Mayor del estado moral o sanitario de los hermanos y presentará una relación sobre la marcha material de la casa que le ha sido confiada.

Hay que notar una pequeña excepción para la casa Madre. Los

que componen en ella el Capítulo y los sacerdotes que lo pidan, pueden presentarse al Rector Mayor a exponerle cuanto es del caso.

El dar cuenta de sí mismo al propio Superior es práctica generalmente establecida en todas las casas religiosas y resulta muy ventajosa; por eso yo también espero de ella un gran bien para nosotros, sobre todo para alcanzar la tan necesaria paz del corazón y la tranquilidad de conciencia.

Hay muchas cosas que decir a este respecto. Se hará con otras circulares, con adecuadas conferencias y especialmente en los próximos ejercicios espirituales de Trofarello, si Dios misericordioso **[690]** nos conserva, como espero, y nos ayuda a podernos reunir todos allí en el próximo mes de septiembre.

¡Animo, mis queridos hijos! Tenemos una gran empresa entre manos. Muchas almas esperan de nosotros la salvación; entre estas almas la primera debe ser la nuestra, después la de nuestros socios y la de todo fiel cristiano a quien podamos aportar cualquier ventaja. Dios está con nosotros. Trabajemos para corresponder a los celestes favores que nos ha concedido y que esperamos quiera seguir concediéndonos abundantemente en lo porvenir.

La gracia de Nuestro Señor Jesucristo sea siempre con nosotros y nos conceda el espíritu del fervor y el precioso don de la perseverancia en la sociedad. *Amén.*

Día solemne de la Asunción de la Santísima Virgen 1869.

Afmo. en Jesucristo
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P. D.: Esta carta circular será leída a todos los socios de nuestra Pía Sociedad [1].

El sábado, día 14 de agosto, don Bosco partía del Oratorio para Montemagno, donde se celebraba solemnemente al día siguiente la fiesta de la Asunción.

Era esperado en Montemagno por el marqués Fassati, quien había preparado para aquel día un gran banquete con invitados en su honor. Don Juan Bautista Francesia había ido un día antes que el Venerable. Cuando llegó el coche, el Marqués montó en cólera al ver que llegaba sin don Bosco, ya que tenía en mucho su presencia y, dirigiéndose a don Juan Bautista Francesia, dijo:

[1] En la primera edición de la *Vida de don Bosco* en dos volúmenes, esta carta fue asignada a la *Anunciación* de 1869, pero la fecha verdadera, como consta en varios documentos auténticos, es la fiesta de la *Asunción*, o sea, el 15 de agosto del mismo año.

—Usted, que sale siempre en defensa de don Bosco: me gustaría **[691]** saber qué excusa tendrá el valor de aducir en su disculpa, por habernos engañado de este modo.

Francesia tranquilamente observó:

—Yo, en mi larga experiencia, he visto que don Bosco acierta hasta cuando yerra.

Hacia las cinco de la tarde los invitados se sentaron a la mesa, el Marqués estaba de mal humor.

¿Cuál era la causa del retraso de don Bosco?

Al llegar a Asti, fue a visitar a la familia Cerrato, la cual le hizo perder el *ómnibus* adrede, entreteniéndole demasiado con continuas visitas de amigos y conversaciones interesantes. Don Bosco se dio cuenta ya tarde de que pasaba la hora; pero, quiso a toda costa ir al lugar de la salida de los coches: el suyo había partido hacía media hora. Mientras pensaba si debía o no volver atrás, el señor Cerrato, satisfecho en su corazón de su victoria, le invitó a ir al Oratorio festivo del canónigo penitenciario, Juan Cerrutti. Aquella era la finalidad de la pequeña trama. Don Bosco aceptó y predicó, confesó, dio la bendición y luego se dirigió a casa de Cerrato para pasar allí la noche.

Anochecía ya cuando, a espaldas de don Bosco, resonó una voz que decía:

—*¡Caramba!* ¡Este cura se parece en todo a don Bosco!

Al oír el Venerable pronunciar su nombre, se volvió. Un hombre de barba espesa se acercó a él, le tomó de la mano y, besándosela calurosamente, dijo:

—¡Es él, es don Bosco de veras! ¿Cómo está?

—¿Y cómo está usted?

—Pero ¡qué usted ni qué...! Tutéeme como hace años. ¡O no me conoce!

—Sí hombre... sí; ¡tú eres... Santiago!

—¡Veo que aún me conoce! Sí, soy Santiago. Siempre he dicho que don Bosco me quería. ¡Me conoce después de catorce años que no me ve! ¡Cuántas chiquilladas le hacía entonces, cuántos disgustos le di, pobre don Bosco!

[692] —Estoy muy contento de verte y de que me quieras... ya sabes que también don Bosco te ha querido siempre. ¿Y qué haces aquí?

—Soy comerciante; mis negocios no van mal y no puedo quejarme.

—¿Y sigues siendo bueno?

—Bueno, sí, pero no como usted quiere.

—¿Qué quieres decir?

—¡Vaya! No quiero hablar más... no quiero decir disparates... ¡Ah! ¡No hay más que un don Bosco! Con los demás no me gusta ni quiero ir a confesarme... por nada del mundo.

—¿Y con don Bosco?

—A don Bosco no puedo decirle que no; siempre que él quiera estoy dispuesto a ello.

—Pero aquí en Asti, habrá otros amigos míos; ¿no es así?

—Sí, somos varios; siempre hablamos de don Bosco y del Oratorio; y desde que salimos de él no hemos vuelto a confesarnos.

—Entonces, entendidos; venid mañana por la mañana.

—Yo sí que vendré.

—¿Me das tu palabra?

—A lo mejor no seré capaz de perseverar, pero siempre cumpliré lo prometido a don Bosco. Dígame dónde va a celebrar la misa mañana y yo iré y llevaré también a los otros.

Antes de que volviera a casa ya se habían acercado a don Bosco algunos exalumnos más. Y al día siguiente, quince mocetones y padres de familia se confesaban con él y recibían de sus manos la santa comunión. Después le acompañaron hasta el coche y se agolparon alrededor. Lloraban de alegría y repetían besándole la mano:

—Gracias, gracias por el bien que nos ha hecho y la alegría que nos ha dado. No sólo le quieren los señores, sino que también le quieren los pobres; todos le queremos.

[693] Los hombres del pueblo, que holgaban en la plaza, miraban asombrados a aquel cura, rodeado de tantos hombres y convertido en centro de tantas demostraciones de afecto.

Cuando don Bosco llegó a Montemagno, el Marqués y la Marquesa Fassati le recibieron con un amable reproche:

—¡Don Bosco promete, pero no cumple!

Y don Bosco, como si no recordase la invitación para el día anterior, dijo:

—¿Y por qué me dicen eso?

—¿Por qué no vino ayer?, prorrumpió el Marqués.

—Es verdad, tiene razón; se lo diré.

Y empezó a contarles lo que le había sucedido en Asti. El Marqués no pudo contener las lágrimas y exclamó:

—Siendo así, le deseo que se encuentre con los mismos inconvenientes siempre que le invite a mi casa.

Intervino don Juan Bautista Francesia y díjole al Marqués:

—Bueno, señor Marqués, ¿no es verdad que don Bosco acierta hasta cuando yerra?

—No sé qué decir, concluyó el Marqués; tiene usted razón.

Entre tanto se cumplía la predicción hecha por don Bosco en Lanzo a fines de 1868. Había dicho que aquel curso moriría uno, que pertenecía a la clase segunda elemental, cuyo apellido empezaba por uve (V). Era ya el mes de julio de 1869 y no había muerto nadie en el colegio. Cuando he aquí que el muchacho Ulderico Valagossa, robusto y sanísimo, alumno de la segunda elemental, cayó gravemente enfermo. Un mes duró la enfermedad, y el abogado Luis Andreis, que conocía la predicción, se informaba curiosamente de la enfermedad, y repetía a quien le manifestaba la esperanza de que el chico curaría:

—Valagossa morirá: lo dijo don Bosco.

El muchacho empezó a convalecer; tanto, que el padre, que había ido a visitarlo, como le encontró ya curado y jugando **[694]** con los demás, no quiso llevárselo a casa. Pero he aquí que, al cabo de una semana, recayó y murió.

—¡Don Bosco lo había predicho!, exclamó el abogado y con él todo el colegio.

Valagossa murió un domingo, tras ocho días de agonía. Mientras se cantaban las vísperas en la iglesia del colegio, resonaban por doquiera las consoladoras palabras: *Et misericordia ejus, a progenie in progenie, timentibus eum* (Y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación). Era un muchacho estupendo.

En los registros del Ayuntamiento de Lanzo se lee: Ulderico Valagossa murió en Lanzo el 22 de agosto a las cuatro de la tarde de 1869. Tenía once años. Había nacido en Biassono (Monza), de Félix Valagossa y Francisca Bismara.

El mismo mes llegaban al Oratorio las noticias de la muerte del cuarto y del quinto de los seis predichos por don Bosco. Se lee en los Registros:

Fernando Boggiatto, hijo de José, natural de Testona, estudiante de 2.º de bachillerato, murió en su propia casa en julio de 1869.

El clérigo Carlos Giacchetti, hijo de Lorenzo, natural de Lessone, estudiante de 1.º de Teología, salió del Oratorio el 17 de julio de 1869, *et requievit in Domino* (y descansó en el Señor).

Las *Lecturas Católicas* traían a la mente de los jovencitos el recuerdo de la otra vida con el número de septiembre y octubre: *El mes de noviembre santificado, o sea, la devoción a las almas del pur-*

gatorio, presentada a través de breves consideraciones y ejemplos escogidos, con el modo de oír la santa misa en sufragio de las almas del purgatorio.

Y así, de este modo, terminaba el curso, y el Venerable invitaba a los personajes más relevantes de Turín al reparto de premios en el Oratorio, con la siguiente tarjeta:

ORATORIO DE
SAN FRANCISCO DE SALES
TURIN

El miercoles, 8 de septiembre, a las seis de la tarde, se celebrará la solemne distribución de premios a los alumnos de los cursos de bachillerato. Ruego a V. S. tenga a bien honrarnos con su presencia para solemnizar nuestra fiesta y animar a nuestros alumnos.

Turín, 6 de septiembre de 1869

JUAN BOSCO, *Pbro.*

[695] La fiesta de la Natividad de la Santísima Virgen María se celebró lo más solemnemente que se pudo, porque también se esperaba para honrar la fiesta a los miembros del quinto Congreso Pedagógico que precisamente se celebraba por aquellos días en Turín.

Por la tarde, después de las funciones religiosas en la iglesia de María Auxiliadora, empezó la fiesta, que resultó brillantísima por los muchos invitados que respondieron personalmente a la invitación y por los padres de los alumnos que asistieron para compartir la alegría de sus hijos.

La música vocal e instrumental de los muchachos alegró la fiesta en los intervalos de la distribución de premios y de las menciones honoríficas.

Cantó el coro un himno, compuesto por don Juan Cagliero, director del mismo; e interpretó la banda varias sinfonías del maestro Juan De-Vecchi, que gustaron mucho.

Llamó la atención, por encima de todos los números del programa, una sinfonía fantástica, adaptada a la circunstancia, que evocaba la partida de los jóvenes hacia la casa paterna, en la cual, con arte y maestría, se imitaba la salida del tren, su marcha sobre los carriles y la llegada a la estación, seguida del repique festivo de campanas, estampidos de petardos y armoniosas melodías de la banda de un pueblo en fiesta.

Coronó el acto el formidable discurso que pronunció en aquella

circunstancia el docto y católico profesor, caballero Carlos Bacchialoni, doctor en filosofía y letras, que arrancó universales aplausos.

Este discurso fue impreso y se conserva en los archivos.

Terminado el curso, don Bosco anunció dos tandas de ejercicios espirituales para los salesianos en la casa de Trofarello, a fin de que todos pudieran asistir sin dejar solos a los muchachos que se quedaban en el Oratorio y en los colegios.

[696]

CAPITULO LVI

PRIMERA TANDA DE EJERCICIOS ESPIRITUALES EN TROFARELLO - INSTRUCCIONES DE DON BOSCO - ALGUNAS REUNIONES: OBEDIENCIA – POBREZA – VOTO DE POBREZA – LOS PADRES – ELOGIO DE LA CASTIDAD Y MEDIOS POSITIVOS Y NEGATIVOS PARA CONSERVARLA – CHARLAS DE DON BOSCO, DESPUES DE LAS ORACIONES DE LA NOCHE, A LOS EJERCITANTES EN TROFARELLO – SE ANUNCIA QUE MONSEÑOR COMBONI PREPARA UNA CASA EN EGIPTO PARA LOS SALESIANOS – EMISION DE VOTOS – ULTIMA PLATICA Y CLAUSURA DE LOS EJERCICIOS – CARIÑO DE DON BOSCO A LOS ALUMNOS QUE NO TIENEN INTENCION DE FORMAR PARTE DE LA PIA SOCIEDAD – EL CABALLERO FEDERICO OREGLIA DI SANTO STEFANO SE INSCRIBE EN LA COMPAÑIA DE JESUS: SU CARTA A DON BOSCO Y A VARIOS SALESIANOS, DESPIDIENDOSE – SEGUNDA TANDA DE EJERCICIOS – «¡SI YO NO FUERA SALESIANO, ME HARIA SALESIANO!»

LA primera tanda de ejercicios espirituales empezó el lunes, 13 de septiembre. El Venerable predicó las instrucciones y don Miguel Rúa las meditaciones. Eran ejercitantes algunos sacerdotes, numerosos clérigos, coadjutores seglares y jóvenes estudiantes y aprendices, que aspiraban a ingresar en la Pía Sociedad.

En la primera instrucción don Bosco presentó un informe histórico del origen y desarrollo de los Oratorios festivos y de la Pía Sociedad de San Francisco de Sales, desde 1841 hasta 1869. Su voz, sus sentimientos, sus palabras eran la manifestación de su inmensa gratitud a la Madre celestial.

Afortunadamente conservamos el resumen de todas las instrucciones **[697]** de don Bosco en un cuadernito, junto con otras, solamente esbozadas y escritas, en parte en hojas sueltas, que probablemente predicó el Venerable en los Ejercicios de 1870, en Lanzo. Las publicamos todas íntegramente en el apéndice del presente volumen[1]. Aquí nos limitamos a indicar los temas que don Bosco de-

[1] Véase APENDICE «A».

sarrolló en esta primera tanda de ejercicios tenidos en 1869, que sor los primeros anotados en el citado manuscrito, como resulta de la confrontación hecha con los apuntes tomados por quien oyó al Venerable.

Los temas fueron los siguientes:

13 de septiembre, lunes, por la tarde: *Introducción, informe histórico sobre la fundación de la Pía Sociedad.*

14 de septiembre, martes, por la mañana: *Ventajas de quien vive en Congregación.*—Por la tarde: *Idem.*

15 de septiembre, miércoles, por la mañana: *Voto de obediencia.*—Por la tarde: *Obediencia a los Superiores.*

16 de septiembre, jueves, por la mañana: *Voto de pobreza.*—Por la tarde: *Los padres.*

17 de septiembre, viernes por la mañana: *Castidad: medios positivos para conservarla.*—Por la tarde: *Medios negativos.*

18 de septiembre, sábado, por la mañana: *Recuerdos. Trabajemos con fe, esperanza y caridad con Dios, los superiores, los hermanos y los inferiores.*

De algunas instrucciones del Venerable podemos ofrecer a los hermanos un resumen algo difuso, con la ayuda de las notas de varios.

I
OBEDIENCIA

De la instrucción de don Bosco sobre la obediencia tenemos esta nota.

Don Bosco hizo notar en primer lugar que, bajo el voto de obediencia caen todas las prescripciones dadas por el Superior con la manifiesta intención **[698]** de obligar en fuerza del voto, con tal de que no sean contrarias o realmente ajenas al espíritu de las constituciones.

Después explicó que el voto de obediencia limita la obligación bajo pena de pecado, más o menos grave, según la materia, y con respecto a que lo mandado por el Superior esté prescrito por los mandamientos de Dios y de la Iglesia. El cuarto mandamiento comprende también con el nombre de padre y madre a los que hacen sus veces con nosotros y que hemos aceptado de Dios por tales con nuestro voto.

Sólo el Rector Mayor y el Director pueden mandar a sus súbditos, en virtud de santa obediencia y entonces puede darse el caso de culpa grave. No así cuando el mandato procede de otros superiores, salvo que tal desobediencia escandalizase y produjera daño al súbdito o a otros.

Por lo demás, nuestras reglas no obligan bajo pena de pecado. Si uno no hiciese la meditación, la lectura espiritual, el examen de conciencia, la visita a Jesús Sacramentado, si no ayunase el viernes, si no rezara el rosario, si no se confesase cada ocho días, quedaría sin mérito, mas no pecaría, a menos que, con su mal ejemplo, fuera ocasión de relajación en la Comunidad. Y si el escándalo y el daño producido fuera grave, también sería grave la transgresión.

II
POBREZA

Para la mayor parte de los hombres, las riquezas se convierten en espinas por las angustias y fatigas que requiere su adquisición y conservación. Son lazos por las injusticias que hacen cometer, por la avaricia, por la dureza de corazón con el prójimo; son un yugo que mantiene al alma curvada hacia la tierra, le impide aspirar a las cosas del cielo y no le deja para sí más que el barro. La pobreza honesta no tiene preocupaciones que la turben, no tiene remordimientos que la angustien, está al seguro de muchas tentaciones del demonio, es madre de todas las virtudes, aspira al cielo y confía en el amor del Señor que ha dicho:

—No podéis servir a Dios y a las riquezas.

Pero no os angustiéis diciendo: qué vamos a comer, qué vamos a beber o con qué nos vamos a vestir... Vuestro Padre celestial ya sabe que necesitáis todo eso. Buscad primero su reino y su justicia y todas esas cosas se os darán por añadidura. Así que no os preocupéis del mañana (Mat. VI-31, 34).

La grandeza del valor de la pobreza la mostró el Divino Salvador con su ejemplo: *Paupertas non inveniebatur in coelis, in terris abundabat; et nesciebat homo pretium ejus. Hanc itaque Dei Filius concupiscens, descendit ut eam eligat sibi, et nobis faciat pretiosam.* (No existía la pobreza en el cielo, abundaba en la tierra y el hombre no conocía su valor. Como el Hijo de Dios la deseaba, descendió, la eligió para sí mismo y la hizo preciosa para nosotros) (San Bernardo).

[699] Jesucristo nació, vivió, habitó, se alimentó y murió pobre; *in laboribus a juventute sua* (en el trabajo desde su juventud).

Y esta santa pobreza era tema continuo de la doctrina que predicaba. Anunciaba a las multitudes la necesidad de despegar el corazón de las cosas de la tierra y se la imponía a los que invitaba a ser sus apóstoles; y a los que le pedían que les aceptara como discípulos para ir en su compañía, les exigía que renunciaran a cuanto poseían, hasta a sus familias.

Se presentó cierto día a Jesús un joven que, arrodillándose, le preguntó:

—Maestro bueno, ¿qué tengo que hacer para alcanzar la vida eterna?

Y Jesús le respondió:

—Ya sabes los mandamientos: guárdalos.

—Maestro, los he guardado desde mi juventud.

Ante tal respuesta, Jesús le dio muestras de gran afecto y le dijo:

—Sólo te falta una cosa, si quieres ser perfecto: ve, vende cuanto tienes, dalo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; ven y sígueme.

A estas palabras se entristeció el joven y se marchó desconsolado; porque tenía muchas posesiones. Y Jesús, mirando a su alrededor, dijo a sus discípulos:

—¡Qué difícil es que los ricos entren en el reino de Dios!

Y añadió, al verlos estupefactos por sus palabras:

—¡Qué difícil es que entren en el Reino de los cielos los que ponen su confianza en las riquezas! (Marc. X y sig.). Es más fácil que un camello pase por el ojo de la aguja, que el que un rico entre en el Reino de Dios.

Oído esto, los discípulos quedaron sorprendidos y decíanse los unos a los otros:

—Pues, ¿quién se podrá salvar?

Jesús, mirándolos fijamente, les dijo:

—Para los hombres es imposible, mas no para Dios, porque todo es posible para Dios.

Dificilísimo es que el hombre carnal despegue el corazón de las riquezas, mas, con la gracia de Dios, muchos las emplean para socorrer generosamente a los pobres y a la Iglesia y muchos se despojan de todo para dedicarse al servicio divino.

A la respuesta del Salvador, Pedro tomó la palabra, en nombre de los demás apóstoles, y le dijo:

—Nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido: ¿qué será, pues, de nosotros?

Y Jesús respondió:

—En verdad os digo, que vosotros que me habéis seguido, en la regeneración, cuando el Hijo del Hombre esté sentado en el trono de su majestad, os sentaréis también vosotros en doce tronos y juzgaréis a las doce tribus de Israel. En verdad os digo, que nadie que haya dejado casa, hermanos, hermanas, madre, padre, hijos o hacienda por mí y por el Evangelio, quedará sin recibir el ciento por uno, ahora al presente, con casas, hermanos, hermanas, madres, hijos y hacienda, con persecuciones; y en el tiempo venidero, la vida eterna.

[700] ¿No parece ésta la historia de todas las Congregaciones religiosas y también de la nuestra?

Después de haber narrado la parábola del banquete al que rehusaron asistir los invitados, Jesús se puso en camino y, volviéndose a la gran turba de gente que lo seguía, les dijo:

—El que viene a mí y ama a su padre y a su madre más que a mí, no es digno de mí. El que no odia hasta su propia vida no puede ser mi discípulo.

Y repetía en alta voz:

—Si alguno quiere seguirme, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame.

Estas palabras contenían tal vez también un aviso para los padres de los discípulos que lo rodeaban, a quienes recomendaba la perseverancia para seguirlo valientemente y llevar la cruz. No se trataba de confiar en recursos y fuerzas humanas.

Dios sostendrá con su gracia a los que quieren llegar con fatiga y sudor a obtener el premio de su vocación. Decía:

—¿Quién de vosotros, si quiere edificar una torre, no echa primero cuentas de los gastos que se necesitan y si tiene con qué acabarla, para que, si después de echar los cimientos, no puede terminarla, no empiecen a burlarse de él todos los que lo ven diciendo: —Este comenzó a edificar y no ha podido terminar?

Quería deciros que vosotros, que habéis venido tras de mí, seáis constantes en edificar la torre de la perfección cristiana. Si os desanimáis, será muy grande vuestra vergüenza y vuestro daño. Los mundanos necesitan echar sus cuentas para no dejar una empresa a la mitad. Pero vosotros no debéis temer. Poned en las cuentas de los gastos la ayuda implorada al Señor, que no os faltará. *Omnia possibilia sunt credenti* (Todo es posible para el que cree).

Surgirán persecuciones y tentaciones, y el Divino Salvador prosigue con otra parábola:

¿Qué rey, que sale a enfrentarse contra otro rey, no se sienta antes y delibera si con diez mil puede salir al paso del que viene contra él con veinte mil? Y si no, cuando está todavía lejos, envía una embajada para pedir condiciones de paz (Luc. XIV, 31-33).

Hemos de sostener la guerra contra el demonio, contra el mundo y contra nosotros mismos, y si hiciésemos pactos con nuestros enemigos sería una eterna ignominia y una irreparable desgracia. No debemos temer las armas de nuestros enemigos, porque Dios nos concede sus armas espirituales. *Cadent a latere tuo mille, et*

decem millia a dextris tuis, ad te autem non appropinquabit (Caerán a tu lado mil y diez mil a tu derecha, pero a ti no se acercará). Y el arma poderosa es el voto de pobreza, con la renuncia de corazón y Dios os lo dará todo: *Apud Deum autem omnia possibilia sunt* (Con Dios todo es posible).

Y como conclusión de las dos parábolas exclamaba Jesucristo:

—De igual manera, cualquiera de vosotros que no renuncie a todos sus bienes, no puede ser mi discípulo (Lc XIV, 33).

[701]

III
VOTO DE POBREZA

Algunos de vosotros ya están ligados con los votos, otros están dispuestos a hacer el sacrificio de sí mismos y de sus cosas al Señor. Diré, pues, cuál es el alcance de nuestro voto de pobreza.

El voto de pobreza entre nosotros mira a la administración y no a la posesión de cualquier cosa: por eso los profesos pueden retener el dominio *radical*, como se dice, de sus bienes; pero les está totalmente prohibida la administración, lo mismo que la distribución y el empleo de las rentas, sin el consentimiento del Superior.

—Todos los socios deben hacer su testamento antes de la emisión de los votos. —Podrán disponer libremente del dominio, ya sea por testamento, ya sea *per actus inter vivos*, pero con el permiso del Rector Mayor.—Todos los donativos que se les hagan o los frutos de cualquier industria, trabajo material o intelectual pertenecen a la Sociedad.—Todo lo que los profesos adquieran en consideración a la Sociedad, deberán fundirlo con los bienes de la comunidad, para común utilidad de la Sociedad.—Ninguno tendrá dinero consigo o en otra parte.

Nuestro voto es éste: *Observantia voti paupertatis, in hoc praecipue consistit, ut animum ab omnibus terrestribus alienum habeat; quod nos vita quoqueversu communi ad victum et vestimentum consequi curabimus, nec quidpiam, nisi peculiari Superioris permissione, pro nobis retinentes* [1] (La observancia del voto de pobreza consiste esencialmente en el desprendimiento de todos los bienes de la tierra, lo cual lo practicaremos con la vida común en cuanto al alimento y vestido, no reservando nada para el propio uso, sin especial permiso del Superior).

Que era la regla de los apóstoles: *Habentes autem alimenta, et quibus tegamur, his contenti simus* (Mientras tengamos comida y vestido estemos contentos con eso) (I Tim VI, 8). El apósotol san Pablo escribía a los Filipenses: *Omnia... arbitror ut stercora, ut Christum lucrifaciam* (Todas las cosas las tengo por basura para ganar a Cristo) (III, 8). Y Jesús había prometido un gran premio a esta pureza de intención: *Beati pauperes spiritu, quoniam ipsorum est regnum coelorum* (Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el Reino de los cielos) (Mat. V, 3). No dice *en el futuro*, como en las obras bienaventuranzas, sino que dice *es*.

Nuestra pobreza debe ser real y no de nombre. *Gloriantur de nomine paupertatis, et socios paupertatis fugiunt* (Se glorían del nombre de la pobreza pero huyen de los socios de la pobreza) (San Bernardo). Socios de la pobreza son las privaciones, la penuria, el trabajo, etc.

En la celda, en los vestidos, en la mesa, en los libros, en los viajes, etc. *Pauperes esse volunt, eo tamen pactu ut nihil eis desit* (Quieren ser pobres a condición de que nada les falte) (San Bernardo *de Adv. Dom.*).

---

[1] Véase: Vol. VIII, pág. 899 - N. 6 - 1.º.

Por tanto, reflexionemos:

1.º Que un religioso debe poseer lo que tenía Jesucristo: *Propter vos egenus factus est, cum esset dives ut illius inopia vos divites essetis* (Siendo rico, por vosotros se hizo pobre, a fin de que os enriquecierais con su pobreza) (II Cor VIII, 9). Nuestro divino Maestro era tal, que ninguno de nosotros puede superarlo en la pobreza. No poseía nada en este mundo, sólo la túnica que llevaba para resguardarse de la intemperie **[702]** podía decir que era suya y los verdugos se la jugaron a los dados, delante de sus ojos, mientras moría en la cruz.

2.º Recordemos que *qui volunt divites fieri incidunt in laqueum diaboli* (los que quieren enriquecerse caen en el lazo del diablo) (I Tim VI, 9). El dinero hizo cometer muchas culpas al apóstol Judas, lo indujo al más horrible de los delitos y lo empujó hasta acabar sus días con una muerte espantosa.

3.º No se olvide nuestra antigua condición, sobre la cual escribe san Jerónimo a Nepociano[1] hablándole de ciertos monjes:

—*Nec plus habeas quam cum clericus esse cepisti.—Natus in paupere domo, et in tugurio rusticano, qui vix milio et cibario pane rugientem saturare ventrem poteram, nunc similam et mella fastidio* (No tengas más que cuando empezaste a ser clérigo.—Nacido en pobre casa, y en choza campesina, apenas podía saciar el vientre con mijo y pan de salvado y ahora siento aversión de la flor de harina y la miel).

4.º Santo Tomás de Villanueva, y muchos más, miraban a Jesús crucificado y resolvían todas las dificultades en la vida religiosa. ¡Qué pensamientos más consoladores tendrán en punto de muerte los que se hicieron pobres por Jesucristo!

Individualmente, pues, no debemos tener nada propio; poseemos sin embargo algunas cosas en común; pero al menos con el afecto es menester que renunciemos también a todos los bienes presentes, a toda suerte de ataduras y a todo lo que se ama en el mundo; por donde el religioso esté dispuesto a perderlo todo, antes que faltar a su santa profesión y a Dios.

Si nos mantenemos fieles al voto de pobreza, seremos casi mendigos, pero a cuántos hacemos ricos (de los dones del E. Santo): casi desposeídos de todo y poseedores de todo (porque la pobreza es nuestra verdadera riqueza) (II Cor VI, 10).

Y yo añado: *nihil habentes et omnia possidentes* (sin nada y dueños de todo), hasta en los bienes temporales. Jesús lo ha prometido: *Nemo est qui reliquerit domum... aut agros propter me... qui non accipiat centies tantum nunc in tempore hoc, domos... et agros.* (No hay nadie que si deja la casa... o las propiedades por mí... no reciba ya ahora cien casas... y propiedades).

Y esto para la habitación, el sostenimiento y para las variadísimas obras de caridad espirituales y materiales que confiaría a las congregaciones de estos pobrecitos. El Corazón de Jesús derrocha ternura indescriptible para los que fueron obedientes a su invitación. Se puede decir que en todo el mundo no hubo monte o llanura sin un convento, monasterio o colegio, en los que no faltaba nada de lo necesario.

Pero ¡ay de las casas religiosas donde se empezó a vivir ricamente! Ya lo decían san Jerónimo y san Agustín en su tiempo. En efecto, muchos conventos cayeron,

---

[1] *Nepociano.*—San Nepociano, primero soldado y luego sacerdote, murió en el año 309. San Jerónimo fue historiador y panegirista de tan esclarecido varón. Hace mención de él en una carta a Teodoro y a él se refiere cuando escribe su incomparable carta sobre las obligaciones del clero. Su festividad está señalada el 11 de mayo, día de su glorioso tránsito al cielo *(N. del T.).*

gloriosamente, *cum persecutionibus*, odiados porque defendían la causa de la fe y los derechos de la Iglesia. Pero la rutina de muchísimas y famosas Ordenes antiguas y la dispersión de sus bienes, son una prueba de cómo la ira de Dios ha permitido esas desgracias en castigo del voto emitido y descuidado.

Tras aquellas órdenes surgieron nuevas congregaciones, numerosas como las antiguas, y cosa admirable *cum persecutionibus*; y Jesús fue inmediatamente generoso con ellas y seguirá siéndolo mientras no se apeguen a las riquezas. ¡Oh santa y bendita pobreza!

[703] *Deus meus et omnia* (Dios mío y mi todo), exclamaba san Francisco de Asís. Soy pobre, pero *omnia possum in eo qui me confortat* (todo lo puedo en aquel que me conforta), diremos con san Pablo. Y por esto, los verdaderos pobres por amor de Jesucristo, hicieron milagros. Por esto un religioso alza la mano con fe y cura a los enfermos. Hay que ponerse en brazos de la divina Providencia, que nunca nos faltará. Por esto, los setenta y dos discípulos enviados de dos en dos por Jesús a todas las ciudades y lugares a donde él tenía que ir, tuvieron el poder de hacer milagros y también ellos tuvieron ciertamente la promesa hecha a los apóstoles (Luc X).

El Divino Salvador cuando enviaba sus apóstoles a predicar su venida les decía:

—Id por los caminos, y decid: el Reino de los Cielos está cerca. Sanad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, expulsad demonios. De balde lo recibisteis; dadlo de balde. No toméis oro, ni plata, ni cobre en vuestras fajas, ni alforjas para el camino, ni dos túnicas, ni sandalias, ni bastón.

—Señor, pensarían los apóstoles, y ¿cómo proveer a nuestras necesidades?

Jesús continuó:

—Porque el obrero merece su sustento. En la ciudad o pueblo en que entréis, informaos de quién hay digno de ello y quedaos allí hasta que salgáis. Al entrar en la casa, saludadla diciendo:—¡Paz a esta casa!

Marcharon los apóstoles y, de vuelta de su misión, Jesús les dijo:

—Cuando os envié sin bolsa, sin alforjas y sin sandalias, ¿os faltó algo?

—Ellos dijeron:

—¡Nada!

Pues también nosotros podemos responder a Jesús:

—Somos pobres, pero nunca nos faltó nada! (Mat X, 7-12. Luc XXII, 35-56).

IV
LOS PADRES

Dijo Dios a Abrahán: *Egredere de terra tua et de cognatione tua, et de domo patris tui, et veni in terram quam monstravero tibi* (Vete de tu tierra y de tu patria, y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré) (Gen XII, 1).

Melchisedech, sacerdote del Dios Sumo, *sine patre, sine matre, sine genealogía* (sin padre, ni madre, ni genealogía) (San Pablo a los Hebreos VIII, 3).

Los ministros de Dios deben alejarse de la patria y los parientes, si quieren hacer el bien.—*Nemo propheta acceptus est in patria sua* (Ningún profeta es bien recibido en su tierra) (Luc IV, 24).

Es doctrina de Jesucristo: El, todo corazón, que mandaba honrar al padre y a la madre, que consoló a tantas familias sanando y resucitando a sus seres queridos, habló así al tratar de fe y de vocación: *Si quis venit ad me et non odit patrem suum et matrem suam, etc., non potest meus esse discipulus* (Si alguno viene donde mí y no odia a su padre, a su madre... no puede ser discípulo mío) (Luc XIV, 26).

[704] *Veni enim separare hominem adversus patrem suum, et filiam adversus matrem suam* (He venido a enfrentar el hombre con su padre, a la hija con su madre) (Mat X, 35), porque *inimici hominis, domestici ejus* (sus propios familiares serán los enemigos de cada cual).

Ya que *frequenter amici carnales aversantur profectui spirituali: propinqui enim carnis in hoc negotio amici non sunt, sed inimici* (frecuentemente los amigos carnales se apartan del progreso espiritual; los próximos según la carne no son amigos en este asunto, sino enemigos) (Santo Tomás).

Moisés, estando ya para morir, dijo casi lo mismo de los levitas que habían obedecido el mandato del Señor: *Qui dixit patri suo et matri suae: nescio vos; et fratribus suis: ignoro vos... hi custodierunt eloquium tuum et pactum servaverunt* (El que dijo de su padre y de su madre: «No los he visto». El que no reconoce a sus hermanos y a sus hijos ignora. Pues han guardado tu palabra y conservarán tu alianza) (Deut XXXIII, 9).

Es un sacrificio, pero Dios lo quiere y será divinamente recompensado.

Tenemos la promesa del céntuplo en este mundo de cuanto hayamos abandonado, y de la vida eterna. La promesa es a quien *reliquerit omnia* (dejare todo).

Mas quien tiene padres pobres, en la miseria, no entre en religión; quédese para ayudarles. Quien quisiera ayudarlos nunca podrá vivir con el corazón contento en la Congregación.

Si los padres no son pobres, el religioso que se consagra por entero a Dios y posee algo, abandone la casa, el campo, la viña, el prado, todo lo que tiene, como quiere el Divino Maestro: *Vendite quae possidetis et date eleemosynam* (Vended lo que poseéis y dadlo en limosna). Y Jesús nos dio el ejemplo de esta pobreza. No tenía más que su pobre casa de Nazaret y la abandonó. Así que pudo decir: las zorras tienen su cubil, los pájaros su nido, pero el Hijo del Hombre no tiene donde reclinar su cabeza.

Y si aún nos quedase alguna cosa: *Quod superest, date eleemosynam* (Lo que sobra, dadlo de limosna). Y entre los pobres ¿no podría incluir a su Comunidad? *Sit haeres, sed mater filiorum, id est gregis sui, Ecclesia, quae illos genuit, nutrivit et pavit* (Sea heredero, pero madre de los hijos, esto es de su grey, la Iglesia, que los engendró, alimentó y educó) (San Juan Crisóstomo).

Hay algunos que, movidos por las insinuaciones de los padres, olvidan las promesas hechas a Dios, y la finalidad de sus estudios es llegar al sacerdocio para procurar mayor desahogo a su familia. Dice san Jerónimo a Nepociano: *Obsecro itaque te, et repetens iterumque monebo, ne officium clericatus antiquae militiae putes: idest no lucra saeculi in Christi quaeras militia* (Vivamente te pido, y de nuevo te aviso repitiendo no creas que el ministerio de clérigo es el de la antigua milicia: es decir, no busques las ganancias del siglo en la milicia de Cristo).

¿Les será fácil encontrar los medios? ¿Estarán vivos para el tiempo calculado? ¿No se encontrarán en necesidad?

Mas ¿por qué desconfiar de la Providencia? ¡Recemos!

Cuando un hijo abandona a los padres para seguir la vocación, Jesucristo ocupa su lugar en la familia.

Jesús nos da ejemplo del desapego que iba predicando.

Y así responde a las dulces quejas de su santísima Madre, que lo había perdido: *Quid est quod me quaerebatis? Nesciebatis quia in his quae Patris mei sunt oportet me esse?* (¿Y por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en las cosas de mi Padre? (Luc II, 49).

Cuando una buena mujer llamó bienaventurada a su Madre, El dijo: *Quinimmo beati, qui audiunt verbum Dei et custodiunt illud* (Dichosos más bien los que oyen la Palabra de Dios y la guardan) (Luc XI, 28).

Fueron a encontrarlo su madre y sus hermanos y no podían acercarse **[705]** a El por la mucha gente que le rodeaba. Alguien le dijo:

—Tu madre y tus hermanos están ahí fuera y desean verte.

El respondió:

—¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?

Y extendiendo la mano hacia sus discípulos dijo:

—Estos son mi madre y mis hermanos. *Mater mea et frates mei hi sunt, qui verbum Dei audiunt et faciunt* (Mi madre y mis hermanos son éstos que oyen y cumplen la palabra de Dios) (Luc VIII, 19-21. Mat XII, 46-50).

Labora, sicut bonus miles Christi Jesu (Soporta las fatigas, como un buen soldado de Cristo Jesús) (II Tim II, 3).

No vayáis a la casa propia, a no ser por causas graves y aconsejados por los superiores, como hizo san Luis. Id cuando los padres estén gravemente enfermos. Ir a casa en vacaciones o de visita con ocasión de fiestas ruidosas, es lo mismo que decir: voy para enfriarme en la piedad. Uno de los discípulos dijo a Jesús:

—*Domine, permitte me primum ire et sepelire patrem meum. Jesus autem ait illi: Sequere me et dimitte mortuos sepelire mortuos suos* (Señor, déjame ir primero a enterrar a mi padre. Díjole Jesús: sígueme, y deja que los muertos entierren a sus muertos) (Mat VIII, 21-22) *Tu vade et annuntia regnum Dei* (Tú vete a anunciar el Reino de Dios (Luc IX, 60). Jesús no quería prohibir este deber de piedad y de caridad, sino que señalaba un peligro, y la obligación de seguirlo sin demora. Otro le dijo: *Sequar te, Domine; sed permitte mihi primum renuntiare his quae domi sunt* (Te seguiré, Señor; pero déjame antes despedirme de los de mi casa, para decirles adiós). Y Jesús respondió: *Nemo mittens manum suam ad aratrum et respiciens retro, aptus est regno Dei* (Nadie que pone la mano en el arado y mira hacia atrás es apto para el Reino de Dios) (Luc IX, 61-62).

Cuanto más se desentiende y se despega uno de las relaciones con los padres y con los demás del mundo más virtud y perfección adquiere. San Antonio ermitaño echó al fuego un paquete de cartas de su familia, sin leerlas. ¡Privaciones generosamente recompensadas!

Mucho menos aún mezclarse en asuntos temporales y encargos de los padres y de los demás. *Nemo, militans Deo, implicat se negotiis secularibus, ut ei placeat, cui se probavit* (Nadie que se dedica a la milicia de Dios, se enreda en los negocios de la vida, si quiere complacer al que le ha alistado (Tim II, 4). Romper, por tanto, toda relación que pueda tenerse con el mundo.

Nosotros hemos de decir:—Mundo, para ti no soy y para mí no eres tú, pues todo mi corazón se lo he entregado a Jesús.

V
ELOGIO DE LA CASTIDAD Y MEDIOS NEGATIVOS PARA CONSERVARLA

La castidad es necesaria para todos, y singularmente para quienes se dedican a la educación de la juventud. Virtud grande que eleva al hombre al nivel de los ángeles: *Erunt sicut angeli Dei in coelo* (Serán como los ángeles de Dios en el cielo). Era conocida en el Antiguo Testamento. José, Elías, Daniel, Susana.

En el Nuevo Testamento se une la castidad con la virginidad y el Profeta anunciaba: *Ecce Virgo concipiet et pariet filium* (He aquí que una virgen concebirá y dará a luz un hijo).

Elogios que basten para ponderar dignamente la virtud de la castidad, solamente se pueden oír de boca de los ángeles. Jesús quiso nacer **[706]** de una Virgen y fue Rey de Vírgenes. Su discípulo predilecto fue el apóstol Juan por ser virgen; al morir, le entregó a él su madre. En Roma Juan fue librado de la caldera de aceite hirviendo como premio a su virginidad. Y por ese motivo contempló en visión, en la isla de Patmos, el triunfo de la virginidad en el paraíso.

Esta virtud convierte en otros tantos ángeles a los hombres que la practican.

Mas ¡ay de quien la pierde! La caridad, la castidad y la humildad son tres reinas que van siempre juntas: no puede existir una sin las otras. Mientras uno es casto, tiene viva la fe, firme la esperanza y ardiente la caridad, pero cuando se abandona al vicio, empieza a dudar de las verdades de la fe. La incredulidad, la herejía, no tuvieron ni tienen otro principio.

Para guardar esta virtud hay medios positivos y negativos. Los negativos son la fuga de las ocasiones. Por tanto, hay que cerrar las ventanas por donde entra el demonio a robarnos esta virtud. Ventanas son los ojos, cuya curiosidad debemos frenar, porque lo que se ve, si es ilícito, deja mala impresión. *Pepigi foedus cum oculis meis ut ne cogitarem quidem de virgine* (Había yo hecho un pacto con mis ojos, y no miraba a ninguna doncella) (Job XXXI, 1).

Por tanto los que, al ir a su pueblo, toman parte en alguna fiestecita, no podrán librarse de ver ciertas cosas que pondrán en gran peligro esta virtud. *Oculus meus depraedatus est animam meam* (Me hacen daño mis ojos) (Lm III, 51).

No fijar la vista en el rostro de las personas de otro sexo y ni siquiera en el de los jóvenes más agraciados. La misma precaución hay que tener al enseñar el catecismo a las niñas o a los niños. Tratar con recato a los familiares y con afectuosa reverencia a la propia madre. No olvidar el comportamiento de san Luis en muchas circunstancias de su vida: no podría sufrir que nadie viera sus pies desnudos.

No leer jamás libros inmorales, novelas, comedias, relatos sentimentales, o profanos. Hay que exceptuar entre éstos los que hay que estudiar o enseñar por obligación: ¡hay tantos libros buenos e instructivos para leer en toda clase de ciencias!

Cerrar ambos oídos, porque causa daño incalculable oír una conversación y hasta una sola palabra maliciosa. Huir de lugares peligrosos ante la presencia de ciertos deslenguados. Evitar las conversaciones con personas mundanas y los centros de diversiones.

No aceptar invitaciones para convites mundanos. Y si uno está obligado a ir, saber callar, dar muestras de disgusto, cerrar los oídos cuando se oyen malas conversaciones e invocar el auxilio de Dios, hacer o decir lo que el Señor inspira o alejarse con cualquier pretexto.

También hay peligros de este género, y aún mayores, en ciertas familias. Por esto os aconsejo que no vayáis a casa, si no estáis obligados a ello por un estricto deber.

Para que no entre el demonio, cerrad la puerta, que es la boca; **[707]** porque con la lengua se tienen las malas conversaciones, y no me refiero a las que ofenden directamente la bella virtud, sino más bien a ciertas formas de hablar que parecen indiferentes; a ciertos cuentos, fábulas, historietas que no son malas por sí mismas, sino por ciertas circunstancias; a chistes poco correctos; bastan a veces para despertar malos pensamientos en los jóvenes, que ya fueron víctimas de ciertas debili-

dades, o bien inducen a otros a interpretarlos mal, ocasionando menosprecio hacia quien ha hablado. En tales casos, los buenos se alejan si pueden. Por tanto, no hablar más de lo necesario y siempre de algo útil para el alma.

Por la boca entra el alimento... No hay que comer cosas fuertes, picantes, rebuscadas, de difícil digestión, demasiado abundantes o sabrosas, como son los dulces, las confituras. No hay que beber vinos exquisitos o licores embriagadores y mucho menos sin medida, porque, obrando así, resulta un doble milagro conservar la bella virtud. Cuando menos se espera se presentan los pensamientos o deseos ilícitos deliberadamente, con peligro de acciones abominables.

Por la noche no quedarse totalmente en ayunas; pero cuanto más ligera sea la cena, tanto más seguros estaremos. Añado las mortificaciones, no sólo no buscando alimentos que halagan la gula, sino frenando estos deseos.

Estemos contentos con lo que la Providencia nos suministra.

En cuanto a las ocasiones peligrosas os diré que evitéis estar a solas con personas de otro sexo. Cuando debáis tratar con ellas sed lo más breves que podáis y, después de una mirada indiferente al principio, hablad con la cara vuelta a un lado, volviendo los ojos de acá para allá sin afectación. No vayáis acompañados de ellas por la calle. Absteneos de estrecharles la mano, aunque sean vuestras hermanas, de mirarlas afectuosamente, de hacerles regalos, escribirles cartas demasiado tiernas, hacerles confidencias demasiado exageradas, dar preferencia a una más que a otra. *Qui familiaritatem non vult vitare suspectam, cito labitur in ruinam* (El que no quiere evitar una familiaridad sospechosa, pronto cae en la ruina). Somos cristianos, somos religiosos y no debemos dejarnos seducir por las cosas de la tierra. Por eso hay que huir *tamquam a facie colubri* (como de una serpiente) y cortar toda relación.

También hay que usar grandes cuidados en el trato con personas religiosas: *Hospitiolum tuum aut raro, aut nunquam mulieris pedes terant. Omnes puellas aut virgines Christi, aut aequaliter ignora, aut aequaliter dilige. Nec sub eodem tecto mansites: nec in praeterita castitate confidas* (Que los pies de la mujer no pisen tu albergue nunca o rara vez. Desconoce o ama por igual a todas las hijas o doncellas de Cristo. Y no habites bajo el mismo techo: ni te fíes de la pasada castidad) (San Jerónimo a Nepociano) *Si propter officium clericatus, aut vidua visitatur, aut virgo, numquam solus domum introducas* (id) (Si por ministerio clerical, visitas a una viuda o a una doncella, nunca entres solo en casa).

Huir también de las amistades particulares con los jóvenes, porque tienen atractivos que se hacen querer. Abstenerse de los besos, de tomarlos por la mano, ponerles las manos en la cara, acariciarlos, sea como sea, de manera afectuosa; no os permitáis gestos o palabras que puedan despertar en ellos un mal pensamiento, un afecto sensible; y peor aún entretenerse con ellos a solas. Jamás los metáis en la propia celda. Esto acarrea envidias, sospechas, maledicencias y escándalo.

Procurad también inculcar prudentemente estos cuidados a los **[708]** alumnos. No os ilusionéis con las victorias pasadas, porque se vence una, dos, tres veces, pero después, a la cuarta se cae. *Apprehende fugam, si vis referre victoriam* (Huye si quieres triunfar).

Nadie crea que está seguro por su edad avanzada; nada de eso; porque ¿quién es más fuerte que Sansón, más santo que David, más sabio que Salomón? Pues, pese a tantas virtudes, cayeron desgraciadamente. No olvidemos que *habemus thesaurum in vasis fictilibus* (llevamos un tesoro en vasijas de barro).

VI
MEDIOS POSITIVOS
PARA CONSERVAR LA CASTIDAD

Para conservar la virtud de la castidad hay medios positivos y negativos. Hemos reducido los medios negativos a la fuga de las ocasiones y de todo lo que puede ocasionar un mal pensamiento o una mala impresión.

Los medios positivos se reducen a cuatro: Oración - Fuga del ocio - Frecuencia de los Santos Sacramentos - Huir de las ocasiones.

Salomón escribió en el capítulo VIII, 19 del libro de la Sabiduría:

«Era yo un muchacho de buen natural, me cupo en suerte una alma buena, o más bien, siendo bueno, vine a un cuerpo incontaminado; pero comprendiendo que no podría poseer la sabiduría si Dios no me la daba (y ya era un fruto de la prudencia saber de quién procedía esta gracia) me dirigí al Señor y se la pedí; le dije con todo mi corazón:

»—...Dame la sabiduría que se sienta junto a tu trono, y no me excluyas del número de tus hijos...».

El primer medio es, pues, la oración.

Se entiende por oración todo lo que eleva nuestros afectos a Dios. La meditación de la mañana es la primera. Hacedla todos siempre, pero descendiendo a la práctica, acabadla siempre con la resolución de sacar fruto de ella, de evitar un defecto, de practicar alguna virtud. Hay que rezar, si se quiere alcanzar. Después, las oraciones que se hacen en común, por la mañana y por la noche, deben servir para impetrar de Dios lo que se necesita para el alma y para el cuerpo. Récense bien y siempre. Récelas cada uno, si puede junto con los demás. Si no puede, paciencia, pero no deje nunca de rezarlas... No las olvide... récese cada día el Rosario, asístase a la santa misa y léase algún libro devoto.

La oración debe ser manifestación de fe, que invita a los presentes a alabar a Dios. Nosotros los Salesianos comenzamos por oír bien la santa misa. Los sacerdotes celébrenla con gravedad reverente, edificante, cumpliendo con exactitud las ceremonias. Ellos y los que ya están próximos a las órdenes, estudien bien las rúbricas. Hay que enseñárselas también a los alumnos, e inculcarles la debida compostura en esta santa acción. Hace tanto bien ver a un muchacho ayudando con devoción la santa misa. Se ha convertido ya en un proverbio en los pueblos:

—Ese chico ayuda tan **[709]** bien a misa, porque es alumno de don Bosco.

Y vosotros, sacerdotes, rezad el breviario *digne, attente ac devote* (digna, atenta y devotamente) y si podéis, ante el sagrario. Hay que hacer bien la genuflexión y la señal de la cruz, para animarse a la oración.

Repartid estampas, libritos, medallas que recuerden la bondad de María Santísima. Animad a los alumnos a cantar sus alabanzas, a celebrar sus novenas y sus fiestas, sus sábados, y decidles las indulgencias concedidas por la Santa Sede en tales ocasiones. Tened una ardiente devoción a esta Madre Santísima: *Sileat misericordia tua, Virgo Beata, si quis est qui te invocatam in necessitatibus meminerit defuisse* (No se hable de tu misericordia, Bienaventurada Virgen, si hay alguno que, habiéndote invocado en sus necesidades, recordase que le ha fallado) (San Bernardo, 4.° sermón sobre la Asunción).

Aquí tenéis lo que quería deciros sobre la oración; acerca de ella debo notar que la mayor parte de vosotros hace lo que os he recomendado y yo estoy contento de ello.

El segundo medio es la fuga del ocio.

Vult et non vult piger. Desideria occidunt pigrum (El perezoso quiere y no quiere. Los deseos matan al perezoso) (Prov XIII, 4 - XXI, 25). *In desideriis est omnis otiosus* (Todo ocioso vive de deseos) (San Jerónimo *ad Rusticum*). *Omnem malitiam docuit otiositas* (La ociosidad enseña todos los males). Y san Jerónimo *ad Rusticum*, añade: *Facito aliquid operis ut te diabolus semper occupatum inveniat. Nunquam de manu et oculis recedat liber* (Haz algún trabajo para que el diablo te encuentre siempre ocupado. No caiga nunca el libro de tu mano y de tus ojos).

Si estamos ocupados, el demonio no podrá vencernos jamás. Espera siempre a asaltarnos cuando estamos ociosos. Hay que levantarse por la mañana enseguida, cuando nos llaman. No ir a descansar en tiempo indebido. Durante el día, al acabar los propios deberes, ponerse a leer algún libro que trate de cosas espirituales. Habría que leer también la Historia Eclesiástica, pero sólo los trozos que el tiempo nos permite. Tenemos las obras de Calmet, Bercastel, Rohrbacher. La traducción de la Biblia de Martini, con el texto y notas que es uno de los más bellos estudios sobre la Biblia. *Divinas scripturas saepius lege, immo nunquam de manibus tuis sacra lectio deponatur* (Lee a menudo las Sagradas Escrituras, y nunca apartes de tu mano la lectura sagrada (San Jerónimo a Nepociano).

Cuando la mente cansada no resiste una ocupación determinada y necesita descanso, es preferible no hacer nada: pasead, jugad, saltad, entregaos a cualquier trabajo material. Así aconsejaba san Felipe Neri. No estéis nunca un minuto ociosos. En fin, no hay que dar descanso al cuerpo y concederle sólo lo indispensable para su conservación.

El tercer medio positivo para conservar la virtud de la pureza es la frecuencia de los sacramentos. El Concilio de Trento expresó su vivo deseo de que se recibiese la comunión siempre que se asiste a la santa misa. Es alimento que da fuerza, alimento de vida. *Qui manducat hunc panem, vivet in aeternum* (Quien come de este pan, vivirá eternamente) (Juan VI, 59).

En cuanto a la confesión, el que tiene la conciencia tranquila puede esperar ocho días y hasta quince; pero el que fuere tentado puede confesarse aún con más frecuencia durante la semana. Así daría un golpe con seguridad de éxito contra el tentador y con gran ventaja para su alma. Confiésese de las faltas escabrosas y aun dudosas; de las faltas pequeñas y de las **[710]** circunstancias para tener un consejo seguro. Necesitamos un guía. *Nec ipse te doceas, et absque doctore ingrediaris viam quam numquam ingresus es* (No te fíes de ti mismo y te metas, sin maestro, por un camino que nunca debías haber tomado) *(ad Rusticum).*

El que no pueda comulgar sacramentalmente cada día, no deje nunca de hacer la comunión espiritual y recomiéndela a los demás.

Hágase todos los días la visita a Jesús Sacramentado, en común por cuanto se pueda y a la hora establecida: y el que no pudiera ir a la iglesia con los hermanos, hágala a otra hora, pero no la deje nunca. Al hacer la visita, recítese alguna jaculatoria, por ejemplo: *Sea alabado y reverenciado en todo momento, el santísimo y divinísimo Sacramento.*

El cuarto medio es huir de las ocasiones y tentaciones. *Si vis magnus esse, a minimo incipe. Principiis obsta* (Si quieres ser grande, empieza por lo más pequeño. Oponte al principio) (San Agustín). Hay que ponerse enseguida en guardia, al ser tentados; ponerse a hacer cualquier cosa, mudar de posición, pasear, distraerse con cualquier fantasía o recuerdo agradable, cambiar de ocupación o cosas semejantes. Al empezar la tentación, es fácil vencerla, pero si se espera a combatirla, ello es difí-

cil, porque uno resulta más débil, cuanto más fuerte se hace el enemigo. Rechazad enseguida el asalto alejándoos del peligro, pero enseguida, enseguida, porque en las cuestiones contra la modestia, si consentís, no hay parvedad de materia. Hay que suspender, por el momento, hasta la lectura de un libro bueno, si nos impresiona demasiado una descripción. Cuando vemos una litografía, un cuadro, una figura que nos perturba, aunque no sea mala, un muchacho o una muchacha que no van vestidos muy decentemente, hagamos enseguida una mortificación volviendo la vista a otra parte. Recordemos que *qui spernit modica paulatim decidet* (quien desprecia lo pequeño, poco a poco caerá); y que *qui amat Deum, nihil negligit* (quien ama a Dios, no descuida nada). Y entre tanto, respetarnos mucho a nosotros mismos, caminar modestamente por las calles, sentarse, conversar, bromear, divertirse, etcétera, de modo que en nuestra compostura se refleje la bella virtud.

Pongamos, pues, en práctica todos los medios para vencer, más aún, para prevenir las tentaciones.

No acostarse después de comer. A la hora del descanso, acostarse con las manos sobre el pecho. Rezar hasta dormirse y, si durante la noche nos despertamos, volver a rezar; decir jaculatorias, besar el escapulario, el crucifijo o la medalla que se lleva al pecho. Tener en la celda agua bendita; hacer la señal de la cruz con fe.

Si cumplimos estos avisos, también nosotros podremos cantar, como esperamos, el himno que cantan los que vestidos de blanca túnica *sequuntur Agnum quocumque ierit* (siguen al Cordero adonde vaya). Honrad los sábados a la Virgen con alguna práctica de piedad; inculcádselo a los jóvenes, pero empezad vosotros dando ejemplo.

Todas las noches, después de las oraciones, decía don Bosco unas palabritas a los ejercitantes, en la capilla. Fue ésta su costumbre **[711]** mientras pudo. He aquí el resumen de lo que dijo aquel año.

13 de septiembre.—Hemos aludido a las señales de la vocación religiosa. Para nosotros y para la vida salesiana añadiré otras dos de suma importancia: estar a gusto con los muchachos; desear trabajar para que abracen el estado eclesiástico.

14 de septiembre.—Detestar el mal hecho en el pasado, corregir el presente: tener disgusto por el bien abandonado, proponerse firmemente cooperar con cualquier sacrificio a la salvación del prójimo.

15 de septiembre.—Avisó a los que estuvieran decididos a emitir los votos que dieran su nombre a don Miguel Rúa o a don Juan Cagliero; y exhortó a todos a que hicieran testamento.

16 de septiembre.—Hicieron los votos perpetuos cuatro socios. Entre ellos: don Angel Savio y don Julio Barberis. Cinco más emitieron los votos trienales.

Por la noche dijo don Bosco que, por motivos urgentes de familia, o por grave enfermedad de algún pariente, se podía y se debía permitir a algunos miembros de la Pía Sociedad que fueran a su pue-

blo, sin que por ello se violasen las constituciones; pero que, para el que necesitara tomar vacaciones, cuidar una enfermedad o cambiar de aires, estaban las casas de Chieri, Lanzo, Mirabello, Trofarello y la nueva de Cherasco, que se abriría pronto, provistas de todo lo necesario. Hizo notar después que, de haber podido, habría prohibido la lectura de periódicos: toleraba que se leyeran los buenos, en privado, pero jamás en público, delante de los muchachos.

El 17 de septiembre.—Se leyó en la mesa una larga carta escrita a don Bosco por el padre misionero Comboni, que preparaba local en El Cairo para un colegio que debían establecer los salesianos en Egipto, para las misiones de Africa.

Por la noche, hicieron los votos trienales cuatro socios y, antes de ir a acostarse, habló así don Bosco:

«El otro día hemos hablado del voto de castidad y **[712]** alguno de vosotros se desasosegó un poco. Decía:

»—¿Cómo se entiende que, debiendo tratar con los muchachos, no podamos tomar nunca a ninguno de la mano, no tenerles ninguna simpatía? ¿Que si nos asalta una mala imaginación, tenemos que escapar y encerrarnos en la habitación?

»Y seguía exponiendo otras objeciones por el estilo.

»Pero yo, mientras repito y confirmo lo que he indicado como causa de graves peligros, y que vosotros debéis evitar, observaré que allí donde de por sí no hay culpa, no deben tener lugar las exageraciones. Yo no he querido decir que un apretón de manos, una amistad honesta, una palabra afectuosa, aun cuando a veces produzcan algún mal pensamiento, si éste no se consiente, sean pecado; digo solamente que no hay que ponerse en ocasiones que sean tales para un espíritu débil. Añado, además, que se tengan ciertos comportamientos de fraterna benevolencia, cuando sean necesarios, pero siempre con cautela y que no sean cosa continua.

»La recta intención, la gracia de Dios, el trabajo constante, la oración, los sacramentos, la obediencia a las reglas, forman una especie de armadura que difícilmente puede deshacer el demonio. Y son una espléndida prueba de ello todos estos nuestros campeones que trabajan con nuestros muchachos.

»Por lo demás, yo aconsejo que no entre en nuestra Pía Sociedad a quien no se sintiere con ánimos para conservar esta virtud estando entre los jóvenes.»

El 18 de septiembre dio don Bosco la plática de conclusión, de la que podemos extractar algunos pensamientos.

No hay que amar por fines humanos a las criaturas, a los amigos, a los parientes, a los superiores, a los compañeros, sino a Dios sobre todas las cosas y al prójimo por amor de Dios. *Qui manet in charitate, in Deo manet et Deus in eo* (Quien permanece en el amor, permanece en Dios y Dios en él) (I Juan IV, 16) Si Dios está con nosotros lo podemos todo. *Omnia possum in eo qui me confortat* (Todo lo puedo en Aquel que me conforta) (Filp IV, 13).

Trabajad con fe, esperanza y caridad.

Trabajad con fe aspirando al premio que nos aguarda en el cielo. No hagamos las cosas para que el superior nos diga *¡bravo! ¡bien!,* o para ser aplaudidos por los que nos conocen. No, no trabajemos por estas mezquindades, sino para agradar al Señor.

[713] Trabajad con esperanza. Cuando estemos cansados, atribulados, levantemos los ojos al cielo; nos espera una gran merced en la vida, en la muerte, en la eternidad; allá nos espera el premio.

Hagamos como aquel solitario que se animaba contemplando un trocito de cielo a través de las rendijas de su estrecha y oscura cueva. *Qui confidit in illo, non minorabitur* (El que tiene confianza en el Señor, no sufre daño) (Ecl XXXII, 24).

Trabajad por amor a Dios. Sólo El es digno de ser amado y servido, verdadero remunerador de lo más insignificante que hagamos por él. El nos ama, como un padre afectuosísimo. *Charitate perpetua dilexi te...* (Con amor eterno te quise).

También es un deber nuestro emplear modos caritativos con los inferiores y ayudarlos. No decir nunca con aire autoritario: *Haz esto, haz eso,* sino usar modos corteses, suaves, amables. No decir jamás a un coadjutor o a un empleado, cuando sucede alguna protesta, y es algo que me desagrada mucho:

—Basta, obedece; ¿quién eres tú? Un simple criado.

En nuestra casa no hay ningún criado. Todos somos iguales ante el Señor. Jesús mismo no quiso que le llamaran señor, sino padre, maestro, y siempre repetía que había venido a la tierra para servir y no para ser servido. Es tan señor, en nuestra Comunidad, el Superior, como el último barrendero...

El Superior debe estudiar la índole de sus subordinados, su carácter, sus inclinaciones, sus habilidades, su modo de pensar, para saber mandar, de forma que resulte fácil la obediencia, recordando que no sabe mandar quien no sabe obedecer. No debe mandar nunca cosas demasiado difíciles o que repugnen...

Si para atraer a uno al bien o para ganar una alma, sirviese una estampa, un folleto, un libro, etc. regálese con gusto; mas no para otro fin...

Es también misión nuestra difundir buenos libros. Hagamos lo posible por realizarlo en los lugares y en el momento oportuno.

Paciencia para aguantar los defectos ajenos, como dice san Pablo: *Alter alterius onera portate* (Lleve uno el peso del otro). Procuremos querernos como hermanos, ayudarnos, compadecernos, defender el honor ajeno, sin ásperas riñas o burlas, sino avisándonos caritativamente. Desterremos toda palabra grosera, tratémonos siempre con buen talante, cortésmente y con caridad.

Caridad con los superiores, soportando sus defectos... Practiquemos lo que decimos a los demás. Seamos celosos cumplidores de las reglas, aun de las más pequeñas y especialmente de los votos.

Un espectáculo lastimoso es ver a tantos muchachos en el mundo, que necesitarían educación e instrucción y nadie piensa en ellos. A veces, hasta en medio de los que se reúnen en un Oratorio, hay sacerdotes, clérigos, que parece no se preocupan más que de divertirse ellos mismos y no piensan en dar instrucción religiosa a los que la misericordia de Dios les ha encomendado.

[714] Enseñad con gusto el catecismo, contad los ejemplos de caridad dados por los santos, ejemplos que demuestran la misericordia y la justicia de Dios, y que serán escuchados con avidez... ¡Cuántos muchachos esperan instrucción religiosa, explicaciones de la santa ley de Dios! Preparadlos para recibir con frecuencia los santos sacramentos... *Parvuli petierunt panem, et non erat qui frangeret eis* (Los pequeñuelos piden pan: no hay quien se lo reparta) (Lm IV, 4).

Nosotros hemos elegido en este mundo lo mejor: salvar las almas. Verdad es que no somos suficientes para la necesidad, porque son muchos los que necesitan.ayuda para salvarse. Pero hagamos lo que podamos. El campo está abierto. Desde el Imperio Birmano, desde Africa, desde América, de Génova, de Roma, nos escriben reclamando nuestra acción. Rogad al Señor que mande obreros: *Messis... multa... operarii autem pauci. Rogate ergo Dominum messis, ut mittat operarios in messem suam* (La mies es mucha y los obreros pocos. Rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies) (Luc X, 2).

¡Animo! Salvad las almas, lo más divino entre las cosas divinas. Digan los hombres del mundo que ya ha pasado el tiempo de los religiosos, que los conventos se hunden por todas partes; nosotros, a cualquier costo, queremos cooperar con el Señor a la salvación de las almas...

El mundo no piensa en el alma. En el Parlamento de París se discute, se estudia, y lo mismo en las Cámaras de Florencia, de San Petersburgo, de Berlín, de Londres, en todas se trata de finanzas, de armamento, de guerra y de conquista; pero nadie piensa en el alma, como si no se tuviese. *Propterea dilatavit infernus animam suam et aperuit os suum absque ullo termino, et descendent fortes ejus, et populus ejus, et sublimes, gloriosique ejus ad eum* (Por eso ensanchó el infierno su seno, dilató su boca sin medida y a él baja su nobleza y su plebe y su turba gozosa) (Isaías V, 14).

Se cantó el *Tedéum*, y después de la comida de despedida, los hermanos tornaron a su propia residencia. Todos estaban contentos, lo mismo los que habían hecho su profesión que los que la habían dejado para más tarde; los que se habían inscrito, como los que se conformaban con ser aspirantes, o que esperaban incardinarse en alguna diócesis. Don Bosco no presionaba para la elección de estado y, con tal de que observaran buena conducta, les prestaba su cariño paternal, hasta acabar los estudios. Su palabra prudente, afectuosa con todos, sin excepción, producía admirables efectos en las almas. He aquí una prueba.

El reverendo Merlone hacía más de doce años que estaba en el Oratorio, pero nunca había demostrado voluntad de quedarse en la Congregación. Y ya era sacerdote. Finalmente, decidido a marcharse, salió un día a la calle con don Bosco y pudo hablar extensamente con él. **[715]** Al volver a casa, le vio don Julio Barberis y le pareció que estaba fuera de sí.

—Yo tenía a don Bosco por un santo, decía Merlone, pero hoy me he persuadido de ello. Me ha resuelto todas las dificultades que le presentaba: me ha devuelto la paz al corazón. Está visto que los

santos no piensan sólo en ellos. ¡Qué corazón más grande tiene don Bosco! No limita su pensamiento a su Congregación; le basta que se haga el bien, sea donde sea. Me hizo ver qué es lo que puede hacer un sacerdote, que vive fuera de la Congregación, me describió el amplio campo que fuera de ella existe por cultivar. Yo estaba decidido a marcharme y, aunque él no me ha dicho que me quede, ahora yo no quiero salir del Oratorio. Quiero esperar y ver si mi vocación puede ser la de quedarme aquí.

Y estuvo todavía dos años en el Oratorio; después se fue a una parroquia como vicario. Don Julio Barberis escribía en su crónica: «Me quedó tan impreso este hecho que, aunque han pasado seis años, lo tengo muy presente; tan grande era el entusiasmo con que hablaba el reverendo Merlone».

Los que habían asistido a los ejercicios, volvieron todos a sus residencias, pero un dolor, con anticipación previsto, afligía aquellos días a don Bosco. El caballero Federico Oreglia di Santo Stefano, después de nueve años pasados en la Pía Sociedad, dejaba el Oratorio para entrar en la Compañía de Jesús. Conocido como salesiano en gran parte de Italia, apreciado por muchísimas familias de la Península, trabajador incansable en las obras de don Bosco, religioso edificante por su fidelidad en el cumplimiento de sus deberes, podía despertar con su salida asombro y habladurías en el mundo, y una desagradable impresión en el Oratorio.

El Caballero escribía humildemente a don Bosco.

V. J. M. J.

Turín, 19 de septiembre de 1869

Muy reverendo don Bosco:

Dentro de esta semana he de partir definitivamente para mi nuevo destino: si es ilusión, o si es verdad, creo que debo **[716]** al menos probarlo. Usted que creyó no podía aprobar mi decisión, al menos tendrá que perdonarla y considerarla simplemente como un acto que yo cumplo para tranquilidad y descanso de mi conciencia.

Me voy del Oratorio, donde he gozado, durante más de nueve años, de su afecto y confianza, por lo que puede estar bien seguro que siento toda la amargura de la separación.

No me avergüenzo de decir, y me honraré repitiéndolo siempre, que durante nueve años he comido el pan de su caridad; que es muy poco lo que he hecho para corresponder a su gran bondad conmigo. Nunca fue por falta de voluntad.

Al dejar esa casa me voy con el peso, siempre dulcísimo, de mis infinitas obligaciones con usted y con todos los que fueron mis superiores y compañeros. Ya que no puedo de otro modo ayudarle, al menos me será grato reconocerme y manifestar-

me su deudor y deudor insolvente. Cuente conmigo para todo lo que pueda hacer en favor de usted, de la casa, de la Congregación o de cualquiera de sus miembros; ruégole me considere siempre como su servidor, amigo y hermano.

Como deuda de gratitud y de justicia, no dejaré nunca de pedir al Señor por usted y por toda su familia.

Espero de usted y de los suyos, y se lo pido a título de caridad, algún *memento* y alguna aplicación de la *salve* que se reza al final del santo rosario.

Creo oportuno recordar aquí lo que, según su encargo, me indicaba en su nombre el padre Vasco, a saber, que usted deseaba que saliera sin que, ni en casa ni fuera, se supiese la verdadera razón de mi partida. Yo, contento de poderle demostrar de algún modo mi agradecimiento, le diré que ni siquiera mis más próximos parientes, como mi madre y mis hermanos, saben nada y aquí lo hablé con Buzzetti, a quien usted se lo dijo, y con don Antonio Sala, que vi se había dado cuenta por mis preparativos.

Esto para su norma y para justificar lo que usted no creyó oportuno comunicarme directamente.

Encontrará tres cartas iguales que escribí con el fin de disipar las habladurías, que personas malévolas de fuera pudieran hacer, con perjuicio para la casa o la Congregación, por mi marcha. Usted puede darlas, retenerlas o anularlas, como mejor le plazca o juzgue. Si en adelante necesitare cualquier testimonio mío, cuente con mi buena disposición, siempre que mis superiores me lo permitan.

Siento muchísimo marcharme sin poder despedirme y dar las gracias a cada uno de los que forman la Congregación y la familia. Pero, dado que una partida callada y secreta puede servir mejor a sus planes, me someto gustoso a este verdadero sacrificio y le ruego que cuando usted lo crea, dé a conocer este mi deseo y mi pena, al menos a quien después pueda manifestarlo a los demás.

[717] Le pido perdón por las molestias y disgustos que le he dado en todo momento y tiempo y le ruego perdone el mal que de cualquier manera haya podido causar a usted, a la Congregación, a la Casa o a los hermanos con mi mal ejemplo, lo mismo de palabra que con hechos.

Ruégole también perdone el bien que no he hecho, con lo que pueda haber perjudicado a la Casa.

Por fin, le ruego crea que salgo de esta casa con el corazón totalmente pegado a ella, y, si ello fuera posible, aún con más afecto que antes.

El Señor sabe las obligaciones de gratitud y reconocimiento que me llevo para su persona y familia; por lo cual, aunque me separo de su obediencia, no por ello renuncio a librarme cuanto antes y mejor pueda de las muchas deudas que a usted me ligan. Quiera el Señor permitir que se me presenten muchas y frecuentes ocasiones para ello.

Aunque de ahora en adelante no tengo ya derecho a llamarme su hijo, seré siempre muy feliz, si me cree, como me es grato repetirme ahora y siempre, con la más sincera gratitud y respeto,

De usted, M. Rvdo. don Bosco,

Su seguro servidor
FEDERICO OREGLIA

Las tres cartas iguales estaban dirigidas a don Miguel Rúa, a don Celestino Durando y a don Juan Bautista Lemoyne. Sacamos de ellas la parte principal.

El Señor me llama a una vida, sin duda, de mayor rigor, al inspirarme que entre en la Compañía de Jesús. No es una decisión tomada a la ligera, sino madurada con los consejos de personas muy respetadas y experimentadas por su piedad, su ciencia y su conocimiento de las almas. Por ello nació en mí la absoluta convicción de que ésta era la voluntad del Señor; si bien no quiero ocultarle que por parte del amadísimo padre común, don Bosco, no he recibido más que una simple adhesión, pero no la aprobacion de este mi propósito.

No interesa exponer aquí los motivos por los cuales otros me dieron una opinión contraria y por qué ésta ha prevalecido: lo que importa, y que yo deseo se conozca por mi expresa declaración, es que el único motivo de mi resolución fue la convicción nacida en mí de que ésta es la voluntad de Dios. Por tanto, conste que ningún motivo de descontento o malhumor por la observancia de las reglas, por órdenes de los superiores, por cuestiones o frialdades de cualquier género, dio origen o me confirmó en este pensamiento. Si hay algún motivo que pueda haber causado este paso, ciertamente sensible y doloroso para mí, hay que deducirlo únicamente de mis pecados los cuales, sin lugar a dudas, me han hecho indigno de seguir perteneciendo a esta nueva falange de Jesucristo, quien, por su misericordia, lejos de abandonarme a mí mismo, ha querido inspirarme **[718]** la necesidad de una vida más austera y apartarme de los peligros que la prevención sobre mí mismo me haría quizá insuperables en una Congregación inspirada en tanta dulzura que hace que todo vínculo y atadura resulten tan fáciles y sencillos como si no existieran. El prevenir posiblemente toda duda y responder a cualquier pregunta sobre la verdadera razón de mi marcha del Oratorio y de mi salida de la Congregación, lo creí útil, para que no sirva de escándalo a los Hermanos existentes, ni de incitación a imitarme, basándola en causas falsas, y también para quien quisiera servirse de mi partida en busca de un argumento y de una arma para fomentar una guerra injusta y desleal, como desde hace mucho tiempo se promueve contra don Bosco y su Congregación...

Cumplido de este modo el deber que me impone el conocimiento que tengo de la malicia humana, que de modo desleal persigue las obras del querido don Bosco y principalmente su Congregación, termino pidiendo a Dios y a usted, y por su medio a todos los que pertenecen a la Congregación, perdón por todo disgusto, falta de respeto u ofensa que voluntaria o involuntariamente les hubiera hecho...

El caballero Oreglia marchó a Roma el 20 de septiembre, día que empezaba en Trofarello la segunda tanda de ejercicios espirituales.

El Venerable, al ver alejarse a un hermano que había prestado grandes servicios a su naciente instituto, no podía dejar de sentir pesar. Y no por el pensamiento de la ayuda que iba a faltarle, puesto que estaba acostumbrado a repetir: *las obras de Dios no neçesitan de la ayuda de los hombres.* La causa de su disgusto hay que buscarla en su corazón de padre y en el alto aprecio que tenía puesto en *la nueva obra del Señor.* Un día en que se hablaba entre varios herma-

nos con gran admiración de diversas órdenes religiosas, realzando los méridos de cada una, hubo alguien que, elogiando las hazañas valerosas y el celo invicto de una de ellas, terminó diciendo que él habría ingresado con gusto en aquel instituto, de no haberse hecho salesiano.

Don Bosco, que había participado, con toda su alma, en aquellas alabanzas, al oír la conclusión, exclamó con calma cortante:

—¡Ah, no; si yo no fuera salesiano, me haría salesiano!

[719]

CAPITULO LVII

DON BOSCO ESCRIBE A LA SUPERIORA DE LAS FIELES COMPAÑERAS AGRADECIENDO SUS LIMOSNAS Y LA CARIDAD TENIDA CON LOS MUCHACHOS DEL ORATORIO; Y HACE ELOGIOS DE SU INSTITUTO – ESCRIBE A DON DOMINGO BELMONTE DICIENDOLE QUE SUS PADRES QUERRIAN QUE FUERA A CASA: LE ENCARGA DE LA ADMINISTRACION EN MIRABELLO Y LE DA ALGUNOS AVISOS – DON JUAN BONETTI SE ENCARGA DE LA NOVENA DEL ROSARIO EN I BECCHI – PROFESIONES RELIGIOSAS EN TROFARELLO – CARTA DE DON BOSCO A DON DOMINGO CURTI: LE PROMETE ORACIONES PARA UNA ENFERMA; LAMENTA LAS CONDICIONES EN QUE SE PIDE LA GRACIA AL SEÑOR – SE ANUNCIA LA APERTURA DEL COLEGIO DE CHERASCO – AVISO A LOS PADRES DE LOS ALUMNOS DEL ORATORIO QUE PAGAN PENSION; UNA MOLESTA CUESTION RESUELTA EN PERJUICIO DE DON BOSCO, EL CUAL NO GUARDA RENCOR – LA VIRTUD DE LA JUSTICIA EJERCITADA POR EL VENERABLE

DON Bosco dedicaba al despacho el tiempo libre del sagrado ministerio. Una carta suya, dirigida a sor Eudoxia, Superiora del Instituto de las Fieles Compañeras de Jesús en Turín, demuestra su humilde y profundo reconocimiento para quien favorecía a sus alumnos y el espíritu de Dios que le inundaba.

Reverenda Madre:

Es un retraso indiscreto, pero es un deber y hay que cumplirlo.

Dígole, pues, que a su tiempo recibí ciento treinta liras, de las cuales ciento **[720]** proceden de la Casa de Turín, confiada a sus cuidados y se ofrecen en honor de María Auxiliadora, y las otras treinta son en acción de gracias por dos personas, cuya salud interesa mucho a la piadosa y celosa Madre Superiora General.

Le agradezco todo el bien que a lo largo del año nos hace, especialmente remendando la ropa de nuestros pobres muchachos. Crea, Madre, que estas obras de caridad son celosamente registradas por Dios en el libro de la vida eterna; y que, como estas obras tienen prometido el céntuplo aun en esta vida, no dejarán de merecer especiales favores del cielo sobre usted y sobre la venturosa familia que la divina Providencia le ha confiado.

También le agradezco el dinero que me ha enviado, que servirá para adquirir alguna de las muchas cosas que todavía hacen falta en la iglesia de María Auxiliadora.

Si tuviere ocasión de escribir a la Madre General, dígale que todos los días la encomiendo a ella y a todas sus casas en la santa misa; que las gracias pedidas serán concedidas totalmente, con la única diferencia de que Dios le cambie, a lo mejor, una cosa por otra y le conceda la que El juzgue para su mayor gloria. Ya le fue concedida una gracia muy especial a sus familias, que se mantuvieron en la observancia religiosa, ganando mucho en fervor y celo por las almas. La Casa de Turín tiene eso de extraordinario que, mientras los colegios, unos son cerrados en fuerza de la ley y otros se ven vacíos por falta de alumnas, esta Casa podría servir de modelo para la casa de educación más exigente, por su moralidad, su perfecta salud, su saber y tranquilidad.

Mientras tanto ruego al Señor que bendiga a usted y al Instituto, a fin de que todo resulte a mayor gloria de Dios y provecho de las almas. *Amén.*

Créame agradecido a V. S. Rvda.

Turín, 21 de septiembre de 1869.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

El 22 del mismo mes escribía, como un buen padre, una carta a don Domingo Belmonte, sugiriéndole la manera de responder a sus padres que le invitaban a ir a su casa, y al mismo tiempo le manifestaba su intención de nombrarle Prefecto de Mirabello.

Mi querido Belmonte:

Dijo uno al Salvador: *Domine, sequar te quoqumque ieris, sed permitte me primum ire et sepelire patrem meum. Jesus ait: Sequere* **[721]** *me, et dimitte mortuos sepelire mortuos suos* (Señor, te seguiré adonde quiera que vayas, pero déjame ir primero a enterrar a mi padre. Dícele Jesús: sígueme y deja que los muertos entierren a sus muertos) (Mat VIII, 21). *Tu vade, annuntia Regnum Dei* (Tú vete a anunciar el Reino de Dios) (Luc IX, 60). *Alius ait: Domine, sequar te quoqumque ieris, sed permitte mihi, renuntiare his quae domi sunt. Ait ad illum Jesus: Nemo mittens manum, etc.* (Otro le dijo: te seguiré Señor, pero déjame antes despedirme de los de mi casa. Le dijo Jesús: Nadie que pone la mano...). Por tanto, escribe una carta y reza; yo también lo haré. Ahora pasemos a otra cosa.

Tú me añades unas palabras que me demuestran, o mejor me confirman, el filial cariño que siempre me has tenido, y que yo te he tenido a ti aún más intensamente. Siempre he procurado colocarte en lo que me parecía más conforme con tu carácter y según la mayor gloria de Dios. Con este pensamiento, he pensado confiarte el cargo de Prefecto en Mirabello. Como ves, se trata de un paso gigantesco: de simple súbdito hoy, pasas mañana a Superior y árbitro de un Colegio, donde se albergan casi doscientas personas. Pero creo que tú lo desempeñarás bien:

1.º Buscando la gloria de Dios en lo que hagas. Haz el bien a todo el que puedas y no hagas daño a nadie. Vigilancia en todo.

2.º Dependencia filial del Director, procurando seguir sus instrucciones y ayudándole en sus trabajos. Muchas cosas son superiores a tus fuerzas, por lo que algunas incumbencias quedarán reservadas al Director.

3.º Guarde el dinero el Director, háganse a él los pagos o con su consentimiento.

4.º Procura conciliar la economía de la Casa con la alegría de los subalternos. Dése lo necesario a todos: pero sé fuerte para oponerte a los abusos y despilfarros.

Te aconsejaría para tu tranquilidad que enviases a tu hermano a Turín. Así te librarías de compromisos y quizás de disgustos.

Por lo demás, pongámonos en las santas manos del Señor: El está con nosotros y diremos con san Pablo: *Omnia possum in eo qui me confortat* (Todo lo puedo en Aquel que me da fuerzas).

Que Dios te bendiga a ti y a tus trabajos; saluda a don Francisco Provera y a todos los demás hermanos nuestros y créeme siempre

Trofarello, 22 de septiembre de 1869.

Afmo. en Jesucristo
JUAN BOSCO, *Pbro.*

El mismo día organizaba la novena y fiesta del Santo Rosario en I Becchi y escribía otra carta al Vicario General. Necesitaba dar distracción a don Juan Bonetti.

Rvmo. Mons. Vicario:

Necesitaría enviar a Castelnuovo de Asti al sacerdote Juan Bonetti, Rector del Seminario Menor de Mirabello, para predicar la novena de preparación a la fiesta de Nuestra Señora del Rosario que suele celebrarse allí.

Mas, como quiera que aún no ha renovado las licencias para confesar **[722]** en esta Diócesis, y no teniéndolas consigo aquí en Trofarello, pide por mi medio a S. V. Rvma. sea autorizado en esta ocasión para oír las confesiones de los fieles que se lo pidieren.

Persuadido del favor, considero un honor poderme profesar con profunda gratitud,

De V. S. Rvma.

Trofarello, 22 de septiembre de 1869.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

El Vicario añadía a la petición la siguiente nota:

V.º Con mucho gusto se concede lo que arriba se pide, *cum insuper facultate ad omnia in Dioecesi Taurinensi reservata* (con facultad además para todos los reservados en la diócesis de Turín).

Turín, 22 de septiembre de 1869.

ZAPPATA, *Vic. Gen.*

El día 23 presidía don Bosco la emotiva ceremonia de la profesión religiosa. Siete socios emitían los votos trienales y dos los perpetuos. Así que, en los ejercicios de aquel año, eran seis los que

habían profesado los votos perpetuos y dieciséis los trienales. A éstos deben añadirse el sacerdote Francisco Dalmazzo y don Juan Garino que profesaron para tres años el 15 de abril.

El mismo día escribía el Venerable al canónigo Curti.

Trofarello, 23 de septiembre de 1869

Rvmo. Sr. Canónigo:

Su carta me llegó a Trofarello, donde me encuentro con mis sacerdotes y maestros haciendo los ejercicios espirituales, y le agradezco de corazón el interés que por mí se toma. Asegure a la señora Celeste Benedetti que siempre la he encomendado al Señor en la santa misa y espero que Dios, en su gran misericordia, le conceda la curación perfecta o le dé al menos la paciencia necesaria para aguantar, con provecho para su alma.

Por lo demás no olvide usted que, cuando estaba gravemente enferma, hemos limitado nuestro ruego a Dios para obtener que se pudiera ocupar de las cosas más necesarias para la familia. De todas formas seguiré recomendándola cada día en el altar de María Auxiliadora, y le agradezco las cincuenta liras que me envía y que iré a retirar del caballero San Marzano apenas llegue a Turín.

[723] Que Dios le bendiga a usted y a sus trabajos; ruegue por mí, que profundamente agradecido tengo el honor de profesarme,

De V. S. Rvma.

Afmo. en Jesucristo
JUAN BOSCO, *Pbro.*

El domingo 26 de septiembre, anunciaba la *Unidad Católica*, que don Bosco abría un nuevo colegio en Cherasco.

Colegio-Internado en Cherasco

El próximo curso escolástico se abrirá en la ciudad de Cherasco un colegio internado para la juventud estudiantil, con cuatro clases elementales y cinco cursos de bachillerato. La enseñanza está reconocida; por lo que los profesores, la disciplina, los programas están de acuerdo con los centros estatales. La dirección y la administración están confiadas al sacerdote Juan Bosco, representado por el sacerdote Juan Francesia, doctor en letras, que es el director local. El éxito tenido en las otras escuelas dirigidas por don Bosco es una amplia garantía de que en el nuevo colegio no faltará nada de cuanto puede contribuir a la moralidad, la salud y el aprovechamiento científico de los alumnos. Hay dos tipos de pensión: uno de veinticuatro liras y otro de treinta y cinco. La estación de ferrocarril más próxima es la de Bra, desde donde existe un servicio público que, en menos de media hora, transporta a los viajeros al colegio. Las peticiones se hacen al Director del colegio o al Delegado escolar de Cherasco.

Así terminaba el mes de septiembre. En el Oratorio se esperaba la vuelta de los estudiantes que habían ido de vacaciones, de acuerdo con la siguiente circular:

Oratorio de San Francisco de Sales – Turín – Valdocco

Septiembre de 1869

Respetable Señor:

Me creo en el deber de comunicar a V. S. que nuestras escuelas comienzan este año el curso regular el 18 del próximo octubre y que, a partir de ese día, se empieza a computar la pensión para todos los alumnos que vuelvan.

Quien tuviese alguna deuda con el Centro deberá traer a la vuelta el saldo, juntamente con la anticipación de un trimestre por la pensión fijada.

[724] A la par de estas comunicaciones, ruégole acepte los sentimientos de profundo aprecio con que me gozo en profesarme,

De V.S.

Su atto. y S. S.
EL DIRECTOR

P. D.—El tiempo establecido para hablar con los alumnos es de la una a las dos de la tarde, todos los días de trabajo de la semana.

Claro que éste y otros documentos semejantes parecerá que carecen de importancia para nuestras Memorias: pero nosotros no queremos dejarlos a un lado para que lo que hacían nuestros mayores sirva de experiencia y norma a los que vengan tras nosotros.

Entre tanto se acababa en Turín una cuestión que había costado graves disgustos a don Bosco. César y Domingo Bongiovanni quedaron huérfanos en su infancia. Cierta señora tía suya, Dominga Bongiovanni, viuda de Musso, se cuidó de ellos, y como conocía a don Bosco, a quien apreciaba mucho, quiso confiárselos a él, a fin de que les enseñara un oficio, con el que pudieran en su día cubrir las necesidades de la vida honradamente y como buenos cristianos.

Dicha tía, al morir, dejaba un testamento, en el que nombraba a don Bosco heredero universal de todos sus bienes, con la obligación de «enseñar a sus sobrinos un oficio, así escribía ella, para que puedan atender en su día a las necesidades de la vida honradamente y como buenos cristianos, recomendando encarecidamente a los mismos que le respetaran y amaran y que estuvieran en su Instituto el mayor tiempo posible, o al menos hasta la edad de veinticinco años. Sin embargo (añadía ella), si al llegar a la mayoría de edad, no quisieran de ningún modo seguir allí, entonces don Bosco estará obligado a ayudarles en la nueva situación, con la pensión de cien liras (100) anuales, pagaderas por semestres. Cuando llegaren a la edad de veinticinco años, pagará **[725]** a los mismos la cantidad de dos mil liras a cada uno y, con ello se dará por terminada la pensión. Tam-

bién podrá don Bosco pagar anticipadamente dichas dos mil liras o retardarlas hasta la edad de los treinta años, siempre que en su prudencia crea que esto pueda resultar útil o conveniente a mis dos dichos sobrinos».

Don Bosco se cuidó de los huérfanos y, como les viera dotados de ingenio despejado y de buenas cualidades morales, y también para secundar sus deseos, les dedicó a los estudios de la carrera eclesiástica, a la que mostraban inclinación. Domingo hizo petición formal a don Bosco para estudiar, diciendo que renunciaba a toda futura compensación que pudiera exigir.

Así que el Venerable mantuvo a los dos hermanos durante todos los estudios de latín, filosofía y teología, sin percibir de ellos ninguna ganancia. Llegaron a sacerdotes y el hermano mayor, César, se quedó con nosotros hasta la muerte. El más joven, Domingo, se insubordinó y quiso salir. Don Bosco, que había logrado dotarle, antes de la ordenación, de un patrimonio eclesiástico, le permitió que se agregara al clero diocesano.

Domingo, que salió pocos días antes de cumplir los veinticinco años, exigió las cien liras de pensión anual y las otras dos mil, pero don Bosco no cedió a la petición, esperando que se aviniera a mejores razones.

Hay que notar que los bienes dejados en la herencia a don Bosco consistían en unas humildes casitas, cuyo valor en conjunto no pasaba de las cincuenta mil liras, aun cuando muchos años después se hayan vendido a un precio discreto, al ser expropiadas por el Gobierno para la construcción de un parque de artillería. Pero era una realidad que el Venerable había gastado bastante más para la educación de los dos hermanos, y aunque no fuera más que por eso, juzgaba exorbitantes aquellas pretensiones.

Todos cuantos conocían bien el asunto condividían cordialmente el disgusto por el modo de proceder de don Domingo Bongiovanni. **[726]** Así monseñor Gastaldi, en una carta al teólogo Golzio, Rector de la Residencia Sacerdotal de San Francisco de Asís, donde don Domingo se encontraba estudiando la Moral práctica, protestó seriamente de que se hubiera permitido un pleito contra persona tan respetable como era don Bosco.

El Venerable defendió, a través de procurador, lo que estaba persuadido que era su derecho, sobre todo porque Buzzetti, tutor de los huérfanos, conocía y había indicado claramente las intenciones de la testadora; y, acabada la cuestión, con su ánimo suave y sereno, perdonó de corazón a quien le había ocasionado daños y disgustos.

Bongiovanni no se satisfizo obligando al Venerable a entregarle dos mil liras, sino que pretendía por vía legal otras dos mil, como herencia de su piadosísimo hermano don César José, que murió como salesiano en el Oratorio, según hemos narrado en el capítulo XXIII de este volumen. Se interpuso el generoso comendador Dupraz, amigo de don Bosco, y acalló a Bongiovanni con mil cuatrocientas liras.

«Después de este pleito, atestiguó bajo juramento el mismo litigante, don Bosco me trató siempre bien, casi diría afablemente, y yo le traté también con mucho respeto y veneración y tomé siempre parte en la demostración filial que cada año se hacía y se hace en honor de don Bosco, concurriendo también al donativo para un regalo a don Bosco y asistiendo a la comida que él daba a sus antiguos alumnos. De lo cual puedo argüir que don Bosco no conservó ningún rencor o frialdad contra mí, lo cual, por mi debilidad yo no he hecho».

Don Pablo Albera nos aseguraba que don Domingo Bongiovanni manifestó varias veces en sus últimos años su gran pena por haber disgustado de aquel modo a don Bosco y que, al recordar este hecho, solía repetir:

—¿Quién sabe, si yo me salvaré?

Pero, aún después de la muerte, don Bosco dio pruebas de su perdón a este su exalumno, que fue el primer párroco de San Alfonso en Turín, porque hallándose en una situación económica desesperada **[727]** para construir la nueva iglesia parroquial de San Alfonso, acudió a rezar muchas veces ante la tumba del Siervo de Dios en Valsálice y no tardó en encontrar el dinero necesario. El mismo nos contaba, primero, sus apuros y, luego, la gracia alcanzada.

Nos complace hacer constar aquí que don Bosco practicaba la justicia en grado heroico y con el orden requerido hacia el prójimo, dando *uniquique suum. Omnibus omnia factus* (a cada uno lo suyo. Hecho todo para todos), no tenía para sí mismo necesidad alguna y todo le sobraba, porque huía de que se le tuviera ningún miramiento. No podía ser injusto quien se consumía totalmente a sí mismo en favor de los demás.

A pesar de su pobreza y de las dificultades que tuvo que superar para tantas obras suyas, el Venerable pagó siempre a los obreros y proveedores, y no se oyó nunca decir que nadie sufriera daño por su causa. Esto está comprobado por muchos, por ejemplo, por los hermanos Buzzetti, maestros de obras y empresarios, quienes comenzaron a hacer su fortuna con los trabajos que les encargó don Bosco.

Carlos Buzzetti, que trabajó durante muchos años para don Bosco y construyó el Santuario de María Auxiliadora, y atendió después a la construcción de otra iglesia en Turín, quejándose de las dificultades que encontraba en esta última, recordaba con placer a don Bosco y exclamaba:

—¡Una sola palabra de don Bosco vale para mí más que una letra de cambio! ¡Yo estaría dispuesto, por él, a encargarme de la construcción de diez iglesias a la vez!

Cuando el Venerable organizaba trabajos o suministros, avisaba que probablemente no podría pagar enseguida, porque, como vivía de la caridad, le tocaba también a él esperarla de la Providencia; pero, a medida que se hallaba en condiciones de hacerlo, pagaba sin ser requerido, y, si no podía hacerlo de una sola vez, iba pagando por entregas. A veces, ante deudas elevadas, se humillaba, pidiendo si se le podía condonar una parte a título de caridad en favor de sus muchachos. Si no **[728]** lo lograba, pagaba hasta el último céntimo. Del mismo modo cuando tenía que pagar a diversos acreedores, si no podía cumplir con todos, prefería a los que sabía que se encontraban en mayor necesidad y tenían más derecho.

En fin, siempre hizo frente a sus compromisos, aun cuando a pesar suyo, no pudiese a veces cumplir con las fechas de vencimiento, y otras tuviese que pedir nueva moratoria para cumplir con el pago.

Pero la Virgen no dejaba de ayudarle. Llegaban los donativos; venía el cartero y decía luego a don Miguel Rúa:

—Qué admirable es la divina Providencia: casi todos los donantes son personas que no nos conocen, no nos han visto nunca y el Señor les inspira que nos socorran: aquí tienes billetes de Francia, de Bélgica, de Austria, de Alemania, de Rusia. ¡Qué reconocidos debemos estar a la divina Providencia!

Todo lo esperaba de ella. Cuando estaba privado de todo medio material, seguía tranquilo sin recurrir a cálculo ninguno. El señor Bisio le propuso un día cierto negocio ventajoso de compra y venta, mas él lo rechazó, asegurándole que la Providencia le ayudaría de otro modo.

Cuando podía, cumplía escrupulosamente con los pagos, por miedo a que alguno tuviera que sufrir un perjuicio por su retraso. Una vez le dijo José Rossi que había llegado una cantidad y que se debían pagar las provisiones hechas para el Oratorio:

—Muy bien, le respondió don Bosco; vete enseguida a pagar la deuda con ese dinero, porque no es nuestro, sino de quien nos hizo las provisiones.

Otras veces, después de haber recibido algún donativo al anochecer, díjole al mismo:

—Si fuese conveniente ir a llamar a esta hora a la puerta de los acreedores, me desharía de este dinero esta misma noche.

«Era tal su desprendimiento de las cosas terrenas, confirma el **[729]** citado José Rossi, que estaba tan contento cuando tenía dinero, como cuando no lo tenía. Me preguntaba una vez:

»—¿A cuánto ascienden tus deudas?

»Y al responderle yo que llegaban a centenares y millares de liras, me dijo:

»—¡Ya pagaremos, ya pagaremos! He hecho muchos cálculos y todo se pagará».

Nosotros mismos hemos admirado después muchas veces su solicitud al recomendar a sus subordinados que ejercieran con el máximo escrúpulo de conciencia la virtud de la justicia: y eso lo repetía continuamente en los sermones.

Precisamente por esta virtud y constante atención y premura para pagar las deudas, sus proveedores o empresarios estaban dispuestos a suministrarle cualquier mercancía, o a hacerle cualquier trabajo. Muchos le decían:

—Estamos más seguros de lo nuestro trabajando y vendiéndole a usted que no a ningún otro, por muy comerciante que sea.

Y repetían a José Rossi:

—¡Ah, si todos hicieran lo mismo que se hace en el Oratorio, daría gusto servir! Cuando venimos al Oratorio, nunca volvemos a casa sin recibir alguna cantidad a cuenta, y pronto o tarde el saldo.

Otros atestiguaban:

—Don Bosco paga bien. Ojalá tuviéramos muchos clientes, de quienes pudiéramos estar tan seguros como de él. A veces, tarda en pagar, pero, paciencia: estamos seguros de que seremos pagados.

Hasta los judíos tenían plena confianza de ser pagados por don Bosco a su debido tiempo, y con gusto le abrían cuentas corrientes y hacían contratos con él, sin más fianza que su palabra.

Por fin, era tan grande la fama de su justicia que muchos de sus acreedores recurrían también a él para resolver pacíficamente sus cuestiones y siempre recibían consejos de éxito para la paz y concordia de las familias.

Esta confianza era también recompensada de otro modo. Parecía que el Señor se complaciera en bendecir de **[730]** manera muy particular a los que prestaban fe a su Siervo. Consta que ellos mismos

atribuían su prosperidad o la buena marcha de sus negocios a los servicios que prestaban al Siervo de Dios.

Del mismo modo el Señor bendecía muy particularmente a todos sus bienhechores. Hemos oído a muchos esta misma declaración:

—Cuanto más doy a don Bosco, más prosperan mis negocios.

[731]

CAPITULO LVIII

CARTA DE DON BOSCO AL OBISPO DE ALBA Y SUPLICA A LA SAGRADA CONGREGACION PARA LA APERTURA DE LA CASA DE CHERASCO – ROMA RESPONDE FAVORABLEMENTE A LA SUPLICA – DON BOSCO EN I BECCHI PARA LA FIESTA DEL SANTO ROSARIO – MONSEÑOR LAVIGERIE ENVIA A DON BOSCO DESDE ARGEL DOS HUERFANOS ARABES – DON BOSCO EN VILLASTELLONE Y EN CALLIANO – ESCRIBE A UN JOVEN ALABANDO SUS PROPOSITOS Y ACONSEJANDOLE PRUDENTEMENTE – AGRADECE A UNA SEÑORA SU GENEROSA LIMOSNA: CONSEJOS PARA SOPORTAR UNA TRIBULACION FAMILIAR – ASEGURA A UNA SUPERIORA QUE CUMPLE LA VOLUNTAD DE DIOS FUNDANDO UNA CASA EN VILLALVERNIA – APERTURA DE LA CASA DE CHERASCO – LA UNIDAD CATOLICA *ALABA EL COLEGIO DE LANZO – EL ORATORIO FESTIVO EN UNA SACRISTIA DE LA IGLESIA DE MARIA AUXILIADORA – DON BOSCO RECIBE DEL MINISTERIO DE LA GUERRA PRENDAS MILITARES EN DESUSO* – LECTURAS CATOLICAS: ANGELINA O LA HUERFANA DE LOS APENINOS – *DON BOSCO CORRIGE LAS COMPOSICIONES LITERARIAS DE SUS SACERDOTES – SIGUEN LLEGANDO AL ORATORIO TESTIMONIOS DE LA SANTIDAD DEL SIERVO DE DIOS – LOS MEJORES ALUMNOS DE LAS CLASES Y TALLERES COMEN POR TURNO CON DON BOSCO LOS DOMINGOS*

PENSABA el Venerable ultimar las diligencias para la apertura de la nueva casa de Cherasco. Y así escribía al Obispo de Alba, monseñor Eugenio Galletti.

Turín-Valdocco, 2, octubre, 1869

Rvmo. Monseñor:

Envío a V. S. Rvma. la súplica para presentar a la Congregación de Obispos y Regulares o a la Congregación del Concilio. Yo he hecho lo fácil, toca a Su Excelencia el resto, especialmente para hacer presente que todo se ha hecho con su consen-

timiento y que no se mira en esta obra más que la mayor gloria de Dios, como en mi pequeñez confío que sea.

Don Juan Bautista Francesia se examinará de confesión el día 8 del corriente y le comunicaremos el resultado para que resuelva lo que mejor parezca.

Tosellini sigue rozagante de entusiasmo: esperamos que siga así.

Con la más profunda gratitud tengo el honor de profesarme,

De V. S. Rvma.

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

La súplica a la que don Bosco se refiere, era para el nuevo colegio de Cherasco. Se trataba de una súplica a la Santa Sede para que concediese su licencia y las facultades oportunas. Monseñor la examinó y la envió a Roma con una carta suya en la que atestiguaba su plena aprobación para aquella fundación.

La súplica era ésta:

Beatissime Pater,

Ioannes Bosco Sacerdos, Superior generalis Piae Societatis a Sancto Francisco Salesio dictae, Beatitudinis Tuae ad pedes provolutus, humillime exponit, divina Providentia factum esse, ut in urbe vulgo Cherasco nuncupata, Dioeceseos Albensis Pedemontis, collegium convictusque adolescentulorum studio deditorum, nec non ecclesiae parochialis administratio eidem Societati demandata essent. Omnia quae hucusque facta sunt, semper de Episcopi consensu et consilio peracta sunt. At decreto laudationis et approbationis ejusdem Societatis, inter alias haec adnimadversio adnectebatur «pro fundatione novarum domorum, et pro suscipienda in posterum ab Ordinariis directione Seminariorum, recurrendum erit in singulis casibus ad Sanctam Sedem». Licet vero stricte loquendo haec potius temporaria administratio, quam novae domus fundatio sit appellanda, tamen ad dubia eliminanda et ad debitum Sanctae Sedis obsequium praestandum, facultates quae ad majorem Dei gloriam promovendam necessariae censentur, humili precatione expostulantur. Insuper hoc

Beatísimo Padre:

El sacerdote Juan Bosco, Superior General de la llamada Pía Sociedad de San Francisco de Sales, postrado a los pies de Tu Beatitud, humildemente expone, que, ha querido la Divina Providencia, que en la ciudad llamada Cherasco, en la diócesis de Alba Pedemonte, pidieran a dicha Sociedad la administración de un colegio e internado para jóvenes dedicados a los estudios y de una iglesia parroquial. Los pasos dados hasta el presente, se han hecho siempre con el consentimiento y consejo del Obispo. Pero en el decreto de alabanza y aprobación de dicha Sociedad, aparece entre otras la observación de que: «se habrá de recurrir en cada caso a la Santa Sede para la fundación de nuevas casas y recibir de los Ordinarios en lo porvenir la dirección de Seminarios». Aunque en verdad, extrictamente hablando, se trata más bien de una administración temporal que de la fundación de una casa nueva, sin embargo, para eliminar dudas y prestar el debido obsequio a la Santa Sede, con humilde súplica, se piden las facultades que se entiende son necesarias para promover

colegium (quod in potestatem Municipii Clarascensis nunc cecidit) et **[733]** *parochialis Ecclesiae cura ad fratres Congregationis Somascae spectabant ante promulgationem novissimarum Italici Gubernii legum dispersionis Religiosorum. Hoc etiam in casu, et hac potissimum causa opportunas facultates humillime petuntur. Hisce praemissis, orator, latis verbis, declarat in omnibus et per omnia paratum esse stare omnibus Sanctae Sedis mandatis, et si tempus erit quo supra memoratum Institutum Somascae Congregationis, obmissam administrationem denuo suscipere valeat, libentissimo animo restituere, jura, loca, administrationes, quae quocumque titulo ei competere poterunt.*

la mayor gloria de Dios. Además este colegio (que ahora pasó a poder del municipio de Cherasco) y **[733]** el cuidado de la iglesia parroquial, pertenecían a los hermanos de la Congregación Somasca, antes de la promulgación de las últimas leyes del gobierno italiano sobre la dispersión de los Religiosos. Por esta circunstancia y principalmente por esta causa, se piden humildemente las oportunas facultades. Así las cosas, declara el orador, por la presente, que está siempre dispuesto en todo y para todo a las órdenes de la Santa Sede, y, si llegare un tiempo en que la nombrada institución de la Congregación Somasca quisiera de nuevo tomar la perdida administración, restituirá con mucho gusto, derechos, lugares y administraciones que, por cualquier título le correspondieren.

Y se obtuvo respuesta favorable.

Ex audientia SS.mi, habita ab infrascripto Domino Secr.o Sacrae Congregationis Episcoporum et Regularium, sub die 19 novembris 1869, Sanctitas sua, attentis peculiaribus circumstantiis, et audita relatione Episcopi Albensis, benigne annuit ac propterea mandavit, eidem Episcopo committi, ut veris existentibus narratis, enunciatam cessionem dictae domus et ecclesiae in omnibus juxta preces, Sacerdoti Ioanni Bosco, donec memoratum Institutum Congregationi Somascae restituatur, pro suo arbitrio et conscientia approbet atque confirmet. Contrariis quibuscumque non obstantibus.

En audiencia tenida con su Santidad, por el infrascrito Secretario de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, el día 19 de noviembre de 1869, Su Santidad, tenidas en cuenta las peculiares circunstancias, y oída la relación del Obispo de Alba, benignamente acordó y con ello mandó se comunicara al mismo Obispo que, de acuerdo con las verdaderas circunstancias expuestas, se apruebe y confirme, según su arbitrio y conciencia, la enunciada cesión de dicha casa e iglesia, en todo según las preces, al sacerdote Juan Bosco hasta que se devuelva al nombrado Instituto de la Congregación Somasca. Sin que nada obste en contrario.

Card. QUAGLIA *Praef.*

(L. S.) S. Svegliati Secr. ius.

Card. QUAGLIA, *Pref.*

(L. S.) S. Svegliati, *Secr.*

Don Bosco, después de iniciar este trámite, fue a I Becchi el 3 de octubre, con la comitiva de costumbre, para la fiesta del Santo Rosario. Durante aquellos días de tranquilidad hablaba con gusto del

Concilio Ecuménico y manifestaba su vivo deseo de que se proclamase el dogma de la infalibilidad del Papa, por los inmensos bienes que produciría esa definición. No perdía ocasión para enseñar a los sacerdotes, clérigos y jóvenes que le acompañaban durante aquellos días, y así discurría con ellos sobre los dogmas en general. Don Juan Bonetti, allí presente, tomó nota de sus palabras.

«—¿Qué es un dogma?, había enunciado don Bosco.

»El dogma es una verdad sobrenatural, que explícita o implícitamente se encuentra en las Sagradas Escrituras, y está confirmada con la definición de la Iglesia, reunida en Concilio o dispersa por el orbe. El dogma se predica. Fue materia principal de la predicación de los Santos Padres: es la esencia **[734]** de nuestra Religión y, por tanto, es necesario que los fieles estén instruidos sobre él y lo conozcan: guarda íntima relación con la moral. Debe, pues, ser predicado convenientemente, con exactitud, para que no resulte perjudicial a los fieles en vez de hacerles bien.

»Da la impresión de que ahora está un poco abandonada por algunos la predicación del dogma: es preciso hacerla resurgir: la dificultad para realizarla no debe espantarnos, siempre que nosotros procuremos prepararnos bien.

»Se predica el dogma:

»1.º Porque es la parte más noble y vital de la Religión;

»2.º El dogma es la señal, el carácter con que un fiel se distingue de un infiel.

»3.º El dogma es germen de las virtudes sobrenaturales.

»4.º El dogma es la materia de nuestra fe: porque *fides est sperandarum substantia rerum argumentum,* dice San Pablo, *non apparentium* (la fe es garantía de lo que se espera; la prueba de las realidades que no se ven): y debe ser conocido por los fieles a fin de que pueda ser ejercitada su fe.

»5.º El dogma demuestra la relación existente entre las verdades naturales y las sobrenaturales. Supera la fuerza de la razón, pero nunca se opone a ella. Hay tal nexo entre las verdades dogmáticas, que, negada una, lógicamente se deberían negar todas.

»6.º Se predica el dogma porque sustenta la humildad que es el fundamento de la vida moral. Es la sumisión de la inteligencia a Dios revelante y a la Iglesia docente».

Ya de vuelta en Turín, esperaba don Bosco la llegada de Argel de dos muchachos árabes, pertenecientes a la tribu de los Kábilas, que habían quedado huérfanos durante el tiempo del hambre causada por la sequía, que había dejado sin padres a millares de pobres chi-

quitos. El arzobispo monseñor Lavigerie había recogido centenares de ellos, hasta comprándolos en los mercados de esclavos y proveyendo a su cristiana educación.

El mismo Prelado había propuesto a don Bosco que aceptase **[735]** en su casa a algunos que hasta entonces habían resultado rebeldes a toda suerte de educación. Don Bosco accedió y Monseñor envió a Italia los dos primeros. Aún no estaban bautizados. Uno se llamaba Alí y el otro Carubí. Tenían doce años.

Desembarcaron en Génova el 7 de octubre. Les acompañaron a la estación y se los encargaron al jefe de tren. Al llegar a la estación de Turín se encontraron solos, pero no se perdieron. Vestidos con su uniforme nacional, el blanco manto flotando el aire y el fez rojo con su borla azul turquí a la cabeza, con su cara imperturbable repetían la única palabra que sabían decir en italiano: —¡Don Bosco!

Y les indicaron la calle más derecha para ir al Oratorio. En cada esquina repetían a cualquier ciudadano: «*¡Don Bosco!*», hasta que llegaron al Oratorio.

Terminaba precisamente don Bosco de comer, cuando le presentaron los dos hijos del desierto. Tomóles él cariñosamente de la mano, y con su sonrisa, unas caricias y alguna palabra en francés, trató de hacerles comprender que los recibía con gusto y que sería su amigo. Y se los entregó a un asistente, que sabía unas frases en árabe por haber estado en Palestina, para que atendiese a sus necesidades y procurara instruirlos.

El 8 de octubre iba don Bosco a Villastellone, según se desprende de esta carta de don Miguel Rúa al teólogo Appendino:

Rvmo. señor Teólogo:

Hablé con don Bosco del encargo que me dio ayer; y me dijo le presentara sus excusas por no haber ido ahí; muy a pesar suyo hubo de privarse de tal gusto por algunas incumbencias que se le presentaron; pero que, como *quod differtur non aufertur* (lo que se aplaza no se quita), me encarga le notifique que irá a su casa el viernes, 8 del corriente, en el segundo tren. De este modo podrán hablar sobre la comisión de Margarita Assom y los demás asuntos y arreglar tantas otras cosas para mayor gloria de Dios.

Su atto. y s. s.
RÚA, *Prefecto*

Octubre 1869.

Al domingo siguiente se encontraba don Bosco en Calliano; desde allí respondía a la carta de un alumno clérigo:

[736] *Querido Garino:*

He recibido con satisfacción tu carta y celebro tu tesonera voluntad de hacerte bueno para llegar a ser un sacerdote óptimo. Por mi parte haré todo lo posible; pero necesito también algo de la tuya. ¿De qué? De confianza ilimitada en todo lo que toca al bien de tu alma.

Necesitaría hacerte cazador de almas, mas por miedo a que seas tú cazado por otros, te propongo solamente que seas modelo de tus compañeros en el bien obrar. Además siempre será para ti una gran fortuna que puedas promover el bien o impedir el mal entre tus compañeros.

Quiéreme como yo te quiero en el Señor y ruega además por mí, que soy de corazón tu

Calliano, 10 de octubre de 1869.

Afmo.
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Al volver a Turín, daba las gracias a una bienhechora, y le transmitía los consejos pedidos.

Turín, 11-9-69

Benemérita Señora:

Por manos de la diligente Sor Filomena recibí la respetable cantidad de mil liras, que en su caridad ofrece en honor de María Auxiliadora, y para atender las diversas y graves necesidades de este nuevo edificio. No pude hablar con esta religiosa más que al vuelo, por lo que tampoco me fue posible transmitirle mis más rendidas gracias, como yo hubiera querido.

Ahora, mientras cumplo mi deber de gratitud, le aseguro que seguiré haciendo en común diariamente oraciones especiales ante el altar de María Auxiliadora, y espero que la gracia que pide le será concedida sin falta.

Dice usted que hasta ahora todavía no la ha obtenido, y que es una tribulación familiar. Aunque ignoro cuál sea, he aquí lo que le puedo decir de positivo: siga rezando y resígnese a la voluntad divina. La tribulación llega a su fin. Hay cosas que ahora parecen espinas y que Dios trocará en flores. Una mirada al crucifijo y un *fiat voluntas tua* (hágase tu voluntad); esto es lo que Dios quiere de usted.

Mientras tanto, acepte este consejo: las llagas de familia hay que curarlas, sin amputar. Disimular lo que desagrada, hablar con todos y aconsejar con caridad y firmeza, es el remedio con que usted lo curará todo.

[737] Perdóneme esta libertad; estoy dando clases a Minerva; compadézcame. Mañana (12) celebraré la santa misa y mis muchachos comulgarán según su piadosa intención. Dios le bendiga, a usted y a toda su familia, y conceda a todos muchos años de vida feliz con el precioso don de la perseverancia final.

Acepte los profundos sentimientos de mi sincera gratitud, con la que tengo el honor de profesarme,

De V. S. B.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Tenemos otra carta que don Bosco envió aquel mismo mes al Monasterio de la Visitación de Pinerolo. Iba dirigida a una Superiora que fundaba una casa en Villalvernia.

Reverenda Madre:

No haga caso a nadie y esté segura de la voluntad del Señor respecto a cuanto se ha hecho para la casa de Villalvernia. Lo que dicen los demás, acéptese con respeto y servirá de norma para lo sucesivo. Después del temporal será más agradable la aparición del sol. Las coles trasplantadas crecen más y se multiplican. Animo, pues, y fe en la divina Providencia. Dios bendiga a usted y sus trabajos y a todas sus hijas. Ruegue por mí y por mis pobres muchachos y créame,

De V. Rvda. Señoría

Turín, 27 de octubre del 69.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Mientras tanto había salido para Cherasco don Juan Bautista Francesia, doctor en Letras, como director y el personal asignado para el colegio, que estaba abierto. Aquel mes envió el Siervo de Dios un articulito a la *Unidad Católica* sobre el Colegio de Lanzo, con un breve informe de su programa. Empezaba así el articulito[1]:

Sigue abierto también este colegio tan acreditado en estudios y moralidad. Nos complace manifestar que los cursos elementales y medios, a más de seguir los **[738]** programas oficiales están tan bien atendidos por la dedicación de su profesorado, que en el curso anterior todos los alumnos presentados en el Instituto Cavour, para el examen de bachillerato, fueron aprobados y bastantes obtuvieron sobresalientes.

En cuanto a la Casa de Valdocco había encargado don Bosco a don Carlos Ghivarello que preparara un plano para las oficinas.

Tomaba las medidas oportunas para que el Oratorio festivo de Valdocco volviera a producir abundantísimos frutos. Hacía algunos años que los externos se habían reducido a un pequeño número, ya

[1] *Unidad Católica* del 13 de octubre de 1869.

fuera por la multitud de internos, que llenaban los patios y la iglesia de San Francisco, ya fuera porque muchos patronos habían impuesto la obligación de trabajar por la mañana de los días festivos a los muchachos aprendices, ya fuera, en fin, porque al inaugurar la iglesia de María Auxiliadora, la de San Francisco se empleaba temporalmente para usos diversos, por falta de espacio en la casa y para reuniones que eran indispensables.

Sólo la catequesis cuaresmal hacía revivir y recordar la antigua afluencia. Después de Pascua volvía a ser muy pequeño el número de los que asistían a las funciones de la nueva iglesia.

Pero no era el ocaso de una obra, sino un eclipse parcial.

Para aumentar el número, don Bosco les destinó la amplia sacristía, situada al oeste del nuevo templo y encargó al clérigo Julio Barberis del Oratorio festivo. Se les invitó y acudieron enseguida los primeros muchachos. Después vinieron más, cuantos cabían en aquel lugar. Allí se daba la instrucción religiosa, mañana y tarde, a los asistentes y desde allí mismo, abiertas las puertas que dan al presbiterio, oían la santa misa y asistían a la bendición con el Santísimo Sacramento. Para sus juegos tenían el largo y estrecho patio al oeste de la iglesia de María Auxiliadora.

Las preocupaciones del Venerable por los internos eran constantes. Nuevamente recurrió al Ministerio de la Guerra para resguardar del frío a sus muchachos y recibía, como siempre, una cortés respuesta.

[739] MINISTERIO DE LA GUERRA
N.º 5.811

Florencia, 16, noviembre, 1869

Como socorro para los pobres muchachos albergados en esa Pía Casa dirigida por V. S., ha dispuesto el Ministerio que la Jefatura de los Almacenes de Intendencia para los Servicios Administrativos en esta Ciudad, ponga a disposición de quien V. S. encargue retirarlas, las siguientes prendas fuera de servicio, dejando el recibo oportuno:

N. 200 mantas de lana de campaña.
N. 100 fundas de almohada.
N. 113 fundas de lienzo.
N. 15 fundas de jergón.
N. 28 sábanas de cama.

El que suscribe tiene el honor de hacérselo saber a V. R. S. como respuesta a la suya del 10 del corriente.

Por el Ministro
LERICI

Al señor don Juan Bosco.

Al mismo tiempo atendía a las *Lecturas Católicas.* En el mes de noviembre éstas regalaban a los abonados un folleto escrito por el Venerable en 1869: *ANGELINA O LA HUERFANITA DE LOS APENINOS, por el sacerdote Juan Bosco.*

Y decía *al lector:* «Durante el pasado otoño, por razón del ministerio sacerdotal, he estado en una población donde oí contar cosas, que me parecieron muy interesantes, sobre una jovencita. Aunque murió a principios de siglo, se conserva aún tan vivo su recuerdo, como si hubiese acabado de morir recientemente allí. El párroco del lugar me contó muchos detalles y además me entregó copia de un manuscrito, cuyo original se conserva en el archivo parroquial. He tomado de los relatos y del manuscrito lo que me ha parecido más curioso, ameno e importante para nuestros lectores. Yo no soy más que un simple relator y será una gran merced para mí, si alguien saca algún fruto de la lectura o al menos nos perdona benignamente en lo que no le hubiere **[740]** complacido. Dios nos conceda a todos sus celestiales favores y muchos años de vida feliz».

Se trata de la vida de una señorita noble y rica la cual, no habiendo podido hacerse religiosa, enamorada de la pobreza evangélica, se marcha del palacio paterno, huye a un pueblo remoto y se pone a servir en una casa de campesinos donde no llega a ser descubierta en toda la vida. Con las vicisitudes de esta buena joven se demuestra cómo han de emplear los ricos sus riquezas y se exponen las razones que inducen a un luterano a morir reconciliándose con la Iglesia.

A más de escribir y publicar sus propios libros, don Bosco corregía, casi palabra por palabra, los manuscritos de sus hijos, cuando debían ser impresos.

Así, encomendó a don Juan Bautista Lemoyne que escribiera la biografía del clérigo Mazzarello y, después de haber examinado atentamente su trabajo, le escribía:

Queridísimo Lemoyne:

Tu trabajo está muy bien, pero hay que hacer notar su conveniencia y finalidad. A este respecto es necesario:

1.° Quitar o, al menos, moderar los ímpetus poéticos; por tanto, hay que eliminar lo que es meramente descriptivo.

2.° Pensar que se escribe en prosa histórica y, por consiguiente, la moral debe ir mezclada con la narración y no como algo distinto.

3.° Muchas cosas no corren, como verás, al compás de la política; por ejemplo, la expulsión de los jesuitas de Génova.

4.° Así las cosas, hay que reducir el capítulo *Mornese* y exponer, a manera de prólogo, lo referente a la localidad, historia e índole, según Casalis; después, hay

que indicar las fuentes de donde se han sacado las noticias de las que te sirves; y, luego, pasarás al comienzo del relato.

5.° He llamado la atención sobre algunas cosas, subrayándolas a lápiz, para que tú veas el sentido y la conexión de las mismas. Aquí tienes dos cuadernos; te mandaré los otros dos, apenas los haya podido leer, que espero sea en breve. Dado que éste es el primer trabajo, se requiere un poco de paciencia. No será así después de modificar y corregir atentamente algunos cuadernos.

Animo y confianza en el Señor. Dios te bendiga a ti y a tus trabajos,

Creéme

Turín, 3 de noviembre de 1869.

Afmo. en Jesucristo
JUAN BOSCO, *Pbro.*[1].

[741] Mientras despachaba todos estos asuntos, el Oratorio se había llenado de alumnos, que serían testigos de sus maravillosas virtudes. Varios dejaron memorias escritas de ellas. Narramos una a continuación para que se vea cómo el Siervo de Dios proseguía en su misión y cómo crecía cada vez más la fama de su santidad.

Por la fiesta de Todos los Santos ingresó aquel año, en la sección de estudiantes, José Bernardo Corno. Su madre se lo había presentado a don Bosco en la aldea de I Becchi. Hizo en cuatro años los cursos del bachillerato. Durante el primer curso de filosofía debió dejar a don Bosco por motivos de salud. Pero mantuvo siempre con él buenas relaciones fruto de su reconocimiento y veneración. Este alumno llegó a sacerdote, fue doctor en Sagrada Teología, Notario Apostólico, Canciller de la Curia de Turín, Maestro de Ceremonias del Arzobispado y Prelado Doméstico de Su Santidad. Habiendo sido llamado como testigo para el proceso diocesano sobre la vida y virtudes de don Bosco, expuso así sus impresiones de los cinco años que permaneció en el Oratorio.

«Era voz común que don Bosco poseía dones sobrenaturales. Anunció muchas veces la muerte de diversos muchachos. Descubría el interior de los corazones de los demás y oí a alguno que realmente había leído en su conciencia. Se verificó que algunas veces vio desde lejos lo que acontecía en el Oratorio. Confirmó que algunos de sus muchachos responsables de alguna falta no querían dejarse ver por él, por miedo a que se la leyese en su frente. Era grande la fama de su santidad, fuera de casa. Don Bosco tenía mucho cuidado de sus mu-

[1] Se le ocurre a uno pensar, después de leer esta cartita magistral: «¿Sabía o adivinaba ya don Bosco que don Juan Bautista Lemoyne iba a ser el maravilloso biógrafo de estas Memorias?». *(N. del T.)*

chachos; los instruía él mismo o por medio de sus ayudantes. En los días festivos predicaba las verdades de la fe y promovía por todos los medios la piedad. Todas las noches, antes de ir a dormir, nos hacía una plática. Su método de educación era totalmente paternal, atraía a los jóvenes con agradables modales, por lo que le querían mucho. Les inculcaba la frecuencia de los Sacramentos, que para muchos alumnos era semanal y para muchos **[742]** otros aún más frecuente; en las fiestas y en el ejercicio de la buena muerte, se convertía en comunión general. Confesaba mucho y asiduamente y había además otros sacerdotes confesores que le ayudaban, porque daba a los penitentes plena libertad de elección. Estaba dotado de singular prudencia, puesto que entre tantos muchachos, llegados de todas partes, no hubo jamás un desorden de importancia».

Así reza el testigo. Y nosotros añadimos:

Don Bosco hizo revivir una costumbre que poco a poco había desaparecido.

Para que sus queridos muchachos, tuvieran un aliciente más que les estimulase a observar buena conducta, quiso que algunos alumnos fueran invitados a comer con él en determinadas circunstancias. La causa principal de la interrupción de la costumbre había sido el número siempre creciente de Salesianos y lo reducido del espacio del refectorio de los superiores, situado en los sótanos junto a la cocina. Aquel año se convirtió en comedor la sala a nivel de los pórticos, correspondiente a la superficie del primer cobertizo, adaptado por don Bosco para capilla en 1846. Entonces estableció el Venerable que volvieran a comer con él por turno, todos los domingos, los mejores de cada clase y de cada taller. Esto servía para animar al bien a la clase entera. El buen Padre gozaba mucho cuando veía a estos alumnos, los deseaba; y mantuvo la costumbre, aun cuando surgió alguna dificultad por parte de ciertos *metodistas.* Daba él mucha importancia a que los alumnos más distinguidos tuvieran ocasión de acercarse a los Superiores y habría querido que se diera este premio muchas veces al año.

Su puesto en la mesa no era, sin embargo, junto a don Bosco. Este privilegio estaba reservado, desde antiguo, a los muchachos elegidos para el lavatorio de los pies del jueves santo, que realizaba el mismo Rector Mayor.

Era grande la satisfacción de los alumnos premiados. Infatigablemente, después de la comida, pasaban a saludar a don Bosco y él dirigía a cada uno una palabra que producía siempre gran bien. A veces, con una frase que parecía dicha **[743]** al acaso, daba a enten-

der a un alumno el género de vida que debía abrazar. Otras ayudaba a hacer brotar una vocación, a asegurarla y también a seguirla. En ciertas ocasiones daba un dulce a cada uno.

La espera de este deseado premio ocasionaba muchas charlas entre los muchachos; días antes hacían sus cuentas sobre ello y recordaban todos, durante años enteros, la fortuna de haber comido con don Bosco.

Los que no tenían esta suerte no esperaban invitaciones especiales para acercarse a don Bosco. Las alegres y conmovedoras escenas por nosotros descritas ampliamente en otro lugar, que desde 1850 habían alegrado los distintos refectorios donde don Bosco solía comer, continuaron también este año de 1869. Apenas salían los salesianos del comedor, una turba de muchachos irrumpía corriendo a donde estaba don Bosco y ocupaban todos los sitios, de modo que había que levantar a toda prisa los manteles de las mesas. Esto acontecía especialmente después de la cena.

Pero no pasó mucho tiempo sin que los jóvenes tuvieran que contentarse con ver a su amado don Bosco solamente en el patio. Las visitas, que recibía en el mismo refectorio, y los comensales invitados que con frecuencia llegaban, acabaron por romper aquellas gratas y familiares demostraciones de afecto. ¡Cuántos recuerdos!

Continuaron, no obstante, las invitaciones a comer para los alumnos mejores, hasta el fin de la vida del Siervo de Dios, y aún se conservan los nombres de muchos que tuvieron este premio.

[744]

CAPITULO LIX

DE NUEVO RETIRAN A LOS ALUMNOS DEL ORATORIO EL BILLETE DE FAVOR PARA LOS FERROCARRILES DEL NORTE DE ITALIA – DILIGENCIAS DE DON BOSCO ANTE LA DIRECCION GENERAL DE FERROCARRILES PARA OBTENER DE NUEVO LA REDUCCION DE TARIFA – EL GOBERNADOR DE TURIN SE INTERESA EN FAVOR DE DON BOSCO, PERO NO ALCANZA NADA – EL ARZOBISPO INVITA AL VICARIO DE LANZO PARA UN EXAMEN SOBRE LA VOCACION DE LOS SALESIANOS DEL COLEGIO – ENTERADO DE ELLO DON BOSCO, ENVIA AL VICARIO LA RESPUESTA PARA EL ARZOBISPO – ANUNCIA SU VISITA AL COLEGIO DE LANZO – EL ARZOBISPO SE LAMENTA DE QUE UN CLERIGO SALESIANO DE SU DIOCESIS HAYA SIDO ORDENADO POR EL OBISPO DE CASALE; CAUSAS DE ESTA ORDENACION – CARTA DE MONSEÑOR A DON BOSCO REPROCHANDOLE QUE HA VIOLADO LOS SAGRADOS CANONES – HUMILDE RESPUESTA DE DON BOSCO EXPONIENDO SUS RAZONES – LE CONTESTA EL ARZOBISPO QUE NO ACEPTA SUS RAZONES Y EXCUSAS – DON BOSCO SE ACONSEJA CON EL CANONIGO FISSORE – EL OBISPO DE CASALE DEFIENDE SU ACTUACION – MONSEÑOR FISSORE DECLARA EL APRECIO QUE SIEMPRE HA PROFESADO A DON BOSCO

La constancia de don Bosco para alcanzar y conservar favores para sus alumnos fue siempre digna de alabanza. Era su corazón el de un buen padre de familia. La Dirección de Ferrocarriles del Norte de Italia había retirado de nuevo a sus muchachos el billete de favor a primeros de año. Y don Bosco, al acercarse **[745]** el tiempo en que muchos de sus alumnos volverían a sus casas y otros partirían de sus pueblos para ingresar en el Oratorio, elevaba una nueva solicitud a la Dirección General de Ferrocarriles. La carta está sin fecha.

Ilmo. Señor Director General:

Con el ánimo de evitar en lo posible molestias a V. S. Ilma., me atrevo a presentarle por escrito cuanto quisiera exponerle de viva voz rogándole lo lea con su acostumbrada bondad.

Mientras los Ferrocarriles fueron administrados por el Gobierno, los alumnos de este Centro tratados siempre como pobres y, como tales, gozaban de transporte gratuito, y cada uno de los superiores de las diversas casas obtenía billete de favor para él y para un acompañante. Estos favores fueron también concedidos por la Administración de Ferrocarriles del Sur y Provincias romanas.

Cuando los Ferrocarriles del Estado pasaron a la Sociedad del Norte de Italia se nos acordó casi el mismo beneficio, es decir, la reducción del 75 por 100 en favor de los indigentes.

Velaba la Administración para que no se abusase de tal favor y para ello se obtenía el billete en cada caso de salida en las mismas estaciones de Turín. Pero sucedió que alguien persuadió a un joven que debía venir de Saluzzo al Colegio, y se sirvió del billete ajeno. Como consecuencia de este hecho, según carta del 20 de junio de 1867, se redujo el billete a la mitad del precio.

Otros malintencionados engañaron a cierto muchacho en la estación de Biella, cambiando el número escrito en el billete de concesión, y por tal hecho, totalmente ajeno a la voluntad de la dirección de esta casa, se suspendió definitivamente el favor, según carta del 15 de febrero de 1869.

Se nos negaron hasta las reducciones que suelen concederse a todos los centros de educación, cuando los alumnos alcanzan un número determinado. Así las cosas, elevo respetuosamente mi ruego a V. S. Ilma. para que se digne considerar:

1.º Que la dirección de este establecimiento no es en ninguno de los casos culpable de los hechos por los que se quitó el favor; es más, ha vigilado siempre y recomendado vigilar y castigar a los culpables cada vez que fueran descubiertos. Nunca ha habido ningún desorden en la estación de salida.

2.º Que esta casa vive de la providencia cotidiana y que se ha prestado siempre a recibir a los muchachos pobres, hijos de empleados en los ferrocarriles o recomendados de algún modo por la Dirección de los mismos, y que siempre fue considerada **[746]** como pobre, tal y como lo es por la Sociedad de Ferrocarriles del Sur y Provincias romanas, que siguen todavía favoreciéndola.

3.º Que la Administración de los Ferrocarriles del Norte de Italia no obtiene ningún beneficio negando el favor, porque cuando concedía el 75 por 100, el gasto anual subía casi a cuatro mil liras; y cuando se redujo a la mitad, se gastaron sólo dos mil. Este año, en fin, en el que se suspendió el favor, apenas si se han gastado ciento cincuenta liras. Todo en razón de que, cuando faltan los medios, los viajes se hacen, las más de las veces, a pie, en carro o por el estilo.

4.º Se suplica por tanto que, en el caso de que no se pueda conceder el 75 por 100 que se concede a otras casas de beneficencia, se otorgue al menos a los superiores de estos establecimientos y se permita que los alumnos puedan gozar del favor general que se concede a todos los centros de educación, cuando se llega al número de doce...

JUAN BOSCO, *Pbro.*

No dejó de presentarse en varios despachos, pero no consiguió nada. Le recibían con exquisita cortesía y respeto, escuchaban sus razones, exponían los criterios generales que habían sugerido esta deliberación y le prometían que con el tiempo no sería difícil obtener la solicitada reducción.

Cuando, por fin, vio don Bosco que no podía esperar nada, se dirigió al Gobernador de la Ciudad, el conde Radicati.

Ilmo. Sr. Gobernador:

Ya en tiempos pasados fue siempre V. S. Ilma. insigne bienhechor de los muchachos pobres internados en el Oratorio de San Francisco de Sales, lo cual me hace esperar que también al presente se digne recomendarme para la finalidad que brevemente le expongo.

Mientras los Ferrocarriles fueron administrados por el Gobierno, nuestros alumnos y sus superiores gozaron siempre de transporte gratuito, como siguen gozándolo en los Ferrocarriles Romanos y del Sur. Cuando pasaron a manos de la nueva Administración, denominada *del Norte de Italia*, se nos concedió el insigne favor de una reducción del 75 por 100, como suele concederse a los necesitados.

Pero, después de casi dos años, con motivo de que uno de nuestros muchachos, al volver a Turín, se dejó persuadir para ceder a otros su propio billete, se redujo el favor a mitad de precio, según carta del mes de abril de 1867, hasta que otro muchacho corrigió el número de uno de los billetes en la estación de Puerta Susa, y entonces se quitó todo el favor al establecimiento, pese a que él no tenía ninguna culpa, ya que **[747]** siempre se había empleado toda la vigilancia posible para evitar cualquier desorden entre nuestros alumnos en el uso de los billetes.

Pero después de este suceso, no sólo se nos quitó el favor individual, sino incluso el que se suele conceder indistintamente y por regla general a todos los centros de educación, cuando los alumnos viajeros alcanzan el número de doce.

Añadióse después un nuevo disgusto al quitar también esta facilidad a otras casas, aduciendo como motivo que dependían del que esto escribe. Por ejemplo, en el pasado septiembre, el Seminario Menor de Mirabello, cuya administración nada tiene que ver con el que esto expone, pidió el acostumbrado descuento para doce alumnos. Se les respondió que tenían que presentar la instancia del Alcalde del pueblo. Hízose esto, con pérdida de tiempo y de dinero, y se les respondió que no se podía conceder aquel favor, por cuanto el establecimiento dependía de mí, como arriba indico.

Con estos antecedentes, ruego a V. S. Ilma. se digne recomendarme bondadosamente a la Dirección de Ferrocarriles del Norte de Italia, a fin de que me conceda, no ya los primeros favores, sino solamente los beneficios que conceden a todos los centros educativos.

Puede V. S. manifestar que este nuestro Establecimiento, siempre recibió a los muchachos que por orfandad u otras desgracias ocurridas en los ferrocarriles, nos fueron enviados por la Dirección de los mismos. En la actualidad llegan éstos casi a veinte. Continuarán en el internado y, de no suceder nada en contrario, no se rechazará ninguna nueva recomendación; pero pido, al menos, no ser excluido de los favores comunes. Si V. S., señor Gobernador, me hiciere esta recomendación tendrá

un motivo más para nuestra gratitud. Y ofreciéndole esta Casa para cuando pudiera serle útil, tengo el honor de profesarme,

De V. S. Ilma.

JUAN BOSCO, *Pbro.*

(18-octubre-1869).

Pero, ni siquiera la intervención del Gobernador consiguió el intento.

GOBIERNO CIVIL
DE LA PROVINCIA DE TURIN
División 2. Sec. Obras Pías
N.º Prot. 22053
Reg. 1034

Turín, 9 de noviembre de 1869

Respuesta a la nota del 18 de octubre de 1869.
ASUNTO
Transporte Ferrocarriles Norte de Italia.

Como continuación a la nota de V. R. S., con fecha 18 del pasado octubre, he rogado encarecidamente a la Dirección de los Ferrocarriles del Norte **[748]** de Italia que se dignase volver a conceder a ese Pío Instituto el favor del precio reducido, en el caso del transporte por el Ferrocarril de su explotación, a los alumnos del Oratorio de San Francisco de Sales.

Siento no haber podido conseguir nada, como V. S. advertirá por la Nota adjunta de la mencionada Dirección de Ferrocarriles, que con la presente le envío.

Por el Gobernador
MASCARETI

Al señor Director del Oratorio de San Francisco de Sales en Valdocco-Turín.

Don Bosco se resignó esperando a que cambiaran las circunstancias y los hombres, mientras nuevas cuestiones venían a ocuparle.

Monseñor Riccardi di Netro había encargado al teólogo Albert, Vicario de Lanzo, que hiciera una especie de examen sobre la vocación a cada uno de los clérigos del Colegio Salesiano. El Director,

don Juan Bautista Lemoyne, escribió a don Bosco por indicación del mismo Vicario, que deseaba saber de él la norma a seguir. Don Bosco respondió:

Querido Lemoyne:

He aquí la respuesta que el señor Vicario puede dar: que la modifique como crea oportuno.

El próximo jueves nosotros hacemos el ejercicio de la buena muerte; por la tarde pienso ir a Lanzo, si te parece que los alumnos habrán llegado ya todos.

Di a Bodratto, padre, que me las arreglaré para cuidar a su mirlo, porque si no, se escapará de mis manos.

Que Dios te bendiga juntamente con toda esa tu familia de Lanzo. *Amén.*

Afmo. en Jesucristo
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P. D.: ¿Qué hace Guidazio?

La respuesta, en hoja aparte, decía así:

El Vicario T. Albert podría responder:

Los sacerdotes Pablo Albera, Francisco Dalmazzo y Pedro Racca residen en el Oratorio de Turín, por lo que no pudieron ser interrogados.

El sacerdote Santiago Costamagna y los clérigos José Daghero y Modesto Davico, interrogados de parte de V. Exc.ª Rvma. si son novicios **[749]** y si piensan ingresar en la Congregación de San Francisco de Sales, respondieron afirmativamente; más aún, que ya habían emitido los votos. Abrazaron esta Congregación, porque era su único medio para hacer los estudios, ya que no tenían bienes de fortuna; que juzgaron que éste era su camino, abierto por la divina Providencia para alcanzar la salvación del alma y hacer el bien a los demás.

Al ser preguntados si pensaban desligarse de la sumisión a V. E. me respondieron unánimemente que nunca había pasado por sus mentes apartarse de ella; y que, si hasta ahora se dedicaron a dar clase, a enseñar catecismo y a prestar asistencia a los muchachos, lo hicieron con la íntima persuasión de encontrar en ello su plena satisfacción.

Asegúrole, además, que siempre han entendido en este sentido sus Reglas, las cuales, en el ejemplar que me han mostrado, dicen en el capítulo 8, art. 3.º: *Tamquam Superiori subiicientur Episcopo illius dioecesis, ubi domus est ad quam pertinent* (Reconocerán también como a su superior, al Obispo de la Diócesis, en donde radica la Casa a la que ellos pertenecen). En el art. 1.º del mismo capítulo se dice: *Post Romanum Pontificem, etc.* (Después del Romano Pontífice, etc.)... (Se puede copiar todo el número).

Estos tienen además una firmísima voluntad de pertenecer a la Congregación Salesiana, pero sin hacer jamás nada que desdiga de la más escrupulosa sumisión a V. E., y protestan que así han entendido siempre el número arriba citado, tal y como les fue constantemente explicado; que ellos entienden dedicarse por cuanto les fuere posible a enseñar catecismo, dar clase, cumplir los oficios de la Iglesia, sin más finalidad que agradarle y hacer todo el bien que puedan bajo las órdenes y la más respetuosa obediencia a V. E., tal como lo mandan las Reglas Salesianas.

Estos son sus comunes pensamientos. Por mi parte, y haciendo honor a la verdad, he de decir que mi parroquia, especialmente los muchachos, desde que vinieron a Lanzo los sacerdotes y clérigos Salesianos... (Añada el señor Vicario cuanto *in Domino judicaverit,* juzgare en el Señor).

Aquel examen, da pena decirlo, era una prueba más de las dificultades que se querían poner a don Bosco. El Arzobispo llegó al punto de amenazar con la suspensión a los sacerdotes que vivieran en el Oratorio sin pertenecer a la Congregación, cuando no había ninguno que no fuese profeso, novicio o aspirante.

El diácono José Cagliero de Castelnuovo de Asti, novicio de la Pía Sociedad de San Francisco de Sales, no había emitido todavía los votos. Había entrado como alumno en el Oratorio, antes de cumplir los catorce años de edad. Al acercarse el momento de las ordenaciones sagradas, don Bosco le envió al arzobispo Riccardi para rogarle si quería **[750]** admitirle al Presbiterado. Monseñor le invitó a declarar si quería pertenecer al clero de la Diócesis o bien a la Congregación y, después de exponer sus razones, concluyó:

—Os ordenaré, si me prometéis por escrito salir del Oratorio.

Cagliero había escuchado en silencio; y el Arzobispo tomando una pluma, se la puso entre los dedos y le dijo:

—¡Escribid!

El Diácono, que era de un natural algo brusco, hombre de pocas palabras y resuelto, dejó caer la pluma y respondió:

—No quiero.

Y replicó el Arzobispo:

—Entonces, si es así, resignaos a no recibir la ordenación.

Y el Diácono replicó:

—¡Paciencia: esperaré!

—Pero vamos a ver, replicó el Arzobispo al verle impertérrito en su propósito; ¿por qué queréis estar con don Bosco? Además ¿qué es vuestra Congregación? ¿Quiénes forman parte de la misma? ¿Cuántos sois?

—No lo sé.

—Escribid el nombre de todos sus miembros en este pliego.

—Excelencia, no los conozco a todos; diríjase a don Bosco; yo no escribo.

—¡Entonces escribiré yo!

Y tomó la pluma esperando a que Cagliero le dictase; pero Cagliero siguió mudo como un tumba. El Arzobispo insistía; escribió el nombre de don Bosco y, mirando al Diácono, exclamó:

—Don Bosco... ¿y después?..

Cagliero seguía en silencio. Entonces Monseñor reemprendió la escritura exclamando:

—Don Pablo Albera... que es de don Bosco, más que don Bosco mismo.

Pero, al ver que Cagliero seguía siempre en silencio, se levantó y le dijo:

—Bueno, si es así, ¡marchaos!

El Diácono se despidió del Arzobispo, volvió al Oratorio y habló con don Bosco, quien escribió la siguiente carta, que él copió.

[751] *Excelencia Reverendísima:*

La reverencia y el respeto debidos a V. E. me impidieron ayer por la tarde expresar lo que me dictaba el corazón; sobre todo porque se trataba de una deliberación sobre algo en lo que se me había aconsejado proceder despacio antes de atarme con vínculos definitivos.

Llegado a casa, después de haber rezado, me pongo a la mesa y escribo lo que nace de mi corazón, lo mismo que diría si me encontrara en punto de muerte.

Digo, pues, que es mi deseo y determinación pertenecer a la Congregación de San Francisco de Sales.

Aquí vine de muchacho y, de no haber hallado ayuda moral y material, ciertamente no habría podido cursar los estudios y, en consecuencia, no tendría este gran afecto al lugar y a las personas de las que recibí el pan de la ciencia y de la moralidad. Don Bosco me ha dejado siempre en libertad y yo, aunque pertenezco en cuerpo y alma a la mencionada Congregación, sin embargo, nunca me había pronunciado definitivamente, como quiero hacerlo con el presente escrito.

Le suplico solamente que me permita unas palabras. V. E. me repitió varias veces: *Si yo quería pertenecer a V. E., o al Oratorio.* A este propósito debo decirle que don Bosco, al explicar las reglas de esta Congregación, constantemente nos ha dicho que siempre fue guiado en todo por el Arzobispo. En las Constituciones se dice que el legítimo Superior es el Obispo de la Diócesis. Yo mismo, en mi poquedad no he atendido más que a la catequesis, a la escuela y al servicio de la Iglesia; pero en todo siempre he creído que estas obras eran bendecidas y aprobadas por V. E. En efecto, en las últimas órdenes tuve la satisfacción de ver que, de los veinticinco ordenandos, más de veinte habían sido alumnos míos en esta casa.

Por eso ruego a V. E. crea que siempre fue y es todavía mi firme voluntad obedecer y someterme a su plena voluntad y entregarme, por cuanto me sea posible, al bien de la Diócesis, según las Reglas de la Congregación Salesiana, que precisamente mandan esto en los artículos 1.º y 3.º del capítulo 8.

Tenga ahora la bondad de perdonar esta mi humilde carta; he hablado con el lenguaje del corazón. Por lo demás no dejaré de rezar, como lo he hecho hasta ahora, por la conservación de su preciosa salud, mientras tengo el alto honor de profesarme,

De V. E. Rvma.

Turín, 6 de noviembre de 1869.

Su seguro servidor
JOSÉ CAGLIERO, *Clér.*

Estas dificultades y las repetidas lisonjas de un porvenir ventajoso y honorífico no tardaron en hacer más firme y resuelta **[752]** la voluntad del estupendo discípulo de don Bosco. En efecto, superada toda incertidumbre, el 12 de noviembre, hizo su profesión según las reglas de la humilde y contrariada Pía Sociedad de San Francisco de Sales.

A continuación, y por sugerencia de varios miembros del Capítulo Superior de la Pía Sociedad, el nuevo profeso fue destinado al día siguiente por el Capítulo, en ausencia de don Bosco, a la casa filial de Mirabello y el Obispo de Casale, monseñor Ferré, que confería órdenes sagradas, *extra tempus*, el día 14, conocedor como era del espíritu de don Bosco y de la Pía Sociedad, que él había aprobado como instituto diocesano, y de las dificultades que se promovían contra el Siervo de Dios y sus hijos, se alegró de conferir el presbiterado al pobre diácono, sin dilación alguna.

No tardó en llegar a oídos del Arzobispo la noticia. Y escribió a don Bosco:

Curia Arzobispal de Turín

Turín, 26 de noviembre de 1869

Muy Rvdo. Señor:

Con gran sorpresa de mi parte he sabido que el diácono José Cagliero, inscrito en la Congregación Salesiana, erigida en esta ciudad y dirigida por V. S. M. Rvda., ha sido ordenado sacerdote el 14 del corriente mes por el señor Obispo de Casale, don Pedro María Ferré, sin yo saber nada.

V. S., y también el diácono Cagliero, estaban bien informados de que yo conferiría órdenes en el mes corriente. Ciertamente V. S. tiene, de acuerdo con el Decreto de Obispos y Regulares del 1.º de marzo de 1869, la facultad de conceder a sus súbditos las cartas dimisorias para recibir la tonsura y las órdenes menores y mayores, pero éstas debe dirigirlas a mí, en calidad de Obispo Diocesano, a menos que yo estuviese ausente, o no quisiera tener ordenaciones.

Pero ahora, al haber hecho V. S. ordenar de sacerdote a su súbdito el diácono

Cagliero, por el señor Obispo de Casale, sin que concurriese ninguna de las circunstancias que pueden justificar un proceder como el suyo, violó las prescripciones de los Sagrados Cánones y los derechos que a tal propósito me competen como Obispo Diocesano, derechos que tengo la obligación de guardar y tutelar religiosamente.

Por tanto, la ordenación del diácono Cagliero, considerada como debe considerarse frente al citado Decreto del 1.º de marzo de 1869, no puedo por menos de considerarla como totalmente ilícita.

[753] Mientras cumplo el desagradable deber de hacerle esto presente, le advierto también que V. S., don José Cagliero y monseñor Ferré, Obispo de Casale, por haber tomado parte en dicha ordenación ilícita, a tenor del Decreto del Papa Clemente VIII, del 15 de marzo de 1596, y de la Bula de Benedicto XIV, 27 de febrero de 1747, han incurrido en las penas con que allí se les amenaza, a saber, V. S. incurre en la pena de la pérdida *sui officii ac dignitatis et vocis activae et passivae* (de su cargo y dignidad y de voz activa y pasiva), don José Cagliero en la pena *suspensionis, atque etiam si in suscepto ordine ministraverit, irregularitatem incurrit* (de suspensión y también de irregularidad, si ejerciere la orden recibida), y el señor Obispo de Casale *non facile effugit poenas canonicas adversus eos propositas, qui alienum subditum, absque sufficientibus dimisoriis ordenare praesumunt* (no escapa fácilmente a las penas canónicas propuestas contra los que se atreven a ordenar al que no es súbdito suyo, sin las suficientes dimisorias).

Advirtiendo de todo a V. S., y por su medio a don José Cagliero, para su norma y gobierno, me profeso con distinguida estima,

De V. S. M. Rvda.

Su seguro servidor
† ALEJANDRO, *Arzobispo*

Al M. R. S. D. Juan Bosco, Superior de la Congregación Salesiana.

Don Bosco respondía humildemente:

Excelencia Reverendísima:

No puede imaginar V. E. el pesar y la dolorosa aflicción que me ha ocasionado su carta con relación a la ordenación del clérigo José Cagliero. Siempre, pero especialmente después de la aprobación de nuestra pobre Congregación, he recomendado y repetido a los miembros de la misma que anduviéramos todos de acuerdo para evitar la más mínima ocasión que pudiera molestar y oponerse a la voluntad de los Obispos, particularmente de V. E.; así lo mandan precisamente nuestras Reglas. Espero, sin embargo, que la sincera narración del hecho pueda, si no justificar del todo lo sucedido, al menos concederle alguna indulgencia.

Legalmente recordará V. E. que hace poco tiempo creyó oportuno intimar la suspensión de los sacerdotes diocesanos no inscritos que hubieran pretendido continuar ocupándose de las cosas de nuestra Congregación; los pobres ordenandos temblaban por tales modos. Esta es la razón por la que el citado clérico Cagliero, cuando se presentó a V. E. no supo casi ni hablar, ni escribir. Como se trataba de la ordenación de presbítero del mismo, me he apresurado a ir varias veces, por la mañana y por la tarde, a ver a V. E. para hablarle sobre el particular y también de otras

cosas que entiendo no conviene sean escritas. Mas, ora porque estaba ausente, ora porque no era día de audiencia, no me fue posible llegar a V. E. Entonces me decidí a enviar al clérigo a Mirabello para que fuera ordenado **[754]** por el Obispo de aquella casa, que había concedido un *Extra tempus* (fuera de tiempo), tanto más que por entonces V. E. no tenía ordenaciones, aunque, en efecto las tuvo unas semanas más tarde.

Creí que podía hacerlo con ánimo del todo ajeno a herir en lo más mínimo los derechos del Arzobispo Ordinario, sino únicamente en conformidad con el Decreto del Tridentino, citado por Benedicto XIV *De Ordinatione Regularium* (27 de febrero de 1747). En él se lee: *Congregatio Concilii censuit superiores regulares posse suo subdito itidem regulari, qui praeditus qualitatibus requisitis ordines suscipere voluerit, liberas dimissorias concedere, ad Episcopum tamen Diocesanum, nempe illus monasterii in cuius familia ab iis, ad quos pertinet regularis positus sit* (La Congregación del Concilio decretó que los superiores regulares podían conceder las cartas dimisorias a un súbdito religioso también, que, dotado de las cualidades requeridas, quisiera recibir las órdenes, de mano del Obispo diocesano, es decir, del monasterio en que se encuentre el religioso de quien se trate). Hice petición y quería también hacerla a V. E., si este decreto era interpretado y practicado en el sentido que yo le daba, y obtuve respuesta afirmativa. Apoyado en las razones arriba mencionadas, juzgué de acuerdo con el Obispo de Casale, que el candidato podía acercarse a recibir la ordenación del Ordinario de aquella casa, donde de hecho vivía el interesado.

Otro motivo que me movió a ello eran los ejercicios espirituales. V. E. no estimó suficientes los ejercicios que nosotros hacemos aquí en Turín y en Trofarello, como ya sucedió con algunos en el pasado septiembre, y esto era otra razón, por las serias estreches de tener que estar sujetos a los gastos del viaje y estancias que hubieran sido necesarios para ir al lugar de los ejercitantes diocesanos.

A pesar de esta mi buena voluntad y convicción, si yo no hubiera captado el verdadero sentido de cuanto he expuesto, suplico quiera concederme benigna indulgencia, en la seguridad de que esta su voluntad será fielmente cumplida en lo porvenir. Más aún, con las palabras del antedicho Pontífice, le suplico, por la misericordia del Señor y por la caridad del Espíritu Santo, que a cada cual estrecha en la unidad de la fe para cultivar la viña del Señor, se digne pasar por alto cuanto pueda haberle causado disgusto en este asunto.

Sabe V. E. que, pese a mi poquedad, hace treinta años que hago cuanto puedo por esta Diócesis. Muchos seminaristas, vicepárrocos y párrocos de la misma fueron alumnos nuestros. Nunca he pedido estipendio ni empleos. La única merced que siempre he pedido, y que con toda humildad de corazón pido, es compasión y consejo para todo lo que V. E. juzgue ser para la mayor gloria de Dios.

Por las razones expuestas y por la total ignorancia y exención de culpa del sacerdote José Cagliero no me he atrevido a comunicarle la parte de la carta que a él se refiere, a menos que V. E. me diga que ésa es su voluntad.

Siempre dispuesto a hacer cuanto pueda en el sagrado ministerio, permita que, con la máxima veneración, tenga el honor de poderme profesar,

De V. E. Rvma.

Turín, 28 de noviembre de 1869.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[755] Después de aquella fecha, el señor Arzobispo, encargada la Diócesis al Vicario General monseñor Zappata y celebrada una función solemne en San Juan, salió para Roma, adonde ya le habían precedido algunos sufragáneos, con los que se hospedó en la Residencia canonical del Vaticano. Desde allí escribió una segunda carta a don Bosco.

Oficina particular del Arzobispo

Roma, 8 de diciembre de 1869

Ilmo. y M. Rvdo. Señor:

Ya veo el disgusto y la pena que mi carta ha ocasionado a V. S. Ilma. y M. Rvda.; y tanto más sinceramente lo creo cuanto más persuadido estoy de que el hecho que lamento, no fue hijo de mala intención, sino de ignorancia. Pero, como no dependía de mí poner remedio, me vi obligado a escribirle de aquel modo para que pudiera proveer al respecto. No fue sólo para quejarme del modo de tratarme V. S., don José Cagliero y el señor Obispo de Casale, sino también para que acudan a la Santa Sede para la oportuna absolución.

Así las cosas, creo necesario responder categóricamente a su carta para rectificar lo que en ella se afirma y evitar equívocos. En primer lugar, si impuse la suspensión a los sacerdotes jóvenes diocesanos, que sin estar inscritos quisieran continuar trabajando en las casas de su Congregación, fui obligado a ello para conocer quiénes eran sus alumnos y quiénes los míos, puesto que mientras usted me escribía de una manera, Cagliero protestaba en la Curia de otra.

No comprendo, en segundo lugar, por qué sus alumnos tuvieran nada que temer, puesto que mis instancias no iban dirigidas a ellos, sino a saber quién quería y quién no quería estar sujeto al Arzobispo, sin ni siquiera haber dicho una palabra que pudiera manifestar el deseo de quitar a la Congregación aquellos a los que les hubiera gustado pertenecer a ella.

No sé, en verdad, qué valor pueda tener la excusa de haber acudido varias veces, por la mañana y por la tarde, para hablarme de la ordenación del clérigo Cagliero, puesto que yo siempre he tenido audiencia y nunca he rehusado recibir a nadie. Además, usted, podía, mejor aún, debía dirigirse par ello a la Curia en la que hay un empleado a propósito que usted conoce, por haber tenido trato con él otras veces.

Así que la resolución, tomada por usted, de mandar a Cagliero a Mirabello no puede proceder de no haber podido hablar conmigo.

Yo no niego que usted podía enviar al clérigo Cagliero a Mirabello, pero con las cartas requeridas por los sagrados Cánones y no antes de haber recurrido a mi Curia para la dispensa de edad. Mas estando inminentes las sagradas ordenaciones enviarlo la víspera, como puede decirse, de la ordenación, era contravenir las leyes de la Iglesia y burlarse del Obispo, a quien se le quita *in fraudem legis* (eludiendo la ley), un clérigo **[756]** que le estaba sujeto hasta pocos días antes, y sobre todo cuando el retraso de las órdenes en la Diócesis no era más que de una semana. Y es tanta verdad que fue enviado *in fraudem legis*, que inmediatamente después de la ordenación, volvió a Turín. De ello puede deducir lo mal aconsejado que ha sido en la interpretación del Decreto de la Sagrada Congregación, por usted citado, puesto que ese Decreto

requiere manifiestamente que el Religioso deba ser presentado al Obispo de la casa en la que está viviendo y no al de la Diócesis en que está la casa adonde se le envía para recibir las órdenes, pues resultaría que, de otro modo, sería del todo inútil. Y es bien cierto que, si usted hubiera conversado conmigo o con el empleado de la Curia encargado de las ordenaciones, no hubiéramos dejado de advertirle cuanto queda dicho y de manifestarle que ésta ha sido siempre la interpretación dada al Decreto arriba indicado.

Y en cuanto a los ejercicios espirituales le advierto que cuando dije a Cagliero que los hiciese, yo estaba persuadido de que no pertenecía a la Congregación. En tales condiciones era muy justo que yo se lo requiriera, para no hacer distinciones, ni otorgar privilegios, y porque los ejercicios para los ordenandos son muy distintos de los que comúnmente se hacen, pues se dan pláticas especiales. Esta persuasión, en fin, había nacido de mí, no sólo por lo que me había dicho Cagliero, sino más aún por haber acudido él mismo a mi Curia para obtener la dispensa de edad, lo que no hubiera debido hacer en caso contrario, puesto que toca a los Superiores Regulares recurrir para sus súbditos y concederles las cartas comendaticias.

Por cuanto le indiqué me parece que hay en este asunto una intriga que yo no sabría explicarme, pero que deploro mucho y no querría se repitiese. Por lo demás, le repito que no le escribí sólo para quejarme, sino para que pudieran proveerse de la absolución de las censuras en que incurrieron. En cuanto a mí, tengo la satisfacción de perdonarlo todo y de esperar que en lo sucesivo no habrá nuevos desarreglos. Y con esta confianza me suscribo con toda estima,

De V. S. Ilma. y Rvma.

Su seguro y atento servidor
† ALEJANDRO, *Arzobispo de Turín*

Cuando el Siervo de Dios recibió esta segunda carta, se dirigió en demanda de consejo al canónigo Celestino Fissore.

Ilmo. Señor Canónigo:

¡Cuántas desdichas hay en este mundo y a cuántas tribulaciones ha de someterse el pobre don Bosco!

Un clérigo de nuestra Congregación fue en mi ausencia a recibir las órdenes a Casale, donde tenemos una casa aprobada como Congregación Diocesana. Nuestro Arzobispo, quizá alguien se lo sugirió, **[757]** tomó la cosa como algo que iba contra su autoridad, aun cuando era muy otra mi intención. Me escribió una carta, a la que respondí, e inmediatamente me ha replicado con otra.

Le rogaría la leyera y me dijera si hay alguna disposición reciente *ad hoc*. El Decreto de la Sagrada Congregación del Concilio es comúnmente entendido así por las Ordenes Religiosas a las que he preguntado y, por tanto, deberían incurrir todas en las penas anunciadas.

Benedicto XIV señala y reprueba el caso en que un Superior *falsis de causis* (por causas falsas) hiciera cambiar de domicilio a un súbdito para la ordenación y lo reclamase enseguida a la primera casa, pero no establece pena alguna.

Aquí las razones son gravísimas, como espero podérselas exponer de palabra.

Note, además, que las órdenes se dieron en esta Diócesis quince días después y no ocho.

Se podría preguntar también: si un Superior puede disponer de sus súbditos, ¿no podrá hacerlos cambiar de domicilio para la ordenación, si hay causa grave?

Hágame esta obra de caridad, considere el caso: dígame después la hora en que menos le estorbe e iré a su casa, salvo que V. S. prefiera venir aquí al Oratorio.

Creo que tendrá la *Bula de Regularium Ordinatione*, que le he citado: si la necesitase, se la mando enseguida.

Lo encomiendo todo a sus oraciones y, dándole desde ahora las gracias, tengo el honor de profesarme agradecido, de V. S. Ilma.

Turín, 18 de diciembre de 1869

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P. D.—Un detalle a tener en cuenta es que el Obispo de Casale es persona muy instruida.

El Canónigo respondió prontamente a don Bosco.

Muy Rvdo. Señor Don Juan Bosco:

Con sumo gusto me ocuparé de la conocida cuestión, mas para formarme un juicio exacto he de consultar necesariamente el Decreto del 1 de marzo del corriente año, que no conozco aún. Le ruego me lo envíe y así el martes, de las ocho y media a las diez y media de la mañana, estaré a su disposición en mi casa. Tomo parte de corazón en sus disgustos y ruego al Señor que le bendiga. Me es grato profesarme con toda mi consideración.

Turín, 17 de diciembre de 1869 [1]

Su seguro servidor
CELESTINO FISSORE, *Can.*

[758] La razón que había movido al Capítulo Superior de la Pía Sociedad Salesiana a enviar al diácono Cagliero a Mirabello, para ser ordenado en Casale, se apoyaba en el hecho de que en Turín habría tenido nuevas insinuaciones para salir del Oratorio.

Pero la cuestión no fue más adelante.

Don Juan Cagliero que en todas las cuestiones de este género, estaba muy informado por la parte que en ellas tomaba como Director Espiritual de la Pía Sociedad, certificó que el Arzobispo escribió también sus quejas al Obispo de Casale y que monseñor Ferré le respondió de un modo inatacable. Y añadía:

«Estas desavenencias con el Arzobispo no fueron conocidas más que por don Bosco, los pocos interesados y los miembros del Capítulo. Después, que yo sepa, reinó la tranquilidad hasta finales de 1870,

[1] *17 de diciembre:* Debe ser un error de imprenta, ya que la anterior carta de don Bosco está fechada el 18 de diciembre. *¡Peccata minuta! (N. del T.).*

año en que murió el Arzobispo, y se dejó a don Bosco en paz. Durante el año en que estuvo vacante la Diócesis, no me consta que hubiera habido ningún mal entendido con el Vicario Capitular».

Creemos oportuno recordar aquí cómo el canónigo Fissore, Arzobispo de Vercelli años más tarde, escribió después de la muerte de don Bosco, a su sucesor don Miguel Rúa:

«*Fui uno de los primeros en conocer las muestras de sólida virtud sacerdotal* que dio el finado desde que estudiaba en la Residencia Sacerdotal de San Francisco de Asís. *Tuve ocasión de contemplar día tras día su desarrollo en la vida pública y privada y me atrevo a ponerme también entre los primeros para deplorar el vacío que deja en la tierra, y para creerlo premiado ya por el Señor*».

Tal fue el aprecio que una persona tan autorizada, que estuvo al corriente de otras cuestiones, más largas y espinosas, surgidas en los años siguientes entre la autoridad diocesana y el Venerable, tuvo siempre de nuestro Siervo de Dios.

[759]

CAPITULO LX

DON BOSCO EN LANZO – LECTURAS CATOLICAS – *DON BOSCO EN MIRABELLO: SU CARTA A LA CONDESA CALLORI PARA LA DIFUSION DEL OPUSCULO SOBRE EL JUBILEO; LA FIESTA DE SAN CARLOS: LOS AUGURIOS PARA SU PROXIMO VIAJE A ROMA – DON BOSCO EN CHERASCO – EN BUSCA DE DINERO PARA PAGAR EL TERRENO COLINDANTE CON EL ORATORIO DE SAN LUIS Y CONSTRUIR UNA CAPILLA O IGLESIA: PROPONE UNA ESPECIE DE TITULOS DE VALOR COMERCIAL – APERTURA DEL CONCILIO ECUMENICO VATICANO – HIMNO Y CANTICOS EN EL ORATORIO – CONVERSION DE UN SACERDOTE APOSTATA – CONFERENCIA DE DON BOSCO A LOS MIEMBROS DE LA CONGREGACION PARA LA REELECCION DEL CAPITULO SUPERIOR – ACTA DE ESTA REUNION – CAIDA DEL MINISTERIO MENABREA Y SUSPENSION DE GESTIONES PARA LA IGLESIA DEL SANTO SUDARIO – MUERE EL ULTIMO DE LOS SEIS PREDICHOS POR DON BOSCO – SUS FELICITACIONES EN VERSO PARA LAS NAVIDADES – DIFICIL EDUCACION LOGRADA – BAUTISMO DE DOS MUCHACHOS ARGELINOS – DONATIVO DE LOS ALUMNOS DEL ORATORIO AL PAPA* – EL HOMBRE DE BIEN *PARA 1870 Y SU PROLOGO*

LOS dos últimos meses de 1869 tuvieron a don Bosco metido en las controversias que acabamos de exponer pero fueron tan ricos como los anteriores en obras santas. El jueves de la segunda semana de noviembre, tal y como había prometido, fue a visitar el Colegio de Lanzo. Cada una de sus visitas producía tanto bien como una misión apostólica.

[760] En el Oratorio se imprimía mientras tanto el número de las *Lecturas Católicas*, para el mes de diciembre. Era un librito de actualidad: *El Jubileo para el Concilio Vaticano: Instrucción del P. Segundo Franco.* Demostraba el autor qué es un jubileo y la finalidad particular del mismo, de dónde saca la Iglesia, y con qué autoridad, las indulgencias que aplica a los fieles; los bienes, que se contienen en el Jubielo, para justos y pecadores; la facilidad y el modo práctico para ganar el Jubileo. En el apéndice había dos anun-

cios: el de la *Biblioteca para la Juventud Italiana* y el de las *Lecturas Católicas.*

La segunda visita de don Bosco fue al seminario menor de Mirabello, como se desprende de una carta a la condesa Callori.

Benemérita Sra. Condesa:

Monseñor Manacorda incluyó, en una carta para don Juan Cagliero, el adjunto sobre. Lo abrí inadvertidamente, pero no leí nada, por tanto no han sido violados los secretos.

Me ha dicho usted repetidas veces que es señora [1] y esto me anima a pedir.

El señor Cura de Vignale desearía repartir, para el Jubileo, dos mil quinientos libritos del *Jubileo del P. Franco*; pero, al hablar del precio, pidió que se le ayudara y luego se echó a llorar. Yo le prometí que confidencialmente invitaría a usted para ayudarlo. Hagamos, pues, así: el folleto cuesta quince céntimos. Repartamos: cinco para don Bosco, cinco para el Párroco y cinco para usted. De este modo usted contraería la enorme deuda de ciento veinticinco liras a pagar sin intereses antes de que acabe el año 1870 en la administración de las *Lecturas Católicas*. Repare lo bien que hago yo los cálculos con el dinero ajeno. Pero usted responda como quiera.

Hemos celebrado en Mirabello una fiesta que resultó maravillosa. El Obispo se conmovió hasta las lágrimas. He encargado a don Juan Bonetti que le envíe a usted una breve relación, únicamente para que se alegre ante el Señor por el fruto de su caridad.

Si puede comunicarme el día de su partida para Roma, haremos una oración especial para que todos tengan un buen viaje. Por mi parte dedicaré un *memento* particular cada mañana en la santa misa, hasta su vuelta feliz, o al menos hasta la visita que espero hacerle en Roma.

No olvide el asunto del querido Bimbo. La presidenta Galleffi, Superiora de las Oblatas de Tor de'Specchi, está ya avisada de su visita; **[761]** verá muchas virtudes escondidas bajo las apariencias de una sirvienta, si bien pertenece a una de las principales familias.

Dios les conceda todo bien a usted y a toda su familia. Ruegue por mí, que con la más profunda gratitud me profeso,

De V. S. B.

Turín, 27-11-1869.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

La tercera visita del Venerable estaba reservada para el nuevo colegio de Cherasco.

---

[1] *Señora.*—Bromea don Bosco y juega con las acepciones de la palabra: «señora o mujer casada» y «ama, dueña o mujer rica» *(N. del T.).*

Oratorio de San Francisco de Sales
Turín - Valdocco

8 de noviembre de 1869

Queridísimo Francesia:

Te acompaño la respuesta que creo que puede darse a los requerimientos del Delegado Provincial de estudios. Preséntasela al señor Alcalde, a quien saludarás de mi parte.

Si no acontece nada urgente, iré a Cherasco del lunes próximo en ocho días, que es el 22 del corriente, y me quedaré unos días. Podría ir antes, pero sólo en un vuelo, y no quiero hacerlo así.

Te recomiendo cuides mucho tu salud, la de don Francisco Provera y la de todos los demás.

Si Ottonello está contento con el piano, deseo que lo toque de manera que pueda tocarlo después en el Paraíso.

Francesia, ánimo en el Señor. Que Dios os bendiga a ti y a toda esa querida familia. Salúdalos a todos de mi parte. *Amén.*

Afmo. en Jesucristo
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Y entre tanto buscaba dinero para comprar el terreno colindante con el Oratorio de San Luis, en Puerta Nueva. Escribía al *abogado Galvagno, en Fossano, por Marene.*

Turín, 24 de noviembre de 1869

Muy ilustre Señor:

Ya en otras ocasiones V. S. Ilma., movido sólo por el espíritu de caridad, vino en ayuda de nuestras caritativas empresas, que pasaban mayores apuros de los que tal vez V. S. imaginaba. Tenemos ahora una obra excepcional que realizar, como puede ver por la adjunta **[762]** hojita y por eso me he atrevido a recurrir a su caridad para la ayuda que el amor de su corazón le inspire.

No quiero escribir mucho. Le digo solamente que, como la necesidad es urgente, se acepta con el mayor agradecimiento lo que en su bondad pueda ofrecer.

Por mi cuenta no dejaré de rogar al Señor que le conceda buena salud por largos años de vida feliz, mientras con profunda gratitud me profeso

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Y no faltaron los donativos. Tenemos nota del que hicieron los condes de Viancino.

Oratorio de San Francisco de Sales
Turín-Valdocco

He recibido el generoso donativo de mil doscientas liras del señor conde de Viancino y tres mil trescientas de la señora Condesa para la compra de un terreno para el Oratorio de San Luis en Puerta Nueva y les doy las debidas gracias. El Señor recompense a los beneméritos donantes.

Turín, 29 de noviembre de 1869

Por don Bosco
PABLO ALBERA, *Pbro.*

En el terreno comprado debía levantarse una nueva iglesia. Don Bosco había hablado con varios distinguidos señores sobre la importancia y necesidad de esta construcción. En la fiesta de la Inmaculada, le entregó el barón Ricci el siguiente certificado en papel sellado. Era el primer donativo para la futura iglesia de San Juan Evangelista, con la que don Bosco quería honrar el nombre de Pío IX.

El que suscribe, a fin de facilitar la construcción de una nueva iglesia, en las cercanías del templo valdense, o cuando menos de un oratorio público bajo la dirección del Rvdo. don Bosco, se obliga por el presente documento a entregarle la cantidad del uno por ciento sobre los gastos habidos en la construcción de la iglesia, incluido el precio del terreno adquirido. Declara, sin embargo, que su oferta se limita a 1.000 (mil) liras. Si, por feliz acaso, se llegare a una cantidad superior a las 100.000 (cien mil) liras, limita a tal extremo su ayuda; pero la reduce, si en la construcción de la iglesia se empleara una cantidad menor.

[763] Los pagos se efectuarán en tres plazos:
El primero apenas se empiecen las obras de la construcción.
Los otros dos en años sucesivos, a pagar anticipadamente.
Doy fe, firmando el presente documento.

Turín, 8 de diciembre de 1869
Vía Bogino N.º 12, 2.º - casa Fassati

El barón FELICIANO RICCI DES FERRES

El mismo 8 de diciembre de 1869, abrióse en Roma con esplendorosas ceremonias, en la Basílica Vaticana, el vigésimo Concilio Ecuménico. Intervinieron casi setecientos obispos de todas partes del mundo. Sólo el gobierno ruso prohibió a los obispos católicos ir a Roma. Puede cada cual imaginar el efecto que debía producir el desfile de la interminable procesión de sacerdotes, superiores y generales de órdenes, prelados, abades, obispos, patriarcas y miembros del Sacro Colegio, a cuya cabeza estaba el Sumo Pontífice, con la espléndida corte que acostumbraba tener cuando aparecía con toda la magnificencia de soberano. Después de celebrar la misa pontifical en el lado del crucero, a la derecha de la confesión de San Pedro y

cantar el *Veni Creator*, Pío IX declaró abierto el Concilio y el Arzobispo de Iconio, monseñor Passavalle, leyó el discurso de inauguración. Cerca de cincuenta mil personas llenaban la Basílica.

Don Bosco y sus muchachos se regocijaron extraordinariamente. El clérigo Albéra escribió un himno. Don Juan Cagliero lo puso en música y se cantó en el Oratorio en todas las fiestas durante todo el año siguiente, y se repitió el año 1916 a la llegada del cardenal Cagliero. El himno era en honor de Pío IX y del Concilio.

Hubo también una gran alegría en el Oratorio por la conversión de un sacerdote que hacía varios meses convivía con don Bosco y que había sido enviado por su Ordinario, para que se rehabilitase.

La *Unidad Católica* daba la noticia el 12 de diciembre.

Honrosa retractación.—Nos envía el muy reverendo sacerdote Carlos Morandi, de la diócesis de Cremona, una honrosa retractación **[764]** hecha por él mismo el 8 de diciembre, en honor de María Inmaculada y del Concilio Ecuménico.

El óptimo ministro del Señor nos anuncia, a la vez, la próxima publicación de un folleto en las *Lecturas Católicas* de Turín, con el título: *Un ritorno nell'arca santa* (Retorno a la Iglesia) para reparar el escándalo de apostasía dado por él, durante quince meses. Nos duele no poder reproducir, por su extensión, dicha retractación, impregnada de los preciosos sentimientos católicos que honran al convertido y sobre todo a nuestra santísima religión, que sabe inspirar arrepentimiento por el error, dar fuerza para confesarlo y proveer de los medios para repararlo.

Por aquellos días había dado don Bosco una conferencia. Léese en el antiguo registro de Actas del Capítulo, la siguiente página:

«1869. El 10 de diciembre, reunidos todos los miembros de la Sociedad de San Francisco de Sales, se eligieron los miembros del Capítulo por haber terminado el tiempo de su cargo. El Rector, sacerdote Juan Bosco, después del rezo del *Veni Creator* con su versículo y *Oremus* empezó, según el Reglamento, por elegir él mismo como Prefecto al sacerdote Miguel Rúa, ya que lo era antes y como Director Espiritual al sacerdote Juan Cagliero. Distribuidas después las papeletas a los profesos absolutos[1], dio cada uno su voto en secreto para el Ecónomo y tres Consejeros. Hecho el escrutinio, resultaron elegidos: Ecónomo, Angel Savio; Consejeros, Carlos Ghivarello, Celestino Durando, que ya desempeñaban el mismo cargo y Pablo Albera, que ocupó el puesto vacante desde que el sacerdote Juan Francesia fue enviado como Director al nuevo Colegio de Cherasco».

Además de esta nota oficial de la reunión, tenemos otras privadas. Por ellas vemos que don Bosco habló así:

[1] *Absolutos.*—Se recoge este mismo vocablo del original, por el de *perpetuos (N. del T.).*

«—Nos hemos reunido esta noche para reelegir nuestro Capítulo. Los miembros del Capítulo, según nuestras reglas, cesan en su cargo a los tres años de su elección. Y como hace ya tres años que fueron elegidos, es necesario que se haga una nueva elección. El Capítulo consta de Prefecto, de Director Espiritual, de Ecónomo y de tres Consejeros. **[765]** Los dos primeros, es decir el Prefecto y el Director Espiritual, son elegidos según las Reglas por el Director General y los demás por mayoría de votos. Pueden votar todos los que han emitido los votos perpetuos y no pueden hacerlo los que sólo emitieron los votos temporales. Esto está claramente establecido en las Reglas, y por consiguiente no se puede cambiar. Queda todavía indecisa la cuestión de si pueden ser elegidos miembros del Capítulo los que aún no han pronunciado los votos perpetuos, y por esta vez dejaremos intacta la cuestión y haremos como se ha hecho hasta ahora. Adviértase que pueden ser reelegidos miembros del Capítulo los que ya lo fueron o lo son. Hasta ahora formaron el Capítulo: don Miguel Rúa, Prefecto, don Juan Cagliero, Director Espiritual, don Angel Savio, Ecónomo, y Consejeros, don Carlos Ghivarello, don Celestino Durando y don Juan Bautista Francesia, el cual debe ser ahora sustituido, porque está lejos.

»Al llegar aquí se preguntó si había que elegir dos Ecónomos; puesto que uno no puede atender a todo, o sea a las necesidades de la Casa y a las de la Sociedad; si por ecónomo del Capítulo se debe entender también el que vigila las necesidades de la Casa. Y don Bosco continuó:

»—Cuando decimos Ecónomo de la Sociedad no debemos nunca confundirlo con el Ecónomo de la Casa, porque el Ecónomo de la Casa puede muy bien ser distinto del Ecónomo de la Congregación. Por tanto, cuando decimos Ecónomo de la Sociedad, o sea el que se elige en el Capítulo, no debemos confundirlo con el Ecónomo de la Casa. El Ecónomo de la Casa es una especie de Vice-Ecónomo o ayudante, como el Prefecto tiene un ayudante en el Vice-Prefecto. Todo esto sirva para norma de los votantes y también de los demás, a fin de que conozcan quiénes son sus superiores.

»Dicho esto se contó el número de los que habían hecho los votos perpetuos, que fueron catorce. Serían elegidos los que obtuvieran mayoría de votos. Entonces don Bosco, después de rezar el *Veni Creator* con el versículo, el *Oremus* y las demás oraciones prescritas empezó, según el reglamento, por elegir **[766]** él mismo al Prefecto, confirmando en el cargo a don Miguel Rúa, y nombrando al sacerdote Juan Cagliero para Director Espiritual. Distribuidas luego las

papeletas en blanco a los profesos perpetuos, cada uno de ellos dio en secreto el voto para el Ecónomo y los tres Consejeros. Hecho el escrutinio (por don Miguel Rúa y don Juan Cagliero), resultaron elegidos: Ecónomo, el sacerdote Angel Savio; Consejeros, el sacerdote Carlos Ghivarello y el sacerdote Celestino Durando, que ya tenían antes el mismo cargo. El sacerdote Pablo Albera ocupó el puesto vacante del sacerdote Juan Francesia, nombrado Director del nuevo Colegio de Cherasco.

»Fueron elegidos por unanimidad Ghivarello y Durando; obtuvo también varios votos para Ecónomo don Antonio Sala, que ocupaba este cargo en el Oratorio. Don José Lazzero obtuvo un voto menos que don Pablo Albera, que alcanzó ocho.

»El Director General, don Bosco, leyó en alta voz el nombre de los elegidos y después siguió hablando.

»—He aquí, pues, reelegido nuestro Capítulo, el cual debe representar siempre a los superiores de la Sociedad. Esto no es algo que sólo suceda entre nosotros, sino que en todas las sociedades religiosas existe este Capítulo, que es muy distinto de los otros, y resulta fácil conocer sus miembros. Así sucede en los Dominicos, los Barnabitas y tantas otras órdenes; y en estas Congregaciones el Capítulo tiene hasta mesa separada, cosa que con el tiempo realizaremos también nosotros.

»Estos, una vez que son elegidos, deben pensar que el cargo que tienen requiere paciencia y sacrificio y no se les promete más premio que el que nos dará el Señor.

»Lo que no puedo disimularos es que nos encontramos en un camino cubierto de espinas y que tendremos que sufrir mucho por causa de los hombres y por muchas otras. Nosotros somos los primeros que hemos de pisar sobre estas espinas porque estamos en los principios de la Sociedad. Pero debemos consolarnos, porque no estamos solos, ya que tenemos por un lado a nuestro Divino Salvador **[767]** y por otro a la Santísima Virgen. Ellos caminan con nosotros, nos enseñan la senda, nos consuelan y nos sostienen.

»Lo que más ha querido señalar el Señor es que, tras las espinas, llegarán las rosas y en abundancia. El nos promete grandes ayudas, muchas bendiciones espirituales y temporales. Creceremos mucho y él nos mandará también lo necesario para lo temporal en abundancia, con tal de que todo se haga servir para mayor gloria de Dios.

»Lo que me consuela, y lo digo con cierta complacencia, es que este año veo que nuestra Congregación está muy bien encaminada y que todos están empeñados en que las cosas marchen bien. Parece

que nuestra situación es mucho mejor que la del año pasado. Quiero también que, antes de comenzar el año, se imprima un registro o catálogo, con el nombre de todos los que componen nuestra congregación y así, teniendo cada uno este registro o catálogo, podrá fácilmente conocer a todos los que son de la Sociedad. Este catálogo lo tendrán todos consigo y no lo pasarán a otras manos.

»Deseo además que al pie de esta lista se deje un espacio, en donde, al fin del año, se escribirán aquéllos a los que el Señor llame a la eternidad durante el mismo. Cada año se guardará uno de estos catálogos y se añadirá una monografía de los que pasaron a la otra vida. En esa monografía se señalarán las virtudes principales que distinguieron al difunto. De este modo, se podrá, por ejemplo después de ochenta años, conocer a los miembros de la Sociedad y el aumento o disminución de la misma. El catálogo se renovará cada año. Cada casa en particular, tendrá la lista de los que entonces se encuentren en ella».

En esta conferencia no habló don Bosco, como lo había hecho en otras, de la importancia de poseer una casa en Roma. No era el caso de mantener esperanzas sobre la de San Cayo; **[767]** y los trámites sobre la iglesia del Santo Sudario, por motivos relacionados con el Ministro de Francia (tal vez por intereses de una casa religiosa saboyana), aún no habían llegado a su término por entonces.

Sin embargo se habrían podido reemprender, ya que el ministro Menabrea se había mostrado bastante benévolo con las propuestas de don Bosco. Pero este Ministro, combatido por la Cámara de Diputados, había presentado su dimisión, junto con la de todos sus colegas, y el 14 de diciembre abandonaba el poder.

Le sucedía el día 15 en el nuevo ministerio el doctor Lanza, el cual, como ya hemos visto, conocía y apreciaba a don Bosco.

Mientras el Siervo de Dios estaba pensando pedirle ayuda, expiraba en el Oratorio el último de los seis, predichos al fin de 1868, pertenecientes a la Casa. Se lee en el necrologio escrito por don Miguel Rúa:

«Juan Bonelli, hijo del difunto Lucas, natural de Vico Mondoví, moría en el Oratorio el 19 de diciembre de 1869. Hombre sencillo y tímido. Fue Franciscano y, al suprimir las órdenes religiosas, ingresó en el Oratorio, donde prestó a gusto su primera labor como portero, después como sacristán, desempeñando satisfactoriamente lo que sus achaques le permitían. Fue singular en él la observancia del silencio; se puede afirmar, con seguridad, que en el tiempo que estuvo en el Oratorio no dijo ni una palabra de más».

Esta muerte consoladora aumentaba, si ello era posible, el prestigio de que gozaba el Venerable en la opinión de los jóvenes.

El, entre tanto, al acercarse las Navidades, enviaba sus felicitaciones a los amigos y bienhechores.

Al barón Bianco de Barbania le escribió estos pareados:

Visitarlo yo quería
al buen Barón cada día.
Pero siempre era un proyecto
que nunca llegaba a efecto.
Por pereza u otro mal
siempre me sucede igual:
[769] Como y duermo y se dirá
que vivo como un rajá.
Mas para que no se diga
que yo al Barón contradiga,
hoy mi corazón se presta
a augurarle buena fiesta.
Aunque me ha salido mal
pues se expresa esto en plural:
Que pase en felicidad
las Pascuas de Navidad.
Que, aunque razones de estado
tantas cosas han cambiado,
tenemos que conformarnos
y, al menos, felicitarnos.
Porque, ¿acaso nuestra crítica
puede cambiar la política?
Mientras el Po corra al mar
yo lo he de felicitar.
Y a mi buen amigo anhelo
pies y piernas para el vuelo,
de Matusalén la edad,
de David la santidad.
Sea un Sansón en poder
y un Salomón en saber.
Con su grata compañía
viva feliz cada día.
¿Qué diré a su cocinero
si no llego cuando quiero?
¿Si al acabar la comida
me presento de corrida?
Pediré a la Providencia
no nos deje en abstinencia,
y nos prepare otro plato,
aunque sea más barato.
Nada más, mi buen Barón,
y acabe aquí la canción.

Si desea complacerme
venga cualquier día a verme.

A las felicitaciones siguieron las solemnísimas fiestas de Navidad. Aquel día fueron regenerados con las aguas bautismales los dos muchachos argelinos. No fue fácil educarlos e instruirlos en la religión cristiana, como aconteció también con algún otro africano enviado a Turín **[770]** en 1870. Monseñor Lavigerie había escrito a don Bosco diciendo que eran intratables y cuando el Venerable los tuvo a prueba, hubo de reconocer que la realidad era superior a lo que él esperaba.

«Estos árabes se asemejaban menos a los seres humanos que a las bestias salvajes. Con la agilidad del tigre se lanzaban a morder y arañar a los que no congeniaban con ellos. Mas don Bosco tuvo la ventaja de que, al presentarse a él, se les impuso con su presencia y también se dio cuenta de que él no les resultaba antipático. Entonces puso todo su empeño para sacar partido del amor propio de su raza.

»Encargó a los mejores del Oratorio para que tuvieran con ellos todos los cuidados y miramientos que se pudiera. Muy pronto la ejemplar conducta de aquellos jóvenes influyó profundamente en el ánimo de los árabes; quedaron éstos humillados al reconocer la distancia moral que les separaba de sus compañeros y, por el honor de su Patria, se aplicaron a corregir su inferioridad.

»Pocos meses después de su ingreso en el Oratorio, los hijos del desierto habían transformado modos y costumbres y hasta pensamientos y sentimientos. Una dulce sonrisa había sustituido la feroz expresión de su rostro; en sus ojos vivos, que antes despedían chispas de cólera y de odio, veíanse brillar la satisfacción y la paz. La luz del Cristianismo había penetrado, con su dulce calor, en aquellos seres rebeldes, que nunca se habían inclinado ante la fuerza y que ya doblaban libremente las rodillas ante Jesucristo y su Ley».

Así escribe el conde Carlos Conestabile en su libro: *Obras religiosas y morales en Italia.*

Estaban, pues, preparados para recibir el Bautismo. Vestidos al estilo árabe, con su color trigueño y sus encrespados y rizados cabellos, produjeron la más viva emoción entre la inmensa multitud que abarrotaba la iglesia de María Auxiliadora. A Alí se le puso el nombre de Esteban y a Carubi el de Pedro. Fueron **[771]** padrinos el abogado León Fontana, posteriormente alcalde de Turín durante muchos años, y la señora Oriola, su madre, destacados entre el público turinés por sus muchas obras de caridad cristiana.

En aquellos días los alumnos del Oratorio manifestaban su grande y generoso afecto al Vicario de Jesucristo. Escribe la *Unidad Católica* del 28 de diciembre:

«Donativos a S. S. Pío IX, como ofrenda y ayuda para el Concilio Ecuménico: Turín-Valdocco. Don Miguel Rúa, prefecto del Oratorio de San Francisco de Sales, presenta la lista de los donativos hechos por los alumnos con ocasión del Concilio: doscientas cinco liras con quince céntimos».

Con un acto de homenaje al Vicario de Nuestro Señor Jesucristo terminaba el año 1869. En nuestras memorias no se menciona el aguinaldo de don Bosco a los alumnos; pero creemos que les hablaría de las oraciones que había que hacer para el triunfo del Concilio Vaticano. Mas, si no tenemos el aguinaldo para los muchachos, conocemos en cambio las sentidas felicitaciones dirigidas de un modo popular y alegre a los suscriptores de las *Lecturas Católicas en el Hombre de Bien*, almanaque para el año 1870.

Yo lo había dicho muchas veces: que el mundo estaba enfermo y necesitaba un buen médico para curar. Enfermedades en los pobres, que quieren a toda costa llegar a ricos; enfermedades en los ricos, que, hartos de tanta fortuna, envidian la suerte de los pobres y hacen lo posible para llegar a serlo; enfermedades en los escolares, que quieren saber más que sus maestros, y, por eso, faltan a la escuela y dejan que los libros estudien por sí mismos; enfermedades también en los maestros, que no saben ya cómo frenar a los muchachos apenas llegan a los doce años; enfermedades arriba, enfermedades abajo, enfermedades por todas partes. Casi, casi diría que donde mejor se está es en los hospitales. Con tantos males era necesario que los médicos se reunieran en consulta para encontrar el modo de curar a todo el mundo, poco menos que en las últimas. Y he aquí que el gran médico de las almas, el glorioso Papa Pío IX, apesadumbrado por los gravísimos males con que está afligida la triste humanidad, convoca un gran consejo, invitando a todos los obispos de la cristiandad a reunirse en Roma, para buscar un remedio apropiado.

Ciertamente será un gran espectáculo contemplar a tantos y tantos Pastores, animados todos por un mismo sentimiento, llegar a Roma, como los apóstoles cuando se reunieron en Jerusalén invitados por san Pedro, e invocar [772] al Padre de las luces y restituir otra vida al mundo. Serán días felices para nuestro consuelo y el de nuestros hijos. Viejo como soy, quisiera correr a la nueva Jerusalén para dar gracias al afortunado Pontífice por la grande y piadosa idea y agradecer también a los obispos, sus hermanos, que partieron obedientes a su invitación.

Algunos han debido viajar durante tres meses seguidos por caminos difíciles, pero así como el árabe en el gran desierto tiene siempre los ojos vueltos al monte Oreb, y lo saluda con transportes de alegría, al verlo desde lejos, así ellos, no pensando más que en Roma, soportaron con alegría los embates de los mares y los barcos y las incomodidades de los transportes lejanos; y como el viajero que, si finalmente llega a la meta deseada,

...olvida
el hastío y los males de la pasada vida,

así los Obispos, cargados de años, se dirigieron a la Ciudad eterna. Que Dios les consuele, les conforte en sus empresas y les bendiga en sus santos anhelos. Quisiera tener quince años menos y, también yo iría a Roma, para unirme a los supremos pastores del pueblo cristiano e implorar de Dios la salud temporal y espiritual. Mas, como no puedo ir con el cuerpo, iré sin duda con el espíritu y rogaré mucho y haré rogar a fin de que todo sea para la mayor gloria de Dios, el triunfo de la Iglesia y la salvación de las almas.

Entre tanto, nosotros pobres enfermos, que vivimos en este gran hospital, que con soberbia se llama mundo, y que hemos caído en un gran abismo del que no podemos salir, damos gracias a Dios por tal beneficio y hacemos el firme propósito de querer tomar, aun antes de que se proponga, el remedio que nos sea impuesto. El Espíritu Santo es quien lo inspirará y de su mente no podrá salir más que un santo, útil y prodigioso remedio. Y así también en estos días que vivimos, veremos al mundo entero maravillarse de las grandes curaciones de la Iglesia y aplaudir con palmadas de júbilo su triunfo. Termino deseando un buen viaje a los augustos personajes que se dirigen a Roma, feliz estancia en ella y gloriosa vuelta a sus sedes.

Vosotros, mis queridos lectores, rogad a Dios con el mismo fin y esperemos con seguridad ser oídos.

[773]

CAPITULO LXI

1870 – CATALOGO IMPRESO CON EL NUMERO Y NOMBRES DE LOS SALESIANOS Y SUS CASAS – DON BOSCO PIDE AL ECONOMATO REAL UN DONATIVO PARA SUS CLERIGOS – LECTURAS CATOLICAS – *LA REDENCION DE LOS ESCLAVOS – LOS SALESIANOS IRAN A LEJANAS TIERRAS – CORTESIA PROVERBIAL DEL VENRABLE Y UNA SEÑORA DE BERGAMO – DON BOSCO DEFENSOR DE LA INFALIBILIDAD PERSONAL DEL PAPA – SUPLICAS DEL MUNDO CATOLICO AL CONCILIO PARA QUE ESTA VERDAD SEA DEFINIDA DOGMA DE FE – MONSEÑOR DUPANLOUP, OBISPO DE ORLEANS, INTENTA PERSUADIR A LOS PRELADOS PIAMONTESES DE LA INOPORTUNIDAD DE LA DEFINICION: DON BOSCO PIENSA AL CONTRARIO – DÖLLINGER, LOS HEREJES Y LAS SECTAS SE AMOTINAN CONTRA LA CREENCIA UNIVERSAL DE LOS CATOLICOS – EL OBISPO DE MALINAS PROPONE QUE SEA DEFINIDO EL DOGMA – SOLEMNE PROFECIA: EL PORVENIR DE PARIS, DE ROMA Y DE LA IGLESIA; AVISO Y ALIENTOS AL SUMO PONTIFICE – DON BOSCO ESCRIBE Y MANDA COPIAR SU PREDICCION – DOCUMENTOS Y COMENTARIOS DE LA MISMA – RENDICION DE CUENTAS DE LA PIA SOCIEDAD PARA PRESENTAR AL PAPA – DON BOSCO PIDE AL RECTOR DEL SEMINARIO DE TURIN QUE SUS CLERIGOS SEAN ADMITIDOS AL EXAMEN DE FILOSOFIA*

EN la conferencia que dio don Bosco a los salesianos el 10 de diciembre de 1869, les anunció que, a partir de 1870, se imprimiría cada año el catálogo de todos los que componían la Pía Sociedad. Así se hizo. **[774]** Y según el primero, resulta que la Congregación contaba con ciento dos socios en 1870, de los cuales veintiocho eran profesos perpetuos, treinta y tres temporales y cuarenta y uno novicios. No hace mención de los veintidós aspirantes. Las casas abiertas como centros de educación para la juventud eran cuatro: Turín, Mirabello, Lanzo y Cherasco.

En los primeros días de 1870 presentó una instancia al Economato Real General de los Beneficios Eclesiásticos para obtener una ayuda en favor de los clérigos.

Turín, 1870

Ilmo. Sr. Ecónomo General:

Los clérigos, cuya lista se adjunta, suelen prestar caritativo servicio en las escuelas o en la vigilancia de los niños pobres, que acuden a los Oratorios o campos de recreo de esta Ciudad. Tiempo atrás, recibían éstos, individual o colectivamente, un caritativo subsidio del Economato Real con el que podían proveerse, al menos en parte, de su equipo y otros gastos más urgentes.

Habiendo cesado esta beneficencia hace algún tiempo, el que suscribe se atreve con toda humildad y encarecimiento a renovar la súplica a V. S. Ilma. para que estos beneméritos clérigos sean tenidos en benévola consideración y se les conceda la caritativa ayuda que la bondad de V. S. creyere oportuna.

Incluyo la lista de los solicitantes, a cuyo nombre se puede conceder un subsidio personal, o de conjunto, a nombre del abajo firmante.

Con profunda gratitud se profesa
De V. S. Ilma.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Mientras tanto parece que la llegada de los dos primeros árabes al Oratorio y el anuncio de que serían enviados algunos más por monseñor Lavigerie, inspiró la idea del folleto de las *Lecturas Católicas* para enero de 1870. Se titulaba: *Nicolás Olivieri y el rescate de las niñas árabes: Rasgos históricos por Santiago Bernardi.*

Es el comentario de una gloria italiana. Con anterioridad al 1400 se había fundado en Génova la Magistratura para el rescate de esclavos, singularmente de Túnez. Además de la Cofradía, denominada de la Muerte, con sede junto a la **[775]** *iglesia canonical de San Donato*, asociada a la de Roma, tenía como fin primordial dicha redención. Según un libro impreso en 1679, resulta que por medio de esta Cofradía se habían rescatado más de doscientos cincuenta mil esclavos, sin contar los que habían obtenido semejante favor a través de personas privadas, y de los cinco hospitales fundados con este fin en la ciudad de Argel, protegidos por los cónsules de la República, a quienes la constante caridad enviaba dinero, medicinas, sábanas y otras cosas, que servían para las curas especiales de los enfermos.

Más tarde, el sacerdote Nicolás Olivieri, natural de Voltaggio, inflamado con el ejemplo caritativo de los antepasados, fundó en 1838 la piadosa obra del rescate de niñas moras. Hizo continuos viajes al Africa para la compra de aquellas pobres criaturas y por Europa en busca de limosnas. Los sufrimientos de todo género y la santidad

de su vida presentan cuadros encantadores. Murió en Marsella el 25 de octubre de 1864, después de haber rescatado y colocado en muchos institutos de Italia, Francia y Alemania ochocientas diez moritas y algunos moritos. Y tuvo la satisfacción de ver cómo sus pequeñas esclavas redimidas crecían en las más sublimes virtudes y muchas alcanzaban una muerte envidiable. Intrépidos continuadores de su misión fueron don Blas Verri, don Daniel Comboni y el venerable Ludovico de Casoria.

Aquel opúsculo despertó entre los nuestros la idea de las misiones, ya que don Bosco, desde los principios del Oratorio, había hablado de vez en cuando de establecer sus casas en Africa, en América y en Asia; y don Francisco Dalmazzo había oído muchas veces de sus labios, que los Salesianos irían pronto a regiones lejanas.

En los primeros días de enero el Venerable tuvo ocasión de ganar para sus obras una bienhechora, por medio de don Antonio Sala. Su exquisita benevolencia le ganaba un corazón a cada paso. La misma señora describe su encuentro con el Siervo de Dios.

[776] Era el año 1870: iba yo camino de Roma con dos sobrinas mías. Desde Milán a Turín, viajaba en nuestro departamento un sacerdote, que bondadosamente entabló conversación con nosotras. Hablando de diversas cosas, se dio a conocer como sacerdote del Instituto Bosco. Al apearnos en la estación de Turín y despedirse, nos dijo: —«Mañana, a las nueve, les espero en la iglesia de María Auxiliadora para oír misa y después las presentaré a don Bosco».

Como nuestra parada en Turín era para un día y no entero, la invitación casi me molestó, puesto que habría querido estar libre para ir de un lado a otro, según el itinerario preestablecido. Con todo, por no parecer descortés, convencí a mis sobrinas para asistir a la misa, que a la vez serviría como buen principio de la jornada. En efecto, por la mañana, a la hora señalada, estuvimos en la iglesia, donde el sacerdote nos esperaba, y, apenas nos vio, fue a la sacristía a revestirse. Celebró la santa misa, y se plantó a nuestro lado, ofreciéndose como guía. Confieso que habría renunciado a la visita, puesto que me urgía más marcharme que presentarme a persona hacia la cual me sentía cohibida. Entramos en una antesala donde varias personas, de distinguido aspecto, esperaban audiencia. En un abrir y cerrar de ojos nuestro guía se escabulló y nos dejó plantadas. Me volví a mis sobrinas y les dije:

—¡A saber cuánto nos tocará esperar!

Terminar de decirlo, abrirse una puerta y aparecer nuestro sacerdote haciéndonos señas para avanzar, fue lo mismo. Estábamos ante el mismo don Bosco.

Su aspecto venerando y la impresión de santo, que se traslucía en su rostro, ganó de tal modo nuestros ánimos que, sin previo acuerdo, nos arrodillamos las tres a sus pies. Nos hizo sentar y nos entretuvo como un cuarto de hora. Como su afabilidad nos había quitado toda suerte de reparos, le explicamos el plan de nuestro viaje, para el que nos dio óptimas normas. Llevaba yo un paquete de cartas de recomendación a las que él quiso añadir una suya, diciéndome que me sería útil. Nos bendijo y nos dijo:

—Dentro de quince días, también yo estaré en Roma; quién sabe si las veré de nuevo.

Conmovidas, nos alejamos felices por no haber rechazado inconsideradamente el inesperado favor. En cuanto a la carta, confieso que la guardé con indiferencia, convencida de no tener que usarla.

Nos detuvimos en Génova, Bolonia y Florencia y, ocho días más tarde, llegamos a Roma. Nos había reservado alojamiento un sacerdote recientemente vuelto a la patria. Cansada de haber viajado durante toda la noche, con un dolor de cabeza que me pedía descanso, tomé un coche de alquiler que nos llevó a la casa que nos habían señalado.

Entré, la habitación era tal y como se nos había indicado, pero ¡ay! había que cruzar una antesala ocupada por un señor, que nos obligaba a nosotras, mujeres, a tenerlo como centinela. Aboné una cantidad a la hospedera exponiéndole el inconveniente de que mis jóvenes sobrinas tuvieran que atravesar aquella sala y, sin más, ordené al cochero que nos llevara a la calle **[777]** *Graziosa*, a las Hijas del Sagrado Corazón. De camino pensaba: ¿dónde vamos a hospedarnos?

Las cartas que yo llevaba eran para obispos bergamascos, reunidos en Concilio, una para monseñor Cenni en el Vaticano, otras para religiosos y religiosas a fin de que se encargaran de cuestiones muy distintas de la de buscarme alojamiento. Piensa que pensarás, me acordé de la tarjeta de don Bosco. Dejé las maletas y a mis sobrinas con las monjas y dije al cochero que me llevara a la calle de los *Coronari* (Rosarieros). El que me indicaba en la tarjeta era rosariero del Papa, todo un caballero, muy amigo de don Bosco. Apenas supo mi necesidad se dio a buscar, por medio de un cuñado suyo, una habitación. Era el año del Concilio Vaticano y Roma rebosaba de forasteros. Después de muchas idas y venidas me alojé en la Residencia Tenerani de la plaza Barberini. Dirigían la pensión unos jóvenes esposos que alojaban familias extranjeras. Estuvimos treinta días en Roma con el auxilio providencial y la notable ayuda del Angel que nos había bendecido en Turín: no acabaría nunca, si quisiera repetir las alegres casualidades que se derivaron de ella. Basten las dos audiencias de Pío IX, una privada y la otra en grupo con cuatro señoras conocidas. Aquel señor nos ayudó tal y como nos lo había pronosticado don Bosco, para visitar fácilmente los diversos monumentos de Roma.

CLEMENTINA DALM

También don Bosco estaba decidido a ir a Roma. Su mente y su corazón estaban en el Concilio Vaticano. La infalibilidad personal del Papa en materia de fe y costumbres, cuando habla *ex cáthedra* era creencia antigua y universal en la misma Iglesia: y las súplicas de muchos obispos y el deseo del pueblo cristiano pedían que esta verdad fuese definida dogmáticamente. Don Bosco había tenido siempre en singular aprecio esta prerrogativa del Romano Pontífice por lo que celebraba aquellas manifestaciones de fe, y se persuadía cada vez más de la necesidad de esta definición.

Pero, desde que apareció la Bula de la convocación del Concilio en 1868, y empezaron los Obispos y el pueblo católico a manifestar

sus deseos, empezó también, y aún seguía, una excitación hostil entre los enemigos de la Iglesia. Los periódicos católicos liberales de Francia se alinearon decididamente con galicanos y jansenistas, contra la definición de la infalibilidad. Las desafortunadas publicaciones de *Janus*, Gratry, monseñor Maret y Dupanloup hacían lo demás.

[778] Lo mismo acontecía en Alemania. El teólogo Juan Döllinger la combatía en el *Allgemeine Zeitung* y difundía además por todas partes, durante el Concilio, libelos llenos de observaciones falsas, heréticas y calumniosas. Le hacían eco periódicos, folletos, opúsculos e innumerables mamotretos que atizaban el fuego por Alemania y Suiza con extraños cuentos. Católicos indignos amenazaban con su separación de Roma.

El hecho se repetía en Austria, en Hungría y en Inglaterra; y, en vez de disminuir, la agitación iba en aumento. Los políticos excitaban las Cortes y los Ministerios, por miedo a que se reafirmara la autoridad de la Iglesia sin dependencia del Estado: y llegó al Vaticano alguna nota diplomática.

Sin embargo, pese a que antes del Concilio se hubiera hablado y escrito tanto, en defensa de la infalibilidad, el Papa no había hecho incluir todavía este asunto en los esquemas de la constitución *de Ecclesia*, o sea en los temas que se debían tratar por los Padres.

Mas los incrédulos y masones, devorados por la exasperación y la inquietud, al ver que la Iglesia seguía llena de vida después de tantas persecuciones, convocaron un Conciliábulo anticatólico en Nápoles, en nombre del libre pensamiento, para organizar una guerra a muerte contra el Papa y el Papado. Resonaban en él las más horrendas blasfemias. José Carducci publicaba un himno a Satanás. El mundo protestante, cismático y sectario metía ruido agitado por pasiones anticristianas.

Entre tanto, se decretaba en las logias masónicas emplear todos los medios para sembrar la discordia entre el episcopado y las sociedades católicas, y lo lograron en parte. Don Bosco se dio cuenta de ello y se afligió mucho al saber que varios obispos se declararon contra la oportunidad de la definición. Antes de la apertura del Concilio, llegó al Piamonte monseñor Dupanloup, obispo de Orleáns, no sólo acérrimo defensor de la inoportunidad de la definición, sino más bien **[779]** contrario, en este punto, a toda la doctrina católica. Visitó a varios obispos para ganarlos como aliados en sus planes de oposición, y estuvieron entre ellos monseñor Sola, obispo de Niza, monseñor Losana, obispo de Biella, monseñor Moreno, obispo de Ivrea, monseñor Renaldi, obispo de Pinerolo, monseñor Gastaldi,

obispo de Saluzzo y monseñor Riccardi di Netro, arzobispo de Turín.

Don Bosco por su parte, junto con otros obispos, prelados y teólogos, sostenía calurosamente tal oportunidad, señalando que la definición dogmática acabaría con los errores del Galicanismo, difundido por Francia y con el Febronianismo de Alemania; y señalaba, además, que era necesaria para las misiones y en el caso de que el Sumo Pontífice se volviera a encontrar en los dolorosos apuros de Pío VII.

Monseñor Gastaldi, obispo de Saluzzo, había quedado dudoso ante las razones de Dupanloup, que le invitaba a aumentar el partido de la oposición; antes de salir para Roma, pasó por el Oratorio y sostuvo una larga conversación con don Bosco sobre el tema, según afirma don Miguel Rúa. Así que el Venerable, no sin motivo, vivía con cierta inquietud y por ello rezaba y hacía rezar por la Iglesia.

Tampoco en Roma se dejaba de discutir sobre la infalibilidad; ciertamente él debió experimentar un gran alivio al saber que el 25 de diciembre de 1869 el Arzobispo de Malinas había adelantado la proposición de definirla como artículo de fe. Desde aquel momento se convirtió en el tema más importante del Concilio.

El 6 de enero, fiesta de la Epifanía o de la manifestación del Señor, se celebró la segunda sesión del Concilio Vaticano, en la cual los Padres, según el rito, hicieron, uno después de otro, comenzando por el Sumo Pontífice, la solemne profesión de fe.

La víspera de aquella memorable solemnidad don Bosco vio en sueño cuanto vamos a exponer a continuación: fue el mismo Siervo de Dios quien escribió lo que vio y oyó.

«Sólo Dios lo puede todo, lo conoce todo y lo ve todo. Dios no tiene pasado ni futuro; para Dios no hay nada oculto; todas las cosas le son presentes.

» **[780]** Para El no hay distancia de lugar o de persona. Sólo El en su infinita misericordia y para su gloria puede manifestar las cosas futuras a los hombres.

»La víspera de la Epifanía del corriente año de 1870 desaparecieron todos los objetos materiales de mi habitación y me encontré ante la consideración de cosas sobrenaturales. Fue algo que duró breves instantes, pero fueron muchas las cosas que vi. Aunque de forma y apariencias sensibles, no se pueden comunicar a los demás sino con mucha dificultad con signos exteriores o sensibles. Cuanto sigue podrá dar una idea de ello. En todo esto se encuentra la palabra de Dios acomodada a la palabra del hombre.

»Del Sur viene la guerra, del Norte viene la paz.

»Las leyes de Francia no reconocen ya al Creador y el Creador se hará conocer y la visitará tres veces con la vara de su furor.

»La primera abatirá su soberbia, con las derrotas, el saqueo y los estragos en las cosechas, los animales y los hombres.

»En la segunda, la gran prostituta de Babilonia, la que los buenos llaman, suspirando, el prostíbulo de Europa, será privada del jefe y entregada al desorden.

»¡París! ¡París! En vez de armarte con el nombre del Señor, te rodeas de casas de inmoralidad. Estas serán destruidas por ti misma: tu ídolo, el *Panteón*, será reducido a cenizas, para que se cumpla lo que está escrito: *mentita est iniquitas sibi* (la iniquidad se engañó a sí misma). Tus enemigos te colmarán de angustias, de hambre, de espanto y te convertirán en la abominación de las naciones. Pero ¡ay de ti si no reconoces la mano que te hiere! Quiero castigar la inmoralidad, el abandono, el desprecio de mi ley, dice el Señor.

»En la tercera, caerás bajo una mano extranjera: tus enemigos verán desde lejos tus palacios incendiados, tus casas convertidas en montones de ruinas, bañadas en la sangre de tus héroes, que ya no existen.

»Pero he aquí que un gran guerrero del Norte lleva un estandarte; **[781]** sobre la diestra que lo sustenta está escrito: *"Irresistible es la mano del Señor"*. En aquel instante el Venerando Anciano del Lacio le salió al encuentro flameando una antorcha de luz vivísima. Entonces el estandarte se extendió y de negro que era se trocó blanco como la nieve. En el centro del estandarte estaba escrito con caracteres de oro el nombre de Quien todo lo puede.

»El guerrero y los suyos hicieron una profunda inclinación al Anciano y se estrecharon la mano.

»Ahora la voz del cielo se dirige al Pastor de los pastores. Tú ahora estás en la gran conferencia con tus asesores; pero el enemigo del bien no guarda un momento de reposo; estudia y practica toda clase de argucias contra ti. Sembrará la discordia entre tus asesores; suscitará enemigos entre mis hijos. Las potencias del siglo vomitarán fuego y querrían que las palabras fuesen ahogadas en las gargantas de los guardianes de mi ley. Pero esto no sucederá. Harán el mal, pero en perjuicio de sí mismos. Tú date prisa; si las dificultades no se resuelven, corta por lo sano. Si te sientes angustiado, no te detengas, sino al contrario, continúa adelante hasta que le sea cercenada la cabeza a la hidra del error. Este golpe hará temblar a la tierra y al infierno, pero el mundo recobrará la seguridad y todos los buenos se

alegrarán. Conserva, pues, junto a ti aunque solamente sean dos asesores, pero a cualquier parte que vayas, continúa y termina la obra que te fue confiada.

»Los días corren velozmente y tus años se acercan al número establecido; pero la gran Reina será siempre tu auxilio y como en los tiempos pasados, también en el porvenir será siempre *magnum et singulare in Ecclesia praesidium* (grande y singular ayuda de la Iglesia).

»Y a ti, Italia, tierra de bendiciones, ¿quién te ha sumergido en la desolación?... No digas que tus enemigos, sino tus amigos. ¿No oyes a tus hijos que piden el pan de la fe y no encuentran quien se lo parta? ¿Qué haré? Heriré a los pastores, ahuyentaré el rebaño, a fin de que los que se sientan en la cátedra de Moisés busquen buenos pastos y la grey escuche dócilmente y se alimente.

»Pero sobre la grey y sobre los pastores caerá mi mano; la carestía, la peste, la guerra, harán de manera que las **[782]** madres lloren la sangre de los hijos y de los esposos muertos en tierra enemiga.

»¿Y de ti, Roma, qué será? ¡Roma ingrata, Roma afeminada, Roma soberbia! Has llegado a tal punto de insensatez que no buscas y no admiras otra cosa en tu Soberano, más que el lujo, olvidando que tu gloria y la suya están en el Gólgota. Ahora él es anciano, decrépito, inerme, despojado; mas con su palabra esclavizada hace temblar todavía a todo el mundo.

»¡Roma... yo vendré cuatro veces sobre ti!

»En la primera heriré tus tierras y sus habitantes.

»En la segunda llevaré el estrago y el exterminio hasta tus murallas.

»¿No abrirás aún los ojos?

»Vendré por tercera vez, abatiré defensas y defensores y al mandato del Padre comenzará el reinado del terror, del espanto y de la desolación.

»Pero mis sabios huyen, mi ley sigue todavía conculcada; por eso haré una cuarta visita. ¡Ay de ti, si mi ley continúa siendo letra muerta para ti! Habrá prevaricaciones entre los doctos y entre los ignorantes. Tu sangre y la de tus hijos lavarán las manchas que has echado sobre la ley de tu Dios.

»La guerra, la peste, el hambre son los flagelos con que será castigada la soberbia y la malicia de los hombres. ¿Dónde están, oh ricos, vuestras magnificencias, vuestras villas, vuestros palacios? Se han convertido en basura de plazas y calles.

»Pero vosotros, sacerdotes, ¿por qué no corréis a llorar entre el

vestíbulo y el altar, invocando la suspensión de los flagelos? ¿Por qué no tomáis el escudo de la fe y no subís a los tejados, y en las casas, en las calles, en las plazas, incluso en los lugares inaccesibles, no desparramáis la semilla de mi palabra? ¿Ignoráis que ésta es la terrible espada de dos filos que abate a mis enemigos y que deshace la ira de Dios y de los hombres?

»Estas cosas tendrán que suceder inexorablemente, una después de otra.

»Las cosas proceden demasiado lentamente.

»Pero la Augusta Reina del Cielo está presente.

[783] »El poder de Dios está en sus manos; disipa como la niebla a sus enemigos. Reviste al Venerando Anciano de todos sus antiguos hábitos.

»Se producirá además un violento huracán.

»La iniquidad se ha consumado, el pecado tendrá fin y, antes de que transcurran dos plenilunios del mes de las flores, el iris de la paz aparecerá sobre la tierra.

»El gran Ministro verá a la esposa de su Rey vestida de fiesta.

»En todo el mundo aparecerá un sol, tan luminoso, como jamás existió desde las llamas del Cenáculo hasta hoy, ni se volverá a ver hasta el fin de los días».

Don Bosco hizo sacar una copia de este escrito a don Julio Barberis, y fue la que se llevó consigo a Roma.

Hizo hacer otra copia, algunas semanas después, a don Joaquín Berto, el cual dejó consignado en su cuaderno de recuerdos:

«Don Bosco me comunicó una profecía escrita, que comenzaba con estas precisas palabras: *Dios lo puede todo, lo conoce todo*, etc., recomendándome el más riguroso secreto y que no descubriese a nadie quién era el autor. Entre otras cosas se refería a la desolación que amenazaba a Italia, como me explicó a mí al preguntarle sobre el particular. El me hizo sacar una copia para enviarla a Roma a cierto prelado».

La *Civiltá Cattolica*, año XXIII, volumen VI, serie octava, año 1872, en las páginas 299 y 303, hace referencia a este vaticinio y trascribe algunos párrafos del texto del mismo, haciéndolos preceder de estas autorizadas palabras: «Nos complace recordar un recentísimo vaticinio, nunca impreso y desconocido para el público, que fue comunicado desde una ciudad del norte de Italia a un personaje de Roma el 12 de febrero de 1870.

»Ignoramos su procedencia. Pero podemos dar fe de que lo hemos tenido en nuestras manos, antes de que París fuese bombardeada por

los alemanes e incendiada por los comunistas. Y añadiremos que nos causó maravilla ver anunciada en él también la caída de Roma, cuando no se creía próxima ni probable».

[784] Se conservan varias copias de esta profecía. La más autorizada es un manuscrito de don Joaquín Berto. Lleva al principio la siguiente nota: *«Fue comunicada el 12 de febrero de 1870 al Padre Santo»*. Al margen se leen algunas notas autógrafas del mismo don Bosco y al final algunas *aclaraciones*, evidentemente escritas o dictadas con anterioridad a los hechos y revisadas nuevamente después por el Siervo de Dios. Dichas notas y aclaraciones explicaban y determinaban los acontecimientos predichos, los cuales, como veremos, se cumplieron en gran parte poco después, y parte de ellos, al menos hasta hoy, no se cumplirían. Estos, según don Bosco, parecía que habían de suceder hacia 1874 *«con tal de que* —son sus propias palabras— *no vengan nuevas iniquidades a oponerse al querer divino»*.

Es de notarse que, interrogado inmediatamente sobre el cumplimiento de dichos hechos, don Bosco contestó claramente que tal vez no se llegaran a realizar jamás, porque el Señor, en su misericordia, suele a veces indicar simplemente a los hombres el camino que podrían seguir en tal y en tal circunstancia para vencer ciertas dificultades y nada más; por tanto, cuando no se sigan las directrices trazadas, es evidente que no puede verificarse lo que ha sido indicado [1].

Entre tanto, don Bosco preparaba el siguiente *Estado o situación de la Pía Sociedad Salesiana* para presentar al Sumo Pontífice.

ESTADO RELIGIOSO - MATERIAL DE LA SOCIEDAD DE SAN FRANCISCO DE SALES A PRINCIPIOS DE 1870

Esta Sociedad, a principios de 1870, sostiene la administración de cuatro centros de educación para la juventud:

1.° S. Francisco de Sales, en Valdocco - Turín.

[785] 2.° Seminario Menor de S. Carlos, en Mirabello.

3.° Colegio - Internado de S. Felipe Neri, en Lanzo.

---

[1] El manuscrito mencionado contiene una segunda profecía (cuyo texto original también poseemos) con la fecha *«24 de mayo - 24 de junio de 1873»*, y además una carta profética con la fecha *«24 de mayo de 1873 - 24 de junio de 1873»* y algunos consejos que comunicó don Bosco en el 1878 al Papa León XIII, como *«Principio de las cosas más necesarias para la Iglesia»*.

Al final del presente volumen referimos la segunda profecía, para legítima satisfacción de los lectores, ya que ésta guarda relación con la primera, respecto al contenido.—*Véase Apéndice B.*

4.º Colegio - Internado de N.ª Señora del Pópolo, en la ciudad de Cherasco. Se añade la casa de salud en Trofarello.

Casa de San Francisco de Sales

Esta es la Casa principal, que comenzó así:

1841 - Se empieza la Catequesis con un grupo de muchachos pobres y abandonados el día de la *Inmaculada Concepción de María.*

1843 - El número de alumnos crece maravillosamente.

1844 - Con autorización de *S. E. monseñor Luis Fransoni,* también en el día de la *Inmaculada Concepción*, se bendice la primera capilla, dedicada exclusivamente a la instrucción religiosa de la juventud.

1846 - Comienzan las escuelas nocturnas y dominicales para los mayorcitos con buen resultado. Al final del mismo año se proporciona albergue a algunos muchachos más pobres y abandonados y así empieza el Asilo de Caridad.

1847 - Como crece sin medida el número de muchachos, con autorización del Superior Eclesiástico, el día consagrado a *María Inmaculada*, se bendice y se abre una iglesia, escuela y patio, con el nombre de Oratorio de San Luis, en Puerta Nueva.

1848 - Se abre otro Oratorio como el anterior, cerca del Po, con el título del Santo Angel Custodio.

1851 - Se empieza y se termina la construcción de una iglesia en honor de San Francisco de Sales.

1852 - Ya antes había concedido el Superior Eclesiástico varias facultades particulares. Este año, con decreto del 31 de marzo, aprueba la obra de los Oratorios, constituye director jefe al sacerdote *Juan Bosco*, concediéndole todas las facultades necesarias y oportunas para esta institución.

1853-1857 - Durante este quinquenio aumenta más allá de lo creíble el número de muchachos en los Oratorios y en los Internados.—Se organizan los cursos de bachillerato y varios muchachos se preparan para seguir la carrera eclesiástica.

1858 - El Arzobispo de Turín, después de haber aconsejado muchas veces la fundación de una Congregación, envía al sacerdote Bosco a Roma con su carta de recomendación, a fin de que pida a Pío IX, felizmente reinante, consejo y normas para una Congregación que pueda conservar el espíritu y la existencia de los Oratorios. El Padre Santo traza el plan de una congregación, cuyos socios sean verdaderos religiosos de cara a la Iglesia, y ciudadanos libres de cara a la sociedad civil.

1863 - Formuladas y puestas en práctica las constituciones de una sociedad religiosa, con las cartas comendaticias de muchos obispos son presentadas al Padre Santo, quien se digna transmitirlas a la **[786]** autorizada Congregación de Obispos y Regulares.—Ese mismo año se emprende la dirección del Oratorio de San José en la parroquia de San Pedro y San Pablo.

1864 - La siempre benemérita Congregación arriba mencionada, con decreto del 1.º de julio, expone que el Padre Santo, con especial bondad, alaba la Congregación Salesiana, nombra al sacerdote Bosco Superior de la misma mientras viva, si bien se establece que el sucesor deba durar solamente doce años en el cargo.

1868 - El Obispo de Casale aprueba la Sociedad de San Francisco como congregación diocesana, y concede al Superior de la misma muchas facultades espirituales.

1869 - Con las cartas comendaticias de 24 Obispos se presentan de nuevo las constituciones con algunas modificaciones a la Sagrada Congregación de Obispos y

Regulares. Con decreto del 1.º de marzo es definitivamente aprobada la Congregación, con la facultad limitada a otorgar las dimisorias a los ordenandos. Los alumnos internos en la Casa de Valdocco son en este momento casi ochocientos, más de la mitad de los cuales son instruidos y educados para la carrera eclesiástica. Los asistentes a los Oratorios durante los días festivos, son cerca de tres mil. La casa, el terreno, la iglesia con sus muebles y enseres, pertenecen a la Sociedad Salesiana, representada por la persona del Rector Mayor.

Seminario Menor de Mirabello

Es un Colegio-internado con los cursos elementales y de bachillerato. Su finalidad es la de educar muchachos para encaminarlos al estado eclesiástico. Se llama Seminario Menor Episcopal, porque la enseñanza, disciplina e instrucción religiosa dependen del Obispo de Casale, en cuya diócesis se encuentra.

Esta casa se abrió en 1863; tiene al presente cerca de doscientos alumnos y es propiedad de la Sociedad, lo mismo que la de Turín.

El Obispo de Casale, con decreto del 13 de enero de 1868, aprobó esta casa como Congregación Diocesana, y con otro decreto del 4 de abril del mismo año le concedió muchas facultades para la dirección y administración de la misma.

Ha sido establecida como casa de prueba para los que aspiran a entrar en la Congregación Salesiana.

Colegio-Internado de San Felipe Neri

Esta casa está situada en Lanzo, población de la diócesis de Turín. Se abrió en 1864 para atender las incesantes peticiones de muchachos, que no podían ser admitidos en las otras casas. Hay en ella estudios elementales y medios, lo mismo que en Mirabello. El número de alumnos internos es de ciento cincuenta, más otros tantos externos; en total trescientos.

[787] *Colegio de N.ª Señora del Pópolo*

Esta casa se abrió en la ciudad de Cherasco en octubre de 1869. Lleva aneja una pequeña parroquia con el mismo nombre. Hasta el presente no tiene capítulo, ni nada concertado. La administración y dirección son provisionales, mientras no se obtenga la autorización de la Santa Sede, de acuerdo con la súplica elevada al Padre Santo, a fines del pasado septiembre de 1869. La ciudad de Cherasco pertenece a la diócesis de Alba.

Todo ha sido aconsejado y dirigido por el Obispo de aquella diócesis, que puede decirse es más el padre, que el superior de todos.

Tiene por el momento sesenta muchachos internos y cuatrocientos externos.

Casa de Trofarello

La casa de Trofarello, diócesis de Turín, está especialmente destinada a ejercicios espirituales, que cada año hacen, regularmente durante las vacaciones, todos los miembros de la Sociedad. Sirve también para reposo de convalecientes y de salud delicada o bien para los que necesitan tranquilidad para dedicarse a estudios o trabajos serios.

Miembros de la Sociedad Salesiana

Los miembros que actualmente componen la Sociedad Salesiana son ciento veinticuatro, de los cuales sesenta son profesos. Admitidos a prueba, o en el noviciado, cuarenta y dos, y postulantes veintidós.

Situación económica

Esta Sociedad no tiene ninguna renta fija. Los internos en la casa de Valdocco viven de la beneficencia. En las otras casas se paga una pequeña pensión, aunque algunos son gratuitos o pagan la mitad del coste. La administración de las iglesias y la de las casas no está gravada por más deudas que las ocasionadas por las obras en construcción. Se puede calcular que en ellas los gastos están igualados con los créditos pendientes de cobro.

Situación moral

Gracias a la bondad del Señor, la situación moral de esta Congregación es satisfactoria, se observan las Reglas y el espíritu de piedad corresponde hasta ahora a lo esperado. Puede decirse, por término medio, que dos tercios de los estudiantes piden abrazar el estado eclesiástico.

Hay otras veinticinco peticiones para abrir nuevas casas. Pero no hay personal suficiente más que para las necesidades actuales.

Tal vez en el próximo octubre haya socios para abrir otra **[788]** casa en la ciudad de Alassio, diócesis de Albenga, donde parece existe bastante grave necesidad. Las autoridades civiles y eclesiásticas están en pleno acuerdo.

Obras especiales

De conformidad con el fin de la Congregación, los sacerdotes se prestan, por cuanto es posible, a predicar ejercicios espirituales, triduos, novenas, y a suplir a los párrocos en caso de necesidad.

Las *Lecturas Católicas*. Esta publicación bendecida por el Padre Santo prosperó mucho, está en su décimo octavo año y, por término medio, se reparten cada mes más de doce mil ejemplares de ciento ocho páginas cada uno.

La *Biblioteca de Clásicos Italianos*, expurgados para uso de la juventud, está en su segundo año y por el número de suscriptores cabe esperar buen resultado.

Se prestan servicios religiosos a tres casas de muchachas que están en peligro, salidas del correccional; a la llamada Taller de San José, que recoge jóvenes durante la semana para trabajar y los días festivos para cumplir con las prácticas religiosas; a la llamada de San Pío V, que es albergue y además lugar de reuniones festivas para las jóvenes más abandonadas de la ciudad.

Cualquier observación o consejo que la autorizada Congregación de Obispos y Regulares creyere oportuno darnos para mayor gloria de Dios, se recibiría como un tesoro por parte de todos los socios de la Congregación de San Francisco de Sales.

Miembros de la Congregación: ciento veinticuatro.

Alumnos internos en las cuatro casas de la Congregación: mil doscientos diez.

Muchachos externos que acuden a las escuelas o a los Oratorios festivos: alrededor de tres mil quinientos.

Total de muchachos confiados por la Divina Providencia a los Socios de la Congregación Salesiana: cuatro mil setecientos diez.

Le apremiaba también a don Bosco hacer saber a la Autoridad Eclesiástica Diocesana que sus clérigos, inscritos en el curso de Filosofía, estudiaban.

El curso anterior los examinadores habían tratado con mucha severidad a los del Oratorio y, naturalmente, éstos se quejaron; pero no quiso don Bosco que en los exámenes semestrales se retiraran de la nueva prueba. Verdad es que el texto adoptado en el Seminario y en otras diócesis era de una filosofía vaporosa, no exenta de algún **[789]** error, pero había que estudiarlo porque los profesores preguntarían sobre él.

Entonces don Bosco escribió al canónigo Vogliotti, Rector del Seminario y Provicario de la Archidiócesis.

Ilmo. y Rvmo. Señor Rector:

El día antes de que nuestro señor Arzobispo saliera para Roma, le pedí permiso para que algunos clérigos, pertenecientes a la Congregación de San Francisco de Sales, pudieran examinarse con los demás del Seminario.

También he advertido que el señor Vicario General no creyó oportuno concederlo en el pasado, sin permiso concreto del propio señor Obispo con alguna otra condición.

S. E. contestó benignamente que, si se hubiera tratado de dispensa de exámenes, habría sopesado más los motivos de la petición, pero que, tratándose solamente de admitir a exámenes, no veía ninguna dificultad, y que, por tanto, se presentaran en el tiempo establecido y se propusiera en adelante una norma para ellos.

Si, por consiguiente, no hubiera dificultad por parte de V. S. Ilma., el sábado mandaré los siete filósofos que este año han estudiado aquí en casa, bajo la dirección del teólogo Bracco, ayudado por otros de esta casa.

Tenga a bien aceptar los sentimientos de mi continua gratitud, con la que me cabe el honor de profesarme,

De V. S. Ilma. y Rvma.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[790]

CAPITULO LXII

POR QUE DON BOSCO CARECE SIEMPRE DE TODO – CAMINO DE FLORENCIA – ESCRIBE A DON MIGUEL RUA DESDE LA ESTACION – CONVENCE A UNOS COMPAÑEROS DE VIAJE, CASADOS SOLO CIVILMENTE, PARA QUE SE PRESENTEN AL ARZOBISPO DE BOLONIA – OTRA CARTA A DON MIGUEL RUA DESDE FLORENCIA – EN ROMA SE HOSPEDA CON MONSEÑOR MANACORDA – VISITA AL CARDENAL QUAGLIA Y AL ARZOBISPO DE TURIN – SE INFORMA DE LA SITUACION DE LA INFALIBILIDAD EN EL CONCILIO – TENDENCIAS DE LOS OBISPOS: LA MAYORIA SE INCLINA POR LA DEFINICION DOGMATICA: LA MINORIA ES DE PARECER CONTRARIO – LA CONGREGACION DE LOS POSTULADOS *RECOMIENDA AL PAPA QUE ACEPTE LAS SUPLICAS DE LA MAYORIA – DON BOSCO DEFENSOR DE LA INFALIBILIDAD PONTIFICIA – PERSUADE A MONSEÑOR GASTALDI A QUE SEA DEFENSOR DE LA OPORTUNIDAD DE PROCLAMAR LA INFALIBILIDAD PONTIFICIA COMO ARTICULO DE FE – CARTA DE DON BOSCO A DON MIGUEL RUA: LE PIDE DOS OBRAS DE MONSEÑOR GASTALDI:* LECTURAS CATOLICAS *PARA EL PAPA, Y MUSICA PARA DOS CARDENALES – OBISPOS PIAMONTESES QUE SOSTIENEN LA INOPORTUNIDAD DE LA PROCLAMACION DEL DOGMA – CONVERSACION DE DON BOSCO CON CIERTO MONSEÑOR SOBRE EL TEMA – DISPUTA CON EL CANONIGO AUDISIO – RECUERDO DE MONSEÑOR SCALABRINI – POR QUE VA EL PAPA A LAS FUNCIONES EN LA SILLA GESTATORIA*

FINALMENTE don Bosco se decidió a partir para llevar al Papa *La voz del cielo al Pastor de los pastores.* A última hora se encontró desprovisto de todo, y hubo que correr por la casa en busca de lo necesario.

[791] En efecto, cuando los bienhechores le regalaban sotanas, calcetines, pañuelos, camisas u otras prendas de ropa lo entregaba todo para la ropería común de la casa, y no quería nada para sí. Deseaba don Joaquín Berto guardarle en la habitación lo más necesario

para no tener que ir a buscarlo a la ropería común; pero don Bosco exclamaba:

—¡De ningún modo! ¿No sabéis que, si yo me guardo estas prendas, el Señor no me envía más? He podido comprobar que, si me desprendo enseguida de todo, la Providencia me provee de nuevo continuamente. Y así, hay para mí y para los demás.

El 20 de enero, pues, salió hacia la estación totalmente solo y desde allí escribió a lápiz una tarjeta a don Miguel Rúa.

Muy querido Rúa:

Envíame a Florencia una parte de los papeles del Dr. Lissone de Cherasco.
Y, además, los cuadernos de Historia Eclesiástica que ha terminado Berto.
Que Berto conserve el borrador de cuanto transcribe.
Rezad. Dios os bendiga a todos.

Afmo.
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Mientras corría el tren hacia Bolonia, subieron en cierta estación al compartimiento donde estaba don Bosco, dos jóvenes esposos, acompañados de un viejo y otras personas. En cuanto vieron al sacerdote, hicieron un gesto como si se hubieran topado con algo de mal agüero y anduvieron indecisos en si tomaban asiento allí o no. Pero se quedaron. Por la cara no parecían mala gente y enemiga de los curas.

Don Bosco les dijo enseguida:

—Siéntense, no se apuren por este encuentro. Ya veo que son dos recién casados. El cura no debe incomodarles con su presencia: representa al Sacramento que hace poco han recibido. También yo les deseo toda suerte de bendiciones. **[792]** Se han presentado hace poco a un sacerdote y de nuevo están en compañía de otro.

Los nuevos viajeros se miraron a la cara algo extrañados, mas no parecían contrariados por encontrarse con aquel compañero de viaje.

Don Bosco continuó:

—Estoy seguro de que habrán ido a la iglesia a celebrar su boda, ¿no es cierto?

Ninguno respondió, pero dijo uno al otro en voz baja:

—Responde tú; habla tú...

El viejecito tomó por fin la palabra:

—Pero, dígame: ¿de veras es necesario ir a la iglesia? ¿No basta ir al Alcalde?

—El Matrimonio es un Sacramento: ¿corresponde al Alcalde o a la Iglesia administrar los Sacramentos?

—Ya... no lo habíamos pensado... creíamos que bastaba la celebración civil.

—Ya saben que no basta.

—¿Y cómo hacemos ahora?

—Van al párroco y todo se arregla.

—Pero... no tenemos confianza con el párroco...

—Bueno; id a vuestro Obispo o al Vicario General y se arreglarán todas las dificultades.

Los esposos hablaban entre ellos, de si era necesario volver atrás sin más cuestiones y hacer lo que don Bosco les había indicado. Eran personas con las que se podía razonar. Y dijo el esposo a don Bosco:

—¿Y, si al llegar a Bolonia, nos presentáramos al Obispo?

—Muy bien; pero háganlo enseguida; en cuanto lleguen, vayan al Arzobispado y cumplan lo que allí les indiquen.

—Haremos como usted dice, exclamaron los esposos.

Y quedaron de acuerdo. El Venerable, con la dulce franqueza de sus palabras, siempre encontraba el modo de hacer el bien a cuantos se acercaban a él, aunque no fuera más que un instante.

[793] En Florencia se quedó varios días. Desde allí mandó otra tarjeta al Oratorio.

Carísimo Rúa:

Otro paquete. Vea don Joaquín Berto dónde puede colocar el folleto. He recibido los papeles enviados. Estoy a punto de partir. Te escribiré desde Roma. Recemos y esperemos. Dios nos bendiga a todos y creedme,

24 del 1870.

afmo.
JUAN BOSCO, *Pbro.*

La compañía italiana de los Ferrocarriles del Sur, le había concedido, para él y un acompañante, billete gratuito de primera clase por toda la red, valedero desde el 1 de enero hasta el 31 de diciembre de 1870. El billete iba firmado por el Director General *Bona.*

Don Bosco tomó de nuevo el tren. Llegó a Roma el 24 por la noche.

Se hospedó con monseñor Manacorda, que vivía en la calle Pedacchia a los pies del Capitolio, en casa de la señora Rosa Mercurelli, rosariera.

Usando las mismas palabras que don Bosco profirió en la reunión de los salesianos el 9 de marzo, las cartas que envió desde Roma a los del Oratorio y el testimonio jurado de personas competentes, diremos lo que hizo en Roma.

«Apenas llegué a Roma, contó él, lo primero que hice fue presentarme al cardenal Quaglia y rendirle cuentas de la Sociedad, como se hace cada tres años. Se expone en ellas el crecimiento o disminución de la Sociedad, las adquisiciones y pérdidas materiales, los trabajos, las casas nuevas abiertas, el estado moral de los socios y sus estudios.

»Dicho Cardenal quedó altamente sorprendido, al oír el aumento extraordinario y la buena marcha de la Sociedad, y exclamó:

»—Si esta Sociedad siguiera a este ritmo durante cincuenta años, sus miembros pasarían de dos mil.

»Yo entonces le contesté bromeando:

»—Sí, Eminencia, si dentro de cincuenta años le interesa este cálculo, yo le presentaré el número de socios.

[794] »—Para entonces, ni usted ni yo, contestó el Cardenal, estaremos para hacer estos cálculos.

»Alabó a continuación, con muestras de verdadera complacencia, la Sociedad y escribió una relación detallada, que presentó después al Padre Santo».

Hizo también la visita obligada al Arzobispo de Turín, que le recibió con toda cortesía, aunque no exenta de cierta frialdad. Y observó enseguida cómo marchaba el Concilio. Supo que los obispos belgas y cien más se habían adherido a la propuesta del Arzobispo de Malinas, de que la infalibilidad del Papa fuera definida dogma. La mayor parte de los Padres deseaba la definición.

Sin embargo, en el Concilio había dos corrientes, la de la mayoría y la de una minoría que se limitaba a combatir la oportunidad de la definición. Cincuenta obispos franceses la fomentaban; se oponían casi veinticinco, pero sus pueblos y el clero la deseaban con moral unanimidad y, con vivas instancias a favor, desaprobaban la postura de los reacios, causándoles no leves molestias.

Monseñor Dupanloup, que había extendido su sospechosa influencia hasta Oriente, desarrollaba una actividad increíble para impedir la definición y sostenía frecuente correspondencia epistolar con Döllinger; e informaba minuciosamente a los enemigos del Con-

cilio en París de cuanto sucedía en la ciudad eterna. Monseñor Darboy, primer jefe de la minoría, rogaba al emperador Napoleón que interviniera contra el Concilio, en favor de su partido.

Los obispos alemanes y austríacos, aunque pertenecían a la minoría, cumpliendo con su deber, escribieron cartas pastorales a su clero y a su pueblo para que apartándose de toda agitación, promovida por disidentes y herejes contra el Concilio, esperasen con toda confianza sus decretos, seguros de que el Espíritu Santo no abandonaría nunca a su Iglesia. Eran excepción monseñor Aynal, obispo de Kalocsa, **[795]** y monseñor Strossmayer, Obispo de Diakovar, que se adherían a los obispos franceses más resueltos de la minoría.

Entre tanto el cardenal Rauscher escribió una súplica al Padre Santo, contra la definición, y fue firmada por los obispos alemanes, austríacos y húngaros. Compusieron otra en el mismo sentido los franceses; una más los norteamericanos; presentaron la suya los orientales, y apareció la quinta de varios obispos del norte de Italia. Entre todos firmaban unos ciento treinta y seis y en las súplicas se señalaban las diversas dificultades y la inoportunidad de la definición según su punto de vista. El cardenal Schwarzenberg presentó las cinco peticiones acompañadas de una carta a la Congregación de los postulados, pero no al Papa.

Esta recibió las súplicas y, por unanimidad, salvo el propio Rauscher, resolvió, el 9 de febrero, recomendar a Pío IX la aceptación de las peticiones para la definición dogmática, firmadas por más de cuatrocientos Padres. Los monseñores Manning y Senestrey habían trabajado incansablemente para preparar la definición.

Don Bosco ardía en el mismo celo. Había decidido estar retirado lo más posible para evitar toda demostración de afecto y reverencia por parte de sus amigos; no aceptar invitaciones para visitas a comunidades o para predicar; excusarse, por cuanto podía, de ir a bendecir enfermos. Decía que todo esto era un verdadero obstáculo en aquellas circunstancias, en las que todos estaban ocupados en el Concilio. Sugeríale también aquella reserva el interés de la Iglesia Católica, pues quería dedicar su actividad al triunfo de un dogma querido por el Señor.

Apenas llegó a Roma se enteró por monseñor Manacorda de que el Sumo Pontífice había manifestado su disgusto porque monseñor Gastaldi se había declarado en favor de las opiniones de Dupanloup, especialmente respeto a la inoportunidad de la definición. El Obispo de Orleáns había expuesto al Obispo de Saluzzo, fácil a las fuertes impresiones, las dolorosas **[796]** consecuencias religiosas y políticas

que, según él, habrían surgido infaliblemente de tal definición. Por eso se decía en Roma que monseñor Gastaldi preparaba un documento para combatir la oportunidad.

Don Bosco, sin pérdida de tiempo, fue a visitarle para disuadirle de que diera aquel paso: razonó largo y tendido con él para que no pusiera obstáculos a los designios de Dios, le hizo notar que ciertos miedos le parecían exagerados, que no era el momento de retroceder y de callar, tratándose de una verdad fundamental, negada y vituperada por los impíos de todo el mundo, y que las consecuencias de la definición debían dejarse en manos de Dios.

Monseñor, que estaba lleno de celo y de honda piedad, que veneraba y amaba a don Bosco, quedó tan satisfecho y convencido con su razonamiento, que le dijo:

—Desde hoy me dispongo a tratar el tema bajo este aspecto y prepararé un documento en defensa de la infalibilidad del Papa y de la oportunidad de la definición dogmática.

—Prepare, añadió don Bosco, un verdadero discurso sobre el particular para leerlo en pleno Concilio. Yo le aseguro que hará algo muy grato al Papa y que le acarreará un gran honor ante toda la Iglesia.

Los confidentes advirtieron el súbito cambio de pensamiento de monseñor Gastaldi y fue para ellos como un trueno en día despejado. Nadie se había enterado de su conversación con don Bosco. El mismo monseñor Gastaldi fue de nuevo a buscar al Siervo de Dios y se repitieron los coloquios. Más aún; a petición suya, don Bosco le procuró obras teológicas que trataban profundamente la cuestión, y le señaló los puntos más importantes, para que los consultase. Así lo atestiguaron el canónigo Anfossi y don Juan Turchi.

No satisfecho con ello, don Bosco quiso que se conociera también **[797]** en Roma el buen espíritu de su antiguo amigo. Escribía a don Miguel Rúa.

Carísimo Rúa:

He recibido en Roma la carta que me enviaste a Florencia. Anima a Sala; yo le encomiendo al Señor.

Envía a monseñor Gastaldi cien ejemplares de su librito *El Cura de Ars* y cien del otro, titulado *Sobre la autoridad del Romano Pontífice*; envíaselos a él mismo, a la Casa Rectoral del Vaticano.

Habla con don Angel Savio y dime después si es mejor que lleve el poco dinero, que aquí tengo, para las necesidades de la casa; o bien, si hago un depósito pontificio que pueda servir para el sostenimiento del Asilo que esperamos abrir el próximo octubre.

Por hoy no puedo escribir más, pero lo haré, y por lo largo, cuanto antes.
Que Dios os bendiga. Orad. Hasta ahora, las cosas de la Casa van bien.
Deseo los libros para el Papa y la música para los cardenales Antonelli y Berardi.
Vale in domino et vale dic
Roma 27-1870.

Afmo. en Jesucristo
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P. D. Saludos muy afectuosos de Emiliano Manacorda.

Fue ésta la primera acción de don Bosco deseoso de cooperar, por cuanto de él dependía, en el glorioso acontecimiento. No tuvo la más mínima participación directa en las cuestiones del Concilio; sin embargo, a través de sus numerosas amistades con los Padres y Teólogos, influyó mucho contra las opiniones erróneas de algunos. Durante el tiempo que permaneció en Roma trabajó con ahínco para disponer los ánimos de algunos de la minoría en apoyo de la definición dogmática.

Atestigua monseñor Juan Anfossi: «Oí a monseñor Losana, obispo de Biella, que aquellos días don Bosco no descansaba para obtener este triunfo del Pontificado Romano». «Tuvo la satisfacción, manifestó don Miguel Rúa, de quitarles las dudas que tenían sobre tal cuestión y disuadirlos de la oposición que se preparaban a hacer. Citaré **[798]** entre otros, a monseñor Galletti, obispo de Alba, y a monseñor Gastaldi, obispo de Saluzzo, quienes se convirtieron desde entonces en encendidos defensores de la Infalibilidad Pontificia». También don Francisco Dalmazzo prestó testimonio jurado de ello, concluyendo: «Oí repetir estas cosas muchas veces al cardenal D'Avanzo, con quien me entretenía frecuentemente en Roma».

Resultaba difícil convencer a algunos obispos piamonteses que pertenecían al partido de la minoría.

Algunos, que miraban con malos ojos las obras de don Bosco, permanecieron tercos en sus ideas, y el Padre Santo, Pío IX, dijo aquel año al Venerable:

—Consolaos; vuestros enemigos también lo son míos. Esta es para mí una prueba más de que vuestra obra es obra de Dios.

Tampoco monseñor Sola, obispo de Niza, quiso renunciar a sus propias opiniones; y cuando se presentó el esquema de la infalibilidad, lo combatió abiertamente, produciendo penosa impresión en la

asamblea. Es más, despertó un alboroto al exclamar, como prueba de la autoridad de su afirmación:

—Yo soy teólogo doctorado en la célebre Universidad de Turín.

—¡Lo que va en su contra!, replicó el cardenal Capalti, indicando que la doctrina de aquella Universidad era sospechosa.

El Venerable estaba siempre allí donde podía decir una buena palabra sobre la gran cuestión del día. Hablaba con unos y con otros Prelados, y les demostraba, con las pruebas más sencillas y convincentes, que era indiscutible la esencia de la tesis y la oportunidad de su solemne definición. La cuestión de la oportunidad le parecía ridícula; puesto que, desde el momento en que el Papa había propuesto la definición y el Concilio la había aceptado, era ciertamente oportuna; pero que era precisamente al mismo Papa a quien competía decidir la oportunidad.

—En cuanto a la esencia de la cuestión, decía a cierto obispo, el cual por los estudios hechos tenía algún prejuicio sobre el particular, que el no creer en la infalibilidad, está en abierta contradicción con la **[799]** realidad de los hechos: sus párrocos y todos sus sacerdotes la enseñan desde el púlpito, en el Seminario y en las escuelas; todo el pueblo la cree como si ya estuviera definida y ni siquiera le cabe en la cabeza que se pueda dudar de ello.

Y añadía:

—El Señor ha dado la infalibilidad a su Iglesia; sólo queda por ver en quién reside. Cada obispo es ciertamente falible, por tanto no se ha de buscar este don en cada uno de ellos; y, si cada uno es falible, aunque se reúnan todos, no llegarán a ser infalibles, por el hecho de haberse reunido. ¿Qué es, pues, lo que les hace infalibles y les da lo que no tienen? ¡Su unión con el Papa!... *In nomine meo!* (En mi nombre). Por tanto, la fuente de la infalibilidad reside en el Papa. Ahora bien, se pueden amputar ciertos miembros de un cuerpo sin que por ello venga la muerte; pero no se puede quitar la cabeza; separada ésta, instantáneamente se pierde la vida.

—Se pueden hacer muchas objeciones, exclamó cierto día un Monseñor. Parece que algunos Papas se equivocaron.

—¡Errores de los historiadores!, replicó don Bosco.

Y refutó cada hecho en particular, indicando varios teólogos y prelados, dispuestos a esclarecer la cuestión.

Monseñor Audisio, canónigo de San Pedro en el Vaticano y Presidente de la Academia de Superga, era el jefe de un grupo que se oponía a la infalibilidad personal del Papa, o pretendía al menos limitarla. Cuando supo que alguno de los suyos y varios obispos, aun

extranjeros, convertían a don Bosco en jefe y casi todos se separaban de él con otras ideas, decididos a sostener no sólo la tesis de la infalibilidad, sino también la oportunidad de la definición dogmática, lo llevó a mal, y un día acudió a la calle Pedacchia.

Pero estaba don Bosco en audiencia con notables personajes y no pudo recibirlo por dos veces. Volvió una tercera, decidido a hablarle a toda costa. Después de mucho esperar, finalmente entró.

La entrevista duró más de dos horas. Monseñor Audisio, que apreciaba al **[800]** Venerable por sus conocimientos históricos, le temía como adversario, y entabló con él una verdadera polémica. Después de un rato entraron también al coloquio otros doctos personajes, llegados para tratar con don Bosco sobre la cuestión. Audisio le atacó directamente en su presencia, sobre la infalibilidad y sobre el Papa Honorio I; preguntóle si éste no erró en la cuestión del monotelismo; si las dos cartas que escribió al Patriarca Sergio de Constantinopla no eran dudosas al combatir la nueva herejía, al menos, como para no reconocer en él al Maestro de la verdad. Y preguntaba a don Bosco, si era verdad que en este caso su opinión le persuadiría a serle favorable.

Don Bosco había podido echarle en cara su escasa buena fe. Tenía sobre la mesa una obra impresa en Roma en 1865 titulada: *Historia religiosa y civil de los Papas por Guillermo Audisio, canónigo de San Pedro en el Vaticano y Profesor de Derecho Racional de las Gentes en la Universidad de la Sabiduría.*

En el 2.º volumen, páginas 292 y 494, defendía Audisio la conducta de Honorio contra las calumnias de los sectarios, demostrando que aquel Pontífice: *1.º No era culpable del silencio o de la suspensión del juicio; 2.º Que era integérrimo en la doctrina.* Y concluía diciendo que, al morir, Honorio «dejaba fama de pastor grande y perfecto, espléndido y munificentísimo en el culto y en los sagrados edificios; y su prudencia, tan calumniada contra los monotelitas, apagó por entonces el cisma de Grado y de Istria».

Por toda respuesta, había podido don Bosco presentar enseguida aquel libro al autor, mas no quiso ofenderle con tan brusca refutación. Se excusó de responder, aduciendo sus escasos conocimientos frente a la mucha erudición de tan gran maestro.

Audisio repitió la pregunta pidiendo una respuesta. Los presentes eran el padre Perrone, monseñor Galletti y algún otro obispo. Don Bosco repitió también que no le correspondía hablar ante tan doctos cultivadores de la historia. Entonces Audisio se puso a hablar directamente contra la infalibilidad personal **[801]** del Papa. Habla-

ba con elocuencia; manejaba la historia, trataba con tal dominio los puntos de controversia, el pro y el contra, haciéndose él mismo preguntas y respuestas, que era una maravilla oírle.

El Venerable le dejó hablar durante una hora sin interrumpirlo. Audisio se había inflamado con la cuestión y se veía que un espíritu partidista guiaba sus palabras.

Cuando terminó, don Bosco alabó su erudición, se excusó de no poder seguirlo en todos los puntos de su disertación, repitió que no había hecho estudios profundos sobre ello y añadió:

—Puesto que se trata de una cuestión de tanta importancia, no quiero limitarme a razones y pruebas mías. Tengo conmigo una autoridad, a la que ciertamente usted no podrá contradecir. Es la obra de un autor docto, piadoso, concienzudo y, si quiere, leeré una página suya que aclara la cuestión. Yo estoy plenamente de acuerdo con este eximio escritor, que ha escrito perfectamente y no le es desconocido a usted.

—¿Qué dice? ¿De qué autor entiende hablar? Yo no comparto opiniones contrarias a las mías.

—Cuando usted sepa de quién se trata, tendrá que condescender y calmarse.

—No puede ser. Pero veamos quién es ese autor y cuáles son sus pruebas.

Y don Bosco, con graciosa lentitud, tomó un libro y, teniendo tapada la portada, dijo:

—Aquí, en pocas palabras se dan razones muy sólidas para sostener la infalibilidad del Pontífice y el autor es de tal autoridad, que no se puede desear más.

Y comenzó a leer.

Quizá leyó el Venerable este paso que se refiere a san León el Grande.

«Nada sabemos de su vida privada, pero él mismo se ha pintado en sus sermones y en sus cartas. La humildad del hombre, la altura de miras con que rige el rebaño y los pastores de la grey de Dios, con la autoridad vicaria de Jesucristo: he aquí la idea de su mente y la forma de su gobierno. En consecuencia, la constitución divina **[802]** de la Iglesia por la que los fieles se adhieren a los sacerdotes, éstos a los obispos y éstos a Pedro, que *vive y gobierna* en sus sucesores, y Pedro a Cristo: Cristo, que elegía entre todos a Pedro, rogaba por él para que no fallara jamás en su fe *(ut non deficiat fides tua)* y le constituía confirmador, esto es, definidor de la misma fe para los apóstoles, sus hermanos *(confirma fratres tuos)* a fin de que, por encima de los obispos puestos por el Espíritu Santo para regir las diversas partes de la Iglesia, Pedro rigiese desde lo alto todo el cuerpo, o sea los pueblos y los pastores, y, a través suyo, se comunicase al edificio universal de la Iglesia la solidez del fundamento que es Pe-

dro, o sea la piedra invencible por el infierno *(portae inferi non praevalebunt)*. Este es el argumento que León describe con nítida elocuencia en los aniversarios de su consagración, reclamando para sí la obligación de la vigilancia y para sus oyentes el deber de la obediencia, cual se rinde a Pedro y a Cristo en sus sucesores.

»Por tanto (arguye él) la institución divina subsiste, y san Pedro, con la solidez de la piedra, no ha abandonado el timón de la Iglesia». Y luego: «Y por tanto, si mandamos o hacemos algún bien o lo logramos de Dios con nuestras oraciones, ello es en razón y virtud de aquél, en cuya sede vive la potestad y resplandece la autoridad *(cujus in sede sua vivit potestas et excellit auctoritas)*. Y Pedro conseguía tanta dignidad por aquella confesión que, inspirada por Dios, se alzaba sobre la incertidumbre de las humanas opiniones y adquiría la solidez de la piedra invencible. Todos los días repite Pedro en la Iglesia universal estas palabras: *Tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo;* y toda lengua que confiesa al Señor obedece a esta voz. Esta es la fe que triunfa del demonio y rompe toda cadena: ella vence al mundo, abre el cielo, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella».

«Y dirigiendo su discurso a los oyentes. "De este modo, amadísimos, se celebra con razonable homenaje la solemnidad de hoy, viéndoos a vosotros y honrando en mi humilde persona a aquel en quien persevera la *solicitud de todos los Pastores* y el cuidado de toda la grey, y cuya dignidad no es menor en su indigno sucesor: *cujus etiam dignitas in indigno haerede non deficit* (serm. II y III)". Conforme con estos pensamientos fue todo el gobierno de san León, en sus inmensas relaciones con obispos, concilios y emperadores».

Monseñor Audisio estuvo oyendo atentamente al principio, pero, de pronto, intentó arrancar el libro de las manos de don Bosco. Advirtió que había caído en una graciosa trampa. Don Bosco siguió diciendo:

—Observe la página tal, el capítulo cual... y vea si he leído bien.

Y le presentó la *Historia civil y religiosa de los Papas*, escrita por el mismo monseñor Audisio.

—Basta, basta, exclamó riendo Monseñor: basta... basta... dejémoslo ya.

[803] —¿Por qué? ¿Acaso no es un autor apreciadísimo y autorizado?

—Me la ha hecho buena. Usted emplea argumentos irrebatibles. Mas le advierto que ya no comparto algunas ideas aquí propugnadas; en cuanto a la infalibilidad, ahora pienso de otro modo.

—No importa, añadió don Bosco; pero aquí las razones están bien expuestas.

—Pero, ¿cómo es posible, continuó monseñor Audisio, que don Bosco, en medio de tantos asuntos, haya visto también estas páginas mías?

—Siempre tengo entre manos sus libros y los uso como libros de texto... Pero, como ve, usted manifiesta en sus escritos unos sentimientos muy distintos de los que ahora expresa.

—Una cosa es, replicó Audisio, escribir para el público y otra son las opiniones privadas...

Y así terminaba la disputa; mas no sin cierto enojo mal encubierto por su parte, y viva satisfacción por parte de los demás.

Por aquellos mismos días se acercó también a don Bosco monseñor Scalabrini. Este afirmó que se presentó al Venerable para que leyera un escrito suyo sobre la infalibilidad del Sumo Pontífice; y que don Bosco, después de haberlo leído, lo aprobó, y aconsejó a Monseñor que lo imprimiera; se acordó de él cuando se trató del nombramiento de nuevos obispos y lo propuso para la sede de Piacenza.

Aquella concurrencia a la calle Pedacchia acabó en la fiesta de la Purificación de María. Todos los Padres del Concilio fueron a la Basílica Vaticana para asistir a la bendición de las candelas y la Misa Pontifical. Don Bosco también asistió.

Y he aquí que apareció el Papa en la silla gestatoria. Mientras el Siervo de Dios contemplaba absorto el espectáculo, oyó a un protestante inglés, que estaba a su lado, rezongar indignado:

—¡Qué vergüenza! ¡He aquí una prueba más de que los católicos prestan adoración al Papa! ¡Esto es una verdadera idolatría!

[804] Volvióse el Venerable donosamente y le respondió con toda sencillez:

—Usted perdone: si no llevaran así al Papa, ni usted ni yo podríamos verlo en medio de tanta gente...

La graciosa ocurrencia del Venerable calmó al inglés, que reflexionó y acabó diciendo:

—Es verdad... y también ésta es una razón.

[805]

CAPITULO LXIII

DON BOSCO NO PIERDE DE VISTA A LOS ALUMNOS DE SUS CASAS – ESCRIBE A DON MIGUEL RUA LO QUE HAY DE BUENO O DE MALO EN EL ORATORIO: CUENTA QUE HA ASISTIDO EN SUS ULTIMOS INSTANTES AL GRAN DUQUE DE TOSCANA; PROHIBE TODA SUERTE DE FESTEJOS A SU VUELTA A TURIN; HA RECIBIDO LOS LIBROS PARA EL PADRE SANTO; DA ALGUNAS DISPOSICIONES PARA LA FIESTA DE SAN FRANCISCO; ADJUNTA UNA NOTA CON LOS NOMBRES DE CIERTOS JOVENES PELIGROSOS – TARJETA DE VISITA DEL PARROCO DE LOS DOCE APOSTOLES EN ROMA – PRIMERA AUDIENCIA CONCEDIDA POR EL PAPA A DON BOSCO: PRESENTACION DEL TESORO DE SAN PEDRO; OFRENDA DE LA COLECCION DE LECTURAS CATOLICAS *Y DE LOS PRIMEROS VOLUMENES DE LA* BIBLIOTECA PARA LA JUVENTUD*; DICE EL PAPA QUE LOS QUE SE OPONEN A DON BOSCO SON LOS MISMOS QUE AHORA SE OPONEN A EL, Y PROPONE AL SIERVO DE DIOS QUE EMPIECE UN LIBRO DE HISTORIA ECLESIASTICA – LAPIDA EN LA IGLESIA DE MORNESE, QUE RECUERDA ESTA AUDIENCIA – CARTA DE DON BOSCO A DON MIGUEL RUA: AUDIENCIA CON EL PADRE SANTO; NOTICIAS CONSOLADORAS: FAVORES OBTENIDOS; PREPARA DINERO PARA LA ADQUISICION DE UNA CASA EN ROMA – SEGUNDA AUDIENCIA: DICE EL PAPA A DON BOSCO QUE EN EL CONCILIO SE HA HABLADO DE LA PIA SOCIEDAD SALESIANA; OTROS FAVORES CONCEDIDOS: CONSEJOS PARA LOS ALUMNOS; PIO IX OFRECE A DON BOSCO LA IGLESIA DE SAN JUAN DE LA PIGNA – CARTA DE DON BOSCO A DON JUAN BONETTI: AUDIENCIA AFECTUOSA DE PIO IX Y FAVORES ESPIRITUALES CONCEDIDOS; PENA POR LA MUERTE DEL PADRE DE DON FRANCISCO PROVERA; QUE MANTENGAN LA ALEGRIA DE LOS ALUMNOS; LE INVITA PARA IR A TURIN; LA CONDESA CALLORI ESTA ENFERMA EN ROMA – CARTA A DON JUAN FRANCESIA – DON BOSCO SIGUE INTERESANDOSE* **[806]** *POR LOS ASUNTOS DEL CONCILIO PARA SERVIR AL PAPA – VISITA LA IGLESIA Y*

LOS EDIFICIOS DE SAN JUAN DE LA PIGNA – TERCERA AUDIENCIA: DON BOSCO ACEPTA LA IGLESIA OFRECIDA POR EL PAPA; EL PAPA HONORIO I: DON BOSCO EXPONE AL PAPA LA PARTE DE LA MISION QUE A EL SE REFIERE; EL PAPA INVITA A DON BOSCO A ESTABLECERSE EN ROMA – DON BOSCO ESCRIBE A DON MIGUEL RUA SOBRE LA BUENA ACOGIDA DEL PADRE SANTO: RUEGA POR EL DESCANSO DE UNA BIENHECHORA DIFUNTA; DA NUEVAS ORDENES PARA LA FIESTA DE SAN FRANCISCO – DISCORDIAS ENTRE LOS HIJOS DE LA IGLESIA – LAS POTENCIAS EUROPEAS SE ABSTIENEN PROVIDENCIALMENTE DE TURBAR EL CONCILIO

MIENTRAS don Bosco estudiaba la manera de cooperar eficazmente al bien de la Iglesia universal, no perdía de vista a sus alumnos. Hasta de lejos veía su comportamiento; y, a veces, comunicaba ciertos avisos al Superior de una Casa, si descubría algún inconveniente. Prueba de ello es la carta por él escrita en los primeros días de febrero. Una parte de la misma iba dirigida a los alumnos del Oratorio, y don Miguel Rúa la leyó una noche a toda la comunidad, omitiendo una apostilla:

Carísimo Rúa:

Aunque aquí en Roma ando ocupado totalmente con nuestras cosas y las de nuestros jóvenes, con todo mi pensamiento vuela siempre allá donde está mi tesoro en Jesucristo, a mis queridos hijos del Oratorio. Voy a visitarles muchas veces al día.

Veo a don Juan Cagliero cercado de una muchedumbre de jovencitos que se confiesan; a unos que reciben la santa comunión; a otros que rezan con fervor; a éstos que piensan en don Bosco y a aquéllos que juegan con los compañeros. Veo también a muchos que, durante el día, van a visitar al Santísimo Sacramento, y esto constituye mi mayor alegría.

Mas, con gran amargura en mi alma, he visto cosas que causarían horror a todos, si las pudiera confiar al papel. Diré solamente que, entre los muchos buenos que vi, había algunos que parecían cerdos, y llevaban escrito en la frente: *Quorum Deus venter est* (Aquéllos, cuyo Dios es el vientre). Otros tenían esta inscripción: *Jumentis insipientibus comparatus est* (Fue comparado a jumentos insensatos). Y cada uno se comportaba de acuerdo con estas inscripciones.

Pero, lo que más me ha admirado fue el ver a muchos que llevaban como injertada en la lengua una rosa fragante, o bien una **[807]** cándida azucena, y éstos eran muchísimos. Pero ¡ay de mí! en medio de aquella consoladoras visiones cierto día observé, no solamente a uno, sino a muchos entre estudiantes y aprendices, que te-

nían en la boca una monstruosa serpiente, que despedía baba inmunda y veneno mortal. Entonces comencé a gritar contra ellos, pero huyeron sin quererme escuchar. ¿Los nombraré? Me limito a dar algunos nombres a don Miguel Rúa para ver si es suficiente un aviso. Estos llevaban escrito en la frente: *Corrumpunt bonos mores colloquia prava* (Las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres).

Pero dejemos cosas tristes y pasemos a otro asunto. El viernes último me llamaron para asistir a Leopoldo II, el Gran Duque de Toscana. Estaba en sus últimos momentos, mas aún me conoció. Dijo muchas cosas. Entre otras: *Perdono de corazón a mis enemigos e invoco en su favor la misericordia del Señor.* Le asistí desde las diez hasta las doce y media, cuando en presencia de su esposa, del Duque de Parma, del Rey de Nápoles y muchos otros personajes, que rezaban y lloraban, expiró. Tenía setenta y tres años. Ni los honores, ni las personas, ni las grandezas pudieron alargar su vida un solo momento. No se llevó consigo más que el bien o el mal que ha obrado en su vida, como dice san Pablo.

Mis queridos jóvenes, recordemos que, en punto de muerte, sólo recogeremos lo que hayamos sembrado en esta vida.

Pasemos a otra cosa.

¿Cuándo estaré con vosotros? Si Dios quiere, saldré de aquí el 21 del corriente por la noche, para estar con vosotros la noche del 25 y ser todo vuestro. Os recomiendo, sin embargo, que no intentéis hacerme ningún festejo. La fiesta más grande para mí es el veros a todos gozando de buena salud y con buena conducta. Yo procuraré que estéis alegres. Al domingo siguiente de mi llegada, espero que celebraremos una gran fiesta en honor de san Francisco de Sales. Hacedme aquel día la fiesta más grata que yo pueda desear, a saber, una santa comunión. Cuando hacéis fiestas de esta índole, lo demás no vale nada. Dios os bendiga a todos y os conceda vivir largos años de vida feliz con el precioso don de la perseverancia en el bien.

Afmo. en Jesucristo
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P. D. He recibido en buen estado los libros para el Padre Santo. Espero poder entregárselos muy pronto. Habla con don Celestino Durando y haced como mejor os parezca. Entrégale la carta adjunta. Ve, de mi parte, a rogar al señor marqués de Margone que acepte ser mayordomo de nuestra fiesta y me avisas enseguida.

M..., M..., B..., P..., N..., y algunos otros, están en el número de los que tienen *venenum aspidis super linguas eorum* (veneno de serpiente en sus lenguas).

He recibido también el cuaderno de Berto con el Catálogo de los socios. Está muy bien. Hay muchas cosas en curso bastante bien encaminadas. Seguid rezando. *Vale et valedic.*

¿Quién sabe si el lunes podré recibir parte de las cartas?

[808] Hay una tarjeta de visita, fechada el 23 de mayo de 1875, que nos confirma un período de esta carta:

El P. Antonio Bonelli, párroco de los Santos Doce Apóstoles, y Procurador General de los Menores Conventuales, saluda a don Bosco, a quien conoció con motivo de la muerte del Gran Duque de Toscana, Leopoldo II, cuando don Bosco fue a asistirle.

El Gran Duque murió después de la media noche del 28 al 29 de enero.

Don Bosco aún no había visto al Papa; de las dos primeras audiencias tenidas muy pronto, hizo después esta narración a los hermanos en una conferencia:

«Era algo muy difícil en aquel momento obtener una audiencia del Padre Santo, puesto que más de dos tercios de los Obispos aún no lo habían logrado. Pero el Padre Santo había leído, no ciertamente sin incomodidad, mi relación sobre la situación de nuestra Pía Sociedad y había experimentado gran placer con ello. Yo, entre tanto, sin pedir que me presentaran a él, estaba esperando, cuando el mismo Padre Santo me envió recado de que quería verme el día 8 de febrero. Mi audiencia estaba fijada para las nueve y media de la mañana, pero no entré hasta quince minutos más tarde.

»Lo primero entregué al Pontífice un billete de mil liras para el Obolo de San Pedro. El Papa lo aceptó, y dijo:

»—¡Es maravilloso! Vos, que siempre tenéis la bolsa vacía, me traéis dinero a mí que también tengo el cofre vacío. Os llamáis Juan y yo también me llamo Juan: estaría bien que los dos nos llamáramos *Francisco*, porque seríamos verdaderamente dos Franciscanos.

»Llevaba también conmigo una colección de las *Lecturas Católicas* y un ejemplar de los pocos volúmenes ya aparecidos de la *Biblioteca para la juventud italiana.* Se los presenté diciendo:

»—Padre Santo, he aquí los esfuerzos que hacen vuestros hijos de la Sociedad de San Francisco de Sales.

»—¿Qué libros son éstos?, preguntó el Padre Santo.

»—Son, respondí yo, las *Lecturas Católicas*, que se **[809]** publican desde hace diecisiete años y tienen por finalidad la difusión de libros buenos y el exterminio de los malos.

»—Alabado sea el Señor, exclamó el Santo Padre, que os ha inspirado una obra tan santa.

»Miró después los libros, cuya magnífica encuadernación aumentaba su maravilla. Tomó entre manos unos volúmenes de las *Lecturas Católicas*, leyó con gran satisfacción algunos párrafos, y parecía que no se cansaba de mirarlos. Tomó después algunos números de la *Biblioteca* y mirando sus páginas, limpias de ciertas inmoralidades, exclamó la mar de contento.

»—¡Bravo! Así se ve que vuestra Congregación no lo es sólo de nombre, sino también de hecho.

»Hojeó el ejemplar de la Divina Comedia y, alabando al comentador, quiso saber quién era. Le dije que era el sacerdote, que tres

años antes había venido conmigo a Roma, don Juan Francesia, y él lo comprobó leyendo su nombre en el mismo libro. Y, volviéndose a mí, añadió:

»—Ya sé que el año pasado tuvisteis enemigos y opositores; Vos los habéis superado, os admiro y os alabo, puesto que los que eran vuestros enemigos el año pasado, este año son rebeldes a la voz del Pontífice. De esto deduzco que vuestra obra es santa y la de ellos diabólica.

»Interrumpió después la conversación sobre la Sociedad, y habló de algo que no es menester decir. Me repitió algunas de las principales objeciones que ciertos escritores pueden sacar de la Historia Eclesiástica en torno a la infalibilidad del Papa; me preguntó y yo respondí lo mejor que pude. Pasó de una objeción a otra, y, después de oír la breve respuesta, sin añadir nada más, me dijo:

»—¿Vos tenéis mucho que hacer, no es cierto?

»—Gracias a Dios, no me falta trabajo, respondí.

»—¿No sería posible, añadió él, comenzar un libro de Historia Eclesiástica, desarrollando el espíritu que habéis manifestado al responder a estas objeciones que constituyen el nervio de la Historia? Observad, no obstante, que esto no es un mandato, que yo no puedo ni quiero imponeros. **[810]** Pero, si un consejo mío puede valer algo, os lo recomiendo con toda el alma.

»—Si Vuestra Santidad lo desea, respondí, procuraré con ayuda de mis socios, arreglar y modificar algunas cosas que llevamos entre manos, antes de que pasen a la imprenta, y procuraremos, en lo posible, realizar Vuestro consejo.

»Habló, a continuación, de la Sociedad Salesiana. Pero como le quedaran todavía muchas cosas por decir, me invitó para otra audiencia aquella misma tarde. Me arrodillé, pedí la bendición, la recibí y salí. El quiso que siguieran sobre su mesa los números de las *Lecturas Católicas* y de la *Biblioteca*, y durante todo el día mostró a quienes recibía en audiencia aquellos libros, leía algún trozo de los mismos, alababa su finalidad, promovía su lectura y ensalzaba siempre a los iniciadores de tan hermosa obra.

»Cuando quiso retirarlos, llamó a su familiar y le dijo:

»—Tomemos estos libros y coloquémoslos en esta estantería, bien ordenados.

»Comenzó el paje a echar mano de ellos, pero como eran muchos, tomó el mismo Sumo Pontífice una buena parte y, colocándolos en el faldón de la sotana, subió, con la consiguiente incomodidad, por una escalera de mano y dijo al familiar, que insistía para

que dejase aquel trabajo (ya que nunca había visto al Papa tomar parte en obra tal):

»—¡En mi casa mando yo!

»Y los fue colocando, uno a uno, en la estantería, con la mayor diligencia.

»Bajó a tierra, los miró, los volvió a mirar y subió de nuevo para ponerlos mejor, de modo que quedaran bien alineados, pues era muy grande la satisfacción que experimentaba. Todo esto lo supe por el mismo paje».

Aquella misma tarde volvía don Bosco al Vaticano. Y nos narró de este modo la segunda audiencia:

«Pío IX me habló mucho de nuestra Sociedad. Me dijo que en el Concilio un Obispo había recalcado la necesidad que existe en estos tiempos de una Sociedad religiosa, cuyos miembros estuvieran ligados de cara a la Iglesia y que fueran **[811]** ciudadanos libres en lo civil. Todos lo aprobaron y aplaudieron. Que otro Obispo, el de Parma, se levantó a hablar y añadió:

»—Celebro poderos comunicar que esta Sociedad ya existe, y muy floreciente, y es la de los Salesianos.

»Hubo entonces muchos aplausos; y enseguida se encargó al Obispo de Mondoví que diera un informe exacto de la cuestión.

»Yo le pedí algunos favores espirituales para vosotros, para todos los alumnos y para los insignes bienhechores de nuestras Casas. Me los concedió con el mayor agrado. En consecuencia, los muchachos, y también los bienhechores de la Casa ganarán indulgencia plenaria cada vez que reciban la sagrada comunión, y los sacerdotes siempre que celebren la santa misa. Concedió, además, al Superior de la Sociedad la facultad de autorizar a sus súbditos para leer libros prohibidos, dar la bendición papal a los enfermos y bendecir rosarios y medallas. Desde ahora autorizo a todos los sacerdotes para dar la bendición papal a los enfermos y bendecir rosarios y medallas; pero el permiso para leer libros prohibidos, me lo reservo para cuando llegare el caso y fuere necesario.

»Le pedí algún recuerdo para todos mis muchachos, y me dijo:

»—Procuren poner en práctica todo lo que dicen sus Obispos en las cartas pastorales.

»—Pero, insistí, un recuerdo especial que yo pueda dar en nombre de Su Santidad...

»—Decid a vuestros hijos, añadió, que procuren perseverar en el camino que empezaron, y estén seguros de que ésa es la voluntad del Señor.

»—Gracias, Padre Santo, le dije; estoy satisfecho de que cuando Su Santidad nos dice que perseveremos, es que no tiene nada que reprocharnos. Nos esforzaremos para perseverar y procuraremos trabajar siempre a la mayor gloria de Dios.

»—Si vos queréis que vuestra Congregación marche **[812]** bien y florezca cada día más, id despacio para aceptar nuevos miembros y conceded fácilmente la salida; así serán menos, pero tendrán buena voluntad, lo cual es mejor que no muchos descontentos.

»Cortando la conversación dijo de repente:

»—¡Cierto, ha fracasado la casa que pretendíamos el año pasado para Roma! Pero este año quiero que fundéis una y pensaré yo mismo en que la tengáis. ¿Habéis visto la iglesia de San Juan de la Pigna?

»—No, Santidad, repuse.

»—Pues bien, id a verla y venid a decirme si os gusta...».

Ya de vuelta de la audiencia, pasó el Venerable una buena parte de la noche escribiendo cartas. Como había obtenido una indulgencia para toda la población de Mornese, comunicó la agradable noticia a don Domingo Pestarino: y se conserva una lápida en la Iglesia parroquial del pueblo, testimonio de tan gran favor, en la que se lee:

D.O.M. [1].— *Se colocó – esta lápida como recuerdo – de cuando – el inmortal Pontífice – Pío Nono – concedió – a petición – del insigne sacerdote turinés – don Juan Bosco – según breve 8 febrero 1870 – a los feligreses de Mornese – vivientes – indulgencia plenaria diaria – al recibir la comunión – El Clero y el Pueblo – unánimemente reconocidos – a expensas de todos.*

Don Bosco escribía también a Turín:

Muy querido Rúa:

Hasta ahora no he recibido la música; si no te das prisa, ya no podré presentarla. Envíame, a la mayor brevedad, el nombre de pila del comendador Dupraz.

Hoy he estado con Su Santidad. Imposible hacerme mejor recibimiento. No puedo escribirlo todo; pero comunica a los miembros de nuestra Congregación que tenemos grandes motivos para alegrarnos en el Señor. Seguid rezando; a mi vuelta os lo contaré todo.

Empieza, mientras tanto, a comunicar a todos los alumnos de la Casa que **[813]** en lo sucesivo, cada vez que reciban la santa comunión pueden ganar indulgencia plenaria.

Tú tendrás facultad para leer y guardar cualquier libro prohibido, bendecir rosarios y crucifijos y dar la bendición papal a los enfermos.

[1] D.O.M.— *Deo Optimo Máximo.* (N. del T.)

Con el dinero que aquí tengo, hago un depósito de cien liras mensuales para la futura Casa de Roma. El remanente me lo llevo a casa conmigo.

Mi querido Rúa, ánimo, cuida tu salud; en la fecha fijada estaré contigo para repartirnos el trabajo.

Monseñor Manacorda envía afectuosos saludos para ti y para todos nuestros muchachos.

Dios os bendiga y os conceda a todos el don de la perseverancia en el bien. Rogad por mí, que soy siempre vuestro

Roma, 8 de febrero de 1870.

Afmo. en Jesucristo
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P. D. Saludos especiales para mi amigo Goffi, a quien recomiendo el buen orden de la casa. Vete a decir a la señora Giusiana y su hermana, a la señora Gilardi y familia, a la señorita Bonvicino y a la familia Fassati, que he pedido para ellos una bendición especial del Padre Santo.

Escribía también al Director del Seminario Menor de Mirabello:

Carísimo Bonetti:

Acabo de llegar en este momento de la audiencia con el Padre Santo, el cual me recibió con una benevolencia tal que no puedo describir. Habló mucho de nuestras cosas y de Mirabello. Sois los primeros, mis queridos *mirabelleses,* en recibir la bendición apostólica especial. Aunque tengo muchas cosas que deciros, cosas importantísimas, empezaré por ésta.

Con fecha de hoy, Su Santidad el Papa concede indulgencia plenaria a todos los alumnos, superiores y bienhechores del colegio de San Carlos, comprendida toda la familia Provera, indulgencia plenaria cada vez que reciban la santa comunión, durante toda la vida. Adviértase únicamente que es una renovación de lo que ya concedió en 1867 *a los actuales alumnos y bienhechores.* Lo demás lo contaré cuando vaya ahí para celebrar una gran fiesta. Y esto será a primeros de Cuaresma, según espero.

He recibido con mucha pena la noticia de la muerte de nuestro queridísimo señor Provera, padre. Dios ha querido arrebatárnoslo antes de lo que hubiéramos pensado. Hágase su santa voluntad. Procura consolar a la familia, visita a la madre, y dile que ruego por ella y por el difunto.

Te recomiendo que mantengas la alegría entre tus muchachos y, si quieres que vitoreen a don Bosco, procura darles ocasión con algo especial en la comida. Pero adviérteles que quiero que estén todos sanos, robustos, **[814]** alegres, y que se cierre la enfermería y se abran de par en par las puertas del comedor.

Desearía que para la fiesta de san Francisco de Sales vinieras con don Francisco Cerruti, y así podremos hablar de nuestras cosas.

La condesa Callori está enferma desde ayer; creo que no es nada importante: rogad también por ella.

Dios os bendiga a todos; rogad por mí que, con afecto paterno, soy vuestro

Roma, 9 de febrero de 1870.

Afmo. en Jesucristo
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P. D. Si no se presenta ningún grave inconveniente, saldré de Roma el día 21 por la tarde. Da saludos especiales a mi amigo Julio.

El buen Padre enviaba una tercera carta al Director del Colegio de Cherasco

Muy querido Francesia:

Ayer tuve una audiencia con el Papa, en la que tú hiciste un gran papel. Fue una recepción muy afectuosa. Agradeció con manifiesta satisfacción la ofrenda de la colección de las *Lecturas Católicas* y de la *Biblioteca.*

Leyó algún párrafo de Dante y recordó al *buen padre Francesia*, palabras textuales, autor de las notas y de quien ya había oído hablar favorablemente. Habló bastante de la casa de Mirabello, de la Parroquia de Cherasco y de sus alumnos internos y externos. Me encargó os participara que os quiere mucho, os bendice y concede indulgencia plenaria a todos los alumnos, internos y externos, del Colegio, Parroquia o escuelas de Cherasco, cada vez que comulguen, de por vida.

Me regaló después una estupenda medalla de oro, que espero mostrarte a ti y a tus muchachos en la segunda semana de cuaresma, cuando *Deo dante* (si Dios quiere) iré a visitaros según espero. Además, para ti: 1.º facultad para leer y guardar cualquier libro prohibido; 2.º bendecir medallas y crucifijos; 3.º dar la bendición papal con indulgencia plenaria a los enfermos.

Hay, además, otras muchas e importantes cosas para bien de nuestra Congregación, que no juzgo conveniente confiar al papel.

Irás a Turín para la fiesta de san Francisco de Sales, con los sacerdotes que puedan estar ausentes del colegio, y entonces podremos hablar.

Di a don Francisco Provera que he rezado mucho y he hecho rezar por su querido padre difunto; y, si por un lado, he sentido gran pena con su pérdida, me consuela, por otro, el pensamiento de que ya está en la gloria celestial, desde donde nos protege y nos atiende. Es como el humo el **[815]** tiempo que debe pasar antes de que vayamos a unirnos con él, como espero, en la patria de los santos.

Deseo que tus muchachos se alegren con estas noticias, y para que puedan gritar de corazón *¡Viva don Bosco!* procura añadir algo a la comida, que ponga la lengua en movimiento.

Monseñor Manacorda, el conde Calderari, la familia Vitelleschi, la madre Galeffi, Villarios, Rosa Mercurelli y muchos otros te saludan. Partiré el 21 del corriente.

Dios os bendiga a todos y os conceda salud y muchos años de vida feliz, con el precioso don de la perseverancia en el bien. Saluda muy particularmente a los de la Sociedad, y diles que sigan haciendo oraciones especiales para poder llevar a feliz término las cosas que tengo entre manos.

Rogad de modo particular por mí, que seré siempre vuestro

Roma, 9 de febrero de 1870.

Afmo. amigo en Jesucristo
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P. D. Saluda a Camparini y a Luis Cerrato.

Al llegar a este punto, querríamos poner de relieve otra vez la jovial amabilidad paternal de don Bosco y su continuo empeño en aprovecharla. Hay en estas cartas ciertos detalles y frases que, al leerlos, aumentan aún ahora el amor que profesamos a don Bosco. Pensad en la eficacia que tendrían en el corazón de aquellos a quienes iban dirigidas.

Advertimos también cómo don Bosco, cuando contó a los Salesianos la primera audiencia con el Papa, dijo esta frase: *Pio IX habló de otra cosa que no es menester decirla.* Y añadió que el mismo Papa quiso que volviera a una segunda audiencia con él, porque *aún tenía muchas cosas que decirle.* No dejó ningún rastro de ellas. Eran cosas muy importantes, que se referían al Concilio. ¿Qué delicados encargos que no conocemos nosotros le confiaría el Vicario de Jesucristo? Está el hecho de que seguía tratando de convencer a algunos de la minoría, sobre la necesidad de la definición dogmática de la infalibilidad pontificia, y asistía a las sesiones de algunas congregaciones particulares y refería al Pontífice lo que creía conveniente o necesario. Así trabajaba sin descanso por una causa, a la que **[816]** había consagrado toda su vida: la gloria del Papado y de la Iglesia. El Papa estaba satisfechísimo de ello.

Resurgían, pues, las esperanzas de abrir una casa salesiana en Roma. El Venerable habló con el eminentísimo cardenal Quaglia de la propuesta del Padre Santo para la Iglesia de San Juan de la Pigna, y le dio ánimos. Es más, fue con uno de los encargados de la administración de las propiedades del Vaticano a ver la iglesia propuesta y encontró un magnífico templo, pequeño sí, pero hermoso, con cinco altares de mármol y un precioso órgano nuevo. Había junto a la iglesia una casa, que también visitó: le pareció que podía alojar cómodamente quince personas. Le enseñaron, además, otro edificio un poco distante, bastante mayor, que pertenecía a la misma iglesia, que estaba alquilado y producía seis mil liras de renta al año.

Después de la visita, volvió al Padre Santo, el 12 de febrero, y le dijo:

—Santidad, he visto la casa y la iglesia.

—Bien, contestó el Papa; si las queréis son para vos.

—Doy las gracias a Su Santidad y las acepto.

A continuación Pío IX se explayó con él y le manifestó proyectos y deliberaciones confidenciales, referentes al Concilio. Don Bosco, sonriendo, le interrumpió:

—Padre Santo, ¿y el secreto?

—Yo no estoy obligado al secreto, respondió el Pontífice, sonriendo también.

Mas, poniéndose serio, continuó:

—Siento, a mi pesar, que algunos no sólo combatan la oportunidad de la definición, sino que pongan en duda o nieguen la misma infalibilidad.

—Tienen, observó don Bosco, por caballo de batalla a Honorio I.

—¿Y vos?, le preguntó el Papa, que se complacía oyéndole hablar; vos, ¿qué respondéis?

—Yo pienso y digo lo mismo que pensaron y dijeron los autores más acreditados, que defienden al Papa Honorio con razones validísimas y así salvan también la infalibilidad. En las **[817]** dos cartas al Patriarca Sergio no definió nada, como Cabeza de la Iglesia. Tampoco erró en ellas, como doctor privado, pues el sentido natural de sus palabras, tomadas en su contexto, es católico. San Máximo da testimonio de su santidad y ortodoxia. San Juan Damasceno, cuando combate a los partidarios del monotelismo, no nombró para nada al Papa Honorio. Este Papa contemporizó al combatir la nueva herejía, porque tal vez no conocía aún toda su malicia. Un autor serio lo llama *cunctator* (contemporizador) y dice que, si faltó, faltó de diligencia y nada más. Yo, sin embargo, opino que si *cunctavit*, si contemporizó, lo hizo por prudencia y, así como se puede contemporizar sin faltar, así pienso que el Papa Honorio no cometió ni siquiera pecado venial.

—¡Muy bien! ¡Así es!, respondió Pío IX.

Y, tras un breve silencio, mirando con insistencia al Siervo de Dios, continuó:

—Y vos: ¿tenéis algo que comunicarme en particular, respecto a la Iglesia y a las presentes circunstancias?

El Venerable creyó llegado el momento de hablar al Papa del sueño o visión tenido el cinco de enero, del que había escrito solamente un resumen; y humildemente respondió:

—Santidad, si el Señor quisiera manifestar algo del presente o del futuro respecto a la Iglesia, parece que antes debería manifestarlo a su Vicario en la tierra y no a un simple y pobre sacerdote. No obstante, he aquí este folio dirigido a Su Santidad; quien me lo entregaba no miente.

En aquel papel sólo estaban los párrafos que se referían al Papa y al Concilio, titulados: *La voz del cielo, al Pastor de los Pastores.* Los lectores ya los conocen. Era un mandato apremiante, absoluto, de que no se desatasen las dificultades, que se rompieran; que se supe-

raran las angustias; que se continuase la obra empezada y se terminase deprisa; que la ayuda de María Santísima era segura. El Señor quería la definición dogmática de la infalibilidad papal.

El Papa leyó y volvió a leer el papel, meditó un poco, **[818]** hizo algunas preguntas, y nosotros creemos que, a partir de aquel momento, resolvió no dudar más.

Preguntó después a don Bosco:

—¿No podríais dejar Turín y venir aquí conmigo a Roma? ¿Perdería con ello vuestra Congregación?

—¡Padre Santo, sería su ruina!

El Papa no insistió, aunque era su manifiesto deseo retenerlo en Roma y ponerlo a su lado, elevándole a la dignidad de Príncipe de la Iglesia.

«Pero don Bosco quería demasiado a sus muchachos para dejarlos»; son sus precisas palabras. Lo dice muy bien don Miguel Rúa, al definir a don Bosco con estas palabras: «Un hombre en quien Dios elevó la paternidad espiritual al más alto grado».

Aquel día escribía el Venerable a don Miguel Rúa, y le repetía algunas concesiones ya comunicadas.

Muy querido Rúa:

A estas horas ya habrás recibido mi otra carta. Añado ahora que fui a la audiencia con el Padre Santo, que me acogió con un cariño indecible. Agradeció, comentó, rió y alabó mucho la publicación y la colección de las *Lecturas Católicas* y de la *Biblioteca* y nos animó a continuar. Hay más cosas que no nos conviene confiar al papel; solamente diré que tenemos muchos motivos para estar contentos.

Mientras tanto, avisa a nuestros queridos muchachos que todos los que pertenecen a la Casa del Oratorio pueden, en lo sucesivo, ganar indulgencia plenaria cada vez que comulguen.

Tú tienes la facultad de leer y guardar cualquier libro prohibido, dar la bendición papal *in artículo mortis*, bendecir medallas y crucifijos.

Para el dinero, ya no estoy a tiempo. He hecho un depósito. Por tanto, di a don Angel Savio que piense en prepararlo; yo llevaré a casa dos mil liras.

Temía mucho por la buena Jacinta Bertinetti; he rezado y rezaré por el eterno descanso de su alma. En cuanto a la casa, o mejor a la familia de Chieri, puede dejarse como está; cuando llegue a Turín ya veremos qué se hace.

Había dicho que prepararas la fiesta de san Francisco de Sales para el domingo de quincuagésima; pero, será mejor prorrogarla hasta el primer domingo de cuaresma, porque los directores de nuestras casas no pueden dejar a sus muchachos sin dificultades, en **[819]** esos días. Queda en firme que, *si Dominus dederit* (si Dios quiere), saldré de Roma el 21 del corriente; pasaré un par de días en Florencia, y después a Turín.

Las cosas de nuestra Congregación marchan bastante bien. Seguid rezando.

Di a Barale que Dios ayuda al hombre alegre. Dios nos bendiga a todos y nos conserve en el camino del cielo. *Amén.*

Roma, 12 de febrero de 1870.

Afmo. en Jesucristo
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P. D. Di a don Juan Bonetti que empiece a trabajar, o mejor, a preparar materiales para la construcción. Mientras tanto Dios nos ayudará.
—Horario para la fiesta de san Francisco de Sales; hay que enviarlo a:
S. E. el conde Sclopis, Senador del Reino, a su casa, plaza de Erbe.
Rvdo. Tomatis, a su casa, junto a los muelles de Puerta Nueva.
Srta. Falletti, a su casa, etc.
Sr. Giacobini, a su casa, cerca de los molinos de la ciudad.
Sr. Grida, propietario, idem.
Cab. Lintau, a su casa, plaza de Italia.
Sra. Angela Chirio.

Pío IX, entretanto, con la seguridad de que el Señor no le abandonaría, tranquilo y con admirable confianza, proseguía la gran obra. Los mismos abandonos eran una nueva razón y un estímulo para continuar. La obstinación del patriarca caldeo Audu, la revolución de los armenios en Constantinopla, la desobediencia y fuga de los monjes armenios antonianos de Roma, a la que habían sido incitados por algún obispo francés; la vuelta, sin licencia, de muchos prelados de la oposición a sus diócesis; la perversa agitación en Suiza contra la infalibilidad, de Herzog, consagrado más tarde sacrílegamente obispo de los católicos veteranos, eran cosas predichas en el papel de don Bosco con las palabras: *El enemigo del bien sembrará la discordia entre tus asesores; suscitará enemigos entre mis hijos.*

Pero también se decía: *La gran Reina será siempre tu ayuda.* Y lo fue en aquellos días. El Concilio estaba rodeado de poderosos enemigos y María Santísima, de modo inesperado, no permitió que ninguno de ellos lograra estorbarlo.

[820] Francia, que parecía tener el Concilio en la mano, porque podía terminarlo a su voluntad con sólo retirar a sus milicias, también había podido presentar propuestas demasiado molestas y hacerlas valer con el peso de su poder. Pero, precisamente durante el Concilio, presidía el Ministerio de Napoleón Emilio Olivier, el cual, respecto a la cuestión romana, estaba firme en mantener en Roma la guarnición francesa y no permitir de ningún modo que corriera peligro la absoluta libertad del Concilio.

Baviera, deseosa de oponerse, intentó por medio de Inglaterra unir las otras potencias en una acción común y, ya había ganado a

este fin al ministro de la política inglesa Lord Gladstone. Pero el agente diplomático de Inglaterra, Odo Russel, disuadió al ministro de asuntos exteriores, Lord Clarendon; Gladstone no encontró en el ministerio apoyo a sus propuestas, y Baviera se retiró desilusionada.

El representante del gobierno prusiano en Roma, Arnim, no cesaba de atizar las pasiones contra el Concilio: pero el príncipe Bismarck, aunque enemigo de la gran asamblea católica, por razones de humana política, impuso en aquellos momentos silencio al celoso diplomático.

Los políticos sectarios de Austria, España y Portugal no osaron dar un paso sin las otras potencias, mientras Italia fue mantenida lejos de Roma por la guarnición francesa, hasta que la guerra franco alemana determinó su partida.

¿Quién no ve en esos sucesos la mano de la divina Providencia?

[821]

CAPITULO LXIV

DON BOSCO NO PUEDE PERMANECER OCULTO A LOS HABITANTES DE LA CIUDAD – EN UNA AUDIENCIA PUBLICA MANIFIESTA EL PAPA EL APRECIO QUE PROFESA A DON BOSCO – CUANTO APRECIA ROMA A DON BOSCO – FRIALDAD DE PERSONAJES DISTINGUIDOS QUE QUERIAN LES CONFIRMARA SU ESPERANZA DE QUE ROMA NO SERIA OCUPADA POR LOS ITALIANOS – NO SE ESCUCHAN SUS CONSEJOS RESPECTO A LOS BIENES DE LA IGLESIA: CONSECUENCIAS DE ESTE DESCUIDO – CARTA A UN ALUMNO ZAPATERO – OTRAS CUATRO PARA LOS DIRECTORES DE LAS CASAS: PROHIBE QUE SE FESTEJE SU VUELTA – LA ASOCIACION DE DEVOTOS DE MARIA AUXILIADORA CONVERTIDA EN ARCHICOFRADIA – ESTABLECE EL DIA DE LA FIESTA DE SAN FRANCISCO: SON INVITADOS LOS SUPERIORES DE LAS CASAS A QUE VAYAN A TURIN; LA VUELTA DE DON BOSCO; LA IGLESIA Y LA CASA DE ROMA; DISPOSICIONES DEL OBISPO DE CASALE RESPECTO A DOS CLERIGOS; DON BOSCO Y LOS MUCHACHOS; VISITARA LOS COLEGIOS; HA ORADO POR EL PADRE DE DON FRANCISCO PROVERA – VISITA DE DESPEDIDA: LOS AÑOS DE SAN PEDRO; EL CATECISMO UNICO – DON BOSCO REVELA AL PAPA ALGO SOBRE EL FUTURO, Y PARTE DE ROMA – TRANSMITE AL PAPA, PORQUE SE LO PIDEN, UNA COPIA DE SU ESCRITO SOBRE EL FUTURO DESTINO DE FRANCIA, DE ITALIA Y DE LA IGLESIA

EL Venerable había ido a Roma con la firme resolución de llevar una vida recoleta y dedicarse únicamente al Concilio, y a su Pía Sociedad. Mas no pasó mucho tiempo sin que las muchas relaciones con los prelados **[822]** anunciaran su presencia en Roma y que se siguieran las importunas e insistentes manifestaciones de afecto por parte de amigos y admiradores, y las exigencias de la caridad, que le obligaron a obrar de otra manera.

Don Miguel Picati, párroco en la Archidiócesis de Turín, escribía desde Roma a un amigo suyo, con fecha 16 de febrero de 1870:

...Ayer, 15, a las cuatro de la tarde, el incomparable amigo don Bosco, nos daba a otros queridos compañeros y a mí, una gran satisfacción. Nos introdujo en el Vaticano, con la intención de conseguirnos una audiencia particular del Padre Santo, antes de que saliera de su apartamento privado. Mientras se entretenía un poco con la muchedumbre de personajes que estaban en las antesalas, he aquí que un monseñor avisó que todos se arrodillaran. Salió Pío IX de su habitación, con capa roja galonada, sotana, faja y roquete blancos, acompañado por dos prelados, uno de los cuales sostenía su sombrero rojo y el otro pronunciaba los nombres de cada uno de los admitidos a la audiencia. Pío IX dio una vuelta por la sala, dirigiendo a todos una palabra afectuosa, dando a besar el anillo que llevaba puesto y preguntando a cada uno qué deseaba. Terminada la vuelta, se colocó en medio de la sala y, en latín, en alta voz, bendijo a los presentes, a todos nuestros seres queridos y a las personas y objetos recomendados. Para don Bosco la pausa había sido más larga; y demostró a todos, que se maravillaban, lo muy querido que le era...

Parece imposible, de no verlo con los propios ojos y oírlo con los propios oídos, el aprecio y la devoción que don Bosco goza en toda Roma de toda suerte de personas: del Papa, cardenales, prelados, senadores, príncipes, ciudadanos de toda categoría y condición. Su nombre es conocido no sólo en la ciudad, sino hasta en los alrededores. Antesdeayer tuvo que salir a toda prisa para visitar a un enfermo, a quince millas de Roma. Adonde quiera se sepa que ha ido, es asediado inmediatamente por tal multitud de gente que no le dejan ni respirar. Reza el breviario casi siempre a las once de la noche. Si se quiere tener la seguridad de verle y decirle dos palabras, hay que hacerlo cuando se levanta de la cama, como me ha sucedido a mí varias veces...

Sin embargo, no recibió de los romanos los agasajos de la vez anterior. No aseguraba la incolumidad de Roma; más bien, daba a entender, con palabras prudentes, la posible ocupación de Roma por el Piamonte.

En cambio, muchos prelados, en especial los pertenecientes a la nobleza romana, consideraban esto como imposible **[823]** y confiaban en el *veto* de algunas potencias, y hasta se ilusionaban con alguna intervención directa del cielo.

Sostenían con aplomo que la revolución no llegaría a la ciudad eterna; y que, si así fuere, no se afianzaría, y todo volvería a quedar en paz, en el término de pocos meses. Por lo mismo les sonaba mal el nuevo modo de hablar de don Bosco.

El, como ya hemos dicho, les había asegurado en 1867 que no se daría ningún cambio político en Roma, pero sus palabras se referían a los temores de aquel año. Los romanos, en cambio, las habían interpretado en sentido general. Estaban obcecados y no querían perder aquella confortadora esperanza.

En consecuencia, empezaron a mirar al Venerable con desconfianza; y él, al verse en peligro de ser tomado por profeta de mal

agüero, no dio a las insistentes preguntas sobre el porvenir de Roma más respuesta que palabras de duda, de *veremos* y *esperemos*. Pero ellos, que deseaban que confirmase su funesto engaño, explicaban en el sentido por ellos deseado las mal comprendidas respuestas. En esta ocasión hubo algunos que pusieron en duda el espíritu profético del Siervo de Dios. Y él, si había hecho brillar por un instante la verdad, se vio obligado a encerrarse en la más rigurosa reserva, reconociendo que era inútil e imprudente hablar a quien no quería escuchar, no queriendo correr el riesgo de prejuzgar tan gravísimos asuntos.

Sin embargo, llevado por la caridad, no dejó de aconsejar, directamente o por medio de confidentes, a muchos del Clero, principalmente a los superiores de órdenes religiosas y de monasterios, que se apresurasen a poner a salvo los bienes muebles o inmuebles que les fuera posible; pero sus consejos tropezaron generalmente con la indiferencia y la incredulidad.

Sólo uno se persuadió, que fue el General de los Cartujos. Este estaba decidido a ceder a don Bosco, bajo ciertas condiciones confidenciales, la propiedad de la iglesia de Santa María de los Angeles, en las termas del Diocleciano, y el claustro monumental, previendo **[824]** la temida confiscación de bienes de los religiosos. Pero el Procurador General de la Orden juzgó que eran vanas aquellas aprensiones y se opuso diciendo que, como todas las órdenes tenían en Roma una representación con casa propia, había que mantener íntegramente su convento. Hubo otros de su mismo parecer y la prevención quedó en nada. Y así sucedió lo que tenía que suceder: aquel monumento corrió la suerte de los demás.

Otros incrédulos más tuvieron también que experimentar los cierto de las advertencias de don Bosco y, como no se había previsto nada, los bienes eclesiásticos fueron confiscados y con ellos grandes cantidades de dinero.

Don Bosco tenía claramente presentes los acontecimientos de aquel año y no quiso, como veremos, fiesta alguna de sus muchachos a la vuelta.

He aquí otras cartas escritas durante su estancia en Roma, llenas de afecto paternal. Una está dirigida al joven Berardo Musso, zapatero, que más tarde fue coadjutor salesiano y jefe del taller de la casa de Almagro en Buenos Aires.

Queridísimo Musso:

He recibido tu carta y comprendo cuanto quieres decirme. Sigue tranquilo. Yo pensaré en ti, pero tú piensa en ser un modelo en el cumplimiento de tus deberes, especialmente impidiendo las malas conversaciones entre tus compañeros. Dios hará lo demás.

Saluda a tu jefe y a tus compañeros; pronto estaré con vosotros. Rogad por mí que soy de corazón vuestro.

17 de febrero de 1870.

Afmo. en Jesucristo
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Esta carta fue enviada probablemente con otras, remitidas a don Miguel Rúa.

Roma, 14 de febrero de 1870.

Muy querido Rúa:

Entrega las cartas adjuntas a los interesados. Nuestra Pía Asociación de María Auxiliadora ha sido elevada a Archicofradía. La apertura **[825]** de una casa con una pequeña, pero hermosa iglesia, puede ser asunto terminado para el próximo otoño. La semana que viene espero estar en Turín; pero prefiero retrasar algún día, antes que dejar las cosas a medias. De todas formas, disponemos que la fiesta de san Francisco de Sales se celebre el primer domingo de cuaresma. Os haré saber el día preciso de mi llegada. Pero insisto en que no haya manifestaciones de ninguna clase.

Como necesito y me gusta mucho hablar con los superiores de las otras casas, que vengan los que puedan de Lanzo y de Cherasco. De Mirabello, don Juan Bonetti y don Francisco Cerruti. Creo que también irá don Domingo Pestarino. Si don Juan Cagliero no ha enviado todavía algunos ejemplares de toda su música a la madre Galleffi, que lo haga; y del himno del Concilio, veinte. Si puede ser, manden también treinta ejemplares de *El Joven Instruido* en piel. Si no están preparados, paciencia.

Don Angel Savio que venda cuanto crea conveniente de la herencia Bertinetti.

Esperaba una carta de don Celestino Durando. Mil bendiciones para todos. Ayer estuve en la audiencia del Papa; nos señaló una casa, pero la encuentra pequeña y quisiera darnos una mayor.

Escribiré a don Juan Cagliero. Las cosas marchan bien; seguid rezando y tenedme siempre por vuestro.

Afmo. en Jesucristo
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P. D. Saludos al reverendo Racca.

Muy querido Bonetti:

He recibido tu carta y he cumplido los encargos.

Por lo tanto, anota trescientas setenta y cinco liras transmitidas por medio de

monseñor Manacorda al joven Sgamma, más veinte liras para él mismo, a través de la marquesa Villarios. Total trescientas noventa y cinco liras.

Para Ferré me entregaron ... liras.

En cuanto a Turco, el Obispo no se opone, pero quisiera verle antes y, parece desea que vaya un año al seminario de Casale antes de conferirle las órdenes. El canónigo Masnini escribirá sobre el particular. Lo mismo sucede con Gosio.

Da muchos saludos a la familia Provera y a todos nuestros queridos muchachos. Espero visitarles en la primera semana de cuaresma. Partiré de Roma el 22 por la tarde, estaré dos días en Florencia y el viernes por la mañana en Turín. Me parece bien que se traslade la fiesta de san Francisco al primer domingo de cuaresma; así podremos atender mejor a nuestros muchachos durante los últimos días de carnaval.

En lo sucesivo, cuando vengas a Roma, encontrarás a tu disposición una casa con una estupenda iglesita. El resto de palabra. Silencio y alegre.

Dios te bendiga a ti y tus trabajos, y créeme tuyo.

Roma, 17-2-1870.

Afmo. en Jesucristo
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P. D. Mil saludos al queridísimo don Juan Bonetti y socios.—Manacorda.

[826] *Carísimo Lemoyne:*

¡Cuántas cosas quisiera decirte! Empezaré por comunicarte que el Padre Santo envía una bendición especial a todos nuestros alumnos de Lanzo; les concede indulgencia plenaria cada vez que comulguen, y esto por toda su vida. Recordarse bien: la concesión es del 8 del corriente.

Además, la misma indulgencia para ti y todos los sacerdotes, cada vez que celebréis la santa misa.

Sigo comunicándote la facultad de bendecir crucifijos; la bendición papal in artículo mortis; leer y guardar cualquier libro prohibido; más una casita para cuando vengas a Roma, una estupenda iglesita para celebrar la santa misa y muchas otras cosas que sabrás de palabra el primer domingo de cuaresma, cuando celebremos la fiesta de san Francisco de Sales.

Entre tanto di a tus hijos que he leído las apreciadas cartas que me escribieron para el Año Nuevo; les agradezco sus amables felicitaciones y diles que sus oraciones fueron atendidas abundantemente; imagina, por tanto, qué alegría y qué fiesta más hermosa haremos para dar gracias al Señor en la segunda semana de cuaresma, cuando vaya a visitaros.

Ferré y otros me comunicaron cosas confidenciales, a las que contestaré de palabra.

Muchos saludos para los sacerdotes y todos los que pertenecen a la Congregación: pero el resto... de palabra. Por ahora alegría y silencio.

Antes de que termine la próxima semana espero estar en Turín.

Dios os bendiga a ti, a todos tus hijos y especialmente a los sacerdotes, a los maestros y todos los demás que ejercen alguna autoridad.

Rogad por mí y créeme tuyo.

Roma, 17 de febrero de 1870.

Afmo. en Jesucristo
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P. D. Os recomiendo que no hagáis ninguna demostración festiva cuando vaya a Lanzo. Fiesta en la iglesia y nada más. Saluda a Givone de mi parte.

El día 21 por la tarde, fue don Bosco a despedirse del Padre Santo. Agradecióle los beneficios que le había concedido; manifestó sus deseos de poder tener otras veces el honor de besar su sagrado pie y le repitió con seguridad que celebraría en 1871 su Jubileo Pontifical, sobrepasando los años del Pontificado de San Pedro en Roma.

[827] El Papa lo entretuvo largo tiempo hablándole del Concilio. Deseaba mucho don Bosco que se introdujera en la Iglesia un catecismo breve, que eliminase todos los demás y contuviera, sencilla y claramente, los fundamentos de la doctrina cristiana para todo el mundo católico. Entonces tenían casi todas las diócesis su catecismo propio, muy distinto a veces entre diócesis vecinas. Se enseñaban, es verdad, en todos las mismas sacrosantas verdades, pero con fórmulas, método y orden diversos; y esto, dada la incipiente fluctuación de las gentes y la gran emigración futura, iba a crear graves dificultades, especialmente entre los sencillos e ignorantes.

Era conveniente, por tanto, cuidar que los cristianos, especialmente los niños, doquiera fuesen encontraran su catecismo, y éste debía ser el catecismo único, universal, obligatorio, compuesto y promulgado por la Santa Sede.

La confianza del Pontífice confortó a don Bosco. Supo que la mayoría de los Obispos estaban decididos por este plan y que eran pocos en proporción, y por razones no despreciables, los que estaban en contra[1].

Había, pues, garantía de éxito en las discusiones.

Al final de la audiencia, el Venerable parecía preocupado. Llevaba sobre sí el peso del presagio del 5 de enero para comunicar al Papa los desastres que amenazaban a Francia e Italia y el triunfo final del Pontificado, y no tenía valor para presentar el manuscrito. Pero, como se trataba de los intereses de la Iglesia, se hizo violencia y dijo al Papa:

—¿Desea Su Santidad que le revele una cosa?

—Hablad.

[828] —¿Quiere, de veras, que no le oculte nada?

—Os lo mando.

[1] Tras largas conferencias y una amplia discusión en la 49.ª congregación general hubo quinientos treinta y cinco obispos a favor y sólo cincuenta y seis en contra de su introducción. Si el Concilio no hubiera sido suspendido tan pronto, después de las precedentes deliberaciones, habría sido aprobado el catecismo único, puesto que no faltaba más que la última votación solemne.

Entonces empezó a hablar de los sucesos futuros de la guerra, tenida entonces por todos como inevitable, entre Francia y Prusia, del abandono en que Bonaparte dejaría a Roma, de la caída del Imperio Napoleónico; y de los terribles azotes que sufriría Francia y particularmente París.

Al llegar a este punto el Venerable, conmovido y turbado, no sabía si proseguir, cuando Pío IX le sacó de su embarazo diciéndole:

—Basta, basta, de lo contrario esta noche no podré dormir.

Se cambió, pues, de conversación y, después de hora y media de audiencia, don Bosco se retiró.

Al día siguiente Pío IX, que deseaba oír la continuación de aquella narración, mandó llamar a don Bosco, pero éste había salido ya para Florencia.

El escrito profético de don Bosco llegó, no obstante, aquel año a manos del Pontífice. Se colige también por esta carta, hallada entre las cartas del Padre Santo, Pío IX, escrita de puño y letra por el Venerable y dirigida a un Cardenal, quizás al eminentísimo cardenal Bilio. La carta no tiene firma; quizá se olvidara de ello el Venerable, o quizás la dejara así a posta; pero S. E. el cardenal Bilio conocía tan bien, como nosotros, la escritura de don Bosco.

Eminencia Reverendísima:

El folio adjunto procede de cierta persona, que ya en otra ocasión demostró tener luces sobrenaturales; yo lo llevé conmigo este invierno a Roma.

Algunas cosas ya se las dije como de paso al Padre Santo, pero no me atreví a dejar el escrito. Ahora que su bondad me pide que hable *claro, positivo y definitivo*, me animo a enviárselo. Hay otras cosas que no se pueden confiar al papel y que se podrán decir de palabra con el secreto que la materia requiere. Si algo parece oscuro, veré cómo se podrá dar la debida explicación. Sírvase S. E. de ello como quiera; solamente le ruego no decir mi **[829]** nombre de ninguna manera, por motivos fáciles de suponer.

Ciertamente, si yo pudiera tener una persona segura y secreta para el Rey de Prusia, tendría más cosas que hacerle saber y que podrían serle agradables.

Dénos su Santa Bendición.

29 de octubre de 1870.

Nosotros tenemos copia auténtica de esta carta, obtenida fotográficamente.

Como complemento de estas previsiones, atestigua don Joaquín Berto, don Bosco afirmó: «Vendrá una revolución; habrá apostasías de doctos e ignorantes; Prusia se convertirá. Gran victoria de la Igle-

sia, gran triunfo del Papa». También nosotros le hemos oído, muchos años después, expresar con firmeza tal opinión.

Lo consignamos solamente para la absoluta exactitud de estas Memorias.

[830]

CAPITULO LXV

DON BOSCO EN TURIN – DOS DEFUNCIONES EN EL ORATORIO DURANTE LA AUSENCIA DE DON BOSCO – PREDICCIONES – LA FIESTA DE SAN FRANCISCO DE SALES – MUERTE DEL PARROCO DE CASTELNUOVO – PIO IX PRESENTA AL CONCILIO EL ESQUEMA SOBRE LA INFALIBILIDAD PONTIFICIA – DON BOSCO DA UNA CONFERENCIA: CUENTA LAS DOS AUDIENCIAS TENIDAS CON EL PAPA Y EL OFRECIMIENTO DE LA IGLESIA Y LA CASA DE SAN JUAN DE LA PIGNA: ESPERA QUE EN EL CONCILIO SE TRATARA EL ASUNTO DE LAS DIMISORIAS PARA LOS SUPERIORES DE LAS ORDENES RELIGIOSAS: OBISPOS QUE PIDEN SALESIANOS PARA SUS DIOCESIS: NUEVAS CONSTRUCCIONES EN LAS CASAS: BUSCAR NUEVOS SOCIOS PARA LA PIA SOCIEDAD, Y PROSPERIDAD DE LA MISMA: FIDELIDAD A LAS REGLAS – RESPUESTA DE DON BOSCO A QUIEN PREGUNTABA QUE SUCEDERIA A SU MUERTE – VA A MIRABELLO – DECRETO DE PIO IX CONFIRMANDO IN PERPETUUM LAS INDULGENCIAS YA CONCEDIDAS A LA ASOCIACION DE DEVOTOS DE MARIA AUXILIADORA – DON BOSCO EN LANZO Y EN CHERASCO – LAS JACULATORIAS A MARIA AUXILIADORA: DEL BAILE A LA TUMBA: EL ANGEL DE LA GUARDA – CONFERENCIA DE DON BOSCO A LOS SALESIANOS DEL ORATORIO: INFORMA DE SU VISITA A LAS CASAS: HABLA DE LAS MURMURACIONES POR LAS SALIDAS FRECUENTES DEL ORATORIO: SEÑALA LOS CUIDADOS A TENER EN EL TRATO CON LOS MUCHACHOS: DEBERES DE LOS SALESIANOS: UNANIMIDAD AL CASTIGAR LAS FALTAS DE LOS ALUMNOS – LA MUERTE DE OTROS DOS AMIGOS QUERIDOS

DON Bosco había salido de Roma el 22 de febrero; se quedó dos días en Florencia y el 25, viernes, llegaba a Turín, donde era recibido, según sus deseos, sin ninguna demostración de fiesta.

[831] La primera noticia que le dieron fue la de la muerte de dos

amigos queridos del Oratorio. Se lee en el necrologio de don Miguel Rúa:

Félix Valsania, natural de Pralormo, murió el 14 de febrero a la edad de cuarenta y un años. Era un hombre alegre y sencillo. Desempeñaba con fidelidad y diligencia todas las incumbencias que se le confiaban. Se acostó una noche en plena salud y, sin que se le pudiera prestar ningún socorro, apareció muerto en la cama al día siguiente. Había recibido el día antes los santos sacramentos. Tal vez el no haberse aflojado la ropa interior fue la causa de su muerte.

Bernardo Mellica, natural de Grugliasco, de veinticuatro años, murió el 20 de febrero. Era un joven de excelentes costumbres. La piedad, la obediencia, el amor al trabajo y la paciencia eran sus virtudes características. Soportó con resignación ejemplarísima su larga enfermedad sin dejar escapar el más mínimo lamento. No dejó hasta la víspera de su muerte sus acostumbradas prácticas religiosas y el trabajo que podía atender. Frecuentaba los santos sacramentos, pertenecía a las compañías piadosas y no había que corregirle nunca de nada.

El sábado, el domingo de quincuagésima y los dos días siguientes, don Bosco dedicó muchas horas para confesar a sus alumnos, que se consideraban felices al poder abrirle de nuevo su corazón. Conservaba el mismo espíritu de siempre.

Estaba confesando a un tal Anselmo Vecchio: le recomendó que fuera muy bueno y añadió: «porque dentro del año tendrás una desgracia». Preguntóle el joven qué desgracia sería, pero don Bosco le respondió que no podía decírselo. El hecho es que, pocos meses después, moría su padre, que siempre había gozado de óptima salud.

El seis de marzo, primer domingo de cuaresma, se celebró la fiesta de San Francisco de Sales y don Bosco tenía una gran pena: el teólogo Antonio Cinzano, párroco de Castelnuovo, a quien él tanto debía, acababa de morir, con sentimiento de todos, a la edad de sesenta y seis años, después de haber regido ejemplarmente su parroquia durante treinta y ocho.

Durante los últimos años no hablaba más que de prepararse a morir; tenía todo organizado y convenido para renunciar a la parroquia y retirarse a Valdocco a la casa del Oratorio, «para prepararme —decía él— a los **[832]** últimos momentos de la vida, bajo el manto de María Auxiliadora, y partir de allí a la eternidad». Pocos días antes de morir, aún repetía lo mismo.

Después de esta pena, tuvo don Bosco una gran alegría.

Le gustó al Concilio que se tratase de la infalibilidad. El 7 de marzo se distribuyó a los Padres una añadidura para el esquema *de Ecclesia* en la que se decía que *el Pontífice de Roma no puede equi-*

vocarse cuando define en materia de fe o de moral. Este era un paso decisivo. El 23 de abril, a petición de ciento cincuenta Padres, permitió el Papa que se presentara a la Congregación General. La discusión general duró catorce congregaciones, del 14 de mayo al 3 de junio; y la discusión particular ocupó dieciocho congregaciones generales, del 6 de junio al 4 de julio.

Se permitió a los prelados de la minoría toda razonable libertad para exponer su opinión, sus dificultades y sus dudas. Se inscribieron muchos obispos para hablar. Los de la minoría hicieron cuanto pudieron para impedir la definición dogmática. Intentaron prorrogar las discusiones para procurar el aplazamiento del Concilio hasta otoño. Sus oradores repetían hasta el empalago las mismas objeciones, ya desprestigiadas, suscribieron protestas contra la mayoría, pidieron que se suspendiera el Concilio a causa de los calores estivales. Pero la mayoría se mantuvo firme, resplandeció la verdad con toda su luz y resonó poderosamente por boca de los Padres.

Hablaron a favor, entre otros, los Obispos de Mondoví y de Casale. Dos veces intervino también monseñor Gastaldi, con tanta elocuencia y tan fuertes razones, que se convirtió en uno de los más valiosos defensores de la discutida prerrogativa papal y cooperó eficazmente al éxito de la definición. Todos estaban entusiasmados oyendo su enérgico discurso, cuyas conclusiones fueron rubricadas con un triple aplauso de los Padres. A don Bosco se debió también este triunfo, como ya hemos dicho, y como repitió a don Francisco Dalmazzo el eminentísimo cardenal D'Avanzo. Fue éste **[833]** el mayor trabajo realizado por el Venerable en favor de la Iglesia y del Papa durante su estancia en Roma.

Mientras empezaban a desarrollarse estos acontecimientos, la noche del 7 de marzo, lunes, dio él una conferencia general a los Salesianos con asistencia de los directores de todas las casas y don Domingo Pestarino de Mornese.

Empezó así:

«Este año no había ciertamente un verdadero motivo para ir a Roma; sin embargo, teniendo en cuenta algunos asuntos especiales nuestros, y secundando la cortés invitación de muchas personas distinguidas, se creyó que sería un viaje muy útil. Y yo procuré que el tiempo empleado en este viaje produjera el mayor bien posible. Así que, mientras a los ojos de algunos estaba en Roma como de recreo, hacía como esos pájaros que revolotean de aquí para allá y, mientras tanto, si aparece un insecto por medio lo picotean».

Después de este exordio, describió su visita al cardenal Quaglia y

las dos primeras audiencias tenidas con el Sumo Pontífice, que ya hemos referido.

Habló del Obolo de San Pedro y de las *Lecturas Católicas* presentadas al Papa: de los favores espirituales por él concedidos y de sus recuerdos para los muchachos, y anunció que en el Concilio se había hablado encomiásticamente de la Congregación Salesiana. Pero entonces no dijo más de cuanto sabía y, sabía mucho, del mismo Pío IX, ni de cuanto había visto; ni tampoco del trabajo realizado para que menguaran las oposiciones a la deseada definición dogmática de la infalibilidad pontificia. Pasó, en cambio, a exponer la propuesta tenida y aceptada de abrir una casa Salesiana en Roma, en San Juan de la Pigna. Habló de la hermosa iglesia, del local contiguo[1], de las ventajas de tener una residencia en la ciudad de los Papas, y siguió hablando de otras cosas según este resumen:

Así que este año, por agosto u octubre, si no hay nada en contra, irán algunos a Roma, a más del otro colegio **[834]** que hemos de abrir a orillas del mar, en Alassio, entre Oneglia y Albenga. Así he quedado con el Sumo Pontífice.

Y como el año pasado había hecho una pequeña colecta para el Colegio de Roma, la he dejado allí, y ahora, con alguna otra cosa, he constituido un depósito en la caja pontificia, de cien francos mensuales, para atender a los que vayan a Roma este año.

Quería también pedir algo más al Pontífice para las dimisorias, y creo que lo habría concedido; pero después, pensando que de esto se había hablado en el Concilio, y que todos eran favorables, para evitar cambios o inconvenientes me pareció mejor dejar que el Concilio determine lo que tiene entre manos y, si luego hay que hacer peticiones, las haré después del Concilio al Pontífice, el cual, pudiendo obrar con plena autoridad, concederá y hará con gusto todo lo que redunde a mayor gloria de Dios.

He tratado, además, con varios obispos, quienes al oír hablar en el Concilio de nuestra Sociedad, venían y pedían insistentemente que se tuviera compasión de sus diócesis y se abriese en ellas una casa. Yo no he prometido nada, y no por falta de bienes materiales, sino por falta de personas.

De Roma he podido traer también algunos dineros que irán bien para las obras que vamos a empezar, que son: un pórtico de aquí a la iglesia, una plaza delante de la misma, un edificio relativamente grande en Lanzo, otro en Mirabello y una iglesia en Puerta Nueva. Como se ve siempre tenemos grandes proyectos y hasta presuntuosos en apariencia, pero yo, mientras vea que el Señor nos preste su mano, voy adelante sin miedo; si después viese que nos retira su apoyo, entonces me pararía para no hacer mala figura.

Al final se refirió al desarrollo de la Pía Sociedad, a sus casas, que iban creciendo en número, a los alumnos que se multiplicaban, a la

[1] Esta iglesia con la casa aneja fue puesta a disposición de nuestra Pía Sociedad por Su Santidad Pío X el año 1905 y enseguida fue habilitada para residencia de nuestro Procurador General.

ayuda generosa de los bienhechores, a las grandiosas esperanzas del porvenir, a la fama de las cosas extraordinarias, al afecto del Romano Pontífice, al aprecio que miles de personas manifestaban de las Obras Salesianas, y concluía:

Por consiguiente, pongámonos con tesón a hacer el bien, y coopere cada uno en cuanto pueda para buscar socios, invitándoles a entrar con sus obras, palabras y ejemplos porque, por más que yo os invite y llame, si vosotros no me seguís, soy como el soldado que redobla el tambor y a quien no siguen los soldados.

Por tanto, vean los directores si en sus casas hay alguno que pueda pertenecer a nuestra Sociedad y que tenga que sufrir **[835]** algún examen; háganlo saber para que se le pueda atender. Conviene, pues, que todos sean hombres inteligentes para producir la mayor utilidad a las almas de los jóvenes que nos han sido confiados.

Nosotros, dejando de lado toda suerte de alabanzas, adulaciones y admiración de los más, mirando las cosas por su lado más simple y verdadero, hemos de alegrarnos de que el Señor nos tenga de su mano, pero también hemos de entregarnos con entusiasmo al cumplimiento de las reglas de la Sociedad y tratar de darles la importancia que merecen.

En esta conferencia se anunció por vez primera la apertura de la casa de Alassio.

El enjuiciamiento del Venerable sobre sí mismo y sobre sus obras estaba siempre impregnado de humildad y confianza en Dios. Ya tiempo atrás hablaba con él don Joaquín Berto e hizo caer la conversación sobre la muerte del Siervo de Dios y los efectos que ocasionaría, y dijo que habría llanto universal.

Pero el Venerable con toda calma le respondió:

—Si muriera don Bosco, diría la gente: ¡Pobrecito, también él se ha muerto! y todo acabado. El que se alegraría y reiría a carcajadas, la mar de satisfecho, sería el demonio, quien diría: «—¡Por fin desapareció ése que tanta guerra me daba y echaba a perder mi labor»—.

Podía muy bien decir estas palabras, porque aludía a cuanto él hacía, no por su propia virtud, sino por el poderoso auxilio de la Virgen, como él mismo reconocía y repetía sin cesar. ¡Quien combatía y vencía al enemigo infernal, era la potente Reina de los Cielos!

Un sábado por la noche esperó don Luis Lasagna hasta las once y media a que don Bosco terminara de confesar, y le acompañó a cenar. Sentado a su lado, le decía que mientras él estuviera en este mundo la Pía Sociedad marcharía bien gracias a su apoyo y dirección; pero que, una vez que él faltase, se desharía por falta de medios y de cohesión, y que todos los hermanos se verían obligados a volver a sus casas.

—Tú, le respondió don Bosco, te apoyas demasiado en razones **[836]** humanas, y es necesario que confiemos en lo sobrenatural. Mira, una de dos: o don Bosco puede algo o no puede nada. Si algo puede, no dudes de que también después de muerto sabrá ayudaros; si no puede nada, entonces mejor aún: lo hará Dios que lo puede todo.

Después de la última conferencia, don Bosco fue a Mirabello y, al volver a Turín, se encontró con un decreto de Pío IX, que confirmaba para siempre las indulgencias concedidas el año anterior a la Asociación de devotos de María Auxiliadora.

PIO PAPA IX[1]
Para perpetua memoria

Se nos han dirigido humildes súplicas para que las indulgencias, que con Nuestras Cartas Apostólicas, semejantes a las presentes, con fecha del 16 de marzo de 1869, concedimos por diez años a la Pía Asociación de la Bienaventurada Virgen María Auxiliadora canónicamente erigida, como se nos indica, en la iglesia del mismo título en Turín, las quisiéramos benignamente conceder a perpetuidad, añadidas algunas otras gracias. Y Nos, con piadosa solicitud, dispuestos a aumentar con los tesoros celestiales de la Iglesia la piedad de los fieles, y a cooperar a la salvación de las almas; queriendo secundar tales súplicas, concedemos a dicha Asociación, en virtud de las presentes letras, poder ganar in perpétuum las indulgencias arriba mencionadas, con tal de que se cumplan puntualmente las prácticas de piedad, que en el primer documento hemos prescrito. Además, piadosamente concedemos en el Señor, a todos y cada uno de los fieles de uno y otro sexo, que en lo sucesivo ingresen

---

[1] PIUS PP. IX.—*Ad perpetuam rei memoriam. Supplices Nobis admotae sunt preces, ut quas similibus Apostolicis Litteris Nostris, datis die XVI martii anno MDCCCLXIX, Piae Sodalitati sub invocatione B. Mariae Auxiliatricis in Ecclesia sub eodem titulo civitatis Taurinensis canonice, ut praefertur, institutae, Indulgentias ad decennium lucrandas concesseramus, easdem in perpetuum elargiri, et quasdam alias gratias addere pro Nostra benignitate dignaremur. Nos ad augendam Fidelium religionem animarumque salutem coelestibus Ecclesiae Thesauris pia charitate intenti, huiusmodi precibus obsecundare volentes, praedictae Sodalitati, ut memoratas Indulgentias lucrari in perpetuum libere ac licite possit et valeat, dummodo quae priore indulto pietatis opera peragenda praescripsimus rite adimpleantur, vi praesentium concedimus. Praeterea omnibus et singulis utriusque sexus Christifidelibus, qui dictam Sodalitatem in posterum ingredientur, die primo eorum ingressus, si vere poenitentes et confessi SS. Eucharistiae Sacramentum sumpserint, Plenariam omnium peccatorum suorum Indulgentiam et remissionem; quam etiam Animabus Christifidelium, quae Deo in charitate coniunctae ab hac luce migraverint, per modum suffragii applicare possint, misericorditer in Domino impertimus. In contrarium facientibus non obstantibus quibuscumque, praesentibus perpetuis futuris temporibus valituris.*

Datum Romae, apud S. Petrum, sub Annulo Piscatoris, die XI Martii Anno MDCCCLX, Pontifictus Nostri Anno vigesimo quarto.

Pro D. Card. PARACCIANI CLARELLI
F. PROFILI *Substitutus.*

en dicha Cofradía, que el día de su ingreso, si verdaderamente arrepentidos y confesados, recibieren el santísimo sacramento de la Eucaristía, puedan ganar indulgencia plenaria y remisión de todos sus pecados, aplicable también a manera de sufragio a las almas de los fieles, que, unidas a Dios por el amor, pasaron de esta vida; no obstante cualquier orden en contrario, debiendo las presentes tener valor para siempre.

Dado en Roma, junto a San Pedro, bajo el Anillo del Pescador, el día 11 de marzo de 1870, año vigésimo cuarto de nuestro Pontificado.

Por el Card. PARACCIANI CLARELLI
F. PROFILI, *Sustituto*

[837] La segunda semana de cuaresma, o sea después del 14 de marzo, don Bosco fue a Lanzo, y el 20 a Cherasco. En los intervalos habidos, entre estas visitas, habló por la noche, después de las oraciones, a los alumnos del Oratorio. La primera vez les contó los avisos de Pío IX. Otra noche les exhortó encarecidamente a que se acostumbrasen a repetir la jaculatoria *María, Auxilium Christianorum, ora pro nobis*, recordando que está indulgenciada con trescientos días, cada vez que se pronuncia, y con indulgencia plenaria para quien la dice una vez al día durante un mes. Contó, sin decir su nombre, que el primogénito del conde Callori deseaba con ardor ir a los bailes de la corte. Le invitaron y fue. Era la primera vez. Al volver a casa cayó víctima de una pulmonía y a los pocos días murió. Y terminó don Bosco diciendo:

—¡Así pasan las alegrías de este mundo, como un relámpago!

Les recomendó, como lo hacía con frecuencia, que pensaran en el Angel de la Guarda, quien, decía don Bosco, les acompañaba a todas partes, velaba su sueño de noche, se sentaba a su lado en clase, les vigilaba durante el recreo, rezaba con ellos en la iglesia, les defendía, les aconsejaba, les consolaba, e insistía diciendo que acudieran a él pidiendo ayuda. Pintó al vivo los centenares de ángeles de los compañeros **[838]** que les observaban, habló de la reverencia que se les debe, guardando un porte modesto en todo momento.

Hasta confesando, daba a menudo como penitencia alguna oración en honor del Angel de la Guarda. Por eso incluyó en *El joven cristiano* un devoto ejercicio en su honor y él mismo, como ya hemos dicho, tenía una ternísima devoción a su Angel de la Guarda. El 27 de marzo reunió en conferencia a los Salesianos, profesos y aspirantes, clérigos y laicos; y he aquí el resumen de su discurso:

Adán, creado inocente por Dios, vivía feliz en el paraíso terrenal. Pero nos dice San Agustín que su felicidad debió durar poco, puesto que el demonio, envidioso,

fue a tentarlo, le hizo caer en desobediencia y con él arruinó a todo el género humano. Viniendo a nosostros, podemos hacer esta aplicación:

Nuestra Pía Sociedad comenzó, y comenzó bien por lo que a los socios se refiere pero vemos que ya ahora, en sus principios, el demonio empieza a entrometerse y unas veces con la envidia, otras con el descontento, procura hacer sus ganancias.

Pero nosotros, que conocemos su malicia, no debemos estar quietos viendo lo que él sabe hacer, sino que debemos estar alerta y combatir.

Hace ya tiempo que veo inconvenientes, que hay que evitar. Sé que se tiende a crear división, dos partidos, y esto hay que evitarlo absolutamente en una Congregación.

He estado en Lanzo, en Mirabello, en Cherasco, y en estas visitas he procurado preguntar a los directores, y a los hermanos, para ver si tenían algo que observar sobre la marcha de la Sociedad. Y, como si se hubieran puesto de acuerdo, todos a una respondían que, a su parecer, los miembros de Turín, de la Casa madre, no tienen la entrega que se debería tener y se tiene en las otras Casas. He observado que allí los maestros son a la par los asistentes de la clase, del estudio, de los dormitorios y del patio, y así, cuando salen de clase, en vez de ir a tomarse un rato de recreo libre, se mezclan con los alumnos, les divierten y les asisten. He visto que verdaderamente tienen mucho trabajo. Me compadecía de ellos y me ofrecía a mandarles otros que les ayudaran un poco; pero ellos, contentos, me dijeron que no mandara a nadie, porque prefieren trabajar más, ser pocos y vivir en paz unos con otros, antes que ser muchos y no ir de acuerdo. He quedado complacido de ello y doy gracias al Señor. Pero, al preguntarles si no había alguna otra cosa que enmendar, hubo un picarón el cual dijo que, una vez que vino por aquí para ciertos asuntos, vio a uno **[839]** hacer algunas caricias a un muchacho, las cuales, según él, debían evitarse en una Sociedad como la nuestra.

—¿Hubo maldad en ello?, pregunté yo.

Y él respondió:

—No, pero yo no puedo tolerarlo.

No dije nada; mas comprendí que esto es algo que hay que corregir. Hay, concluyeron ellos, defectos que evitar, principalmente aquí en Turín. Reflexionemos, pues; veamos si hay algún peligro que impedir e impidámoslo.

Yo veo, por ejemplo, que aquí, a veces, hay alguno que, cuando presentan ciertas comidas a la mesa, hace gestos y luego aparta despreciativamente lo que le han dado. Se trata de manzanas, pongo por caso, y se queja de que son pequeñas, que son pocas o que están podridas. Hay quejas del vino, de la sopa y de los diversos platos. Todo esto en una Congregación hace daño, acarrea disgustos serios y siembra descontento. Por tanto, medite cada uno un poco para sí: si hubiera que buscar el gusto de todos, no se acabaría nunca en la cocina. Procuremos, sin embargo, dentro de nuestros posibles, que todos tengan lo necesario para comer y beber, lo mismo que para otras necesidades de la vida común.

Preguntará alguno si tiene que comer también lo que le hace daño.

Le respondo que en los casi cincuenta años que hago vida común, entre el Seminario, la Residencia Sacerdotal y ahora el Oratorio, nunca he encontrado nada que, comiéndolo, estuviese seguro de que me haría daño. Lo que sí he visto es que cuando un alimento es menos apetecible, se come menos de él y se toma más de otro.

Bien entendido que digo todo esto para los que están sanos y no necesitan alimentos especiales. Si uno estuviere indispuesto, sobran todas estas normas, y entonces puede tomar, dejar o hacerse llevar otra cosa.

Además de la mesa, hay también algo más que he oído a los que están en las otras casas y es que se sale del Oratorio con demasiada facilidad y sin necesidad.

Pero pasemos a lo más importante, esto es, a esas caricias llamativas que algunos hacen a los muchachos.

En este punto no transijo, deseo con toda mi alma que nadie ponga las manos sobre ninguno, que nadie se permita confianzas especiales con los muchachos, sean quienes fueren. Hace pocos días uno corrió el riesgo de perjudicar a un muchacho, de perjudicarse a sí mismo y de difamar a toda la casa sólo por estos motivos. Por consiguiente, de ahora en adelante prohíbo terminantemente introducir a los muchachos en la propia habitación bajo ningún pretexto. Porque sé que a veces se llama a alguno diciéndole:—Ven a barrer mi habitación, hazme la cama, ve a buscarme agua, tráeme aquellos libros **[840]** que he dejado en el estudio.—Esto no lo quiero. Tampoco quiero que pasen jóvenes de un dormitorio a otro. Y de ningún modo que se introduzcan jóvenes del mismo dormitorio en la propia celda.

Aún tengo más cosas que observar y son: que cada uno tiene obligaciones que cumplir de acuerdo con su situación y que estas obligaciones o deberes, unas son de justicia y otras de caridad. Los deberes de justicia los tiene cada uno en particular por el cargo que le fue confiado: y por lo mismo cada uno en su cargo, como un maestro en la escuela, un jefe en el taller o un asistente en el dormitorio, tiene plenos poderes para hacer cumplir el reglamento, pero con medios lícitos; y por tanto sin pegar jamás, ni echar fuera a ninguno, ni dar castigos que no se puedan cumplir. Sé que algunos se dejan dominar por la cólera y pegan, a veces, sin pensar que también entre los muchachos los hay que tienen la sangre caliente, y se rebelan y nos toca luego andar con componendas, que escandalizan y hacen perder la autoridad.

Así, para entendernos con un ejemplo claro, un maestro en la escuela debe enseñar por justicia. Puede conseguir más o menos con sus alumnos; pero debe actuar con caridad y por lo mismo con mucha tolerancia. Pero no puede creer que su autoridad de maestro con sus alumnos llega más allá de la escuela. Fuera de clase, todos los alumnos del Oratorio deben ser iguales para él, sea cual fuere el curso a que pertenezcan, porque entonces sólo tiene deberes de caridad que cumplir, los cuales no pueden dedicarse a unos, sino a todos.

Digo esto, porque veo que, con frecuencia, un cargo se roza con otro, el de un maestro con el de un asistente, y de ahí nacen envidias y no se cumplen los deberes como deberían cumplirse. Acontece que un muchacho comete una falta durante la asistencia de uno, y el otro, ofendido, lo espera para cuando esté a sus órdenes y vengarse. Esto no puede ser.

Por ejemplo: si alguien comete una falta en el patio, no está autorizado su maestro para castigarlo en la clase; aunque si quiere, puede avisarle como hermano, como padre, como amigo. Así también, nadie está autorizado para prohibir a sus subordinados ir con uno o con otro de sus compañeros, si no le mueve a ello la caridad sino su capricho.

Por lo demás, animémonos a trabajar constantemente, porque nuestro trabajo siempre está bendecido por el Señor y lo estará más aún en lo porvenir, si procuramos hacerlo solamente para agradarle a El.

Por aquellos días tocóle a don Bosco asistir a dos hijos queridos, gravemente enfermos, que morían en el Oratorio a primeros de abril.

Leemos en el necrologio:

[841] Don Augusto Croserio, de Condove, murió el 1 de abril de 1870 a la edad de veintiséis años. Los rasgos de su vida quedan delineados en la oración fúnebre pronunciada por el profesor don Francisco Cerruti. La víspera de la muerte de Croserio don Bosco le vio en sueños en el momento en que iba a dar la bendición. Tenía un hermoso aspecto e iba revestido con una magnífica capa pluvial, enriquecida con oro y perlas, salpicada de brillantes lentejuelas.

—¿Cómo se entiende?, decía don Bosco para sí. ¿Croserio aquí? ¿No está enfermo? ¡Ah, ya lo entiendo! Quiere decir que está a punto de ir al paraíso.

En efecto, moría al día siguiente.

Juan Baltera, de Masserano, murió el 12 de abril de 1870 a la edad de quince años. Joven lleno de vida y alegre. Le gustaba estudiar y obtenía éxito. Obedecía con gusto a cuanto se le mandaba. Sufrió algunas molestias a la cabeza y las soportó con mucha paciencia, sin ni siquiera quejarse de algunos compañeros que, faltos de caridad, le burlaban por su enfermedad. A pesar de su edad juvenil amaba mucho las prácticas de piedad y recibía con frecuencia los sacramentos. Dejó muy buen recuerdo entre sus superiores y compañeros.

[842]

CAPITULO LXVI

EL VENERABLE NO ACEPTA UNA DADIVA DE LA COMISION DEL CARNAVAL – PROYECTO PARA LA CONSTRUCCION DE UN BRAZO DE EDIFICIO EN EL ANTIGUO COLEGIO DE LANZO – PRIMEROS PASOS PARA LA FUNDACION DE UN INTERNADO PARA MUCHACHOS POBRES EN ALASSIO – PETICIONES DEL MUNICIPIO Y DE DON BOSCO A LA DELEGACION DE HACIENDA PARA LA ADQUISICION DE UN CONVENTO CON CONTRATO PRIVADO – LA DELEGACION DE HACIENDA RESPONDE QUE EL CONVENTO SALDRA A SUBASTA PUBLICA – RAZONES POR LAS QUE VUELVE DON BOSCO A MIRABELLO – ANUNCIA A LA CONDESA CALLORI SU VIAJE A CASALE Y AL SEMINARIO MENOR – COMPRA DE UN HUERTO DETRAS DEL ORATORIO – CARTA DE DON BOSCO AL ALCALDE DE CHERASCO SOBRE EL RECONOCIMIENTO OFICIAL DE ESTUDIOS Y SOBRE LA INCOMODIDAD DE LOS LOCALES DEL COLEGIO – DON BOSCO PRESENTA AL AYUNTAMIENTO EL PLANO DE LA PLAZA FRENTE A LA IGLESIA DE MARIA AUXILIADORA – CIRCULAR ANUNCIANDO A LOS BIENHECHORES LAS INDULGENCIAS CONCEDIDAS POR EL SUMO PONTIFICE – CARTA DE DON BOSCO COMUNICANDO DICHOS FAVORES A LA SUPERIORA DE LAS FIELES COMPAÑERAS DE JESUS

EN la primera conferencia que el Venerable dio a los Salesianos el día de la fiesta de san Francisco de Sales, les comunicó que pensaba emprender nuevas construcciones en el Oratorio de Valdocco, en el de San Luis de Puerta Nueva, en Lanzo y en Mirabello. Se necesitaba dinero, había que buscarlo y don Bosco lo buscaba, pero sin ansiedad y con profunda virtud.

[843] Aquel año, escribe el profesor Juan Turchi, «hacia finales de marzo se le presentaron dos señores para entregarle quinientas liras que la Comisión del Carnaval concedía al Oratorio a título de beneficencia. Don Bosco les agradeció su noble intención, pero no quiso de ningún modo aceptarlas. Dijo que no quería aprovechar

absolutamente nada procedente de teatros, bailes y diversiones deshonestas y poco limpias del Carnaval».

Así pues, esperando el dinero de la caridad, se entregaba a sus empresas de las que vamos a hacer relación en este capítulo. Ello probará eficazmente, con la elocuencia de los hechos, cuántas eran las preocupaciones del Siervo de Dios.

Su primera ilusión era la de un edificio grandioso, con amplios pórticos y espacioso patio en Lanzo: ocuparía cerca de setenta metros desde el antiguo colegio hasta la plaza de la parroquia. El vicario Federico Albert, de quien procedía la idea, cedía el terreno, y don Bosco le escribía:

Turín, 1 de abril de 1870

Muy querido señor Vicario:

Vamos adelante: procure sin embargo, antes de empezar las obras:

1.º Hacer un traspaso legal del terreno a mi nombre para que yo pueda ponerlo enseguida a seguro, junto con las propiedades de nuestra Congregación.

2.º Tenemos la idea de que la construcción llegue hasta la segunda planta: lo demás será modificado, si es preciso, a medida que se haga la construcción.

3.º Para la rifa, procure organizar una numerosa comisión con promotores y promotoras bien elegidos.

4.º La carta está bien. La idea de *el gusto de contribuir* hay que desarrollarla un poco más. ¿No es mejor dejar a don Bosco aparte? Piénselo.

5.º Programa y condiciones de la rifa.

Recoja materiales y comience. *Amén.*

Afmo. en Jesucristo
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Se abandonó este plan por diversas razones, y la rifa no se llevó a cabo. Los gastos de doscientas mil liras para construir el edificio, que fue de tres plantas, más el terreno cargaron sobre don Bosco... **[844]** Durante tres años, cada quince días, no faltó nunca la paga para los obreros que eran más de treinta; más aún, como éstos llegaron a escasear por las muchas obras que empezaban a levantarse en las afueras del pueblo, don Bosco les aumentó el jornal para retenerlos. Es digno de nota que el Vicario Albert colaboró generosamente a la empresa de varios modos. Y se terminó la obra sin que quedase deuda alguna, a pesar de que durante los tres años hubo que disparar barrenos para allanar el terreno y transportar el agua, en gran parte desde el llano.

Su segunda empresa era la fundación del nuevo colegio en Alassio y organizar la dirección y la enseñanza de los cursos elementales y de bachillerato. El Obispo de Albenga y el canónigo Francisco Della Valle, párroco de Alassio, hacía tiempo que le habían invitado, y el Siervo de Dios, que vio la necesidad del pueblo, consintió.

Con este fin había insistido el Párroco ante el Ayuntamiento, desde 1869, para realizar su deseo y ahora el Concejo le era favorable.

Don Bosco envió un proyecto de convenio que fue resuelto por el Consejo Municipal, por acuerdo del 2 de diciembre de 1869, y aprobado por el Consejo Escolar provincial de Génova, con decreto del 30 de marzo de 1870.

En otro lugar hablaremos de este convenio. Nos limitamos aquí, para aclarar el asunto, a añadir que el Municipio concedía a don Bosco el uso del local, llamado el Colegio, para clases y el palacio Durante con su patio y su jardín para internado.

Pero habiéndose enterado el Venerable de que había en el pueblo un antiguo convento, propiedad del Patrimonio Nacional, consiguió los informes oportunos y dijo que estaba dispuesto a comprarlo. Pensaba él albergar en aquel edificio a los muchachos pobres destinados al aprendizaje de un oficio.

Poco después cambió de idea y abrió para ellos un internado en Marassi, cerca de Génova; pero entonces le seguía interesando la primera idea. En efecto, escribió sobre ello al Párroco, quien lo comunicó a los **[845]** Concejales. Todos lo aprobaron y la Junta Municipal envió el acta a la Delegación de Hacienda de Génova.

El día 9 de àbril, del año del Señor 1870, en Alassio, y en la Sala Consular.

La Junta Municipal de Alassio, reglamentariamente reunida, con asistencia de los señores abajo firmantes:

Habiendo sabido que el reverendo don Juan Bosco tiene intención de adquirir el sitio o lugar denominado *El Seminario* para instalar en él un centro para muchachos pobres como el que tiene en Turín, se apresura a rogar encarecidamente este trámite a la Autoridad competente, para que se le dispensen todas las atenciones posibles para instalar una obra que juzgamos altamente útil, no sólo para nuestra Ciudad, sino también para todo el litoral de Liguria, falto de centros semejantes para muchachos pobres y abandonados.

Esta Ciudad está muy interesada y posee para tal necesidad un local para estudiantes, como sería el del llamado *Seminario*, que fue convento de Nuestra Señora de los Angeles y perteneció a los Menores Reformados, donde fácilmente podrían instalarse las escuelas públicas, confiadas con el correspondiente acuerdo de este

Municipio al mencionado sacerdote Bosco, de acuerdo con el Decreto del Consejo Escolar Provincial, del 30 de marzo de 1870.

Y, previa lectura y aprobación, firman:

F. BIANCARDI, *Presidente*
LUIS PREVE, *Concejal*
J. B. MORTEO, *Concejal*
PABLO TORRE, *Concejal*
J. B. ARMATO, *Secretario.*

Pocos días después enviaba don Bosco a la misma Delegación de Hacienda desde Turín una solicitud razonada, para pedir la adquisición del Convento.

Ilmo. Señor:

El abajo firmante, con el vivo deseo de amparar a los muchachos más pobres y abandonados, ha de experimentar frecuentemente un amargo disgusto por las consiguientes negativas a las solicitudes de aceptación de muchachos que se encuentran en gran peligro de ruina moral y cívica. Y ello solamente por falta de capacidad de los locales oportunos.

Ahora bien, considerando que muchos de los internados en el establecimiento de Turín y muchas de las peticiones proceden del litoral de Liguria, el abajo firmante querría hallar el modo de abrir una casa donde es mayor la necesidad. Es decir, abrirla en la ciudad de Alassio, que puede considerarse como **[846]** el punto medio entre Génova y Niza. Sería un local oportuno el edificio e iglesia conocidos como *Casa del Seminario*, en otro tiempo convento de Nuestra Señora de los Angeles, perteneciente a los Menores Reformados.

Las autoridades civiles y eclesiásticas del lugar están de acuerdo, y es más, como el Municipio necesita un local para escuelas públicas, podría con poco gasto instalarlo allí, siempre y cuando se terminaran unas obras ya algo adelantadas en la construcción. Así se podría atender al alojamiento de unos centenares de muchachos pobres y a los escolares de la población.

El local mencionado está ocupado actualmente por las Hijas de la Caridad, que pagan trescientas liras anuales de alquiler, y tienen allí escuelas para las niñas del pueblo y pensionado que, por lo demás, serían fácilmente alojadas por el Municipio en otro edificio. Una parte del lugar anejo fue vendida hace poco a la Compañía de Ferrocarriles en construcción, por lo que una parte considerable de la cerca deberá ser demolida. El que suscribe pide, pues, respetuosamente que se le ceda el edificio y terreno anejo dentro de unas condiciones poco más o menos como las siguientes:

1.ª Venta de la casa y huerto, en las condiciones más favorables, teniendo en cuenta el fin del comprador.

2.ª Podría hacerse todo con gestiones privadas para agilizar los trámites.

3.ª El sacerdote Juan Bosco, además de pagar el precio convenido y los debidos impuestos, y aceptándolo en su actual estado, se obligaría también a mantener abierta la iglesia y atenderla.

En este sentido este humilde servidor se encomienda al buen entendimiento de V. S. Ilma. a fin de que tenga la bondad de interesarse y dar las órdenes oportunas

para facilitar los trámites y allanar las posibles dificultades que pudieran surgir sobre la marcha.

Con toda estima se profesa,
De V. S. Ilma.

Turín, 17 de abril de 1870

Su humilde y seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

El Delegado respondió el 22 de abril lo mismo que ya había respondido al Municipio: que el Convento, según lo prescrito por la ley del 15 de agosto de 1867, debía ser vendido en subasta pública, previa aprobación de la correspondiente valoración por la Comisión Provincial. Y se esperó a que fuera anunciada la subasta.

El Venerable había decidido estar en Mirabello el 4 de mayo. Como crecía el número de alumnos, se trataba **[847]** de realizar también allí una nueva construcción que duplicara la capacidad del Colegio. Pero todavía no se habían empezado las obras cuando se advirtió que, con los calores de la estación veraniega, los alumnos perdían la salud, y fue preciso enviarlos a sus pueblos a tomar los aires nativos para que se restablecieran. Por eso quería ir allí y opinar sobre el lugar, sobre todo porque la Comunidad acariciaba el propósito de trasladar el colegio a Borgo San Martino.

En tales circunstancias, escribía don Bosco a la condesa Callori una carta en la que está claro el recuerdo de la ya citada desgracia doméstica. Qué dijo o escribió el Venerable a la noble señora inmediatamente después del triste suceso, no lo sabemos.

Benemérita señora Condesa:

Su carta se cruzó por el camino con la que yo había escrito a su hija, la señorita María Luisa.

Queda, pues, entendido que, *si Dominus dederit* (si Dios quiere) el martes saldré de Porta Susa a las doce y media y estaré en Casale poco después de las cinco de la tarde. Al día siguiente salgo enseguida para Mirabello, y después a Turín.

Cuando veo a V. S. pidiendo perdón porque ha retrasado su caridad, me confunde, y por otra parte casi me hace reír, en el sentido de que pretenda añadir los intereses de su capital. De todos modos ofrezcámoslo todo a la mayor gloria de Dios.

Como quiera que son muchas las cosas a hablar, tenga la bondad de avisarme porque cambiaría mi plan.

Animo, señora Condesa, mucha confianza en el Señor. *Nascimur in lacrimis, lacrymosos ducimus annos; terminat in lacrimis ultima nostra dies* (Nacemos con lágrimas, vivimos con lágrimas y acaban nuestros días con lágrimas). Pero después de esto *semper cum Domino erimus* (estaremos siempre con el Señor). Al menos

ésta es nuestra esperanza. En todo caso, recuerde que tras la tempestad viene la calma.

Dios le conceda, señora Condesa, junto con el señor Conde su marido y toda su familia, santa resignación y largos años de vida feliz. Ruegue por mí, que con gratitud me profeso,

De V. S. B.

Turín, 28 de abril de 1870

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Mientras tanto, antes de partir, compraba al señor Modesto Rúa, con escritura del 2 de mayo de 1870, del notario Turvano, un terreno **[848]** de huerta, situado en Valdocco, de 0,45,59 hectáreas de superficie y Juan Rúa le vendía 1 área con 97 centiáreas, en total 0,47,56 hectáreas, por cinco mil seiscientas ocho liras con cuarenta y cinco céntimos. Era, en gran parte, el llamado huerto del Oratorio, hoy desaparecido, que fue luego cercado con una tapia.

Al mismo tiempo presentaba en el Ayuntamiento el proyecto de la plaza a abrir ante la iglesia de María Auxiliadora, en terreno de su propiedad.

A más de estos serios gastos, y algunos más de los que hablaremos, hacía el Venerable otros, y no pequeños, para el Colegio de Cherasco: y la realidad demostró lo justo de sus cálculos. Entresacamos la siguiente carta de una larga correspondencia con el Alcalde:

Ilmo. Señor Alcalde:

Me apresuro a enviar el documento pedido por el Delegado Provincial de Enseñanza. No comprendo por qué no se quieren admitir las fórmulas utilizadas siempre por todos, estipendios *fijados por la ley para los colegios de tercera categoría.* De todos modos, súmense las cifras que aparecen en la ley Casati.

He recibido su apreciada carta anterior y estoy íntimamente convencido de que no es el Municipio el causante del retraso para el reconocimiento, lo mismo que todos lo estarán de que tampoco la culpa es mía. Sabe muy bien V. S., señor Alcalde, que yo me he sometido enseguida a varios cambios del proyecto del Colegio que cargaban sobre mí, para apartar los impedimentos del retraso. Yo he llegado y llegaré mucho más allá de cuanto se determinó en el contrato municipal.

En cuanto al local que V. S. me señala para el caso de aumento de alumnos, si por un lado sería conveniente por su amplitud, por otro resultaría muy incómodo por estar separado del primero y ello me obligaría a duplicar el personal con una nueva organización para la comida. Prefiero la ejecución del trabajo repetidamente prometido por V. S. en pleno Ayuntamiento, a saber, que, en el caso de aumento de alumnos, se adaptaría el gran salón situado al sudoeste del Colegio y lo que fuera menester. Necesitaría saber, si es posible enseguida, la deliberación del Ayuntamiento, puesto que las muchas peticiones hechas para Cherasco y los muchachos

que tengo aquí para mandarlos allá a su tiempo, me obligan a buscar sitio idóneo. En el caso de que no se pueda tener algo junto al actual edificio, habré de arreglármelas para encontarlo en otra parte.

[849] Ya hemos resuelto muchas otras dificultades y espero que, con la ayuda del Municipio, resolveremos también las del local y del reconocimiento.

Créame, con todo aprecio,
de V. S. Ilma.

Turín, 27 de mayo de 1870

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

En medio de estos asuntos materiales, no descuidaba a sus bienhechores, a los que envió en el mes de abril una carta impresa, como recuerdo de su viaje a Roma. En cada una añadió de su puño y letra el nombre de aquéllos a quienes la enviaba, variando alguna frase, según la condición de las personas.

He aquí una, hallada entre las cartas del teólogo Appendini:

Turín, 29 de abril de 1870

Con gran satisfacción tengo el honor de comunicar a V. S. que Su Santidad Pío IX, en la audiencia que me concedió el día 8 de febrero de este año, como prueba de su paternal benevolencia para los bienhechores de nuestros muchachos y de la iglesia dedicada a María Auxiliadora, concedió al *Reverendo Teólogo Juan Bautista Appendini* los siguientes favores espirituales:

1.º Bendición apostólica con Indulgencia Plenaria in artículo mortis.

2.º Indulgencia plenaria cada vez que *celebre la santa misa*, rezando según la intención del Sumo Pontífice.

3.º Todas estas indulgencias, son aplicables a modo de sufragio por las almas del Purgatorio.

Mientras gozo al poderle comunicar estos favores, le deseo todas las bendiciones del cielo y me profeso con gratitud,

De V. S.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Envió también una carta autógrafa sobre este asunto a la reverenda madre Eudoxia, Superiora del Instituto de las Fieles Compañeras de Jesús, y al mismo tiempo le mandaba **[850]** unas cuantas hojitas o módulos impresos para recordar los citados favores espirituales, en los que no había más que añadir el nombre de aquéllos a quienes el Venerable los comunicaba.

Benemérita Madre:

Hubiera deseado ir en persona a llevar a V. S. y a sus hijas el certificado auténtico de los favores concedidos por el Padre Santo a su Instituto. Mas, para no retardar el poder ganar dichos favores, me ha parecido bien transmitírselos a V. S., rogándole escriba el nombre y apellido sobre este impreso, para que cada uno lo conserve como recuerdo.

Le ruego marque uno y lo envíe de mi parte a la Madre General y a todas las religiosas que, de alguna manera, aunque sea pequeña, han ayudado a las necesidades de la iglesia y de nuestra casa.

Desciendan sobre V. S. y sobre su Instituto todas las bendiciones celestiales; ruegue por mí y por mis pobres muchachos y créame con gratitud,

De V. S.

Turín, 12 de abril de 1870

Su atento y seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[851]

CAPITULO LXVII

LA COMISARIA DE POLICIA RECOMIENDA MUCHACHOS Y DON BOSCO LOS RECIBE – DILIGENCIAS PARA OBTENER DE LA COMISARIA HOJAS DE RUTA, PARA LOS ALUMNOS DEL ORATORIO: PETICION DE DON BOSCO AL MINISTERIO DE GOBERNACION; ESTE PIDE A DON BOSCO QUE PRESENTE LA FINALIDAD DEL ORATORIO Y LOS MOTIVOS DE LA PETICION: RESPUESTA DE DON BOSCO; EL MINISTERIO DENIEGA EL FAVOR: DON BOSCO RECURRE AL GOBERNADOR DE TURIN – MUCHACHOS DEL REAL HOSPICIO GENERAL DE CARIDAD DE TURIN PRESENTADOS A DON BOSCO: CONVENIO; CONCEDE ESTE FAVOR A ALGUNOS DE ELLOS POR SU POCA EDAD Y FALTA DE INSTRUCCION – LA JUNTA ESCOLAR INVITA A LA IMPRENTA DEL ORATORIO A TOMAR PARTE, CON UNA ESTADISTICA DE LAS OBRAS IMPRESAS EN ELLA, EN EL CONGRESO PEDAGOGICO DE NAPOLES – EL DELEGADO DE ESTUDIOS RECOMIENDA A DON BOSCO UN JOVENCITO – CARTAS DEL SIERVO DE DIOS A DOS SACERDOTES JOVENES – AVISOS E INVOCACIONES ESCRITAS AL DORSO DE ESTAMPAS DE MARIA AUXILIADORA

OTRO asunto importante llevaba entre manos don Bosco en el mes de abril. La Comisaría le recomendaba frecuentemente muchachos pobres, abandonados o en peligro de serlo, con detrimento de las buenas costumbres y de la sociedad. El Venerable condescendía fácilmente ante tales recomendaciones y, gratuita o casi gratuitamente, los admitía en el internado. Por ejemplo, en abril de 1870 escribía la Comisaría a don Bosco:

[852] *COMISARIA DEL DISTRITO DE TURIN*
N.º 3396

Turín, 11 de abril de 1870

Agradezco muchísimo al señor Director la atención que me ha dispensado al aceptar al muchacho presentado (Leopoldo Germagnano), de acuerdo con la suya del 3 del corriente. Habiendo sido traído aquí desde Acqui, le envío a ese Oratorio para su internamiento.

Siento que no le hayan dotado del ajuar que indica en su nota; sólo trae diez liras, ofrenda de una persona caritativa, que aquí le incluyo. El Gobierno Civil de Acqui me comunica que no han podido proveerle más que de la ropa que lleva puesta.

Por el Comisario
P. BOCCO

Prestábase por su parte la Comisaría a entregar hojas de ruta a los muchachos que, por cualquier motivo, tenían que volver a su pueblo, pero he aquí que el Ministerio dio un decreto prohibiendo tal concesión. Y el Venerable escribió al Ministro de Gobernación, Juan Lanza:

Excelentísimo Señor:

Permita que, con todo respeto, me presente a V. E. solicitando un favor para los pobres muchachos internados en el Centro llamado de San Francisco de Sales.

Cuando los Ferrocarriles del Norte de Italia pertenecían al Gobierno, gozaba esta casa de notables favores, tanto para los maestros, asistentes y directores, como para los muchachos del internado. Cuando los ferrocarriles pasaron a propiedad particular se continuó gozando de estos favores, a través de la Comisaría, que extendía hojas de ruta cuando era preciso devolver a su pueblo a estos pobres muchachos. Tales favores eran concedidos, ya sea porque los casi ochocientos internos son de clase humilde y en su mayoría huérfanos de padre y madre, ya sea también porque muchos, totalmente pobres y abandonados, ingresaron por recomendación de algún Ministerio, del Gobierno Civil o de otras autoridades del Estado. Pero últimamente, habiendo pedido a la Comisaría algunas hojas de ruta por apremiante necesidad, ésta respondió que, por decretos aparecidos en estos últimos meses, ya no podía expedirlas.

Me animo a suplicar respetuosamente a V. S. tenga en consideración a este Instituto de pobrecitos y disponga benévolamente **[853]** a fin de que no sea privado de las ayudas que antes gozaba y que son de extrema necesidad. De otro modo me vería obligado a no poder recibir a muchos jovencitos de las provincias más distantes, donde, generalmente, más lo necesitan.

Confiado en ser atendido, doy las más rendidas gracias, en nombre de estos muchachos, ya favorecidos otras veces por V. E., por quien pido al cielo todo bien, mientras tengo la satisfacción de profesarme con el más distinguido aprecio y reconocimiento,

De V. E.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

El Ministerio pidió informes al Jefe de la Comisaría de Turín, y éste escribía a la Dirección del Oratorio:

COMISARIA DEL DISTRITO DE TURIN
N.º 3746 – Sec. 3.ª

Turín, 22 de abril de 1870

En cumplimiento de análoga petición del Ministerio de Gobernación, se dirige, el que esto escribe, a esa honorable Dirección, rogángole tenga la bondad de enviar, a la mayor brevedad posible, un programa con las correspondientes condiciones de admisión de los alumnos en ese Oratorio y, al mismo tiempo, declarar las causas que aconsejan despedir de cuando en cuando a alumnos que luego son presentados a esta Oficina para ser autorizados al regreso a su pueblo. Con la confianza de ser atendido, el abajo firmante da las gracias anticipadas a la citada dirección.

El Comisario
BIGNAMI

Como don Bosco se encontraba fuera de Turín, la Comisaría repitió al día siguiente la petición.

COMISARIA DEL DISTRITO DE TURIN

Se ruega a la amabilidad de esa honorable Dirección se digne, si es posible, dar respuesta al portador de la presente al oficio enviado ayer por esta Comisaría, n.º 3746, ya que hoy debemos contestar al Ministerio las preguntas formuladas.

Por el Comisario
GRUDRA

[854] Don Bosco contestó:

Ilmo. Señor:

En respuesta al atento oficio de V. S., n.º 3746, que se me comunicó poco ha, me apresuro a contestar, enviándole, en papel aparte, la finalidad de esta Casa y las condiciones de aceptación, tal como se determina en el Plan de Reglamento en vigor en la misma. En el caso de que fuera menester el Reglamento completo, lo haré transcribir y remitir a V. S. a su menor indicación. Siento el retraso de la respuesta, ocasionado por mi ausencia de Turín. Aprovecho, sin embargo, la ocasión: 1.º, para agradecer de corazón a V. S. Ilma. su bondad con este establecimiento; y 2.º, para rogarle acepte mis respetuosos saludos, mientras me cabe el honor de profesarme con el más distinguido aprecio,

De V. S.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

El pliego aparte, con el membrete *ORATORIO DE SAN FRANCISCO DE SALES*, decía:

FINALIDAD DE ESTA CASA

Entre los muchachos que acuden a los Oratorios de la Ciudad, hay algunos en tales condiciones, que resultan inútiles todos los medios morales, si no se les presta socorro material.

A veces se encuentran muchachos ya algo avanzados en edad, huérfanos o sin asistencia paterna porque los padres no pueden o no quieren cuidar de ellos, sin oficio ni cultura. Estos se hallan expuestos a los más graves peligros espirituales y corporales y no se sabe cómo evitar su perdición, si no se les tiende una mano bienhechora que los recoja y los prepare para el trabajo, el orden y la religión. La casa aneja al Oratorio de San Francisco de Sales tiene la finalidad de albergar a esta clase de muchachos. Pero, como no se puede recibir a todos los que se encuentran en semejante situación, es necesario establecer algunas normas para distinguir quiénes deben ser preferidos, según la gravedad de las circunstancias.

CAPITULO I

De la admisión

Para que un joven pueda ser admitido en la casa, deben cumplirse en él las siguientes condiciones:

1.ª Tener doce años cumplidos y no pasar de los dieciocho. La experiencia ha dado a conocer que, de ordinario, la juventud **[855]** antes de los doce años, no está capacitada para hacer un gran bien, ni un gran mal; y que, pasados los dieciocho, resulta muy difícil hacer desaparecer costumbres adquiridas en otra parte para uniformarse a un nuevo régimen de vida.

2.ª Ser huérfano de padre y madre, totalmente pobre y abandonado. Si tiene hermanos, tíos u otros parientes que puedan cuidarlo, está fuera de la finalidad de esta casa.

3.ª Que no padezca enfermedad repugnante o contagiosa, como son la sarna, la tiña y similares.

4.ª Son aceptados con preferencia los que asisten a los Oratorios de Turín, porque es de la máxima importancia conocer la índole de los muchachos, antes de recibirlos definitivamente en la casa.

5.ª Al ingresar, han de presentar todos un certificado del propio párroco, testificando la edad, la situación de la familia a que pertenece el joven, el certificado médico de si ha pasado, o no, la viruela, de no sufrir enfermedades que le incapaciten para el trabajo. La carencia de este certificado puede suplirse con la visita del médico de la casa.

6.ª Si el demandante poseyera alguna cosa, la llevará consigo a su entrada en el establecimiento y se empleará en su favor, porque no es justo que viva de caridad el que no está absolutamente necesitado.

Al ingresar en el establecimiento, todo jovencito deberá considerar a sus compañeros como hermanos y someterse a sus superiores en todo lo que, según su cargo, le ordenen.

Admisión en la sección de estudiantes

Entre los muchachos admitidos en casa y recomendados de otro modo se encuentran algunos, que han recibido de la naturaleza aptitudes especiales para el estudio o para un arte noble, pero que, por falta de medios materiales, su ingenio

quedaría oculto y perjudicado de no poder ser cultivado. La casa del Oratorio se preocupa también de ayudar a éstos, ya puedan pagar una pensión o haya que recibirlos gratuitamente por ser absolutamente pobres.

La decisión del Ministerio fue comunicada al Oratorio por el Gobernador de Turín.

GOBIERNO CIVIL DE LA PROVINCIA DE TURIN
Div. 3.ª – Sec. I
N.º prot. 1778

Turín, 20 de junio de 1870

El Ministerio de Gobernación con su despacho del 14 del corriente mes, Div. 2.ª, Sec. 2.ª – N.º 14702-17, me encarga partícipe **[856]** a V. S. cuanto sigue, con relación al transporte gratuito solicitado para la vuelta a sus pueblos de los muchachos que salen de ese Oratorio.

«El sacerdote Juan Bosco, ha dirigido al Ministerio una instancia rogando sea revocada la determinación de la Comisaría local de negar el transporte gratuito a los muchachos que salen del Oratorio de San Francisco de Sales.

»Por tratarse de un instituto de beneficencia, no podría el Ministerio apartarse de las determinaciones tomadas con respecto a los transportes gratuitos, para los que es indispensable se verifique la razón de seguridad pública y, por tanto, el que suscribe se halla en la necesidad de mantener las normas seguidas por esta Comisaría.

»Al notificar esto al reverendo don Bosco, ruégole, sin embargo, le asegure que el Gobierno toma en consideración las condiciones del Instituto por él dirigido, y hará lo posible por ayudarle dentro de los límites trazados por los Reglamentos y las necesidades del Tesoro público — *Por el Ministro* F. CAVALLINI.»

Lo que le comunico, según el encargo recibido.

El Gobernador
RADICATI

El Venerable acusó recibo de la comunicación ministerial y siguió insistiendo ante el conde Radicati.

Ilmo. señor Gobernador:

He recibido la carta de V. S. Ilma. comunicándome que el Ministerio de Gobernación no juzga oportuno continuar favoreciendo el viaje de los pobres muchachos que salen de este centro. Como V. S., señor Gobernador, conoce la mísera situación de esta institución, le rogaría que hiciese saber a S. E. el Ministro de Gobernación la condición de los jóvenes recomendados.

Entre los casi ochocientos internos hay más de ciento que fueron enviados por el Gobierno y se les tiene gratuitamente. Si encima se me niega el favor del viaje a sus pueblos, me encontraré en una difícil posición, puesto que ya no se puede disfrutar ningún favor de los Ferrocarriles y ese Ministerio, que en otros tiempos nos conce-

día todos los años un subsidio, también lo ha suprimido hace algunos años. Así que, después de haber tenido en Casa gratuitamente a un muchacho, tengo que repatriarlo también a mis expensas. Por ejemplo, hace pocos días he tenido que enviar dos jóvenes, uno de Ancona y el otro de Tortorigi (Sicilia), pagando una cantidad verdaderamente alta para nosotros, tenidos en cuenta los apuros que pasa este establecimiento. Recuérdese también el impuesto de diez mil liras que hemos de pagar por la molienda.

Ya ve, señor Gobernador, que, pese a la mejor voluntad, me veré en la dura necesidad de disminuir el número de internados, **[857]** precisamente cuando las continuas e incesantes solicitudes de admisión nos obligarían a aumentarlo.

Me remito a sus buenos oficios, y estos buenos muchachos no dejarán de invocar las bendiciones del cielo sobre V. S., como lo hacen cada día por todos sus bienhechores.

Con el mayor agradecimiento me profeso,
De V. S. Ilma.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Naturalmente que el conde Radicati, gran amigo de don Bosco, tuvo muy en cuenta esta súplica, tanto más que el Siervo de Dios aceptaba con gusto dos muchachos por él recomendados.

Un convenio con el Real Hospicio General de la ciudad de Turín, hizo que de un golpe aumentara el número de alumnos con otros dieciséis chicos.

Convenio entre el Muy Rvdo. señor don Bosco, Fundador y Director del Oratorio de San Francisco de Sales y la Dirección del Real Hospicio General de Caridad, representada por los miembros que suscriben.

Artículo 1.º

El Rvdo. don Bosco se obliga a admitir en su casa a dieciséis muchachos que la Dirección del Real Hospicio General de Caridad le confía para recibir la conveniente educación.

Artículo 2.º

La Dirección del Real Hospicio General de Caridad entrega al Rvdo. don Bosco una pensión diaria de ochenta céntimos, por cada muchacho, hasta los dieciocho años cumplidos. Transcurrida dicha edad, cesa la pensión diaria y se encarga don Bosco de proveer él mismo al porvenir de estos muchachos consigo o en otro lugar, tal como en su prudencia juzgue que será mejor para su porvenir.

Artículo 3.º

Con esta pensión diaria, más dos mudas de ropa en el momento de entrada, un colchón, una manta y dos sábanas para cada uno, por una sola vez, los jóvenes

reciben comida, vestido y todo cuanto sea menester para su manutención, limpieza y educación religiosa, moral y profesional.

[858] Artículo 4.º

La Dirección del Real Hospicio tiene la facultad y el derecho a estar informada, siempre que lo desee, de la marcha educativa de los muchachos confiados al Rvdo. don Bosco y del trato que reciben, en la medida que compete a un padre que tiene a su hijo en un colegio y conserva todos sus derechos paternos.

Artículo 5.º

El Rvdo. don Bosco presentará cada año a la Dirección del Real Hospicio una relación de la situación religiosa, moral, estado de salud y profesional de cada uno de los muchachos a él confiados. En caso de reclamación por parte de los padres, muerte, expulsión, fuga o mejora en la condición de fortuna de alguno de ellos, el Rvdo. don Bosco se servirá comunicarlo a la Dirección del Real Hospicio, la cual, ante una de esas circunstancias, cesará en su obligación de pagar la correspondiente pensión diaria.

Artículo 6.º

Este convenio empezará a regir el 1.º de mayo de 1870

Turín, 30 de abril de 1870

Por el Rector JUAN BOSCO:
MIGUEL RÚA, *Prefecto.*
FRANCISCO MALINES.
JUAN ANTONIO PANARIO, *Comendador.*

El Siervo de Dios deseaba que también éstos sus nuevos alumnos recibiesen la instrucción elemental que no tenían: en consecuencia escribió al Presidente del Real Hospicio:

Tengo el honor de participar a V. E. que con mucho gusto recibo en esta casa benéfica al muchacho Bielli, que por medio del comendador Pavarino y del caballero Capello, se complace en recomendar.

Esta casa está siempre abierta para los muchachos que V. E. tenga a bien encomendarme.

Pero me encuentro ahora con cierta dificultad, respecto a algunos, de los ya admitidos, cuya educación resulta difícil por carencia absoluta de instrucción. No recibirían aquí la instrucción adecuada, ya que nuestros alumnos más jóvenes deben haber cumplido los doce años.

[859] Yo me decidiría a enviarlos a uno de nuestros colegios de Lanzo o Cherasco; pero allí aumentaría en seis liras la pensión mensual de cada uno.

Con el deseo, pues, de atender a los pobrecitos citados en hoja aparte, recurro a V. E. rogándole que durante tres años se eleve a treinta liras la mensualidad de estos

seis. Transcurrido este tiempo, volverían de nuevo a esta casa, en donde se les destinaría a un arte u oficio apropiado para cada uno de ellos.

Espero que V. E. tome en consideración mi humilde propuesta. Deseando toda suerte de bendiciones celestiales a V. E. y a toda esa benemérita corporación, me considero muy honrado al poderme profesar,

De V. E.

Turín, 31 de agosto de 1870

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

El Presidente del Real Hospicio, comendador Castelli, Senador del Reino, accedió al aumento de seis liras mensuales para los seis muchachos indicados. Y fue dinero bien empleado, porque todos dieron buen resultado y uno de ellos es ahora un excelente sacerdote.

La Autoridad escolar también daba muestras de su aprecio a don Bosco, enviando a la Dirección de la Tipografía Salesiana una honrosa invitación.

GOBIERNO CIVIL DE LA PROVINCIA DE TURIN
DELEGACION DE ESTUDIOS

Turín, 1 de mayo de 1870

Uno de los títulos por los que se considera esta Provincia superior a las demás del Reino, en el campo de la cultura y de la educación, particularmente de las clases más modestas, está en el número de obras educativas, didácticas y populares que se han publicado por los intrépidos editores de la misma, entre los cuales ocupa un lugar distinguido V. S. Ilma.

Queriendo el que suscribe presentar en la próxima exposición didáctica que se montará en Nápoles, con ocasión del Congreso Pedagógico del mes de septiembre, una estadística de las obras de esta clase, publicadas durante este decenio en nuestra provincia, no podría olvidar a V. S. Ilma., cuyo nombre figura con todo derecho entre los que honran la más noble de las artes modernas.

Se adjunta a la presente un cuadro dividido en columnas **[860]** en las que V. S. puede anotar los detalles referentes a los títulos que el abajo firmante ha tenido más en cuenta.

Si V. S. puede devolver el cuadro cumplimentado antes de fin de mes, hará un gran favor a quien se honra declarándose,

De V. S. Ilma.

Su seguro servidor
El Delegado Provincial GARELLI

No hay constancia de lo que hizo don Bosco en esta ocasión; pero el Real Delegado Provincial de Estudios, que fue en adelante sincero y gran amigo del Siervo de Dios, le escribía pocos días después la siguiente carta:

PRESIDENCIA DE LA DELEGACION DE ESTUDIOS
DE LA PROVINCIA DE TURIN

Turín, 6 de mayo de 1870

Ilmo. Señor:

La señora Fortunata Coccorda, directora de un asilo infantil en Buriasco, necesita urgentemente una persona caritativa que se encargue de la educación de su hijo José, huérfano de padre.

Es evidente que nadie puede hacer milagros de caridad, como V. S. Ilma.; por eso se la recomiendo con entera confianza.

Estoy a sus órdenes.

Su seguro servidor
El Delegado de Estudios GARELLI

Lo que movía a don Bosco en todos estos asuntos era siempre la gloria de Dios y la salvación de las almas. Esto le facilitaba también las ocupaciones materiales y financieras, que de ningún modo le enfriaban en el ejercicio del sagrado ministerio. De su corazón brotaba una fuente de agua viva, que se elevaba hasta la vida eterna.

El sacerdote don César Thornasset, de Aosta, en otro tiempo alumno del Oratorio, pedíale consejo para comportarse dignamente en el estado sacerdotal, y él le escribía:

Carísimo:

Se puede hacer una prueba:

Devota preparación y acción de gracias para la santa misa.—

Cada mañana seria meditación.—Durante el día visita al Santísimo Sacramento.—**[861]** Lectura espiritual.—Ruego por ti a María Auxiliadora y al buen Jesús.—*Fratres, sobrii estote* (Hermanos, sed sobrios).

Ruega por tu afmo.

JUAN BOSCO, *Pbro.*

A un seminarista, atormentado por los escrúpulos, le respondía:

Carísimo:

No quiero dejar tu carta sin respuesta. Rogaré por ti, haz bien la meditación, frecuenta la sagrada comunión y te librarás de todo peligro.

En las próximas vacaciones ven un día al Oratorio y hablaremos de todo.

Busca suscriptores a las *Lecturas Católicas*, allí donde puedas, y obtendrás la bendición del Sumo Pontífice y a la vez también la bendición del Señor.

Dios te bendiga a ti y tus estudios. Ruega por mí, que soy tuyo.

Turín, 16 de abril de 1870

Afmo. en Jesucristo
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Al dorso de las estampas de María Auxiliadora escribía y firmaba avisos, jaculatorias y bendiciones. Tenemos algunas de diversos tiempos.

A José Zanetti de Verona, con ocasión de su toma de hábito: Oh María, bendecid a vuestro querido hijo y guiadle siempre por el camino del cielo.

Mi querido Quaranta: Huye del ocio, ama la virtud y el trabajo. La obediencia es la llave de todas las otras virtudes. Dios te bendiga.

Al señor Miguel de Agliano: Dios bendiga a usted y a toda su familia. María les guíe a todos por el camino del Paraíso.

Al señor José Grise Rodali: Dios bendiga a usted y a toda su familia y recompense con largueza su caridad. Y María Auxiliadora sea para todos ustedes la guía hacia el cielo.

A la señorita Carolina Denina, Vía Garibaldi, n.º 28 p. 2.º, Turín: Oh María, rogad por nosotros y libradnos de los peligros del alma y del cuerpo.

A un jovencito: María te dé su santa bendición.

A la condesa Antonia Cays de Giletta: Amala como hija; Ella será para ti y para los tuyos auxilio en vida, consuelo en la muerte y alegría en el cielo.—7 de mayo de 1870.

[862]

CAPITULO LXVIII

LA VIRGEN PROTEGE LA TIPOGRAFIA: EVITA UNA GRAVISIMA DESGRACIA – LECTURAS CATOLICAS: NUEVE DIAS CONSAGRADOS A MARIA AUXILIADORA – *BREVE DEL PAPA ELEVANDO A ARCHICOFRADIA LA PIA ASOCIACION DE DEVOTOS DE MARIA AUXILIADORA – CARTA DE DON BOSCO AL DIRECTOR DEL COLEGIO DE LANZO: PIDE ORACIONES PARA EL EXITO DEL ASUNTO DE SAN JUAN DE LA PIGNA; ESTA A PUNTO DE PARTIR PARA MORNESE: DA UNOS CONSEJOS – OTRA CARTA A LA CONDESA CALLORI: ALABA A MORNESE; DA GRACIAS; RECOMIENDA A UN PARIENTE SUYO: SI VA A MIRABELLO, SE LO COMUNICARA; LE ANUNCIA EL EXITO DEL ASUNTO DE SAN JUAN DE LA PIGNA: LE INVITA PARA LA FIESTA DE MARIA AUXILIADORA Y PROMETE ORACIONES – PREPARATIVOS EN EL ORATORIO PARA LA GRAN FIESTA – TRES CAMPANAS NUEVAS – DON JUAN CAGLIERO INVITA A LOS MUSICOS DE LA CIUDAD AL ENSAYO DEL HIMNO* SAEPE DUM CHRISTI – *RIFA DE UN CUADRO QUE REPRESENTABA AL EPISCOPADO ITALIANO VIVIENTE: DON BOSCO INVITA A LAS SEÑORITAS, QUE LE HAN AYUDADO A DESPACHAR BOLETOS, A UNA MISA QUE EL CELEBRARA SEGUN SU INTENCION – LA* UNIDAD CATOLICA *DESCRIBE EL 24 DE MAYO EN VALDOCCO – DON BOSCO BENDICE A UN ALUMNO Y LE DESAPARECE LA FIEBRE – REUNION DE LOS ORGANIZADORES DE LA FIESTA PARA REMEDIAR LOS INCONVENIENTES HABIDOS EN OTRA OCASION*

MARIA Santísima, invocada siempre con tanto afecto por don Bosco, era la centinela que ahuyentaba del Oratorio las desgracias. Ella libró a sus hijos de múltiples catástrofes, y todos reconocieron en varias ocasiones, que su obra era un prodigio.

[863] He aquí sólo uno. La caldera de vapor de la Tipografía habría podido explotar muchas veces y llevarse por los aires todo el

edificio con los muchachos que pernoctaban en los dormitorios de encima.

La máquina estaba garantizada solamente para cuatro atmósferas y algunas mañanas el manómetro señalaba ocho. El mecánico se acercaba temblando a abrir las válvulas, porque temía una inminente explosión y se maravillaba de que todavía no hubiera sucedido.

Los tipógrafos alababan a María y continuaban sin perturbarse su trabajo para la difusión de buenos libros. En febrero había salido el folleto de las *Lecturas Católicas: LA PALABRA DE LA CRUZ, o sea nociones histórico-dogmáticas y morales sobre la cruz de Nuestro Señor Jesucristo, por el padre Carlos Felipe de Poirino, sacerdote capuchino.* En la portada se leía *Verbum Crucis* (I Cor. 1). El buen fraile se opone en él a los protestantes que blasfeman contra la cruz, sus reliquias, su culto, su colocación por plazas y calles y como remate de las iglesias; y que la hacían pedazos donde quiera que se propagaban sus sectas; describe los milagros obrados por la Santa Cruz y sus maravillosas apariciones en el cielo a la vista de las multitudes.

Para el mes de marzo y abril los suscriptores a las *Lecturas* habían recibido: *EMILIO DEFAIX, o sea el modelo de los artesanos; historia verdadera con los consejos de un amigo sincero, a los jóvenes aprendices, por el abate Richaudeau; traducción de Pedro Bazzetti, presbítero.* El joven Emilio creció en la inocencia, perseveró en el bien, esquivó los peligros del alma, gracias a los cuidados de una madre verdaderamente cristiana y de un hermano incomparable. Murió como un santo a la edad de veintitrés años, después de dieciocho meses de enfermedad. Resignado, en medio de atroces dolores, contento por cumplir la voluntad de Dios, con continuos deseos de Paraíso, confortado con alguna visión que bien puede llamarse celestial, edificó mucho a cuantos le conocían.

Los consejos, que daba después el autor a los jóvenes aprendices, están llenos **[864]** de admirable prudencia y eficacia para prepararlos contra las asechanzas del mundo, quitarles el temor que produce el respeto humano, reforzarles en el amor y en la fe a la Iglesia Católica y animarles a la frecuente recepción de los Sacramentos.

La pluma de don Bosco había preparado para el mes de mayo el folleto: *NUEVE DIAS CONSAGRADOS A MARIA AUXILIADORA, por Juan Bosco, Pbro.*

Decía el Venerable al *Lector:*

A más de las obritas publicadas sobre el culto y las maravillas de María, invocada con el título de *Auxiliadora de los Cristianos,* muchos pedían una novena, que expli-

cara el fin de esta devoción y sirviera de guía para celebrar devotamente la solemnidad establecida en honor de la augusta Reina de los Cielos. Para satisfacer estos piadosos deseos he procurado exponer aquí nueve consideraciones para una novena, que puede servir de preparación a la fiesta de María Auxilio de los Cristianos, y ayudar a quien durante el año desee consagrar nueve días a esta común Bienhechora del género humano.

Y como la asociación de los devotos de María Auxiliadora tiene la finalidad de alcanzar a sus socios la especial protección de María en punto de muerte, gracias a la devoción a Jesús Sacramentado y a su Madre Inmaculada, por eso se procuró tratar esos temas y recoger los pensamientos piadosos que parecían más oportunos para ello.

En cuanto a los ejemplos que siguen a cada consideración, he creído oportuno callar los nombres de las personas a quienes se refieren, para evitarles molestias de algún indiscreto lector. Pero se citan las fuentes de donde se han sacado, y se conserva relación manuscrita auténtica para quien desee satisfacer más su devoción.

Al final hay un apéndice con el reglamento de la Pía Asociación de los devotos de María, que el Sumo Pontífice se dignó a elevar a Archicofradía, con Breve del 5 de abril de 1870.

María Auxiliadora, que en estos tiempos se manifiesta de tantas maneras como bienhechora de la pobre humanidad, nos ayude a ti, cristiano lector, y a mí, para que podamos vivir y morir en la gracia del Señor, y ser todos dignos de cantar un día sus alabanzas eternamente en el cielo. Así sea.

Y el Breve del Sumo Pontífice era el siguiente:

[865] PIO PAPA IX[1]

PARA PERPETUO RECUERDO

Siguiendo la costumbre de los Romanos Pontífices Nuestros Predecesores, Nos acostumbramos, de acuerdo con la necesidad y la oportunidad, enriquecer con par-

---

[1] PIUS PP. IX. Ad perpetuam rei memoriam.—Sodalitia fidelium ad Christianae pietatis et charitatis opera exercenda instituta, praecipuis honoribus privilegiisque, ex Romanorum Pontificum Praedecessorum Nostrorum more, pro re ac tempore ditamus. Itaque cum dilectus filius Ioannes Bosco, presbyter Taurinensis, enixas Nobis preces humiliter adhibuerit, ut Piam Sodalitatem sub titulo *«dei Divoti di Maria Ausiliatrice»* quae in Ecclesia in honorem eiusdem B. M. V. Auxiliatricis civitatis istius Taurinensis canonice iampridem erecta, Sodalium religione et frequentia eo crevit brevi, ut longe etiam dissita loca pervaserit, in commodum praesertim Sodalium, qui alio in loco ab Taurinensi Urbe versantur, Archisodalitatis titulo et privilegiis augere, de benignitate Nostra dignaremur, Nos memorati dilecti filii votis obsecundare lubenti animo voluimus. Quae cum ita sint, omnes et singulos, quibus Nostrae hae Litterae favent, a quibusvis excommunicationis, et interdicti, aliisque ecclesiasticis censuris, sententiis et poenis quovis modo vel quavis de causa latis, si quas forte incurrerint, huius tantum rei gratia absolventes et absolutos fore censentes, Sodalitatem *«dei Divoti di Maria Ausiliatrice»*, de qua habita ante mentio est, in Ecclesia in honorem Immaculatae Mariae Virginis sub eodem nomine istius civitatis Taurinensis canonice, ut asseritur, erectam, in Archiconfraternitatem cum omnibus et singulis honoribus, praeeminentiis, praerogativis, iuribus, et privilegiis solitis et consuetis, hisce Litteris, perpetuo Auctoritate Nostra Apostolica erigimus et instituimus. Porro Archiconfraternitatis ita erectae Moderatoribus et Confratribus nunc et

ticulares favores y privilegios las Asociaciones de los fieles, cuyo fin es el ejercicio de obras de cristiana piedad y caridad. Por eso, habiéndonos presentado el amado hijo Juan Bosco, sacerdote turinés, humildes y reiteradas peticiones de querer benignamente, sobre todo para comodidad de los asociados, que viven en lugares apartados de la ciudad de Turín, enriquecer con el título de Archicofradía y de otros privilegios la Pía Sociedad de los *devotos de Maria Auxiliadora*, la cual, canónicamente erigida en Turín en la iglesia dedicada a la misma Bienaventurada Virgen Auxiliadora, creció tanto en poco tiempo por la devoción y multitud de los socios que penetró hasta en lejanas regiones, Nos queremos de buen grado, secundar los deseos de dicho amado hijo.

Por lo cual, absolviendo y considerando absueltos a todos y cada uno de aquéllos a quienes se refiere este Breve, de cualquier sentencia de excomunión, de entredicho y de toda otra censura y pena eclesiástica, de cualquier modo y por cualquier causa contraídas, si hubieran incurrido en ellas, con estas nuestras letras erigimos e instituimos para siempre, con Nuestra Apostólica Autoridad, la citada *Sociedad de los Devotos de María Auxiliadora*, erigida canónicamente, como se afirma, con este mismo título en Turín, en la iglesia dedicada a María Virgen Inmaculada, con los favores, preeminencias, prerrogativas, derechos y privilegios acostumbrados. Además, **[866]** por nuestra misma autoridad y con el presente Breve concedemos a los Rectores y Hermanos de la Archicofradía así erigida, presentes y futuros que, cumpliendo la Constitución de Clemente VIII nuestro Predecesor, de veneranda memoria, ya publicada hace tiempo, puedan libre y lícitamente agregarse otras Asociaciones del mismo título e institución, que están canónicamente instituidas únicamente en la diócesis de Turín, y comunicarles todas las indulgencias, remisión de pecados y condonación de penitencias concedidas por esta Santa Sede Apostólica a la Sociedad erigida ahora por Nos en Archicofradía, y todas las otras comunicables. Decretamos que este nuestro documento sea estable, válido y eficaz ahora y siempre, y que surta pleno y total efecto; y que ayude ampliamente a aquéllos a quienes pertenece o pertenecerá en lo porvenir; que en lo dicho deban juzgar y definir lo mismo todos los jueces Ordinarios delegados, y también los Auditores de Causas del

---

pro tempore existentibus, ut alias quascumque Sodalitates eiusdem nominis et instituti in Dioecesi Taurinensi tantum canonice institutas, servata Clementis VIII Praedecesoris Nostri recol. mem. desuper edita Constitutione, aggregare, illisque omnes et singulas Indulgentias, peccatorum remissiones, ac poenitentiarum relaxationes, ipsi Sodalitati, nunc per Nos in Archiconfraternitatem erectae, ab hac Sancta Sede Apostolica concessas et alias communicabiles communicare libere et licite possint et valeant, eadem Auctoritate Nostra vi praesentium impertimur. Decernentes praesentes Nostras Literas firmas, validas et efficaces existere et fore, suosque plenarios et integros effectus sortiri et obtinere, illisque ad quos spectat et pro tempore quandocumque spectabit plenissime sufragari; sicque in praemissis per quoscumque iudices ordinarios et delegatos etiam Causarum Palatii Apostolici Auditores iudicari et definiri debere, irritumque et inane si secus super his a quoquam quavis auctoritate scienter vel ignoranter contigerit attentari.

Non obstantibus Constitutionibus et Ordinationibus Apostolicis, nec non dictae Sodalitatis etiam iuramento, confirmatione Apostolica, vel quavis firmitate alia roboratis statutis et consuetudinibus, ceterisque contrariis quibuscumque.

Datum Romae, apud S. Petrum, sub Annulo Piscatoris, die V Aprilis MDCCCLXX, Pontificatus Nostri Anno vigesimo quarto.

Pro Domino Cardinali PARACCIANI CIARELLI
F. PROFILI *Substitutus.*

Palacio Apostólico; que sea vano e inútil el juicio, lo que nunca suceda, si alguno con cualquier autoridad, a sabiendas o por ignorancia, juzgue diversamente sobre ello.

Sin que obsten las Constituciones y Ordenes Apostólicas y los reglamentos y costumbres de dicha asociación, aun confirmados con juramento, aprobación apostólica y de cualquier otro modo, y toda determinación en contrario.

Dado en Roma junto a San Pedro, bajo el Anillo del Pescador, el día 5 de abril de 1870, año vigésimo cuarto de nuestro pontificado.

Por el Cardenal PARACCIANI CLARELLI
F. PROFILI, *sustituto.*

[867] Las gestiones para abrir la deseada casa en Roma debían discutirse definitivamente por aquellos días, y el Venerable, a quien tanto le interesaba esto, escribía a Lanzo lo que tal vez también escribió a las otras casas:

Muy querido Lemoyne:

El viernes próximo se tratará en Roma el asunto de nuestra iglesia de San Juan de la Pigna. Recomienda para aquel día el ayuno en la Sociedad a los que puedan hacerlo sin incomodidad. Que los sacerdotes pongan una intención particular en la santa misa, y los demás hagan la comunión. Que pidan a Dios disponga las cosas como El crea que han de ser para su mayor gloria.

Creo que don Domingo Pestarino espera a don Francisco Bodratto para el domingo. A su paso por Turín, recuerde que tengo algo que darle. Yo iré el lunes.

Estoy estudiando cómo organizar un viajecito de todo el Colegio de Lanzo para la fiesta de María Auxiliadora. Ya hablaremos y veremos lo que se puede hacer.

Dedica tus cuidados y diligencias a los aspirantes de la Sociedad, y a los que parecen preparados para los exámenes elementales o medios.

Si Scaravelli está libre, mándale un par de días a Turín para escribir las direcciones de los inscritos como devotos de María Auxiliadora.

Dios os bendiga a ti y a todos los tuyos. Un afectuoso saludo con un ¡viva! para todos. *Amén.*

Afmo. en Jesucristo
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P. D. La biografía de Mazzarello ya está en la imprenta.

Don Bosco era, pues, esperado en Mornese.

Don José Pestarino, sobrino de don Domingo Pestarino, fue ordenado sacerdote el sábado santo, que coincidió con el 16 de abril. Pero como el tío deseaba que se celebrase su primera misa en Mornese el 8 de mayo, tercer domingo después de Pascua y fiesta del Patrocinio de san José, el sobrino se quedó en Acqui en casa del ca-

nónigo Olivieri, entonces arcipreste de la Catedral, y no volvió a Mornese hasta el sábado anterior al tercer domingo después de Pascua. Y celebró la primera misa solemnemente en la capilla del colegio.

El notario Antonio Traverso hizo imprimir y leyó una hermosa poesía suya de ocasión.

[868] Las fiestas duraron tres días. Don Bosco llegó el segundo por la mañana del 9 de mayo, acompañado de don Santiago Costamagna.

Este nos contó que asistieron a la comida veinte párrocos y sacerdotes. Presentaron en la mesa diversas clases de fruta madura y de magnífico aspecto y un comensal preguntó bromeando si habría en el paraíso alimentos tan sabrosos. Don Bosco se puso a hablar del paraíso y dijo que los sentidos del cuerpo glorificado tendrían un premio inefable, adaptado a su nueva condición; y que en el solemnísimo banquete preparado por el Señor para sus elegidos, sería él mismo quien serviría los celestes manjares. Y, citando las Sagradas Escrituras, expuso verdades tan profundas, y a un tiempo tan atrayentes, que aquellos sacerdotes, olvidando los alimentos que tenían delante, le escuchaban estáticos y conmovidos, con las manos juntas, como si oyeran hablar a un ángel del Señor.

De su viaje a Mornese y del éxito de las gestiones para la casa de Roma tenemos noticia en otra carta, que manifiesta el reconocimiento y aprecio en que tenía a la noble condesa Callori, a quien iba dirigida, y la confianza casi filial que don Bosco le profesaba:

Benemérita señora Condesa:

Recibí su carta en Mornese, que es el paraíso terrestre de la provincia de Acqui. Agradezco su inmensa bondad y caridad. Mi viaje fue estupendo. La interrupción de las ocupaciones ordinarias, el mayor descanso y las buenas comidas me han hecho mucho bien, claro que al cuerpo.

Le agradezco la caridad que me ha dispensado y me dispensa; me esmeraré para que su obra produzca el céntuplo *coram Deo et coram hominibus* (ante Dios y ante los hombres). A primeros de junio empezaré la *Historia Eclesiástica,* o mejor, se empezará a imprimir, puesto que el trabajo está terminado.

Le adjunto una cartita para el bondadoso caballero Giacosa. Es la primera vez que recomiendo a un pariente; se lo había prometido como premio y lo hago porque se lo.ha ganado. Es una sencilla recomendación y nada más.

Tenga la bondad de saludar de mi parte y dar las gracias a este piadoso y caritativo señor.

Esta semana pasaré por donde esa conocida persona, y quién sabe si **[869]** no se resolverá a hacer algo importante en honor de María Auxiliadora. Para estas co-

sas la condesa Callori es única. Si puedo ir a Mirabello, le avisaré antes y ciertamente haré una parada en su casa.

Anteayer hubo una reunión en Roma para tratar la cuestión de la iglesia de San Juan de la Pigna. Resultó bien para nosotros; tal vez tenga que hacer un viaje a Roma; he escrito hoy para ver si puedo evitarlo o al menos dilatarlo.

El martes no estaré en Turín; pero sí los demás días hasta el 24, consagrado a María Auxiliadora. ¿No vendrá a hacernos una visita? Celebraremos una fiesta de primera clase. Hoy ha comenzado la novena. Todos los días se celebrará una misa según su intención en el altar de María Auxiliadora. Como intención principal pongo la perfecta y duradera curación de la virtuosa señorita Victoria.

Que Dios les bendiga a usted, al señor Conde y a toda su familia. Ruegue por mí, que con gratitud me profeso,

De V. S. B.

Turín, 15 de mayo de 1870

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

La novena de María Auxiliadora ponía en movimiento a todo el Oratorio. Se imprimieron invitaciones con el horario de la novena y de la fiesta y se distribuyeron ochocientas. Había en ellas el siguiente aviso: «Quien deseare inscribirse en la Asociación de María Auxiliadora pase por la sacristía, donde encontrará una persona expresamente encargada de ello. La limosna que los asociados hagan este año se destinará para el pago del órgano, ya construido, y que pronto se colocará en la iglesia de la Asociación».

Había que colocar tres nuevas campanas pequeñas en el campanario, las cuales formarían con las otras cinco un carillón en *mi bemol*, para tocar aires musicales, canciones sagradas y marchas festivas.

Mientras se preparaba el ambigú para el servicio de bebidas y comestibles, los bancos de cambio para la feria y la iluminación, los músicos ensayaban sus cantos y sus conciertos. Don Juan Cagliero hacía el día 22, domingo, el ensayo general de la misa, las vísperas y su nuevo himno *Saepe dum Christi* con los muchachos y los maestros de la ciudad por él invitados. Para este fin había repartido una invitación impresa, para los entendidos y los bienhechores.

[870] El Venerable, ayudado por señoritas, hijas de distinguidas familias, organizó la rifa de un hermoso cuadro, de un metro veinte por noventa y cinco centímetros, que representaba al Episcopado italiano viviente. Cada boleto valía cincuenta céntimos. Al que compraba diez se le regalaba una fotografía del mismo, en tamaño de veinticinco centímetros por veintiuno. Se hicieron más de mil bole-

tos. Se expuso el cuadro en el Oratorio. Cuando se vendieron los boletos, se publicó en la *Unidad Católica* el número premiado.

Agradecido a sus jóvenes bienhechoras, don Bosco hizo imprimir cuatrocientos ejemplares con la siguiente circular, a la que quiso dar amplia difusión:

Mayo de 1870

Benemérita Señorita:

Como prueba de agradecimiento a las beneméritas señoritas que colaboraron en la rifa a favor de la iglesia de María Auxiliadora, he pensado celebrar la santa misa según su piadosa intención el día 23 del corriente mes, a las nueve de la mañana. Por si usted desea asistir, le invito a ella con la debida deferencia.

Después de la misa, si no tiene inconveniente, pase a la sacristía, donde se le entregará una estampita de María Auxiliadora.

Dios la bendiga y conceda muchos años de vida feliz, mientras, con verdadero reconocimiento, me cabe el honor de profesarme.

De V. S. B.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

¡Qué bonito es el agradecimiento de los santos!

Y llegó el gran día 24, así descrito por la *Unidad Católica* del martes, 31 de mayo.

Con verdadero placer hemos asistido a la fiesta celebrada en Turín en el templo dedicado a María Auxiliadora. Fue un verdadero triunfo religioso. Asistió un gentío inmenso de la ciudad y de fuera. Desde las cuatro de la mañana hasta la una de la tarde dos sacerdotes distribuían casi ininterrumpidamente la sagrada eucaristía a los devotos. Se interpretó una música bellísima, pero superó la expectación pública el himno original de don Juan Cagliero, que recuerda la famosa batalla de Lepanto. Se había corrido la voz y fueron muchos los ciudadanos que cerraron sus comercios para asistir. Eran las seis de la tarde; al menos diez mil oyentes se apiñaban en la espaciosa iglesia, **[871]** y un sinnúmero de gente estaba fuera. La orquesta, los bajos, los tenores, los solistas, los coros, los sopranos, los contraltos y las voces estaban de tal suerte combinados, que, si por un lado parecía un drama guerrero, por otro representaba al vivo las glorias de María en la famosa victoria de Lepanto, tal como está literalmente descrita en el himno de la solemnidad. Nos gustó en todas sus partes, máxime el delicioso cuarteto de contraltos: *Virgines castae, puerique puri, etc.* (las castas vírgenes y los niños sin mancilla, etc.). Resultó grandioso y devoto el *Tantum ergo* cantado por bajos y tenores, con trescientos sopranos desde la cúpula. Cerró la hermosa jornada un amenísimo disparo de fuegos de bengalas, en forma de batalla, realizado en el patio del establecimiento. Eran padrinos de la fiesta el conde y la condesa Giriodi de Monasterolo.

Celebróse también con gran solemnidad el día 26, dedicado a la Ascensión del Señor. Aquella mañana se dio una prueba más de la eficacia de las bendiciones de don Bosco.

El muchacho Pedro Marchino, que estudiaba en el Oratorio el segundo curso de bachillerato, fue víctima de una fiebre violenta en el mes de mayo: el domingo anterior a la fiesta de la Ascensión, con dificultad pudo estar en la iglesia hasta el final. Se puso en cama; recetóle el médico quina, cedió la fiebre de momento, pero muy pronto, ésta recobró su fuerza. El día de la Ascensión se dio cuenta el muchacho de que no mejoraba. Sin decir nada a nadie se levantó, se vistió, salió de la enfermería y fue a la sacristía de la iglesia, donde don Bosco estaba a punto de revestirse los ornamentos sagrados para salir al altar. Marchino se acercó a él y le dijo:

—Don Bosco, tengo fiebre, bendígame.

Don Bosco le miró afectuosamente y le dijo:

—Voy a celebrar la santa misa y, cuando acabe, te daré la bendición que pides.

Marchino tomó el misal para ayudar la misa. Don Bosco se puso el amito, pero de repente se lo quitó y dijo:

—No, amigo Marchino, te daré la bendición antes de misa; arrodíllate.

Marchino se arrodilló, don Bosco le bendijo y el muchacho se sintió como libre de una gran opresión al pecho, ayudó la misa y no tuvo más fiebre. Así lo atestiguaba el mismo agraciado, siendo ya sacerdote.

[872] Después de las fiestas de María Auxiliadora, de acuerdo con la costumbre de años anteriores, don Miguel Rúa reunió a los que habían cumplido alguna encomienda en ella. Expuso cada uno los inconvenientes que había observado y se sugirieron soluciones para el año siguiente. Se levantó acta de todo para leerla unos días antes del 24 de mayo de 1871. Reuniones parecidas se celebraban en todas las ocasiones extraordinarias, que parecían alterar la vida ordinaria del Oratorio, y se llevaba cuenta de todo ello en el *Cuaderno de Experiencias*, que era el secreto para hacer las cosas con orden.

[873]

CAPITULO LXIX

EL PUEBLO CRISTIANO PIDE A LOS PADRES DEL CONCILIO QUE SE PROCLAME A SAN JOSE PATRONO PRINCIPAL DE LA IGLESIA – LECTURAS CATOLICAS: HISTORIA DEL CULTO A SAN JOSE – *DON BOSCO VA A ALASSIO: CONVENIO CON EL MUNICIPIO – ACTO DE HUMILDAD EN UNA CARTA AL ARZOBISPO DE URBINO – ESCRIBE AL DIRECTOR DE MIRABELLO: SI NO PODEMOS OBTENER UN* OPTIME, *CONFORMEMONOS CON UN REGULAR; HUMILLEMONOS Y OREMOS; ESPERA LOS CUADERNOS DE LA HISTORIA ECLESIASTICA; TIENE CUARENTA PETICIONES PARA FUNDACIONES DE CASAS – OTRA CARTA SUYA A LA CONDESA CALLORI: PRONTO PASARA A LA IMPRENTA LA HISTORIA ECLESIASTICA; SE TRATA DE TRASLADAR EL COLEGIO DE MIRABELLO A BORGO SAN MARTINO; MOTIVOS DEL TRASLADO – OTRA CARTA PARA DON JUAN BONETTI; LE COMUNICA QUE ESTA CERRADO EL CONTRATO CON EL MARQUES SCARAMPI PARA LA COMPRA DE SU PALACIO EN BORGO SAN MARTINO; LA CRONOLOGIA EN LA HISTORIA ECLESIASTICA; COMO DON MIGUEL RUA ESTA ALGO INDISPUESTO, LO ENVIARA A MIRABELLO; PIDE A LOS ALUMNOS QUE OFREZCAN UNA COMUNION POR EL Y QUE ABORREZCAN LAS MALAS CONVERSACIONES – VELADA MUSICAL EN EL ORATORIO PARA LOS GASTOS DEL ORGANO – INVITACION DE DON BOSCO A LOS REPARTIDORES DE INVITACIONES PARA LA VELADA A FIN DE HACER EL RECUENTO DE LAS CANTIDADES RECOGIDAS – DON BOSCO Y EL PROYECTO DE LA IGLESIA DE SAN JUAN EVANGELISTA EN PUERTA NUEVA: SU CARTA DE AGRADECIMIENTO A UN GENEROSO DONANTE – OFRENDA DE LOS HIJOS DE DON BOSCO PARA EL OBOLO DE SAN PEDRO – LA FIESTA DE SAN JUAN BAUTISTA: PRIMERAS DEMOSTRACIONES DE LOS* [874] *EX-ALUMNOS CONSTITUIDOS EN COMISION – DON BOSCO PREDICE QUE NO MORIRA CIERTO CLERIGO A PUNTO DE MUERTE*

DON Bosco era muy devoto de San José, y tenía gran confianza en su patrocinio. Muchos prelados, los superiores generales de las órdenes religiosas y los fieles, con ciento cuarenta mil firmas, habían pedido a los Padres del Concilio Vaticano que San José, esposo de María Santísima, fuera declarado patrono principal de la Iglesia Universal. El Siervo de Dios, secundando este movimiento religioso, había encargado al padre Gobio que escribiera un follero para honrar al Santo Patriarca, y el fascículo apareció en las *Lecturas Católicas* del mes de junio, con el título de: *Historia del Culto de San José, Esposo de María Virgen, por el P. Inocencio Gobio, C. R. Barnabita.*

El autor saca noticias biográficas de los Evangelios; después trata del culto a este augusto Patriarca durante los siete primeros siglos de la iglesia y del siglo VIII hasta el siglo XIX, y de su maravilloso incremento hasta 1870. Termina con una reflexión sobre las glorias del Esposo de María Santísima.

En los últimos días de mayo fue el Venerable a Alassio, acompañado por don Miguel Rúa. Allí le esperaban para cerrar el contrato del internado y las escuelas para la ciudad. La idea del hospicio fue desechada, aun cuando don Bosco pensaba establecer allí un número reducido de aprendices, con algún carpintero, sastre y zapatero, para servicio del instituto. El viaje era pesado, puesto que el ferrocarril terminaba en Savona y el viajero debía proseguir en coche hasta Alassio. Don Bosco no se preocupó de la incomodidad, pues le urgía contentar al Obispo, monseñor Rafael Biale, que hacía meses insistía para tener a los Salesianos en su diócesis. El buen párroco de Alassio le esperaba con los brazos abiertos, en compañía de varios sacerdotes y del canónigo Francisco Ampugnani, el cual se ofreció para ayudarle en todo lo que pudiera en aquella fundación. Don Bosco y don Miguel Rúa se hospedaron en casa del párroco Della Valle.

[875] Reunióse la Junta Municipal con don Bosco y se estipuló felizmente un convenio, cuya copia auténtica conservamos.

CONVENIO ENTRE LA JUNTA MUNICIPAL Y EL RVDO. DON JUAN BOSCO PARA LA APERTURA DE UN COLEGIO-INTERNADO

El año del Señor mil ochocientos setenta, el día primero del mes de junio, en Alassio, y en la sala consular.

Están presentes los señores: Lázaro Brea, alcalde y presidente; el conde Juan Bautista Morteo y Francisco Biancardi, e interviene el reverendo don Juan Bosco.

Congregada como queda dicho arriba la Junta Municipal, expone el Presidente

el objeto de la presente reunión, que es realizar el proyecto de convenio relativo a la apertura de un Colegio-Internado en la ciudad de Alassio, proyecto presentado por el reverendo don Juan Bosco, ya resuelto por este Consejo con su disposición del dos de diciembre de mil ochocientos sesenta y nueve, y aprobado por la Delegación Provincial de Estudios de Génova, con su decreto del 30 de marzo de 1870. Invita en consecuencia a la sobredicha Junta a llegar a un acuerdo.

Y la Junta Municipal:

Siguiendo la invitación hecha y vista la disposición ya dicha con su correspondiente Decreto;

Después de haber concertado con el susodicho don Bosco y en relación con dicho proyecto algunas añadiduras y anulaciones favorables al Municipio, así como algunas aclaraciones, que se juzgaban oportunas;

Visto lo dispuesto por el artículo 93, n.º 4 de la ley municipal;

Unánimemente llega a concluir con el mismo don Bosco el siguiente convenio:

Art. 1.º.—El sacerdote Juan Bosco se obliga por sí mismo y sus continuadores a abrir un colegio internado en esta ciudad de Alassio y a impartir la enseñanza clásica media y elemental, tanto a los muchachos de la ciudad como a los forasteros que quisieran tomar parte.

Art. 2.º.—El mismo Sacerdote proveerá cinco maestros para los cursos elementales con sus correspondientes títulos y proveerá también los profesores idóneos, y en número suficiente para los cinco cursos de bachillerato.

Organizará, además, un curso técnico con enseñanza de francés, italiano, geografía y aritmética, programado con los cursos de bachillerato, de modo que el de tales ramas científicas se corresponda con el curso técnico y clásico, sin que el sacerdote Bosco esté obligado a añadir otros maestros, a más de los establecidos para los cursos de bachillerato.

Art. 3.º.—La enseñanza de las clases elementales y medias se hará **[876]** de acuerdo con las leyes y las disciplinas establecidas por los programas del Ministerio de Instrucción Pública.

Art. 4.º.—Todos los gastos de mobiliario y enseres para el internado correrán a cargo del sacerdote Bosco. Por su parte el Ayuntamiento, como propietario, en conformidad a lo prescrito por el artículo 1604 del Código Civil italianó, se obliga:

1.º.—A hacer todas las reparaciones que sean necesarias para el uso y conservación del edificio y locales anejos.

2.º.—A proveer y mantener en las escuelas, lo mismo elementales que medias, el mobiliario y demás elementos necesarios, cuya propiedad conservará.

Art. 5.º.—El Municipio se obliga a pagar al sacerdote Juan Bosco el personal docente de las escuelas elementales y medias hasta el grado de enseñanza clásica (5.º curso) inclusive, que quedará a su cargo, nueve mil liras anuales, más la cesión a su favor de los ingresos por honorarios a los maestros que más abajo se citan.

Art. 6.º.—El Municipio se obliga, además, a entregar al mismo sacerdote Juan Bosco una prima de dos mil liras, durante cinco años, por los gastos de la primera instalación y del mantenimiento del internado.

Art. 7.º.—El presente convenio durará cinco años y se entenderá renovado, siempre que de una parte no se haya anunciado cinco años antes.

Si por fuerza mayor, se debiera rescindir el convenio dentro del primer quinquenio, el Municipio ya no estará obligado a pagar ninguna anualidad, ni la primera correspondiente en los años sucesivos.

Art. 8.º.—Si sucediera que se abriese un colegio provincial en Alassio, el sacer-

dote Bosco se obliga a poner en el bachillerato municipal todos los cursos de bachillerato y aun de liceo, prescritos por las leyes, previo entendimiento con la Delegación Provincial competente.

Art. 9.º—El Municipio concede provisionalmente al sacerdote Bosco el uso de los locales del actual Colegio para los cursos antes dichos, y, para internado, el Palacio Durante con el patio y pequeño jardín anejos.

En caso de que este edificio fuera definitivamente destinado a Internado y Escuelas, el Municipio concedería también el jardín actualmente ocupado por Juan Schivo, lindante con dicho edificio.

Art. 10.º—De acuerdo con las partes, quedan aprobados, para los cursos de bachillerato, unos honorarios que concuerdan con las leyes de enseñanza, a imponer a los alumnos, y que determinará el sacerdote Bosco; o sea, para los dos cursos de Retórica, el máximo no podrá pasar de treinta liras, y para los otros de veinticuatro.

Los alumnos de Alassio gozarán de una rebaja, a saber: el máximo **[877]** para los dos cursos de retórica se fija en veinte liras, y para los otros, en dieciséis. Los alumnos pobres, reconocidos como tales por la Junta Municipal, están exentos de honorarios.

El Municipio se cuidará del cobro, con lista a propósito, por medio del Recaudador.

Los internos del Colegio y todos los alumnos de las clases elementales estarán exentos de honorarios al profesorado.

Art. 11.º—Todos los alumnos externos pueden asistir a los mismos cursos de enseñanza que se darán a los internos, con tal de que se uniformen a la disciplina y horarios de cada clase.

Art. 12.º—En cuanto a las disposiciones sobre moralidad e instrucción religiosa, el Municipio se atiene a la prudencia del sacerdote Bosco y del señor Párroco del distrito en que se encuentra el Colegio.

Art. 13.º—La Dirección y Administración del Colegio Internado y de las escuelas corresponde totalmente al sacerdote Bosco, pero con dependencia del Delegado del Distrito, según lo prescrito por las leyes vigentes para la instrucción pública.

Sin embargo, él aceptará de buen grado cualquier aviso o consejo que el Alcalde y los señores concejales juzgaren necesarios para el progreso científico, moral y sanitario de las escuelas y de sus alumnos; no obstante, todo se hará a través del sacerdote Bosco, o de quien lo represente en el Colegio Internado de Alassio.

Art. 14.º—Las escuelas se abrirán al principio del curso escolar 1870-1871.

Como testimonio se extiende la presente acta que, previa lectura y aprobación, firman:

JUAN BOSCO, *Pbro.*
B. L. BREA, *Presidente.*
J. B. MORTEO, *Teniende alcalde.*
J. B. ARMATO, *Secretario.*

V.º Se aprueba.
Génova, 20 de junio de 1870

El Gobernador Presidente del Consejo de E. P.
E. MAYR

Registrado en Alassio, el 1 de julio de 1870, en el Reg. 7, folio 67 - N.º 458, con los derechos pagados de ciento cincuenta y una liras con ochenta céntimos, según recibo firmado.

MORANDO, *Recaudador.*
Es copia de acuerdo, según costumbre
Alassio, 6 de julio de 1870

El Secretario municipal
J. B. ARMATO

[878] Una vez cerrado el contrato, volvió don Bosco a Turín. Se detuvo en Albenga, para visitar al Obispo, que le recibió con gran alegría y reconocimiento.

Ya en casa, dio una prueba más de su humildad respondiendo a ciertas apreciaciones y observaciones que el profesor de Historia Eclesiástica en el Seminario de Urbino le había presentado, a través de su Arzobispo, sobre la Historia Eclesiástica.

3 de junio de 1870

Excelencia Rvma.:

No sé si ya contesté a la amabilísima carta que hace unos meses me escribió. Como me la encuentro de nuevo, sin señal de haberla respondido, cumplo o renuevo hoy mi deber.

Recibí, pues, una carta de V. E. Rvma. con unas observaciones a la pequeña *Historia Eclesiástica* poco ha publicada.

Sus observaciones me agradaron mucho y las tendré en cuenta para la próxima edición.

Es más; si el mismo profesor o cualquier otra persona hallase algo en éste o en cualquier otro libro mío que le parezca se deba corregir o simplemente mejorar, lo tendré como un favor y será un gran servicio que presta a la verdad de la historia, haciéndomelo conocer.

No sé si V. E. tendrá ocasión de pasar alguna vez por esta ciudad; si así fuere, me vería muy honrado con su visita y de que considerase esta pobre casa como suya.

Rogándole dé las gracias de mi parte al citado profesor, pido humildemente su santa bendición y me profeso con gratitud,

De V. E. Rvma.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Escribió otra carta preciosísima al Director de Mirabello aprobando su celo iluminado y discreto en la educación de los alumnos y pidiendo el título de don Francisco Cerruti, que en su corazón ya había destinado a la dirección de Alassio.

Muy querido Bonetti:

Estoy totalmente de acuerdo contigo. Buscamos el *óptime*, pero, muy a nuestro pesar, hemos de conformarnos con el *regular* en medio de tanto **[879]** mal. Los tiempos son así. Sin embargo, debemos estar satisfechos de los resultados hasta ahora obtenidos. Humillémonos ante Dios, reconozcamos que todo viene de él, recemos y, especialmente en la santa misa, en el momento de la elevación de la Hostia, encomiéndate a ti, tus trabajos y a tus hijos.

No dejaremos a su tiempo de tomar las providencias que pueden contribuir al aumento de las vocaciones; pero, entre tanto, trabajo, fe y oración.

La señora Rúa te dirá algo sobre la encargada de la ropería. Pronto nos volveremos a ver.

Mándame cuadernos de la Historia Eclesiástica.

Di a don Francisco Cerruti que me envíe, cuando pueda, su diploma y que esté muy alegre, pero que se haga bueno. Saluda a Julio y todos los demás amigos.

Que Dios os bendiga a todos. Ruega por mí que soy tuyo

Turín, 6 de junio de 1870

Afmo. en Jesucristo
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P. D. Al día de hoy tenemos cuarenta solicitudes para abrir colegios, seminarios, etc. con buenas proposiciones. ¡Cuánta mies!

El Seminario Menor de Mirabello estaba a punto de ser trasladado a Borgo San Martino. Don Bosco se lo comunicaba, con toda delicadeza, a la condesa Callori.

Benemérita señora Condesa:

Le soy deudor de varias cartas. He recibido las mil liras, que tan caritativamente me envió para la Historia Eclesiástica, a la que no le falta más que el *canon de la infalibilidad* para enviarla a la imprenta.

He recibido el dinero que me envió por los números de la rifa, más los números que le enviaron por encima de los pedidos.

Dios le pagará todo y por todo. *Amén.*

Voy a darle una noticia extraña: se trata de trasladar el Seminario de Mirabello a Borgo San Martino, al palacio del marqués Scarampi.

Los motivos son: local apto para los recreos, patio para la cocina, proximidad del ferrocarril y un local grande y espacioso para comprar. En Mirabello, frío glacial en el pueblo; edificio, casi sin espacio para recreo, y por tanto poco salubre; lejanía del ferrocarril.

Para poner a punto el local actual y poder continuar, comprendida la capilla, tendríamos que gastar más de ciento veinte mil liras. Para la nueva adquisición habría un gasto de ciento catorce mil liras, pero con quince obradas[1] de terreno, donde se puede cortar madera por cerca **[880]** de veinte mil liras. Y como Mirabello comenzó bajo sus auspicios, no quiero determinar nada sin su previo parecer.

[1] *Obrada.*—Medida superficial agraria que comprende, según los lugares, de 39 a 53 áreas. (N. del T.).

Pero advierta que no pretendo con la presente invitarle a que me dé dinero. Le agradezco lo que ha hecho, y por ahora procuraré no molestarla, teniendo en cuenta que ya he disfrutado muchas veces y de mil modos hasta ahora de su caridad.

Que el Señor la bendiga, señora Condesa, y con usted a toda su familia y les conceda a todos buena salud, durante muchos años de vida feliz y el precioso don de la perseverancia en el bien.

Encomiendo también mi alma a la caridad de sus oraciones y me profeso,
De V. S. B.

Turín, 16 de junio de 1870

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

También comunicaba a don Juan Bonetti el deseado anuncio:

Muy querido Bonetti:

El contrato quedó definitivamente cerrado por ciento catorce mil liras... El jardín, el bosque, el huerto vecino al edificio y el mobiliario, nada lujoso, son nuestros. La escritura se otorgará a primeros del próximo agosto a más tardar. La autorización notarial costará más de veinticinco mil liras. Ahora es preciso que demos los pasos para conseguir el dinero. Habla con Vicente Provera para saber si por acaso tuvieran alguna cantidad disponible. Si tú pudieras añadir diez mil liras, me ocuparía yo de lo demás.

Me he olvidado hablarte de la *Historia Eclesiástica*. Están bien las notas del cuaderno que me enviaste, pero hay que saber si la cronología está tomada de algún autor de fama: de lo contrario, es mejor atenerse a la de Baronio, que es la seguida ordinariamente por los italianos. Habla de ello con don Francisco Cerruti y dime algo después. Tenemos a don Miguel Rúa un poco malucho. Quizás te lo envíe el lunes para que me lo pongas bueno.

Di a tus hijos que don Bosco les quiere con toda su alma. Que el día de san Juan les encomendará en la santa misa de modo particular. Que, como no puede estar ese día con ellos, les promete una fiestecita en la primera ocasión que vaya a visitarles. Que les pide por caridad comulguen según su intención, para poder salvar su alma, y que otra de las gracias que les pide, por amor del Señor, es un esmero especial para huir, evitar e impedir las malas conversaciones.

Dios os bendiga a todos y os conserve siempre en el camino que lleva al Cielo. *Amén.*

Turín, 16 de junio de 1870

Afmo. en Jesucristo
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[881] Mientras don Bosco acometía empresas tan extraordinarias, se acercaba el momento en que debía pagar el magnífico órgano de la iglesia de María Auxiliadora a los hermanos Lingiardi de Pavía. Con este fin, organizó el Siervo de Dios un grandioso concierto musical con gran orquesta. Una Comisión de jóvenes de la nobleza,

ayudada por algunos de los principales comerciantes de la ciudad, se encargó de la venta de las entradas en el patio del Oratorio, al precio de dos liras. Y se imprimió la siguiente invitación:

Turín, junio de 1870

Ilmo. Señor:

Los músicos del Oratorio de San Francisco de Sales, junto con una selección de maestros y aficionados de esta ciudad, con el deseo de contribuir a los gastos del órgano, que se está colocando en la iglesia dedicada a María Auxiliadora, han organizado un concierto benéfico para el 17 del presente mes, desde las siete a las nueve de la tarde, en el que se interpretarán:

1.º Homenaje a los espectadores con varias obras, a coros y solos.

2.º La Noche y el Día, del Maestro Juan De-Vecchi, escena fantástica, en la que, con una nueva clase de instrumentos, se representa el sueño, al que hacen contrapunto el búho y el ruiseñor. Siguen diversas tramas, como la salida y la llegada de un vapor, que ya en los ensayos mereció calurosos aplausos.

3.º La Batalla de Lepanto, representación musical viva, sobre el himno a María Auxiliadora, original del sacerdote Juan Cagliero. Fue interpretada el 24 de mayo último, con general satisfacción y reiteradas insistencias para su repetición.

Estoy persuadido de que V. S. recibirá con agrado la respetuosa invitación y tenderá su benéfica mano para aceptar el número de entradas que buenamente pueda, sin demasiada incomodidad de su parte.

Una comisión de beneméritos jóvenes de la nobleza se encarga del despacho de entradas y de la organización del concierto.

Dios le conceda todo bien, y créame con gratitud,

De V. S. Ilma.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

El concierto se celebró el día señalado. Resultó espléndido y la **[882]** asistencia de público fue muy grande. Estuvo invitado a asistir el Alcalde de Turín, conde Tomás de Valperga.

Unos días después, como habían sido muchos los vendedores de entradas, para hacer cuentas de la recaudación, don Bosco les dirigió una afable cartita:

Benemérito Señor:

Con motivo de la velada musical del 17 de junio pasado, se confió el despacho de las entradas a varias personas, sin tomar buena nota del dinero recogido y de las entradas devueltas. Como urge saber el resultado, ruego a V. S. Benemérita que, de la forma más fácil, lo haga llegar al que suscribe, si no lo hubiere ya hecho por otro conducto.

En todo caso, ruégole acepte la expresión de mi profunda gratitud con la que le deseo todas las bendiciones del cielo y me profeso,
De V. S. B.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P. D. Papeletas entregadas: N.º... a dos liras cada una.

Por cuanto podía, don Bosco no dejaba nunca ningún asunto incompleto. Ni descuidaba las pequeñas cantidades, porque, unidas todas, podían ayudarle a pagar cada día alguna deuda. Hemos visto cuántas cosas llevaba entre manos, cuánto dinero necesitaba, y, sin embargo, su celo le sugería aquellos días los trámites para la construcción de una gran iglesia que debería ocupar la superficie de la primitiva capilla del Oratorio de san Luis en Puerta Nueva, más la sacristía y la casita del portero.

Aquella zona, al sur de Turín, se había cubierto de edificaciones y, en una extensión de casi tres kilómetros, había varios millares de fieles sin una iglesia donde cumplir los deberes religiosos. Don Bosco pensó cubrir de este modo sus necesidades espirituales, pero no era éste su único fin. Quería, sobre todo, levantar una barrera a la propaganda protestante que, como ya sabemos, empleaba por aquellos barrios toda suerte de medios para seducir a los católicos, atrayendo **[883]** a los adultos al templo valdense y a los niños a sus escuelas heréticas. Don Bosco pensaba dedicar la nueva iglesia a san Juan Evangelista, al que tenía particular devoción y exaltaba en conferencias y sermones, especialmente por la pureza del alma que le había hecho discípulo predilecto de Jesús: *Quem diligebat Jesus.* ¡Cuántas veces había descrito la visión de los que seguían al Cordero, es decir, de los vírgenes!

También quería, como ya hemos dicho, levantar un monumento perenne al angélico Pío IX, cuyo nombre de bautismo era precisamente el de Juan.

Así pues, tenía aquel año fija en la mente la idea de esta nueva empresa. Se conserva la siguiente cartita, cuyo destinatario ignoramos.

Muy querido señor Barón:

He recibido las trescientas liras que por caridad envía para la construcción de la iglesia, cerca del templo de los protestantes.
Se lo agradezco de todo corazón y espero que Dios le conceda el céntuplo pro-

metido en el santo Evangelio, céntuplo con bendiciones espirituales y temporales, con salud permanente para usted y para toda su familia.

Dios le bendiga a usted y a sus obras, y créame, con profunda gratitud,

Turín, 23 de junio de 1870

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Contemporáneamente pensaba siempre en el Papa y en el Concilio Vaticano, hablaba con afecto de él a los alumnos y participaba y hacía participar a sus sacerdotes en una suscripción que publicaba la *Unidad Católica* con el título: *Al Papa desposeído, los desposeídos sacerdotes de Italia.* En el N.º 21 de junio se lee:

Como homenaje al Supremo Pastor de la Iglesia, el sacerdote Juan Bosco y sus sacerdotes del Oratorio de San Francisco de Sales de Turín, veinticuatro liras de limosna por dos misas cada uno.

El sacerdote Juan Bonetti y sus sacerdotes del Seminario Menor Episcopal de San Carlos, en **[884]** Mirabello, ocho liras de limosna por dos misas cada uno.

El sacerdote Juan Lemoyne y sus sacerdotes del Colegio de San Felipe Neri, en Lanzo Torinese, ocho liras de limosna, por dos misas cada uno.

El sacerdote Juan Francesia y sus sacerdotes del Colegio de la Virgen del Pópolo en Cherasco, ocho liras de limosna por dos misas cada uno.

Y en el número del 2 de junio ya se había publicado en las listas del dinero de San Pedro:

Turín. Unos muchachos pobres del Oratorio de San Francisco de Sales ofrecen seis liras.

Y después de tantas obras buenas volvió de nuevo la fiesta de san Juan Bautista. Durante muchos años, la tarde del 23 de junio en el Oratorio fue el triunfo de la gratitud; y tanto creció que fue necesario repetirla el 24 por la tarde, para satisfacer el deseo de muchos bienhechores. Y así se continuó mientras vivió don Bosco.

Con mucha razón escribía el reverendo Griva en 1898.

«¿Quién ha sido más querido y ensalzado por sus hijos que don Bosco?

»¿Quién de nosotros no recuerda esta fiesta de san Juan, en su día onomástico? Mientras vivió, sus hijos cantaron a porfía en esta ocasión, de mil modos y en mil lenguas, las glorias de su padre. Y cada año, lejos de disminuir, crecía la estima y el afecto, porque cada año era portador de nuevas alegrías, nuevas glorias y nuevas manifestaciones por parte de sus hijos en los primeros años; luego

por parte de sus amigos de Turín; después en nombre de las personas más consideradas de la ciudad, que de una u otra forma colaboraban con él; finalmente del pueblo y de la nobleza que en este día se volcaba todos los años en el Oratorio para aplaudir, junto con sus hijos, a don Bosco.»

En 1870 una agradable sorpresa acrecentaba el esplendor de esta fiesta: empezaba con ella la anual demostración de los antiguos alumnos. Algunos obreros, de los primeros educados por don Bosco, se propusieron celebrar con algunos regalos y con su presencia la fiesta onomástica del Sacerdote que, con paternales y amorosos **[885]** cuidados les había recogido en su juventud y les había encaminado por la senda de la virtud. Como era de imaginar, su noble proyecto triunfó. Tan pronto como corrió la voz, se recibió en todas partes con señales de la más viva complacencia, y muchísimos, también sacerdotes, un día alumnos del Siervo de Dios, pidieron en los años sucesivos unirse al pequeño grupo y llegaron a formar una sociedad numerosa, dirigida por una Comisión directiva.

El espíritu que siempre les animó lo describió el profesor Maranzana, en el homenaje de 1893.

«Es una ley natural, común a todas las familias numerosas, que los hijos mayores vayan cediendo poco a poco el puesto a los hermanos menores y vayan a buscar su sustento en otro sitio. Pero el que se ve obligado a vivir lejos del techo paterno, por más que le sonría la fortuna, por más aprecio y cariño que goce, siempre siente que algo le falta y que su existencia ha sido antes más feliz. Vuelve con frecuencia su pensamiento a las paredes de aquella casa bendita donde por vez primera experimentó la alegría de ser amado, donde recibió las primeras nociones de consoladoras verdades. El deber le tiene lejos de los suyos, pero su corazón se siente arrastrado a la meta deseada, y, apenas se lo permiten sus ocupaciones, en cuanto se le presenta una ocasión propicia, rompe los lazos que le atan y vuela a los brazos de sus queridos. Tal es, poco más o menos, la condición de los antiguos alumnos del Oratorio, esparcidos por el mundo, pero siempre unidos por un solo afecto; fijan su ansiosa mirada en este asilo de amor y de paz, recuerdan a los antiguos compañeros, a los queridos superiores, llevan indeleblemente grabada en su corazón la imagen querida de aquel ángel en figura humana, que fue nuestro buen padre don Bosco...»

Dice el canónigo Berrone que don Bosco demostraba a los antiguos alumnos, que iban cada año a ofrecerle el homenaje de su agradecimiento y sus augurios, una paternal cordialidad y les invita-

ba a asistir cada vez en mayor número, a pesar del importante gasto que debía hacer **[886]** con el banquete que les daba a todos. Pero en aquella ocasión no dejaba nunca de animarles a mantener en medio de la sociedad el espíritu del Oratorio, y muchos de ellos acudían a él en esta circunstancia en demanda de consejo.

La fiesta de san Juan resultaba muy útil para los alumnos antiguos y para los nuevos, y por eso don Bosco permitía que le dieran todo el esplendor que quisieran. Cuenta don Francisco Giacomelli: «Habiéndole yo observado que en su día onomástico los jóvenes le dedicaban fiestas demasiado grandiosas, me respondió: —Al contrario, estas fiestas de los jóvenes me gustan porque les hacen mucho bien, pues excitan en ellos el respeto y el amor a los superiores».

Un hecho digno de recuerdo ocurrió después de esta fiesta.

El clérigo Luis Pesce había caído gravemente enfermo en Cherasco. Atormentado por la fiebre hasta hacerle delirar a menudo, ya le habían aplicado veinticuatro sangrías y treinta y dos sanguijuelas. Los médicos pronosticaron su cercana muerte. Ante la urgencia se le administró el Viático a media noche y, como faltara don Juan Francesia, se llamó a toda prisa al Capellán del Hospital. Y se telegrafió a don Bosco:—*'Consulta médicos, Pesce desahuciado'*. El Venerable respondió enseguida:—*'No temáis. Aún no es su hora'*. En efecto, curó perfectamente. Murió el año 1910.

[887]

CAPITULO LXX

DON BOSCO SE OFRECE PARA ALBERGAR A DOS NIÑOS DE CONSTANTINOPLA, HUERFANOS DESPUES DE UN ESPANTOSO INCENDIO DE VARIOS BARRIOS – EL MISMO DON DANIEL COMBONI PIDE A DON BOSCO ALGUNOS SACERDOTES SALESIANOS PARA SUS COLEGIOS DE EGIPTO Y PARA LAS MISIONES ENTRE LOS NEGROS – EL CONCILIO ECUMENICO PROCLAMA Y EL PAPA DEFINE LA INFALIBILIDAD PONTIFICIA COMO DOGMA DE FE – INDIGNACION DE LOS GOBIERNOS SECTARIOS – NAPOLEON DECLARA LA GUERRA AL REY DE PRUSIA – OBISPOS DE CHINA EN EL ORATORIO – CARTA DE DON BOSCO A DON DOMINGO PESTARINO – LA RESIDENCIA SACERDOTAL SE TRASLADA DESDE SAN FRANCISCO DE ASIS A NUESTRA SEÑORA DE LA CONSOLACION – LA CONDESA CALLORI MANIFIESTA A DON BOSCO SUS DUDAS SOBRE EL TRASLADO DEL COLEGIO DE MIRABELLO – DON BOSCO LE RESPONDE: CONFIANZA EN DIOS; TENDRA EN CUENTA SUS REPAROS SOBRE EL TRASLADO DE MIRABELLO, PERO ES UN ASUNTO QUE MERECE SER CONSIDERADO POR LAS VENTAJAS QUE APORTARIA; HAY QUE REZAR; HAY QUE TRABAJAR PARA LA IGLESIA DE SAN JUAN – DON BOSCO COMUNICA AL DIRECTOR DE MIRABELLO EL DIA EN QUE SI FIRMARA LA ESCRITURA DE BORGO SAN MARTINO – DON BOSCO RESPONDE A LA CONDESA CALLORI: LE AGRADECE SUS ORACIONES EN EL SANTUARIO DE OROPA, LE AUGURA SALUD Y VIDA PARA EL GRAN BIEN QUE TODAVIA DEBE HACER; LE ANUNCIA QUE DENTRO DE POCOS DIAS SE RESOLVERA EL CONTRATO DE BORGO SAN MARTINO – OTRA CARTA A LA CONDESA CALLORI: LE ANIMA A VIVIR ALEGRE; LE PREDICE **[888]** *LARGA VIDA: LE ANUNCIA QUE SE FIRMO LA ESCRITURA DE BORGO SAN MARTINO – PREDICCION CUMPLIDA – DON BOSCO ESCRIBE AL DELEGADO DE ENSEÑANZA PIDIENDO LICENCIA PARA ABRIR EL COLEGIO DE ALASSIO Y PRESENTA LA LISTA DE PROFESORES – ENVIA AL SECRETARIO DE LA CONGREGACION DE OBISPOS Y REGULARES UNA SUPLICA PARA EL PA-*

DRE SANTO PIDIENDO AUTORIZACION PARA ABRIR LA CASA DE ALASSIO - RESPUESTA FAVORABLE - INSTANCIA AL MINISTRO DE HACIENDA, QUE NO ES ATENDIDA, PARA LA REDUCCION DEL IMPUESTO DE MOLIENDA

LA divina Providencia alumbraba de cuando en cuando con nuevos resplandores los confines cada vez más lejanos del inmenso campo que ella destinaba a la misión de don Bosco. Ya hemos indicado cómo en 1858 se conocía y apreciaba su nombre hasta en Constantinopla. Y su mirada se dirigía a sus futuros hijos en el imperio turco. Un espantoso incendio destruyó en Constantinopla varios barrios y la *Unidad Católica* abrió una suscripción con el título de: *Los turineses y los incendios de Constantinopla,* y en la primera lista del domingo, 24 de julio, se leía: «El benemérito don Juan Bosco ha ofrecido dos plazas gratuitas de por vida en su instituto, para dos muchachos constantinopolitanos sin distinción de religión».

Era una nueva llama de caridad muy agradable al Señor. Pasaron unos años y los salesianos tuvieron internados, escuelas y oratorios en Constantinopla, Esmirna, Nazaret, Beitgemal, Belén, Cremisán, Jaffa y Jerusalén.

La voz de un apóstol le invitaba por segunda vez a ir al África.

Mi querido y venerado don Juan:

Como conozco a fondo su corazón y sus santas intenciones, le hago, sin más preámbulos, una pregunta que pide respuesta lo antes posible.

¿Estaría usted dispuesto a reunir dos o tres sacerdotes jóvenes de los suyos con cuatro o cinco de sus honradísimos artesanos y **[889]** catequistas para ponerlos a mi disposición, a fin de que yo pueda llevarlos a El Cairo (Egipto) a mi centro para muchachos, donde ya está preparada casa e iglesia comodísima? Formarían parte de mi instituto, bajo mi jurisdicción, y correrían por mi cuenta los gastos de viajes, manutención, vestido y aprendizaje de la lengua. Tendrían a la par la necesaria autonomía para prepararse en su día, y con la ayuda de otros elementos de El Cairo, a la dirección de una misión especial en Africa Central, que se confiaría exclusivamente al Instituto Bosco de Turín. ¿Comprende? Querría yo que su santo Instituto, aprovechando los medios que Dios me ha dado, se fuera introduciendo poco a poco en Africa Central. Pero, como quiera que, sólo, tropezaría enseguida con dificultades, por parte del amplio mando que ejerce Egipto, es preciso que aparezca de momento como si formara parte de mi instituto, que ya está introducido en Egipto, y dentro de poco se le confiará una gran misión en Africa Central.

Si para septiembre próximo pudiera usted poner a mi disposición dos o tres

sacerdotes, y si fueren más mejor, con los correspondientes laicos, escríbame enseguida y ya me encargaré yo mismo, juntamente con el Obispo de Verona (que es un verdadero ángel para Africa), de ultimar los trámites necesarios aquí en Roma. Nosotros corremos con todo; usted piense solamente en preparar los individuos indicados, que yo iré a buscarlos a Turín y los acompañaré a Egipto, a pocos pasos de donde la Sagrada Familia vivió emigrada durante siete años en la tierra de los Faraones.

Espero su respuesta y, si como yo imagino, es afirmativa, haremos con la autorización del Obispo de Verona, los papeles necesarios, y en el nombre de Dios daremos comienzo a la obra concebida.

Mis tres casas de Egipto marchan muy bien; son treinta y cinco sus miembros y muchísimas las almas arrancadas al paganismo y conducidas al redil de Cristo.

Con los sagrados corazones de Jesús y de María, me profeso con todo afecto,

Roma, 3 de julio de 1870

Su seguro servidor y buen amigo
DANIEL COMBONI, *Pbro.*

P. D. Espero haya recibido mi *Postulatum* (Petición) al Concilio *pro nigris Africae Centralis* (en favor de los negros de Africa Central).

El padre Comboni ya había estado en el Oratorio y había entusiasmado a los muchachos con sus descripciones. Don Bosco encargó responderle que, por el momento, no podía enviar a sus sacerdotes, pero que aceptaría con las más favorables condiciones a los muchachos africanos que le recomendara.

Lo mismo había hecho con monseñor Lavigerie. Después, poquito a poco, se vio cómo se iban cumpliendo las promesas de la Virgen, y los Salesianos **[890]** empezaron a fundar asilos, colegios y escuelas en Alejandría, en Túnez, en El Cabo de Buena Esperanza, en Congo y en Mozambique. Pero en julio de 1870 todo esto no era más que una esperanza.

Entre tanto veía don Bosco realizarse un deseo.

El 18 de julio se celebraba la cuarta sesión del Concilio Ecuménico Vaticano. El Papa presidía la augusta asamblea. Asistían quinientos treinta y cinco obispos y quinientos treinta y tres votaron a favor de la definición dogmática de la infalibilidad. Sólo dos, un americano y un italiano, votaron en contra. Entonces Pío IX corroboró y firmó el canon conciliar. Una fuerte aclamación de los Padres del Concilio estalló incontinenti en la gran aula, y se sumó a ella la de la multitud que se apiñaba en la Basílica. Los Padres y la incalculable multitud cantaron el Tedéum.

La augusta Asamblea, después de casi cien Congregaciones generales, había podido trabajar tranquilamente y resolver cosas tan

admirables, como la *Constitución* Doctrinal *De Fide* y la *De Ecclesia Christi,* con el capítulo tan controvertido *sobre la infalibilidad del Papa.* El Concilio no se había reunido en vano. Ahora podía prorrogarse con tranquilidad, a la espera de mejores tiempos.

Y se cumplían, así nos lo parece, aquellas palabras de la visión de don Bosco: *Las potencias del mundo vomitarán fuego y quisieran que fueran ahogadas las palabras en la garganta de los guardianes de mi ley; pero no será así. Harán mal, mal a sí mismas.* En efecto, una vez proclamado el dogma, Austria abolía enseguida el Concordato con la Santa Sede; Baviera animaba a Döllinger a proclamar el cisma de la Viejos Católicos; Italia ordenaba a los magistrados que vigilaran a los obispos y a los párrocos y encarcelaran y multasen a quien ofendiera las instituciones nacionales al publicar la constitución dogmática de la infalibilidad pontificia; Francia retiraba su guarnición de tropas de Civitavecchia y Prusia autorizaba a Víctor Manuel para que entrase en Roma.

[891] Estos sucesos parecía que daban la razón a los que se oponían a la oportunidad de la definición, porque figuraba entre sus argumentos el temor de que las potencias europeas se asombrarían por ello. Pero no era esta razón suficiente para callar la verdad. Dios, al surgir de los nuevos tiempos, en los que la libertad de pensamiento urdiría asechanzas hasta en la mente de los sacerdotes, había querido la definición. Por otra parte, los sucesos que acontecieron demostraron que la guerra encarnizada contra la divina institución de la Iglesia no cesaría de recrudecerse en cualquier caso.

Y hay un hecho providencial digno de nota.

El 18 de julio de 1870 tenía lugar la solemne definición, y al día siguiente, 19 de julio, Napoleón III declaraba la guerra al Rey de Prusia. Hasta aquel momento la mano de Dios había contenido la terrorífica borrasca, pero, cumplido su decreto, permitía que se desencadenase.

Todos los obispos, hasta los de la oposición, y los que ya no estaban en Roma, habían respondido *¡creo!* a la voz del Papa y volvían a sus sedes. Algunos pasaron por el Oratorio.

Así lo atestigua don Francisco Dalmazzo:

«Vi, entre otros, a dos obispos chinos, venidos al Concilio Vaticano, que partieron expresamente de Roma para visitar a don Bosco, atraídos por la fama de su santidad, y para exponerle la grave necesidad que tenían de misioneros por aquellas tierras.»

Uno era el franciscano monseñor Luis Moccagatta, de Castellazzo de Alessandria, Obispo titular y Vicario Apostólico en China.

Hacía treinta años que era misionero por aquellas regiones; había sufrido heroicamente pobreza, humillaciones, desprecios, desilusiones, incesantes amenazas, furiosas persecuciones, hasta creerse afortunado por poder conseguir la palma del martirio, y otros obstáculos que el demonio suscita contra los predicadores de la fe católica. Le acompañaba monseñor Eligio Cosi, su coadjutor y después obispo y Vicario Apostólico, franciscano también de los menores observantes.

[892] Resultaba algo habitual ver a venerandos obispos y arzobispos del Piamonte y de lejanas tierras que, en viaje *ad límina* [1] para visitar al Papa, pasaban por Turín con el único fin de hablar con don Bosco y tratar sobre el mejor modo para resguardarse de los males de los tiempos. Se vio a muchos de rodillas ante don Bosco pidiéndole la bendición.

Aquel mismo mes de julio escribía él a don Domingo Pestarino:

Turín, 10-7-1970

Carísimo don Domingo:

Los días 20, 21 y 22 de este mes se celebrarán las cuarenta horas en la iglesia de María Auxiliadora: será para mí un gran placer si puede usted venir en esta ocasión; así tendríamos tiempo para hablar de nuestros asuntos.

Más aún; si puede, le ruego vaya a ver al señor cura de Casalegio e invítelo a que le acompañe. El presidirá en la iglesia las funciones compatibles con su edad y, cuando menos, celebraría la santa misa en el altar de María Auxiliadora. Nuestros jóvenes comulgarían según su piadosa intención. Podría venir el 18, pasar la semana con nosotros y volver el sábado a la parroquia, si lo desea. Así tendré tiempo para comunicarle algunas cosas que no conviene confiar al papel.

Por tanto, les espero a los dos. Buen viaje y que Dios nos bendiga.

Afmo.
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Por aquellos días, después de tantas y tan grandes emociones experimentadas durante el año, y las que preveía que le aguardaban en los meses siguientes, subió don Bosco al Santuaio de San Ignacio para hacer los ejercicios espirituales. Los dirigió el teólogo Félix Golzio, su confesor, Rector a la sazón de la Residencia Sacerdotal de San Francisco de Asís, que debía trasladarse al Santuario de la Consolación junto con los residentes, al convento que habían dejado los Franciscanos. Sólo faltaba proveer al culto de la iglesia de San Fran-

[1] *Ad límina.*—Expresión equivalente a: ir a Roma, ir a la Santa Sede. *(N. del T.).*

cisco de Asís y para ello monseñor Gastaldi alojó el 1871, en una parte del antiguo claustro, que había sido Residencia Sacerdotal, a un grupito **[893]** de Oblatos de María, que, a raíz de la supresión, se habían juntado para hacer vida privada.

A la vuelta de San Ignacio, siguió el Venerable ocupándose de sus colegios durante el mes de julio. La condesa Callori, que había entregado muchos miles de liras para la construcción del seminario menor de Mirabello, le manifestaba sus dudas sobre las ventajas del traslado de aquel colegio a Borgo San Martino.

Y don Bosco le contestaba:

Turín, 13 de julio de 1870

Benemérita señora Condesa:

Contestaré a cada cosa, una por una, para no armar un lío.

1.º Siento mucho la delicada salud de don Carlos Salerio, de quien usted me ha hablado tan laudablemente muchas veces. Pongámonos, pues, con toda nuestra fe, bajo la protección de María Auxiliadora. A partir del próximo viernes haremos la novena con oraciones especiales: misa, rosario, comuniones y oraciones cada mañana. Por su parte, recen tres padrenuestros, avemarías y glorias, más tres salves, y después fe, esa fe que transporta los montes a la llanura y las llanuras a las montañas. Si Dios, en su infinita misericordia, concede la gracia, se pondrá uno de los tubos del nuevo órgano a su costa.

2.º Celebro que la buena señorita Victoria esté mejor de salud. Yo tengo cada día un *memento* por ella en la santa misa y espero que Dios no querrá ser sordo a nuestras súplicas esta vez. Son muchas las voces que claman a Dios por usted y por la señorita Victoria:

¡Ah! Mira desde el cielo a tus hijos
con tu sangre preciosa redimidos.
¿La oración de tus hijos doloridos
alguna vez en vano a ti subió?

3.º He enviado a Mirabello la nota para el jovencito Franchi. Veremos qué determinaciones se han tomado; imagino serán éstas: que liquide las cuentas con Mirabello y, cuando venga a Turín, pagará doscientas liras, por una sola vez. Se lo recordaré de nuevo.

4.º Teniendo en cuenta sus reflexiones, todavía no se ha hecho el contrato de Borgo San Martino. Pero hay que pensarlo. Nos falta espacio. Si comenzamos la segunda fase, pasaremos con mucho de las cien mil liras, siempre lejos del ferrocarril y sin un palmo de terreno para los profesos.

El local en cuestión bastaría sin más construcciones. Cuesta ciento catorce mil liras, pero hay allí plantas y bosque a talar por valor de unas veinticinco mil liras; **[894]** además se podría vender una parcela por diez mil y aún quedaría una extensión como de tres obradas de terreno.

De todos modos hagamos ahora una novena a María Auxiliadora, después vendrá don Juan Bonetti a Turín y veremos qué se resuelve para la mayor gloria de Dios. Rece una avemaría *ad hoc*.

5.º Le repito que no pretendo invitarla a contribuir. Veremos de arreglarnos nosotros con alguna venta. Su poderosa ayuda queda reservada para la iglesia junto al templo de los protestantes. Ya se han comenzado los trabajos. Este año se hará poco. Para el 1871-1872, usted me ayudará en la medida de sus posibles y según Dios la inspire.

6.º La *Historia Eclesiástica* está en Roma en manos de monseñor Gastaldi, que revisa lo referente a la infalibilidad del Romano Pontífice, mas no quiere mandármela hasta después de la futura sesión conciliar.

Hemos tenido mucho calor, pero, gracias a Dios, ningún enfermo. Ahora ha llovido bastante y lo mismo me han asegurado en Vignale y en Montemagno.

Y basta por hoy. De palabra, le contaré más cosas. Que Dios la bendiga, con una bendición que le dé salud duradera por muchos años de vida feliz y después el paraíso. Lo mismo para la señorita Victoria, para toda la familia y para don Carlos Salerio. *Amén.*

Ruegue por mí, que soy en Jesucristo,

Su seguro servidor,
hijo poco obediente
JUAN BOSCO, *Pbro.*

¡Qué cariñoso, qué delicado y, a la vez, qué atento y previsor era siempre nuestro amadísimo Padre!

Después de unos días escribía a don Juan Bonetti:

Turín, 24-7-1970

Muy querido Bonetti:

El día para la firma de la escritura de la casa en Borgo San Martino será el sábado, 30 del corriente.

Prepárame, por tanto, diez mil liras, y un poco más si puedes, y tráemelas el jueves o viernes. Si te es posible, te quedarás hasta después de la firma de la escritura; si después, por ser sábado, no puedes quedarte, te dejaré marchar. Conviene, sin embargo, no divulgarlo hasta que no se haya firmado la escritura.

Animo, alegre; saluda a don Francisco Cerruti y a los demás hijos nuestros, sobre los cuales deseo lluevan copiosas las bendiciones del cielo. *Amén.*

Afmo.
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[895] La condesa Callori le contestaba después de una visita al Santuario de Oropa, y don Bosco intentaba levantar su espíritu abatido con otra carta delicadísima.

Benemérita señora Condesa:

Gracias, señora Condesa, por su recuerdo de mí y de nuestras cosas a los pies de Nuestra Señora de Oropa. Espero que sus oraciones hayan sido bien recibidas por la gran Reina del Cielo. *Fiat.*

En cuanto al asunto a que se refiere, iré despacio y con la debida prudencia y aunque descubriere lo más conveniente, no diré nada, ni siquiera a la persona interesada.

Señora Condesa, durante su breve estancia en Turín he advertido en usted una mezcla de resignación, de salud delicada, de pensamientos y ansias del paraíso. Yo deseo que tenga salud, y que permanezca en el mundo para bien de su familia y, (vea el egoísmo) me ayude a cumplir una serie de obras que sirvan para ganar muchas almas al Señor. Entre las muchas solicitudes para abrir nuevas casas en otras partes, hay una para Argelia, otra para El Cairo, la tercera para California. La última quizás será preferida a las demás.

Mientras tanto, únase usted a nosotros con un padrenuestro, avemaría y gloria al Santísimo Sacramento, y con una salve, hasta la Natividad de María.

Yo haré de modo que cada día se reciban seis comuniones y se celebre la santa misa hasta entonces, con el fin de obtener del Señor su perfecta salud.

El sábado se decidirá el contrato de Borgo San Martino. En casa se reza; disponga el Señor que se haga lo que él vea mejor para su gloria.

Le ruego presente mis humildes saludos al señor Conde, su marido, y a toda su familia. Dios les bendiga a todos y rueguen por mi pobre alma, mientras, con verdadera gratitud, me profeso,

De V. S. B.

Turín, 27 de julio de 1870

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

La Condesa volvió a escribir diciendo que aquellos días se encontraba abatida, delicada y víctima de ideas melancólicas y tristes. Y don Bosco se apresuró a consolarla, despejando su espíritu de toda turbación con una promesa decisiva.

Benemérita señora Condesa:

Esté tranquila. Don Juan Cagliero no tiene ninguna obra fúnebre para el fin que usted indica.

[896] Ya hace años me escribía diciendo casi las mismas cosas: y yo le respondía que la Virgen quería que le ayudara a edificar una iglesia en honor de María Auxiliadora. Se terminó la iglesia y usted asistió a las funciones que en ella se celebraron. Ahora le digo: Dios quiere que le ayude a levantar la iglesia, las escuelas y el internado de Puerta Nueva o, mejor dicho, del paseo del Rey. Se hará la iglesia, usted la verá edificar, consagrar, y paseará alrededor cuando esté acabada. ¿Entiende?

Por tanto, no piense más que en vivir alegremente en el Señor.

Aún tendría muchas cosas de que hablar, pero las trataremos en Vignale.

El sábado se cerró el contrato de Borgo San Martino, después de muchos cambios a nuestro favor. Prevaleció, por encima de toda reflexión en contra, la venida y la presencia de don Juan Bonetti, quien dijo que sus ciento ochenta alumnos se habían reducido a ciento quince por enfermedad; y que éstos estaban asustados por miedo a caer enfermos; todo se ha hecho para promover la mayor gloria de Dios. En octubre próximo iremos allí *si Dominus dederit* (si Dios quisiere).

La bondad y misericordia del Señor concedan a usted y a su familia buena salud y el don de la perseverancia en el bien. *Amén.*

Ruegue por mi pobre alma y créame en el Señor.

Turín, 3 de agosto de 1870

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

La buena Condesa quedó muy tranquilizada con esta carta y con la predicción, en la que puso su plena confianza. En efecto, murió el 1911, a la edad de ochenta y cinco años, cuarenta y uno después de la promesa de don Bosco y veintinueve después de la consagración de la iglesia de San Juan Evangelista.

Entre tanto don Bosco, terminado ya el asunto de Borgo San Martino, había preparado los primeros maestros para el Colegio de Alassio. Y escribía al Real Delegado de Enseñanza en Génova:

Ilmo. Señor Delegado:

Con el deseo de promover las ciencias, en favor de los alumnos de enseñanza elemental y media, el que suscribe convino con el Municipio de Alassio abrir un colegio internado en aquella ciudad.

La Diputación Provincial y la Delegación de Enseñanza aprobaron el proyecto y, en consecuencia, se recurre a V. S. Ilma. para obtener el permiso de efectuar la apertura del internado y aprobar el personal docente.

[897] La enseñanza y la disciplina están de acuerdo con cuanto prescriben los programas y las leyes gubernativas, con las modificaciones que la autoridad escolar estableciere. El internado se regirá por las normas establecidas en el programa, cuya copia se adjunta.

Este año no se impartirá más que el primer curso de bachillerato, lo que se pide con la presente solicitud. En el caso de que hubiera alumnos para otros cursos, se comunicará inmediatamente a V. S. Ilma. con la propuesta de los profesores respectivos. Por ahora el personal sería el siguiente:

Para las clases elementales:

Las clases elementales serán impartidas por los maestros municipales actuales y, si hubiera algún cambio, se comunicará enseguida a la autoridad competente.

Bachillerato:

1er curso: estará a cargo del canónigo Airaldi, que ya era profesor de gramática latina, mientras hubo bachillerato en Alassio, y después continuó en la misma Ciudad como profesor del curso técnico.

Director: el presbítero Francisco Cerruti, doctor en Letras.

Ecónomo: el presbítero Francisco Bodratto, maestro normal superior.

Si fueran necesarios documentos o aclaraciones, serán enviados rápidamente a requerimiento de V. S. Ilma.

Turín, 26 de julio de 1870

Su humilde seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Para completar los trámites de la apertura del nuevo colegio, don Bosco había escrito también al Papa, el 14 de julio, para tener el correspondiente permiso. Esta carta no llegó a su destino.

Hubo de renovarla. Pero esta vez escribió a Roma, a monseñor Estanislao Svegliati, Secretario de la Congregación de Obispos y Regulares.

Turín, 29 del 8 de 1870

Excelencia Reverendísima:

No puedo dar noticias de actualidad porque en Correos son interceptadas muchas veces, y por vía privada pueden comprometer al portador. El marqués Vitelleschi, que se complace en llevar la presente, está informado de todo y puede decirle cuanto le pueda interesar.

[898] Repito que Turín es la ciudad pacífica por excelencia. Si S. E. se da una vuelta por aquí, venga a hospedarse en nuestra casa; el aire saludable de estas colinas le proporcionaría alivio. Nuestra música, nuestro recreo, nuestros muchachos le divertirán agradablemente. ¡A ver si nos da esta alegría!

Le envío la petición para una casa nueva, con la carta comendaticia del Ordinario del lugar, al que pertenece la ciudad de Alassio, y la encomiendo a su conocida bondad.

Al día de hoy tenemos cuarenta solicitudes de Ayuntamientos, que querrían la apertura de escuelas bajo la libre dirección de nuestra Congregación. ¡Ya ve que vuelvo a las ideas antiguas!

Que el Señor, rico en bendiciones, le conceda abundante salud por muchos años de vida feliz. Créame, con la más profunda gratitud,

De V. E. Rvma.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

La súplica era lo mismo que la hecha para la apertura del Colegio de Cherasco.

Beatissime Pater,

Joannes Bosco, Superior Generalis Piae Societatis a S. Francisco Salesio dictae, Beatitudinis tuae ad pedes provolutus, humillime exponit Divina Providentia factum esse, ut in urbe vulgo Alassio nuncupata, Dioeceseos Albinganensis in Littore Ligure, collegium convictusque adolescentulorun studio deditorum, eiusdemque administratio, eidem demandata essent. Omnia quae hucusque facta sunt, semper de Ordinarii consilio et consensu peracta sunt. At decreto approbationis et laudationis Salesianae Societatis, inter alias haec ani-

Beatísimo Padre:

Juan Bosco, Superior General de la llamada Pía Sociedad de San Francisco de Sales, humildemente postrado a los pies de Su Santidad, expone: que la divina Providencia ha querido que se le pidiera la apertura de un colegio internado para muchachos dedicados a los estudios, y su administración en la ciudad vulgarmente llamada Alassio, de la diócesis de Albenga, en la *Riviera de Liguria.* Todo lo realizado hasta el presente, siempre se ha hecho según consejo y consentimiento del Ordinario. Pero, dado que en el decreto de aprobación y

madversio adnectabatur: «Pro fundatione novarum domorum, et pro suscipienda in posterum ab Ordinariis directione Seminariorum, recurrendum erit in singulis casibus ad Sanctam Sedem». Licet vero stricte loquendo haec potius temporaria administratio, quam novae domus fundatio sit appellanda, tamen ad dubia eliminanda et ad debitum Sanctae Sedis obsequium praestandum, facultates quae ad majorem Dei gloriam promovendam necessariae consentur, a Beatitudine Tua humili precatione expostulantur.

Datum Taurini, die 20 augusti 1870,

alabanza de la Sociedad Salesiana se advertía: «Para la fundación de nuevas casas y para recibir en lo porvenir de los Ordinarios la dirección de Seminarios habrá de recurrirse en cada caso a la Santa Sede». Aunque estrictamente hablando haya que decir que esta administración es más bien temporal y no una casa nueva, sin embargo, para eliminar dudas y prestar la debida sumisión a la Santa Sede, humildemente se piden a Su Santidad las facultades que se estiman necesarias para promover la mayor gloria de Dios.

Dado en Turín, a 20 de agosto de 1870

Sac. JOANNES BOSCO.

JUAN BOSCO, *Pbro.*

El Secretario de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares contestaba:

Rvmo. Señor don Bosco:

Recibí de manos del señor marqués de Vitelleschi su carta con la súplica al Padre Santo para abrir una **[899]** casa nueva o colegio en la diócesis de Albenga. Presentada que fue a Su Santidad, se dignó aprobarla y bendecirla, ordenándome se lo participará a V. S. como lo hago por la presente.

Haga el Señor que prosperen la nueva casa y todas las demás del Instituto, y así V. S. será cada día más benemérito ante la Iglesia y la Sociedad.

Le agradezco la cortés invitación, que me hace para ir a pasar unos días, durante las próximas vacaciones otoñales en esas amenas colinas. Le aseguro que ayudaría mucho a mi salud un cambio de aires, pero, a más de que ordinariamente no puedo alejarme mucho de Roma ni siquiera en vacaciones, este año, razones especiales que V. S. puede imaginar, me lo impiden con mayor razón. Sin embargo, le reitero mi agradecimiento, reservándome hacerlo aún mejor, si V. S. tiene ocasión de venir por aquí.

Entre tanto, reciba la nueva manifestación de mi sincero aprecio.

Suyo.

Roma, 8 de septiembre de 1870

Su atento y seguro servidor
ESTANISLAO SVEGLIATI, *Sec.*

Había enviado otra súplica a Florencia, a Quintín Sella, ministro de Hacienda, pidiendo le disminuyeran ciertos impuestos demasiado gravosos. Los fieles ponían en manos de don Bosco su beneficiencia,

y le dolía tener que sacrificar una buena parte de la misma para el fisco.

Excelencia:

La pobreza en que se encuentran los muchachos internados en la Casa, llamada *Oratorio de San Francisco de Sales,* mueve al que suscribe a recurrir a la caridad de V. E. Su número, que entre todos los Centros asciende a mil doscientos, la disminución de la beneficiencia, el aumento de los impuestos, la multitud de muchachos abandonados, que de toda Italia piden ingresar, me hacen esperar, si no una exención total, al menos parcial, del impuesto de la molienda, que sobrepasa las doce mil liras.

Esta es la súplica que el recurrente hace en nombre de estos pobrecitos y que espera sea benévolamente atendida en este caso excepcional.

Con gratitud se profesa,
De V. E.

Turín, 15 de agosto de 1870

Su humilde y seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[900] El recaudador de impuestos en Turín le comunicaba la respuesta el 17 de septiembre.

«El Ministerio de Hacienda ha resuelto que se debe rechazar la reclamación. Aun cuando haya que deplorar las poco propicias condiciones económicas del Oratorio, sin embargo, no estando en facultad del poder ejecutivo condonar los impuestos establecidos por ley, ni de ayudarle ante la constancia de las poco prósperas condiciones del tesoro, el Ministerio antes dicho no puede condescender con la petición».

—No importa, decía don Bosco en estos casos: nosotros hemos cumplido con nuestro deber, ellos han conocido nuestra necesidad y esto siempre es un bien.

[901]

CAPITULO LXXI

ORFANATO DE SAN VICENTE PAUL EN PIACENZA – LA DIRECCION DECIDE CERRARLO Y PASAR LOS ALUMNOS A DON BOSCO – EL MARQUES LANDI ENVIA UNA CIRCULAR A LOS BIENHECHORES DEL MISMO EXPONIENDO LA URGENCIA DE LA DECISION – CONVENIO RATIFICADO POR DON BOSCO – LOS HUERFANOS DE PIACENZA DE TURIN – INSTALACION DEL ORGANO EN LA IGLESIA DE MARIA AUXILIADORA – GUERRA FRANCO-PRUSIANA: NAPOLEON PRISIONERO – VICTOR MANUEL ESCRIBE UNA CARTA AL PAPA PARA QUE PERMITA LA ENTRADA DEL EJERCITO ITALIANO EN ROMA – DON BOSCO PREDICE A UNA SEÑORA QUE NINGUNO DE SUS HIJOS SOLDADOS TOMARA PARTE EN LAS BATALLAS – CARTAS DE DON BOSCO A DOS BIENHECHORES PARA LIBRAR A DOS CLERIGOS DEL SERVICIO MILITAR – DON BOSCO VA A LANZO Y PRESIDE LA PRIMERA TANDA DE EJERCICIOS ESPIRITUALES PARA LOS SALESIANOS – PIDE A SU SANTIDAD LA EXTENSION DEL PRIVILEGIO DE LAS DIMISORIAS PARA LOS QUE INGRESAN EN EL ORATORIO DESPUES DE CATORCE AÑOS – CONCEDIDO EL FAVOR PARA SIETE ORDENANDOS – CARTA DE DON BOSCO A UN SALESIANO QUE VACILABA EN LA VOCACION – UN SACERDOTE REHABILITADO – NUEVAS INSTANCIAS A LA DIRECCION DE FERROCARRILES PARA OBTENER BILLETES A TARIFA REDUCIDA – EL CONVENTO DE ALASSIO SALE A PUBLICA SUBASTA – EL CANONIGO AMPUGNANI SE PRESENTA A LA SUBASTA PARA LOGRAR LA POSESION DEL CONVENTO A DON BOSCO – LAS **[902]** *VICISITUDES DE LA COMPRA – APERTURA DEL NUEVO COLEGIO – EL CANONIGO MARTINI*

HEMOS visto cómo don Bosco recibió paternalmente en su día a los muchachos del Real Hospicio de Caridad de Turín y vemos ahora cómo recurren a él desde el Orfanato de Piacenza.

La Junta directiva de este Centro se los ofreció a don Bosco, y

éste los aceptó, por lo que el Presidente de la Comisión se lo comunicaba a sus bienhechores con la siguiente circular:

Ilmo. Señor:

La Comisión directiva del Orfanato, que se abrió con motivo de la invasión del cólera de 1855, bajo los auspicios y el patrocinio de la Sociedad de San Vicente de Paúl, siente el deber de comunicar a los beneméritos bienhechores de este pobre y humilde asilo de caridad cristiana, que está a punto de fusionarse con el bien conocido y admirado instituto dirigido por el celebérrimo y muy reverendo don Juan Bosco, de Turín, conocido con el nombre de Oratorio de San Francisco de Sales.

La grave situación económica en que se encontraba desde hacía ya varios años nuestro Orfanato, situación que no hemos sabido remediar, nos ha aconsejado recurrir a la caridad inagotable del mencionado Sacerdote, el cual, mediante el desembolso y donación de una cantidad recogida con grandes sacrificios, por la Comisión y algunos bienhechores, se ha comprometido a albergar y educar en su Instituto, hasta los dieciocho años, a los diez huerfanitos que estaban confiados a nuestros cuidados.

Por consiguiente, con el sentimiento de tener que cerrar un Orfanato, que durante casi quince años ha sido objeto de tantos sufragios, tantos esfuerzos y también de grandes satisfacciones, nos consuela el pensamiento de colocar tan bien a nuestros huérfanos y ver asegurada su educación.

La Comisión, por tanto, da las más sinceras y cordiales gracias a todos los bienhechores de nuestro Orfanato y les ruega calurosamente continúen durante el corriente año entregando al Tesorero las cuotas que pagaban hasta ahora, muy necesarias para liquidar las cuentas y para sostener los ingentes gastos del traslado de nuestros muchachos a Turín.

La Comisión, en fin, manifiesta a todos sus bienhechores la confianza de que querrán seguir dando en lo sucesivo a la Sociedad de San Vicente de Paúl lo que con tanta generosidad y constancia habían destinado **[903]** para nuestro Orfanato, porque jamás podrán olvidar que nació y creció a la sombra de la Sociedad de San Vicente de Paúl.

Piacenza, 18 de junio de 1870

Por la Comisión – El Presidente
Marqués ALFONSO LANDI

Un mes más tarde se firmaba el contrato con generosas condiciones por parte de la Comisión.

Contrato entre el muy reverendo señor don Juan Bosco, Fundador y Director del Oratorio de San Francisco de Sales, y la honorable Comisión del Orfanato de San Vicente de Piacenza.

Art. 1.º—La Comisión del Orfanato de San Vicente de Piacenza, el día de la partida de sus huérfanos a Turín, pondrá en manos del Rvmo. don Juan Bosco o de quien le represente cinco mil liras y el equipo, cuya nota se detalla aparte, a título de irrevocable donación al mismo.

Art. 2.º—El Rvmo. don Juan Bosco, a su vez, se obligará a educar y mantener en su casa, hasta que cumplan dieciocho años, a los diez huérfanos que se le confiarán, sin derecho a pretender de la Comisión del Orfanato de Piacenza más retribuciones. Sin embargo, si alguno saliera del establecimiento antes de los dieciocho años, sea por mala conducta, sea por reclamación de los parientes o por su espontánea voluntad, no se tendrá derecho a reclamar nada el señor don Juan Bosco.

Art. 3.º—El marqués Alfonso Landi seguirá siendo responsable ante el Rvmo. Juan Bosco de los jóvenes que confía a sus cuidados hasta su completa educación; y por tal motivo éste facilitará que se dirija a él siempre que deba comunicarle noticias con respecto a su salud, su comportamiento y su educación.

Art. 4.º—Los gastos de viaje de los húerfanos de Piacenza a Turín, y el transporte de sus enseres y ajuar hasta la nueva residencia, correrán a cargo de la Comisión del Orfanato de Piacenza. El Rvmo. don Juan Bosco se obliga, a su vez, a enviar en la segunda decena del mes de agosto, un Sacerdote delegado, al cual se confiarán los huérfanos con su correspondiente equipo. Los gastos del viaje de este sacerdote irán a cargo de la Comisión, la cual fija la segunda decena de agosto para la clausura de su Orfanato.

Piacenza, 17 de agosto de 1870

JUAN BOSCO, *Pbro.*
El marqués, ALFONSO LANDI

[904] En el original sigue a continuación la nota del equipo y el nombre, apellido, edad y oficio de los húerfanos: seis aprendían zapatería y cuatro carpintería. Coincidía su llegada al Oratorio con la inauguración del órgano en la iglesia de María Auxiliadora.

El 24 de agosto distribuía el Venerable dos mil quinientas invitaciones a los bienhechores y a otras personas distinguidas, y la *Unidad Católica* del 27 publicaba el siguiente artículo:

Inauguración del órgano en la iglesia de María Auxiliadora en Turín.

Con la más viva satisfacción comunicamos que se acaba de instalar el órgano de la iglesia, dedicada a María Auxiliadora de esta Ciudad, en el Oratorio de San Francisco de Sales. Todos los turineses saben cómo se ha manifestado claramente la ayuda de la divina providencia en la construcción de esta iglesia. El nuevo órgano es obra de los renombrados hermanos Lingiardi de Pavía, beneméritos del arte sacro, por la excelencia de sus trabajos y por el espíritu verdaderamente religioso que los anima. Este es el segundo órgano que construyen para Turín, con el nuevo sistema, llamado *órgano expresivo,* del que ya nos dieron una espléndida prueba con la construcción del órgano de la iglesia de los Santos Mártires. La inauguración del nuevo órgano, que según los peritos del arte, es uno de los más bellos trabajos de Italia, la hará el célebre maestro caballero Petrali de Crema, el 30 y 31 del corriente mes.

Entre tanto, no podemos dejar de congratularnos con el dignísimo sacerdote Juan Bosco y con los hermanos Lingiardi por este nuevo monumento de la piedad cristiana y del maravilloso progreso del arte religioso en Italia. Los fieles, que ciertamente acudirán en gran número a la estupenda función de la inauguración, aplaudi-

rán de corazón el fecundo y espléndido incremento que el culto católico consigue en nuestra Ciudad.

He aquí el horario de la inauguración: *Martes,* 30 de agosto, a las diez de la mañana: primeras pruebas: misa en canto gregoriano, con intervalos de órgano; por la tarde, a las tres: canto con intervalos de órgano; discurso de ocasión; bendición con el Santísimo Sacramento, con música. *Miércoles,* 3 de agosto, a las diez de la mañana: lo mismo que el día anterior; por la tarde a las seis: canto, concierto, bendición.

El mismo periódico informaba el 15 de septiembre sobre la ceremonia realizada.

El martes, 30 de agosto, tuvo lugar en la iglesia de Nuestra Señora Auxiliadora la solemne inauguración del nuevo órgano, fabricado por los hermanos Lingiardi de Pavía. A pesar de que, en razón de la estación, la mayor parte de los turineses están en el campo, hubo un selecto concurso de **[905]** personas inteligentes que se deleitó con las armonías del nuevo órgano, pulsado con singular maestría por el ilustre caballero Petrali, maestro de capilla de la catedral de Crema. Sería inútil prodigar alabanzas al célebre fabricante y al egregio maestro, cuyos nombres son harto conocidos en la historia del arte italiano.

Por lo que se refiere a la maquinaria del nuevo órgano, hay que resaltar la precisión y sencillez de sus resortes, que ejecutan sin frotamiento ni retraso los movimientos impuestos por las manos o los pies del que toca. El antiguo sistema neumático ha sido sustituido por el nuevo, de particular invención de los Lingiardi, que conduce el viento a las cajas de los soportes de los tubos con mayor uniformidad y abundancia, por lo que el órgano no tiene la menor oscilación o defectos de ahogo. El fabricante ha introducido en el mismo soporte principal de los tubos una caja armónica que obtiene el mismo efecto del antiguo eco, con lo que ahorra complicaciones mecánicas, economiza espacio y obtiene los graduales matices del pianísimo al fuerte y da una expresión admirable a las voces.

Resulta sorprendente cuando suenan todos los registros del órgano a la par: no hay confusión de voces, y se pueden distinguir la claridad y suavidad de todas ellas. Es perfecta la imitación de una orquesta; admirable el efecto de los instrumentos de cuerda; es difícil poder comprender cómo con un simple tubo se puede imitar el roce del arco, sin quitar la transparencia y la expresión de las notas más difíciles; es completa también la ilusión de las voces humanas: imitan con tal perfección a la naturaleza, que dan la impresión de oír articular las palabras.

Sería demasiado largo examinar en todos sus detalles el nuevo órgano-expresivo de Lingiardi; baste decir que sus trabajos dan renombre a la iglesia que los instala. El organista Petrali no desmintió su fama: nada de teatral y profano en su música; la vena de la inspiración es continua; sabe acoplar siempre lo sublime con lo popular y presentar a la inteligencia del que escucha nuevas armonías, dificultades musicales y efectos admirables.

La solemnidad duró dos días, y hemos tenido que convencernos cada vez más de que, si las instituciones de don Bosco son nuevos monumentos de la caridad católica en nuestra tierra, también en las ciudades lombardas se mantienen vivas las tradiciones del arte cristiano.

Mientras resonaban en el Oratorio con toda solemnidad las notas del órgano y del canto gregoriano, y las músicas y los alegres gritos de centenares de muchachos esperando la distribución de premios y las vacaciones, el furor de la guerra destrozaba a Francia. Los combates habían empezado el 2 de agosto; en el primero, junto a Sarrebruck, de escasa importancia, vencieron los franceses; pero a partir de aquel momento, la victoria se puso del lado de los prusianos. El 4 vencieron en Wissembourg, el 6 en Wörht y **[906]** en Jorbach; rechazaron al enemigo hasta el Mosela; desde allí se lanzaron contra el cuerpo de ejército del mariscal Bazaine: el 14 de agosto le vencieron en Colombey-les-Belles, el 16 en Gravelotte y en Rezonville, y le obligaron a retirarse, con sus ciento setenta mil hombres, a la plaza fortificada de Metz.

Dejaron en derredor de esta ciudad un número suficiente de milicias para asediarla y prosiguieron con cautela hacia París. En París, después de las primeras derrotas, se había retirado el mariscal Mac-Mahon y desde allí, reordenado el ejército, acompañado por el emperador Napoleón, había vuelto a Metz, con la intención de reunirse con el ejército de Bazaine y envolver a los alemanes; pero, al llegar al valle del Mosa, se encontró cercado. Combatióse encarnizadamente durante dos días, el 31 de agosto y el 1.º de septiembre, y los franceses sufrieron una gran derrota. El 21 de septiembre, dado que los prusianos habían ocupado las alturas de los alrededores con ochocientas piezas de artillería, y que amenazaban con un exterminio total al ejército francés que se encontraba en la llanura, el Emperador y su ejército tuvieron que rendirse prisioneros. Había en la batalla ochenta y cuatro mil franceses y los prusianos eran doscientos veinte mil. La derrota de Sedán confinaba al emperador Napoleón al Castillo de Willelmsholhe en Hess-Kassel, sin corona, humillado y finalmente desterrado.

Y he aquí la palabra a Francia: *Dios la visitará tres veces con la vara de su furor. En la primera abatirá su soberbia, con las derrotas, con el saqueo y con el exterminio de hombres y animales; en la segunda... se quedará sin Jefe, víctima del desorden.* De la tercera hablaremos en otra parte.

El ejército que invadió a Francia se componía de casi ochocientos mil hombres.

A finales de agosto, el Ministerio Italiano, animado a aprovecharse de la ocasión de la guerra franco prusiana para anexionarse Roma, como no estaba todavía segura de la ruina de su antigua aliada, se declaró diplomáticamente contrario a la empresa. El ministro

Lanza no aprobaba los medios violentos. Pero, conocidas las grandes derrotas de **[907]** Francia y el cautiverio de Napoleón, se deliberó, sin más, la anexión de Roma.

Se concentró en la frontera un ejército poderoso y se intentó primeramente una sublevación del pueblo romano; después, el 8 de septiembre, el conde Ponza de San Martín se presentaba ante el Papa con una larga carta del rey Víctor Manuel, en la que le avisaba de la indeclinable necesidad, para seguridad de Italia y de la Santa Sede, de que sus tropas, ya en alerta en la frontera, se adelantaran a ocupar las posiciones que eran indispensables para la defensa de Su Santidad y la salvaguardia del orden. Pío IX entregaba la respuesta al Conde el día 10, diciendo que no podía admitir ciertas peticiones, y que ponía su causa en las manos de Dios.

Por aquellos días daba don Bosco una prueba más de sus visiones del futuro. La condesa Felicidad Cravosio Anfossi, de Caramagna, escribía a don Miguel Rúa:

«Cuando en 1870 se disponía el gobierno a llevar a cabo la ocupación de Roma, estaba yo muy espantada, porque tenía tres hijos en el ejército, y temía que uno u otro fueran destinados a formar parte de los regimientos que iban a luchar contra el Padre Santo.

»Corrí entonces a don Bosco para confiarle mi preocupación. Estaba él en aquel momento en el patio en medio de una multitud de muchachos. Le supliqué que me aconsejase qué debía hacer para apartar de mí aquella desgracia. Don Bosco estuvo pensativo un rato y después me dijo, con su acostumbrada sonrisa:

»—Usted debe rezar; pero anímese; ninguno de sus hijos tomará parte en la guerra contra el Papa, ni entrará en Roma en esta ocasión.

»En efecto, los regimientos a los que pertenecían mis hijos Vicente y César, no fueron destinados a la marcha. Pero poco después leímos en los periódicos que el regimiento al que pertenecía el más joven de mis hijos, el teniente Teófilo, había llegado a Frosinone y había recibido orden de emprender la marcha hacia Roma. Mientras yo temblaba, he aquí que aquella misma tarde llegaba a casa mi teniente, el cual, sin ningún desagradable motivo y sin haberlo solicitado, **[908]** había sido licenciado por un mes, y lo que más nos sorprendió fue que, inmediatamente después de la toma de Roma, fue reclamado al mismo regimiento. Las palabras del Siervo de Dios habían sido proféticas».

También don Bosco estaba preocupado por la guerra. Algún clérigo suyo había sido llamado a filas, y él escribía a la condesa Callori.

Benemérita señora Condesa:

Hace tres años se ofrecía usted para librar a un clérigo del servicio militar y él prefirió el ejército. Ahora, en cambio, hay un clérigo que lo pide; pero ¿quién sabe si usted se encuentra en la posibilidad de hacerlo?

La precipitada convocatoria de los mozos de la segunda categoría del 1848, comprende a dos de nuestros clérigos, los cuales, por estar diplomados, llevaban dos clases, muy numerosas por cierto. No nos lo esperábamos, y en tiempos normales hubiéramos encontrado motivos de dispensa, pero en estos momentos excepcionales, no encuentro más remedio que el de librarlos o dejarlos salir para el cuartel. Están citados para ingresar el 20 del corriente en el regimiento.

Sé hasta donde llega su buena voluntad de ayudar, pero quizás no pueda; por consiguiente, en esta ocasión pido para un suplente, a medias o con la partecita que entienda puede ayudar sin grave dificultad.

Hubiera ido inmediatamente a hablar con usted, pero tengo dos tandas de ejércitos espirituales, una esta semana y otra en la próxima.

Tenga compasión de este pobre pedigüeño; la necesidad tiene cara de hereje.

Que Dios les bendiga, a usted y a su familia, y créame con profunda gratitud.

De V. S. B.

Turín, 12 de septiembre de 1870.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P. D. Le suplico trasmita mi agradecimiento a la señora María Luisa por su carta. Espero poder ir a Vignale el día 27 del corriente.

Como la caritativa Condesa no pudo atender la petición del Venerable, éste se dirigía por el mismo motivo a la marquesa Fassati.

[909] *Benemérita señora Marquesa:*

Las calamidades públicas caen sobre los particulares, y la inesperada llamada a filas de los quintos de la segunda categoría de 1848 alcanza también a uno de nuestros clérigos ya próximo a las órdenes. Otro, pendiente de revisión médica, queda en duda hasta que sean llamados a filas los soldados del 49; pero el primero, Luis Bussi, de Giarole, ha sido ya llamado al regimiento, y el día 20 debe encontrarse en el cuartel; queda todavía la última revisión médica y puede darse que le ayude su constitución delicada, pero mientras tanto está próximo a ser soldado.

Ante este caso excepcional le suplico considere si, de la cantidad que usted y el señor Marqués ofrecieron a la Virgen sobre su crédito de Cúneo, pudiese anticipar la cantidad de tres mil doscientas liras para el rescate de este virtuoso clérigo, que llora y tiembla al pensar que deberá ir al cuartel.

Años atrás me ofreció la condesa Callori lo necesario para el rescate de un clérigo. Pero ahora le he escrito enseguida, y me contesta que, con mucho sentimiento, se encuentra de momento en la imposibilidad de hacerlo.

Me daba pena escribir a ustedes porque sé que hacen cuanto pueden por nosotros, sin que se les pida; pero la necesidad carece de ley. Si puede enviarme unas líneas para mi norma me hará un verdadero favor.

Nosotros rezamos, mañana y tarde, ante el altar de María Auxiliadora, por su señor hermano de Roma y por los parientes de Francia.

Dios nos saque de los peligros presentes y conceda todo bien a usted y a su familia, mientras me profeso,

De V. S. B.

Turín, 15 de septiembre de 1870.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Los dos clérigos fueron liberados.

El número de miembros de la Pía Sociedad había aumentado, por lo que la casa de Trofarello resultaba pequeña. Don Bosco, para no verse obligado a predicar tres tandas de ejercicios, decidió que los Salesianos se reunieran en el colegio de Lanzo. Acudió también con ellos don Domingo Pestarino.

Los ejercicios empezaron el 12 de septiembre y terminaron el 17. Don Miguel Rúa predicó las meditaciones y don Bosco las instrucciones.

En los intervalos entre sermones, confesiones y conferencias, don Bosco continuaba escribiendo sobre diversos asuntos.

Preparaba, en primer lugar, una súplica al Padre Santo **[910]** para conseguir que extendiera el privilegio de otorgar las dimisorias a los jóvenes que habían entrado en el Oratorio después de los catorce años de edad.

Beatissime Pater,

Jam annus cum dimidio elapsus est, ex quo, Beatissime Pater, magnum bonitatis tuae testimonium in Salesianam Societatem praebere desiderans, eamdem Societatem, tanquam Congregationem votorum simplicium, approbare dignatus es die 1 martii 1868.

Quod autem ad dimmissoriales litteras relaxandas pertinet ea restrictione res composita fuit, ut Superior Generalis illas tantum concedere posset iis, qui nostris collegiis vel convictibus recepti fuissent ante annum aetatis suae decimum quartum expletum; quum vero non raro contingat ut adolescentes Salesianam Societatem post hujusmodi ae-

Beatísimo Padre:

Ha pasado ya un año y medio, desde que, deseando dar un gran testimonio de tu bondad a la Congregación Salesiana, te dignaste, Beatísimo Padre, aprobar el día 1 de marzo de 1868 la misma Sociedad, como Congregación de votos simples.

En cuanto se refiere a la dispensa de las dimisorias, quedó ello restringido a que el Superior General solamente podía concederlas a aquéllos que hubieran ingresado en nuestros colegios o internados antes de haber cumplido los catorce años. Como sucede a menudo que los adolescentes desean ingresar en la Sociedad Salesiana después de esta

tatem ingredi exoptent, saepius ad proprios uniuscujusque Ordinarios vel ad Sanctam Sedem est recurrendum. In primo casu difficillime saepe hoc fieri potest, praesertim si agatur de sodalibus qui de oris Africanis vel Americanis ad nos provenerint. Frequens vero ad Sanctam Sedem recursus, hisce potissimum temporibus, non levibus item difficultatibus praepeditur.

Quae igitur quum ita sint, humillime a Beatitudine Tua expostulo, ut facultas litteras dimissioriales relaxandi extendatur etiam ad eos qui nostram hanc Congregationem amplexi fuerint post aetatem quatuordecim annorum expletam. Haec autem ad nostrae Piae Societatis bonum, ad lucrum animarum, atque ad majorem Dei gloriam summopere conferre censentur. Omnia tamen Sanctitatis Tuae pedibus provolutus, judicio bonitatis, charitatis et sapientiae Tuae humillime subiicio.

Datum Taurini, die 12 septembris 1870,

Sac. BOSCO JOANNES

edad, hay que recurrir a menudo a los Ordinarios de cada uno o a la Santa Sede. En el primer caso, resulta muchas veces dificilísimo hacerlo, sobre todo cuando se trata de socios procedentes de tierras africanas o americanas. El recurso frecuente a la Santa Sede, sobre todo en estos tiempos, está también lleno de dificultades.

Así las cosas, pido humildemente a Tu Beatitud que se extienda la facultad de dispensar las dimisorias también a los que hayan ingresado en esta nuestra Congregación después de cumplidos los catorce años. Se juzga que esto es muy conveniente para bien de nuestra Pía Sociedad, beneficio de las almas y mayor gloria de Dios. Sin embargo, postrado a los pies de Tu Santidad, humildemente lo someto todo al juicio de Tu bondad, caridad y sabiduría.

Dado en Turín, a 12 de septiembre de 1870.

JUAN BOSCO, *Pbro.*

Poco tiempo después, un Rescripto Pontificio le concedía la facultad de otorgar las dimisorias a siete ordenandos, elegidos a su arbitrio, y entrados después de los catorce años en nuestras casas.

Por aquellos mismos días escribía don Bosco a un clérigo, profeso perpetuo, que vacilaba en su vocación.

Muy querido J....:

Estarás siempre inquieto y serás un desdichado hasta que no cumplas con la obediencia prometida y te coloques totalmente bajo la dirección de tus superiores. Hasta ahora el demonio te ha tentado cruelmente, **[911]** incitándote a hacer lo contrario. De tu carta y de las conversaciones habidas entre nosotros, no aparece ningún motivo para dispensarte de los votos. En el caso de que lo hubiere, tendría que escribir a la Santa Sede, a la cual está reservada la dispensa. Pero *coram Domino* (ante el Señor) yo te aconsejo que consideres el *abneget semetipsum* (niéguese a sí mismo) y recuerdes que *vir obediens loquetur victorias* (el varón obediente cantará victoria).

Confía en mi experiencia. El demonio querría engañarnos a ti y a mí; en parte lo logró, contra ti; contra mí ha fallado completamente, por lo que a ti se refiere.

Confía plenamente en mí, como yo he confiado siempre en ti; mas no de palabra, sino de hecho, con voluntad eficaz y obediencia humilde, pronta e ilimitada. Esto te conseguirá tu felicidad espiritual y temporal y me proporcionará a mí verdadero consuelo.

Que Dios te bendiga y conceda el precioso don de la perseverancia en el bien. Ruega por mí que, con afecto de padre, me profeso tuyo,

Turín, 13-9-1870.

Afmo. en Jesucristo
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Estas líneas produjeron su efecto. ¡Cuántas veces le tocó escribir cartas semejantes! El conservar las vocaciones, vacilantes por mil motivos, constituyó también una parte importante de sus fatigas.

Asimismo había comunicado al Vicario Capitular de Pinerolo que un sacerdote de aquella diócesis, que le habían enviado para que lo encaminase por el buen sendero, le parecía que ya estaba resuelto a cambiar de conducta y que se había comportado ejemplarmente durante los ejercicios espirituales en Lanzo. El Vicario le contestaba:

13 de septiembre de 1870

Muy Rvdo. Señor:

La carta que V. R. me envió esta mañana me ha causado gran satisfacción, dado que en ella me exhortaba a que autorizara de nuevo al sacerdote B... R... para celebrar la santa misa, pues le creía suficientemente probado para este fin.

Así pues, habilito por la presente al sacerdote B... R... a la celebración de la santa misa y autorizo a V. S. para que le permita celebrar el santo sacrificio en esa su casa y en los lugares adonde lo envíe. Mas, para evitar toda suerte de volubilidad del mismo, me parece conveniente, por ahora, que esta facultad de celebrar esté limitada sólo a ese lugar, o a los que, como arriba digo, entienda mandarlo, confiriendo a V. S., a este respecto, una ilimitada facultad para poder disponer de él como crea **[912]** oportuno; pero si el dicho R... entendiese salir de esa casa sin mi expreso permiso, o bien sin el consentimiento de V. S., entonces entiendo que *ipso facto* quede nuevamente suspendido.

Me parece oportuno atenerme por ahora a estas disposiciones para obviar cualquier inconstancia del R...

Espero ir pronto a Turín y entonces, a la par que satisfaré mis obligaciones, conversaré también con V. S. para saber qué debo hacer y cómo debo regularme.

Aprovecho mientras tanto esta ocasión para presentarle mis respetos y mi testimonio de reconocimiento, mientras me encomiendo vivamente a sus oraciones, y me declaro.

De V. S. Ilma. y Rvma.

Atento y s. s.
BENEDICTO BERNARDI
Vic. Gen. Cap.

Tenemos también una carta escrita por don Bosco aquel mismo día, 13 de septiembre de 1870, a la Dirección de Ferrocarriles. Llama la atención que, en medio de tantos alborotos políticos, en un momento que parecía el más inoportuno, volviera él de nuevo a insistir en lo que no había logrado varias veces.

Turín, 13 de septiembre de 1870

Ilmo. señor Comendador:

Suplico atentamente a V. S. Ilma. se digne leer bondadosamente cuanto expongo, con relación a los Ferrocarriles del Norte de Italia y a los pobres muchachos internados en el Oratorio de San Francisco de Sales.

Cuando esa benemérita Sociedad entró en posesión de los Ferrocarriles del Norte de Italia, siguió favoreciendo a los pobrecitos de nuestros establecimientos, reduciendo el precio del transporte a una cuarta parte de la tarifa, tal y como se señalaba en la carta de concesión.

A pesar de la buena voluntad para impedir toda suerte de inconvenientes en el empleo de los billetes de favor, no se logró, sin embargo, evitar que un alumno cediese, en la estación de Saluzzo, su billete, expedido para su vuelta al Oratorio, a otro muchacho. Después de esto, según carta del 20 de junio de 1867, el favor se redujo a la mitad de precio.

Otro fallo tuvo lugar en la estación de Biella, con motivo de un billete extendido para tres alumnos, y que, sin antes recurrir a quien se debía, lo hicieron servir para cuatro, cambiando la cifra que la oficina había marcado en el billete. A causa de este suceso, con carta del 15 de febrero de 1869, se comunicaba la suspensión total del favor. Nosotros hemos censurado la conducta de aquellos alumnos y no hemos podido hacer más que despacharlos del Centro, y someternos mientras tanto a las consecuencias, por las cuales muchos pobres muchachos, que no pueden pagarse los viajes, tienen que viajar en carros o caminar varios días a pie con no pequeñas dificultades.

[913] Ruego ahora calurosamente a V. S. Ilma. diga una palabra al comendador Amillau en favor de estos pobrecitos, considerando que en los fallos sufridos no hubo culpa alguna por parte de esta Administración, que censura y castiga severamente a los culpables: que estos Establecimientos, por el movimiento que ocasionan a los ferrocarriles con sus alumnos y sus mercancías, también producen algunas ventajas a los mismos: que solamente con motivo de la fiesta y novena de María Auxiliadora, vinieron por ferrocarril a Turín más de treinta mil forasteros: que estos Establecimientos han acogido siempre, y hay todavía un buen número de ellos, a muchachos que quedaron huérfanos por muerte de sus padres, empleados en los ferrocarriles; y otros por muy diversos modos recomendados por la Administración Ferroviaria.

Puestas por delante estas breves observaciones, ruego a V. S., y en su persona al director Amillau y a todos los demás miembros de la Administración, quieran admitir como suficiente el castigo otorgado y revocar bondadosamente la suspensión, readmitiendo a nuestros pobres muchachos para disfrutar de la caritativa reducción de precios que será bien vista.

Por nuestro lado se pondrán todos los cuidados y medios a propósito para evitar cualquier desorden que pudiera surgir al respecto.

Con toda confianza en su conocida bondad, ruego a Dios le bendiga, señor Comendador, y conceda todo bien a los Señores de esa Administración, mientras tengo el honor de profesarme,

De V. S. Ilma.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P. D. Si no ocasionara demasiada molestia, desearía aclarar personalmente al comendador Amillau o al Consejo de Administración cuanto desearen, respecto al asunto.

Por aquellos días salió en Alassio a la pública subasta el antiguo convento de los Menores Observantes, que se componía de una planta, con salón, habitaciones, escuelas, sótanos, iglesia y huerto adyacente, situado fuera de las murallas de Alassio y antes perteneciente al Seminario Episcopal de Albenga. Limitaba al sur con la explanada Luis Preve y el huerto de los herederos de Gardella, al este con Luis Navone y al oeste y al norte con la carretera.

Cuando lo supo don Bosco, recordando los ofrecimientos del canónigo Ampugnani, le escribió rogándole se presentase a la subasta, declarando que se presentaba por un tercero, cuyo nombre descubriría a su tiempo.

[914] El Canónigo le respondió:

¡Viva Jesús! ¡Viva María!

Muy apreciado Señor y amigo:

Recibí hoy su apreciada carta del 30 p. pdo. agosto, a la que me creo en el deber de contestar con la mayor solicitud y agrado.

Cuando, a mi vuelta, supe la próxima subasta del Convento, llamado Seminario y, al mismo tiempo, el impío plan de cierto jovenzuelo para adquirirlo y convertir la iglesia en teatro, inmediatamente determiné adquirirlo a cualquier precio. Porque, ¿cómo soportar que la casa de Dios se convierta en un lugar destinado a ofenderle? ¡No! Dios no permitirá que en este claustro, fundado por el Beato de Capistrano, santificado por tantos santos religiosos, resuenen ahora obscenidades y blasfemias.

He aquí, pues, mi resolución: me presentaré el día 12 a la subasta y haré todo lo posible por adquirirlo a fin de emplearlo como V. S. desea. Me parecería oportuno que V. S. se encontrase en Alassio esos días, para ponernos de acuerdo, con la esperanza de que los concurrentes se alejen más fácilmente. Así lo piensan el señor Alcalde y el señor Cura, que le esperan con ansiedad.

Me encomiendo, mientras tanto, a sus oraciones; no me olvide, queridísimo, y pida una sola cosa para mí a María Santísima, que me salve. Sólo le ruego esto, declarándome con plena estima y respeto,

De V. S.

Alassio, 2 de septiembre de 1870.

Su s. s. y Hno. en Jesucristo
FRANCISCO AMPUGNANI, *Can.*

Como don Bosco no podía ir a Alassio, pensó enviar a don Angel Savio, su procurador general. El Canónigo, recién llegado de América, era un digno eclesiástico y a la par un hombre de negocios. Los de la ciudad, que deseaban concurrir a la subasta, en cuanto conocieron la intención de don Bosco se retiraron: entre ellos un tal José Morchio, que acariciaba la idea de instalar en el convento un almacén de aceite.

Así las cosas, el 12 de septiembre de 1870 tuvo lugar la subasta pública, con intervención de los señores Pedro Plaisant, abogado, juez de Alassio, y Víctor Morcendo, **[915]** recaudador de impuestos, a más de Antonio Ampugnani, hijo del difunto Felipe, y Luis Penna, hijo del difunto Salvador, como testigos. La subasta se sacaba por un precio de quince mil liras. Se presentaron solamente dos: el Canónigo y don Angel Savio en nombre propio. El Canónigo hizo su propuesta y don Angel Savio aumentó un poco la cantidad. Lo mismo se repitió dos o tres veces pero, viendo don Angel que el precio aumentaba mucho, se calló.

Y el convento se adjudicó al canónigo Francisco Ampugnani, hijo del difunto Antonio, por el precio total de veinticinco mil liras. Como no se había hablado de tercera persona a descubrir a su tiempo, parecía que don Bosco estaba excluido.

Hubo una viva indignación entre los ciudadanos de Alassio, al creer decepcionadas sus esperanzas de tener un colegio. Don Bosco, sin conocer todavía el éxito de la subasta y seguro de las promesas de generosa ayuda que le hiciera el Canónigo, escribía a don Angel Savio:

Lanzo, 13 de septiembre de 1870

Muy querido Savio:

Te envío los poderes que pides. Haz cuanto sea necesario. Di al canónigo Ampugnani que comprendo lo caballeroso de su acto, y que, aunque Dios se lo recompensará a su tiempo, nosotros le recordaremos con gratitud; mientras subsista

nuestra Congregación, tendrá en la tierra amigos que ofrecerán a Dios oraciones por él. Advierte, sin embargo, que yo deseo que su actuación sea conocida, a fin de que su ejemplo sirva para glorificar a Dios ante los hombres. Concretaremos después juntos lo que se deba hacer para mayor provecho de las almas.

En Lanzo somos ochenta en los ejercicios. En la otra tanda habrá algunos menos; por lo tanto, imposible en Trofarello.

Hemos rezado por el señor Canónigo-Párroco y esperamos que Dios le devuelva pronto la salud. Tendrá los programas. ¿Hay ya peticiones?

Da las gracias de mi parte al señor Administrador de Hacienda y dile que espero su visita en Turín.

Vale in Domino, et valedic

Afmo. en Jesucristo
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[916] Había transcurrido una semana desde la subasta; muchos murmuraban en la ciudad y don Angel Savio pedía explicaciones al Canónigo.

Muy apreciado don Angel:

Atendida su urgencia de una respuesta por escrito, y vista también la inesperada negativa absoluta de dejarme ni un palmo de terreno, aun en el supuesto de que yo hubiera tenido que hacer el desembolso total del importe de la subasta con los correspondientes gastos: contrariado, además, por las insinuaciones del público, de que yo haya pretendido arrebatar este local a don Bosco con un engaño, y deseando desmentirlo, respondo que estoy dispuesto a realizar el traspaso al precio de compra, suspendiendo, por ahora, toda otra subasta.

Entre tanto tengo el gusto de suscribirme
De V. S. M. Rvda.

En casa, 19 de septiembre de 1870.

Su seguro servidor
FRANCISCO AMPUGNANI, *Can.*

Don Angel Savio ganó tiempo haciendo un préstamo de veinte mil liras.

El que suscribe, en nombre propio y en mi condición de procurador general de don Juan Bosco, hijo del difunto Francisco, declaro recibir del señor José Morchio, hijo de Francisco, a título de préstamo gratuito, la cantidad de veinte mil liras en billetes de la Banca Nacional, cantidad que prometo y me obligo a devolver en el término de diez días a partir de la fecha, sin intereses.

Esta cantidad me ha servido para la adquisición del que fue Seminario de Albenga, situado en Alassio, y comprado ayer por mí ante el notario Fignoni.

Alassio, veinte de septiembre de mil ochocientos setenta.

ANGEL SAVIO, *Pbro.*

Todos los habitantes vieron enseguida, y con agrado, que el convento se proveía de cuanto era necesario para admitir a los alumnos e inaugurar las escuelas en octubre, al llegar los primeros salesianos. Desde entonces el Colegio Municipal de Alassio constituye la mayor gloria de la ciudad.

Allí preparaba el Señor otro amigo a don Bosco, en la persona del canónigo Martini, quien con su rico patrimonio sería uno de sus más generosos bienhechores para sostener las misiones de América.

[917]

CAPITULO LXXII

CLAUSURA DE LA PRIMERA TANDA DE EJERCICIOS – FE DE DON BOSCO EN EL PODER DE LA ORACION A JESUS SACRAMENTADO – SUCESO PRODIGIOSO EN SORIANO DE CALABRIA – SEGUNDA TANDA DE EJERCICIOS EN LANZO – DON BOSCO ESCRIBE AL COMENDADOR DUPRAZ SOBRE EL TEMPORAL QUE SE ACERCA Y LA CALMA QUE LE SEGUIRA – COMO ADMITIA DON BOSCO ESTA NOTICIA – AVISOS A LOS SALESIANOS SOBRE EL MODO DE TRATAR A LOS JOVENES: NO SE ESCRIBA A LOS PADRES EL MOTIVO POR EL QUE UN ALUMNO NO PUEDE SEGUIR EN EL COLEGIO – TOMA DE ROMA – DON BOSCO ESCRIBE AL CONDE DE VIANCINO PARA COMPRAR LA CASITA CORIASSO – AVISA A LA CONDESA CALLORI QUE, DENTRO DE DOS DIAS, LLEGARA A VIGNALE – EL PAPA NO SALE DE ROMA, POR CONSEJO DE DON BOSCO: LE MANDA UN ENVIADO ESPECIAL – CARTA DEL VENERABLE A DON MIGUEL RUA – ESTE AÑO NO SE CELEBRA EL PASEO LARGO A I BECCHI, ADONDE SOLO VAN ALGUNOS MUCHACHOS PARA LAS FUNCIONES DE LA CAPILLA – DON BOSCO EN BRICHERASIO – PARCELA EN LA QUE QUIERE EDIFICAR LA IGLESIA DE SAN JUAN EVANGELISTA Y UN INTERNADO – PROPAGANDA PARA ESTA CONSTRUCCION: EL ARZOBISPO DE TURIN LA RECOMIENDA A LOS FIELES – MUERE MONSEÑOR RICCARDI

EL 16 de septiembre hacían en Lanzo los votos trienales ocho hermanos, y tres los perpetuos. Entre éstos don José Fagnano. Uno de los testigos de estas profesiones religiosas fue el sacerdote José Lazzero, **[918]** que los había emitido en Turín el 16 de enero. Al día siguiente se cantó solemnemente el *tedéum* precedido de la acostumbrada renovación de votos.

Algún tiempo antes, un sábado después de las confesiones y de la cena, don Bosco repitió en su antecámara, a algunos de los nuestros, entre los que se encontraban don Joaquín Berto:

—Si en estos días se pusieran de acuerdo todos los romanos para

hacer una visita diaria a Jesús Sacramentado, Roma quedaría para el Papa.

El Venerable sabía perfectamente lo que iba a suceder; pero, como hombre de Dios, no descuidaba ningún medio directo para confirmar a los suyos en la eficacia de la oración dirigida a Jesús Sacramentado.

Entre tanto, por orden del rey Víctor Manuel, cinco divisiones, con todo el equipo de guerra, entraban en territorio papal para combatir a ocho mil soldados pontificios: y mientras el general Nino Bixio avanzava hacia Civitavecchia, bloqueada por la flota, el coronel Serra, comandante de la fortaleza, ni siquiera intentaba iniciar la resistencia. Era el 15 de septiembre de 1870.

Aquel día sucedió un gran milagro en Soriano. El Venerable conservó la relación que de él hizo a sus religiosos el Rvmo. Padre Vicente Jandel, General de la Orden de Predicadores, gran amigo y admirador de don Bosco. Se publicó en la *Buona Settimana,* periódico religioso popular de Turín, en la página dieciséis del primer número del 1871.

La hoja, que conservamos, tiene al margen esta apostilla del Venerable: *En torno al prodigioso suceso de Soriano.* Esta es la narración:

Presentes en la memoria las divinas palabras, con las que el Espíritu Santo nos advierte que hay que promulgar las obras de Dios porque le rinden honor *(Tob. c. 12)* deseábamos, desde el pasado septiembre, comunicaros un prodigioso suceso, con el que quiso el Señor una vez más iluminar el famoso santuario de nuestro santo Patriarca en Soriano de Calabria.

Pero como no parece prudente, en semejantes acontecimientos, **[919]** prestar plena fe a las primeras voces difundidas por la forma que con frecuencia se ilusiona o engaña, lo hemos diferido hasta que el Pastor de aquella diócesis hubiese, a nuestro ruego, procedido a una regular encuesta que en estos días nos ha transmitido por medio del Padre Provincial de Calabria y cuyo resultado nos apresuramos a comunicaros.

Todos vosotros conocéis el Santuario de Soriano, dedicado a nuestro Padre santo Domingo, cuya antigua imagen, ya sea por el origen que se le atribuye, ya sea por las gracias que de continuo se alcanzan, goza de la más alta veneración no sólo en aquella provincia, sino también en las próximas y lejanas. El día 15 de septiembre, dedicado en toda la orden a la veneración de aquella imagen, se celebra allí con mayor solemnidad y termina con la devota procesión de una estatua tallada en madera de tamaño natural.

Pues bien, este año estaba expuesta dicha imagen a la pública veneración al lado izquierdo del altar; una vez terminadas las funciones sagradas, había unas treinta personas, poco antes del mediodía, que rezaban ante ella. De pronto vieron que la sagrada imagen se movía como si estuviera viva, que se adelantaba y después retro-

cedía, que levantaba y bajaba el brazo derecho y arrugaba la frente, acompañados estos movimientos de miradas severas y amenazadoras a los que estaban presentes, tristes, dulces y reverentes cuando los dirigía a la Virgen del Rosario, a la manera, según nos cuentan, de los predicadores sagrados desde el púlpito.

No resulta fácil imaginar cómo estaban ante tal visión las personas que oraban. El temor y la maravilla fueron apoderándose de ellos. Quedaron atónitos y vacilantes, de modo que al principio no daban fe a sus propios ojos. Pero cuando por el propio y recíproco consentimiento se dieron cuenta de que no era ilusión, sino realidad, resonaron en la iglesia sus voces gritando: *¡Santo Domingo, Santo Domingo! ¡Milagro! ¡Milagro!* Y no acertaban a decir otra cosa.

El prodigioso suceso se difundió, como era natural, con la rapidez del relámpago y, en menos que se dice, la población entera abandonó sus quehaceres domésticos y corrió en tropel al santuario. Más de dos mil personas pudieron contemplar el prodigioso movimiento de la santa imagen, que continuó durante casi hora y media. Los presentes y los que iban llegando multiplicaban sus oraciones, lágrimas, aclamaciones y asombro.

Y aunque tan gran número de espectadores, que a una sola voz confirmaba el hecho, quitara toda sospecha de engaño o de fraude, se quiso, sin embargo, satisfacer a quien, por prudente duda o por espíritu de incredulidad, no estuviese plenamente convencido: esto confirmó y evidenció aún más el prodigio, disipando así toda sombra que después hubiera podido ofuscarlo...

Y éste es... el prodigioso suceso, cuyas primeras noticias nos llegaron **[920]** por cartas privadas, confirmadas hoy por el M. Rvdo. Arcipreste de Soriano, el cual, por orden del excelentísimo señor Obispo de Mileto, extendió una relación auténtica suscrita con juramento por treinta testigos presenciales elegidos entre las personas más capaces y honradas del pueblo, aun cuando muchísimos otros, como allí se dice, hubieran confirmado la verdad del prodigioso movimiento...

Don Bosco fue a Lanzo el 19 de septiembre para empezar la segunda tanda de ejercicios espirituales. Ya no llegaban cartas de Roma ni el telégrafo transmitía noticias privadas, pero don Bosco tenía el pensamiento fijo en la visión del 5 de enero. El 20 de septiembre escribía al comendador Juan Bautista Dupraz.

Turín, 20 de septiembre de 1870

Queridísimo Comendador:

Le adjunto una carta para la señora G.... Tenga la bondad de poner la dirección, que no puedo sacar de su carta.

Señor Comendador, ánimo y esperanza. No olvide estas palabras: el temporal, la borrasca, el torbellino, el huracán cubren nuestro horizonte, pero serán de corta duración. Después brillará un sol como parece no resplandeció desde san Pedro hasta Pío IX.

Mis respetuosos saludos para usted y su señora; que Dios les bendiga. Rueguen por mí, siempre agradecido,

De V. S.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Era el día de la toma de Roma. Las primeras noticias de este suceso llegaron al Piamonte el día 21. La *Unidad Católica* escribía el 22 de septiembre: «Los soldados de Nino Bixio y Rafael Cadorna entraban en la ciudad eterna, el día 20 de septiembre de 1870 a las diez de la mañana».

Don Bosco recibió la noticia en Lanzo, mientras tomaba el café después de misa, y la recibió con la tranquilidad de quien sabía hacía tiempo lo que sucedería. No dijo una palabra, de suerte que maravilló a todos su calma glacial.

[921] Aquel mismo día escribía al noble conde Francisco de Viancino.

Había decidido —hemos hecho ya varias alusiones— levantar en el paseo del Rey de Turín, próximo al templo valdense, un nuevo templo católico para paralizar la propaganda protestante y atender las necesidades espirituales de los católicos que poblaban los alrededores. En la carta habla el Venerable de esta nueva iglesia de *San Luis* porque se levantaría en aquel Oratorio; como en otros documentos relativos a esta empresa, la llama Oratorio o iglesia en Puerta Nueva, ya que debía levantarse en aquel barrio. Pero en esta misma carta manifiesta claramente su pensamiento de construir una gran iglesia y que quería dedicarla a *San Juan Evangelista*.

COLEGIO INTERNADO DE S. FELIPE NERI
Lanzo

20/9/70

Muy querido señor Conde:

Ahora que la cuestión económica entre Prusia y Francia se terminó, salgo yo después de una batalla más discutida que la de Sedán. El señor Coriasso, propietario de la casa que separa el Oratorio de la iglesia de María Auxiliadora, está dispuesto por fin a firmar la escritura de venta. Una persona caritativa vino en mi ayuda, y pude preparar a tal fin las quince mil liras que pide y las deposité en el Banco de Descuento. Para terminar, mientras tanto, las conversaciones con el protestante Morglia y obligarle a ceder *por utilidad pública,* una franja de terreno para la iglesia de San Luis, hubo que enviar una declaración al Consejo de Estado, de que estábamos en situación de pagar aquella franja y salir fiadores de la declaración con las quince mil liras depositadas en el Banco mencionado. Esto hace que *hic et nunc* (ahora) no podamos servirnos de ellas.

En este momento me viene a la mente lo que usted me dijo en cierta ocasión respecto al dinero depositado en el Banco de Descuento para hacer una oferta a la iglesia de San Luis o de San Juan.

¿Así pues, suministraría usted la cantidad de cinco mil liras para juntar lo nece-

sario para la casa de Coriasso? Una vez libre el dinero de referencia, yo emplearé el equivalente para la misma iglesia.

[922] Si usted acepta esta proposición ganará méritos ante la Virgen y ante su hijo adoptivo San Juan, que son buenos pagadores.

Yo estoy en Lanzo con los ejercicios espirituales y el sábado estaré en Turín. Aquí no he dejado de rezar por usted y la señora condesa Luisa. Augurando a los dos salud y gracia, me encomiendo a sus oraciones y me profeso con gratitud

De V. S. muy apreciada

Afmo. y seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Mientras tanto continuaban los ejercicios. El 23 emitían los votos trienales siete socios, y el sacerdote Santiago Costamagna y el clérigo Domingo Tomatis, los perpetuos. El Capítulo aceptó también a los aspirantes que pedían ser novicios. Don Miguel Rúa tomó nota de cuantos habían participado en el retiro espiritual, lo que se convirtió en norma constante para todos los años y todas las tandas.

El 24 fue la clausura. Entre los importantísimos avisos que dio don Bosco, algunos se referían al modo de tratar con los jóvenes.

Avisos dados por don Bosco a los Salesianos en los ejercicios de Lanzo sobre el modo de tratar con los muchachos.

1.° No escribirles nunca cartas muy afectuosas.

2.° No tomarles de la mano.

3.° No abrazarles ni besarles.

4.° No entretenerse a solas con ellos y mucho menos en la propia habitación, sea cual fuere el motivo.

5.° No dirigirles miradas demasiado afectuosas.

La juventud es una arma peligrosísima del demonio contra las personas consagradas al Señor.

El Director de Lanzo le preguntó privadamente qué fórmula se debía emplear para escribir a los padres sobre un muchacho de mala conducta a quien quisiera alejar del colegio. Don Bosco contestó:

—No pongáis nunca en el papel la falta del joven. *Scripta manent* (Lo escrito permanece).

—¿Y entonces?

[923] Tomó un papel y escribió:

«Vengan inmediatamente a visitar a su hijo. Le es imposible seguir en el colegio. Sabrán los motivos personalmente.—Lemoyne».

El 25 domingo, recibía en la iglesia del Oratorio la profesión religiosa de un hermano y escribía a la condesa Callori:

Ilma. y benemérita Señora:

El martes próximo espero llegar, si Dios quiere, a Vignale en el *ómnibus* de la tarde de Casale. Haré un alto hasta el miércoles por la tarde. Todo lo demás, de palabra.

Dios bendiga a usted y a su familia y me crea agradecido.

De V. S. B.

Turín, 25 de septiembre de 1870.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Después de la primera impresión de los acontecimientos habidos en Roma, varios miembros de la Corte Pontificia aconsejaban al Papa que abandonara la ciudad y buscara refugio seguro en otra parte. Pío IX dudaba en abrazar este partido, mas, por prudencia, había dado las disposiciones necesarias para el viaje.

Los prelados insistían. El Papa había mandado preguntar a don Bosco, pidiéndole consejo y asegurándole que lo seguiría. Después repetía a los que le presionaban:

—Esperemos la respuesta de don Bosco.

Y el Venerable, después de haber rezado largamente, envió por mano segura la respuesta, concebida en estos términos:

«El centinela, el Angel de Israel quédese en su puesto y sea guardián de la Roca de Dios y del Arca Santa».

La leyó Pío IX, revocó todo lo dispuesto para la partida y no se movió de Roma, a pesar de que por algún tiempo le susurraron pareceres contrarios.

Así nos lo contó muchas veces don Juan Cagliero, bien informado de lo sucedido, porque él mismo había escrito la carta que se mandó al Padre Santo.

¡Qué gran servicio prestó don Bosco a la Iglesia en general y a Italia en particular con este consejo!

[924] La siguiente carta guarda, quizás, relación con el hecho que hemos referido.

Carísimo don Rúa:

El jueves llegaré a Turín en el tren de las seis y media de la tarde. Si puedes, espérame en la estación y hablaremos por el camino. Entre tanto, 1.º: di a don

Francisco Dalmazzo que comunique al padre Franco que, si necesita algo para Roma, puede servirse de nuestro enviado.

2.º Que José Rossi vaya a las oficinas de los Ferrocarriles, saque un billete de ida y vuelta, pero que, en vez de ir en la línea circular, pueda hacerlo directamente a Roma. Además que pregunte si podrían cambiar un billete de ida y vuelta por dos de ida. Estos servirán para Palmieri y Poligari. Estos arreglos fueron ya hechos con otros; si no lo hacen para el segundo caso, para el primero es cosa corriente que se concede a todos los viajeros que lo piden.

3.º La partida se fijaría para el viernes por la tarde.

4.º Si puedes, vete tú mismo a la Curia a comunicar la cosa al Vicario General y al Arzobispo, de acuerdo con el memorándum incluido.

5.º Envía el baúl a Pesce por Casale...

Dios nos bendiga a todos y créeme,

Casale, 27/9/70.

Afmo. en Jesucristo
JUAN BOSCO, *Pbro.*

De vuelta a Turín, fue a I Becchi, en compañía de algunos cantores, para la fiesta del Santo Rosario. Previamente había mandado a don Pablo Albera para predicar la novena; pero aquel año no llevó la banda, ni a todos los cantores. Decía en confianza a don Pablo Albera:

—¿Cómo quieres que estemos alegres y en fiestas, cuando el Padre Universal de los fieles está encerrado en el Vaticano?

El 2 de octubre escribía a don Miguel Rúa desde Bricherasio:

Carísimo Rúa:

El viernes mándame a alguno en el tren que llega a las tres cuarenta y cinco y le daré la bolsa para estar más libre y hacer algunos recados por Turín. Manda un prospecto de Lanzo al señor Cesano, notario y secretario de Bricherasio, cuyo hijo ha sido aceptado con la pensión más alta. Si no hay nada en contra, le he dado el número ciento sesenta y uno.

Procura, *si fieri potest,* tener un sacerdote libre para que el domingo próximo venga a decir misa en casa del conde Viancino. Trataremos **[925]** juntos la cuestión y, en caso de que podamos prescindir, celebrará la misa en la iglesia de María Auxiliadora.

Dios nos bendiga a todos y créeme

Bricherasio 2/10/70.

Afmo. en Jesucristo
JUAN BOSCO, *Pbro.*

El día 7 estaba de vuelta en Turín, decidido a dedicarse a la construcción de la iglesia de San Juan.

Entre el Po y el templo de los protestantes, en la avenida del Rey Víctor Manuel, se extendía una manzana de casas, en un polígono alargado que formaba un cuadrilátero regular. Un tercio de éste, a levante, era propiedad del valdense antes citado, Enrique Morglia, industrial comerciante en piedras labradas. En un ángulo al sudoeste estaba el palacete de la condesa Clavesana cercado con un pequeño jardín. El terreno remanente medía cerca de tres mil ochocientos metros cuadrados. Limitaba al este con Enrique Morglia, al sur con la calle Pío V y la condesa Clavesana, al oeste con la condesa Clavesana y la vía Madama Cristina, al norte con la avenida Víctor Manuel. Pertenecía a diversos propietarios, a los cuales compraría don Bosco palmo a palmo, pagándolo en proporción a los edificios en ellos construidos que eran inservibles y había que derribar. A uno de estos propietarios don Bosco le pagaba el alquiler de lo que le quedaba del antiguo espacio del Oratorio de San Luis.

El Venerable había determinado construir la iglesia junto a la propiedad de Morglia; pero como el término de ésta formaba a poniente una línea oblicua con la avenida de Víctor Manuel, no se podía estar a los planos: se necesitaba obtener la cesión de trescientos veintiocho metros cuadrados de terreno para regularizar los límites.

Era necesario, pues, tratar con cada uno de los propietarios y ya se había empezado. Con fecha 30 de marzo de 1870, Don Bosco compró a los hermanos y hermanas Franco y a la madrastra Teresa Torre, viuda de Franco, una edificación por catorce mil liras. Tenía en marcha otros tratos. En efecto, con escritura del **[926]** 15 de noviembre de 1870 compraba al señor Santiago Vigliani un edificio, con patio y terreno adyacente, por diez mil liras. Al oeste colindaba con la calle Madama Cristina y al norte con la avenida del Rey. Así aseguraba la construcción del internado. A continuación se hicieron otras adquisiciones.

El 20 de enero de 1871 el señor Turvano e hijos le cedían un trozo de terreno por siete mil ochocientas noventa y siete liras. Con escritura del 13 de enero de 1873 adquiría, por cinco mil setecientas ochenta y una liras, una nueva parcela de terreno de la señora Felicidad Valenti Binelli. Finalmente el 6 de octubre de 1875 el señor Antonio Boasso le vendía una pequeña parcela, la última faja al sur, que formaba en su mayor parte la mitad de la calle Pío V, de dos mil ciento cuarenta y cuatro metros, al precio de mil cuatrocientas liras, con la que completaba el espacio necesario para la sacristía.

El total de tales compras, comprendida la faja de Morglia, llegó al menos a setenta mil liras.

Don Bosco no se amedrentó. El excelente arquitecto conde Arborio Mella aceptó el encargo de diseñar el proyecto. Los hermanos Buzzetti fueron nombrados maestros de obras y empresarios y el conde de la Veneria, con generosidad sin igual, se aprestó a sostener al Siervo de Dios ante los propietarios, el Ayuntamiento y el Gobierno.

Pero ¡cuántas dificultades surgieron en el camino! Bastaría su enumeración para demostrar la heroica fortaleza del Venerable.

Desde octubre de 1870 apeló a la pública caridad para que le ayudara en la nueva empresa. Solamente la construcción de la iglesia y del internado debía costar más de cuatrocientas mil liras. El Arzobispo aprobaba la obra y don Bosco podía unir la recomendación a su circular.

He aquí los documentos:

IGLESIA DE SAN JUAN EVANGELISTA CON INTERNADO Y ESCUELAS PARA NIÑOS POBRES EN LA AVENIDA DEL REY

En la ciudad de Turín, desde la plaza de Armas hasta el Po, hay un espacio pobladísimo, de casi tres kilómetros, en el que no hay escuelas para los niños, ni iglesias para el culto religioso.

[927] En medio de aquella población, como todos saben, los protestantes levantaron su templo con internado, escuelas y asilo infantil. Después, ante la deplorable deficiencia de iglesias y escuelas católicas cercanas, y por contra la proximidad del establecimiento heterodoxo corrieron los padres de familia un gravísimo y pernicioso riesgo al mandar a sus hijos e hijas mezclados con los de los protestantes a sus escuelas y asilos, bajo el especioso pretexto de que donde hay necesidad no puede haber libertad.

Existía ciertamente desde hacía muchos años el Oratorio de San Luis con escuelas y patio de recreo, pero, al prolongar la calle de San Pío V, éstas quedaron divididas en dos partes e inservibles para su fin.

Para proveer de algún modo a la grave necesidad, se compró, con ayuda de personas caritativas, un terreno, comprendido entre dicha calle de San Pío V y la de la Madama Cristina, frente a la avenida del Rey y se tiene el propósito de edificar una iglesia, que sirva también para los adultos, con edificio suficiente para escuelas, internado y patios donde puedan jugar los muchachos en los días de fiesta, librarlos de los peligros de la inmoralidad y prepararlos para un arte u oficio.

Con la ayuda de la divina Providencia se iniciaron los trabajos: la tapia de la cerca está ya terminada y, mientras un benemérito arquitecto está terminando los planos de la iglesia y del edificio anejo, se preparan también los materiales necesarios para la construcción.

Pero los difíciles tiempos que corremos, la miseria que por doquier se deja sentir, son un gran obstáculo para llevar a término una obra de tal importancia, para la

que no se cuenta previamente ni con un centavo. La caridad de los católicos, que nunca faltó en ocasiones semejantes, tampoco ahora faltará; el caso es demasiado grave para dudar de ello. Se trata, como todos pueden fácilmente convencerse, de preservar a un gran número de niños, y tal vez también de adultos y familias enteras, del grave y funesto peligro de ser inducidos al error contra la santa fe, y casi insensiblemente alejados de la santa Iglesia católica y de su Supremo Jerarca y Pastor; de llegar, incluso a encontrarse, casi sin darse cuenta, sumidos en la herejía. Se invita seriamente y encarecidamente se ruega consideren estos inconvenientes todos los que aman a Dios, el bien de la santa Iglesia católica y la salvación de sus prójimos.

Se espera que estos trabajos estén terminados en dos años, y durante este tiempo se hace una humilde pero cálida llamada a todos los buenos, suplicándoles contribuyan con la ofrenda que Dios les inspire a estas necesidades excepcionales. Las ofrendas pueden hacerse en metálico o con cualquier cosa que sirva para la construcción o de ornamento para la iglesia o el edificio anejo. Se trata de salvar almas, y el que alarga la mano benéfica tiene fundada esperanza de oír un día de labios **[928]** del Salvador las consoladoras palabras: «Salvaste una alma, predestinaste la tuya». El Sumo Pontífice Pío IX alaba la empresa y bendice a todos los que tomen parte en ella. Su Exca. Rvma. nuestro amadísimo Arzobispo, no sólo anima, sino que toma parte con los medios materiales que su posición le permite. Se invita a los cristianos en general, pero especialmente a los que viven en esta zona o tienen en ella alguna propiedad.

La iglesia está dedicada a San Juan Evangelista, y el retablo representará al Salvador que, desde la Cruz, confía su santísima Madre al Apóstol predilecto, San Juan, tal y como está expuesto en el Santo Evangelio.

Los donativos se pueden entregar al que suscribe o al Rvdo. señor Traversa, cura párroco de San Máximo, en cuya parroquia está enclavado el lugar elegido para la nueva construcción.

Que Dios colme de gracias y celestiales favores a todos los beneméritos donantes y les conceda días felices con amplia recompensa aquí en la tierra y mucho mayor en la feliz eternidad. Así sea.

Turín, 12 de octubre de 1870.

JUAN BOSCO, *Pbro.*

RECOMENDACION de su excelencia Rvma. Monseñor Riccardi Arzobispo de Turín, en favor del proyecto arriba expuesto

Con gran satisfacción hemos visto y aprobamos la idea expuesta por nuestro celoso y pío sacerdote don Juan Bosco, tan benemérito de la Iglesia y de la sociedad civil por sus varias instituciones religiosas y benéficas. Nos consuela que la obra saludable haya comenzado y hacemos votos para que, lo antes posible, sea llevada a término su construcción. Mas para ello es indispensable un generoso concurso de donativos y limosnas. Nosotros estamos persuadidos de que los fieles habitantes de esta piadosa ciudad, y en especial los de las casas adyacentes a la avenida del Rey, reconociendo también ellos la importancia y la suma oportunidad de este nuevo es-

tablecimiento, querrán corresponder, de acuerdo con sus propias fuerzas, a la invitación que se les ha hecho para concurrir a la gran necesidad, a fin de que cuanto antes pueda abrirse a la utilidad pública espiritual y temporal el comenzado edificio. Con tan halagüeña confianza, nos impartimos nuestra pastoral y paternal bendición, a la obra emprendida, a quien la ha comenzado y a quien ayudará a su realización.

En Turín 13 de octubre de 1870.

Por orden y en nombre de S. E. el señor Arzobispo:

JOSÉ ZAPPATA, *Vic. Gen.*

El Arzobispo, monseñor Alejandro Octaviano Riccardi, de los Condes de Netro, pasaba a mejor vida el día 16 de octubre, **[929]** llorado por el gran bien hecho a la Diócesis. También en el Oratorio se celebraron solemnes funerales. Sobre su sepulcro se erigió un espléndido mausoleo que le representa arrodillado en oración. Es una obra notable del ilustre escultor Della Vedova. El epígrafe dice así:

—Alejandro Octaviano Riccardi, de los condes de Netro, fue Obispo de Savona veinticinco años, Arzobispo de Turín tres años y siete meses; por su dulzura, su prudencia, su caridad, su celo y ejemplo admirable, fue amado en vida y llorado en muerte, como se ama y se llora a un padre.

[930]

CAPITULO LXXIII

INAUGURACION DEL COLEGIO EN BORGO SAN MARTINO – DON FRANCISCO CERRUTI DIRECTOR DE ALASSIO – LA OBEDIENCIA PREMIADA – CONSEJOS DE DON BOSCO A LOS SALESIANOS SOBRE LA MANERA DE PRESTARSE A EJERCER EL SAGRADO MINISTERIO PARA LAS PERSONAS EXTRAÑAS Y SIN PERJUICIO DE UN COLEGIO – DON BOSCO ANUNCIA A UN PROFESOR, QUE ESTA ENFERMO DE LA GARGANTA Y NO PUEDE DAR CLASE, QUE SERA ESCRITOR – EL MINISTRO DE INSTRUCCION PUBLICA LIMITA LA ENSEÑANZA RELIGIOSA EN LAS ESCUELAS MUNICIPALES A LOS ALUMNOS, CUYOS PADRES LO PIDAN – EFECTOS DE LA INSTRUCCION RELIGIOSA, ENSEÑADA POR DON BOSCO CON LA PALABRA Y EL EJEMPLO – ARTESANOS QUE TRIUNFAN EN LA SOCIEDAD – EL CATECISMO EN LOS ORATORIOS FESTIVOS – LECTURAS CATOLICAS: HISTORIA ECLESIASTICA – *DON BOSCO ORGANIZA EL PERSONAL DOCENTE Y DIRIGENTE PARA CADA CASA – DESPEDIDA DE UN ALUMNO APRECIADO QUE VA AL SEMINARIO – CONFIANZA DE LOS EX ALUMNOS SEMINARISTAS CON DON BOSCO – ENTRAN EN EL ORATORIO DOS DE JERUSALEN Y OTROS DE ARGEL – MUERTE DE UN BUEN COADJUTOR Y DE UN CLERIGO EN EL ORATORIO – BIOGRAFIA DE JOSE VILLA, COFUNDADOR DE LA CONFERENCIA ANEXA DE SAN VICENTE DE PAUL – ASEDIO DE PARIS*

DON Bosco había hecho publicar los programas de cada uno de los colegios, que eran idénticos para los internos. Se transportaron todos los muebles desde Mirabello a Borgo San Martino, donde los muchachos quedaron encantados al encontrarse **[931]** con el ferrocarril muy cerca, con un magnífico palacio, amplios patios, deliciosos bosquecillos y paseos umbrosos. Monseñor Ferré, Obispo de Casale, que había acordado su protección al Colegio, y a quien los padres podían dirigirse para la matrícula de sus hijos, experimentó también una gran satisfacción la primera vez que

fue a visitar el instituto que siguió reconociendo como su seminario menor.

Don Francisco Cerruti fue a abrir la nueva casa de Alassio en calidad de Director. Estaba tan débil que temía morir en el viaje.

—Vete, díjole don Bosco cuando oyó sus justas observaciones.

Don Francisco Cerruti partió. Durante las primeras horas le pareció que se desmayaba; pero, después del viaje en tren hasta Savona, y las siete u ocho horas en incómodo carruaje desde allí hasta Alassio, llegó al Colegio en plena forma. Un día le dijo don Bosco:

—Cuando tengas que contar lo de *vir obediens loquetur victorias* (el varón obediente cantará victoria) no necesitarás buscar ejemplos en los libros.

Le había dado varios consejos que don Francisco Cerruti expuso de este modo: «Quería, sobre todo, que los Salesianos prestaran ayuda al párroco donde estaba situada la Casa, y deseaba que se hiciera allí lo mismo que se hacía en el Oratorio de Turín. Recuerdo haberle oído a este propósito las siguientes palabras:

»—Préstate con gusto y siempre que puedas, mas sin que por ello se quebrante el orden de tu colegio.

»Le pregunté una vez cómo debía regularme en cuanto a la petición de misas, sobre todo de los veraneantes y familias señoriales. Me contestó:

»—Acepta primero aquéllas donde la limosna es menor: primero la parroquia, después las hermandades y otras iglesias más frecuentadas por la población; finalmente, si puedes, las capillas privadas de los señores y de los veraneantes.

»Lo mismo que para enseñar el catecismo, quería que sus hijos espirituales se prestasen para predicar y confesar, pero siempre con subordinación a los deberes impuestos por el Colegio».

[932] El clérigo Juan Garino debía unirse a don Francisco Cerruti en el Colegio de Alassio, para ocupar el cargo de Catequista. Se encontraba en el Oratorio indispuesto por una afección a la garganta, que hacía tiempo volvía a molestarle.

«Un día, contó él, antes de partir para mi nuevo destino, me paseaba con don Bosco y, al decirle que sentía mucho no poder dedicarme ya a la clase, me respondió:

»—Bueno, cuando ya no puedas dar clase, *escribirás.*

»No hice entonces gran caso de esta su última palabra, pero se ha cumplido. Cuando hube mejorado, volví un poco a la enseñanza, pero me encontré abocado a escribir y publicar algunas obritas, a lo que pareció aludía don Bosco cuando me dijo: *escribirás*».

Mientras don Bosco se dedicaba a fundar colegios cristianos, se suprimía la enseñanza de la religión en las escuelas. El Ministro Correnti ordenaba en 1870 a los Consejos Escolares y a los Municipios que proveyesen para que se diera enseñanza religiosa solamente a aquellos alumnos cuyos padres hubieran declarado que ésa era su voluntad. La verdad es que, en casi todos los municipios, los padres de familia pidieron que se siguiera enseñando la religión: es más, muchos protestaron ante el Ministerio contra ciertos municipios que arbitrariamente la habían abolido. Es imposible educar a la juventud sin los diez mandamientos y sin el santo temor de Dios, único freno de las pasiones humanas.

Y don Bosco procuraba, por cuanto le era posible, oponerse a los males previstos, enseñando el catecismo en las escuelas y los domingos en la iglesia. Con la instrucción religiosa florecía en el Oratorio la piedad, útil para todo. Esta no se imponía, pero se la cuidaba constantemente con la oración en común, la santa misa, la confesión y comunión frecuentes, las oportunas platiquitas de cada noche antes de ir a acostarse. Poseía don Bosco para ellas un talento y una elocuencia similares.

«Yo le oí, escribía unos años más tarde monseñor Reggio, Obispo de Ventimiglia, en su casa de Turín y contemplé a toda una multitud de jóvenes, que se hubiera dicho le arrebataban la palabra de la boca. Ameno **[933]** y profundo a la vez, sabía infundir la sabiduría, que él definía: *el arte de saber gobernar la propia voluntad.* El la poseía verdaderamente: y la quería, primero en la educación de la juventud, y después en las letras, de las que era un excelente maestro. Porque, simple y sencillo como era, demostró ser un experto en la pedagogía y en la controversia puesta al alcance del pueblo».

Y terminaba diciendo: «¡Don Bosco es un santo!».

Durante la jornada, don Bosco mandaba hacer breves pero frecuentes lecturas de buenos libros. Después de la misa, a modo de meditación; diez o quince minutos en la comida y la cena; cinco o seis más, antes de salir del salón de estudio; y de nuevo otros cinco o diez minutos, mientras se acostaban. Se hacía siempre una lectura de libros educativos seleccionados con mucho cuidado. *Gutta cavat lapidem...* (La gota agujerea la piedra...). Aquellos buenos pensamientos caídos en el alma del jovencito tres, cuatro, cinco veces al día, durante cuatro, cinco, seis años de colegio era imposible que no dejaran señal y no dieran fruto de un sano pensar y de un virtuoso obrar para toda la vida.

Era la instrucción religiosa la que hacía a don Bosco dueño de los

corazones, porque, sonriente y bueno, enseñaba el respeto, el amor y la humildad con todos.

Los alumnos veían en él un modelo de las virtudes enseñadas por el catecismo. Resultaba don Bosco amabilísimo porque siempre estaba dispuesto a servir a los grandes y a los pequeños en su casa, en toda ocasión, fueran o no de importancia, porque como Nuestro Señor Jesucristo pensaba: *Non venit ministrari sed ministrare* (No vine para ser servido sino para servir). Cien hechos lo atestiguan; consignaremos uno aquí, que nos viene a la memoria y nos lo contó uno de nuestros hermanos sacerdotes:

«Una mañana me revestí para celebrar la misa en la sacristía de María Auxiliadora: esperaba a un monaguillo, pero no se presentó ninguno y ya pasaba de la hora. Don Bosco, que había celebrado y estaba dando gracias, se levantó, se acercó y me dijo:

[934] »—¿Qué esperas?

»—Un monaguillo.

»—Vamos, yo te ayudaré.

»Yo dudaba, no quería que se molestase, pero no hubo manera de convencerle y tomó el misal. Entonces salí; fuimos al altar de San Pedro y me ayudó a la misa hasta el ofertorio, en que vino a sustituirle un clérigo».

Su ejemplo y su sistema educativo lograban que los alumnos del Oratorio se enamoraran de sus superiores. Cualquiera de ellos, un simple clérigo, al aparecer en el patio era inmediatamente cercado por un montón de chiquillos. Muchos de ellos no temían descubrir sus faltas a sus superiores, y a veces hasta les confiaban los secretos de su conciencia, mientras paseaban por los pórticos durante el recreo.

Cuenta D. T... que una vez, siendo él alumno del tercer curso de bachillerato, paseaba con muchos otros junto a don Juan Cagliero y le dijo:

—Mañana es domingo y todavía no he podido confesarme esta tarde, por tener que asistir a clase de música y de ceremonias.

—Bien, le respondió don Juan Cagliero, confiésate aquí.

Y el joven, siempre paseando, mientras los compañeros no interrumpían su alegre y viva conversación, manifestó a don Juan Cagliero lo que podía apenarle para que le aconsejara. Los compañeros no se extrañaron porque estaban acostumbrados a hacer ellos mismos confidencias parecidas.

La familiaridad no era ningún obstáculo para el respeto, puesto que el catecismo enseña: *Obedite praepositis vestris* (Obedeced a vuestros superiores).

También los aprendices, que eran tratados y educados igual que los estudiantes, demostraban con su conducta la eficacia de los principios religiosos aprendidos. Lealtad y honestidad eran su característica y fueron muchos los jóvenes que honraron al Oratorio con su conducta al salir de él. Por eso, el haber sido educados por don Bosco era la mejor recomendación para ser aceptados en fábricas, tiendas, **[935]** o en otros lugares; los mismos patronos acudían a don Bosco en busca de jóvenes obreros.

La Dirección de Ferrocarriles los admitía con gusto a su servicio. Hubo varios carpinteros que por su habilidad, trabajo y virtud cobraron enseguida cinco liras diarias, que fueron después aumentadas notablemente; y fueron muy queridos por los superiores. Un joven ex alumno, empleado en una oficina de contabilidad, encontró un billete de doscientas cincuenta liras perdido. Se apresuró a entregarlo a su jefe, el cual le preguntó:

—¿Dónde has estudiado?

—Con don Bosco.

Al día siguiente le elevaban el sueldo mensual de sesenta a ciento veinte liras.

En la caja fuerte de un cuartel desapareció una cantidad respetable. Algunas desgraciadas circunstancias parecían señalar como ladrón a uno de nuestros cerrajeros que era soldado. Protestó de su inocencia. Era tan virtuosa su conducta, que el Coronel y los otros oficiales no dudaron de su inocencia, pero no tenían pruebas: durante un mes entero, dado el afecto que le tenían, hicieron las más activas pesquisas hasta que, finalmente, fue descubierto y condenado el verdadero culpable.

Todavía un hecho más. Un joven de fuerza hercúlea, alistado en el cuerpo de artillería, estaba en la plaza de armas pasando revista, cuando oyó que el General le llamaba por su nombre y le decía:

—¿Tú has sido educado por don Bosco?

—Sí, mi General.

—¿Quiéres ser mi asistente?

—Con mucho gusto.

Tres meses más tarde el General se retiraba y el joven ascendió a cabo. Siempre fiel a sus prácticas religiosas, fue sargento durante dieciséis años y terminó siendo comandante en una fortaleza de la frontera. Desde allí escribía:

«Bendita sea la casa de don Bosco donde yo aprendí a obedecer. Cuántos compañeros míos de regimiento, reacios a toda **[936]** disciplina militar y también a las leyes morales, los he visto condenados

a la cárcel, a compañías de castigo, a reclusión y algunos al fusilamiento. Yo, con las enseñanzas de la Doctrina siempre en mi mente cristiana, no recibía nunca un castigo, supe cumplir con exactitud mi deber, soportar, tolerar y sufrir también en tiempo de paz. Así llegué a donde estoy y bendigo a don Bosco que me enseñó a obedecer».

Como este bravo soldado, y por los mismos motivos, hizo fortuna un número incalculable de pobres jovencitos. Llegaron a ser propietarios y jefes de talleres y almacenes, comerciantes, empleados en negocios lucrativos y viven señorialmente con sus familias. El santo temor de Dios vale mucho también en orden a las mejoras temporales.

Y ¿qué decir de la catequesis que los colaboradores de don Bosco hicieron en los Oratorios festivos, años y años, a millares de muchachos de la calle? De la narración de uno de ellos puede deducirse la historia de muchos más que, en gran parte, no sabían nada de religión y se convirtieron en excelentes cristianos y honor de la sociedad. Es la narración de una oveja que *vuelve al redil.*

La oveja descarriada era yo.

Educado en una familia, en la que se sentía fría indiferencia, cuando no verdadera hostilidad contra las más elementales prácticas religiosas, crecí casi en la ignorancia de los sublimes preceptos del Evangelio de Cristo. Y si bien jamás me sentí completamente resistente a los consuelos espirituales de nuestra santa religión, sin embargo la concebía como un conjunto de prácticas enojosas y molestas, y la temía como se teme lo que se ignora y como los estudiantes de bachillerato temen las clases de latín y de griego. Tenía un vago sentimiento de lo que era la divinidad, la fe, de lo que debían ser los deberes del cristiano, pero en mi mente, todavía tierna e ingenua, quedaban fácilmente superadas estas rudimentarias y primitivas especulaciones filosóficas con los pequeños y fútiles sucesos de la vida cotidiana.

Un día, no recuerdo cómo fue, un amigo me llevó a un oratorio salesiano. Me dijeron que allí se divertía uno mucho, que regalaban dulces, que ciertamente había que aguantar las funciones religiosas, pero **[937]** que después había una representación teatral, que siempre era muy bonita. Yo, seducido por la visión de este pequeño país de ilusión, acudí allí con alegría y gran expectación.

Y allí me pasaba todos los domingos, en el oratorio, de la mañana a la noche. Me divertía con los amigos, jugábamos a toda clase de juegos. Yo prefería los ejercicios gimnásticos, en los que había compañeros simpáticos y clérigos buenos y cariñosos, que comprometían por unos momentos la austeridad de su negra sotana para unirse a nosotros y hacer girar el tiovivo, o jugar a la barra fija. Naturalmente, también asistía, tal vez con poca devoción o poquísimo recogimiento, a las funciones religiosas. Después de misa había sermón, con pedagógicos criterios de sencillez, y llegaba a interesarme un poco. Por la tarde, tenía lugar la enseñanza de la doctrina cristiana. A mí me habían colocado en una de las clases inferiores, en la que se aprendía lo más elemental del catecismo...

Poco a poco fui pasando de clase hasta llegar a la primera, y después a la llamada de los mayores. Mientras tanto se iba formando en mí la conciencia religiosa. Seguía divirtiéndome, pero empezaba a pensar, comenzaba a razonar sobre las enseñanzas que recibía en la clase de catecismo; las funciones religiosas ya no me aburrían, antes bien las deseaba y seguía con impaciencia: durante su desarrollo mi mente ya no vagaba, no se distraía, sino que se concentraba en la meditación y en la oración humilde y conmovida. Nacía yo a la vida del espíritu.

El ambiente se apoderaba de mí, me absorbía, me conquistaba. La exquisita bondad de aquellos excelentes salesianos me conmovía; sus cuidados, sus atenciones, su bondad, sus palabras, hijas de la fe y de la caridad, me atraían hacia ellos, como el insecto es atraído por la luz. Cuando estaba con ellos me parecía respirar un aire más puro, me parecía encontrarme mejor, desaparecían como por encanto las preocupaciones de la vida cotidiana, me sentía feliz en medio de ellos, como en una gran familia de la que recibía consejo, afecto y protección.

Al llegar a la clase de los mayores, que es como el Senado del Oratorio, la enseñanza de los principios religiosos se hicieron más graves, más profundos, más complejos. Yo los escuchaba con atención; me esforzaba por comprenderlos y asimilarlos; la fe en la suprema verdad, revelada por Cristo, comenzaba a enseñorearse de mi espíritu. Y cuanto más meditaba, más se fortalecía y agigantaba mi fe; comencé a sentirme invadido de la sublime felicidad que proporciona el conocimiento de la fe.

Frecuenté varios años el Oratorio; creo que cinco o seis. Después me agarró la vida y me arrancó de mis dulces costumbres dominicales. Pero no lo olvidé. Y más que en la mente, es en el corazón donde revive el recuerdo de aquellos hermosos días de mi juventud, en los cuales, con admirable **[938]** sencillez, y con la formidable eficacia del ejemplo, me enseñaron a ser bueno y honrado, me enseñaron a amar a Dios y al prójimo.

D. B.

Otra cátedra o fuente de instrucción religiosa para los jóvenes y para el pueblo eran las *Lecturas Católicas.*

El folleto de julio era la *Biografía del joven José Mazzarello, escrita por el sacerdote Juan Bautista Lemoyne,* director del colegio San Felipe Neri en Lanzo Torinese. El Venerable, como ya se ha dicho anteriormente, leyó y examinó atentamente el folleto y sugirió algunas variaciones. Es la vida de un joven que, después de diversas dificultades, viste el hábito clerical y muere santamente.

El folleto de agosto y septiembre se titulaba: *Virginia Anselmi o el modelo de las viudas cristianas, por el padre Alfonso M. Pagnone, Barnabita.* Esta santa mujer es presentada como un modelo a imitar por las niñas, las esposas, las madres de familia, hasta en el porte que ella tenía cuando visitaba a sus hijos en el colegio.

Para octubre salió: *Historia y Actas del Concilio Ecuménico Vaticano, hasta la cuarta sesión.* El apéndice incluía una poesía en

exámetros y pentámetros sobre el gran Concilio, escrita por José Rossi, y traducida en tercetos por el canónigo Bernardino Quattrini.

Para noviembre y diciembre don Bosco regalaba a todos los abonados un ejemplar de la nueva edición de su *Historia Eclesiástica.* Era un volumen de cuatrocientas sesenta y cuatro páginas. En el prológo se leía esta declaración:

«Esta obrita ya ha sido publicada varias veces, pero las últimas ediciones se hicieron sin la aprobación ni la revisión del autor, por lo que incurrieron en no pequeños cambios y aun errores. Yo no puedo reconocer como mía, más que la presente edición, que se puede llamar nueva».

En fin, junto a una mirada a la situación de la Religión, y con algunas enseñanzas sacadas de la Historia Eclesiástica, **[939]** don Bosco había añadido un relato sobre el Concilio Vaticano, particularmente sobre la cuarta sesión, narrando extensamente el canon de la Infalibilidad Pontificia.

Mientras daba órdenes para las *Lecturas Católicas* y para los volúmenes de la *Biblioteca de la Juventud Italiana,* distribuía el personal para el Oratorio, para los cuatro colegios y los oratorios festivos, imponía la sotana a los nuevos novicios de la Pía Sociedad, aspirantes al sacerdocio, y enviaba al Seminario a los que se habían decidido a adscribirse en el Clero Secular, y les daba oportunos consejos. Uno de éstos, el clérigo Luis Spandre, natural de Caselle, hoy obispo y Príncipe de Asti, dejó escritas las palabras del Venerable.

Llevo siempre en mi memoria el recuerdo que me dio por la mañana del día en que dejaba el Oratorio para entrar en el seminario diocesano. Después de confesarme me dijo:

—¿Me podrías ayudar a misa, quizá por última vez?

—Será un gran honor para mí, le contesté; pero espero que no sea la última vez.

Y no lo fue, porque aún le ayudé muchas otras, siendo seminarista y sacerdote.

Después de misa, quitóse los ornamentos sagrados y me dijo:

—Arrodíllate, porque quiero darte mi bendición.

Y después de haberme bendecido, colocó y apoyó su santa mano sobre mi cabeza y añadió:

—Acuérdate, Luis; si con la ayuda de Dios llegas a ser sacerdote, *quaere lucrum animarum et non quaestum pecuniarum* (busca la ganancia de las almas y no el negocio del dinero).

Aquellas palabras, acompañadas de su mirada penetrante, profundizaron de tal modo en mi corazón que no las he olvidado jamás. Fueron para mí todo un programa de vida, fueron como la revelación de un sublime y saludable ideal; programa e ideal de aquel hombre de Dios, para quien todo lo demás no era nada, pues sólo le importaba la salvación de las almas: *Da mihi animas caetera tolle.*

—¡Cuánta veneración, cuánto reconocimiento y cuánto amor guardo siempre en mi corazón al venerable don Bosco!

Esos eran los sentimientos de la mayor parte de sus alumnos que iban al Seminario. Muchos, cuando se acercaba el tiempo de las sagradas órdenes, acudían al Oratorio para abrir su conciencia al antiguo padre de su alma y para pedirle consejos. Nos dijo monseñor Muriana, exalumno y párroco de Santa Teresa de Turín, que por este motivo se presentó a don Bosco en 1867 con diez seminaristas para confesarse.

[940] El Oratorio rebosaba de alumnos y aún se les añadieron algunos llegados de Asia y de Africa.

El 5 de octubre entraban en el Oratorio, recomendados por el Patriarca de Jerusalén, José Smain Siam, hijo de Mustafá y de Esce, artesano de treinta años, y Juan María Smain, hijo de José y de Rufisce, estudiante de doce años. Los dos eran jerosolimitanos. No estuvieron mucho tiempo, pero dieron testimonio de cómo corría la fama de don Bosco hasta por sus tierras.

El 31 de octubre, cuatro nuevos argelinos, pertenecientes también a la tribu de los Kabilas y huérfanos del tiempo de la gran carestía, entraban en el Oratorio. Los enviaba monseñor Lavigerie, arzobispo de Argel, recomendados a don Vicente Persoglio, Rector de San Torpete en Génova. Habían recibido ya el bautismo, y tres de ellos la confirmación. Se llamaban Antonio Allel, Augusto Seid, Cierre de Pierre Adel Kader y Agapito Siamma.

Fueron recibidos con alegría por los que les habían precedido. Dos entraron en la sección de estudiantes, porque deseaban volver a su patria para anunciar el Evangelio a sus hermanos.

Pero en aquellos días el Oratorio de Valdocco sufría dos pérdidas. Don Miguel Rúa escribía en el necrologio:

Carlos Delloro, natural de Intra, moría el 23 de octubre a la edad de sesenta y un años. Hombre serio y amigo de la soledad. Se distinguía por su amor a la oración, a los santos sacramentos, a todo ejercicio de piedad y por la exacta ocupación del tiempo. Como a veces no podía dormir durante la noche, se levantaba y se entregaba a la oración o a la lectura de algún libro piadoso. En su larga enfermedad edificó a todos con su resignación. Durante ella, recibió muchas veces los santos sacramentos, que ardientemente deseaba.

Juan Bértola, de Castellamonte, murió el 27 de noviembre a la edad de diecinueve años. Era un clérigo óptimo. Su aplicación al estudio le permitió cursar en pocos años el bachillerato, y su ejemplaridad hizo que le abrieran sus puertas las distintas asociaciones piadosas del Oratorio. Es más, por su distinción entre los compañeros

ingresó también como aspirante en la Sociedad de San Francisco de Sales. Durante la enfermedad, deseoso de consagrarse por entero a Dios, hizo privadamente los votos religiosos a don Bosco. Al morir presentó su alma al Señor más bella aún por lo deforme que dejaba el cuerpo.

[941] Moría también en Turín, en la flor de la edad, José Villa, uno de los alumnos más antiguos, que acudía constantemente al Oratorio festivo. Don Miguel Rúa dejó escrito de él este cariñoso recuerdo.

José Villa nació en Ponderano de Biella el 10 de diciembre de 1836. Desde niño mostró un carácter serio y ordenado. Hizo los estudios primarios en el pueblo y fue siempre tan aplicado que frecuentemente le presentaba el maestro como modelo a los demás escolares.

Desventuradas circunstancias privaron a su familia de los medios necesarios para que José pudiera seguir los estudios. A fin de que tuviese con qué acometer honradamente la vida, se pensó en darle un oficio. Aprendió el de zapatero en la ciudad de Biella, donde trabajó con edificación de cuantos lo conocían, hasta abril de 1855.

Ya entonces conocía de fama la casa del Oratorio de San Francisco de Sales en Turín, donde muchos jóvenes, aprendices como él, eran educados santamente en la religión y en el trabajo. Deseoso de formar parte de estos afortunados, al menos como externo, pidió permiso a su padre para trasladarse a Turín. Ante su insistencia, aunque de mala gana, el padre cedió: temía que los malos compañeros disiparan pronto la sólida educación, que le habían dado durante muchos años.

Antes de dejarlo marchar le dirigió cálidas y afectuosas palabras, trazándole el plan de vida que debía llevar ante el mundo, cuando estuviese lejos de sus ojos. Y después de haberle recomendado la santificación de las fiestas, la fuga de los malos compañeros, terminó diciéndole:

—Fíjate bien, hijo mío; estos días parten miles de soldados para Crimea, van a poner en riesgo su vida; también tú, al ir a Turín, tan joven, vas a tu Crimea; si atesoras mis palabras, si eres juicioso y prudente y bueno de corazón, triunfarás en el mundo y te trazarás un plan de conducta que te hará feliz en la vida presente y en la eternidad. Si, por el contrario, olvidando mis avisos siguieras la corriente corrompida que domina en las grandes ciudades, empezarás una serie de desventuras sin fin.

Estas palabras quedaron impresas en el corazón del buen José, que las tuvo siempre como norte y guía: ni las amenazas, ni las adulaciones pudieron jamás desviarle de la senda trazada por su padre.

Apenas llegó a Turín, su primer cuidado fue ponerse en relación con el Oratorio de San Francisco de Sales y especialmente con el egregio Director de la misma. Y muy pronto se encariñó tanto con esta casa que la convirtió en el lugar de sus delicias, y por más de dieciséis años seguidos vino a pasar en ella todas las fiestas y el tiempo que le quedaba libre de sus ocupaciones durante la semana. Fue miembro fundador de la Conferencia aneja de San Vicente de Paúl en 1856 y desde entonces dedicó a ella todos sus cuidados.

[942] Hay muchos incidentes edificantes en su vida privada; pero deben callarse porque se refieren a personas todavía vivas, que no desean ser señaladas.

Diré algo de su última enfermedad. Estaba tan maduro para el cielo, que no sabía hablar más que del desprendimiento del mundo, del amor de Dios, de las bellezas del Paraíso, de la caducidad de la vida y de cosas semejantes que revelaban su corazón lleno ya de Dios. Cayó enfermo el 26 de octubre de 1870 con una ligera fiebre acompañada de gran cansancio. Guardó cama, pero siempre con el rostro alegre y el espíritu sereno. Repetía continuamente a los presentes:

—Mi enfermedad durará pocos días; o curo, o el Señor me lleva consigo.

Como era fiel a las órdenes del médico, y las medicinas surtían poco efecto, se dio cuenta de que tenía poco que esperar de su salud.

En consecuencia puso todos sus pensamientos en el alma. Llamó a una persona de su confianza y le pidió que se dirigiera al Oratorio de San Francisco de Sales para recomendarlo a las oraciones de los jóvenes allí internados y señaladamente al querido Director, rogando a éste, al mismo tiempo, que fuera a verle para oír su última confesión. Esto sucedió el 29 de octubre, y desde entonces quedó saciado su deseo. Desde aquel día quiso arreglar todas sus cosas como quien debe partir para un lejano país.

El mal se agravó cada vez más, pero él, resignado a la divina voluntad, no dejó escapar una palabra de queja o impaciencia. Murió con la muerte de los justos.

Mientras tanto, se verificaban las predicciones hechas por don Bosco en enero. Apenas llegó a París la noticia del desastre de Sedán, los jefes del partido republicano, excitando al pueblo a levantarse contra el gobierno napoleónico, proclamaron la república, y el 4 de septiembre formaron un *Gobierno de defensa nacional.* La emperatriz Eugenia, regente, a los primeros movimientos republicanos salió de París y se retiró a Inglaterra con su único hijo, alojándose en la modesta residencia de Chislehurst. Allí se unió con ella Napoleón, a quien dejó libre el emperador Guillermo, después de siete meses de prisión. El nuevo gobierno se dispuso con ardor a proseguir la guerra y reunió en la capital de Francia trescientos mil soldados, levantó nuevas fortificaciones y, para quitar defensas al enemigo y obstáculos al disparo de los propios cañones, derribaron muchas casas de campo, en gran parte albergues **[943]** de vicios y corrupción que estaban fuera de las murallas. Los incendios de los comuneros en otros lugares llegaron a la ciudad. Y se cumplían las palabras de don Bosco: *«París, París... En vez de armarte en el nombre del Señor, te circundas de casas de inmoralidad. Tú misma las destruirás...»*

Los prusianos descansaron durante dos días de las fatigas de Sedán, y se apresuraron a asediar París con doscientos cincuenta mil soldados y novecientos cuatro cañones. Comenzado el asedio, ejércitos prusianos, con más de doscientos mil hombres, tomaban el 20 de septiembre la ciudad de Estrasburgo, tras larga y sangrienta resisten-

cia, y el 29 de octubre la fortaleza de Metz con ciento setenta mil soldados, ochocientos cañones de posición, seiscientos siete de campaña y trescientos mil fusiles.

[944]

CAPITULO LXXIV

LEVANTAMIENTO DEL CRANEO, UNA COSTILLA FUERA DE SITIO E HINCHAZON DE LAS PIERNAS DE DON BOSCO – EL PAPA CONCEDE PARA UN DECENIO A LAS CASAS SALESIANAS LA FACULTAD DE CELEBRAR TRES MISAS EN LA NOCHEBUENA Y DISTRIBUIR LA COMUNION A LOS FIELES – DON BOSCO ESCRIBE A LA CONDESA CALLORI QUE EN LA FIESTA DE LA INMACULADA SE CELEBRARA EN LA IGLESIA UNA FUNCION ESPECIAL PARA ELLA; DOS LIBROS PARA LA IMPRENTA; SU OFRENDA AL PADRE SANTO: ESPERA QUE LAS ESPINAS SE CONVIERTAN EN ROSAS – DESPUES DE LA MUERTE DEL CONDE CIBRARIO, DON BOSCO SE DIRIGE AL SENADOR CASTELLI, NOMBRADO PRIMER SECRETARIO DE LA MAESTRANZA MAURICIANA, PARA OBTENER LA CONDECORACION DE LA ORDEN A TRES BIENHECHORES DEL ORATORIO – INSTANCIA AL MINISTRO DE INSTRUCCION PUBLICA EN DEMANDA DE AYUDA – EL MINISTRO DE LA GUERRA ENTREGA MANTAS DE CAMA PARA LOS ALUMNOS DE DON BOSCO – LA UNIDAD CATOLICA *RECOMIENDA A LOS FIELES LA CONSTRUCCION DE LA IGLESIA E INTERNADO DE SAN JUAN – TESTIMONIO DE RECONOCIMIENTO A UN GENEROSO DONANTE – COBRO DE UN CREDITO INEXIGIBLE COMO CONSECUENCIA DE UNA PROMESA HECHA A DON BOSCO – LA VIRUELA EN EL ORATORIO: NO MUERE NINGUN ALUMNO; REPROBACION DEL AYUNTAMIENTO A LOS MEDICOS: DON BOSCO LES DEFIENDE – RELACIONES AMISTOSAS DE DON BOSCO CON UNOS SEÑORES GENOVESES – INVITACION DE LA MARQUESA JULIA CENTURIONE – PRIMERA PETICION A DON BOSCO PARA QUE ABRA UN COLEGIO YA EN CONSTRUCCION POR CUENTA* [945] *DEL MUNICIPIO DE VARAZZE – MUERTE PREDICHA POR DON BOSCO* – EL HOMBRE DE BIEN *A SUS AMIGOS*

UN fenómeno verdaderamente singular fue el del crecimiento de la cabeza de don Bosco por aquellos años, del 1869 al 1870. Primero padecía muchas veces de dolor de cabeza.

Esta, cuya parte delantera era plana y un poquito cóncava, como naturalmente la tienen todos los hombres, poco a poco se levantó y creció lo mismo que sucede con la harina cuando se le añade la levadura, de tal suerte que vino a ser convexa y redonda en la parte superior. Y esto no por hinchazón, sino por habérsele levantado toda la caja ósea del cráneo, como si el hemisferio cerebral hubiese necesitado dilatarse para contener la amplitud de tantos y tantos pensamientos. Antes de que sucediese este fenómeno le había dolido la cabeza durante casi seis meses seguidos. Desde aquel momento ya no sintió los agudos dolores, que de vez en cuando le molestaban.

En agosto de 1884 los médicos reconocieron, estando él enfermo, que una costilla de la parte izquierda estaba fuera de sitio. Mucho tiempo antes don Bosco había sentido por aquel lado un dolor que creía fuese del corazón. Su corazón, grande como el de un rey, necesitaba también más espacio.

Pero Dios, como acostumbra a hacer con sus santos, no cesaba de proporcionarle alguna tribulación. Una continua incomodidad, que aguantó pacientemente durante más de treinta años, sin casi manifestarlo y sin quejarse jamás, fue la hinchazón de las piernas.

Y sin embargo no abandonó nunca su trabajo mental o activo. En el mes de noviembre de 1870 se preocupaba de que continuase la solemnidad de las fiestas de Navidad.

Beatísimo Padre:

El sacerdote Juan Bosco, Superior General de la Pía Sociedad de San Francisco de Sales, postrado a los pies de V. B., humildemente expone cómo V. B. concedió en su gran bondad que la noche de Navidad pudiéramos celebrar las dos misas que siguen a la de media noche, con la facultad de dar la comunión a los fieles en los Oratorios **[946]** masculinos de esta ciudad. Estos favores espirituales ya se extendieron a las Casas de Lanzo, Borgo San Martino y Cherasco, dependientes de la misma Congregación. Estando ahora para terminar el tiempo de esta concesión, suplica a V. B., humildemente se digne renovarla y extenderla a la casa recientemente abierta en Alassio.

Ex Audientia SS.mi.

Die 28 de novembris 1870

Su Santidad, consideradas las preces, las remitió al arbitrio del Ordinario con facultad para el efecto de que se trata, guardadas las necesarias y oportunas normas debidas. Para un decenio. Sin que nada se oponga.

F. MÓNACO, *Card.*

Para la fiesta de la Inmaculada Concepción, daba una prueba más de su agradecimiento a la condesa Callori.

Turín, 6 de diciembre de 1870

Benemérita señora Condesa:

La ayuda material, que tantas veces nos prestó en muchas de nuestras necesidades, ciertamente le concede derecho a los actos espirituales que se celebran en la iglesia de María Auxiliadora. Por tanto, el jueves, día dedicado a María Inmaculada, celebraremos una función religiosa por usted y por toda su familia en el altar de María, desde las siete hasta las nueve. Habrá misa, rosario con otras oraciones y comuniones de los muchachos; eso es lo que haremos según su piadosa intención, como testimonio de nuestra inmensa gratitud.

He recibido la parte del *Católico,* revisado y corregido por la Maestra. Muy bien; siga con el resto.

La famosa *Historia Eclesiástica* resulta un gran librajo; estamos llegando al fin. Antes de Navidad lo tendrá.

Creo que monseñor Manacorda le habrá escrito y comunicado que, habiendo tenido que ir él a Roma, puso él mismo la hermosa ofrenda en manos del Padre Santo, de modo que no hubo necesidad de hablar de ello en la *Unidad Católica.*

Si las espinas se convierten en rosas, espero poder tejer una hermosísima corona. Necesito verdaderamente que ruegue por mí.

Que Dios le bendiga a usted y su familia; ruegue también por nosotros que nos profesamos

De V. S. B. *(errata corrige.* Donde dice V. S. dígase *Vuestra Excelencia)*

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Don Bosco sabía emplear siempre la gracia, cuando se trataba de serenar a alguien. Acostumbraba emplear muy a menudo los **[947]** aludidos miramientos con todos sus grandes bienhechores: ¡es una pena que no se hayan conservado muchísimas de sus cartas!

Porque, además, se ocupaba de proveer a sus jóvenes de lo necesario para la vida material, tanto más cuanto que, según hemos visto, le tocaba pensar en muchos gastos, debido a la enorme cantidad de asuntos que llevaba entre manos. Algunos señores le habían ayudado generosamente y él, deseando darles una prueba de su agradecimiento, se dirigía a la Orden de San Mauricio para obtenerles una condecoración.

El conde Cibrario había muerto y, para ocupar el cargo de Primer Secretario de Su Majestad en la gran Maestranza de la Orden de San Mauricio, había sido nombrado el gran Oficial del Estado, el caballero abogado y senador Miguel Angel Castelli. Era primer oficial

de la gran Maestranza de San Mauricio y vicecanciller de la Orden de la Corona de Italia el caballero y abogado Luis Cova; hacía cuatro años que ocupaba aquel puesto y era muy amigo de don Bosco.

Escribía el Venerable al senador Castelli:

Turín, 6 de diciembre de 1870

Exmo. Señor:

Tiempo atrás, en momentos de apuros excepcionales, solía yo recurrir a la beneficencia de la Orden de San Mauricio que fue constantemente un sólido apoyo para los muchachos pobres y abandonados, que, en número de ochocientos, se encuentran internados en la casa llamada de San Francisco de Sales.

La Divina Providencia, que me ha arrebatado a la persona que desde el principio conocía esta institución, ha dispuesto que le sucediera en el cargo V. E., y yo albergo la misma confianza de que nuestros pobres muchachos tendrán en V. E. un nuevo y poderoso bienhechor.

Con esta persuasión recurro humildemente a V. E. y le ruego tome en consideración la beneficencia hecha por los beneméritos señores José Zucchi y José Besio y les otorgue una condecoración mauriciana. Sería éste uno de los medios más eficaces para sacarnos de las graves necesidades en que nos encontramos, y sería, al mismo tiempo, un título de imborrable gratitud por mi parte y la de mis muchachos que no dejarán pasar un solo día sin invocar con sus oraciones particulares las bendiciones del cielo sobre V. E.

[948] Confiando en su conocida bondad, tengo el alto honor de poderme profesar con todo aprecio

De V. E.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Exmo. Señor:

El señor José Besio, hijo del difunto Luis, de sesenta y cinco años, residente en Mondoví Breo, parece tener derecho a la pública benemerencia por sostener dos fábricas de vajilla, que proporcionan el pan a más de doscientas familias y por haber aportado a la fabricación de vajilla tales adelantos que ha conseguido cinco medallas en cinco exposiciones diferentes. Fue premiado con medalla en 1858 en la Exposición de productos industriales, celebrada en Turín en el Castillo del Valentino; también lo fue en 1868 en la Exposición de Muestras de la Industria Nacional que tuvo lugar en Turín, y en la de productos industriales y agrícolas de Asti en 1869; y por último en las de Alessandria y Cúneo en el presente año 1870.

Tuvo también que corresponder varias veces a los deseos del Gobierno; y así en el 1856, con su intervención e influencia en las masas obreras, pudo impedir que hubiera conflictos en una especie de revuelta organizada por la carestía de víveres; y también impidió otra cuando se empezó a poner en marcha el impuesto sobre la molienda. En efecto, fue entonces cuando todos los molineros (no sólo del Ayuntamiento sino también de la comarca) habían acordado mantener cerrados sus comer-

cios, y el Subgobernador de Mondoví (el actual señor Buscaglione) rogaba al señor Besio, en nombre del Gobierno, que abriera para el servicio público el molino que acababa de comprar a Hacienda. El señor Besio, aunque había comenzado a derribar dicho molino, porque quería reconstruirlo a estilo de los anglo-americanos, como lo hizo, condescendió sin embargo con los deseos del Gobierno y abrió para el servicio público el propio edificio, sin cobrar más que la mitad de la tasa, y eso para no gravar demasiado la bolsa y la susceptibilidad de los que acudían. Con este hecho y con la influencia que supo ganarse entre los obreros, impidió que se llevase a cabo la revuelta general que se tenía por cierta.

Y si, por una parte, el hecho mereció la aprobación del Gobierno y de los buenos, le acarreó, por otra, al señor Besio tales peligros para su propiedad, que el mismo Subgobernador colocó durante más de treinta días un pelotón de soldados en los edificios de su propiedad.

Y no hablo de la caridad que tanto le distingue; nadie puede decir que haya recurrido a él en vano; la miseria siempre encontró socorro y las calamidades y enfermedades hallaron remedio.

Contribuyó con sus propios medios a la construcción de la carretera junto al río Ellero, desde el llano del Valle hasta Borgasto. Con ella evitó **[949]** serias incomodidades y facilitó el camino a los viajeros, a los carros y a los coches públicos y particulares.

Finalmente, habiendo sabido que los muchachos internados en el establecimiento, llamado de San Francisco de Sales, atravesaban graves dificultades para pagar facturas vencidas y para proveerles el pan de que carecían, movido por un espíritu de auténtica caridad les hizo el bonito regalo de cinco mil liras.

Por todos estos títulos, y por el buen uso que seguirá haciendo de sus bienes, se presenta a V. E. humilde y fervoroso ruego para que se digne conceder al señor José Besio la condecoración de san Mauricio y san Lázaro.

De V. E.

Humilde recurrente
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Excelentísimo Señor:

Entre las personas dignas de ser distinguidas por la benemerencia pública parece merecedora de ello la familia del señor José Zucchi, banquero en esta ciudad de Turín.

La señora Luisa Zucchi, esposa del mismo, célebre pintora, trabaja continuamente en obras artísticas para regalarlas a Institutos públicos, como resulta por los certificados adjuntos.

Su marido, emulando su espíritu benéfico, ha hecho diversos donativos de esta clase, y últimamente regaló varios cuadros preciosos que constituyen serio ornamento de la iglesia recién terminada para comodidad de los vecinos de Valdocco, bajo el título de María Auxiliadora.

Tiene él costumbre de hacer beneficencia en la ciudad y en otras partes, como ha podido comprobarlo muchas veces el que suscribe. Hace muy poco, al saber que cerca de ochocientos pobres muchachos, internados en la casa llamada de San Francisco de Sales, carecían de ropa blanca y de vestidos en la actual estación, les socorrió generosamente con la bonita suma de cuatro mil liras.

Esta cantidad sería considerable en cualquier momento, pero lo es más teniendo en cuenta la escasez de beneficencia y las excepcionales circunstancias en que se encuentra este establecimiento.

Por dichas razones, y para animar a este público bienhechor a que continúe haciendo buen uso de sus bienes, presenta su humilde súplica a V. E. a fin de que se le conceda una condecoración de San Mauricio.

Con profunda gratitud se profesa

De V. E.

Humilde recurrente
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[950] Elevaba otra súplica al Ministro de Instrucción Pública, César Correnti.

Exmo. Señor:

El celo que V. E. manifiesta para promover la cultura de las clases más modestas del pueblo, que tanto la necesitan, me anima a exponer a su consideración cuanto sigue.

Tenemos en este Centro cerca de quinientos jóvenes internos, pertenecientes a la clase más humilde del pueblo, que cursan los estudios clásicos; hay, además, casi otros quinientos entre internos y externos, que siguen los estudios primarios que proporcionamos a la juventud pobre en los días laborables y también en los festivos, con clases durante el día y también nocturnas.

No necesito demostrar a V. E. los ingentes gastos a que se ve sometido este Centro, para el mantenimiento de profesores y maestros, la conservación de las aulas y la dotación de libros, cuadernos y demás materiales escolares, que no podrían conseguir muchos de los que asisten a nuestras escuelas, dada su extrema pobreza, si no se les suministraran gratuitamente.

Sabrá, por otra parte, que no gozamos de renta alguna y que nuestro único medio de subsistencia es la caridad pública. Y si bien es cierto que hasta el presente hemos podido hacer frente a tan enormes gastos, también lo es que nos encontramos con frecuencia en apuros tan excepcionales que tal vez nos veamos obligados a limitar las obras de beneficencia, si una mano amiga no acude en nuestra ayuda. Por esta razón recurro confiado a la bondad de V. E. suplicando su ayuda en la forma que le sea menos gravosa y asegurándole nuestro más vivo reconocimiento, no sólo por mi parte, sino por la de toda la administración de esta Casa y por el numeroso grupo de jóvenes, beneficiados por su caridad, que no dejarán de implorar sobre V. E. toda suerte de bendiciones.

Acepte los sentimientos de mi mayor aprecio, con los que tengo el honor de profesarme

De V. E.

Turín, 11 de diciembre de 1870.

Su seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

El Siervo de Dios recibía a su vez respuesta a otra carta escrita al general Govone, Ministro de la Guerra.

[951] *GOBIERNO CIVIL*
de la Provincia de Turín

Turín, 15 de diciembre de 1870

Cábeme la satisfacción de comunicar a V. S. Rvma. que el Ministerio de la Guerra, en atención a su instancia, ha dispuesto que la Jefatura de Almacenes del Material para los servicios administrativos de esta Ciudad, ponga a disposición de la persona que ese Oratorio señale para retirarlas, doscientas mantas de lana, para servicio contra los rigores de la presente estación.

El Gobernador
RADICATI

Los fríos de la estación invernal habían obligado a interrumpir los trabajos en la iglesia de San Juan Evangelista; pero la *Unidad Católica* recomendaba a los fieles este edificio sagrado.

LLAMADA A LA PIEDAD DE LOS TURINESES

En el barrio de nuestra Ciudad, que se extiende desde la Plaza de Armas hasta el Po, se levanta, como todo el mundo sabe, la iglesia de los protestantes, con internado, escuelas y asilo infantil. Debido a la lejanía de iglesias y escuelas católicas son muchos los padres de familia, allí radicados, que se ven casi obligados a permitir que sus hijos acudan a las escuelas heterodoxas.

El grave peligro que corren estos niños y la pena que experimentan los buenos católicos han conmovido profundamente a ese milagro de caridad y de beneficencia, que es el piadoso sacerdote don Juan Bosco, quien se ha impuesto el deber de alejar, por cuanto de él depende, el mal que va creciendo de día en día.

Ayudado por personas caritativas, compró en dicho lugar un amplio terreno con la idea de construir en él una iglesia, que pueda servir para los adultos, y un edificio para escuela, internado y patio para los muchachos. Ya han comenzado los trabajos; se ha terminado la tapia de cerca y ahora se espera que la caridad de los turineses, con sus generosas limosnas, permita que se continúen las obras. Estamos convencidos de que nuestros buenos conciudadanos se verán animados también en esta ocasión del mismo celo que siempre demostraron por la religión de sus padres y por la educación religiosa de la juventud.

Bien sabemos que los tiempos son difíciles; pero también sabemos que la caridad cristiana no conoce obstáculos insuperables.

¡Turineses! Si alguna vez se os encomendó una obra digna de vuestra caridad, hela aquí precisamente. La historia del pasado y la del presente coloca ante nuestros ojos los males terribles que se desploman sobre las ciudades, en las que desaparecen los santos principios de la **[952]** religión y de la santa moral. ¡Ah! Por cuanto de nosotros depende detengamos el peligro que nos amenaza.

Los donativos, lo mismo en dinero que en materiales de construcción, se entregan al sacerdote don Bosco y al reverendo Traversa, cura párroco de San Máximo.

¡Quiera Dios que nuestras palabras sean semilla que dé abundante fruto para la vida eterna y también para beneficio temporal de nuestra juventud!

No faltaron las ofrendas de los buenos. Tenemos una hoja de don Bosco dirigida al conde Francisco de Viancino.

Oratorio de San Francisco de Sales, Turín – Valdocco

El día 29 de diciembre del año del Señor 1870, recibo del benemérito señor conde Francisco Viancino la importante cantidad de mil liras, que en su caridad, además de las entregas hechas para nuestros muchachos pobres y para la construcción de la iglesia de María Auxiliadora, ofrece dicho señor como anticipo de otra cantidad que piensa dar para la construcción de la nueva iglesia, internado y escuelas que se proyectan en el local comprendido entre la avenida del Rey, la calle Madama Cristina y la de San Pío V, en nuestra Ciudad.

Por estas y otras obras de caridad, doy humilde y encarecidamente gracias a tan insigne bienhechor, y ruego a Dios le recompense con largueza, dándole muchos años de santidad y vida feliz a él y a su santa esposa, y lo más tarde que a El plazca les haga partícipes de la gloria de los bienaventurados en el cielo. *Amén.*

Turín, 20 de diciembre de 1870.

JUAN BOSCO, *Pbro.*

Otra limosna, aún más vistosa, le hicieron a don Bosco en circunstancias singulares. Decíale cierto señor:

—Querría hacer algo por sus obras, pero ahora no puedo; tenía un crédito de veinte mil liras con el que yo contaba, y ahora resulta incobrable; no hay ninguna esperanza; acabo de recibir la triste noticia.

—Quien se la dio puede equivocarse, observó don Bosco.

—No es posible; mi agente es habilísimo y me escribe que no hay ninguna esperanza.

—Y si usted recuperase esa cantidad; ¿qué haría?

—¡Palabra de honor! Le doy la mitad de lo que cobre, que por ahora está todo perdido. ¡Pero es imposible!

[953] —¿Quién sabe? añadió don Bosco; lo que usted promete es para mis muchachos: voy a invitarles a rezar.

Escribió el señor al deudor y, unos días después, recibía de su agente cinco mil liras que, según le decía, se habían cobrado imprevisiblemente; después otras cinco mil, y finalmente el resto. Demostró ser hombre de palabra, pues mandó a dar las gracias a don Bosco

por las oraciones hechas y acompañaba la acción de gracias con diez mil liras.

Don Félix Reviglio, que había oído contar por vez primera este hecho a algunos Salesianos, se encontró con el caballero Miguel de Agliano y le contó lo que había oído como quien cuenta una novedad. El Caballero le escuchó sonriendo y añadió:

—Pues yo sé algo más; yo sé que ¡el acreedor era mi hijo Carlos!

Y don Félix Reviglio dejó constancia escrita del caso.

Pero al término de aquel año le esperaba a don Bosco un serio disgusto: se propagaba la viruela por Turín. En el Oratorio se habían tomado las precauciones necesarias para impedir el contagio. Se había pedido a los alumnos el certificado de vacunación o de haber pasado la viruela. Se limpiaban escrupulosamente los locales. Pero he aquí que, a primeros de noviembre, apareció la contagiosa enfermedad entre los jóvenes: en poco tiempo cayeron enfermos cincuenta. Se trasladó a todos a un amplio dormitorio para aislarlos de los demás compañeros y para poder atenderlos y curarlos más fácilmente. Se temía y se rezaba. Pero el manto de la Virgen cubría aquella casa bendita y no murió ninguno.

Cuando pasó la Comisión Municipal de Higiene, no tuvo nada que objetar a don Bosco, pero se negó a aprobar la conducta de los médicos; dio informes inexactos en su contra y el Venerable recibió del Alcalde la siguiente carta:

[954] *CIUDAD DE TURIN*
OFICINA XII-HIGIENE PUBLICA
N.° 3325 DEL PROTOCOLO
ASUNTO
Denuncia por contagio de viruela

Turín, 10 de diciembre de 1870

El señor Gobernador de la Provincia de Turín, por encargo del Ministro de Gobernación, según oficio del 8 del corriente mes, ha invitado al Alcalde abajo firmante a notificar a los doctores Musso y Gribaudi la desaprobación del Gobierno por la conducta seguida, con ocasión del desarrollo de la viruela en el Centro dirigido por V. S. Rvma., al no haber cumplido, como debían, lo dispuesto por los artículos treinta y cuatro del Reglamento para la aplicación de las leyes del 14 de junio y del 20 de noviembre de 1859 sobre vacunación, y el ochenta y dos del Reglamento del 8 de junio de 1865, sobre sanidad pública.

Como este hecho constituye una falta grave por parte de los médicos, a quienes está confiado el cuidado de los afectados por enfermedades contagiosas, y más tratándose de establecimientos destinados a uso y habitación de internos, dicha autoridad gubernativa ha encomendado al que esto escribe, rogarle que cambie a

los dos dichos médicos por otros que inspiren mayor confianza y le secunden eficazmente con sus buenas disposiciones en la tutela de la higiene en el Instituto que usted dirige.

El que suscribe, le presenta la manifestación de su distinguido aprecio.

El Alcalde
F. RIGNON

Don Bosco tomó caballerosamente la defensa de los dos médicos, por sentido de gratitud a los servicios por ellos prestados y como homenaje a la verdad; y al mismo tiempo pidió ayuda y protección para su instituto.

Ilmo. señor Alcalde:

Como respuesta y agradecimiento a la carta que V. S. Ilma. se dignó dirigirme, con relación a los doctores Gribaudi y Musso, ruégole me permita darle algunas explicaciones que seguramente paliarán bastante la impresión producida por la actuación de estos beneméritos doctores con respecto a la manifestación de la viruela en este Centro.

Las cosas son así:

1.º El médico, caballero Musso, no tomó parte alguna. Hace muchos años que, de ordinario, presta caritativamente los cuidados de su ciencia a **[955]** estos pobres muchachos, pero en esta ocasión no fue llamado; es más, creo que todavía no se ha enterado de que aquí se haya manifestado la viruela. Por tanto, parece que las citadas disposiciones legales y sanitarias no le afectan.

2.º Como estaba él ausente, y con las prisas, se llamó y acudió de hecho el doctor Gribaudi, quien, en su segunda visita, convencido de la realidad de la viruela, encargó enseguida a don José Lazzero, encargado de la enfermería, de que informara del caso al caballero Martorelli. Por las muchas ocupaciones de este benévolo señor, y por la ignorancia del lugar y de las horas de audiencia, hubo que hacer varias visitas durante dos días, hasta poder hablar con él. Parece que en todo esto no tiene ninguna culpa el doctor Gribaudi, aunque haya continuado prestando su asistencia a los enfermos.

3.º Para esclarecimiento del hecho y para tranquilidad de V. S. Ilma. debo, con arreglo a razón, hacer notar que la viruela no presenta ya la fuerza que alguno podría suponer, puesto que en las diversas visitas efectuadas, los mismos doctores no encontraron más que un solo caso de verdadera viruela; los demás se estimaron como varicelas o viruelas más o menos benignas, por lo que algunos de los afectados ni siquiera hubieron de interrumpir sus ocupaciones ordinarias.

Así las cosas, ruégole, señor Alcalde, haga de modo, que la caridad, que los dos señores doctores Gribaudi y Musso nos prestan desde hace tantos años, no resulte en menoscabo de su carrera y en perjuicio de ochocientos pobres muchachos que viven de la Providencia; que no es fácil encontrar otros médicos que con tanta asiduidad, desinterés y constancia quieran prestarse en favor de un Centro tan numeroso y que no puede concederles ni un centavo de estipendio.

Aprovecho la ocasión para recomendarme a su bondad, juntamente con estos mis pobrecitos, presentándole respetuoso y fervoroso ruego de que las visitas sanita-

rias no perjudiquen al mismo establecimiento. Hace algunos años, por miedo a la invasión del cólera, se llevó a cabo una inspección higiénica, y el mismo día en que se me comunicó, se publicaba casi con las mismas palabras en la prensa, con exageraciones tales que hubo que rectificar luego en sentido contrario. Ahora, apenas terminadas las visitas sobre la vacunación, ha sucedido casi lo mismo. No pretendo perjudicar a nadie con tal publicidad pero me encomiendo con todo respeto a su bondad para que no se repitan y se evite así la grave inquietud que origina entre los que tienen relación con los muchachos internos de este Centro.

Mientras pongo bajo su paternal protección este Establecimiento, que, como siempre, sigue abierto para todo pobrecito que tenga a bien recomendarme, le aseguro que agradeceré cualquier consejo o sugerencia que me dé para pública y privada ayuda de los muchachos de nuestra ciudad o de otros pueblos, a quienes la pobreza o la desgracia trajera hasta nosotros.

[956] Dios le bendiga y conceda largos años de vida feliz, y créame con profunda gratitud,

De V. S. Ilma.

Turín, 23 de diciembre de 1870.

Su atto. y seguro servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

El Alcalde respondió:

CIUDAD DE TURIN
etc. etc.

Turín, 3 de enero de 1870

Al Rvdo. don Juan Bosco, Rector del Oratorio de San Francisco de Sales.— Turín.

En contestación a la nota de V. S. M. R., que al margen se indica, el Alcalde infrascrito tiene el gusto de participarle que, después del cuidadoso examen de las observaciones hechas al doctor Gribaudi sobre el modo de comportarse con ocasión del desarrollo de la viruela en ese Instituto, resulta evidente que el mismo no ha cumplido lo dispuesto en el artículo ochenta y dos del Reglamento para la aplicación de la ley de sanidad pública y en el treinta y cuatro del Reglamento sobre vacunaciones, el cual prescribe que al manifestarse la viruela o la varicela, el médico cirujano, llamado a curar, debe ponerlo *inmediatamente* en conocimiento del Alcalde y del Vacunador Oficial.

Por el contrario, se dejó propagar la enfermedad durante quince días, se dejó se difundiera en el Instituto y en la Ciudad misma, sin dar conocimiento al infrascrito para impedir su propagación.

En cuanto al caballero doctor Musso, fue V. S. Rvda. quien dio su nombre el día 23 de diciembre ppdo., y el Regio Conservador de la vacuna, doctor Martorelli, interrogado expresamente, recordó muy bien que V. S. le indicó la parte que dicho Doctor había tomado en aquellas desgraciadas circunstancias. El mismo doctor Gribaudi lamentó que se cargara la mayor parte de responsabilidad sobre él solo, cuando el doctor Musso era más antiguo.

Por lo demás, el que esto escribe celebra oír que el citado caballero doctor Musso no haya tomado parte alguna en los lamentables sucesos, según resulta de la declaración del mismo Doctor, quien, obligado por razones de salud, a abstenerse de las visitas habituales al Establecimiento, tuvo que declarar que esta circunstancia era totalmente ignorada por V. S. M. Rvda.

El infrascrito, mientras se responsabiliza de comunicar al señor Gobernador que los cargos hechos al caballero doctor Musso se fundaban en un mero equívoco, no puede admitir de ningún modo que, con ocasión de la epidemia del cólera y con la actual de la viruela, se hayan propagado **[957]** en los periódicos noticias perjudiciales a ese Instituto a través de los empleados municipales, que procedieron a la visita del Establecimiento.

Para impedir que los hechos se divulgasen, propagando, como V. S. dice, la inquietud entre los que tienen relación con los muchachos internos en ese Centro, lo oportuno hubiera sido haber tomado con tiempo las debidas medidas, las cuales hubieran impedido la salida de algunos internos, los cuales, al refugiarse en la ciudad, dieron pie naturalmente a que se difundiera las voces que V. S. lamenta se difundieran en los periódicos.

El que suscribe le ofrece, entre tanto, la expresión de su distinguido respeto

El Alcalde
F. RIGNON

Se contestó a esta última carta en los términos de los siguientes apuntes, sugeridos, a lo que parece, por el doctor Gribaudi.

1.º Es falso que transcurrieran quince días antes de dar el aviso, puesto que no pasaron más que dos, y éstos por mi ausencia personal, y no atreverse a tomar serias determinaciones sin mí.

2.º Apenas pasados dos días, y llegado a casa por orden del doctor Zandi, éste estaba persuadido de obrar por mandato del Jefe de Vacunación de este Municipio, en la persona del caballero Martorelli, y esto sin más motivo que en atención a los señores Rizzetti y Carenzi, con quienes mantiene óptima relación.

3.º Si después se dejaron pasar otros dos días, fue únicamente porque no se encontró al caballero Martorelli, a quien fue a buscar cinco veces el encargado de la enfermería.

Se ve, por tanto, bien claro que el doctor Gribaudi tenía la buena voluntad de cumplir los Reglamentos, como se comprobará, oyendo al jefe doctor Martorelli.

Probablemente la viruela llegó a la Casa, procedente de la Ciudad, y especialmente del Hospital de San Juan, en donde había un joven. Pero esto no es imputable a negligencia del doctor Gribaudi, sino a una circunstancia imprevista; porque si el doctor Gribaudi no se hubiera fiado de la promesa del Jefe de vacunación, inmediatamente lo habría denunciado al caballero Rizzetti, como lo hizo enseguida con su clientela privada.

El pensamiento de don Bosco se dirigía también a abrirse camino para fundar otras casas en Liguria.

Había conocido en Génova a las familias de los marqueses Catta-

neo, Spinola, Doria, Pallavicini, Negrotto, Durazzo **[958]** y otras. Había también trabado amistad con muchas familias de la burguesía y con miembros relevantes del clero. Estaba seguro de que todos le socorrerían.

Andaba con estos pensamientos cuando recibió esta carta de Varazze el 28 de diciembre.

Rvmo. e Ilmo. señor don Bosco:

Mi Ilma. Señora, la marquesa Julia Centurione, hija del Marqués Darío Sforza, contentísima de haberse suscrito a las siempre interesantes *Lecturas Católicas,* me encarga presente a V. S. M. Rvda. sus respetuosos cumplidos y los augurios de las bendiciones celestes con ocasión del fin y principio de Año, y le suplique cuanto sigue:

1.º Tenga a bien mandar, desde principio de año, a la dirección de mi dicha Señora, calle Lomellina, n.º 16, Génova, dos ejemplares de las *Lecturas Católicas,* añadiendo otro ejemplar de la preciosa *Historia Eclesiástica,* recibida y tan perfectamente escrita.

2.º Si durante el invierno, hasta fines de abril próximo, tuviese V. S. M. Rvda. que venir a Génova por alguna circunstancia, mi nombrada Señora, ruega a V. S. vaya a su casa, al n.º arriba indicado, donde se tendrá por muy honrada al poder ofrecer una habitación y alojamiento a tan digna y merecedora persona. Y en el caso de que V. S. Ilma. prefiriese pasar algunos días de las vacaciones otoñales en el campo, tenga a bien llegar por ferrocarril hasta Cogoleto, desde donde (basta que me avise) será transportado en carruaje, hasta esta amena residencia, denominada *Invrea,* propiedad de los ilustres esposos Lorenzo y Julia, los cuales acostumbran trasladarse a ella en mayo o junio y allí se quedan hasta fines de este mes y algo más.

La visita de V. S. M. Rvda. proporcionaría a la varias veces citada mi Ilma. Señora un singular y sincero favor; y me atrevo a esperar que también V. S. quedará satisfecho, ya sea por la amenidad del lugar, como por los recuerdos antiguos, tales como la antiquísima iglesia fundada hacia el 1100 y a la que asisten en los días festivos muchos de los habitantes de la localidad.

Sepa para su mayor satisfacción, que el Ilmo. señor Lorenzo, esposo de la Ilma. señora Julia, es hijo de la difunta señora Violantina del Carretto de Balestrino, hermana del difunto Ilmo. señor Marqués Domenico.

Con los deseos, etc.

SANTIAGO GRILLO, *Pbro.*

La quinta de Ivrea estaba cerca de Varazze, y el Párroco de la iglesia matriz y colegiata de San Ambrosio en aquella ciudad, escribía también por aquellos días al Siervo de Dios.

[959] *Varazze, 30 de diciembre, 1870*

Rvmo. Señor:

Conocedor a fondo del amor que V. S. Ilma. y Rvma. siente por el bien público y sobre todo por la juventud, principalmente en estos días tan difíciles, recurro con-

fiado a su bondad con la dulce esperanza de que podrá satisfacer mis deseos. He aquí de qué se trata.

Este Municipio está construyendo un edificio, ya muy avanzado, con la idea de destinarlo a colegio internado y ponerlo en marcha con los estudios clásicos y técnicos el próximo curso 1871-72. Está situado en la zona más bonita de la Ciudad, y tiene capacidad para sesenta internos con todas sus correspondientes comodidades. ¿Podría V. S. Rvma. encargarse de su dirección y proveer a cuanto se necesita para tal fin? Tenga la bondad de responderme, señalando las condiciones que tenga a bien fijar, en carta que yo pueda presentar al señor Alcalde, y dígame, en otra particular, lo que crea digno indicar en secreto.

Lo que yo puedo asegurarle es que, en el caso de que se determine a condescender con mi deseo, quedará muy satisfecho, teniendo en cuenta las buenas disposiciones de estos ciudadanos.

En todo caso, espero una respuesta suya para mi norma, y deseándole abundancia de gracias y bendiciones del cielo, con ocasión del año nuevo, me profeso con toda estima y profundo respeto.

Su atto. y seguro servidor
PABLO BONORA
Can. Párroco, Arcipreste

El párroco, de acuerdo con el alcalde, se había dirigido a don Bosco, después de que Somascos y Escolapios, invitados a aceptar la dirección y enseñanza del Colegio, habían respondido que no podían por falta de personal.

Con la oferta del Colegio de Varazze terminaba el año 1870. Mientras tanto la bandera saboyana flameaba en el mástil del castillo de Santángelo, los prusianos asediaban a París y el príncipe Amadeo, Duque de Aosta, entraba en España, cuya corona había aceptado el 4 de diciembre.

María Santísima Auxiliadora seguía premiando **[960]** con gracias señaladas la confianza ilimitada que don Bosco depositaba en la divina Providencia.

No tenemos ningún documento de las acostumbradas predicciones del Siervo de Dios sobre los muertos en el Oratorio, salvo la narración del sacerdote Mateo Torazza, de la que él mismo nos dio amplio testimonio.

En el año 1870 habitaba en el Oratorio un hombre de edad madura, buen hablista, empleado como fámulo en un cargo de confianza. Estaba enfermizo, pero no guardaba cama. Don Bosco anunció, y estaba presente Mateo Torazza, alumno de quinto curso, que, antes de que se hiciese el ejercicio de la buena muerte, una persona de casa habría pasado a la eternidad. Causó esto gran impresión al joven Torazza, el cual cayó enfermo de las amígdalas unos días después y creyó que era él el aludido. También los que estaban en la

enfermería lo recelaban, al extremo de que el joven José Beauvoir, que se encontraba allí de paso, manifestó su propio recelo en voz baja, pero fue oído por Torazza. Y no tardó en reponerse, mientras aquel fámulo se ponía en cama y al poco moría, antes del día fijado para el ejercicio de la buena muerte en aquel mes.

Con este testimonio termina la exposición de cuanto nos fue dado para estas Memorias, con relación al año 1870.

Con verdadera pena carecemos de toda alusión a cuanto dijo don Bosco para felicitar el Año Nuevo. Suplimos copiando la introducción de *El Hombre de Bien,* para el año 1871.

El Hombre de Bien a sus amigos

Hola, mis queridos amigos; heme aquí de nuevo ante vosotros por la decimonovena vez. Creía yo que este año, y tal vez lo esperabais también vosotros, iba a presentarme vestido de fiesta, adornado con flores, como nunca lo hice en el pasado, y ello en reconocimiento al mucho bien que llevará al mundo entero el Concilio Ecuménico, con la definición de la infalibilidad del Papa. En cambio he tenido que rasgarme las vestiduras, dejarme crecer la barba, vestir de luto mi coleta, con motivo de los acontecimientos que todos conocéis y porque **[961]** no toleraré jamás que se diga que *El Hombre de Bien* ríe, mientras lloran millares de hermanos suyos; porque son hermanos de *El Hombre de Bien* tantos desgraciados como cayeron víctimas de las horribles ametralladoras. Si lo recordáis, yo os lo había repetido muchas veces; que si no se dejaba de cometer pecados, y de blasfemar, que si no se santificaba más el día de fiesta, que el Señor ha querido reservado para El, las cosas iban a ir mal y sucederían serias desgracias.

Les parecía a muchos que anunciaba cosas raras, que predicaba en desierto, y siguieron viviendo como si Dios no existiera, ni se cuidara de nosotros, y ahora palpamos las tristes consecuencias.

Dígase lo que se diga, la guerra es un tremento castigo del Señor. Felices los pueblos que saben mantenerse lejos de ella; se ahorran muchas lágrimas, porque son inmensos los daños que acarrea la guerra: víctimas, sangre, familias de luto, pérdida de las cosas más queridas, negocios destruidos, quiebras, carestía, hambre, desolación de todo género. Todos estos males, muchas veces podrían evitarse escuchando los consejos de un hombre de bien.

Escuchad. No ha mucho, hubo un hombre dotado de carácter singular y ciertas cualidades muy suyas. Tenía la nariz afilada y percibía el olor de la pólvora desde lejos. Era extraordinariamente tímido, temblaba como una hoja al disparo de un fusil y empezaba a agitarse un mes antes de que disparara el cañón. Le parecía de continuo oír silbar en sus oídos una bala, que quince años antes le había arrancado la coleta. Habiendo oído que un rey y un emperador querían hacerse la guerra, pensó ofrecerse como intermediario para ponerles en paz o convencerlos de que hicieran una guerra pero que no produjese muchos daños.

Se vistió con sus mejores galas, se perfumó la coleta, que ya le había crecido mucho, se presentó en medio de los beligerantes y, con la elocuencia de Demóstenes y de Cicerón, intentó hacerles desistir de su cruel empeño de guerrear. Pero de nada sirvieron sus razones. Entonces, con el rostro enrojecido, dijo en alta voz:

—Ya que a toda costa queréis la guerra, ahorrad al menos el luto a vuestros pueblos. Entregadme vuestras espantosas bombas, las balas de hierro y plomo. Amontonad una gran cantidad de calabazas y calabacines y sirvan ellas de balas para vuestras ametralladoras y cañones y de bombas para vuestros morteros. Comprad millares de sacos de patatas y boniatos y sean ellas las balas de vuestros fusiles. Si lo hacéis así, luchad uno contra otro; os contemplará riendo el mundo entero, seréis la honra de vosotros mismos y de los siglos del progreso y marcaréis una época memorable en la Historia, con la guerra de las calabazas y de las patatas, sin derramamiento de sangre.

Ante un proyecto tal, que seguramente nunca se le había ocurrido a hombre alguno en el mundo, todos debieran haber aplaudido y cargado de medallas al autor, llevándolo en triunfo como una de las mejores cabezas del mundo. En cambio, sucedió muy al revés.

Había que **[962]** ver cómo montaron en cólera los dos. El consejo les pareció un insulto y, creyendo que aquel sincero hombre de bien quería reírse de ellos, se le echaron encima, lo llenaron de improperios, lo molieron a puntapiés, puñetazos y sopapos, le arrancaron con furia la coleta, le arrojaron al fin de su presencia, amenazándole con la muerte, si por acaso volvía a rodar por sus territorios. El pobre hombre, maltrecho, con la cabeza baja y sin coleta, se volvió a su tierra, se encerró en su casa y se puso a pensar y llorar las desgracias que sin duda le vendrían encima a la pobre humanidad.

Mientras tanto estalló la guerra, cayeron víctimas a millares, gritos de dolor resonaron por doquiera, y los dos contendientes desesperados, golpeándose el pecho, lloraron por no haber escuchado las palabras del Hombre de Bien.

Si el Señor no me envía tan pronto a charlar con los gusanos en el cementerio, espero volver a veros todavía muchas veces, porque estoy contento de vosotros, mis queridos amigos, pues sé que me queréis. Haré lo posible por contentaros, contándoos cosas que os agraden y, al mismo tiempo, os sirvan. Este año os daré a leer la Historia del Santo Sepulcro y del Templo de San Pedro, auténtica maravilla del mundo cristiano. Tendréis también la descripción del Aula Conciliar, la Historia de los campanarios y de las campanas. Y, por fin, ejemplos y anécdotas curiosas e interesantes, y un consejo para conservar la dentadura.

Antes de despedirme, quiero dejaros una advertencia que os sea útil y es la misma que un buen padre dio a su hijo:

—«Si quieres vivir feliz, le dijo, protegido por Dios, respetado y querido por los hombres, es preciso que lo merezcas teniendo buen corazón con todos, queriendo a tus amigos, siendo pacífico y generoso con tus enemigos, llorando con quien llora, y no teniendo envidia de la felicidad ajena, haciendo bien a todos y no haciendo mal a nadie.»

Y decía aquel buen padre que, cuando los fastidios le recomían y le hacían girar la cabeza, no encontraba mejor remedio para vencerlos y aplacar su corazón que la resignación con la voluntad de Dios, la paciencia que lleva a la victoria, la caridad y la mansedumbre.

Os hablo a vosotros, mis queridos amigos, y por eso os hablo con el corazón en la mano. Si me dejara llevar por el amor que os profeso, jamás me separaría de vosotros.

Que seáis muy felices, que viváis muchos años llenos de prosperidad, y quiera el cielo que, viviendo vosotros y yo como buenos cristianos, podamos encontrarnos al fin todos juntos en la patria bienaventurada que no tendrá fin.

[963]

CAPITULO LXXV

DON BOSCO Y EL CANTON TESINO [1] *– EL RADICALISMO SUIZO – LA FALTA DE CLERO – ESTUDIANTES DEL TESINO EN LA UNIVERSIDAD DE TURIN, CUENTAN A DON BOSCO LAS DESGRACIAS RELIGIOSAS DE SU PATRIA – PEQUEÑA ASAMBLEA DE SACERDOTES Y SEGLARES EN EL SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA DEL SASSO – DON BOSCO LES ACONSEJA QUE PIDAN SACERDOTES A LA CURIA DE TURIN – CELO APOSTOLICO DEL PADRE CAPUCHINO LUIS ARNABOLDI, GUARDIAN DE N.ª SRA. DEL SASSO – LA CURIA DE TURIN DECLARA QUE NO TIENE SACERDOTES DISPONIBLES – DON BOSCO PROVEE A LA NECESIDAD, POR CUANTO PUEDE, Y ES CRITICADO – CARTAS DE DON ANGEL MODINI QUE ATESTIGUAN EL BIEN HECHO POR DON BOSCO AL CANTON TESINO – DON BOSCO ESCRIBE A DON ANGEL MODINI EXCUSANDOSE DE NO PODER IR A INTRAGNA, COMO HABIA PROMETIDO – VA DON JUAN CAGLIERO; SU CARTA DE AGRADECIMIENTO POR LA RECEPCION TENIDA – NUEVAS ESPERANZAS FRUSTRADAS DE TENER A DON BOSCO EN SUIZA Y OTRA CARTA DE DON JUAN CAGLIERO – MUCHACHOS TICINENSES EN EL ORATORIO DE VALDOCCO Y EN EL ORATORIO FESTIVO*

VAMOS a cerrar este volumen refiriendo una de las muchas obras apostólicas del Venerable, que, a pesar de su importancia, quedó casi desconocida, ya sea porque se desarrolló lentamente y quedó como ofuscada por el florecimiento de otras más brillantes en apariencia, ya sea porque la prudencia aconsejaba que se trabajase **[964]** en el silencio para no dar motivo a que nadie enturbiara las cosas. La obra que queremos señalar fue la conservación de la fe en un valle de Suiza donde, sin la caridad de don Bosco, tal vez se hubiera apagado. Es un hecho que abarca un largo período de años, y nosotros lo referimos con las circunstancias conocidas.

---

[1] *CANTON TESINO.*—Es uno de los veintiséis cantones de la federación suiza. Comprende dos mil ochocientos once kilómetros cuadrados y tiene doscientos sesenta mil setecientos habitantes. Su capital es Bellinzona y su idioma el italiano *(N. del T.)*

Los años de 1855 a 1872 fueron un tiempo de antipática tiranía del radicalismo suizo sobre las poblaciones y la religión, particularmente en el Cantón Tesino. La vida de los párrocos en el valle de Onsernone Locarnese se había hecho poco menos que imposible. Unos fueron desterrados, otros murieron y, como escaseaban las vocaciones, había una gran deficiencia de clero que iba en aumento de día en día. Desde el principio de la crisis, don Bosco se interesó, a pesar de sus muchas ocupaciones, con apostólico celo por aquel territorio, en el que habían quedado sin pastor muchas parroquias. Algunos ticinenses, estudiantes en la Universidad de Turín, iban a confesarse con él y le pintaban el deplorable estado y las angustias religiosas de su patria.

Algún que otro sacerdote y ciertos seglares de mucha valía subían al convento del famoso santuario de Nuestra Señora del Sasso, sobre Locarno, en busca de remedio a tantos males. Los reunía a escondidas el padre capuchino Luis Arnaboldi, rector del Santuario. Don Bosco le había sugerido suplir la falta de clero ticinense, con sacerdotes italianos, a los que se podrían encomendar las parroquias vacantes, convencido de que los que él mandara, al no hallarse mezclados con las luchas políticas del Cantón, habrían hecho menos sombra a los jefes del Gobierno. Fue un consejo estupendo, como veremos.

El Rector de Nuestra Señora del Sasso era un verdadero apóstol. Se deduce de una carta de don Angel Modini, párroco de Losone, al Vicario General Capitular de Como, monseñor Octavio Calcaterra, la cual da al lector una idea del celo del padre Arnaboldi y de las necesidades espirituales de algunas poblaciones del Tesino.

[965] *Ilmo. y Rvmo. Monseñor:*

Hace ya más de ocho meses que el M. R. padre Arnaboldi va constantemente, en los días festivos, unas veces a la venerable parroquia de Auressio y otras a la de Loco, y con la caridad apostólica que le inspira la salvación de las almas, se las arregla con todas sus fuerzas para reavivar el sentimiento religioso en aquellas poblaciones. Es más, con su prudente y seria conducta ha conseguido ganarse el afecto, el aprecio y diría que la confianza de quien tiene en sus manos los asuntos en este valle de Onsernone; así ha podido predicar varias veces a la semana, durante esta cuaresma, en Loco, donde se ve rodeado de un numeroso auditorio, pues acuden allí muchos de las parroquias cercanas.

Abriga él la firme esperanza de que Dios, rico en misericordia, querrá bendecir ampliamente sus trabajos apostólicos y que más de uno volverá al buen camino.

Desearía saber de V. S. Ilma. y Rvma. cómo ha de comportarse con los penitentes que probablemente vendrán durante la quincena pascual y que:

1.º han cooperado en la confiscación de los bienes de la Iglesia a favor del Ayuntamiento;

2.º han comprado bienes de la Iglesia, legados piadosos, beneficios, etc. vendidos en pública subasta;

3.º han cooperado a la quema de los confesonarios;

4.º la destrucción de las estaciones del *Viacrucis* de los caminos públicos;

5.º la destrucción de algunos oratorios públicos.

Además, como el mismo M. R. padre Luis Arnaboldi, mediante sus buenos oficios y la generosidad de algunas almas piadosas, ha conseguido reunir dinero suficiente para restaurar la iglesia parroquial de Auressio, pide también:

1.º permiso para que los feligreses de Auressio puedan preparar y acarrear los materiales necesarios para la restauración de su iglesia en los días festivos;

2.º permiso también para derribar el techo y buena parte de la pared y trasladar el Santísimo Sacramento y, durante la restauración, celebrar las funciones parroquiales en el Oratorio de la Virgen de las Mercedes, perteneciente a la misma Parroquia de Auressio;

3.º y que se le delegue, bajo mi cuidado, para bendecir la iglesia, una vez concluidos los trabajos de restauración de la misma.

Siempre con los sentimientos de mi más alta estima, le ofrezco mi más respetuosa obediencia y me profeso

De V. S. Ilma. y Rvma.

Losone, 9 de marzo de 1869.

Su seguro servidor
ANGEL MODINI, *Pbro.*

[966] El padre Arnaboldi había seguido el consejo de don Bosco y, una vez obtenido el consentimiento de la Curia de Como, se dirigió al Vicario General de Turín en demanda de algún sacerdote. Pero también en esta Archidiócesis había disminuido el número de sacerdotes, y le respondieron que no era posible atender su petición.

Entonces el Venerable ideó la forma de cubrir él mismo tan urgente necesidad.

El padre Arnaboldi indicó a don Bosco, durante varios años, cuáles eran las parroquias más necesitadas de sacerdotes, y el Siervo de Dios tuvo la satisfacción de poder atender a varias de ellas, enviando, no precisamente Salesianos, que entonces eran todavía pocos, sino otros sacerdotes que él conocía y que estaban ligados con otros deberes al Piamonte, y también algún que otro religioso, expulsado de su convento por la ley de supresión.

Don Pablo Albera se encargó de mantener la correspondencia en nombre de don Bosco con el padre Arnaboldi durante aquellos años y es él quien nos da estas noticias.

El Siervo de Dios escogía sacerdotes, que él conocía personal-

mente, de vida intachable, celosos, adornados de los conocimientos necesarios, y ellos se presentaban con una carta suya en Como para ser reconocidos como idóneos.

Pero la caridad de don Bosco no gustaba a todos. Un día se encontró con monseñor Zappata, quien le pregunto por qué enviaba sacerdotes italianos a Suiza.

El Venerable se limitó a responder:

—Eran años en los que se pedían sacerdotes a la Curia y ésta contestaba que no tenía a quien mandar. Aquellos pueblos los necesitaban y me pareció bien poder atenderlos.

Monseñor insistía, haciendo de ello casi una cuestión de derecho, y el Venerable observó:

—Yo no los mando, simplemente aconsejo: es la Curia quien entrega las testimoniales a quienes las piden. Otros me hicieron la misma observación; hemos discutido, y desgraciadamente he tenido que llegar a esta conclusión: «No nos entendemos; *et ubi non est auditus, nec effundas sermonem*» (Y donde no eres oído, no prediques).

[967] Monseñor, que era hombre de conciencia delicada y apreciaba mucho a don Bosco, se presentó al día siguiente en el Oratorio para pedir excusas al Siervo de Dios. Este le respondió:

—¡Soy yo quien debe disculparse! Pero vea; teníamos la herejía a las puertas y era preciso que alguien pusiera remedio.

Y Monseñor aprobó lo que había hecho don Bosco. El, por su parte, continuó tan santa misión con el consentimiento de los superiores eclesiásticos. Mucho sentimos que su correspondencia con el padre Arnaboldi no haya llegado a nuestras manos. Han suplido, en parte, esta falta dos cartas de don Angel Modini, que fue también párroco de Moghegno (Valle de Maggia) en el Cantón Tesino; una es del 22 de enero de 1900 y la otra del 26 de noviembre de 1902, más algunos documentos que se conservan en nuestros archivos.

Dice don Angel Modini en la primera carta:

«No me encuentro en condiciones de escribir una larga y detallada relación de la acción católica desarrollada por don Bosco en el Cantón Tesino y más concretamente en el valle de Onsernone...

»Don Bosco no estuvo nunca, que yo sepa, en el Cantón Tesino, ni antes ni después del dominio radical y, por tanto, la prensa del país no dijo nada. Pero si don Bosco no estuvo nunca entre nosotros, puedo asegurar que era muy grande su deseo de venir para fundar alguno de sus colegios y Oratorios con los que salvaguardar la fe de nuestros pueblos, seriamente amenazada. Le diré más: por dos veces

había concertado conmigo el día de su venida. La primera, me comunicó por medio de un alumno del Oratorio su deseo de venir al Cantón y, al mismo tiempo, el deseo de justificar su venida con alguna predicación. Yo le di nota de las fiestas que solíamos celebrar con mayor solemnidad en Intragna, donde estaba yo entonces de párroco, año 1865, para que viniera a la que mejor le pareciera.

»El escogió la solemnidad de san Gotardo, Obispo de Hildesheim, patrono principal de la parroquia (4 de mayo). **[968]** Pero, cuando ya le esperábamos con muchas ganas e impaciencia, nos comunicaba, en su carta del 25 de abril, que muy a su pesar, no podía mantener su palabra de la *ansiada visita,* debido a un fuerte malestar de estómago que no le permitía predicar, y porque el prefecto del Oratorio, don Víctor Alasonatti, se encontraba gravemente enfermo y desahuciado por los médicos.»

Pero don Bosco prometía enviar un sustituto.

Muy querido señor Párroco:

El hombre propone y Dios dispone: hágase en todo su santa voluntad. Hace unas semanas que siento un malestar en el estómago que no me deja predicar. A pesar de ello esperaba poder encontrarme en situación de ir para el día de san Gotardo. Pero el Señor me visita de otro modo. Ha caído gravemente enfermo don Víctor Alasonatti, prefecto de esta casa, y los médicos le dan pocas esperanzas de curación. Por ello no puedo estar ausente de Turín. Así que, muy a mi pesar, no puedo ir a hacer la ansiada visita a parientes y amigos, a quienes tanto quiero, aunque no los haya visto todavía personalmente. Mas, si no hubiese otra dificultad que la de hallar un predicador, tenga la bondad de decírmelo y le mandaré un sustituto.

Mi querido señor Cura, ayúdeme con la caridad de sus oraciones y la de sus amigos. Dios le bendiga y le ayude a salvar muchas almas. Si en algo puedo servirle, estoy siempre a su disposición. Me profeso con toda gratitud,

Turín, 25 de abril de 1865.

Su afmo. en el Señor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P. D. Hace unos días he recibido en esta Casa a tres muchachos procedentes de esos pueblos.

Fue a suplirlo don Juan Cagliero y se quedó allí algunos días después de la fiesta para arreglar el ingreso de unos muchachos en el Oratorio. De vuelta en Turín informó a don Bosco de su viaje y escribía a don Angel Modini:

Oratorio de San Francisco de Sales

Turín, 23 de mayo de 1865

Muy querido señor Cura:

No pasa día que no recuerde con satisfacción mi viaje por esos pueblos, no sólo por lo ameno del paisaje, sino sobre todo por **[969]** las atenciones recibidas, que fueron amabilísimas y sin méritos de mi parte. He tenido varias oportunidades para hablar con el clero de Turín y he podido alabar la unión, la bondad y la cordial hospitalidad del clero ticinense. Que Dios se lo pague, mientras espero se presente otra oportunidad para volver a verlos y abrazarlos cariñosamente.

Don Bosco ha quedado sumamente contento e interesado del relato de mi corto viaje y me dice que le hubiera gustado haberlo hecho él. Y, a propósito, le hablé del sermón sobre el nombre de María para septiembre y me dice que le escriba que lo acepta con gusto, porque desea aprovechar esta ocasión para ver y saludar al clero ticinense, pero recomienda que no lo tome a mal, si se le presentare (en razón de los muchos asuntos que le apremian) una imperiosa necesidad y tuviera que repetirse de nuevo lo de san Gotardo. De todas formas, roguemos a los hados para que nos sean propicios y no adversos.

V. S. escriba por aquellas fechas a tal fin.

Anime a los jovencitos examinados para que estudien...

Dígale a Julio que se aplique, porque le espero aquí en Turín; y para que sea bueno le envío una preciosa estampa del Angel Custodio a fin de que imite al chiquito que va a su lado. Y a V. S. le dejo, no sólo con la estampa, sino con el mismo Jesús Sacramentado a quien deseo me encomiende muy mucho. Yo haré otro tanto por V. S. Cuando vea a los párrocos vecinos, salúdelos mucho de mi parte; al Párroco de Pedemonte, señor Marchini, también de parte del canónigo Berghen. He escrito a Locarno, al padre Luis Arnaboldi, al cual he dado saludos para los demás.

Le mando dos ejemplares de nuestra comedia latina y algún diálogo. Cuando tenga ocasión envíe a su tío, el Vicario, junto con mis recuerdos, el ejemplar del diálogo a su dirección.

De V. S. muy Rvda.

Su seguro servidor
JUAN CAGLIERO, *Pbro.*

En otra carta, del 31 de julio, aseguraba don Juan Cagliero que don Bosco iría a Intragna para la fiesta del Dulce Nombre de María de aquel mismo año; pero a fines de agosto anunciaba que, por graves inconvenientes, el Venerable no podía, tampoco esta vez, mantener su promesa.

Turín, 28 de agosto de 1865

Ilmo. y M. Rvdo. señor:

Lo que siempre me temí sucede por desgracia: la cláusula condicional, con la que don Bosco aceptó el sermón para la fiesta del Dulce Nombre de María, **[970]** no

se ha cumplido. Un motivo grave nos impide a don Bosco y a mí ir a gozar de su amable compañía. Tenemos al señor prefecto don Víctor Alasonatti en trance de muerte; ha sido viaticado y esperamos con temor el momento de tener que administrarle la extremaunción. En tal situación sería una imprudencia alejarse del enfermo. Añada que uno de nuestros sacerdotes ya ha ido a recibir el premio de sus trabajos, otro ha perdido el conocimiento y un tercero está desahuciado por los médicos por el corte de una pierna. ¡El Señor nos ha probado este año! Don Bosco está muy abatido y hubiera deseado de veras hacer este viaje por esos pueblos, mas no ha perdido la esperanza de ir en otra ocasión.

Me encarga le diga que en cualquier circunstancia o necesidad puede servirse de nosotros, como de verdaderos amigos, para cuanto le haga falta. Así pues, escríbanos a propósito de los jovencitos de quienes me habló y venga después usted en persona a acompañarles. Aquí estará en su casa y nos proporcionará una gran alegría. Dígale lo mismo al padre Arnaboldi respecto a sus recomendados...

De S. S. Ilma.

Su seguro servidor
JUAN CAGLIERO, *Pbro.*

Sigue la primera carta de don Angel Modini:

«...Don Bosco, por segunda vez, se encontró en la imposibilidad de venir a Intragna pero añadía que, a pesar de todo, no perdía la esperanza de venir más tarde. Que si acaso sus muchas ocupaciones no le permitieran realizar el viaje y cumplir con sus santos deseos, ello no le impediría estar siempre dispuesto a emplear todos los medios que tenía a su disposición y aprovechar cualquier oportunidad para procurar el bien de nuestros pueblos. Siempre que necesité recurrir a él para la admisión de muchachos en su Oratorio de Turín, y fueron muchas veces, siempre me vi atendido, y siempre con todas las facilidades y consideraciones que podía...»

En la segunda carta, el mismo ilustre sacerdote recordaba los muchos jóvenes ticinenses, educados por don Bosco en sus institutos, y repetía que el Venerable los recibía por una módica pensión y «en ocasiones gratuitamente. Yo **[971]** le recomendé bastantes de Intragna, Golino, Losone, Brione, Ronco del Valle Onsernone. Casi todos los que se educaron en sus colegios obtuvieron éxito. Algunos llegaron a sacerdotes, como por ejemplo el M. R. D. Pedro Pedrotta, de Golino, párroco de Gerra Gambarogno, el M. R. D. Santiago Cavalli, de Intragna, y otros. Más aún, el primer campo donde don Bosco empezó a trabajar en favor de los ticinenses, lo encuentro en sus Oratorios festivos de Turín, en los que recibía a los jovencitos del Tesino que bajaban allí a trabajar de cualquier cosa, sobre todo de limpiachimeneas. Recuerdo que alguno de mis feligreses, cuando

monseñor Cagliero fue a Intragna para el panegírico de san Gotardo, estaban contentísimos al reconocerle como uno de los sacerdotes del Oratorio de don Bosco adonde ellos acudían...»

Pero el mayor servicio que don Bosco prestó al Cantón Tesino fue, como ya se ha dicho, el de proveer de buenos sacerdotes a muchas parroquias faltas de atención espiritual.

Dice de él don Angel Modini en su primera carta:

«...Donde mejor, más amplia y fructuosamente apareció su acción católica en el Cantón Tesino fue allí donde más lo reclamaba la necesidad, es decir, en el Valle de Onsernone (Locarno). La deplorable situación moral y religiosa de aquel pobre valle y los ingentes esfuerzos de la francmasonería para apagar allí la fe solariega, procuraré darlo a conocer en la relación que le mandaré cuanto antes».

Don Angel Modini no mandó una verdadera relación, pero, además de los apuntes ya publicados, nos envió otros documentos interesantes.

[972]

CAPITULO LXXVI

MAS SOBRE DON BOSCO Y EL CANTON TESINO – DEPLORABLE ESTADO DE LA RELIGION EN EL VALLE DE ONSERNONE – RELACION DE ALGUNOS DE LOS SACERDOTES ENVIADOS POR DON BOSCO A SUIZA – CONFIANZA DE LA CURIA DE COMO EN LAS SELECCIONES HECHAS POR DON BOSCO – DOS CARTAS QUE CONFIRMAN EL CELO DE ALGUNOS SACERDOTES ENVIADOS POR EL VENERABLE – NECESIDAD DE GRAN CAUTELA PARA ESTAS SELECCIONES – CONCEPTO EN QUE SE TENIA LA PALABRA DE DON BOSCO – DA ESPERANZAS DE QUE EN EL CANTON TESINO TODO SE ARREGLARA – EL PUEBLO TICINENSE SACUDE EL YUGO DE LOS RADICALES – DON BOSCO MANDA ESCRIBIR A DON ANGEL MODINI, MANIFESTANDOLE SU INTERES POR EL DESPERTAR RELIGIOSO: SUS GRANDES ESPERANZAS – TRIUNFO DE LOS CATOLICOS Y CORONACION DE NUESTRA SEÑORA DEL SASSO – REUNION DE LA SOCIEDAD SUIZA PIUS VEREIN *EN LOCARNO – EL CANTON TESINO SACADO DE LA JURISDICCION DE COMO POR EL PAPA, RECIBE OBISPO PROPIO – NUEVAS LUCHAS CON LOS RADICALES – DON BOSCO ENVIA UNA CARTA DE ALIENTO Y ESPERANZA A DON ANGEL MODINI – GRAN VICTORIA DE LOS CATOLICOS – COLEGIOS SALESIANOS EN EL CANTON TESINO*

ESCRIBIA don Angel Modini el año 1900: «Si hubiera podido prever que un día sería llamado para proporcionar las pruebas de la acción católica, ejercida por este Apóstol que la divina Providencia suscitaba para atender las necesidades de nuestro tiempo, ciertamente hubiera hecho acopio y tomado nota de cuanto importaba para el **[973]** caso. Pero ¡quién podía preverlo! Y aún si esto se me hubiera encomendado hace unos dieciséis años, cuando dejaba Losone y también el cargo y la responsabilidad de Arcipreste de Onsernone, con el recuerdo de las cosas pasadas durante mi estancia de diecisiete años en Losone habría podido hacer una relación más correcta y detallada».

Y en 1902 para que nos hiciéramos una idea de la penuria de aquellos tiempos, de la escasez de clero, y por consiguiente del gran bien que don Bosco hizo, don Angel Modini nos mandó una copia de su súplica al Padre Santo Pío IX, pidiendo permiso de binación de la misa para algunas parroquias del Arciprestazgo.

Beatísimo Padre:

El ardiente deseo de atender de algún modo a la salvación de tantas pobres almas, me mueve, Beatísimo Padre, a poner en vuestro conocimiento la situación realmente deplorable, en que se encuentran los intereses religiosos de Onsernone, uno de los valles de los Alpes y de los más pobres del Cantón Tesino, con nueve pueblecitos que cuentan una población de más de cinco mil almas, repartidas en una extensión de casi treinta kilómetros.

En particular, después de los desgraciados acontecimientos que el año 1855 sacudieron el Cantón Tesino, las leyes anticristianas, promulgadas por el poder legislativo de aquella época nefasta, convirtieron este valle en el centro de la más fuerte demagogia, y los asuntos públicos cayeron en manos de unas pocas familias evidentemente adictas a sociedades francmasónicas, las cuales ejercieron y ejercen todavía una influencia tiránica y despótica en perjuicio de las conciencias católicas de estos pueblos que, gracias a Dios, se han mantenido, en su mayoría, fieles a los principios de la fe.

Durante dicho año de 1855 se perpetraron delitos muy graves y funestos. En Loco, la población más importante y habitada del Valle, fueron quemados públicamente los confesonarios, se destruyeron las estaciones del *Viacrucis,* se derribó una iglesia pública y se confiscaron diversos beneficios eclesiásticos con derecho de patronato y legados píos. Hechos similares se repitieron en tres pueblos más del Valle. Y, como si esto no bastase, se trató de arrastrar los pueblos al cisma, introduciendo a dos sacerdotes extranjeros, traídos con esa intención. Plugo a Dios misericordioso que propósitos tan impíos no lograran su fin **[974]** y que el radicalismo de Onsernone, apoyado en secreto, a veces, y abiertamente en ocasiones por el Gobierno Cantonal, y por el Consejo y la acción de sectarios extranjeros, entre ellos algunas personalidades masónicas que afluían allí como a un asilo seguro, encontrara un obstáculo insalvable en la firmeza de la fe de las poblaciones y que, después de algún año, los dos sacerdotes intrusos fueran obligados a salir del Valle, como de terreno que no respondía a sus esperanzas ni a sus torcidos deseos.

Consecuencia dolorosa de esta dolorosa serie de acontecimientos y amenazas irreligiosas fue la triste fama que se divulgó por el valle, y por ende la dificultad de proveer de sacerdotes a las parroquias, a medida que se quedaban vacantes; dificultad que aumentó con las pequeñísimas retribuciones que generalmente asignan los ayuntamientos a los párrocos, y la creciente penuria de nuevos sacerdotes.

Actualmente sólo hay tres sacerdotes para atender las necesidades espirituales de todo el valle, ya que no se puede contar con dos incapacitados, uno por la avanzada edad y el otro por la epilepsia que hace tiempo le atormenta. La labor de esos pocos sacerdotes se hace más difícil y gravosa en la estación invernal, por la abundancia de nieve, que de ordinario se mantiene cinco y más meses, y la distancia de dos, tres y más leguas que, generalmente, deben recorrer para ir desde su propia parroquia a cualquiera de las vacantes.

Habiendo resultado casi imposible encontrar sujetos para la asistencia a las parroquias faltas de pastor, no se le presenta al infrascrito otro camino, para atender a las necesidades espirituales de este valle, más que seguir el consejo de personas piadosas y autorizadas, es decir, suplicar a V. Beatitud la facultad de habilitar al sacerdote o sacerdotes que estime oportuno para celebrar dos misas en los días festivos, una en la propia parroquia y otra en alguna de las parroquias vacantes, para que, de este modo, se pueda dar oportunidad a los pueblos del valle para cumplir el precepto de asistir a la santa misa, oír la explicación del Evangelio y del catecismo y recibir los sacramentos.

Implora también esta facultad para el M. R. don Luis Arnaboldi, misionero apostólico quien con una paciencia incansable y un celo verdaderamente apostólico, ha sabido ganarse una ilimitada confianza en estas poblaciones con toda suerte de industrias y de sacrificios, y a las que acude de vez en cuando para prestarles sus servicios.

Gracia que de su bondad, etc... Besa respetuosamente su sagrado pie.

Losone, 20 de febrero de 1873.

Y don Bosco, escribe don Angel Modini, a mi ruego, plenamente de acuerdo con S. E. el señor Obispo de Como, **[975]** me consiguió repetidas veces buenos sacerdotes para atender las necesidades espirituales del Valle de Onsernone. Le adjunto, en papel aparte, la lista de los que aún recuerdo[1].

Lista de los sacerdotes que don Bosco envió al Tesino:

Don Bartolomé Pavesio, Rvdo. Chiantore, don Carlos Morandi, don Vicente Marchetti, Rvdo. Picchiottini de Rocca de Corio, don Miguel Gaia, don Calixto Bava, ex-premostratense, don José Delponte, párroco de Colombano, don Manuel Sibilla, don Luis Mondini, don Eduardo Bernardi, don Vicente Colletti, don Mario Rossi, don Juan Antonio Barbisio, don Carlos Tornotti, don Vicente Minella, don Francisco Fiocchi, don Juan Ambrosio Podestá y don Luis María Rossi.

Don Bosco solía entregar a estos sacerdotes una carta de recomendación para presentarla en la Curia de Como o a don Angel Modini. Sólo una de ellas, llegó a nuestras manos.

Turín, 25 de julio de 1867

Muy apreciado en el Señor:

Don Vicente Marchetti se presenta a V. S. a fin de hacer su experiencia en favor de la parroquia que tenga a bien asignarle. Ya ha trabajado mucho en el sagrado

[1] Carta del 26 de noviembre de 1902.

ministerio, con buen resultado. Espero que haga mucho bien. Dios bendiga a V. S. y sus trabajos y créame en el Señor,

De V. S.

Afmo. servidor
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P. D. Una vez colocado don Vicente Marchetti, espero poderle presentar otros dos sacerdotes celosos y de buena voluntad.

[976] Ya se había recibido en la Curia de Como, algún tiempo antes, la noticia de la llegada de dos sacerdotes a Suiza, y el Vicario General escribía a don Angel Modini.

Cuando V. S. tenga noticias sobre la conducta moral y religiosa, sobre la idoneidad y las ideas de los dos sacerdotes, a los que se refiere en la suya de ayer (de los que no me cabe la menor duda, siendo recomendados por persona tan distinguida como el ilustre Teólogo don Bosco) y cuando gocen de las oportunas licencias en su Ordinario Diocesano, le aconsejo siga los trámites ya en curso para solicitar su venida a estas tierras y así cubrir, en parte, las muchas necesidades en que se encuentran los obreros evangélicos. Tenga a bien comunicarme, a su tiempo, el resultado de los trámites...

Como, 4 junio del 1867.

C. OCT. CALCATERRA, *V. G. C.*

Don Angel Modini nos mandó también otros dos documentos de la feliz elección que don Bosco hacía de sacerdotes o misioneros para el Cantón Tesino.

El primero es una carta de don Guillermo Buetti, párroco de Locarno, a don Agustín Anzini, rector de Solduno, con fecha 23 de febrero de 1900, en la que se lee:

El sacerdote Eduardo Bernardi, párroco de Magadino, que falleció el año 1892, a la edad de setenta años, me contaba este hecho de su vida. Allá por el año 1866 ó 67 se cerraba en Turín, por orden del gobierno italiano, un convento de frailes franciscanos. El sacerdote Bernardi, uno de los religiosos de aquel convento, no sabiendo a dónde ir, se dirigió a don Bosco para pedirle consejo. Don Bosco, tras un momento de reflexión, le dijo:

—¿Quiere ir al Cantón Tesino, en Suiza?

El piadoso fraile, desconocedor absoluto de estos pueblos del Tesino, respondió:

—Me atengo totalmente a lo que usted me indique.

—Pues bien, agregó don Bosco; escribo enseguida al señor arcipreste Rossi, de Locarno, con quien tengo buena amistad, y él le enviará de párroco a uno de los pueblos de Locarno, *donde hará usted mucho bien.*

El sacerdote Bernardi, satisfecho con aquellas palabras, fue a Locarno, donde el arcipreste Rossi, prevenido ya por la recomendación de don Bosco, recibió con mucho afecto al religioso y lo llevó poco después a Magadino.

—Quedaos aquí, le dijo, mientras el Señor os dé vida.

[977] Obedeció el religioso y, efectivamente, las palabras de don Bosco de que haría *mucho bien* se cumplieron plenamente.

La parroquia de Magadino, abierta a todos los vicios, se convirtió en poco tiempo en un jardín de virtudes. El celoso párroco embelleció la iglesia, fundó asociaciones, como por ejemplo la de las Madres Cristianas, la de las Hijas de María, la de los Luises, la Hermandad del Santísimo Sacramento, etc. La iglesia, antes vacía, se llenó de fieles piadosos y yo mismo lo vi muchas veces, cuando fui allí a predicar. Las funciones se desarrollaban con toda la pompa de los ritos sagrados y se recibían muy a menudo los Santos Sacramentos. Murió en la actual casa parroquial, llorado por todos, que le tenían en concepto de sacerdote santo.

Estoy dispuesto a confirmar bajo juramento cuanto digo.

El segundo documento es una carta dirigida al Siervo de Dios.

Piazzogna, 22 del 69

Muy respetable y querido don Bosco:

Espero que a estas fechas ya haya recibido la mía, junto con la de don Eduardo.

Hoy he ido al célebre santuario de Nuestra Señora del Sasso. Aquellos buenos religiosos me recibieron con toda suerte de atenciones, me pidieron noticias de nuestro querido don Bosco y me encargaron le transmitiera sus recuerdos, extensivos al bonísimo don Juan Cagliero.

El padre Luis Arnaboldi me dijo que ha escrito a V. S. Rvma. pidiéndole un sacerdote para Onsernone; desea un sacerdote bueno, aunque no sea de mucha ciencia, pero sí de suma prudencia, y, al mismo tiempo, le ruega apresure su búsqueda.

Tendría una retribución de seiscientos francos, leña suficiente, mantequilla, etc.; mas se desea un sacerdote que busque el bien de las almas y no el del bolsillo, porque en estos pueblos, más bien pobres, se engañaría quien esperase hacer fortuna.

En cuanto a mí, cada día estoy más contento. El domingo celebramos en mi parroquia la fiesta de san Antonio Abad. Había cinco sacerdotes, más el señor Arcipreste, para dar esplendor a la fiesta. El Ayuntamiento quiso que yo hiciese el panegírico del santo Patrono. El lunes próximo iré a la parroquia de Gerra, para predicar las cuarenta horas y estoy invitado para los últimos días del carnaval en la de San Abundio. Don Eduardo y yo somos queridos y apreciados por estos lugares y todo ello se lo debemos a nuestro querido don Bosco...

Si V. S. puede hallar un momento y consolarme con una buena palabra, me haría un gran favor y me llegaría como una saludable rociada en mis continuas ocupaciones parroquiales y eclesiásticas. Me encomiendo sobre todo a sus oraciones y le aseguro que cuando estuve a los pies de nuestra amada **[978]** Virgen del Sasso, no me olvidé del ardoroso promotor de la devoción a nuestra querida Virgen Auxiliadora a la que no dejo de recurrir, pidiendo la ayuda que tanto necesito en estos mis

inicios de pastor de las almas. Mientras le saludo afectuosamente, también de parte de nuestro buen don Eduardo, me cabe el honor de profesarme con toda mi estima y profunda devoción,

De V. S. muy Rvda.

Su seguro servidor y afmo. amigo
VICENTE MINELLA, *Pbro.*

Las necesidades espirituales de aquel pobre Cantón eran siempre grandes y exigían suma prudencia en la búsqueda y elección de los sacerdotes. El Vicario General Capitular de Como escribía el 22 de noviembre de 1869 al párroco don Angel Modini.

Siempre que el sacerdote, al que V. S. se refiere en la suya del 20 del corriente, ofrezca esperanzas de éxito, por todos los informes recibidos, y más que nada por el testimonio de su Ordinario, apruebo la sugerencia que se hace. Asimismo no dejaré de aprobar, si pudiere hacerlo, que encontrase otros para atender las múltiples necesidades de este Vicariato. Pero debo recordarle, al mismo tiempo, que los sujetos buenos en los que se pueda confiar son raros, particularmente entre los sacerdotes desocupados y dispuestos a abandonar la propia diócesis. Por lo cual conviene ir despacio y con mucha cautela en este delicado asunto, sin dejar de recoger previamente todos los informes posibles y autorizados. No me parece oportuno que Arnaboldi vaya a Turín con el fin que V. S. propone. Prefiero ayudarle yo mismo, si, a causa de la gran necesidad, quisiera ir él por un tiempo determinado a una de las mencionadas parroquias vacantes, a prestar su ayuda, como ya lo ha hecho en otras ocasiones...

OCT. CALCATERRA, *V. G. C.*

Pero hay una carta, escrita por don Pablo Albera a don Angel Modini en nombre de don Bosco, que confirma las continuas preocupaciones de don Bosco y el alto concepto en que se tenían sus informes.

Turín-Valdocco, 15 de febrero, 1870

Muy Rvdo. Señor:

Estoy satisfecho de ver que hay dos celosos sacerdotes dispuestos a ir a esos pueblos para condividir con V. S. M. R. las fatigas y sudores. Junto con el Rvdo. Chiantore, a quien recomendé en otra ocasión, **[979]** iría también el celosísimo don Bartolomé Pavesio. Se lo recomiendo en nombre de don Bosco, el cual está convendido de que esos buenos cristianos tendrán que agradecer mucho al Señor por

haberles enviado tan buenos pastores y confía que todo se arreglará para bien de las almas y la mayor gloria de Dios.

De V. S. M. R.

Su seguro servidor:
Por don BOSCO
PABLO ALBERA, *Pbro.*

El último párrafo de esta carta debió animar a don Angel Modini a confiar en la ayuda de la Providencia. Así, algún tiempo después, se comenzó a advertir una saludable reacción en diversas localidades del Cantón y, al fin, la mayoría del pueblo ticinense, cansado de la larga opresión, rechazaba con sus votos, en 1875, la causa del liberalismo.

En el 1876, el Gran Consejo Cantonal emprendía la revisión de la Constitución, promovida por los conservadores, que era el partido de la religión y del orden. Cierto número de liberales presentó entonces al Consejo Federal una violenta e injusta protesta, de forma que el Gran Consejo ticinense fue invitado a diferir sus deliberaciones. No había ley alguna que justificara una intervención semejante en la política interna de un Cantón; por consiguiente, el 28 de julio de 1876 se reunió el Gran Consejo y aprobó por unanimidad, un proyecto de ley encaminada a introducir la votación secreta en las elecciones cantonales.

Fue un gran fracaso para los liberales, porque el antiguo sistema de votación pública y para grandes reuniones era para ellos una amplia apertura de corrupción, engaño y violencia. Después de esto, el Consejo de Estado ticinense, compuesto de liberales, no queriendo renunciar, aunque el pueblo hubiese condenado reiteradamente su política anticatólica, se había apoderado de la iglesia de los benedictinos en Bellinzona y había permitido a los jefes del municipio de Lugano que suprimieran a toda costa, aunque no lo lograron, el insigne periódico titulado: *El Creyente Católico.*

Los liberales eran enemigos declarados de los conservadores. El 15 de octubre, último día de la fiesta del tiro al blanco, cincuenta o **[980]** sesenta tiradores llegaron corriendo al vestíbulo del palacio de gobernación, gritando:

—¡Abajo el Gran Consejo!

En medio de aquel tumulto, el Consejo de Estado, que ya esperaba a los rebeldes, determinó condescender en todo con su voluntad, es decir, derrocando al Gran Consejo elegido por el pueblo y convo-

car las elecciones generales para sustituirlo. Los conservadores se armaron en varios puntos del Cantón para defenderse y, si se les atacaba, hacer entender de una vez para siempre a los liberales que el tiempo del despotismo había pasado.

El Consejo de Estado distribuyó armas y municiones entre sus afiliados y organizó, con la promesa de buenos sueldos, unas bandas de francotiradores, hábiles en el saqueo para esparcir el terror por el país. No se omitió ningún detalle para lograrlo, ni las amenazas, ni los hechos, ni los violentos artículos en los periódicos contra el clero, ni la misma dinamita.

Estaba para estallar la guerra civil, y ya había habido algún serio conflicto seguido de muerte, cuando un comisario federal ordenó que se desarmara a los partidos. Los conservadores obedecieron por deferencia al poder central, guiándose por la palabra del comisario; pero los liberales arrestaron a algunos de sus jefes.

Finalmente las Cámaras federales ratificaron, después de duras discusiones con los radicales, la decisión tomada, de acuerdo con la equidad del poder ejecutivo central, y el 21 de enero de 1877 los electores del Cantón se aprestaron a la renovación del Gran Consejo.

Por lo menos setenta de los elegidos pertenecían al partido conservador, y los liberales no alcanzaron más de cuarenta. Los antiguos miembros del Consejo de Estado tuvieron que ceder sus escaños a cuatro valientes conservadores.

Con estas elecciones se tenía motivo para esperar que el reino de la violencia terminara en el Tesino, donde había durado más de treinta años.

Una carta, que don Bosco hizo escribir el 24 de enero de 1877, manifiesta claramente cuánto le interesaba el triunfo de la religión católica en aquellas tierras.

[981] *Muy Rvdo. Señor:*

Con mucho gusto aprovecho la ocasión que se me presenta de asegurar a V. S. M. R., en nombre de don Bosco, mi Superior, que se celebró la misa según su piadosa y santa intención; que le preocupa el triunfo de la Religión Católica en el Cantón Tesino, y que recomienda a todos los buenos que recen para este fin.

En efecto, apenas llegó a su conocimiento tan grave noticia, ordenó inmediatamente se hicieran oraciones particulares a la que se venera en Turín con el título de Auxilio de los Cristianos.

Por tanto, haciendo nosotros por nuestra parte cuanto podemos, esperamos que, más pronto o más tarde, la causa de la Religión Católica triunfará, no sólo en el Cantón Tesino sino en todo el mundo. Mas, por ahora, conviene orar, trabajar, y

poner toda nuestra confianza en Dios y en el poderoso patrocinio de María Auxiliadora.

Ruégole, por último, acepte mis humildes respetos, juntamente con los de don Bosco, mientras le auguro las más celestes bendiciones del Señor y tengo la suerte de poderme profesar con todo aprecio,

De V. S. M. R.

Roma, 24 de enero de 1877.

Su seguro servidor
JOAQUÍN BERTO, *Pbro.*

Al M. R. señor don Angel Modini-Losone.

Y los deseos, las oraciones, y las diligentes preocupaciones de don Bosco debían recibir su recompensa. Hubo en el Cantón otras revueltas, pero el nuevo Gobierno continuó su obra reparadora de la verdadera libertad. En efecto, a partir de 1880, en medio de la satisfacción de todo el pueblo, en presencia de las autoridades civiles y del Consejo de Estado con toda su pompa oficial, después de una solemnísima procesión, era coronada la imagen de la veneradísima Virgen del Sasso, por manos de monseñor Pablo Ballerini, patriarca de Alejandría, en la plaza mayor de Locarno.

El 6 de marzo de 1881, convocadas las elecciones para elegir los diputados del Gran Consejo Cantonal, el pueblo dio a los conservadores católicos ochenta y seis escaños, contra diecinueve que obtuvieron los radicales.

[982] En 1882 se celebró en Locarno la reunión anual de la Sociedad Católica *Pius Verein*, cuyos miembros habían acudido de todas las partes de Suiza. Presidió, pontificó y predicó elocuentemente en las tres lenguas nacionales monseñor Eugenio Lachat, obispo de Basilea y el Congreso terminó con una peregrinación a Nuestra Señora del Sasso, en la que participaron los más altos dignatarios.

Hacía tres años que éstos trataban con el Consejo General de Berna para tener un obispo y, obtenida su plena adhesión, el Cantón Tesino era separado por autoridad del Sumo Pontífice León XIII de la jurisdicción del Arzobispo de Milán y del Obispo de Como; y monseñor Eugenio Lachat, trasladado de Basilea a la nueva diócesis, tomaba triunfalmente posesión de la misma en 1885, con el título de Administrador apostólico, fijando su residencia en el antiguo palacio episcopal de Balerna.

Para coronar su obra, aquel Gobierno Católico decidió limpiar la

legislación de la triste herencia de los radicales y redactó un proyecto de ley para devolver a la Iglesia y al clero la plena libertad en el ejercicio del sagrado ministerio y la administración de los bienes eclesiásticos. El Gran Consejo ya había aprobado la ley. Pero los radicales y la francmasonería empezaron a combatirla rabiosamente, sin ahorrar ningún medio para atropellar el sentido de la ley, propagando que se pretendía convertir al Estado en esclavo de los curas. En un principio lograron engañar a muchos ciudadanos, quienes con sus firmas favorecieron la petición del *referéndum*. En menos de un mes se habían recogido más de nueve mil, que representaban casi la mitad de los que tenían derecho al voto, y los radicales habían concebido las más placenteras esperanzas, no sólo de impedir la aprobación de la ley, sino también de volver a obtener el poder perdido. Habían organizado un pronunciamiento en los principales centros del Cantón: bandas armadas, que debían caer sobre la capital Bellinzona; y habían designado las personas que querían formar el Gobierno provisional, y preparado manifestaciones y **[983]** escandalosas mascaradas, en las que debían figurar sacerdotes, frailes, monjas, obispos y el Papa. Las cosas habían llegado a tal punto que solamente Dios podía salvar al Cantón Tesino de una irremediable ruina. El Gobierno, durante algunos días, pasó serias preocupaciones y temores. En tales angustias escribía don Angel Modini a don Bosco, el cual le respondía por medio de don Miguel Rúa:

Turín, 22 marzo de 1886

Rvmo. Señor Cura Párroco:

He recibido su atenta carta del 18 de los corrientes y sus donativos, que agradezco de corazón, y ruego a V. S. extienda mi agradecimiento a las piadosas personas que los ofrecen.

Ya se ha celebrado una misa y las otras se celebrarán, según las intenciones señaladas, lo antes posible. Puedo asegurarle, entre tanto, que nosotros rezamos sin cesar para que todo resulte a favor de la Iglesia ticinense, y ya nuestros huérfanos comulgaron varias veces por este fin.

Esperamos que María Auxiliadora haya bendecido las votaciones de ayer. No hay que extrañarse de que el infierno se esfuerce para ganar la partida, y, aún después de haberla perdido, seguirá esforzándose para destruir los efectos que la Iglesia podrá conseguir con la victoria. Por tanto, ánimo y adelante. La fábula de la lucha entre Hércules y Anteo es siempre rigurosamente cierta para nosotros los católicos. Anteo recuperaba sus fuerzas tocando a la tierra, su madre. La Iglesia, o, por mejor decir, sus hijos recobran su primer vigor y son invencibles, siempre que se confían al brazo de María Auxilio de los Cristianos. ¡Sea, pues, Ella también quien venza y derrote al común enemigo!

Acepte los sentimientos de mi aprecio: ruegue por nosotros y por todos los Salesianos, y créame siempre suyo, con el honor de profesarme *in Domino*,
De V. S. Rvma.

Su atento y seguro servidor
Por el sacerdote JUAN BOSCO,
MIGUEL RÚA, *Pbro.*

El 21 de marzo se convocaba al pueblo ticinense para pronunciarse en si aceptaba o no las leyes; y el partido católico conservador se había despertado, había comprendido la importancia de la lucha, la necesidad y bondad de la ley, y afirmaba su confianza en el Gobierno y en el Gran Consejo con 1.331 votos de mayoría.

[984] Las oraciones de don Bosco debieron influir sin duda en aquella victoria, que sin la divina protección no hubiera tenido lugar, ya que los adversarios estaban muy bien preparados y disponían de medios formidables y poderosos aliados fuera del Tesino.

Las oraciones del Venerable no debieron cesar ni siquiera después de su muerte.

En septiembre de 1887 monseñor Vicente Molo, Obispo titular de Gallipoli, sucedió al difunto monseñor Lachat. En 1889 abrió un colegio en Mendrisio y lo entregó a los Salesianos, y en 1894 los llamaba para dirigir el Colegio Pontificio de San Carlos Borromeo en Ascona. El primero fue trasladado, después, al palacio episcopal de Balerna, y el segundo a Maroggia. De este modo empezaron a florecer las vocaciones en el mismo Cantón Tesino.

¡Qué verdadera, hermosa y confortadora resulta siempre la palabra del salmo: *Clamaverunt ad Dominum cum tribularentur, et de necessitatibus eorum liberavit eos!* (Al Señor gritaron en su apuro, y El los libró de sus angustias) (Sal. 106).

[985]

APENDICES

APENDICE «A»

APUNTES AUTOGRAFOS DEL VENERABLE

de las Instrucciones dadas a los Salesianos en los Ejercicios Espirituales de 1869 y de los años siguientes

(Véase Pág. 621)

I

De un cuaderno manuscrito

EJERCICIOS DE TROFARELLO, 1869

Introducción – Lunes por la tarde – Informe Histórico

El Oratorio en 1841, en la iglesia de San Francisco de Asís – Primer alumno, 8 de diciembre – Episodios – Aumento de muchachos – Prácticas de piedad.

Traslado al Refugio – Primera capilla, 8 de diciembre de 1844 – Diversas vicisitudes – San Martín de los Molinos de la Ciudad; un acontecimiento (C...) – Iglesia en el cementerio de San Pedro ad Víncula – El reverendo Tesio – Apoplejía fulminante – Casa Moretta – Un prado – El vicario Cavour – La Delegación de Hacienda, abril de 1846 – Principios de Valdocco – Necesidad de una Congregación – Locura – Conferencias – Abandono – Momentos críticos – Idea clara de una Congregación – Finalidad de la misma – Hospicio para los aprendices pobres, 1847 – Episodios – Algunos estudiantes – Finalidad de los mismos – Nueva iglesia – Nuevo edificio – Pruebas diversas.

Monseñor Fransoni – Sus visitas – Compañía de San Luis – Indulgencias – Consejos del Arzobispo – 1852 – Primera asociación en 1854 – Don Víctor Alasonatti – Idea de Pío IX, 1858 – Fin específico **[986]** de una Congregación – Muchachos en los días festivos – Internado – Estudiantes – Buenos libros – Lecturas Católicas – Predicación – Dificultades – Primer Decreto de Roma; julio 1864 – Vicisitudes y contrastes – Gran bendición del Señor – Decreto de marzo de 1869 – Estado actual de la Congregación.

MARTES POR LA MAÑANA

Ventajas del que vive en una Congregación

[El cristiano: su nacimiento en la Religión Católica, educación, instrucción, medios de salvación.

Entrada en el mundo cubierto de peligros – Mayor seguridad en Religión – Ejemplo de un viaje en vapor o en lancha; en coche o a pie; residencia en una fortaleza o a campo abierto.

Señales de vocación: inclinación – Si la vida es mejor o peor de la que se llevaría

en el mundo – Ser recibidos en Comunidad. *Manete in vocatione,* etc. —(Permaneced en la vocación][1].

Semejanza del negociante que trabaja con la esperanza de la ganancia.

En la Congregación *homo vivit purius – cadit rarius – surgit velocius – incedit cautius – irroratur frequentius – quiescit securius – moritur confidentius – purgatur citius – remuneratur copiosius.*

Vivit purius (Vive con mayor pureza), porque alejado de las incitaciones del mundo [de querer a no querer, en el siglo hay que pensar en las cosas temporales]. Pureza de intención significa hacer lo que más agrada a Dios y nosotros nos lo aseguramos con la obediencia. En el siglo se hace el bien que se quiere y cuando se quiere. El religioso no hace nunca su voluntad, sino la del Señor, gracias a la obediencia. La propia voluntad echa a perder las obras: *Quare jejunabimus et non aspexisti; humiliavimus animas nostras et nescisti?* (¿Por qué ayunamos, si tú no lo ves; para qué nos humillamos si tú no lo sabes?) Porque *ecce in die jejunii vestri invenitur voluntas vestra* (Es que el día en que ayunabais, buscabais vuestro negocio) (Is. 58, 3).—Ejemplos varios.

Cadit rarius (Cae raras veces). Cuanto más se aparta uno de los peligros, más seguró está de no caer. El mundo está lleno de peligros. *Quidquid in mundo est, concupiscentia carnis est, concupiscentia oculorum, superbia vitae* (Lo que hay en el mundo es concupiscencia de los sentidos, concupiscencia de los ojos, de la vanagloria). San Antonio vio el mundo cubierto de lazos. – El que vive en la congregación vive ligre de esos peligros, y se separa de todo con los tres votos, por lo que difícilmente caerá. Tiene además infinidad de ayudas para mantenerse en la Religión, y que faltan en el mundo.

Surgit velocius (Se levanta más pronto). – Reglas, avisos, lecturas meditaciones. Ejemplos de los otros. – *Vae soli quia cum ceciderit, non habet sublevantem se* (Ay del solo porque, si cayere, no tiene quien le levante). Pero **[987]** en la Sociedad, *si unus ceciderit, ab altero fulcietur* (si uno cayere le levantará el compañero) (Ecl. 4, 10). *Juvatur a sociis ad resurgendum* (Los socios le ayudan a levantarse) (Santo Tomás).

Incedit cautius (Camina con mayor cautela). – Retiro – Reglas... – Como fortaleza es la santa Ley de Dios, defendida con puestos avanzados, que son las Constituciones. – *Urbis fortitudinis Sion, ponetur in ea murus et antemurale* (Sión ciudad fuerte; se le han puesto murallas y antemuros) (Is. 26, 1). Defendido, estando en la Congregación. – Cuenta de conciencia. – Los grandes del mundo, los ricos, los poderosos no tienen quién les avise, pero sí aduladores etc.

Irroratur frequentius (Es más frecuente el rocío). [El siglo es un terreno árido; la Congregación, terreno regado]. Frecuente el rocío celestial sobre las almas de Dios, por quien todo se dejó, por quien se trabaja; por los sacramentos que, por regla, se frecuentan, por los Superiores que, por oficio, nos deben aconsejar y corregir. – Un seglar con frecuencia querría, pero carece de los medios que tiene en abundancia un religioso.

---

[1] El manuscrito contine al margen muchas apostillas, de puño y letra del Venerable, algunas de las cuales parecen de fecha posterior. Las señalamos colocándolas dentro de corchetes [ ].

Quiescit securius (Descansa más seguro). – Nada puede satisfacer en el mundo. *Vanitas vanitatum...* (Vanidad de vanidades). –Teodosio dijo a un solitario en su celda: —Padre, ¿sabéis quién soy yo? Soy el emperador Teodosio. Felices vosotros que vivís contentos en esta tierra, lejos de los peligros del mundo. Yo soy un gran señor de la tierra, soy Emperador; mas para mí no hay día en que pueda comer en paz. – Además: *Cum fortis fuerit armatus, secura sunt omnia* (Cuando el fuerte está armado, todo está seguro). La Congregación es una fortaleza en la que se puede descansar tranquilo. Jesucristo, los Superiores, las Reglas, los hermanos son otros tantos guardianes del alma, etc.

Objecciones: 1.ª En la Religión viven descontentos. Porque no observan las Reglas.

2.ª En la Religión abundan los disgustos. Son las cruces diarias, que nos llevan a la gloria.

Consulto Deus gratiam Religionis occultavit, nam si ejus felicitas cognosceretur, omnes, relicto saeculo, ad eam concurrerent (Deliberadamente ocultó Dios la gracia del estado religioso, pues si se conociera su felicidad, todos, abandonando el mundo, a porfía lo abrazarían) (San Lorenzo Justiniano). – *Moritur confidentius* (Muere con mayor confianza). – Muerte del que vive en el mundo: médicos, notarios, parientes, todos hablan de cosas temporales, difícilmente de las espirituales.

El religioso se halla entre sus hermanos, que le ayudan, rezan, le animan. En la tierra todo queda arreglado; él está preparado para el cielo. *Omnis qui reliquerit...* (Todo el que dejare...) (Mat. 19, 29) *Promisit Deus vitam aeternam ista relinquentibus. Tu reliquisti omnia ista: quid prohibet de hujusmodi promissione esse securum?* (Prometió Dios la vida eterna a los que dejaran ésta. Tú lo dejaste todo: ¿quién te prohíbe estar seguro de la promesa? (San J. Crisóstomo). Un hermano de san Bernardo moría en el monasterio cantando, porque *beati mortui qui in Domino moriuntur* (bienaventurados los muertos que mueren en el Señor).

[988] *Purgatur citius* (El purgatorio es más breve). – Santo Tomás dice que, entrando en Religión, se obtiene el perdón de todos los pecados y de la pena, como en el bautismo; y luego añade: *Unde legitur in vitis Patrum quod eamdem gratiam consequuntur religionem intrantes quam consequuntur baptizati* (Por lo cual se ve en las vidas de los Padres que se consigue la misma gracia al entrar en religión que la que consiguen los bautizados). Además, ayudas, oraciones, comuniones, rosarios, misas, etc. – Un poco o nada en el purgatorio. *Est facilis via de cella in coelum* (Es fácil el camino de la celda al cielo) (San Bernardo).

Remuneratur copiosius (Será remunerado con mayor largueza). – Dios premia un vaso de agua fresca dado por El; ¿qué premio dará a quien todo lo dejó, o mejor, lo dio todo por su amor? ¿Qué merced no tendrán en el cielo todas las obras de la vida religiosa, mortificaciones, abstinencias, obediencias? Además, el mérito que se adquiere por las obras buenas que se harán por El. *Fulgebunt justi, etc.* (Resplandecerán los justos).

El mundano, por el contrario, dirá: *Erravimus...* (Nos equivocamos).

Dice san Alfonso que en el siglo XVII, de sesenta canonizados, sólo seis eran seglares. Todos los demás, religiosos.

[Ventajas temporales:

1.º Las de Jesucristo en su nacimiento, vida y muerte; no tuvo dónde reclinarse.

Pero prometió que nada nos faltaría y... *Respicite volatilia coeli* (Mirad los pájaros del cielo).

2.º No nos falta nada cuando estamos sanos, enfermos o a la hora de morir. Ejemplo de...

3.º ¡Cuántos sufren en el mundo! Nosotros tenemos comida, vestido, alojamiento, etc.]

MIERCOLES POR LA MAÑANA.—VOTO DE OBEDIENCIA

Idea del Sumo Pontífice sobre nuestra Sociedad. – Los votos: su utilidad; su mayor mérito. Ejemplo de quien ofrece el fruto y no la planta. San Anselmo. Ejemplo de quien ofrece el interés y el capital. San Buenaventura. Obediencia. Cómo se entiende en nuestras Reglas. En ella está toda la Religión. *Tota religionis perfectio in voluntatis nostrae subtractione consistit* (Toda la perfección de la religión consiste en la negación de nuestra voluntad) (San Buenaventura).

Origina – conserva todas las demás virtudes: *Obedientia virtus est quae caeteras virtutes in mentem ingerit et custodit* (La obediencia es una virtud que mete y guarda en la mente todas las virtudes) (S. Greg; *Moral; I, 35*).

Ayuda a vencer todo obstáculo y todo vicio: *Vir obediens loquetur victoriam* (El varón obediente cantará victoria). (Prov. 21, 28).

Mortificatione voluntatum marcescunt vitia universa (Con la mortificación de la voluntad se debilitan todos los vicios) (San Casiano). – Ejemplo de Jesucristo: *Factus est, etc.* – Ejemplo de san Jerónimo: de aquel religioso que durante ocho años llevó una gran piedra a tres millas de distancia dos veces al día.

Más vale la obediencia que cualquier otra obra: *Majoris est meriti injuncta refectio, jejunio propria deliberatione suscepto* (Vale más una comida en común que el ayuno tomado por propia deliberación) (San Jerónimo). La razón, como una nave sobre la que se camina sin cansarse. Así san Luis Gonzaga.

[989] MIERCOLES POR LA TARDE.—OBEDIENCIA A LOS SUPERIORES

[Obedientia nos certos reddit Dei voluntatem adimplere] (La obediencia nos asegura que cumplimos la voluntad de Dios).

La obediencia a los Superiores nos asegura que obedecemos a Dios. – *Qui vos audit, me audit; qui vos spernit, me spernit* (Quien os oye a vosotros, a mí me oye; quien os desprecia a vosotros, me desprecia a mí) (Luc. 10, 16). Y así san Bernardo: *Obedientia quae majoribus praebetur, Deo praebetur. Ipse enim dixit,* etc. (La obediencia que se presta a los mayores, se presta a Dios, pues El mismo dijo). Respuesta de un monje de ochenta años a quien se le mandó estar dos horas de pie, etc.

No nos preocupemos de si las cosas salen más o menos bien. Los Superiores, y no los inferiores, tendrán que dar cuenta a Dios: *Obedite praepositis vestris et subjacete eis: ipsi enim pervigilant quasi rationem pro animabus vestris reddituri: ut cum gaudio hoc faciant et non gementes* (Obedeced a vuestros dirigentes y someteos a ellos, pues velan sobre vuestras almas como quienes han de dar cuenta de ellas para que lo hagan con alegría y no lamentándose) (Hebr. 13, 17). *[Quapropter unusquisque proprio superiori obediat... eique pareat integre, prompte, hilari animo et demisse]* (Por eso obedezca cada uno a su superior... y se someta íntegra, pronta, alegre y humildemente).

Por lo tanto, cada uno obedezca *integre* [es decir en todo, en todas las partes de las Reglas, porque *qui dissipat sepem, mordebit eum coluber* (al que atraviesa el seto, le muerde la culebra) (Ecl. 10, 8)]; en todo lo mandado, también en las cosas pequeñas, porque *qui spernit modica...* (quien desprecia las cosas pequeñas...).

Prompte, sive sponte, non coacte (Pronta o naturalmente, no por fuerza) como dice san Pablo; no por temor a la pena, ni por la esperanza del premio, sino por amor a Dios, Padre infinitamente digno de ser amado y servido.

Ut cum gaudio hoc faciant, non gementes (Para que lo hagan con alegría y no con lágrimas) (San Pablo). Lloran los superiores cuando se pretenden cargos, cuando se rechazan o se administran a disgusto o mal, etc.

Hilari animo et demisse. – *Hilarem datorem diligit Deus* (Dios ama al que da con alegría). Por tanto: 1.º Recibamos cualquier cargo como del Señor. – 2.º No nos juntemos con los transgresores. – 3.º Recibamos con gusto las indicaciones y correcciones, sin justificarnos. – 4.º Evitemos las excepciones. – Capítulo de las esteras de san Francisco de Asís.

JUEVES POR LA MAÑANA.— VOTO DE POBREZA

Nec plus habeas quam cum clericus esse cepisti (No tengas más de lo que tenías cuando empezaste a ser clérigo (San Jerónimo a Nep.).

La posesión fuera de la Congregación. – La administración totalmente confiada al Superior. – Este es nuestro voto: *Vita quoqueversu communi ad victum et vestimentum paupertatem consequi curabimus, nec quidpiam pro nobis retinentes* (Procuremos conseguir la pobreza con una vida totalmente común en cuanto a la comida y el vestido, sin guardar nada para nosotros). – Doctrina de Jesucristo. Amenaza a los ricos: es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja, que el que un rico entre en el reino de los cielos (Mat. 19, 24). *Qui non renuntiat omnibus quae possidet, non potest meus esse discipulus* (El que no renunciare a todos sus bienes, no puede ser discípulo mío) (Luc. 14, 33). – *Nisi quis reliquerit, etc.* – *Si vis perfectus esse vade, vende quae habes, et da pauperibus* (Si uno no dejare... Si quieres ser perfecto, ve, vende lo que tienes y dáselo a los pobres) (Mat. 19, 21). – *Ignominia sacerdotis est propriis studere divitiis* (Vergüenza del sacerdote es preocuparse de las propias riquezas) (Jer. a Nep.). – Promete un gran premio a los pobres: *beati pauperes spiritu, quoniam ipsorum est regnum coelorum* (bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos) (Mat. 5,3). **[990]** – No dice *en el futuro* como en otras bienaventuranzas, sino que dice *es.* – *Vos qui secuti estis me, sedebitis, etc.* (Vosotros que me seguisteis, os sentaréis etc.) (Mat. 19, 28). – Ejemplo del Salvador: *Paupertas non inveniebatur in coelis, in terris abundabat, et nesciebat homo pretium eius. Hanc itaque Dei Filius concupiscens descendit, ut eam eligat sibi, et nobis faciat pretiosam* (No había pobreza en el cielo, abundaba en la tierra, e ignoraba el hombre su valor. Deseándola, pues, el Hijo de Dios descendió para tomarla y hacérnosla preciosa) (San Bernardo en O. N.). – El Salvador nacio, vivió, habitó, vistió, se alimentó, murió pobre.

Los Apóstoles: *Nihil habentes et omnia possidentes* (Sin tener nada lo poseían todo). – *Omnia arbitror ut stercora, ut Christum lucrifaciam* (Tengo todas las cosas por basura, para ganar a Cristo) (Fil. 3, 8).

Lo primero debe ser: —Poseer lo que tenía Jesucristo. – *Propter vos egenus factus est, cum esset dives, ut illius inopia vos divites essetis* (El cual, siendo rico, por vosotros se hizo pobre a fin de que os enriquecierais con su pobreza) (II Cor. 8, 9). –

Qui volunt divites fieri incidunt in laqueum diaboli (Los que quieren enriquecerse, caen en el lazo del demonio). – *Natus in paupera domo et in tugurio rusticano qui vix milio et cibario pane rugientem saturare ventrem poteram, nunc similam et mella fastidio* (Nacido en pobre casa y en choza campesina, apenas podía saciar el vientre con mijo y pan de salvado y ahora siento aversión de la flor de harina y la miel) (San Jer. A Nep.).

Habentes autem alimenta et quibus tegamur, his contenti simus (Teniendo con qué comer y con qué vestir estemos contentos) (I Tim. 6, 8) – Ay de aquellas casas religiosas que comienzan a vivir como ricos. – Ejemplo de san Agustín, san Jerónimo, etc.

2.º Pobreza de hecho y no de palabra. – *Gloriantur de nomine paupertatis et socios paupertatis fugiunt* (Se glorían del nombre de pobreza y escapan de los compañeros de pobreza) (San Bernardo). – Socios de la pobreza son las privaciones, las fatigas, el trabajo, etc.

3.º En la celda, en los hábitos, en la mesa, en los libros, en los viajes, etc. *Paupere esse volunt, eo tamen pacto ut nihil eis desit* (Quieren ser pobres, a condición de que nada les falte) (San Bernardo, *De Adv. Dom.*).

4.º Ejemplo de santo Tomás de Villanueva – Mirada al crucifijo; pensamientos de quien se hace pobre por Jesucristo, en punto de muerte.

JUEVES POR LA TARDE.— LOS PADRES

Dijo Dios a Abrahán: *Egredere de terra tua et de cognatione tua, et de domo patris tui, et veni in terram quam monstravero tibi* (Vete de tu tierra y de tu patria, y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré) (Gen. XII, 1).

Melchisedech, sacerdote del Dios Sumo, *sine patre, sine matre, sine genealogía* (sin padre, ni madre, ni genealogía) (San Pablo a los Hebreos VIII, 3).

Los ministros de Dios deben alejarse de la patria y los parientes, si quieren hacer el bien.— *Nemo propheta acceptus est in patria sua* (Ningún profeta es bien recibido en su tierra) (Luc. IV, 24).

Es doctrina de Jesucristo: *Si quis venit ad me et non odit patrem suum et matrem suam etc., non potest meus esse discipulus* (Si alguno viene donde mí y no odia a su padre, a su madre... no puede ser discípulo mío) (Luc. XIV, 29). – *Veni enim separate hominem adversus patrem suum, et filiam adversus matrem suam* (He venido a enfrentar al hombre con su padre, a la hija con su madre) (Mat. X, 35), porque *inimici hominis, domestici ejus* (sus propios familiares serán los enemigos de cada cual). – Ya que *frequenter amici carnales aversantur profectui spirituali: propinqui enim carnis in hoc negotio amici non sunt, sed inimici* (frecuentemente los amigos carnales apartan del progreso espiritual; los próximos según la carne no son amigos en este asunto, sino enemigos) (Santo Tomás).

Moisés, estando ya para morir, dijo casi lo mismo de los levitas que habían obedecido el mandato del Señor: *Qui dixit patri suo et matri suae: nescio vos: et fratribus suis: Ignoro vos... hi custodiarunt eloquium tuum et pactum tuum servaverunt* (El que dijo de su padre y de su madre: «No los he visto»; el que no reconoce a sus hermanos y a sus hijos ignora, pues han guardado tu palabra y conservarán tu alianza) (Deut. XXXIII, 9).

[991] Gran premio. – *Omnis qui reliquerit, etc.* (El que dejare todo). – Padres pobres a quienes ayudar – *Sit haeres, sed mater filiorum, idest gregis sui, Ecclesia, quae illos genuit, nutrivit et pavit* (Sea heredero, pero madre de los hijos, esto es, de su grey, la

Iglesia, que los engendró, alimentó y educó) (San Juan Crisóstomo). – Dice san Jerónimo a Nepociano: *Obsecro itaque te, et repetens iterumque monebo, ne officium clericatus antiquae militiae putes: idest ne lucra saeculi in Christi quaeras militia* (Vivamente te pido, y de nuevo te aviso, repitiendo no creas que el ministerio de clérigo es el de la antigua milicia: es decir, no busques las ganancias del siglo en la milicia de Cristo). – Dificultades: – de tener medios, de vivir, de que los padres vivan, de que estén necesitados – Ejemplos recientes: Juan Boggero...[1] *Vendite quae possidetis et date eleemosynam* (Vended lo que poseéis y dadlo en limosna) – Y en otra parte: *Quod superest, date eleemosynam* (Lo que sobra, dadlo de limosna) y no a los padres.

No mezclarse en los asuntos y cuestiones de los padres o de otros seglares: *Nemo, militans Deo, implicat se negotiis secularibus, ut ei placeat, cui se probavit* (Nadie que se dedica a la milicia de Dios, se enreda en los negocios de la vida, si quiere complacer al que les ha alistado) (II Tim. 2, 4). – Pérdida del espíritu durante las vacaciones, con motivo de fiestas, predicación – San Antonio quemó un paquete de cartas. – Privaciones ampliamente recompensadas: céntuplo en esta vida y gloria eterna en la otra. Ejemplo del Salvador.

VIERNES POR LA MAÑANA.— LA CASTIDAD

Necesaria para todos, y singularmente para quienes se dedican a la educación de la juventud. – Virtud grande. – Eleva al hombre al nivel de los ángeles: *Erunt sicut angeli Dei* (Serán como los ángeles de Dios) – Conocida en el Antiguo Testamento: Daniel, Susana. Milagro del *Ecce Virgo concipiet* (He aquí que una Virgen concebirá). Apreciada por el Salvador. Madre virgen, padre putativo virgen, discípulo predilecto virgen. – Hechos diversos. – *Matrem Virginem Virgini commendavit* (Encomendó una Madre Virgen al que era Virgen) (San Jerónimo). – Hecho del Apocalipsis. – *Castaque Virginitas decoratur conjuge Christo* (La casta virginidad es condecorada con el cónyuge Cristo) (San Gregorio Naz.).

Medios negativos para conservar esta virtud. – Fuga de las ocasiones – Cerrar las ventanas: los ojos; *Pepigi foedus cum oculis meis ut ne cogitarem quidem de virgine* (Había yo hecho un pacto con mis ojos, y no miraba a ninguna doncella) (Job XXXI, 1). – *Oculus meus depraedatus est animam meam* (Me hacen daño mis ojos, por todas las hijas de mi ciudad) (Lm. III, 51) – Los oídos. Cerrar la puerta: evitar las conversaciones con gente del mundo, con personas de otro sexo. *Tamquam a facie colubri* (Como de una serpiente) – *[Hospitiolum tuum aut raro, aut nunquam mulieris pedes terant. Omnes puellas aut virgines Christi, aut aequaliter ignora, aut aequaliter dilige. Nec sub eodem tecto mansites: nec in praeterita castitate confidas* (Que los pies de la mujer no pisen tu albergue nunca o rara vez. Desconoce o ama por igual a todas las hijas o doncellas de Cristo. Y no habites bajo el mismo techo: ni te fíes de la pasada castidad) (San Jerónimo a Nepociano) *Si propter officium clericatus, aut vidua visitatur, aut virgo, numquam solus domum introducas* (id.) (Si por ministerio clerical, visitas a una viuda o a un doncella, nunca entres solo en casa)].

Con los niños más agraciados. Gran cuidado de ponerles las manos encima.

---

[1] *Véase* Vol. VIII, pág. 469 y siguientes.

Ninguna amistad particular. – El que se entrega a Dios huya del demonio – *Qui familiaritatem non vult vitare suspectam, cito labitur in ruinam* (El que no quiere evitar una familiaridad sospechosa, siempre cae en la ruina). – Evitar el juego, las tertulias de comidas; gran respeto a sí mismo. *Apprehende fugam, si vis referre victoriam* (Huye si quieres triunfar. – No fiarse de la buena vida anterior **[992]** – Terribles ejemplos de David y Salomón. *Habemus thesaurum in vasis fictilibus* (llevamos un tesoro en vasijas de barro).

VIERNES POR LA TARDE.— MEDIOS POSITIVOS

1.º Oración, meditación, visita al Santísimo Sacramento, breviario y misa bien celebrada o bien servida. – Jaculatorias, medallas, crucifijos, etc. – Devoción especial a la Santísima Virgen – *Sileat misericordia tua, Virgo Beata, si quis est qui te invocatam in necessitatibus meminerit defuisse* (No se hable de tu misericordia, Bienaventurada Virgen, si hay alguno que, habiéndote invocado en sus necesidades, recordase que le has fallado) (San Bernardo, 4.º sermón sobre la Asunción). – Promover su devoción entre los muchachos; ejemplos, libritos, etc. – Sus fiestas, novenas, sábados y canciones.

2.º Fuga del ocio.

[*Vult et non vult piger. Desideria occidunt pigrum* (El perezoso quiere y no quiere. Los deseos matan al perezoso) (Prov. XIII, 4: XXL, 25). *In desideriis est omnis otiosus* (Todo ocioso vive de deseos) (San Jerónimo *ad Rusticum)*]. *Omnem malitiam docuit otiositas* (La ociosidad enseña todos los males). Y san Jerónimo *ad Rusticum,* añade: *Facito aliquid operis ut te diabolus semper occupatum inveniat. Nunquam de manu et oculis recedat liber.* (Haz algún trabajo para que el diablo te encuentre siempre ocupado. No caiga nunca el libro de tu mano y de tus ojos). – Ocupaciones diversas – Véase san Jerónimo *ad Rusticum,* pág. 260, 1-2.

3.º Confesión frecuente. – Confesar las cosas espinosas, aunque sean dudosas – *Nec ipse te doceas, et absque doctore ingrediaris viam quam numquam ingressus es* (No te fies de ti mismo y te metas, sin maestro, por un camino que nunca debías haber tomado) *(ad Rusticum)* – Necesidad de un guía. – Comunión frecuente: alimento de los fuertes, alimento de vida. *Qui manducat hunc panem vivet in aeternum* (Quien come de este pan vivirá eternamente) (Juan 6, 59). – Comunión espiritual; inculcarla a los demás.

4.º Vigilar las cosas pequeñas: *Si vis magnus esse, a minimo incipe. Principiis obsta* (Si quieres ser grande, empieza por lo más pequeño. Oponte al principio) (San Agustín). – Posición de la persona, de los hábitos, del caminar, sentarse, descansar, bromear, etc. Conclusión.

CONCLUSION

Messis... multa... Rogate Dominum... ut mittat operarios in vineam suam (La mies... mucha... Rogad al Señor... que envíe operarios a su viña) (Luc. 10, 2). – Trabajemos con fe practicando lo que inculcamos a los demás. Celosa guardia y observancia de las Reglas y especialmente de los votos. Sean siempre los tres custodios de las virtudes y de los peligros de nuestra alma.

Con firme esperanza. *Qui confidit in illo non minorabitur* (El que pone su confianza ne el Señor no sufre daño) (Eccli. 32, 28). – Nos espera gran merced en la vida, en la muerte, en la eternidad.

Con caridad. *Qui manet in caritate, in Deo manet* (Quien permanece en la cari-

dad permanece en Dios) (I Juan 4, 16). – Y si Dios está con nosotros, lo podemos todo: *Omnia possum in eo, qui me confortat* (Todo lo puedo en aquél que me conforta) (Filp. 4, 13).

Caridad con Dios: Unico digno de ser amado y servido. – Verdadero remunerador de todo, aun de lo más pequeño que hagamos por su amor.

[993] Caridad con los Superiores: con los hermanos: con los muchachos que piden pan espiritual. *Parvuli petierunt panem...* (Los niños pidieron pan) (Lam. 4, 4). – *Aperuit (infernus) os suum absque ullo termino; et descendent fortes eius... et populus eius ad eum* (Dilató (el infierno) su boca sin medida y a él baja su nobleza y su plebe) (Is. 5, 14).

Consuelo en punto de muerte: recepción que nos harán las almas del cielo salvadas por nosotros. – Animo.

OTRA INTRODUCCION[1]

Importancia de la aprobación de nuestra Congregación porque nos asegura que es obra del Señor. – Asegura el estado espiritual y temporal de sus miembros. – Es invariable el ministerio.

Pero es necesaria la vocación. *Satagite ut per bona opera certam vestram vocationem et electionem faciatis* (Poned el mayor empeño en afianzar vuestra vocación y vuestra elección) (II Pet. 1, 10) porque sin vocación *non sine magnis difficultatibus poterit suae saluti consulere* (no sin grandes dificultades podrá atender a su salvación) dice Abert.

¿No puede uno salvarse en el mundo? —Sí, pero con gran dificultad. – Rota la rueda maestra del reloj, todo anda mal (Granada). – *Bene currit sed extra viam* (Corre bien pero fuera de camino) (San Agustín). – *Vae qui contradicit fictori suo* (Ay de quien contradice a su autor) (Is. 45, 9). – Ejemplo de un joven del Colegio Romano. Véase Lancizio y Ligorio.

¿Cómo acertar? Conociendo:

1.° Si se tiene inclinación.

2.° Si uno entiende que se encuentra más lejos de los peligros.

3.° Señales particulares: *Lecturas,* como san Agustán – *Predicación,* como san Antonio – *Muerte,* como san Francisco de Borja.

4.° Aflicciones, desgracias, miserias – Ansiedad de parientes y amigos. – Cuando uno es despreciado por el mundo, como cuenta el P. Piatti de un joven que cayó del caballo y, ante las burlas, resolvió abandonar el mundo.

La llamada a nuestra Congregación es más fácil porque no propone más que la voluntad de vivir como buenos cristianos para los coadjutores, y como buenos eclesiásticos para los sacerdotes.

PERSEVERANCIA EN LA PROPIA VOCACION

San Alfonso propone tres medios: secreto, oración y recogimiento. Secreto con todos; el mundo no entiende: *animalis homo non percipit ea quae sunt spiritus Dei* (El hombre animal no percibe lo que es del espíritu de Dios) (I Cor. 2, 14); y a los mismos padres.

---

[1] Los títulos siguientes *Otra Introducción* y *Perseverancia en la propia vocación,* quizá fueron desarrollados en la segunda tanda de 1869; el segundo *Otra Introducción* tiene datos que inclinan a fijarlo en el 1870.

Hechos evangélicos.

Scriba ait illi: Magister, sequar te, quocumque ieris. Dicit ei Jesus: Vulpes foveas etc. (Se acercó un escriba y le dijo: «Maestro, te seguiré adonde quiera que vayas». Dícele Jesús: «Las zorras tienen guaridas», etc.) (Mat. 8, 19 y 20). **[994]** *Alius autem de discipulis eius ait illi: Domine, permitte me primum ire, et sepelire patrem meum. Jesus... ait: Sequere me et dimitte mortuos sepelire mortuos.* (Otro de sus discípulos le dijo: «Señor déjame ir primero a enterrar a mi padre.» Dícele Jesús: «Sígueme y deja que los muertos entierren a sus muertos») (Idem. 8, 21 y 22). *Tu... vade et annuntia regnum Dei* (Tú... vete a anunciar el reino de Dios) (Luc. 9, 60). – *Et ait alter: Sequar te, Domine, sed permitte mihi primum renuntiare his quae domi sunt. Ait ad illum Jesus: Nemo mittens manum suam ad aratrum, etc.* (Otro le dijo: «Te seguiré, Señor; pero déjame antes despedirme de los de mi casa». Le dijo Jesús: «Nadie que pone la mano en el arado y...» etc. (Id. 9, 61 y 62).

OTRA INTRODUCCION

Un buen comerciante dedica cada año un tiempo especial para hacer inventario de todo. Nosotros debemos hacer lo mismo con las cosas del alma. Debemos hacer bien ese inventario, porque:

1.º Es justo que, después de haber dedicado un año a las cosas materiales, dediquemos algunos días a las espirituales.

2.º Dios suele conceder gracias extraordinarias durante el retiro. Moisés ve a Dios; el Decálogo; la columna de fuego, la nube, el agua, el maná, etc. El Salvador a los Apóstoles: *Venite seorsum in desertum locum etc.* (Venid aparte, a un lugar solitario) (Marc. 6, 31).

3.º Todos necesitamos este inventario: pecadores, tibios, justos: examinar nuestra vocación, conocer nuestros deberes, etc.

4.º Las grandes gracias las concede Dios con parsimonia: *transibat benefaciendo* (pasaba haciendo el bien).

Sólo una vez envió el Espíritu Santo al Cenáculo; puede que éstos sean los últimos ejercicios. Ejemplo de quien no pudo hacerlos-Giacchetti[1]. – Cuántos en el mundo no tienen oportunidad. – Procuremos hacerlos bien, observando cuanto está prescrito para estos días. – Oración: devoción a María – a san Francisco de Sales. – Examinar seriamente nuestros asuntos en relación: con Dios, con el mundo, y con nosotros mismos.

Felices los compañeros Mellica y Croserio. Felices nosotros si los imitamos[2].

---

[1] El clérigo Carlos Giacchetti salía el Oratorio del 17 de julio de 1869 y ya no volvió más Murió en su casa.

[2] Bernardo Mellica y don Augusto Croserio murieron santamente entre nosotros en los primeros meses de 1870. Véase la pág. 739 y la pág. 747.

II

En una hojita

INTRODUCCION A LOS EJERCICIOS

Finalidad de los soldados que hacen ejercicios con las armas. Lo mismo nosotros.

Hacer como el jardinero, que siempre encuentra algo que arreglar alrededor de sus árboles y plantas – Planta que no daba fruto hacía tres años.

¿Cuáles son los frutos de la pobreza, de la castidad, de la obediencia?

Persuasión de que nos son necesarios. Oración. Práctica del horario.

[995]

III

En una hoja dividida en cuatro páginas iguales que el primer manuscrito

CUENTA DE CONCIENCIA

Amicus fidelis medicamentum vitae: si... videris sensatum evigila ad eum, et gradus ostiorum illius exterat pes tuus (El amigo fiel es remedio de vida: si ves un hombre prudente madruga a seguirle, que gaste tu pie el umbral de su puerta) (Eccle. 16, 36).

Este amigo, ese tesoro lo tenemos en el Superior, en el cual, según nuestra Regla, debemos tener ilimitada confianza para todo, hasta para los asuntos de conciencia.

1.º No es nada nuevo, sino de todas las Instituciones. Ejemplo de Pitágoras; del Salvador, que decía a sus apóstoles: *Habete fiduciam* (Tened confianza) (Mat. 14, 27). – Los antiguos Padres la llamaban la primera *letra* del alfabeto de la perfección. (Cass. Libr. 4).

Dominicos, franciscanos, jesuitas; san Ignacio: *Re in Domino considerata, visum est nobis in Divinae maiestatis conspectu, mirum in modum conferre, ut superioribus subditi omnino perspecti sint* (Considerada la cuestión ante el Señor, nos pareció a la mirada de su Divina Majestad ser muy conveniente, que los súbditos fueran totalmente conocidos por los Superiores (Constituciones, cap. 4.º).

2.º Es útil para la enmienda del alma. *Qui abscondit scelera sua, non dirigetur* (Quien esconde sus pecados, no es dirigido (Prov. 28, 13). – *Quod ignorat, medicina non sanat* (La medicina no cura lo que ignora) (San Jerónimo). El superior, médico que aplica medios oportunos al mal, para lo cual necesita confianza. El demonio teme esta confianza y gusta del secreto – porque si queda solo: *Vae soli: quia cum ceciderit non habet sublevantem se* (Ay del solo: porque, cuando cayere, no tiene quien le levante) (Eccl. 4, 10). – Ejemplo del gran san Macario que encontró al demonio, etc. *Si denudaveris absconsa illius, non persequeris post eum* (Si descubres sus secretos, no vayas tras él) (Eclesiastés, 27, 19). De donde Casiano dice: *Tandiu suggestiones ejus* (del diablo) *noxiae dominantur in nobis, quamdiu celantur in corde* (tanto tiempo dominan en nosotros sus sugestiones de culpa, cuanto se mantienen ocultas en el corazón).

3.º Util a la salud. – Se conocen y se curan los fastidios – Se le pueden confiar cosas no superiores a sus fuerzas.

4.º Util a los Superiores que pueden servirse del súbdito para lo que él vale, y no

agobiarlo, y hasta condescender con sus inclinaciones y confiarle cargos, *unicuique secumdum propriam virtutem* (a cada uno según su propio valer).

5.º Para bien de nuestra Congregación. Sobre todo para nosotros, que tenemos poca vida contemplativa. – Enseñar, predicar, catequizar, asistir, dar clase, en las cárceles, en los hospitales, en los centros de educación. – Satisfacción de quien expone su interior y después obedece. – Dios le ayudará y *super aspidem et basiliscum ambulabit,* etc. (Pisará sobre el aspid y la víbora) (Sal. 90, 13).

Cómo hay que hacer:

1.º Como el enfermo que descubre sus males al médico. Ejemplo de los diez leprosos: *—Jesu praeceptor, miserere nostri. Et factum est, dum irent, mundati sunt* (Jesús, maestro, ten compasión de nosotros. Y sucedió que, mientras caminaban, quedaron limpios) (Luc. XVII, 13, 14). [Historieta de san Serapión a sus monjes, sobre un panecillo.]

[996] 2.º Engaños del demonio: Son cosas pequeñas. Ya sé lo que me dirá el Superior. Se le molestará, perderá el tiempo, etc.

CONFESION

La Congregación prescribe la confesión semanal. Diferencia entre cuenta de conciencia y confesión. – Es un sacramento instituido por Nuestro Señor Jesucristo. – *Quorum remiseritis,* etc. – *Veniebant ad pedes apost;* etc. (A quienes perdonareis. – Venían a los pies de los apóstoles). – Elección del confesor. – Continuidad del mismo. – Ejemplo del médico...

Examen práctico: deberes, obediencia, castidad, pobreza. – Si se practican los consejos dados en la confesión anterior. – Recomendarlo y practicarlo.

EDUCACION CRISTIANA

La caridad practicada constituye la verdadera educación y buena crianza. – *Charitas benigna est,* etc. (La caridad es benigna). Practicarla y enseñarla:

1.º En la mesa. – No buscar los primeros puestos, no sentarse, no empezar a comer antes que el dueño. – No usar la servilleta para limpiarse la nariz, los ojos, el sudor; – la cuchara como una pluma; el cuchillo como una navaja; – no comer con los dedos; – no sorber en el plato o en la taza; – mucha discreción al servirse; – sobriedad al beber; – no quejarse de las personas o de las cosas que se presentan; – no hablar de cosas tristes o de cosas que pueden causar repugnancia. *Charitas Christi urget nos* (La caridad de Cristo nos impele) (II Cor. 5, 14).

No estropear la comida, no cortar el pan sin necesidad – no atusarse los cabellos con las manos, – no chuparse los dedos, – dar preferencia a los demás para servirse.

2.º Durante el recreo. – Dejar siempre la palabra al Superior o al dueño de la casa; – No interrumpir a quien habla; – Hablar bien de los demás o callar. – *Charitas... non cogitat malum* (La caridad no piensa mal) (I Cor. 13, 5).

3.º No limpiarse la nariz, los ojos, las orejas, con las uñas – no detenerse a mirar los mocos en el pañuelo. – Evitar murmuraciones, reproches, no criticar las acciones y conversaciones ajenas o lo que se presenta en la mesa. – No rascarse. – No hacer bromas ofensivas. – El que pueda, introduzca conversaciones amenas, ejemplos, historietas; pero, de ordinario, óigase hablar a los demás. – Servir con gusto. – Consolar a los afligidos. – Si alguno murmura o introduce malas conversaciones, guárdese profundo silencio, cámbiese de conversación o retírese.

3.º En general: saludar siempre a las personas mayores que nosotros. – Darles comodidad para sentarse. – No manchar o estropear el pavimento, las mesas, las sillas, las paredes, el tintero, el escritorio o cualquier cosa que pertenezca a los demás. – En casa ajena, en presencia de una persona superior, **[997]** estar siempre con la cabeza descubierta. – [No decir nunca *si* o *no*, a las personas de distinción, sino sí señor, o no señor]. – Dirigir la palabra a todos. – No decir o hacer nada que pueda molestar al prójimo, en particular durante la conversación.

Agradecer cualquier servicio o favor. – No olvidar los beneficios recibidos y ser agradecidos a los bienhechores. – Practiquémoslo y enseñémoslo a los otros. – Agradecimiento a Dios y a los hombres.

IV

En otra hojita dividida en cuatro páginas

ORACION

El demonio se las arregla siempre para estorbar la oración. – Debemos combatirlo, rezando siempre para evitar sus asechanzas.

Necesidad: *Sine intermissione orate* (Orad sin descanso) (I Tesal. 5, 17). – *Petite et accipietis* (Pedid y recibiréis) (Jn. 16, 24). – *Qui petit accipit... et pulsanti aperietur* (El que pide recibe... y al que llama se le abre (Mat. 7, 8). – Los Padres la llaman escala de oro con la que subimos al cielo; escala de Jacob; san Agustín la llama pan del alma, llave del cielo, calor del cuerpo. Santo Tomás de Villanueva, arma del soldado en batalla.

Oración vocal – Oraciones de nuestra Sociedad. – Oraciones de la mañana y de la noche. – Rosario. – *Angelus*. – Antes y después de comer. – Misa y breviario para quien tiene obligación. – Visita al Santísimo Sacramento. – Bendición en los días de trabajo y festivos. – Antes y después de la comunión.

Meditación. – Más corta o más larga, hacerla siempre. Si se puede, con un libro. Sea un espejo para nosotros, dice san Nilo, para conocer nuestros pecados y la falta de virtudes. No se omita nunca. – El hombre que no reza es un hombre perdido (Santa Teresa). *In meditatione mea exardescet ignis* (De mi meditación prendió el fuego) (Salm. 38, 4). – Es para el alma como el calor para el cuerpo.

Oración vocal sin intervención de la mente es como un cuerpo sin alma – Queja del Señor: *Populus hic labiis me honorat: cor autem eorum longe est a me* (Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí) (Marc. 7, 6).

Jaculatorias. – Resumen de la oración vocal y mental. San Buenaventura las llama aspiraciones, porque, como la respiración, parten del corazón y van a Dios. Son dardos encendidos que envían a Dios los afectos del corazón y hieren a los enemigos del alma, las tentaciones, los vicios, etc. San Casiano recomienda ésta: *Deus, in adjutorium meum,* etc. (Señor, ven en mi ayuda).

Todos los que se entregaron al servicio del Señor emplearon constantemente la oración mental, vocal y las jaculatorias.

[998]

MORTIFICACION

Nuestro cuerpo es el opresor del alma: *Corpus enim, quod corrumpitur, aggravat animam* (Un cuerpo corruptible hace pesada al alma) (Sap. 9, 15). – Comparación de un caballo o de un borrico que marcha mal. – Hay que domarlo con la mortificación.

Caída de Adán y desorden que ocasionó y ocasiona en el hombre. *Haec est enim in obedienti homini in semetipso, ut ei vicissim non obediatur neque a semetipso* (Es una pena para el hombre desobediente en sí mismo, que a menudo no se obedezca ni a sí mismo) (San Agustín). Por consiguiente, se sigue de ello que *homo cum in honore esset,* etc. (El hombre cuando es honrado) (Salm. 48, 13). – Para domar a ese enemigo empieza diciendo: *Qui vult venire post me, abneget semetiptum,... et sequatur* (El que quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo y sígame) (Mat. 16, 24). – ¿Hasta cuándo? *Usque ad mortem* (Hasta la muerte), con la amenaza de que *qui non vult pati cum Christo, non potest gaudere cum Christo* (quien no quiere padecer con Cristo, no puede gozar con Cristo). (San Pablo).

Ejemplos. – San Juan Bautista en el desierto. El Salvador suda sangre; dice: *Nisi poenitentiam,* etc. (Si no hiciereis penitencia). Los apóstoles: *Ibant,* etc. San Pablo: Trabajaba ganándose la vida para sí y para los suyos. *Castigo corpus meum* (Castigo mi cuerpo). Rompe la cabeza. – San Pedro crucificado. – San Gregorio Taumaturgo, San Pablo en el monte..., San Antonio en la Tebaida. – San Ambrosio. – ¿Y los otros? Mortificación de los sentidos. – De los ojos, al mirar, leer, habitación, cama, molestias, ropa, libros, y otras cosas particulares.

Contentarse con la comida – vino, pan, manjares, fruta, café; saber aguantar e invitar a ello. Nada fuera de lo ordinario; ni un cojín en la habitación, ni bebidas. Soportar a los demás; perdonar de corazón; puntualidad en las obligaciones.

Maestros, asistentes con sus dependientes; no poner nunca las manos encima, no introducirlos en la habitación, nunca amistades particulares.

Ayuno del viernes. – Cómo debe hacerse. – Aguantar el calor, el frío, las molestias de la enfermedad, la carencia de algo. Viajes sin necesidad.

Con estas pequeñas mortificaciones se alcanzará el fervor en la oración, se vencerán las insidias del cuerpo, triunfará la virtud, la Congregación se convertirá en un paraíso terrestre.

CORRECCION FRATERNA

La corrección fraterna es la parte práctica de la mortificación, el fundamento de la caridad: *Quem enim diligit Dominus, corripit; et quasi pater in filio complacet sibi* (Porque Dios reprende a aquel que ama, como un padre al hijo querido) (Prov. 3, 12). – La corrección fraterna es un gran beneficio.

Melior est manifesta correptio quam amor absconditus (Mejor es la reprensión manifiesta que el amor silencioso) (Prov. 27, 5). El Superior no es un juez, sino un Padre que avisa. Ejemplo de san Francisco de Borja. – Del que nos avisa de una costumbre al revés.

[999] Nosotros no vemos nuestros defectos. *Nemo judex in propria causa* (Nadie es juez en propia causa), dicen los filósofos. – Habría que pagar a un enemigo para que nos avisara, dice Plutarco, porque los amigos suelen adularnos. – El Superior nos dice claramente los defectos, como un amigo, en secreto, no para castigarnos, sino

sólo para nuestro bien, por lo que: *Melius est a sapiente corripi, quam stultorum adulatione decipi* (Mejor es oír el reproche de un sabio que escuchar las cantinelas de los necios) (Eccl. 7, 6).

Defecto primero: La soberbia. – *Veritas odium parit* (La verdad engendra el odio) (San Agustín). – *Qui odit increpationes, insipiens est* (El que odia la represión es tonto) (Prov. 12, 1). Es semejante al demonio: *Qui odit correptionem, vestigium est peccatoris* (El que odia la reprensión sigue las huellas del pecador) (Eccl. 21, 7).

Ejemplo del que se enfurece. ¿Quién querrá avisarle? – Humanidad. – no excusarnos, sino rendirnos. Por ejemplo: Jetró a Moisés. – San Ambrosio a Teodosio.

Cómo dar la cuenta de conciencia mensual. – No omitirla nunca, no manifestarse ofendido. – Como aquél a quien se le cura una llaga o se le quita una espina, etcétera. [1].

APENDICE «B»

(Véase Pág. 699)

24 de mayo, 24 de junio de 1873

Era una noche oscura, los hombres no podían distinguir el camino a seguir para regresar a sus pueblos, cuando apareció en el cielo una luz esplendorosa que iluminaba los pasos de los viajeros como si fuese el mediodía. En aquel momento viose una multitud de hombres, mujeres, ancianos, niños, frailes, monjas y sacerdotes con el Pontífice a la cabeza, que salían del Vaticano y se colocaban en filas como para una procesión.

Mas he aquí que un furioso temporal, oscureciendo algo la luz, parecía entablar una batalla entre la luz y las tinieblas. Mientras tanto se llegó a una plazoleta cubierta de muertos y heridos, algunos de los cuales pedían auxilio en alta voz.

Las filas que formaban la procesión se aclararon bastante. Después de haber caminado, por un espacio de tiempo correspondiente a doscientas salidas del sol, todos se dieron cuenta de que ya no estaban en Roma. El desaliento invadió el ánimo **[1000]** de todos, y se agruparon en torno al Pontífice, para defender su persona y asistirlo en sus necesidades.

En aquel momento viéronse dos ángeles que llevaban un estandarte y fueron a presentarlo al Pontífice diciendo:

—*Recibe el estandarte de Aquél que combate y dispersa los más fuertes ejércitos de la tierra. Tus enemigos han desaparecido, y tus hijos imploran tu retorno con lágrimas y suspiros.*

Fijando la mirada en el estandarte, veíase escrito por una parte: *Regina sine labe Concepta* (Reina concebida sin mancha); y por la otra: *Auxilium Christianorum.*

El Pontífice tomó con alegría el estandarte, pero, al ver los pocos que habían quedado junto a él, se afligió mucho.

Los dos ángeles añadieron:

—*Vete enseguida a controlar a tus hijos. Escribe a tus hermanos dispersos, por las diversas partes del mundo, que es necesaria una reforma en las costumbres de los hombres. Esto no se puede conseguir más que repartiendo a los pueblos el pan*

---

[1] Todos los manuscritos, que con diligencia hemos copiado en este *Apéndice «A»*, como estaban muy ajados, hacen suponer claramente que don Bosco los empleó más de una vez. Por tanto, pueden también ser meditados con fruto por nuestros predicadores.

de la divina palabra. Catequizad a los niños, predicad el desapego de las cosas de la tierra. Ha llegado el tiempo, concluyeron los dos ángeles, *en que los pobres serán los evangelizadores de los pueblos. Los levitas serán buscados entre la azada, la pala y el martillo, a fin de que se cumplan las palabras de David: Dios ha levantado al pobre de la tierra para colocarlo en el trono de los príncipes de su pueblo.*

Oído esto, el Pontífice se puso en movimiento, y las filas de la procesión empezaron a engrosar. Cuando puso el pie en la Ciudad Santa se echó a llorar ante la desolación de los ciudadanos, muchos de los cuales ya no estaban. Al entrar en San Pedro, entonó el *Tedéum,* al que respondió un coro de ángeles cantando:

—*Gloria in excelsis Deo, et in terra pax hominibus bonae voluntatis.*

Terminado el canto, cesó totalmente la oscuridad y lució un sol esplendoroso.

Las ciudades, los pueblos, los campos habían disminuido de población, la tierra estaba como arrasada por un huracán, por el aguacero y el granizo, e iban las gentes unas hacia otras conmovidas y diciendo:

—*Est Deus in Israel* (Dios está en Israel).

Desde el principio del destierro hasta el canto del *Tedéum* salió el sol doscientas veces. Todo el tiempo que transcurrió para el cumplimiento de estas cosas se corresponde con cuatrocientas salidas del sol.



Basílica de María Auxiliadora.
Vista desde la Avenida Reina Margarita.



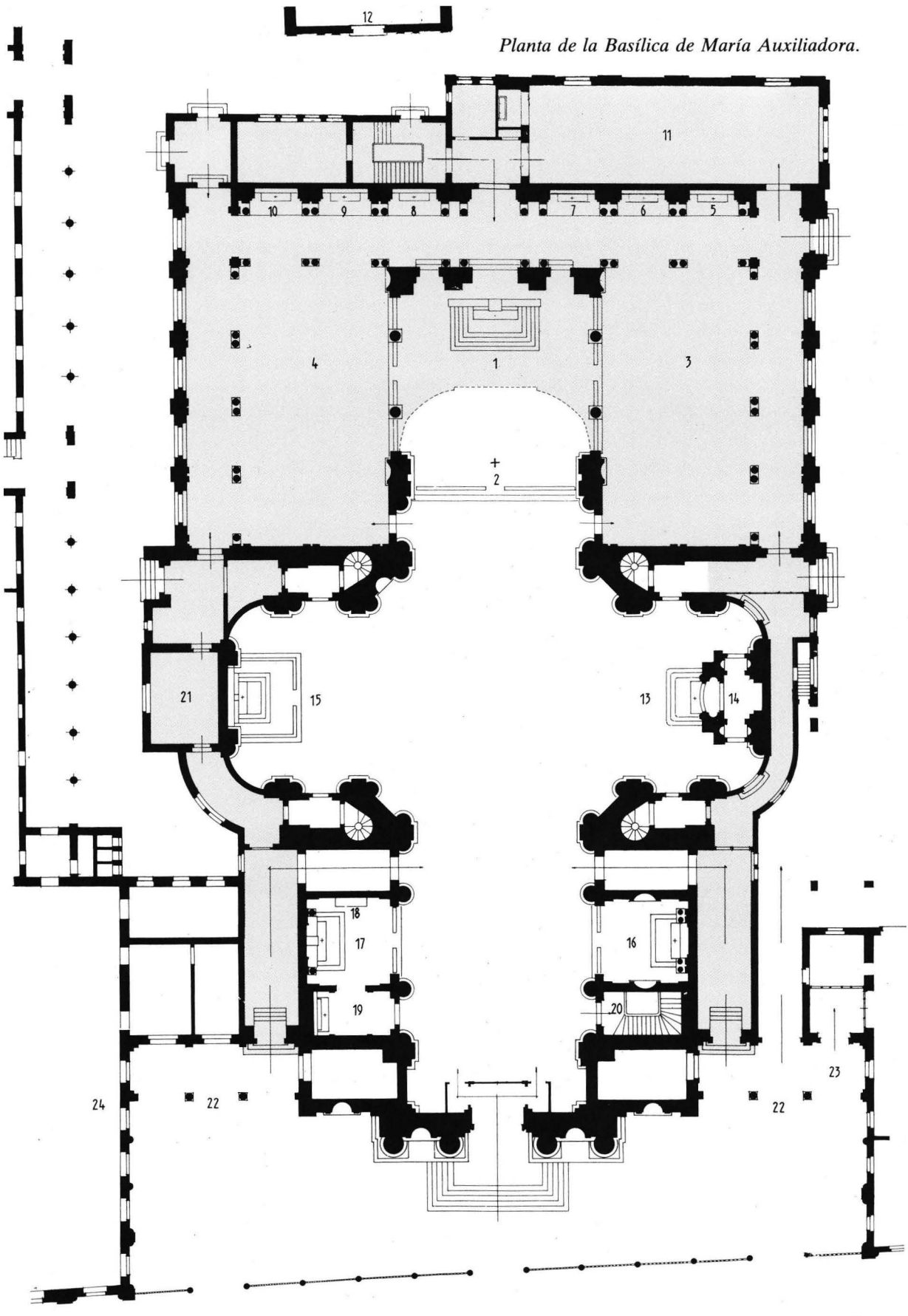
Basílica de María Auxiliadora.

Vista desde el patio interior,
antes de la ampliación.



Basílica de María Auxiliadora.

Después de la ampliación,
con la segunda cúpula.



Planta de la Basílica de María Auxiliadora.



Basílica de María Auxiliadora.

Nave principal con visión parcial de las cúpulas.



Basílica de María Auxiliadora.

Capilla y altar de san Francisco de Sales.



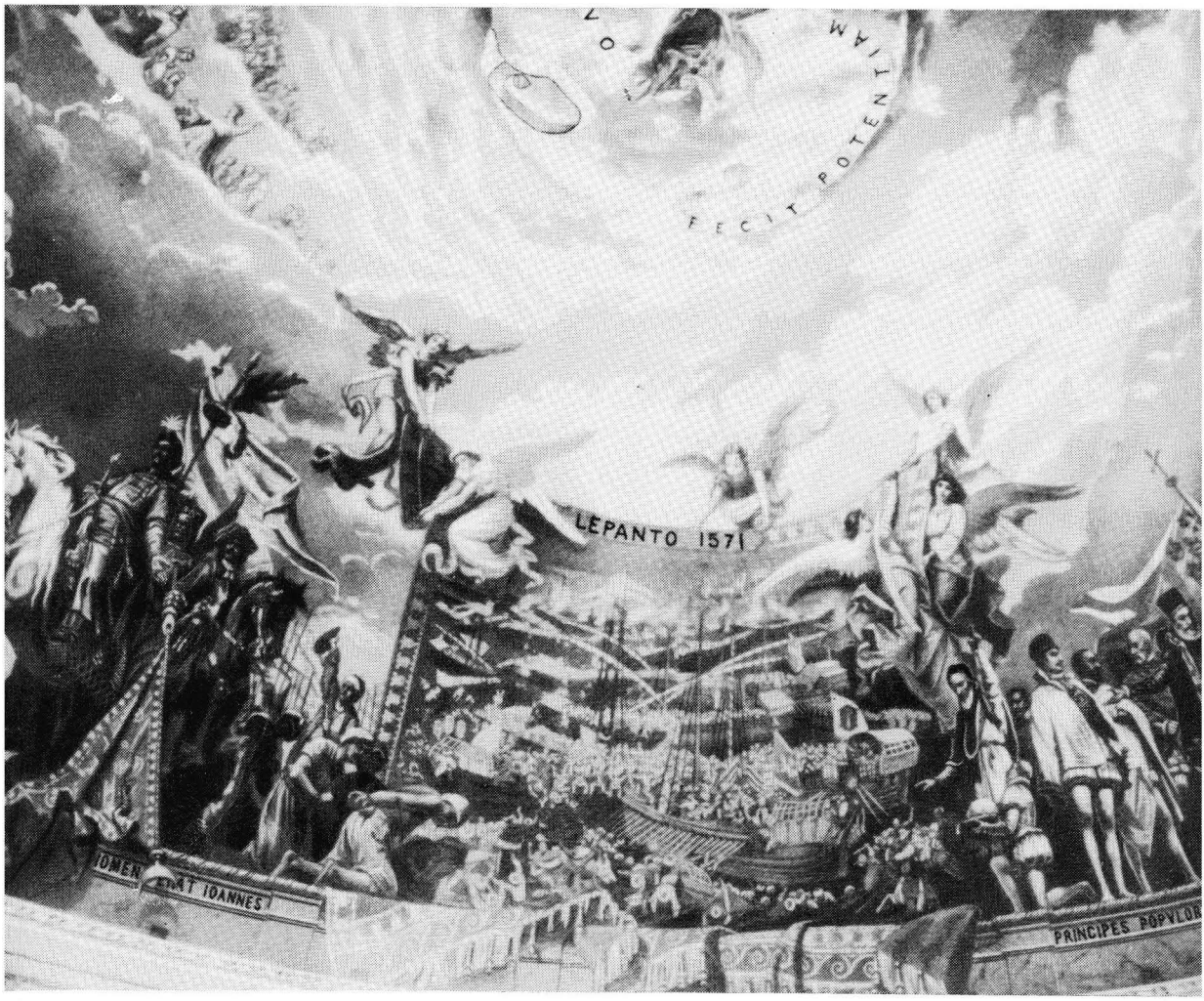
Basílica de María Auxiliadora.

Altar de san Juan Bosco, visto de frente.



Basílica de María Auxiliadora.

Cúpula mayor: Gloria de María Auxiliadora en el cielo y obra de don Bosco en la tierra.



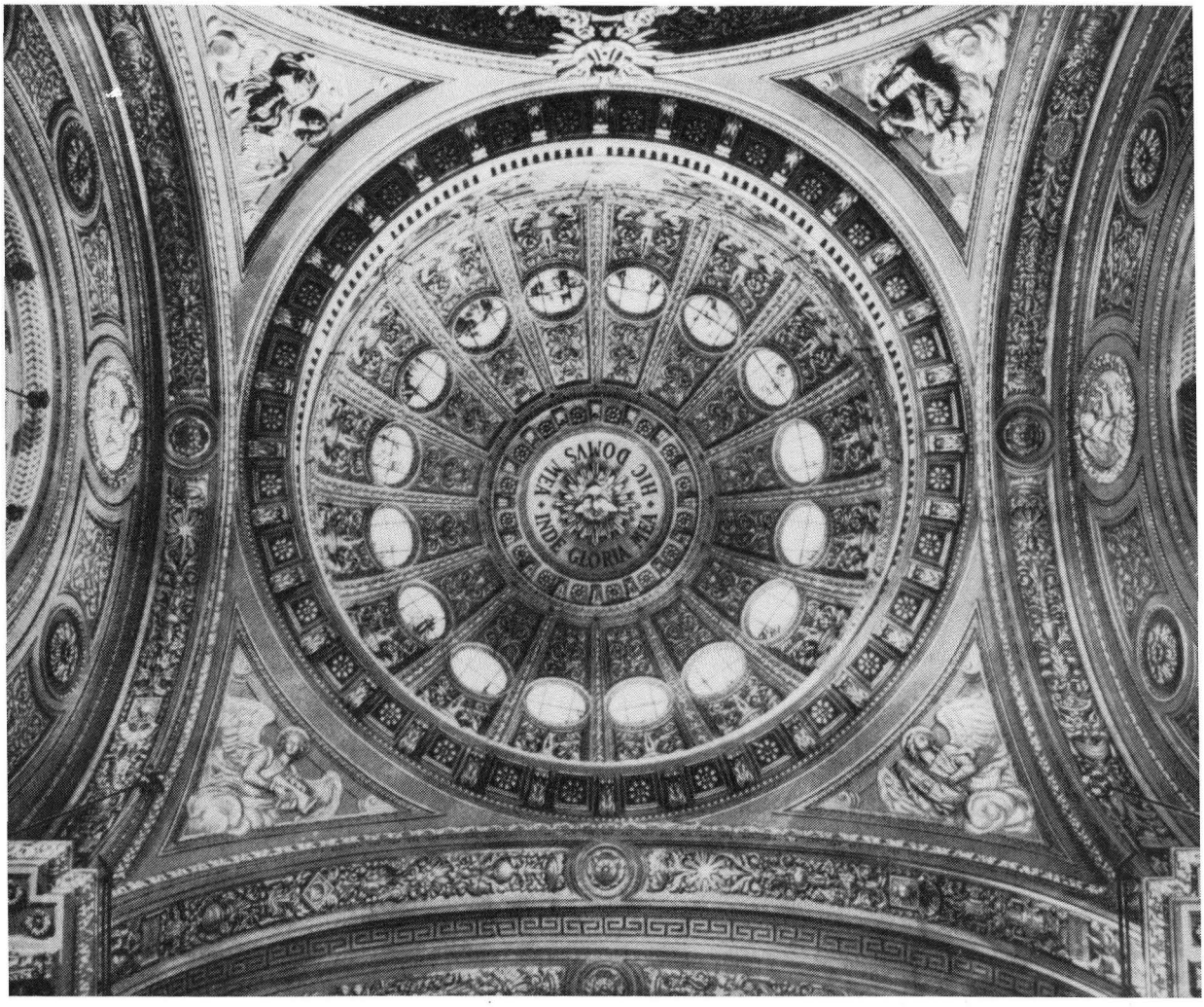
Basílica de María Auxiliadora.

La Cúpula: La batalla de Lepanto.



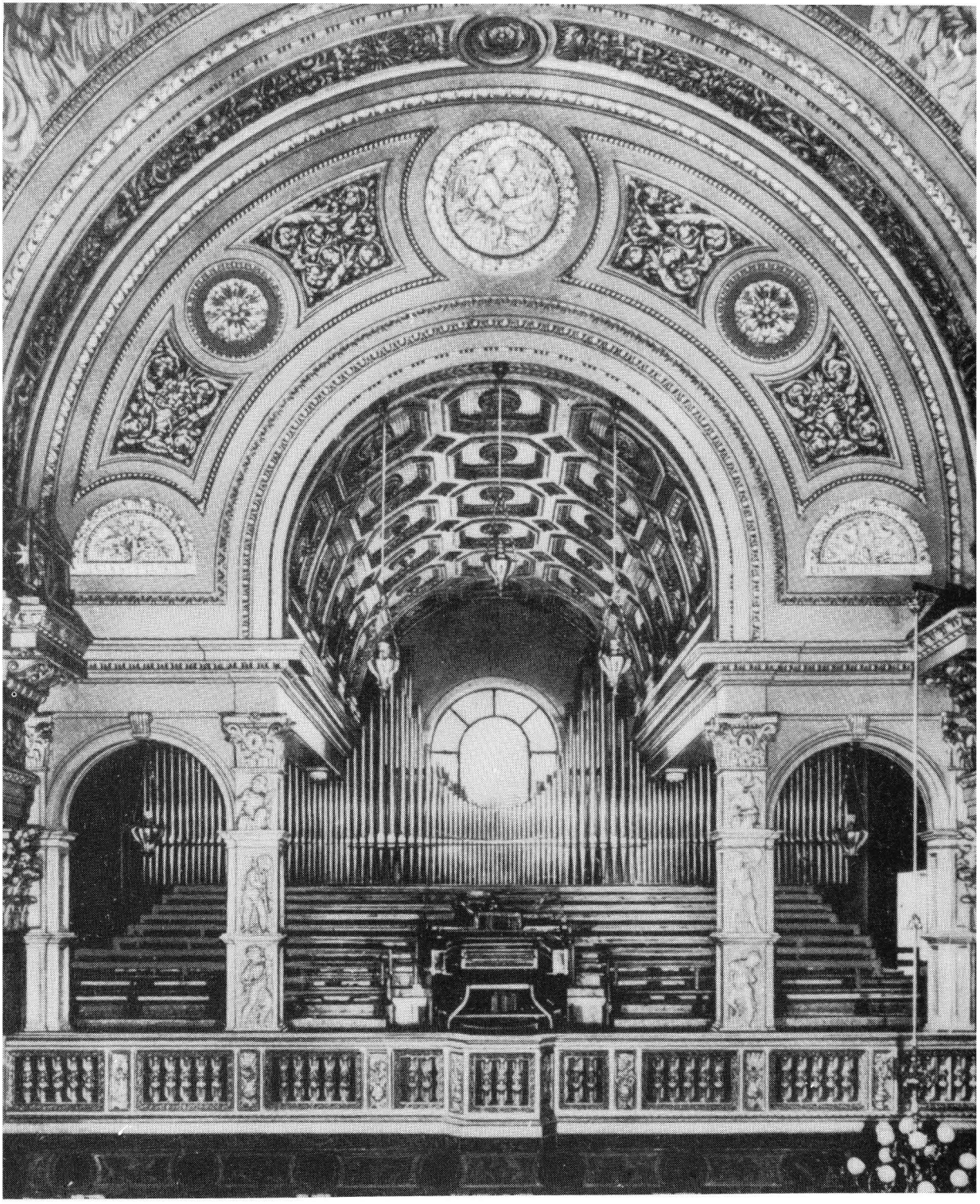
Basílica de María Auxiliadora.

Altar Mayor, dedicado a María Auxiliadora.



Basílica de María Auxiliadora.

Cúpula menor: Vista vertical.



Basílica de María Auxiliadora.
Coro y gran órgano.



Basílica de María Auxiliadora.

Galería tras el Altar Mayor.



Alejandro Octaviano Riccardi di Netro.
Arzobispo de Turín.

INDICE

Página

Prólogo a la tradución 9

Cap. I.—1868 – *Don Bosco escribe la historia de un santuario dedicado a María Santísima en la diócesis de Acqui – Carta del capellán de este santuario a don Bosco – Don Bosco confía a don Juan Bonetti la revisión y corrección de sus manuscritos destinados a la imprenta – Don Juan Bonetti docto y castizo escritor: todos sus estudios están inspirados por sentimientos de piedad: su diligencia para anotar cualquier palabra de don Bosco: pruebas de su aprecio a Domingo Savio y Miguel Magone – Consejos y florecillas que don Bosco le dio y qué le dijo el buen Padre al destinarle a la casa de Mirabello – Santos propósitos – Número de socios en la Pía Sociedad al acabar el año 1867* 15

Cap. II.—*Innato deseo del hombre por conocer el porvenir – Las predicciones de las almas piadosas – Charla de don Bosco a los muchachos el último día del año – Sueño: predicciones para 1868; muerte de tres jóvenes; estado de las conciencias en el Oratorio; el aguinaldo: peste, hambre y guerra – Testimonios sobre la exacta relación del sueño y del cumplimiento de la muerte de tres muchachos – Otro anuncio de muerte para este año – Motivo de las predicciones de este sueño* 22

Cap. III.—*Don Bosco retenido en el Oratorio por la nieve – Coloquios familiares: normas de predicación a los clérigos* – Lecturas Católicas – *Cartas a dos sacerdotes de Lucca: don Bosco recomienda las* Lecturas Católicas *y los trabajos de la iglesia de María Auxiliadora; promete oraciones a un párroco nuevo – Carta al caballero Oreglia: le da encargos para varias personas de Roma; en Turín, sube el pan, hay nieve y frío; previsión de desgracias; la Virgen provee a la iglesia y a la casa – Otra carta a la Presidenta de Tor de'Specchi sobre un altar para la iglesia de María Auxiliadora – Al director del colegio de Lanzo; agradece a los muchachos las cartas de felicitación; recomienda la caridad mutua y la visita frecuente al Santísimo Sacramento: consejos al Director* 32

Cap. IV.—*Extraña petición de don Juan Bonetti a don Bosco – Don Bosco envía un aguinaldo de la Virgen para cada uno de los*

Página

del Colegio de Mirabello – Carta de un clérigo a don Bosco agradeciéndole el aguinaldo – Comunica por carta a la condesa Callori que ha estado un poco enfermo; que visitó a su hijo en el Colegio de Valsálice y le da noticias de él; disculpa la lentitud de la edición de un libro; suspende el plan de la fundación de un colegio; elevado coste del pan; necesidad de preservar del frío a sus alumnos; espera verla en Casale – Mandan mantas al Oratorio desde el almacén de intendencia militar – Caridad de don Bosco . . 40

Cap. V.—*Confianza de los fieles en la oración y bendición de don Bosco – Carta de don Bosco al caballero Oreglia: ha recibido los donativos de los bienhechores romanos; muerte de varios bienhechores de Turín; nieve y frío excesivos en el Piamonte; tributo de gracias a la Presidenta de Tor de'Specchi por el generoso ofrecimiento de un altar; varios encargos – Carta del Caballero a don Bosco: graves enfermedades en Roma; el duque de Salviati y el cardenal Consolini se interesan por el asunto de Vigna Pía; muerte del hermano del Cardenal; medallas de María Auxiliadora repartidas a los enfermos – Don Bosco habla de cómo debe regularse un director salesiano en la casa a abrir en Roma – Don Juan Francesia comunica al Caballero noticias del Oratorio y las predicciones de don Bosco; el clérigo Mazarello se encuentra gravísimo; confesiones generales – Muerte del clérigo Mazzarello: es la primera predicción del sueño; circunstancias sorprendentes de ella – Don Bosco al Caballero: ha recibido las observaciones sobre el proyecto de Vigna Pía y las estudiará; las medallas de María Auxiliadora que se están acuñando; propuesta de un profesor para una familia noble; introducir en Roma* El Joven Cristiano *y la* Historia de Italia *en el Colegio Romano; es bastante probable la vuelta de un príncipe a su casa; pedir una bendición al Santo Padre; noticias del Oratorio; muerte del abate Frassinetti, prior de santa Sabina en Génova – El padre Oreglia a don Juan Bautista Francesia: observaciones sobre ciertas historias; el asunto Margotti; noticias del bien que hace el hermano Federico; Roma se fortifica – Don Bosco al Caballero: ha muerto el clérigo Mazzarello; el grabado de María Auxiliadora para un libro de oraciones; noticias de Turín; le manda una circular con un prospecto de las* Lecturas Católicas; *le invita para la fiesta de san Francisco de Sales – La circular – Otra carta al caballero Oreglia: las deudas graves del Oratorio; da gracias a los bienhechores romanos y rogará por ellos; notable ofrenda de un señor curado por la Virgen; petición de una condecoración para el abate Soleri; el frío triplica la mortandad en Turín; ningún enfermo en nuestras casas – El caballero Oreglia envía noticias de Roma a don Juan Bautista Francesia – Don Bosco escribe el Director de Lanzo, que se encuentra en Génova: la manda una carta para entregar al arzobispo Charvaz con el fin de obtener de él una carta comendaticia; ruego a un canónigo para que promueva las* Lecturas Católicas; *una nota con los trabajos a realizar en la iglesia de*

Página

María Auxiliadora para presentarla a quien pueda encargarse de alguno de ellos a sus expensas – Lecturas Católicas: SEVERINO O LAS AVENTURAS DE UN JOVEN DE LOS ALPES – *Aparece anunciada en la* Unidad Católica – *Palabras de don Bosco sobre este librito*..... 52

Cap. VI.—*Don Bosco pide a los obispos cartas comendaticias para alcanzar de Roma la aprobación de la Pía Sociedad – Presenta la súplica al Obispo de Casale con un resumen histórico sobre la Sociedad de San Francisco de Sales – Decreto del Obispo de Casale aprobando como diocesana la Pía Sociedad – Fiesta de san Francisco de Sales y la conferencia general; cada director da un informe de su colegio; don Bosco aprueba lo que hace don Domingo Pestarino en Mornese; está satisfecho de Mirabello y enseña el modo de corregir a los díscolos; indica la manera de introducir la Compañía de la Inmaculada en Lanzo; dice pocas cosas del Oratorio, le parece que marcha bien y hace algunas observaciones relacionadas con sus colaboradores; recomienda el espíritu de sacrificio y la observancia de las Reglas; afirma que es bueno que los jóvenes conozcan los deberes que las reglas imponen a los Superiores; anuncia que en Novara y en Roma se espera a la Pía Sociedad y que el Obispo de Casale la aprueba como diocesana; recuerda el sueño de la pérgola de rosas y espinas; exhorta a cada salesiano para que procure ganar un socio nuevo para la Pía Sociedad*..... 67

Cap. VII.—*Don Juan Bonetti escribe al caballero Oreglia para que le consiga una indulgencia y una reliquia de san Estanislao; don Bosco es esperado en Mirabello – Carta de don Juan Bautista Francesia al Caballero; don Bosco ha ido a Milán; sus oraciones curan a una enferma; otras maravillas; teatro para los externos en el Oratorio; las obras de la nueva iglesia – Carta de don Bosco al Caballero; le da unos encargos; le dice que la Pía Sociedad está aprobada por el Obispo de Casale como diocesana; asombrosas gracias de la Virgen; precio de las medallas de María Auxiliadora; ha escrito sobre Vigna Pía – Va a Mirabello; predice el día en que un profesor curará del mal de garganta – Va a Casale para dar las gracias al Obispo por su decreto – Anécdotas en el ferrocarril – Instancia al Ministro de la Guerra para obtener un subsidio – Visita al colegio de Lanzo – El cardenal Corsi comunica a don Bosco que está dispuesto a hacerle la carta comendaticia; le aconseja pedirla a la mayor parte de los Obispos del Piamonte y al Arzobispo de Fermo, muy influyente en Roma – Importante documento sobre la fundación de la Compañía de San José – Influencia del sistema educativo de don Bosco*..... 77

Cap. VIII.—*El Arzobispo de Turín se mantiene en negar las órdenes a los clérigos del Oratorio, si no pasan un año por lo menos en el Seminario – Monseñor Gastaldi y monseñor Galletti le persuaden para que desista – Se intenta hacer salir de la Pía Sociedad a los ordenandos – Sagradas órdenes y quejas del Arzobispo – No es*

Página

verdad que los clérigos de don Bosco no estudien – Se ultiman las fortificaciones en Roma; se confía en las oraciones de don Bosco – Muerte del clérigo Petiva – Clase de música en el Oratorio – Don Juan Francesia escribe a Oreglia que Petiva no es el segundo del sueño y que don Bosco ha dicho que hay un joven que no hará más el ejercicio de la buena muerte – Don Bosco prepara la publicación de los clásicos italianos expurgados – Escribe al caballero Oreglia que se han pagado algunas deudas; le habla de cartas recibidas o por escribir; le da noticias de su noble familia; muchas facturas a pagar 86

Cap. IX.—*Respuesta de los Obispos a las peticiones de don Bosco – Carta comendaticia del Vicario General capitular de Acqui; del Obispo de Asti acompañada de una carta suya – Del Arzobispo Cardenal de Ancona y del Arzobispo de Turín – Carta confidencial de monseñor Riccardi al cardenal Quaglia sobre la comendaticia dirigida por él a don Bosco – Sus observaciones transmitidas al mismo Cardenal acerca de las Constituciones de la Pía Sociedad – Don Bosco pide licencia al Arzobispo para enviar un sacerdote a celebrar la misa en un Instituto de religiosas* 93

Cap. X.—Lecturas Católicas: Las maravillas de la Madre de Dios invocada con el título de María Auxiliadora – *Prólogo del opúsculo – Carta de don Juan Bautista Francesia al Caballero: el fascículo* Severino *es un éxito; las obras en la iglesia; las gracias de María Santísima; las medallas; preparativos para la gran fiesta; consecuencias del viaje de don Bosco a Mornese el año pasado – Nombramiento de cardenales: monseñor Eustaquio Gonella – Don Bosco escribe al Caballero para que presente los respetos de toda la Pía Sociedad al cardenal Gonella y a los otros nuevos cardenales; le pide noticias de sus amigos de Roma; le recuerda la fiesta del tercer centenario del nacimiento de san Luis – Otra carta a monseñor Ricci, a quien felicita por el nuevo honor al que ha sido elevado por el Papa – Don Juan B. Francesia al Caballero: le da noticias del Oratorio; don Bosco excluido de un reparto benéfico para obras pías, recibe una importante suma desde Milán; numerosas ofrendas de los fieles en estos días; las obras de la iglesia marchan bien; don Bosco es llamado al lecho de muchos enfermos – Circunstancia extraordinaria en la muerte repentina de Espíritu Rossi, predicha por don Bosco – No es el segundo del sueño – Don Juan B. Francesia anuncia esta muerte al Caballero – La marquesa de Villarios escribe a don Juan B. Francesia sobre este hecho – El padre Oreglia escribe a don Juan B. Francesia: aconseja aceptar Vigna Pía aunque sea una obra humilde y difícil; teme un octubre como el del año pasado; espera carta de don Bosco; viaje a Roma del teólogo Margotti* 105

Cap. XI.—*Paciencia con los enemigos – El Arzobispo en el Oratorio – Monseñor Galleti y monseñor Gastaldi estudian el modo de aprobar la Pía Sociedad – Favores espirituales concedidos por el Obispo de Casale a don Bosco, a los superiores del colegio de*

Mirabello: permisos concedidos a los clérigos para los estudios y para los exámenes – Carta de don Bosco al caballero Oreglia; le enviará una petición formal de indulgencias para presentarla al Santo Padre; espera noticias de una oferta prometida para un altar; la consagración de la iglesia se celebrará en junio; invita a monseñor Vitelleschi para tal fiesta; la presencia del Caballero es necesaria en el Oratorio; da noticias de los ordenandos para sacerdotes – Apostilla de don Juan B. Francesia anunciando la muerte del joven Croci – Tampoco es el segundo del sueño – Don Bosco al caballero Oreglia: envía palabras de consuelo y de agradecimiento para varias personas; apenas consiga las indulgencias, que mande el Rescripto; se preparan maravillosas fiestas para la consagración de la iglesia – Agradecimiento a una condesa de Milán por las limosnas – Don Bosco suprime las vacaciones de pascua de los alumnos y reduce a un mes las otoñales – Don Juan B. Francesia al Caballero: ha escrito al conde Vimercati con ocasión de la visita que le hizo el Santo Padre; elegante mensaje que presenta el Oratorio al cardenal Gonella; enfermedad de una bienhechora; el marqués de Villarios visita el Oratorio; la Pascua de los aprendices y admirables efectos de una plática de don Bosco: El Joven Cristiano para las prácticas de piedad – *Contestación del conde Vimercati a don Juan B. Francesia: tuvo una gran satisfacción con la visita del Papa; presiente cercana la muerte; confía en las oraciones de don Bosco – Don Bosco al Caballero: le agradece la felicitación de Pascua; que procure concedan las indulgencias a perpetuidad, con los Rescriptos firmados por el Santo Padre; celebra misas por dos eximias bienhechoras; encargos para Florencia; la carestía de los víveres le causa aflicción: enormes gastos para la iglesia, pero la Virgen sigue concediendo gracias – Una curación maravillosa: un pleito ganado; persuasión de los fieles de que la Virgen no niega nada a las oraciones de don Bosco* 117

Cap. XII.—*Don Bosco sueña con un colegio para los estudiantes de filosofía – Proyecto para este nuevo colegio, aceptado por una bienhechora, dispuesta a ceder una casa de su propiedad en Turín – Carta de don Bosco a la condesa Callori: pronto le enviará un ejemplar del* Católico Instruido; *se está imprimiendo la vida de santa Paula; le agradece su donativo; modificación del proyecto del colegio; piensa en un edificio junto al Oratorio; su mayor consuelo, la benevolencia del Obispo de Casale: el domingo* in albis, *los alumnos comulgarán por él – El cardenal Gonella agradece a don Bosco las felicitaciones recibidas – Don Bosco va a Lanzo: noches agitadas – Sueño: los jóvenes que saltan un torrente con diversas suertes y las fieras en un prado entre los alumnos – Preparativos en Turín para el matrimonio del príncipe Humberto – Don Juan B. Francesia comunica esto al Caballero: los trabajos de la iglesia avanzan – La boda del Príncipe heredero: exposición de la Sábana Santa; fiestas populares – El secreto de confesión –*

Página

Una dama, cortesana de la Reina de Portugal, visita a don Bosco, quien le regala una estampita: la Reina desea otra semejante – Una cartita de dicha dama recomendando a don Bosco una señora portuguesa enferma – Buenas noches de don Bosco: cómo celebrar el mes de mayo; invita a los muchachos a contarse mutuamente hechos edificantes o milagros de la Virgen; las comuniones y las florecillas – Su carta a la condesa Callori: le envía el Católico Instruido *y dos estampitas; cada día del mes harán la comunión por ella cuatro jovencitos* 128

Cap. XIII.—*Don Bosco sigue pidiendo a los Obispos cartas comendaticias para la Pía Sociedad – Escribe por dos veces al Obispo de Ivrea, pero no obtiene contestación – Recibe las comendaticias de los Obispos de Parma, Novara, Reggio Emilia, Mondoví y Alessandria; del Arzobispo de Lucca, con una carta de agradecimiento por las noticias que don Bosco le había dado de tres jóvenes de Lucca alumnos suyos; del Cardenal Arzobispo de Fermo y del Vicario Capitular de Susa; del Obispo de Guastalla y del de Albenga – Don Bosco hace sacar copia del decreto de monseñor Fransoni, en el que le nombra director espiritual de los tres Oratorios festivos de Turín* 138

Cap. XIV.—*Don Bosco anuncia a los muchachos que debe manifestar algo muy serio – Primera charla: dice que ha tenido un sueño, que estaba decidido a no contar; la aparición de un monstruo horrible y una voz misteriosa le obligan a hablar; ruega a los muchachos que no propaguen fuera del Oratorio lo que va a contar; sueños preliminares; su muerte, el juicio de Dios, el paraíso – Tiene un nuevo sueño: una gran parra en el patio del Oratorio: los racimos se transforman en jóvenes; distintos aspectos de la parra; con hojas solamente; con racimos podridos; sin hojas, con racimos de uva excelente; son los tres estados de espíritu en los que se encuentran los jóvenes delante de Dios. Le parece oír el tañido de una campana y se despierta unos instantes – Segunda charla: se vuelve a dormir; ve levantarse en el patio otra parra como la primera, de hermosísimo aspecto, con enormes racimos, uvas gordas y maduras, pero de sabor nauseabundo; toda uva lleva escrito el nombre de un joven y su pecado; aparece un personaje que lleva unos palos y ordena que golpeen los sarmientos y racimos; un temporal de miedo azota la parra; granizada extraña – Fuga de don Bosco y su despertar* 158

Cap. XV.—*Tercera charla de don Bosco: otro sueño; el camino de la perdición; los lazos del demonio; la bajada al infierno; los jóvenes que allí se precipitan: la entrada en la cárcel eterna: una inmensa caverna de fuego y castigo de los sentidos: desvaríos del alma, furores, odios, gritos desesperados: los gusanos del remordimiento: la sala de los juicios de Dios: las amenazas de la justicia abren el camino del arrepentimiento y de la misericordia: don Bosco es llevado al último recinto junto a la puerta: el guía le obliga a tocar aquel muro y él se despierta por la horrible quemadura sentida –*

Página

Don Bosco promete a los jóvenes que explicará y dará instrucciones sobre los temas morales del sueño – Algunas notas 169

Cap. XVI.—*El cardenal Jerónimo De Andrea se marcha de Roma y de su diócesis de Sabina y se retira a Nápoles a pesar de la prohibición del Papa – Es recibido festivamente por las autoridades italianas – Sus cartas, en defensa de su conducta, a los diocesanos, al cardenal Mario Mattei y a todos los Cardenales y Obispos con grandes elogios al gobierno italiano – Interviene en las fiestas de la corte real y del gobernador Gualterio – Humanidad del Papa al compadecerle – Cartas del Cardenal contra la* Unidad Católica, *que le reconvenía por las frases injuriosas escritas referentes al Papa y a varios prelados – El Cardenal rehúsa repetidamente obedecer al Papa, y se le quita la diócesis de Sabina y la abadía de Subiaco – Su apelación: del Papa mal informado al Papa mejor informado – Pena de don Bosco por este escándalo – Don Juan Bonetti invita a dos periodistas a refutar las indignas acusaciones de aquella apelación – El mismo escribe dos cartas al Cardenal suplicándole obedecer y consolar al Papa – Ultima intimación del Papa al Cardenal, el cual va a Roma y se somete – Don Juan Bonetti le envía una carta de alabanza y aliento – Muerte repentina del cardenal De Andrea*..... 184

Cap. XVII.—*Noticias de Roma: Palabras de Pío IX a la gendarmería y a los Zuavos en la entrega de banderas: su confianza en la Virgen – Los destinos de la iglesia de Valdocco – El interior de la iglesia – Los cuadros de María Auxiliadora y de san José – Ningún accidente de trabajo durante el tiempo de las obras – Constantes gracias de la Virgen a quienes ayudaban a la construcción de la iglesia – Estupor de los que no creían o dudaban del éxito de don Bosco en esta empresa – Palabras del teólogo Margotti – Las gracias divinas hay que merecerlas – Don Bosco enseña a los muchachos cómo deben portarse durante la novena de María Auxiliadora – Bendición de las campanas: sus inscripciones; se colocan en la torre – El cancel de hierro ante la iglesia – La plaza de María Auxiliadora y un monumento – Compra de terrenos – Respuesta de don Bosco al Rector del Seminario: le expone el motivo por el cual no pudo pagar al Seminario la anualidad que debía y que será pagada lo antes posible; le agradece una ofrenda; le ruega que mire también como suyos a los clérigos del Oratorio; le pide por favor le avise francamente cuando tuviera observaciones que hacerle – El Papa concede indulgencia plenaria a los fieles que visiten la iglesia de María Auxiliadora en la fiesta de su consagración o en uno de los siete días siguientes; y* ad septennium, *indulgencia plenaria con ocasión de la fiesta titular o en uno de los días de la novena*..... 195

Cap. XVIII.—*La muerte del segundo joven indicada en el sueño – Se cumplen todas las circunstancias dichas – Don Bosco escribe el panegírico de san Felipe Neri – Marcha a Alba, donde debe pronunciarlo ante la Congregación Sacerdotal – Como de costumbre,*

Página

no tiene un momento de tranquilidad para una preparación próxima – Improvisa un nuevo sermón – El panegírico que había escrito – Va a Barolo – Privilegio concedido por Pío IX para siete años de un altar privilegiado en la iglesia de María Auxiliadora – EL JOVEN INSTRUIDO: *(El Joven cristiano): elogio de la* Unidad Católica 208

Cap. XIX.—*Personas piadosas proveen de los objetos necesarios para el culto en la nueva iglesia como fruto de promesas hechas, de gracias recibidas, o por devoción – Grandes provisiones de cera: las velas del marqués Uguccioni y un cirio de Pío IX – Ofrendas en dinero: carta del conde de Callori – Los bienhechores envían a don Bosco abundantes y variados comestibles para alumnos, huéspedes y personas invitadas a las fiestas – Inscripciones del profesor Vallauri en la iglesia – Preparativos en casa: clase de ceremonias; ensayos de canto y de música; banderas por los patios; iluminación, bancos para la feria; el ambigú – Don Bosco envía invitaciones a muchos señores y al Duque de Aosta – Estampas y medallas de María Auxiliadora – Señores de la nobleza de Turín aceptan la invitación para hacer la cuestación a la puerta de la iglesia – Nota discordante en medio de la armonía; el Obispo de Pinerolo escribe a don Bosco exponiéndole los motivos por los cuales no puede concederle la carta comendaticia para la aprobación de la Pía Sociedad; y expone en una carta al cardenal Quaglia las razones de su negativa – Cartas comendaticias del Obispo de Saluzzo y del Arzobispo de Pisa*..... 219

Cap. XX.–*Preludio de las fiestas – Llegan al Oratorio los alumnos del Colegio de Lanzo – Al día siguiente, domingo de la Santísima Trinidad, ensayo general de la antífona* Sancta María – *Artículo en la* Unidad Católica *sobre la consagración de la nueva iglesia – Llegada de los alumnos del Colegio de Mirabello: ensayo general de la nueva y grandiosa misa del maestro De-Vecchi – El Arzobispo expone por la tarde, en la pequeña iglesia de San Francisco, las reliquias de los santos mártires; un huracán; la sagrada vigilia durante toda la noche – Consagración de la iglesia – Don Bosco celebra por primera vez en la nueva iglesia – Una profecía – Humildes palabras del Siervo de Dios en respuesta a las alabanzas que se le tributan – Gentío extraordinario en las funciones – Las Vísperas y la ejecución de la antífona* Sancta María – *Emoción de don Bosco – Elocuente sermón del Obispo de Casale: termina encomendando a don Bosco a la Santísima Virgen – El* Tantum ergo *de Cagliero – La iluminación de la cúpula – Por la noche habla don Bosco a los alumnos de las tres casas, reunidos en el patio –* La Unidad Católica *describe las impresiones del primer día del octavario – Las multitudes se agolpan en torno a don Bosco – Curaciones instantáneas – Entusiasmo indescriptible* 232

Cap. XXI.—*Segundo día del octavario – Disposición perpetua de oraciones y de una misa diaria por los bienhechores – La comu-*

Página

nión general y un fervorín del Obispo de Casale – Un padre cumple su promesa por la curación obtenida de su único hijo – Curación de una gravísima enfermedad en los ojos – Don Bosco dispone que los muchachos se entretengan después de comer con paseos o con variadas distracciones – Pontifica en las vísperas el Obispo de Mondoví: predica el Obispo de Casale, quien dirige una plegaria a María Santísima pidiendo que derrame las más ricas bendiciones sobre don Bosco – Tercer día del octavario – Continua afluencia de fieles a la sacristía: todos quieren contar las gracias obtenidas de María Auxiliadora – Una curación prodigiosa – Una velada en honor de María Santísima: marcha triunfal, cantada con música de De-Vecchi; canción recitada por el sacerdote José Elice de Loano: distribución de premios a los alumnos que se han distinguido por su buena conducta; algunas piezas cómicas musicales – El Obispo de Mondoví pontifica en las vísperas: predica monseñor Balma 242

Cap. XXII.—*Cuarto día del octavario – Monseñor Balma pontifica la misa solemne – Donativo de un mendigo – Un corazón de plata por una gracia recibida – Otra curación – Monseñor Rota escribe a don Bosco que no puede ir a la fiesta por haber llegado a Guastalla el hereje Gavazzi con la idea de predicar – El Obispo de Saluzzo oficia de pontifical en las vísperas: predica el Obispo de Mondoví – Quinto día del octavario – Llegada al Oratorio de los cabezas de familia de Mornese y relación de las gracias que les ha concedido María Auxiliadora – Monseñor Gastaldi celebra la misa pontifical – Representación teatral por los alumnos – El Obispo de Mondoví oficia las vísperas de pontifical: predica monseñor Gastaldi – Impresiones experimentadas por una noble dama – Don Bosco distribuye medallas conmemorativas; nombres de bienhechores a quienes se les dieron: agradecimiento del cardenal Antonucci – Sexto día del Octavario – Monseñor Galletti celebra la misa solemne con la iglesia completamente llena: sube al púlpito el Obispo de Mondoví – Causas de la extraordinaria concurrencia – Algunas relaciones de gracias obtenidas – En las vísperas pontifica monseñor Galletti; predica monseñor Gastaldi – Ejercicios gimnásticos en el patio* 255

Cap. XXIII.—*Séptimo día del octavario – Monseñor Gastaldi celebra la misa de comunión general y hace una platiquita – Misa pontifical del Obispo de Mondoví – Relación de una gracia – Representación teatral de una comedia latina ante muchos espectadores ilustres – Juegos de prestidigitación para los alumnos en el patio – El Obispo de Mondoví pontifica en las vísperas – Predica monseñor Galletti – Ultimo día del octavario – El Obispo de Alba celebra el pontifical – Un sainete y poesías humorísticas entretienen a los alumnos en el teatro – Monseñor Galletti pontifica en las vísperas y monseñor Ghilardi pronuncia el último sermón – Solemne* Tedéum *– Sufragios por las almas de los bienhechores de la iglesia difuntos – Monseñor Galletti celebra la misa de comu-*

Página

nión, predica sobre las almas del purgatorio e imparte la bendición con el Santísimo – Artículo de la Unidad Católica *sobre las solemnísimas fiestas – Los alumnos de Mirabello y de Lanzo vuelven a sus colegios – Preciosa muerte de don José Bongiovanni, director del Clero Infantil y de la Compañía del Santísimo Sacramento – Don Bosco atribuye a la Virgen y no a sí mismo el bien que hace, y a su condición sacerdotal las demostraciones de aprecio que le dedican – Cinco cartas de don Bosco a la marquesa Fassati* 267

Cap. XXIV.—*Monseñor Rota, obispo de Guastalla, en el Oratorio – Fiesta de san Juan y palabras de don Bosco a los muchachos –* Lecturas Católicas *– Carta del Arzobispo de Módena a monseñor Rota para saber cuál era la idea de los prelados piamonteses, con relación a las cartas comendaticias pedidas por don Bosco – Gracias de María Santísima a un monasterio por volver las religiosas al fervor primitivo – Causas de la frialdad – Doloroso despego de una señora de las cosas de este mundo, en punto de muerte – Dos niños tenidos gracias a la Virgen, mueren por la avaricia de sus padres, que no cumplen sus promesas – La fiesta de san Luis y la del día onomástico de monseñor Pedro Rota – Solemnidad de san Pedro y panegírico leído por el obispo de Guastalla: elogio de las obras de don Bosco – Convocatoria del concilio Ecuménico Vaticano – Carta del príncipe de Sanguzko a don Bosco, con quien había trabado amistad en Roma – Muere el conde Vimercati – Monseñor Rota sale de Turín – Carta de don Bosco a don Juan Bonetti para que remedie un inconveniente; le hace unas observaciones sobre la biografía de Saccardi – Los obispos de Casale y Guastalla asisten a la fiesta de san Luis en Mirabello* 278

Cap. XXV.—*El caballero Oreglia compra una nueva máquina tipográfica en nombre de don Bosco –* Lecturas Católicas *– Don Bosco comunica a los muchachos la solemne exposición de las Cuarenta Horas en la iglesia de María Auxiliadora – Su respuesta al caballero Javier Collegno de Provana, quien le invita para que vaya a Cumiana a examinar a sus hijos – Charlas de la noche a los alumnos del Oratorio, dadas por un superior en ausencia de don Bosco – Anuncio de una buena limosna por una gracia recibida de María – Llegan a Roma las noticias del Octavario de Valdocco y a Turín las de Roma – Invitación para las Cuarenta Horas: predica monseñor Galletti – El Obispo de Casale da las gracias a don Bosco por el regalo de una colección completa de las* Lecturas Católicas *y otros libros – Don Bosco acepta a dos muchachos recomendados por la dirección de ferrocarriles – No quiere que en el Oratorio haya plazas libres sin cubrir – Marcha a Cumiana – Sigue el concurso de gente en la nueva iglesia – Gracias pedidas y recibidas – Don Bosco va a Fenestrelle para bendecir al párroco de Ruá, mordido por un perro – Predica en la capilla del Puy las glorias de santa Ana – Va a Usseaux: su encuentro con el joven*

Página

José Ronchail, que decide hacerse salesiano – Don Bosco devuelve la vista a dos hermanas del joven, vence la oposición del abuelo que pretendía hacer del nieto un comerciante – Monseñor Ricci y el padre Guglielmotti en el Oratorio – Carta de don Bosco a monseñor Ricci; le agradece la visita; pide excusas por si no ha tenido con él los debidos miramientos; solicita una condecoración pontificia para un bienhechor – Gravísima enfermedad de don Miguel Rúa: agradables predicciones de don Bosco; a su bendición sigue la curación – Antigua profecía de don Bosco sobre la vida de don Miguel Rúa 292

Cap. XXVI.—*Don Bosco va a San Ignacio – Aconseja a un joven que pedía hacerse salesiano que entre en la Compañía de Jesús – La bendición de don Bosco a los enfermos: su evidente humildad; el teólogo Bertagna reconoce en él el don de las curaciones – Colecta en San Ignacio para el Oratorio de San Luis – Sistema de don Bosco: el no terminar de una vez toda una obra, para dar ocasión a sucesivas peticiones de limosnas a los bienhechores – Su circular pidiendo ornamentos sagrados para la nueva iglesia – Cumplimiento de una previsión – Carta de la Presidenta de Tor de'Specchi pidiéndole consejo para la aceptación de una postulante – Don Bosco visita al conde de la Margherita gravemente enfermo – Prevé el efecto de una bendición – Revela cosas ocultas – Predice la muerte de dos jóvenes – El Venerable coopera al éxito de la educación de los hijos de una familia noble: su afecto a estos muchachos – Un meteorito* 303

Cap. XXVII.—*Novena de la Natividad de María Santísima – Algunas charlas de don Bosco: un alumno despedido de casa: parábola o sueño: una señora entrega a don Bosco un libro donde están anotados los jóvenes que hacen bien la novena: la flor – Una mujer moribunda se confiesa de un pecado callado: sinceridad en la confesión; tranquilizarse con la palabra del confesor – Otra persona enferma, persuadida por don Bosco para recibir los sacramentos después de aceptar la medalla de María Auxiliadora: confianza en María y llevar su medalla al cuello; flor – Fin de curso: solemne reparto de premios; himno de acción de gracias a Dios; las vacaciones otoñales – Don Bosco escribe a don Francisco Provera para encargar oraciones a algunas enfermas: a él no le faltan disgustos – Cartas desde Florencia a don Bosco por la notable mejoría de un enfermo – Curación de un epiléptico – El Arzobispo quiere que los ordenandos del Oratorio asistan a los ejercicios espirituales en el Seminario o en los Paúles, pero no insiste por las recomendaciones de monseñor Gastaldi – La primera tanda de ejercicios espirituales en Trofarello – Carta de don Bosco al caballero Oreglia invitándole a la segunda tanda de ejercicios – Otra a la marquesa Fassati – Bosquejo de los sermones de don Bosco – El Arzobispo confiere las órdenes; sus palabras a don Santiago Costamagna* 313

Cap. XXVIII.—*Don Bosco camino de Villastellone: pierde el vapor-*

Página

cito y va a pie corrigiendo pruebas de imprenta – Se larga a Saluzzo, donde yace gravemente enferma la madre de monseñor Gastaldi – Va a visitar a un sacerdote enfermo y no le puede persuadir a confiar en María Santísima – Muerte del tercer joven del sueño – La segunda tanda de ejercicios espirituales en Trofarello – Dos pláticas de don Bosco – Respuesta del Papa al Siervo de Dios por la relación enviada sobre las fiestas de la consagración de la iglesia de María Auxiliadora – Negociaciones con las autoridades escolásticas para la autorización de un profesor diplomado en bachillerato elemental para dar clase en los cursos superiores del bachillerato en Lanzo y para el reconocimiento de dicho bachillerato – Carta de don Bosco al alcalde de Turín para resolver ciertas dificultades que impiden la construcción de una cerca en el Oratorio – Don Bosco va a Parma – Escribe al conde Viancino que le invitaba a volver a Bricherasio: lo promete, pero sin fijar fecha – Lecturas Católicas 325

Cap. XXIX.—*Don Bosco renueva las instancias ante la Santa Sede para obtener la aprobación de las Constituciones de la Pía Sociedad – Hace imprimir un breve informe en latín sobre el desarrollo de la Pía Sociedad y su estado actual; presenta unas notas sobre las trece* Observaciones – *Monseñor Svegliati, en nombre del Papa, pide a monseñor Tortone noticias confidenciales sobre la Institución de don Bosco, de sus clérigos y de sus estudios – Malos informes de monseñor Tortone – Don Bosco no guarda rencor a sus detractores – Pide consejo sobre cómo obtener las dimisorias – Respuesta del padre Oreglia y del cardenal Patrizi – Monseñor Svegliati presenta al Papa su opinión sobre la petición de don Bosco – Se trata el asunto en sesión plenaria de la Congregación – El Consultor opina que se debe responder negativamente a la petición de don Bosco – La Sagrada Congregación hace suya la conclusión – Monseñor Svegliati comunica la sentencia a don Bosco – Algunas dificultades para la aprobación de la Institución Salesiana* 338

Cap. XXX.—*El Ministerio de Obras Públicas subvenciona al Oratorio – Generosa limosna de una anciana salvada de un incendio por intercesión de María Auxiliadora – Don Bosco promete oraciones especiales a una condesa de Milán para su hijo enfermo – Va a I Becchi para la fiesta del Rosario – Carta al caballero Oreglia: le recomienda la nueva obra de la Biblioteca para la Juventud Italiana; le da noticias de la fiesta y de los muchachos que trabajan con él – Otra carta al Director de Lanzo: le pide una relación de los alumnos de la diócesis de Génova; avisos importantes; recomienda la difusión de las* Lecturas Católicas – *Don Bosco escribe al prefecto de Mirabello: avisos para los superiores de aquel colegio; toma de sotana de un clérigo; condiciones para aceptar en el Oratorio a un muchacho recomendado; quiere a toda costa que el colegio se llene de alumnos – Un artículo de la* Unidad Católica *en alabanza de aquel Colegio – Don Bosco vuel-*

Página

ve al Oratorio: sus primeras palabras a los muchachos son para exhortarles a rogar a la Virgen que les mantenga alejados del pecado – Maestro y modelo de la virtud angélica con la palabra y el ejemplo – Algunos testimonios – Informe sobre la escuela del Oratorio de San Luis – Carta de don Bosco a don Juan Bonetti: espera que el Delegado Provincial de estudios reconozca el colegio de Mirabello como seminario menor; que diga al Obispo que confirme por escrito la verdad de su afirmación – Carta de don Bosco a la condesa Callori: el edificio destinado a liceo se cubrirá este año; buenas noticias de su hijo – Se empieza a hacer el pan en el Oratorio – Don Bosco escribe a un sacerdote de Lucca: le agradece una limosna y le invita a ir a Turín; le envía unas medallas para varias personas – Don Almerico Guerra ofrece a don Bosco un libro de novenas en honor de María Santísima – Los muchachos vuelven de vacaciones – Muerte del joven Venerando Castelli – Breve charla de don Bosco – Obtiene del Ministerio de la Guerra prendas militares en desuso – Espantosas inundaciones en el norte de Italia: don Bosco ofrece albergue para dos niños de familias perjudicadas 352

Cap. XXXI.—*Apertura de curso en el Oratorio – Revisión de los libros que leen los alumnos – Charlas de don Bosco; sueño: los sepultureros y un féretro; la luna que anuncia la muerte de un joven para dentro de dos meses y medio – Por qué no se cumplió una predicción – Plegarias por los difuntos: visita al camposanto – La pereza y la desidia: no se espanten los buenos de las burlas de los malos; dése cuenta a don Bosco de los burlones – Constancia en el estudio – No hacer distinciones de trato con los compañeros – Napoleón y la presencia real de Jecucristo en la Eucaristía – Explicación de las órdenes sagradas, la jerarquía y ciertos ritos de la Iglesia – Conducta que debe observar un clérigo: conservar celosamente la bella virtud; buen ejemplo a los alumnos – El temor de Dios y la soberbia – Anuncia el ejercicio de la buena muerte y la próxima partida de otro joven para la eternidad – Atención a las rúbricas al ayudar a la santa misa: práctica de algunas virtudes –* Lecturas Católicas: RECUERDO DE UNA SOLEMNIDAD EN HONOR DE MARIA AUXILIADORA – *Don Bosco encomienda a un ilustre señor la traducción de un opúsculo en francés – Cartita para otra traducción del italiano – Regalo a un profesor en su día onomástico – Carta a la condesa Callori sobre un encargo cumplido, con noticias de un muchacho y la invitación a la fiesta de san Carlos en Mirabello – Constantes servicios de don Bosco a los bienhechores – Su intimidad con algunos ministros de la Casa Real*..... 366

Cap. XXXII.—*Proyecto de don Bosco para obtener del gobierno italiano la iglesia del Santo Sudario en Roma y las habitaciones anexas – Finalidad de don Bosco – Cuál era su política – Datos históricos de la iglesia del Santo Sudario – Constancia de don Bosco para pedir la aprobación de la Pía Sociedad – Carta*

Página

comendaticia de monseñor Galletti – Obispos que le mandaron cartas comendaticias – Don Bosco suplica a los Obispos de la provincia eclesiástica de Turín, reunidos en conferencia, que le ayuden con su voto favorable para obtener la aprobación definitiva de la Pía Sociedad – El Obispo de Ivrea no responde – Monseñor Riccardi se declara contrario a la petición 382

Cap. XXXIII.—*Don Bosco hace imprimir en folletos una selección de clásicos latinos expurgados – Diccionarios griegos y latinos sin frases y palabras obscenas – Edición de las obras de los Santos Padres y, entre las primeras, algunas de San Jerónimo – Nuevo diccionario italiano – Peligro para la juventud de los clásicos italianos no expurgados – Don Bosco se dispone a evitar estos peligros con una Biblioteca para la juventud – Sus colaboradores en la empresa – La* Unidad Católica *lo anuncia – Don Bosco publica el plan – Cómo es recibido por un amigo – La Superiora de Tor de'Specchi difunde los libros impresos en el Oratorio – Otras nobles señoras promueven las suscripciones a la Biblioteca – Numerosos suscriptores: gran venta de estos libros – Prólogo del* Hombre de Bien 391

Cap. XXXIV.—*El ministro Menabrea invita a don Bosco para que vaya a Florencia – Don Bosco escribe al caballero Cantón, jefe de sección en el Ministerio de Asuntos Exteriores, encargándole entregue a Menabrea una carta suya confidencial – Va a Lanzo y anuncia que, durante el curso escolar, pasará a la eternidad uno de los alumnos – Charlas de don Bosco a los alumnos del Oratorio: El temor de Dios; ignorancia y soberbia; importancia de la humildad, la soberbia y la deshonestidad; la medalla de la Virgen y las jaculatorias; narración de buenos ejemplos a los compañeros; los alumnos que viven alejados de don Bosco; ordenar los asuntos del alma; asegurar la vocación; ahuyentar al lobo – Don Bosco felicita por carta a un bienhechor – Sus cartas al Obispo de Mondoví por asuntos de la Pía Sociedad – Anuncia al caballero Cantón su llegada a Florencia – Gravísima enfermedad y prevista curación del nieto del conde Cays – Cumplimiento de una predicción de don Bosco – Envía sus felicitaciones a la Presidenta de Tor de'Specchi – Su predicción consoladora a una madre – Generosa ofrenda al Oratorio del duque de Aosta – Agradecimiento de los alumnos al Príncipe* 398

Cap. XXXV.—*Las Navidades – Don Bosco comunica a la condesa Callori que espera ir a visitarla en Casale, antes de partir para Roma – En Casale cura a una muchacha sorda – Curación del conde Solaro de la Margherita – Sermón de don Bosco en la iglesia de María Auxiliadora – La iglesia de la Inmaculada en Génova – Don Bosco felicita y da gracias a la Superiora de las Fieles Compañeras – Su carta al Arzobispo con su opúsculo corregido: El centenario de san Pedro – Charla de don Bosco a los socios: no hacer nada perjudicial a un clérigo; cumplir los propios deberes; pedir permiso para comprar libros; no desacreditar las*

Página

Compañías piadosas ante los muchachos – Carta de don Bosco a monseñor Ricci: promete oraciones por el Papa y por el futuro Concilio – Muerte del banquero comendador Cotta – Carta de don Bosco al Director de Mirabello: Aguinaldo para los Superiores y para los alumnos; promuévanse las suscripciones a la biblioteca de clásicos italianos – Aguinaldo para el Colegio de Lanzo: Háganse oraciones del 7 de enero al 7 de marzo: temas de predicación – Charla de don Bosco a los alumnos del Oratorio: Aguinaldo; encarga oraciones especiales para dos meses; anuncia que durante el 1869 serán llamados a la eternidad seis muchachos; anuncia que los asuntos del Oratorio se desarrollarán muy bien durante el año próximo: recomienda que se rece por los padres y por los difuntos 410

Cap. XXXVI.—*Los tres azotes predichos por don Bosco – Los tres cuadros que de ordinario se presentaban al Venerable en sus sueños – Algunas palabras suyas – Primer azote: la peste – Segundo azote: la guerra – Tercer azote: el hambre – Estos azotes no se referían solamente a Italia – Una mirada a Argelia – Don Bosco y monseñor Lavigerie* 424

Cap. XXXVII.—1869 – *Personal de la Pía Sociedad – La Providencia socorre al Oratorio – Una valiosa herencia – Una causa del afecto de los bienhechores a don Bosco – Una cartita suya para un clérigo* – Lecturas Católicas: LA IGLESIA CATOLICA Y SU JERARQUIA – *Un regalo del Rey a don Bosco y nueva invitación para que vaya a Florencia – Extraordinaria conversión en la iglesia de María Auxiliadora – Don Bosco se prepara para ir a Florencia y a Roma – Se despide de sus alumnos – El rosario diario prescrito para todos en la Pía Sociedad – La salida de don Bosco hacia Florencia – Carta de monseñor L. Gastaldi para el Cardenal Prefecto de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares en favor de don Bosco – Este es esperado en Florencia – El padre Verda y su deseo de una casa salesiana en Florencia* 432

Cap. XXXVIII.—*Llegan noticias al Oratorio sobre la llegada de don Bosco a Florencia – Huésped del Arzobispo – Sus primeras visitas – Con el ministro Menabrea – Con el caballero Cantón – Proyectos para la iglesia del Santo Sudario en Roma – En varios Ministerios: habla de las diócesis vacantes y defiende la causa de los seminaristas, a quienes se quería quitar toda exención del servicio militar – Otras noticias de don Bosco enviadas al Oratorio – Las medallas prodigiosas de María Auxiliadora – Un día en casa de los Uguccioni – Ultimas visitas – Carta de don Bosco a don Miguel Rúa: Buenas noticias; deuda a saldar; espera obtener una rebaja de la tasa para la molienda; impresión de un libro; en cuanto a la* Biblioteca de la Juventud, *se somete a la opinión del Arzobispo sobre los párrafos seleccionados de obras prohibidas; recomienda oraciones en favor de la generosa familia Uguccioni; ordena que, durante su ausencia, se lea los domingos a los Salesianos de todas las casas, un capítulo del libro:* Avisos a los

Página

eclesiásticos – *Subsidios para el Oratorio del Economato Real y de la Banca Nacional – El Ministro de Obras Públicas concede a don Bosco billete gratuito para los ferrocarriles del sur – Don Bosco sale hacia Roma – Cartas desde Florencia manifestando el deseo de volver a ver pronto al Siervo de Dios* 439

Cap. XXXIX.—*Gran expectación de las familias de la nobleza romana – Llegada de don Bosco – Recibimiento en la estación – Celebra la misa en San Bernardo – Visita al Cardenal Vicario y se hospeda en casa del tipógrafo Marietti – Dificultades de don Bosco para llevar una vida retirada – Reemprende las diligencias para obtener la aprobación de la Pía Sociedad y las Dimisorias – Serios obstáculos para conseguir las Dimisorias – El télogo Margotti, interrogado por la Sagrada Congregación, envía un informe sobre el Oratorio a la Sagrada Congregación y a monseñor Riccardi – Confianza de don Bosco en la Virgen – Sus muchachos rezan en Turín por él – Don Bosco bendice al sobrino del cardenal Berardi gravemente enfermo, y el niño se cura – Objeciones sobre el voto de pobreza, entendido según las Reglas de la Pía Sociedad – El cardenal Antonelli, libre de los dolores de gota, por invocación y bendición de María Auxiliadora, va al Papa para recomendarle la causa de don Bosco* 450

Cap. XL.—*El procurador general de los Lazaristas ayuda a don Bosco con sus consejos – Don Bosco da explicaciones al cardenal Quaglia y a otros cardenales sobre la Pía Sociedad y sus Constituciones – Llegan noticias de don Bosco al Oratorio: celebra en Tor de'Specchi y en el Jesús: va a Frascati, a Mondragone y a la Camáldula: celebra la santa misa en la capilla de la condesa Millingen – Don Bosco es admitido a la audiencia del Papa – Don Bosco y los colectores piamonteses del dinero de San Pedro – Por qué el Papa hablaba a gusto con don Bosco sobre ciertos asuntos – Curioso episodio entre Pío IX y un importuno, introducido por don Bosco a la audiencia – Pío IX recibe afectuosamente a don Bosco – Se examinan las dificultades nacidas sobre las observaciones y las dimisorias: el Papa acepta una proposición de don Bosco – Algunas concesiones importantísimas del Pontífice, el cual autoriza las negociaciones para la iglesia del Santo Sudario – Concede por escrito su indulgencia y su bendición a los alumnos del Venerable que le han dirigido una carta con su óbolo para el dinero de San Pedro – Don Bosco comunica a don Miguel Rúa las indulgencias concedidas por el Papa – Una limosna que entrega el conde Cibrario y la conveniencia de diferir la fiesta de san Francisco: da varios encargos y dice que sus cosas marchan bastante bien, pero que hay serias dificultades que vencer – Pío IX encomienda a varios prelados que vean la manera de contentar a don Bosco – Don Bosco va a visitar a su mayor opositor y le encuentra enfermo: le cura y le manda ir inmediatamente al Papa y así cesa aquella oposición – Monseñor Manacorda presta testimonio de curaciones prodigiosas obradas por don Bosco en*

Página

Roma – Testimonio de don Miguel Rúa 460

Cap. XLI.—*Las fiestas de Carnaval – Tres cartas de don Bosco a don Miguel Rúa: 1) No permito que se imprima nada sin permiso: cuide la salud; 2) Emplee toda consideración con una bienhechora: las fiestas han interrumpido los negocios; Dios nos ayudará en los apuros económicos; 3) Se han allanado las dificultades para la aprobación de la Pía Sociedad: le garantiza que un clérigo, gravemente enfermo, curará – Visita la tumba de san Pedro – Responde a un señor ofendido porque su curación, obtenida gracias a la Virgen, no se atribuye a su médico - No encuentra confesores un día festivo en una iglesia y reprocha al Superior su inoportuna respuesta – Predice la entrada de los italianos en Roma y la longevidad de Pío IX – Celebra en Santa Rufina – El Papa le concede una segunda audiencia y le envía su carroza: le ofrece la casa de san Cayo en Roma para un centro de estudios eclesiásticos; le promete indulgencias para la Asociación de devotos de María Auxiliadora; le concede condecoraciones para algunos eclesiásticos – El carnaval de Turín y la feria de Gianduya; los muchachos del Oratorio toman parte en ella – El carnaval en Valdocco – Los dos primeros difuntos predichos por don Bosco – La condesa de Camburzano aplaude la feria de Gianduya – Don Juan Francesia informa sobre el carnaval a la Presidenta de Tor de'Specchi* 477

Cap. XLII.—*La Sagrada Congregación de Obispos y Regulares reanuda las sesiones – Don Bosco está cansado y desea soledad – La Pía Sociedad queda aprobada – Don Bosco hace la visita de despedida al Papa, quien le anima a apremiar la aprobación de las reglas: el Venerable le anuncia que su pontificado será más largo que el de san Pedro – Emiliano Manacorda anuncia al caballero Oreglia la aprobación de la Pía Sociedad y la proposición sobre San Cayo – Trámites para la adquisición de esta casa – El cardenal Antonelli ofrece el dinero para los gastos del contrato – Cartas y peticiones de don Bosco para reunir dinero para esa compra – Un abogado, que obtiene la curación de su hijo gravísimamente enfermo, se encarga de las incumbencias legales – Otros donativos para la deseada adquisición – Algunas cartas al Caballero: don Bosco visita a la familia Marini; celebra la misa en el palacio Barberini; monseñor Manacorda es nombrado prelado doméstico; don Bosco va a Frascati; en casa de los Vitelleschi; cien mil medallas de María Auxiliadora; visita de don Bosco a una señora de la nobleza, enferma – Carta de la marquesa de Villarios a don Miguel Rúa – Carta de don Bosco al mismo: que se prepare una bonita fiesta de san Francisco; condecoración destinada al abad Solari; la congregación y San Cayo; visitará Mirabello; una bendición del Papa para el teólogo Borel – Don Miguel Rúa comunica esta carta a los colegios.* 488

Cap. XLIII.—*El duque y la duquesa de Sora – Relaciones de estos señores con don Bosco – Dos memorias suyas escritas sobre la vi-*

Página

sita de don Bosco a Villa Ludovisi en 1867 – Dos cartas del Venerable de aquel mismo año a estos bienhechores – Don Bosco en Roma durante 1869: cartas y visitas; ruega al Duque le ayude para la compra del local en San Cayo 497

Cap. XLIV.—Lecturas Católicas – *Ultima misa de don Bosco en Roma – Salida de Roma y llegada a Florencia – En Turín – Recepción triunfal en el Oratorio – Afecto del teólogo Borel a don Bosco – Don Bosco presenta al Arzobispo de Turín el Decreto de Aprobación y una carta de monseñor Svegliati – Contenido de los dos documentos – Profecía de don Bosco a una enferma – Solemnidad de san Francisco de Sales – Homenaje académico a don Bosco y sus palabras de agradecimiento – Conferencia de don Bosco a todos los Salesianos sobre el éxito de su viaje a Roma; palabras del Papa para los Salesianos – Florecillas para la novena de san José – El caballero Oreglia describe a la Presidenta de Tor de'Specchi la alegría de los alumnos a la llegada de don Bosco – Carta de don Bosco a la misma agradeciéndole la caridad prestada durante su estancia en Roma* 502

Cap. XLV.—*Charla de don Bosco a los muchachos: Cuenta lo que ha hecho en Roma: eficacia de sus oraciones; cómo les quiere el Papa; compra de una casa en Roma; bendiciones del Padre Santo, crucifijos indulgenciados y otras indulgencias – El Capítulo acepta nuevos socios – Las primeras dimisorias – Conferencia de don Bosco a los Salesianos: Cúmplase con exactitud el reglamento; él presta a la Congregación unidad de cuerpo, de espíritu, de querer y de obediencia; no se rompa nunca esta unidad: la visita cotidiana al Santísimo Sacramento* 514

Cap. XLVI.—*Don Bosco es esperado en Milán; sus charlas familiares: gracias no obtenidas de María por la infidelidad de las promesas, por causa del apego al dinero – La marquesa Radicati y el brindis de don Bosco en un banquete diplomático – Don Bosco en Mirabello; sueña los años de vida que le quedan a cada alumno – Ejercicios espirituales de los muchachos externos del Oratorio como preparación a la Pascua – Colocación de dos estatuas de ángeles en bronce dorado, sobre los campanarios de la iglesia nueva – Contrato para la construcción del órgano: generosidad del fabricante – Don Bosco escribe a monseñor Ricci sobre la expedición del Breve de las indulgencias concedidas a la Cofradía de María Auxiliadora – El Breve – Eficaz intercesión de Domingo Savio ante el Señor*..... 521

Cap. XLVII.—Lecturas Católicas – *Don Bosco visita el colegio de Lanzo – Da a los alumnos algunas noticias sobre el Papa – Dos cartas de don Bosco al Alcalde de Lanzo para la ampliación del colegio – El Municipio no acepta su propuesta – Don Bosco amplía el local a sus expensas – Sueño: los jóvenes confesándose y los lazos del demonio –* Album *con la firma de todos los Salesianos y alumnos de las casas de don Bosco para presentarlo al Papa, con motivo del quincuagésimo aniversario de su primera misa – Don*

Página

Bosco da una conferencia a los Salesianos: Emisión de votos; no propalar lo que se hace entre nosotros; mortificación; hay que elegir los miembros del Capítulo; procuremos ser dignos fundadores de la Pía Sociedad – Sacerdote inglés en el Oratorio, portador de una preciosa medalla de oro para el Papa en nombre de sus compatriotas – Solemnísimas fiestas al Padre Santo en sus Bodas de Oro sacerdotales – Carta de don Bosco a una señora 531

Cap. XLVIII.—*Fundación canónica de la Asociación de Devotos de María Auxiliadora – Los estatutos – El decreto* – Lecturas Católicas: ASOCIACION DE DEVOTOS DE MARIA AUXILIADORA CANONICAMENTE ESTABLECIDA EN LA IGLESIA A ELLA DEDICADA EN TURIN – *Número de asociados – Don Bosco va a Mornese: durante el viaje hace callar a un maldiciente – Proyectos de don Bosco sobre las Hijas de María Inmaculada – Quién era María Mazzarello – Carta de don Bosco a don Miguel Rúa: deja para otra ocasión su asistencia a un banquete; manda visitar un local, en la avenida del Rey; reprensión a un sacerdote de la casa; el cuadro de san Pedro; que se busque su Historia Eclesiástica preparada para la imprenta; avisos que hay que repetir a los aprendices* 542

Cap. XLIX.—*Don Bosco vuelve a Turín – Convenio de misas y sufragios con una bienhechora – Nueva edición de la Historia Eclesiástica – Gran concurso de gente en torno a don Bosco – Circular a los padres morosos en el pago de la pensión, amenazando con despedir a sus hijos – Motivos y efectos de esta circular; caridad de don Bosco con los muchachos buenos – Desagradable encuentro de don Pablo Albera con el Arzobispo – Don Bosco siempre respetuoso y amable con Monseñor – Carta de don Bosco al Rector del Seminario con relación a sus clérigos*..... 558

Cap. L.—*Don Bosco, don Juan Bonetti y los Valdenses – Dos respuestas de don Juan Bonetti a las objeciones de un pastor protestante – Carta de don Bosco pidiendo ayuda para la compra de un terreno junto al Oratorio de San Luis en Puerta Nueva – Conmovedoras circunstancias de la muerte de un muchacho y la misericordia de Dios – Una recomendación ineficaz – La Ley quita a los clérigos toda exención del servicio militar – Don Bosco promete a sus clérigos que ninguno irá a prestar el servicio militar – Carta de un clérigo al Venerable – Este se aconseja con el caballero Cantón para obtener del Gobierno Italiano la iglesia del Santo Sudario – Petición del Siervo de Dios al ministro Menabrea – El caballero Cantón avisa a don Bosco que hay otro sacerdote que pretende la dirección de la iglesia del Santo Sudario*..... 564

Cap. LI.—*El pueblo aprecia cada día más el don de don Bosco para curar – Novena de María Auxiliadora: curación instantánea de una niña ciega – La víspera de la fiesta: un general moribundo recobra la salud de forma admirable – Recuerdos de la fiesta: una curación prometida y obtenida – Un médico incrédulo se convierte y recobra la salud – Don Bosco va a Lanzo para la fiesta de san*

Página

Felipe Neri: sucesos milagrosos – Carta de don Bosco al canónigo Almerico Guerra, agradeciendo un libro – Lecturas Católicas .. 576

Cap. LII.—*El Procurador general del Rey en Turín exige a don Bosco que pida el* Exequátur Regio *para el decreto pontificio del 1.º de marzo – Don Bosco accede a hacer la petición – El Consejo de Estado la deniega – Causas de la negativa – Pacífica solución de la cuestión – Documentos* 586

Cap. LIII.—*Don Bosco en Bricherasio – Carta de Florencia con noticias sobre la cuestión de la iglesia del Santo Sudario – Las fiestas en los oratorios de San Luis y San Juan Bautista – Carta de Pío IX a don Bosco sobre los gestos de reverencia del 11 de abril – Disgustos de don Bosco por las herencias – Pretensiones de algunos parientes sobre la herencia Bertinetti: carta del Gobernador de Turín a don Bosco y su respuesta – Don Bosco escribe a una señora genovesa para que le ayude a comprar un terreno junto al Oratorio de San Luis – Acepta el colegio de Cherasco – Delicadeza de don Bosco para proponer a los Salesianos el cambio de casa – Dos cartas de don Bosco, respecto al nuevo colegio – Don Bosco va a San Ignacio: el aviso de costumbre a algunos alumnos del Oratorio que van al río Dora – Ultima y memorable conversación con el conde Cibrario* 593

Cap. LIV.—*Gestiones en Roma para la compra de la casa y terreno junto a San Cayo – Temores y oposición de las religiosas Barberinas – Carta de don Bosco a su Cardenal Protector – El príncipe Barberini hace rescindir el contrato – Dolorosas consecuencias para las monjas – El Economato Real ayuda a don Bosco – Carta de agradecimiento a un bienhechor – Don Bosco compra en Valdocco la casa Demaría* – Lecturas Católicas: LOS CONCILIOS GENERALES Y LA IGLESIA – *Súplica al Padre Santo para obtener la facultad de las dimisorias para algunos clérigos que entraron en el Oratorio, después de haber cumplido los catorce años – Incardinación de un franciscano en la Pía Sociedad* 604

Cap. LV.—*Circular de don Bosco a los Salesianos: confianza con el Superior; consecuencias prácticas de este artículo del reglamento – Don Bosco sale para Montemagno: le detienen en Asti; visita el Oratorio festivo de la localidad; confiesa a antiguos alumnos; llega con retraso a Montemagno; el marqués Fassati reconoce que don Bosco «acierta hasta cuando yerra» – Muerte de dos alumnos del Oratorio – En Lanzo se cumple exactamente una predicción de don Bosco* – Lecturas Católicas – *Fin de curso en el Oratorio y reparto de premios* 613

Cap. LVI.—*Primera tanda de ejercicios espirituales en Trofarello – Instituciones de don Bosco – Algunas reuniones: obediencia – Pobreza – Voto de pobreza – Los padres – Elogio de la castidad y medios positivos y negativos para conservarla – Charlas de don Bosco, después de las oraciones de la noche, a los ejercitantes en Trofarello – Se anuncia que monseñor Comboni prepara una casa en Egipto para los Salesianos – Emisión de votos – Ultima*

Página

plática y clausura de los ejercicios – Cariño de don Bosco a los alumnos que no tienen intención de formar parte de la Pía Sociedad – El caballero Federico Oreglia di Santo Stefano se inscribe en la Compañía de Jesús: su carta a don Bosco y a varios salesianos, despidiéndose – Segunda tanda de ejercicios – «¡Si yo no fuera salesiano, me haría salesiano!» 621

Cap. LVII.—*Don Bosco escribe a la Superiora de las Fieles Compañeras agradeciendo sus limosnas y la caridad tenida con los muchachos del Oratorio; y hace elogios de su Instituto – Escribe a don Domingo Belmonte diciéndole que sus padres querrían que fuera a casa: le encarga de la administración en Mirabello y le da algunos avisos – Don Juan Bonetti se encarga de la novena del Rosario en I Becchi – Profesiones religiosas en Trofarello – Carta de don Bosco a don Domingo Curti: le promete oraciones para una enferma: lamenta las condiciones en que se pide la gracia al Señor – Se anuncia la apertura del colegio de Cherasco – Aviso a los padres de los alumnos del Oratorio que pagan pensión; una molesta cuestión resuelta en perjuicio de don Bosco, el cual no guarda rencor – La virtud de la justicia ejercitada por el Venerable* 642

Cap. LVIII.—*Carta de don Bosco al obispo de Alba y súplica a la Sagrada Congregación para la apertura de la casa de Cherasco – Roma responde favorablemente a la súplica – Don Bosco en I Becchi para la fiesta del santo Rosario – Monseñor Lavigerie envía a don Bosco desde Argel dos huérfanos árabes – Don Bosco en Villastellone y en Calliano – Escribe a un joven alabando sus propósitos y aconsejándole prudentemente – Agradece a una señora su generosa limosna: consejos para soportar una tribulación familiar – Asegura a una Superiora que cumple la voluntad de Dios fundando una casa en Villalvernia – Apertura de la casa de Cherasco* – La Unidad Católica *alaba al Colegio de Lanzo – El Oratorio festivo en una sacristía de la iglesia de María Auxiliadora – Don Bosco recibe del Ministerio de la Guerra prendas militares en desuso* – Lecturas Católicas: ANGELINA O LA HUERFANA DE LOS APENINOS – *Don Bosco corrige las composiciones literarias de sus sacerdotes – Siguen llegando al Oratorio testimonios de la santidad del Siervo de Dios – Los mejores alumnos de las clases y talleres comen por turno con don Bosco los domingos* 652

Cap. LIX.—*De nuevo retiran a los alumnos del Oratorio el billete de favor para los ferrocarriles del Norte de Italia – Diligencias de don Bosco ante la Dirección General de Ferrocarriles para obtener de nuevo la reducción de tarifa – El Gobernador de Turín se interesa en favor de don Bosco, pero no alcanza nada – El Arzobispo invita al Vicario de Lanzo para un examen sobre la vocación de los Salesianos del Colegio – Enterado de ello don Bosco, envía al Vicario la respuesta para el Arzobispo – Anuncia su visita al Colegio de Lanzo – El Arzobispo se lamenta de que un*

Página

clérigo salesiano de su diócesis haya sido ordenado por el Obispo de Casale; causas de esta ordenación – Carta de Monseñor a don Bosco reprochándole que ha violado los sagrados cánones – Humilde respuesta de don Bosco exponiendo sus razones – Le contesta el Arzobispo que no acepta sus razones y excusas – Don Bosco se aconseja con el canónigo Fissore – El Obispo de Casale defiende su actuación – Monseñor Fissore declara el aprecio que siempre ha profesado a don Bosco 664

Cap. LX.—*Don Bosco en Lanzo* – Lecturas Católicas – *Don Bosco en Mirabello: su carta a la condesa Callori: para la difusión del opúsculo sobre el jubileo; la fiesta de San Carlos: los augurios para su próximo viaje a Roma – Don Bosco en Cherasco – En busca de dinero para pagar el terreno colindante con el Oratorio de San Luis y construir una capilla o iglesia: propone una especie de títulos de valor comercial – Apertura del Concilio Ecuménico Vaticano – Himno y cánticos en el Oratorio – Conversión de un sacerdote apóstata – Conferencia de don Bosco a los miembros de la Congregación para la reelección del Capítulo Superior – Acta de esta reunión – Caída del ministerio Menabrea y suspensión de gestiones para la iglesia del Santo Sudario – Muere el último de los seis predichos por don Bosco – Sus felicitaciones en verso para las Navidades – Difícil educación lograda – Bautismo de dos muchachos argelinos – Donativo de los alumnos del Oratorio al Papa* – El Hombre de Bien *para 1870 y su prólogo* 678

Cap. LXI.—*1870 – Catálogo impreso con el número y nombres de los Salesianos y sus casas – Don Bosco pide al Economato Real un donativo para sus clérigos* – Lecturas Católicas – *La redención de los esclavos – Los Salesianos irán a lejanas tierras – Cortesía proverbial del Venerable y una señora de Bérgamo – Don Bosco defensor de la infalibilidad personal del Papa – Súplicas del mundo católico al Concilio para que esta verdad sea definida dogma de fe – Monseñor Dupanloup, obispo de Orleáns, intenta persuadir a los prelados piamonteses de la inoportunidad de la definición: don Bosco piensa al contrario – Döllinger, los herejes y las sectas se amotinan contra la creencia universal de los católicos – El Obispo de Malinas propone que sea definido el dogma – Solemne profecía: El porvenir de París, de Roma y de la Iglesia: aviso y alientos al Sumo Pontífice – Don Bosco escribe y manda copiar su predicción – Documentos y comentarios de la misma – Rendición de cuentas de la Pía Sociedad para presentar al Papa – Don Bosco pide al Rector del Seminario de Turín que sus clérigos sean admitidos al examen de Filosofía.* 690

Cap. LXII.—*Por qué don Bosco carece siempre de todo – Camino de Florencia – Escribe a don Miguel Rúa desde la estación – Convence a unos compañeros de viaje, casados sólo civilmente, para que se presenten al Arzobispo de Bolonia – Otra carta a don Miguel Rúa desde Florencia – En Roma se hospeda con monseñor Manacorda – Visita al cardenal Quaglia y al Arzobispo de Turín*

Página

– Se informa de la situación de la infalibilidad en el Concilio – Tendencias de los obispos: la mayoría se inclina por la definición dogmática: la minoría es de parecer contrario – La Congregación de los Postulados *recomienda al Papa que acepte las súplicas de la mayoría – Don Bosco defensor de la infalibilidad pontificia – Persuade a monseñor Gastaldi a que sea defensor de la oportunidad de proclamar la infalibilidad Pontificia como artículo de fe – Carta de don Bosco a don Miguel Rúa; le pide dos obras de monseñor Gastaldi:* Lecturas Católicas *para el Papa, y música para dos Cardenales – Obispo piamonteses que sostienen la inoportunidad de la proclamación del dogma – Conversación de don Bosco con cierto Monseñor sobre el tema – Disputa con el canónigo Audisio – Recuerdo de monseñor Scalabrini – Por qué va el Papa a las funciones en la silla gestatoria* 704

Cap. LXIII.—*Don Bosco no pierde de vista a los alumnos de sus casas – Escribe a don Miguel Rúa lo que hay de bueno o de malo en el Oratorio: cuenta que ha asistido en sus últimos instantes al Gran Duque de Toscana: prohíbe toda suerte de festejos a su vuelta a Turín; ha recibido los libros para el Padre Santo; da algunas disposiciones para la fiesta de san Francisco adjunta una nota con los nombres de ciertos jóvenes peligrosos – Tarjeta de visita del Párroco de los Doce Apóstoles en Roma – Primera audiencia concedida por el Papa a don Bosco: presentación del Tesoro de San Pedro; ofrenda de la colección de* Lecturas Católicas *y de los primeros volúmenes de la* Biblioteca para la Juventud; *dice el Papa que los que se oponen a don Bosco son los mismos que ahora se oponen a él, y propone al Siervo de Dios que empiece un libro de Historia Eclesiástica – Lápida en la iglesia de Mornese, que recuerda esta audiencia – Carta de don Bosco a don Miguel Rúa; audiencia con el Padre Santo; noticias consoladoras; favores obtenidos; prepara dinero para la adquisición de una casa en Roma – Segunda audiencia: dice el Papa a don Bosco que en el Concilio se ha hablado de la Pía Sociedad Salesiana; otros favores concedidos; consejos para los alumnos; Pío IX ofrece a don Bosco la iglesia de San Juan de la Pigna – Carta de don Bosco a don Juan Bonetti: audiencia afectuosa de Pío IX y favores espirituales concedidos; pena por la muerte del padre de don Francisco Provera; que mantengan la alegría de los alumnos: le invita para ir a Turín; la condesa Callori está enferma en Roma – Carta a don Juan Francesia – Don Bosco sigue interesándose por los asuntos del Concilio para servir al Papa – Visita la iglesia y los edificios de San Juan de la Pigna – Tercera audiencia: don Bosco acepta la iglesia ofrecida por el Papa: el Papa Honorio I; don Bosco expone al Papa la parte de la misión que a él se refiere; el Papa invita a don Bosco a establecerse en Roma – Don Bosco escribe a don Miguel Rúa sobre la buena acogida del Padre Santo: ruega por el descanso de una bienhechora difunta; da nuevas órdenes para la fiesta de san Francisco – Discordias entre los hijos*

Página

de la Iglesia – Las Potencias Europeas se abstienen providencialmente de turbar el Concilio 716

Cap. LXIV.—*Don Bosco no puede permanecer oculto a los habitantes de la ciudad – En una audiencia pública manifiesta el Papa el aprecio que profesa a don Bosco – Cuánto aprecia Roma a don Bosco – Frialdad de personajes distinguidos que querían les confirmara su esperanza de que Roma no sería ocupada por los italianos – No se escuchan sus consejos respecto a los bienes de la Iglesia: consecuencias de este descuido – Carta a un alumno zapatero – Otras cuatro para los directores de las casas: prohíbe que se festeje su vuelta – La Asociación de devotos de María Auxiliadora convertida en Archicofradía – Establece el día de la fiesta de san Francisco: son invitados los superiores de las casas a que vayan a Turín; la vuelta de don Bosco; la iglesia y la casa de Roma; disposiciones del Obispo de Casale respecto a dos clérigos; don Bosco y los muchachos; visitará los colegios; ha orado por el padre de don Francisco Provera – Visita de despedida: los años de san Pedro; el catecismo único – Don Bosco revela al Papa algo sobre el futuro, y parte de Roma – Transmite al Papa, porque se lo piden, una copia de su escrito sobre el futuro destino de Francia, de Italia y de la Iglesia* 730

Cap. LXV.—*Don Bosco en Turín – Dos defunciones en el Oratorio durante la ausencia de don Bosco – Predicciones – La fiesta de san Francisco de Sales – Muerte del Párroco de Castelnuovo – Pío IX presenta al Concilio el esquema sobre la Infalibilidad Pontificia – Don Bosco da una conferencia: cuenta las dos audiencias tenidas con el Papa y el ofrecimiento de la iglesia y la casa de San Juan de la Pigna; espera que en el Concilio se tratará el asunto de las dimisorias para los Superiores de las órdenes religiosas; obispos que piden Salesianos para sus diócesis; nuevas construcciones en las casas; buscar nuevos socios para la Pía Sociedad, y prosperidad de la misma; fidelidad a las reglas – Respuesta de don Bosco a quien preguntaba qué sucedería a su muerte – Va a Mirabello – Decreto de Pío IX confirmando in perpétuum las indulgencias ya concedidas a la Asociación de devotos de María Auxiliadora – Don Bosco en Lanzo y en Cherasco – Las jaculatorias a María Auxiliadora: del baile a la tumba; el Angel de la guarda – Conferencia de don Bosco a los Salesianos del Oratorio: informa de su visita a las casas; habla de las murmuraciones por las salidas frecuentes del Oratorio: señala los cuidados a tener en el trato con los muchachos; deberes de los Salesianos; unanimidad al castigar las faltas de los alumnos – La muerte de otros dos amigos queridos.* 738

Cap. LXVI.—*El Venerable no acepta una dádiva de la Comisión del Carnaval – Proyecto para la construcción de un brazo de edificio en el antiguo colegio de Lanzo – Primeros pasos para la fundación de un internado para muchachos pobres en Alassio – Peticiones del municipio y de don Bosco a la Delegación de Hacienda*

Página

para la adquisición de un convento con contrato privado – La Delegación de Hacienda responde que el Convento saldrá a subasta pública – Razones por las que vuelve don Bosco a Mirabello – Anuncia a la condesa Callori su viaje a Casale y al Seminario Menor – Compra de un huerto detrás del Oratorio – Carta de don Bosco al alcalde de Cherasco sobre el reconocimiento oficial de estudios y sobre la incomodidad de los locales del Colegio – Don Bosco presenta al Ayuntamiento el plano de la plaza frente a la iglesia de María Auxiliadora – Circular anunciando a los bienhechores las indulgencias concedidas por el Sumo Pontífice – Carta de don Bosco comunicando dichos favores a la Superiora de las Fieles Compañeras de Jesús 748

Cap. LXVII.—*La Comisaría de Policía recomienda muchachos y don Bosco los recibe – Diligencias para obtener de la Comisaría hojas de ruta, para los alumnos del Oratorio: petición de don Bosco al Ministerio de Gobernación: éste pide a don Bosco que presente la finalidad del Oratorio y los motivos de la petición; respuesta de don Bosco; el Ministerio deniega el favor; don Bosco recurre al Gobernador de Turín – Muchachos del Real Hospicio General de Caridad de Turín presentados a don Bosco; convenio; concede este favor a algunos de ellos por su poca edad y falta de instrucción – La Junta escolar invita a la imprenta del Oratorio a tomar parte, con una estadística de las obras impresas en ella, en el Congreso Pedagógico de Nápoles – El Delegado de estudios recomienda a don Bosco un jovencito – Cartas del Siervo de Dios a dos sacerdotes jóvenes – Avisos e invocaciones escritas al dorso de estampas de María Auxiliadora* 756

Cap. LXVIII.—*La Virgen protege la tipografía: evita una gravísima desgracia* – Lecturas Católicas: NUEVE DIAS CONSAGRADOS A MARIA AUXILIADORA – *Breve del Papa elevando a Archicofradía la Pía Asociación de devotos de María Auxiliadora – Carta de don Bosco al Director del Colegio de Lanzo: pide oraciones para el éxito del asunto de San Juan de la Pigna: está a punto de partir para Mornese; da unos consejos – Otra carta a la condesa Callori: alaba a Mornese; da gracias; recomienda a un pariente suyo; si va a Mirabello, se lo comunicará; le anuncia el éxito del asunto de San Juan de la Pigna; le invita para la fiesta de María Auxiliadora y promete oraciones – Preparativos en el Oratorio para la gran fiesta – Tres campanas nuevas – Don Juan Cagliero invita a los músicos de la Ciudad al ensayo del himno* Saepe dum Christi – *Rifa de un cuadro que representaba al Episcopado italiano viviente: don Bosco invita a las señoritas, que le han ayudado a despachar boletos, a una misa que él celebrará según su intención – La* Unidad Católica *describe el 24 de mayo en Valdocco – Don Bosco bendice a un alumno y le desaparece la fiebre – Reunión de los organizadores de la fiesta para remediar los inconvenientes habidos en otra ocasión*..... 766

Cap. LXIX.—*El pueblo cristiano pide a los Padres del Concilio que*

se proclame a san José patrono principal de la Iglesia – Lecturas Católicas: Historia del culto a san José – *Don Bosco va a Alassio: convenio con el Municipio – Acto de humildad en una carta al Arzobispo de Urbino – Escribe al Director de Mirabello: si no podemos obtener un* óptime, *conformémonos con un regular: humillémonos y oremos; espera los cuadernos de la Historia Eclesiástica; tiene cuarenta peticiones para fundaciones de casas – Otra carta suya a la condesa Callori; pronto pasará a la imprenta la Historia Eclesiástica; se trata de trasladar el colegio de Mirabello a Borgo San Martino; motivos del traslado – Otra carta para don Juan Bonetti: le comunica que está cerrado el contrato con el marqués Scarampi para la compra de su palacio en Borgo San Martino: la cronología en la Historia Eclesiástica: como don Miguel Rúa está algo indispuesto, lo enviará a Mirabello; pide a los alumnos que ofrezcan una comunión por él y que aborrezcan las malas conversaciones – Velada musical en el Oratorio para los gastos del órgano – Invitación de don Bosco a los repartidores de invitaciones para la velada a fin de hacer el recuento de las cantidades recogidas – Don Bosco y el proyecto de la iglesia de San Juan Evangelista en Puerta Nueva: su carta de agradecimiento a un generoso donante – Ofrenda de los hijos de don Bosco para el óbolo de San Pedro – La fiesta de san Juan Bautista: primeras demostraciones de los exalumnos constituidos en Comisión – Don Bosco predice que no morirá cierto clérigo a punto de muerte.* 775

Cap. LXX.—*Don Bosco se ofrece para albergar a dos niños de Constantinopla, huérfanos después de un espantoso incendio de varios barrios – El mismo don Daniel Comboni pide a don Bosco algunos sacerdotes salesianos para sus colegios de Egipto y para las misiones entre los negros – El Concilio Ecuménico proclama y el Papa define la infalibilidad pontificia como dogma de fe – Indignación de los gobiernos sectarios – Napoleón declara la guerra al Rey de Prusia – Obispos de China en el Oratorio – Carta de don Bosco a don Domingo Pestarino – La Residencia Sacerdotal se traslada desde San Francisco de Asís a Nuestra Señora de la Consolación – La condesa Callori manifiesta a don Bosco sus dudas sobre el traslado del Colegio de Mirabello – Don Bosco le responde: confianza en Dios; tendrá en cuenta sus reparos sobre el traslado de Mirabello, pero es un asunto que merece ser considerado por las ventajas que aportaría; hay que rezar; hay que trabajar para la iglesia de San Juan – Don Bosco comunica al Director de Mirabello el día en que se firmará la escritura de Borgo San Martino – Don Bosco responde a la condesa Callori: le agradece sus oraciones en el Santuario de Oropa, le augura salud y vida para el gran bien que todavía debe hacer; le anuncia que dentro de pocos días se resolverá el contrato de Borgo San Martino – Otra carta a la condesa Callori: le anima a vivir alegre; le predice larga vida; le anuncia que se firmó la escritura de Borgo San Martino – Predicción cumplida – Don Bosco escribe al Dele-*

Página

gado de enseñanza pidiendo licencia para abrir el colegio de Alassio y presenta la lista de profesores – Envía al Secretario de la Congregación de Obispos y Regulares una súplica para el Padre Santo pidiendo autorización para abrir la casa de Alassio – Respuesta favorable – Instancia al Ministro de Hacienda, que no es atendida, para la reducción del impuesto de molienda 787

Cap. LXXI.—*Orfanato de San Vicente Paúl en Piacenza – La Dirección decide cerrarlo y pasar los alumnos a don Bosco – El marqués Landi envía una circular a los bienhechores del mismo exponiendo la urgencia de la decisión – Convenio ratificado por don Bosco – Los huérfanos de Piacenza en Turín – Instalación del órgano en la iglesia de María Auxiliadora – Guerra franco-prusiana: Napoleón prisionero – Víctor Manuel escribe una carta al Papa para que permita la entrada del ejército italiano en Roma – Don Bosco predice a una señora que ninguno de sus hijos soldados tomará parte en las batallas – Cartas de don Bosco a dos bienhechores para librar a dos clérigos del servicio militar – Don Bosco va a Lanzo y preside la primera tanda de ejercicios espirituales para los Salesianos – Pide a Su Santidad la extensión del privilegio de las dimisorias para los que ingresan en el Oratorio después de los catorce años – Concedido el favor para siete ordenandos – Carta de don Bosco a un Salesiano que vacilaba en la vocación – Un sacerdote rehabilitado – Nuevas instancias a la Dirección de Ferrocarriles para obtener billetes a tarifa reducida – El convento de Alassio sale a pública subasta – El canónigo Ampugnani se presenta a la subasta para lograr la posesión del Convento a don Bosco – Las vicisitudes de la compra – Apertura del nuevo Colegio – El canónigo Martini*..... 799

Cap. LXXII.—*Clausura de la primera tanda de ejercicios en Lanzo – Fe de don Bosco en el poder de la oración a Jesús Sacramentado – Suceso prodigioso en Soriano de Calabria – Segunda tanda de ejercicios en Lanzo – Don Bosco escribe al comendador Dupraz sobre el temporal que se acerca y la calma que le seguirá – Cómo admitía don Bosco esta noticia – Avisos a los Salesianos sobre el modo de tratar a los jóvenes: no se escriba a los padres el motivo por el que un alumno no puede seguir en el Colegio – Toma de Roma – Don Bosco escribe al conde de Viancino para comprar la casita Coriasso – Avisa a la condesa Callori que, dentro de dos días, llegará a Vignale – El Papa no sale de Roma, por consejo de don Bosco: le manda un enviado especial – Carta del Venerable a don Miguel Rúa – Este año no se celebra el paseo largo a I Becchi, adonde sólo van algunos muchachos para las funciones de la capilla – Don Bosco en Bricherasio – Parcela en la que quiere edificar la iglesia de San Juan Evangelista y un internado – Propaganda para esta construcción: el Arzobispo de Turín la recomienda a los fieles – Muere monseñor Riccardi*..... 814

Cap. LXXIII.—*Inauguración del Colegio en Borgo San Martino – Don Francisco Cerruti director de Alassio – La obediencia pre-*

Página

miada – Consejos de don Bosco a los salesianos sobre la manera de prestarse a ejercer el sagrado ministerio para las personas extrañas y sin perjuicio de un colegio – Don Bosco anuncia a un profesor, que está enfermo de la garganta y no puede dar clase, que será escritor – El Ministro de Instrucción Pública limita la enseñanza religiosa en las escuelas municipales a los alumnos cuyos padres lo pidan – Efectos de la instrucción religiosa, enseñada por don Bosco con la palabra y el ejemplo – Artesanos que triunfan en la sociedad – El catecismo en los Oratorios festivos – Lecturas Católicas: HISTORIA ECLESIASTICA – *Don Bosco organiza el personal docente y dirigente para cada Casa – Despedida de un alumno apreciado que va al seminario – Confianza de los exalumnos seminaristas con don Bosco – Entran en el Oratorio dos de Jerusalén y otros de Argel – Muerte de un buen coadjutor y de un clérigo en el Oratorio – Biografía de José Villa, cofundador de la Conferencia anexa de San Vicente de Paúl – Asedio de París* 825

Cap. LXXIV.—*Levantamiento del cráneo, una costilla fuera de sitio e hinchazón de las piernas de don Bosco – El Papa concede para un decenio a las Casas Salesianas la facultad de celebrar tres misas en la Nochebuena y distribuir la comunión a los fieles – Don Bosco escribe a la condesa Callori que en la fiesta de la Inmaculada se celebrará en la iglesia una función especial para ella: dos libros para la imprenta; su ofrenda al Padre Santo; espera que las espinas se conviertan en rosas – Después de la muerte del conde Cibrario, don Bosco se dirige al senador Castelli, nombrado primer secretario de la Maestranza Mauriciana, para obtener la condecoración de la Orden a tres bienhechores del Oratorio – Instancia al Ministro de Instrucción Pública en demanda de ayuda – El Ministro de la Guerra entrega mantas de cama para los alumnos de don Bosco –* La Unidad Católica *recomienda a los fieles la construcción de la iglesia e internado de San Juan – Testimonio de reconocimiento a un generoso donante – Cobro de un crédito inexigible como consecuencia de una promesa hecha a don Bosco – La viruela en el Oratorio : no muere ningún alumno; reprobación del Ayuntamiento a los médicos; don Bosco les defiende – Relaciones amistosas de don Bosco con unos señores genoveses – Invitación de la marquesa Julia Centurione – Primera petición a don Bosco para que abra un colegio ya en construcción por cuenta del municipio de Varazze – Muerte predicha por don Bosco –* El hombre de Bien *a sus amigos* 837

Cap. LXXV.—*Don Bosco y el Cantón Tesino – El radicalismo suizo – La falta de clero – Estudiantes del Tesino en la Universidad de Turín, cuentan a don Bosco las desgracias religiosas de su patria – Pequeña asamblea de sacerdotes y seglares en el santuario de Nuestra Señora del Sasso – Don Bosco les aconseja que pidan sacerdotes a la Curia de Turín – Celo apostólico del padre capuchino Luis Arnaboldi, guardián de Nuestra Señora del Sasso – La*

Página

Curia de Turín declara que no tiene sacerdotes disponibles – Don Bosco provee a la necesidad, por cuanto puede, y es criticado – Cartas de don Angel Modini que atestiguan el bien hecho por don Bosco al Cantón Tesino – Don Bosco escribe a don Angel Modini excusándose de no poder ir a Intragna, como había prometido – Va don Juan Cagliero; su carta de agradecimiento por la recepción tenida – Nuevas esperanzas frustradas de tener a don Bosco en Suiza y otra carta de don Juan Cagliero – Muchachos ticinenses en el Oratorio de Valdocco y en el Oratorio festivo 853

Cap. LXXVI.—*Más sobre don Bosco y el Cantón Tesino – Deplorable estado de la religión en el Valle de Onsernone – Relación de algunos de los sacerdotes enviados por don Bosco a Suiza – Confianza de la Curia de Como en las selecciones hechas por don Bosco – Dos cartas que confirman el celo de algunos sacerdotes enviados por el Venerable – Necesidad de gran cautela para estas selecciones – Concepto en que se tenía la palabra de don Bosco – Da esperanzas de que en el Cantón Tesino todo se arreglará – El pueblo Ticinense sacude el yugo de los radicales – Don Bosco manda escribir a don Angel Modini, manifestándole su interés por el despertar religioso: sus grandes esperanzas – Triunfo de los católicos y coronación de Nuestra Señora del Sasso – Reunión de la sociedad suiza* Pius Verein *en Locarno – El Cantón Tesino sacado de la jurisdicción de Como por el Papa, recibe obispo propio – Nuevas luchas con los radicales – Don Bosco envía una carta de aliento y esperanza a don Angel Modini – Gran victoria de los católicos – Colegios Salesianos en el Cantón Tesino* 861

APENDICES

APENDICE «A».—*Apuntes autógrafos del Venerable de las instrucciones dadas a los Salesianos en los Ejercicios Espirituales de 1869 y de los años siguientes. I) Ejercicios de Trofarello, 1869: Introducción; informe histórico – Ventajas del que vive en Congregación – Votos y obediencia – Voto de pobreza – Los padres – La castidad – Medios positivos (para conservar la castidad) – Conclusión – Otra introducción – Perseverancia en la propia vocación – Otra introducción. II) Introducción a los ejercicios – III) Cuenta de conciencia – Confesión – Educación cristiana – IV) Oración – Mortificación – Corrección fraterna* 872

APENDICE «B».—*24 de mayo, 24 de junio de 1873*..... 886

ACABOSE DE IMPRIMIR
ESTE NOVENO VOLUMEN DE LAS
MEMORIAS BIOGRAFICAS
DE SAN JUAN BOSCO
EN ESPAÑOL
EL DIA 11 DE FEBRERO DE 1985
FESTIVIDAD DE
NTRA. SEÑORA DE LOURDES
D. M. A. C. T.